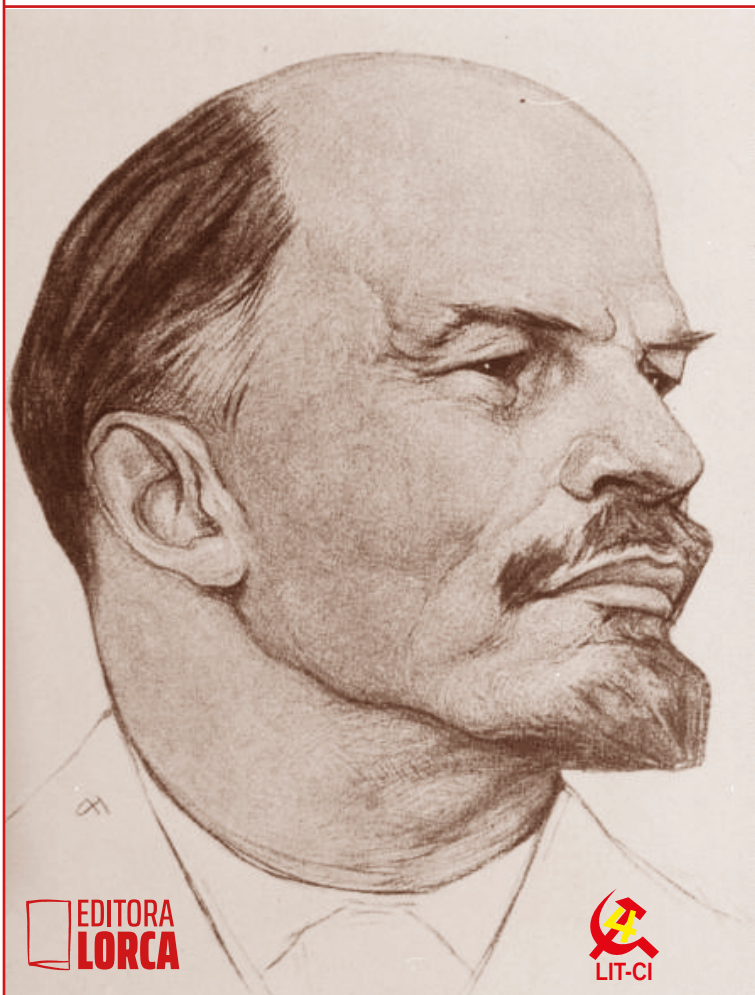


V. I. LENIN – OBRAS ESCOGIDAS

TOMO 1

Lenin y la asamblea constituyente:
institucionalidad y lucha revolucionaria



https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Lenin_dibujo_1901.jpg

 **EDITORA
LORCA**


LIT-CI

V.I. LENIN - OBRAS ESCOGIDAS TOMO 1

Editor Nazareno Godeiro

Diseño y diagramación
Luis Aranguren

Revisión de estilo: Natalia Estrada

Textos de la edición en español de Editorial Progreso, Moscú, 1981 – 5ª. Edición: los artículos compilados en el presente volumen fueron extraídos de las Obras Completas de Lenin, traducidas al español por la Editorial Progreso, 1981, y corresponde a la edición rusa, efectuada por el Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS. Las notas de pie de página, en general, corresponde al propio Lenin. Las notas de final son de responsabilidad de los editores rusos. Notas de los editores de esta publicación en 12 tomos de las Obras Escogidas de Lenin están indicadas como (N.T.LIT).

Publicado en 2024, en homenaje al centenario de la muerte de Lenin por la Liga Internacional de los Trabajadores – IV Internacional (LITCI).

El prefacio es de responsabilidad de quien lo firma y no necesariamente es la posición oficial de la LITCI.

• Las notas de pie de página son, en general, del propio Lenin. Las notas al final del texto son de los editores rusos, salvo indicación contraria, en ambos casos, señaladas como Nota de los editores de la LIT [N.E.LIT].

• Todas las itálicas, negritas y subrayados son de Lenin, en el original.

Imagen de portada: Dibujo de autor anónimo

Editora Lorca, enero de 2024



Contenido

Prefacio	9
Los perseguidores de los zemstvos y los Aníbalas del liberalismo	97
Proyecto de programa del partido obrero socialdemócrata de rusia	217
La autocracia vacila... ..	238
La víspera del domingo sangriento	253
Nuevas tareas y nuevas fuerzas.....	259
El capital europeo y la autocracia	283
¿Una revolución del tipo de la de 1789 o del tipo de la de 1848?	301
La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado.....	308
Sofismas políticos.....	330
Lucha revolucionaria y componendas liberales.....	350

Las tareas democráticas del proletariado revolucionario	371
Ejército revolucionario y gobierno revolucionario	390
Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática.....	412
El boicot a la дума de Bulguin y la insurrección	702
¿A la cola de la burguesía monárquica o a la cabeza del proletariado revolucionario y los campesinos?.....	720
La teoría de la generación espontánea	749
Reunión de amigos	762
¡Discutan la táctica, pero den consignas claras!	781
El juego al parlamentarismo	785
¡Nada de falsedades! ¡nuestra fuerza está en proclamar la verdad!.....	820

La última palabra de la táctica «iskrista», o farsa electoral como nuevo incentivo para la insurrección	830
El primer balance del agrupamiento político	872
La primera victoria de la revolución	900
Nikolai ernestovich bauman	919
Últimas noticias	924
Entre dos combates	926
Se aproxima el desenlace	949
Papeleo revolucionario y acción revolucionaria	966
¿Debemos boicotear la дума de estado?	976
Plataforma de la “mayoría”	976
Resolución de la organización de Petersburgo del POSDR sobre la táctica de boicot	984

Plataforma táctica para el congreso de unificación del POSDR.....	996
El boicot.....	1031
La derrota de Rusia y la crisis revolucionaria	1050
Algunas tesis de la redacción	1065
Borrador de las tesis del 4 (17) de marzo de 1917.....	1075
Cartas desde lejos	1086
Informe pronunciado en la asamblea de delegados bolcheviques a la conferencia de toda Rusia de los soviets de diputados obreros y soldados	1203
Cartas sobre táctica	1227
Las tareas del proletariado en nuestra revolución	1258
Los partidos políticos en Rusia y las tareas del proletariado	1350

Nuestros puntos de vista.....	1380
Respuesta a la resolución de la comisión ejecutiva del soviet de diputados soldados.....	1380
Mandato a los diputados a elegir por las fábricas y los regimientos para el soviet de diputados obreros y soldados	1389
Acerca de las ilusiones constitucionalistas...	1395
Las enseñanzas de la revolución.....	1432
Rumores sobre una conspiración.....	1468
Los árboles les impiden ver el bosque.....	1485
Al comité central del POSDR.....	1499
Cómo asegurar el éxito de la asamblea constituyente.....	1506
(Acerca de la libertad de prensa).....	1506
Los campeones del fraude y los errores de los bolcheviques.....	1519

Del diario de un publicista	1539
Los errores de nuestro partido.....	1539
Tesis acerca de la asamblea constituyente ...	1554
Proyecto de decreto por el que se disuelve la asamblea constituyente	1565
Discurso acerca de la disolución de la asamblea constituyente, pronunciado en la sesión del CEC de toda Rusia	1573
Reunión de cuadros del partido de Moscú ...	1585
27 de noviembre de 1918.....	1585
Las elecciones a la asamblea constituyente y la dictadura del proletariado.....	1626

Prefacio

La elaboración de una Constitución para los distintos países se produjo con el triunfo de la revolución democráticoburguesa y la formación de los Estados-nación, entre mediados del siglo XVI y hasta finales del siglo XIX en Europa.

En los países coloniales y semicoloniales, las revoluciones democrático-burguesas ocurrieron en los siglos XVIII (Estados Unidos, Haití), XIX (América Latina) y XX (Rusia, China, México) y fueron, en parte, abortadas, desviados o incompletas. En estos países coloniales y semicoloniales, que comprenden la amplia mayoría de los países del mundo, sus instituciones políticas gubernamentales fueron determinadas por los dominadores extranjeros. Entonces, la implantación de la democracia burguesa (con sus constituciones) fue prohibida, recortada o retrasada de acuerdo con la política del opresor extranjero, en combinación con sus socios “nativos”.

Por eso, hasta hoy, el tema de la Asamblea Constituyente asume un peso político en estos países dominados, especialmente cuando se da un cambio importante en el régimen político con la caída de una dictadura y la posterior democratización.

En el caso de la Rusia de finales del siglo XIX e inicio del siglo XX, el telón de fondo de este cambio fue la implantación del capitalismo en sustitución del feudalismo y la lucha por reemplazar el régimen autocrático del zar por una república democrática.

Este libro muestra la lucha de Lenin y el partido bolchevique por el derrocamiento de la monarquía, el establecimiento de una república democrática, y la combinación de la lucha democrática con la lucha por el socialismo.

Los textos de Lenin sobre la Asamblea Constituyente están ordenados cronológicamente y van desde 1901, cuando el partido ruso era todavía un pequeño grupo de propaganda con unos pocos cientos de personas, hasta 1919, después de la toma del poder por los trabajadores, donde el

partido contaba ya con cientos de miles de militantes.

La consigna “Asamblea Constituyente” fue cambiando según los grandes cambios en la lucha de clases en Rusia y, en general, adoptó tres “caras” de acuerdo con la situación política y las revoluciones que se sucedieron en Rusia: la primera forma “pura” en el programa de la socialdemocracia, como consigna central de poder para la revolución democrático-burguesa en Rusia; la segunda forma, en la revolución de 1905, cuando la consigna cobró vida propia en manos de las clases sociales en lucha y se transformó en su opuesto y, finalmente, en 1917, donde la “Asamblea Constituyente” pasó de ser un instrumento de engaño democrático en las revoluciones de febrero y octubre de 1917, a convertirse en la consigna central de la contrarrevolución imperialista para sustituir el poder de los soviets.

Sigamos entonces las peripecias de esta consigna, desde la óptica de Lenin, y sus mutaciones políticas:

La forma “pura” en el programa: consigna central de poder para la revolución democráticoburguesa en la Rusia de 1905

Presionada por la lucha campesina y la convulsa situación internacional, la autocracia se vio obligada a decretar el fin de la servidumbre en 1861, sin embargo, entregó un tercio de las tierras a los campesinos a cambio de un rescate pagado al gobierno y a los nobles, que aprisionaban al campesinado ruso y lo llevaban a la bancarrota. Estas reformas eran subproducto de una situación revolucionaria en Rusia, que amenazaba estallar en una insurrección campesina. La nobleza y la burguesía liberal exigían la convocatoria de una constitución general para el país, intentando limitar el poder del zar. Sin embargo, la autocracia convocó la formación de zemstvos, órganos de administración local, dirigidos por la nobleza, consultivos, con autonomía limitada a las cuestiones económicas locales y sin poder de decisión. Tanto el gobernador como el ministro del Interior podrían

anular cualquier decisión de estos órganos. Se inició, por lo tanto, una transición *muy controlada*.

La autocracia trataba de introducir paulatinamente el capitalismo en Rusia, manteniéndolo bajo control de las instituciones feudales, combinando pequeñas concesiones a las masas con represión violenta contra los movimientos revolucionarios, especialmente la organización populista “*Voluntad del Pueblo*”, que utilizaba el terror individual como método de lucha.

Aquí ya podemos apropiarnos de una idea que es patrimonio del marxismo desde el inicio del siglo xx: se trata de la idea de que todas las concesiones (reformas parciales) que las clases dominantes hacen a la clase trabajadora y a los pobres en general, resultan de la lucha del pueblo trabajador y tiene una doble “personalidad”: es conquista de la lucha que puede convertirse en su contrario, para desviar la revolución y adecuarse al *statu quo*, con modificaciones que no afectan los privilegios de las clases dominantes.

Los liberales burgueses rusos no entendían que las reformas, las concesiones y las conquistas parciales eran resultado de la lucha general, por lo que se negaban a apoyar los movimientos revolucionarios de la intelectualidad y trataban de “negociar” con la autocracia su programa: libertad de expresión y de prensa, inviolabilidad personal y *asamblea constituyente*.

Otra idea, que también fue patrimonio del marxismo de entonces, es que sin una fuerza social seria y organizada, algo que la burguesía liberal no estaba dispuesta a fundar, el régimen autocrático no avanzaría hasta la implantación de una constitución en Rusia. Sin una fuerza revolucionaria de la clase proletaria (aun gateando) y un partido revolucionario firme y disciplinado (aun formándose), toda la lucha por la constitución retrocedería, como de hecho ocurrió entre 1905 y 1907.

La inconsistencia de la oposición liberal burguesa dio tiempo suficiente para que la autocracia se ubicase frente a la ola revolucionaria, se mantuviese en el poder e incluso, en el momento apropiado, dejase de lado a la burguesía liberal.

En la situación prerrevolucionaria en Rusia, que precedió a la revolución de 1905, surgió una polémica entre los marxistas (llamados socialdemócratas, en ese entonces) y un sector de la intelectualidad pequeñoburguesa (llamados “marxistas legales”) sobre la importancia de los zemstvos, es decir, de una organización representativa.

En la Rusia imperial, los zemstvos fueron desplegados como un instrumento para fortalecer la autocracia, dividir el movimiento democrático general, y no avanzar hacia una constitución. Fue una maniobra de la autocracia para mantenerse en el poder.

Para los “marxistas legales”, dirigidos por Piotr Struve, los zemstvos abrían un camino hacia una asamblea constituyente, una constitución, y no lo vieron como una “concesión” (muy insuficiente, pues sus actividades se reducían a presentar solicitudes a los poderes feudales constituidos) para atraer a la burguesía liberal hacia el apoyo a la autocracia feudal. *Divide et impera* [Divide y reina]. Divide y vencerás es la máxima de la clase dominante hasta hoy. Estas concesiones sir-

vieron para cooptar a sectores de la burguesía, de la intelectualidad y del campesinado para la “transición” pacífica al capitalismo.

Por eso, la consigna central de los “marxistas legales” en la Rusia de 1890 era “*Zemstvo investido de poder para toda Rusia*” como una exigencia al gobierno autocrático, mientras la consigna de los revolucionarios era el derrocamiento de la autocracia para garantizar una verdadera libertad. Los “marxistas legales” utilizaban la lucha por una constitución desligada de la lucha por la revolución, por lo tanto, su objetivo central era una exigencia-solicitud al zar y a la nobleza para que garantizaran una constitución para Rusia, mientras los revolucionarios vinculaban la garantía de la libertad a la caída de la autocracia por la lucha de las masas como única forma de garantizar una verdadera democracia. Bajo el régimen autocrático, cualquier constitución sería vaciada de poder y solo una fachada de la camarilla feudal-burguesa que dirigía a Rusia en el tiempo de los zares.

El marxismo de entonces se estaba fortaleciendo como la dirección del movimiento

internacional de los trabajadores y partía de la experiencia de Marx –que había muerto hacía 25 años– y Engels, que murió en 1895, año en el que Lenin ya se había convertido en uno de los dirigentes del partido revolucionario ruso en formación. Por lo tanto, las lecciones de los maestros todavía estaban frescas en la mente de los revolucionarios.

En este “embrollo”, el movimiento revolucionario ruso de finales del siglo XIX y principios del siglo XX elaboraba sus consignas de *república democrática* y *asamblea constituyente*, consignas que simpatizaban a la mayoría de la nobleza y de la burguesía, pero que fueron rápidamente descartadas por ambas. Lenin propuso un proyecto de programa en 1902, aprobado en el Congreso de 1903, que defendía:

“...el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia se propone como tarea política inmediata el derrocamiento de la autocracia zarista y su sustitución por *una república* basada en una Constitución democrática que garantice...” y concluye de la siguiente manera: “el Partido Obrero Socialdemó-

crata de Rusia está firmemente convencido de que la realización plena, consecuente y firme de las transformaciones políticas y sociales señaladas solo podrá lograrse mediante el derrocamiento de la autocracia y la convocatoria de una *asamblea constituyente, libremente elegida por todo el pueblo*¹.

Cuando la consigna cobra vida en manos de las clases sociales en lucha y se transforma en su opuesto

La revolución de 1905 estalló a partir de una manifestación de cien mil obreros que fueron a llevar una “petición” al zar, por iniciativa de un sacerdote llamado Gapón, que constaba, entre otras peticiones, con la convocatoria de una Asamblea Constituyente. Se produjo un baño de sangre. Más de mil muertos y dos mil heridos.

¹ Todas las citas utilizadas en este prefacio son de Lenin y están entre “comillas”. Tanto las itálicas como las negritas fueron marcadas por Lenin en el original. Todas estas citas forman parte de este volumen y están en orden cronológico, de acuerdo con los textos publicados en esta recopilación [N.E.LIT].

Ante la derrota de la guerra con Japón y de la revolución rusa, el capital europeo, aliado de la autocracia, junto con la burguesía rusa, presionaron a la autocracia para que avanzara hacia un régimen monárquico-constitucional o “pseudoconstitucional”. Esta fue la base del acuerdo que empujó a la burguesía rusa para evitar la revolución y garantizar el mantenimiento de la monarquía en Rusia. De ahí su carácter contrarrevolucionario. Según Lenin, el hecho de que Rusia se hubiera convertido en un país capitalista (a pesar de todas las barreras feudales), totalmente dependiente del capital europeo, empujó al país a adaptarse a la dominación capitalista y a tener una cierta constitucionalidad, aunque monárquica.

De esta manera, las consignas que aparecían en los programas originales de los partidos sufrirían modificaciones a medida que la lucha de clases se radicalizaba. La burguesía temía perder sus propiedades en la revolución.

“... teme una actuación demasiado revolucionaria de los obreros, que jamás se detendrán en la revolución democrática, porque aspiran a la revolución socialista”.

Por eso, la burguesía liberal marchó hacia un acuerdo con la monarquía. El proletariado asumió el llamado a una asamblea constituyente, libre y soberana, y se convirtió en vanguardia indiscutida de la revolución democrática, llevando la lucha por las libertades con audacia y de manera revolucionaria, a través del armamento general de los trabajadores y de la huelga general insurreccional. Mientras tanto, la autocracia intentaba hábilmente ganar tiempo con promesas, por un lado, mientras seguía con la represión generalizada al movimiento obrero y democrático, por el otro.

Después de tres meses de revolución, Lenin se preguntaba si sería una revolución como la francesa de 1789 (que derrocaría al gobierno zarista con métodos revolucionarios) o una revolución como la de 1848 (que implementaría una pseudoconstitución monárquica). Analizó los pros y los contras de cada alternativa y concluyó:

“Como es natural, solo la historia se encargará de sopesar estos + y -. Nuestra misión, la misión de la socialdemocracia, consiste

en impulsar la revolución burguesa lo más lejos posible, pero sin olvidar por un momento nuestra tarea *más importante*, que es la organización independiente del proletariado”.

Mientras tanto, los mencheviques daban marcha atrás, aconsejando al proletariado a no marchar hacia la insurrección, esperar los acontecimientos, dejando la dirección de la revolución a la burguesía liberal, pues se trataba de una revolución democrático-burguesa.

Intentaban asustar al proletariado con el siguiente argumento, citado por Lenin:

“La revolución total es la toma del poder por el proletariado y los campesinos pobres. Mas *estas clases*, una vez en el poder, *no podrán* menos que pugnar por la revolución *socialista*. Por lo tanto, la toma del poder –que empieza siendo un paso en la revolución *democrática*– *se transformará*, por la lógica de las cosas, y en contra de la voluntad de quienes participan (y, a veces, incluso sin que tengan conciencia de ello), en la *revolución socialista*. Y al llegar a ese punto será inevitable el fracaso”.

Aquí los caminos se bifurcaban porque Lenin no creía en el “inevitable fracaso de la revolución”, aunque creía que la burguesía rusa era contrarrevolucionaria:

“El antagonismo entre proletariado y burguesía es en Rusia mucho más profundo que en 1789, 1848 y 1871, razón por la cual la burguesía temerá más a la revolución *proletaria* y se apresurará más a echarse en brazos de la reacción”.

Esta posición política de la burguesía rusa llevó, por su parte, a abandonar la consigna de *república*. Pasó a defender la *asamblea constituyente* convocada por la autocracia, es decir, transformó la consigna de la *asamblea constituyente* en una consigna de negociación, de acuerdo entre la burguesía y la nobleza feudal, una constituyente que encubría el poder monárquico con un manto democrático. Por lo tanto, la burguesía pasó a defender la monarquía constitucional como forma de gobierno.

El proletariado heredó el programa máximo de la burguesía sin grandes problemas,

ya que ambas consignas (república y asamblea constituyente) formaban parte del programa mínimo del POSDR, aprobado en el congreso de 1903, junto con la jornada de 8 horas y la reforma agraria. Por lo tanto, para el proletariado, la lucha por la república incorporaba tanto la jornada de 8 horas como la reforma agraria, y demás puntos del “programa mínimo”.

El desplazamiento de las clases en la lucha impuso al proletariado una lucha “desesperada por la república”, la tarea central de la revolución burguesa², en la medida en que los sectores fundamentales de la burguesía abandonaron la lucha por el derrocamiento del zar.

Lenin criticaba a los mencheviques por reproducir un mecanismo en la dinámica de la revolución rusa:

“Hace falta tener una noción verdaderamente escolar de la historia para imaginarse las cosas sin “saltos”, como una línea

² Todas las fracciones, grupos y partidos nacionales que componían el POSDR tenían una opinión unánime sobre el carácter burgués de esta revolución. Las diferencias se concentraban en las tácticas y alianzas de clase en la presente revolución.

recta que asciende con lentitud y regularidad: primero le toca la vez a la gran burguesía liberal (concesiones insignificantes de la autocracia), después a la pequeña burguesía revolucionaria (república democrática) y, finalmente, al proletariado (revolución socialista)”.

Las cuestiones se volvieron más complicadas a medida que avanzaba la revolución. La consigna “Asamblea Constituyente” pasó a ser la consigna de la burguesía liberal y monárquica, utilizada para regatear un acuerdo con el zarismo. Se tornó un puente para un acuerdo contrarrevolucionario.

Lenin decía que, si los revolucionarios no querían solo obtener concesiones del gobierno zarista, debían prepararse para derrocar la autocracia y formar un “gobierno revolucionario provisorio”, producto de una alianza obrera y campesina que “convoque la asamblea constituyente, basándola en un auténtico sufragio universal, directo, igual y secreto”.

Esta perspectiva revolucionaria que unía la defensa de la Constituyente con el derrocamiento de la autocracia dividió aguas con

la burguesía y con las corrientes pequeño-burguesas, que se opusieron a la salida insurreccional, revolucionaria, del proletariado y del campesinado.

Una de las críticas hechas a Lenin y a la facción bolchevique era que su propuesta de un “gobierno revolucionario provisorio” diluiría al proletariado en la pequeña burguesía.

Sin embargo, los peligros de esta alianza con la pequeña burguesía revolucionaria—campesinado e intelectuales revolucionarios— fueron identificados por Lenin, quien puso las siguientes condiciones para participar en este gobierno obrero y campesino:

“golpear juntos y marchar separados, no mezclar las organizaciones, vigilar al aliado como a un enemigo y (...) plantear en primer plano el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado y de su organización política independiente”.

Estamos en mayo de 1905.

A medida que el proceso revolucionario se radicalizaba, la consigna “asamblea constituyente elegida por todo el pueblo”, eje pro-

gramático de los marxistas, se transformó en consigna general, incluso de la propia burguesía liberal.

Esta consigna, decía Lenin, era, en ese entonces, absolutamente insuficiente porque en el programa del POSDR no aparecía aislada, sino entrelazada con 1. el derrocamiento de la autocracia; 2. la sustitución de la monarquía por la república democrática; y, 3. la soberanía del pueblo, una constitución democrática que concentre todo el poder en sus manos, a través de una cámara única, con representantes elegidos directamente por el pueblo.

Por el contrario, la burguesía pasó a utilizar la consigna “Asamblea Constituyente”, desvinculada de la lucha por el derrocamiento de la monarquía y de la república.

Así, el derrocamiento de la autocracia era una condición para que la Constituyente fuese soberana y no recortada en su poder. Quien mantenía la autocracia, el poder y la autoridad efectiva del país seguía siendo Nicolás, el sanguinario.

Por eso, seguía Lenin, cuando la burguesía liberal defendía la Asamblea Constituyen-

te, convocada por el zar, estaba preparando una asamblea consultiva contra el pueblo, apoyada en una cámara alta, dominada por la burguesía, la nobleza, ambas subordinadas al poder monárquico (con más o menos “constitucionalismo”).

Por lo tanto, Lenin concluyó:

“La consigna de la asamblea constituyente elegida por todo el pueblo es, ahora, en sí y de por sí, la consigna de la burguesía monárquica, la consigna de la componenda entre la burguesía y el gobierno zarista. La consigna de la lucha revolucionaria no puede ser otra que el derrocamiento del gobierno zarista y su sustitución por un gobierno provisional revolucionario, que convoque la asamblea constituyente elegida por todo el pueblo”.

Así, los bolcheviques cambiaron el centro de gravedad de la consigna de “Constituyente” para otra: derrocamiento del zar, por un gobierno provisorio revolucionario que convoque una constituyente libre, democrática y soberana.

Lenin orientó a su fracción de la siguiente manera:

“El centro de gravedad se desplaza, ahora, de la convocatoria de la asamblea constituyente a *los métodos* que se empleen para convocarla. Estamos en vísperas de acontecimientos decisivos. El proletariado no debe fiarse de las consignas democráticas generales sino oponerles sus propias consignas, las consignas democrático-proletarias en toda su extensión. Solo una fuerza guiada por estas consignas será capaz de asegurar efectivamente la victoria total de la revolución”.

Esta conclusión diferenció la orientación revolucionaria de los bolcheviques de todas las vertientes políticas burguesas, pequeño-burguesas y reformistas.

Y así llegamos a junio de 1905.

A finales de junio y principios de julio tuvo lugar el levantamiento de Odessa, en el que los marineros del acorazado Potemkin se sublevaron contra los oficiales zaristas y se pasaron del lado de la revolución.

Este hecho confirmó la justeza de la línea bolchevique de colocar el derrocamiento de la monarquía en el centro de la política, mediante una insurrección armada y el llamado a la constitución de un gobierno provisorio revolucionario, en lugar de concentrar la agitación y la propaganda en la “Asamblea Constituyente”.

Esta sublevación de los marineros también apuntaba en dirección hacia la consigna bolchevique de “armamento general del pueblo”, que hasta entonces era una consigna de la burguesía revolucionaria en las revoluciones burguesas anteriores.

Lenin consideró el levantamiento del acorazado Potemkin como el núcleo del ejército revolucionario en formación.

Las huelgas generales obreras se extendieron por toda Rusia (en el Cáucaso, en los Países Bálticos, en Polonia, etc.), combinadas con la sublevación de los marineros y las vacilaciones del ejército, que se negaba a reprimir a los trabajadores y marineros.

En el campo, millones de campesinos ocuparon latifundios, incendiaron fincas y pala-

cios de los nobles (se incendiaron más de dos mil latifundios), mataron a los policías que iban a reprimirlos y exigieron que las tierras fuesen entregadas a los campesinos. Las insurrecciones campesinas alcanzaron un tercio de las regiones de Rusia. Lamentablemente, la dispersión y la desorganización de la lucha campesina fue una de las causas fundamentales de la derrota de la revolución de 1905.

Esta combinación de huelgas en las ciudades con levantamientos campesinos influyó directamente en los levantamientos militares que tuvieron lugar en todo el país.

Al auge del movimiento obrero y campesino se sumó el movimiento de liberación nacional de los pueblos subyugados por la autocracia, que representaban 57% de la población bajo dominio del zarismo.

La situación revolucionaria alcanzó a todos los sectores y regiones del inmenso imperio ruso.

Lenin orientó el programa de un posible gobierno provisorio revolucionario en seis puntos: 1. Asamblea Constituyente; 2. Armamento del pueblo; 3. Derrocamiento de

la monarquía, libertad política; 4. Autodeterminación de los pueblos oprimidos; 5. Jornada de 8 horas; 6. Comités revolucionarios campesinos para la toma de tierras. Serán los puntos fundamentales para conquistar la república democrática, pero sin olvidar en ningún momento su objetivo socialista y la independencia de clase porque “la revolución democrática no es más que un paso en el camino de la revolución socialista”.

A finales de julio de 1905 se presentaron tres posiciones tácticas sobre la constitucionalidad de Rusia: la primera posición, del zarismo, defendía una asamblea consultiva, no constituyente, sin libertad de agitación y con limitaciones de voto en función de la riqueza y el origen social. La segunda posición, de la fracción bolchevique, exigía el traspaso de todo el poder a la asamblea constituyente, con sufragio universal, completa libertad de agitación y precedida por el derrocamiento de la monarquía y su sustitución por un gobierno revolucionario provisorio, órgano de una “insurrección popular triunfante”, que convocase la Constituyente.

La tercera posición, de la burguesía liberal, estaba más cerca de la primera, ya que no defendía el derrocamiento de la monarquía ni la constitución de un nuevo gobierno, ni exigía total libertad de agitación ni sufragio universal. Buscaba de esa forma, “pacífica”, retener la mayor parte del poder en un acuerdo general, dejando de lado al proletariado y el campesinado.

Por lo tanto, la discusión táctica fundamental recaía sobre las condiciones para convocar la constituyente, para que tuviera poder y fuerza, de hecho, ya que la burguesía transformó la consigna Constituyente en una frase vacía, para negociar con la monarquía.

A partir de aquí se estableció una furiosa polémica entre bolcheviques y mencheviques: estos querían que el proletariado se limitase a ayudar a la burguesía a llegar al poder, concentrando su acción en los sindicatos y las asociaciones legales, eligiendo como centro de la actividad partidaria el Zemski Sobor. (posible institución parlamentaria nacional convocada por el zar). La táctica menchevique trataba de crear una expectativa en un organismo parla-

mentario que ni siquiera existía y de ofrecer al proletariado una táctica de presión desde la base, llevar las luchas y huelgas obreras a presionar al Zemski Sobor para que convocase a una constituyente libre y soberano. La táctica menchevique tornaba al proletariado en auxiliar de la burguesía liberal. Mientras, los bolcheviques defendían que el proletariado asumiese la dirección de la revolución, arrastrando al campesinado revolucionario en una insurrección popular, condición para la victoria de la revolución democrática, que abriría “una lucha desesperada por el poder” entre la burguesía y el proletariado porque “hemos entrado, ahora, indudablemente, en una nueva época; se ha iniciado un período de conmociones y revoluciones políticas”. En esta situación, el congreso de la fracción bolchevique votó que, en medio de la revolución democrático-burguesa, el proletariado “no perderá de vista ni un instante el objetivo de hacer la revolución socialista completa”. “*Vperiod* [periódico bolchevique, N.E.LIT] indicaba al proletariado revolucionario de Rusia una misión activa: triunfar en la lucha

por la democracia y aprovechar esta victoria para propagar la revolución a Europa”.

Sintetizando las tácticas y políticas del POSDR (facción bolchevique), Lenin defendió:

“Solo el proletariado puede ser un luchador consecuente por la democracia. Pero puede ganar la batalla por la democracia solo a condición de que las masas campesinas se unan a su lucha revolucionaria. Si al proletariado no le alcanzan las fuerzas para ello, la burguesía se pondrá al frente de la revolución democrática e imprimirá a la misma un carácter inconsecuente e interesado”.

Así, llegamos a agosto de 1905.

El zar publicó la convocatoria de elecciones para la Duma, que pasó a ser conocida como la Duma de Buliguin, ministro del Interior. La autocracia, reaccionando a la revolución que se desarrollaba en toda Rusia, lanzó un cebo para atraer a la burguesía (y, por esa vía, al campesinado) hacia un constitucionalismo monárquico ultracontrolado, consultivo y censal, que dificultaba al proletariado y al

campesinado participar en las elecciones.

En las organizaciones y partidos comenzó la discusión sobre qué hacer ante la Duma de Buliguin. La burguesía se dividió, con un sector monárquico a favor de participar de las elecciones (el partido demócrata constitucionalista) y otro sector partidario del boicot (la intelectualidad burguesa y pequeñoburguesa). La división de la burguesía se daba porque un sector mayoritario quería ampliar los poderes de los zemstvos (para que fuesen deliberativos y no consultivos) mientras el otro sector burgués quería cambiar el sistema electoral.

Lenin defendió el boicot, ya que era un arma de la contrarrevolución para desviar el proceso y dividir el movimiento de lucha democrática. Defendió la idea de un boicot *activo*, no una abstención electoral, sino la intensificación de la agitación, multiplicando por diez el reclutamiento, las manifestaciones, las huelgas políticas, todo eso para mostrar a todo el pueblo el significado de ese llamado de la aristocracia. Multiplicar por diez la agitación en torno a la insurrección

armada, el ejército revolucionario y el gobierno provisorio revolucionario. A favor de una verdadera representación popular, tras el derrocamiento del zarismo. Agitación en torno a los seis puntos programáticos.

Los mencheviques inventaron una táctica increíble: la formación de comités electorales obreros para “organizar la elección de los diputados revolucionarios por el pueblo, fuera de los marcos legales”, es decir, “organizar la autoadministración revolucionaria”. Propusieron una acción irrealizable. Esta fue la manera que encontraron los mencheviques para dejar la acción política principal en manos de la burguesía y evitar la preparación de la insurrección y el armamento del pueblo. Pero, esta posición dudosa apuntaba a otra propuesta táctica: “el compromiso revolucionario de acudir a la Duma de Estado para conseguir su transformación en asamblea revolucionaria que deponga a la autocracia y convoque una asamblea constituyente” (Cherevanin, número 8 de *Iskra*) o “presionar sobre los comprometidos en el sentido de elegir para la Duma solo a los

partidarios resueltos de una representación democrática y libre” (Mártov, en el *Diario Obrero* de Viena). Esta posición (tímidamente opuesta al boicot) era defendida por un sector de la dirección menchevique. Una posición que arrojaba leña en la orientación de la burguesía liberal de hacer un acuerdo con la monarquía en la instalación de una constitución a medias. En un país con diez mil presos políticos, sin libertad para hacer campaña electoral, ¿cómo se podría llevarse a cabo la táctica menchevique?

Lenin destacó que estaba defendiendo el boicot activo a la Duma porque estaba en medio de una revolución, donde la tarea central del proletariado era llevar a cabo una insurrección para derrocar a la monarquía. Decía que “... sería ridículo votar a favor de renunciar en el futuro a la lucha en el terreno de la Duma. Sabemos que cuando no existen condiciones para la insurrección, no solo el Parlamento, sino hasta una parodia de Parlamento puede convertirse en el principal centro de toda agitación a lo largo de todo el período en que no cabe ni hablar de la insurrección popular”.

Lenin retrucaba a Parvus (emigrado ruso que entonces se destacaba como escritor en Alemania) que no podía discutirse la situación de Rusia como si hubiese parlamento. El país no tenía derecho a voto por el pueblo, los principales dirigentes burgueses actuaban en la ilegalidad, con algunos de ellos arrestados y, como si no bastase, había estado de sitio y miles de presos políticos.

Lenin defendía la agitación y la propaganda del partido concentrada en los tres ejes fundamentales (insurrección, ejército obrero y gobierno revolucionario), pues el auge de la revolución se aproximaba:

“Pero aún está por ver si tendrán suficientes fuerzas las clases revolucionarias para llevarla a cabo. Eso lo decidirá la lucha, cuyo momento crítico se aproxima con enorme rapidez, si no nos engaña toda una serie de síntomas directos e indirectos”.

Escribió el 4 de octubre de 1905. A los pocos días, una huelga general le daría la razón. También tenía razón sobre quién era aliado en la revolución en curso:

“Las únicas fuerzas revolucionarias ahora, en la revolución democrática, son el proletariado y los campesinos en lucha contra los terratenientes”.

La huelga general política de toda Rusia, celebrada el 17 de octubre de 1905, que paralizó toda la vida económica y política del país, una huelga general “sin precedentes en el mundo”, expresó el ascenso general de la lucha contra la autocracia. El zar retrocedía, las tropas del ejército vacilaban. Sin embargo, la insurrección apenas comenzaba y se intensificaba. Hubo lucha de barricadas en todas las regiones del país y las tropas enviadas para reprimir negociaban con los huelguistas y se retiraban. Había detenciones de soldados en Ucrania y en Polonia, que se negaban a reprimir.

“La revolución rusa es la *primera* gran revolución de la historia mundial –y, sin duda, no será la última– en que la huelga política de masas ha desempeñado un papel extraordinario”.

Aunque no fue suficiente para derrocar la autocracia, fue suficiente para barrer el aborto

constitucional: la Duma de Buligin. La táctica de boicot fue un éxito en toda la línea.

“El zarismo no tiene ya fuerzas para aplastar la revolución. La revolución no tiene todavía fuerzas para acabar con el zarismo”.

Analizó Lenin de forma fría y concisa.

Ese mismo día, la autocracia publicó un manifiesto garantizando una constitución inmediata, con derechos legislativos, libertades civiles individuales, libertad de opinión, expresión, reunión y asociación. Entonces, apareció una nueva convocatoria, esta vez para la Duma de Witte.

Otro paso más en las concesiones, una trampa para frenar la revolución, ganar tiempo, rearticularse, mientras el poder zarista seguía en pie. El zar invitó a la burguesía liberal a regresar al país y asumir los ministerios. Contradictoriamente, tras esta “concesión” de libertad y amnistía, cerró las universidades, mantuvo a miles de personas en prisión, secuestró los periódicos socialdemócratas, y continuó asesinando a militantes, desencadenando una brutal represión al movimiento,

utilizando a los cosacos y bandos armados de ultraderecha, las centurias negras.

Lenin insistió:

“El proletariado revolucionario ha logrado neutralizar a las tropas, las ha paralizado en las grandes jornadas de la huelga general. Ahora debe lograr que las tropas se pasen totalmente al pueblo.” (...) “La concesión forzada del zar debe haber provocado más vacilaciones aún en sus filas y, en estos momentos, además de esforzarnos por atraer a los soldados a las reuniones obreras, además de intensificar la agitación en los cuarteles, de multiplicar los contactos con los oficiales, debemos crear, juntamente con un ejército revolucionario de obreros, cuadros de revolucionarios conscientes también en el ejército, que si aún ayer era un ejército exclusivamente zarista, ahora se encuentra en vísperas de transformarse en un ejército del pueblo.” (...) “El proletariado revolucionario ha llevado la revolución urbana a su primera gran victoria. Ahora debe ampliar y ahondar la base de la revolución, extendiéndola al campo”.

Estamos a principios de noviembre de 1905.

Un nuevo actor surgió en la lucha política: los Sóviets de Diputados Obreros. Los primeros soviets surgieron como comités de huelga en mayo de 1905; sin embargo, no fue hasta octubre, en la huelga general política de toda Rusia, que asumieron el carácter de órganos embrionarios de poder. En algunas ciudades, los soviets comenzaron a desempeñar el papel de gobierno revolucionario, de órganos dirigentes de la insurrección, imponiendo incluso nuevas leyes. En el mes de octubre, Lenin reconoció estos organismos como “órganos de la insurrección y embrión del nuevo poder revolucionario” o “embrión del gobierno revolucionario provisorio” en el artículo “Nuevas tareas y el Soviet”³ y en “La autocracia agonizante y los nuevos órganos del poder popular”⁴. Lamentablemente, estos soviets no pasaron de embriones de poder y no se extendieron a toda Rusia, el campo y las tropas. Su poder fue demasiado débil y aislado, no tuvo

³ 15 de noviembre de 1905, Tomo 12, p. 59.

⁴ 24 de noviembre de 1905, Tomo 12, p. 125.

tiempo para desarrollarse y centralizarse en nivel nacional.

Esta visión de los soviets como órganos de poder, formará la base de toda la disputa política en la revolución de 1917. En las resoluciones para el Congreso de Unificación del POSDR, en marzo de 1906, en una resolución específicamente sobre los soviets, escrita por Lenin, esta idea del soviet como organismo de poder se tornó un patrimonio de todos:

“... que con la ampliación de la actividad y la esfera de influencia de los Soviets de diputados obreros, es necesario hacer constar que estas instituciones, si no se apoyan en un ejército revolucionario y no deponen a las autoridades gubernamentales (es decir, si no se convierten en gobiernos revolucionarios provisionales), están condenadas inevitablemente a caer; que por tal razón, una de las tareas primordiales de estas instituciones en todo momento revolucionario debe ser armar al pueblo y fortalecer la organización militar del proletariado”.

La huelga política de toda Rusia retrocedió después de dos semanas. Fue sofocada una

insurrección de los marineros de Kronstadt. Ambas posiciones (burguesa y proletaria) se preparaban para nuevos combates.

El desenlace se aproxima.

Esto ocurrió a finales de noviembre y principios de diciembre de 1905. Hubo una insurrección de marineros, soldados y obreros de Sebastopol (en Ucrania, mar Negro) que duró cinco días y tenía como exigencias la convocatoria de la Asamblea Constituyente, la instauración de la república democrática, libertades democráticas, jornada de 8 horas, entre otras. Los mencheviques de la ciudad se opusieron a la insurrección, dividiendo a los insurrectos. El levantamiento no se extendió a otras unidades militares del país y fue sofocado tras cinco días de combates. El teniente Shmidt, un bolchevique, fue sentenciado a muerte, junto con tres marineros, y centenas de dirigentes fueron condenados a prisión y trabajos forzados.

A mediados de diciembre estalló una insurrección armada en Moscú, por iniciativa de los bolcheviques, expresando la voluntad de los obreros y, a partir del llamado del Só-

viet de Moscú, iniciaron una huelga general el 7 de diciembre. En los primeros días de la huelga, pararon más de 150.000 obreros en Moscú. La autocracia respondió con represión generalizada y los obreros levantaron barricadas. El 10 de diciembre la huelga general se convirtió en una insurrección armada, que duró cinco días.

Este fue el punto culminante de la revolución de 1905, según Lenin:

“Un pequeño número de insurrectos, obreros organizados y armados —no serían más de *ocho mil*—, ofrecieron resistencia durante nueve días al gobierno zarista, que no solo llegó a perder la confianza en la guarnición de Moscú, sino que se vio obligado a mantenerla rigurosamente acuartelada; únicamente la llegada del regimiento Semyonovsky desde Petersburgo permitió al gobierno sofocar la insurrección”.

La insurrección no se extendió a toda Rusia. El 19 de diciembre, el soviet de Moscú y el comité del POSDR de la ciudad decidieron acabar con la resistencia armada. A finales de diciembre y en enero de 1906 se produjeron

ron insurrecciones aisladas en varias partes del país, todas sofocadas por la autocracia, que realizó un baño de sangre.

La insurrección de Moscú fue el punto alto de la revolución rusa de 1905, que perduró uno o dos años más, en un largo declive, intercalado con levantamientos localizados.

Los mencheviques, a través de Plejánov, llegaron a la conclusión de que “no debería haberse realizado una insurrección armada”, mientras los bolcheviques opinaban que se deberían haber empuñado las armas con más decisión.

La autocracia lanzó una nueva ley convocando elecciones para la Duma Estatal (Duma de Witte), en medio de la insurrección de los obreros de Moscú. Esta vez, la ley prometía que la Duma sería “legislativa” y no solo consultiva, como la de Buliguin. Aumentó la participación de sectores populares y creó la curia obrera, aumentando el electorado urbano. El sufragio no era universal. Aproximadamente dos millones de obreros, las mujeres, los sin tierra, los pueblos nómadas, los militares y los menores de 25 años no podían votar.

Además, el voto de un terrateniente valía por 15 campesinos y 45 obreros. Se expandió un poco, pero se mantuvo bajo control total de la autocracia.

A principios de 1906, después de la experiencia de un año revolucionario, donde todas las clases y sectores se manifestaron públicamente en una lucha, a veces armada, Lenin pasó a defender acuerdos solo entre organizaciones de hecho revolucionarias, es decir, que “reconocen la insurrección armada como medio de lucha y contribuyen activamente a ella”.

Lenin reconsideró la cuestión del boicot en agosto de 1906. Sus principales argumentos fueron:

1. El boicot estaba vinculado a una situación concreta de la lucha de clases (la Duma de Buliguin), no se trataba de un principio programático e incluso defendiendo tácticamente el boicot, no negaba la participación en el parlamento surgido del proceso antidemocrático: “Sería ridículo renunciar a utilizar hasta la Duma de Buligin”.

2. Los mencheviques (con Plejánov a la cabeza) utilizaban un silogismo formal, re-

produciendo las condiciones de Alemania, afirmando: debemos utilizar las instituciones representativas, la Duma es una institución representativa. Por lo tanto, el boicot es una orientación anarquista.

3. Los bolcheviques analizaban la situación política concreta de una época revolucionaria en Rusia (con ausencia de parlamento) y el estado de ánimo del proletariado en vísperas de una insurrección espontánea. Por lo tanto, las tácticas alemanas no podían copiarse.

4. Teniendo en cuenta estas condiciones, el boicot a la Duma de Bulguin fue la táctica justa, y los acontecimientos lo confirmaron plenamente.

5. Ahora, se trata de la Duma democrática-constitucionalista de Witte. No hay que arrepentirse del boicot a esta Duma, porque indirectamente sirvió a la revolución. Fue promulgada el 11 de diciembre, en medio de la insurrección de los obreros de Moscú por una constituyente libre y soberana. La llamada primera asamblea representativa de Rusia no podía dejarse en manos del zar. Esa fue la forma que tuvo el proletariado para comba-

tir las ilusiones constitucionales difundidas en Rusia entre los campesinos por el partido demócrata constitucionalista.

6. Esta era la única forma de mantener la independencia de clase y la unidad con los campesinos conscientes, contra la burguesía liberal y traidora. Participar de estas elecciones en las condiciones que se dieron, correspondía al apoyo del proletariado al partido demócrata constitucionalista, de la burguesía liberal.

7. La disolución de la Duma por la autocracia no invalidó la táctica del boicot a la Duma de Witte, que no permitía la libre agitación socialdemócrata en las elecciones.

8. Sin embargo, esta Duma trajo nuevas lecciones: cuando la Duma se reunió, la socialdemocracia pudo llevar a cabo la agitación desde dentro y fuera de la Duma, sin mezclarse y denunciando a la burguesía liberal kadete, justamente por ser una Duma “demócrata constitucionalista”.

De esa apreciación, Lenin concluyó que:

“Ahora precisamente ha llegado el momento de que los socialdemócratas revo-

lucionarios dejen de boicotear. No nos negaremos a ir a la segunda Duma cuando sea (o “si” es) convocada. No nos negaremos a utilizar esa palestra, pero en modo alguno exageraremos su modesto valor; al contrario, guiados por la experiencia que ya nos brinda la historia, lo haremos superando totalmente la lucha parlamentaria a otra forma de lucha: la huelga, la insurrección, etc”.

(...)

“Al respecto, deben ser plenamente obligatorias para nosotros las enseñanzas de la Duma demócrata constitucionalista, según las cuales la campaña de la Duma es una forma de lucha subordinada, secundaria, mientras que la forma principal –dadas las condiciones objetivas del momento– sigue siendo el movimiento revolucionario directo de las amplias masas del pueblo”.

Ya durante la guerra, en 1915, Lenin sintetizó el aprendizaje del partido bolchevique con la consigna de “Asamblea Constituyente”:

“Las consignas del proletariado socialdemócrata, las consignas de nuestro Partido,

seguirán siendo, como en el pasado, no una asamblea constituyente, sino el derrocamiento de la monarquía, la instauración de la república, la confiscación de la propiedad agraria de los terratenientes y la jornada de ocho horas”.

En el texto “Algunas Tesis”, de setiembre de 1915, Lenin generalizó teóricamente la experiencia de la revolución de 1905 y las principales orientaciones político-programáticas de la experiencia bolchevique entre 1895 y 1915:

“1) La consigna de “asamblea constituyente”, como consigna independiente, es errónea, puesto que *en el momento actual* el problema es saber quién la convocará. Los liberales admitieron esta consigna en 1905, pues entonces *podía* ser interpretada en el sentido de una asamblea convocada por el zar y que estuviese de acuerdo con él. Las consignas más justas son las de las “tres ballenas” (república democrática, confiscación de las tierras de los terratenientes y jornada de 8 horas), añadiéndoles el llamamiento a la solidaridad internacional de los obreros en la lucha por el socialismo, por el derro-

camiento revolucionario de los gobiernos beligerantes, y contra la guerra”.

Las “tres ballenas” fueron una parte importante del programa del POSDR, tenían en la época un carácter democrático-revolucionario. Tenían un peso en el sistema de consignas que corresponde hoy, en la experiencia del trotskismo, a las “consignas transicionales”.

Y así, llegamos a 1917, donde el tema de la “Asamblea Constituyente” tendrá un papel importante en los debates revolucionarios.

De instrumento de “engaño democrático” en las revoluciones de febrero y octubre de 1917, se convirtió en la consigna de la contrarrevolución después de octubre de 1917

A partir de la revolución de febrero de 1917, la consigna de “Asamblea Constituyente” era utilizada por el nuevo gobierno y por los dirigentes mencheviques y social revolucionarios (que dirigían los soviets, apoyando el gobierno de Kerensky) para postergar la aplicación de reformas importantes, como la instauración de una república democrática, el establecimiento de un parlamento

deliberativo (legislativo), el fin de la guerra, la entrega de tierras a los campesinos, la jornada de 8 horas, etc. Ellos les decían a los trabajadores: la Constituyente garantizará la tierra, la paz, el pan. ¡Esperen la Asamblea Constituyente! En este coro iban posponiendo su convocatoria: se suponía que sería convocada en mayo, pero se pospuso para agosto, noviembre, y así sucesivamente.

Los bolcheviques, partido de la experiencia de 1905, ya desplazaron el eje del debate hacia quién debería convocar la Constituyente. Afirmaban categóricamente que el gobierno provisorio de capitalistas no convocaría la Constituyente (y no lo hicieron). Para Lenin, “el Soviet de Diputados Obreros es el único Gobierno que puede convocar esta Asamblea”.

Así, los bolcheviques decían: “¡confiscación de todas las tierras de los terratenientes!” Los reformistas respondían: “¡solo después de la Constituyente!” Los bolcheviques decían: “¡Ocupen las tierras y entréguelas al soviet local de jornaleros y campesinos pobres!” “¡Ningún apoyo al gobierno de capitalistas y terratenientes! ¡Todo el poder a los soviets!

Mientras la burguesía y los reformistas, en el poder, difundían una ilusión constitucional futura, los bolcheviques defendían el poder obrero y campesino, en la fórmula soviética.

Una vez más, el centro de gravedad se daba en torno a la consigna de “Asamblea Constituyente”, pero de quienes la convocan, pues ella no será libre ni soberana siendo convocada por un gobierno burgués, aliado y totalmente dependiente del capital internacional, en medio de una guerra mundial.

“La vida y la revolución colocan a la Asamblea Constituyente en un plano posterior. Las leyes importan no porque estén escritas sobre papel, sino por quién las aplica”.

La táctica central de los bolcheviques era mostrar al proletariado y al campesinado pobre que la burguesía estaba utilizando un nuevo método de dominación: mentiras, promesas fáciles, palabrería, adulación, limosnas y concesiones insignificantes para mantener lo esencial (“ceder los anillos para que no perder los dedos”). Mientras tanto, seguían en la guerra al servicio del capital anglo-francés.

Hasta octubre de 1917, la consigna de “*Asamblea Constituyente*” no figuraba entre las consignas agitadas y propagandizadas por el partido bolchevique. En los artículos de Lenin y en folletos más profundos, como las “Tesis sobre táctica” o las “Cartas desde lejos”, solo hay referencias que dicen que el gobierno provisorio no convocará la Constituyente, que estaba engañando al pueblo, posponiendo su convocatoria, y utilizando la “Asamblea Constituyente” como excusa para no llevar a cabo las reformas esenciales para la población trabajadora, como la reforma agraria, la jornada de 8 horas, la autodeterminación de los pueblos oprimidos, etc.

Lenin resumió las posiciones de las cuatro principales agrupaciones políticas sobre la “Asamblea Constituyente”, en abril de 1917:

“9. *¿Hay que convocar la asamblea constituyente?*”

A (más derechistas que los demócratas constitucionalistas). No hay que convocarla, pues puede perjudicar a los terratenientes. No quiera Dios que los campesinos decidan en

la Asamblea Constituyente que deben confiscarse todas las tierras a los terratenientes.

B (demócrata constitucionalista). Hay que convocarla, pero sin señalar el plazo. Discutir la cuestión el mayor tiempo posible con los profesores juristas, pues, primero, ya Bebel dijo que los juristas son la gente más reaccionaria del mundo; y, segundo, la experiencia de todas las revoluciones enseña que la causa de la libertad del pueblo fracasa cuando se la confía a los profesores.

C (social demócrata y socialista revolucionaria). Hay que convocarla, y con la mayor rapidez. Es preciso fijar un plazo; hemos hablado ya de ello 200 veces en la “Comisión de Enlace” y mañana lo repetiremos por 201 vez definitivamente.

D (“bolcheviques”). Hay que convocarla, y con la mayor rapidez. Pero solo hay una garantía de su éxito y de su convocación: aumentar el número de Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., y acrecentar su fuerza; la organización y *el armamento* de las masas obreras es la única garantía”.

Nuevamente, a partir de la experiencia de 1905, Lenin puso todo su peso en quién debía convocar la Constituyente: los Soviets de Diputados Obreros y Soldados.

A inicios de agosto de 1917, poco antes del golpe contrarrevolucionario de Kornilov, Lenin publicó un texto titulado “Acerca de las ilusiones constitucionalistas”, donde decía que, a pesar de que en Rusia no existe constitución, toda la población está “impregnada de ilusiones constitucionalistas” porque cree que pronto tendrá una constitución y que será democrática porque la mayoría estará ocupada por los partidos de izquierda (socialdemócratas y socialistas revolucionarios). Lenin puso, en primer lugar, la lucha por desenmascarar estas ilusiones constitucionales, porque según Lenin, la constituyente no sería convocada, ya que la burguesía estaba en contra de su convocatoria. Por eso, Lenin dijo que en 99% de las posibilidades no sería convocada y, si lo fuera, no sería más que una Constituyente impotente e inútil.

“Desde el comienzo mismo de la revolución se perfilaron dos opiniones acerca de

la Asamblea Constituyente. Los eseristas y los mencheviques, impregnados hasta la médula de ilusiones constitucionalistas, enfocaban la cuestión con la credulidad del pequeño burgués que no quiere oír hablar de la lucha de clases: ¡la Asamblea Constituyente ha sido proclamada, habrá Asamblea Constituyente, y basta! ¡Todo lo demás es obra del demonio! Pero los bolcheviques decíamos: la convocación de la Asamblea Constituyente y su éxito estarán asegurados solo en la medida en que se consoliden la fuerza y el Poder de los Soviets. Los mencheviques y los eseristas trasladaban el centro de gravedad al acto jurídico: proclamación, promesa y declaración de la convocación de la Asamblea Constituyente. Los bolcheviques trasladábamos el centro de gravedad a la lucha de clases: si triunfan los Soviets, la Asamblea Constituyente estará asegurada; si no triunfan, no estará asegurada”.

Por eso, para él,

“el problema de la asamblea constituyente está *subordinado* al desarrollo y resultado de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado”.

Confirmando este pronóstico, enseguida se dio un intento contrarrevolucionario de Kornilov, acción directa en la lucha de clases, para derrotar la revolución y todo intento de democratización de la sociedad.

Los generales zaristas, que ahora formaban parte del Estado Mayor del gobierno de Kerensky (con la participación de los SR y los mencheviques), intentaron un golpe bonapartista para imponer una dictadura militar en el país, cerrar los soviets y ilegalizar los partidos de izquierda y, finalmente, restaurar la monarquía.

Kerensky, inicialmente estaba trabajando con Kornilov para cerrar el régimen, pensando en convertirse en la versión moderna de Bonaparte, pero debido a la reacción de la movilización de masas y de las tropas contra el golpe, cambió de lado.

La idea de “unir a todos contra la contrarrevolución zarista”, “unir a todos en defensa de la democracia”, “unir a todos en defensa del gobierno de Kerensky” surgió en todo el país, empezando por las direcciones de los soviets, los partidos reformistas.

La táctica de Lenin fue especial y solo en este momento es que se entiende por qué insistía tanto en que “la lucha por la democracia está subordinada a la lucha de clases por el socialismo”:

“Nosotros no debemos apoyar al gobierno de Kerenski *ni siquiera ahora*. Es una falta de principios. Preguntarán: ¿es posible que no haya que luchar contra Kornilov? ¡Por cierto que sí! Pero no es lo mismo; hay un límite; y ese límite lo transponen algunos bolcheviques cayendo en una “posición conciliadora”, dejándose *arrastrar* por la corriente de los acontecimientos.

Vamos a combatir y combatimos a Kornilov, *como lo hacen las tropas de Kerensky*, pero nosotros no apoyamos a Kerensky, **sino que** desenmascaramos su debilidad, esa es la diferencia. Es una diferencia bastante sutil, pero archiesencial y no se la puede olvidar.

“¿En qué consiste el cambio de nuestra táctica después de la sublevación de Kornilov?”

En que cambiamos *la forma* de nuestra lucha contra Kerensky. Sin debilitar un ápice nuestra hostilidad contra él, sin retirar una sola palabra dicha en su contra, sin renunciar al objetivo de derribar a Kerensky, decimos: hay que *tomar en cuenta* el momento; no vamos a derrocar a Kerensky en seguida; ahora encararemos *de otra manera* la tarea de luchar contra él, a saber: explicando al pueblo (que lucha contra Kornilov) *la debilidad y las vacilaciones* de Kerensky. **También** antes se hacía esto. Pero ahora pasa a ser *lo fundamental*, en esto consiste el cambio.

Luego, el cambio consiste en que ponemos *en un primer plano* el intensificar la agitación en favor de lo que podríamos llamar “exigencias parciales” a Kerensky: que arreste a Miliukov, que arme a los obreros de Petrogrado, que llame a las tropas de Kronstadt, de Víborg y de Helsingfors a Petrogrado, que disuelva la Duma de Estado, que arreste a Rodzianko, que legalice la entrega de las tierras de los terratenientes a los campesinos, que implante el control obrero sobre el trigo y las fábricas,

etc., etc. Y estas exigencias no las debemos presentar solo a Kerensky, *no tanto* a Kerensky, como a los obreros, soldados y campesinos, arrastrados por la marcha de la lucha contra Kornilov. Seguir *arrastrándolos*, alentarlos a que liquiden a los generales y oficiales que se han pronunciado a favor de Kornilov, insistir en que *ellos* exijan de inmediato la entrega de la tierra a los campesinos, sugerirles a *ellos* la idea sobre la necesidad de arrestar a Rodzianko y a Miliukov, de disolver la Duma de Estado, clausurar *Rech* y otros periódicos burgueses e iniciar una investigación judicial. A los eseristas de “izquierda” es a quienes más hay que empujar en esta dirección.

Sería incorrecto pensar que nos *hemos alejado* del objetivo de la conquista del poder por el proletariado. No. Nos hemos acercado extraordinariamente a él, pero *no en forma* directa, sino de costado. Y hay que hacer agitación *en este mismo instante*, no tanto directamente contra Kerensky, como *indirectamente*, pero también contra él, esto es: exigiendo una guerra activa, muy activa, auténticamente revolucionaria con-

tra Kornilov” [Las *itálicas* y **negritas** son de Lenin, en el original, N.E.LIT].

Una imagen que puede describir esta táctica: las masas apoyan el fusil en el hombro de Kerensky para dispararle a Kornilov, y, enseguida, darle un culatazo a Kerensky.

Esta táctica llevó al partido bolchevique al poder de forma extraordinaria. Las masas comprendieron que Kerensky, los mencheviques y los socialistas revolucionarios, al estar unidos a la burguesía contrarrevolucionaria, eran incapaces de defender la democracia, mucho menos los soviets y el socialismo.

Después del fracaso del intento golpista, el gobierno bonapartista de Kerensky, junto con los mencheviques y los socialistas revolucionarios, convocaron una “Conferencia Democrática” (conocida como “preparlamento”) para dar una apariencia de democracia para el pueblo. Estafaron a los participantes de la Conferencia, hinchando la participación de cooperativas, miembros de los zemstvos, etc. y disminuyeron la participación de obreros y campesinos pobres.

La conferencia fue una farsa en la que los ministros hablaban y se reían unos de otros. Los bolcheviques participaron con más de un centenar de representantes de todo el país. Lenin, desde la clandestinidad, criticó duramente la participación de los bolcheviques en esta “Conferencia”. Defendió que era necesario boicotearla. Se basó en la experiencia del boicot a la Duma de Bulguin en 1905, cuando la revolución estaba en su apogeo. Asimismo, a finales de setiembre de 1917 se encontraba en el apogeo, a las vísperas de la nueva revolución (basada en el proletariado y en el campesinado pobre), que se realizaría al cabo de un mes. Hubo un debate entre los delegados bolcheviques en esta Conferencia y la mayoría se posicionó por participar. Trotsky defendió el boicot a la Conferencia, pero perdió la votación. Lenin dijo:

“Trotsky era partidario del boicot. ¡Bravo, camarada Trotsky! El boicotismo fue derrotado en el grupo de bolcheviques que asistieron a la Conferencia Democrática. ¡Viva el boicot!

No podemos ni debemos conformarnos en ningún caso con la participación. La minoría de una conferencia no es el órgano máximo del Partido; además, incluso las decisiones de los órganos máximos deben ser revisadas tomando como base la experiencia de la vida.

Es preciso conseguir a toda costa que el problema del boicot sea resuelto por una sesión plenaria del Comité Ejecutivo y por un congreso extraordinario del Partido. Hay que hacer ahora mismo del problema del boicot una plataforma para las elecciones al Congreso y para *todas* las elecciones en el seno del Partido.

Hay que incorporar a *las masas* a la discusión del problema. Es necesario que los obreros conscientes tomen el asunto en sus manos, efectuando esta discusión y ejerciendo presión en “*las altas esferas*”.

Está fuera de toda duda que en “*las altas esferas*” de nuestro Partido se observan vacilaciones que pueden ser *funestas*, pues la lucha se desarrolla y, en determinadas condiciones, las vacilaciones son capaces, en

cierto momento, de *echar a perder* la obra. Antes de que sea tarde, hay que emprender la lucha con todas las fuerzas y defender la línea justa del partido del proletariado revolucionario.

No todo marcha bien en las altas esferas “parlamentarias” de nuestro Partido; hay que prestarles mayor atención, hay que aumentar su fiscalización por los obreros; hay que determinar con mayor rigor las atribuciones de las minorías parlamentarias”.

Finalmente, confirmando las previsiones de Lenin, el 25 de noviembre se celebraron las elecciones para la Asamblea Constituyente, tras la instauración del Poder Soviético, a partir de una orientación del Partido Bolchevique.

Sin embargo, la convocatoria de las elecciones para la Constituyente respetó las listas electorales de octubre de 1917, candidaturas presentadas antes de la revolución, por lo tanto, una correlación de fuerzas ya obsoleta, pues hasta entonces los socialistas revolucionarios tenían mayoría en la población de Rusia en general.

Esta correlación de fuerzas ya no se correspondía con la realidad electoral del país, pues tal partido presentó listas unitarias (siendo el partido con más electores en todo el país), pero se dividió en noviembre de 1917, donde una parte, los socialistas revolucionarios de izquierda, entraron en el gobierno soviético.

Uno de los elementos fundamentales aún desconocidos por la amplia mayoría del pueblo ruso era la política de paz del Poder Soviético, que aún estaba en sus inicios: publicación de los tratados secretos, llamado al armisticio, etc.

Otro factor fundamental, socioeconómico, de este desfasaje es que las elecciones para la Constituyente se realizaron cuando la inmensa mayoría del pueblo ruso aún no tenía conocimiento de la amplitud de la Revolución de Octubre, cuando aún se estaba procesando el cambio de dirección en todos los organismos gubernamentales de todo el país. Además, se estaba tramitando un acuerdo entre el poder soviético y las distintas nacionalidades oprimidas, lo que cambiaría por completo la correlación de fuerzas entre los diversos partidos.

Por otro lado, la guerra civil iniciada por la burguesía, a través de los generales contrarrevolucionarios, asociados con el capital anglo-francés y con la colaboración de los mencheviques y socialistas revolucionarios, hizo imposible resolver problemas fundamentales por la vía democrática.

Todos estos elementos crearon una brecha que hizo imposible que la Asamblea Constituyente expresara la verdadera correlación de fuerzas de todo el pueblo ruso, principalmente porque no permitía al pueblo renovar sus diputados en ningún momento.

Así, se congeló la correlación de fuerzas entre los partidos políticos de antes de la Revolución de Octubre y del Poder Soviético.

Independientemente de la voluntad de todos los protagonistas, la consigna de “Asamblea Constituyente” se convirtió en la consigna central de la contrarrevolución burguesa e imperialista que invadió Rusia por varias regiones del país.

Este conjunto de circunstancias puso los intereses del poder soviético en conflicto con los intereses de la Asamblea Constituyente.

La única posibilidad de resolver esta crisis era celebrar nuevas elecciones para la Asamblea Constituyente y que esta respetara las decisiones fundamentales del Poder Soviético.

Si no se procedía así, según los bolcheviques, deberían prevalecer las decisiones del Poder Soviético como órgano democrático de poder de la clase trabajadora.

El 5 de enero de 1918 se reunió la Asamblea Constituyente —teniendo como mayoría a los socialistas revolucionarios de derecha que ya estaban en lucha armada contra el poder soviético— que se negó a discutir la propuesta del Comité Ejecutivo Central de los Soviets de reconocer el programa del poder soviético, reconocer la *Declaración de Derechos del pueblo trabajador y explotado*, reconocer la Revolución de Octubre y el Poder Soviético.

“De esta manera, la Asamblea Constituyente ha roto todo lazo entre ella y la República Soviética de Rusia. Era, pues, inevitable el abandono de una Asamblea Constituyente como esa por los grupos de

los bolcheviques y los eseristas de izquierda, que hoy constituyen la mayoría notoriamente aplastante de los Soviets y que gozan de la confianza de los obreros y de la mayoría de los campesinos”.

La consigna de “Asamblea Constituyente” quedó definitivamente asociada con la consigna de “Abajo el Poder Soviético”. Se convirtió en plataforma de los generales zaristas-burgueses (como Kaledin, Denikin, Kolchak, etc.) para derrocar el nuevo poder.

No había alternativa: o “todo el poder a los soviets” o “todo el poder a la asamblea constituyente”.

De esta forma, el Poder Soviético disolvió la Asamblea Constituyente en enero de 1918.

En diciembre de 1919, casi dos años después de la Revolución de Octubre, Lenin hizo balance de las elecciones para la Asamblea Constituyente y de sus relaciones con la dictadura del proletariado (poder soviético).

El resultado de las elecciones fue:

- Partido del proletariado (bolcheviques)
9.020.000 = 25%
- Partidos de la democracia
pequeñoburguesa (SR, mencheviques,
etc.) 22.620.000 = 62%
- Partidos de los terratenientes y de la
burguesía (kadetes, etc. 4.620.000 = 13%
- Total 36.260.000 = 100%

A primera vista, una victoria abrumadora de los partidos pequeñoburgueses (principalmente los SR). Los mencheviques, basándose en estas cifras, llegaron a la conclusión de que el Partido Bolchevique era minoría total en el proletariado ruso.

Sin embargo, analizando la votación más detenidamente, Lenin concluyó que el partido bolchevique venció al partido SR en las principales regiones proletarias de Rusia, mientras que el partido SR ganó las elecciones en las regiones campesinas.

“Tomemos las dos capitales, Petrogrado y Moscú. El número total de votos emitidos en ellas durante las elecciones a la Asamblea

Constituyente fue de 1.765.100, que se distribuyeron así:

- Eseristas 218.000 12,3%
- Bolcheviques....837.000 47,4%
- Kadetes.....515.400 29,1%

Aquí vemos que el Partido Bolchevique tomó el poder apoyado por la amplia mayoría del proletariado ruso.

“Tener una aplastante superioridad de fuerzas en el momento decisivo y en el lugar decisivo: esta “ley” de los triunfos militares es también la ley de los triunfos políticos, especialmente en esa encarnizada y fogosa guerra de clases que se llama revolución”.

El Partido Bolchevique contó también con los votos de la mitad del ejército, con amplia mayoría en los regimientos cercanos a las capitales.

Ese poder de fuego fue lo que permitió al proletariado tomar el poder y a partir de ahí buscar el apoyo del campesinado pobre, utilizando el poder del Estado, entregando las

tierras a los campesinos pobres, mediante la expropiación de los latifundios.

El marxismo analiza el poder del Estado desde el ángulo de la lucha entre clases y no individualmente, donde, supuestamente, cada persona representa un voto y la suma de todos los votos individuales, supuestamente, representa la voluntad popular. Esa es la visión de los reformistas, que pretenden ganar la mayoría mediante el sufragio universal, llegar al poder mediante el voto y a partir de allí construir el socialismo. Solo que la sociedad capitalista no funciona así: los reformistas ya llegaron al poder por la vía electoral centenas de veces en todo el mundo y ninguna de ellas se aproximó siquiera al socialismo.

El sufragio universal está subordinado a la lucha de clases, por lo que sectores de la burguesía, no satisfechos con los resultados electorales adversos (como ocurrió en el Chile de Allende o recientemente en Bolivia o en el Perú), preparan un golpe contrarrevolucionario y colocan a los generales en el poder, imponiendo una dictadura militar representante

de los capitalistas que no pasan de 0,5% de la población.

El poder soviético, por el contrario, es otro tipo de Estado, diferente del Estado burgués: los soviets son una organización de la masa trabajadora que solo acepta trabajadores en su interior. Los explotadores no son aceptados en los soviets. Por eso, el poder soviético puede expropiar los grandes latifundios y distribuir las tierras a los campesinos pobres.

Así, el poder soviético y el partido bolchevique arrebataron toda la base campesina de los SR, después de tomar el poder a través de los soviets. Y lo hicieron promulgando las propias leyes de reforma agraria escritas por el partido SR.

Por lo tanto, toda la correlación de fuerzas expresada en los votos para la Constituyente representaba la correlación de fuerzas anterior a la toma del poder, por lo tanto, estaba superada por los hechos políticos más importantes, como la cuestión de la tierra, de la guerra y de la paz, etc.

“Los traidores, mentecatos y pedantes de la II Internacional jamás pudieron comprender

esta dialéctica: el proletariado no puede lograr la victoria si no conquista a la mayoría de la población. Pero limitar o supeditar esta conquista a la obtención de la mayoría de votos en las elecciones realizadas *bajo el dominio de la burguesía* es la mayor de las necedades, o un simple engaño a los obreros. A fin de conquistar a la mayoría de la población, el proletariado debe, en primer lugar, derrocar a la burguesía y tomar el poder del Estado; en segundo lugar, debe implantar el Poder Soviético y destruir completamente el viejo aparato de Estado, con lo cual socava inmediatamente el dominio, el prestigio y la influencia de la burguesía y de los conciliadores pequeñoburgueses sobre las masas trabajadoras no proletarias. En tercer lugar, debe *destruir completamente la influencia de la burguesía y de los conciliadores pequeñoburgueses sobre la mayoría de las masas trabajadoras no proletarias, satisfaciendo sus necesidades económicas en forma revolucionaria a costa de los explotadores*".

En las regiones donde los bolcheviques tuvieron menos votos (alrededor de 10%) fue

donde las fuerzas contrarrevolucionarias de Kolchak y Denikin se sublevaron y plantearon peligro durante meses y meses.

Sin embargo, a partir de la política de paz (fin de la guerra) y de la distribución de tierras a los campesinos pobres, la base social campesina de la contrarrevolución desapareció. A esto se sumó la experiencia de los campesinos con gobiernos contrarrevolucionarios, que favorecían a los terratenientes y a los capitalistas.

Por eso, los bolcheviques consiguieron derrotar los levantamientos contrarrevolucionarios del capital internacional, asociado a los capitalistas rusos.

Lenin resumió su experiencia con la consigna de “Asamblea Constituyente” en las últimas décadas turbulentas de Rusia y la relación entre esta consigna, la revolución proletaria y el Poder Soviético:

“1. El sufragio universal es un índice de la madurez alcanzada por las diversas clases en la comprensión de sus problemas. Demuestra cómo *tienden* las distintas clases a resolver sus problemas. *La solución* real de

estos problemas no se logra mediante votaciones, sino con la lucha de clases en todas sus formas, incluyendo la guerra civil.

2. Los socialistas y socialdemócratas de la II Internacional adoptan la posición de los demócratas pequeñoburgueses vulgares y comparten su prejuicio de que los problemas fundamentales de la lucha de clases pueden ser resueltos por medio de votaciones.

3. El partido del proletariado revolucionario debe participar en los parlamentos burgueses a fin de esclarecer a las masas; esto se logra durante las elecciones y con la lucha entre partidos en el parlamento. Pero limitar la lucha de clases a la lucha parlamentaria, o considerar esta última como la forma superior y decisiva de lucha, a la que están subordinadas todas las demás formas de lucha, es una verdadera deserción al campo de la burguesía contra el proletariado.

4. En realidad, todos los representantes y partidarios de la II Internacional y todos los dirigentes del llamado partido socialdemócrata alemán “independiente” se pasan así a la burguesía cuando reconocen verbal-

mente la dictadura del proletariado, pero, en los hechos, con su propaganda, inculcan al proletariado la idea de que primero debe lograrse la expresión formal de la voluntad de la mayoría de la población bajo el capitalismo (es decir, la mayoría de votos en el parlamento burgués) para traspasar más tarde el poder político al proletariado.

5. Esta incomprensión consiste especialmente en lo siguiente: olvidan que, en muy gran medida, los partidos burgueses pueden dominar porque engañan a las masas de la población, merced al yugo del capital, a lo que se añade el autoengaño con respecto al carácter del capitalismo, autoengaño típico sobre todo de los partidos pequeñoburgueses, que comúnmente quieren sustituir la lucha de clases por formas más o menos veladas de conciliación de clases.

6. O, en otras palabras:

“Primero debemos comprometernos a aceptar el principio de la igualdad o de la democracia consecuente, mientras subsisten la propiedad privada y el yugo del capital (o sea, desigualdad real bajo igualdad

formal) y procuremos obtener la decisión de la mayoría sobre esta base”, así dicen la burguesía y sus acólitos, los demócratas pequeñoburgueses que se autotitulan socialistas y socialdemócratas.

“Primero la lucha de clase del proletariado que, al conquistar el poder estatal, destruirá los pilares y las bases de la desigualdad real y después el proletariado, que ha derrotado a los explotadores, conducirá a todas las masas trabajadoras a *la abolición de las clases*, es decir, a *la igualdad socialista*, la única que no es un engaño”, decimos nosotros.

7. En todos los países capitalistas, junto al proletariado o a esa parte del proletariado que tiene conciencia de sus objetivos revolucionarios y es capaz de luchar por lograrlos, hay también en las masas trabajadoras numerosas capas proletarias inconscientes, semiproletarias o semipequeñoburguesas, que siguen a la burguesía y a la democracia burguesa (incluyendo a los “socialistas” de la II Internacional), porque han sido engañadas, no tienen confianza en sus propias

fuerzas o en las fuerzas del proletariado y no se dan cuenta de la posibilidad de que sus necesidades más apremiantes sean satisfechas mediante la expropiación de los explotadores.

8. La fuerza del proletariado en cualquier país capitalista es muchísimo mayor que la proporción de la población local que representa. Ello se debe a que el proletariado domina económicamente en el centro y el nervio de todo el sistema económico del capitalismo y, además, a que el proletariado expresa económica y políticamente los verdaderos intereses de la inmensa mayoría de los trabajadores en el capitalismo.

9. Por último, en todos los países capitalistas hay siempre capas muy amplias de la pequeña burguesía que oscilan inevitablemente entre el capital y el trabajo. Para lograr la victoria, el proletariado debe, en primer lugar, elegir el momento acertado para lanzar el ataque decisivo contra la burguesía, teniendo en cuenta, entre otras cosas, la división entre la burguesía y sus aliados pequeñoburgueses o la inestabilidad de su

alianza, etc. En segundo lugar, después de su victoria, el proletariado debe utilizar esas vacilaciones de la pequeña burguesía con el fin de neutralizarla, de impedir que se ponga junto a los explotadores; debe saber sostenerse durante cierto tiempo *a pesar de estas vacilaciones*, y así sucesivamente.

10. Una de las condiciones necesarias de la preparación del proletariado para su victoria es una larga, tenaz e implacable lucha contra el oportunismo, el reformismo, el socialchovinismo y otras influencias y corrientes burguesas similares, que son inevitables puesto que el proletariado actúa en un medio capitalista. Si no se libra esa lucha, si no se derrota previamente por completo el oportunismo dentro del movimiento obrero, no habrá dictadura del proletariado. El bolchevismo no habría podido vencer a la burguesía en 1917-1919 si antes, en 1903-1917, no hubiera aprendido a derrotar a los mencheviques, o sea, a los oportunistas, reformistas y socialchovinistas, y a expulsarlos implacablemente del partido de vanguardia del proletariado.

A través de esta síntesis histórica, que abarca alrededor de 25 años, trazamos la trayectoria de Lenin y de los bolcheviques y su relación con la consigna de la Asamblea Constituyente.

Representó un primer capítulo en el embate entre el régimen de democracia obrera soviética y las formas parlamentarias de la democracia burguesa, donde la Asamblea Constituyente es el punto culminante.

El régimen soviético venció debido a la inexperiencia de la burguesía mundial para enfrentar la revolución proletaria que se iniciaba y debido, principalmente, a la existencia de una dirección revolucionaria, probada en 30 años de importantes enfrentamientos con la dictadura zarista y la burguesía rusa.

Sin embargo, fue la única revolución victoriosa de aquella oleada revolucionaria posterior a la Primera Guerra Mundial.

En la revolución alemana, que comenzó en 1918-1919, ocurrió exactamente lo opuesto de lo que ocurrió en Rusia.

Después de varias insurrecciones de los trabajadores, todas derrotadas por el gobierno del Partido Socialdemócrata alemán, los soviets (organizaciones del poder proletario, de la ruptura con el sistema capitalista) fueron absorbidos por la Asamblea Constituyente (forma de poder del sistema capitalista, democrático-burgués).

Los reformistas en el poder de Estado decían que la democracia burguesa y el sufragio universal (una persona, un voto) era un sistema más democrático que la democracia obrera de los soviets (gobierno directo de los trabajadores, cuyos gobernantes eran simples trabajadores, elegidos por su unidad de trabajo o vivienda, revocables en cualquier momento y que recibían el salario medio de un obrero especializado).

Aquí, por la fuerza de las armas de la contrarrevolución, se impuso la derrota de los soviets y la victoria de la consigna de Asamblea Constituyente, como una consigna de la burguesía imperialista alemana, contra el poder soviético naciente en el país.

Una de las primeras acciones de esa “democracia” fue matar a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht (dirigentes del Partido Comunista Alemán). Tal democracia mantuvo intacto el sistema capitalista alemán y, 15 años después, asumiría la cara nazista en la Segunda Guerra Mundial.

En Alemania, la joven dirección del Partido Comunista no consiguió derrotar la poderosa maquinaria de la socialdemocracia alemana, que subió al gobierno para impedir la victoria de la revolución proletaria en Alemania.

“Nos vimos obligados a desvanecer la ilusión pequeñoburguesa de que el pueblo es un todo único y de que la voluntad popular puede ser expresada en algo que no sea la lucha de clases”.

Esta hazaña de los bolcheviques, esta victoria ideológica conquistada en Rusia, no se dio en Alemania.

Allí, lo que prevaleció fue “todo el poder a la Asamblea Constituyente”.

La derrota de la revolución alemana impidió la expansión de la revolución a toda

Europa y acabó dejando sola a la Rusia revolucionaria, hecho que facilitó la subida de la burocracia estalinista al poder y el retroceso de la revolución rusa, falsificando el legado bolchevique-leninista.

En estos dos ejemplos (el ruso y el alemán) la diferenciación entre marxistas (comunistas) y reformistas (socialdemócratas) quedó patente.

Los reformistas muchas veces aceptan cargos gubernamentales (ministerios, puestos gubernamentales de alto nivel) para ayudar en una supuesta “transición pacífica” al socialismo. Los marxistas, por otro lado, conectan las reformas, las conquistas parciales (que incluye las conquistas democráticas) con el objetivo final, es decir, utilizan las reformas como impulso para la revolución socialista.

La lucha por las reformas puede significar un impulso a la revolución, si ayuda a poner a las masas en movimiento, en lucha, o puede significar un perfeccionamiento de la dominación capitalista, dependiendo de quién dirija la lucha por las reformas: los revolucionarios o los reformistas.

Estos ven las reformas (las demandas democráticas en general) como un fin en sí mismas, mientras los revolucionarios las ven como un medio hacia la revolución socialista.

Por lo tanto, lo que diferencia a los revolucionarios de los reformistas no es que los reformistas luchan por reformas en la sociedad capitalista mientras los revolucionarios luchan por una revolución violenta que derroque el sistema.

Esto, en general, es una verdad, pero *una verdad a medias* (por lo tanto, una mentira).

Los revolucionarios luchan también por reformas en el interior de la sociedad burguesa (como las libertades democráticas ante un golpe dictatorial, la autodeterminación nacional, la reparación histórica para los pueblos oprimidos y colonizados, las cuotas para negros en las universidades, el voto universal en las elecciones, la ayuda a los sectores más pobres de la sociedad (del tipo Bolsa-Familia [en el Brasil]), etc.

Lo que diferencia al marxismo del reformismo es que este último utiliza las reformas para perpetuar el sistema capitalista y

perfeccionar la dominación estatal burguesa, mientras los revolucionarios utilizan las reformas como puentes para la revolución, como medios de lucha democráticos para la revolución socialista, en una dinámica de *revolución permanente*.

En los últimos 100 años, desde que ocurrieron las revoluciones en Rusia y en Alemania, la burguesía ha aprendido mucho con las revoluciones proletarias.

Esta táctica de “golpear y soplar” (“zanahoria y garrote”) es utilizada hoy con maestría por la burguesía de todos los países del mundo, para derrotar las revoluciones protagonizadas por el proletariado, el campesinado y el pueblo pobre en general. “Divide y reinarás”. Cede en minucias para conservar lo esencial. Da con una mano, para quitar con la otra. Un método muy eficaz porque da base real para que los agentes pequeñoburgueses –reformistas de todo tipo– dentro del movimiento de masas puedan desarrollar la esperanza de días mejores entre la población trabajadora sin lucha contra el sistema, una lucha por dentro de las instituciones burgue-

sas para perfeccionar el sistema de dominación capitalista.

Si a finales del siglo XIX eran algunos intelectuales pequeñoburgueses en Rusia, hoy son una *legión* en cualquier país del planeta.

Su principal meta es desviar el curso de la lucha de la clase trabajadora hacia reformas graduales y pacíficas del sistema, aborreciendo la realización de una revolución violenta que derroque el sistema capitalista.

Por lo tanto, la cuestión tan cara al proletariado, las libertades democráticas, se utiliza para derrotar las revoluciones que ocurren en la actualidad y cuanto más radical es la revolución, más se utilizan las consignas de “democracia” para derrotarla.

La consigna de Asamblea Constituyente asumió un papel central en el programa de la burguesía (y de sus agentes en el interior del movimiento obrero y socialista) para enfrentar las revoluciones del siglo XXI.

La derrota de la revolución chilena de 2019 y la Asamblea Constituyente

La revolución chilena se afirmó con las grandes y multitudinarias movilizaciones de masas en las calles, como la del 18 de octubre de 2019 (que contó con el apoyo del proletariado, de los pobres en general, y de la pequeña burguesía democrática, es decir, la amplia mayoría de la población chilena) y consolidó la ofensiva revolucionaria con la huelga general del 12 de noviembre del mismo año, que ubicó al proletariado como uno de los protagonistas de la revolución. La huelga general del 12 de noviembre planteó, aunque de forma embrionaria, la cuestión de quién debía dirigir Chile: el proletariado y el pueblo pobre en general o la burguesía chilena asociada al imperialismo.

Desde octubre y noviembre de 2019, hasta el inicio de los trabajos de la Convención Constitucional, en julio de 2021, las masas trabajadoras chilenas estuvieron en la ofensiva política, en una situación revolucionaria.

Todos los intentos de Piñera, el presidente derechista de Chile, de derrotar la revolución con represión policial fracasaron.

Estaba en el orden del día el llamado al derrocamiento del derechista Piñera (siguiendo el ejemplo de los bolcheviques en la Rusia de 1905 y de 1917) y el llamado a una Constituyente libre y soberana por parte de los movimientos revolucionarios, que pudiese garantizar total libertad de agitación, con igualdad de condiciones entre todos los partidos, eliminando el poder de los medios de comunicación burgueses, para tener, de hecho, poder para atacar los principales problemas del país, originados por la dominación semicolonial del país, que ya dura siglos: la ruptura con la dominación semicolonial del país y la condición de exportador de minerales, la estatización de la minería, bajo control de los trabajadores, la autodeterminación para el pueblo mapuche, la reversión de las privatizaciones, el control de precios, etc.

Esta correlación de fuerzas y la total actitud defensiva de la burguesía chilena obligó a convocar una Asamblea Constituyente para cambiar la constitución heredada del régimen dictatorial de Pinochet.

Desde este ángulo, la convocatoria a una asamblea constituyente representó una conquista de la revolución chilena, que se expresó incluso en la elección de una mayoría de “independientes”.

Pero, como vimos en toda la experiencia de Rusia y del partido bolchevique, esa conquista tenía el objetivo de *desviar* la revolución de las calles (donde la burguesía y los reformistas no tenían control) hacia los salones con aire acondicionado de la institucionalidad (donde la burguesía y los reformistas dominan el “juego parlamentario”).

Y el momento donde *comenzó* esa reacción de la burguesía fue el “Acuerdo de Paz” del 15 de noviembre de 2019 (tres días después de la huelga general), que dejó todo el poder en manos del derechista Piñera y definió la convocatoria de la constituyente con poderes limitados.

Este “Acuerdo de Paz”, en verdad definió que la Constituyente no sería ni libre ni democrática ni soberana, porque todo el poder seguía en manos de la burguesía, con su poder económico y sus medios de comunicación.

Desde ahí, una demanda legítima del pueblo chileno *se convirtió en su opuesto*, y abrió un proceso de cooptación de la pequeña burguesía y de las organizaciones reformistas para salvar el régimen “democrático” chileno y el sistema capitalista semicolonial.

En poco tiempo, la pequeña burguesía democrática fue cooptada a través del Frente Amplio y del PC, que se pasaron del lado de la burguesía para engañar al pueblo con las ilusiones constitucionales, que no eran necesarias nuevas movilizaciones y que el proceso constituyente era el medio privilegiado para lograr los cambios. Así, se fortaleció la ilusión de la vía pacífica para conseguir las reivindicaciones del pueblo chileno. Esta ilusión ganó aún más peso con la traición de los constituyentes “independientes”, que cerraron un acuerdo con el PC y el PS en julio de 2021.

Esta adhesión del PC y demás organizaciones fue determinante para que Piñera no fuera derrocado y no se pudiese avanzar hacia la convocatoria de una constituyente libre y soberana, convocada por un gobierno

que fuese producto de la revolución, tras el derrocamiento de Piñera.

De esta manera, el proceso constituyente, que podría representar un peligro para el sistema burgués semicolonial de Chile, en medio de una situación revolucionaria, que podría tomar decisiones sobre la propiedad de las minas de cobre o sobre la cuestión indígena, sobre las privatizaciones o reformas importantes para el pueblo trabajador, fue “domesticado” y, debido a este acuerdo entre las principales direcciones de todos los partidos políticos chilenos, se transformó en la consigna central de la burguesía para desviar el proceso revolucionario, sacarlo de las calles, y llevarlo al estrecho callejón de las urnas, del sufragio universal, controlado por el poder burgués.

Las ilusiones en el gobierno de Boric, supuestamente progresista y “contra la derecha”, sumadas a la pandemia, fueron utilizadas para derrotar las huelgas y movimientos parciales del proletariado y llevar la revolución al callejón sin salida de la institucionalidad burguesa.

Hoy, cuatro años después, la revolución fue derrotada y una segunda propuesta de Constitución, elaborada por 24 “expertos”, designados por el Congreso Nacional, será sometida a votación plebiscitaria por el pueblo chileno en diciembre de 2023.

Todo este libro, que relata la experiencia histórica del bolchevismo y su relación con las tareas democráticas de la revolución, su conexión con la revolución socialista, dejó lecciones fundamentales, a pesar del siglo que nos separa y de las especificidades de las revoluciones hoy.

Una Constituyente convocada por la burguesía nacional, dominada por el imperialismo, no garantizará tierras a los campesinos, trabajo a los desempleados, la autodeterminación de los pueblos originarios (incluido el derecho a la separación), la reindustrialización de los países y la ruptura con el sistema de agronegocio exportador, la protección de la naturaleza, la reparación histórica para los negros y negras, y el fin de toda opresión a las mujeres, negros,

indígenas, inmigrantes, LGBTI, etc., y, lo más importante de todo, la soberanía nacional y la liberación de la dominación imperialista.

Ninguna de estas cuestiones vitales para el pueblo trabajador de los países pobres del mundo será resuelta por una Asamblea Constituyente convocada por el poder burgués y el gobierno capitalista de turno (incluidos los gobiernos de colaboración de clases como los de Lula, Evo Morales, Mandela, etc.).

Toda la experiencia de Lenin y de los bolcheviques continúan muy actuales: las grandes cuestiones que han puesto a los países en crisis colosales solo se resolverán con un gobierno obrero y campesino, apoyado en los consejos populares, que tenga como base el proletariado urbano y rural, aliado con los campesinos pobres, los indígenas, los negros y negras, los inmigrantes, los precarizados en general.

Entonces, la tarea fundamental de las revoluciones es combinar estas reivindicaciones democrático-revolucionarias, en ruptura con el sistema capitalista y la falsa democracia burguesa.

Por lo tanto, la lucha fundamental de las revoluciones del siglo XXI parte de estas demandas, llevándolas hasta el final en dirección hacia la revolución socialista. Son puentes (reivindicaciones transitorias) que ligan las demandas democráticas con la lucha de clases, con la lucha por el socialismo.

La experiencia bolchevique sirvió también para que la clase trabajadora pueda enfrentar a la ultraderecha sin apoyar los gobiernos burgueses normales o de la colaboración de clases. También veremos, a lo largo de estas páginas, cómo Lenin enfrentó a la ultraderecha (el golpe militar de Kornilov) sin caer en el apoyo al gobierno de Kerensky.

Se trata de temas muy actuales, donde la experiencia rusa puede iluminar, guardando las debidas proporciones y especificidades de cada caso, las tácticas de los partidos marxistas revolucionarios en formación en el siglo XXI.

Nazareno Godeiro,
16 de noviembre de 2023.

Los perseguidores de los zemstvos y los Aníbales del liberalismoⁱ

Escrito en junio de 1901. Publicado por primera vez en diciembre de 1901, en el núm. 2-3 de la revista "Zariá" Firmado: Y. P.

Se publica según el texto de la revista cotejado con el texto de la recopilación: V. Ilín "En doce años", 1907

Se ha dicho del campesino ruso que su mayor pobreza consiste en que casi no tiene conciencia de esa pobreza; del hombre común o súbdito ruso puede decirse que, siendo pobre en derechos civiles, lo es particularmente en lo relativo a la conciencia de esa falta de derechos. De la misma manera que el mujik se ha acostumbrado a la miseria sin salida, a vivir sin detenerse a pensar en las causas que la originan ni en la posibilidad de acabar con ella, el hombre común ruso se habituó en general a la omnipotencia del Gobierno, a vivir sin pensar en si podrá seguir sosteniéndose esa omnipotencia y si no existen, junto a ella, fenómenos que socavan el régimen político

caduco. Un excelente “antídoto” contra esa inconsciencia y ese letargo políticos suelen ser los “documentos secretos”¹, demostrativos de que no solo algunos criminales empedernidos o enemigos jurados del Gobierno, sino también sus propios miembros –los ministros y el zar inclusive–, reconocen la inestabilidad de la forma autocrática de gobierno y buscan, por todos los medios, mejorar su situación que no les satisface en absoluto.

Entre tales documentos figura la *Memoria* de Witte, quien, después de haber reñido con Goremikin, ministro del interior, con motivo de la implantación de las instituciones de los zemstvos en las regiones periféricas, decidió demostrar especialmente su sagacidad y su devoción a la autocracia, extendiendo un acta de acusación contra los zemstvos.²

¹ Me refiero, por supuesto, tan solo a ese tipo de “antídoto” que son las publicaciones de la prensa y que dista mucho de ser el único y el “más eficaz”.

² “*La autocracia y los zemstvos*”. *Memoria confidencial del ministro de Hacienda, S. Y. Witte, con prefacio y notas de R. N. S.*, insertada en Zariá. Stuttgart, Verlag von J. H. W. Dietz Nachf. (Stuttgart, edición de herederos de J. H. W. Dietz. –Ed.), 1901, págs. XLIV y 212.

Se acusa a los zemstvos de ser incompatibles con la autocracia, de ser una institución constitucional por su naturaleza misma, de que su existencia engendra inevitables rozamientos y choques entre los representantes de la sociedad y los del Gobierno. La requisitoria ha sido redactada sobre la base de un material muy extenso relativamente y bastante bien elaborado, y como se refiere a un asunto político (por lo demás, bastante peculiar), podemos estar seguros de que será leída con no menos interés y no menor provecho que las actas de acusación publicadas hace tiempo por nuestra prensa en relación con los procesos políticos.

I

Tratemos de examinar si justifican los hechos la afirmación de que nuestros zemstvos son una institución constitucional, y si así fuere, en qué medida y en qué sentido precisamente.

En esta cuestión tiene excepcional importancia la época en que fueron instituidos los zemstvos.ⁱⁱ La caída del régimen de servidumbre fue un viraje histórico de tal magnitud que

no pudo menos de desgarrar el velo policial que cubría las contradicciones entre las clases. La clase más cohesionada, más instruida y habituada al poder político –la nobleza– expresó bien definitivamente su afán de limitar el poder autocrático por medio de instituciones representativas. La mención de este hecho en la *Memoria* de Witte es muy aleccionadora. “En 1859-1860, en las asambleas de la nobleza ya se habían hecho declaraciones acerca de que era necesaria una ‘representación’ general de la nobleza, acerca del ‘derecho de la nación rusa a tener sus representantes electos para que actúen como consejeros del poder supremo’”. “Se llegó incluso a pronunciar la palabra ‘constitución’”.³ “Algunos comités provinciales para asuntos campesinos y miembros de estos comités convocados ante las comisiones redactoras señalaron también que era necesario llamar a

³ Dragománov. *El liberalismo de los zemstvos en Rusia*, pág. 4. El autor de la *Memoria*, señor Witte, omite con bastante frecuencia indicar que copia a Dragománov (cfr., por ejemplo, la *Memoria*, págs. 36-37, y el artículo mencionado, págs. 55-56), aunque en otros pasajes alega a él.

la sociedad a participar en la administración. ‘Los diputados aspiran evidentemente a una constitución’, anotaba Nikitenko en su diario en 1859”.

“Cuando, después de promulgado el Reglamento del 19 de febrero de 1861ⁱⁱⁱ quedaron frustradas las esperanzas depositadas en la autocracia y cuando, además, en el momento en que se comenzó a aplicar dicho Reglamento fueron eliminados de la propia administración los elementos considerados como demasiado ‘rojos’ (tal es el caso de N. Miliutin), el movimiento en favor de la ‘representación’ se hizo más unánime. Se expresó en proposiciones presentadas ante muchas asambleas de la nobleza en 1862 y en una serie de memoriales de estas asambleas celebradas en Nóvgorod, Tula, Smolensk, Moscú, Petersburgo y Tver. El más notable es el de la asamblea de Moscú, que solicitaba la autonomía administrativa local, el procedimiento judicial público, el rescate obligatorio de las tierras campesinas, la publicidad del presupuesto, la libertad de prensa y la convocación en Moscú de

una Duma de los zemstvos^{iv}, con participación de todas las clases, para que preparara un proyecto integral de reformas. Las más tajantes eran las resoluciones y el memorial de la nobleza de Tver, del 2 de febrero, sobre la necesidad de una serie de reformas civiles y económicas (por ejemplo, la igualación de derechos de los estamentos, el rescate obligatorio de las tierras campesinas) y ‘la convocación de representantes electos de toda la nación rusa, como único medio de resolver satisfactoriamente los Problemas suscitados, pero no resueltos por el Reglamento del 19 de febrero’”.

Dragománov, 5. Interpretación abreviada en la Memoria, pág. 64, con una referencia no a Dragománov, sino a la revista Kólokol,^v núm. 126, y a la Revue des deux Mondes,^{vi} 1862, 15 de junio, citadas por él.

A pesar de las sanciones administrativas y judiciales impuestas a los promotores del memorial de Tver⁴ —continúa Dragomá-

⁴ A propósito, hace poco (el 19 de abril del año en curso, es decir, de 1901) falleció en su finca patrimonial, en la provincia de Tver, uno de dichos promotores, Nikolái

nov– (en realidad, no directamente por el memorial, sino por motivar con aspereza el abandono colectivo del cargo de mediadores de paz^{viii}), declaraciones concebidas en el mismo espíritu fueron presentadas también ante diversas asambleas de la nobleza en 1862 y comienzos de 1863, en las que, al mismo tiempo, se elaboraban

Alexándrovich Bakunin, hermano menor del famoso M. A. Bakunin. Nikolái Alexándrovich, su hermano menor Alexéi y otros mediadores firmaron el memorial de 1862. Este memorial –informa el autor de la nota sobre N. A. Bakunin, aparecida en uno de nuestros periódicos– fue causa del castigo impuesto a sus firmantes. Después de un año de reclusión cumplida en la fortaleza de Pedro y Pablo, los presos recuperaron la libertad, pero Nikolái Alexándrovich y su hermano Alexéi no fueron perdonados (no firmaron el pedido de indulto), por lo cual se les prohibió ocupar en adelante cargos públicos. A partir de entonces, Nikolái Alexándrovich no volvió a dedicarse –no podía hacerlo, por otra parte– a la actividad social... ¡Así castigaba nuestro Gobierno en la época de las más “magnas reformas” a los nobles terratenientes que actuaban legalmente! Y eso tuvo lugar en 1862, antes de la insurrección polaca [Se trata de la insurrección de 1863-1864 por la liberación nacional de Polonia y el derrocamiento de la autocracia zarista. La insurrección fue brutalmente aplastada por las tropas zaristas. N.E.], cuando incluso Katkov proponía convocar el Zemski Sobor de toda Rusia.

proyectos de autonomía administrativa local. En aquella época, el movimiento constitucionalista se desarrolló también entre los raznochintsi^{viii}, expresándose en la formación de sociedades secretas y la edición de proclamas más o menos revolucionarias, tales como Velikorúss (de agosto a noviembre de 1861; en su publicación participaron oficiales del ejército, entre otros Obruchev), Zémskaya Duma (1862), Zemliá y Volia (1862-1863)... En la época de Velikorúss se emitió también un proyecto de memorial que debía ser presentado al zar, según decían muchas personas, con motivo de la celebración del milenio de Rusia (agosto de 1862)”. En dicho proyecto se decía, en particular: “Dignaos, soberano, convocar en una de las capitales de nuestra patria rusa, en Moscú o en Petersburgo, a los representantes de la nación rusa, a fin de que redacten una constitución para Rusia.”..⁵

Si recordamos, además, la proclama *Molodaya Rossía*^{ix}, las numerosas detenciones

⁵ Cfr. con V. Búrtsev. En cien años, pág. 39.

y los castigos draconianos impuestos a delincuentes “políticos” (Obruchev, Mijáilov y otros), que culminaron con la ilegítima y fraguada condena a trabajos forzados de Chernishevski, será claro para nosotros el ambiente social que dio origen a la reforma de los zemstvos. Al decir que “la idea de la formación de las instituciones de los zemstvos era política, sin duda alguna” y que en las esferas gubernamentales “tenían indudablemente en cuenta” el espíritu liberal y constitucionalista que impregnaba la sociedad, la *Memoria* de Witte solo dice una verdad *a medias*. El punto de vista oficial y burocrático sobre los fenómenos sociales, que en todas partes manifiesta el autor de la *Memoria*, se pone de relieve también aquí, se pone de relieve en hacer caso omiso del movimiento *revolucionario* y en disimular las draconianas medidas represivas que el Gobierno aplicó para *defenderse* del embate del “partido” revolucionario. Ciertamente es que, a nuestro juicio actual, es extraño decir que a comienzos de la década del 60 existiese y ejerciera su embate un “partido” revolucio-

nario. Cuarenta años de experiencia histórica nos han hecho mucho más exigentes respecto a lo que puede llamarse movimiento revolucionario y embate revolucionario. Pero no se debe olvidar que entonces, después de treinta años del régimen de Nicolás I, nadie podía prever aún el curso que seguirían los acontecimientos, nadie podía determinar la verdadera fuerza de resistencia del Gobierno, la verdadera fuerza de la indignación popular. Animación del movimiento democrático en Europa; efervescencia en Polonia; descontento en Finlandia; exigencia de reformas políticas por parte de toda la prensa y de toda la nobleza difusión de *Kólokol* en toda Rusia; vigorosa prédica de Chernishevski, quien aun con sus artículos sometidos a censura sabía educar a auténticos *revolucionarios*; aparición de proclamas; excitación entre los campesinos, a los cuales “muy frecuentemente” se tuvo que *obligar*, con ayuda de la fuerza armada y con derramamientos de sangre, a aceptar el “Reglamento” que los despojaba de todo; renunciaciones colectivas de mediadores de paz^x, procedentes de la nobleza,

a aplicar *tal* “Reglamento”; disturbios estudiantiles; en tales circunstancias el político más prudente y lúcido tenía que reconocer que era perfectamente posible un estallido revolucionario y que existía el peligro más serio de una insurrección campesina.

Este articulito [de I. Pantaléev, N.E. LIT] reúne algunos hechos muy interesantes acerca de la efervescencia revolucionaria de los años 1861 y 1862 y acerca de la reacción policiaca:

“A principios de 1862, la atmósfera social llegó a ser tensa en extremo; la menor circunstancia podía imprimir de súbito al curso de la vida una u otra dirección. Este papel lo desempeñaron precisamente los incendios de mayo de 1862 en Petersburgo”. Comenzaron el 16 de mayo, pero se destacaron particularmente los días 22 y 23. En este último día se produjeron cinco incendios; el 28 de mayo ardió el edificio Apraxin^{xi} y una amplia zona circundante. La gente empezó a acusar de estos incendios a los estudiantes y los periódicos se hicieron eco de esos rumores. La proclama *Molodaya Rossia*, que

declaraba una guerra a muerte a todo el régimen existente y justificaba todos los medios, fue considerada como confirmación de los rumores de que los incendios eran intencionados. “Después del 28 de mayo se proclamó en Petersburgo algo parecido a la ley marcial”. Un comité especial, constituido al efecto, quedó facultado para adoptar medidas de *excepción* con vistas a proteger la capital. La ciudad fue dividida en tres sectores, con gobernadores militares al frente. Para entender en las causas sobre incendios se formó una corte marcial. Fueron suspendidos, por un término de ocho meses, *Sovremennik*^{xii} y *Rússkoe Slovo*^{xiii}, clausurado *Den*^{xiv}, de Axákov, y hechas públicas severas reglamentaciones provisionales para la prensa (ratificadas ya el 12 de mayo, *es decir, antes de que empezaran los incendios*). Por consiguiente, al “curso de la vida” se le había imprimido una marcada orientación hacia la reacción e independientemente de los incendios, a pesar de la opinión del señor Panteléev) y las normas de control de las imprentas. Se practicaron numerosas detenciones de carácter político (Chernishevski,

N. Serno-Solovióvich, Rimarenko y otros), se clausuraron las escuelas dominicales^{xv} y las salas de lectura públicas. En Petersburgo, las conferencias públicas sufrieron toda clase de trabas; fueron clausurados la segunda sección de Literaturni Fond^{xvi} y hasta el Club de Ajedrez.^{xvii} La comisión investigadora no pudo establecer ninguna relación entre los incendios y la política. Stolbovski, miembro de dicha comisión, relató al señor Panteléev “cómo se logró desenmascarar en la comisión a los principales testigos falsos, quienes según parece, no eran sino simples instrumentos de los agentes de policía” (325-326). Así pues, existe muy serio fundamento para suponer que *los rumores acerca de los estudiantes incendiarios habían sido difundidos por la policía*. Por consiguiente, aun en el apogeo de la “época de las magnas reformas”, la ignorancia popular era explotada del modo más ignominioso para calumniar a los revolucionarios y a quienes protestaban.⁶

⁶ I. Panteléev. *De los recuerdos sobre la década del 60*; pág. 315 de la recopilación titulada *Na slávnom postú* (En un puesto glorioso): recopilación literaria que publicaron los

En tal situación el Gobierno autocrático, que consideraba que su misión suprema consistía, por un lado, en preservar a toda costa la omnipotencia y la irresponsabilidad de la camarilla cortesana y del ejército de funcionarios sanguijuelas y, por el otro, apoyar a los peores representantes de las clases explotadoras, *no podía proceder de otro modo* que exterminando implacablemente a algunos elementos, enemigos conscientes e irreductibles de la tiranía y la explotación (o sea, a los “cabecillas” del “partido revolucionario”), y aterrorizando y sobornando mediante pequeñas concesiones a la masa de descontentos. Trabajos forzados para quienes prefirieron callar antes que vomitar estúpidas o hipócritas alabanzas a la “gran liberación”; reformas (*inofensivas para la autocracia y las clases explotadoras*) para quienes se llenaron la boca con el liberalismo del Gobierno y se extasiaron ante la era de progreso.

populistas en homenaje al 40 aniversario (1860-1900) de la actividad literaria y pública de su ideólogo, N. K. Mijailovski.

No queremos decir que esta táctica policíaca reaccionaria bien calculada fuera comprendida con nitidez y aplicada sistemáticamente por todos o siquiera por algunos miembros de la camarilla gobernante. Por supuesto que podía haber miembros que, debido a su mediocridad, no reflexionaban sobre esa táctica en su conjunto y se entusiasmaban ingenuamente por el “liberalismo”, sin advertir su envoltura policíaca. Pero en general no cabe duda de que la experiencia y la razón colectivas de los gobernantes los obligaban a aplicar indeclinablemente esta táctica. No en vano la mayoría de los dignatarios y altos funcionarios cursó durante largos años la escuela del servicio y el adiestramiento policíaco bajo el régimen de Nicolás I, y eran, por así decirlo, toros corridos. Ellos recordaban que los monarcas o bien coqueteaban con el liberalismo, o bien eran verdugos de los hombres como Radíchev y “azuzaban” a los Arakchéev contra los fieles súbditos; recordaban el 14 de diciembre de 1825^{xviii} y cumplían la misma función de gendarmería europea que el Gobierno ruso ejecutó en 1846 y 1849^{xix}. La experiencia histórica

de la autocracia no solo obligaba al Gobierno a seguir la táctica de intimidación y depravación, sino que también incitaba a muchos liberales independientes a recomendar esa táctica al Gobierno. He aquí, para demostrar la certeza de esta última opinión, los razonamientos de Kóshelev y de Kavelin. En su folleto *La Constitución, la autocracia y la Duma de los zemstvos* (Leipzig, 1862), A. Kóshelev se pronuncia contra la Constitución y por la Duma de los zemstvos consultiva y prevé la siguiente objeción:

“Convocar una Duma de los zemstvos significa llevar a Rusia a una revolución, es decir, a la repetición en nuestro país de los *États généraux*^{xx}, que se convirtieron en Convención^{xxi} y culminaron su actividad con los acontecimientos de 1792, con las proscripciones, la guillotina, las *noyades*⁷. etc”.

“No, señores –responde Kóshelev–, no es la convocación de la Duma de los zemstvos lo que abre o prepara el terreno para la revolución, como la entienden ustedes, sino

⁷ Violencias en masa. – Ed.

más bien y más certeramente la producen el comportamiento indeciso y contradictorio del Gobierno, un paso adelante y un paso atrás, las ordenanzas y leyes difíciles de cumplir, los grilletes impuestos al pensamiento y a la palabra; la vigilancia policíaca (manifiesta y, peor aún, secreta) ejercida sobre las acciones de los estamentos y de particulares, las persecuciones mezquinas de ciertas personalidades, la dilapidación del tesoro público donde se efectúan gastos y recompensas excesivos e irracionales, la ineptitud de los estadistas y su ignorancia de los asuntos de Rusia, etcétera, etcétera. En un país que acaba de salir de largos años de opresión pueden llevar con mayor certeza aún a la revolución (otra vez en el sentido en que la entienden ustedes) las ejecuciones de militares, las mazmorras y los confinamientos, pues las viejas heridas son incomparablemente más sensibles y dolorosas que las nuevas. Pero no tengan miedo: en nuestro país no habrá una revolución como la efectuada en Francia, según ustedes, por los periodistas y otros hombres de letras. Esperamos también que en Rusia

no se constituirá (aunque esto es más difícil de asegurar) una sociedad de cabezas exaltadas, temerarias, que escojan el asesinato como medio para alcanzar sus fines. Pero es mucho más probable y peligroso que, imperceptiblemente para la policía de los zemstvos, la urbana y la secreta, bajo la influencia de la escisión, se llegue a un entendimiento entre los campesinos y la pequeña burguesía de la ciudad, a los que se unirán jóvenes y adultos, autores y adeptos de *Velikorúss*, *Molodaya Rossía*. etc. Tal entendimiento que hará tabla rasa de todo y predicará la igualdad no ante ¡a ley, sino a despecho de ella ¡qué liberalismo incomparable! ¡Por supuesto, nosotros estamos por la igualdad, pero por una igualdad *no a despecho* de la ley, esa ley que destruye la igualdad!), que no preconizará la comunidad^{xxii} popular, histórica, sino su engendro morboso, ni el poder de la razón, tan temible para algunos politicastos del Estado, sino el poder de la fuerza bruta, a la cual recurren gustosos ellos mismos; tal entendimiento, digo, es mucho más posible en nuestro país y puede ser mucho

más fuerte que una oposición moderada, de pensamientos leales e independiente al Gobierno, oposición tan abominable para nuestros burócratas, que la traban y tratan de ahogarla por todos los medios. No crean que el partido de la prensa interior, secreta y anónima es poco numeroso y débil y no se imaginen haberse apoderado de sus ramas y raíces. ¡No! Al prohibir que la juventud termine sus estudios, al elevar travesuras a la categoría de delitos contra el Estado y al recurrir a toda clase de mezquinas persecuciones y vigilancias han decuplicado la fuerza de este partido, lo han difundido y multiplicado en todo el Imperio. ¿A qué recurrirán nuestros hombres de Estado, si este entendimiento provoca la explosión? ¿A la fuerza armada? Pero ¿se podrá contar con ella de seguro?» (págs. 49-51).

¿No es evidente la táctica que se deriva de las pomposas frases de este pasaje, táctica consistente en exterminar a las «cabezas exaltadas» y a los adeptos del «entendimiento entre los campesinos y la pequeña burguesía de la ciudad» y satisfacer y dividir, haciendo

concesiones, a la “oposición moderada, de pensamientos leales”? Solo que el Gobierno resultó ser más inteligente y hábil de lo que se imaginaban los señores Kóshelev y salió del paso con concesiones menores que la convocación de una Duma de los zemstvos “consultiva”.

He aquí una carta particular de K. D. Kavelin a Herzen fechada el 6 de agosto de 1862: “...A mi juicio, las noticias que llegan de Rusia no son tan malas. No ha sido detenido Nikolái, sino Alexandr Solovióvich. Las detenciones no me asombran ni me parecen indignantes, lo confieso. El partido revolucionario considera aceptables todos los medios para derrocar el Gobierno, y este se defiende con todos los medios a su alcance. Otra cosa fueron las detenciones y confinamientos durante el Gobierno del infame Nicolás. Los hombres perecían por sus ideas, sus convicciones, su fe y sus palabras. Quisiera verte en el lugar del Gobierno para saber cómo obrarías contra los partidos que, en secreto y en público, actúan contra ti. Yo quiero a Chernishevski, le quiero muchísi-

mo, pero no he visto jamás a un *brouillon*” (pendenciero, regañón, intratable individuo que siembra cizaña) “semejante, un hombre tan desprovisto de tacto y tan presuntuoso. ¡Perderse por nada, absolutamente por nada! Hoy no existe la menor duda de que los incendios están relacionados con las proclamas”.⁸

¡He aquí un botón de muestra de la profundidad de pensamiento de un profesor-lacayo! La culpa de todo la tienen esos revolucionarios, tan seguros de sí mismos que silban a los liberales vanilocuentes, tan provocativos que actúan en secreto y en público contra el Gobierno y tan desprovistos de tacto que van a parar a la fortaleza de Pedro y Pablo^{xxiii}. Si se hallara en el poder, también él, profesor liberal, reprimiría “por todos los medios” a esa gente.

210

⁸ Citamos de la traducción alemana de la correspondencia entre K. D. Kavelin e I. S. Turguénev con A. I. Herzen, editada por Dragománov: *Bibliothek russischer Denkwürdigkeiten, herausgegeben von Th. Schiemann*, Bd. 4, S. 65-66. Stuttgart, 1894 (*Biblioteca de obras maestras de la literatura rusa*, editada por T. Schiemann, t. 4, págs. 65-66, Stuttgart, 1894. –Ed.).

II

Así pues, la reforma que instituyó los zemstvos fue una de las concesiones que la ola de excitación pública y el embate revolucionario arrancó al Gobierno autocrático. Hemos caracterizado con especial detalle este embate para completar y corregir lo expuesto en la *Memoria*, cuyo autor burócrata ha velado la lucha que originó esta concesión. Pero el carácter ambiguo y cobarde de esta concesión se describe con suficiente claridad también en la *Memoria*:

“Al comienzo, apenas iniciada la reforma para establecer los zemstvos, el propósito era sin duda dar un primer paso hacia la implantación de instituciones representativas⁹, pero luego, al ser reemplazados el

⁹ “Sin duda” el autor de la *Memoria*, que habla por boca de Leroy-Beaulieu, cae en la habitual exageración burocrática. “Sin duda” ni Lanskói ni Miliutin tuvieron en cuenta nada realmente concreto; y es ridículo considerar como un “primer paso” las frases evasivas de este último (“en principio es partidario de la Constitución, pero estima prematura su promulgación”).

conde Lanskói y N. A. Miliutin por el conde Valúev, se manifestó muy claramente el deseo —que no negaba ni el propio ex ministro del Interior— de proceder con espíritu ‘conciliador’, de manera ‘suave y evasiva’. ‘El Gobierno mismo no tiene una idea clara de sus propósitos’, decía en aquel entonces. En una palabra, se emprendió el intento de actuar evasivamente entre dos opiniones opuestas y, satisfaciendo las aspiraciones liberales, preservar el orden existente, intento que lamentablemente es repetido muy a menudo por los estadistas y que siempre da resultados negativos para todos...”.

¡Es muy divertido aquí ese farisaico “lamentablemente”! El ministro de un gobierno policíaco trata de presentar aquí como casual una táctica que ese gobierno *no puede dejar de seguir* y que aplicó al promulgar las leyes de la inspección de trabajo, la ley de la reducción de la jornada laboral (del 2 de junio de 1897) y que continúa aplicando hoy (1901) mediante el coqueteo del general Vannovski con la “sociedad”^{xxiv}.

“Por una parte, en la nota aclaratoria del reglamento sobre las instituciones de los zemstvos se decía que la tarea de la ley proyectada consiste en desarrollar del modo más completo y consecuente posible los principios de la autonomía administrativa local y que ‘la administración de los zemstvos no es sino órgano especial de un solo y mismo poder estatal’... En sus artículos, *Sévernaya Pochta*^{xxv}, a la sazón órgano del Ministerio del Interior, hacía alusiones muy claras a que las instituciones que se formaban serían una escuela preparatoria de las instituciones representativas.

Por otra parte; la nota aclaratoria dice que las instituciones de los zemstvos son particulares y sociales y se subordinan a las leyes generales sobre la misma base que las diversas asociaciones y personas particulares...

Las mismas prescripciones del Reglamento de 1864 y sobre todo las medidas posteriores adoptadas por el Ministerio del Interior respecto a las instituciones de los zemstvos atestiguan con suficiente claridad que su ‘independencia’ infundía graves recelos y que se temía dar el correspondiente desarrollo a

estas instituciones, *dándose perfecta cuenta a qué llevaría.*” (La cursiva siempre es nuestra.)... “No cabe duda de que quienes tuvieron que dar término a la reforma de los zemstvos la aplicaron *solo como concesión a la opinión pública* para, según dice la nota aclaratoria, ‘poner límite a las *esperanzas quiméricas y las aspiraciones de libertad de los distintos estamentos*, surgidas con motivo de la formación de las instituciones de los zemstvos’; al mismo tiempo, estas personas la comprendían (¿la reforma?) bien claro y *procuraban impedir el correspondiente desarrollo del zemstvo*, imprimirle un carácter particular, limitar su competencia, etc. Tranquilizando a los liberales con las promesas de que el primer paso no sería el último, hablando o, mejor dicho, repitiendo las opiniones de los adeptos de la tendencia liberal sobre la necesidad de dar a las instituciones de los zemstvos una autoridad efectiva e independiente, el conde Valúev *trató ya por todos los medios, al redactarse el Reglamento de 1864, de restringir esta autoridad y someter las instituciones de los zemstvos a una rigurosa tutela administrativa...*

Al empezar a funcionar en la forma en que las creara el Reglamento de 1864, las instituciones de los zemstvos, no presididas por una idea directriz y siendo un compromiso entre dos tendencias opuestas, resultaron inadecuadas a la idea fundamental de la autonomía, puesta en su base, y al régimen administrativo en el cual se les había insertado mecánicamente y el cual, además, no había sido reformado y seguía siendo inadaptado a las nuevas condiciones de vida. El Reglamento de 1864 trató de conciliar lo inconciliable para satisfacer al mismo tiempo a los partidarios y a los adversarios de la autonomía de los zemstvos. *A los primeros se les ofrecía las apariencias y la esperanza en el futuro, y, para complacer a los segundos, la competencia de las instituciones de los zemstvos se definía de manera sumamente elástica”.*

¡Qué frases atinadas dejan escapar a veces por descuido nuestros ministros, cuando quieren poner la zancadilla a algún colega y manifestar su agudeza de espíritu! ¡Y cuán útil sería para todos los benignos hombres

comunes rusos y para todos los admiradores de las “magnas” reformas colgar en su casa, con marco dorado, los grandes preceptos de la sabiduría policíaca: “tranquilizar a los liberales con las promesas de que el primer paso no será el último”, “ofrecerles” “las apariencias y la esperanza en el futuro”! Hoy sería útil sobre todo recordar estos preceptos al leer un artículo o nota del periódico sobre la “cordial solicitud” del general Vannovski.

Así pues, desde el comienzo mismo, el zemstvo estaba condenado a ser la quinta rueda del carro de la administración estatal rusa, rueda *tolerada* por la burocracia únicamente en la medida en que no infringía su omnipotencia, en tanto que el papel de los diputados de la población se limitaba a la práctica pura, a la simple ejecución técnica del conjunto de tareas trazadas por la misma burocracia. Los zemstvos carecían de órganos ejecutivos propios, debían actuar a través de la policía, no estaban relacionados entre sí y fueron puestos desde el comienzo bajo el control de la administración. Y después de haber hecho esta

concesión tan inofensiva para sí, el Gobierno empezó, al día siguiente de la implantación del zemstvo. a coartarlo y restringirlo sistemáticamente: la todopoderosa camarilla burocrática *no podía* entenderse bien con una representación elegida por todos los estamentos y se puso a hostigarla por todos los medios. El resumen de datos sobre ese hostigamiento, pese a que es incompleto a todas luces, constituye una parte muy interesante de la *Memoria*.

Hemos visto cuan pusilánime e insensata fue la actitud de los liberales hacia el movimiento revolucionario de principios de los años 60. En lugar de apoyar “el entendimiento de la pequeña burguesía de la ciudad y los campesinos con los adeptos de *Velikorúss*”, tenían miedo a ese “entendimiento” e intimidaban con el mismo al Gobierno. En lugar de alzarse en defensa de los líderes del movimiento democrático, perseguidos por el Gobierno, se lavaron farisaicamente las manos y justificaron al Gobierno. Y sufrieron un justo castigo por esa política traidora de vanilocuencia retumbante y de vergonzosa

debilidad. Después de haberse ensañado con los hombres capaces no solo de perorar, sino también de *luchar* por la libertad, el Gobierno se sintió lo bastante fuerte para desplazar a los liberales incluso de las posiciones modestas y secundarias que habían ocupado “con permiso de las autoridades”. Mientras “el entendimiento de la pequeña burguesía de la ciudad y los campesinos” con los revolucionarios constituía una seria amenaza, el propio Ministerio del Interior balbuceaba acerca de la “escuela de instituciones representativas”, pero tan pronto como los alborotadores, “desprovistos de tacto y tan presuntuosos”, y los “pendencieros” fueron eliminados, a los “escolares” les sentaron las costuras sin ceremonias. Empieza una epopeya tragicómica: mientras el zemstvo solicita la ampliación de sus derechos, se los *van cercenando* inflexiblemente uno tras otro, respondiendo a sus solicitudes con sermones “paternales”. Pero dejemos que hablen las fechas históricas, aunque solo sean las mencionadas en la *Memoria*.

El 12 de octubre de 1866, una circular del Ministerio del Interior pone a los funcionarios de los zemstvos en completa dependencia de las instituciones gubernamentales. El 21 de noviembre de 1866 se promulga una ley que restringe el derecho de los zemstvos de imponer gravámenes a los establecimientos comerciales e industriales. En 1867, en la asamblea de los zemstvos de Petersburgo, esta ley es criticada acerbamente y se decide (a propuesta del conde A. P. Shuválov) pedir al Gobierno que los problemas afectados, por dicha ley sean discutidos ‘en común y simultáneamente por la administración central y el zemstvo’. El Gobierno responde a esa petición clausurando las instituciones de los zemstvos de Petersburgo y recurriendo a represalias: Kruze, presidente del Consejo del zemstvo de San Petersburgo, es desterrado a Oremburgo, el conde Shuválov a París, y al senador Liuboschinski se le obliga a dimitir. *Sévernaya Pochta*, órgano del Ministerio del Interior, publica un artículo en el que “esta medida punitiva tan severa se explica por el hecho de que desde la apertura misma de sus

sesiones, las asambleas de los zemstvos obraron infringiendo la ley” (¿Qué ley?, ¿Y por qué los transgresores de la ley no fueron llevados *ante los tribunales*?, ¿Es que no acababa de instituirse una justicia rápida, ecuánime y misericordiosa?) “y en lugar de apoyar a las asambleas de los zemstvos de otras provincias, aprovechando los derechos concedidos por disposición soberana para velar de hecho por los intereses económicos locales de su incumbencia” (es decir, en vez de obedecer dócilmente y cumplir los “propósitos” de la burocracia), “manifestaron constantemente, por una exposición inexacta de la cuestión y por una interpretación errónea de las leyes, el deseo de *despertar la desconfianza y la falta de respeto al Gobierno*”. No es de extrañar que después de tal amonestación “los otros zemstvos no apoyaron al de Petersburgo, aunque la ley del 21 de noviembre de 1866 provocara un fuerte descontento en todas partes; muchos proclamaron en las asambleas que esa ley equivalía a la supresión de los zemstvos”.

El 16 de diciembre de 1866 aparece una “aclaración” del Senado, concediendo a los gobernadores el derecho de negar la confirmación de cualquier persona elegida por la asamblea del zemstvo que ellos consideren desafecta. El 4 de mayo de 1867 viene otra aclaración del Senado: contradice la ley la comunicación de los propósitos del zemstvo a las demás provincias, pues las instituciones de los zemstvos deben administrar los asuntos locales. El 13 de junio de 1867, por decisión del Consejo de Estado, sancionada por el soberano, se prohíbe publicar, sin permiso de las autoridades provinciales locales, las disposiciones adoptadas en las asambleas públicas de los zemstvos, urbanas y de los estamentos, los informes sobre las asambleas, los debates en ellas, etc. Además, la misma ley amplía los poderes de los presidentes de las asambleas de los zemstvos, les otorga el derecho de clausurar las asambleas y les obliga a clausurar, *bajo pena de castigo*, las asambleas en las que se sometan a discusión las cuestiones que discrepan de la ley. La sociedad acogió esta medida con bastante animadversión y la con-

sideró como grave restricción de la actividad de los zemstvos. “Todo el mundo sabe –anotaba Nikitenko en su diario– que el zemstvo está atado de pies y manos por la nueva ley, en virtud de la cual los presidentes de las asambleas y los gobernadores recibieron un poder casi ilimitado sobre los zemstvos”. La circular del 8 de octubre de 1868 concede a los gobernadores la facultad de autorizar o no la publicación de los informes incluso de los consejos de los zemstvos y limita las relaciones entre ellos. En 1869 se instituye el cargo de inspector de escuelas públicas con vistas a desplazar el zemstvo de la dirección efectiva de la instrucción pública. Un reglamento del Comité de Ministros, ratificado el 19 de septiembre de 1869 por el soberano, establece que “ni por su composición ni por sus principios fundamentales las instituciones de los zemstvos son autoridades gubernamentales”. La ley del 4 de julio de 1870 y la circular del 22 de octubre de 1870 confirman y refuerzan la dependencia de los funcionarios de los zemstvos respecto a los gobernadores. En 1871, la instrucción impartida a los inspectores de escuelas públicas les

otorga el derecho de destituir a los maestros, reconocidos desafectos, y suspender toda decisión del consejo de escuela para remitirla a consideración del patrocinador de escuelas. El 25 de diciembre de 1873, en un rescripto dirigido al ministro de Instrucción Pública, Alejandro II expresa su temor de que, *debido a una vigilancia patrocinadora insuficiente*, la escuela pública puede convertirse “*en instrumento de corrupción moral del pueblo, y ya se ‘han descubierto algunas tentativas en ese sentido’*” y ordena a los mariscales de la nobleza contribuir, con su participación más directa, a asegurar la influencia moral de esas escuelas. Más tarde, en 1874, aparece un nuevo Reglamento de las escuelas públicas, que pone todas las funciones administrativas en manos de sus directores. El zemstvo “protesta”, si se puede calificar sin ironía de protesta la solicitud de que la ley sea revisada con participación de representantes de los zemstvos (solicitud del zemstvo de Kazán, de 1874). Por supuesto que la solicitud es desestimada. Etcétera, etcétera.

III

Tal fue el primer curso de ciencias enseñado a los ciudadanos de Rusia en la “escuela de instituciones representativas”, organizada por el Ministerio del Interior. Por fortuna, además de los escolares políticos que escribían con motivo de las declaraciones constitucionales de los años 60: “Es hora de dejarse de tonterías y poner manos a la obra, y la obra está hoy en las instituciones de los zemstvos y en ninguna parte más”¹⁰, también hubo en Rusia “pendencieros” insatisfechos con semejantes consideraciones de “tacto” que llevaban al pueblo la prédica revolucionaria. A pesar de que marchaban bajo la bandera de una teoría que en el fondo no era revolucionaria, su prédica despertaba el descontento y la protesta de amplios sectores de la juventud instruida. A despecho de la teoría utópica, que negaba la lucha política, el movimiento condujo al enfrentamiento temerario de un puñado

¹⁰ Carta que Kavelin escribió en 1865 a sus familiares con motivo de la solicitud de la nobleza moscovita de “convocar una asamblea general de representantes de la tierra rusa para discutir las necesidades comunes a todo el Estado”.

de héroes con el Gobierno, a la lucha por la libertad política. Gracias a esa lucha –y solo a ella– la situación volvió a cambiar, el Gobierno se vio obligado otra vez a hacer concesiones, y la sociedad liberal demostró otra vez su inmadurez política, su incapacidad de apoyar a los luchadores y ejercer una auténtica presión sobre el Gobierno. Las aspiraciones constitucionales del zemstvo se pusieron de manifiesto con nitidez, pero resultaron un “arrebato” impotente, a pesar de que el liberalismo de los zemstvos por sí mismo hubiera dado un considerable paso adelante en el sentido político. Es particularmente notable su intento de formar un partido clandestino y de fundar su propio órgano político. La *Memoria* de Witte reúne datos de algunas obras ilegales (de Kennan, Dragománov, Tijomírov) para caracterizar el “camino resbaladizo” (pág. 98) emprendido por los zemstvos. A fines de los años 70 se celebraron congresos de liberales de los zemstvos. Los liberales decidieron “adoptar las medidas necesarias para poner coto, aunque sea temporalmente, a la actividad

destructora del partido revolucionario extremista, pues estaban convencidos de que nada podría obtenerse por medios pacíficos, si los terroristas persistían en irritar e inquietar al Gobierno con amenazas y actos de violencia” (pág. 99). Así pues, en lugar de preocuparse de ampliar la lucha, de asegurar a revolucionarios el apoyo de un sector social más o menos amplio y de organizar un embate general (en forma de manifestación, de negativa de los zemstvos a efectuar gastos obligatorios, etc.), los liberales empiezan otra vez con las mismas consideraciones de “tacto”: ¡“no irritar” al Gobierno!, ¡recurrir a los “medios pacíficos”, los mismos medios pacíficos que tan brillantemente habían demostrado su futilidad en los años 60!¹¹ Se comprende que

¹¹ Dragománov decía con razón: “Hablando en propiedad, el liberalismo de Rusia ni siquiera puede hacer uso de ‘medios pacíficos’, pues en nuestro país la ley prohíbe toda declaración en favor de un cambio de la dirección suprema. Los liberales de los zemstvos habrían debido saltarse resueltamente esta prohibición y mostrar, así al menos, su fuerza tanto ante el Gobierno como ante los terroristas. Puesto que los liberales de los zemstvos no mostraron tal fuerza, hoy ven que el Gobierno se apresta a suprimir

los revolucionarios no se avinieran a ningún cese o interrupción de las hostilidades. Los miembros de los zemstvos fundaron entonces una “liga de elementos opositores”, transformada más tarde en “Sociedad de unión y autonomía de los zemstvos”, o “Unión de los zemstvos”. El programa de la Unión de los zemstvos exigía: 1) libertad de palabra y de prensa; 2) garantías de inviolabilidad personal; 3) “convocación de una asamblea constituyente. El intento de editar folletos ilegales en Galitzia fracasó (la policía austríaca secuestró los manuscritos y detuvo a las personas que se proponían imprimirlos) y a partir de agosto de 1881 pasó a ser órgano de la “Unión de los zemstvos” la revista *Vólnoe Slovo*^{xxvi}, que apareció en Ginebra bajo la dirección de Dragománov (ex catedrático de la Universidad de Kiev). “En resumidas cuentas –escribía el propio Dragománov en 1888–, ...la experiencia de la edición de un órgano de los zemstvos

incluso las ya cercenadas instituciones de los zemstvos” (obra citada, págs. 41-42).

–*Vólnoe Slovo*– no puede considerarse feliz, aunque solo sea porque los materiales propios de los zemstvos solo empezaron a llegar sistemáticamente a la Redacción desde fines de 1882, y en mayo de 1883 la edición ya se había suspendido” (obra citada, pág. 40). El fracaso del órgano liberal fue resultado natural de la debilidad del movimiento liberal.

El 20 de noviembre de 1878, Alejandro II pronunció en Moscú, ante los representantes de los estamentos, un discurso en el que expresaba la esperanza de contar con su “concurso para apartar a la juventud extraviada del nefasto camino al que tratan de arrastrarla gentes mal intencionadas”. Más tarde, un llamamiento a que la sociedad preste su concurso apareció también en *Pravítelstvenni Véstnik*^{xxvii} (1878, núm. 186). En respuesta, cinco asambleas de los zemstvos (las de Járkov, Poltava, Chernígov, Samara y Tver) proclamaron la necesidad de convocar un Zemski Sobor. «Se puede pensar asimismo» –escribe Witte, autor de la *Memoria*, después de haber expuesto en detalle el contenido de los memoriales

de dichas asambleas, de los cuales solo tres fueron publicados íntegramente— “que las declaraciones de los zemstvos en favor de la convocación de un Zemski Sobor habrían sido mucho más numerosas de no haber adoptado el Ministerio del Interior las medidas oportunas para impedir la aparición de tales declaraciones: se cursó una circular a los mariscales de la nobleza, presidentes de las asambleas de los zemstvos de las provincias, instándoles a que no permitieran ni siquiera la lectura de semejantes memoriales en las asambleas. En algunos lugares los delegados fueron detenidos y deportados, y en Chernígov se llegó a hacer evacuar el salón de sesiones por los gendarmes” (104).

Las revistas y los periódicos liberales apoyaron este movimiento; una petición de “25 notables ciudadanos moscovitas” elevada a Loris-Mélikov señalaba la conveniencia de convocar una asamblea independiente de representantes de los zemstvos y proponerle participar en el gobierno de la nación^{xxviii}. Al designar a Loris-Mélikov ministro del Interior, el Gobierno, *aparen-*

temente, hacía una concesión. Pero nada más que *aparentemente*, pues, lejos de darse algunos pasos decisivos, ni siquiera se formularon declaraciones positivas y que no admitiesen tergiversaciones. Loris-Mélikov citó a los directores de ediciones periódicas de Petersburgo y les expuso un “programa”: enterarse de los anhelos, necesidades, etc. de la población, brindar al zemstvo, etc. la posibilidad de valerse de los derechos legítimos (¡el programa liberal garantiza a los zemstvos los mismos “derechos” que la ley viene cercenando sistemáticamente!), etc. El autor de la *Memoria* escribe:

“Por conducto de sus interlocutores —con ese fin, precisamente, habían sido invitados— el ministro dio a conocer su programa a toda Rusia. En el fondo, el programa no prometía nada concreto. Cada cual podía extraer de él lo que quisiera, es decir, todo o nada. Tenía razón a su modo (¿solo ‘a su modo’, y no ‘de todos los modos’, absolutamente?) un volante clandestino de aquella época, al decir que en dicho programa a la vez menea ‘la cola del zorro’ y rechina los dientes ‘la boca del

lobo'. Este ataque al programa y su autor es tanto más comprensible cuanto, al exponerlo a los representantes de la prensa, el conde recomendó con insistencia que 'no perturben ni agiten en vano con sus ilusiones soñadoras a la opinión pública'". Pero los liberales de los zemstvos no prestaron oído a esa *verdad* expuesta en el volante clandestino y tomaron el meneo de la "cola del zorro" por un "nuevo rumbo" en el que podían confiar. "El zemstvo confiaba en el Gobierno y se simpatizaba con él" —dice la *Memoria* de Witte, repitiendo las palabras del folleto ilegal *Opiniones de las asambleas de los zemstvos sobre la situación actual de Rusia*—, "por más que temía adelantarse y dirigirle al Gobierno peticiones excesivas". Es característica la confesión de los adeptos del zemstvo que exponen libremente sus opiniones: en su congreso de 1880, la Unión de los zemstvos acaba de decidir "procurar que sea establecida una representación popular central, con la condición imprescindible de que existan una sola cámara y el sufragio universal". ¡Y esa decisión de *procurar* se realiza mediante la

táctica de “*no adelantarse*”, “*confiar*” en las declaraciones ambiguas y que no obligan a nada y “*simpatizar*” con ellas! Con una ingenuidad imperdonable los miembros de los zemstvos se imaginaban que presentar peticiones equivalía a “procurar”, por lo cual las peticiones “de los zemstvos comenzaron a llover en abundancia”. El 28 de enero de 1881, Loris-Mélikov presentó un informe repleto de obediencia y veneración proponiendo formar, una comisión de representantes elegidos por los zemstvos, que elaborase los proyectos de leyes indicados por “su augusta voluntad” y que solo tuviese voz sin voto. Una conferencia especial, designada por Alejandro II, aprobó esta medida; la conclusión de la Conferencia del 17 de febrero de 1881 fue ratificada por el zar, que sancionó asimismo el texto del comunicado gubernamental propuesto por Loris-Mélikov.

“Es indudable –escribe Witte en su *Memoria*– que la institución de tal comisión meramente consultiva no significaba todavía crear una constitución”. Pero –continúa– sería difícil negar que era otro paso

(después de las reformas de los años 60) dado hacia la Constitución, y solo hacia ella. Y el autor repite la noticia de la prensa extranjera de que Alejandro II dijo acerca del informe de Loris-Mélikov: “Pero eso son ya *les Etats généraux*”... “Lo que se nos propone no es otra cosa que la Asamblea de Notables de Luis XVI”^{xxix}.

Por nuestra parte, señalemos que la realización del proyecto de Loris-Mélikov, *podría* constituir en determinadas condiciones un paso hacia la Constitución, pero también podría no serlo. Todo dependía del factor que prevaleciera: la presión del partido revolucionario y de la sociedad liberal o la resistencia del partido de adeptos inflexibles de la autocracia, partido muy poderoso, cohesionado y poco escrupuloso en la elección de medios. Si no hablamos de lo que podría haber sido, sino de lo que fue, tenemos que hacer constar el hecho indudable de la *vacilación* del Gobierno. Unos estaban por una lucha decidida contra el liberalismo, mientras que otros, por concesiones. Pero —y esto es de especial

importancia— estos últimos también vacilaban, sin tener ningún programa bien determinado y sin elevarse por encima del nivel de burócratas de un practicismo estrecho.

“El conde Loris-Mélikov —dice Witte en su *Memoria*— parecía tener miedo de mirar las cosas de frente, definir con precisión su programa y continuaba —cierto es que en otra dirección— la anterior política evasiva que ya había aplicado con respecto a las instituciones de los zemstvos el conde Valúev. Como señalara con justa razón también la prensa legal de aquel entonces, el mismo programa anunciado por Loris-Mélikov se distinguía por una gran imprecisión. Esta imprecisión se observa también en todas las acciones y palabras posteriores del conde. Por una parte, declara que la autocracia ‘está separada de la población’, que ‘él considera que el apoyo de la sociedad es la fuerza principal...’, que él no consideraba la reforma proyectada ‘como algo definitivo, sino que veía en ella solo un primer paso’, etc. Al mismo tiempo, por otra parte, el conde declaraba a los representantes de

la prensa que “...las esperanzas despertadas en la sociedad no son otra cosa que una ilusión quimérica...”, y en el informe repleto de obediencia y veneración al soberano afirmaba categóricamente que el Zemski Sobor sería ‘una peligrosa experiencia de retorno al pasado...’ y que la medida por él proyectada no tendría ningún significado en el sentido de limitación de la autocracia, pues nada tenía de común con las formas constitucionales de Occidente. En general, según la atinada observación de L. Tijomírov, el informe mismo se distingue por una redacción notablemente embrollada” (pág. 117).

Y con respecto a los *luchadores* por la libertad, Loris-Mélikov, ese famoso héroe de la “dictadura del corazón”^{xxx}, llevó “las crueldades hasta extremos desconocidos antes ni más tarde, como la ejecución de un menor de 17 años por el solo hecho de haberse hallado en su poder una hoja impresa. Loris-Mélikov no se olvidó de los rincones más remotos de Siberia para empeorar allí la situación de los mártires de la propaganda” (V. Zasúlich en el núm. 1 “de *Sotsial-Demokrat*”^{xxxi}, pág.

84). Ante tales vacilaciones del Gobierno, solo una fuerza capaz de librar seriamente la lucha habría podido lograr la Constitución. Pero esa fuerza no existía: los revolucionarios se habían agotado el 1 de marzo^{xxxii}, en la clase obrera no había un amplio movimiento ni una organización firme, la sociedad liberal se mostró, esta vez también, tan poco desarrollada políticamente que, aun después del asesinato de Alejandro II, se limitó a presentar solicitudes. Las presentaban los zemstvos y las ciudades, las presentaba la prensa liberal (*Poriádok, Straná, Golos*^{xxxiii}), las presentaban –en una forma particularmente leal, casuística y nebulosa– los autores liberales de notas informativas (marqués Velepolski, profesor Chicherin y profesor Gradovski; la *Memoria* de Witte expone el contenido de estas notas según el folleto londinense¹² *La*

¹² El autor de la *Memoria* copia en general del modo más escrupuloso, como hemos visto, los folletos ilegales y confiesa que “la prensa clandestina y las publicaciones extranjeras, cada cual, desde su punto de vista, brindaban una apreciación bastante certera del asunto” (pág. 91). Lo único original que puede aportar este docto “especialista” ruso “en problemas del Estado” son algunos materiales en

Constitución del conde Loris-Mélikov, ed. del fondo de la prensa rusa libre, Londres, 1893), inventando “graciosos intentos de hacer que el monarca cruzara la línea soñada sin advertirlo».

Sin una fuerza revolucionaria, desde luego, todas esas solicitudes cautelosas e invenciones ingeniosas resultaron nulas, y el partido de la autocracia salió vencedor, vencedor a pesar de que el 8 de marzo de 1881 la mayoría (7 contra 5) del Consejo de Ministros votó *en favor* del proyecto de Loris-Mélikov. (Así lo informa el mismo folleto, pero el autor de la *Memoria*, que lo copia con celo, en este caso declara no se sabe por qué: “No se tienen noticias verídicas de lo sucedido en esta reunión —la del 8 de marzo— ni de a qué se llegó; no sería prudente confiar en los rumores que llegaron a la prensa extranjera”, 124..) El 29 de abril de 1881 apareció el manifiesto

bruto; todos los puntos de vista fundamentales sobre las cuestiones políticas de Rusia tuvieron que tomarlos de las publicaciones clandestinas.

sobre el afianzamiento y la protección de la autocracia, calificado por Katkov de “maná celestial”^{xxxiv}.

Por segunda vez, desde la liberación de los campesinos, fue repelida la ola del embate revolucionario, y después de ello y a consecuencia de ello, al movimiento liberal lo sucedió por segunda vez la *reacción*, la cual, por supuesto, provocó amargas lamentaciones de la sociedad progresista rusa. Somos grandes maestros cuando se trata de lamentaciones: lamentamos la falta de tacto y la presunción de los revolucionarios cuando molestan al Gobierno; lamentamos la indecisión del Gobierno, cuando este, no viendo ante sí una verdadera fuerza, hace pseudoconcesiones y quita con una mano lo que acaba de dar con la otra; lamentamos el “tiempo desprovisto de ideas y de ideales”, cuando el Gobierno, después de haberse ensañado con los revolucionarios huérfanos del apoyo popular, se apresura a recuperar lo perdido y se fortalece para una lucha nueva.

IV

La época de la “dictadura del corazón”, como se llamó al Ministerio de Loris-Mélikov, enseñó a nuestros liberales que incluso el “constitucionalismo” de un ministro –aunque sea el primer ministro, en el ambiente de completa vacilación del Gobierno, aunque la mayoría del Consejo de Ministros haya aprobado el “primer paso hacia la reforma”–, no garantiza absolutamente nada, si no existe una fuerza social seria, capaz de obligar al Gobierno a que se rinda. Es interesante asimismo el hecho de que también el Gobierno de Alejandro III, aun después de hacer público el manifiesto sobre el afianzamiento de la autocracia, no empezó de inmediato a mostrar todas sus uñas, sino estimó necesario tratar de engatusar a la “sociedad” durante algún tiempo. Al decir “engatusar”, no nos proponemos atribuir la política del Gobierno a un plan maquiavélico^{xxxv} de tal o cual ministro, dignatario, etc. No se puede insistir demasiado en que el sistema de pseudoconcesiones y de algunos pasos aparentemente importantes “al encuentro” de

la opinión pública haya llegado a ser sangre de la propia sangre de todo Gobierno moderno, comprendido el ruso, pues el Gobierno ruso, a lo largo de muchas generaciones, ha comprendido también la necesidad de tener presente la opinión pública de una u otra manera y ha educado, a lo largo de muchas generaciones, estadistas duchos en el arte de la diplomacia interior. Tal diplomático, que tenía la misión de encubrir el retroceso del Gobierno a la reacción directa, fue el conde Ignátiev, sucesor de Loris-Mélikov en el cargo de ministro del Interior. En más de una ocasión, Ignátiev apareció como auténtico demagogo y embustero, así que el autor de la *Memoria*, Witte, manifiesta no poca “indulgencia policiaca”, al calificar el período de su ministerio de “tentativa abortada de crear un régimen de autonomía local con el zar autócrata a la cabeza”. Es cierto que I. S. Axákov había lanzado a la sazón precisamente tal “fórmula”, el Gobierno la utilizó para sus flirteos y Katkov la difundió, abundando en razones para demostrar la relación que existe necesariamente entre la autonomía administrativa local y la

Constitución. Pero sería una miopía *explicar* la conocida táctica de un gobierno policial (táctica necesariamente inherente a su propia naturaleza misma) por el hecho de que en un momento determinado prevalezca tal o cual concepción política.

Ignátiev impartió una circular prometiendo que el Gobierno “tomará medidas urgentes para establecer los métodos correctos que aseguren el mayor éxito a la participación viva de las personalidades locales en el cumplimiento de las prescripciones de Su Majestad”. Los zemstvos respondieron a este “llamamiento” solicitando “convocar a los electos del pueblo” (de la memoria de un vocal del zemstvo de Cherepovéts; en cuanto a la opinión de un vocal del zemstvo de Kirílov, el gobernador ni siquiera permitió que se publicara). El Gobierno propuso a los gobernadores que “no dieran curso” a tales solicitudes, “y, al mismo tiempo, por lo visto, se tomaron medidas para impedir que semejantes solicitudes se formularan en otras asambleas”. Se hace la famosa tentativa de convocar a elección de los ministros a “per-

sonas competentes” (para que discutan la disminución de los pagos de rescate^{xxxvi}, el ordenamiento de migraciones, la reforma de la administración local, etc., etc.). “Las labores de las comisiones de expertos no despertaron simpatía en la sociedad e incluso provocaron una protesta directa de los zemstvos, *a pesar de todas las medidas preventivas*. Doce asambleas de los zemstvos solicitaron que sus representantes no fuesen invitados a participar en la actividad legislativa solo en algunas ocasiones y por designación del Gobierno, sino en forma permanente y por elección de los zemstvos”. En el zemstvo de Samara, el presidente rechazó semejante propuesta, “después de lo cual, en señal de protesta, la asamblea levantó sus sesiones” (Dragománov, ob. cit., pág. 29; *Memoria*, pág. 131). Que el conde Ignátiev *engañaba* a los hombres de los zemstvos resulta evidente, por ejemplo, del siguiente hecho: “El señor Ustimóvich, mariscal de la nobleza de Poltava y autor del proyecto de memorial constitucional de 1879, declaró abiertamente en la asamblea de la nobleza de la

provincia que había recibido del conde Ignátiev *una aseveración positiva (sic!)* de que el Gobierno llamaría a los representantes del país a la participación en la labor legislativa” ((Dragománov, *ibíd.*).

Se dio por finalizada la misión de Ignátiev, consistente en encubrir con sus artificios el paso del Gobierno a una política distinta en absoluto, y D. A. Tolstói, designado ministro del Interior el 30 de mayo de 1882, no en vano mereció el apodo de “ministro de lucha”. Se declinaban sin ceremonias las solicitudes de los zemstvos incluso acerca de la organización de algunos congresos privados; hasta hubo caso en que una queja del gobernador sobre la “oposición sistemática” del zemstvo (de Cherepovéts) bastó para que el consejo fuese sustituido por una comisión gubernamental y los miembros de aquél, enviados al confinamiento administrativo. D. A. Tolstói, fiel discípulo y continuador de Katkov, decidió ya emprender una “reforma” directa de las instituciones de los zemstvos, partiendo de la idea fundamental (que, como hemos visto, se confirma en efecto por la historia) de que “la oposición

al Gobierno había anidado sólidamente en el zemstvo” (pág. 139 de la *Memoria*: del proyecto inicial de reforma de los zemstvos). D. A. Tolstói proyectaba sustituir los consejos de los zemstvos por audiencias subordinadas al gobernador y someter a la ratificación de este todas las disposiciones de las asambleas de los zemstvos. Esto habría sido en efecto una reforma “radical”, pero es interesante en grado sumo que aun este discípulo de Katkov, este “ministro de lucha”, “no ha renunciado –según expresión del propio autor de la *Memoria*– a la política acostumbrada del Ministerio del Interior con respecto a las instituciones de los zemstvos. En su proyecto, Tolstói no expresó directamente su idea –la de suprimir de hecho el zemstvo–; so pretexto de desarrollar como es debido los principios de la autonomía administrativa deseaba dejar su forma exterior, pero vaciándola de toda substancia”. Esta sabia política oficial de la “cola del zorro” fue completada y desarrollada en el Consejo de Estado, como consecuencia de lo cual el reglamento de los zemstvos de 1890 “resultó ser una nueva medida a medias en la historia de

las instituciones de los zemstvos. No suprimió el zemstvo, pero le quitó fisonomía y color; tampoco abolió el principio de que el zemstvo es representación de todos los estamentos, pero le imprimió un matiz estamental; ...no convirtió las instituciones de los zemstvos en auténticos órganos de poder, ...pero acentuó la tutela de los gobernadores sobre ellas, ...reforzó el derecho de veto del gobernador”. “En el propósito de su autor, el Reglamento del 12 de julio de 1890 debía constituir un paso hacia la abolición de las instituciones de los zemstvos, pero de ningún modo una transformación radical de la autonomía administrativa de estos últimos”.

La nueva “medida a medias” –continúa la *Memoria*– no eliminó la oposición al Gobierno (huelga decir que sería imposible eliminar la oposición a un gobierno reaccionario, intensificando su carácter reaccionario), sino tan solo hizo ocultas *algunas* de sus manifestaciones. La oposición se manifestaba, en primer lugar, en que algunas leyes antizemstvo, si puede decirse así, tropezaban con una réplica y *de facto* no se aplicaban; en segundo lugar, otra vez en

las solicitudes constitucionales (o, al menos, con olor a constitucionalismo). Tropezó con la oposición de primer tipo, por ejemplo, la ley del 10 de junio de 1893, que reglamentaba detalladamente la organización de los servicios médicos de los zemstvos. “Las instituciones de los zemstvos ofrecieron una resistencia unánime al Ministerio del Interior, que se vio obligado a ceder. Hubo que suspender la puesta en vigencia del estatuto ya preparado, dejarlo de lado hasta la redacción de una recopilación de leyes completa y elaborar un nuevo proyecto, basado en los principios totalmente contrarios (es decir, más favorables para los zemstvos)”. La ley del 8 de junio de 1893, sobre valuación de bienes inmuebles, que, al mismo tiempo, implantaba el principio de la reglamentación y restringía los derechos de los zemstvos en materia impositiva, tampoco se recibió con simpatía y en numerosos casos “es letra muerta prácticamente”. La fuerza de las instituciones médicas y estadísticas creadas por los zemstvos que rinden un provecho considerable (por supuesto que en comparación con la burocracia) a la población, resulta suficiente para

paralizar los estatutos confeccionados en las oficinas de Petersburgo.

La oposición de segundo tipo se expresó también en los nuevos zemstvos en 1894, cuando en sus memoriales elevados a Nicolás II volvieron a aludir muy inequívocamente a sus demandas de ampliar la autonomía administrativa y provocaron las “famosas” palabras relativas a las ilusiones absurdas.

Para horror de los señores ministros, no habían desaparecido las “tendencias políticas” de los zemstvos. El autor de la *Memoria* aduce las amargas quejas del gobernador de Tver (en su informe de 1898) contra un “círculo estrechamente cohesionado de gente de tendencia liberal”, que concentra en sus manos toda la administración de los asuntos del zemstvo provincial. “El informe del mismo gobernador, relativo a 1895, hace ver que la lucha contra la oposición en el seno del zemstvo constituye una ardua tarea para la administración local, y que de los mariscales de la nobleza en ejercicio de la presidencia de las asambleas de los zemstvos se requiere a veces incluso ‘valor cívico’ (¡así!) para poder cumplir las circulares

confidenciales del Ministerio del Interior sobre asuntos que no son de competencia de las instituciones del zemstvo”. A renglón seguido se relata que el mariscal de la nobleza de la provincia transmitió sus funciones de presidente de la asamblea al del distrito (de Tver), el de Tver al de Novi Torzhok, el de Novi Torzhok también se enfermó y entregó la presidencia al de Stáritsa. ¡De modo que hasta los mariscales de la nobleza se dan a la fuga, no queriendo ejercer funciones policíacas! “La ley de 1890 —se lamenta el autor de la *Memoria*— dio a los zemstvos un tinte estamental, reforzó en las asambleas el elemento gubernamental, introdujo en la composición de las asambleas provinciales de los zemstvos a todos los mariscales de la nobleza y jefes de los zemstvos de distrito^{xxxvii}, y si este zemstvo despersonificado, burocrático-estamental, continúa, no obstante, manifestando una tendencia política, ello da que pensar” ... “La resistencia no ha sido eliminada: un sordo descontento, una tácita oposición subsisten, sin duda, y seguirán subsistiendo hasta que se extinga el zemstvo en el que están representados todos los estamen-

tos”. Esta es la última palabra de la sabiduría burocrática: si una representación cercenada engendra el descontento, la eliminación de toda representación reforzará aún más, por la simple lógica humana, este descontento y oposición. El señor Witte se imagina que basta clausurar una de las instituciones que dan escape, aunque sea a una partícula de descontento, ¡para que desaparezca el descontento! ¿Pero creen ustedes que Witte propone por ello algo categórico, por ejemplo, la supresión del zemstvo? No, de ninguna manera. Fulminando, para lucirse, la política de evasivas. Witte, por su parte, no propone, ni puede proponer, nada que no sea esa misma política sin abandonar su pellejo de ministro de un gobierno autocrático. Farfulla algo absolutamente fútil acerca de un “tercer camino”: ni el dominio de la burocracia, ni la autonomía administrativa, sino una reforma de la administración que “organice debidamente” “la participación de elementos de la sociedad en las instituciones gubernamentales”. Es fácil decir tal estupidez, solo que esa invención, después de todos los experimentos con “personas competentes”, no

engañará absolutamente a nadie: es de sobra evidente que *sin Constitución*, toda “participación de elementos de la sociedad” será una ficción, será una subordinación de la sociedad (o de tales o cuales “mandatarios” de la sociedad) a la burocracia. Aunque critique una medida particular del Ministerio del Interior —la implantación de los zemstvos en las regiones periféricas—, Witte no puede aportar ni una pizca de nuevo para resolver la cuestión general, planteada por él mismo, y se limita a recalentar el guiso de los viejos procedimientos de medidas a medias, de pseudoconcesiones y de promesas de bienes de toda clase de las que ninguna se cumple. Nunca se recalcará lo suficiente que Witte y Goremikin son una misma cosa en la cuestión general de la “orientación de la política interior”, y la desavenencia surgida entre ellos es una desavenencia en familia, una querrela doméstica en el seno de una misma camarilla. Por una parte, también Witte se apresura a declarar que “no he propuesto ni propongo la anulación de las instituciones de los zemstvos ni ninguna ruptura del régimen existente... en las circunstancias actuales es

poco probable que pueda hablarse de su supresión (de los zemstvos existentes)”. Witte “opina, por su parte, que, al crearse en las localidades una fuerte autoridad gubernamental, será posible confiar más en los zemstvos”, etc. Una vez creado un fuerte contrapeso burocrático a la autonomía administrativa (es decir, después de haberla reducido a la impotencia), se podrá “confiar” más en ella. ¡Vieja cantilena! El señor Witte solo teme las “instituciones que representan todos los estamentos”, pero él “no tuvo en cuenta en absoluto y no consideró peligrosa para la autocracia la actividad de diversas corporaciones, sociedades, asociaciones estamentales o profesionales”. Por ejemplo, en lo relativo a las “comunidades rurales”, Witte no duda en absoluto de que, en virtud de su “rutina”, son inofensivas para la autocracia. “El predominio de las relaciones agrarias y los intereses vinculados con ellas imprimen a la población del campo unas peculiaridades espirituales que la hacen indiferente a todo lo que rebasa los límites de la política de su campanario... En sus asambleas, nuestros campesinos se ocupan de repartición

de impuestos..., distribución de parcelas, etc. Además, son analfabetos o semialfabetos, *¿qué política puede haber aquí?*” Como ven ustedes, el señor Witte es muy sensato. En cuanto a las asociaciones estamentales, declara que en lo relativo a su peligrosidad para el poder central “tiene importancia sustancial la desunión de sus intereses. Valiéndose de esa desunión, el Gobierno siempre encontrará –en su lucha contra las pretensiones políticas de un estamento– en otros estamentos apoyo y contrapeso”. El “programa” de Witte –“participación debidamente organizada de elementos de la sociedad en las instituciones gubernamentales”– no es más que una de las innumerables tentativas del Estado policíaco de “desunir” a la población.

Por otra parte, también el señor Goremikin, con quien polemiza tan arduosamente el señor Witte, aplica la misma política sistemática de desunión y opresión. Trata de demostrar (en su nota a la que responde Witte) la necesidad de instituir nuevos cargos de funcionarios que vigilen los zemstvos; se pronuncia contra que se autoricen siquiera los simples congresos lo-

cales de funcionarios de los zemstvos; defiendo a capa y espada el reglamento, de 1890, ese paso hacia la supresión de los zemstvos; teme que estos incluyan en los programas de trabajos tasativos “cuestiones tendenciosas”, teme en general las estadísticas de los zemstvos^{xxxviii}; es partidario de que la escuela pública sea sustraída de la competencia del zemstvo y transmitida a la de instituciones gubernamentales; trata de probar que los zemstvos son incapaces de dirigir el abastecimiento (los funcionarios de los zemstvos exponen –¿lo ven?– ¡¡“una idea exagerada de las proporciones del desastre y de las necesidades de la población damnificada por la mala cosecha”!!); defendió las reglas de la imposición máxima por los zemstvos “con el objeto de proteger la propiedad agraria contra el aumento excesivo de gravámenes de los zemstvos”. De modo que Witte tiene toda razón cuando declara: “Toda la política del Ministerio del Interior con respecto a los zemstvos consiste en socavar lenta, pero inexorablemente, sus organismos, debilitar poco a poco su importancia y concentrar de manera gradual sus funciones en manos de instituciones gubernamentales. Puede decirse, sin la menor exageración, que, cuando se lle-

ven a buen término ‘las medidas adoptadas en el último tiempo para poner orden en algunos sectores de la economía y la administración de los zemstvos’, medidas señaladas en la nota (de Goremikin), en nuestro país no habrá en realidad ninguna autonomía administrativa; de las instituciones de los zemstvos solo quedará la idea y la envoltura exterior, desprovista de todo contenido práctico”. Por consiguiente, la política de Goremikin (aún más la de Si-piaguin) y la política de Witte conducen a un mismo objetivo, y la competición en torno al problema de los zemstvos y del constitucionalismo, repetimos, no es sino una querrela doméstica. Los amantes riñen por amor. Tal es el balance de la “lucha” entre los señores Witte y Goremikin. En cuanto a nuestro balance, relativo al problema general de la autocracia y los zemstvos, será más cómodo hacerlo al analizar el prefacio del señor R. N. S.¹³

V

El prefacio del señor R. N. S. contiene muchas cosas interesantes. Aborda los más amplios

¹³ Con este seudónimo firmaba el señor Struve. (Nota del autor a la edición de 1907. -Ed.)

problemas vinculados con la transformación política de Rusia, con los diversos métodos de esta transformación y el significado de unas y otras fuerzas que llevan a ella. Por otra parte, el señor R. N. S., quien, por lo visto, tiene estrechas relaciones con los círculos liberales en general y con los liberales de los zemstvos en especial, es sin duda algo nuevo en el coro de nuestros literatos “clandestinos”. Por eso, tanto para aclarar la cuestión de principio relativa al significado político de los zemstvos como para conocer... no diré las tendencias, sino la mentalidad de los medios afines a los liberales, es muy importante detenerse con más detalle en este prefacio, analizar si es positivo o negativo este algo nuevo, en qué medida es positivo, en qué medida es negativo y por qué.

La principal peculiaridad de las concepciones del señor R. N. S. consiste en lo siguiente. Como muestran muchos pasajes de su artículo, citados por nosotros más abajo, es partidario de un desarrollo pacífico, gradual y rigurosamente legal. Por otra parte, se subleva con toda el alma contra la autocracia

y ansia la libertad política. Pero la autocracia es autocracia precisamente porque prohíbe y persigue *toda* “evolución” hacia la libertad. Esta contradicción impregna todo el artículo del señor R. N. S., haciendo inconsecuentes, vacilantes e inseguros en extremo sus razonamientos. Únicamente suponiendo o, por lo menos, admitiendo que el *propio* Gobierno autocrático comprenda, se canse, ceda, etc., es como se puede hacer coincidir el constitucionalismo y la preocupación por una evolución rigurosamente legal de la Rusia autocrática. Y al señor R. N. S. le suele ocurrir en efecto que cae desde la altura de su indignación cívica también hasta ese punto de vista vulgar del liberalismo más primitivo.

He aquí un ejemplo. El señor R. N. S. dice refiriéndose a sí mismo: “...nosotros, que vemos en la lucha por la libertad política el juramento de Aníbal de los hombres conscientes de la Rusia contemporánea, juramento tan sagrado como otrora lo fue para los hombres de los años cuarenta la lucha por la liberación de los campesinos...”, y también “...por penoso que sea para nosotros, hombres que hemos

dado el ‘juramento de Aníbal’ de combatir a la autocracia”, etc. ¡Muy bien dicho y con qué vigor! Estas vigorosas palabras hubieran podido servir de adorno al artículo, de haber estado presidido todo él de ese mismo espíritu de lucha indoblegable, intransigente (¡”juramento de Aníbal”!). Estas vigorosas palabras –precisamente por ser tan vigorosas– sonarán a falso, si van acompañadas de una nota de conciliación y tranquilización artificiales, de un intento de introducir, aunque sea forzando mucho las cosas, la concepción de un desarrollo pacífico, estrictamente legal. Por desgracia, el artículo del señor R. N. S. abunda demasiado en notas e intentos de ese género. El señor R. N. S. dedica, por ejemplo, toda una página y media a “fundamentar” en detalle la idea de que “desde el punto de vista moral y político, la política estatal durante el reinado de Nicolás II merece una condena *aún más* severa (la cursiva es nuestra) que el reparto negro de las reformas de Alejandro II bajo Alejandro III”. ¿Por qué merece una condena *más* severa? Resulta que, porque Alexandro III lucha

contra la revolución, mientras que Nicolás II luchó contra “las aspiraciones legales de la sociedad rusa”; el primero luchó contra las fuerzas sociales políticamente conscientes, y el segundo, “contra las fuerzas sociales completamente pacíficas y que a veces actúan incluso sin tener ninguna «idea política clara” (“que incluso no se dan debida cuenta de que su consciente labor cultural socava el régimen estatal”). En realidad, esto es falso en medida muy considerable, de lo que se tratará más adelante. Pero aparte de eso, no podemos dejar de señalar lo extraño del curso mismo de razonamientos del autor. Este condena la autocracia, y si condena *más* a un autócrata que a otro, no es por el carácter de la política, que sigue siendo la misma, sino porque no tiene ante sí (según el autor) a los «pendencieros», que, «como es natural», provocan una réplica violenta, y, por tanto, no hay motivo para desatar persecuciones. ¿No se perfila en el uso mismo de semejante argumento una evidente concesión a la muy leal afirmación de que nuestro padrecito zar nada tiene que temer de convocar a los hombres de su predilección,

pues ninguno de ellos jamás se ha propuesto nada que rebase el marco de las aspiraciones pacíficas y la estricta legalidad? No nos asombra encontrar tal “modo de pensar” (o más bien de mentir) en el señor Witte, quien escribe en su *Memoria*; “Al parecer, allí donde no hay partidos políticos ni revoluciones, donde nadie disputa los derechos del poder supremo, no se debe oponer la administración al pueblo o a la sociedad..”¹⁴, etc. No nos sorprende tal razonamiento en boca del señor Chicherin, quien en una memoria presentada al conde Miliutin después del 1 de marzo de 1881 declaraba que “el poder debe, ante todo, dar prueba de su energía y demostrar que no ha arriado su bandera frente a la amenaza”, que “el régimen monárquico es compatible con las instituciones libres únicamente cuando éstas son fruto de una evolución pacífica, de la iniciativa serena del

¹⁴ Pág. 205. «Esto ni siquiera es inteligente», observa el señor R. N. S. en su nota al pasaje citado. Muy justo. ¿Pero no están hechos de la misma arcilla los razonamientos antes citados del señor R. N. S. en las págs. XI-XII de su prefacio?

propio poder supremo” y aconsejaba crear un poder fuerte y liberal” que funcione con el concurso de “un órgano legislativo, reforzado y renovado con elemento electo”¹⁵. Sería perfectamente natural que ese señor Chicherin reconociera más condenable la política de Nicolás II *porque* durante su reinado la evolución pacífica y la iniciativa serena del propio poder supremo *habrían podido* conducir a instituciones libres. ¿Pero es natural y decoroso un razonamiento de ese género en boca de un hombre que ha hecho el juramento de lucha de Aníbal?

Tampoco de hecho tiene razón el señor R. N. S. “Hoy –dice, comparando el reinado actual con el precedente–, ...nadie piensa en serio en una revolución violenta tal como se la imaginaban los dirigentes de Voluntad del Pueblo”. *Parlez pour vous, monsieur!* ¡Hable solo por sí, señor! En cambio, nosotros sabemos con certeza que durante el último reinado, en comparación con el anterior, el movimiento revolucionario de Rusia, lejos

¹⁵ Memoria de Witte, págs. 122-123. Constitución del conde Loris-Mélikov, pág. 24.

de extinguirse ni debilitarse, por el contrario, ha renacido y acrecentado poderosamente. ¿Y qué clase de movimiento “revolucionario” sería, si ninguno de sus participantes pensara en serio en una revolución violenta? Tal vez se nos objete que en las líneas citadas el señor R. N. S. no alude a la revolución violenta en general, sino a una revolución específica, tal como la entendía Voluntad del Pueblo, es decir, la revolución política y social a la vez, la revolución que no conduce solo al derrocamiento de la autocracia, sino también a la conquista del poder. Semejante objeción carecería de fundamento, pues, en primer lugar, para la autocracia como tal (o sea, para el Gobierno autocrático y no para la “burguesía” o la “sociedad”) lo que importa no es *para qué* se la quiere derrocar, sino *el hecho de que* se la quiere derrocar. Y en segundo lugar, al comienzo mismo del reinado de Alejandro III, los dirigentes de Voluntad del Pueblo también plantearon al Gobierno una alternativa análoga a la que plantea la socialdemocracia a Nicolás II: o bien la lucha revolucionaria, o bien la ab-

dicación de la autocracia. (Véase la carta enviada por el Comité Ejecutivo de Voluntad del Pueblo a Alejandro III el 10 de marzo de 1881, en la que se formulan dos condiciones: 1. amnistía general para todos los delitos políticos y 2. convocatoria de representantes de todo el pueblo ruso, sufragio universal y libertad de prensa, de palabra y de reunión). Por añadidura, el propio señor R. N. S. sabe muy bien que no solo entre los intelectuales, sino también en la clase obrera son muchos los que “piensan en serio” en una revolución violenta: véase la pág. XXXIX y siguientes de su artículo, en las que se habla de la “socialdemocracia revolucionaria”, que cuenta con una “base de masas y fuerzas intelectuales” y que marcha hacia una “lucha política resuelta”, hacia una “lucha cruenta de la Rusia revolucionaria contra el régimen absolutista burocrático” (XLI). Así pues, no cabe la menor duda de que los “discursos bien intencionados” del señor R. N. S. no son sino un procedimiento específico, un intento de influir sobre el Gobierno (o sobre la “opinión pública”) aseverándole su propia moderación (o la de otros).

El señor R. N. S. piensa, por lo demás, que el concepto de lucha puede ser interpretado de modo muy amplio. “La supresión de los zemstvos –escribe– proporcionará a la propaganda revolucionaria una carta de triunfo de inmensa importancia; lo decimos con toda objetividad (*sic!*), sin experimentar ninguna repugnancia hacia lo que suele llamarse actividad revolucionaria, pero también sin admirarnos ni entusiasmarnos precisamente por esta forma (*sic!*) de lucha por el progreso político y social”. Esta perorata es muy significativa. Si eliminamos la fórmula *cuasi-científica*, que presume tan inoportunamente de “objetividad” (si el propio autor señala su preferencia por tal o cual forma de actividad, o forma de lucha, hablar en este caso de la objetividad de su actitud es lo mismo que equiparar dos por dos a una vela de estearina^{xxxix}), nos encontramos ante una vieja, viejísima argumentación: pueden creerme, señores gobernantes, cuando les intimido con una revolución, pues no siento la menor simpatía por ella. Invocar su objetividad no es sino cubrir con una hoja de parra su

antipatía subjetiva por la revolución y la actividad revolucionaria. Y el señor R. N. S. necesita esta cobertura, pues semejante antipatía es absolutamente incompatible con el juramento de lucha de Aníbal.

A propósito, ¿no estaremos equivocados con respecto a ese mismo Aníbal? ¿Habría jurado, en verdad, luchar contra los romanos, o solo luchar por el progreso de Cartago, progreso que, naturalmente, en última instancia causaría daño a Roma? ¿No se podría comprender la palabra lucha en su sentido menos “estrecho”? El señor R, N. S. piensa que sí. La lucha contra la autocracia —así se deriva de la confrontación del juramento de Aníbal con la perorata citada— se manifiesta en distintas formas: una es la lucha revolucionaria, ilegal; otra es, en general, la “lucha por el progreso político y social”, o dicho en otras palabras, la actividad pacífica, legal, que implanta la cultura en el marco permitido por la autocracia. No tenemos la menor duda de que bajo la autocracia también es posible una actividad legal que impulse el progreso en Rusia: en algunos casos, y con suficiente rapidez, el progreso

técnico; en unos pocos casos, y muy insignificadamente, el progreso social; en casos absolutamente excepcionales, y en proporción absolutamente minúscula, el progreso político. Se podrá discutir cuán importante, precisamente, y cuan posible es este minúsculo progreso, en qué grado son capaces de paralizar los casos aislados de tal progreso la corrupción política masiva de la población que la autocracia siembra continuamente y en todas partes. Pero identificar, aunque sea de modo indirecto, la actividad pacífica legal con el concepto de lucha contra la autocracia significa contribuir a esa corrupción, significa debilitar en el hombre común ruso la ya infinitamente débil conciencia de su responsabilidad, como ciudadano, por *todo* lo que hace el Gobierno.

Por desgracia, el señor R. N. S. no es el único entre los autores ilegales que tratan de borrar la diferencia existente entre la lucha revolucionaria y un trabajo pacífico de educación. Tiene un predecesor: el señor R. M., autor del artículo *Nuestra realidad* en el famoso *Suplemento especial de "Rabóchaya*

Misl"^{xl} (septiembre de 1899). Replicando a los socialdemócratas revolucionarios, este autor dice: "No olvidemos que la lucha por la autoadministración pública de las ciudades y los zemstvos, la lucha por la escuela pública, la lucha por la justicia pública, la lucha por la asistencia social a la población hambrienta, etc., es una lucha contra la autocracia... Esta lucha social, que por algún extraño equívoco no atrae una atención benévola de muchos escritores revolucionarios rusos, es mantenida ya, como hemos visto, por la sociedad rusa, y no desde ayer... El verdadero problema consiste en cómo podrán estos diversos sectores sociales... librar esta lucha contra la autocracia con el mayor éxito posible... Y el problema principal para nosotros consiste en cómo deben librar esta lucha social contra la autocracia nuestros obreros, cuyo movimiento es considerado por nuestros revolucionarios como el mejor medio para derrocar la autocracia" (págs. 8-9). Como ven, el señor R. M. ni siquiera cree necesario disimular su antipatía por los revolucionarios, declara escuetamente que la

oposición legal y el trabajo pacífico son una lucha contra la autocracia, e incluso estima que el principal problema consiste en cómo deben librar “*esta*” lucha los obreros. El señor R. N. S. dista mucho de ser tan primitivo y tan franco, pero el parentesco entre las tendencias políticas de nuestro liberal y las del partidario a ultranza del movimiento puramente obrero se vislumbra con suficiente claridad.¹⁶

En cuanto a la “objetividad” del señor R. N. S., debemos señalar que a veces la da de lado

¹⁶ “Las organizaciones económicas de los obreros –dice el señor R. N. S. en otro pasaje– serán para las masas obreras una escuela de la educación política real de las masas obreras”. Aconsejaríamos al autor que use con mayor prudencia la palabra “real”, tan gastada por los paladines del oportunismo. No se puede negar que, en ciertas condiciones, las organizaciones económicas de los obreros también pueden hacer mucho para su educación política (como tampoco se puede negar que en otras condiciones pueden también hacer algo para corromperlas políticamente). Pero las masas obreras solo pueden adquirir una educación política *real* únicamente participando en el movimiento revolucionario en todos sus aspectos, comprendidas las batallas de calle y comprendida la guerra civil contra los defensores de la esclavitud política y económica.

pura y simplemente. Es “objetivo” cuando habla del movimiento obrero, de su crecimiento orgánico, de la lucha inminente, inevitable, de la socialdemocracia revolucionaria contra la autocracia, cuando dice que la organización de los liberales para formar un partido ilegal será consecuencia ineludible de la supresión de los zemstvos. Todo ello está expuesto de manera muy concreta y muy sensata, tan sensata que solo resta alegrarse de que en los medios liberales se difunda una comprensión correcta del movimiento obrero de Rusia. Pero cuando el señor R. N. S. empieza a hablar no de la lucha contra enemigo, sino de una posible “resignación” de este último, pierde de inmediato su “objetividad”, expresa sus sentimientos e incluso pasa del modo indicativo al imperativo.

“Se evitará la sangrienta lucha final de la Rusia revolucionaria contra el régimen absolutista-burocrático únicamente en el caso de que entre quienes detentan el poder haya hombres que tengan el valor de resignarse ante la historia y hacer que el soberano autócrata se resigne ante ella... Es

indudable que entre la alta burocracia hay quienes no simpatizan con la política reaccionaria... Estas personas, las únicas que tienen acceso al trono, no osan jamás expresar sus convicciones en voz alta... Puede ser, no obstante, que la sombra inmensa de la inevitable e histórica expiación, la sombra de grandes acontecimientos, lleve a vaivenes en los medios gubernamentales y destruya a tiempo el régimen de hierro de la política reaccionaria. Ahora falta relativamente poco para ello... Puede ser que él (el Gobierno) comprenda también, antes de que sea demasiado tarde, el peligro fatal de querer conservar el régimen autocrático por todos los medios. Puede ser que aun antes de encararse a la revolución, se canse él mismo de luchar contra el desarrollo natural, históricamente necesario, de la libertad y vacile en su política “intransigente”. Una vez que haya dejado de ser consecuente en la lucha contra la libertad, se verá obligado a abrirle más y más ampliamente las puertas. Puede ser... no, no solo puede ser, sino *¡así sea!*” (La cursiva es del autor.)

¡Amen! Eso es lo que nos resta decir con motivo de este monólogo bien intencionado y sublime. Nuestro Aníbal progresa con tanta rapidez que se nos presenta ya bajo una tercera forma: la primera fue la lucha contra la autocracia; la segunda, la implantación de la cultura; la tercera, las exhortaciones al enemigo a resignarse y las tentativas de intimidarlo con la “sombra”. ¡Qué vehemencia! Estamos plenamente de acuerdo con el respetable señor R. N. S. en que lo más probable es que los santurriones del Gobierno ruso se asusten de las “sombras”. E inmediatamente antes de este conjuro de las sombras, después de señalar el crecimiento de las fuerzas revolucionarias y el estallido revolucionario venidero, nuestro autor exclamaba: “Con profundo pesar prevemos los espantosos sacrificios de vidas humanas y de energías culturales que costará esta demencial política conservadora agresiva, que no tiene sentido político ni sombra de justificación moral”. ¡Qué insondable abismo de doctrinarismo y unción entreabre este final del razonamiento sobre el estallido revolucionario! El

autor no comprende ni una pizca la gigantesca importancia histórica que tendría el hecho de que el pueblo de Rusia, aunque solo fuera una vez, diese una buena lección al Gobierno. En lugar de señalar los “espantosos sacrificios” que ha costado y cuesta al pueblo el absolutismo para despertar el odio y la indignación, en lugar de encender la voluntad y la pasión de luchar, ustedes invocan los sacrificios *futuros* para ahuyentar de la lucha. ¡Ah, señores! Mejor sería que dejaran de discurrir sobre el “estallido revolucionario”, antes que echar a perder ese razonamiento con semejante final. Es evidente que no quieren *hacer* “grandes acontecimientos”, sino solo hablar de “la sombra de los grandes acontecimientos” y, por añadidura, hablar únicamente con “personas que tienen acceso al trono”.

Como se sabe, nuestra prensa legal también rebosa de semejantes habladorías con las sombras y sobre las sombras. Y para imprimir visos de realidad a las sombras se suele invocar, a título de ejemplo, las “magnas reformas” y entonar en su honor aleluyas llenas de mentiras convencionales. A un au-

tor sometido a censura no se le puede menos de perdonar a veces esa mentira, pues de otro modo no podría expresar su anhelo de transformaciones políticas. Pero para el señor R. N. S. no había censura. “Las magnas reformas –escribe– no fueron concebidas para mayor gloria de la burocracia”. Véase hasta qué grado es evasiva esta frase apologética. ¿”Concebidas” *por quién?* ¿Por Herzen, Chernishevski, Unkovski y quienes marchaban con ellos? Pero estos hombres reivindicaban incomparablemente más de lo que realizaron las “reformas”, y por haberlo reivindicado sufrieron las persecuciones del Gobierno que aplicó las “magnas” reformas. ¿Concebidas por el Gobierno y por quienes, alabándolo ciegamente, lo seguían, enseñando los dientes a los “pendencieros”? Pero el Gobierno ha hecho todo lo posible e imposible por ceder lo mínimo, para truncar las reivindicaciones democráticas y truncar las *precisamente* “para mayor gloria de la burocracia”. El señor R. N. S. conoce muy bien todos estos hechos históricos y si los disimula es únicamente porque desmienten por

entero su complaciente teoría de la posible “resignación” del autócrata. En política no cabe la resignación y se necesita una simplicidad ilimitada (simplicidad ingenua y maliciosa a la vez) para tomar por resignación un tradicional procedimiento policíaco: *divide et impera*, divide para reinar, cede en lo que es de poca importancia para conservar lo esencial, da con una mano y quita con la otra. “...Al concebir y aplicar las ‘magnas reformas’, el Gobierno de Alejandro II no se planteaba al mismo tiempo conscientemente el propósito de impedir a toda costa que el pueblo ruso emprendiera cualquier camino legal hacía la libertad política, no sopesó desde este punto de vista cada uno de sus pasos, cada uno de los artículos de la ley”. Esto es *falso*. Tanto al “concebir” las reformas como al aplicarlas, el Gobierno de Alejandro II se planteó, desde el principio mismo, el objetivo absolutamente consciente de no ceder ante la exigencia de libertad política, formulada entonces. Desde el comienzo hasta el fin cerró todo camino legal hacia la libertad, pues respondió con repre-

salas incluso a simples solicitudes, pues no permitió jamás hasta hablar libremente de la libertad. Para refutar el panegírico del señor R. N. S. basta recordar, aunque no sea más que los hechos expuestos en la *Memoria* de Witte, que hemos reproducido más arriba. En cuanto a las personas que componían el Gobierno de Alejandro II, el propio Witte se expresa, por ejemplo, en los siguientes términos: “Es preciso señalar que los eminentes estadistas de la época de los años 60, cuyos nombres gloriosos honrará también la posteridad agradecida, realizaron en su tiempo tantas obras grandes, que es poco probable que puedan compararse con ellas las de sus sucesores, y se esforzaron por renovar nuestro régimen estatal y social con sincera convicción, con una devoción abnegada por su soberano y sin contrariar su voluntad” (pág. 67 de la *Memoria*). Lo que es verdad es verdad: con sincera convicción, con una devoción abnegada por el soberano que encabeza una banda policíaca...

Después de lo que queda dicho no debe extrañarnos ya que el señor R. N. S. trate poquísimamente lo relativo al problema más importante:

el papel de los zemstvos en la lucha por la libertad política. Además de las referencias habituales a la labor “práctica” y “cultural” de los zemstvos, señala de pasada su “significación político-educativa”, dice que “los zemstvos tienen importancia política” y que, como lo percibe con claridad el señor Witte, “son peligrosos (para el régimen existente) únicamente en virtud de la tendencia histórica de su desarrollo, como embrión de una constitución”. Y a modo de conclusión de esas observaciones, que deja escapar como al azar, emprende un ataque contra los revolucionarios: “Apreciamos la obra del señor Witte no solo por las verdades que dice sobre la autocracia, sino también porque constituye un valioso certificado político, extendido a los zemstvos por la propia burocracia. Este certificado es una magnífica respuesta a todos aquellos que, por insuficiente instrucción política, o debido a su entusiasmo por la fraseología revolucionaria (*¡sic!*), no han deseado ni desean ver la gran importancia política del zemstvo ruso y de su actividad cultural legal”. ¿Quiénes han dado muestras de una insuficiente instrucción

o el entusiasmo por la fraseología? ¿Dónde y cuándo? ¿Con quiénes y por qué no está de acuerdo el señor R. N. S.? No hay respuesta a ello, y esta algarada del autor no significa nada, excepto, acaso, que expresa con ella su antipatía por los revolucionarios, que ya conocemos por otros pasajes del artículo. Tampoco aclara nada una nota aún más extraña: “Con estas palabras no queremos en modo alguno (!?) ofender a los revolucionarios, en los que no podemos dejar de apreciar, ante todo, su valentía moral en la lucha contra la arbitrariedad”. ¿A qué viene eso? ¿Para qué? ¿Qué relación existe entre la valentía moral y la incapacidad de apreciar el zemstvo?

En verdad, él señor R. N. S. anda de zocos en colodros: al comienzo “ofendió” a los revolucionarios con una acusación infundada y “anónima” (es decir, que no se sabe contra quién va dirigida) de ignorancia y apego a la fraseología, y ahora los “ofende” al suponer que se les puede obligar a tragar la píldora de acusación de ignorancia, si se la dora con el reconocimiento de su valentía moral. Y para completar la confusión, el señor R. N. S. se

contradice a sí mismo al declarar –como haciendo coro a “quienes se entusiasman con la fraseología revolucionaria”– que “el zemstvo ruso actual... no es una magnitud política capaz por su propia fuerza de infundir respeto a nadie, de intimidar a nadie... Apenas puede defender su modesta posición”... “Tales instituciones (como los zemstvos) ... por sí mismas solo pueden ser una amenaza para este régimen (autocrático) en un futuro lejano, y únicamente en virtud del desarrollo de toda la cultura del país”.

VI

Tratemos, pues, de desentrañar esta cuestión de la que el señor R. N. S. habla con tanta irritación y vacuidad. Los hechos ya citados por nosotros señalan que la “importancia política” de los zemstvos, es decir, su importancia como factor en la lucha por la libertad política, consiste principalmente en lo siguiente. En primer lugar, esta organización de representantes de nuestras clases poseedoras (y en especial, de la nobleza

terrateniendo) opone siempre las instituciones electivas a la burocracia, provoca continuos conflictos entre ellas, muestra a cada paso el carácter reaccionario de la irresponsable burocracia zarista, mantiene el descontento y alimenta la oposición al Gobierno autocrático.¹⁷

En segundo lugar, los zemstvos, unidos al carro burocrático como su quinta rueda, procuran fortalecer su posición, aumentar su importancia, tienden –e incluso, según expresión de Witte, “avanzan inconscientemente”–hacia una constitución, solicitándola en sus peticiones. Por eso son malos aliados del Gobierno en su lucha contra los revolucionarios, observan una neutralidad benévola hacia estos últimos y les prestan un servicio, aunque indirecto, pero indudable, al introducir, en los momentos críticos, las

¹⁷ Véase la explicación sumamente circunstanciada de este aspecto del problema en el folleto de P. B. Axelrod: *La situación histórica y las relaciones entre la democracia liberal y la democracia socialista en Rusia* (Ginebra, 1898), en especial las págs. 5, 8, 11-12, 17-19.

vacilaciones en las medidas represivas del Gobierno. Por supuesto, no se puede ver un factor “importante” y, en general, un tanto independiente de lucha política en una institución que en el mejor caso solo ha sido capaz hasta la fecha de presentar solicitudes liberales y mantener una neutralidad benévola, pero no se puede negar a los zemstvos el papel de factor *auxiliar*. En este sentido estamos dispuestos, si se quiere, incluso a reconocer que el zemstvo es un pedacito de constitución. Quizá el lector diga: por tanto, ustedes están de acuerdo con el señor R. N. S., quien no afirma más que eso. De ninguna manera. Aquí, precisamente, solo comienza nuestra divergencia.

El zemstvo es un pedacito de constitución. Sea. Pero se trata justamente de un pedacito que sirvió para *alejar* a la “sociedad” rusa de una constitución. Es precisamente una posición de muy poca importancia, en comparación con otras, que la autocracia cedió ante el creciente espíritu democrático para poder conservar las posiciones principales, para dividir y desunir a quienes reclamaban

transformaciones políticas. Vimos ya que en los años 60 y en 1880 y 1881 se logró esta desunión con la maniobra de la “confianza” en el zemstvo (“embrión de una constitución”). El problema de la relación que existe entre el zemstvo y la libertad política es un caso particular del problema general de la relación existente entre las reformas y la revolución. Y este caso particular nos permite ver toda la estrechez y lo absurdo de la teoría bernsteiniana^{xli} en boga, que suplanta la lucha revolucionaria con la lucha por las reformas y que declara (por boca del señor Berdiáev, por ejemplo) que “el principio del progreso es: cuanto mejor, tanto mejor”.

En su forma general, este principio es tan erróneo como el contrario: cuanto peor, tanto mejor. Los revolucionarios, por supuesto, jamás renunciarán a la lucha por las reformas, a la conquista de una posición enemiga, aunque sea particular y de poca importancia, si dicha posición contribuye a reforzar su embate y alcanzar la victoria completa. Pero tampoco olvidarán nunca que a veces el propio adversario cede una posición para

desunir a los atacantes y derrotarlos con más facilidad. No olvidarán jamás que solo teniendo siempre presente el “objetivo final”, solo valorando cada paso del “movimiento” y cada una de las reformas desde el punto de vista de la lucha revolucionaria general, es como se puede garantizar que el movimiento no dé pasos en falso ni cometa errores vergonzosos.

El señor R. N. S. no ha comprendido en absoluto precisamente este aspecto del problema, o sea, el significado de los zemstvos como instrumento necesario para fortalecer la autocracia mediante una concesión a medias, como instrumento necesario para atraer hacia la autocracia a determinado sector de la sociedad liberal. Ha preferido inventar para sí un esquema doctrinario que vincula en línea recta el zemstvo y la constitución con arreglo a la “fórmula” de cuanto mejor, tanto mejor. “Si primero suprime el zemstvo en Rusia —dice dirigiéndose a Witte—, y luego amplía los derechos del individuo, se verá privado de la mejor oportunidad de ofrecer al país una constitución moderada, que se habrá

desarrollado históricamente sobre la base de la autonomía administrativa local con un matiz estamental. En todo caso prestara un flaco servicio a la causa del conservadurismo”. ¡Qué concepción más armoniosa y bella! Una autonomía administrativa local con matiz estamental, un sabio conservador con acceso al trono, una constitución moderada. Lástima que en la realidad los sabios conservadores hayan encontrado más de una vez la “mejor oportunidad”, gracias a los zemstvos, de no “ofrecer” al país una constitución.

La “concepción” pacífica del señor R. N. S. se ha dejado sentir también en la formulación de la consigna con que termina su artículo y que aparece impresa —precisamente como consigna— en línea aparte y con caracteres gruesos: “ ¡Derechos y un zemstvo investido de poder para toda Rusia!” Hay que reconocer francamente que eso es coquetear con los prejuicios políticos de la amplia masa de liberales rusos, con tanta indecencia como lo hace *Rabóchaya Misl* con los prejuicios políticos de la amplia masa de obreros. Debemos rebelarnos contra este co-

quieto tanto en uno como en otro caso. Es un prejuicio creer que el Gobierno de Alejandro II no ha cerrado el camino legal a la libertad, que la existencia de los zemstvos es la mejor oportunidad para ofrecer al país una constitución moderada, que la consigna “derechos y un zemstvo investido de poder” puede servir de bandera, no digo ya a un movimiento revolucionario, sino, aunque sea constitucionalista. No es una bandera que sirva para hacer distinción entre enemigos y aliados ni ayude a orientar el movimiento y dirigirlo; es un trapo que solo permitirá a los elementos más inseguros infiltrarse en el movimiento y otra vez facilitará una nueva tentativa del Gobierno de salir del paso con resonantes promesas y con reformas a medias— No, no se requiere ser profeta para hacer esta predicción: cuando nuestro movimiento revolucionario alcance su apogeo, se decuplicará la efervescencia liberal en la sociedad, aparecerán en el Gobierno nuevos Loris-Mélikov e Ignátiev, que escribirán en su bandera: “Derechos y un zemstvo investido de poder”. Por lo menos, esa sería la salida más desventajosa para Ru-

sia y la más ventajosa para el Gobierno. Si una parte más o menos considerable de liberales llegase a confiar en esta bandera y, seducida por ella, atacara por la retaguardia a los “pendencieros” revolucionarios, estos podrían quedarse aislados y el Gobierno intentaría salir del paso haciendo concesiones mínimas, que se redujeran a alguna constitución nobiliaria, aristocrática y consultiva. ¿Prosperará tal intento? Eso dependerá del desenlace del combate decisivo entre el proletariado revolucionario y el Gobierno, pero lo que podemos garantizar enteramente es que los liberales serán engañados. Valiéndose de la consigna semejante a la lanzada por el señor R. N. S. (“un zemstvo investido de poder” o “régimen de los zemstvos”), el Gobierno los atraerá como a cachorros, apartándolos de los revolucionarios; después, los agarrará del cuello y los castigará con la vara de la llamada reacción. Y entonces, señores, no olvidaremos decir: ¡*Bien merecido!*

¿En aras de qué, en lugar de reclamar la supresión del absolutismo, se lanza como consigna final semejante deseo tan moderado

y circunspecto? En primer lugar, en aras del doctrinarismo filisteo, que quiere prestar un “servicio al conservadurismo” y que tiene fe en que el Gobierno se sentirá conmovido ante tal moderación y “se resignará” ante ella. En segundo lugar, en aras de “unir a los liberales”. En efecto, la consigna “derechos y un zemstvo investido de poder” podría unir, quizá, a *todos* los liberales, exactamente igual que la consigna “un kopek por rublo” unirá (según los “economistas”) a *todos* los obreros. ¿Pero no significará tal unificación perder en vez de ganar? La unificación es positiva cuando eleva a los que se unen al nivel del programa consciente y enérgico del unificador. La unificación es negativa cuando rebaja a los que se unen al nivel de los prejuicios de la masa. Ahora bien, entre la masa de liberales rusos, sin duda, está muy difundido el prejuicio de que los zemstvos son verdaderamente un “embrión de una constitución”¹⁸, cuyo crecimiento “natural” pacífico y

¹⁸ En cuanto a lo que puede esperarse del zemstvo, no carecen de interés las siguientes opiniones del príncipe P. V. Dolgorúkov, expuestas en su Listok, que se publicó en los años 60 (Búrtsev, ob. cit., págs. 64-67): “Al estudiar las

gradual está siendo accidentalmente retardado en virtud de las maniobras de algunos favori-

tesis fundamentales de las instituciones de los zemstvos, volvemos a encontrar la misma idea del Gobierno que la oculta, pero que siempre afluye a la superficie: aturdir con su magnanimidad, proclamar a voz en cuello: '¡Vean cuánto les doy! ' Pero de hecho dar lo menos posible y, al dar lo menos posible, tratar de poner barreras para que no se pueda gozar por entero incluso de lo que se ha otorgado... En la actualidad, bajo el régimen autocrático, las instituciones de los zemstvos no serán ni pueden ser de ninguna utilidad, no tendrán ni pueden tener ninguna importancia, pero son ricas en gérmenes de un fecundo desarrollo en el porvenir... Probablemente, las nuevas instituciones de los zemstvos estén llamadas por el destino a servir de base al futuro régimen constitucional en Rusia... Pero hasta que en Rusia se implante el régimen constitucional de gobierno, mientras exista la autocracia y no haya libertad para la palabra impresa, las instituciones de los zemstvos están condenadas a seguir siendo un fantasma político, mudas asambleas de vocales". Así pues, aun en plena época de los años 60, Dolgorúkov no se dejó llevar de un optimismo excesivo. Los cuarenta años transcurridos desde entonces, nos han enseñado muchas cosas y han mostrado que los zemstvos fueron llamados por el "destino" (y en parte por el Gobierno) para servir de base a toda una serie de medidas que aturden a los constitucionalistas.

tos sin moral; de que para “hacer resignarse” al autócrata bastan algunas solicitudes; de que la labor cultural legal en general y la de los zemstvos en particular tiene “gran importancia política”, pues libera a quienes de palabra son hostiles a la autocracia de la obligación de apoyar activamente, en una u otra forma, la lucha revolucionaria contra ella, y así sucesivamente.

La unificación de los liberales es, sin duda, una cosa útil y deseable, siempre que se proponga combatir los prejuicios arraigados, y no coquetear con ellos, elevar el nivel medio de nuestro desarrollo político (o más bien, subdesarrollo), y no sancionarlo; en una palabra, la unificación con el objeto de apoyar la lucha ilegal, y no para entregarse a una fraseología oportunista sobre la gran importancia política de la actividad legal. SI no puede ser justificado el planteamiento ante los obreros de la consigna política de “libertad de huelga” etc., tampoco puede serlo el planteamiento ante los liberales de la consigna de “un zemstvo investido de poder”. *Bajo la autocracia,*

todo zemstvo, por ultra-archi-“investido de poder” que sea, será fatalmente un engendro incapaz de desarrollarse, mientras que, *con una constitución*, perdería en el acto su importancia “política” actual.

La unificación de los liberales es posible en dos formas: mediante la fundación de un partido liberal independiente (ilegal, por supuesto) y mediante la organización del concurso de los liberales a los revolucionarios. El propio señor R. N. S. indica la primera posibilidad, pero... estas indicaciones, si se las admite como expresión efectiva de los propósitos y probabilidades del liberalismo, no predisponen a un particular optimismo. “Sin los zemstvos –sostiene– los liberales de estos se verán obligados a formar un partido liberal, o a abandonar como fuerza organizada el escenario histórico. Estamos convencidos de que el resultado inevitable de la supresión de los zemstvos será la organización de los liberales en un partido ilegal, aunque sea muy moderado por su programa y procedimientos”. Si se trata solo de la “supresión”, habrá que esperar todavía largo

tiempo, pues ni siquiera Witte lo desea, y el Gobierno ruso en general se preocupa mucho por conservar las apariencias, aun cuando vaciándolas de todo contenido. Es perfectamente natural que el partido de los liberales sea muy moderado; no cabe esperar otra cosa de un movimiento en el seno de la burguesía (el partido liberal solo puede mantenerse merced a tal movimiento). ¿Pero en qué deberían consistir la actividad y los “procedimientos” de este partido? El señor R. N. S. no lo explica. “Por sí solo —dice—, un partido liberal ilegal, como organización compuesta por los elementos más moderados y menos activos de la oposición, no puede desplegar una actividad particularmente amplia ni particularmente intensa”... Nosotros pensamos que en determinada esfera, aun circunscrita a los intereses locales y sobre todo a los de los zemstvos, un partido liberal podría perfectamente desplegar una actividad a la vez amplia e intensa; señalemos, a título de ejemplo, la organización de denuncias políticas... “Pero habiendo otros partidos que se dedican a esta actividad, en especial el partido

social– demócrata u obrero, el partido liberal, aun sin concertar un acuerdo directo con los socialdemócratas, puede constituir un factor muy serio” ... Perfectamente justo, y, como es lógico, el lector espera que el autor esboce, aunque sea a grandes rasgos, la función de este “factor”. Pero en vez de ello, el señor R. N. S. traza un cuadro del ascenso de la socialdemocracia revolucionaria y concluye: “En presencia de un movimiento político manifiesto... una oposición liberal más o menos organizada puede desempeñar un importante papel político: si los partidos moderados aplican una táctica acertada, siempre salen ganando de la acentuación de la lucha entre los elementos extremos de la sociedad” ... ¡Y eso es todo! El “papel” del “factor” (que de partido se convirtió ya en oposición) consiste en “salir ganando” de la acentuación de la lucha. Ni una palabra sobre la participación de los liberales en la lucha, pero se menciona que salen ganando. Se podría decir que el lapsus es providencial...

Los socialdemócratas rusos nunca han cerrado los ojos sobre el hecho de que la libertad

política, por la cual luchan ante todo, beneficiará *ante todo* a la burguesía. Oponerse por esta razón a la lucha contra la autocracia solo podría un socialista hundido en los peores prejuicios del utopismo o del populismo reaccionario^{xlii}. La burguesía se valdrá de la libertad para dormirse sobre los laureles, mientras que el proletariado la necesita para desplegar en toda su amplitud la lucha por el socialismo. Y la socialdemocracia llevará adelante sin desmayo su lucha liberadora, sea cual fuere la actitud de tales o cuales sectores de la burguesía hacia ésta. En interés de la lucha política, nosotros debemos apoyar toda oposición al yugo de la autocracia, no importa la causa que la provoque ni el sector social en que se manifieste. De ahí que estemos lejos de ser indiferentes a la oposición de nuestra burguesía liberal en general y de los miembros de nuestros zemstvos en particular. Si los liberales saben organizarse en un partido ilegal, tanto mejor; aplaudiremos el crecimiento de la conciencia política en las clases poseedoras, apoyaremos sus reivindicaciones, procuraremos que la actividad

de los liberales y la de los socialdemócratas se complementen mutuamente.¹⁹ Si no saben organizarse, tampoco en este caso (más probable) nos “desentenderemos” de los liberales, sino que nos esforzaremos por afianzar los vínculos con algunas personalidades, familiarizarlas con nuestro movimiento, apoyarlas denunciando en la prensa obrera todas las infamias del Gobierno y las maquinaciones de las autoridades locales, atraerlas para que apoyen a los revolucionarios. En la actualidad ya existe un intercambio de servicios de ese género entre los liberales y los socialdemócratas, solo debe ser ampliado y consolidado. Sin embargo, estando siempre

¹⁹ Quien escribe estas líneas tuvo ocasión de señalar hace cuatro años la utilidad de un partido liberal, a propósito del Partido del Derecho del Pueblo. Véase *Las tareas de los socialdemócratas rusos* (Ginebra, 1898): “...Pero si en este Partido (Derecho del Pueblo) hay también políticos no socialistas, demócratas no socialistas, verdaderos y no de mascarada, este partido podrá reportar no poco provecho, procurando acercarse a los elementos de la oposición política de nuestra burguesía..”. (pág. 26). (Véase *Obras Completas*, t, 2, pág. 484.-Ed.)

preparados para este intercambio de servicios, jamás ni en ningún caso renunciaremos a combatir con decisión las ilusiones tan numerosas en la sociedad rusa en general, sociedad políticamente poco desarrollada, y en la sociedad liberal rusa en particular. En el fondo, parafraseando la conocida sentencia de Marx sobre la revolución de 1848, podemos decir también del movimiento revolucionario ruso que su progreso no consiste en conquistar tales o cuales adquisiciones positivas, sino en despojarse de nocivas ilusiones^{xliii}. Nos hemos despojado de las ilusiones del anarquismo y del socialismo populista, del menosprecio de la política, de la fe en una evolución original de Rusia, de la convicción de que el pueblo ya está preparado para la revolución y de la teoría de la conquista del poder y de un duelo entre la autocracia y los heroicos intelectuales.

Es hora ya de que también nuestros liberales se despojen de la ilusión, que parece la más endeble teóricamente, pero que es la más vivaz en la práctica, de que es posible aún parlamentar con la autocracia rusa, de

que un zemstvo cualquiera es un embrión de una constitución, de que los partidarios sinceros de esta última pueden cumplir su juramento de Aníbal desplegando una paciente actividad legal y lanzando pacientes exhortaciones al enemigo para que se resigne.

Notas al final Los perseguidores de los zemstvos y los Aníbales del liberalismo

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i El artículo *Los perseguidores de los zemstvos y los Aníbales del liberalismo* lo escribió Lenin con motivo de haberse publicado en 1901 el libro *La autocracia y los zemstvos. Memoria confidencial de S. Y. Witte, ministro de Hacienda (1899)*, con prólogo y comentarios de R. N. S. (P. B. Struve), que denunciaba la política del Gobierno zarista con respecto a los zemstvos y ponía en evidencia la esencia burguesa del liberalismo en Rusia. Lenin califica irónicamente de Aníbales del liberalismo a los liberales rusos que, como escribió P. Struve, a semejanza de Aníbal (el general cartaginés que juró no dejar de combatir contra Roma hasta el fin de sus días), habían jurado luchar contra la autocracia.

Casi mes y medio duró la discusión del artículo en la Redacción de *Iskra* y *Zariá*, y con tal motivo se mantuvo una animada correspondencia, en la que se reflejaron graves discrepancias en el seno de la Redacción en cuanto a la táctica que debía seguir el partido marxista respecto del liberalismo burgués. Algunos miembros de la Redacción consideraban justa la crítica que hacía Lenin del liberalismo, pero exigían que se suavizaran los términos severos de la denuncia, el carácter polémico del artículo y la crítica del liberalismo que contenía. Lenin aceptó modificar algunas formulaciones de escasa importancia,

pero se mantuvo firme en lo referente al carácter polémico del artículo, los términos empleados y su orientación, y en esa forma se publicó en el núm. 2-3 de **Zariá**, de diciembre de 1901. El texto original no se ha conservado.

ii Zemstvo: así se llamaba la administración autónoma local encabezada por la nobleza en las provincias centrales de la Rusia zarista. Fue instituida en 1864. Sus atribuciones estaban limitadas a los asuntos económicos puramente locales (construcción de hospitales y caminos, estadística, seguros, etc.). Controlaban su actividad los gobernadores y el ministro del Interior, que podían anular cualquier acuerdo indeseable para el Gobierno.

iii El 19 de febrero de 1861 Alejandro II firmó el Manifiesto y el “Reglamento” sobre los campesinos emancipados de la dependencia feudal. La Reforma que abolió la servidumbre en Rusia fue impuesta por todo el curso del desarrollo del país y la creciente amplitud del movimiento campesino contra la explotación feudal. El Gobierno zarista implantó esta Reforma para asegurar en máximo grado los intereses de los terratenientes feudales: se conservó la posesión agraria de los terratenientes y las tierras de los campesinos fueron declaradas propiedad de aquéllos. El campesino podía recibir un nadiel (parcela) únicamente según la norma establecida estrictamente por la ley (y con el consentimiento del terrateniente) pagando un rescate al Gobierno zarista, el cual abonaba previamente la suma establecida a los terratenientes. Para amortizar la “deuda” de los campesinos se les concedió una prórroga de 49 años, al 6% de interés anual. Los atrasos en el pago del rescate aumentaban año tras año, siendo una pesada

carga para los campesinos. El rescate de los nadieles que acreditaba su propiedad era una verdadera expoliación por parte de los terratenientes y el Gobierno zarista.

El viejo sistema de pago en trabajo solo fue socavado por la Reforma y no destruido. Más de 1/5 de la tierra que usufructuaban los campesinos bajo el régimen de servidumbre les fue recortado en favor de los terratenientes al aplicarse la Reforma. Estas tierras recortadas o “recortes”, como las llamaban, eran lo mejor de las parcelas campesinas (prados, abrevaderos, pastos, etc.), sin los cuales los campesinos no podían dedicarse a una actividad agropecuaria independiente. Según cálculos aproximados, después de la Reforma los nobles tenían 71.500.000 deciatinas de tierras, y los millones y millones de campesinos 33.700.000.

Hasta concluir el contrato de rescate, se consideraba a los campesinos “temporalmente dependientes” del terrateniente, a quien debían rendir tributos fructuarios o monetarios.

Lenin calificó la Reforma de 1861 como el primer acto de violencia masiva contra el campesinado en beneficio del capitalismo naciente en la agricultura.

iv Zemski Sobor (Duma de los zemstvos): nombre de la institución representativa de todo el pueblo, extendido en las publicaciones rusas de la década del 60 del siglo XIX.

v Kólokol (La Campana): revista que tenía por divisa “Vivos voco!” (“¡Llamo a los vivos!”). La editaron A. I. Herzen y N. P. Ogariov desde julio de 1857 hasta abril de 1865 en Londres y desde 1865 hasta julio de 1867 en Ginebra. Aparecía

mensualmente y durante algún tiempo quincenalmente, difundiéndose ampliamente por toda Rusia. *Kólokol* fustigó las arbitrariedades de la autocracia, la rapacidad y las malversaciones de los funcionarios y la despiadada explotación de los campesinos por los terratenientes, hizo llamamientos revolucionarios y contribuyó al despertar de las masas para la lucha contra el Gobierno zarista y las clases dominantes. *Kólokol* se encontraba a la cabeza de la prensa revolucionaria que aparecía sin censura, precursora de la prensa obrera en Rusia, y desempeñó un papel importante en el desarrollo del movimiento democrático general y revolucionario, en la lucha contra la autocracia y el feudalismo.

vi Revue des deux Mondes (La Revista de los Dos Mundos): revista mensual francesa de tendencia burguesa liberal; se publicó en París de 1829 a 1940.

vii Mediadores de paz; cargo administrativo instituido por el Gobierno zarista en el período de aplicación de la Reforma campesina de 1861. A los mediadores de paz los nombraban los gobernadores de entre los nobles del lugar para investigar y resolver los conflictos que surgían entre los campesinos y los terratenientes al aplicarse el “Reglamento” sobre la liberación de los primeros; de hecho, estaban llamados a velar por los intereses de los terratenientes.

viii Raznochintsi (intelectuales de origen plebeyo): personas instruidas, que procedían de distintos sectores de los mercaderes, del clero, de la pequeña burguesía y del campesinado.

ix *Molodaya Rossia* (La Joven Rusia): proclama que publicó en mayo de 1862 el círculo de estudiantes revolucionarios de Moscú dirigido por P. G. Zaichnevski. Fustigaba el régimen autocrático y feudal de Rusia, denunciaba la política conciliadora de los liberales y exhortaba a luchar para derrocar la monarquía y crear una “república rusa social y democrática”, basada en la unión voluntaria federativa de las distintas regiones.

x *Mediadores de paz*; cargo administrativo instituido por el Gobierno zarista en el período de aplicación de la Reforma campesina de 1861. A los mediadores de paz los nombraban los gobernadores de entre los nobles del lugar para investigar y resolver los conflictos que surgían entre los campesinos y los terratenientes al aplicarse el “Reglamento” sobre la liberación de los primeros; de hecho, estaban llamados a velar por los intereses de los terratenientes.

xi *Edificio Apraxin*: mercado de Petersburgo sito en la calle Sadóvaya. Debe el nombre a su propietario, el conde Apraxin.

xii *Sovreménnik* (El Contemporáneo): revista mensual científica, política y literaria; apareció en Petersburgo desde 1836 hasta 1866. Fue la mejor publicación de su tiempo y reflejaba las aspiraciones de la democracia revolucionaria; ejerció gran influencia en los elementos progresistas de la sociedad rusa, sobre todo entre los jóvenes de tendencia revolucionaria. Durante la Reforma campesina fue el portavoz de la democracia revolucionaria, predicó las ideas de la revolución, de la lucha de masas para derrocar el

zarismo y defendió los intereses del campesinado. En 1886 fue clausurada por el Gobierno zarista.

xiii *Rússkoe Slovo* (La Palabra Rusa): revista mensual literaria y política; se editó en Petersburgo desde 1859 hasta 1866. Fue una de las publicaciones progresistas e influyentes y tuvo gran ascendiente sobre la juventud avanzada de la década del 60. En 1866 fue clausurada por el Gobierno zarista

xiv *Den* (El Día): diario de orientación eslavófila; se publicó en Moscú desde 1861 hasta 1865.

xv *Escuelas dominicales*: escuelas para adultos; funcionaban los domingos y se proponían iniciar en la instrucción a los obreros analfabetos o semianalfabetos; sus organizadores y maestros eran intelectuales progresistas que cumplían esta labor gratuitamente

xvi *Literaturn Fond* (Sociedad del Fondo Literario para ayudar a los escritores y hombres de ciencia necesitados, y a sus familias): sociedad legal fundada en Petersburgo en 1859. Con el pretexto de realizar beneficencia entre los literatos y hombres de ciencia necesitados, los organizadores de la sociedad intentaron agrupar a los intelectuales de tendencia progresista y revolucionaria. En abril de 1862 se intentó crear una organización estudiantil legal, mediante la fundación de la “Sección de ayuda a los estudiantes pobres”, encabezada por un comité de estudiantes. Gran parte de los miembros del comité estaba vinculada con la organización revolucionaria ilegal Tierra y Libertad. En junio de ese mismo año dicha “Sección” fue clausurada por el Gobierno zarista.

xvii El *Club de Ajedrez* se fundó en enero de 1862 en Petersburgo. Entre sus socios figuraban los partidarios de Tierra y Libertad, organización revolucionaria clandestina. En la práctica, este Club de Ajedrez era un club de literatos, el centro de la vida política y social de los intelectuales progresistas de tendencia revolucionaria en Petersburgo. En junio de 1862 fue clausurado por el Gobierno zarista.

xviii *Decembristas*: revolucionarios de la nobleza rusa que se sublevaron el 14 de diciembre de 1825 contra la autocracia. La sublevación fue derrotada por las tropas zaristas y sus participantes ejecutados o deportados en régimen penitenciario a Siberia. Lenin consideraba muy meritoria la actividad de los decembristas porque fueron los primeros combatientes revolucionarios que fundaron organizaciones revolucionarias clandestinas y se alzaron en armas contra la autocracia y el feudalismo. Señalaba que, a pesar de su estrechez de clase, los decembristas habían demostrado abnegación y una actitud revolucionaria, y que el movimiento que organizaron tuvo importancia, dando comienzo al movimiento democrático revolucionario en Rusia.

xix Se trata de la participación de las tropas del zar ruso Nicolás I en el aplastamiento del movimiento revolucionario por la liberación nacional en varios países de Europa Occidental. En 1848 el zar introdujo las tropas en Rumania, Polonia, los países del Báltico y en la Ucrania de la margen derecha e hizo un préstamo de seis millones al emperador de Austria para sofocar el movimiento de liberación nacional en Italia: En 1849 con ayuda de las tropas zaristas fue aplastada la revolución en Hungría.

xx *États généraux* (Estados Generales): asamblea estamental representativa instituida en Francia desde el siglo XIV hasta el XVIII; estaba integrada por representantes de la nobleza, el clero y el tercer estado o estado llano, que eran convocados por el rey para solucionar los problemas administrativos y financieros. Debido al incremento del absolutismo, los Estados Generales no se reunieron durante 175 años, desde 1614 hasta 1789. En esa fecha, en plena maduración de la revolución burguesa, Luis XVI convocó los Estados Generales para resolver la crisis financiera. Bajo la presión de las masas populares, los diputados del tercer estado se proclamaron Asamblea Nacional.

xxi *Convención*: asamblea representativa en Francia, suprema institución legislativa creada en el período de la revolución burguesa en Francia a fines del siglo XVIII; duró del 20 de septiembre de 1792 al 26 de octubre de 1795. Fue elegida a raíz del destronamiento del rey Luis XVI.

xxii *Comunidad (rural)*: forma de usufructo mancomunado de la tierra por los campesinos que existía en Rusia; se caracterizaba por una rotación obligatoria de los cultivos y por la indivisibilidad de los bosques y los pastos. Los rasgos principales de la comunidad rural rusa eran la caución solidaria (responsabilidad colectiva obligatoria de los campesinos por el pago puntual y completo de los impuestos y por el cumplimiento de toda clase de prestaciones en favor del Estado y de los terratenientes), la redistribución sistemática de la tierra comunal, sin derecho a rechazar la parcela otorgada, y la prohibición de comprarla y venderla.

Los terratenientes y el Gobierno zarista aprovechaban la comunidad para reforzar la opresión feudal y para arrancar a los campesinos tributos de rescate e impuestos.

El problema de la comunidad motivó acaloradas discusiones y dio origen a multitud de escritos de economía. Los populistas dedicaron gran atención a la comunidad viendo en ella la garantía de la vía especial de Rusia hacia el socialismo. Barajando tendenciosamente y falsificando los hechos, operando con los llamados “promedios”, los populistas trataban de demostrar que el campesinado comunal en Rusia poseía una “estabilidad” especial, que la comunidad protegía a los campesinos de la penetración de las relaciones capitalistas en su vida, que los “salvaba” de la ruina y de la diferenciación en clases. Lenin mostró con abundantes datos documentales y estadísticos cómo se desarrollaban las relaciones capitalistas en el campo ruso y cómo el capital, penetrando en la comunidad rural patriarcal, dividía al campesinado en clases antagónicas: los kulaks y los campesinos pobres.

xxiii *Fortaleza de Pedro y Pablo*: fortaleza enclavada frente al Palacio de Invierno (residencia del zar). En ella se encarcelaba a los revolucionarios durante el zarismo.

xxiv Para aplacar la ola de indignación estudiantil, el general Vannovski, designado ministro de Instrucción Pública en marzo de 1901, hizo declaraciones de tono liberal en las que expresó su “amor” por los estudiantes y su “cordial solicitud” por ellos. Aunque introdujo algunas reformas de escasa importancia en el terreno educacional, siguió aplicando al estudiantado revolucionario medidas

represivas: detenciones, confinamientos, expulsión de las universidades, etc.

xxv *Sévernaya Pochta* (El Correo del Norte): diario, órgano oficial del Ministerio del Interior del Gobierno zarista; se publicó en Petersburgo desde el 1 de enero de 1862 hasta 1869.

xxvi *Vólnoe Slovo* (La Palabra Libre): semanario primero, y a partir del núm. 37 publicación quincenal; se editó en Ginebra de 1881 a 1883. Su objetivo era agrupar a los elementos de la oposición y difundir ideas liberales acerca de la necesidad de transformar el régimen social de Rusia “sobre la base de principios de libertad personal y de administración autónoma”.

xxvii *Pravítelstvenni Véstnik* (Boletín del Gobierno): diario, órgano oficial del Gobierno zarista; se publicó en Petersburgo desde 1869 hasta 1917.

xxviii En marzo de 1880, veinticinco personalidades del zemstvo de Moscú (catedráticos, escritores y abogados) elevaron una petición al ministro del Interior Loris-Mélikov en la que proponían ampliar los derechos de las asambleas de los zemstvos y admitir la participación de sus representantes en la administración del Estado.

xxix *Asamblea de Notables*: asamblea de representantes de la nobleza feudal, del clero y de algunos ciudadanos ricos, convocada por el rey de Francia para discutir los problemas de mayor importancia, principalmente los financieros. En 1787 y 1788 fue reunida por Luis XVI para solucionar la crisis financiera que atravesaba el país. La asamblea se

negó a aceptar la disposición que gravaba con impuestos a los estamentos privilegiados, y Luis XVI viose obligado a convocar los Estados Generales.

xxx “Dictadura del corazón”; expresión irónica empleada para designar la política de coqueteo con los liberales que aplicó durante un breve período el dignatario zarista Loris-Mélikov, nombrado en 1880, primero, jefe de la Comisión Ejecutiva Suprema para la lucha contra la “subversión” y más tarde ministro del Interior. Loris-Mélikov intentó basar su política en promesas de “concesiones” a los liberales y de represión implacable contra los revolucionarios. Esta política de maniobras, consecuencia de la situación revolucionaria que se produjo en 1879-1880, tendía a debilitar el movimiento revolucionario y atraer al lado del zarismo a la burguesía liberal opositora. Una vez aplacada la marea revolucionaria de ese período, el Gobierno zarista abandonó la política de la “dictadura del corazón” y se apresuró a publicar un manifiesto sobre la “inamovilidad” de la autocracia. En abril de 1881, Loris-Mélikov tuvo que dimitir.

xxxii *Sotsial-Demokrat* (El Socialdemócrata): recopilaciones político-literarias editadas de 1890 a 1892 en el extranjero (Londres-Ginebra) por el grupo Emancipación del Trabajo. Aparecieron cuatro volúmenes. Las recopilaciones desempeñaron un gran papel en la difusión de las ideas del marxismo en Rusia.

xxxiii El 1 de marzo de 1881 unos adeptos de Voluntad del Pueblo dieron muerte al zar Alejandro II.

Voluntad del Pueblo (Naródnaya Volia): organización revolucionaria secreta de populistas terroristas que se

formó en agosto de 1879. Su objetivo inmediato era el derrocamiento de la autocracia zarista y la instauración de una república democrática. Por primera vez en la historia del populismo los adeptos de Voluntad del Pueblo plantearon la necesidad de la lucha política, pero la redujeron a la conspiración y al terrorismo individual.

Tras varios intentos fallidos, el 1 de marzo de 1881 fue muerto el zar Alejandro II. Los organizadores del atentado fueron detenidos y ejecutados; luego se efectuaron varios procesos. La actividad de Voluntad del Pueblo cesó. Lo erróneo de la teoría y la táctica y la ausencia de amplios vínculos con las masas populares llevaron al fracaso de la organización, pese a la abnegación y el heroísmo de sus militantes.

xxxiii *Poriádok* (El Orden): periódico político y literario de tendencia moderadamente liberal. Se publicó en Petersburgo de 1881 a 1882.

Straná (El País): periódico político y literario de la misma tendencia que el anterior. Se publicó en Petersburgo de 1880 a 1883.

Golos (La Voz): diario político y literario de igual tendencia que los dos anteriores. Se publicó en Petersburgo desde 1863 hasta 1884.

xxxiv Se trata del Manifiesto de Alejandro III sobre la confirmación y la protección de la autocracia, redactado por K. P. Pobedonóstsev, dignatario zarista que se distinguía por ultrarreaccionario. El Manifiesto expresaba la naturaleza reaccionaria de la política interior y exterior del régimen de Alejandro III.

xxxv *Plan maquiavélico*: plan al estilo de Maquiavelo (político italiano de fines del siglo XV y comienzos de) XVI) que, en la lucha por el fin propuesto, no reparaba en medios, incluyendo la perfidia, la traición, el engaño, el asesinato, etc.

xxxvi *Pagos de rescate*: cantidades que, según el “Reglamento” del 19 de febrero de 1861 sobre la abolición de la servidumbre en Rusia, debían pagar los campesinos a los terratenientes por las parcelas que recibían. Los pagos de rescate superaban en mucho al precio real de la tierra y ascendieron en total a cerca de 2.000 millones de rublos. En la práctica, los campesinos fueron obligados a pagar no solo por la tierra que tenían desde hacía mucho tiempo en usufructo, sino también por su liberación personal.

xxxvii El cargo administrativo de *jefe del zemstvo* fue instituido en 1889 por el Gobierno zarista con el propósito de reforzar el poder de los terratenientes sobre los campesinos. Los jefes de los zemstvos eran designados de entre los terratenientes nobles de cada lugar y gozaban de inmensos derechos administrativos y judiciales sobre los campesinos, incluido el de encarcelarlos y someterlos a castigos corporales.

xxxviii La *estadística de los zemstvos* era confeccionada por las instituciones correspondientes del zemstvo. Los departamentos, oficinas y comisiones de estadística adjuntos al Consejo del zemstvo del distrito o de la provincia efectuaban investigaciones estadísticas (censos por hogar de las haciendas campesinas y de las industrias artesanales, determinación de la rentabilidad de las tierras,

reevaluación de las tierras y propiedades gravadas por los impuestos del zemstvo, estudio de los presupuestos campesinos, etc.) y publicaban numerosos estudios y recopilaciones estadísticas por distrito y provincia, que contenían abundantes datos concretos. Lenin consideraba muy meritorio el trabajo de los estadísticos de los zemstvos, a la vez que criticaba sus métodos de análisis y clasificación de los datos.

xxxix “*Equiparar dos por dos a una vela de estearina*”: la expresión corresponde a la novela del escritor ruso I. S. Turguénev *Rudin* y se utiliza para definir la falta de lógica y de toda relación entre las premisas y las conclusiones de un razonamiento.

xlSuplemento especial de “*Rabóchaya Misl*”: folleto” editado por la Redacción del periódico de los “economistas” *Rabóchaya Misl* en septiembre de 1899. El folleto, en particular el artículo *Nuestra realidad*, firmado por R. M., exponía sin ambages concepciones oportunistas.

xli *Teoría bernsteiniana* (bersteinianismo): corriente oportunista en la socialdemocracia internacional; surgió a fines del siglo XIX en Alemania y debe su nombre al socialdemócrata alemán E. Bernstein, portavoz público del revisionismo en el seno de la socialdemocracia alemana, que, después de la muerte de F. Engels, en 1895, se manifestó con particular vigor.

xlii *Populismo*: corriente pequeñoburguesa en el movimiento revolucionario ruso, surgida en los años 60 y 70 del siglo XIX. Los populistas negaban el carácter del desarrollo de las relaciones capitalistas en Rusia y, de

conformidad con ello, consideraban que la principal fuerza revolucionaria era el campesinado y no el proletariado. Veían en la comunidad rural el embrión del socialismo. Deseosos de alzar a los campesinos a la lucha contra la autocracia, los populistas iban a las aldeas, “al pueblo” (y de ahí su denominación), pero allí no encontraron apoyo.

El populismo atravesó varias etapas, evolucionando de la democracia revolucionaria al liberalismo. En las décadas del 80 y el 90 del siglo XIX, los populistas emprendieron el camino de la reconciliación con el zarismo, expresaban los intereses de los kulaks y sostuvieron una lucha enconada contra el marxismo.

xliii Véase la introducción a la obra de C. Marx *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850* (C. Marx y F. Engels. *Obras*, 2ª ed. en ruso, t. 7, pág., 7).

Proyecto de programa del partido obrero socialdemócrata de rusiaⁱ

[A]¹

I. En Rusia la producción mercantil se desarrolla con rapidez creciente, y el modo de producción capitalista adquiere una posición cada vez más dominante.

II. El perfeccionamiento incesante de la técnica conduce a que la pequeña producción sea desplazada cada vez más por la grande. La parte fundamental de los medios de producción (la tierra y las fábricas, las herramientas y las máquinas, los ferrocarriles y otros medios de comunicación) se concentra en manos de un número relativamente insignificante de capitalistas y grandes terra-

¹ La parte de este proyecto relativa a los principios la constituye el proyecto presentado por Lenin (firmado como Frey), miembro de la Redacción (y preparado por él sobre la base del proyecto inicial de Plejánov. La parte práctica (desde el lugar indicado más abajo hasta el final) es propuesta por toda la comisión, o sea, por los cinco miembros de la Redacción.

tenientes, como propiedad privada suya. Los pequeños productores independientes (campesinos, kustares, artesanos) se arruinan cada vez más, pierden los medios de producción y se convierten así en proletarios o pasan a ser servidores y tributarios del capital. Aumenta incesantemente el número de trabajadores que se ven obligados a vender su fuerza de trabajo, a convertirse en obreros asalariados, colocados en situación de dependencia con respecto a los propietarios, cuyas riquezas crean con su trabajo.

III. Cuanto más avanza el progreso técnico, más rezagado queda el aumento de la demanda de fuerza de trabajo con respecto al de su oferta, y más posibilidades tienen los capitalistas de elevar el grado de explotación de los obreros. La inseguridad de la existencia y el desempleo, el yugo de la explotación y toda clase de humillaciones son la suerte reservada a capas cada vez más extensas de la población trabajadora.

IV. Vienen a agravar todavía más este proceso las crisis industriales, provocadas inevitable-

mente por las contradicciones fundamentales del capitalismo. La pobreza y la miseria de las masas aparecen simultáneamente con el derroche de la riqueza social a causa de que resulta imposible encontrar salida para las mercancías producidas.

V. Por consiguiente, el gigantesco desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social, y cada vez más socializado, va acompañado por el hecho de que las principales ventajas de ese desarrollo las monopoliza una insignificante minoría de la población. A la par con el aumento de la riqueza social crece la desigualdad social, se ahonda y ensancha el abismo que existe entre la clase de los propietarios (la burguesía) y la clase del proletariado.

[B]

VI. Pero al mismo tiempo que crecen y se desarrollan todas estas inevitables contradicciones del capitalismo, crecen el número y la cohesión, el descontento y la indignación de los proletarios, se agudiza la lucha de la clase obrera contra la clase de los capitalistas,

se acentúa el afán de sacudirse el insoportable yugo del capitalismo.

VII. La emancipación de la clase obrera solo puede ser obra de la propia clase obrera. Todas las demás clases de la sociedad moderna desean mantener las bases del régimen económico existente. Para lograr la auténtica emancipación de la clase obrera es necesaria la revolución social, preparada por todo el desarrollo del capitalismo, es decir, la supresión de la propiedad privada sobre los medios de producción, su transformación en propiedad social, y la sustitución de la producción capitalista de mercancías por la organización socialista de la producción de objetos, a cargo de toda la sociedad, para asegurar el pleno bienestar y el libre y múltiple desarrollo de todos sus miembros.

VIII. Esta revolución del proletariado acabará por completo con la división de la sociedad en clases y, por consiguiente, con todas las desigualdades sociales y políticas que se derivan de esa división.

IX. Para realizar esta revolución social, el proletariado debe conquistar el poder político, que lo convertirá en dueño de la situación y le permitirá eliminar todos los obstáculos que haya en el camino hacia su magno objetivo. En este sentido, la dictadura del proletariado es condición política imprescindible de la revolución social.

X. La socialdemocracia rusa se plantea, como propia, la tarea de poner de manifiesto ante los obreros el inconciliable antagonismo entre sus intereses y los intereses de los capitalistas; de explicar al proletariado la significación histórica, el carácter y las condiciones de la revolución social que le corresponde realizar, y de organizar el partido revolucionario de clase capaz de dirigir todas las acciones de lucha del proletariado.

XI. Pero el desarrollo del intercambio internacional y de la producción para el mercado mundial creó nexos tan estrechos entre todos los pueblos del mundo civilizado, que el movimiento obrero actual debía adquirir, y adquirió ya desde hace tiempo, carácter

internacional. La socialdemocracia rusa se considera uno de los destacamentos del ejército mundial del proletariado, una parte de la socialdemocracia internacional.

XII. Sin embargo, los objetivos inmediatos de la socialdemocracia rusa se ven modificados considerablemente por el hecho de que en nuestro país los numerosos vestigios del régimen social precapitalista, de servidumbre, entorpecen en sumo grado el desarrollo de las fuerzas productivas, imposibilitan el total y completo desarrollo de la lucha de clase del proletariado, rebajan el nivel de vida de la población trabajadora, determinan bárbaras formas asiáticas de extinción de millones de campesinos y mantienen a todo el pueblo en la ignorancia, la carencia de derechos y el embrutecimiento.

XIII. El más importante de esos vestigios del régimen de servidumbre y el más poderoso baluarte de toda esta barbarie es la autocracia zarista, el peor y más peligroso enemigo del movimiento de liberación del proletariado y del desarrollo cultural de todo el pueblo.

[C]

Por esta razón², el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia se propone como tarea política inmediata el derrocamiento de la autocracia zarista y su sustitución por *una república* basada en una Constitución democrática que garantice:

1) la soberanía del pueblo, es decir, la concentración del poder supremo del Estado en manos de una asamblea legislativa compuesta por representantes del pueblo;

2) el sufragio universal, igual y directo para todo ciudadano que haya alcanzado la edad de 21 años, tanto en las elecciones a la asamblea legislativa como en las elecciones a todos los organismos locales de administración autónoma; la emisión secreta del sufragio en todas las elecciones; el derecho de cada elector de ser elegido para todas las asambleas representativas; la remuneración de los representantes del pueblo;

² Desde aquí, el proyecto de programa fue aprobado por toda la comisión.

- 3) la inviolabilidad de la persona y el domicilio de los ciudadanos;
- 4) la absoluta libertad de conciencia, palabra, prensa, reunión, huelga y asociación;
- 5) la libertad de desplazamiento y de ocupación;
- 6) la abolición de los estamentos y plena igualdad de derechos de todos los ciudadanos, independientemente de su sexo, religión o raza;
- 7) el reconocimiento del derecho de autodeterminación a todas las naciones que forman parte del Estado;
- 8) la concesión a cada ciudadano del derecho de demandar ante la justicia a cualquier funcionario, sin necesidad de presentar antes una queja a los superiores;
- 9) la sustitución del ejército regular por el armamento general del pueblo;
- 10) la separación de la Iglesia respecto del Estado, y de la escuela respecto de la Iglesia;

11) la instrucción general, obligatoria y gratuita hasta la edad de 16 años; el suministro de alimentos, vestido y útiles escolares por cuenta del Estado a los niños pobres.

[D]

Con el fin de proteger a la clase obrera y elevar su capacidad combativa³, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia exige:

- 1) limitar la jornada de trabajo a ocho horas diarias para todos los obreros asalariados;
- 2) dictar una ley de descanso semanal de no menos de 36 horas seguidas para los obreros asalariados (mujeres y hombres) en todas las ramas de la economía nacional;
- 3) prohibir terminantemente las horas extraordinarias de trabajo;
- 4) prohibir el trabajo nocturno (desde las 9 de la noche hasta las 5 de la mañana) en todas las

³ Propuesta de Lenin: modificar del siguiente modo el comienzo de este párrafo: "Con el fin de preservar a la clase obrera de la degeneración física y moral, así como para elevar su capacidad de lucha por su propia emancipación...".

ramas de la economía nacional, con excepción de las tareas imprescindibles por razones de orden técnico;

5) prohibir a los empresarios emplear como trabajadores asalariados a niños menores de 15 años;

6) prohibir el trabajo de la mujer en las ramas en que sea perjudicial para el organismo femenino;

7) dictar una ley que establezca la responsabilidad civil de los empresarios por la pérdida total o parcial de la capacidad laboral del obrero como consecuencia de accidentes de trabajo o de condiciones de producción nocivas; eximir al obrero de la obligación de probar que la mencionada pérdida ocurrió por culpa del empresario;

8) prohibir el pago del salario en mercancías⁴;

⁴ Propuesta de Lenin: Incluir aquí (en el mismo punto):
“establecer por ley el pago semanal de los salarios a los obreros en todos los contratos de trabajo”.

9) pagar jubilaciones del Estado a los obreros de avanzada edad incapacitados para trabajar;

10) aumentar el número de inspectores de trabajo; nombrar inspectoras en las ramas en que predomina el trabajo de la mujer; implantar un control –ejercido por representantes elegidos por los obreros y retribuidos por el Estado– sobre el cumplimiento de las leyes fabriles, así como un control –por delegados obreros– sobre el establecimiento de tarifas y la separación de los artículos defectuosos;

11) instituir el control de los organismos locales de administración autónoma, con participación de delegados obreros, sobre el estado sanitario de los locales de vivienda que los empresarios ceden a los obreros, el reglamento interno de estos locales y las condiciones de su alquiler, con el fin de proteger a los obreros asalariados contra la injerencia de los patronos en su vida y en sus actividades como personas privadas y ciudadanos;

12) establecer un control sanitario amplio y bien organizado de las condiciones de traba-

jo en todas las empresas que emplean trabajo asalariado;

13) extender el control de la Inspección de Trabajo a la industria artesanal, doméstica y de los kustares, así como a las empresas estatales;

14) determinar la responsabilidad penal por la infracción de las leyes de protección del trabajo;

15) prohibir a los empresarios hacer deducciones de los salarios, sea cual fuere el motivo o destino de las mismas (multas, artículos rechazados, etc.);

16) instituir cámaras de trabajo en todas las ramas de la economía nacional, integradas por representantes de los obreros y de los patronos, sobre bases paritarias.

[E]

Además, y con el fin de democratizar la hacienda pública rusa, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia reclama la abolición

de todos los impuestos indirectos y la implantación de un impuesto progresivo sobre las rentas.

Con el fin de eliminar los vestigios del viejo régimen de servidumbre, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia se afanará por lograr⁵:

1) la abolición de los pagos en concepto de rescate y censoⁱⁱ, así como de todas las cargas que actualmente pesan sobre los campesinos como estamento contribuyente;

2) la supresión de la caución solidariaⁱⁱⁱ y la derogación de todas las leyes que coartan el derecho del campesino a disponer libremente de su tierra;

⁵ Propuesta de Lenin: Incluir aquí las siguientes palabras: "y en interés del libre desarrollo de la lucha de clases en el campo", con lo que el párrafo en cuestión quedaría redactado así: . "Con el fin de eliminar los vestigios del viejo régimen de servidumbre, y en interés" del libre desarrollo de la lucha de clases en el campo, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia se afanará por lograr:".

3) la devolución al pueblo de las sumas de dinero que le fueron sacadas en concepto de pagos de rescate y censo; la confiscación, con este fin, de los bienes de los monasterios y los predios de la Corona^{iv}, y el gravamen con un impuesto especial de las tierras de los grandes propietarios de la nobleza que hayan disfrutado del préstamo de rescate; la transferencia de las sumas obtenidas por este medio a la formación de un fondo popular especial para atender las necesidades culturales y de beneficencia de las comunidades rurales;

4) la constitución de comités campesinos:

a) para devolver a las comunidades rurales (mediante expropiación o, cuando las tierras hayan cambiado de manos, mediante rescate, etc.) las tierras que fueron recortadas a los campesinos^{va} cuando se abolió el régimen de servidumbre y que sirven, en manos de los terratenientes, de instrumento para sojuzgar a los campesinos;

b) para eliminar los vestigios del régimen de servidumbre que aún subsisten en los Urales,

el Altái, el Territorio Occidental y otras regiones del país;

5) la concesión a los tribunales del derecho de rebajar los arriendos exorbitantes y de declarar nulos los contratos de carácter leonino.

[F]

Con la aspiración de lograr sus objetivos políticos y económicos inmediatos⁶, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia apoya todo movimiento revolucionario y de oposición dirigido contra el régimen social y político imperante en Rusia, y rechaza con decisión todos los proyectos reformistas en los que cualquier ampliación de la tutela policíaca sobre las masas trabajadoras se presente como un paso hacia la solución del problema social.⁷

⁶ Propuesta de Lenin: modificar el comienzo de este párrafo en los términos siguientes: "Al luchar por las reivindicaciones señaladas, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia", etc.

⁷ Propuesta de Frei: modificar el final de este párrafo en los siguientes términos: "...proyectos que lleven aparejada

Por su parte, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia está firmemente convencido de que la realización plena, consecuente y firme de las transformaciones políticas y sociales señaladas solo podrá lograrse mediante el derrocamiento de la autocracia y la convocatoria de una *asamblea constituyente, libremente elegida por todo el pueblo*

Escrito entre el 25 de enero y el 18 de febrero (7 de febrero y 3 de marzo) de 1902.

cualquier ampliación o consolidación de la tutela policíaco-burocrática sobre las masas trabajadoras”.

Notas al final - Proyecto de programa del partido obrero socialdemócrata de rusia

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i El Programa del Partido, aprobado en el II Congreso del POSDR en 1903, lo confeccionó la Redacción de la *Iskra* leninista a fines de 1901 y primer semestre de 1902. Lenin desempeñó un papel excepcional en la elaboración del proyecto de programa del POSDR. Ya en los años 1895 y 1896, encontrándose en la cárcel, había escrito un proyecto y la explicación del Programa del Partido Socialdemócrata (véase **O.C.**, t. 2, págs. 83-113). A fines de 1899, hallándose confinado en Siberia, preparó un nuevo proyecto de programa (véase **O.C.**, t. 4, págs. 243-273).

El 9 de julio de 1901 Lenin escribió a Axelrod: “Nos escriben de Rusia que aumentan los rumores sobre el congreso. Esto nos lleva, una vez más, a pensar en el programa. Es *absolutamente* necesario publicar un proyecto de programa y ello tendría enorme importancia”. A propuesta de Lenin, G. V. Plejánov escribió el proyecto inicial de la parte teórica del programa.

El proyecto de Plejánov fue sometido por Lenin a una dura crítica 1902 en Munich. Lenin presentó más de 30 observaciones en las que se señalaba toda una serie de planteamientos del proyecto erróneos por principio. Bajo la influencia de la crítica de Lenin y de otros miembros de la Redacción, Plejánov rehízo los dos primeros párrafos

de su proyecto, pero no aceptó la mayoría de las demás observaciones y propuestas. Al discutir el proyecto de Plejánov dentro de la Redacción de *Iskra* se pusieron de relieve grandes discrepancias; una de las más serias fue motivada por la propuesta de Lenin de comenzar el programa indicando el desarrollo del capitalismo en Rusia; en los apuntes hechos después de la reunión, Lenin señaló: “Se dejó pendiente (3 votos a favor y 3 en contra) la cuestión de si había que empezar haciendo referencia a Rusia”.

A la vez que el proyecto de la parte teórica del programa, en la reunión muniquense de la Redacción de *Iskra* se discutieron también las cuestiones relacionadas con la elaboración de la parte práctica del programa. Así lo evidencia el *Esbozo de algunos puntos de la parte práctica del proyecto de programa*, escrito por Lenin en una hojita. A fines de enero y principios de febrero de 1902 quedó escrita la variante inicial de la parte práctica del proyecto de programa del POSDR; el autor de su apartado agrario y de la conclusión fue Lenin.

Convencido de que el proyecto de la parte teórica del programa escrito por Plejánov era inadmisibile, Lenin emprendió la confección de su propio proyecto. La variante inicial del proyecto de Lenin de la parte teórica del programa del POSDR (denominada “proyecto de Frey” en la correspondencia de los miembros de la Redacción de *Iskra*) fue escrita hacia el 25 de enero (7 de febrero) de 1902; Lenin concluyó el trabajo definitivo en su proyecto hacia el 18 de febrero (3 de marzo) de 1902. Al mismo tiempo Plejánov trabajaba en su segundo proyecto de programa

del POSDR. Lenin también sometió este proyecto a un serio análisis crítico. La Redacción de *Iskra* formó una Comisión “conciliadora” para concordar los proyectos de programa de Lenin y Plejánov y confeccionar un proyecto común de programa del POSDR.

Al elaborar el proyecto de programa, la Comisión tomó como base el proyecto de Plejánov. Pero, por las insistentes demandas de Lenin, en el proyecto de la Comisión fueron incluidas varias tesis de gran importancia: la tesis de que la gran producción desplaza a la pequeña sustituyó a la formulación vaga e imprecisa de Plejánov; se dio una definición del carácter puramente proletario del Partido, más clara que en el proyecto de Plejánov; la tesis de la dictadura del proletariado como condición indispensable de la revolución socialista pasó a ser un punto importantísimo del programa. Lenin conoció el proyecto de programa de la Comisión el 12 de abril de 1902, durante un viaje de Múnich a Londres, y por el camino escribió sus observaciones al proyecto (véase las págs. 256-268).

En la reunión celebrada por la Redacción de *Iskra* el 14 de abril de 1902, en Zurich, a la que no asistió Lenin, se aprobó el proyecto común de programa presentado por la Redacción: su parte teórica (proyecto de la comisión) y su parte práctica (acordada con todos los miembros de la Redacción de *Iskra* ya a primeros de marzo de 1902). La mayor parte de las observaciones, enmiendas y adiciones sugeridas por Lenin fue tenida en cuenta por los autores del proyecto de programa al discutirse en la reunión de Zurich.

El proyecto de programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, confeccionado por la Redacción de *Iskra* y *Zariá* se, publicó en el núm. 21 de *Iskra*, del 1 de junio de 1902. El II Congreso del POSDR, celebrado del 17 de julio al 10 de agosto (30 de julio-23 de agosto) de 1903, aprobó con pequeñas modificaciones el proyecto iskrista de Programa del Partido.

El Programa del POSDR existió hasta el año 1919 en que, en el VIII Congreso del PC(b) de Rusia, se aprobó un nuevo programa. A propuesta de Lenin, en el nuevo Programa del PC(b) de Rusia se incluyó la parte teórica del programa del POSDR que define las leyes y tendencias generales de la evolución del capitalismo.

ii Según el *Reglamento sobre el rescate de los campesinos manumisos de la servidumbre...*, promulgado por el gobierno zarista al ser abolida la servidumbre, los campesinos debían pagar los terratenientes un rescate por las parcelas que recibían. Al cerrar el trato de rescate, el gobierno zarista abonaba a los terratenientes una suma considerada deuda de los campesinos y que estos debían amortizar en 49 años. Las partes alícuotas de dicha deuda que entregaban cada año los campesinos se llamaban pagos de rescate. Eran tan abrumadores y superiores a las fuerzas de los campesinos que originaban su ruina y depauperación en masa. Tan solo los campesinos manumisos de los terratenientes pagaron al gobierno zarista cerca de 2.000 millones de rublos cuando el valor en el mercado de la tierra que pasó a manos de los campesinos no era superior a 544 millones. Como los campesinos no empezaron a pagar en seguida, sino hasta

1883, la amortización del rescate debía terminar por el año 1932. Pero el movimiento campesino durante la Primera Revolución rusa de 1905-1907 obligó al gobierno zarista a abolir los pagos de rescate desde enero de 1907.

iii *Caución solidaria*: responsabilidad colectiva obligatoria de los campesinos de cada comunidad rural por el pago puntual y completo de los impuestos en metálico y el cumplimiento de toda clase de prestaciones en favor del Estado y de los terratenientes.

iv *Predios de la Corona*: fincas pertenecientes a la familia del zar.

La autocracia vacila...

La autocracia vacila. El propio autócrata lo reconoce públicamente ante el pueblo. Tal es la inmensa significación del manifiesto zarista del 26 de febrero, y ninguna frase convencional, ninguna de las reservas y subterfugios de que está abarrotado el manifiesto, puede alterar el significado histórico del paso que se ha dado.

El zar comienza a la antigua usanza –de momento, todavía a la antigua usanz–: “por la gracia de Dios...” y termina con una frase mitad cobarde y mitad hipócrita, recabando la ayuda de quienes gozan de la confianza pública. El propio zar ya se da cuenta de que están pasando para no volver los tiempos en que podía sostenerse en Rusia un gobierno por la gracia de Dios y de que de hoy en adelante el único gobierno estable que puede haber en Rusia es un gobierno por la voluntad del pueblo.

El zar renueva su sagrado voto de conservar los pilares seculares del Estado ruso. Traducido del lenguaje oficial al ruso, esto

quiere decir: conservar la autocracia. Alejandro III lo proclamó con franqueza un día, sin andarse con rodeos (en el manifiesto del 29 de abril de 1881), cuando el movimiento revolucionario declinaba. Hoy, cuando resuena cada vez más alto e imponente el grito de combate: “¡Abajo la autocracia!”, Nicolás II prefiere encubrir su declaración con una pequeña hoja de parra e invocar pudorosamente a su inolvidable progenitor. ¡Estúpida y despreciable estratagema! El problema está planteado abiertamente y se ventila ya en la calle: es el ser o no ser de la autocracia. Y toda promesa de “reformas” —¡si se las puede llamar «reformas»!— que comience con una promesa de mantener la autocracia es una mentira escandalosa, una burla al pueblo ruso. Pero no hay mejor ocasión para desenmascarar al poder gubernamental ante el pueblo, que la que ofrece ese mismo poder cuando se dirige a todo el pueblo con falsas e hipócritas promesas.

El zar habla (cubriéndose una vez más con la hoja de parra) del movimiento revolucionario y se queja de que los “disturbios” impiden

laborar por el mejoramiento del bienestar del pueblo, agitan las mentes, apartan al pueblo del trabajo productivo, arruinan a fuerzas tan caras al corazón del zar, arruinan a las fuerzas jóvenes, de las cuales necesita la patria. Y precisamente porque quienes se echan a perder participando en el movimiento revolucionario son tan caros al corazón del soberano, por eso el zar promete acto seguido reprimir severamente cuanto se aparte de la marcha normal de la vida pública; es decir, castigar ferozmente la libre expresión, la participación en huelgas obreras y en manifestaciones populares.

Con esto basta. Basta y sobra. El jesuítico discurso habla por sí mismo. Nosotros solo nos atrevemos a expresar la convicción de que esa “palabra del zar”, al resonar por todos los rincones y ámbitos de Rusia, obrará como la más espléndida propaganda en favor de las reivindicaciones revolucionarias. En quien conserve todavía, aunque solo sea un ápice de honor, la palabra del zar solo puede provocar una respuesta: exigir la liberación inmediata e incondicional de todos los que, con proceso o sin proceso, después

o antes de la sentencia, sufren prisión, confinamiento o arresto por motivos políticos o religiosos, por haber participado en huelgas u ofrecido resistencia a la autoridad.

Hemos visto la hipocresía del lenguaje en que habla el zar. Veamos ahora de qué habla.

Principalmente, de tres cosas. En primer lugar, de la tolerancia de cultos. Deberán confirmarse y refrendarse nuestras leyes fundamentales que garantizan la libertad del culto de todas las creencias. Pero la religión ortodoxa seguirá siendo religión dominante. En segundo lugar, el zar habla de revisar las leyes relacionadas con el estamento rural, de que intervengan en esta revisión personas que gocen de la confianza pública y de que todos los súbditos laboren conjuntamente por el fortalecimiento de los principios morales en la familia, la escuela y la vida social. En tercer lugar, habla de facilitar a los campesinos la salida de sus comunidades y de eximirlos de la gravosa caución solidaria.

A las tres declaraciones, promesas y propuestas de Nicolás II, la socialdemocracia rusa contesta con tres reivindicaciones que

ha planteado desde largo tiempo atrás, defendido siempre y difundido con todas sus energías y que hoy es necesario confirmar con especial insistencia en relación con el manifiesto del zar y como respuesta a él.

Exigimos, en primer lugar, el reconocimiento inmediato e incondicional por la ley de la libertad de reunión y de prensa, y la amnistía para todos los “políticos” y para todos los miembros de sectas religiosas. Mientras esto no se haga, cuanto se diga sobre la tolerancia y sobre la libertad de cultos seguirá siendo una despreciable diversión y una mentira indigna. Mientras no se proclame ya la libertad de reunión, de expresión y de prensa, no desaparecerá la oprobiosa inquisición rusa que proscribe las creencias, las opiniones y las doctrinas no sancionadas por el Estado. ¡Abajo la censura! ¡Abajo la protección de la iglesia “dominante” por la policía y la gendarmería! El proletariado consciente de Rusia luchará por estas reivindicaciones hasta la última gota de sangre.

En segundo lugar, exigimos la convocatoria de una Asamblea Constituyente de todo

el pueblo, que deberá ser elegida por todos los ciudadanos sin excepción e instituir en Rusia la forma electiva de gobierno. ¡Basta ya de jugar a las conferencias locales, a los parlamentos de terratenientes adjuntos a los gobernadores, al gobierno representativo de los señores mariscales (¿y tal vez también delegados?) de la nobleza! ¡Ya la omnipotente burocracia se ha divertido bastante, como el gato con el ratón, con todo género de zemstvos, tan pronto soltándolos como acariciándolos con sus aterciopeladas patitas! ¡Mientras no se convoque una asamblea de diputados de todo el pueblo, seguirán siendo mentiras y más mentiras todas las palabras acerca de la confianza en la sociedad, acerca de los principios morales de la vida social! Hasta entonces no se debilitará la lucha de la clase obrera rusa contra la autocracia rusa.

En tercer lugar, exigimos que la ley reconozca inmediata e incondicionalmente la plena igualdad de derechos de los campesinos con los demás estamentos y la constitución de comités campesinos para acabar con todos los vestigios de la servidumbre en el

campo, para la adopción de serias medidas destinadas a mejorar la situación del campesinado.

La falta de derechos de los campesinos, que representan las nueve décimas partes de la población de Rusia, no se puede tolerar ni un día más. La privación de derechos de los campesinos pesa también sobre toda la clase obrera y sobre todo el país; sobre ella se asienta todo lo que la vida rusa tiene de asiático; esa es la causa de que pasen sin dejar huella (o con daño para los campesinos) las múltiples y diversas conferencias y comisiones. También ahora quiere el zar salir del paso con las consabidas “conferencias” de funcionarios y nobles, y habla incluso de “poder fuerte” para dirigir la actividad de las fuerzas locales. Los campesinos saben bien, por el ejemplo de los jefes de los zemstvos⁷⁵, lo que significa ese “poder fuerte”. No en vano tuvieron que pagar la benevolencia de los comités de noblesⁱ con cuarenta años de penuria, miseria y hambre constante. Los campesinos comprenderán ahora que toda “reforma” y toda mejora quedarán en

engaño a menos que los propios campesinos se encarguen de implantarlas. Comprenderán —y nosotros les ayudaremos a comprenderlo— que únicamente los comités campesinos podrán acabar de modo real no solo con la caución solidaria, sino con todos y cada uno de los restos de la prestación personal y del régimen de la servidumbre, que en pleno siglo XX siguen oprimiendo a millones de personas. A los obreros urbanos les basta con la libertad de reunión y la libertad de prensa: ¡¡ya sabremos utilizar estas libertades!! Pero para los campesinos, diseminados por rincones perdidos, embrutecidos y bestializados, eso no basta, y los obreros deben ayudarles deben hacerles comprender que seguirán siendo, inevitablemente, míseros esclavos mientras no tomen su destino en sus propias manos, mientras no impongan, como primera y fundamental medida, la constitución de comités campesinos para la emancipación efectiva, y no ilusoria, del campesinado.

Desde hace mucho tiempo, la gente inteligente y experimentada se dio cuenta de que en una época revolucionaria no hay momento

más peligroso para el gobierno que aquel en que comienza a ceder, en que empieza a vacilar. La vida política rusa de los últimos años lo confirma clamorosamente. El gobierno se mostró vacilante con respecto del movimiento obrero, al poner en marcha el zubatovismo, y quedó en ridículo, porque prestó muy buen servicio a la agitación revolucionaria. El gobierno quiso hacer concesiones en el problema de los estudiantes y se puso en ridículo, haciendo avanzar a pasos agigantados el proceso revolucionario estudiantil. El gobierno repite ahora los mismos métodos en vastas proporciones, aplicándolos a todos los problemas de la política interna, con lo cual, inevitablemente, volverá a llevarse un chasco, facilitando, vigorizando y haciendo desarrollarse el asalto revolucionario a la autocracia.

Todavía nos queda por ver el problema práctico de cómo utilizar para la agitación el manifiesto del zar del 26 de febrero. Hace ya tiempo que los socialdemócratas rusos

dieron al problema de los medios de lucha esta respuesta: organización y agitación; y no les hicieron perder aplomo las burlas de la gente simplista que encontraba esto algo “indefinido” y consideraba que los únicos medios de lucha “definidos” eran los tiros. Pues bien, en momentos como los actuales, en que inesperadamente surge ante nosotros un motivo tan propicio y que reclama con tanta insistencia la tensión de todas las fuerzas para agitar a todo el pueblo, en momentos así se siente de manera especial el retraso con que marchamos en esto, siempre en esto y únicamente en esto: en la organización y la capacidad para desplegar rápidamente la agitación.

¡Pero recuperaremos el tiempo perdido, y no nos limitaremos a recuperarlo!

En primer lugar, debemos contestar al manifiesto del 26 de febrero con hojas de las organizaciones centrales y locales. Si antes las hojas que se publicaban en todo el país sumaban decenas de miles de ejemplares, ahora deberán difundirse por millones, para que todo el pueblo se entere de la respuesta

que el proletariado consciente de Rusia da al mensaje del zar al pueblo, para que todos vean cuáles son nuestras reivindicaciones prácticas concretas, en contraste con el discurso del zar sobre el mismo tema.

Segundo, no debemos consentir que las asambleas legales y bien intencionadas de los miembros de los zemstvos, de nobles, de comerciantes y de profesores, etc., etc., sean las únicas que contesten, con respetuosa solemnidad, al manifiesto del 26 de febrero. Tampoco debemos estimar suficientes las respuestas que den al manifiesto en sus hojas las organizaciones de la socialdemocracia. Cada círculo, cada reunión obrera deberá elaborar su propia respuesta, en la que, formal y solemnemente, se ratifiquen las demandas socialdemócratas. Y las resoluciones de estas reuniones obreras (y de ser posible, también de las campesinas) deberán publicarse en hojas locales y comunicarse a nuestros periódicos. Todo el mundo debe saber que nosotros solo consideramos como respuesta del pueblo la que den los mismos obreros y campesinos. Y que todos los círculos deben prepararse

desde ahora para apoyar con la fuerza nuestras reivindicaciones fundamentales.

Tercero, no debemos tolerar que en ninguna asamblea se aprueben sin resistencia mensajes de gratitud dirigidos al zar. ¡Bastante tiempo han falsificado ya nuestros señores liberales la opinión del pueblo ruso! ¡Bastante han mentido, no diciendo lo que piensan ellos mismos, ni lo que opina la parte del pueblo que piensa por su cuenta y está dispuesta a luchar! Debemos esforzarnos por penetrar en sus asambleas para expresar allí, con la “mayor amplitud, pública y francamente, nuestras opiniones, nuestra protesta contra la servil gratitud, nuestra verdadera respuesta al zar, dándola a conocer mediante la difusión de nuestras hojas y, de ser posible, por medio de discursos públicos pronunciados en tales asambleas (aunque los señores que las presidan traten de cortarnos la palabra).

Por último, debemos esforzarnos por llevar también a la calle la respuesta de los obreros, por hacer públicas nuestras reivindicaciones a través de manifestaciones, por patentizar abiertamente el número y la fuerza de los

obreros, su grado de conciencia y su decisión.
¡Que la próxima celebración del Primero de Mayo sea a la vez que una proclamación general de nuestras reivindicaciones proletarias, una respuesta especial y definida al manifiesto del 26 de febrero!

*“Iskra”, núm. 35, 1 de marzo de 1903,
se publica según el texto del periódico “Iskra”.*

Notas al final - La autocracia vacila...

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i Se refiere a los *comités de nobles*, instituidos en 1858 con el fin de preparar los proyectos de reforma para abolir la servidumbre. En Rusia el régimen de la servidumbre fue abolido en 1861. El gobierno zarista implantó esta Reforma para asegurar en máximo grado los intereses de los terratenientes feudales: se conservó la posesión agraria de los terratenientes y las tierras de los campesinos fueron declaradas propiedad de aquéllos. El campesino podía recibir un nadiel (parcela) únicamente según la norma establecida por la ley (y con el consentimiento del terrateniente), pagando un rescate. Los campesinos pagaban este rescate al gobierno zarista, el que a su vez abonaba al terrateniente una suma convenida. Para amortizar la “deuda” de los campesinos se les concedió una prórroga de 49 años. Además, los intereses que se cobraban a los campesinos y los atrasos en el pago del rescate eran una pesada carga para su hacienda, carga que aumentaba de año en año. El rescate de las parcelas constituyó una verdadera expoliación de los campesinos por los terratenientes y el gobierno zarista.

La Reforma únicamente minó, pero no destruyó, el viejo sistema de prestación personal. Más de 1/5 de la tierra que usufructuaban los campesinos bajo el régimen de la servidumbre les fue recortado en favor de los terratenientes al efectuarse la Reforma. Estas tierras arrebatadas o “recortes”, como las llamaban, eran la mejor

parte de las parcelas campesinas –prados, abrevaderos, pastos, etc.–, sin las cuales los campesinos no podían dedicarse a una actividad agropecuaria independiente. Según cálculos aproximados, después de la Reforma los nobles tenían 71.500.000 deciatinas de tierra y los millones y millones de campesinos solamente 33.700.000. Hasta concertar el trato de rescate se consideraba a los campesinos “temporalmente dependientes” del terrateniente, a quien debían rendir tributos y prestaciones personales. -131.

La víspera del domingo sangriento

En nuestro relato sobre el desarrollo del movimiento nos habíamos detenido en el momento en que, por iniciativa de Gapón, se fijó para el domingo 9 de enero la marcha de las masas obreras hacia el Palacio de Invierno, para entregar al zar la “petición” sobre la convocatoria de una Asamblea Constituyente. El sábado 8 de enero la huelga de Petersburgo se había convertido ya en huelga general. Aun los informes oficiales calculan en cien o ciento cincuenta mil el número de huelguistas. Jamás había presenciado Rusia un estallido tan gigantesco de la lucha de clases. Quedaron paralizados toda la industria, todo el comercio y toda la vida pública de la gigantesca urbe de millón y medio de habitantes. El Proletariado demostraba con hechos que la civilización moderna está sostenida *por él y solo por él*, que es su trabajo el que crea la riqueza y el lujo, que toda nuestra “cultura” descansa sobre sus hombros. La ciudad quedó sin periódicos, sin

agua y sin alumbrado. Y esta huelga general presentaba un carácter político claramente marcado, era el preludio directo de acontecimientos revolucionarios.

Un testigo presencial nos describe en una carta, del modo siguiente, la víspera de la histórica jornada:

“Desde el 7 de enero, la huelga de Petersburgo se había convertido en huelga general. Pararon no solo todas las grandes fábricas y empresas sino también muchos talleres. Hoy, 8 de enero, no salió un solo periódico, fuera de *Pravítelstvenni Véstnik*ⁱ y de *Védomosti S. Peterburgskogo Gradonachalstva*ⁱⁱ. Hasta ahora, la dirección del movimiento está en manos de los zubatovistas.

Contemplamos un cuadro nunca visto en Petersburgo, y siente uno que se le contrae de miedo el corazón ante la incertidumbre de si la organización socialdemócrata estará en condiciones de ponerse a la cabeza del movimiento en un plazo previsible. La situación es muy grave. Durante todos los últimos días se realizaron en todas las barriadas de la ciudad mítines

obreros de masas en los locales de la Unión de Obreros Rusos. Miles de obreros se agolpan durante todo el día en las calles, delante de estos. De vez en cuando los socialdemócratas pronuncian discursos y reparten volantes. En general, son acogidos con simpatía, aunque los zubatovistas tratan de organizar la oposición. Tan pronto como se habla de la autocracia, comienzan a gritar: “ ¡Eso no nos interesa, la autocracia no nos estorba!” Sin embargo, en los discursos que pronuncian en el interior de los locales de la Unión, los zubatovistas presentan todas las reivindicaciones de los socialdemócratas, desde la jornada de ocho horas hasta la de la convocatoria de una asamblea de representantes del pueblo, sobre la base del sufragio igual, directo y secreto. Pero los zubatovistas aseguran que poner en práctica estas exigencias no equivale a derrocar a la autocracia, sino aproximar el pueblo al zar, eliminar la burocracia que se interpone entre el zar y el pueblo.

“En los locales de la Unión intervienen también oradores socialdemócratas, y sus discursos son recibidos con simpatía, pero

la iniciativa de las propuestas prácticas parte de los zubatovistas. Estas propuestas son aprobadas, a pesar de las objeciones de los socialdemócratas. Su contenido es, en esencia el siguiente: el domingo 9 de enero, los obreros desfilarán hacia el Palacio de Invierno para entregar al zar, por mediación del cura Gueorgui Gapón, una petición en la que se enumeran todas las reivindicaciones obreras, y que termina con las siguientes palabras: “Concédenos todo esto, o moriremos”. Los dirigentes de los mítines añaden lo siguiente: “Si el zar no concede lo que le pedimos, tendremos las manos libres, pues eso querrá decir que es nuestro enemigo, y entonces lucharemos contra él y levantaremos la bandera roja. Si nuestra sangre es derramada, caerá sobre su cabeza”.

La petición es aprobada en todas partes. Los obreros juran que el domingo acudirán todos a la plaza, “con sus mujeres y sus niños”. Hoy la petición será firmada en los distintos barrios de la ciudad, y hacia las 2 se reunirán todos en la Casa del Pueblo, para celebrar un mitin final.

“Todo esto se lleva a cabo sin que lo estorbe para nada la policía, que ha sido retirada de todas partes, aun cuando la gendarmería montada se oculta en los patios de algunos edificios.

“Hoy aparecieron pegados en las calles bandos del alcalde de la ciudad, que prohíben las aglomeraciones y amenazan con el empleo de las armas. Los obreros los arrancan. Se concentran en la ciudad tropas traídas de los alrededores. El personal de los tranvías (cobradores y conductores) ha sido obligado por los cosacos, sable en mano, a volver al trabajo”.

*Publicado el 31 (18) de enero de 1905
en el periódico “Vperiod”, núm.4.*

*Se publica según el texto del periódico, cotejado
con el manuscrito.*

Notas - La víspera del domingo sangriento

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i *Pravítelstvenni Véstnik* (Boletín del Gobierno): diario, órgano oficial. Lo editaba la Dirección Principal para Asuntos de la Prensa; se publicó en Petersburgo desde 1869 hasta 1917.

ii *Védomosti S. Peterbúrgskogo Gradonachalstva* (Anales de la Alcaldía de San Petersburgo): continuación de *Védomosti S. Peterburgskoi gorodskói polítsii* (*Anales de la policía urbana de San Petersburgo*). Se publicó hasta 1917.

Nuevas tareas y nuevas fuerzasⁱ

El desarrollo del movimiento obrero de masas en Rusia, ligado con el de la socialdemocracia se caracteriza por **tres notables transiciones**. La **primera** va de los estrechos círculos propagandísticos a la amplia agitación económica entre las masas; la segunda, a la agitación política a gran escala y a las manifestaciones públicas en las calles; la tercera, a una verdadera guerra civil, a la lucha revolucionaria directa, a la insurrección armada del pueblo. Cada una de estas transiciones estuvo preparada, de un lado, por el esfuerzo del pensamiento socialista en una dirección primordial y, de otro, por los profundos cambios operados en las condiciones de vida y en toda la sicología de la clase obrera, por el despertar de nuevos y nuevos sectores de la misma a una lucha más consciente y activa. Estos cambios se producían a veces sin ruido; el proletariado reunía fuerzas entre bastidores, de modo imperceptible, decepcionando a menudo a los intelectuales de la soli-

dez y vitalidad del movimiento de las masas. Luego se llegaba a un punto crucial, y todo el movimiento revolucionario parecía elevarse de golpe a una fase nueva, superior. Al proletariado y su destacamento de vanguardia, la socialdemocracia, se les planteaban tareas *prácticamente* nuevas; para cumplirlas brotaban como por ensalmo las nuevas fuerzas que, la víspera de llegar al punto crucial, nadie sospechaba que existieran. Pero eso no ocurría de pronto, ni sin vacilaciones, ni sin lucha de tendencias en el seno de la socialdemocracia, ni sin retornar más de una vez a las viejas concepciones, que se creían caducas y sepultas hacía tiempo.

Uno de esos **períodos de vacilaciones** es el que está cruzando hoy día la socialdemocracia en Rusia. Hubo un tiempo en que el tránsito a la agitación política se abría paso a través de teorías oportunistas, en que se temía que no hubiese fuerzas suficientes para cumplir las nuevas tareas y se justificaba el rezago que llevaba la socialdemocracia de las demandas del proletariado, repitiendo con desmedida frecuencia la palabra “clasista” o

interpretando de manera seguidista la actitud del Partido ante la clase. La marcha del movimiento barrió todos esos temores debidos a la miopía y todas esas concepciones atrasadas. Actualmente, el acrecido empuje va acompañado otra vez, aunque en una forma algo distinta, de la lucha contra los círculos y las corrientes caducos. Los de *Rabóchee Delo* han reencarnado en los de la nueva *Iskra*. Para adaptar nuestra táctica y nuestra organización a las nuevas tareas es preciso vencer la resistencia de las teorías oportunistas del “tipo superior de manifestaciones” (plan de la campaña de los zemstvos) o de la “organización-proceso”, es preciso luchar contra el temor reaccionario a “señalar fecha” para la insurrección o a la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos. El atraso “que la socialdemocracia lleva de las demandas imperiosas del proletariado vuelve a justificarse, repitiendo con inmoderada frecuencia (y poco seso, muy a menudo) la palabra “clasista” y quitando importancia a las tareas del Partido con relación a la clase.

De nuevo se abusa de la consigna de “iniciativa obrera”, dando preferencia a las formas inferiores de actividad independiente y haciendo caso omiso de las formas superiores de la verdadera iniciativa socialdemócrata y de la auténtica iniciativa revolucionaria del proletariado mismo.

Es indudable que la marcha del movimiento barrerá también esta vez todos esos vestigios de concepciones anticuadas y sin vida. Pero eso no ocurrirá, ni mucho menos, por la simple refutación de los viejos errores, sino, sobre todo, por la labor revolucionaria positiva para cumplir las nuevas tareas, ganar para nuestro Partido las nuevas fuerzas que salen hoy en cantidad tan gigantesca a la palestra revolucionaria y ponerlas en juego.

Estas son las precisas cuestiones de la actividad revolucionaria positiva que deben constituir el objeto principal de las labores del III Congreso, próximo a celebrarse; en ellas justamente deben centrar ahora sus pensamientos tanto en el plano local como general de trabajo todos los miembros de nuestro Partido. Hemos dicho ya muchas veces a

grandes rasgos cuáles son las **nuevas tareas**, que nos esperan: ampliar la agitación para que llegue a nuevos sectores pobres de la ciudad y del campo; crear una organización más vasta, dinámica y fuerte; preparar la insurrección y armar al pueblo, concertando para ello un acuerdo con la democracia revolucionaria. Las noticias sobre las huelgas generales en toda Rusia, así como sobre las huelgas y el espíritu revolucionario de la juventud, de los intelectuales democráticos en general y hasta de numerosos sectores de la burguesía evidencian de manera elocuente cuáles son las nuevas fuerzas que pueden cumplir estas tareas. La existencia de fuerzas frescas tan inmensas y la plena seguridad en que incluso la actual efervescencia revolucionaria, nunca vista en Rusia, abarca todavía solo a una pequeña parte de la gigantesca reserva del material inflamable implícito en la clase obrera y en el campesinado constituyen la completa y absoluta garantía de que las nuevas tareas pueden ser y serán cumplidas sin falta. El problema práctico que tenemos planteado consiste, ante todo, en *cómo* utilizar, orientar, agrupar y

organizar *precisamente* estas nuevas fuerzas, en *cómo* concentrar *precisamente* la labor socialdemócrata, sobre todo, en las nuevas tareas superiores que plantea el momento, sin olvidar en modo alguno las viejas y habituales tareas que se nos plantean y plantearán mientras subsista el mundo de la explotación capitalista.

Para esbozar algunos modos de resolver este problema práctico, empecemos por un ejemplo parcial, pero muy típico, a juicio nuestro. No hace mucho, en vísperas del comienzo de la revolución, la revista liberal burguesa *Osvobozhdenie* (núm. 63) trató el problema del trabajo de organización de la socialdemocracia. Examinando atentamente la lucha de las dos tendencias de la socialdemocracia, *Osvobozhdenie* no perdió la ocasión de aprovecharse una vez más del viraje de la nueva *Iskra* hacia el “economismo” y de subrayar (con motivo del folleto demagógico de “Un obrero”) su simpatía de hondo arraigo en los principios por el “economismo”. El órgano liberal observó con tino que de este folleto (véase lo que se dice de él en

el núm. 2 de *Vperiod*) se desprende la negación o el empequeñecimiento ineludibles del papel de la socialdemocracia revolucionaria. Y a propósito de las afirmaciones erróneas por completo de “Un obrero” sobre la preterición de la lucha económica” después de la victoria de los marxistas ortodoxos, *Osvobozhdenie* dice:

“La ilusión de la socialdemocracia rusa contemporánea estriba en que teme el trabajo cultural, las vías legales, el “economismo” y las llamadas formas no políticas del movimiento obrero, sin comprender que solo el trabajo cultural, las formas legales y las formas no políticas pueden crear una base lo suficiente sólida y amplia para un movimiento de la clase obrera que merezca llamarse revolucionario”. Y *Osvobozhdenie* aconseja a sus adeptos “tomar la iniciativa para crear un movimiento obrero sindical”, no contra la socialdemocracia sino con ella, tendiendo al paso un paralelo a las condiciones del movimiento obrero alemán en la época de la Ley de excepción contra los socialistas.

Este no es el sitio apropiado para hablar de ese paralelo, profundamente erróneo. Es necesario, ante todo, restablecer la verdad sobre la actitud de la socialdemocracia ante las formas legales del movimiento obrero. “La legalización de asociaciones obreras no socialistas y no políticas ha comenzado ya en Rusia”, se decía el año 1902 en *¿Qué hacer?* “Y nosotros no podemos dejar ya de tener en cuenta esta corriente”. Allí se pregunta cómo tenerla en cuenta y se responde indicando la necesidad de desenmascarar no solo las doctrinas zubatovianas, sino todas las prédicas atenuantes, liberales a propósito de la “colaboración de clases” (*Osvobozhdenie*, al invitar a los socialdemócratas a la colaboración, reconoce plenamente la primera tarea y silencia la segunda).

“Pero hacer todo esto —se dice más adelante— no significa en absoluto olvidar que, al fin de cuentas, la legalización del movimiento obrero nos beneficiará a nosotros, y no, en modo alguno, a los Zubátov”. Separamos la cizaña del trigo, desenmascarando a los Zubátov y al liberalismo en las reuniones

legales. “El trigo está en interesar en los problemas sociales y políticos a sectores obreros aún más amplios, a los sectores más atrasados; en liberarnos nosotros, los revolucionarios, de funciones que son, en el fondo, legales (difusión de libros legales, socorros mutuos, etc.) y cuyo desarrollo nos proporcionará, de manera ineluctable y en cantidad creciente, hechos y datos para la agitación”.

De aquí se desprende con claridad que, en cuanto al “*temor*” a las formas legales del movimiento, es *Osvobozhdenie* la que ha sido víctima de una “*ilusión*”, y nadie más. Los socialdemócratas revolucionarios no solo no temen estas formas, sino que señalan abiertamente la existencia de *cizaña y trigo* en ellas. Con sus razonamientos *Osvobozhdenie* no hace, por consiguiente, más que encubrir el *temor* real (y fundado) de los liberales a que la socialdemocracia revolucionaria desenmascare *la naturaleza de clase del liberalismo*.

Pero lo que nos interesa, sobre todo desde el punto de vista de las tareas actuales, es cómo descargar a los revolucionarios de una

parte de sus funciones. Precisamente el momento que estamos atravesando de comienzo de la revolución imprime a este problema una actualidad y una amplitud singulares. “Cuanta más energía pongamos en la lucha revolucionaria tanto más obligado se verá el Gobierno a legalizar una parte de la labor «sindical», desembarazándonos así de parte de la carga que pesa sobre nosotros», se decía en *¿Qué hacer?* Pero una enérgica lucha revolucionaria nos desembaraza de “parte de la carga que pesa sobre nosotros”, no solo siguiendo este camino, sino otros muchos. El momento que estamos atravesando no solo ha “legalizado” mucho de lo que antes estaba prohibido. Ha ampliado tanto el movimiento que hoy es corriente, habitual y accesible para las masas, incluso al margen de la legalización oficial, mucho de lo que antes se consideraba, y así lo era, al alcance solo de un revolucionario.

Toda la marcha histórica del desarrollo del movimiento socialdemócrata se caracteriza por conquistar contra viento y marea una libertad de acción cada vez más amplia, pese

a las leyes del zarismo y a las medidas de la policía. El proletariado revolucionario parece rodearse de cierta atmósfera, inasequible para el Gobierno, de simpatía y apoyo tanto entre la clase obrera como entre las demás clases (que, claro está, solo hacen suya una pequeña parte de las reivindicaciones de la democracia obrera). En los comienzos del movimiento, los socialdemócratas tenían que cumplir múltiples tareas de puro carácter cultural y aplicar sus energías casi exclusivamente a la agitación económica. Pero en la actualidad va pasando cada día más una función tras otra a manos de las nuevas fuerzas y de sectores más amplios, que van siendo incorporados al movimiento. Las organizaciones revolucionarias venían concentrando en sus manos cada día más la **función de la verdadera dirección política**, la función de señalar las deducciones socialdemócratas dimanantes de las manifestaciones de protesta obrera y descontento popular. Al principio teníamos que enseñar a los obreros el abecé en el sentido directo y figurado de la palabra. Ahora, el nivel de instrucción política se ha

elevado en proporción tan gigantesca que podemos y debemos concentrar todos nuestros esfuerzos en los fines socialdemócratas más inmediatos de la dirección organizada del torrente revolucionario. Ahora, los liberales y la prensa legal ejecutan una inmensidad de la labor “preparatoria” que venía ocupando hasta la fecha demasiado nuestras fuerzas. Ahora se ha extendido tanto la propaganda pública, no perseguida por el debilitado Gobierno, de las ideas y reivindicaciones democráticas que hemos de amoldarnos a la envergadura completamente nueva del movimiento. Es natural que en esta labor preparatoria haya cizaña y trigo; es natural que los socialdemócratas tengan que prestar ahora cada vez más atención a la lucha contra la influencia de la democracia burguesa en los obreros. Pero una labor así entraña mucho más contenido verdaderamente socialdemócrata que nuestra anterior actividad, orientada sobre todo a despertar a las masas inconscientes en el aspecto político.

Cuanto más se amplía el movimiento popular, tanto más se descubre la verdadera, naturaleza de las diferentes clases, tanto más

urgente es la tarea del *Partido* de dirigir a la clase, de ser su organizador, y no marchar a la zaga de los acontecimientos. Cuanto más se desarrolla por doquier la iniciativa revolucionaria de toda índole, tanto más evidentes son la vacuidad y la carencia de sentido de las palabrejas a lo *Rabóchee Delo* sobre la iniciativa en general, repetidas de tan buen grado por cualquier vocinglero¹, tanto más resalta la importancia de la actividad *socialdemócrata* independiente y tanta más *iniciativa revolucionaria* exigen de nosotros los acontecimientos. Cuanto más amplios son los nuevos torrentes del movimiento social que van brotando, tanto mayor importancia adquiere una fuerte organización socialdemócrata que sepa abrirles nuevos cauces. Cuanto más obran a nuestro favor la propaganda y la agitación democráticas que hacen otros, tanto mayor importancia tiene la dirección organizada de la socialdemocracia para proteger de la democracia burguesa la independencia de la clase obrera.

¹ En el periódico *Vperiod*, en lugar de las palabras “por cualquier vocinglero”, se dice: “por los adeptos de la nueva *Iskra*”. -Ed.

Una época revolucionaria es para la socialdemocracia lo que los tiempos de guerra para un ejército. Hay que ensanchar los cuadros de nuestro ejército y pasar a este de los contingentes de paz a los de guerra, movilizar a los reservistas, llamar a los que están de permiso para que se reintegren a sus banderas, y organizar nuevos cuerpos de ejército, destacamentos y servicios auxiliares. No se debe olvidar que en la guerra es inevitable e imprescindible reponer las bajas con reclutas menos preparados, reemplazar a cada paso a oficiales por soldados, acelerar y simplificar el ascenso de soldados a oficiales.

Hablando sin metáforas, es preciso ampliar en gran medida las organizaciones de toda índole que integran el Partido o están adheridas a él para avanzar, mal que bien, al paso del torrente centuplicado de la energía revolucionaria del pueblo. Esto no significa, por supuesto, que se deba relegar la preparación sólida y la enseñanza sistemática de los preceptos del marxismo; pero hay que tener presente que hoy revisten mucha más importancia para la preparación y adiestramiento

las propias acciones de guerra que instruyen a los bisoños justa y exclusivamente en nuestra orientación. Hay que tener presente que nuestra fidelidad “doctrinaria” al marxismo se ve afianzada hoy con *las lecciones concretas* que el curso de los acontecimientos revolucionarios da en todas partes *a las masas*, y todas estas lecciones corroboran precisamente nuestro dogma. Por lo tanto, no hablamos de renunciar al dogma, ni de atenuar nuestros recelos y nuestra desconfianza de los intelectuales sin definir y de los zascandiles revolucionarios, sino todo lo contrario. Hablamos de los nuevos métodos de enseñar el dogma, métodos que un socialdemócrata no puede permitirse olvidar. Hablamos de cuán importante es ahora aprovechar las lecciones concretas de los grandes acontecimientos revolucionarios para enseñar, no ya a los círculos, sino a las masas, nuestras viejas lecciones “dogmáticas” sobre la necesidad, por ejemplo, de unir en la práctica el terrorismo con la insurrección de las masas y de que tras el liberalismo de la sociedad instruida rusa es preciso saber distinguir los

intereses de clase de nuestra burguesía (véase la polémica sobre esta cuestión con los socialistas-revolucionarios en el número 3 de *Vperiod*).

O sea, que no se trata de debilitar nuestras exigencias socialdemócratas ni nuestra intolerancia ortodoxa, sino de reforzar lo uno y lo otro por *nuevos* derroteros, con nuevos métodos de instrucción. En tiempos de guerra es preciso instruir a los reclutas directamente en las acciones militares. ¡Asimilad, pues, con más ánimo los nuevos métodos de instrucción, camaradas! ¡Formad con más audacia nuevas y nuevas huestes, enviadlas al combate, reclutad a más jóvenes obreros, ensanchad el mareo habitual de todas las organizaciones del Partido, comenzando por los comités y terminando por los grupos de fabrica; los sindicatos de taller y los círculos estudiantiles! No olvidéis que toda tardanza nuestra en esta obra redundará en beneficio de los enemigos de la socialdemocracia, pues las nuevas corrientes buscan salida en el acto, y si no encuentran el cauce socialdemócrata, fluirán hacia otros. Tened presente que cada paso

práctico del movimiento revolucionario enseñará sin falta, de manera inexorable, a los jóvenes reclutas, precisamente la ciencia socialdemócrata, puesto que esta ciencia se basa en la apreciación objetiva y fidedigna de las fuerzas y tendencias de las diferentes clases, y la revolución no es otra cosa que la destrucción de las viejas superestructuras y la acción independiente de las diferentes clases, que tienden a crear a su manera otra superestructura. Mas no reduzcáis nuestra ciencia revolucionaria a dogma libresco, no la envilezcáis con frases despreciables sobre la táctica-proceso y la organización-proceso, con frases justificativas de la dispersión, de la falta de firmeza e iniciativa. Dejad vasto campo a las empresas más diversas de los grupos y círculos más distintos, sin olvidar que su acierto en la elección de camino está asegurado no solo y no tanto por nuestros consejos como por los dictados inexorables de la propia marcha de los acontecimientos revolucionarios. Se dijo hace ya mucho que en política hay que aprender a menudo del enemigo. Y en los momentos revoluciona-

rios, el enemigo nos impone siempre deducciones atinadas con singulares ejemplaridad y rapidez.

Resumiendo, es preciso tener en cuenta que el movimiento se ha centuplicado, el trabajo lleva un nuevo ritmo, el ambiente está más despejado y el campo de actividad se ha ensanchado. Hay que dar a todo el trabajo una amplitud completamente distinta. Es menester desplazar el centro de gravedad en los métodos de enseñanza de la explicación de las lecciones en los tiempos de paz a las acciones combativas. Es preciso reclutar con más audacia, amplitud y rapidez a jóvenes luchadores para las filas de *todas* nuestras organizaciones. Para eso es necesario crear, sin perder un instante *centenares* nuevas organizaciones. Sí, centenares, esto no es una hipérbole, y no me objetéis diciendo que ahora ya es “tarde” para dedicarse a una labor tan amplia de organización. No, nunca es tarde para organizarse. La libertad que estamos obteniendo en el terreno legal y la que estamos conquistando a despecho de la ley debemos utilizarla para multipli-

car y fortalecer todas las organizaciones del Partido. Cualesquiera que sean el curso y el desenlace de la revolución, por pronto que la detengan unas u otras circunstancias y todas sus conquistas reales serán sólidas y seguras, únicamente en la medida en que el proletariado esté organizado.

La consigna de “**¡Organizaos!** que los partidarios de la mayoría quisieron presentar en forma acabada al II Congreso del Partido debe ser puesta en práctica ahora sin tardanza. Si no sabemos crear con audacia e iniciativa nuevas organizaciones, tendremos que renunciar a la vana pretensión de desempeñar el papel de vanguardia. Si nos detenemos sin aliento en los límites, formas y marcos ya logrados de los comités, grupos, reuniones y círculos, demostraremos nuestra ineptitud. Ahora surgen por doquier, al margen de nosotros, millares de círculos sin programa ni objetivos concretos, por el simple efecto de los acontecimientos. Es preciso que los socialdemócratas se planteen la misión de entablar relaciones directas con el mayor número posible de esos círculos y reforzarlas,

que les presten ayuda, que los aleccionen con sus conocimientos y su experiencia y les den vida con su iniciativa revolucionaria. Que todos esos círculos, exceptuados los que no quieren ser socialdemócratas, se incorporen directamente al Partido o *se adhieran a él*. En este último caso no se debe exigir ni que acepten nuestro programa ni que entablen sin falta relaciones orgánicas con nosotros: basta el mero sentimiento de protesta, la sola simpatía por la causa de la socialdemocracia revolucionaria internacional para que esos círculos *adheridos al Partido* se transformen, en virtud de la enérgica labor de los socialdemócratas y de la influencia de los acontecimientos, primero en auxiliares democráticos del Partido Obrero Socialdemócrata y luego en militantes suyos persuadidos.

Gente hay muchísima y nos falta gente: en esta fórmula contradictoria se manifiestan desde hace mucho las contradicciones de la vida orgánica y de las exigencias orgánicas de la socialdemocracia. Esta contradicción resalta con singular fuerza en estos momentos: con igual frecuencia se oyen desde todas

partes apasionantes llamamientos a las nuevas fuerzas, quejas por la falta de gente en las organizaciones y, a la vez, se registra por doquier una gigantesca oferta de servicios y el crecimiento de fuerzas lozanas, sobre todo entre la clase obrera. Un organizador práctico que en estas condiciones se queje de la falta de hombres incurre en la misma ilusión óptica en que incurriera en el momento culminante del desarrollo de la Gran Revolución Francesa Madame Roland, quien escribió en 1793: “En Francia no hay hombres, no hay más que pigmeos”. A quien tal diga, los árboles le impiden ver el bosque; quien hable así confiesa que los acontecimientos lo han deslumbrado, que no es él, como revolucionario, quien los maneja en su conciencia y en su actividad, sino que son los acontecimientos los que lo manejan y lo abruman a él. A tal organizador *le traerá más cuenta retirarse* y ceder el puesto a las fuerzas lozanas, cuya energía compensará con creces la habitual y fastidiosa rutina.

Gente hay, nunca ha habido tanta como ahora en la Rusia revolucionaria. Jamás se

vio una clase revolucionaria ante condiciones tan fabulosamente propicias –en cuanto a los aliados temporales, los amigos conscientes y los auxiliares involuntarios– como las que el proletariado ruso tiene delante en nuestros días. Gente hay muchísima: lo único que se necesita es arrojar por la borda las ideas y sermones seguidistas, lo único que se necesita es dejar campo libre a la iniciativa y a la innovación, a los “planes” y a las “empresas”. Entonces seremos dignos representantes de la gran clase revolucionaria, entonces el proletariado de Rusia llevará a cabo *la gran revolución rusa* con el mismo heroísmo con que la ha comenzado.

*“Vperiod”, núm. 9, 8 de marzo
(23 de febrero) de 1905.*

Se publica según el manuscrito.

Notas - Nuevas tareas y nuevas fuerzas

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i Lenin comenzó a trabajar en el artículo *Nuevas tareas y nuevas fuerzas* antes del 25 de enero (7 de febrero) de 1905, cuando preparaba el número de turno (el quinto) de *Vperiod*.

Después de la aparición de los números 6 y 7 de *Vperiod*, Lenin pensó escribir un artículo sobre el problema candente del día y comenzó a elaborar los guiones. En ellos indica que el problema más candente del momento era la preparación para la insurrección armada. “Problema candente del día = insurrección”, señala en el guión. La condición necesaria para la insurrección armada es apoyar la efervescencia de las masas que desborda toda Rusia. Para conmover a las multitudinarias masas de los pobres de las ciudades y del campesinado, se requería, ante todo, ampliar la agitación revolucionaria. En ese punto, Lenin coloca en primer plano la labor de organización. En la segunda variante del guión, que sirvió de base al artículo *El problema candente del día*, V. I. Lenin recalca particularmente la importancia de la organización: “No hay que retroceder ante la tarea de “organizar la revolución” y *realizar* (y señalar fecha) la insurrección, sino poner el acento precisamente en estas tareas y *prepararse para ellas*” (véase el presente tomo, p. 421).

Después de releer el artículo *El problema candente del día*, Lenin quedó descontento y lo criticó acerbamente.

El ascenso del movimiento revolucionario exigía insistentemente del Partido de la clase obrera nuevos métodos tácticos de lucha, más flexibilidad y voluntad para la creación de nuevas formas de organización. En el guión para rehacer el artículo *El problema candente del día* Lenin señala lo que tiene de nuevo el enfrentamiento abierto de fuerzas, muestra la verdadera actitud del Partido hacia la clase y las clases, subrayando la extraordinaria importancia del *Partido* como vanguardia de la clase, como educador y organizador de las masas. Lenin esboza un nuevo y breve guión del artículo y lo titula *Nuevas tareas y nuevas fuerzas*, nombre bajo el cual rehace *El problema candente del día*.

El capital europeo y la autocracia

La prensa socialdemócrata ha señalado ya más de una vez que el capital europeo interviene como salvador de la autocracia rusa. Esta no podría sostenerse sin empréstitos extranjeros. Para la burguesía francesa era ventajoso apoyar a su aliado militar, sobre todo mientras este pagase con puntualidad los intereses de sus empréstitos. Y en efecto, los burgueses de Francia prestaron al Gobierno autocrático la friolera de unos *diez mil millones de francos* (cerca de 4.000 millones de rublos).

¡Pero... nada hay eterno bajo el sol! La guerra ruso-japonesa, que ha puesto al descubierto toda la podredumbre de la autocracia, acabó minando también el crédito de que esta gozaba con la burguesía francesa, su “amiga y aliada”. En primer lugar, la guerra demostró la debilidad militar de Rusia; en segundo lugar, la continua serie de derrotas, una más grave que otra, reveló que la guerra estaba perdida y que era inevitable la bancarrota total de todo el sistema de gobierno autocrático; en tercer

lugar, el poderoso crecimiento del movimiento revolucionario en Rusia ha infundido a la burguesía europea un miedo mortal a un estallido que podría propagar también sus llamas a Europa. En las últimas décadas se han ido acumulando montañas de material inflamable. Y todas estas circunstancias juntas se tradujeron, por último, en la negativa a conceder nuevos empréstitos. Cuando el gobierno autocrático intentó recientemente colocar en Francia un nuevo empréstito, como lo había hecho en el pasado, se encontró con una repulsa: por una parte, el capital no confía ya en la autocracia; por la otra, en su miedo a la revolución, trata de presionar al régimen autocrático para que haga la paz con Japón y con la burguesía liberal rusa.

El capital europeo especula con la paz. La burguesía, no solo en Rusia, sino también en Europa, ha comenzado a darse cuenta de la conexión existente entre la guerra y la revolución, y teme un movimiento victorioso y verdaderamente popular contra el zarismo. La burguesía desea poner a salvo de conmociones excesivas el “orden social” de una so-

ciudad basada en la explotación, quiere que la monarquía rusa se mantenga en pie como una monarquía constitucional o pseudoconstitucional, y, por lo tanto, movida por un interés antiproletario y antirrevolucionario, especula con la paz. Este hecho irrefutable nos revela de modo palpable que incluso un problema tan “sencillo” y claro como el de la paz y la guerra no puede plantearse con acierto si se pierde de vista el antagonismo de clases de la sociedad moderna, si se pasa por alto el hecho de que la burguesía, en todas sus manifestaciones, por democráticas y humanitarias que puedan parecer, defiende siempre, por encima de todo y antes que nada, los intereses de su propia clase, los intereses de la “paz social”, es decir, los intereses del aplastamiento y el desarme de todas las clases oprimidas. Por esta razón, el enfoque proletario del problema de la paz se distingue y tiene necesariamente que distinguirse del enfoque de los demócratas burgueses, lo mismo que ocurre en lo tocante al libre comercio, el anticlericalismo, etc. El proletariado lucha y luchará siempre, sin tre-

gua, contra la guerra, pero sin olvidar ni por un momento que solo podrá acabarse con las guerras cuando se acabe por completo con la división de la sociedad en clases; que, mientras exista la dominación de clase, la guerra no podrá ser considerada solo desde el punto de vista democrático-sentimental; que en las guerras entre naciones explotadoras se debe distinguir el papel de la burguesía progresista y el de la burguesía reaccionaria de una u otra nación. La socialdemocracia rusa tuvo que aplicar en la práctica estos principios generales del marxismo a la guerra ruso-japonesa. Al examinar la significación de esta guerra (núm. 2 de *Vperiod*, artículo titulado *La caída de Port-Arthur*), señalábamos que no solo nuestros socialistas-revolucionarios (quienes censuraban a Guesde y Hyndman por su simpatía hacia el Japón), sino también los neoisristas se habían deslizado hacia un punto de vista falso, democrático-burgués. En los neoisristas, esto se manifestó, en primer término, en las consideraciones acerca de una “paz a toda costa” y, en segundo lugar, en la afirmación de que era inadmisibile

“especular con una victoria de la burguesía japonesa”. Unas y otras consideraciones solo eran dignas de un demócrata burgués, que plantea los problemas políticos sobre una base sentimental. La realidad se encargó de demostrar que la consigna de la “paz a toda costa” se ha convertido ahora en la consigna de los bolsistas europeos y los reaccionarios rusos (el príncipe Mescherski habla ya con claridad, en *Grazhdanin*ⁱ, de la necesidad de la paz para salvar a la autocracia). La especulación en torno de la paz para aplastar a la revolución salta ahora a la vista como una especulación propia de reaccionarios, en contraste con la de la burguesía *progresista* sobre una victoria de la burguesía japonesa. Las frases neoiskristas contra las “especulaciones” en general han demostrado ser simples frases sentimentales, que nada tienen que ver con el punto de vista de clase y que pasan por alto las diversas fuerzas sociales existentes.

Los acontecimientos, que han puesto al descubierto el nuevo rostro de la burguesía reaccionaria, son tan flagrantes que ahora hasta

Iskra ha comenzado a darse cuenta de su error. Mientras que en el núm. 83 “refunfuñaba” con irritación contra nuestro artículo publicado en el núm. 2 de *Vperiod*, en el núm. 90 (en el artículo editorial) leemos con satisfacción: “No se puede exigir *solo* la paz, pues la paz con mantenimiento de la autocracia representa el desastre para el país”. Así es, en efecto: no podemos exigir solo la paz, pues una paz zarista no es mejor (a veces, incluso resulta peor) que la guerra zarista; no se debe sostener la consigna de “la paz a toda costa”, sino exigir la paz junto con el derrocamiento de la autocracia, una paz concertada por un pueblo liberado, por la Asamblea Constituyente libre, o sea, no una paz a toda costa, sino exclusivamente a costa del derrocamiento de la autocracia. Confiamos en que *Iskra*, una vez entendido esto, comprenderá también lo inoportuno de sus pláticas moralistas contra todo lo que signifique especular con una victoria de la burguesía japonesa.

Pero volvamos al capital europeo y a su “especulación” política. Qué miedo le tiene la Rusia zarista a este capital puede verse,

entre otras cosas, en el siguiente episodio aleccionador. *The Times*, órgano de la burguesía conservadora inglesa, publicó un artículo titulado *¿Es Rusia solvente?* El artículo explicaba con todo detalle la “ingeniosa mecánica” de las manipulaciones financieras de los señores Witte, Kokovtsov y compañía. Esta gente dirige sus negocios a pura pérdida. Salen de apuros a costa de contraer cada vez más deudas. El dinero conseguido con los empréstitos se deposita, entre un empréstito y otro, en el Tesoro Público, y se señala, con aire de triunfo, que las “reservas-oro” son “disponibilidades líquidas”. ¡El oro obtenido a título de préstamo se exhibe ante todo el mundo como prueba de la riqueza y solvencia de Rusia! ¡Nada tiene de extraño que los comerciantes ingleses compararon estos manejos con las granujadas de los famosos impostores Humbert, quienes acostumbraban a mostrar las sumas de dinero obtenidas mediante préstamos o por vía fraudulenta (o incluso una caja fuerte supuestamente llena de dinero) para negociar nuevos empréstitos! “Si el gobierno ruso —escribe *The Times*—

aparece con tanta frecuencia como deudor en los mercados del continente, ello no se debe a necesidades de capital, a los requerimientos de las empresas industriales ni a gastos transitorios o excepcionales, sino casi con exclusividad al déficit normal de la renta nacional. Y esto quiere decir que Rusia, en la situación en que se encuentra, marcha de cabeza a la quiebra. Su balance nacional hunde a Rusia, cada vez más, año tras año, en un cúmulo de deudas. Sus deudas en el extranjero son superiores a los recursos económicos, Rusia no tiene una garantía real para estas deudas. Sus reservas-oro no pasan de ser una gigantesca caja fuerte de los Humbert, cuyos famosos millones son el fruto de los préstamos de las víctimas de la estafa y solo sirven para seguir estafando a estas víctimas”.

¿Verdad que es muy ingenioso? Se busca una víctima a quien estafar y se le saca dinero prestado. Luego se le enseña el mismo dinero que se le ha sustraído, como prueba de la propia riqueza, ¡para arrancarle nuevos empréstitos!

La comparación con la conocida familia de estafadores Humbert fue tan certera, y puso

en la picota con tanta elocuencia el sentido y la “esencia” de las famosas “disponibilidades líquidas”, que el artículo del prestigioso periódico conservador inglés causó sensación. El ministro de Hacienda Kokovtsov envió en persona a *The Times* un telegrama que este periódico se apresuró a publicar (el 23 (10) de marzo). El agraviado Kokovtsov invitaba en su telegrama a la Redacción de *The Times* a trasladarse a Petersburgo y controlar personalmente allí la cuantía de las reservas-oro. La Redacción agradeció la amable invitación, pero la declinó, por la sencilla razón de que el artículo ofensivo para el lacayo del zar no negaba en absoluto la existencia de las reservas-oro. ¡La comparación con los Humbert no significaba que Rusia no poseyera las reservas-oro de que hacía gala, sino que estas reservas provenían, en realidad, de dinero ajeno, prestado y sin garantía, que no representaba en modo alguno una prueba en cuanto a la riqueza de Rusia, y que era ridículo invocarlo para conseguir nuevos empréstitos!

El señor Kokovtsov no entendió la *gracia* de la sutil y maligna comparación, e hizo

reír al mundo entero con su telegrama. No incumbe a los periodistas verificar las reservas-oro depositadas en los Bancos, contestó al ministro de Hacienda la Redacción de *The Times*. Y en efecto, la misión de la prensa consistía sencillamente en poner al descubierto la treta ejecutada con ayuda de esas “reservas-oro” realmente existentes, pero que ficticiamente se exhibían como prueba de la riqueza del país. No se trata —le dice el periódico al ministro ruso, dándole una lección, en un artículo sobre este cómico telegrama— de si ustedes tienen o no esas reservas-oro.

Creemos que sí las tienen. De lo que se trata es de la relación que existe entre su activo y su pasivo. Del monto de sus deudas y de la seguridad que ofrecen de poder cubrirlas. O dicho en términos más simples, de si las reservas con que cuentan son de su propiedad o producto de préstamos sujetos a devolución, sin que ustedes posean los medios necesarios para pagar sus deudas. Los burgueses ingleses, burlándose del necio ministro, le explicaban en todos los tonos este asunto que en

verdad nada tiene de complicado y añadían, en forma aleccionadora: si buscan ustedes a alguien para fiscalizar su Debe y Haber, ¿por qué no se dirigen a los representantes del pueblo ruso? Los representantes del pueblo desean ahora, por cierto, reunirse en un *Zemski Sobor*, en una Asamblea Nacional, o como quieran llamarlo. Y a buen seguro que no se negarán a fiscalizar *debidamente* no solo las famosas “reservas-oro”, sino *toda* la hacienda pública de la autocracia. Y sin duda que su fiscalización se realizaría a fondo y con pleno conocimiento de causa.

“¿Pero no será acaso –concluye sarcásticamente su artículo *The Times*– la certeza de que un organismo representativo hará valer su derecho de llevar a cabo esta fiscalización, la que mueve al gobierno zarista a temer la convocatoria de tal asamblea, por lo menos en el caso de que estuviera investida de poderes más o menos reales?”

Una pregunta cargada de mala intención. Tanto más insidiosa y significativa cuanto que, en el fondo, quien la hace no es *The Times*, sino toda la *burguesía europea*, y no

precisamente como desplante polémico, sino para expresar con claridad que desconfía de la autocracia, que no quiere prestarle dinero, que aspira a tratar con una representación legítima de la burguesía rusa. No es una pregunta, sino una advertencia. No es una burla, sino un *ultimátum*, el ultimátum del capital europeo a la autocracia rusa. Y si los aliados del Japón, los ingleses, formulan este ultimátum como un sarcasmo, los aliados de Rusia, los franceses, expresan lo mismo por boca del archiconservador y archiburgués *Le Temps*ⁱⁱ, aunque con más suavidad; procuran dorar la píldora, pero en el fondo se niegan a conceder nuevos empréstitos y aconsejan a la autocracia que haga las paces con Japón y con los liberales burgueses de Rusia.

Escuchemos la voz de otra revista inglesa no menos influyente, *The Economist*ⁱⁱⁱ (“El Economista”): “En Francia comienza a abrirse paso, por fin, la verdad acerca de las finanzas rusas. Repetidas veces hemos señalado que Rusia lleva ya mucho tiempo viviendo de dinero prestado, que sus presupuestos públicos, a pesar de las optimistas

declaraciones formuladas por cuantos ministros de Hacienda se suceden en el cargo, año tras año se cierran con un gran déficit, aunque este se encubra con suma habilidad por medio de artificios contables, y que las famosas ‘disponibilidades líquidas’ están formadas, principalmente, por el dinero procedente de empréstitos y, en parte, por las cantidades depositadas en el Banco del Estado”. Sin embargo, después de haberle cantado a la autocracia rusa la amarga verdad, esta revista especializada en cuestiones financieras considera necesario añadir algunas palabras de consuelo desde el punto de vista burgués: si conciertan inmediatamente la paz –les dice– y hacen algunas pequeñas concesiones a los liberales, pueden tener la seguridad de que Europa volverá a prestarles millones y millones.

Se está desarrollando ante nuestros ojos lo que podemos llamar el juego especulativo de la burguesía internacional con miras a salvar a Rusia de la revolución, y al zarismo del completo hundimiento. Al negarse a conceder préstamos, los especuladores

presionan sobre el zar. Ponen en acción su poder, el poder de las bolsas de dinero. Desean ver instaurado en Rusia un moderado y cuidadoso régimen constitucional-burgués (o pseudoconstitucional). La rápida marcha de los acontecimientos los aglutina cada vez más estrechamente en un compacto bloque burgués antirrevolucionario, del que forman parte, pese a las diferencias nacionales, los bolsistas franceses y los grandes magnates ingleses, los capitalistas alemanes y los comerciantes rusos. *Osvobozhdenie* actúa en el espíritu de este partido burgués extremadamente moderado. En el núm. 67 el señor Struve expone el “programa del partido democrático”, reconociendo incluso (¿por cuánto tiempo?) el sufragio universal, igual y directo, con votación secreta (¡pero silenciando modestamente el armamento del pueblo!), y concluye su nueva *profession de foi*¹ con la siguiente declaración impresa en negrilla “para darle más importancia”: “En la situación actual, fuera del programa y *por encima del programa de todo partido pro-*

¹ profesión de fe.

gresista de Rusia, debe plantearse la reivindicación de acabar inmediatamente con la guerra. Lo que en la práctica significa que *el gobierno que existe en la actualidad en Rusia* debe –por mediación de Francia– entablar negociaciones de paz con el gobierno japonés”. Difícilmente se podría señalar con mayor relieve la diferencia que existe entre la exigencia democrático-burguesa y la exigencia socialdemócrata de poner fin a la guerra. El proletariado revolucionario no plantea esta reivindicación “por encima del programa”, ni la dirige al “gobierno que existe en la actualidad”, sino a la Asamblea Constituyente del pueblo, libre y genuinamente soberana. El proletariado revolucionario no “especula” con la mediación de la burguesía francesa, la cual trata de lograr la paz obedeciendo a manifiestos intereses antirrevolucionarios y antiproletarios.

En el fondo y en última instancia, también con el mismo partido internacional de la burguesía moderada negocia el señor Bulguin, quien trata hábilmente de ganar tiempo y fatigar al adversario, a quien alimenta

con promesas, aunque no le concede absolutamente nada positivo y deja que en Rusia todo, absolutamente todo, siga como antes, desde la movilización de tropas contra los huelguistas, pasando por las detenciones de las personas sospechosas y las medidas represivas contra la prensa, hasta la infame política de azuzar a los campesinos contra los intelectuales y de apalear brutalmente a los campesinos insurrectos. Y los liberales muerden en el anzuelo; no pocos prestan ya oídos a Buliguin y en la sociedad jurídica el señor Kuzmín-Karaváev intenta convencer a la sociedad liberal de la conveniencia de dejar a un lado el sufragio universal, ¡por... la cara bonita del señor Buliguin!

Solo una fuerza puede hacer frente a la alianza internacional de la burguesía conservadora moderada: la alianza internacional del proletariado revolucionario. Y esta alianza se ha plasmado ya por entero, en lo que respecta a la solidaridad política. En cuanto al aspecto práctico del asunto y a la iniciativa revolucionaria, todo depende de la clase obrera de Rusia y del éxito de su acción

democrática unida en el combate decisivo,
junto con los millones de pobres de la ciudad
y del campo.

*“Vperiod”, núm. 13, 5 de abril (23 de marzo)
de 1905.*

*Se publica según el texto del periódico
“Vperiod”.*

Notas al final - El capital europeo y la autocracia

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i *Grazhdanin* (El Ciudadano): revista reaccionaria. Apareció en Petersburgo de 1872 a 1914. A partir de los años '80 del siglo XIX, órgano de los ultramonárquicos, financiado por el Gobierno.

ii *Le Temps* (El Tiempo): diario conservador que se publicó en París de 1861 a 1942. Defendía los intereses de los círculos gobernantes de Francia y era, de hecho, órgano oficial del Ministerio de Negocios Extranjeros.

iii *The Economist* (El Economista): revista semanal inglesa sobre problemas de economía y política. Se publica en Londres desde 1843 y es el órgano de la gran burguesía industrial.

¿Una revolución del tipo de la de 1789 o del tipo de la de 1848?

Un importante problema que se plantea con respecto a la revolución rusa es el siguiente:

I ¿llegará hasta el derrocamiento *total* del gobierno zarista, hasta la República, o

II ¿se limitará a coartar, a restringir el poder zarista, a implantar una Constitución monárquica?

En otras palabras, ¿será una revolución del tipo de la del año 1789, o del tipo de la del año 1848?¹ (y decimos *del tipo*, para descartar el absurdo pensamiento de que es posible que se repitan las situaciones sociales, políticas e internacionales de 1789 y 1848, irrevocablemente desaparecidas).ⁱ

No cabe la menor duda de que un socialdemócrata tiene que desear lo primero y *trabajar* por ello.

¹ **NB:** Alguien podría añadir: “¿o de 1871?” [refiriéndose a la Comuna de París]. Habría que analizar esta cuestión, como una objeción que muchos *no* socialdemócratas nos opondrán probablemente.

Sin embargo, el modo como plantea el problema Martinov no representa otra cosa que el deseo, nacido de una ideología seguidista, de una revolución más modesta. En el tipo II desaparece por completo el “peligro” que atemoriza a los Martinov, el peligro de la toma del poder por el proletariado y los campesinos. En el segundo caso, la socialdemocracia tendrá que mantenerse inevitablemente “en la oposición”, *incluso frente a la revolución*, y mantenerse en la oposición aun frente a la revolución es, en verdad, lo que quiere Martinov.

Ahora bien, cabe preguntarse: ¿cuál de los dos tipos es el más probable?

En favor del I hablan (1) el hecho de que el encono y el sentimiento revolucionario acumulados en las clases inferiores de Rusia son incomparablemente mayores de lo que eran en la Alemania de 1848. En nuestro país, el viraje *es más brusco*; entre la autocracia y la libertad política no ha habido ni hay *ninguna* fase intermedia (el zemstvo no se cuenta); en Rusia, el despotismo asiático está virgen. (2) La desastrosa gue-

rra hace que sea más probable, en Rusia, un brusco crac, pues colocó al gobierno zarista en el atolladero. (3) La coyuntura internacional es más favorable en nuestro caso, ya que la Europa proletaria se encargará de cerrar el paso a una acción de auxilio de los monarcas europeos en favor de la monarquía rusa. (4) Los partidos conscientemente revolucionarios, su literatura y su organización se hallan en Rusia incomparablemente más desarrollados que en 1789, en 1848 o en 1871. (5) Toda una serie de pueblos oprimidos por el zarismo, tales como polacos, finlandeses, etc., infunden al asalto contra la autocracia en Rusia un poderoso impulso. (6) En Rusia, los campesinos se encuentran extraordinariamente arruinados, su miseria es increíble y no tienen absolutamente nada que perder.

Por supuesto, todas estas consideraciones no son, ni mucho menos, absolutas. A ellas pueden contraponerse otras: (1) En nuestro país hay muy pocas supervivencias del feudalismo. (2) Se halla en el poder un gobierno más experimentado, que dispone de numerosos medios

para prever el peligro revolucionario. (3) La guerra viene a complicar la posibilidad de un inmediato estallido revolucionario con tareas que nada tienen que ver con la revolución. La guerra demuestra la debilidad de las clases revolucionarias rusas, las cuales no serían capaces de levantarse sin la guerra (véase Karl Kautsky, *La revolución social*). (4) Nos falta el impulso hacia la revolución procedente de otros países. (5) Los movimientos nacionales que tienden a desmembrar a Rusia pueden apartar de nuestra revolución a una parte considerable de la grande y la pequeña burguesía. (6) El antagonismo entre proletariado y burguesía es en Rusia mucho más profundo que en 1789, 1848 y 1871, razón por la cual la burguesía temerá más a la revolución *proletaria* y se apresurará más a echarse en brazos de la reacción.

Como es natural, solo la historia se encargará de sopesar estos + y -. Nuestra misión, la misión de la socialdemocracia, consiste en impulsar a revolución burguesa lo más lejos posible, pero sin olvidar por un momento nuestra tarea *más importante*,

que es la organización independiente del proletariado.

Aquí es donde se embrolla Martinov. La revolución total es la toma del poder por el proletariado y los campesinos pobres. Pero *estas clases*, una vez en el poder, *no podrán* menos que pugnar por la revolución *socialista*. Por lo tanto, la toma del poder –que empieza siendo un paso en la revolución *democrática*– *se transformará*, por la lógica de las cosas, y en contra de la voluntad de quienes participan (y, a veces, incluso sin que tengan conciencia de ello), en la *revolución socialista*. *Y al llegar a ese punto será inevitable el fracaso*.

Y si las tentativas de una revolución socialista deben terminar inevitablemente en el fracaso, tenemos que *aconsejar* al proletariado (como lo hizo Marx en 1871, previendo el inevitable fracaso de la insurrección de París)ⁱⁱ que *no se lance a una insurrección*, sino que espere y se organice, que debe *reculer pour mieux sauter*.²

² Retroceder para saltar mejor. -Ed.

Tal es, en realidad, el *pensamiento* de Martinov (y de la nueva *Iskra*), llevado hasta su conclusión lógica.

Escrito en marzo-abril de 1905.

*Publicado por primera vez en 1926, en
"Recopilación Leninista V".*

Se publica según el manuscrito.

Notas al final - ¿Una revolución del tipo de la de 1789 o del tipo de la de 1848?

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i *Revolución de 1789-1794*: revolución burguesa que barrió el régimen absolutista y feudal en Francia y desbrozó el camino para el desarrollo del capitalismo.

Revolución de 1848-1849: revolución burguesa en varios países de Europa Occidental. Estalló como producto de la crisis económica de 1847, que agudizó extraordinariamente las contradicciones de clase. La revolución de 1848 en Francia (Revolución de Febrero) la realizaron los obreros parisienses, apoyados por la pequeña burguesía y la burguesía media. Se proclamó una república burguesa. En el transcurso de la revolución, la burguesía se convirtió en fuerza contrarrevolucionaria y la insurrección de los obreros parisienses fue aplastada con salvaje crueldad en junio de 1848. Tras ello la revolución empezó a decaer y se instauró el régimen llamado Segundo Imperio.

ii Se alude al Segundo manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra franco-prusiana. A los miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores de Europa y Estados Unidos, escrito por Marx en Londres, entre el 6 y el 9 de setiembre de 1870. En este documento, Marx aconsejaba a los obreros parisienses que no se lanzaran a la insurrección, demostrándoles que el intento de derrocar al Gobierno sería una locura desesperada. Pero cuando estalló la revolución, en marzo de 1871, Marx la saludó y admiró el heroísmo de los comuneros, que “habían tomado el cielo por asalto”.

La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado

El problema de la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario ha sido puesto al orden del día no tanto por la marcha de los acontecimientos como por los razonamientos teóricos de los socialdemócratas de una tendencia. En dos artículos (núms. 13 y 14) hemos analizado los razonamientos de Martinov, que ha sido el primero en plantear este problema. Resulta, sin embargo, que el interés despertado por él es tan grande, y las incomprensiones suscitadas por tales razonamientos tan enormes (véase, sobre todo, el núm. 93 de *Iskra*), que es necesario detenerse una vez más en esta cuestión. Cualquiera que sea la opinión de los socialdemócratas acerca de la probabilidad de que en un futuro no lejano tengamos que resolver esta cuestión, y no solo en teoría, en todo caso el Partido necesita que sus objetivos inmediatos estén claros. Sin una respuesta clara a esta cuestión es imposible,

ahora ya, una propaganda y una agitación persistentes, sin titubeos ni reticencias de ningún género.

Intentemos restablecer el fondo de la cuestión en litigio. Si no queremos únicamente arrancar concesiones a la autocracia, sino derrocarla de verdad, debemos tratar de conseguir la sustitución del gobierno zarista por un gobierno provisional revolucionario que, por un lado, convoque la asamblea constituyente, basándola en un auténtico sufragio universal, directo, igual y secreto y, por otro, esté en condiciones de mantener de hecho una verdadera libertad durante las elecciones. Y surge la pregunta: ¿puede permitirse el Partido Obrero Socialdemócrata participar en semejante gobierno provisional revolucionario? Esta pregunta la formularon ya por primera vez antes del 9 de eneroⁱ los representantes del ala oportunista de nuestro Partido, concretamente Martinov, quien dio —y, después de él, *Iskra*— una respuesta negativa. Martinov se esforzó por llevar hasta el absurdo los puntos de vista de los socialdemócratas revolucionarios, diciendo, para

intimidarlos, que, si prosperaba la labor organizadora de la revolución y si nuestro Partido dirigía la insurrección popular armada, nos *veríamos obligados* a participar en el gobierno provisional revolucionario. Y tal participación es una inadmisibles “usurpación del poder”, un “jauresismo vulgar”, intolerable en un partido socialdemócrata de clase.

Detengámonos en los razonamientos de quienes comparten dicha opinión. Al entrar en el gobierno provisional, nos dicen, la socialdemocracia tendrá el poder en sus manos; pero, como partido del proletariado, no puede tener el poder sin intentar cumplir nuestro programa máximoⁱⁱ, es decir, sin intentar hacer la revolución socialista. Y en los momentos actuales sufrirá inevitablemente una derrota en esa empresa y no hará más que cubrirse de oprobio, hacer el juego a la reacción. Por eso, según ellos, la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario es inadmisibles.

Este razonamiento se basa en la confusión de la revolución democrática con la revolución socialista, de la lucha por la república

(incluido en ello todo nuestro programa mínimo) con la lucha por el socialismo. En efecto, la socialdemocracia no haría más que cubrirse de oprobio si intentara plantearse la revolución socialista, como objetivo inmediato. Precisamente contra semejantes ideas confusas y oscuras de nuestros “socialistas revolucionarios” ha luchado siempre la socialdemocracia. Precisamente por eso ha hecho siempre hincapié en que la futura revolución en Rusia presentaría carácter burgués y exigido con energía que el programa mínimo democrático vaya separado del programa máximo socialista. Esto pueden olvidarlo durante la revolución algunos socialdemócratas propensos a dejarse llevar por la espontaneidad, pero no el Partido en su conjunto. Los adeptos de esta errónea opinión se dejan arrastrar por la espontaneidad, creyendo que la marcha de las cosas obligará en esa situación a la socialdemocracia a emprender contra su voluntad la revolución socialista. Si fuera así, nuestro programa sería equivocado, no correspondería a “la marcha de las cosas”: quienes se dejan arrastrar por la espontaneidad temen

precisamente eso, temen que nuestro programa no sea acertado. Pero sus temores (cuya explicación psicológica hemos intentado apuntar en nuestros artículos) no tienen el menor fundamento. Nuestro programa está en lo cierto. La propia marcha de las cosas lo confirmará de manera inexorable, y cuanto más tiempo pase tanto mejor lo hará. La propia marcha de las cosas nos “impondrá” la necesidad absoluta de una lucha desesperada por la república, orientará de hecho en esa precisa dirección nuestras fuerzas, las fuerzas del proletariado activo en el terreno político. La propia marcha de las cosas nos impondrá de manera inevitable durante la revolución democrática tal masa de aliados procedentes de la pequeña burguesía y del campesinado –cuyas necesidades efectivas serán las que exijan el cumplimiento del programa mínimo– que resultan ridículos en verdad los temores de un paso demasiado rápido al programa máximo.

Pero, por otra parte, son esos mismos aliados procedentes de la democracia pequeño-burguesa quienes suscitan nuevos temores entre los socialdemócratas de cierta tendencia:

el temor al “jauresismo vulgar”. Una resolución del Congreso de *Ámsterdam*ⁱⁱⁱ prohíbe a la socialdemocracia participar en el gobierno al lado de la democracia burguesa; eso es jauresismo, o sea, traicionar inconscientemente intereses del proletariado, transformar a este en lacayo de la burguesía, corromperlo con el oropel del poder, inaccesible por completo en la práctica dentro de la sociedad burguesa.

Este razonamiento no es menos falso. Evidencia que sus autores se han aprendido de memoria unas buenas resoluciones, pero sin comprender su significado; han empollado palabrejas anti jauresianas, pero no han meditado en ellas y las emplean sin ton ni son; han asimilado la letra, mas no el espíritu de las últimas lecciones de la socialdemocracia revolucionaria internacional. Quien quiera tasar el jauresismo desde el punto de vista del materialismo dialéctico, debe separar estrictamente las argumentaciones subjetivas de las condiciones históricas objetivas. Subjetivamente, Jaurès quería salvar la república, concertando para ello una alianza con la democracia burguesa. Las condiciones objetivas

de esta “experimento” consistían en que la república era ya en Francia un hecho y no estaba amenazada por ningún peligro serio; en que la clase obrera contaba con todas las posibilidades para desarrollar su organización política independiente de clase y no las utilizó en medida suficiente, influida, en parte, precisamente por la exuberancia de oropeles en los ejercicios parlamentarios de sus jefes; en que, en realidad, la historia planteaba ya de manera objetiva a la clase obrera la tarea de la revolución socialista, de la que los Millerand trataban de *apartar* al proletariado con la promesa de minúsculas reformas sociales.

Tomen ahora a Rusia. Subjetivamente, socialdemócratas revolucionarios como los adeptos de *Vperiod* o Parvus quieren defender la república, concluyendo para ello una alianza con la democracia burguesa revolucionaria. Las condiciones objetivas se diferencian de las francesas como el cielo de la tierra. Objetivamente, la marcha histórica de las cosas ha planteado hoy al proletariado ruso justamente la tarea de la **revolución de-**

mocrática burguesa (cuyo contenido íntegro lo expresamos, para abreviar, con la palabra **república**: esta misma tarea la tiene planteada todo el pueblo, es decir, toda la masa de la pequeña burguesía y del campesinado; sin esta revolución es inconcebible un desarrollo algo amplio de la organización independiente de clase para la revolución socialista.

Imagínense de una manera concreta toda la diferencia de condiciones objetivas y digan: ¿qué debe pensarse de quienes olvidan esta diferencia, dejándose llevar por la analogía de ciertas palabras, la semejanza de ciertas letras y la identidad de argumentos subjetivos?

Puesto que Jaurès en Francia se dejó seducir por la reforma social burguesa, encubriéndose erróneamente con el fin subjetivo de luchar por la república, ¡nosotros, los socialdemócratas rusos, debemos renunciar a la lucha seria por la república! A eso, precisamente a eso, se reduce la sabiduría de los partidarios de la nueva *Iskra*.

En efecto, ¿acaso no está claro que el proletariado no puede concebir la lucha por la

república sin aliarse con la masa pequeño-burguesa del pueblo? ¿No está claro que sin la dictadura revolucionaria del proletariado y del campesinado no existe ni sombra de esperanza en el éxito de esta lucha? Uno de los defectos principales de la opinión que examinamos estriba en su carencia de vida, en su carácter estereotipado, en que hace caso omiso de las condiciones de la época revolucionaria. Luchar por la república y renunciar al mismo tiempo a la dictadura democrática revolucionaria es lo mismo que si Oyama decidiera luchar contra Kuropatkin en las inmediaciones de Mukden^{iv}, renunciando de antemano a la idea de entrar en la ciudad. Si nosotros, el pueblo revolucionario, es decir, el proletariado y el campesinado, queremos “golpear juntos” a la autocracia, ¡debemos también matarla juntos, rematarla juntos, rechazar juntos los ineluctables intentos de restaurarla! (Para evitar posibles malentendidos, aclaramos una vez más que entendemos por república no solo e incluso no tanto la forma de gobierno como todo el conjunto de transformaciones democráticas de nuestro programa

mínimo.) Hace falta tener una noción verdaderamente escolar de la historia para imaginarse las cosas sin “saltos”, como una línea recta que asciende con lentitud y regularidad: primero le toca la vez a la gran burguesía liberal (concesiones insignificantes de la autocracia), después a la pequeña burguesía revolucionaria (república democrática) y, finalmente, al proletariado (revolución socialista). Este cuadro es exacto en general, es exacto “a la larga”, como dicen los franceses, durante un siglo (por ejemplo, para Francia de 1789 a 1905); mas para trazarse al tenor de este cuadro el plan de la propia actividad en una época revolucionaria hace falta ser un virtuoso del filisteísmo. Si la autocracia rusa no consigue salvarse ni aun ahora, saliendo del atolladero con una constitución enteca, si no solo se la hace tambalearse, sino que se la *derroca* de verdad, se necesitará, por lo visto, una tensión gigantesca de las energías revolucionarias de todas las clases avanzadas para defender esta conquista. ¡Y este “defender” no es otra cosa que la dictadura revolucionaria del proletariado y del campesinado!

Cuanto más conquistemos ahora, cuanto mayor sea la energía con que defendamos lo conquistado, tanto menor será lo que pueda arrebatarnos posteriormente la ineluctable reacción futura, más cortos serán estos intervalos de reacción y más fácil les resultará la tarea a los luchadores proletarios que nos siguen.

¡Y en estos momentos aparecen gentes que, antes de la lucha, quieren medir de antemano con exactitud, «a lo Ilovaiski», la modestísima porción de conquistas futuras; ¡gentes que antes de la caída de la autocracia, incluso antes del 9 de enero, tuvieron la idea de asustar a la clase obrera de Rusia con el espantajo de la terrible dictadura democrática revolucionaria! ¡Y semejantes “medidores” aspiran al título de socialdemócratas revolucionarios!...

Participar en el gobierno provisional con la democracia burguesa revolucionaria, gimean ellos, significa santificar el régimen burgués, significa santificar la conservación de las cárceles y de la policía, del paro forzoso y de la miseria, de la propiedad y de la prostitución. Esta conclusión es digna de

los anarquistas o de los populistas. La socialdemocracia no vuelve la espalda a la lucha por la libertad política, pretextando que se trata de la libertad política burguesa. La socialdemocracia conceptúa la “santificación” del régimen burgués desde el punto de vista histórico. Cuando preguntaron a Feuerbach si santificaba el materialismo de Büchner, Vogt y Moleschott, respondió: yo santifico el materialismo en su relación al pasado, y no en su relación al futuro. De esa misma manera santifica la socialdemocracia el régimen burgués. Nunca ha temido ni temerá decir que santifica el régimen republicano y democrático burgués en su relación al régimen burgués de la autocracia y la servidumbre. Pero la socialdemocracia “santifica” la república burguesa solo como última forma de la dominación de clase, como el terreno más conveniente para la lucha del proletariado contra la burguesía; la santifica no por sus cárceles y su policía, por su propiedad y su prostitución, sino para que se despliegue con amplitud y libertad la lucha contra esas encantadoras instituciones.

Estamos muy lejos, como es natural, de afirmar que nuestra participación en el gobierno provisional revolucionario no implica ningún peligro para la socialdemocracia. No hay ni puede haber una forma de lucha o una situación política que no entrañe peligros. Si se carece de instinto revolucionario de clase, si se carece de una concepción acabada del mundo que se halle a la altura de la ciencia, si no se tiene cabeza (dicho sea sin intención de enfadar a los camaradas neoisristas), entonces es peligroso hasta participar en las huelgas, puesto que se puede caer en el “economismo”^v, hasta participar en la lucha parlamentaria, ya que esto puede terminar en el cretinismo parlamentario^{vi}, y apoyar a la democracia liberal de los zemstvos, puesto que puede abocar en el “plan de la campaña de los zemstvos”^{vii}. Entonces es peligroso hasta leer las utilísimas obras de Jaurès y Aulard sobre la historia de la revolución francesa, pues puede conducir al folleto de Martinov acerca de las dos dictaduras.

Por supuesto, la participación en el gobierno provisional revolucionario sería en

extremo peligrosa si la socialdemocracia olvidara, aunque solo fuera por un instante, las diferencias de clase existentes entre el proletariado y la pequeña burguesía; si concertara a destiempo una alianza desfavorable para nosotros con uno u otro partido pequeñoburgués de intelectuales que no mereciera confianza; si la socialdemocracia perdiera de vista, aunque solo fuera por un momento, sus objetivos independientes y la necesidad (en todas las circunstancias y coyunturas políticas de cualquier tipo, en todos los virajes y cambios políticos sin excepción) de plantear en primer plano el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado y de su organización política independiente.

Pero en tales condiciones, repetimos, cualquier paso político es igual de peligroso. Las más simples informaciones muestran a todos hasta qué extremo carece de fundamento ligar estos posibles temores con el planteamiento actual de las tareas inmediatas de la socialdemocracia revolucionaria. No hablaremos de nosotros, no reproduciremos las numerosas declaraciones, advertencias e indicaciones

hechas sobre esta cuestión en el periódico *Vperiod*; nos remitiremos a Parvus. Al manifestarse en pro de la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario, Parvus subraya con toda energía unas condiciones que jamás debernos olvidar: golpear juntos y marchar separados, no mezclar las organizaciones, vigilar al aliado como a un enemigo, etc. No nos detenemos con mayor detalle en este aspecto del problema, ya señalado en el artículo.

Hoy el verdadero peligro político para la socialdemocracia no se halla, ni mucho menos, allí donde lo buscan los neoiskristas, no. Lo que debe asustarnos no es la idea de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado, sino el espíritu de seguidismo y carencia de vida¹ que corrompe al partido del proletariado, manifestándose en toda clase de teorías acerca de

¹ En el manuscrito se dice: "...espíritu de seguidismo, de filisteísmo, de pedantería, de trivialidad y carencia de vida". Aquí y más adelante, en las notas a pie de página, se restablecen según el manuscrito los lugares más importantes, enmendados por M. S. Olminski para el periódico. - *Ed.*

la organización como proceso espontáneo, del armamento como proceso, etc. Tomen, por ejemplo, el último intento de *Iskra* de establecer una diferencia entre el gobierno provisional revolucionario y la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado. ¿Acaso no es un modelo de escolástica inerte? Quienes inventan diferencias tales son capaces de enhebrar bellas palabras, pero incapaces en absoluto de pensar. La relación entre los conceptos indicados es, en realidad, aproximadamente igual a la que existe entre la forma jurídica y el contenido de clase. Quien dice “gobierno provisional revolucionario” subraya la cuestión en el aspecto del derecho público, subraya el origen del gobierno (no la ley, sino la revolución), su carácter provisional sujeto a la futura asamblea constituyente. Pero cualquiera que sea la forma, cualquiera que sea el origen y cualesquiera que sean las condiciones está claro, en todo caso, que el gobierno provisional revolucionario no puede dejar de apoyarse en determinadas clases. Basta recordar este hecho elemental para ver que el

gobierno provisional revolucionario no puede ser otra cosa que la dictadura revolucionaria del proletariado y del campesinado. Por consiguiente, la diferencia que establece *Iskra* no hace más que tirar del Partido hacia atrás, hacia estériles polémicas verbalistas, apartándolo del análisis concreto de los intereses de clase en la revolución rusa.

O tomemos otro razonamiento de *Iskra*. Con motivo de la exclamación ¡Viva el gobierno provisional revolucionario!, el periódico dice con tono de dómine: “la combinación de las palabras ‘viva’ y ‘gobierno’ es denigrante”. ¿No es una sonora frase vacía?² ¡Hablan de derrocar a la autocracia y temen denigrarse aplaudiendo al gobierno revolucionario! Sorprende, en verdad, que no teman denigrarse aplaudiendo a la república, pues ésta presupone sin falta un gobierno, y

² En el manuscrito después de la palabra “frase” sigue: “¿Y acaso eso solo no basta para hacer constar cierto proceso de corrupción ideológica en determinada parte de los socialdemócratas? Porque este no es el punto de vista de la vanguardia del proletariado, sino de su cola; estos no son dirigentes políticos, sino moralistas políticos; no son revolucionarios, sino filisteos”. - *Ed.*

ningún socialdemócrata ha dudado nunca de que se trata precisamente de un gobierno burgués. ¿Qué diferencia hay entre aplaudir al gobierno provisional revolucionario y a la república democrática? ¿Es que la socialdemocracia, dirigente político de la clase más revolucionaria, debe parecerse a la solterona anémica e histérica que insiste melindrosa en la necesidad de la hoja de parra? ¿Se puede aplaudir lo que presupone un gobierno democrático burgués, pero no es posible aplaudir abiertamente al gobierno provisional revolucionario y democrático?

Imagínense el cuadro de la insurrección obrera triunfante en Petersburgo. La autocracia derrocada. La formación de un gobierno provisional revolucionario. Los obreros armados clamando con júbilo: ¡Viva el gobierno provisional revolucionario! Apartados de ellos, los neiskristas, alzando farisaicamente sus pudorosos ojos al cielo y exclamando, al tiempo que se dan golpes en sus sensibles y morales pechos: Gracias, Señor, por no parecernos a estos públicanos, por no habernos denigrado con tales combinaciones de palabras...

¡No, y mil veces no, camaradas! No temáis denigraros con la participación más enérgica y resuelta, al lado de la democracia burguesa revolucionaria, en la revolución republicana. No exageréis los peligros de esa participación que nuestro proletariado organizado puede afrontar perfectamente. Unos meses de dictadura revolucionaria del proletariado y del campesinado harán más que decenios de pacífico y embrutecedor clima de estancamiento político. Si después del 9 de enero, en medio de la esclavitud política, la clase obrera rusa ha sido capaz de movilizar a más de un millón de proletarios para una acción colectiva, firme y enérgica, cuando tengamos la dictadura democrática revolucionaria movilizaremos a decenas de millones de pobres de la ciudad y del campo y haremos de la revolución política rusa el prólogo de la revolución socialista europea.

*“Vperiod”, núm. 14, 12 de abril
(30 de marzo) de 1905.*

*Se publica según el texto del periódico
“Vperiod” cotejado con el manuscrito.*

Notas al final - La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i El 9 de enero de 1905 por orden del zar fue ametrallada una pacífica manifestación de los obreros de Petersburgo que, con el cura Gapón en cabeza, se dirigía al Palacio de Invierno para hacer entrega de una petición al zar. En respuesta al feroz asesinato de los obreros inermes, en toda Rusia comenzaron grandes huelgas y manifestaciones políticas. Los sucesos del 9 de enero fueron el inicio de la revolución de 1905-1907.

ii Se llamaba *programa mínimo* la parte del Programa del Partido aprobado por el II Congreso del POSDR en 1903 que contenía las reivindicaciones políticas de la revolución democrática burguesa: derrocamiento de la autocracia, instauración de la república, confiscación de los latifundios e implantación de la jornada laboral de ocho horas. *El programa máximo* es la parte del Programa del POSDR en la que se formulaba el objetivo final de la lucha de la clase obrera: revolución socialista, destrucción del capitalismo y paso al socialismo.

iii *Congreso de Ámsterdam*: el Congreso Socialista Internacional de la II Internacional se celebró en Ámsterdam del 14 al 20 de agosto de 1904. El Congreso examinó las siguientes cuestiones: 1) normas internacionales en la táctica socialista; 2) política colonial;

3) huelga general; 4) política social y seguro obrero; 5) los trusts, la desocupación y otras. En la resolución sobre el primer punto a que se remite Lenin se señalaba que la socialdemocracia “no puede aspirar a participar en el gobierno de la sociedad burguesa”.

iv Durante la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, en febrero de 1905 el ejército terrestre ruso sufrió una gran derrota en las inmediaciones de Mukden.

v “*Economismo*”: corriente oportunista surgida en la segunda mitad de la década del noventa del siglo pasado entre una parte de los socialdemócratas rusos. Los “economistas” afirmaban que la tarea del movimiento obrero estriba solamente en la lucha económica por mejorar la situación de los obreros, por la reducción de la jornada de trabajo, por el aumento del salario, etc. En lo que concierne a la lucha política contra el zarismo, según los “economistas”, debía sostenerla la burguesía liberal, y no los obreros. Los “economistas” se oponían a la creación del partido político independiente de la clase obrera, negaban la importancia de la teoría revolucionaria en el movimiento obrero y rehusaban hacer propaganda de las ideas del socialismo. Los órganos impresos de los “economistas” eran *Rabóchaya Misl* y *Rabóchee Delo*. Los principales representantes del “economismo” fueron B. N. Krichevski y A. S. Martinov.

vi Marx y Engels utilizaron en diversas ocasiones la expresión “cretinismo parlamentario”. Como escribió Engels, el “cretinismo parlamentario” es una enfermedad incurable, una afección “que imbuye a sus desgraciadas

víctimas la solemne convicción de que todo el mundo, toda su historia, todo su porvenir se rige y determina por una mayoría de votos emitidos en esa singular institución representativa que tiene el honor de contarlos entre sus miembros”. (C. Marx y F. Engels, t. 8, p. 92.) Lenin utiliza esta expresión para denominar a los oportunistas quienes consideraban todopoderoso el sistema parlamentario y la actividad parlamentaria, la única y principal forma de lucha política en cualquier contexto.

vii En el otoño de 1904 la Redacción de la *Iskra* menchevique publicó una carta en la que planteaba como tarea principal de la socialdemocracia “la influencia organizada sobre la oposición burguesa” mediante la presentación de demandas al gobierno a través de los liberales burgueses y los miembros de los zemstvos. En este “plan de la campaña de los zemstvos” se reveló la falta de fe de los mencheviques en las fuerzas del proletariado, en su capacidad para la lucha política y para la acción revolucionaria independiente. Del oportunismo en los problemas de organización los mencheviques pasaron al oportunismo en la táctica, y el “plan de la campaña de los zemstvos” fue su primer acto en este camino. Lenin analiza y critica a fondo este plan menchevique en su trabajo *La campaña de los zemstvos y el plan de “Iskra”* (véase V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. 9, pp. 75-98.).

Sofismas políticos

Apenas ha comenzado la revolución rusa, y ya revela con toda claridad los rasgos típicos de las revoluciones políticas de la burguesía. Mientras los de abajo combaten, los de arriba cosechan los beneficios. Todas las gigantes cas cargas de la lucha revolucionaria han pesado y siguen pesando también ahora sobre el proletariado, como clase, y sobre algunos jóvenes procedentes de la intelectualidad burguesa. Todas las libertades ya conquistadas en parte (o, por mejor decir, míseras migajas de libertad) benefician en sus nueve décimas partes a las capas altas de la sociedad, a las clases ociosas. En Rusia existe ahora, a despecho de las leyes, una libertad de palabra, de reunión y de prensa incomparablemente mayor que hace diez años, que hace un año, pero de ella solo se benefician en medida más o menos apreciable los periódicos burgueses y las asambleas “liberales”. Los obreros se esfuerzan por llegar a la libertad, por todas partes se abren paso hacia terrenos

desconocidos para ellos hasta ahora y que consideraban totalmente inaccesibles, pero estos avances del elemento proletario, lejos de contradecir nuestra idea, no hacen más que confirmarla. La actividad desplegada por quienes participan en la lucha política está en proporción inversa a la que despliegan quienes se apropian de los frutos de la lucha. La relación entre el movimiento legal y el ilegal (es decir, el que la ley autoriza y el que prohíbe) es tanto más “favorable” cuanto más favorable es la situación que tal o cual clase ocupa dentro del orden económico-social: El movimiento de la burguesía liberal, sobre todo después del 9 de enero, se ha volcado con tal amplitud en las formas *toleradas* por la ley que el movimiento liberal ilegal va borrándose ante nuestros ojos con una rapidez vertiginosa. En cambio, el movimiento de la clase obrera —a pesar de haber adoptado, en una de sus fases más importantes, una forma ultra-”legal” (la entrega de una petición al zar por los obreros de Petersburgo)—, resultó ser particularmente ilegal y quedó expuesto a una feroz represión militar. El movimiento

de la clase obrera se ha hecho incomparablemente más amplio, pero ello no es obstáculo para que la relación entre el elemento legal y el ilegal se haya modificado apenas en favor del primero.

¿De dónde proviene esta diferencia? Proviene del hecho de que todo el sistema económico social de Rusia asegura los mayores frutos a quienes menos trabajan. Bajo el capitalismo no puede ser de otro modo. Es la ley del capital, que domina no solo la vida económica, sino también la vida política. El movimiento de las capas bajas crece en fuerza revolucionaria; alza a una masa del pueblo que, por una parte, es capaz de derruir realmente toda la estructura podrida, y que, por la otra, no se halla vinculada por ninguna de sus condiciones peculiares de existencia a dicha estructura, a la cual destruirá con placer. Más todavía: aun sin tener plena conciencia de sus objetivos, esta masa del pueblo puede y quiere derrumbarla, porque su situación es desesperada, pues la opresión continua en que vive la empuja al camino revolucionario, y nada tiene

que perder salvo sus cadenas. Esta fuerza del pueblo, el proletariado, se alza tan amenazadora ante los amos de la podrida estructura porque la situación del proletariado es por sí misma algo que representa una amenaza para todos los explotadores. Por eso, el más pequeño movimiento del proletariado, por modesto que sea al comienzo y por insignificante que parezca el motivo que lo ponga en marcha, amenaza inevitablemente con crecer, rebasando sus metas inmediatas, para convertirse en una fuerza tremenda e inconciliable, llamada a reducir a escombros *todo* el viejo régimen.

Los rasgos fundamentales que caracterizan la situación del proletariado bajo el capitalismo infunden al movimiento de esta clase la incontenible tendencia a convertirse en una lucha enconada y *total* por la victoria completa sobre las tenebrosas fuerzas de la explotación y la opresión. Y a la inversa, y por las mismas razones (es decir, en virtud de los rasgos peculiares y fundamentales de la situación de la burguesía), el movimiento de la burguesía liberal tiende siempre a pactar y no a luchar,

al oportunismo y no al radicalismo, al modesto cálculo de las inmediatas conquistas más viables y asequibles, en vez de afirmar “descomedidamente”, con audacia y decisión, su derecho a la victoria total. Quien de veras lucha, por supuesto, lucha por el *todo*; pero quien prefiere las componendas a la lucha, señala por anticipado, como es natural, con qué “migajas” está dispuesto a contentarse si las cosas salen bien (y, en el peor de los casos, se da por satisfecho con no luchar, es decir, se concilia para largo tiempo con los dueños y señores del viejo mundo).

Es, pues, muy natural que la socialdemocracia, como partido del proletariado revolucionario, se preocupe tanto por su *programa*, señale tan escrupulosamente y muy a largo plazo su meta final –la emancipación total de los trabajadores– y se lance con tanto celo contra todas las tentativas de restringir esta meta final¹. Y por las mismas razones distingue la socialde-

¹ El manuscrito dice: “... su meta final –la emancipación total de la humanidad trabajadora– y se lance con tanto celo contra todas las tentativas de restringir, subestimar o trivializar esta meta final”.

mocracia de un modo tan dogmáticamente riguroso y doctrinariamente intransigente entre los pequeños e inmediatos objetivos económicos y políticos y la meta final. Y es que quien lucha por *el todo*, por la victoria completa y total, tiene que impedir que se lo maniate con las pequeñas conquistas, que se lo desvíe de su camino, no debe olvidar lo que esté todavía relativamente lejano, sin lo cual todas las pequeñas conquistas de nada servirían. Por el contrario, esta preocupación por el programa y esta actitud de permanente crítica ante las mejoras paulatinas e insignificantes son algo ajeno e incomprensible para un partido de la burguesía, por muy amante de la libertad y amigo del pueblo que pueda ser².

Estos pensamientos nos han sido sugeridos por el “Proyecto de una Constitución rusa”, publicado estos días por la Redacción

²En el manuscrito: “Por el contrario, este rigorismo de las metas finales, esta preocupación por el programa y esta actitud de crítica y descontento permanentes ante las mejoras paulatinas e insignificantes son algo ajeno e incomprensible para un partido de burguesía por muy liberal, ilustrado y por muy amante de la libertad y amigo del pueblo que pueda ser”. -Ed.

de *Osvobozhdenie* con el título de *La ley fundamental del Estado del Imperio Ruso*. Este proyecto, conocido en Rusia desde hace ya bastante tiempo, acaba de imprimirse ahora, acompañado de notas y de un comentario explicativo como “única edición completa, definitiva y revisada por los autores”. Según parece, el proyecto no es obra de la Unión de Liberación, sino que fue redactado por un grupo de personas pertenecientes a ella. Es, por lo tanto, una prueba más del miedo tan propio del liberalismo³ a un programa claro, preciso y franco. El partido liberal posee, en Rusia, recursos monetarios y capacidad editorial incomparablemente mayores, una libertad de movimientos en el terreno legal muchísimo más grande que la socialdemocracia, pero, al mismo tiempo, va ostensiblemente a la zaga de esta en cuanto a un programa formulado con claridad y precisión. Los liberales rehúyen todo lo que sea programa; prefieren declaraciones aisladas y contradictorias publicadas en su periódico

³ En el manuscrito: “... propio del liberalismo ruso y no solo ruso”. -Ed.

(por ejemplo, sobre el sufragio universal) o “proyectos” precedentes de grupos particulares que no comprometan para nada al partido en su conjunto (o a toda la Unión de Liberación). Y esto, como es natural, no puede ser obra de la casualidad; es el resultado inevitable de la posición social de la burguesía como clase en una sociedad moderna, de la situación de una clase enclavada entre la autocracia y el proletariado, y dividida en fracciones por razón de mezquinas diferencias de intereses. De esta situación emanan de un modo muy natural los sofismas políticos.

Hacia uno de estos sofismas queremos llamar ahora la atención de nuestros lectores. Los rasgos generales del proyecto de Constitución que propone la gente de la Unión de Liberación son conocidos: se mantendrá en pie la monarquía —el problema de la república ni siquiera se discute (¡al parecer, los “políticos reales” de la burguesía no toman en serio este problema!)— y se implantará un sistema parlamentario *bicameral*, con una cámara baja elegida por sufragio universal, *directo*, igual y secreto, y una cámara alta

cuyos componentes serán designados mediante elecciones *en dos etapas*, en las que participarán las asambleas de los zemstvos y las dumas urbanas. Consideramos ocioso entrar en los detalles de este proyecto. Lo interesante es su concepción general y la defensa “de principios” que de él se hace.

Nuestros magnánimos liberales pretenden repartir los poderes públicos, del modo más igualitario y “justo”, entre las tres fuerzas: el monarca, la cámara alta (o de los zemstvos) y la cámara baja (de los representantes del pueblo): burocracia autocrática, burguesía y “pueblo” (es decir, proletariado, campesinos y pequeña burguesía en general). Los publicistas liberales sueñan, allá, en el fondo de su alma, con sustituir la lucha entre estas diversas fuerzas y sus diferentes combinaciones por la “justa” concordia de la unidad... ¡en el papel! Hay que velar por un desarrollo paulatino y equilibrado; hay que justificar el sufragio universal desde el punto de vista conservador (prólogo del señor Struve al proyecto); hay que garantizar de un modo efectivo los intereses de las clases dominan-

tes (es decir, un conservadurismo real), personificadas en la monarquía y en la cámara alta; hay que envolver en grandilocuentes sofismas toda esta construcción que ellos creen astuta y que es, en realidad, ingenua a más no poder. El proletariado ruso tendrá que vérselas todavía durante mucho, muchísimo tiempo con los sofismas de los liberales. ¡Es hora ya de conocerlos un poco más de cerca!

Los liberales comienzan su defensa del sistema bicameral por el análisis de las presuntas objeciones a este sistema. Es significativo que todas estas objeciones, desde la primera hasta la última, se saquen del acervo de ideas liberales y populistas, que nuestra prensa legal propaga con amplitud. La sociedad rusa, se dice, tiene un “carácter profundamente democrático”; en Rusia, se sostiene, no existe una clase alta cuya fuerza se deba a los méritos políticos, la riqueza, etc., ya que la nobleza rusa no pasa de ser un estamento adscrito al servicio militar y civil, sin “ambiciones políticas”, y, además, su importancia material ha sido “minada”. Desde el punto

de vista socialdemócrata, sería verdaderamente ridículo tomar en serio toda esta fraseología populista, que no contiene un ápice de verdad. Los privilegios políticos de la nobleza, en Rusia, son conocidos de sobra; su fuerza se manifiesta con suma claridad en las tendencias del partido conservador y del partido moderado o de Shíпов, y su importancia material está “minada” solo por la burguesía, con la cual la nobleza tiende a fundirse; por lo demás, esta situación “minada” no fue obstáculo para que en manos de la nobleza se concentraran recursos gigantescos, que le permiten saquear a decenas de millones de trabajadores. Los obreros con conciencia de clase no deben hacerse, en este sentido, ninguna ilusión; los liberales se valen de las frases populistas sobre la insignificancia de la nobleza rusa nada más que para dorar la píldora de los futuros privilegios constitucionales de la nobleza. Esta lógica liberal es psicológicamente inevitable: hay que presentar a nuestra nobleza como carente de importancia, para hacer pasar los privilegios de la

nobleza⁴ como insignificantes concesiones hechas por la democracia.

A una necesidad psicológica responden también, dada la situación en que se encuentra la burguesía, entre el yunque y el martillo, las frases idealistas que ahora manejan con tan pésimo gusto nuestro liberalismo en general y sus filósofos favoritos en particular. “Para el movimiento ruso de liberación –leemos en el comentario explicativo mencionado–, la democracia no es solo un hecho, sino, además, un postulado político-moral. La justificación moral de toda forma social está, para ella, por encima de su justificación histórica...” ¡Es un ejemplo bastante bueno de esa fraseología hinchada y vacua con que nuestros liberales tratan de “justificar” sus preparativos de traición a la democracia! ¡Se quejan de las “*peores imputaciones* (?) hechas al partido liberal ruso por los representantes de los elementos extremistas, quienes acusan a dicho partido de querer sustituir la autocracia burocrática por

⁴ En el manuscrito: “... privilegios políticos de la nobleza”.

una autocracia burguesa aristocrática” y, al mismo tiempo, nuestros liberales pretenden que la única institución realmente democrática prevista en su proyecto, ¡la Cámara de los representantes del pueblo, comparta el poder con la monarquía y con la cámara alta o Cámara de los zemstvos!

Veamos cuáles son sus argumentos “éticos” y “político-morales” en favor de una cámara alta. En primer lugar, se nos dice, “el sistema bicameral existe en todos los países de Europa, salvo en Grecia, Serbia, Bulgaria y Luxemburgo...” No existe, por lo tanto, en todos, puesto que se señala una serie de excepciones. Pero, además, ¿qué valor tiene, en realidad, este argumento? En Europa hay muchísimas instituciones antidemocráticas... ¿Acaso es eso una razón para que nuestro liberalismo “profundamente democrático” las copie? Segundo argumento: “Es peligroso concentrar el poder legislativo en manos de un solo organismo”; debe crearse otro, para corregir los errores y las decisiones “precipitadas” “... ¿debe ser Rusia, acaso, más audaz que Europa?» ¡El liberalismo ruso, pues,

no quiere ser más audaz que el liberalismo europeo, el cual, por miedo al proletariado, ha echado ya por la borda, *a sabiendas*, cuanto tenía de progresista! ¡Vaya unos dirigentes del movimiento de “liberación” que tenemos! Aún no ha dado Rusia un solo paso de alguna importancia hacia la libertad, y ya los liberales tienen miedo a “precipitarse”. ¡Con estos argumentos, señores míos, podría justificarse también la renuncia al sufragio universal!

Tercer argumento: “Uno de los principales peligros que amenazan a cualquier sistema político, en Rusia, es el de convertirse en un régimen de centralización jacobina”. ¡Qué espanto! Los oportunistas liberales no parecen tener empacho en tomar prestados de los oportunistas de la socialdemocracia, de los neoiskristas, armas contra la democracia de las capas bajas del pueblo. El absurdo espantapájaros del “jacobinismo”, que Axelrod, Martinov y compañía han sacado a relucir, presta también buenos servicios a la gente de la Unión de Liberación. Pero permítanos, señores, que les preguntemos: si de ve-

ras temen a los extremismos del centralismo (y no a los “extremismos” de una democracia consecuente), ¿¿por qué *limitar* el sufragio universal a la administración *local*, o sea, a las instituciones de los zemstvos y urbanas?? Y ustedes, en efecto, lo limitan. En el art. 68 de su proyecto, estipulan que “todo el que tenga derecho a participar en las elecciones a la Cámara de los representantes del pueblo lo tendrá también a participar en las elecciones locales, *siempre y cuando en el distrito o en la ciudad de que se trate haya residido durante un período no inferior a un año*”. Este artículo implanta, en realidad, un *censo*, restringe de hecho el sufragio, despojándolo de su carácter *universal*, pues todo el mundo sabe que los obreros, los braceros del campo y los jornaleros son quienes con mayor frecuencia se ven obligados a desplazarse de una a otra ciudad y de un distrito a otro, y carecen de domicilio fijo. El capital empuja a las masas obreras de una a otra punta del país, les impide establecerse permanentemente en un lugar, *¡y por esta razón se quiere privar a la clase obrera de una parte de sus derechos políticos!*

Esta limitación del sufragio universal se prepone para las instituciones de los zemstvos y urbanas llamadas a elegir la cámara alta, la de los zemstvos. So pretexto de luchar contra presuntos extremos del centralismo jacobino, se recurre a una *doble* desviación respecto de la democracia: en primer lugar, se restringe el sufragio *universal* mediante un censo de residencia; en segundo término, se renuncia al principio del sufragio *directo* ¡mediante las elecciones en dos etapas! ¿No se deduce de ello con claridad que el espantapájaros del jacobinismo solo sirve a los oportunistas de toda laya⁵?

Sí, no en vano el señor Struve ha testimoniado su simpatía, en el terreno de los principios, por los girondinos socialdemócratas, por los neoiskristas; no en vano ensalzaba a Martinov, el famoso combatiente contra el “jacobinismo”. Los adversarios del jacobinismo en el campo de la socialdemocracia, en efecto, han allanado y siguen allanando el camino a la burguesía liberal.

⁵ En el manuscrito: “... a todo tipo de *oportunistas* y traidores en política”. -Ed.

La afirmación de los adeptos de la Unión de Liberación, de que precisamente la cámara alta, elegida por las instituciones de los zemstvos, será la que mejor exprese el “principio de la descentralización”, el factor de la multiformidad de las diferentes partes de Rusia”, es una pura tontería. La descentralización no puede manifestarse en la limitación del carácter universal del sufragio; la multiformidad no puede traducirse en la restricción del principio de la elección directa. No es este el centro del asunto, que la gente de la Unión de Liberación trata de ocultar. Lo esencial es que, con ese sistema, la cámara alta se convertirá sin duda alguna en el portavoz, fundamental y *preferentemente*, de la nobleza y la burguesía, ya que la clase más afectada por el censo de residencia y por el sistema de elecciones en dos etapas será el proletariado. Y este punto medular es tan evidente para cualquiera que se halle un tanto familiarizado con los problemas políticos, que los propios autores del proyecto prevén la inevitable objeción.

“Pero se dirá –leemos en el comentario– que, de cualquier modo que se quiera

organizar las elecciones, la importancia predominante en la vida local quedará siempre reservada a los *grandes terratenientes y a la clase patronal*. Nosotros entendemos” (¡qué entendimiento tan profundamente democrático!) “que también en esto se manifiesta un miedo exagerado al ‘elemento burgués’. Nada hay de injusto (!!) en el hecho de que la clase terrateniente e industrial cuente con la posibilidad adecuada (!) de defender sus intereses (¡al elemento burgués no le basta con el sufragio universal!), si al mismo tiempo se confiere a los demás grupos de la población la amplia posibilidad de representación. Lo único moralmente inadmisibles y políticamente peligroso son los privilegios...”

“¡Que los obreros se graben bien en la mente esta “moral” liberal! Es la “moral” que permite hacer gala de democracia, condenar los “privilegios” y, al mismo tiempo, *justificar* el censo de residencia, las elecciones en dos etapas y la monarquía... La monarquía, para esos señores, no es un “privilegio”, ¡o es un privilegio moralmente admisible y políticamente no peligroso!

¡Bonita manera de empezar, la de esos dirigentes del movimiento de «liberación» de la sociedad! Hasta en sus más audaces proyectos, con los que el partido en su conjunto no se compromete en lo mínimo, inventan ya de antemano el modo de justificar a la reacción y defienden los privilegios de la burguesía, tratando de demostrar por medio de sofismas que un privilegio no es un privilegio. Hasta en sus publicaciones que menos dependen de cálculos materiales, más alejadas de los objetivos políticos inmediatos, prostituyen el concepto de democracia y calumnian a los más consecuentes demócratas burgueses, a los jacobinos de la época de la Gran Revolución Francesa. ¿Qué nos reservarán para después? ¿Y cómo se expresarán, a su vez, los políticos prácticos de la burguesía liberal responsables ante el partido, cuando los liberales más idealistas se dedican ahora a preparar teóricamente la traición? ¿Cuándo los más audaces deseos de la extrema izquierda del campo de la Unión de Liberación no van más allá de una monarquía con un parlamento bicameral? Cuando los ideólogos del

liberalismo *ponen un precio* tan bajo, ¿cuán bajo será el precio con que *cierren el trato* los negociadores del liberalismo?

Los sofismas políticos del liberalismo ofrecen al proletariado revolucionario un material por cierto escaso, pero valioso, para que pueda darse cuenta de cuál es el verdadero carácter de clase, incluso de los elementos avanzados de la burguesía.

*“Vperiod”, núm. 18, 18 (5) de mayo de 1905.
Se publica según el texto del periódico “Vperiod”
cotejado con el manuscrito.*

Lucha revolucionaria y componendas liberales

La aparición de partidos políticos constituye uno de los rasgos más interesantes y característicos de nuestra interesante época. El viejo régimen, la autocracia, se derrumba. Capas cada vez más amplias no solo de la llamada “sociedad”, es decir, de la burguesía, sino también del “pueblo”, o sea, de la clase obrera y el campesinado, comienzan a meditar acerca de qué tipo de nuevo régimen debe construirse y cómo. Para el proletariado con conciencia de clase, son muy importantes estos intentos de las diversas clases, destinados a esbozar un programa y organizar la lucha política. En su mayoría, parten de “políticos” individuales, que no dirigen a nadie ni son responsables ante nadie, pero a pesar de ello, y aunque sean a menudo fortuitas, arbitrarias y a veces altisonantes, estas tentativas reflejan en su conjunto, con una fuerza irresistible, los intereses y tendencias fundamentales de las grandes clases sociales. Por debajo del aparente caos de declaraciones, reivindicaciones y programas se

dibuja con claridad la fisonomía política de nuestra burguesía y su verdadero programa político (no solo el pintado en la fachada). El proletariado dispone, así, de una cantidad cada vez mayor de elementos para poder apreciar cómo *actuará* la burguesía, que ahora habla de actuación política, qué posición adoptará en la lucha revolucionaria decisiva hacia la cual Rusia se acerca con tanta rapidez¹.

Osvobozhdenie, periódico que se publica en el extranjero y que sin la menor traba de la censura traza el balance de las innumerables manifestaciones públicas de los liberales rusos, suministra de vez en cuando valiosos materiales para el estudio de la política de la burguesía. El *Programa de la Unión de Liberación*, recientemente publicado por este periódico (o tomado por él del periódico *Nóvosti*, del 5 de abril), con instructivos comentarios del señor P. S., constituye un excelente complemento a las resoluciones de los congresos de los zemstvos y al proyecto de

¹ Este primer párrafo aparece tachado en el manuscrito y no forma parte del texto publicado en *Proletari*. - Ed.

Constitución de los partidarios de la Unión de Liberación, comentado por nosotros en el núm. 18 de *Vperiod.* “Al elaborar y votar este programa —dice con razón el señor P. S.—, se ha dado un gran paso hacia la creación de un partido demócrata constitucionalista ruso”.

Para los liberales rusos este, indudablemente, es un gran paso, que se destaca sobre el fondo de la epopeya, ya más bien larga, de las manifestaciones liberales. ¡Cuan pequeño resulta, sin embargo, este gran “paso” liberal, comparado con lo que hace falta para crear un verdadero partido, y aun comparado con lo que en ese sentido ha hecho la socialdemocracia! La burguesía dispone de una libertad de actuación legal incomparablemente mayor que el proletariado, de fuerzas intelectuales mucho más numerosas, de recursos monetarios mucho más abundantes y de comodidades enormemente mayores para organizar un partido. Y a pesar de ello, esto que vemos sigue siendo un “partido” sin nombre oficial, sin un programa general, claro y preciso, sin táctica ni organización de partido, un “partido” que, según las manifestaciones de una persona tan

competente como el señor P. S., se halla formado por una “fracción de los zemstvos” y la Unión de Liberación, es decir, por la suma de un conglomerado no organizado de personas y una organización. Por lo demás, tal vez los miembros de la fracción de los zemstvos sean “miembros del partido” en el sentido, ahora famoso, de que aceptan el programa y actúan, además, “bajo el control de una de las organizaciones del partido”, de uno de los grupos de la Unión de Liberación. Por cuanto, semejante concepción de pertenencia a un partido no corresponde al verdadero espíritu de la socialdemocracia, por tanto, resulta cómoda y adecuada para los liberales, por tanto, concuerda a la perfección con su fisonomía política. De esta concepción del partido (expresada no en Estatutos escritos, sino en la estructura real de este “partido”) se desprende, entre otras cosas, el hecho de que, aunque sus miembros organizados, es decir, los de la Unión de Liberación, en su mayoría se pronuncian por *el sistema unicameral*, no hayan llevado este punto de vista a su programa, guardan total silencio acerca de este

problema, para congraciarse con los miembros no organizados del partido, la “fracción de los zemstvos”, que está por el sistema bicameral. La distribución de “fuerzas” es, por así decirlo, providencial para la burguesía políticamente activa: los intelectuales organizados proponen, y los negociantes no organizados, los hombres de dinero y los capitalistas, disponen.

El señor P. S. aplaude de todo corazón el programa de la Unión de Liberación, defiende en el terreno de los *principios* un programa vago, incompleto e inacabado, confuso en materia de organización y que no dice una palabra acerca de la táctica, ¡y lo justifica por razones de “política realista”! Ya volveremos sobre este incomparable concepto, tan extraordinariamente característico de la naturaleza del liberalismo burgués; pero antes detengámonos a examinar los fundamentos del programa liberal.

Ya hemos dicho que el partido carece de nombre oficial. El señor P. S. lo denomina con las mismas palabras con que, al parecer, figura también en las columnas de nuestros

periódicos legales de tendencia liberal: “Partido Demócrata Constitucionalista”. Por muy secundaria que pueda parecer, a primera vista, la cuestión del nombre, también ella nos ofrece en seguida un elemento para apreciar por qué la burguesía, a diferencia del proletariado, *tiene* que conformarse con la vaguedad política e incluso defenderla en el terreno de los “principios”; y “tiene” que hacerlo así no solo por el estado de espíritu subjetivo o por las cualidades personales de sus dirigentes, sino debido a las condiciones objetivas de existencia de la clase burguesa, considerada en su conjunto. Este nombre de “Partido Demócrata Constitucionalista” nos recuerda en seguida el adagio de que el hombre tiene la lengua para ocultar sus pensamientos. La denominación de “Partido Demócrata Constitucionalista” se ha inventado para ocultar el carácter *monárquico* del partido. Nadie ignora, en realidad, que todo este partido, tanto el ala formada por los negociantes, por la fracción de los zemstvos, como el sector de la Unión de Liberación, aboga por la monarquía. Ni una ni otra hablan siquiera de la

república, ya que consideran “poco serias” estas maneras de expresarse, y su proyecto de Constitución reconoce, con claridad y sin ambages, la monarquía como forma de gobierno. Se trata, pues, de un partido de defensores de la monarquía constitucional, de monárquicos constitucionalistas. Este es un hecho que no ofrece la más leve duda y que resulta inútil querer descartar con frases acerca del reconocimiento “en principio” de la república (¡frases que, por lo demás, no hemos escuchado, hasta ahora, de labios de los “demócratas constitucionalistas!”), pues no se trata de reconocer la república “en principio”, sino de su reconocimiento en el plano de la política práctica, de la aceptación de la voluntad de conquistar la república y de la necesidad de luchar por ella.

Pero eso es lo que los señores burgueses *no pueden* hacer: llamarse desde ahora por su verdadero nombre. Es tan imposible como salir a la calle desnudos. No se puede decir la verdad con franqueza, no es posible *aussprechen was ist* (decir la verdad) en voz alta, porque ello equivaldría a reconocer uno de

los más monstruosos y dañinos privilegios políticos, equivaldría a confesar el propio *antidemocratismo*. Y la burguesía, que lucha por la libertad política, no puede confesar tales cosas no solo porque son demasiado oprobiosas, embarazosas e indecentes. No; los hombres de la política burguesa no se detienen ante nada indecoroso, cuando así lo requieren sus intereses. Pero por el momento sus *intereses* reclaman la libertad, y ésta no puede conquistarse *sin el pueblo*, y para lograr el apoyo del pueblo hay que llamarse “demócratas” (= partidarios de la soberanía del pueblo) y *ocultar su monarquismo*.

Así pues, la situación de clase de la burguesía es la causa de que el modo de plantear sus objetivos políticos fundamentales adolezca inevitablemente de inestabilidad y falacia: la lucha por la libertad y por la destrucción de los seculares privilegios de la autocracia es incompatible con la defensa de los privilegios de la propiedad privada, pues estos privilegios obligan a “proceder en forma prudente” con la monarquía. De ahí que el programa real de la Constitución monárquica sea envuelto en el

bonito y airoso ropaje de una constitución democrática. ¡Y a esta simulación, consistente en ocultar el contenido real del programa tras una fachada de oropel, a sabiendas mentirosa y espectacular, se la llama “política realista”!... De ahí que el ideólogo de la burguesía liberal hable con inimitable desdén y con soberbia presunción sobre la “autocomplacencia teórica” a que se entregan los representantes de los “partidos extremistas” (*Osvobozhdenie*, núm. 69-70, p. 308). Los políticos realistas de la burguesía no quieren complacerse con conversaciones, y menos aún con sueños sobre la república, porque no desean luchar por ella. Pero precisamente por eso sienten la necesidad incontenible de *complacer* al pueblo con el cebo de la “democracia”. No quieren hacerse ilusiones respecto de su incapacidad para renunciar a la monarquía, y por ello tienen que tratar de engañar al pueblo, silenciando sus propias ideas monárquicas.

Como se ve, el nombre de un partido no es tan casual ni secundario como a primera vista podría creerse. A veces el carácter chillón y artificioso del nombre revela lo que hay de

profundamente defectuoso en el programa y en la táctica de un partido. Cuanto más a fondo siente el ideólogo de la gran burguesía su fidelidad a la monarquía, tanto mayor énfasis pone en jurar y proclamar a todo el mundo sus convicciones democráticas. Cuanto más refleja el ideólogo de la pequeña burguesía su inestabilidad y su incapacidad para luchar con firmeza y coherencia por la revolución democrática y por el socialismo, con mayor entusiasmo perora acerca del partido de los “socialistas revolucionarios”, del que alguien ha dicho, con certera frase, que su socialismo nada tiene de revolucionario, y su revolucionarismo nada tiene de socialista. Solo falta que los defensores de la autocracia se bauticen con el nombre de “partido popular” (como lo intentaron ya más de una vez), para que podamos formarnos una idea cabal y completa de cómo los intereses de clase se disfrazan bajo los rótulos políticos.

El rótulo de la burguesía liberal (o el programa de la Unión de Liberación) comienza, como corresponde a un rótulo, con una introducción efectista: “La Unión de Liberación

opina que la grave crisis exterior e interior por que atraviesa Rusia se ha agudizado en la actualidad de tal modo que el pueblo debe tomar en sus manos la solución de esta crisis, en unión con los demás grupos sociales que se han manifestado contra el régimen existente”.

El poder debe, pues, pasar a manos del pueblo, ¡viva la soberanía del pueblo, en vez de la autocracia del zar! ¿Verdad, señores? ¿No es eso lo que exige el democratismo?

Pero, no; eso sería autocomplacencia teórica y desconocimiento de lo que es la política realista. Todo el poder se encuentra hoy en manos de la monarquía absolutista. Frente a ella aparece el pueblo, es decir, el proletariado y el campesinado, que han iniciado ya la lucha, que la llevan adelanté con artejo y que, tal vez,.., tal vez se dejen arrastrar por esta lucha hasta el total aplastamiento del enemigo. Pero junto al “pueblo” tenemos además “otros grupos sociales”, es decir, “la sociedad”, es decir, la burguesía, los terratenientes, los capitalistas, la intelectualidad profesional. Por eso hay que dividir el poder

en tres partes iguales. Una tercera parte se la deja a la monarquía, otra se la entrega a la burguesía (una cámara alta, basada en la elección indirecta, y, en lo posible, con voto virtualmente desigual, nada de sufragio universal) y la tercera parte restante se le concede al pueblo (una cámara baja, elegida por sufragio universal, etc.). Esto sería un reparto “justo”, que garantizaría la firme protección de la propiedad privada y la posibilidad de dirigir la fuerza organizada de la monarquía (ejército, burocracia, policía) contra el pueblo, si este se dejase arrastrar por cualquiera de las reivindicaciones “insensatas” que formulan “los representantes de los partidos extremistas”, llevados “por su autocomplacencia teórica”. Este reparto justo, que reduce al pueblo revolucionario a una inocua minoría, a un tercio, sería “una transformación fundamental, basada, en los principios democráticos”, y, por supuesto, nada tendría que ver con los principios del monarquismo o con los privilegios burgueses.

¿Y cómo realizar semejante reparto? Por medio de honorables componendas. Hace

ya mucho tiempo que lo señaló con tono profético el señor P. Struve, en el prólogo a la *Memoria* de Witte, en el cual decía que los partidos moderados siempre ganan con la agudización de la lucha entre los partidos extremistas. La lucha entre la autocracia y el pueblo revolucionario se agudiza. Hay que maniobrar entre uno y otro extremo, apoyarse en el pueblo revolucionario contra la autocracia (atrayéndolo con el señuelo de “democracia”) y recurrir a la monarquía contra los “extremismos”, del pueblo revolucionario. Si se manobra con habilidad, siempre se logrará algo así como el reparto indicado más arriba, en el que se le asegurará a la burguesía, en todo caso e incondicionalmente, por lo menos la “tercera parte”, en tanto que, la distribución de las partes entre el pueblo y la autocracia dependerá del desenlace de la lucha, decisiva entre ellos. Dependerá de las exigencias del momento qué respaldo tendrá que buscarse con preferencia: tal es la esencia de la política de tenderos, quiero decir, la “política realista”.

Por el momento, todo el poder se halla aún en manos de la autocracia. Por eso hay que afirmar que el pueblo debe tomar en sus manos el poder. Por eso hay que llamarse demócratas. Por eso hay que exigir “la inmediata convocatoria de una asamblea constituyente, basada en el sufragio universal, etc., para elaborar una constitución rusa”. El pueblo está ahora inerme, desorganizado, desunido, impotente frente a la monarquía autocrática. La asamblea constituyente elegida por todo el pueblo lo unirá y lo convertirá en una gran fuerza, que se opondrá a la fuerza del zar. Y entonces, cuando se enfrenten el poder del zar y la fuerza unificada del pueblo revolucionario, habrá llegado para la burguesía el verdadero día de fiesta; entonces y solo entonces se podrá trabajar con las mayores perspectivas de éxito para “armonizar” estas dos fuerzas y obtener el más favorable de los resultados para las clases poseedoras.

Este es el plan de los políticos realistas del liberalismo. Y hay que decir que no es un plan estúpido. En estos cálculos se cuenta deliberadamente con el mantenimiento de la

monarquía, y solo al lado de ésta se admite una asamblea constituyente elegida por todo el pueblo. La burguesía no quiere el derrocamiento del poder existente, la sustitución de la monarquía por la república. De ahí que la burguesía rusa (tomando como modelo a la burguesía alemana de 1848) sea partidaria de un “acuerdo” entre el pueblo y el trono. Para asegurar el éxito de esta política del acuerdo, hay que procurar que ninguno de los dos campos beligerantes, ni el pueblo ni el trono, obtenga una victoria completa, que la balanza quede en equilibrio entre uno y otro. Entonces, y solo entonces, se entenderá la burguesía con la monarquía y podrá prescribir al pueblo la sumisión, podrá obligarlo a conformarse con un “tercio”... o quizá con solo una centésima parte del poder. La asamblea constituyente elegida por todo el pueblo tendrá la fuerza necesaria para obligar al zar a otorgar una constitución, pero no tendrá *ni deberá* tener (desde el punto de vista de los intereses de la burguesía) más fuerza que ésa. Deberá únicamente hacer de contrapeso a la monarquía, pero no derrocarla; tendrá que

dejar los instrumentos materiales del poder (el ejército, etc.) en manos de la monarquía.

Los de la Unión de Liberación se burlan de los partidarios de Shípov, que tratan de otorgar al zar la fuerza del poder y al pueblo la fuerza de la opinión. ¿Pero acaso los primeros no sostienen, en el fondo, el mismo punto de vista que los segundos? Tampoco ellos quieren dar al pueblo el poder *íntegro*; también ellos son partidarios de *un acuerdo* entre el poder del zar y la opinión del pueblo.

Vemos, pues, que los intereses de la burguesía como clase, en el actual momento revolucionario, conducen de un modo muy natural e inevitable a proclamar la consigna de la asamblea constituyente elegida por todo el pueblo, pero *no, en modo alguno, la consigna del gobierno provisional revolucionario*. La primera consigna es o ha llegado a ser la de la política de transacción, de regateo y componenda. La segunda es la consigna de la lucha revolucionaria. La primera es la consigna de la burguesía monárquica, la segunda, la del pueblo revolucionario. La primera es la que mejor garantiza la posibilidad de mantener en pie

la monarquía, a pesar de la presión revolucionaria del pueblo. La segunda señala el camino directo hacia la república. La primera deja el poder al zar, limitando este poder solo por la opinión del pueblo. La segunda es la única que conduce, en forma consecuyente y sin reservas, a la soberanía del pueblo en el pleno sentido de la palabra.

Solo esta diferencia radical entre los objetivos políticos que se propone la burguesía liberal y los que se plantea el proletariado revolucionario nos explica, además de los ya mencionados, toda una serie de rasgos secundarios del programa de la Unión de Liberación. Solo a la luz de esta diferencia podemos explicarnos, por ejemplo, *la necesidad* a que responde la reserva que hace la gente de la Unión de Liberación cuando dice que los acuerdos de su Unión “solo pueden ser considerados *obligatorios* mientras se mantengan invariables las condiciones políticas”, y que es lícito incluir en el programa “un elemento de provisionalidad y condicionalidad”. Esta reserva (desarrollada a fondo y de un modo muy “sabroso” en los comentarios del señor

P. S.) es absolutamente esencial para el partido del “acuerdo” entre el pueblo y el zarismo. No es posible dar a entender con más claridad que los miembros de la Unión de Liberación están dispuestos a renunciar a muchas, a muchísimas de sus reivindicaciones democráticas, en nombre de la política de regateo (“realista”). Su programa no es la expresión de sus convicciones incommovibles (que la burguesía no tiene), no es algo por lo que se deba combatir. No; su programa es un simple *regateo*, que cuenta de antemano con una inevitable “rebaja de precio”, según la “firmeza” de uno u otro de los dos contendientes. *La burguesía “demócrata” constitucionalista (léase: monárquico-constitucionalista) se entenderá con el zarismo a un precio más bajo que su programa actual; no cabe la menor duda al respecto, y el proletariado con conciencia de clase no debe hacerse, en este sentido, ilusión alguna. De ahí la oposición del señor P. S. a que el programa se divida en uno mínimo y otro máximo, a “todo lo que sea resoluciones programáticas firmes”. De ahí sus afirmaciones de que el programa de*

la Unión de Liberación (que no se ha querido presentar, deliberadamente, en términos de reivindicaciones formuladas de un modo preciso, sino en forma de *una descripción* literaria, aproximada) es “*más que suficiente* para un partido que se propone objetivos de política realista”. De ahí que el programa de los “demócratas” monárquicos no diga una palabra sobre el armamento del pueblo, eluda la formulación decidida de la reivindicación de separar la Iglesia del Estado, señale como irrealizable la abolición de los impuestos indirectos y suplante la autodeterminación política de las nacionalidades oprimidas por su autodeterminación cultural. De ahí que confiese con ingenua franqueza el vínculo existente entre la democracia y los intereses del capital, poniendo de relieve que se debe sustituir “la política de proteccionismo para con determinadas empresas y empresarios privados por la de intenso proteccionismo del desarrollo de las fuerzas productivas del pueblo”, favorecer “la prosperidad de la industria”, etc. De ahí que la reforma agraria se reduzca a una “concesión” puramente

burocrática de tierras a los campesinos, con la garantía absoluta de que los terratenientes serán “indemnizados” por las tierras entregadas a aquellos, es decir, en otras palabras, se defenderá a cualquier precio la inviolabilidad del régimen de “propiedad” que mantiene en pie las relaciones de servidumbre y vasallaje. Todo ello –repetimos– es el resultado natural e inevitable de la posición que la burguesía ocupa como clase en el seno de la sociedad moderna. Todo ello confirma la diferencia fundamental que existe entre la política proletaria de la lucha revolucionaria y la política burguesa de componendas liberales.

“Proletari”, núm. 3, 9 de junio (27 de mayo) de 1905.

Se publica según el texto del periódico “Proletari”, cotejado con el manuscrito.

Notas al final - Lucha revolucionaria y componendas liberales

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i Se refiere al periódico *Nóvosti i Birzhevaya Gazeta* (Novedades e Informativo de la Bolsa), uno de los órganos de la burguesía liberal rusa. Apareció en Petersburgo de 1872 a 1906. En sus páginas insertaba artículos y documentos oficiales de la Unión de Liberación.

Las tareas democráticas del proletariado revolucionario

La socialdemocracia, como portavoz consciente del movimiento obrero, se propone como meta la total liberación de los trabajadores de toda forma de opresión y explotación. La consecución de esta meta –la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción y la instauración de la sociedad socialista– requiere un desarrollo muy elevado de las fuerzas productivas del capitalismo y un grado muy alto de organización de la clase obrera. Sin libertad política no es concebible el pleno desarrollo de las fuerzas productivas en la moderna sociedad burguesa, ni una lucha de clase amplia, libre y abierta, ni la educación ni la ilustración políticas de las masas del proletariado, ni su cohesión. De ahí que el proletariado con conciencia de clase se proponga siempre la misión de librar una resuelta lucha por la plena libertad política, por la revolución democrática.

No solo el proletariado se propone esta misión. También la burguesía necesita la

libertad política. Los representantes cultos de las clases poseedoras han izado desde hace tiempo la bandera de la libertad; por la libertad luchó con heroísmo la intelectualidad revolucionaria, salida principalmente de estas clases. Pero la burguesía, considerada como un todo, es incapaz de luchar con decisión contra la autocracia: teme perder en esa lucha su propiedad, que la encadena a la sociedad existente; teme una actuación demasiado revolucionaria de los obreros, que jamás se detendrán en la revolución democrática, porque aspiran a la revolución socialista; teme la ruptura total con la burocracia, cuyos intereses se hallan entrelazados por mil hilos con los de las clases poseedoras. De ahí que la lucha de la burguesía por la libertad se caracterice por su timidez, su inconsecuencia y su ambigüedad. Una de las tareas del proletariado consiste en impulsar hacia adelante a la burguesía, en plantear ante todo el pueblo las consignas de una revolución democrática total y en abordar por su cuenta y con audacia la realización de estas consignas; en una

palabra, en ser la vanguardia, la avanzada en la lucha por la libertad de todo el pueblo.

Para hacer honor a esta misión, los socialdemócratas rusos han tenido que luchar ya más de una vez contra la inconsecuencia del liberalismo burgués. Recordemos, por ejemplo, cómo el señor Struve inició su carrera de luchador político por la “liberación” de Rusia, sin que la censura le pusiera la menor traba. Comenzó con su prólogo a la *Memoria* de Witte, en la que proponía una consigna completamente a lo Shíпов (para expresarnos en los términos de las agrupaciones políticas actuales), la de “derechos y un zemstvo investido de poder”. La socialdemocracia demostró todo lo que había de atrasado, absurdo y reaccionario en esa consigna, reclamó un programa democrático definido y enérgico y lo formuló por su cuenta, como parte inseparable de su programa de partido. Para ello tuvo que luchar en sus propias filas contra la concepción demasiado estrecha de las tareas democráticas, cuando los llamados “economistas” menospreciaban estas tareas en todas las formas, predicaban

“la lucha económica contra los patronos y el gobierno” y afirmaban que se debía comenzar por conquistar derechos, para proceder luego a la agitación política y, por último, poco a poco (teoría de las fases), pasar a la lucha política.

Ahora la lucha política se ha extendido en proporciones extraordinarias, la revolución se difunde a todo el país, los liberales más moderados se vuelven “extremistas”, y se podría pensar que hechos históricos de un pasado reciente, como los que acabamos de citar, resultan ya extemporáneos y nada tienen que ver con un presente vivo y turbulento como el de nuestros días. Pero eso solo puede parecer a primera vista. Es cierto que consignas como la de la asamblea constituyente y la del sufragio universal, directo, igual y secreto (que los socialdemócratas formularon hace tiempo y antes que nadie en el programa de su Partido) se han hecho patrimonio de todos, han sido recogidas por *Osvobozhdenie* ilegal, figuran en el programa de la Unión de Liberación, las ha hecho suyas la gente de los zemstvos y las repite

en todos los tonos la prensa legal. No cabe duda de que la democracia de la burguesía rusa ha hecho progresos en los últimos años y meses. La democracia burguesa aprende de los acontecimientos, deja a un lado las consignas primitivas (como la consigna a lo Shíпов de “derechos y un zemstvo investido de poder”) y marcha renqueando detrás de la revolución. Pero eso es todo lo que hace: renquea a la zaga de la revolución; las viejas contradicciones entre las palabras y los hechos, entre la democracia en principio y la democracia en el terreno de la “política realista” ceden lugar a otras nuevas, ya que la creciente revolución plantea a la democracia exigencias cada vez más altas. Mientras tanto, la democracia burguesa siempre marcha a la zaga de los acontecimientos, aun cuando eleve la puntería de sus consignas; se arrastra siempre a la cola de los hechos; formula siempre las consignas unos cuantos grados por debajo de lo que realmente exige la verdadera lucha revolucionaria por la verdadera libertad.

En efecto, tomemos a título de ejemplo la consigna ya usual, aceptada en general, de asamblea constituyente elegida por sufragio universal, etc. ¿Es suficiente esta consigna, desde el punto de vista de la democracia consecuente? ¿Es suficiente a la luz de las tareas revolucionarias apremiantes, del momento presente? La respuesta a ambas preguntas solo puede ser negativa). Para convencerse de ello, basta analizar con atención el programa de nuestro Partido, que nuestras organizaciones, por desgracia, no recuerdan con la frecuencia debida y que citan y difunden demasiado poco. (Como afortunada excepción, merecedora de ser imitada con amplitud, señalaremos la reciente reproducción del programa de nuestro Partido en manifiestos de los comités de Riga, Vorónezh y Moscú.) También nuestro programa coloca en primer plano la consigna de una asamblea constituyente elegida por todo el pueblo (emplearemos la expresión de “elegida por todo el pueblo” para designar sucintamente la fórmula del sufragio universal, etc.). Pero en nuestro programa esta consigna no

aparece aislada, sino dentro de un contexto y acompañada de agregados y aclaraciones tales, que no dejan lugar a tergiversación por parte de quienes mantienen de un modo menos consecuente la lucha por la libertad o de quienes incluso luchan contra ella. En nuestro programa aparece entrelazada con estas otras: 1) *derrocamiento* de la autocracia zarista; 2) reemplazo de esta por la *república* democrática; 3) *soberanía del pueblo*, garantizada por una constitución democrática, es decir, concentración de *todo* el poder supremo del Estado en manos de una asamblea legislativa, integrada por representantes del pueblo y formada por una cámara única.

¿Puede dudarse de que todo demócrata consecuente tiene la obligación de aceptar todas estas consignas? Pues la palabra «demócrata» significa, tanto por su acepción gramatical como por el significado político que le otorga toda la historia de Europa, partidario de la soberanía del pueblo. Por lo tanto, es ridículo hablar de democracia y al mismo tiempo negar, aunque solo sea una de estas consignas. Pero la contradicción fun-

damental entre el afán de la burguesía de proteger a toda costa la propiedad privada y el deseo de alcanzar la libertad es tan profunda, que los representantes y partidarios de la burguesía liberal caen inevitablemente en esa ridícula situación. Como todo el mundo sabe, en Rusia se está formando con gran rapidez un partido liberal muy amplio, al que pertenecen la Unión de Liberación, una gran cantidad de gente de los zemstvos y periódicos como *Nasha Zhizn*, *Nashi Dni*, *Sin Otéchestva*, *Russkie Védomosti*ⁱ y otros. Este partido liberal burgués gusta que lo llamen Partido “*Demócrata Constitucionalista*”ⁱⁱ. Pero, en realidad, como puede verse por las declaraciones y el programa de *Osvobozhdenie* ilegal, es un **partido monárquico**. En modo alguno quiere la república. No desea el sistema unicameral, y aboga en favor del sufragio indirecto y virtualmente no universal (censo de residencia) para la cámara alta. No quiere, en modo alguno, el paso de *todo* el poder supremo del Estado a manos del pueblo (¡aunque para cubrir las apariencias se complazca en hablar del paso del poder

al pueblo!). No quiere *el derrocamiento* de la autocracia, sino solo el reparto del poder entre: 1) la monarquía, 2) la cámara alta (con predominio de los terratenientes y capitalistas) y 3) la cámara baja, la *única* estructurada sobre bases democráticas.

Tenemos, pues, ante nosotros el hecho indiscutible de que nuestra burguesía “democrática”, aun en la persona de sus representantes más avanzados, más cultos y menos supeditados directamente al capital, renquea a la zaga de la revolución. Este partido “democrático” *teme* la soberanía del pueblo. Repite nuestra consigna de una asamblea constituyente elegida por todo el pueblo, pero en realidad tergiversa por completo el sentido y el significado de esta consigna y engaña al pueblo mediante el uso o, mejor dicho, el abuso que de ella hace.

¿Qué es una «asamblea constituyente, elegida por todo el pueblo»? Es, en primer lugar, una asamblea que expresa realmente la voluntad del pueblo, para lo cual se requiere el sufragio universal, etc., y la plena garantía de una libre agitación electoral. Es,

en segundo lugar, una asamblea que *posee realmente el poder y la autoridad* necesarios para “constituir” un régimen estatal que garantice la soberanía del pueblo. Está claro como la luz del día que, si no se dan estas dos condiciones, la asamblea no será realmente elegida por todo el pueblo ni constituyente de verdad. Pero nuestros burgueses liberales, nuestros monárquicos constitucionales (que se llaman demócratas, para escarnio del pueblo), ¿no quieren ofrecer una garantía real para ninguna de estas dos condiciones! No garantizan de manera alguna una total libertad de agitación electoral ni el paso real y efectivo del poder y la autoridad a manos de la asamblea constituyente; lo que *garantizan* es, por el contrario, *la imposibilidad* de lo uno y de lo otro, porque garantizan la subsistencia de la monarquía. El poder y la autoridad efectivos deben seguir en manos de Nicolás el Sanguinario; esto significa que el peor enemigo del pueblo, si llega a convocar la asamblea constituyente, será quien “garantice” también el carácter universal y libre de las elecciones. ¿Verdad que

es algo muy democrático? Significa que la asamblea constituyente no llegará a ejercer jamás, ni debe ejercerlo (tal es, al menos, la intención de la burguesía liberal), todo el poder y toda la autoridad; debe estar privada de todo poder y de toda autoridad; ¡lo único que debe hacer es *negociar, parlamentar, regatear* y *llegar a un acuerdo* con Nicolás II, para que este se digne otorgarle a ella, a la asamblea constituyente, una partícula de su poder que ejerce como zar! La asamblea constituyente elegida por sufragio universal en nada se distingue de una cámara baja. Por lo tanto, una asamblea constituyente convocada para expresar y hacer valer la voluntad del pueblo está destinada por la burguesía liberal a “constituir”, *por encima de la voluntad del pueblo*, la voluntad de una cámara alta y, además, la voluntad de la monarquía, la voluntad de Nicolás.

¿No es evidente que los señores burgueses liberales, los partidarios de la Unión de Liberación, cuando hablan, peroran y vociferan acerca de una asamblea constituyente elegida por el pueblo, lo que en realidad hacen es

preparar una *asamblea consultiva dirigida contra el pueblo*? En vez de liberar al pueblo, quieren someterlo, por medios constitucionales, en primer lugar, al poder del zar (principio monárquico), y en segundo lugar al poder de la gran burguesía organizada (cámara alta).

Quienes pretenden discutir esta conclusión, deben intentar demostrar: 1) que puede haber elecciones que expresen realmente la voluntad del pueblo, aunque no sean precedidas por una plena libertad de agitación electoral, aunque no se supriman de un modo efectivo los privilegios de propaganda del gobierno zarista en estas elecciones; 2) que una asamblea de representantes del pueblo, carente de poder y de autoridad efectivos –puesto que estos seguirán en manos de la monarquía– puede ser en verdad algo más que una asamblea consultiva.) Solo charlatanes redomados o imbéciles sin remedio pueden afirmar lo uno o lo otro. La historia demuestra en forma concluyente que una asamblea de representantes del pueblo que coexista con el poder del monarca es, en realidad, mientras el poder gubernamental

siga en manos de la monarquía, una asamblea consultiva, que no somete la voluntad del monarca a la del pueblo, sino que solo pone la voluntad del pueblo *en consonancia* con la del monarca, es decir, que divide el poder entre el monarca y el pueblo: que no instituye un nuevo orden, sino que lo regatea. La historia demuestra de modo concluyente que si no se reemplaza el viejo gobierno que lucha contra la revolución por un gobierno provisional revolucionario, no puede ni hablarse de elecciones realmente libres, de que llegue a *todo* el pueblo una información suficiente acerca del significado y carácter de estas elecciones. Aunque aceptásemos por un momento, hipotéticamente, lo improbable e imposible, a saber: que el gobierno zarista, una vez decidido a convocar una asamblea “constituyente” (léase: consultiva), garantizara *formalmente* la libertad de agitación, seguiría teniendo en sus manos, a pesar de todo, en el terreno de la agitación, las gigantescas ventajas y los enormes privilegios que concede el poder organizado del Estado, y estas ventajas y privilegios de propaganda

para las elecciones a la primera asamblea popular serían utilizados por quienes oprimen por todos los medios imaginables al pueblo y a quienes el pueblo ha comenzado a arrebatarse la libertad por medio de la fuerza.

En una palabra, llegamos una vez más a la misma conclusión a que ya llegamos cuando, en una ocasión anterior (*Proletari*, núm. 3), examinábamos este problema en otro aspecto.

La consigna de la asamblea constituyente elegida, por todo el pueblo es, ahora, en sí y de por sí, la consigna de la burguesía monárquica, la consigna de la componenda entre la burguesía y el gobierno zarista. La consigna de la lucha revolucionaria no puede ser otra que el derrocamiento del gobierno zarista y su sustitución por un gobierno provisional revolucionario, que convoque la asamblea constituyente elegida por todo el pueblo. En ese sentido, el proletariado de Rusia no debe hacerse ilusiones: se está utilizando la excitación general para engañar al proletariado mediante la aplicación de sus propias consignas. Si no somos capaces de oponer a

la fuerza armada del gobierno la fuerza del pueblo armado, si no derrotamos definitivamente al gobierno zarista y no lo sustituimos por un gobierno provisional revolucionario, toda asamblea de representantes, aunque se le conceda el título de asamblea constituyente, elegida por todo el pueblo, será en realidad una asamblea de representantes de la gran burguesía encargada de negociar con el zar la división del poder entre ambos.

Cuanto más se acerca a su desenlace final la lucha del pueblo contra el zar, y mayores probabilidades hay de una rápida realización de la convocatoria de los representantes del pueblo, con mayor rigor debe el proletariado revolucionario vigilar de cerca a la burguesía “democrática”. Cuanto antes conquistemos la libertad, antes se convertirá este aliado del proletariado en su enemigo. Para encubrir esta metamorfosis servirán, en primer lugar, el carácter vago, incompleto y confuso de las consignas seudodemocráticas de la burguesía, y, en segundo término, su tendencia a convertir las consignas del proletariado en simples frases y a reemplazar con vacuas

promesas las garantías *reales* de la libertad y la revolución. Los obreros deben decuplicar ahora su vigilancia y observar con atención a los “demócratas”. Las palabras que hablan de una “asamblea constituyente elegida por todo el pueblo” serán palabras vacuas si esta asamblea, debido a las condiciones reales existentes durante las elecciones y la agitación electoral, no es capaz de expresar la voluntad del pueblo y si no tiene la fuerza necesaria para establecer por acción propia, el nuevo régimen. El centro de gravedad se desplaza, ahora, de la convocatoria de la asamblea constituyente a *los métodos* que se empleen para convocarla. Estamos en vísperas de acontecimientos decisivos. El proletariado no debe fiarse de las consignas democráticas generales sino oponerles sus propias consignas, las consignas democrático-proletarias en toda su extensión. Solo una fuerza guiada por estas consignas será capaz de asegurar efectivamente la victoria total de la revolución.

“Proletari” núm. 4, 17 (4) de junio de 1905.

Se publica según el texto del periódico

“Proletari”, cotejado con el manuscrito.

Notas al final - Las tareas democráticas del proletariado revolucionario

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i *Nasha Zhizn* (Nuestra Vida): diario de tendencia liberal; apareció en Petersburgo con intervalos desde el 6 (19) de noviembre de 1904 hasta el 11 (24) de julio de 1906.

Russkie Védomosti.(Las Noticias Rusas): periódico; apareció en Moscú de 1863 a 1918; portavoz de la intelectualidad liberal moderada. A partir de 1905 fue órgano del ala derechista del Partido Demócrata Constitucionalista.

Nashi Dni (Nuestros Días): diario de tendencia liberal; se editó en Petersburgo desde el 18 (31) de diciembre de 1904 hasta el 5 (18) de febrero de 1905; el 7 (20) de diciembre de 1905.

Sin Otéchestva (El Hijo de la Patria): diario de orientación liberal que se editó en Petersburgo desde 1856 hasta 1900 y desde el 18 de noviembre (1 de diciembre) de 1904 hasta el 2 (15) de diciembre de 1905. Fueron colaboradores del mismo los adeptos de la Unión de Liberación y los populistas de diversos matices.

ii *Partido Demócrata Constitucionalista* (en ruso, para abreviar, se llamaba a sus miembros *kadetes*, por las iniciales de este partido: k(onstitutsionno)-d(emokratícheskaya): partido principal de la burguesía

monárquica liberal en Rusia. Se fundó en octubre de 1905. Encubriéndose con falsas frases “democráticas” para ganarse al campesinado, los demócratas constitucionalistas procuraban componendas con el zarismo, exhortaban a instaurar una monarquía constitucional y defendían la conservación de la propiedad latifundista.

Ejército revolucionario y gobierno revolucionario

El levantamiento de Odesa y el paso del acorazado *Potemkin* al lado de la revolución han marcado un nuevo e importante paso en el desarrollo del movimiento revolucionario contra la autocracia. Los acontecimientos han venido a confirmar con asombrosa rapidez cuan oportunos fueron los llamamientos a la insurrección y a la formación de un gobierno provisional revolucionario que los representantes conscientes del proletariado, reunidos en el III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, dirigieron al pueblo. La nueva llamarada de la revolución proyecta su luz sobre la importancia práctica de estos llamamientos y nos obliga a definir con más exactitud las tareas de los combatientes revolucionarios en los momentos que Rusia atraviesa.

Bajo el impacto del curso espontáneo de los acontecimientos, sazona y se organiza a nuestra vista la insurrección armada de todo el pueblo. No ha transcurrido aún tanto tiem-

po desde que la única manifestación de la lucha del pueblo contra la autocracia eran *las revueltas*, es decir, los disturbios inconscientes y desorganizados, espontáneos y a veces salvajes. Pero el movimiento obrero, que es el movimiento de la clase más avanzada, el proletariado, no ha tardado en salirse de esa fase inicial. La propaganda y la agitación conscientes de la socialdemocracia han surtido efecto. Las revueltas han dado paso a las huelgas organizadas y a *las manifestaciones políticas* contra la autocracia. Las feroces represalias militares venían “educando” varios años al proletariado y a la plebe de las ciudades, preparándolos para las formas superiores de la lucha revolucionaria. La criminal y vergonzosa guerra a que la autocracia lanzó al pueblo ha consumido la paciencia de este. Han empezado las tentativas de resistencia armada de la multitud a las tropas zaristas. Se ha dado comienzo a verdaderos *combates* del pueblo con las tropas *en las calles, a batallas en las barricadas*. El Cáucasoⁱ, Lodz, Odesa y Libavaⁱⁱ nos acaban de dar ejemplos de heroísmo proletario y de entusiasmo po-

pular. La lucha se ha propagado, convirtiéndose en insurrección. El ignominioso papel de verdugos de la libertad y de esbirros de la policía, desempeñado por las fuerzas armadas del zarismo, no ha podido menos de irles abriendo poco a poco los ojos a ellas mismas. El ejército ha empezado a vacilar. Primero han sido casos sueltos de insubordinación, de alborotos entre los reservistas, de protestas de oficiales, de agitación entre los soldados y de negativas de compañías o regimientos sueltos a disparar contra sus hermanos, los obreros. Luego ha venido *el paso de una parte del ejército al lado de la insurrección.*

La inmensa importancia de los últimos sucesos de Odesa consiste ni más ni menos en que allí se ha incorporado abiertamente por primera vez a la revolución una gran unidad militar del zarismo: todo un acorazado. El gobierno ha hecho esfuerzos desesperados y puesto en juego toda clase de subterfugios para ocultar al pueblo este suceso y sofocar en el comienzo mismo la insurrección de los marinos. Mas sin el menor resultado. Los

barcos de guerra enviados contra el acorazado revolucionario *Potemkin* se han negado a pelear contra sus compañeros. Con haber difundido por Europa la noticia de la rendición del *Potemkin* y la orden del zar de echar a pique el acorazado revolucionario, lo único que ha conseguido el gobierno de la autocracia ha sido cubrirse definitivamente de oprobio ante el mundo entero. La escuadra ha regresado a Sebastopol, y el gobierno se apresura a diseminar a los marinos y a desarmar los barcos de guerra; circulan rumores de que a los oficiales de la flota del mar Negro se les da el retiro en masa; después de haberse rendido el acorazado *Gueorgui Pobedonósets*, se ha reanudado el amotinamiento de su marinería. Se sublevan también los marinos de Libava y Kronstadt y menudean sus choques con las tropas; en el primero de estos dos puestos combaten en barricadas los marinos al lado de los obreros contra los soldados. La prensa extranjera informa de los amotinamientos en otros barcos de guerra (el *Minin*, el *Alejandro II*, etc.). El gobierno zarista se ha quedado *sin marina*.

Lo más que hasta ahora ha podido lograr es contenerla para que no se sume activamente a la revolución. El acorazado *Potemkin* sigue siendo territorio inexpugnable de la revolución, y, cualquiera que sea su suerte, tenemos delante un hecho indudable y significativo en sumo grado: el intento de formar *el núcleo del ejército revolucionario*.

No hay represiones ni victorias parciales sobre la revolución que puedan borrar la importancia de este acontecimiento. Se ha dado el primer paso. Se ha pasado el Rubicónⁱⁱⁱ. Toda Rusia y el mundo entero han visto sumarse fuerzas armadas a la revolución. A lo sobrevenido en la flota del mar Negro seguirán sin falta nuevas tentativas, más enérgicas aún, de formar el ejército revolucionario. Nuestro deber ahora es apoyar con todas nuestras fuerzas esas tentativas, explicar a las más nutridas masas del proletariado y de los campesinos la trascendencia que en la lucha por la libertad tiene para todo el pueblo el ejército revolucionario y ayudar a algunos destacamentos de este ejército a levantar *la bandera de la libertad* de todo el

pueblo, bandera capaz de atraer a las masas y de agrupar a las fuerzas que aplasten la autocracia zarista.

Revueltas, manifestaciones, batallas en las calles, destacamentos del ejército de la revolución: tales son las etapas del desarrollo de la insurrección popular. Hemos llegado, por último, a la etapa postrera, lo que, por supuesto, no significa que el movimiento se encuentre ya, en su totalidad, en esta nueva fase superior. No, en el movimiento hay aún muchas cosas sin desarrollar; en los acontecimientos de Odesa se ven aún rasgos palmarios de la revuelta a la antigua. Pero lo que sí significa es que las primeras oleadas del torrente espontáneo han llegado ya al umbral mismo de la “fortaleza” de la autocracia. Significa que los elementos de vanguardia de la propia masa del pueblo han llegado ya, y no en virtud de razonamientos teóricos, sino bajo la presión del empuje del creciente movimiento, a la altura de las tareas nuevas, superiores, de lucha, de la lucha final contra el enemigo del pueblo ruso. La autocracia lo ha hecho *todo* para preparar esta lucha. Ha

venido empujando durante años al pueblo a la lucha armada contra las tropas, y ahora recoge lo que sembró. De las tropas mismas salen destacamentos del ejército revolucionario.

La misión de esos destacamentos estriba en proclamar la insurrección, proporcionar a las masas *la dirección militar* necesaria en la guerra civil, lo mismo que en toda otra guerra, crear puntos de apoyo de la lucha abierta de todo el pueblo, extender la insurrección a los lugares vecinos, asegurar primero, al menos en una pequeña parte del territorio del país, la libertad política completa, emprender la reorganización revolucionaria del podrido régimen de la autocracia, desplegar al máximo la obra revolucionaria de los de abajo, que en tiempos de paz actúan poco pero que salen a primer plano en las épocas de revolución solo cuando hayan comprendido estas nuevas tareas, solo cuando las planteen con audacia y amplitud podrán los destacamentos del ejército revolucionario obtener una victoria completa y servir de apoyo *al gobierno revolucionario*. Ahora bien, el go-

bierno revolucionario es en esta fase de la insurrección popular algo de necesidad tan imperiosa como el ejército revolucionario. El ejército revolucionario se necesita para batallar y dirigir militarmente la lucha que las masas del pueblo despliegan contra los restos de las fuerzas armadas de la autocracia. El ejército revolucionario se necesita porque los grandes problemas de la historia se pueden resolver únicamente *por la fuerza, y la organización de la fuerza* en la lucha de nuestros días es la organización militar. Y además de los restos de las fuerzas armadas de la autocracia, existen las fuerzas armadas de los Estados vecinos, a los que el gobierno ruso, en pleno desmoronamiento, implora ya ayuda, de lo que hablaremos más adelante.

El gobierno revolucionario se necesita para ejercer la dirección política de las masas populares, primero en la parte del territorio conquistado ya al zarismo por el ejército revolucionario y luego en el país entero. Se necesita para emprender sin demora las transformaciones políticas, en aras de las cuales se hace la revolución: para implantar la auto-

gestión revolucionaria del pueblo, convocar una asamblea constituyente que sea constituyente de verdad y represente a todo el pueblo en realidad, para dar las “libertades” sin las que es imposible expresar con acierto la voluntad del pueblo. El gobierno revolucionario hace falta para unir en el aspecto político la parte insurrecta del pueblo que ha roto de veras y para siempre con la autocracia, hace falta para organizar a esa parte en el plano político. Es claro que tal organización puede ser únicamente provisional, lo mismo que solo provisional puede ser el gobierno revolucionario que asume el poder en nombre del pueblo para hacer que se cumpla la voluntad del pueblo y actuar por mediación del pueblo. Mas dicha organización debe iniciarse *al punto*, en relación indestructible con cada paso venturoso de la insurrección política ya que la agrupación política y la dirección política no pueden ser demoradas ni por un instante. La dirección política, asumida al punto por el pueblo insurrecto, es no menos necesaria para la victoria completa del pueblo sobre el zarismo que la dirección militar de sus fuerzas.

Nadie que conserve en alguna medida la facultad de razonar puede poner en duda cuál será el desenlace definitivo de la lucha entre los adictos de la autocracia y la masa del pueblo, Mas no debemos cerrar los ojos ante la circunstancia de que la lucha en serio solo empieza y de que aún nos aguardan grandes pruebas. Tanto el ejército revolucionario como el gobierno revolucionario son “organismos” de un tipo tan elevado, requieren unas instituciones tan complejas y una conciencia cívica tan desarrollada que sería erróneo esperar que todas estas tareas se cumplan de buenas a primeras, a un mismo tiempo, con sencillez y acierto. Pero nosotros no lo esperamos, sabemos estimar la importancia de la tenaz, lenta y a menudo imperceptible labor de educación política que siempre ha desplegado y seguirá desplegando la socialdemocracia. Mas tampoco debemos pecar de falta de fe en las fuerzas del pueblo, más peligrosa aún hoy día; debemos tener presente la inmensa fuerza educativa y organizadora de la revolución, cuando los ingentes acontecimientos históricos hacen sa-

lir de sus guaridas, desvanes y sótanos a los filisteos y los obligan a hacerse *ciudadanos*. Unos meses de revolución educan a veces a ciudadanos con mayores celeridad y amplitud que decenios de estancamiento político. La misión de los líderes conscientes de la clase revolucionaria es ir siempre por delante de ella en lo que se refiere a esa educación, explicar la importancia de las nuevas tareas y llamar adelante, hacia nuestra magna meta definitiva. Los reveses que nos aguardan y no podremos evitar en los intentos sucesivos de formar el ejército revolucionario y el gobierno provisional revolucionario no harán sino adiestrarnos en el cumplimiento *práctico* de estas tareas, no harán sino incorporar a su cumplimiento a fuerzas populares, nuevas y lozanas, que hoy están latentes.

Tomemos el arte militar. Ningún socialdemócrata que sepa algo de historia y haya estudiado a Engels, tan entendido en este arte, pondrá jamás en tela de juicio la inmensa importancia de los conocimientos militares, la enorme trascendencia del material de guerra y de la organización militar como instrumen-

tos de los que se valen las masas populares y las clases del pueblo para ventilar los grandes choques de la historia. La socialdemocracia no ha caído nunca tan bajo como para jugar a las conjuras militares, nunca puso en primer plano los problemas militares mientras no se dieran las condiciones de una guerra civil comenzada¹. Pero *ahora* todos los socialdemócratas han colocado los problemas militares, si no en primer término, sí en uno de los primeros y afirman que ha llegado el momento de estudiarlos y de que las masas populares los conozcan. El ejército revolucionario debe emplear en la práctica los conocimientos militares y los recursos castrenses para decidir toda la suerte ulterior del pueblo ruso, para resolver el problema primero y más urgente de todos, el problema de la libertad.

La socialdemocracia no ha considerado nunca ni considera la guerra desde un punto

¹ Compárese con *Las tareas de los socialdemócratas rusos*, de Lenin, p. 23, donde se dice que en 1897 no era oportuno plantear el problema de los métodos del ataque decisivo al zarismo. (Véase O. C, t. 2, p. 481.-Ed.)

de vista sentimental. La condena en redondo como recurso atroz para zanjar las disensiones entre los seres humanos, pero sabe que las guerras son inevitables mientras la sociedad esté dividida en clases, mientras subsista la explotación del hombre por el hombre. Y para acabar con esta explotación no podremos prescindir de la guerra, que siempre y en todas partes es iniciada por las propias clases explotadoras, dominantes y opresoras. Hay guerras y guerras. Hay guerras que son aventuras emprendidas en beneficio de los intereses de una dinastía, para satisfacer los apetitos de una banda de salteadores, para alcanzar los fines de los héroes del lucro capitalista. Hay guerras —y estas son las únicas *legítimas* en la sociedad capitalista— dirigidas contra los opresores y esclavizadores del pueblo. Únicamente los utopistas o los filisteos pueden condenar estas guerras, alegando la fidelidad a los principios. Únicamente los burgueses que hacen traición a la libertad pueden hoy volver en Rusia la espalda a una guerra de este tipo, a una guerra por la libertad del pueblo. El proletariado ha

dado comienzo en Rusia a esta gran guerra de liberación y sabrá continuarla, formando él mismo los destacamentos del ejército revolucionario y reforzando los destacamentos de soldados o marinos que se pasan a nuestro bando, atrayendo a los campesinos e inculcando a los nuevos *ciudadanos* de Rusia, que se forman y se templan en el fuego de la guerra civil, el heroísmo y el entusiasmo de los luchadores por la libertad y la dicha de la humanidad entera.²

Ahora bien, la tarea de constituir el gobierno revolucionario es tan nueva, tan difícil y complicada como la de dar organización militar a las fuerzas de la revolución. Pero también puede y debe cumplirla el pueblo. Y cada revés parcial sufrido en este terreno motivará el perfeccionamiento de los métodos y los medios³, consolidará y ampliará

² En el manuscrito fue tachado todo el párrafo y no entró en el texto publicado en el periódico *Proletari*. - Ed.

³ El manuscrito dice: "Y cada intento, cada revés parcial sufrido en este terreno motivarán la imitación, la decuplicación de la energía, el perfeccionamiento de los métodos y los medios..."

los resultados. El III Congreso del POSD de Rusia ha expuesto en una resolución las condiciones generales para el cumplimiento de la nueva tarea: ya es hora de examinar y preparar las condiciones prácticas de su cumplimiento. Nuestro Partido tiene un programa mínimo, un programa acabado de transformaciones perfectamente realizables sin dilación alguna y sin rebasar los límites de la revolución democrática (es decir, burguesa) transformaciones imprescindibles para que el proletariado pueda seguir la lucha por la revolución socialista. Pero este programa contiene reivindicaciones fundamentales y reivindicaciones parciales que dimanar de las primeras o se presuponen. Lo que importa en cada tentativa de constituir el gobierno provisional revolucionario es plantear precisamente las reivindicaciones fundamentales para mostrar a todo el pueblo, incluso a las masas más atrasadas, en fórmulas concisas, con rasgos claros y bien definidos, los fines y las tareas democráticas generales de este gobierno.

Creemos que se pueden señalar *seis* puntos fundamentales de ese tipo que deben llegar a ser la bandera política⁴ y el programa inmediato de todo gobierno revolucionario, que deben ganar la simpatía del pueblo para este gobierno y que deben concentrar toda la energía revolucionaria del pueblo como obra más urgente.

He aquí esos seis puntos:(1) asamblea constituyente elegida por todo el pueblo, 2) armamento del pueblo, 3) libertad política, 4) plena libertad de los pueblos oprimidos y mermados en sus derechos, 5) jornada de ocho horas y 6) comités revolucionarios campesinos. Esta es, por supuesto, solo una enumeración aproximada, *los títulos* nada más, los nombres de toda una serie de transformaciones que hace falta llevar a cabo en el acto para conquistar la república democrática. No pretendemos agotar aquí el tema. Nos guía el solo propósito de exponer con claridad nuestra idea de la importancia que revisten ciertas tareas fundamenta-

⁴ En el manuscrito se dice: "... que deben ser planteados en primer término, que deben llegar a ser la bandera política..." - *Ed.*

les. Es preciso que el gobierno revolucionario recabe el apoyo de la gente del pueblo, de las masas obreras y campesinas, sin el cual no podrá sostenerse; sin la iniciativa revolucionaria del pueblo será un cero, menos que un cero. Nuestro deber es prevenir al pueblo contra el fondo aventurero de las promesas altisonantes, pero absurdas (como es la de llevar a cabo en el acto la “socialización”, que no comprenden ni los mismos que la proclaman), reconociendo al mismo tiempo transformaciones que de veras se pueden realizar al punto y de veras son necesarias para consolidar la causa de la revolución. El gobierno revolucionario debe poner en pie al “pueblo” y *organizar* su energía revolucionaria. La libertad completa de los pueblos oprimidos, es decir, el reconocimiento de su autodeterminación política, y no solo cultural, la aplicación de medidas imperiosas de protección de la clase obrera (y en primer orden, la jornada de ocho horas) y, por último, la garantía de medidas serias que benefician a las masas campesinas sin reparar en el egoísmo de los terratenientes son a juicio nuestro los puntos principales que debe recal-

car en especial todo gobierno revolucionario. No hablamos de los tres primeros puntos, ya que están demasiado claros para que requieran comentarios. Tampoco hablamos de la necesidad de realizar en la práctica transformaciones ni siquiera en un pequeño territorio conquistado, pongamos por caso, al zarismo; la realización práctica es mil veces más importante que cualquier manifiesto y también, claro está, mil veces más difícil. Llamamos a detener la atención solo en que es preciso propagar ahora mismo y sin ninguna dilación por todos los medios la noción verdadera de nuestras tareas inmediatas, que atañen a todo el pueblo. Hay que saber hablar al pueblo —en el verdadero sentido de la palabra—, y no solo para hacerle el llamamiento general a la lucha (suficiente en el período anterior a la formación del gobierno revolucionario), sino para incitarlo directamente a que lleve a cabo sin tardanza las transformaciones democráticas más radicales, a que las realice en el acto por su mano.

Ejército revolucionario y gobierno revolucionario son las dos caras de una medalla.

Son dos instituciones igualmente necesarias para asegurar el éxito de la insurrección y consolidar sus frutos. Son dos consignas que han de ser lanzadas sin falta y explicadas como las únicas consecuentes y revolucionarias. En nuestro país hay ahora muchos que se denominan a sí mismos demócratas. Pero son más los de boca para fuera y menos los de veras. Abundan los vocingleros del Partido Demócrata Constitucionalista, pero escasean los demócratas *verdaderos* entre la decantada “sociedad”, entre los zemstvos supuestamente democráticos, es decir, los que desean de corazón el poder soberano y completo del pueblo y son capaces de luchar a vida o muerte contra los enemigos de ese poder soberano, contra los defensores de la autocracia zarista.

La clase obrera no tiene esa cobardía ni esa hipócrita ambigüedad propias de la burguesía como clase. La clase obrera puede y debe ser demócrata consecuente hasta el fin. Con la sangre⁵ que ha vertido en las calles de Peterburgo, Riga, Libava, Varsovia, Lodz, Odesa,

⁵ En el manuscrito se dice: “Con su heroica lucha, con la sangre”. - *Ed.*

Bakú y muchas ciudades más ha demostrado su derecho a ser la vanguardia de la revolución democrática. Y en los momentos decisivos que atravesamos, también debe estar a la altura de esa gran función. Los proletarios conscientes que militan en el POSDR deben proclamar delante de todo el pueblo las consignas democráticas avanzadas sin olvidar un instante sus fines socialistas ni la independencia de su clase y de su Partido. Para nosotros, para el proletariado, la revolución democrática no es más que el primer peldaño en el camino que lleva a emancipar por completo el trabajo de toda explotación, que lleva a la magna meta socialista. Por eso debemos subir lo antes posible este primer peldaño, por eso debemos deshacernos con la mayor energía de los enemigos de la libertad del pueblo y proclamar lo más alto posible las consignas de la democracia consecuente: ejército revolucionario y gobierno revolucionario.

*“Proletari”, núm. 7, 10 de julio
(27 de junio) de 1905.*

*Se publica según el texto del periódico
“Proletari”, cotejado con el manuscrito.*

Notas al final - Ejército revolucionario y gobierno revolucionario

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i En mayo de 1905 los obreros de Bakú dirigidos por los bolcheviques realizaron una huelga de protesta contra el fomento de la enemistad entre las naciones por el gobierno zarista. Durante la huelga los obreros formularon varias reivindicaciones económicas y políticas: jornada laboral de 8 horas, aumento de salario, libertad de prensa, de reunión, etc. En Tiflis, la huelga general se prolongó del 20 de junio (3 de julio) al 28 de junio (11 de julio). Se sumaron a ella los obreros de Gorí, Telav, Kutais y Batum. En los mítines y reuniones se aprobaron resoluciones exigiendo la convocación de una asamblea constituyente, el desarme de las bandas de las centurias negras, la salida de las tropas de las ciudades y la proclamación de la libertad de palabra y de prensa.

ii En toda Letonia tuvieron lugar huelgas dedicadas al Primero de Mayo. Por decisión del CC del POSDL las huelgas comenzaron el 30 de abril. La huelga del Primero de Mayo transcurrió con particular grado de organización en Libava. Se paralizó la vida en la ciudad, no trabajaron las fábricas, cerraron el comercio y los mercados, dejaron de circular los tranvías. Los socialdemócratas letones hacían intensos preparativos para la insurrección armada. Se formaban milicias obreras y se establecía contacto con los marinos de las tripulaciones de la flota que se hallaban en Libava. En el verano de 1905 cundió el

movimiento revolucionario entre los marinos de la base naval de Libava. El 2 (15) de junio comenzó la huelga general de los obreros. Pararon todas las fábricas y los talleres ferroviarios. Durante la huelga general estalló una sublevación de cinco tripulaciones de la flota en la que participaron unos cuatro mil hombres. Los marinos insurrectos se apoderaron del arsenal y de la pequeña cantidad de armas que allí se guardaba y pusieron en libertad a sus compañeros arrestados. Pero no se logró unir las fuerzas de los marinos y los obreros de la ciudad. Las autoridades tomaron medidas drásticas e impidieron que los marinos entraran en la ciudad. El comandante del puerto pidió auxilio a las tropas, y el levantamiento en Libava fue cruelmente aplastado.

iii *Se ha pasado el Rubicón*: expresión que significa que se ha tomado una decisión definitiva o se ha dado un paso irrevocable. La expresión data de la época del procónsul romano Julio César (años 100-44 a. de n. e.). Al regresar de una campaña en el año 49 a. de n. e., a pesar de la ley, atravesó con las tropas el río Rubicón, (que separaba de Italia la Galia Cisalpina). Con este paso, César comenzó la guerra civil. Al cruzar el Rubicón, César exclamó: “¡La suerte está echada!”, es decir, la guerra había empezado, era tarde para retroceder.

Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática¹

Prólogo

En los momentos revolucionarios es muy difícil seguir el paso de los acontecimientos, que proporcionan una asombrosa cantidad de datos nuevos para valorar las consignas tácticas de los partidos revolucionarios. Este folleto fue escrito antes de los acontecimientos de Odesa¹. Hemos indicado ya en *Proletari* (núm. 9, *La revolución enseña*) que dichos acontecimientos han obligado incluso a los socialdemócratas que crearon la teoría de la insurrección-proceso y negaban la propaganda a favor de un gobierno provisional revolucionario a pasar o empezar a pasar en la práctica al lado de sus contrincantes. La revolución enseña, indudablemente, con tal rapidez y tal profundidad que parece increíble en los períodos pacíficos de desarrollo político. Y, lo que tiene una importancia

¹Se alude a la sublevación del acorazado "Príncipe Potemkin" (Nota del autor para la edición de 1907. - Ed.)

singular, enseña no solo a los dirigentes, sino también a las masas.

No cabe la menor duda de que la revolución inculcará el espíritu socialdemócrata a las masas obreras de Rusia. La revolución confirmará en la práctica el programa y la táctica de la socialdemocracia, mostrando la verdadera naturaleza de las distintas clases sociales, mostrando el carácter burgués de nuestra democracia y las verdaderas aspiraciones de los campesinos, revolucionarios en el sentido democrático burgués, pero que no entrañan la idea de la “socialización”, sino una nueva lucha de clases entre la burguesía campesina y el proletariado rural. Las viejas ilusiones del viejo populismoⁱ, que se traslucen de un modo tan claro, por ejemplo, en el proyecto de programa del “partido de los socialistas-revolucionarios”ⁱⁱ –en lo relativo a los problemas del desarrollo del capitalismo en Rusia, del espíritu democrático de nuestra comunidad campesina, y de la trascendencia de la victoria completa de la insurrección campesina–, todas estas ilusiones serán disipadas implacable y definitivamente por

la revolución. Esta dará por vez primera el auténtico bautismo político a las distintas clases, que saldrán de la revolución con una fisonomía política definida, mostrándose tales y como son no solo en los programas y en las consignas tácticas de sus ideólogos, sino también en la acción política manifiesta de las masas.

Es indudable que la revolución nos aleccionará, que aleccionará a las masas populares. Ahora bien, para el partido político en lucha, la cuestión estriba en si sabremos enseñar algo a la revolución, en si sabremos aprovechar lo justo de nuestra doctrina socialdemócrata, de nuestra ligazón con el proletariado, única clase consecuentemente revolucionaria, para imprimir a la revolución un sello proletario, para llevar la revolución hasta la verdadera victoria, decisiva, efectiva y no verbal, para paralizar la volubilidad, la ambigüedad y la traición de la burguesía democrática.

Hacia este fin debemos dirigir todos nuestros esfuerzos. El conseguirlo depende, por una parte, del acierto con que valoremos la posición política, de que sean justas nuestras

consignas tácticas y, por otra, de que dichas consignas estén respaldadas por la fuerza combativa real de las masas obreras. Toda la labor habitual, regular y corriente de las organizaciones y grupos de nuestro Partido, la labor de propaganda, agitación y organización está orientada a fortalecer y ampliar la ligazón con las masas. Esta labor es siempre necesaria, pero en los momentos revolucionarios puede ser considerada suficiente menos que nunca. En dichos momentos, la clase obrera se siente instintivamente impulsada a la acción revolucionaria manifiesta, y nosotros debemos saber plantear con acierto las tareas de esa acción con el fin de difundirlas después con la mayor extensión posible y de hacer que sean comprendidas. No hay que olvidar que el pesimismo en boga sobre nuestra ligazón con las masas encubre ahora con especial frecuencia las ideas burguesas relativas al papel del proletariado en la revolución. Es indudable que hemos de trabajar todavía muchísimo para educar y organizar a la clase obrera; pero, actualmente, toda la cuestión consiste en determinar dónde debe

hallarse el centro de gravedad político principal de dicha organización: ¿en los sindicatos y en las asociaciones legales o en la insurrección armada, en la formación de un ejército revolucionario y de un gobierno revolucionario? La clase obrera se educa y se organiza tanto en lo uno como en lo otro. Tanto lo uno como lo otro, naturalmente, es necesario. Toda la cuestión ahora, en la revolución actual, se reduce, sin embargo, a determinar dónde residirá el centro de gravedad de la educación y de la organización de la clase obrera: en lo primero o en lo segundo.

El desenlace de la revolución depende del papel que desempeñe en ella la clase obrera: de que se limite a ser un auxiliar de la burguesía, aunque sea un auxiliar poderoso por la fuerza de su empuje contra la autocracia, pero endeble en política, o de que asuma el papel de dirigente de la revolución popular. Los representantes conscientes de la burguesía se dan perfecta cuenta de ello. Por eso ensalza *Osvobozhdenie*ⁱⁱⁱ el akimovismo, el “economismo”^{iv} en la socialdemocracia, el cual coloca actualmente en primer plano los sindicatos

y las asociaciones legales. Por eso el señor Struve celebra (núm. 72 de *Osvobozhdenie*) las tendencias de principio del akimovismo en el neoiskrismo^v. Por eso arremete también contra la odiada estrechez revolucionaria de las resoluciones del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia^{vi}.

Las acertadas consignas tácticas de la socialdemocracia tienen ahora una importancia particular para dirigir a las masas. No hay nada más peligroso que rebajar en las épocas revolucionarias la importancia de las consignas tácticas fieles a los principios. Por ejemplo, *Iskra*, en el número 104, se pasa de hecho al lado de sus contrincantes de la social-democracia, pero, al mismo tiempo, habla con desdén de la importancia de las consignas y resoluciones tácticas que se adelantán a la realidad, que señalan el camino por el que avanza el movimiento con una serie de reveses, errores, etc. Por el contrario, la elaboración de resoluciones tácticas acertadas tiene una importancia gigantesca para el partido que quiere dirigir al proletariado en el espíritu de los firmes principios del

marxismo y no seguir únicamente a la zaga de los acontecimientos. En las resoluciones del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y de la conferencia de la parte que se ha separado del Partido² tenemos la expresión más exacta, más meditada y completa de las concepciones tácticas no manifestadas de un modo casual por algunos autores, sino aprobadas por los representantes responsables del proletariado socialdemócrata. Nuestro Partido marcha al frente de todos los demás, con un programa preciso y aceptado por todos. Nuestro Partido también debe dar ejemplo a los demás partidos con una actitud severa respecto a sus resoluciones tácticas, en oposición al oportunismo de la burguesía democrática de *Osvobozhdenie* y a la palabrería revolucionaria de los socialistas-revolucionarios, los cuales solo durante la revolución se han acordado de presentar

² En el III Congreso del POSDR (celebrado en Londres en mayo de 1905) solo participaron los bolcheviques. En la "Conferencia" (celebrada por entonces en Ginebra) solo participaron los mencheviques, a los que se denomina a menudo en el presente folleto "neoisristas". (Nota del autor para la edición de 1907.— Ed.)

un “proyecto” de programa y de ocuparse por primera vez de saber si es burguesa la revolución que se despliega ante sus ojos.

He aquí por qué consideramos que la tarea más actual de la socialdemocracia revolucionaria es estudiar detenidamente las resoluciones tácticas del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y de la Conferencia, fijar las desviaciones de los principios del marxismo que se advierten en dichas resoluciones y aclarar las tareas concretas del proletariado socialdemócrata en la revolución democrática. A esta labor precisamente está consagrado el presente folleto. La comprobación de nuestra táctica desde el punto de vista de los principios del marxismo y de las enseñanzas de la revolución es necesaria también para todo el que quiera preparar realmente la unidad de táctica como base de la futura unificación completa de todo el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y no limitarse únicamente a pronunciar palabras exhortativas.

N. Lenin

Julio de 1905.

1. Una cuestión política urgente

En los momentos revolucionarios que atravesamos está al orden del día la convocatoria de una Asamblea Constituyente de todo el pueblo. Las opiniones divergen cuando se trata de determinar cómo resolver dicha cuestión. Se manifiestan tres tendencias políticas. El gobierno zarista admite la necesidad de convocar a representantes del pueblo, pero en modo alguno desea permitir que esa asamblea sea de todo el pueblo y sea constituyente. Parece ser que está de acuerdo, si se da crédito a las noticias de la prensa sobre la labor de la Comisión Buliguin^{vii}, con una Asamblea Consultiva, elegida sin libertad de agitación y conforme a un sistema electoral restringido con trabas de tipo tributario y social. El proletariado revolucionario, por cuanto está dirigido por la socialdemocracia, exige el paso completo del poder a la Asamblea Constituyente, tratando de conseguir con este fin no solo el sufragio universal y no solo la completa libertad de agitación, sino, además, el derrocamiento inmediato del

gobierno zarista y la sustitución del mismo por un gobierno provisional revolucionario. Finalmente, la burguesía liberal, que expresa sus deseos por boca de los jefes del llamado “Partido Demócrata Constitucionalista”^{viii}, no exige el derrocamiento del gobierno zarista, no propugna la consigna de gobierno provisional, no insiste en las garantías reales para que las elecciones sean completamente libres y justas, para que la Asamblea de representantes pueda ser en efecto de todo el pueblo y en efecto constituyente. En el fondo, la burguesía liberal, única que constituye un apoyo social serio de la tendencia de *Osvobozhdenie*, trata de conseguir una transacción lo más pacífica posible entre el zar y el pueblo revolucionario, una transacción, además, que deje la mayor parte posible del poder en sus manos, en las manos de la burguesía, y la menor posible en manos del pueblo revolucionario, del proletariado y los campesinos.

Tal es la situación política en el momento actual. Tales son las tres tendencias políticas principales, correspondientes a las tres fuerzas sociales principales de la Rusia contem-

poránea. Hemos hablado ya más de una vez en *Proletari* (núms. 3, 4 y 5) de cómo los seguidores de *Osvobozhdenie* encubren con frases seudodemocráticas su política de medias tintas, es decir, hablando de un modo más franco y llano, de felonía, de traición a la revolución. Veamos ahora cómo conciben los socialdemócratas las tareas del momento. Constituyen en este sentido unos datos excelentes las dos resoluciones, adoptadas recientemente por el III Congreso del POSDR y por la “Conferencia” de la parte que se ha separado del Partido. Es de inmensa importancia saber cuál de estas resoluciones enjuicia con mayor acierto el momento político y define con mayor acierto la táctica del proletariado revolucionario, y todo socialdemócrata que desee cumplir conscientemente sus deberes de **propagandista, agitador y organizador** debe orientarse con toda atención en este problema, dando de lado por completo las consideraciones que no atañen al fondo de la cuestión.

Se entiende por táctica de un partido su conducta política o el carácter, la orien-

tación y los procedimientos de su labor política. Las resoluciones, tácticas son aprobadas por el congreso del partido para definir de un modo preciso la conducta política del partido, en su conjunto, en relación con las nuevas tareas o en vista a una nueva situación política. La revolución iniciada en Rusia, es decir, la divergencia completa, decidida y palmaria entre la inmensa mayoría del pueblo y el gobierno zarista, ha creado una nueva situación de esta naturaleza. El nuevo problema consiste en determinar qué procedimientos prácticos se deben emplear para convocar una Asamblea que sea en verdad de todo el pueblo y que sea en verdad constituyente (desde el punto de vista teórico, el problema de una Asamblea así ha sido oficialmente resuelto ya por la socialdemocracia en su programa del Partido, hace mucho tiempo y con anterioridad a todos los demás partidos). Si el pueblo se ha divorciado del gobierno y las masas han comprendido la necesidad de implantar un nuevo orden de cosas, un partido que

se ha impuesto como fin derribar al gobierno debe necesariamente pensar con qué gobierno va a remplazar al viejo, al que derriba. Surge el *nuevo* problema del gobierno provisional revolucionario. Para resolverlo por completo, el partido del proletariado consciente debe dilucidar: primero, *la importancia* del gobierno provisional revolucionario en la revolución que se está operando y en toda la lucha del proletariado en general; segundo, su *actitud* frente al gobierno provisional revolucionario; tercero, las condiciones precisas de *la participación* de la socialdemocracia en este gobierno; cuarto, las condiciones de la presión sobre dicho gobierno *desde abajo*, es decir, en el caso de que la socialdemocracia no participe en el mismo. Solo dilucidando todas estas cuestiones, la conducta política del Partido en este terreno será una actitud de principios, clara y firme.

Veamos, pues, cómo decide estas cuestiones la resolución del III Congreso del POS-DR. He aquí el texto completo:

“Resolución sobre el gobierno provisional revolucionario.

“Considerando:

“1) que tanto los intereses inmediatos del proletariado como los de su lucha por los objetivos finales del socialismo exigen la libertad política más completa posible y, por consiguiente, la sustitución de la forma autocrática de gobierno por la república democrática;

“2) que la instauración de la república democrática en Rusia solo es posible mediante una insurrección popular triunfante, cuyo órgano será el gobierno provisional revolucionario, único capaz de garantizar una libertad completa de agitación electoral y convocar, basándola en el sufragio universal, igual, directo y secreto, una Asamblea Constituyente que exprese en realidad la voluntad del pueblo;

“3) que esta revolución democrática en Rusia, dado el régimen socioeconómico actual, no debilitará, sino que fortalecerá la domi-

nación de la burguesía, la cual intentará sin falta, en un momento determinado y sin detenerse ante nada, arrebatarse al proletariado de Rusia el mayor número posible de conquistas del período revolucionario,

el III Congreso del POSDR resuelve que:

“a) es necesario difundir entre la clase obrera una idea concreta de la marcha más probable de la revolución y de la necesidad de la aparición, en un momento determinado de la misma, de un gobierno provisional revolucionario, del cual el proletariado exigirá la realización de todas las reivindicaciones políticas y económicas inmediatas de nuestro programa (programa mínimo);

“b) conforme a la correlación de fuerzas y a otros factores que no es posible determinar con exactitud de antemano, es admisible la participación de mandatarios de nuestro Partido en el gobierno provisional revolucionario con el fin de combatir en forma implacable todos los intentos contrarrevolucionarios y de velar por los intereses independientes de la clase obrera,

“c) condición imprescindible para dicha participación es el control riguroso del Partido sobre sus delegados y la protección inflexible de la independencia de la socialdemocracia, que aspira a la revolución socialista total y por lo tanto es adversario inconciliable de todos los partidos burgueses,

“d) que, sea o no posible la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario, es necesario propagar en las más amplias capas del proletariado la idea de que este, armado y dirigido por la socialdemocracia tendría que ejercer constante presión sobre el gobierno provisional para defender, consolidar y ampliar las conquistas de la revolución”.

2. ¿Que nos da la resolución del III congreso del POSDR sobre el gobierno provisional revolucionario?

Como se ve por el título, la resolución del III Congreso del POSDR está entera y exclusivamente consagrada al problema relacionado con el gobierno provisional revolucionario.

Lo cual quiere decir que la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario aparece aquí como una parte de la cuestión. Por otro lado, se trata solo de un gobierno provisional revolucionario y no de cualquier otra cosa; por consiguiente, aquí no figuran para nada cuestiones como la de la “conquista del poder” en general y otras. ¿Ha obrado bien el Congreso, eliminando esta última cuestión y otras análogas? Indiscutiblemente ha obrado bien, pues la situación política de Rusia en modo alguno pone dichas cuestiones al orden del día. Por el contrario, el problema puesto al orden del día por todo el pueblo es el derrocamiento de la autocracia y la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Los congresos del Partido no deben resolver las cuestiones a que se refiere, oportuna o inoportunamente, este o el otro autor, sino las de gran alcance político en virtud de las condiciones del momento y de la marcha objetiva del desarrollo social.

¿Qué importancia tiene el gobierno provisional revolucionario en la revolución presente y en la lucha general del proletariado?

La resolución del Congreso lo explica, indicando desde el comienzo la necesidad de «la libertad política más completa posible» tanto desde el punto de vista de los intereses inmediatos del proletariado como desde el punto de vista de «los objetivos finales del socialismo». Pero la libertad política completa exige la sustitución de la autocracia zarista por la república democrática, como se reconoce ya en el programa de nuestro Partido. Subrayar la consigna de república democrática en la resolución del Congreso es necesario desde el punto de vista lógico y de los principios, pues el proletariado, como combatiente de vanguardia por la democracia, trata de alcanzar precisamente la libertad completa; además, subrayar esto es tanto más conveniente en el momento actual cuanto que precisamente ahora enarbolan la bandera de la «democracia» los monárquicos, a saber: el llamado Partido «Demócrata» Constitucionalista o de *Osvobozhdenie*. Para instaurar la república es absolutamente necesaria la Asamblea de representantes del pueblo, Asamblea que debe ser necesaria-

riamente de toda la nación (elegida por sufragio universal, igual, directo y secreto) y constituyente. Eso es lo que reconoce más adelante la resolución del Congreso. Pero no se limita a ello. Para establecer un nuevo orden de cosas “que exprese en realidad la voluntad del pueblo” no basta con dar a la asamblea representativa la denominación de constituyente. Es preciso que dicha Asamblea tenga poder y fuerza para “constituir”. Dándose cuenta de ello, el Congreso no se limita en su resolución a dar la consigna formal de “Asamblea Constituyente”, sino que añade las condiciones materiales y únicas que posibilitan el cumplimiento de la misión de dicha Asamblea. Indicar las condiciones en que la Asamblea Constituyente nominal puede convertirse en Asamblea Constituyente efectiva es de una necesidad imperiosa, ya que la burguesía liberal, personificada en el partido monárquico constitucionalista, falsea deliberadamente, como hemos indicado ya más de una vez, la consigna de Asamblea Constituyente de todo el pueblo, reduciéndola a una frase vacía.

La resolución del Congreso dice que *solo* un gobierno provisional revolucionario que sea el órgano de la insurrección popular triunfante es capaz de garantizar la libertad completa de la agitación electoral y de convocar una Asamblea que exprese en realidad la voluntad del pueblo. ¿Es justa esta tesis? Quien piense ponerla en tela de juicio debe afirmar que el gobierno zarista puede no tender la mano a la reacción, que es capaz de ser neutral durante las elecciones, que puede preocuparse de la expresión real de la voluntad del pueblo. Semejantes afirmaciones son tan absurdas que nadie las defenderá sin tapujos; pero precisamente los de *Osvobozhdenie* las hacen pasar a la chita callando bajo la bandera liberal. La Asamblea Constituyente debe convocarla alguien; las elecciones libres y justas deben ser garantizadas por alguien; alguien debe otorgar enteramente a esta Asamblea la fuerza y el poder: solo un gobierno revolucionario que sea el órgano de la insurrección puede quererlo con entera sinceridad y tener fuerzas para hacer todo lo necesario con el fin de realizarlo. El

gobierno zarista se opondrá Inevitablemente a ello. Un gobierno liberal que concertara un arreglo con el zar y que no se apoyase por entero en la insurrección popular no sería capaz de querer sinceramente esto ni de realizarlo, aun en el caso de que lo deseara con la mayor sinceridad. Por consiguiente, la resolución del Congreso da la única consigna democrática acertada y consecuente por completo.

Pero la apreciación de la importancia del gobierno provisional revolucionario sería incompleta y errónea si se perdiera de vista el carácter de clase de la revolución democrática. Por eso la resolución añade que la revolución fortalecerá la dominación burguesa, lo cual es inevitable bajo el régimen socioeconómico existente, es decir, el régimen capitalista. Pero el resultado del fortalecimiento de la dominación de la burguesía sobre un proletariado más o menos libre en el aspecto político deberá ser inevitablemente una lucha desesperada entre ellos por el poder, deberán ser unas tentativas desesperadas de la burguesía para “arrebatar al proletariado

las conquistas del período revolucionario”. Al luchar por la democracia a la vanguardia y al frente de todos, el proletariado no debe olvidar ni un momento las nuevas contradicciones y la nueva lucha implícitas en la democracia burguesa.

La significación del gobierno provisional revolucionario es apreciada, pues, de un modo completo en la parte de la resolución que hemos examinado: tanto en su actitud ante la lucha por la libertad y la república como en su actitud ante la Asamblea Constituyente y ante la revolución democrática, la cual desbrozará el terreno para una nueva lucha de clases.

Cabe preguntar a renglón seguido: ¿cuál debe ser la actitud del proletariado en general con respecto al gobierno provisional revolucionario? La resolución del Congreso contesta a esto, ante todo, dando al Partido el consejo explícito de persuadir a la clase obrera de que es preciso formar un **gobierno provisional revolucionario**. La clase obrera debe saber que eso es necesario. Mientras la burguesía “democrática” deja en las tinieblas

el problema del derrocamiento del gobierno zarista, nosotros debemos colocarlo en primer plano e insistir en que se necesita un gobierno provisional revolucionario. Es más, debemos apuntar el **programa de acción** de dicho gobierno, programa que corresponda a las condiciones objetivas del momento histórico que estamos atravesando y a las tareas de la democracia proletaria. Dicho programa es *todo* el programa mínimo de nuestro Partido, el programa de las transformaciones políticas y económicas inmediatas, completamente realizables, por una parte, basándolo en las relaciones socioeconómicas actuales y, por otra, necesarias para dar el paso siguiente, para alcanzar el socialismo.

Así pues, la resolución aclara completamente el carácter y los fines del gobierno provisional revolucionario. Por su origen y por su carácter fundamental, dicho gobierno debe ser el **órgano de la insurrección popular**. Por su destino formal, debe ser un instrumento para convocar la Asamblea Constituyente de todo el pueblo. Por el contenido de su actuación, debe cumplir el pro-

grama mínimo de la democracia proletaria, único capaz de garantizar los intereses del pueblo en pie de lucha contra la autocracia.

Se puede objetar que el gobierno provisional, por ser provisional, no puede llevar a cabo un programa positivo que no ha sido aprobado aún por todo el pueblo. Semejante objeción no sería más que un sofisma de reaccionarios y “autocratófilos”. No realizar ningún programa positivo significa tolerar la existencia del régimen feudal de la autocracia podrida. Solo podría tolerar tal orden de cosas un gobierno de traidores a la causa de la revolución, y no un gobierno que fuera el órgano de la insurrección popular. ¡Sería una burla que alguien propusiera renunciar al ejercicio práctico de la libertad de reunión hasta que la Asamblea Constituyente la reconozca, so pretexto de que la Asamblea Constituyente puede no reconocer la libertad de reunión! Una burla análoga es objetar contra la aplicación inmediata del programa mínimo por el gobierno provisional revolucionario.

Señalemos, por último, que, al fijar como tarea del gobierno provisional revolucionario

la aplicación del programa, mínimo, la resolución elimina con ello las absurdas ideas semianárquicas de plasmación inmediata del programa máximo y de conquista del poder para” llevar a cabo la revolución socialista. El grado de desarrollo económico de Rusia (condición objetiva) y el grado de conciencia y organización de las grandes masas del proletariado (condición subjetiva, indisolublemente ligada con la objetiva) hacen imposible la absoluta liberación inmediata de la clase obrera. Solo la gente más ignorante puede no ver el carácter burgués de la revolución democrática que se está operando; solo los optimistas más cándidos pueden olvidar cuan poco conocen aún las masas obreras las metas del socialismo y los procedimientos para alcanzarlo. Pero todos nosotros estamos persuadidos de que la emancipación de la clase obrera solo puede ser obra de la propia clase obrera; sin la conciencia y la organización de las masas, sin su preparación y su educación mediante la lucha manifiesta de clase contra toda la burguesía, no se puede ni hablar de revolución socialista. Y como respuesta a las

objeciones anárquicas de que aplazamos la revolución socialista, diremos: no la aplazamos, sino que damos el primer paso hacia la misma por el único procedimiento posible, por la única senda certera, a saber: por la senda de la república democrática. Quien quiera ir al socialismo por otro camino que no sea el de la democracia política, llegará infaliblemente a conclusiones absurdas y reaccionarias, tanto en el sentido económico como en el político. Si en un momento determinado tales o cuales obreros nos preguntan por qué no realizamos nuestro programa máximo, les contestaremos indicándoles cuán ajenas son aún al socialismo las masas del pueblo, impregnadas de espíritu democrático, cuán poco desarrolladas están aún las contradicciones entre las clases, cuán desorganizados se hallan aún los proletarios. ¡Organizad a centenares de miles de obreros en toda Rusia, difundid entre millones la simpatía por vuestro programa! Probad a hacerlo, sin limitaros a pronunciar estrepitosas pero huera frases anárquicas, y veréis inmediatamente que llevar a cabo esta organización, difundir

esta educación socialista depende de la realización más completa posible de las transformaciones democráticas.

Continuemos. Una vez aclaradas la significación del gobierno provisional revolucionario y la actitud del proletariado con respecto al mismo, surge la siguiente pregunta: ¿es admisible, y en qué condiciones, nuestra participación en dicho gobierno (acción desde arriba)? ¿Cuál debe ser nuestra acción desde abajo? La resolución da respuestas exactas a estas dos preguntas: declara resueltamente que, de acuerdo con los principios, la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario (en la época de la revolución democrática, en la época de la lucha por la república) *es admisible*. Con esta declaración nos separamos rotundamente tanto de los anarquistas, que dan a esta pregunta una respuesta negativa, por atenerse a los principios, como de los “seguidistas” de la socialdemocracia (tales como Martínov y los neiskristas), que nos *intimidaban* con la perspectiva de una situación en la cual dicha participación pudiera resultar indispensable

para nosotros. Con esta declaración, el III Congreso del POSDR ha rechazado de plano la idea de la nueva *Iskra*, según la cual la participación de los socialdemócratas en el gobierno provisional revolucionario es una variedad de millerandismo^{ix} e inadmisibles desde el punto de vista de los principios por significar una consagración del orden de cosas burgués, etc.

Pero el problema de la admisibilidad desde el punto de vista de los principios aún no resuelve, naturalmente, el de la conveniencia práctica. ¿En qué condiciones es conveniente esa nueva variedad de lucha, de lucha “desde arriba”, aceptada por el Congreso del Partido? Cae de su peso que ahora no es posible hablar de condiciones concretas como la correlación de fuerzas y otras, y la resolución, naturalmente, renuncia a definir previamente dichas condiciones. Ninguna persona sensata se decidirá a pronosticar nada en el momento actual con respecto a la cuestión que nos interesa. Se pueden y se deben determinar el carácter y los fines de nuestra participación. Es lo que hace la resolución,

al indicar dos objetivos de la participación: 1) combatir implacablemente todos los intentos contrarrevolucionarios y 2) defender los intereses propios de la clase obrera. En el momento que los burgueses liberales empiezan a hablar con empeño de la sicología de la reacción (véase la muy edificante *Carta Abierta* del señor Struve en el núm. 71 de *Osvobozhdenie*), esforzándose por intimidar al pueblo revolucionario e incitarle a ser condescendiente con la autocracia, es muy oportuno que el partido del proletariado recuerde el objetivo de la guerra que hoy sostenemos frente a la contrarrevolución. En última instancia, las grandes cuestiones de la libertad política y de la lucha entre las clases las decide únicamente la fuerza, y nosotros debemos preocuparnos de preparar y organizar esta fuerza y de emplearla con energía no solo en la defensa, sino también en la ofensiva. La prolongada **época** de reacción política, que reina en Europa casi sin interrupción desde los tiempos de la Comuna de París^x, nos ha familiarizado demasiado con la idea de la acción solo “desde abajo”, nos ha

acostumbrado demasiado a ver solo la lucha defensiva. Hemos entrado ahora, indudablemente, en una nueva época; se ha iniciado un período de conmociones y revoluciones políticas. En un período como el que está atravesando Rusia es intolerable limitarse a los viejos clisés. Hay que propagar la idea de la acción desde arriba, hay que prepararse para las acciones ofensivas más enérgicas, hay que estudiar las condiciones y las formas de dichas acciones. La resolución del Congreso coloca en primer plano dos de estas condiciones: una se refiere al aspecto formal de la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario (control riguroso de los mandatarios del Partido por el Partido mismo); otra, al propio carácter de dicha participación (no perder de vista ni un instante el objetivo de hacer la revolución socialista completa).

Después de haber aclarado, por tanto, en todos los aspectos, la política del Partido en la acción “desde arriba” —este nuevo procedimiento de lucha, casi nunca visto hasta ahora—, la resolución también tiene en cuen-

ta el caso de que no consigamos obrar desde arriba. Estamos obligados a presionar desde abajo sobre el gobierno provisional revolucionario, en cualquier caso. Para ejercer esta presión desde abajo, el proletariado debe estar armado –pues en los momentos revolucionarios las cosas llegan con una rapidez particular hasta una auténtica guerra civil– y dirigido por la socialdemocracia. El **fin** de esta presión armada es “proteger, consolidar y extender las conquistas de la revolución”, esto es, las conquistas que, desde el punto de vista de los intereses del proletariado, deben consistir en aplicar todo nuestro programa mínimo.

Con esto terminamos nuestro breve examen de la resolución del III Congreso sobre el gobierno provisional revolucionario. Como ve el lector, esta resolución aclara la importancia de la nueva cuestión, así como la posición del partido del proletariado con respecto a la misma y la política del Partido, tanto dentro del gobierno provisional revolucionario como fuera de él.

Veamos ahora la resolución respectiva de la “Conferencia”.

3. ¿Qué es “la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo»?

La resolución de la “Conferencia” está dedicada al problema de la “*conquista del poder y la participación en el gobierno provisional*”.

Este modo de plantearlo es ya, como hemos indicado, confuso. Por una parte, se plantea con estrechez: se habla solo de nuestra participación en el gobierno provisional y no, en general, de las tareas del Partido con respecto al gobierno provisional revolucionario. Por otra, se confunden dos cuestiones completamente distintas: la de nuestra participación en una de las fases de la revolución *democrática* y la de la revolución *socialista*. En efecto, la “conquista del poder” por la socialdemocracia es precisamente la revolución socialista y no puede ser ninguna otra cosa si se emplean estas palabras en su significación directa y habitual. Pero si no se las comprende en el sentido de la conquista del poder para la revolución socialista, sino, para la revolución democrática, ¿qué sentido tiene hablar no solo de participación en el gobierno

provisional revolucionario, sino también de “conquista del poder” *en general*? Evidentemente, nuestros “conferencistas” mismos no sabían muy bien de lo que tenían que hablar en realidad: de la revolución democrática o de la revolución socialista. Quien haya estado al tanto de las publicaciones consagradas a esta cuestión sabe que fue el camarada Martínov quien dio comienzo a dicha confusión en sus famosas *Dos dictaduras*: los neiskristas recuerdan de mala gana cómo se plantea la cuestión (ya antes del 9 de enero)^{xi} en esa obra, modelo de seguidismo, pero la influencia ideológica de la misma en la Conferencia no ofrece duda.

Dejemos a un lado el título de la resolución. Su contenido nos muestra errores incomparablemente más profundos y graves. He aquí la primera parte de la misma:

“La victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo puede implicar, bien la formación de un gobierno provisional, surgido de la insurrección popular triunfante, bien la iniciativa revolucionaria de tal o cual institución representativa que decida,

bajo la presión revolucionaria directa del pueblo, organizar una Asamblea Constituyente de todo el pueblo”.

Así pues, se nos dice que la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo puede ser tanto la insurrección triunfante como... ¡la decisión de una institución representativa de organizar una Asamblea Constituyente! ¿Qué significa esto? ¿Cómo es esto? ¿¿La victoria decisiva puede implicar la “decisión” de organizar una Asamblea Constituyente?? ¡¡Y semejante “victoria” se coloca al lado de la formación de un gobierno provisional “surgido de la insurrección popular triunfante”!! La Conferencia no se ha dado cuenta de que la insurrección popular *triunfante* y la *formación* de un gobierno provisional implican la victoria de la revolución *de hecho*, mientras la “decisión” de organizar una Asamblea Constituyente implica la victoria de la revolución solo *de palabra*.

La Conferencia de los mencheviques^{xii} neoiskristas ha incurrido en el mismo error en que incurren constantemente los liberales,

las gentes de *Osvobozhdenie*. Estas gentes lanzan frases sobre la Asamblea “Constituyente”, cerrando púdicamente los ojos ante la conservación de la fuerza y del poder en las manos del zar, olvidando que para “constituir” hay que tener *fuerza* constitutiva. La Conferencia ha olvidado asimismo que de la “decisión” de unos representantes cualesquiera al cumplimiento de dicha decisión hay un gran trecho. La Conferencia también ha olvidado que mientras el poder esté en manos del zar, cualquier decisión de cualquier representante no es más que charlatanismo huero y desdeñable, como resultaron serlo las “decisiones” del Parlamento de Francfort^{xiii} famoso en la historia de la revolución alemana de 1848. Marx, representante del proletariado revolucionario, en su *Nueva Gaceta del Rin*^{xiv} fustigaba con sarcasmos implacables a los liberales de Francfort, análogos precisamente a los actuales adeptos de *Osvobozhdenie*, porque pronunciaban bellos discursos, tomaban toda clase de “decisiones” democráticas, “instituían” toda clase de libertades, pero, en la práctica, dejaron el

poder en manos del rey y no organizaron la lucha armada contra las fuerzas militares de que disponía este último. Y mientras esos liberales de Francfort, análogos a los actuales adeptos de *Osvobozhdenie*, discurseaban, el rey esperó el momento oportuno, reforzó sus efectivos militares, y la contrarrevolución, apoyándose en la fuerza real, infligió una derrota completa a los demócratas y a todas sus magníficas “decisiones”.

La Conferencia ha equiparado a la victoria decisiva lo que carece precisamente de condición decisiva para la victoria. ¿Cómo pudieron unos socialdemócratas que aceptan el programa republicano de nuestro Partido incurrir en tal error? Para comprender este fenómeno extraño hay que ver la resolución del III Congreso sobre la parte que se ha separado del Partido.³ En dicha resolución se indica la per-

³ Damos el texto completo de esta resolución: “El Congreso hace constar que, en el POSDR, desde la época de su lucha contra el “economismo”, se conservan hasta hoy matices que les son afines en distinto grado y en diversos sentidos, matices que se caracterizan por una tendencia general a mermar la importancia de los elementos de conciencia en la lucha proletaria, supeditando dichos elementos a los de

la espontaneidad. En el problema de la organización, los representantes de estos matices propugnan, en teoría, el principio de organización-proceso, principio que no corresponde a la labor sistemática del Partido, y, en la práctica, emplean en numerosos casos un sistema de evasivas en el cumplimiento de la disciplina del Partido, y, en otros, dirigiendo a la parte menos consciente del Partido sus prédicas a favor del empleo a gran escala del principio de elección sin tener en cuenta las condiciones objetivas de la realidad rusa, intentan socavar las bases únicas posibles en el presente, de los vínculos del Partido. En los problemas de táctica dan pruebas de la tendencia a reducir el alcance de la labor del Partido, pronunciándose en contra de la táctica acabadamente independiente del Partido con respecto a los partidos burgueses liberales, en contra de la posibilidad y de la conveniencia de que nuestro Partido asuma el papel de organizador en la insurrección popular, en contra de la participación del Partido, en cualesquiera condiciones, en el gobierno provisional democrático revolucionario.

“El Congreso propone a todos los miembros del Partido que desplieguen por doquier una enérgica lucha ideológica contra semejantes desviaciones parciales de los principios de la socialdemocracia revolucionaria, pero a la vez considera que se puede admitir la participación en las organizaciones del Partido de gentes que, en uno u otro grado, se adhieren a semejantes ideas con la condición indispensable de que, reconociendo los congresos del Partido y los Estatutos del mismo, acaten plenamente la disciplina del Partido”. (Nota del autor para la edición de 1907. – *Ed.*)

vivencia en nuestro Partido de distintas tendencias “afines al ‘economismo’”. Nuestros “conferencistas” (por algo se hallan, en verdad, bajo la dirección ideológica de Martínov) razonan sobre la revolución absolutamente con el mismo criterio con que los “economistas” razonaban sobre la lucha política o sobre la jornada de ocho horas. Los “economistas” ponían inmediatamente en juego la “teoría de las fases”: 1) lucha por los derechos; 2) agitación política; 3) lucha política; o 1) jornada de diez horas, 2) jornada de nueve horas, 3) jornada de ocho horas. Todo el mundo conoce bien cuáles fueron los resultados obtenidos con esta “táctica-proceso”. Ahora nos proponen asimismo dividir con mucha meticulosidad, por anticipado, la revolución en fases: 1) el zar convoca una institución representativa, 2) esta institución representativa “decide , bajo la presión del “pueblo”, organizar la Asamblea Constituyente, 3) ...sobre la tercera fase, los mencheviques no se han puesto todavía de acuerdo; han olvidado que la presión revolucionaria del pueblo tropieza con la presión contrarrevolucionaria del zarismo y que,

por tanto, o la “decisión” queda sin aplicar o el asunto lo deciden en este caso también la victoria o la derrota de la insurrección popular. La resolución de la Conferencia se parece como dos gotas de agua al siguiente razonamiento de los “economistas”: la victoria decisiva de los obreros puede significar bien la implantación de la jornada de ocho horas por vía revolucionaria bien la concesión de la jornada de diez horas y la “decisión” de pasar a la de nueve... Exactamente lo mismo.

Se nos puede objetar, quizás, que los autores de la resolución no se proponían *equiparar* la victoria de la insurrección a la “decisión” de la institución representativa convocada por el zar, que querían únicamente estipular la táctica del Partido para uno y otro caso. Contestaremos a esto: 1) El texto de la resolución califica, de un modo directo e inequívoco de “victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo” *la decisión* de la institución representativa. Es posible que esto sea el resultado de una redacción desaliñada, es posible que se la pueda enmendar, recurriendo a las actas, pero mientras no

haya sido enmendada, el sentido de dicha redacción no puede ser más que uno, y dicho sentido es íntegramente el del *espíritu de "Osvobozhdenie"*. 2) El curso del raciocinio propio de *Osvobozhdenie* en que han caído los autores de la resolución aparece con un relieve incomparablemente mayor en otros escritos de los neoiskristas. Por ejemplo, en *Sotsial-Demokrat*^{xv}, órgano del Comité de Tiflís (publicado en georgiano y ensalzado por *Iskra* en su núm. 100), en el artículo *El Zemski Sobor y nuestra táctica* se llega incluso a decir que la "táctica" consistente en "elegir como centro de nuestra actividad el Zemski Sobor" (¡sobre la convocatoria del cual, añadiremos por cuenta nuestra, aún no sabemos nada con exactitud!) "es más ventajosa para nosotros" que la "táctica" de la insurrección armada y de la formación de un gobierno provisional revolucionario. Más adelante aún volveremos a ocuparnos de este artículo. 3) No se puede oponer nada al examen previo de la táctica del Partido ni para el caso de victoria de la revolución, ni para el caso de su derrota, ni para el caso de

éxito de la insurrección, ni para el caso de que la insurrección no pueda convertirse en una fuerza imponente. Es posible que el gobierno zarista logre convocar una asamblea representativa con el fin de hacer componendas con la burguesía liberal; la resolución del III Congreso, previniéndolo, habla claro de la “política hipócrita”, de la “seudodemocracia”, de las “formas caricaturescas de la representación popular, tales como el llamado Zemski Sobor”⁴. Pero el quid está

⁴ He aquí el texto de esta resolución sobre la actitud ante la táctica del gobierno en vísperas de la revolución:

“Teniendo en cuenta que, con el fin de sostenerse en el período revolucionario que atravesamos, el gobierno, al recrudecer las represiones habituales encaminadas sobre todo contra los elementos conscientes del proletariado, a la vez 1) trata de corromper políticamente a la clase obrera mediante concesiones y promesas de reformas, para distraerla así de la lucha revolucionaria; 2) para el mismo fin reviste su política hipócrita de concesiones con el ropaje de formas seudodemocráticas, comenzando por invitar a los obreros a elegir sus representantes para las comisiones y asambleas y terminando por crear formas caricaturescas de representación popular, tales como el llamado Zemski Sobor; 3) organiza las llamadas centurias negras y alza contra la revolución a todos los elementos reaccionarios del

en que esto no se dice en la resolución sobre el gobierno provisional revolucionario, pues no tiene nada que ver con él. Este caso

pueblo inconscientes o cegados por el odio de raza o de religión,

“el III Congreso del POSDR acuerda proponer a todas las organizaciones del Partido:

“a) al desenmascarar los fines reaccionarios de las concesiones del gobierno, subrayar en la propaganda y agitación su carácter obligado, por una parte, y la absoluta imposibilidad en que la autocracia se encuentra para, conceder reformas que satisfagan al proletariado, por otra;

“b) aprovechando la campaña electoral, explicar a los obreros el verdadero sentido de semejantes medidas adoptadas por el gobierno y demostrar que el proletariado debe convocar por vía revolucionaria la Asamblea Constituyente, basada en el sufragio universal, igual, directo y secreto;

“c) organizar al proletariado para implantar inmediatamente por vía revolucionaria la jornada de 8 horas y conseguir otras reivindicaciones inmediatas de la clase obrera;

“d) organizar la resistencia armada a las intenciones de las centurias negras y de todos los elementos reaccionarios en general que son dirigidos por el gobierno”. (Nota del autor para la edición de 1907. – Ed.)

relega el problema de la insurrección y de la formación del gobierno provisional revolucionario, lo modifica, etc. Pero ahora no se trata de que sea posible toda clase de combinaciones, de que sean posibles la victoria y la derrota, los caminos rectos y los rodeos; de lo que se trata es de que a un socialdemócrata no le está permitido llevar la confusión a la idea que los obreros tienen del camino verdaderamente revolucionario, de que no se puede permitir llamar victoria decisiva a lo que carece de la condición *fundamental* de la victoria, como hacen los de *Osvobozhdenie*. Es posible que ni aun la jornada de ocho horas la obtengamos de golpe, sino dando un largo rodeo; pero ¿qué dirán del hombre que califica de victoria de los obreros una impotencia, una debilidad tal del proletariado, que este *no tenga fuerza* para impedir los aplazamientos, las demoras, el tira y afloja, la traición y la reacción? Es posible que la revolución rusa acabe en un “aborto constitucional”, como en cierta ocasión dijo *Vperiod*⁵, pero ¿acaso puede justificar esto al

⁵ El periódico *Vperiod* (Adelante) empezó a publicarse en

socialdemócrata que, en vísperas de la lucha decisiva, se pusiera a calificar dicho aborto de “victoria decisiva sobre el zarismo”? Es posible que, si las cosas van mal, lejos de conquistar la república, sea incluso ilusoria la Constitución “a lo Shípov”^{xvi} que obtengamos; mas ¿por ventura se podría perdonar a un socialdemócrata que escamoteara nuestra consigna republicana?

Naturalmente, los neoisristas no han llegado todavía a ese escamoteo. ¡Pero el hecho de que en su resolución *se hayan olvidado* precisamente de hablar de la república evidencia con singular claridad hasta qué punto se ha disipado en ellos el espíritu revolucionario, hasta qué punto la afición a

Ginebra, en enero de 1905, como órgano de la fracción bolchevique del Partido. De enero a mayo aparecieron 18 números. A partir del mes de mayo comenzó a publicarse *Proletari* como Órgano Central del POSDR, en lugar de *Vperiod*, de acuerdo con la resolución del III Congreso del POSDR (dicho Congreso se celebró en Londres en el mes de mayo; los mencheviques no asistieron y organizaron su propia “Conferencia” en Ginebra). (Nota del autor para la edición de-1907. – Ed.)

los razonamientos muertos les ha eclipsado las tareas de combate del momento! Es inverosímil, pero es un hecho. Todas las consignas de la socialdemocracia se ratifican, se repiten, se aclaran, se detallan en distintas resoluciones de la Conferencia, no se olvida ni tan siquiera la elección por los obreros, en las empresas, de delegados y diputados: únicamente no se ha hallado la ocasión de recordar la república en la resolución sobre el gobierno provisional revolucionario. Hablar de “victoria” de la insurrección popular, de formación de un gobierno provisional y no indicar la relación que dichos “pasos” y actos guardan con la conquista de la república significa escribir una resolución para ir a la zaga del movimiento proletario, y no para dirigir la lucha del proletariado.

Resumamos: la primera parte de la resolución 1) no ha aclarado en lo más mínimo la significación del gobierno provisional revolucionario desde el punto de vista de la lucha por la república y de la garantía de una asamblea realmente de todo el pueblo y realmente constituyente; 2) ha introducido una

franca confusión en la conciencia democrática del proletariado, equiparando a la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo un estado de cosas tal en que aún falta precisamente la condición fundamental para la verdadera victoria.

4. La liquidación del régimen monárquico y la instauración de la república

Pasemos a la parte siguiente de la resolución:

“...Tanto en uno como en otro caso, esa victoria será el principio de una nueva fase de la época revolucionaria. “La tarea planteada espontáneamente por las condiciones objetivas del desarrollo social a esa nueva fase es la liquidación definitiva de todo el régimen estamental monárquico en el proceso de lucha recíproca entre los elementos de la sociedad burguesa, emancipada en el aspecto político, en pro de la defensa de sus intereses sociales y de la posesión directa del poder.

“Por eso, el gobierno provisional que asuma el cumplimiento de las tareas de esa revo-

lución, burguesa por su carácter histórico, no solo deberá, al regular la lucha recíproca entre las clases antagónicas de la nación que se emancipa, impulsar el desarrollo revolucionario, sino también combatir los factores del mismo que supongan un peligro para las bases del régimen capitalista”.

Detengámonos en esta parte, que representa en sí un apartado independiente de la resolución. La idea fundamental de los razonamientos que reproducimos coincide con la expuesta en el tercer punto de la resolución del Congreso. Pero si se comparan las dos resoluciones en esta parte, salta inmediatamente a la vista la siguiente diferencia radical entre ellas: después de caracterizar en dos palabras la base socioeconómica de la revolución, la resolución del Congreso dirige toda su atención a la lucha de clases, netamente definida, por conquistas determinadas, y coloca en primer plano las tareas de combate del proletariado. Tras describir de un modo extenso, nebuloso y confuso la base socioeconómica de la revolución, la resolución de

la Conferencia habla de un modo muy poco claro de la lucha por conquistas determinadas y deja por completo a oscuras las tareas de combate del proletariado. La resolución de la Conferencia habla de la liquidación del antiguo régimen en el proceso de una lucha recíproca entre los elementos de la sociedad. La resolución del Congreso dice que nosotros, partido del proletariado, debemos efectuar esta liquidación, que solo la instauración de la república democrática constituye la liquidación verdadera, que debemos conquistar esta república, que lucharemos por ella y por la libertad completa no solo contra la autocracia, sino también contra la burguesía cuando ésta intente (y lo hará sin falta) arrebatar nos nuestras conquistas. La resolución del Congreso llama a la lucha a una clase determinada, por un objetivo inmediato y definido de un modo preciso. La resolución de la Conferencia razona sobre la lucha recíproca de las distintas fuerzas. Una resolución expresa la psicología de la lucha activa; otra, la de la contemplación pasiva; una está impregnada de llamamientos a la acción viva; otra,

de razonamientos muertos. Ambas resoluciones declaran que la revolución que se está desplegando es, para nosotros, solo el primer paso, al cual seguirá el segundo; pero una de las resoluciones saca de aquí la conclusión de que hay que dar con mayor rapidez este primer paso, acabarlo con la mayor celeridad, conquistar la república, aplastar implacablemente la contrarrevolución y preparar el terreno para el segundo paso; en cambio, la otra resolución rebosa, por decirlo así, de descripciones prolijas de este primer paso y (perdón por lo vulgar de la expresión) se saca de la manga lo que piensa al respecto. La resolución del Congreso toma las viejas y eternamente nuevas ideas del marxismo (sobre el carácter burgués de la revolución democrática) como prólogo o primera premisa para sacar conclusiones sobre las tareas de vanguardia de la clase de vanguardia que lucha tanto por la revolución democrática como por la revolución socialista. La resolución de la Conferencia no va más allá del prólogo, repitiéndolo con machaconería y sutilizando sobre el mismo.

Esta diferencia es precisamente la que desde hace mucha divide a los marxistas rusos en dos alas: ala racionadora y ala combativa, en los tiempos pasados del marxismo legal^{xvii}; ala económica y ala política, en los albores del movimiento de masas. De la premisa acertada del marxismo sobre las profundas raíces económicas de la lucha de clases en general y de la lucha política en particular, los “economistas” sacaban la original conclusión de que había que volver la espalda a la lucha política y contener su desarrollo, reducir su alcance, minimizar sus tareas. Los políticos, por el contrario, extraían de las mismas premisas otra conclusión, a saber: que cuanto más profundas sean ahora las raíces de nuestra lucha, tanto más amplia, valerosa y resuelta debe ser ésta, con tanta más iniciativa debemos sostenerla. En la actualidad, en otras circunstancias, en una forma modificada, nos hallamos ante el mismo debate. De las premisas de que la revolución democrática no es aún, ni mucho menos, la revolución socialista; de que “interesa” no solo y exclusivamente a los desposeídos;

de que sus raíces profundísimas están en las necesidades y en las demandas ineluctables de *toda* la sociedad burguesa en su conjunto sacamos la conclusión de que la clase avanzada debe plantear con tanta mayor audacia sus tareas democráticas, debe formularlas hasta el fin con tanta mayor precisión, propugnar la consigna inmediata de república, propagar la idea de qué se necesita un gobierno provisional revolucionario y de que se debe aplastar implacablemente la contrarrevolución. Mientras nuestros adversarios, los neiskristas, deducen de estas mismas premisas que no ha que formular hasta el fin las conclusiones democráticas o entre las consignas prácticas se puede prescindir de la república, que se puede permitir no propagar la idea de necesidad del gobierno provisional revolucionario, que se puede calificar de victoria decisiva incluso la resolución de convocar la Asamblea Constituyente, que se puede no propugnar la tarea de la lucha frente a la contrarrevolución como tarea activa nuestra, sino hundirla en una alusión nebulosa (y formulada erróneamente, como

veremos en seguida) al “proceso de lucha recíproca”. ¡No es este un lenguaje propio de dirigentes políticos, sino de ratas de archivo!

Y cuanta más atención se ponga al examen de las distintas fórmulas de la resolución de los neoisristas, tanto más claras se verán las particularidades fundamentales de la misma que ya hemos indicado. Se nos habla, por ejemplo, del “proceso de lucha recíproca entre los elementos de la sociedad burguesa, emancipada en el aspecto político”. Recordando el tema que se trataba en la resolución (gobierno provisional revolucionario), preguntamos perplejos: si se habla de proceso de lucha recíproca, ¿cómo se puede guardar silencio sobre los elementos que *esclavizan* en el aspecto político a la sociedad burguesa? ¿Se imaginan los conferencistas que, porque hayan supuesto la victoria de la revolución, dichos elementos han desaparecido ya? Esta idea sería absurda en general y la mayor de las ingenuidades políticas, una miopía política en particular. Después de la victoria de la revolución sobre la contrarrevolución, ésta no desaparecerá, sino que, al contrario,

empezará inevitablemente una nueva lucha más desesperada todavía. Al consagrar nuestra resolución al examen de las tareas que nos plantearía la victoria de la revolución, debemos dedicar suma atención a las tareas que tienen como norte rechazar la acometida de la contrarrevolución (como se hace precisamente en la resolución del Congreso), y no hundir estas tareas políticas inmediatas, esenciales, candentes, de un partido combativo, en razonamientos generales a propósito de lo que habrá *después* de la época revolucionaria actual, de lo que habrá cuando nos hallemos ya ante una “sociedad *emancipada* en el aspecto político”. Del mismo modo que los “economistas” encubrían su incomprensión de las tareas políticas candentes con alusiones a las verdades generales sobre la subordinación de la política a la economía, los neoisristas, al remitirse a las verdades generales sobre la lucha en el interior de la sociedad *emancipada* en el aspecto político, encubren su incomprensión de las tareas revolucionarias candentes de la *emancipación* política de dicha sociedad.

Tomen la expresión “la liquidación definitiva de todo el régimen estamental monárquico”. En ruso, liquidación definitiva del régimen monárquico se llama instauración de la república democrática. Pero al buenazo de Martínov y a sus admiradores les parece demasiado sencilla y clara esta expresión. Quieren “ahondar” sin falta y decir las cosas de un modo más “sabihondo”. Así resultan, de una parte, pujos ridículos por demostrar profundidad de pensamiento y, de otra, en vez de una consigna resulta una descripción; en vez de un llamamiento alentador a ir adelante resulta una especie de mirada melancólica hacia atrás. Parece que no se trata de gente viva que quiere luchar ahora mismo, sin más tardanza, por la república, sino de una especie de momias petrificadas que *sub specie aeternitatis*⁶ examinan la cuestión en *plusquamperfectum*.

Prosigamos: “... El gobierno provisional... que asuma el cumplimiento de las tareas de esa... revolución burguesa...” En este punto se ve en seguida que nuestros conferencistas

⁶ Desde el punto de vista de la eternidad. – Ed.

han descuidado una cuestión concreta que se alza ante los dirigentes políticos del proletariado. La cuestión de la futura serie de gobiernos que cumplirán las tareas de la revolución burguesa en general les hace perder de vista la concreta del gobierno provisional revolucionario. Si se desea examinar la cuestión en el plano “histórico”, el ejemplo de cualquier país europeo evidenciará que precisamente una serie de gobiernos, que en modo alguno eran “provisionales”, cumplieron las tareas históricas de la revolución burguesa, que incluso gobiernos que habían vencido a la revolución se vieron obligados, a pesar de ello, a cumplir las tareas históricas de esa revolución vencida. Pero “gobierno provisional revolucionario” no se llama en absoluto a ése del que hablan: se llama así al gobierno de la época revolucionaria que reemplaza directamente al gobierno derribado y que se apoya en la insurrección popular y no en unas instituciones representativas surgidas del pueblo. El gobierno provisional revolucionario es el órgano de la lucha por la victoria inmediata de la revolución, de la

lucha por la represión inmediata de los intentos contrarrevolucionarios, y en modo alguno un órgano para cumplir las tareas históricas de la revolución burguesa en general. Dejemos, pues, señores, a los futuros historiadores de la futura *Rússkaya Stariná*^{xviii} que determinen qué tareas de la revolución burguesa habrán sido realizadas por nosotros o por tal o cual gobierno; esto se podrá hacer, aunque sea dentro de treinta años; pero lo que ahora necesitamos es dar consignas e indicaciones prácticas para la lucha por la república y para la participación más enérgica del proletariado en esta lucha.

Por las causas indicadas tampoco son satisfactorias las últimas tesis de la parte de la resolución reproducida por nosotros. Es desacertada en extremo o, por lo menos, torpe la expresión de que el gobierno provisional debería “regular” la lucha entre las clases antagónicas: los marxistas no deberían emplear una fórmula liberal, de *Osvobozhdenie*, como ésta, que da motivo a pensar que es posible un gobierno que no sirva de órgano de la lucha de clases, sino de “regula-

dor” de la misma... El gobierno debería “no solo impulsar el desarrollo revolucionario, sino también combatir los factores del mismo que supongan un peligro para las bases del régimen capitalista”. ¡Este “factor” es precisamente ese mismo proletariado en cuyo nombre habla la resolución! En vez de indicar cómo, en tal momento, el proletariado debe precisamente “impulsar el desarrollo revolucionario” (empujarlo más allá de lo que quisiera la burguesía constitucionalista), en vez de aconsejar prepararse de un modo determinado para la lucha contra la burguesía cuando ésta se vuelva contra las conquistas de la revolución, en vez de esto se nos da una descripción general del proceso que nada dice sobre las tareas concretas de *nuestra* actuación. La manera que los neiskristas tienen de exponer sus ideas nos recuerda la opinión de Marx (en sus famosas “tesis” sobre Feuerbach) acerca del viejo materialismo, extraño a la idea de la dialéctica. Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo –decía Marx–, pero de lo que

se trata es de *transformarlo*^{xix}. Del mismo modo, los neiskristas pueden describir y explicar no del todo mal el proceso de la lucha que se despliega ante sus ojos, pero son incapaces por completo de dar una consigna justa en esta lucha. Marchando con celo, pero dirigiendo mal, empequeñecen la interpretación materialista de la historia, pues hacen caso omiso del papel activo, dirigente y orientador que pueden y deben desempeñar en la historia los partidos que conozcan las condiciones materiales de la revolución y que se pongan al frente de las clases avanzadas.

5. ¿Cómo hay que “impulsar la revolución adelante”?

He aquí otro pasaje de la resolución:

“En tales condiciones, la socialdemocracia debe esforzarse por mantener a lo largo de toda la revolución una postura que le garantice del mejor modo la posibilidad de impulsar la revolución adelante, que no le ate las manos en la lucha contra la política inconsecuente e interesada de los partidos

burgueses y la preserve de ser diluida en la democracia burguesa.

“Por eso, la socialdemocracia no se debe proponer el fin de conquistar o compartir el poder en el gobierno provisional, sino que debe seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema”.

El consejo de ocupar una posición que garantice del mejor modo la posibilidad de impulsar la revolución adelante nos gusta sobremanera. Lo único que desearíamos es que, además de este buen consejo, hubiera indicaciones directas de cómo precisamente ahora, en la situación política presente, en la época de disquisiciones, suposiciones, habladerías y proyectos de convocatoria de representantes del pueblo, la socialdemocracia tiene que impulsar la revolución adelante. ¿Puede actualmente impulsar la revolución adelante quien no comprende el peligro de la teoría del “acuerdo” del pueblo con el zar, sostenida por los elementos de *Osvobozhdenie*, quien califica de victoria la sola “decisión” de convocar la Asamblea Constituyente, quien no se

plantea como tarea la propaganda activa de la idea de que se precisa un gobierno provisional revolucionario, quien deja en las tinieblas la consigna de república democrática? Esa gente, en realidad, *impulsa la revolución atrás*, porque, en el sentido *político-práctico*, se ha detenido al nivel de la posición de los adeptos de “*Osvobozhdenie*”. ¿Qué valor puede tener su aceptación del programa que exige la sustitución de la autocracia por la república, si en la resolución táctica que define las tareas actuales e inmediatas del Partido en el momento revolucionario falta la consigna de la lucha por la república? ¿Pero si es justamente la posición de los adeptos de *Osvobozhdenie*, la posición de la burguesía constitucionalista, la que se caracteriza realmente en la actualidad por el hecho de que la decisión de convocar la Asamblea Constituyente de todo el pueblo es considerada una victoria decisiva, en tanto se guarda prudente silencio sobre el gobierno provisional revolucionario y sobre la república! Para impulsar la revolución *adelante*, este es, más allá del límite hasta donde la empuja la burguesía

monárquica, hay que preconizar activamente, subrayar y colocar en primer plano consignas que *excluyan* la “inconsecuencia” de la democracia burguesa. En el momento actual, estas consignas son *solo dos*: 1) gobierno provisional revolucionario y 2) república, porque la consigna de Asamblea Constituyente de todo el pueblo *ha sido aceptada* por la burguesía monárquica (véase el programa de Unión de Liberación) y ha sido aceptada precisamente para escamotear la revolución, para no permitir la victoria completa de la revolución, para servir a los intereses de una transacción, producto del tira y afloja entre la gran burguesía y el zarismo. Y vemos que, de estas dos consignas, las únicas capaces de impulsar la revolución adelante, la Conferencia ha olvidado por completo la de república y ha equiparado directamente la de gobierno provisional revolucionario a la de Asamblea Constituyente de todo el pueblo, propugnada por *Osvobozhdenie*, ¡¡calificando de «victoria decisiva de la revolución» lo uno y lo otro!!

Sí, tal es el hecho indudable que, estamos persuadidos de ello, servirá de jalón para el

futuro historiador de la socialdemocracia de Rusia. La Conferencia de los socialdemócratas, celebrada en mayo de 1905, adopta una resolución que contiene buenas palabras sobre la necesidad de impulsar la revolución democrática adelante y que, de hecho, la impulsa atrás y no va más allá de las consignas democráticas de la burguesía monárquica.

A los neoiskristas les gusta reprocharnos que pasamos por alto el peligro de dilución del proletariado en la democracia burguesa. Quisiéramos ver quién se atrevería a demostrar este reproche fundándose en el texto de las resoluciones aprobadas por el III Congreso del POSDR. Respondemos a nuestros contradictores: la socialdemocracia, que opera en el terreno de la sociedad burguesa, no puede participar en la política sin marchar, en tal o cual caso, *al lado* de la democracia burguesa. La diferencia entre nosotros y vosotros, en este punto, consiste en que nosotros vamos al lado de la burguesía revolucionaria y republicana sin fundirnos con ella, mientras que vosotros vais al lado de *la burguesía liberal y monárquica*

sin fundiros tampoco con ella. *Así es como están las cosas.*

Vuestras consignas tácticas, dadas en nombre de la Conferencia, *coinciden* con las consignas del Partido “Demócrata Constitucionalista”, esto es, *con las del partido de la burguesía monárquica*, con la particularidad de que esta coincidencia no la habéis advertido, no os habéis dado cuenta de ella, yendo a parar de este modo, de hecho, *a la zaga de las gentes de “Osvobozhdenie”*.

Nuestras consignas tácticas, dadas en nombre del III Congreso del POSDR, coinciden con las consignas de la burguesía democrática revolucionaria y republicana. Esta burguesía y la pequeña burguesía no han formado todavía un gran partido popular en Rusia⁷. Pero solo podrá dudar de la existencia de los elementos del mismo quien no tenga la menor idea de lo que sucede actualmente

⁷ Los socialistas-revolucionarios son más bien un grupo terrorista de intelectuales que embrión de dicho partido, aunque la significación objetiva de la actividad de este grupo se reduce, precisamente, a cumplir las tareas de la burguesía revolucionaria y republicana.

en Rusia. Nos proponemos dirigir (en caso de que la gran revolución rusa se desenvuelva con éxito) no solo al proletariado, organizado por el Partido Socialdemócrata, sino también a esa pequeña burguesía capaz de ir a nuestro lado.

En su resolución, la Conferencia *desciende* inconscientemente al nivel de la burguesía liberal y monárquica. Con su resolución, el Congreso del Partido *eleva* conscientemente a su nivel a los elementos de la democracia revolucionaria capaces de luchar y no andar con trapicheos.

Dichos elementos se encuentran sobre todo entre los campesinos. Sin cometer un gran error, al clasificar los grandes grupos sociales por sus tendencias políticas, podemos identificar a la democracia revolucionaria y republicana con la masa campesina, naturalmente, en el mismo sentido y con las mismas reservas y condiciones sobreentendidas con que se puede identificar a la clase obrera con la socialdemocracia. Podemos, en otros términos, formular asimismo nuestras conclusiones del modo siguiente: la Conferencia,

con sus consignas *políticas de interés para toda la nación*⁸ en el momento revolucionario, *desciende* inconscientemente *al nivel de la masa de los terratenientes*. El Congreso del Partido, con sus consignas políticas de interés para toda la nación, *eleva a la masa campesina al nivel revolucionario*. Al que nos acuse, por esta conclusión, de afición a las paradojas le haremos el siguiente reto: que refute la tesis de que si no tenemos fuerzas para llevar la revolución hasta el fin, si la revolución *termina*, como lo quieren los elementos de *Osvobozhdenie*, en una “victoria decisiva”, en forma únicamente de asamblea representativa convocada por el zar, a la cual solo en tono de burla se podría calificar de constituyente, entonces eso será una revolución con el predominio de los elementos *terratenientes y de la gran burguesía*. Por el contrario, si estamos destinados a pasar por una revolución efectivamente grande, si esta vez la historia no permite un “aborto”, si tenemos fuerzas para llevar la revolución has-

⁸ No hablamos de las consignas campesinas especiales a las que se dedican resoluciones aparte.

ta el fin, hasta la victoria decisiva, no en el sentido que dan a esta palabra las gentes de *Osvobozhdenie* y los neiskristas, eso será una revolución con predominio de elementos campesinos y proletarios.

Quizás algunos vean en el hecho de admitir la idea de tal predominio una renuncia a nuestra convicción del carácter burgués de la revolución próxima. Esto es muy posible si se tiene en cuenta el abuso que se hace de esta noción en *Iskra*. Por ello no estará de más, ni mucho menos, detenerse en esta cuestión.

6. ¿Desde dónde amenaza al proletariado el peligro de verse con las manos atadas en la lucha contra la burguesía inconsecuente?

Los marxistas están absolutamente convencidos del carácter burgués de la revolución rusa. ¿Qué significa esto? Esto significa que las transformaciones democráticas en el régimen político y las transformaciones socioeconómicas, que se han convertido en una

necesidad para Rusia, lejos de implicar de por sí el socavamiento del capitalismo, el socavamiento de la dominación de la burguesía, desbrozarán por primera vez como es debido el terreno para un desarrollo vasto y rápido, europeo y no asiático, del capitalismo; por primera vez harán posible la dominación de la burguesía como clase. Los socialistas-revolucionarios no pueden comprender esta idea porque desconocen el abecé de las leyes del desarrollo de la producción mercantil y capitalista, no ven que ni el éxito completo de la insurrección campesina, ni la redistribución de toda la tierra en beneficio de los campesinos y conforme a sus deseos (“reparto negro” o algo en este sentido) destruirían en lo más mínimo al capitalismo, sino que, por el contrario, darían un impulso a su desenvolvimiento y acelerarían la diferenciación de clase de los campesinos mismos. La incompreensión de esta verdad convierte a los socialistas-revolucionarios en ideólogos inconscientes de la pequeña burguesía. Insistir en esta verdad tiene para la socialdemocracia una importancia inmensa, no solo

en teoría, sino también en política práctica, pues de ello se desprende el carácter obligatorio de la independencia completa de clase del partido del proletariado en el presente movimiento “democrático general”.

Pero de ahí no se desprende, ni mucho menos, que la revolución *democrática* (burguesa por su contenido socioeconómico) no ofrezca *inmenso* interés para el proletariado. De ahí no se desprende, ni mucho menos, que la revolución democrática no se pueda producir tanto en forma ventajosa, sobre todo para el gran capitalista, para el magnate financiero, para el terrateniente “ilustrado”, como en forma ventajosa para el campesino y para el obrero.

Los neoiskristas interpretan de un modo cardinalmente erróneo el sentido y la trascendencia de la categoría “revolución burguesa”. En sus razonamientos se transluce que la revolución burguesa es una revolución que puede dar únicamente lo que beneficia a la burguesía. Y, sin embargo, nada hay más erróneo que esta idea. La revolución burguesa es una revolución que no re-

basa el marco del régimen socioeconómico burgués, esto es, capitalista. La revolución burguesa expresa las necesidades del desarrollo del capitalismo no solo sin destruir sus bases, sino, al contrario, ensanchándolas y profundizándolas. Por tanto, lejos de expresar solo los intereses de la clase obrera, esta revolución expresa también los de toda la burguesía. Por cuanto la dominación de la burguesía sobre la clase obrera es inevitable en el capitalismo, puede afirmarse con pleno derecho que la revolución burguesa expresa los intereses no tanto del proletariado como de la burguesía. Pero es completamente absurda la idea de que la revolución burguesa no expresa en lo más mínimo los intereses del proletariado. Esta idea absurda se reduce bien a la ancestral teoría populista de que la revolución burguesa se halla en pugna con los intereses del proletariado, de que no tenemos necesidad, por este motivo, de libertad política burguesa, bien al anarquismo, que niega toda participación del proletariado en la política burguesa, en la revolución burguesa, en el parlamentarismo burgués. En

el aspecto teórico, esta idea es un olvido de las tesis elementales del marxismo sobre la inevitabilidad del desarrollo del capitalismo en el terreno de la producción mercantil. El marxismo enseña que una sociedad fundada en la producción mercantil y que tiene establecido el intercambio con las naciones capitalistas civilizadas, al llegar a un cierto grado de desarrollo, entra inevitablemente por sí sola en la senda del capitalismo. El marxismo ha roto para siempre con las lucubraciones de los populistas y anarquistas, según las cuales Rusia, por ejemplo, podría eludir el desarrollo capitalista, saltar del capitalismo, o por encima de él, de alguna otra manera que no fuese la lucha de clases en el terreno y en los límites de ese mismo capitalismo.

Todas estas tesis del marxismo han sido demostradas y repetidas con lujo de pormenores, tanto en general como en concreto, aplicadas a Rusia. Y de estas tesis se deduce que es una idea *reaccionaria* buscar la salvación de la clase obrera en algo que no sea un desarrollo mayor del capitalismo. En países como Rusia, la clase obrera no sufre tanto a

causa del capitalismo como de la insuficiencia de desarrollo del capitalismo. Por eso, la clase obrera *está absolutamente interesada* en el desarrollo más vasto, más libre, más rápido del capitalismo. Es *beneficiosa* por completo para la clase obrera la supresión de todas las reminiscencias del pasado que entorpecen el desarrollo amplio, libre y rápido del capitalismo. La revolución burguesa es, precisamente, la revolución que barre del modo más resuelto los restos de lo antiguo, las supervivencias del feudalismo (a las cuales pertenecen no solo la autocracia, sino también la monarquía) y que garantiza por completo el desarrollo más amplio, libre y rápido del capitalismo.

Por eso, la revolución *burguesa es beneficiosa en extremo para el proletariado*. La revolución burguesa es *absolutamente* necesaria para los intereses del proletariado. Cuanto más profunda, decidida y consecuente sea la revolución burguesa, tanto más garantizada se hallará la lucha del proletariado por el socialismo contra la burguesía. Esta conclusión puede parecer nueva o extraña,

paradójica, únicamente a los que ignoran el abecé del socialismo científico. Y de esta conclusión, dicho sea de paso, se desprende asimismo la tesis de que, *en cierto sentido*, la revolución burguesa es *más beneficiosa* para el proletariado que para la burguesía. He aquí, justamente, en qué sentido es indiscutible esta tesis: a la burguesía le conviene apoyarse en algunas supervivencias del pasado contra el proletariado, por ejemplo, en la monarquía, en el ejército permanente, etc. A la burguesía le conviene que la revolución burguesa no barra con demasiada resolución todas las supervivencias del pasado, sino que deje en pie algunas de ellas; es decir, que esta revolución no sea del todo consecuente, que no se lleve hasta el fin, que no sea decidida e implacable. Los socialdemócratas expresan a menudo esta idea de un modo algo distinto, diciendo que la burguesía se traiciona a sí misma, que la burguesía traiciona la causa de la libertad, que la burguesía es incapaz de una democracia consecuente. A la burguesía le conviene más que los cambios necesarios en un sentido democrático burgués se pro-

duzcan con mayor lentitud, de manera más paulatina y cautelosa, de un modo menos resuelto, mediante reformas y no mediante la revolución, que estos cambios sean lo más prudentes posible con respecto a las “honorables” instituciones de la época de la servidumbre (tales como la monarquía), que estos cambios desarrollen lo menos posible la acción independiente, la iniciativa y la energía revolucionarias del pueblo sencillo, es decir, de los campesinos y principalmente de los obreros, pues de otro modo a estos últimos les será tanto más fácil “cambiar de hombro el fusil”, como dicen los franceses, es decir, dirigir contra la propia burguesía el arma que ponga en sus manos la revolución burguesa, la libertad que ésta les dé, las instituciones democráticas que broten en el terreno desbrozado de la servidumbre.

Por el contrario, a la clase obrera le conviene más que los cambios necesarios en un sentido democrático burgués se introduzcan precisamente no mediante reformas, sino por la vía revolucionaria, pues el camino reformista es el camino de las dilaciones, de

los aplazamientos; de la muerte dolorosa y lenta de los miembros en putrefacción del organismo nacional, y los que más y primordialmente sufren a causa de este proceso de muerte lenta son el proletariado y los campesinos. El camino revolucionario es el de la operación, rápida, la menos dolorosa para el proletariado: la amputación directa de los miembros que se pudren; es el camino de las mínimas concesiones y miramientos con respecto a la monarquía y a sus instituciones repelentes, ignominiosas y putrefactas, que contaminan la atmósfera con su descomposición.

He ahí por qué nuestra prensa liberal burguesa deplora, y no solo por salvarse de la censura, por miedo al poder de los potentados, la posibilidad de un camino revolucionario, teme la revolución, asusta al zar con la revolución, se preocupa de evitar la revolución, se humilla y prosterna servil en aras de reformas mezquinas como base del camino reformista. Sostienen este punto de vista no solo *Russkie Viédomost*^{xx}, *Sin Otéchestva*^{xxi}, *Nasha Zhizn*^{xxii} Y *Nashi Dni*^{xxiii}, sino también

la ilegal y libre *Osvobozhdenie*. La situación misma de la burguesía, como clase en la sociedad capitalista, es la causa ineludible de su inconsecuencia en la revolución democrática. La situación misma del proletariado, como clase, le obliga a ser demócrata consecuente. Temerosa del progreso democrático, que amenaza con el fortalecimiento del proletariado, la burguesía vuelve la vista atrás. El proletariado no tiene nada que perder, más que sus cadenas; tiene, en cambio, un mundo que ganar mediante la democracia^{xxiv}. Por eso, cuanto más consecuente es la revolución burguesa en sus transformaciones democráticas, menos se limita a lo que beneficia exclusivamente a la burguesía. Cuanto más consecuente es la revolución burguesa, tanto más garantiza las ventajas del proletariado y de los campesinos en la revolución democrática.

El marxismo no enseña al proletario a quedarse al margen de la revolución burguesa, a no participar en ella, a entregar su dirección a la burguesía; por el contrario, le enseña a participar en ella del modo más enérgico y

a luchar con la mayor decisión por la democracia proletaria consecuente, por llevar la revolución hasta el fin. No podemos salirnos del marco democrático burgués de la revolución rusa, pero podemos ensanchar en proporciones colosales dicho marco, podemos y debemos, dentro de los límites del mismo, luchar por los intereses del proletariado, por satisfacer sus necesidades inmediatas y por crear las condiciones indispensables para la preparación de sus fuerzas para la futura victoria completa. Hay democracia burguesa y democracia burguesa. El monárquico del zemstvo^{xxv}, partidario de una cámara alta, que “reclama” el sufragio universal y llega a la chita callando a un compromiso con el zarismo para obtener una Constitución enteca es un demócrata burgués. El campesino que se alza con las armas en la mano contra los terratenientes y los funcionarios y, por “republicanismo ingenuo”, propone “echar al zar”, es también un demócrata burgués. Hay regímenes democráticos burgueses como el de Alemania y como el de Inglaterra; como el de Austria y como el de Norteamérica o

el de Suiza. Bueno sería el marxista a quien se le escapara, en la época de la revolución democrática, esta diferencia entre los grados de democracia y entre el diferente carácter de tal o cual forma de la misma y se limitara a “discurrir con gran ingenio” a propósito de que, a pesar de todo, esto es una “revolución burguesa”, es fruto de una “revolución burguesa”.

Pues bien, nuestros neoiskristas son precisamente unos sabiondos de este jaez que se vanaglorian de su miopía. Los neoiskristas se limitan precisamente a razonar en torno al carácter burgués de la revolución, cuando lo que se precisa es saber diferenciar la democracia burguesa republicana y revolucionaria de la monárquica y liberal, sin hablar ya de la diferencia existente entre la democracia burguesa inconsecuente y la democracia proletaria consecuente. Se contentan –como si se hubieran convertido verdaderamente en “hombres enfundados”^{xxvi} – con disquisiciones melancólicas sobre el “proceso de lucha recíproca entre las clases antagónicas”, cuando de lo que se trata es de dar *una direc-*

ción democrática a la revolución actual, de subrayar las consignas *democráticas de vanguardia* para distinguirlas de las consignas traidoras del señor Struve y Cía., de indicar de un modo directo y tajante las tareas inmediatas de la lucha verdaderamente revolucionaria del proletariado y de los campesinos, a diferencia del tira y afloja liberal de los latifundistas y fabricantes. En esto consiste ahora, señores, el fondo de la cuestión que se les ha escapado: ¿en que nuestra revolución se vea coronada por una verdadera y grandiosa victoria o tan solo por una transacción mezquina; en que llegue hasta la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos o que “agote sus fuerzas” en una Constitución liberal a lo Shípov!

A primera vista puede parecer que, al plantear esta cuestión, nos apartamos totalmente de nuestro tema. Pero solo a primera vista. En realidad, es precisamente en esta cuestión donde se halla la raíz de la divergencia de principio que se ha perfilado ya por completo entre la táctica socialdemócrata del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de

Rusia y la táctica fijada en la Conferencia de los neiskristas. Estos últimos han dado ya ahora tres pasos atrás, y no dos, resucitando los errores del “economismo” al resolver las cuestiones de la táctica de un partido obrero, cuestiones incomparablemente más complejas, más importantes y más vitales para él, en el momento de la revolución. He aquí por qué es necesario detenernos con toda atención en el examen del problema planteado.

En la parte de la resolución de los neiskristas reproducida por nosotros se indica el peligro de que la socialdemocracia se ate las manos en la lucha contra la política inconsecuente de la burguesía, de que se diluya en la democracia burguesa. La idea de este peligro está presente en todas las publicaciones específicamente neiskristas y constituye el verdadero eje de toda la posición de principio en la escisión de nuestro Partido (desde que los elementos de intriga mezquina en esta escisión han quedado relegados por completo a último término ante los elementos de viraje hacia el “economismo”). Reconocemos asimismo sin ambages que este peligro existe

realmente, que es ahora mismo cuando, en el apogeo de la revolución rusa, este peligro ha tomado un carácter de particular seriedad. A todos nosotros, los teóricos o publicistas de la socialdemocracia, y yo preferiría incluirme entre los segundos, nos incumbe la tarea inaplazable y de extraordinaria responsabilidad de analizar *desde qué lado* amenaza realmente este peligro. Pues el origen de nuestra divergencia no está en el debate a propósito de si existe o no dicho peligro, sino en el de saber si proviene del llamado seguidismo de la “minoría” o del llamado revolucionarismo de la “mayoría”.

Para evitar interpretaciones erróneas y malentendidos consignemos, ante todo, que el peligro de que hablamos no reside en el aspecto subjetivo de la cuestión, sino en el objetivo, no en la posición formal que la socialdemocracia ocupe en la lucha, sino en el desenlace material de toda la lucha revolucionaria presente. La cuestión no consiste en saber si tales o cuales grupos socialdemócratas querrán diluirse en la democracia burguesa, de si se darán cuenta de que se diluyen; de esto huel-

ga hablar. Ni sospechamos que abrigue tal deseo ningún socialdemócrata; por lo demás, no se trata aquí de deseos, ni mucho menos. La cuestión tampoco estriba en saber si tales o cuales grupos socialdemócratas conservarán su autonomía formal, su fisonomía propia, su independencia de la democracia burguesa en todo el transcurso de la revolución. No solo pueden dichos grupos proclamar esa “independencia”, sino también mantenerla formalmente y, sin embargo, *las cosas pueden suceder de manera* que se vean con las manos atadas en la lucha contra la inconsecuencia de la burguesía. El resultado político definitivo de la revolución puede ser que, “a pesar de la “independencia” formal, a pesar de que la socialdemocracia conserve plenamente su fisonomía propia como organización, como partido, no sea independiente de hecho, no se halle con fuerzas para imprimir a la marcha de los acontecimientos el sello de su independencia proletaria, se sienta tan débil que, en suma, en fin de cuentas, en el balance definitivo, su “dilución” en la democracia burguesa sea, a pesar de todo, un hecho histórico.

En eso consiste el peligro real. Veamos ahora desde qué lado nos amenaza: ¿desde el de la desviación de la socialdemocracia hacia la derecha, personificada por la nueva *Iskra*, como creemos nosotros, o desde el de la desviación de la misma hacia la izquierda, personificada por la “mayoría”, por *Vperiod*, etc., como creen los neoiskristas?

Como hemos indicado, la solución de este problema está determinada por la combinación objetiva de la acción de las distintas fuerzas sociales. El carácter de estas fuerzas viene determinado en teoría por el análisis marxista de la realidad rusa y, en la práctica de hoy día, por las acciones manifiestas de los grupos y las clases en la marcha de la revolución. Ahora bien, todo el análisis teórico, hecho por los marxistas mucho antes de la época que estamos atravesando, y todas las observaciones prácticas sobre el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios nos muestran que son posibles, desde el punto de vista de las condiciones objetivas, dos rumbos y dos desenlaces de la revolución en Rusia. La transformación del régimen eco-

nómico y político de Rusia en el sentido democrático burgués es inevitable e irrefutable. No hay fuerza en el mundo capaz de impedir esta transformación. Pero la combinación del empuje de las fuerzas en presencia, creadoras de esta transformación, puede tener un desenlace en dos sentidos o dar dos formas de transformación. Una de dos: 1) o las cosas terminan en “la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo”, o 2) no habrá fuerzas suficientes para la victoria decisiva, y las cosas acabarán en un arreglo entre el zarismo y los elementos más “inconsecuentes” y “egoístas” de la burguesía. Toda la variedad infinita de detalles y combinaciones, que nadie puede prever, se reducen, en suma, justamente a uno de estos dos resultados.

Analícemos ahora estos resultados: primero, desde el punto de vista de su trascendencia social y, después, desde el punto de vista de la situación de la socialdemocracia (de su “dilución” o de que se vea con las “manos atadas”) en uno y en otro caso.

¿Qué es «la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo»? Hemos

visto ya que, al emplear esta expresión, los neoiskristas no la comprenden ni aun en su sentido político inmediato. Menos todavía se advierte que comprendan el contenido de clase de este concepto. Pues nosotros, los marxistas, en ningún caso debemos dejarnos seducir por *las palabras* “revolución” o “gran revolución rusa”, como ahora se dejan seducir por ellas muchos demócratas revolucionarios (por el estilo de Gapón). Debemos tener una idea exacta de las fuerzas reales de la sociedad que se enfrentan con el “zarismo” (fuerza completamente real y comprensible para todos) y que son capaces de obtener “la victoria decisiva” sobre él. Esas fuerzas no pueden ser la gran burguesía, ni los terratenientes, ni los fabricantes, ni la “sociedad” que sigue a los de *Osvobozhdenie*. Vemos que ni siquiera desean una victoria decisiva. Sabemos que son incapaces, por su posición de clase, de una lucha resuelta contra el zarismo: para ir a una lucha decidida, la propiedad privada, el capital y la tierra son un lastre que pesa demasiado. Esas gentes tienen excesiva necesidad del

zarismo, de las fuerzas policíaco– burocráticas y militares del zarismo, contra el proletariado y los campesinos, para que puedan aspirar a destruirlo. La fuerza capaz de obtener “la victoria decisiva sobre el zarismo” no puede ser **más** que *el pueblo*, es decir, el proletariado y los campesinos, si se toman las grandes fuerzas fundamentales, distribuyendo a la pequeña burguesía rural y urbana (que también es “pueblo”) entre el uno y los otros. “La victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo” es *la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos*. Nuestros neoisristas no podrán eludir esta conclusión, indicada hace ya tiempo por *Vperiod*. Nadie más podrá obtener la victoria decisiva sobre el zarismo.

Y esa victoria será precisamente una dictadura: es decir, deberá apoyarse inevitablemente en la fuerza de las armas, en las masas armadas, en la insurrección, y no en tales o cuales instituciones creadas “por la vía legal”, “por la vía pacífica”. Podrá ser solo una dictadura porque la implantación de los cambios inmediata y absolutamente ne-

cesarios para el proletariado y los campesinos provocará la resistencia desesperada de los terratenientes, de la gran burguesía y del zarismo. Sin dictadura será imposible aplastar esta resistencia, rechazar, las intentonas contrarrevolucionarias. Pero no será, naturalmente, una dictadura socialista, sino una dictadura democrática. Esta dictadura no podrá tocar (sin pasar por toda una serie de grados intermedios de desarrollo revolucionario) las bases del capitalismo. En el mejor de los casos, podrá llevar a cabo una redistribución radical de la propiedad de la tierra a favor de los campesinos, implantar una democracia consecuente y completa hasta llegar a la república, extirpar no solo de la vida del campo, sino también del régimen fabril, todos los rasgos asiáticos y de servidumbre, iniciar una mejora seria de la situación de los obreros, elevar el nivel de vida de estos y, finalmente, *last but not least*⁹, hacer que la hoguera de la revolución prenda en Europa. Semejante victoria no convertirá aún, ni mucho menos, nuestra revolución burguesa

⁹ Último por el orden, pero no por su importancia.

en socialista; propiamente la revolución democrática no rebasará el marco de las relaciones socioeconómicas burguesas; pero, no obstante, tendrá una importancia gigantesca para el desarrollo futuro de Rusia y del mundo entero. Nada elevará a tal altura la energía revolucionaria del proletariado mundial, nada acortará tanto el camino que conduce a su victoria total como esta victoria decisiva de la revolución que se ha iniciado en Rusia.

Hasta qué punto es probable esa victoria es ya harina de otro costal. En modo alguno somos propensos al optimismo insensato a este respecto; no olvidamos, ni mucho menos, las enormes dificultades de esta tarea; pero, al ir a la lucha, debemos desear la victoria y saber indicar el verdadero camino que conduce a ella. Las tendencias capaces de conducir a esta victoria existen sin discusión. Es verdad que nuestra influencia, la influencia de los socialdemócratas sobre las masas del proletariado, aún insuficiente en sumo grado; el influjo revolucionario sobre las masas campesinas es muy insignificante: la dispersión del escaso desarrollo, la ig-

norancia del proletariado y, sobre todo, de los campesinos son aún demasiado grandes. Pero la revolución cohesiona e instruye con rapidez. Cada paso en el desarrollo de la misma despierta a las masas y las atrae con una fuerza irresistible precisamente hacia el programa revolucionario, único que expresa de modo consecuente y completo sus verdaderos intereses, sus intereses vitales.

Una ley de la mecánica dice que la acción equivale a la reacción. En la historia, la fuerza destructora de la revolución depende, asimismo, y no poco, de la fuerza y de la duración del período de aplastamiento de las aspiraciones de libertad y de la profundidad que alcance la contradicción entre la “superestructura” antediluviana y las fuerzas vivas de la época actual. La situación política internacional va siendo asimismo en muchos sentidos la más ventajosa para la revolución rusa. La insurrección de los obreros y los campesinos ha empezado ya; se halla dispersa, es espontánea, débil, pero demuestra de un modo indiscutible y absoluto la existencia de fuerzas capaces de ir

a una lucha enérgica y hacia una victoria decisiva.

Si estas fuerzas resultan insuficientes, el zarismo podrá concertar la transacción que están preparando ya, de una parte, los señores Buliguin y, de otra, los señores Struve. Entonces las cosas terminarán en una Constitución enteca o incluso, en el peor de los casos, en una parodia de la misma. Esto será también una “revolución burguesa”, pero abortada, será un abortón, un engendro monstruoso. La socialdemocracia no se hace ilusiones, conoce la naturaleza traicionera de la burguesía, no se desalentará ni abandonará su labor tenaz, paciente y firme, para dar al proletariado una educación de clase incluso en los días más encapotados de bienandanza burguesa constitucional “a lo Shípov”. Este desenlace se parecería más o menos al de casi todas las revoluciones democráticas de Europa a lo largo del siglo XIX y, en tal caso, el desarrollo nuestro Partido seguiría una senda difícil, tortuosa prolongada, pero conocida y trillada.

Ahora cabe preguntar: ¿en cuál de estas dos salidas posibles se vería la socialdemocracia en la práctica con las manos atadas frente a la burguesía inconsecuente y egoísta? ¿Se vería de hecho “diluida” o casi diluida en la democracia burguesa?

Basta con formular de un modo claro esta pregunta para contestarla en seguida y sin titubeos.

Si la burguesía consigue frustrar la revolución rusa mediante un arreglo con el zarismo, la socialdemocracia se verá en la práctica precisamente atada de manos frente a la burguesía inconsecuente, la socialdemocracia se verá “diluida” en la democracia burguesa en el sentido de que el proletariado no conseguirá imprimir su clara impronta a la revolución, no conseguirá ajustar las cuentas al zarismo a la manera proletaria o, como decía en su tiempo Marx, “a la manera plebeya”.

Si se consigue una victoria decisiva en la revolución, ajustaremos las cuentas al zarismo a la manera jacobina o, si queréis, plebeya. “Todo el terrorismo francés –escribía Marx en 1848, en la famosa *Nueva Gaceta*

del Rin— no fue sino un procedimiento plebeyo para ajustar las cuentas a los enemigos de la burguesía: al absolutismo, al feudalismo y al filisteísmo” (véase *Marx’ Nachlass*, edición de Mehring, tomo III, pág. 211). ¿Han pensado alguna vez en el sentido de estas palabras de Marx quienes intimidan a los obreros socialdemócratas rusos con el espantajo del “jacobinismo” en la época de la revolución democrática?

Los girondinos^{xxvii} de la socialdemocracia rusa actual, los neiskristas, no se funden con los elementos de *Osvobozhdenie*, pero, como consecuencia del carácter de sus consignas, marchan efectivamente a la zaga de los mismos. Y los elementos de *Osvobozhdenie*, esto es, los representantes de la burguesía liberal, quieren ajustar las cuentas a la autocracia con suavidad, a la manera reformista, haciendo concesiones, sin ofender ni a la aristocracia ni a la nobleza, ni aja corte, con cautela, sin romper nada con amabilidad y cortesía, como caballeros, poniéndose guantes blancos (como los que se puso, quitándoselos de las manos a un bachibozuk^{xxviii},

el señor Petrunkévich en la recepción dada a los “representantes del pueblo” (?) por Nicolás el Sanguinario^{xxix}.

Con sus consignas, los jacobinos de la socialdemocracia moderna –bolcheviques, partidarios de *Vperiod*, congresistas o partidarios de *Proletari*^{xxx}, no sé ya cómo denominarlos– quieren elevar a la pequeña burguesía revolucionaria y republicana sobre todo a los campesinos, al nivel de la democracia consecuente del proletariado, el cual conserva íntegramente su propia fisonomía de clase. Quieren que el pueblo, es decir, el proletariado y los campesinos, ajuste las cuentas a la monarquía y a la aristocracia “a la manera plebeya”, aniquilando implacablemente a los enemigos de la libertad, aplastando por la fuerza su resistencia, sin hacer ninguna concesión a la herencia maldita de la servidumbre, del asiatismo, del escarnio del hombre.

Esto en modo alguno significa que queramos sin falta imitar a los jacobinos de 1793, adoptar sus concepciones, su programa, sus consignas, sus métodos de acción. Nada de

eso. Tenemos un programa nuevo, y no viejo: el programa mínimo del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Tenemos una consigna nueva: la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos. Tendremos también, si vivimos hasta la victoria auténtica de la revolución, nuevos métodos de obrar que corresponderán al carácter y a los fines del partido de la clase obrera, partido que aspira a la revolución socialista completa. Con nuestra comparación no queremos sino aclarar que los representantes de la clase avanzada del siglo XX, del proletariado, esto es, los socialdemócratas, se dividen asimismo en las dos alas (oportunistas y revolucionaria) en que se dividían también los representantes de la clase avanzada del siglo XVIII, la burguesía, esto es, girondinos y jacobinos.

Solo en el caso de que triunfe por completo la revolución democrática se verá el proletariado con las manos sueltas en la lucha contra la burguesía inconsecuente; solo en este caso no se “diluirá” en la democracia burguesa, sino que imprimirá a toda la revo-

lución su impronta proletaria o, siendo más exactos, la impronta proletaria y campesina.

En pocas palabras: si no quiere verse con las manos atadas en la lucha contra la democracia burguesa inconsecuente, el proletariado debe ser lo suficiente consciente y fuerte para elevar hasta la conciencia revolucionaria a los campesinos, para dirigir la acometida de estos, para plasmar así de un modo independiente la democracia consecuentemente proletaria.

Así está planteada la cuestión, resuelta con tan poca fortuna por los neoiskristas, del peligro de vernos atados de manos en la lucha contra la burguesía inconsecuente. La burguesía será siempre inconsecuente. No hay nada más cándido y estéril que los intentos de exponer las condiciones o puntos¹⁰ cuyo cumplimiento permitiría considerar a la democracia burguesa amiga sincera del pueblo.

¹⁰ Como los de Starover en su resolución [se trata de la resolución de A. N. Potréssov (Starover) sobre la actitud hacia los liberales adoptada en el II Congreso del POSDR. Nota de los editores rusos], anulada por el III Congreso, y como los de la Conferencia en una resolución no menos desafortunada.

Solo el proletariado puede ser un luchador consecuente por la democracia. Pero puede ganar la batalla por la democracia solo a condición de que las masas campesinas se unan a su lucha revolucionaria. Si al proletariado no le alcanzan las fuerzas para ello, la burguesía se pondrá al frente de la revolución democrática e imprimirá a la misma un carácter inconsecuente e interesado. No hay otro medio de impedirlo que la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos.

Así pues, llegamos a la conclusión indudable de que es precisamente la táctica neois-krista la que, por su significación objetiva, *hace el juego a la democracia burguesa*. La prédica de la imprecisión orgánica, que llega hasta los plebiscitos, hasta la transacción erigida en principio, que llega a separar del Partido las publicaciones del Partido; el minimizar las tareas de la insurrección armada; el confundir las consignas políticas populares del proletariado revolucionario con las de la burguesía monárquica; el adulterar las condiciones de “la victoria decisiva de la revolución

sobre el zarismo”: todo esto tiene precisamente por resultado la política del seguidismo en los momentos revolucionarios que desorienta y desorganiza al proletariado, lleva la confusión a su conciencia y aminora la táctica de la socialdemocracia, en vez de indicar el único camino de la victoria y agrupar en torno a la consigna del proletariado a todos los elementos revolucionarios y republicanos del pueblo.

.....

Para confirmar esta conclusión, a la que hemos llegado analizando la resolución, abordaremos este mismo problema desde otros aspectos. Veamos primero de qué manera un menchevique cándido y sincero ilustra la táctica neoiskrista en el periódico georgiano *Sotsial-Demokrat*. Segundo, veamos quién recurre de hecho, en la actual situación política, a las consignas de la nueva *Iskra*.

7. La táctica de “retirar a los conservadores del gobierno”

El artículo arriba mencionado, publicado en el órgano del “Comité” menchevique de Ti-

flís (*Sotsial-Demokrat*, núm. 1) se titula *El Zemski Sobor y nuestra táctica*. Su autor no ha olvidado aún del todo nuestro programa; lanza la consigna de república, pero razona sobre táctica de la siguiente manera:

“Para conseguir este objetivo (la república) se pueden indicar dos caminos: no prestar atención alguna al Zemski Sobor que el gobierno convoca, derrotar a este a mano armada, formar un gobierno revolucionario y convocar la Asamblea Constituyente o declarar el Zemski Sobor centro de nuestra acción, presionando con la fuerza de las armas en sus componentes y en su actividad y obligarle, a declararse Asamblea Constituyente o a convocar la Asamblea Constituyente por su conducto. Estas dos tácticas se diferencian con meridiana claridad la una de la otra. Veamos, pues, cuál de” las dos es más ventajosa para nosotros”.

He ahí cómo los neiskristas rusos exponen las ideas plasmadas luego en la resolución examinada por nosotros. Obsérvese que eso fue escrito antes de Tsushima^{xxxix}, cuando el

“proyecto” de Buliguin aún no había salido a la luz. Hasta los liberales perdían la paciencia y expresaban su desconfianza en las columnas de la prensa legal, en tanto que un socialdemócrata neoiskrista resultó ser más confiado que los liberales. Declaró que “se estaba convocando” el Zemski Sobor y creía en el zar hasta el punto de proponer que se hiciera de este Zemski Sobor (o quizás de una “Duma de Estado” o de un “Sobor legislativo consultivo”), inexistente aún, el centro de nuestra acción. Más franco y más ingenuo que los autores de la resolución adoptada en la Conferencia, nuestro ciudadano de Tiflís no consideraba equivalentes las dos “tácticas” (expuestas por él con un candor inimitable), sino que declaró más “ventajosa” la segunda. Escuchen:

“Táctica primera. Como sabrán, la revolución que se avecina es una revolución burguesa, es decir, está dirigida a lograr un cambio del régimen actual en el cual (cambio) está interesado no solo el proletariado, sino también toda la sociedad burguesa. Todas las clases, incluso los capitalistas

mismos, se oponen al gobierno. El proletariado en lucha y la burguesía en lucha van, en cierto sentido, juntos y atacan juntos al absolutismo desde diversos lados. El gobierno está aislado por completo y privado de la simpatía de la sociedad. Por eso es muy fácil destruirlo¹¹. No todo el proletariado de Rusia es aún consciente ni está tan organizado como para poder hacer él solo la revolución. Y si pudiera hacerla, no haría una revolución burguesa, sino proletaria (socialista). Por tanto, nos interesa que el gobierno se quede sin aliados, que no pueda desunir a la oposición, que no se gane a la burguesía y deje así aislado al proletariado...”

¡De manera que va en beneficio del proletariado que el gobierno zarista no pueda separar a la burguesía del proletariado! ¿No se llamará por error *Sotsial-Demokrat* en vez de *Osvobozhdenie* el órgano georgiano? ¡Miren qué inimitable filosofía de la

¹¹ Siguen a la palabra “destruirlo” en el manuscrito dos signos de interrogación entre paréntesis incluidos por Lenin en la cita y luego tachados. – *Ed.*

revolución democrática! ¿No vemos nosotros aquí, con nuestros propios ojos, al pobre ciudadano de Tiflís, desorientado totalmente por la pedante interpretación seguidista del concepto de “revolución burguesa”? Examina la cuestión del posible aislamiento del proletariado en la revolución democrática y *se olvida...* se olvida de una minucia... ¿de los campesinos! Entre los posibles aliados del Proletariado, él conoce y encuentra de su agrado a los terratenientes de los zemstvos, pero no sabe nada de los campesinos. ¡Y esto en el Cáucaso! Pues bien, ¿no teníais razón nosotros cuando decíamos que, con sus disquisiciones, la nueva *Iskra* desciende al nivel de la burguesía monárquica en vez de elevar al suyo, como aliados, a los campesinos revolucionarios?

“...En caso contrario, la derrota del proletariado y la victoria del gobierno son inevitables. Y precisamente a esto es a lo que tiende la autocracia. No cabe duda de que ésta se ganará en su Zemski Sobor a los representantes de la nobleza, de los zemstvos, de la administración urbana, de las

universidades y demás instituciones burguesas¹². Se esforzará en ganárselos con pequeñas concesiones y, de esta manera, conciliarlos con ella. Reforzada de este modo, dirigirá todos sus golpes contra el pueblo obrero, que quedará aislado. Estamos en el deber de impedir un desenlace tan desdichado. Pero ¿acaso se puede hacer esto por el primer camino? Supongamos que no hemos prestado ninguna atención al Zemski Sobor, sino que hemos empezado a prepararnos nosotros mismos para la insurrección y un buen día salimos armados a la calle, dispuestos a luchar. Y he aquí que, en lugar de topar con un solo enemigo, topamos con dos: el gobierno y el Zemski Sobor. Mientras nosotros nos preparábamos, a ellos les dio tiempo de

12 Luego en el manuscrito sigue un texto tachado por Lenin: “¡La nobleza, las universidades y demás instituciones burguesas! ¡Hay que volver a *Rabóchaya Misl* para dar con un marxismo tan inmaculado y vulgar!”-Ed. “*Rabóchaya Misl*” (El Pensamiento Obrero): periódico, órgano de los “economistas” (véase la nota 7), salía en 1897-1902, primero en Rusia y, luego, en el extranjero. [Nota de los editores rusos]

entenderse¹³, de llegar a una componenda, de redactar una Constitución ventajosa para ellos y de repartirse el poder. Esta es una táctica directamente beneficiosa para el gobierno, y nosotros debemos renunciar a ella de la manera más enérgica...”

¡Eso es hablar con franqueza! ¡Hay que renunciar con energía a la «táctica» de preparar la insurrección porque, «mientras tanto», el gobierno llegará a una componenda con la burguesía! ¿Sería posible encontrar en las viejas publicaciones del más inveterado “economismo” algo parecido a esa difamación de la socialdemocracia revolucionaria? Las insurrecciones y las revueltas obreras y campesinas que estallan aquí y allá son hechos reales. El Zemski Sobor es una promesa de Buliguin. Y el *Sotsial-Demokrat* de la ciudad de Tiflís decide renunciar a la táctica de preparar la insurrección y esperar que se instituya el “centro de acción”, el Zemski Sobor...

¹³ En el manuscrito sigue un texto tachado por Lenin: “¡Qué jacobinismo! ¡‘Prepararse’ para la insurrección!”-Ed.

“...La segunda táctica, por el contrario, consiste en colocar al Zemski Sobor bajo nuestra vigilancia, en impedir que haga lo que quiera¹⁴ y que llegue a una componenda con el gobierno¹⁵.

“Nosotros sostendremos al Zemski Sobor siempre que luche contra la autocracia y lo combatiremos en los casos en que se concilie con ella. Por una intervención enérgica y por la fuerza, desuniremos a los diputados¹⁶, atraeremos a nuestro lado a los radicales¹⁷, retiraremos del gobierno a los conservadores y, de esa manera, colocare-

¹⁴ Luego en el manuscrito sigue un texto tachado de Lenin: “¡vaya! ¡qué rrevolucionarismo!” – *Ed.*

¹⁵ ¿Qué medios hay para impedir que hagan su voluntad las gentes de los zemstvos? ¿No será un papel de tornasol especial?

¹⁶ ¡Vaya por Dios! ¡Ahí tenéis la táctica “profundizada”! No hay fuerzas para luchar en la calle, pero se puede “desunir a los diputados” por “la fuerza”. Escuche, camarada de Tiflís, se puede mentir, pero hasta cierto punto...

¹⁷ Luego en el manuscrito sigue un texto tachado de Lenin: “¡pobre Struve! ¡Tiene fama de radical! Qué suerte la de ser adherido por la fuerza a los de nueva Iskra...” – *Ed.*

mos a todo¹⁸ el Zemski Sobor en el camino revolucionario. Gracias a esta táctica, el gobierno quedará aislado permanentemente, la oposición¹⁹ será fuerte y, con ello, se facilitará la implantación de un régimen democrático”.

¡Sí! ¡Sí! Que nos digan ahora que exageramos el viraje de los neiskristas hacia la más vulgar variedad de «economismo». Esto es ya exactamente igual que los famosos polvos contra las moscas: se atrapa la mosca, se la espolvorea, y ella muere. Desunir *por la fuerza* a los diputados del Zemski Sobor, “retirar a los conservadores del gobierno”, y *todo* el Zemski Sobor emprenderá *el camino revolucionario*... Todo eso, sin ninguna clase de insurrección armada “jacobina”, con mucha nobleza, casi a la manera parlamentaria, “presionando” sobre *los miembros del Zemski Sobor*.

¹⁸ En el manuscrito siguen luego unas palabras de Lenin tachadas: “¡Oigan! ¡Oigan!” – *Ed.*

¹⁹ En el manuscrito siguen luego unas palabras tachadas de Lenin: “¿Sin conservadores ‘apartados’?” – *Ed.*

¡Pobre Rusia! Se ha dicho de ella que lleva siempre los sombreros pasados de moda y desechados en Europa. Nosotros aún no tenemos Parlamento, ni siquiera lo ha prometido Buliguin; pero cretinismo parlamentario^{xxxii} hay todo el que se quiera.

“... ¿Cómo debe producirse esta intervención? Ante todo, exigiremos que el Zemski Sobor sea convocado mediante el sufragio universal, igual, directo y secreto. Con la publicación²⁰ de este procedimiento electoral, la ley²¹ debe garantizar la completa libertad de agitación electoral, es decir, la libertad de reunión, de palabra, de prensa, la inviolabilidad de electores y elegidos y la liberación de todos los presos políticos. Se debe fijar la fecha de las elecciones con la máxima antelación posible a fin de que haya tiempo suficiente para informar y preparar al pueblo. Y puesto que la elaboración del reglamento de convocatoria del Sobor ha sido encargada a una comisión presidida por el ministro del Interior, Buliguin, de-

²⁰ ¿En la *Iskra*?

²¹ ¿Promulgada por Nicolás?

bemos presionar sobre la comisión y sobre sus miembros²². Si la Comisión Buliguin se niega a satisfacer nuestras reivindicaciones²³ y concede el derecho a elegir diputados solo a los pudientes, debemos intervenir en estas elecciones y obligar a los electores por la vía revolucionaria a votar a los candidatos progresistas y exigir en el Zemski Sobor la Asamblea Constituyente.²⁴ En fin, obligar al Zemski Sobor por todos los medios posibles: Manifestaciones, huelgas y, si es necesario, la insurrección, a convocar la Asamblea Constituyente o á proclamarse Asamblea Constituyente. El proletariado en

²² ¡He ahí lo que significa la táctica de “retirar del gobierno a los conservadores”!

²³ ¡Esto no puede suceder si aplicamos una táctica tan acertada y tan meditada!

²⁴ En el manuscrito sigue luego un texto tachado de Lenin: “obligar a elegir” – “¡por vía revolucionaria”! ¡Qué repetiloviadas ocurren!” – Ed. [Nota de los editores rusos] La expresión procede del apellido Repetílov, personaje de la comedia del escritor ruso A. S. Griboédov *La desgracia de tener demasiado ingenio*. Lenin decía que eran unos Repetílov “los individuos de ánimos revolucionarios, arrebatados por el torbellino de los sucesos, pero carentes de base teórica y social”.

armas debe ser el defensor de la Asamblea Constituyente, y los dos²⁵ juntos marcharán hacia la república democrática. “Esta es la táctica socialdemócrata, y únicamente ella nos asegurará la victoria”.

No piense el lector que todo este absurdo inverosímil es un simple ensayo periodístico de cualquier neiskrista irresponsable y sin influencia. No, esto se dice en *el órgano* de todo un comité neiskrista, el de Tiflis. Más aún, este absurdo *es aprobado abiertamente por “Iskra”* en su número 100, donde leemos estas líneas a propósito de *Sotsial-Demokrat*:

“El primer número está redactado con amenidad y talento. Se percibe la pluma ducha y diestra de un redactor que es literato... Puede afirmarse con seguridad que el periódico cumplirá de un modo brillante la misión que tiene planteada”.

¡Sí! Si esta misión consiste en demostrar palmariamente a todo el mundo la plena des-

²⁵ ¿El proletariado en armas y los conservadores “retirados del gobierno”?

composición ideológica del neoiskrismo, la ha cumplido en realidad de un modo «brillante». Nadie habría sabido expresar con mayores «amenidad, talento y destreza» el hundimiento de los neoiskristas en el oportunismo liberal burgués.

8. La tendencia de «osvobozhdenie» y la del neoiskrismo

Pasemos ahora a otra confirmación patente de la trascendencia política del neoiskrismo.

En un artículo excelente, magnífico, muy instructivo, titulado *Cómo encontrarse a sí mismo (Osvobozhdenie, núm. 71)*, el señor Struve hace la guerra al «revolucionarismo programático» de nuestros partidos extremos. El señor Struve se muestra descontento, sobre todo, de mí.²⁶ Por lo que a mí se refiere, estoy

²⁶ “En comparación con el revolucionarismo del señor Lenin y sus compañeros, el revolucionarismo de la socialdemocracia de Europa Occidental, de Bebel y hasta de Kautsky, es oportunismo, pero las bases de este revolucionarismo, ya suavizado también, han sido minadas y destruidas por la historia”. El ataque es muy violento. Pero hace mal el señor Struve en pensar que se me pueden imputar todas las cosas como a muerto.

tan contento del señor Struve que no se puede

A mí me basta con hacer un reto al señor Struve, que él nunca será capaz de aceptar. ¿Dónde y cuándo he dicho yo que el “revolucionarismo de Bebel y de Kautsky” sea oportunismo? ¿Dónde y cuándo he pretendido yo crear en la socialdemocracia internacional una tendencia especial, no idéntica a la de Bebel y Kautsky? ¿Dónde y cuándo han salido a la luz discrepancias, entre Bebel y Kautsky por una parte, y yo por otra, discrepancias que se aproximen por su seriedad, aunque sea un poco, a las surgidas entre Bebel y Kautsky en Breslau, por ejemplo, en el problema agrario? [Nota de los editores rusos] Alusión a las discrepancias surgidas cuando se discutía el proyecto de programa agrario en el Congreso del Partido Socialdemócrata Alemán, reunido en Breslau del 6 al 12 de octubre de 1895. El proyecto adolecía de graves errores; en particular se advertía en él la tendencia a convertir el partido del proletariado en un partido “de todo el pueblo”. Defendieron el proyecto, además de los oportunistas, A. Bebel y W. Liebknecht. K. Kautsky, C. Zetkin y otros socialdemócratas lo criticaron acerbamente. El Congreso rechazó por 158 votos contra 63 el proyecto de programa agrario que propuso la comisión.

Que pruebe el señor Struve a contestar a estas tres preguntas. Y a los lectores les decimos: la burguesía liberal, *en todas partes y siempre*, pone “en juego el procedimiento que consiste en hacer creer a sus adeptos de un país determinado que los socialdemócratas de dicho país son la gente más insensata, mientras que sus compañeros del país vecino son “buenos chicos”. La burguesía alemana ha

pedir más. No podría desear mejor aliado en la lucha contra el “economismo” renaciente de los neiskristas y contra la falta absoluta de principios de los “socialistas-revolucionarios”. Ya hablaremos en alguna otra ocasión de cómo el señor Struve y *Osvobozhdenie* han demostrado en la práctica todo el carácter reaccionario de las “enmiendas” hechas al marxismo en el proyecto de programa de los socialistas-revolucionarios. De cómo el señor Struve me ha prestado un servicio leal, honrado y verdadero cada vez que ha aprobado *en principio* a los neiskristas ya hemos hablado reiteradamente²⁷ y volveremos a hablar ahora.

puesto *cientos de veces* como ejemplo ante los Bebel y los Kautsky a los socialistas franceses, que son unos “buenos chicos”. No hace mucho, la burguesía francesa puso a los socialistas franceses como ejemplo al “bueno” de Bebel. ¡Viejo procedimiento, señor Struve! Solo niños e ignorantes morderán ese anzuelo. La solidaridad completa de la socialdemocracia revolucionaria internacional en todas las grandes cuestiones programáticas y tácticas es un hecho de lo más incontrovertible.

²⁷ Recordemos al lector que el artículo *Qué es lo que no hay que hacer* (*Iskra*, núm. 52) fue acogido a bombo y platillos por *Osvobozhdenie* como un “significativo viraje” hacia concesiones a los oportunistas. *Osvobozhdenie*

El señor Struve hace en su artículo toda una serie de interesantísimas declaraciones que aquí podemos señalar únicamente de paso. Abriga el propósito de “crear una democracia rusa, apoyándose en la colaboración de las clases y no en la lucha”, con la particularidad de que los “intelectuales con privilegios sociales” (como la “nobleza instruida”, a la cual el señor Struve hace reverencias con donaire... de un lacayo auténticamente mundano) aportarán el “peso de su posición social” (el peso de la talega de oro) a este partido, “que no será de clase”. El señor Struve expresa el deseo de hacer saber a la juventud que es falso ese “clisé radical de que la burguesía se ha asustado y ha traicionado al proletariado y la causa de la libertad”. (Aplaudimos con toda el alma este deseo. Nada confirmará mejor la veracidad de ese “clisé” marxista que la guerra declarada por el señor Struve contra él. ¡Señor Struve, tenga la bondad de no aplazar para

aprobó las tendencias de principio de los neoiskristas, particularmente en una nota sobre la escisión entre los socialdemócratas rusos.

las calendas griegas la ejecución de su excelente plan!)

Para tratar nuestro tema, nos interesa señalar qué consignas *prácticas* combate en la actualidad un representante de la burguesía rusa tan sutil y tan sensible a la menor variación del clima político. En primer lugar, la consigna de republicanismo. El señor Struve está firmemente convencido de que esta consigna “ni la comprenden ni la sienten las masas populares”. (Se olvida de añadir: ¡La burguesía la comprende, pero no le conviene!) Desearíamos ver qué responderían al señor Struve los obreros en nuestros círculos y en nuestras reuniones de masas. ¿O es que los obreros no son pueblo? ¿Y los campesinos? Suelen profesar, según el señor Struve, “un republicanismo ingenuo” (“echar al zar”), pero la burguesía liberal cree que el republicanismo *ingenuo* será reemplazado ¡por un monarquismo consciente y no por un republicanismo consciente! *Ça dépend*, señor Struve, esto depende aún de las circunstancias. Ni el zarismo ni la burguesía pueden menos de oponerse a una mejora radical de

la situación de los campesinos a costa de la tierra de los terratenientes, y la clase obrera no puede menos de cooperar en ello con los campesinos.

En segundo lugar, el señor Struve afirma que “en la guerra civil, la razón nunca está de parte del atacante”. Esta idea se acerca de lleno a las tendencias del neoiskrismo, expuestas más arriba. No diremos, como es natural, que en la guerra civil *siempre* sea ventajoso atacar; no, a veces la táctica defensiva es obligatoria *durante cierto tiempo*. Pero exponer una tesis como la del señor Struve y aplicarla a la Rusia de 1905 es, precisamente, mostrar un fragmento del “clisé radical” (“la burguesía se asusta y traiciona la causa de la libertad”). Quien no quiera atacar ahora a la autocracia, a la reacción, quien no se prepare para este ataque, quien no lo propugne no puede llamarse de veras partidario de la revolución.

El señor Struve condena las consignas de “clandestinidad” y “motín” (esta “insurrección en miniatura”). ¡El señor Struve desprecia lo uno y lo otro desde el punto de vista

“del acceso a las masas”! Nosotros preguntaríamos al señor Struve si puede indicar dónde se predica el motín, por ejemplo, en una obra como *¿Qué hacer?*, de un revolucionarista tan extremo, a su modo de ver. Y, en cuanto a “la clandestinidad”, ¿es tan grande la diferencia, por ejemplo, entre nosotros y el señor Struve? ¿No trabajamos ambos en periódicos “ilegales”, introducidos “clandestinamente” en Rusia y que sirven a los grupos “secretos” de la Unión de Liberación o del POSDR? Nuestras reuniones obreras de masas son en muchos casos “clandestinas”; se comete este pecado. ¿Y las asambleas de los señores de *Osvobozhdenie*?, señor Struve, ¿de qué puede usted presumir ante los despreciables partidarios de la despreciable clandestinidad?

Para proveer de armas a los obreros se necesita, es cierto, la clandestinidad más estricta. Aquí el señor Struve habla ya con más franqueza. Escuchen: “Por lo que se refiere a la insurrección armada o a la revolución en el sentido técnico²⁸, solo una propaganda del

²⁸ En el manuscrito sigue luego un texto tachado de Lenin: “Comienza el plagio de la nueva *Iskra*”. – Ed.

programa democrático entre las masas puede crear las condiciones psicológicas y sociales de la insurrección armada general. Así pues, aun desde el punto de vista, no compartido por mí, que considera la insurrección armada el coronamiento *indefectible* de la actual lucha por la emancipación, el inculcar a las masas las ideas de la transformación democrática es la obra más fundamental y más necesaria”.

El señor Struve trata de eludir la cuestión. Habla de la indefectibilidad de la insurrección en vez de hablar de su necesidad para la victoria de la revolución. Una insurrección no preparada, espontánea y dispersa ha empezado ya. Nadie podrá garantizar absolutamente que llegará hasta la insurrección popular armada íntegra y total, pues eso depende tanto del estado de las fuerzas revolucionarias (que no se puede medir del todo más que en la propia lucha) como de la conducta del gobierno y de la burguesía y de una serie de otras circunstancias que no se pueden prever con exactitud. Huelga hablar de inevitabilidad en el sentido de esa seguridad

absoluta en un acontecimiento concreto en torno de la cual perora el señor Struve. Si se quiere ser partidario de la revolución hay que hablar de *si es necesaria* la insurrección *para la victoria* de la revolución, de si hace falta o no preconizarla activamente, propugnarla, prepararla inmediata y enérgicamente. El señor Struve tiene que comprender por fuerza esta diferencia: por ejemplo, no vela la cuestión, indiscutible para un demócrata, de la necesidad del sufragio universal con la cuestión, discutible y subordinada para todo dirigente político, de que se consiga inevitablemente este sufragio en el curso de la presente revolución. Al eludir el problema de la necesidad de la insurrección, el señor Struve expresa el fondo más oculto de la posición política de la burguesía liberal. La burguesía, en primer lugar, prefiere confabularse con la autocracia en vez de aplastarla; en todo caso, la burguesía deja la lucha armada para los obreros (esto en segundo lugar). He aquí el sentido *real* de las evasivas del señor Struve. He aquí por qué *retrocede* del problema de la necesidad de la insurrección al de sus con-

diciones “psicológicas y sociales” y al de la “propaganda” previa. Exactamente lo mismo que los charlatanes burgueses del Parlamento de Francfort se ocupaban en 1848 de redactar resoluciones, declaraciones, decisiones, de hacer “propaganda para las masas” y preparar las “condiciones psicológicas y sociales”, cuando de lo que se trataba era de resistir a la fuerza armada del gobierno, cuando el movimiento “había conducido a la necesidad” de la lucha armada, cuando la sola acción verbal (cien veces necesaria en el período de preparación) se había convertido en una vil inacción y cobardía burguesas; el señor Struve elude exactamente igual el problema de la insurrección, encubriéndose con *frases*. El señor Struve nos demuestra palmariamente lo que se empeñan en no ver muchos socialdemócratas, a saber: que los períodos revolucionarios se diferencian de los ordinarios y cotidianos, de los períodos históricos de preparación, en que el estado de ánimo, la excitación y el convencimiento de las masas deben traducirse, y se traducen, en *acción*.

El revolucionarismo vulgar no comprende que la palabra es también una obra. Esta es una tesis incontestable, aplicada a la historia *en general* o a épocas de la historia en las que no hay acción política abierta de las masas, y esta acción no puede ser reemplazada ni creada artificialmente por ningún motín. El seguidismo de los revolucionarios no comprende que cuando ha comenzado el momento revolucionario, cuando la vieja «superestructura» se resquebraja por todas sus juntas, cuando la acción política abierta de las clases y de las masas, que crean para sí una nueva superestructura, se ha convertido en un hecho, cuando la guerra civil ha comenzado, limitarse *como antes* “a las palabras” sin dar la *consigna directa* de pasar a la “obra”, eludir la acción, invocando las “condiciones psicológicas” y la “propaganda” en general, significa falta de vigor y de vida, verborrea casuística o bien equivale a traicionar la revolución. Los charlatanes de la burguesía democrática de Francfort son el ejemplo histórico inolvidable de una tal traición o de una tal estupidez casuística.

¿Quieren que les aclaremos esta diferencia entre el revolucionarismo vulgar y el seguidismo de los revolucionarios con ejemplos de la historia del movimiento socialdemócrata de Rusia? Se lo aclararemos. Recuerden los años 1901-1902, que están aún tan cerca y que parecen ya pertenecer a un pasado muy lejano. Empezaron las manifestaciones. El revolucionarismo vulgar lanzó el grito de «al asalto» (*Rabóchee Delo*); fueron publicadas las “octavillas sanguinarias” (de procedencia berlinesa, si mal no recuerdo); fueron duramente atacados la “afición desmedida a escribir” y el aspecto puramente teórico de la idea de hacer propaganda en toda Rusia por medio de un periódico (*Nadezhdin*)^{xxxiii}. El seguidismo de los revolucionarios se presentó entonces, por el contrario, con las prédicas de que “la lucha económica es el *mejor* medio para la agitación política”. ¿Cuál fue la posición de la socialdemocracia revolucionaria? Atacó estas dos tendencias. Condenó los “motines descabellados” y los gritos de “al asalto”, pues todos veían o debían ver claro que la acción

abierta de las masas era cosa del mañana. Condenó el seguidismo y planteó explícitamente la consigna *incluso* de insurrección armada de todo el pueblo, no en el sentido de un llamamiento directo (por entonces el señor Struve no encontraría entre nosotros un llamamiento al “motín”), sino en el sentido de una conclusión *indispensable*, en el sentido de la “propaganda” (de la que el señor Struve no se había acordado hasta ahora; nuestro respetable señor Struve se retrasa siempre unos cuantos años), en el sentido de la preparación justamente de estas mismas “condiciones psicológicas y sociales” de las que nos hablan hoy, “con melancolía y a des-tiempo”, los representantes de una burguesía desconcertada y propensa al trapicheo. *Entonces*, el estado objetivo de cosas colocaba realmente en primer plano la propaganda y la agitación, la agitación y la propaganda. *Entonces*, como piedra de toque de la labor preparatoria de la insurrección podía plantearse (y se planteaba en *¿Qué hacer?*) la de crear un periódico político central para toda Rusia, cuya salida semanal nos parecía un

ideal. *Entonces*, las consignas de agitación de las masas, *en lugar* de acciones armadas directas, y preparación de las condiciones psicológicas y sociales de la insurrección, *en lugar* de motines descabellados, eran las únicas justas de la socialdemocracia revolucionaria. ¡*Ahora* los acontecimientos han rebasado esas consignas, el movimiento se ha adelantado, y ya no son más que trastos viejos y andrajos que no sirven más que para disimular la hipocresía de la tendencia de *Osvobozhdenie* y el seguidismo neoiskrista!

¿O quizás me equivoco? ¿Acaso la revolución no ha empezado aún? ¿Acaso no ha llegado aún el momento de la acción política abierta de las clases? ¿Acaso la guerra civil no ha comenzado aún y, por tanto, no ha llegado el momento de que la **crítica por las armas** sea el heredero *necesario* y obligatorio, el sucesor, el ejecutor testamentario el colofón del **arma de la crítica**?

Miren en derredor suyo, asómense desde su despacho a la calle para contestar a estas preguntas. ¿Acaso el gobierno mismo no ha comenzado ya la guerra civil, asesinando en

masa en todas partes a ciudadanos pacíficos e inermes? ¿Es que no actúan las centurias negras^{xxxiv} armadas como “argumento” del absolutismo? ¿Es que la burguesía (hasta la burguesía) no ha reconocido la necesidad de una milicia civil? ¿Acaso el mismo señor Struve, este mismo señor Struve tan idealmente moderado y puntual, no dice (¡ah!, ¡lo dice solo para salir del paso!) que “el carácter abierto de las acciones revolucionarias” (¡miren cómo hablamos nosotros ahora!) “es hoy una de las condiciones más importantes de la influencia educativa en las masas populares”?

El que tenga ojos para ver no puede dudar de cómo los partidarios de la revolución deben plantear en la actualidad el problema de la insurrección armada. Pues bien, observen los *tres* modos de plantear este problema, publicados en los órganos de prensa libre capaces de influir algo en *las masas*.

Primer planteamiento: Resolución del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia²⁹. Se reconoce y se declara

²⁹ He aquí su texto completo:

públicamente que el movimiento democrá-

“Considerando:

“1) que el proletariado, que por su situación es la clase más avanzada y la única consecuentemente revolucionaria, está llamado por ello a cumplir el papel dirigente del movimiento revolucionario democrático general en Rusia;

“2) que en la actualidad este movimiento ha conducido ya a la necesidad de la insurrección armada;

“3) que el proletariado participará inevitablemente en esta insurrección del modo más enérgico, y que esta participación decidirá la suerte de la revolución en Rusia;

“4) que el proletariado solo podrá desempeñar el papel dirigente en esta revolución si se aglutina como una fuerza política unida e independiente bajo la bandera del Partido Obrero Socialdemócrata, que dirige su lucha no solo en el terreno ideológico, sino también en el terreno práctico;

“5) que solo el cumplimiento de ese papel dirigente asegurará al proletariado las condiciones más favorables para la lucha por el socialismo, contra las clases poseedoras de la Rusia democrático-burguesa;

“el III Congreso del POSDR reconoce que la tarea de organizar al proletariado para la lucha directa contra la autocracia, por medio de la insurrección armada, constituye una de las tareas más importantes e inaplazables del Partido en los actuales momentos revolucionarios.

“Por lo cual, el Congreso encomienda a todas las organizaciones del Partido:

tico revolucionario general *ha conducido ya a la necesidad* de la insurrección armada. La organización del proletariado para la insurrección está planteada al orden del día como una de las tareas esenciales, primordiales y *necesarias* del Partido. Se ha encargado tomar las medidas *más enérgicas* para armar al proletariado y para asegurarle la posibilidad de la dirección inmediata de la insurrección.

Segundo planteamiento: El artículo programático, publicado en *Osvobozhdenie*,

“a) explicar al proletariado, por medio de la propaganda y la agitación, no solo la importancia política, sino también el aspecto práctico y organizativo de la insurrección armada que tenemos por delante;

“b) explicar, en esta propaganda y agitación, el papel de la huelga política de masas, que puede adquirir una gran importancia al comienzo y en el transcurso de la insurrección;

“c) adoptar las medidas más enérgicas para armar al proletariado, así como para elaborar un plan de insurrección armada y de dirección inmediata de ésta, y, en la medida en que ello sea necesario, proceder a crear, con tal fin, grupos especiales de militantes del Partido”. (Nota del autor para la edición de 1907. – Ed.)

del “jefe de los constitucionalistas rusos” (así ha llamado recientemente al señor Struve un órgano tan influyente de la burguesía europea como la *Gaceta de Francfort*^{xxxv}) o del jefe de la burguesía progresista rusa. No comparte la opinión de que la insurrección sea indefectible. La clandestinidad y el motín son procedimientos específicos de un revolucionarismo insensato. El republicanismo, un método de aturdimiento. La insurrección armada es, de hecho una cuestión solamente técnica, mientras que “la obra más fundamental y más necesaria” es la propaganda entre las masas y la preparación de las condiciones psicológicas y sociales.

Tercer planteamiento: La resolución de la Conferencia neoisrista. Nuestra tarea es preparar la insurrección. La posibilidad de una insurrección llevada a cabo con orden está excluida. Las condiciones favorables para la insurrección las crean la desorganización gubernamental, nuestra agitación y nuestra organización. Solo entonces “pueden adquirir una importancia más o menos seria los preparativos técnicos de combate”.

¿Nada más? Sí, nada más. Los dirigentes neiskristas del proletariado no saben aún si la insurrección se ha hecho indispensable o no. Para ellos no está claro aún si es inaplazable o no la tarea de organizar al proletariado para la lucha inmediata. No es necesario llamar a la adopción de las medidas más enérgicas; es mucho más importante (en 1905 y no en 1902) aclarar, en líneas generales, en qué condiciones «pueden» estas medidas adquirir una importancia «más o menos seria»...

¿Veis ahora, camaradas neiskristas, a dónde os ha llevado vuestro viraje hacia el martinovismo? ¿Comprendéis que vuestra filosofía política ha resultado ser una reedición de la filosofía de *Osvobozhdenie*, que os habéis colocado (contra vuestra voluntad y al margen de vuestra conciencia) a la zaga de la burguesía monárquica? ¿No está claro ahora para vosotros que al insistir en las viejas cantilenas y perfeccionaros en la pedantería habéis perdido de vista la circunstancia de que —empleando las inolvidables palabras del inolvidable artículo de Piotr Struve— “el carácter abierto de *las*

acciones revolucionarias es hoy una de las condiciones más importantes de la influencia educativa en las masas populares”?

9. ¿Qué significa ser el partido de la oposición extrema durante la revolución?

Volvamos a la resolución sobre el gobierno provisional. Hemos señalado que la táctica de los neoiszkristas no impulsa la revolución hacia adelante —cuya posibilidad querrían garantizar con su resolución—, sino hacia atrás. Hemos señalado que es precisamente esta táctica la que *ata las manos* a la socialdemocracia en la lucha contra la burguesía inconsecuente y que no la preserva de la dilución en la democracia burguesa. Se comprende que de las premisas falsas de la resolución se deduce una falsa conclusión: “Por eso, la socialdemocracia no se debe proponer el fin de conquistar o compartir el poder en el gobierno provisional, sino que debe seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema”. Fíjense en la primera mitad de esta conclusión, que se refiere al plantea-

miento de los fines. ¿Plantean los neiskristas como fin de la actividad socialdemócrata la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo? Sí, la plantean. No saben formular acertadamente las condiciones de la victoria decisiva, desviándose hacia la formulación de *Osvobozhdenie*, pero plantean el fin indicado. Prosigamos: ¿relacionan el gobierno provisional con la insurrección? Sí, lo relacionan de un modo directo al decir que el gobierno provisional surgirá “de la insurrección popular triunfante”. Finalmente, ¿se proponen el fin de dirigir la insurrección? Sí, pero eluden, como el señor Struve, reconocer que la insurrección es necesaria e impostergable; al mismo tiempo dicen, a diferencia del señor Struve, que la “socialdemocracia aspira a *subordinarla* (la insurrección) a su influencia y *dirección* y a utilizarla en beneficio de la clase obrera”.

¿No es verdad que todo esto resulta muy coherente? Nos planteamos *el fin* de subordinar la insurrección de las masas proletarias y *no proletarias* a nuestra influencia, a nuestra dirección y utilizarla en provecho propio.

Por consiguiente, nos planteamos el fin de dirigir, durante la insurrección, tanto al proletariado como a la burguesía revolucionaria y a la pequeña burguesía (“grupos no proletarios”), es decir, de “*repartir* la dirección de la insurrección entre la socialdemocracia y la burguesía revolucionaria. Nos planteamos el fin de alcanzar *la victoria* de la insurrección, la cual debe conducir a la instauración de un gobierno provisional (“surgido de la insurrección popular triunfante”). ¡¡*Por eso...* por eso no debemos fijarnos el fin de adueñarnos del poder o compartirlo en el gobierno provisional revolucionario!!

Nuestros amigos no pueden atar cabos. Vacilan entre el punto de vista del señor Struve, que elude la insurrección, y el punto de vista de la socialdemocracia revolucionaria, que incita a cumplir esta tarea impostergable. Vacilan entre el anarquismo, que condena desde el punto de vista de los principios, como una traición al proletariado, toda participación en el gobierno provisional revolucionario, y el marxismo, que exige dicha participación siempre y cuando la socialdemocracia ejerza

una influencia dirigente en la insurrección. No tienen ninguna posición independiente: ni la posición del señor Struve, que desea llegar a un entendimiento con el zarismo y que, por lo mismo, debe escurrir el bulto y andar con rodeos en el problema de la insurrección, ni la posición de los anarquistas, que condenan toda acción “desde arriba” y toda participación en la revolución burguesa. Los neokristas confunden la componenda con el zarismo y la victoria sobre él. Quieren participar en la revolución burguesa. Han ido algo más allá que las *Dos dictaduras* de Martínov. Están incluso de acuerdo en dirigir la insurrección del pueblo con tal de renunciar a dicha dirección inmediatamente después de la victoria (¿o quizá momentos antes de la victoria?), esto es, con tal *de no aprovecharse de los frutos de la victoria y cederlos todos, por entero, a la burguesía*. Y llaman a esto “utilizar la insurrección en beneficio de la clase obrera”...

No hay necesidad de que nos sigamos deteniendo en este embrollo. Será más útil examinar *el origen* de dicho embrollo en la

fórmula del mismo, que reza así: “Seguir siendo **el partido de la oposición revolucionaria extrema**”.

Esta es una de las conocidas tesis de la socialdemocracia revolucionaria internacional. Esta tesis es acertada por completo. Se ha convertido en un lugar común para todos los adversarios del revisionismo o del oportunismo en los países **parlamentarios**. Ha adquirido carta de naturaleza como respuesta legítima e imprescindible al “cretinismo parlamentario”, al millerandismo, al bernsteinianismo^{xxxvi}, al reformismo italiano a lo Turati. Nuestros buenos neoisristas se han aprendido al dedillo esta buena tesis y la aplican celosamente... *muy a deshora*. Las categorías de la lucha parlamentaria se incluyen en resoluciones escritas para condiciones en las que no existe Parlamento alguno. El concepto de “oposición”, reflejo y expresión de una situación política en la que nadie habla seriamente de *insurrección*, se traslada de manera absurda a una situación en la que la insurrección *ha empezado* y en la que piensan en la dirección de la misma y hablan de

ella todos los partidarios de la revolución. El deseo de “*seguir*” en la misma posición de antes, es decir, obrando solo “desde abajo”, se expresa de un modo pomposo y rimbombante *precisamente cuando* la revolución ha planteado el problema de la necesidad, en caso de victoria de la insurrección, de obrar *desde arriba*.

¡No, nuestros neiskristas no tienen la menor suerte! Ni aun cuando formulan una tesis socialdemócrata acertada saben aplicarla con acierto. No han pensado en cómo se transforman y convierten en su antítesis las nociones y los términos de la lucha parlamentaria en la época en que se ha iniciado la revolución, cuando no hay Parlamento cuando se está en guerra civil, cuando se oye el fragor de la insurrección. No han pensado que, en las circunstancias de que se trata, las enmiendas se proponen por medio de manifestaciones en las calles, las interpelaciones se hacen mediante acciones ofensivas de los ciudadanos armados y la oposición al gobierno se efectúa derrocándolo por la violencia.

Del mismo modo que el famoso héroe de nuestra épica popular repetía los buenos consejos precisamente cuando eran inoportunos, también nuestros admiradores de Martínov repiten las lecciones del parlamentarismo pacífico precisamente cuando ellos mismos consignan el comienzo de las operaciones militares directas. ¡No hay nada tan curioso como esta manera de formular con empaque la consigna de “oposición extrema” en una resolución que empieza aludiendo a “la victoria decisiva de la revolución”, a la “insurrección popular”! ¡Reflexionen bien, señores! ¿Qué significa desempeñar el papel de “oposición extrema” en la época de la insurrección? ¿Significa denunciar al gobierno o derribarlo? ¿Significa votar contra el gobierno o infligir una derrota a sus fuerzas armadas en un combate al descubierto? ¿Significa negarse a llenar la caja del gobierno o apoderarse por vía revolucionaria de dicha caja para destinarla a satisfacer las necesidades de la insurrección, al armamento de los obreros y campesinos, a la convocatoria de la Asamblea Constituyente? Señores,

¿no empiezan ustedes a comprender que el concepto de “oposición extrema” no expresa más que acciones negativas: denunciar, votar en contra, ¿denegar? ¿Por qué? Porque esta noción se refiere solo a la lucha parlamentaria y esto en una época en la que nadie se plantea como fin inmediato de la lucha “la victoria decisiva”. ¿No empezarán ustedes a comprender que la cosa cambia radicalmente en este sentido cuando el pueblo oprimido en el aspecto político inicia un asalto denodado en todo el frente para luchar con todas sus energías por la victoria?

Los obreros nos preguntan: ¿hay que emprender con energía la causa inaplazable de la insurrección? ¿Qué hacer para que triunfe la insurrección iniciada? ¿Cómo aprovechar la victoria? ¿Qué programa se podrá y deberá realizar entonces? Los neiskristas ahondadores del marxismo responden: hay que seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema... Bien, ¿teníamos razón al llamar paladines del filisteísmo a esos caballeros?

10. Las “comunidades revolucionarias» y la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos

La Conferencia de los neoisquierdistas no se ha sostenido en la posición anarquista a la que había llegado la nueva *Iskra* (solo “desde abajo” y no “desde abajo y desde arriba”). Lo absurdo de admitir la insurrección y no admitir la victoria y la participación en el gobierno provisional revolucionario saltaba demasiado a la vista. Por eso, la resolución hace salvedades y restricciones a la solución del problema ofrecida por Martínov y Már-tov. Analicemos estas salvedades, expuestas en la siguiente parte de la resolución:

“Esta táctica (“seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema”), naturalmente, no excluye en lo más mínimo la conveniencia de la toma parcial, episódica, del poder y de la formación de comunas revolucionarias en tal o cual ciudad, en tal o cual región, con el interés exclusivo de contribuir a extender la insurrección y a desorganizar el gobierno”.

Si es así, quiere decir que se acepta en principio la acción no solo desde abajo, sino también desde arriba. Quiere decir que la tesis sostenida en el conocido artículo satírico de L. MártoV en *Iskra* (núm. 93) se rechaza, teniéndose por justa la táctica del periódico *Vperiod*: no solo “desde abajo”, sino también “desde arriba”.

Además, la toma del poder (aunque sea parcial, episódica, etc.) presupone, evidentemente, la participación no solo de la socialdemocracia y no solo del proletariado. Eso se debe a que no es solo el proletariado quien está interesado en la revolución democrática y participa activamente en ella. Se debe a que la insurrección es “popular”, como se dice al comienzo de la resolución examinada, a que en ella participan asimismo “grupos no proletarios” (expresión de la resolución de los conferencistas sobre la insurrección), es decir, la burguesía también. De esta manera, *la Conferencia arrojó por la borda*, como procuraba *Vperiod*, el principio según el cual toda participación de los socialistas con la pequeña burguesía en el gobierno provisio-

nal revolucionario es una traición a la clase obrera. La “traición” no deja de ser traición por el hecho de que la acción que la determina sea parcial, episódica, comarcal, etc. Por lo tanto, la Conferencia *ha arrojado por la borda*, como procuraba *Vperiod*, esa equiparación de la participación en el gobierno provisional revolucionario con el jauresismo vulgar^{xxxvii}. No porque su autoridad se extienda a una sola ciudad, y no a muchas, a una sola comarca, y no a muchas, como tampoco por el nombre que lleve, deja—de ser gobierno el gobierno. Así pues, *la Conferencia ha desechado ese planteamiento, conforme con los principios*, que la nueva *Iskra* intentó hacer de la cuestión.

Veamos ahora si son razonables los peros que la Conferencia impone a la formación, aceptada ahora en principio, de gobiernos revolucionarios y a la participación en ellos. No sabemos en qué se diferencia el concepto de “episódico” del concepto de “provisional”. Tememos que, en este caso, una palabra extranjera y “nueva” no sirva aquí más que para ocultar la ausencia de una idea clara.

Esto *parece* “más profundo”; pero, en realidad, es solo más oscuro y confuso. ¿En qué se diferencia la «conveniencia» de la «toma del poder» de una manera parcial en una ciudad o comarca, de la participación en el gobierno provisional revolucionario de todo un Estado? ¿Acaso entre las «ciudades» no figura Petersburgo, donde ocurrió lo del 9 de enero? ¿Acaso entre las comarcas no figura el Cáucaso mayor que muchos Estados? ¿Acaso las tareas (que desconcertaban en un tiempo a la nueva *Iskra*) en todo lo referente a las cárceles, a la policía, al Tesoro, etc., no se nos plantean también con la “toma del poder” incluso en una ciudad, sin hablar ya de una comarca? Nadie negará, naturalmente, que si las fuerzas son insuficientes, si el éxito de la insurrección no es completo, si la victoria no es decisiva, son posibles gobiernos provisionales revolucionarios parciales, de ciudades y otros. Pero ¿a qué viene esto, señores? ¿¿No son ustedes mismos los que hablan, al comienzo de la resolución, de “la victoria decisiva de la revolución”, de “la insurrección popular triunfante”?? ¿Desde

cuándo los socialdemócratas asumen la obra de los anarquistas: dispersar la atención y los fines del proletariado, orientarlo hacia lo “parcial” y no hacia lo universal, lo único, lo íntegro y completo? Al presuponer la “toma del poder” en una ciudad, ustedes mismos hablan de extender la insurrección” ¿a otra ciudad? –nos atreveremos a pensarlo–, ¿a todas las ciudades? –cabe esperarlo–. Sus conclusiones, señores, son tan vacilantes y casuales, contradictorias y confusas como sus premisas. El III Congreso del POSDR ha dado una respuesta exhaustiva y clara a la cuestión del gobierno provisional revolucionario en general. Esta respuesta se extiende asimismo a todos los gobiernos provisionales parciales. En cambio, la respuesta de la Conferencia, separando de un modo artificial y arbitrario *una parte* de la cuestión, no hace sino *rehuir* (pero sin éxito) la cuestión en su conjunto y sembrar la confusión.

¿Qué significa eso de «comunas revolucionarias»? ¿Se distingue este concepto del de «gobierno provisional revolucionario»? Y en caso afirmativo ¿en qué? Los mismos

señores conferencistas lo ignoran. La confusión en las ideas revolucionarias los conduce, como sucede habitualmente, a *la palabrería revolucionaria*. Sí, el empleo del término “**comuna revolucionaria**” en la resolución de los representantes de la socialdemocracia es una simple frase revolucionaria, y nada más. Marx condenó en reiteradas ocasiones semejante frase en la que, tras un término “sugestivo” de *un pasado caduco*, se velan las tareas del porvenir. El carácter sugestivo de un término que ha desempeñado un papel en la historia se convierte en casos semejantes en un oropel inútil y nocivo, en una sonaja. Nosotros necesitamos dar a los obreros y a todo el pueblo una noción clara e inequívoca de *por qué* queremos un gobierno provisional revolucionario, *de cuáles son precisamente las transformaciones* que realizaremos mañana mismo si ejercemos una influencia decisiva sobre el poder, en caso de que el desenlace de la insurrección popular ya iniciada sea victorioso. Estas son las cuestiones planteadas ante los dirigentes políticos.

El III Congreso del POSDR les da respuesta con la mayor claridad, presentando

un programa completo de esas transformaciones: el programa mínimo de nuestro Partido. Entretanto, la palabra “comuna” no responde a nada y no hace más que llenar la cabeza de ecos lejanos... o frases vacías. Cuanto más entrañable es para nosotros, por ejemplo, la Comuna de París de 1871, tanto menos podemos tolerarnos salir del paso con alusiones a la misma sin examinar sus errores y sus condiciones peculiares. Hacer eso significaría reproducir el absurdo ejemplo de los blanquistas, ridiculizados por Engels, los cuales se prosternaban (en 1874, en su “*manifiesto*”) ante todo acto de la Comuna^{xxxviii}. ¿Qué dirá el conferencista al obrero cuando le interrogue sobre *esta* “comuna revolucionaria” de que se habla en la resolución? Le podrá decir únicamente que en la historia se conoce por dicho nombre un gobierno obrero que ni sabía ni podía distinguir entonces los elementos de la revolución democrática y de la revolución socialista, que confundía las tareas de la lucha por la república con las de la lucha por el socialismo, que no supo cumplir la tarea de una ofensiva militar enér-

gica sobre Versalles, que cometió el error de no apoderarse del Banco de Francia, etc. En pocas palabras, tanto si se refieren en su respuesta a Comuna de París como a cualquier otra comuna, dicha respuesta será: La Comuna fue un gobierno *como no debe ser el nuestro*. ¡Buena respuesta, ni que decir tiene! El guardar silencio sobre el programa práctico del Partido y empezar inoportunamente a dar una lección de historia en la resolución ¿no es testimonio de la vanilocuencia con que el exégeta expone sus razones y de la debilidad de un revolucionario? ¿No es esto indicio de que se incurre precisamente en el error que en vano querían imputarnos, en confundir la revolución democrática con la socialista, entre las cuales ninguna “comuna” ha hecho distinción?

Se presenta como fin “exclusivo” del gobierno provisional (tan inoportunamente calificado de comuna) la extensión de la insurrección y la desorganización del gobierno. Este fin “exclusivo” elimina, en el sentido literal de la palabra, cualquier otra tarea, siendo una reincidencia en la absurda

teoría de “solo desde abajo”. Una eliminación semejante de otras tareas es, una vez más, prueba de miopía e irreflexión. La “comuna revolucionaria”, esto es, el poder revolucionario, aunque solo sea en una ciudad, deberá ejercer inevitablemente (si bien con carácter “temporal, parcial, episódico”) *todas* las funciones del Estado, y, en este caso, es el colmo de la necedad esconder la cabeza bajo el ala. Dicho poder deberá legalizar la jornada de ocho horas, instituir la inspección obrera de las fábricas, organizar la enseñanza general gratuita, implantar la elegibilidad de los jueces y constituir comités campesinos, etc.; en suma, deberá llevar a cabo, sin falta, una serie de reformas. Incluir dichas reformas en el concepto de “contribuir a extender la insurrección” significaría jugar con las palabras y aumentar deliberadamente la confusión allí donde hace falta una claridad meridiana.

.....

La parte final de la resolución neoiskrista no proporciona nuevos datos para la crítica de

las tendencias de principios del “economismo” resucitado en nuestro Partido, pero ilustra en otro aspecto un poco diferente lo dicho más arriba.

He aquí esa parte:

“Solo en un caso debería la socialdemocracia encaminar por su iniciativa propia sus esfuerzos en el sentido de adueñarse del poder y retenerlo en sus manos el mayor tiempo posible, a saber: en el caso de que la revolución se extendiera a los países avanzados de Europa Occidental, en los cuales han alcanzado ya cierta (?) madurez las condiciones para plasmar el socialismo. En este caso, el limitado marco histórico de la revolución rusa se podría ensanchar considerablemente y se daría la posibilidad de entrar en la senda de las transformaciones socialistas.

“Basando su táctica en el propósito de conservar para el partido socialdemócrata, en el transcurso de todo el período revolucionario, la situación de oposición revolucionaria extrema con respecto a todos

los gobiernos que se sucedan en el poder durante la revolución, la socialdemocracia podrá prepararse también del modo mejor para utilizar el poder gubernamental, si este va a parar (??) a sus manos”.

Aquí, la idea fundamental es la misma que ha formulado reiteradamente *Vperiod*, al decir que no debemos temer (como la teme Martinov) la victoria completa de la socialdemocracia en la revolución democrática, esto es, la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos, pues una victoria tal nos permitirá levantar a Europa; y el proletariado socialista europeo, sacudiéndose el yugo de la burguesía, nos ayudará, a su vez, a hacer la revolución socialista. Pero miren hasta qué punto aparece empeorada esta idea en la exposición de los neoiskristas. No nos detendremos en pormenores como el absurdo de que el poder puede “ir a parar” a las manos de un partido consciente que considere nociva la táctica de la toma del poder; que en Europa las condiciones para el socialismo no han alcanzado cierta madurez, sino madurez en general;

que el programa de nuestro Partido no trata de transformaciones socialistas algunas, sino solamente de la revolución socialista. Tomemos lo principal y fundamental que distingue las ideas de *Vperiod* de las de la resolución. *Vperiod* indicaba al proletariado revolucionario de Rusia una misión activa: triunfar en la lucha por la democracia y aprovechar esta victoria para propagar la revolución a Europa. La resolución no comprende esta conexión entre nuestra “victoria decisiva” (no en el sentido neoisquista) y la revolución en Europa, y, por lo mismo, no habla de los fines del proletariado ni de las perspectivas de su victoria, sino de una de las posibilidades en general: “Si la revolución se extendiera”... *Vperiod* indicaba de un modo directo y concreto —y estas indicaciones entraron en la resolución del III Congreso del POSDR— cómo precisamente se puede y debe «utilizar el poder gubernamental» en beneficio del proletariado, teniendo en cuenta lo que se puede realizar inmediatamente, en el grado actual de desarrollo de la sociedad, y lo que es necesario realizar primero como premisa

democrática de la lucha por el socialismo. También en este sentido la resolución va sin remedio a la zaga al decir: «podrá prepararse para utilizar», sin saber decir *cómo* podrá prepararse, *cómo* habrá de prepararse y en *qué sentido* utilizará el poder. No dudamos, por ejemplo, de que los neoiszkristas “puedan prepararse para utilizar” la situación dirigente en el Partido; pero lo que hay es que, hasta ahora, su experiencia de dicha utilización y su preparación no alientan ninguna esperanza respecto a la transformación de la posibilidad en realidad...

Vperiod decía con exactitud en qué consiste precisamente la “posibilidad” real de “mantener el poder en nuestras manos”: en la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos, en su masiva fuerza mancomunada, capaz de superar todas las fuerzas de la contrarrevolución, y en su coincidencia inexorable de intereses en relación con las transformaciones *democráticas*. La resolución de la Conferencia tampoco da nada positivo en este sentido, limitándose solo a eludir el problema. Pues la posibilidad de mantenerse en

el poder en Rusia depende de la composición de las fuerzas sociales de Rusia misma y de las condiciones de la revolución democrática que se está desplegando actualmente en nuestro país. Pues la victoria del proletariado en Europa (y de la propagación de la revolución a Europa a la victoria del proletariado hay aún cierto trecho) provocará una lucha contrarrevolucionaria desesperada de la burguesía rusa; y la resolución de los neiskristas no dice una palabra de esta fuerza contrarrevolucionaria cuya importancia se evalúa en la resolución del III Congreso del POSDR. Si en la lucha por la república y la democracia no pudiéramos apoyarnos en los campesinos, además del proletariado, “mantener el poder” sería una causa perdida. Si no es una causa perdida, si “la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo” abre tal posibilidad, debemos indicarla, exhortar activamente a transformarla en realidad, dar consignas prácticas no solo *para el caso* de que la revolución se propague a Europa, sino también *para que* dicha propagación se efectúe. ¡Los seguidistas de la socialdemocracia, al referirse al “limitado marco

histórico de la revolución rusa”, no hacen más que encubrir la concepción limitada que tienen de las tareas de esta revolución democrática y del papel avanzado del proletariado en esta revolución!

Una de las objeciones contra la consigna de “dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos” consiste en que la dictadura presupone “unidad de voluntad” (*Iskra*, núm. 95), y la unidad de voluntad entre el proletariado y la pequeña burguesía es imposible. Esta objeción no vale porque se funda en la interpretación abstracta, «metafísica», del concepto «unidad de voluntad». La voluntad puede ser unánime en un sentido y no serlo en otro. La ausencia de unidad en los problemas del socialismo y en la lucha por el socialismo no excluye la unidad de voluntad en las cuestiones de la democracia y en la lucha por la república. Olvidar esto significaría olvidar la diferencia lógica e histórica que existe entre la revolución democrática y la revolución socialista. Olvidar esto significaría olvidar el carácter *popular* de la revolución democrática: si es “popular”,

esto significa que *hay* “unidad de voluntad” precisamente en tanto en cuanto esa revolución satisface las necesidades y las exigencias del pueblo en general. Más allá de los límites de la democracia no se puede hablar siquiera de unidad de voluntad entre el proletariado y la burguesía campesina. La lucha de clases entre ellos es inevitable; pero, en la república democrática, esta lucha será la lucha popular más profunda y amplia *por el socialismo*. La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos tiene, como todo en el mundo, su pasado y su porvenir. Su pasado es la autocracia, el régimen de servidumbre, la monarquía, los privilegios. En la lucha contra este pasado, en la lucha frente a la contrarrevolución, es posible la “unidad de voluntad” del proletariado y los campesinos, pues hay unidad de intereses.

Su porvenir es la lucha contra la propiedad privada, la lucha del obrero asalariado contra el patrono, la lucha por el socialismo. Aquí la unidad de voluntad es imposible³⁰.

³⁰ El desarrollo del capitalismo, todavía más vasto y rápido bajo la libertad, pondrá inevitablemente fin pronto a la

Aquí no nos hallamos ante el camino que va de la autocracia a la república, sino del camino que conduce de la república democrática pequeñoburguesa al socialismo.

“Naturalmente, en una situación histórica concreta se entrelazan los elementos del pasado y del porvenir, se confunden uno y otro camino. El trabajo asalariado y su lucha contra la propiedad privada existen también bajo la autocracia, nacen incluso en el régimen de servidumbre. Pero esto no nos impide en lo más mínimo distinguir lógicamente e históricamente las grandes fases del desarrollo. Todos nosotros contraponemos la revolución burguesa a la socialista, todos nosotros insistimos absolutamente en la necesidad de hacer una distinción rigurosa entre las mismas, pero ¿acaso puede negarse que en la historia se entrelazan elementos sueltos, *particulares* de una y otra revolución? ¿Acaso la época de las revoluciones democráticas no registra en Europa una serie de movimientos socialistas y de tentativas socialistas? ¿Y acaso la futura

unidad de voluntad, tanto más pronto cuanto antes sean aplastadas la contrarrevolución y la reacción.

revolución socialista en Europa no tendrá todavía mucho que hacer para dar fin a lo que ha quedado incompleto en el terreno de la democracia?

El socialdemócrata no debe olvidar nunca, ni por un instante, la indefectibilidad de la lucha de clase del proletariado por el socialismo contra la burguesía y la pequeña burguesía más democráticas y republicanas. Esto es indudable. De eso se desprende la necesidad absoluta de que la socialdemocracia tenga un partido propio independiente y rigurosamente clasista. De aquí se desprende el carácter temporal de nuestra consigna de “batirnos juntos”, al lado de la burguesía, y el deber de vigilar rigurosamente “al aliado, como si se tratara de un enemigo”, etc. Tampoco ofrece nada de esto la menor duda. Pero sería ridículo y reaccionario olvidar, hacer caso omiso o menospreciar, a causa de ello, las tareas esenciales del momento, aunque sean transitorias y temporales. La lucha contra la autocracia es una tarea temporal y transitoria de los socialistas, pero todo olvido o menosprecio de esa tarea equivale a

traicionar el socialismo y a prestar un servicio a la reacción. La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos es, indiscutiblemente, solo una tarea transitoria y temporal de los socialistas, pero desentenderse de esta tarea en la época de la revolución democrática es algo francamente reaccionario.

Las tareas políticas concretas deben plantearse en una situación concreta. Todo es relativo, todo transcurre, todo cambia. La socialdemocracia alemana no incluye en el programa la reivindicación de la república. En dicho país, la situación es tal que esta cuestión difícilmente puede separarse en la práctica de la cuestión del socialismo (¡si bien Engels, en las observaciones al proyecto del Programa de Erfurt, hechas en 1891, ponía asimismo en guardia, respecto a Alemania, contra la tendencia a menospreciar la importancia de la república y de la lucha por la misma!^{xxxix}). La socialdemocracia de Rusia ni siquiera se ha planteado suprimir la reivindicación de la república del programa y de la agitación, pues en nuestro país no se

puede hablar siquiera de que exista un lazo indisoluble entre el problema de la república y el del socialismo. Un socialdemócrata alemán de 1898 que no colocara en primer plano la cuestión especial de la república era un fenómeno natural que no causaba ni sorpresa ni censura. Un socialdemócrata alemán que en 1848 no planteara la cuestión de la república, habría sido sencillamente un traidor a la revolución. No hay verdad abstracta. La verdad es siempre concreta.

Llegará un tiempo –cuando haya terminado la lucha contra la autocracia rusa, cuando haya pasado para Rusia la época de la revolución democrática– en que será ridículo incluso hablar de “unidad de voluntad” del proletariado y de los campesinos, de dictadura democrática, etc. Entonces pensaremos de lleno en la dictadura socialista del proletariado y hablaremos de ella con más detenimiento. Pero en la actualidad, el partido de la clase de vanguardia no puede menos de esforzarse por conseguir con la mayor energía la victoria decisiva de la revolución democrática sobre el zarismo. Y la victoria

decisiva no es otra cosa que la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos.

Observación

1) Recordemos al lector que en la polémica de *Iskra* con *Vperiod*, la primera aludía, entre otras cosas, a la carta de Engels a Turati en que Engels prevenía al jefe (futuro) de los reformistas italianos para que no confundiese la revolución democrática con la revolución socialista. La revolución que se avecina en Italia –escribía Engels a propósito de la situación política de Italia en 1894– será pequeñoburguesa, democrática y no socialista^{xl}. *Iskra* reprochaba a *Vperiod* el haberse apartado del principio establecido por Engels. Este reproche es injusto, pues *Vperiod* (núm. 14) reconocía plenamente, y en general, la certeza de la teoría de Marx sobre la diferencia de las tres fuerzas principales de las revoluciones del siglo XIX. Según esta teoría, contra el viejo régimen, contra la autocracia, el feudalismo, la servi-

dumbre luchan: 1) la gran burguesía liberal; 2) la pequeña burguesía radical; 3) el proletariado. La primera no lucha más que por una monarquía constitucional; la segunda, por una república democrática; y el tercero, por una revolución socialista. El socialista que confunda la lucha pequeñoburguesa por la revolución democrática completa con la lucha proletaria por la revolución socialista se ve amenazado de sufrir una bancarrota política. Esta advertencia de Marx es completamente justa. Pero por esta precisa razón es errónea la consigna de “comunidades revolucionarias”, pues las comunas que se conocen en la historia confundían la revolución democrática y la revolución socialista. Por el contrario, nuestra consigna de dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos nos preserva por completo de ese error. Nuestra consigna reconoce incondicionalmente el carácter burgués de la revolución, que no es capaz de rebasar *de un modo inmediato* el marco de una revolución solamente democrática; al propio tiempo, nuestra consigna *impulsa adelante* esta

revolución concreta, trata de darle las formas más convenientes para el proletariado, trata, por lo tanto, de aprovechar al máximo la revolución democrática para que tenga el mayor éxito la lucha que seguirá desplegando el proletariado por el socialismo.

11. Breve comparación de algunas resoluciones del III Congreso del POSDR y de la “conferencia”

La cuestión del gobierno provisional revolucionario es el punto central de los problemas tácticos de la socialdemocracia en el momento actual. No hay ni posibilidad ni necesidad de detenerse tanto en el resto de las resoluciones de la Conferencia. Nos limitaremos a indicar en breve algunos puntos que confirman la diferencia de principios, analizada por nosotros más arriba, en cuanto a la orientación táctica, entre las resoluciones del III Congreso del POSDR y las resoluciones de la Conferencia.

Tomen el problema de la actitud ante la táctica del gobierno en vísperas de la revo-

lución. Volverán a encontrar una respuesta completa a él en la resolución del III Congreso del POSDR. Esta resolución tiene en cuenta las diversas condiciones y tareas del momento peculiar: el desenmascaramiento de la hipocresía de las concesiones del gobierno, la utilización de las “formas caricaturescas de la representación popular”, la satisfacción revolucionaria de las reivindicaciones imperiosas de la clase obrera (en primer lugar, la jornada de ocho horas) y, en fin, la resistencia a las centurias negras. En las resoluciones de la Conferencia, la cuestión está desperdigada en diversas secciones: la “resistencia a las fuerzas negras de la reacción” se menciona solo en la exposición de motivos de la resolución acerca de la actitud ante los demás partidos. La participación en las elecciones a las instituciones representativas es examinada aparte de los “compromisos” del zarismo con la burguesía. En vez de exhortar a la implantación por vía revolucionaria de la jornada de ocho horas, una resolución especial titulada pomposamente “sobre la lucha económica” no hace más que

repetir (después de palabras sonoras y muy poco inteligentes acerca del “lugar central que ocupa la cuestión obrera en la vida social rusa”) la vieja consigna de hacer agitación por el “establecimiento legislativo de la jornada de ocho horas”. La insuficiencia y el retraso de esta consigna en el momento presente son demasiado claros para que sea preciso detenerse a demostrarlo.

El problema de la acción política manifiesta. El III Congreso tiene en cuenta un próximo cambio *radical* de nuestra actividad. En modo alguno se debe abandonar la actividad clandestina y el desarrollo del aparato clandestino: esto sería hacer el juego a la policía y vendría como anillo al dedo al gobierno. Pero ahora tampoco puede menos de pensarse ya en la acción manifiesta. Hace falta *preparar* en seguida las formas convenientes de esta acción y, por consiguiente, organismos especiales – menos conspirativos– para este fin. Hace falta aprovechar las asociaciones legales y semilegales para convertirlas, en la medida de lo posible, en puntos de apoyo del futuro Partido Obrero Socialdemócrata legal de Rusia.

También en esto, la Conferencia fragmenta la cuestión sin dar ninguna consigna enjundiosa. Resalta sobre todo el ridículo encargo, dado a la Comisión de Organización, de preocuparse de “colocar” a los literatos legales. Es completamente absurda la decisión de “someter a nuestra influencia los periódicos democráticos que se proponen contribuir al movimiento obrero”. Se lo proponen todos nuestros periódicos liberales legales, que siguen casi totalmente la orientación de *Osvobozhdenie*. ¿Por qué no comienza la Redacción misma de *Iskra* por seguir su consejo y no nos da el ejemplo de cómo hay que someter a *Osvobozhdenie* a la influencia socialdemócrata? En vez de la consigna de aprovechar las asociaciones legales para crear puntos de apoyo del Partido, se nos da, en primer lugar, un consejo particular sobre organizaciones únicamente “sindicales” (participación obligatoria de los miembros del Partido en ellas) y, en segundo lugar, el consejo de dirigir “las organizaciones revolucionarias de los obreros”, es decir, “las organizaciones no reglamenta-

das”, o sea, “los clubs revolucionarios de los obreros”. Alá sabrá cómo estos “clubs” han venido a parar entre las organizaciones no reglamentadas ni qué clase de “clubs” son estos. En vez de directrices exactas y claras del organismo supremo del Partido, vemos unos retazos de pensamientos y un borrador de notas de literato. No hay manera de tener un cuadro íntegro de cómo ha de pasar el Partido a una base completamente distinta en todo su trabajo.

El Congreso del Partido y la Conferencia divergen por completo en el planteamiento de la “cuestión campesina”. El Congreso ha redactado una resolución sobre “la actitud ante el movimiento campesino”. La Conferencia ha aprobado otra sobre “el trabajo entre los campesinos”. En el primer caso se colocan en primer plano las tareas de dirigir, en provecho de la lucha de todo el país contra el zarismo, el amplio movimiento democrático revolucionario. En el segundo, la cosa se reduce al “trabajo” entre una capa social determinada. En el primer caso se plantea, como consigna central práctica de la

agitación, la creación inmediata de comités campesinos revolucionarios para realizar todas las transformaciones democráticas. En el segundo, la “reivindicación de organizar los comités” debe ser presentada a la Asamblea Constituyente. ¿Por qué debemos esperar necesariamente esta Asamblea Constituyente? ¿Será constituyente en efecto? ¿Será firme sin la constitución previa y simultánea de los comités campesinos revolucionarios? Todas estas cuestiones han sido soslayadas por la Conferencia. En todas sus resoluciones se refleja, efectivamente, la idea general observada por nosotros de que en la revolución burguesa debemos limitarnos a nuestro trabajo especial únicamente sin plantearnos el objetivo de dirigir todo el movimiento democrático y de realizarlo nosotros mismos. Igual que los “economistas” insistían permanentemente en que la lucha económica era para los socialdemócratas, y la lucha política para los liberales, así insisten también los neiskristas, en todos sus razonamientos, en que nosotros deberíamos ocupar un modesto rincón al margen de la revolución burguesa

y que la burguesía es la que debería llevarla a cabo activamente.

Por último, no se puede menos de señalar la resolución sobre la actitud ante los demás partidos. La resolución del III Congreso del POSDR habla de desenmascarar toda limitación e insuficiencia del movimiento emancipador de la burguesía sin entregarse a la idea ingenua de enumerar de congreso en congreso todos los casos posibles de dicha limitación y trazar una línea divisoria entre *burgueses buenos* y *burgueses malos*. La Conferencia, repitiendo el error de Starover, busca tenazmente esta línea y desarrolla la famosa teoría del “papel de tornasol”. Starover partía de una idea muy buena: imponer a la burguesía condiciones más severas. Pero solo olvidaba que todo intento de separar de antemano a los demócratas burgueses que merecen aprobación, que merecen que se llegue a un acuerdo con ellos, etc. y los que no lo merecen, conduce a una “fórmula” que el desarrollo de los acontecimientos lanza en seguida por la borda y lleva la confusión a la conciencia de clase del proletariado. El

centro de gravedad se traslada de la unidad real en la lucha a declaraciones, promesas, consignas. Starover consideraba que esta consigna radical era “el sufragio universal, igual, directo y secreto”. No habían pasado ni dos años, y el “papel de tornasol” demostraba ya su ineficacia; los elementos de *Osvobozhdenie* hicieron suya la consigna de sufragio universal, sin que por ello se aproximaran a la socialdemocracia, sino que, todo lo contrario, con esta consigna precisamente han intentado sembrar la confusión entre los obreros y apartarlos del socialismo.

Ahora los neiskristas presentan “condiciones” aún “más severas”, “exigen” de los enemigos del zarismo que “se apoye de una manera enérgica e inequívoca (!?) toda acción decisiva del proletariado organizado”, etc., e incluso hasta “una participación activa en la causa del autoarmamento del pueblo”. La línea divisoria ha sido llevada mucho más allá y, a pesar de todo, *ya ha quedado anticuada otra vez*, ha demostrado inmediatamente que no sirve. ¿Por qué, por ejemplo, falta la consigna de república? ¿Cómo es

que, en beneficio de la “guerra revolucionaria sin cuartel contra todos los cimientos del régimen monárquico y estamental”, los socialdemócratas “exigen” de los demócratas burgueses todo lo que queráis menos lucha por la república?

Que esto no es buscar las cosquillas, que el error de los neiskristas tiene la importancia política más vital lo demuestra la Liga de Emancipación de Rusia (véase el núm. 4 de *Proletari*)³¹. Estos “enemigos del zarismo” responderán plenamente a todas las “exigencias” de los neiskristas. Pero no-

³¹ En el núm. 4 de *Proletari*, aparecido el 4 de junio de 1905, ha sido publicado un extenso artículo titulado *Una nueva asociación obrera revolucionaria*. (Véase O.C., t. 10, pp. 288-301. – Ed.) En él se da a conocer el contenido de los llamamientos de esta Liga que ha tomado el nombre de Liga de Emancipación de Rusia y que se plantea el objetivo de convocar la Asamblea Constituyente mediante la insurrección armada. Más adelante, en el artículo se define la actitud de la socialdemocracia ante estas asociaciones sin filiación política. No sabemos en absoluto en qué medida fue viable dicha Liga y qué suerte corrió en la revolución. (Nota del autor para la edición de 1907. – Ed.)

sotros hemos demostrado que el espíritu de *Osvobozhdenie* reina en el programa (o en la ausencia de programa) de esta Liga de Emancipación de Rusia y que las gentes de *Osvobozhdenie* pueden llevarla a remolque con facilidad. Sin embargo, la Conferencia declara al final de la resolución que “la socialdemocracia seguirá actuando, como contra *falaces amigos del pueblo*, contra todos los partidos políticos que, enarbolando la bandera liberal y democrática, se nieguen a prestar apoyo real a la lucha revolucionaria del proletariado”. La Liga de Emancipación de Rusia, lejos de negar este apoyo, lo ofrece con ahínco. ¿Es esto garantía de que sus jefes no sean “falaces amigos del pueblo, aunque sean partidarios de *Osvobozhdenie*?”

Ya lo ven: presentando de antemano “condiciones” y planteando “reivindicaciones”, cómicas por su temible impotencia, los neoiskristas no tardan en hacer el ridículo. Sus condiciones y reivindicaciones resultan en seguida insuficientes para apreciar la realidad viva. Su afán por las fórmulas es vano, ya que ninguna fórmula puede captar todas

y cada una de las manifestaciones de hipocresía, inconsecuencia y limitación de la democracia burguesa. No se trata del “papel de tornasol”, ni de fórmulas, ni de reivindicaciones escritas e impresas, ni de distinguir de antemano a los verdaderos “amigos del pueblo” de los falsos, sino de la unidad real de la lucha, de la crítica persistente, por parte de los socialdemócratas, de todo paso “vacilante” de la democracia burguesa. Para la “cohesión auténtica de todas las fuerzas sociales interesadas en la reorganización democrática” no hacen falta los “puntos” debatidos por la Conferencia con tanto tesón y tanta ineficacia, sino capacidad para lanzar consignas verdaderamente revolucionarias. Para esto se necesitan consignas que eleven al nivel del proletariado a la burguesía revolucionaria y republicana, y no que empequeñezcan las tareas del proletariado hasta el nivel de la burguesía monárquica. Para esto hay que participar con la mayor energía en la insurrección y no oponer reservas racionadoras a la tarea inaplazable de la insurrección armada.

12. ¿Disminuirá el alcance de la revolución democrática si la burguesía le vuelve la espalda?

Estaban ya escritas las líneas precedentes cuando recibimos las resoluciones de la Conferencia caucasiana de los neoiskristas, publicadas por *Iskra*. No podíamos imaginar mejores datos documentales *pour la bonne bouche* (para postre).

La Redacción de *Iskra* observa con razón: “En el problema fundamental de la táctica, la Conferencia caucasiana ha redactado asimismo una decisión *análoga*” (¡es verdad!) «a la aprobada por la Conferencia de toda Rusia» (es decir, la neoiskrista). «La actitud que la socialdemocracia ha de adoptar ante el gobierno provisional revolucionario ha sido decidida por los camaradas caucasicos en el sentido más negativo frente al nuevo método preconizado por el grupo de *Vperiod* y los delegados al llamado Congreso que se han adherido a dicho grupo”. “Se debe reconocer que la fórmula, ofrecida por la Conferencia, de la táctica del partido proletario en

la revolución burguesa, es *muy afortunada*".

Lo que es verdad, es verdad. Nadie hubiera podido dar una fórmula más "afortunada" del error capital de los neoisristas. Vamos a citar esta fórmula completa, destacando primero entre paréntesis algunas flores y luego todo el ramillete presentado al final.

Resolución de la Conferencia caucasiana de los neoisristas sobre el gobierno provisional:

"Considerando que nuestra tarea consiste en utilizar el momento revolucionario para profundizar" (¡sí, naturalmente, solo que habría de agregarse: profundizar a la manera de Martínov) "la conciencia socialdemócrata del proletariado" (¿únicamente para profundizar la conciencia y no para conquistar la república? ¡Qué "profunda" comprensión de la revolución!), "la Conferencia, con el fin de garantizar al Partido la más completa libertad de crítica del naciente régimen estatal burgués" (¡garantizar la república no es cosa nuestra! Nuestra misión es solo garantizar la libertad de crítica. Las ideas anarquistas dan paso al lenguaje anarquista:

¡el régimen “estatal burgués”!), “se declara contra la formación de un gobierno provisional socialdemócrata y contra la entrada en el mismo” (acuérdense de la resolución de los bakuninistas^{xli} que cita Engels, adoptada diez meses antes de la revolución española; véase *Proletari*, núm. 3^{xlii}) “y estima que lo más conveniente es ejercer desde fuera” (desde abajo y no desde arriba) “una presión sobre el gobierno provisional burgués para democratizar tanto como sea posible (?!) el régimen estatal. La Conferencia estima que la formación de un gobierno provisional por los socialdemócratas o su entrada en este gobierno alejaría, por una parte, del Partido Socialdemócrata las grandes masas del proletariado, a las que el Partido habría decepcionado, pues la socialdemocracia, a pesar de la toma del poder, no podría satisfacer las necesidades vitales de la clase obrera, hasta que se plasme el socialismo” (¡la república no es una necesidad vital! ¡Los autores no advierten, en su inocencia, que emplean un lenguaje puramente anarquista, como si negasen la participación en las revoluciones

burguesas!) “y, por otra parte, *obligaría a las clases burguesas a dar la espalda a la revolución y, con ello, disminuiría su alcance*”.

He aquí el quid de la cuestión. He aquí dónde se entretajan las ideas anarquistas (como les ocurre continuamente también a los bersteinianos de Europa Occidental) con el más puro oportunismo. Figúrense: ¡no entrar en el gobierno provisional porque eso obligaría a la burguesía a volver la espalda a la revolución y disminuiría así el alcance de la revolución! Vemos ya, pues, de cuerpo entero, en su aspecto puro y consecuente, esa filosofía neoiskrista que nos hace inclinarnos ante la vulgaridad burguesa y cederle el paso, ya que la revolución es burguesa. Si nos guiamos, siquiera en parte, siquiera un momento, por la idea de que nuestra participación puede obligar a la burguesía a dar la espalda a la revolución, cedemos totalmente por ello la hegemonía en la revolución a las clases burguesas. Entregamos así enteramente el proletariado a la tutela de la burguesía (¡¡reservándonos la plena “libertad de crítica”!!), obligando al proletariado a ser moderado y

dócil para evitar que la burguesía vuelva la espalda. Castramos las demandas más vitales del proletariado, precisamente sus demandas políticas, nunca bien comprendidas por los “economistas” y sus epígonos; las castramos para que la burguesía no vuelva la espalda. Pasamos totalmente del terreno de la lucha revolucionaria por la conquista de la democracia, en los límites necesarios para el proletariado, al terreno del tira y afloja con la burguesía, consiguiendo, al precio de nuestra traición a los principios, al precio de la traición a la revolución, el beneplácito de la burguesía (“para que no vuelva la espalda”).

En dos breves líneas, los neoiskristas del Cáucaso han sabido expresar todo el fondo de la táctica de traición a la revolución, de conversión del proletariado en un miserable apéndice de las clases burguesas. Lo que hemos deducido más arriba de los errores de los neoiskristas como tendencia se erige ahora ante nosotros en principio claro y concreto: ¡a la zaga de la burguesía monárquica! Como la instauración de la república obligaría (y obliga ya: ejemplo, el señor Struve) a la

burguesía a volver la espalda a la revolución, venga esa consigna de ¡abajo la lucha por la república! Como toda reivindicación democrática del proletariado sostenida enérgicamente y llevada hasta el fin obliga siempre y en todas las partes del mundo a la burguesía a volver la espalda, ¡escondeos en vuestros agujeros, camaradas obreros, actuad solo desde fuera, no penséis en utilizar para la revolución las armas y los procedimientos del régimen “estatal burgués”, conservad vuestra “libertad de crítica”!

Aquí se manifiesta el error fundamental en la comprensión misma del término “revolución burguesa”. La “comprensión” martinoviana o neoiskrista del mismo lleva directamente a traicionar la causa del proletariado en beneficio de la burguesía.

Quien haya olvidado el antiguo “economismo”, quien no lo estudie ni se acuerde de él difícilmente podrá comprender la actual reincidencia del “economismo”. Recuerden el *Credo*^{xliii} bernsteiniano. De los puntos de vista y de los programas “puramente proletarios”, esas gentes han sacado la conclusión

siguiente: para nosotros, los socialdemócratas, la economía, la verdadera causa obrera, la libertad de criticar toda politiquería, la verdadera profundización de la labor socialdemócrata; para ellos, para los liberales, la política. Dios nos libre de caer en el “revolucionarismo”; esto obligaría a la burguesía a volver la espalda. Quien relea por entero el *Credo* o el suplemento especial al número 9 de *Rabóchaya Misl* (septiembre de 1899), verá todo el curso de este razonamiento.

¡Ahora ocurre lo mismo, pero a gran escala aplicado al enjuiciamiento de toda la «gran» revolución rusa, envilecida, ¡ya!, de antemano y rebajada al nivel de su caricatura por los teóricos del filisteísmo ortodoxo! Para nosotros, los socialdemócratas, la libertad de crítica, la profundización de la conciencia, la acción desde fuera. Para ellos, para las clases burguesas, la libertad de acción, el campo libre para su dirección revolucionaria (léase liberal), la libertad de realizar «reformas» desde arriba.

Estos vulgarizadores del marxismo jamás han meditado en las palabras de Marx sobre

la necesidad de reemplazar las armas de la crítica por la crítica de las armas. Invocando en vano el nombre de Marx, elaboran de hecho resoluciones tácticas absolutamente en el espíritu de los charlatanes burgueses de Francfort, que criticaban libremente el absolutismo, profundizaban la conciencia democrática y no comprendían que la época de la revolución es la época de la acción, de la acción tanto desde arriba como desde abajo. Al convertir el marxismo en verborrea de razonamientos, han hecho de la ideología de la clase de vanguardia, de la clase revolucionaria más decidida y enérgica, una ideología de los sectores menos desarrollados de esta clase, los cuales rehúyen las difíciles tareas democráticas revolucionarias y confían estas tareas democráticas a los señores Struve.

Si, como consecuencia de la entrada de la socialdemocracia en el gobierno revolucionario, las clases burguesas vuelven la espalda a la causa de la revolución, “disminuirán con ello su alcance”.

¿Lo oís, obreros rusos? El alcance de la revolución será mayor si la hacen –a menos

que los socialdemócratas los muevan a volver la espalda— los señores Struve, que no quieren obtener la victoria sobre el zarismo, sino pactar con él. El alcance de la revolución será mayor si, de los dos resultados posibles señalados más arriba por nosotros, es el primero el que se obtiene, es decir, ¡si la burguesía monárquica llega a entenderse con la autocracia, para que otorgue una “Constitución” a lo Shípov!

Los socialdemócratas que, en resoluciones destinadas a ser directriz para todo el Partido, escriben cosas tan vergonzosas o aprueban esas “afortunadas” resoluciones, están tan obcecados por la pedante verborrea que ha despojado de toda vida al marxismo que no ven cómo esas resoluciones convierten en frases vacías todas sus otras palabras excelentes. Tomen cualquier artículo de *Iskra*, tomen incluso el famoso folleto de nuestro ilustre Martínov y encontrarán en ellos divagaciones sobre la insurrección *popular*, sobre la necesidad de llevar la revolución *hasta el fin*, sobre la aspiración a apoyarse en *los sectores profundos del pueblo* para luchar con-

tra la burguesía inconsecuente. Pero todas estas cosas buenas se convierten en frases miserables desde el momento en que adopten o aprueben la idea de que el “alcance de la revolución disminuirá” si la burguesía se desentiende de ella. Uña de dos, señores: o bien debemos aspirar a hacer la revolución con el pueblo y obtener una victoria completa sobre el zarismo, *a pesar* de la burguesía inconsecuente, egoísta y cobarde, o bien no admitimos este “a pesar”, tememos que la burguesía “vuelva la espalda” y entonces entregamos el proletariado y el pueblo a manos de esta misma burguesía inconsecuente, egoísta y cobarde.

No traten de interpretar mis palabras a su manera. No griten que se les acusa de traición consciente. No; han tendido siempre a hundirse, y están ahora hundidos en el pantano, con la misma inconsciencia con que los antiguos “economistas” se deslizaban incontenible e irremediabilmente por la pendiente de la “profundización” del marxismo hasta la pedantería antirrevolucionaria sin alma y sin vida.

¿De qué fuerzas sociales existentes depende el «alcance de la revolución»? ¿Han pensado en ello, señores? Dejemos a un lado las fuerzas de la política exterior y de las combinaciones internacionales, que se vuelven ahora por completo a nuestro favor, pero de las cuales hacemos caso omiso en nuestro examen, y con razón sobrada, pues de lo que se trata es de las fuerzas interiores de Rusia. Examinen estas fuerzas sociales interiores. Contra la revolución se lanzan la autocracia, la corte, la policía, los funcionarios, el ejército y los cuatro gatos de la alta aristocracia. Cuanto más profunda es la indignación en el pueblo, menos seguro es el ejército, mayor la vacilación entre los funcionarios. Por otra parte, la burguesía, en su conjunto, está ahora en pro de la revolución y prueba su celo pronunciando discursos sobre la libertad, hablando más a menudo cada vez en nombre del pueblo e incluso de la revolución.³² Pero todos no-

³² En este sentido es interesante la carta abierta del señor Struve a Jaurés, publicada recientemente por este último en *L'Humanité* y por el señor Struve en *Osvobozhdenie*, núm. 72.

sotros, los marxistas, sabemos por la teoría y observamos cada día y a cada hora en el ejemplo de nuestros liberales, de la gente de los zemstvos y de los adeptos de *Osvobozhdenie* que la burguesía está en pro de la revolución de una manera inconsecuente, egoísta y cobarde. La burguesía se pasará inevitablemente en su mayoría al bando de la contrarrevolución, al bando de la autocracia contra la revolución, contra el pueblo, en cuanto se satisfagan sus intereses estrechos y egoístas, en cuanto “vuelva la espalda” a la democracia consecuente (*¡y ahora ya comienza a volver la espalda!*). Queda “el pueblo”, es decir, el proletariado y los campesinos: solo el proletariado es *capaz* de ir seguro hasta el fin, pues va mucho más allá de la revolución democrática. Por eso el proletariado lucha en vanguardia por la república, rechazando desdeñoso los consejos, necios e indignos de él, de quienes le dicen que tenga cuidado de no asustar a la burguesía. Entre los campesinos hay, al lado de los elementos pequeñoburgueses una masa de elementos semiproletarios. Esto les hace ser también

inestables, obligando al proletariado a fundirse en un partido estricto de clase. Pero la inestabilidad de los campesinos es distinta por completo de la inestabilidad de la burguesía; pues, en este momento concreto, los campesinos están menos interesados en que se mantenga indemne la propiedad privada que en arrebatarse a los latifundistas sus tierras, que son una de las principales formas de dicha propiedad. Sin convertirse por ello en socialistas ni dejar de ser pequeños burgueses, los campesinos pueden actuar como los más perfectos y radicales partidarios de la revolución democrática. Los campesinos procederán así siempre y cuando la marcha de los acontecimientos revolucionarios que los alecciona no se interrumpa demasiado pronto por la traición de la burguesía y la derrota del proletariado. Con esa condición, los campesinos se convertirán siempre en un baluarte de la revolución y de la república, ya que solo, una revolución plenamente victoriosa puede entregar al campesino *todo* en materia de reformas agrarias, *todo lo* que el campesino quiere, con lo que sueña y lo que necesita

realmente (no para destruir el capitalismo, como se figuran los “socialistas-revolucionarios”, sino) para salir de la abyección de la semiservidumbre, de las tinieblas del embrutecimiento y del servilismo, para mejorar sus condiciones de existencia, en la medida en que esto es posible en marco de la economía mercantil.

Más aún. Los campesinos se hallan vinculados a la revolución no solo por la transformación agraria radical, sino, además, por todos sus intereses generales y permanentes. Incluso en la lucha contra el proletariado tiene el campesino necesidad de la democracia, pues solo el régimen democrático es capaz de expresar con exactitud sus intereses y de darle la preponderancia como masa, como mayoría. Cuanto más instruido esté el campesino (y desde la guerra con el Japón^{xliv} se instruye con una rapidez que muchos no sospechan siquiera, habituados a medir la instrucción únicamente con el rasero escolar), con tantas mayores consecuencia y decisión se pondrá a favor de la revolución democrática completa, porque no tiene miedo, como

la burguesía, a la soberanía del pueblo; por el contrario, ve en ella una ventaja. La república democrática se convertirá en su ideal en cuanto comience a librarse de su monarquismo ingenuo, pues el monarquismo consciente de la burguesía traficante (con su Cámara alta, etc.) promete al campesino la misma privación de derechos, el mismo embrutecimiento, la misma ignorancia ligeramente teñidos de un barniz constitucional a la europea.

He ahí por qué la burguesía, como clase, tiende natural e inevitablemente a esconderse bajo el ala del partido liberal monárquico, mientras los campesinos, como masa, tienden a colocarse bajo la dirección del partido revolucionario y republicano. He ahí por qué la burguesía no es capaz de llevar la revolución democrática hasta el fin, mientras que los campesinos son capaces de llevar la revolución hasta el fin, y nosotros debemos ayudarles con todas nuestras fuerzas en eso.

Se me objetará: no hay necesidad de probarlo; es el abecé: todos los socialdemócratas lo comprenden perfectamente. No, no lo

comprenden los que son capaces de hablar de la “disminución del alcance” de la revolución en el caso de que la burguesía se aparte de ella. Esas gentes repiten frases de nuestro programa agrario, aprendidas de memoria, pero sin comprender su sentido; pues, de otro modo, no temerían la idea de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos que se desprende necesariamente de toda la concepción marxista y de nuestro programa; de otro modo, no limitarían el alcance de la gran revolución rusa al que puede darle la burguesía. Esas gentes refutan sus frases marxistas revolucionarias abstractas con sus resoluciones antimarxistas y antirrevolucionarias concretas.

Quien comprenda verdaderamente cuál es el papel de los campesinos en la revolución rusa victoriosa será incapaz de decir que el alcance de la revolución se reduce si la burguesía le vuelve la espalda; pues, en realidad, la revolución rusa comenzará a adquirir su verdadero alcance, comenzará a cobrar realmente el mayor empuje posible en la época de la revolución democrática burgue-

sa cuando la burguesía le vuelva la espalda y la masa campesina actúe como activa fuerza revolucionaria junto al proletariado. Para ser llevada consecuentemente hasta su término, nuestra revolución democrática debe apoyarse en fuerzas capaces de contrarrestar la inevitable inconsecuencia de la burguesía (es decir, capaces precisamente de “obligarle a volver la espalda”, lo que temen, en su simplicidad, los partidarios caucasianos de *Iskra*)

*El proletariado debe llevar a su término la revolución democrática, atrayéndose las masas campesinas, para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista, atrayéndose la masa de elementos semiproletarios de la población, para romper por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía. Tales son las tareas del proletariado que los partidarios de la nueva *Iskra* conciben de un modo tan estrecho en todos sus razonamien-*

tos y resoluciones sobre el alcance de la revolución.

No hay que olvidar solo una circunstancia que se pierde frecuentemente de vista cuando se discurre sobre este “alcance”. No hay que olvidar que no hablamos aquí de las dificultades del problema, sino de la vía en la cual hay que buscar y procurar su solución. No se trata de que sea fácil o difícil hacer que el alcance de la revolución sea potente e invencible, sino de cómo hay que proceder para que su alcance sea mayor. El desacuerdo se refiere precisamente al carácter fundamental de la actividad, a su orientación misma. Lo subrayamos porque gentes negligentes y de pocos escrúpulos confunden con harta frecuencia dos cuestiones diferentes: la cuestión del camino a seguir, es decir, de la elección entre dos caminos diferentes, y la cuestión de la facilidad o de la proximidad del fin que se ha de alcanzar por el camino emprendido.

No nos hemos referido en absoluto a esta última cuestión en la exposición precedente porque dicha cuestión no ha suscitado des-

avenencias ni discrepancias en el seno de nuestro Partido. Pero, claro está, la cuestión es de por sí muy importante y digna de la mayor atención de todos los socialdemócratas. Sería un optimismo imperdonable olvidar las dificultades que supone el incorporar al movimiento no solo la masa de la clase obrera, sino también la campesina. Contra estas dificultades precisamente se han estrellado más de una vez los esfuerzos hechos para llevar hasta el fin la revolución democrática, con la particularidad de que en la mayoría de los casos triunfaba la burguesía más inconsecuente y más egoísta, la cual “amasaba capital” defensivo de la monarquía contra el pueblo y, al mismo tiempo, “conservaba la virginidad” del liberalismo... o de la tendencia de *Osvobozhdenie*. Pero dificultad no supone imposibilidad de realización. Lo que importa es estar seguros de haber elegido el buen camino, y esta seguridad centuplica la energía revolucionaria y el entusiasmo revolucionario, que son capaces de hacer milagros.

El grado de profundidad de la discrepancia existente entre los socialdemócratas de

nuestros días respecto a la elección del camino que se debe seguir aparece instantáneamente con evidencia cuando se compara la resolución de los neiskristas caucasianos con la del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Esta segunda declara: la burguesía es inconsecuente, tratará sin falta de arrebatarnos las conquistas de la revolución. Por lo tanto, preparaos con más energía para la lucha, camaradas obreros, atraed a vuestro lado a los campesinos. No entregaremos sin combate a la burguesía egoísta nuestras conquistas revolucionarias. La resolución de los neiskristas caucasianos dice: la burguesía es inconsecuente, puede volver la espalda a la revolución. Por eso, camaradas obreros, tened la bondad de no pensar en participar en el gobierno provisional; porque, en ese caso, es probable que la burguesía vuelva la espalda, ¡y el alcance de la revolución será menor, por tanto!

Unos dicen: impulsad la revolución adelante, hasta el fin, a pesar de la resistencia o de la pasividad de la burguesía inconsecuente.

Otros dicen: no penséis en llevar la revolución hasta el fin por vuestra cuenta; pues, entonces, la burguesía inconsecuente le volverá la espalda.

¿Es que no son dos derroteros diametralmente opuestos? ¿No es evidente que una táctica excluye por completo a la otra y que la primera es la única táctica acertada de la socialdemocracia revolucionaria, mientras que la segunda es, en el fondo, una táctica puramente peculiar al estilo de *Osvobozhdenie*?

13. Conclusión. ¿tenemos derecho a vencer?

Los que conocen superficialmente el estado de cosas reinante en la socialdemocracia de Rusia o lo juzgan desde fuera y desconocen la historia de toda la lucha interna desplegada en nuestro Partido desde la época del “economismo”, se desentienden muy a menudo también de las divergencias tácticas que se han definido ahora, sobre todo después del III Congreso, aludiendo simplemente a dos tendencias naturales, inevitables, comple-

tamente conciliables, de todo movimiento socialdemócrata. Por una parte, según ellos, se subraya vivamente la labor corriente, cotidiana, habitual, la necesidad de desarrollar la propaganda y la agitación, de preparar las fuerzas, de profundizar el movimiento, etc. Por otra, se subrayan las tareas de combate, las tareas políticas de orden general y las tareas revolucionarias del movimiento, se indica la necesidad de la insurrección armada y se lanzan las consignas de dictadura democrática revolucionaria y de gobierno provisional revolucionario. No se debe exagerar ni una parte ni otra; ni allí ni aquí (como, en general, en ninguna parte del mundo) los extremismos son buenos, etc., etc.

Las baratas verdades de sabiduría práctica (y “política” entre comillas) que hay sin duda en semejantes razonamientos encubren, sin embargo, con demasiada frecuencia a incomprensión de las necesidades vitales, candentes, del Partido. Fíjense en las actuales divergencias tácticas que hay entre los socialdemócratas rusos. Naturalmente, el hecho de que en los razonamientos neiskristas sobre

la táctica se subraye de un modo acentuado el aspecto cotidiano, habitual, del trabajo, aún no podría representar de por sí ningún peligro ni provocar divergencia alguna en las consignas tácticas. Pero basta comparar las resoluciones del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia con las resoluciones de la Conferencia para que dicha divergencia salte a la vista.

¿De qué se trata? Primero, de que no basta una simple indicación general, abstracta, de las dos corrientes existentes en el movimiento y de lo perniciosos que son los extremismos. Hay que saber concretamente de qué adolece el movimiento actual en el momento presente, dónde está ahora el peligro político real para el Partido. Segundo, hay que saber a qué fuerzas políticas reales hacen el juego estas o las otras consignas tácticas o quizá tal o cual ausencia de consignas. Si escuchan a los neoiskristas, llegarán a la conclusión de que el partido de la socialdemocracia se ve amenazado del peligro de arrojar por la borda la propaganda y la agitación, la lucha económica y la crítica

de la democracia burguesa, de dejarse seducir desmesuradamente por la preparación militar, por los ataques armados, por la toma del poder, etc. Pero, en realidad, el verdadero peligro que amenaza al Partido proviene de otro lado completamente distinto. Quien conozca algo de cerca la situación del movimiento y quien, de un modo reflexivo, esté atento a su curso, no puede menos de ver cuan ridículos son los temores neoisristas. Toda la labor del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia ha cristalizado ya en un marco sólido e invariable que garantiza de manera absoluta la colocación del centro de gravedad en la propaganda y la agitación, en los mítines relámpago y reuniones de masas, en la difusión de octavillas y folletos, en la contribución a la lucha económica y en el apoyo a sus consignas. No hay ni un solo comité de partido, ni un solo comité distrital, ni una sola reunión central, ni un solo grupo fabril donde el noventa y nueve por ciento de la atención, de las fuerzas y del tiempo no se dedique siempre y de un modo constante a todas estas funciones, afianzadas ya desde la

segunda mitad de la década del '90. Esto lo ignoran solo quienes desconocen por completo el movimiento. Solo gente muy ingenua o desinformada puede tomar en serio la repetición neoisquista de cosas trilladas cuando esto se hace con empaque.

El hecho es que, lejos de arrebatarnos de un modo desmesurado las tareas de la insurrección, las consignas políticas generales y la dirección de toda la revolución popular, lo que salta a la vista en este sentido y constituye el lado más vulnerable, un peligro real para el movimiento que puede degenerar, y degenera ya en algunos sitios, de revolucionario de hecho en revolucionario de palabra, es precisamente *el atraso*. De los muchos centenares de organizaciones, grupos y círculos que desempeñan labor de partido no encontrarán ni uno solo en el cual no se haya llevado a cabo desde su nacimiento esa labor cotidiana, de la que hablan los Sénecas de la nueva *Iskra*, dándose el tono de gentes que han descubierto nuevas verdades, y, por el contrario, encontrarán un porcentaje insignificante de grupos y círculos que

conozcan las tareas de la insurrección armada, que hayan abordado el cumplimiento de las mismas y que se den cuenta de la necesidad de dirigir toda la revolución popular contra el zarismo, de la necesidad de propugnar para ello estas consignas de vanguardia precisamente, y no otras.

Llevamos un atraso increíble con respecto a las tareas de vanguardia y revolucionarios de verdad, en infinidad de casos aún no las conocemos y, debido a nuestro atraso en este sentido, hemos dejado fortalecer en muchos sitios la democracia burguesa revolucionaria. Y los que escriben en la nueva *Iskra*, dando la espalda a la marcha de los acontecimientos y a las exigencias del momento, repiten tozudos: ¡No olvidéis lo viejo! ¡No os dejéis llevar por lo nuevo! Este es el tono fundamental e invariable de todas las resoluciones sustanciales de la Conferencia, mientras quemen las resoluciones del Congreso también se podrá leer siempre lo siguiente: al mismo tiempo que confirmamos lo viejo (y sin detenernos a repetirlo con machaconería, precisamente porque es algo viejo, ya

resuelto y estampado en las publicaciones, en las resoluciones y en las experiencias), planteamos una tarea nueva, llamamos la atención sobre la misma, lanzamos una consigna nueva y exigimos a los socialdemócratas realmente revolucionarios una labor inmediata para ponerla en práctica.

He aquí cómo está, en realidad, planteada la cuestión de las dos tendencias en la táctica de la socialdemocracia. La época revolucionaria ha promovido nuevas tareas que solo gentes ciegas por completo pueden no ver. Y estas tareas las aceptan con denuedo unos socialdemócratas y las ponen al orden del día: la insurrección armada es inaplazable, preparaos para la misma inmediata y enérgicamente, acordaos de que es imprescindible para la victoria decisiva, plantead las consignas de república, gobierno provisional y dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos. Otros socialdemócratas, en cambio, retroceden, no se mueven del sitio; en vez de dar consignas, escriben prólogos; en lugar de indicar lo nuevo al paso que confirman lo viejo, repiten con

machaconería incansable y aburrimiento lo viejo, inventan pretextos para desentenderse de lo nuevo, sin saber definir las condiciones de la victoria decisiva ni presentar las únicas consignas adecuadas a la aspiración de conseguir la victoria completa.

Tenemos delante el resultado político de este seguidismo. El cuento del acercamiento de la “mayoría” del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia a la democracia burguesa revolucionaria no pasa de ser un cuento sin confirmar por un solo hecho político, por una sola resolución importante de los “bolcheviques”, por un solo acto del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Mientras tanto, la burguesía oportunista, monárquica, personificada en *Osvobozhdenie*, aplaude desde hace tiempo las tendencias “de principio” del neoiskrismo y ahora, sencillamente, hace ya mover su molino con el agua de las mismas, hace suyos todos los términos e “ideúchas” contra la “clandestinidad” y el “motín”, contra las exageraciones del aspecto “técnico” de la revolución, contra la presentación directa de la consigna de

la insurrección armada, contra el “revolucionarismo” de las reivindicaciones extremas, etc., etc.

La resolución de toda una Conferencia de los socialdemócratas “mencheviques” del Cáucaso y la aprobación de dicho acuerdo por la Redacción de la nueva *Iskra* ofrecen un resumen político inequívoco de todo esto: ¡que la burguesía no vuelva la espalda en caso de que el proletariado participe en la dictadura democrática revolucionaria! Con esto está dicho todo. Con esto se consagra definitivamente la transformación del proletariado en apéndice de la burguesía monárquica. Con esto queda demostrada en la práctica, y no mediante la declaración casual de una persona, sino una resolución especialmente aprobada por toda una tendencia, *la significación política* del seguidismo neoiskrista.

Quien reflexione en estos hechos comprenderá la verdadera significación de las alusiones en boga a los dos aspectos y a las dos tendencias del movimiento socialdemócrata. Tomen el bernsteinianismo para estudiar dichas tendencias a gran escala. Los

bersteinianos afirmaban y afirman, exactamente igual, que son ellos precisamente los que comprenden las verdaderas demandas del proletariado, las tareas de acrecentar sus fuerzas, ampliar todo el trabajo, preparar los elementos de la nueva sociedad y desplegar la propaganda y la agitación. ¡Exigimos el reconocimiento abierto de lo que existe! – dice Bernstein, consagrando con esto el “movimiento” *sin* “objetivo final”, consagrando solo la táctica defensiva, predicando la táctica del miedo “a que la burguesía vuelva la espalda”–. También los bersteinianos gritaban a propósito del “jacobinismo” de los socialdemócratas revolucionarios, de los “literatos” que no comprenden la “iniciativa obrera”, etc., etc. En realidad, como todo el mundo sabe, los socialdemócratas revolucionarios no han pensado siquiera en abandonar la labor cotidiana, la labor menuda, la preparación de fuerzas, etc., etc. Lo único que exigían era la conciencia clara del objetivo final, el planteamiento claro de las tareas revolucionarias, querían elevar a los sectores semiproletarios y semipequeñoburgueses al

nivel revolucionario del proletariado y no hacer descender este nivel hasta las consideraciones oportunistas de que “no vuelva la espalda la burguesía”. Quizá la expresión más elocuente de esta disensión entre el ala oportunista intelectual y el ala revolucionaria proletaria del Partido fuese la pregunta: *dürfen wir siegen?*, «¿tenemos derecho a vencer?», ¿nos está permitido vencer?, ¿no es peligroso vencer?, ¿conviene que vencamos? Por extraño que parezca a primera vista, esta pregunta fue, sin embargo, formulada, y debía serlo, pues los oportunistas temían la victoria, intimidaban al proletariado con la perspectiva de la misma, pronosticaban toda clase de calamidades como consecuencia de ella, ridiculizaban las consignas que incitaban directamente a conquistarla.

Esta misma división fundamental en tendencia oportunista intelectual y tendencia revolucionaria proletaria existe también entre nosotros, con la sola diferencia, muy sustancial, de que no se trata de la revolución socialista, sino de la revolución democrática. Entre nosotros se ha formulado también

la pregunta, absurda a primera vista: “¿tenemos derecho a vencer?” Esta pregunta ha sido formulada por Martínov en sus *Dos dictaduras*, donde vaticina toda clase de calamidades si preparamos muy bien y llevamos a cabo con pleno éxito la insurrección. Ha sido formulada por todas las publicaciones de los neiskristas consagradas al problema del gobierno provisional revolucionario, con la particularidad de que se ha intentado constantemente con celo, pero sin éxito, confundir la participación de Millerand en el gobierno oportunista burgués con la participación de Varlin^{xlv} en el gobierno revolucionario pequeñoburgués. La cuestión ha quedado recogida en la resolución con las palabras de temor a que “la burguesía vuelva la espalda”. Y si bien Kautsky, por ejemplo, intenta ahora ironizar, diciendo que nuestras discusiones sobre el gobierno provisional revolucionario se parecen al reparto de la piel del oso antes de matarlo, esta ironía no demuestra otra cosa, sino que incluso socialdemócratas inteligentes y revolucionarios se descarrían cuando hablan de lo que conocen

solo de oídas. La socialdemocracia alemana aún no se encuentra muy cerca del momento en que pueda matar el oso (hacer la revolución socialista), pero la discusión en torno a si “tenemos derecho” a matarlo ha tenido inmensa importancia desde el punto de vista de los principios y desde el punto de vista político práctico. Los socialdemócratas rusos aún no tendrán tan pronto las fuerzas suficientes para “matar su oso” (hacer la revolución democrática), pero es de suma importancia para todo el porvenir de Rusia y para el porvenir de la socialdemocracia rusa saber si “tenemos derecho” a matarlo. No se puede ni hablar de un reclutamiento enérgico y eficaz de un ejército, ni del mando del mismo, sin estar seguros de que “tenemos derecho” a vencer.

Fíjense en nuestros viejos “economistas”. También gritaban que sus adversarios eran unos conspiradores, unos jacobinos (véase *Rabóchee Delo*, sobre todo el número 10, y el discurso de Martínov en los debates del II Congreso^{xlvi} sobre el programa) que, enfrascados en la política, se separaban de las

masas, olvidaban las bases del movimiento obrero, no tenían en cuenta la iniciativa obrera, etc., etc. Pero, en realidad, esos partidarios de la “iniciativa obrera” eran unos intelectuales oportunistas que imponían a los obreros su concepción estrecha y filistea de las tareas del proletariado. En realidad, los adversarios del “economismo”, como puede verlo cualquiera por la vieja *Iskra*, no abandonaban ni relegaban a último término ni uno solo de los aspectos de la labor socialdemócrata, no olvidaban en lo más mínimo la lucha económica y, al mismo tiempo, sabían” plantear con toda amplitud las tareas políticas urgentes e inmediatas, oponiéndose a la transformación del partido obrero en un apéndice “económico” de la burguesía liberal.

Los economistas se habían aprendido de memoria que la base de la política es la economía y “entendían” esto como la necesidad de hacer descender la lucha política al nivel de la económica. Los neoiskristas se han aprendido de memoria que la base económica de la revolución democrática es la revolución burguesa y “han entendido” esto

como la necesidad de hacer descender las tareas democráticas del proletariado al nivel de la moderación burguesa, al límite en que, si es rebasado, “la burguesía volverá la espalda”. So pretexto de profundizar el trabajo, so pretexto de la iniciativa obrera y de la política puramente de clase, los “economistas” entregaban en la práctica la clase obrera a manos de los políticos liberales burgueses, es decir, conducían el Partido por un camino cuya significación objetiva era precisamente ésta. Los neiskristas, con los mismos pretextos, traicionan en la práctica los intereses del proletariado en la revolución democrática a favor de la burguesía, es decir, conducen el Partido por el camino cuya significación objetiva es precisamente ésta. A los “economistas” les parecía que la hegemonía en la lucha política no era cosa de los socialdemócratas, sino propiamente cosa de los liberales. A los neiskristas les parece que la realización activa de la revolución democrática no es cosa de los socialdemócratas, sino propiamente cosa de la burguesía democrática, pues la dirección y la participación del

proletariado en primera línea “disminuiría el alcance” de la revolución.

En pocas palabras, los neoiskristas son unos epígonos del “economismo” no solo porque su origen viene del II Congreso del Partido, sino también por su modo actual de plantear las tareas tácticas del proletariado en la revolución democrática. Son también una ala oportunista intelectual del Partido. En materia de organización, comenzaron por el individualismo anarquista, propio de intelectuales, y han terminado en la “desorganización-proceso”, consagrando en los “estatutos”^{xlvi} aprobados por la Conferencia la falta de ligazón de las publicaciones con la organización del Partido, las elecciones indirectas, casi en cuatro etapas, el sistema de plebiscitos bonapartistas en vez de representación democrática y, finalmente, el principio del “acuerdo” entre la parte y el todo. En la táctica del Partido se deslizaban por la misma pendiente. En el “plan de campaña de los zemstvos”^{xlvi} declararon como “tipo superior de manifestación” las acciones ante la gente de los zemstvos, no viendo en la esce-

na política más que dos fuerzas activas (¡esto en vísperas del 9 de enero!): el gobierno y la democracia burguesa. “Profundizaron” la tarea urgente de armarse, sustituyendo la consigna práctica directa por un llamamiento a armar al pueblo con el deseo ardiente de armarse por su mano. Las tareas de la insurrección armada, del gobierno provisional, de la dictadura democrática revolucionaria han sido ahora deformadas y embotadas en sus resoluciones oficiales. “Que la burguesía no vuelva la espalda” –este acorde final de la última de sus resoluciones– proyecta viva luz sobre la cuestión de saber adónde conduce al Partido el camino que ellos preconizan.

La revolución democrática en Rusia es una revolución burguesa por su fondo social y económico. No basta con repetir sencillamente esta tesis marxista justa. Hay que saberla comprender y aplicar a las consignas políticas. Toda la libertad política en general, basada en las relaciones de producción actuales, esto es, capitalistas, es una libertad burguesa. La reivindicación de libertad expresa, ante todo, los intereses de la burgue-

sía. Sus representantes fueron los primeros en presentar esta reivindicación. Sus partidarios han aprovechado en todas partes como dueños y señores la libertad obtenida, ajustándola al rasero de la moderación y la escrupulosidad burguesas, combinándola con la represión del proletariado revolucionario, más refinada en tiempo de paz y de una crueldad feroz durante las tempestades.

Pero únicamente... los populistas rebeldes, y los “economistas” podían deducir de esto la negación o el menoscabo de la lucha por la libertad. Se ha conseguido imponer al proletariado estas doctrinas de intelectuales filisteos únicamente de un modo temporal, a pesar de su resistencia. El proletariado se ha dado cuenta, por instinto, de que necesita la libertad política, de que la necesita él más que nadie, a pesar de que ésta refuerce y organice directamente a la burguesía. El proletariado no espera su salvación de la renuncia a la lucha de clases, sino del desarrollo de ésta, del aumento de la amplitud, la conciencia, la organización y la energía de ésta. Quien menoscabe las tareas de la lucha política hace

que el socialdemócrata deje de ser tribuno popular para convertirse en secretario de tra-
deunión. Quien menoscabe las tareas prole-
tarias en la revolución democrática burguesa
hace que el socialdemócrata deje de ser el
jefe de la revolución popular para convertir-
se en líder de un sindicato obrero libre.

Sí, de la revolución *popular*. La socialde-
mocracia ha luchado y lucha con pleno dere-
cho contra el abuso democrático burgués de
la palabra “pueblo”. Exige que con esta pa-
labra no se encubra la incomprensión de los
antagonismos de clase en el seno del pueblo.
Insiste absolutamente en que el partido del
proletariado necesita completa independen-
cia de clase. Pero divide al “pueblo” en “cla-
ses”, y no para que la clase de vanguardia se
encierre en sí misma, se limite a una medida
estrecha, castre su actividad con considera-
ciones como la de que no vuelvan la espalda
los magnates de la economía del mundo, sino
para que la clase de vanguardia, sin adolecer
de las vacilaciones, la inconstancia y la in-
decisión de las clases intermedias, luche con
la mayor energía y el mayor entusiasmo por

la causa de todo el pueblo, al frente de todo el pueblo.

¡He ahí lo que no comprenden tan a menudo los neiskristas actuales que sustituyen las consignas políticas activas de la revolución democrática con la repetición casuística de la palabra «clase» en todos los géneros y casos!

La revolución democrática es burguesa. La consigna de “reparto negro” o de “tierra y libertad” —esta consigna difundidísima entre la masa campesina, ignorante y oprimida, pero que busca apasionadamente la luz y la felicidad— es burguesa. Pero nosotros, los marxistas, debemos saber que no hay ni puede haber otro camino hacia la verdadera libertad del proletariado y de los campesinos que el camino de la libertad burguesa y del progreso burgués. No debemos olvidar que en estos momentos no hay ni puede haber otro medio de acercar el socialismo que la libertad política completa, la república democrática, la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos. Como representantes de la clase de vanguardia, de la única clase revolucionaria sin re-

servas, sin dudas, sin volver la vista atrás, debemos plantear ante todo el pueblo, del modo más amplio, con las mayores osadía e iniciativa posibles, las tareas de la revolución democrática. El menoscabo de dichas tareas es en teoría una caricatura de marxismo y una adulteración filisteo del mismo, y en la práctica política significa entregar la causa de la revolución a manos de la burguesía, la cual dejará inevitablemente de ser consecuente para hacer la revolución. Las dificultades que se alzan en el camino hacia la victoria completa de la revolución son muy grandes. Nadie podrá censurar a los representantes del proletariado si hacen todos los esfuerzos posibles, y estos esfuerzos quedan frustrados ante la resistencia de la reacción, la traición de la burguesía y la ignorancia de las masas. Pero todo el mundo –sobre todo el proletariado consciente– condenará a la socialdemocracia si ésta cercena la energía revolucionaria de la revolución democrática, si cercena el entusiasmo revolucionario con el miedo a vencer, con consideraciones encauzadas a que la burguesía no vuelva la espalda.

Las revoluciones son las locomotoras de la historia, decía Marx^{xlix}. Las revoluciones son la fiesta de los oprimidos y explotados. La masa del pueblo nunca es capaz de ser un creador tan activo de nuevos regímenes sociales como durante la revolución. En tales períodos, el pueblo es capaz de hacer milagros, desde el punto de vista del rasero estrecho y pequeño-burgués del progreso paulatino. Pero es necesario que también los dirigentes de los partidos revolucionarios planteen sus tareas de un modo más amplio y audaz en tales períodos, que sus consignas se adelanten siempre a la iniciativa revolucionaria de las masas, sirviendo de faro a las mismas, mostrando en toda su grandeza y en toda su magnificencia nuestro ideal democrático y socialista, indicando el camino más corto y más directo hacia la victoria completa, incondicional y decisiva. Reservemos a los oportunistas de la burguesía de *Osvobozhdenie* la búsqueda, por miedo a la revolución y por miedo al camino directo, de sendas indirectas, de rodeo, de componenda. Si se nos obliga por la fuerza a arrastrarnos por dichas

sendas, sabremos cumplir con nuestro deber aun en la labor cotidiana menuda. Pero que sea la lucha sin cuartel la que decida primero la elección del camino. Seremos unos felones y unos traidores a la revolución si no aprovechamos esta energía de las masas en fiesta y su entusiasmo revolucionario para la lucha implacable y abnegada por el camino directo y decidido. Que los oportunistas de la burguesía tiemblen de pensar en la reacción futura. A los obreros no les asusta la idea de que la reacción se proponga ser terrible ni que la burguesía se disponga a volver la espalda. Los obreros no esperan componendas, no imploran dádivas; aspiran a aplastar sin piedad las fuerzas reaccionarias, es decir, aspiran *a la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos*.

Ni que decir tiene que en los períodos tempestuosos la nave de nuestro Partido se ve amenazada por mayores peligros que durante la “navegación” tranquila del progreso liberal, que significa la extracción dolorosa y lenta de los jugos de la clase obrera por sus explotadores. Ni que decir tiene que las tareas de la

dictadura democrática revolucionaria son mil veces más difíciles y complejas que las tareas de la “oposición extrema” y de la lucha parlamentaria exclusiva. Pero vale más que quien es capaz, en el momento revolucionario actual, de preferir conscientemente la navegación tranquila y el camino de la “oposición” sin riesgos, se aparte temporalmente de la labor socialdemócrata, espere el fin de la revolución, espere que termine la fiesta y retorne la labor cotidiana, espere que su habitual y estrecho rasero no sea una disonancia tan repelente y una deformación tan monstruosa de las tareas de la clase de vanguardia. ¡A la cabeza de todo el pueblo y, en particular, de los campesinos, por la libertad total, por la revolución democrática consecuente, por la república!

¡A la cabeza de todos los trabajadores y explotados, por el socialismo! Esta debe ser, en la práctica, la política del proletariado revolucionario, ésta es la consigna de clase que debe presidir y determinar la solución de todos los problemas tácticos, de todos los pasos prácticos del partido obrero durante la revolución.

Epílogo

Otra vez la tendencia de “osvobozhdenie”, otra vez el neiskrismo

Los números 71-72 de *Osvobozhdenie* y 102-103 de *Iskra* nos aportan nuevos datos de extraordinaria riqueza sobre la cuestión a que dedicamos el capítulo 8 de nuestro folleto. Como no tenemos posibilidad alguna de utilizar aquí todos estos ricos datos, nos detendremos solamente en lo más esencial. Primero, en la clase de “realismo” de la socialdemocracia que *Osvobozhdenie* elogia y por qué debe elogiarlo; segundo, en la correlación de los conceptos de revolución y dictadura.

I. ¿Por qué elogian los realistas liberales burgueses a los “realistas” socialdemócratas?

Los artículos *La escisión en la socialdemocracia rusa* y *El triunfo del sentido común* (*Osvobozhdenie*, núm. 72) constituyen un juicio de la burguesía liberal sobre la socialdemocracia, valiosísimo para los proletarios conscientes. Por mucho que se recomiende a todos los socialdemócratas que lean enteros estos

artículos y *mediten* en cada una de sus frases, nunca se exagerará la nota³³. Reproduciremos, ante todo, las tesis principales de los dos:

“Desde fuera –dice *Osvobozhdenie*– es bastante difícil captar el sentido político real de la discrepancia que ha dividido al Partido Socialdemócrata en dos fracciones. Calificar la fracción de la ‘mayoría’ de más radical y franca a diferencia de la ‘minoría’, que admite, en bien de la causa, algunos compromisos, no es totalmente exacto y, en todo caso, no es una definición concluyente. La fracción de la minoría acata al menos los dogmas tradicionales de la ortodoxia marxista tal vez con más celo aún que la fracción de Lenin. Nos parece más exacta la siguiente definición. El espíritu político fundamental de la ‘mayoría’ es un revolucionarismo abstracto, un espíritu de

³³ En el manuscrito sigue luego un texto tachado: “El juicio de los más empedernidos, los más fuertes (en la sociedad contemporánea) y más inteligentes enemigos de la socialdemocracia (entre todos sus enemigos contemporáneos) es un material positivamente inapreciable para la ilustración política de los propios socialdemócratas”. – *Ed.*

rebeldía, el afán de levantar por todos los medios una insurrección de la masa del pueblo y tomar inmediatamente el poder en su nombre; esto aproxima en cierto grado a ‘leninistas’ y socialistas-revolucionarios y eclipsa en su conciencia la idea de la lucha de clases con la idea de una revolución de todo el pueblo ruso; por otra parte, los ‘leninistas’ desechan en la práctica muchas de las limitaciones de la doctrina socialdemócrata, pero están impregnados de la estrechez del revolucionarismo, renuncian a todo trabajo práctico que no sea la preparación de la insurrección inmediata y, leales a sus principios, hacen caso omiso de todas las formas de agitación legal y semilegal y de toda clase de compromisos útiles en la práctica con otras tendencias opositoristas. Por el contrario, la minoría, muy adicta a los dogmas del marxismo, conserva a la vez los elementos realistas de la concepción marxista del mundo. La idea fundamental de esta fracción es la oposición de los intereses del ‘proletariado’ y los de la burguesía. Pero, por otra parte, mira la lucha del proletariado –naturalmente, dentro

de ciertos límites dictados por los dogmas inmutables de la socialdemocracia— con sensatez realista, con una noción clara de todas las condiciones y tareas concretas de esta lucha. Ambas fracciones aplican su punto de vista fundamental de un modo no del todo consecuente, pues las atan en su obra creadora ideológica y política las fórmulas estrictas del catecismo socialdemócrata, que impiden a los leninistas convertirse en amotinadores declarados, a la manera, por lo menos, de algunos socialistas-revolucionarios, y a los ‘iskristas’ convertirse en dirigentes prácticos del movimiento político real de la clase obrera”.

Y, exponiendo más adelante el contenido de las principales resoluciones, el que escribe en *Osvobozhdenie* aclara sus “pensamientos” generales con algunas advertencias concretas respecto a ellas. En comparación con el III Congreso, dice él, “la Conferencia de la minoría mantiene una actitud distinta por completo ante la insurrección armada”. “En relación con la actitud ante la insurrección armada” aparece la disensión de las resoluciones sobre el gobierno provisional.

“Igual divergencia se manifiesta en la actitud ante los sindicatos obreros. Los ‘leninistas’ no han dicho en sus resoluciones una sola palabra sobre este importantísimo punto de partida de la educación política y de la organización de la clase obrera. La minoría, por el contrario, ha elaborado una resolución muy seria”. En cuanto a la actitud ante los liberales, ambas fracciones están de acuerdo, según dicho autor, pero el III Congreso “repite casi textualmente la resolución de Plejánov sobre la actitud ante los liberales, adoptada en el II Congreso, y rechaza la resolución de Starover, más favorable para los liberales, adoptada en el mismo Congreso”. Siendo en general análogas las resoluciones del Congreso y de la Conferencia en lo tocante al movimiento campesino, la “mayoría” hace más hincapié en la idea de la confiscación revolucionaria de las tierras de los terratenientes, etc., mientras que la “minoría” quiere hacer de la reivindicación de reformas democráticas estatales y administrativas la base de su agitación”.

Finalmente, *Osvobozhdenie* cita una resolución menchevique, publicada en el nú-

mero 100 de *Iskra*, cuyo punto principal dice: “Puesto que, actualmente, el trabajo clandestino por sí solo no asegura a las masas una participación suficiente en la vida del Partido y lleva, en parte, a oponer las masas como tales al Partido como organización ilegal, este último necesita tomar en sus manos la lucha sindical de los obreros en el terreno legal, coordinando estrechamente esta lucha con las tareas socialdemócratas”. Respecto a esta resolución, *Osvobozhdenie* exclama: “Nosotros aplaudimos efusivamente esta resolución como un triunfo del sentido común, como un momento de lucidez táctica de una parte del Partido Socialdemócrata”.

Ahora el lector conoce ya todas las apreciaciones esenciales de *Osvobozhdenie*. Sería un grandísimo error, naturalmente, considerar acertadas estas opiniones en el sentido de su concordancia con la verdad objetiva. Todo socialdemócrata descubrirá fácilmente a cada paso errores en ellas. Sería una ingenuidad olvidar que todas estas opiniones están impregnadas totalmente de los intereses

y el punto de vista de la burguesía liberal y que son parciales y tendenciosas del comienzo al fin en este sentido. Reflejan las ideas de la socialdemocracia igual que un espejo cóncavo o convexo los objetos. Pero sería un error mayor aún olvidar que estos juicios deformados a gusto de la burguesía reflejan, a fin de cuentas, los intereses reales de la burguesía, la cual, como clase, comprende perfectamente, sin duda alguna, qué tendencias de la socialdemocracia le convienen, le son próximas, afines, simpáticas, y cuáles le son nocivas, ajenas, extrañas, antipáticas. Un filósofo burgués o un publicista burgués jamás comprenderá con acierto la socialdemocracia, ni la menchevique, ni la bolchevique. Pero si es un publicista algo inteligente, no le engañará su instinto de clase y captará siempre bien en el fondo la significación que para la burguesía tenga tal o cual tendencia dentro de la socialdemocracia, aunque la deforme al exponerla. El instinto de clase de nuestro enemigo y el juicio de clase que emita merecen siempre, por eso, la atención más seria de todo proletario consciente.

¿Qué nos dice por boca de los partidarios de *Osvobozhdenie* el instinto de clase de la burguesía de Rusia?

Expresa de una manera evidente la satisfacción que le producen las tendencias del neoiskrismo, alabándolo por su realismo, por su sensatez, por el triunfo del sentido común, por la seriedad de las resoluciones, por su momento de lucidez táctica, por su practicismo, etc., y expresa su descontento por las tendencias del III Congreso, censurándolo por la estrechez, el revolucionarismo, el espíritu de rebeldía, la negación de los compromisos útiles en la práctica, etc. El instinto de clase sugiere a la burguesía precisamente lo que ha sido demostrado multitud de veces en nuestras publicaciones con los datos más exactos, a saber: que los neoiskristas son el ala oportunista de la actual socialdemocracia rusa, y sus adversarios, el ala revolucionaria. Los liberales no pueden menos de tener simpatías por las tendencias de la primera de dichas alas, no pueden menos de censurar las tendencias de la segunda. Los liberales, como ideólogos de la burguesía, comprenden per-

fectamente que a la burguesía le convienen “el practicismo, la sensatez y la seriedad” de la clase obrera, es decir, la limitación en la práctica del campo de su actividad al marco del capitalismo, de las reformas, de la lucha sindical, etc. Para la burguesía son peligrosas y temibles “la estrechez revolucionaria” del proletariado y su aspiración a conseguir, en nombre de sus tareas de clase, un papel dirigente en la revolución del pueblo ruso.

Que este es, efectivamente, el sentido de la palabra “realismo” en la interpretación de *Osvobozhdenie* se puede ver, entre otras cosas, en el empleo que de ella han hecho con anterioridad *Osvobozhdenie* y el señor Struve. La misma *Iskra* no ha podido menos de reconocer esa significación del “realismo” de *Osvobozhdenie*. Recuerden, por ejemplo, el artículo titulado *¡Ya es hora!*, publicado en el suplemento al número 73-74 de *Iskra*. El autor del artículo (consecuente paladín de las concepciones del “pantano” en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia) ha expresado francamente su opinión de que “Akímov ha desempeñado en el

Congreso más bien el papel de espectro del oportunismo que el de verdadero representante suyo”. Y la Redacción de *Iskra* se ha visto obligada inmediatamente a rectificar al autor del artículo *¡Ya es hora!*, declarando en una nota:

“No se puede estar de acuerdo con esta opinión. Los puntos de vista programáticos del camarada Akímov llevan bien marcado el sello del oportunismo, cosa que reconoce también el crítico de *Osvobozhdenie* en uno de sus últimos números, señalando que el camarada Akímov pertenece a la tendencia “realista” (léase revisionista)”.³⁴

Así pues, la *Iskra* misma sabe perfectamente que el “realismo” de *Osvobozhdenie* no es ni más ni menos que oportunismo. Si ahora, al atacar el “realismo liberal” (núm. 102 de *Iskra*), *Iskra* silencia que *los liberales la alabaron* por su realismo, este silencio se explica por el hecho de que tales alabanzas son peores que cualquier censura. Tales alaban-

³⁴ En el manuscrito sigue luego: (Compárese la hoja *Un liberal obsequioso*, Ed. *Vperiod*)

zas (que ni son casuales ni es la primera vez que las hace *Osvobozhdenie*) demuestran en la práctica el parentesco del realismo liberal con estas tendencias del “realismo” (léase oportunismo) socialdemócrata que se traslucen en cada resolución de los neoiskristas debido a la falsedad de toda su posición táctica.

En efecto, la burguesía de Rusia ha manifestado ya plenamente su inconsecuencia y su egoísmo en la revolución “del pueblo”, lo ha manifestado tanto por las reflexiones del señor Struve como por el tono y el contenido de gran número de periódicos liberales y por el carácter de los actos políticos de gran número de funcionarios de los zemstvos, de gran número de intelectuales, en general, de todo género de partidarios de los señores Trubetskói, Petrunkévich, Ródichev y Cía. Desde luego, la burguesía no siempre comprende con plena claridad, pero su intuición de clase le hace darse perfecta cuenta, en general, de que, por una parte, el proletariado y el “pueblo” son útiles para *su* revolución como carne de cañón, como ariete contra el absolutismo, pero que, por otra parte, el pro-

letariado y los campesinos revolucionarios son peligrosísimos para ella en el caso de que consigan la “victoria decisiva sobre el zarismo” y lleven hasta el fin la revolución democrática. Por eso la burguesía procura por todos los medios que el proletariado se conforme con desempeñar un papel “modesto” en la revolución, que sea más moderado, más práctico, más realista, que su actividad esté determinada por el principio: “que la burguesía no vuelva la espalda”.

Los burgueses instruidos saben perfectamente que no podrán desembarazarse del movimiento obrero. Por eso no impugnan en absoluto el movimiento obrero ni la lucha de clase del proletariado; no, incluso hacen todo tipo de reverencias a la libertad de huelga, a la lucha de clases civilizada, comprendiendo el movimiento obrero y la lucha de clases a la manera de Brentano¹ o de los sindicatos de Hirsch y Duncker. Dicho de otra manera, están dispuestos por completo a “conceder” a los obreros la libertad de huelga y de asociación (casi conquistada ya de hecho por los mismos obreros) con tal de que estos

renuncien al “espíritu de rebeldía”, al “revolucionarismo estrecho”, a la hostilidad a los “compromisos útiles en la práctica”, a la pretensión y al deseo de imprimir “a la revolución popular rusa” el sello de *su* lucha de clase, el sello de la perseverancia proletaria, de la decisión proletaria, del “jacobinismo plebeyo”. Los burgueses instruidos de toda Rusia procuran por eso con todas sus fuerzas, por mil medios y caminos –libros, conferencias, discursos, charlas, etc., etc.–, inculcar a los obreros las ideas de la sensatez (burguesa), del practicismo (liberal), del realismo (oportunista), de la lucha de clases (a la manera de Brentano), de los sindicatos (como los de Hirsch y Duncker)^{li}, etc. Las dos últimas consignas son cómodas en particular para los burgueses del Partido “Demócrata Constitucionalista” o de *Osvobozhdenie*, ya que coinciden en apariencia con las consignas marxistas; ya que, silenciando algunas cosas y tergiversando ligeramente las consignas mismas, es facilísimo confundirlas con las socialdemócratas y, a veces, incluso hacerlas pasar por socialdemócratas. Así, por

ejemplo, el periódico liberal *Rassviet*^{lii}, que se publica legalmente (y del cual procuraremos hablar algún día con más detenimiento con los lectores de *Proletari*), dice a menudo cosas tan “atrevidas” sobre la lucha de clases, sobre la posibilidad de que la burguesía engañe al proletariado, sobre el movimiento obrero, sobre la iniciativa del proletariado, etc., etc., que el lector poco atento y el obrero poco desarrollado tomarán fácilmente su “espíritu socialdemócrata” por oro de ley. Pero, de hecho, esto es una falsificación burguesa de la socialdemocracia, una deformación y una tergiversación oportunistas del concepto de la lucha de clases.

Toda esta gigantesca falsificación burguesa (gigantesca por la amplitud de su impacto en las masas) se basa en la tendencia a reducir el movimiento obrero a un movimiento principalmente sindical, a mantenerlo lo más alejado posible de una política independiente (es decir, revolucionaria y orientada a la dictadura democrática), a “eclipsar en la conciencia de los obreros la idea de la revolución de todo el pueblo ruso con la idea de la lucha de clases”.

Como ve el lector, hemos puesto cabeza abajo la fórmula de *Osvobozhdenie*. Excelente fórmula que expresa perfectamente dos puntos de vista sobre el papel del proletariado en la revolución democrática, el punto de vista burgués y el punto de vista socialdemócrata. La burguesía quiere constreñir al proletariado al solo movimiento sindical y, de esta manera, “eclipsar en su conciencia la idea de la revolución de todo el pueblo ruso con la idea de la lucha de clases” (*a la manera de Brentano*), exactamente igual que los autores bernsteinianos del *Credo*, los cuales eclipsaban en la conciencia de los obreros la idea de la lucha política con la idea del movimiento “puramente obrero”. La socialdemocracia quiere, por el contrario, desarrollar la lucha de clase del proletariado hasta hacerle asumir en la revolución de todo el pueblo ruso un papel dirigente, es decir, llevar esta revolución hasta la dictadura democrática del proletariado y los campesinos.

Nuestra revolución es una revolución de todo el pueblo, dice la burguesía al proletariado. Por eso tú, como clase peculiar, de-

bes limitarte a tu lucha de clase; en aras del “sentido común”, debes dirigir tu atención principal a los sindicatos y a su legalización; debes considerar precisamente esos sindicatos punto de partida el “importantísimo” para tu educación política y para tu organización”; en los momentos revolucionarios debes redactar, sobre todo, resoluciones “serias”, parecidas a la de los neoisristas; debes ser circunspecto con las resoluciones “más favorables para los liberales”; debes preferir a dirigentes que tiendan a convertirse en “dirigentes prácticos del movimiento político real de la clase obrera”; debes “conservar los elementos realistas de la concepción marxista del mundo” (si, por desgracia, ya te has contagiado de las “fórmulas rígidas” de este catecismo “no científico”).

Nuestra revolución es una revolución de todo el pueblo, dice la socialdemocracia al proletariado. Por eso, como eres la clase más avanzada y la única revolucionaria hasta el fin, debes aspirar no solo a participar en la revolución de la manera más enérgica, sino a desempeñar un papel dirigente en ella. Por

eso no debes encerrarte en el marco de la lucha de clase concebido con estrechez, sobre todo en el sentido del movimiento sindical, sino, por el contrario, tratar de ampliar el marco y el contenido de tu lucha de clase *hasta abarcar* con él no solo *todas* las tareas de la actual revolución democrática del pueblo ruso, sino también las tareas de la revolución socialista que ha de seguir. Por eso, sin desentenderse del movimiento sindical y sin dejar de aprovechar hasta el más pequeño resquicio de legalidad, en la época de la revolución debes colocar en primer plano las tareas de la insurrección armada y de formar un ejército revolucionario y un gobierno revolucionario como únicos caminos hacia la victoria completa del pueblo sobre el zarismo, hacia la conquista de la república democrática y de la verdadera libertad política.

Huelga hablar de la ambigüedad e inconsecuencia, como es natural, gratas para la burguesía, de” que adolecen en esta cuestión las resoluciones neiskristas, gracias a su “línea” errónea.

II. Nueva profundización del problema por el camarada Martinov

Pasemos a los artículos de Martínov en los núms. 102 y 103 de *Iskra*. De suyo se entiende que no contestaremos a los intentos de Martínov de probar la falsedad de nuestra interpretación de una serie de citas de Engels y Marx y la justedad de la suya. Estas tentativas son tan poco serias, los subterfugios empleados tan evidentes y la cuestión tan clara que no tendría ningún interés detenerse en ellas una vez más. A cualquier lector que piense le será fácil discernir los ingenuos ardidés de Martínov en su retirada en toda la línea, principalmente cuando sean publicadas las traducciones completas de los folletos *Los bakuninistas en acción*, de Engels, y *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas* –marzo de 1850–, de Marx, preparados por un grupo de colaboradores de *Proletari*. Bastará una sola cita del artículo de Martínov para que el lector vea claramente su retirada.

Iskra “reconoce” –dice Martinov en el núm. 103– “que uno de los caminos posibles y convenientes para el desarrollo de la revo-

lución es formar un gobierno provisional y niega la conveniencia de que los socialdemócratas participen en un gobierno provisional *burgués*, precisamente para apoderarse después de toda la máquina del Estado con el fin de hacer la revolución socialista”. Dicho con otras palabras: *Iskra* ha reconocido ahora lo absurdo de los temores que le inspiraba la responsabilidad del gobierno revolucionario por el Tesoro y los bancos, del miedo de que fuese peligroso e imposible tomar en sus manos las “cárceles”, etc. Pero *Iskra* continúa embrollando las cosas, como antes, al confundir la dictadura democrática con la dictadura socialista. La confusión es inevitable para cubrir la retirada.

Martínov descuella entre los confusionistas de la nueva *Iskra* como confusionista de primera clase, como confusionista de talento, valga la expresión. Embrollando el problema en sus esfuerzos por “profundizarlo”, llega casi siempre a “forjarse” nuevos enunciados que revelan a maravilla toda la falsedad de la posición que sostiene. Recuerden cómo “profundizaba” en la época del “eco-

nomismo” a Plejánov e ideó fecundo la fórmula: “lucha económica contra los patronos y el gobierno”. Sería difícil encontrar en todas las publicaciones de los “economistas” una expresión más feliz de toda la falsedad de esta tendencia. Y lo mismo ocurre hoy: Martínov sirve con celo a la nueva *Iskra* y, casi siempre que toma la palabra, nos ofrece nuevos y excelentes datos para apreciar la falsa posición neoiskrista. En el núm. 102 dice que Lenin “ha trastrocado de una manera imperceptible los conceptos de revolución y dictadura” (p. 3, col. 2).

A esta acusación se reducen, en esencia, todas las acusaciones de los neoiskristas contra nosotros. ¡Cuan agradecidos le estamos a Martínov por esta acusación! ¡Qué servicio inapreciable nos presta en la lucha contra el neoiskrismo, formulando la acusación de esa manera! En verdad, vamos a tener que pedir a la Redacción de *Iskra* que lance más a menudo a Martínov contra nosotros, encargándole “ahondar” los ataques a *Proletari* y formularlos “desde el punto de vista de los principios puros”. Pues cuanto más se

esfuerzo Martínov por argumentar desde el punto de vista de los principios, tanto peor lo hace y tanto más evidente resulta la prueba de las deficiencias del neoiskrismo, con tanto mayor éxito hace consigo mismo y con sus amigos la útil operación pedagógica de *reductio ad absurdum* (de reducir al absurdo los principios de la nueva *Iskra*).

Vperiod y *Proletari* “trastruecan” los conceptos de revolución y dictadura. A *Iskra* no le gusta este “trastrueque”. ¡Eso es, honorabilísimo camarada Martínov! Usted ha dicho, sin habérselo propuesto, una gran verdad. Usted ha confirmado con una fórmula nueva nuestra afirmación de que *Iskra* va a la zaga de la revolución y se desvía hacia un planteamiento de las tareas de la revolución a lo *Osvobozhdenie*, mientras que *Vperiod* y *Proletari* dan consignas que impulsan adelante la revolución democrática.

¿No lo comprende usted, camarada Martínov? En vista de la importancia de la cuestión, trataremos de explicárselo con detenimiento.

El carácter burgués de la revolución democrática se refleja, entre otras cosas, en el hecho de que toda una serie de clases, grupos y sectores sociales, que se mantienen por completo en el terreno del reconocimiento de la propiedad privada y de la economía mercantil y son incapaces de salirse de él, llegan, por la fuerza de las cosas, “a reconocer que la autocracia y todo el régimen de servidumbre en general son inservibles y se adhieren a la reclamación de libertad. Cabe señalar que cada vez está más claro el carácter burgués de *esta* libertad, exigida por la “sociedad” y defendida con un torrente de palabras (¡solamente de palabras!) de los terratenientes y capitalistas. Al mismo tiempo resulta más evidente cada día la diferencia radical que hay entre lucha obrera y lucha burguesa por la libertad, entre **democracia proletaria** y **democracia liberal**. La clase obrera y sus representantes conscientes avanzan e impulsan adelante esta lucha, no solo sin temor a llevarla hasta el fin, sino tratando de ir mucho más allá de los más lejanos límites de la revolución democrática. La burguesía es

inconsecuente y egoísta, y no acepta las consignas de libertad más que de un modo incompleto e hipócrita. Todo intento de marcar con una línea peculiar, con “puntos” elaborados especialmente (como los puntos de la resolución de Starover o de la de los conferencistas), los límites desde los cuales comienza esa hipocresía de los amigos burgueses de la libertad o, si se quiere, esa traición a la libertad por sus amigos burgueses, está infaliblemente condenado al fracaso, pues la burguesía, colocada entre dos fuegos (la autocracia y el proletariado), es capaz de cambiar por mil caminos y medios su posición y sus consignas, adaptándose un poco a la derecha y otro poco a la izquierda, tirando, aflojando y trapicheando siempre. La tarea de la democracia proletaria no consiste en inventar estos “puntos” muertos, sino en hacer una crítica continua de la situación política cambiante, en desenmascarar las nuevas inconsecuencias y traiciones imprevistas de la burguesía.

Recuerden la historia de los escritos políticos del señor Struve en las publicaciones ilegales y de la guerra que le hizo la social-

democracia y verán de manera palmaria cómo cumplió estas tareas la socialdemocracia, campeona de la democracia proletaria. El señor Struve comenzó por lanzar una consigna, puramente a lo Shípov: “derechos y un zemstvo investido de poder” (véase mi artículo en *Zariá*^{liii}: *Los perseguidores de los zemstvos y los Aníbales del liberalismo*). La socialdemocracia lo desenmascaraba y lo empujaba hacia un programa netamente constitucionalista. Cuando estos “empujones” surtieron efecto, gracias a la marcha particularmente rápida de los acontecimientos revolucionarios, la lucha se orientó hacia *la siguiente* cuestión de la democracia: no solo una Constitución en general, sino sin falta sufragio universal igual, directo y secreto. Cuando “ocupamos” al “adversario” esta nueva posición (la adopción del sufragio universal por la Unión de Liberación), seguimos presionando, demostrando la hipocresía y la falsedad del sistema bicameral, el reconocimiento incompleto del sufragio universal por los adeptos de *Osvobozhdenie*, señalando en su *monarquismo* el carácter

mercantilista de su democracia o, dicho con otras palabras, *la malversación* de los intereses de la gran revolución rusa por los elementos de *Osvobozhdenie*, estos héroes de la bolsa de oro.

En fin, la brutal terquedad de la autocracia, el progreso gigantesco de la guerra civil y el atolladero en que habían metido a Rusia los monárquicos empezaron a influir hasta en las mentes más rutinarias. La revolución se convertía en *un hecho*. Para aceptar la revolución ya no hacía falta ser un revolucionario. El gobierno autocrático se descomponía en realidad y sigue descomponiéndose a la vista de todos. Como ha señalado con razón un liberal (el señor Gredeskul) en la prensa legal, se ha creado de hecho un estado de insubordinación al gobierno existente. A pesar de toda su aparente fuerza, la autocracia ha resultado ser impotente, los acontecimientos de la revolución en desarrollo han empezado simplemente a arrinconar este organismo parasitario que se descompone en vida. Obligados a respaldar su actividad (o, más exactamente, sus trapicheos políticos) con

las relaciones concretas que se están estableciendo de hecho, los burgueses liberales *han empezado a ver la necesidad de aceptar la revolución*. Y lo hacen no porque sean revolucionarios, sino a pesar de que no son revolucionarios. Lo hacen por necesidad y en contra de su voluntad, viendo irritados los éxitos de la revolución, acusando de revolucionaria a la autocracia, que no quiere componendas, sino la lucha a vida o muerte. Negociantes por naturaleza, odian la lucha y la revolución, pero las circunstancias los obligan a pisar el terreno de la revolución, puesto que no hay otro terreno bajo los pies.

Asistimos a un espectáculo muy aleccionador y cómico. Las prostitutas del liberalismo burgués intentan cubrirse con la toga revolucionaria. Los de *Osvobozhdenie –risum teneatis, amici!*³⁵– ¡los de *Osvobozhdenie* empiezan a hablar en nombre de la revolución! ¡¡¡Los de *Osvobozhdenie* empiezan a asegurar que “no temen la revolución” (el señor Struve, en el núm. 72 de *Osvobozhdenie*)!!! ¡¡¡Los de *Osvobozhdenie* tienen la

³⁵ ¡Contened la risa, amigos!

pretensión de “ponerse a la cabeza de la revolución”!!!

Este es un fenómeno muy significativo que caracteriza no solo el progreso del liberalismo burgués, sino, más aún, el progreso de los éxitos reales del movimiento revolucionario que *obligó* a que lo reconocieran. Hasta la burguesía comienza a darse cuenta de que es más conveniente pisar el terreno de la revolución: hasta tal punto se tambalea la autocracia. Mas, por otra parte, este fenómeno, que testimonia el ascenso de todo el movimiento a un escalón nuevo, superior, nos plantea tareas también nuevas, también de orden superior. La burguesía no puede admitir la revolución con sinceridad, independientemente de la honestidad personal de tal o cual ideólogo de la burguesía. La burguesía no puede menos de aportar también a esta fase superior del movimiento su egoísmo y su inconsecuencia, su trapicheo y sus mezquinos estratagemas reaccionarios. Debemos formular ahora *de otra manera* las tareas *concretas* e inmediatas de la revolución en nombre de nuestro programa

y para el desarrollo de nuestro programa. Lo que ayer era bastante, *hoy es insuficiente*. Es posible que ayer fuera bastante exigir, como consigna democrática de vanguardia, el reconocimiento de la revolución. Ahora esto es poco. La revolución ha obligado hasta al señor Struve a admitirla. Ahora se exige a la clase de vanguardia que determine exactamente *el contenido mismo* de las tareas inmediatas e inaplazables de esta revolución. Al aceptar la revolución, los señores Struve enseñan una y otra vez la punta de sus orejas asnales, entonando de nuevo la vieja cantinella de la posibilidad de un desenlace pacífico, de que *Nicolás* llame al poder a los señores de *Osvobozhdenie*, etc., etc. Los señores de *Osvobozhdenie* aceptan la revolución con el fin de escamotearla, de traicionarla con menos riesgo para ellos. Nos incumbe ahora indicar al proletariado y al pueblo entero la insuficiencia de la consigna “revolución”, mostrar la necesidad de una definición clara e inequívoca, consecuente y decidida del *contenido mismo* de la revolución. Y esta definición constituye la única consigna capaz

de expresar con tino la “victoria decisiva” de la revolución, la consigna: dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos.

Abusar del sentido de las palabras es un fenómeno corrientísimo en política. Por ejemplo, en más de una ocasión se llamaron “socialistas” los partidarios del liberalismo burgués de Inglaterra (“ahora todos somos socialistas” – “*We all are socialists now*”, dijo Harcourt), los partidarios de Bismarck y los amigos del papa León XIII. La palabra “revolución” también sirve perfectamente para que se abuse de ella y, en determinada fase del desarrollo del movimiento, ese abuso es inevitable. Cuando el señor Struve se puso a hablar en nombre de la revolución, no pudimos menos de evocar a Thiers. Pocos días antes de la revolución de febrero, aquel enano monstruoso, prototipo de la venalidad política de la burguesía, barruntaba la inminencia de la tempestad popular. ¡Y declaró desde la tribuna parlamentaria que él *pertenecía al partido de la revolución!* (Véase *La guerra civil en Francia*, de Marx). La signi-

ficación política del paso de *Osvobozhdenie* al partido de la revolución es *absolutamente idéntica* a este “paso” de Thiers. Cuando los Thiers rusos se ponen a hablar de su pertenencia al partido de la revolución, quiere decir que la consigna de revolución es ya insuficiente, que no dice nada, que no plantea ninguna tarea, pues la revolución es un hecho, y se suman a ella los elementos más heterogéneos.

En efecto, ¿qué es la **revolución** desde el punto de vista del marxismo? La destrucción violenta de la superestructura política caduca, cuya contradicción con las nuevas relaciones de producción ha dado lugar en determinado instante a su hundimiento. La contradicción entre la autocracia y todo el régimen de la Rusia capitalista, entre la autocracia y todas las demandas del desarrollo democrático burgués del país da lugar ahora a una bancarrota tanto mayor cuanto más tiempo se ha mantenido artificialmente esa contradicción. La superestructura se desgarrar por todas sus costuras cede a la presión, se debilita. El pueblo se ve precisado a crear

él mismo, por medio de los representantes de las más distintas clases y grupos, una nueva superestructura. En un momento determinado del desarrollo, la inutilidad de la vieja superestructura se hace evidente para todos. Todos aceptan la revolución. La tarea consiste ahora en determinar *qué* clases precisamente y *cómo* precisamente deben construir la nueva superestructura. ¡Sin esa definición, la consigna de revolución en el momento actual es una consigna vacía y sin sentido, pues la debilidad de la autocracia hace “revolucionarios” incluso a los grandes duques y a *Moskovskie Viédomosti!*^{liv} Sin esa definición no se puede siquiera hablar de las tareas democráticas avanzadas de la clase de vanguardia. Y esa definición es concretamente la consigna de dictadura democrática del proletariado y los campesinos. Esta consigna define tanto a las clases en que pueden y deben apoyarse los nuevos “constructores” de la nueva superestructura como su carácter (dictadura “democrática” a diferencia de la socialista) y el método de construir (dictadura, esto es, aplastamiento por la violencia

de la resistencia violenta, armamento de las clases revolucionarias del pueblo). Quien no admita ahora esta consigna de dictadura democrática; revolucionaria, la consigna de ejército revolucionario, de gobierno revolucionario, de comités campesinos revolucionarios, o no comprende en absoluto las tareas de la revolución, no sabe determinar sus nuevas y supremas tareas planteadas por el momento actual, o engaña al pueblo, traiciona la revolución abusando de la consigna de “revolución”.

El primer caso es el del camarada Martínov y sus amigos. El segundo es el del señor Struve y de todo el Partido “Demócrata Constitucionalista” de los zemstvos.

¡El camarada Martinov ha sido tan perspicaz e ingenioso que ha lanzado la acusación de que “se trastruecan” los conceptos de revolución y de dictadura precisamente cuando el desarrollo de la revolución exige que se definan sus tareas con la consigna de dictadura! En realidad, el camarada Martinov ha tenido otra vez la desgracia de quedarse a la zaga, de tropezar en el penúltimo escalón, de *situarse*

al nivel de la tendencia de "Osvobozhdenie", pues admitir (de palabra) la "revolución" y rechazar la dictadura democrática del proletariado y los campesinos (es decir, la revolución en la práctica) corresponde ahora precisamente a la posición política *de Osvobozhdenie*, esto es, a los intereses de la burguesía monárquica liberal. La burguesía liberal dice ahora, por boca del señor Struve, que está en pro de la revolución. El proletariado consciente exige, por boca de los socialdemócratas revolucionarios, la dictadura del proletariado y los campesinos. Y aquí tercia en la polémica el sabihondo de la nueva *Iskra*, gritando: ¡no oséis "trastocar" los conceptos de revolución y dictadura! Pues bien, ¿acaso no es verdad que la falsa posición de los neoiskristas los condena a ir constantemente a la zaga de la tendencia de *Osvobozhdenie*?

Hemos demostrado que los elementos de *Osvobozhdenie* suben peldaño por peldaño (no sin la influencia de los empujones estimulantes de la socialdemocracia) la escalera que conduce al reconocimiento de la democracia. Al principio el objeto de nuestra

discusión con ellos era: ¿táctica a lo Shíпов (conceder derechos y poder a los zemstvos) o constitucionalismo? Después: ¿elecciones limitadas o sufragio universal? Después: ¿reconocimiento de la revolución o trápicheo con la autocracia? Por último, ahora, ¿reconocimiento de la revolución sin dictadura del proletariado y los campesinos o reconocimiento de la reivindicación de dictadura de estas clases en la revolución democrática? Es posible y probable que los señores de *Osvobozhdenie* (los de ahora o sus sucesores en el ala izquierda de la democracia burguesa, es igual) asciendan un escalón más, es decir, admitan también, con el tiempo (tal vez cuando el camarada Martinov suba otro escalón), la consigna de dictadura. Y es incluso inevitable que así sea si la revolución rusa avanza con éxito y alcanza la victoria decisiva. ¿Cuál será entonces la posición de la socialdemocracia? La victoria completa de la revolución actual será el fin de la revolución democrática y el comienzo de la lucha enérgica por la revolución socialista. La satisfacción de las reivindicaciones de los

campesinos de nuestros días, el aplastamiento completo de la reacción y la conquista de la república democrática marcarán el fin completo del espíritu revolucionario de la burguesía e incluso de la pequeña burguesía, será el comienzo de la verdadera lucha del proletariado por el socialismo. Cuanto más completa sea la revolución democrática tanto más rápida y amplia, tanto más neta y denodada será esta nueva lucha. La consigna de dictadura “democrática” expresa precisamente el carácter histórico limitado de la actual revolución y la necesidad de una nueva lucha basada en un nuevo orden de cosas, por la liberación total de la clase obrera de todo yugo y de toda explotación. Dicho de otra manera, cuando la burguesía democrática o la pequeña burguesía ascienda un escalón más, cuando sea un hecho no solo la revolución, sino la victoria completa de la revolución, “trastocaremos” (quizá en medio de los gritos de horror de los =nuevos Martinov futuros) la consigna de dictadura democrática y la consigna de dictadura socialista del proletariado; es decir, de revolución socialista completa.

III. La vulgar exposición burguesa de la dictadura y el concepto que Marx tenía de ella

Mehring relata en las notas dedicadas a la edición - publicada por él - de los artículos de Marx, insertos en la *Nueva Gaceta del Rin* en 1848, que las publicaciones burguesas hacían, entre otras cosas, a dicho periódico el reproche de que exigía, al parecer, “la instauración inmediata de la dictadura como único medio para poner en práctica la democracia” (*Marx' Nachlass*, t. III, p. 53)^{lv}. Desde el punto de vista vulgar de la burguesía, el concepto de dictadura y el de democracia se excluyen mutuamente. Al no comprender la teoría de la lucha de clases y estar acostumbrado a ver en la liza política únicamente los pequeños altercados de los diversos grupos y facciones de la burguesía, el burgués entiende por dictadura la anulación de todas las libertades y garantías democráticas, entiende por dictadura toda arbitrariedad, todo abuso de poder en provecho personal del dictador. En el fondo, precisamente este vulgar pun-

to de vista burgués se trasluce también en nuestro Martínov que, como conclusión de su “nueva campaña” en la nueva *Iskra*, explica el apasionamiento de *Vperiod* y de *Proletari* por la consigna de dictadura, diciendo que Lenin “desea apasionadamente probar suerte” (*Iskra*, núm. 103, p. 3, col. 2). Esta deliciosa explicación se encuentra por entero al mismo nivel que las acusaciones burguesas a la *Nueva Gaceta del Rin* de que preconizaba la dictadura. Por consiguiente, Marx fue acusado también – ¡aunque no por los “socialdemócratas”, sino por los liberales burgueses! – de “trastocar” los conceptos de revolución y dictadura. Para aclarar a Martínov el concepto de dictadura de una clase, a diferencia de dictadura de un individuo, y las tareas de la dictadura democrática, a diferencia de las que se plantean a la dictadura socialista, será útil que nos detengamos a examinar las ideas de la *Nueva Gaceta del Rin*.

“Toda estructura provisional del Estado – escribía la *Nueva Gaceta del Rin* el 14 de septiembre de 1848–, después de una revolución, exige una dictadura, y una dictadura

enérgica. Nosotros hemos reprochado desde el principio a Camphausen (presidente del Consejo de Ministros después del 18 de marzo de 1848) el que no obrara de manera dictatorial, el que no destruyera y barrierá en seguida los restos de las viejas instituciones. Y mientras el señor Camphausen se entregaba a sus ilusiones constitucionales, el partido vencido (es decir, el partido de la reacción) consolidaba sus posiciones en la burocracia y en el ejército y hasta comenzaba a atreverse en distintos lugares a la lucha al descubierto”.^{lvi}

Estas palabras –dice con razón Mehring– resumen en unas cuantas tesis las ideas, expuestas con prolijidad en largos artículos de la *Nueva Gaceta del Rin*, sobre el gobierno Camphausen. ¿Y qué nos dicen estas palabras de Marx? Nos dicen que el gobierno provisional revolucionario *debe* actuar de manera dictatorial (tesis que *Iskra* en modo alguno ha podido comprender por su temor a la consigna de dictadura); que una tarea de esta dictadura es destruir los restos de las viejas instituciones (precisamente lo que se

indica con claridad en la resolución del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia sobre la lucha frente a la contrarrevolución y se omite en la resolución de la Conferencia, como hemos señalado más arriba). En tercer y último lugar, de estas palabras se desprende que Marx fustigaba a los demócratas burgueses por sus “ilusiones constitucionales” en una época de revolución y de guerra civil declarada. El sentido de estas palabras está clarísimo en el artículo de la *Nueva Gaceta del Rin* del 6 de junio de 1848. “La Asamblea Nacional Constituyente –escribía Marx– debe ser, ante todo, una asamblea activa, activa a lo revolucionario. Pero la Asamblea de Francfort se entrega a ejercicios escolares de parlamentarismo y deja al gobierno que obre. Supongamos que este sabio concilio llegue, tras maduro debate, a componer el mejor orden del día y la mejor de las Constituciones. ¿Para qué servirán el mejor orden del día y la mejor de las Constituciones si, mientras tanto, los gobiernos *alemanes* han puesto ya la bayoneta al orden del día?”^{lvii}

He aquí el sentido de la consigna de dictadura. De ello se desprende cuál sería la actitud de Marx ante resoluciones que llaman **victoria decisiva** al “acuerdo de organizar la Asamblea Constituyente” o que invitan a ¡”seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema”!

Los grandes problemas de la vida de los pueblos se resuelven solamente por la **fuerza**. Las propias clases reaccionarias son generalmente las primeras en recurrir a la violencia, a la guerra civil, y “ponen la bayoneta al orden del día”, como lo ha hecho la autocracia rusa y continúa haciéndolo, sistemática y constantemente por todas partes, desde el 9 de enero. Y una vez creada esta situación, una vez que la bayoneta encabeza realmente el orden político del día, una vez que la insurrección ha resultado imprescindible e inaplazable, las ilusiones constitucionales y los ejercicios escolares de parlamentarismo no sirven más que para encubrir la traición de la burguesía a la revolución, para encubrir el hecho de que la burguesía “vuelve la espalda” a la revolución. La clase verdaderamen-

te revolucionaria debe lanzar en este preciso caso la consigna de dictadura.

Respecto a las tareas de la dictadura, Marx escribía ya en la *Nueva Gaceta del Rin*: “La Asamblea Nacional debió haber actuado de manera dictatorial contra las intontadas reaccionarias de los gobiernos caducos, y así hubiera adquirido tal fuerza en la opinión popular que todas las bayonetas se habrían roto contra ella... Y esta Asamblea fatiga al pueblo alemán con discursos aburridos en lugar de atraerlo o de ser atraída por él”^{lviii}. A juicio de Marx, la Asamblea Nacional debió “haber eliminado del régimen existente en Alemania todo lo que estuviera en pugna con el principio de la soberanía del pueblo”; después “consolidar la base revolucionaria en que descansaba y asegurar, contra todos los ataques, la soberanía del pueblo conquistada por la revolución”^{lix}.

Así pues, las tareas que Marx asignaba en 1848 al gobierno revolucionario o a la dictadura se reducían, ante todo, por su contenido, a la revolución *democrática*, defensa frente a la contrarrevolución y eliminación

efectiva de todo lo que estuviera en pugna con la soberanía del pueblo. Esto no es otra cosa que una dictadura democrática revolucionaria.

Veamos ahora qué clases podían y debían, a juicio de Marx, cumplir esta tarea (aplicar hasta el fin en la práctica el principio de la soberanía del pueblo y rechazar los ataques de la contrarrevolución). Marx habla de “pueblo”. Pero sabemos que luchó siempre sin piedad contra las ilusiones pequeñoburguesas de unidad del “pueblo”, de ausencia de lucha de clases en el seno del pueblo. Al emplear la palabra “pueblo”, Marx no velaba con ella la diferencia de las clases, sino que unificaba determinados elementos capaces de llevar la revolución hasta el fin.

Después del triunfo del proletariado de Berlín el 18 de marzo –escribía la *Nueva Gaceta del Rin*–, la revolución ha tenido resultados de dos tipos: “Por una parte, el armamento del pueblo, el derecho de asociación, la soberanía del pueblo conquistada en la práctica; por otra parte, el mantenimiento de la monarquía y el ministerio Camphau-

sen-Hanseemann, es decir, un gobierno de representantes de la gran burguesía. De esta manera, la revolución ha tenido resultados de dos tipos que debían abocar inevitablemente en la ruptura. El pueblo ha vencido; ha conquistado libertades de carácter decididamente democrático, pero el poder inmediato no ha pasado a sus manos, sino a manos de la gran burguesía. En suma, la revolución no ha sido llevada hasta el fin. El pueblo ha permitido a los representantes de la gran burguesía formar un ministerio y estos representantes de la gran burguesía han demostrado inmediatamente sus aspiraciones, proponiendo una alianza a la vieja nobleza prusiana y a la burocracia. En el ministerio han entrado Arnim, Kanitz y Schwerin.

La gran burguesía, antirrevolucionaria desde el comienzo mismo, ha concertado una alianza defensiva y ofensiva con la reacción por miedo al pueblo, es decir, a los obreros y a la burguesía democrática” (*la bastardilla es nuestra*)^{lx}.

Así pues, para conseguir el triunfo decisivo de la revolución no solo es insuficien-

te aún “el acuerdo de organizar la Asamblea Constituyente”, sino hasta ¡su propia convocatoria! Incluso después del triunfo parcial en la lucha armada (triunfo de los obreros berlineses sobre las tropas el 18 de marzo de 1848) es posible una revolución “incompleta”, “no llevada hasta el fin”. ¿De qué depende, pues, el que sea llevada hasta el fin? ¿De las manos a que pase la dominación efectiva: de que pase a manos de los Petrunkévich y los Ródichev, es decir, de los Camphausen y los Hansemann, o a manos del *pueblo*, es decir, de los obreros y de la burguesía democrática? En el primer caso, la burguesía tendrá el poder, y el proletariado, la “libertad de crítica”, la libertad para “seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema”. Inmediatamente después del triunfo, la burguesía concertará una alianza con la reacción (esto también ocurriría inevitablemente en Rusia si los obreros de Petersburgo, por ejemplo, consiguieran un triunfo solo parcial en los combates contra las tropas en la calle y dejaran formar gobierno a los señores Petrunkévich y Cía.). En el segundo caso, sería

posible la dictadura democrática revolucionaria, es decir, el triunfo completo de la revolución.

Queda por determinar con mayor exactitud qué entendía propiamente Marx por “burguesía democrática” (*demokratische Bürgerschaft*), a la cual, sumada a los obreros, él llamaba pueblo en contraposición a la gran burguesía.

El siguiente pasaje de un artículo de la *Nueva Gaceta del Rin*, publicado el 29 de julio de 1848, da una respuesta clara: “...La revolución alemana de 1848 no es sino una parodia de la revolución francesa de 1789.

“El 4 de agosto de 1789, tres semanas después de la toma de la Bastilla, el pueblo francés arrolló en un solo día todas las cargas tributarias feudales.

“El 11 de julio de 1848, cuatro meses después de las barricadas de marzo, las cargas tributarias feudales arrollaron al pueblo alemán. *Teste Gierke cum Hansemanno*.³⁶

³⁶ “Testigos: el señor Gierke y el señor Hansemann”.

Hansemann era el ministro del partido de la gran burguesía (en ruso, Trubetskói o Ródichev, etc.). Gierke, ministro de

“La burguesía francesa de 1789 no abandonó ni un minuto a sus aliados, los campesinos. Sabía que su dominación se basaba en la liquidación del feudalismo en el campo, en la creación de una clase de campesinos propietarios (*grundbesitzenden*) libres.

“La burguesía alemana de 1848 traiciona sin ningún escrúpulo a los campesinos, sus aliados más naturales, que son carne de su carne y sin los cuales no puede nada contra la nobleza. “El mantenimiento de los derechos feudales, sancionados bajo la apariencia del rescate (ilusorio): he aquí el resultado de la revolución alemana de 1848. El parto de los montes”^{lxi}

Agricultura del gobierno Hansemann, redactó un “atrevido” proyecto de presunta “abolición sin indemnización de las cargas tributarias feudales” y, en realidad, de abolición de las pequeñas y sin importancia, pero de conservación de las más esenciales o su rescate mediante pago. El señor Gierke es algo así como en Rusia los señores Kablukov, Manuílov, Guertsenshtéin y otros liberales burgueses semejantes, amigos del mujik, que quieren una “ampliación de la propiedad agraria campesina”, pero sin lesionar a los terratenientes.

Este es un pasaje muy aleccionador que nos ofrece cuatro tesis importantes: 1) La revolución alemana incompleta se diferencia de la francesa, llevada hasta su fin, en que la burguesía traicionó a la democracia en general y a los campesinos en particular. 2) La base de la realización completa de la revolución democrática está en la creación de una clase de campesinos libres. 3) La creación de una clase tal está en la supresión de las cargas tributarias feudales, en la destrucción del feudalismo, pero esto en modo alguno es aún la revolución socialista. 4) Los campesinos son los aliados “más naturales” de la burguesía, y, precisando, de la burguesía democrática, sin los cuales esta última “no puede nada” contra la reacción.

Todas estas tesis, modificadas conforme a las particularidades nacionales concretas, poniendo régimen de servidumbre en lugar de feudalismo, pueden ser también aplicadas, en su totalidad, a la Rusia de 1905. No cabe duda de que, si sacamos las enseñanzas de la experiencia de Alemania, explicada por Marx, no podemos llegar a otra consigna,

para el triunfo decisivo de la revolución, que a la de dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos. No cabe duda de que el proletariado y los campesinos son las partes integrantes principales de ese “pueblo” que Marx contraponía en 1848 a la reacción que resistía y a la burguesía que traicionaba. No cabe duda de que también en Rusia la burguesía liberal y los señores de *Osvobozhdenie* traicionan y traicionarán a los campesinos, o sea, saldrán del paso con una seudorreforma y se colocarán al lado de los terratenientes en la lucha decidida entre estos y los campesinos. Únicamente el proletariado es capaz de apoyar a los campesinos hasta el fin en esta lucha. No cabe duda, por último, de que, en Rusia, el éxito de la lucha campesina, es decir, el paso de todas las tierras a poder de los campesinos, significará también una revolución democrática completa, pues ésta es la base social de la revolución llevada hasta el fin, pero en modo alguno será una revolución socialista ni la “socialización” de que hablan los ideólogos de la pequeña burguesía, socialistas-re-

volucionarios. El éxito de la insurrección campesina, la victoria de la revolución democrática, no hará sino desbrozar el camino para una lucha decidida y verdadera por el socialismo, que tenga por base la república democrática. Los campesinos, como clase poseedora de tierras, desempeñarán en esta lucha el mismo papel traidor e inconsecuente que ahora desempeña la burguesía en la lucha por la democracia. Olvidar esto es olvidar el socialismo, engañarse a sí mismo y engañar a los demás respecto a los verdaderos intereses y tareas del proletariado.

Para no dejar ninguna laguna en la exposición de las ideas que Marx tenía en 1848 es necesario destacar una diferencia esencial entre la socialdemocracia alemana de entonces (o partido comunista del proletariado, hablando en el lenguaje de entonces) y la actual socialdemocracia rusa. Concedamos la palabra a Mehring:

“La *Nueva Gaceta del Rin* apareció en la liza política como ‘órgano de la democracia’. No se puede menos de ver la orientación general de todos sus artículos. Pero, de

modo directo, defendía más los intereses de la revolución burguesa frente al absolutismo y el feudalismo que los intereses del proletariado frente a los de la burguesía. Pocos datos encontrarán en sus columnas sobre el movimiento obrero específico durante la revolución, aunque no se debe olvidar que, al mismo tiempo, se publicaba dos veces por semana, bajo la dirección de Molí y Schapper, el órgano especial de la Unión Obrera de Colonia^{lxii}.

De todos modos, la escasa atención que la *Nueva Gaceta del Rin* dedicaba al movimiento obrero alemán de entonces salta a la vista del lector contemporáneo, pese a que su activista más capaz, Stephan Born, había sido discípulo de Marx y Engels en París y Bruselas y, en 1848, corresponsal del periódico de ellos en Berlín. Born cuenta en sus *Memorias* que Marx y Engels nunca le expresaron una sola palabra de desaprobación de su agitación obrera. Pero las declaraciones posteriores de Engels permiten suponer que ellos estaban descontentos, por lo menos, de los métodos de esta agitación. Este descontento

era fundado, ya que Born se veía obligado a hacer muchas concesiones a la conciencia de clase del proletariado, no desarrollada aún en la mayor parte de Alemania, concesiones que estaban por debajo de toda crítica desde el punto de vista del *Manifiesto Comunista*. Su descontento no era fundado, por cuanto, a pesar de todo, Born supo mantener la agitación, dirigida por él, a un nivel relativamente alto... Sin duda alguna, Marx y Engels tenían razón en el plano histórico y político cuando veían el interés fundamental de la clase obrera, ante todo, en impulsar al máximo la revolución burguesa... Pese ello, una prueba notable de cómo el instinto elemental del movimiento obrero sabe corregir las concepciones de los pensadores más geniales es el hecho de que estos se pronunciaran, en abril de 1849, a favor de una organización específicamente obrera y decidieran participar en el congreso obrero, que preparaba principalmente el proletariado del Este del Elba (Prusia Oriental)”.

De modo que ¡solo en abril de 1849, casi un año después de la aparición del periódico-

co revolucionario (la *Nueva Gaceta del Rin* empezó a salir el 1 de junio de 1848), Marx y Engels se pronunciaron a favor de una organización obrera independiente! ¡Hasta entonces dirigían simplemente un “órgano de la democracia” no ligado con ningún lazo orgánico a un partido obrero independiente! Este hecho, monstruoso e increíble desde nuestro punto de vista actual, nos demuestra con claridad qué diferencia tan enorme hay entre la socialdemocracia alemana de entonces y el actual Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Este hecho nos muestra cuánto más débiles eran los rasgos proletarios del movimiento, su corriente proletaria, en la revolución democrática alemana (debido al atraso de Alemania en 1848, tanto en el sentido económico como en el político: su fraccionamiento estatal). Esto no se debe olvidar (como lo olvida, por ejemplo, Plejánov) al apreciar las numerosas declaraciones que hizo Marx en esta época y en otra algo posterior sobre la necesidad de que el proletariado organizase su propio partido. Marx, al cabo de casi un año, basándose úni-

camente en la experiencia de la revolución democrática, sacó en la práctica esa conclusión: hasta tal punto era entonces filisteo, y pequeñoburgués todo el ambiente de Alemania. Para nosotros, esta conclusión es ya una adquisición vieja y sólida de la experiencia de medio siglo de la socialdemocracia internacional, adquisición con la cual hemos comenzado a organizar el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Entre nosotros, por ejemplo, no puede darse el caso de que los periódicos revolucionarios del proletariado estén al margen del Partido Socialdemócrata del proletariado o de que actúen un solo instante como simples “órganos de la democracia”.

Pero el contraste, que no hacía más que perfilarse entre Marx y Stephan Born, existe en nuestro país, tanto más desarrollado cuanto más potente es la corriente proletaria en el torrente democrático de nuestra revolución. Refiriéndose al probable descontento de Marx y Engels por la agitación de Stephan Born, Mehring se expresa de una forma demasiado suave y evasiva. He aquí lo que es-

cribía Engels sobre Born en 1885 (prólogo a *Entküllungen über den Kommunistenprozess zu Köln*. Zürich. 1885³⁷):

Los miembros de la Liga de los Comunistas^{lxiii} estaban en todas partes a la cabeza del movimiento democrático más extremo, demostrando con esto que la Liga era una excelente escuela de actividad revolucionaria. “El cajista Stephan Born, militante activo de la Liga en Bruselas y París, fundó en Berlín una Hermandad Obrera (*Arbeiterverbrüderung*) que adquirió considerable extensión y se mantuvo hasta 1850. Born, joven de talento, se precipitó, sin embargo, a actuar como político. Con tal de reunir gente a su alrededor, ‘alternaba’ con un montón de elementos de lo más dispares (*Kreti und Plethi*). No era, ni mucho menos, una de esas personas capaces de unir tendencias contradictorias, de proyectar luz en el caos. Por este motivo, en las publicaciones oficiales de su Hermandad se confundían y entremezclaban constantemente los puntos de vista del *Manifiesto Comunista* con remi-

³⁷ El texto entre corchetes está tachado en las ediciones impresas. – Ed.

niscencias y aspiraciones gremiales, con retazos de ideas de Louis Blanc y Proudhon, con la defensa del proteccionismo, etc.; en pocas palabras, esta gente quería contentar a todo el mundo (*Alien alies sein*). *Se ocupaban particularmente de organizar huelgas, sindicatos, cooperativas de producción, olvidando que la tarea consistía, ante todo, en conquistar, por medio de la victoria política, primero el único terreno sobre el cual se podrían realizar, sólida y firmemente, cosas como éstas (subrayado por nosotros).* Y cuando las victorias de la reacción obligaron a los líderes de esta Hermandad a sentir la necesidad de participar directamente en la lucha revolucionaria, como es natural, la masa atrasada que estaba agrupada a su alrededor los abandonó. Born tomó parte en la insurrección de Dresde en mayo de 1849 y se salvó por una feliz casualidad. La Hermandad Obrera se mantuvo al margen del gran movimiento político del proletariado como una asociación aislada que más bien existía solo sobre el papel, desempeñando una función tan secundaria que la reacción no consideró preciso prohibirla hasta 1850, y

sus secciones filiales no fueron disueltas hasta muchos años después. Born, cuyo auténtico nombre era *Buttermilch*³⁸, no consiguió ser político y terminó siendo un pequeño profesor suizo que ahora, en vez de traducir a Marx al idioma gremial, traduce en un alemán dulzón al buenazo de Renán”^{lxiv}.

¡Así es como apreciaba Engels las dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática!

³⁸ Al traducir a Engels, cometí un error en este punto en la primera edición, tomando la palabra *Buttermilch* (suero de leche. –Ed) por apodo y no por nombre propio. Este error ha causado, naturalmente, extraordinaria satisfacción a los mencheviques. Koltsov ha escrito que yo “había profundizado a Engels” (publicado en la recopilación *En dos años*); Plejánov, incluso ahora, recuerda este error en *Továrisch*; en pocas palabras, se ha encontrado un excelente pretexto para echar tierra a la cuestión de las dos tendencias en el movimiento obrero de 1848 en Alemania: la tendencia de Born (afín a nuestros “economistas”) y la tendencia marxista. Aprovechar los errores del adversario, aunque solo sea en lo del nombre de Born, es más que natural. Pero echar tierra a la esencia del problema en las dos tácticas con enmiendas a la traducción es tanto como darse por vencido en lo esencial de la discusión. (Nota del autor a la edición de 1907. – Ed.)

Nuestros neiskristas tienden también hacia el “economismo” con más celo que inteligencia, haciéndose acreedores de las alabanzas de la burguesía monárquica por su “sensatez”. También reúnen a su alrededor a los elementos más dispares, adulando a los “economistas”, seduciendo demagógicamente a la masa atrasada con las consignas de “iniciativa”, “democracia”, “autonomía”, etc., etc. Sus asociaciones obreras existen también, muy a menudo, solo en las páginas de la nueva *Iskra* a lo Jlestakov^{lxv}. Sus consignas y resoluciones ponen de manifiesto la misma incompreensión de las tareas del “gran movimiento político del proletariado”.

Escrito en junio-julio de 1905.

Publicado como libro aparte en Ginebra en julio de 1905 por el CC del POSDR.

Se publica según el texto del libro cotejado con el manuscrito y con el texto de la recopilación: VI. Ilín. “En 12 años”, 1907.

Notas al final - Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática¹

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i *Populismo*: corriente pequeñoburguesa en el movimiento revolucionario ruso, surgida en los años 60-70 del siglo XIX. Los populistas querían acabar con la autocracia y entregar la tierra de los grandes propietarios a los campesinos. Se consideraban socialistas, pero su socialismo era utópico. Los populistas negaban la ley objetiva del desarrollo de las relaciones capitalistas en Rusia y, en consonancia con ello, no estimaban que la principal fuerza de la revolución era el proletariado, sino el campesinado; en la comunidad rural veían el germen del socialismo.

Los populistas negaban el papel de las masas populares en el proceso histórico y afirmaban que hacen la historia las personalidades eminentes, los “héroes”, que se oponían a la multitud, inerte desde el punto de vista del populismo. Empeñados en alzar a los campesinos a la lucha contra la autocracia, los populistas se iban a vivir y trabajar en el campo, “a estar con el pueblo” (a lo que se debe su denominación). El populismo pasó por varias etapas evolucionando desde la democracia revolucionaria hasta el liberalismo. En los años 80-90, los populistas tomaron el camino de la conciliación con el zarismo, expresaban los intereses de los kulaks (burguesía rural) y luchaban contra el marxismo.

ii *Partido de los socialistas revolucionarios (eseristas)*: partido de demócratas pequeñoburgueses formado a fines de 1901 y comienzos de 1902 mediante la unificación de diversos grupos y círculos populistas. La mundividencia de los eseristas se basaba en el populismo: negación del papel dirigente de la clase obrera en la revolución, convicción de que el paso al socialismo lo efectuaría el campesinado y hostilidad a la teoría del materialismo dialéctico. En la lucha contra el zarismo los eseristas usaban los métodos del terror individual: asesinato de Sipiaguin, ministro del Interior, en 1902; asesinato del gran duque Serguéi Alexándrovich, gobernador general de Moscú, en 1905, y otros actos terroristas. El programa agrario de los eseristas contenía la reivindicación de suprimir la gran propiedad agraria, abolir la propiedad privada de la tierra y entregar toda la tierra a las comunidades campesinas para el usufructo igualitario, con trabajo personal, del suelo con repartos periódicos según el número de bocas o de miembros de la familia aptos para el trabajo (la llamada “socialización” de la tierra). Al ser derrotada la primera revolución rusa de 1905-1907, el partido de los socialistas revolucionarios entró en crisis: sus dirigentes renunciaron prácticamente a la lucha revolucionaria contra el zarismo. En el período de la primera guerra mundial (1914-1918), la mayoría de los eseristas sustentó la posición del socialchovinismo. Después de ser derrocado el zarismo en febrero de 1917, los líderes eseristas formaron parte del gobierno Provisional burgués, lucharon contra la clase obrera –que preparaba la revolución socialista– y participaron en la represión del movimiento campesino en el verano de 1917. Después

de instaurarse el Poder soviético en Rusia, en octubre de 1917, los líderes de los eseristas fueron organizadores de la lucha armada de la contrarrevolución rusa y los intervencionistas extranjeros contra el pueblo soviético.

iii “*Osvobozhdenie*” (Liberación): revista que salía cada dos semanas en el extranjero desde el 18 de junio (1 de julio) de 1902 hasta el 5 (18) de octubre de 1905 bajo la redacción de P. B. Struve. Era órgano ilegal de la burguesía liberal rusa y preconizaba de modo consecuente la idea del liberalismo monárquico moderado. En 1903 se constituyó en torno a la revista (y en enero de 1904 adquirió forma organizativa) la Unión de Liberación, que existió hasta octubre de 1905. A la par con los constitucionalistas de los zemstvos, los de *Osvobozhdenie* integraron el núcleo del partido de los demócratas constitucionalistas formado en octubre de 1905, principal partido de la burguesía monárquica liberal de Rusia.

iv “*Economismo*”: corriente oportunista surgida en la segunda mitad de los años 90 del siglo pasado entre una parte de los socialdemócratas rusos. Los “economistas” afirmaban que la misión del movimiento obrero es solo la lucha económica por el mejoramiento de la situación de los obreros, por la disminución de la jornada laboral, por el aumento de los salarios, etc. En cuanto a la lucha política contra el zarismo, a juicio de los economistas, debe sostenerla la burguesía liberal, y no los obreros. Los “economistas” estaban en contra de la creación de un partido político propio de la clase obrera, negaban el significado de la teoría revolucionaria en el movimiento obrero y se negaban a hacer propaganda de las ideas del socialismo.

Akimovismo: procede del apellido de V. P. Akimov, destacado representante del “economismo”, uno de los oportunistas más extremos.

v *Neoiskristas*: mencheviques, partidarios de la nueva *Iskra*. *Iskra* (La Chispa): primer periódico marxista ilegal para toda Rusia, fundado por Lenin en diciembre de 1900 en el extranjero, desde donde se enviaba ilegalmente a Rusia. *Iskra* desempeñó inmenso papel en la cohesión ideológica de los socialdemócratas rusos y en la preparación de la unificación de las dispersas organizaciones locales para constituir un partido marxista revolucionario. Después de la escisión (en el II Congreso del POSDR en 1903) del Partido en bolcheviques y mencheviques, *Iskra* pasó a manos de los mencheviques (a partir del núm. 52) y comenzó a denominarse nueva *Iskra*, a diferencia de la vieja *Iskra*, la *Iskra* leninista. La nueva *Iskra* dejó de ser órgano combativo del marxismo revolucionario. Los mencheviques la convirtieron en órgano de lucha contra el marxismo, contra el Partido, en tribuna de prédica del oportunismo.

vi El III Congreso del POSDR se celebró en Londres del 12 al 27 de abril (25 de abril-10 de mayo) de 1905. Asistieron 24 delegados con voz y voto y 14 con voz. El Congreso fue preparado y convocado por los bolcheviques. Fue el primer congreso bolchevique.

El orden del día del III Congreso del POSDR, redactado por Lenin y adoptado por el Congreso, era el siguiente: I. Informe del Comité de Organización. II. Problemas tácticos: 1) insurrección armada; 2) actitud hacia la política del

gobierno en la víspera y el momento del golpe (este punto se consagraba a dos cuestiones: a) actitud hacia la política del gobierno en la víspera del golpe; b) el gobierno provisional revolucionario); 3) actitud hacia el movimiento campesino. III. Problemas de organización: 4) las relaciones entre los obreros y los intelectuales en las organizaciones del Partido; 5) Estatutos del Partido. IV. Actitud hacia los demás partidos y corrientes: 6) actitud hacia la parte del POSDR que se separó; 7) actitud hacia las organizaciones socialdemócratas nacionales del país; 8) actitud hacia los liberales; 9) convenios prácticos con los socialistas revolucionarios. V. Problemas internos de la vida del Partido: 10) propaganda y agitación. VI. Informes de los delegados: 11) informe del CC; 12) informes de los delegados de los comités locales. VII. Elecciones: 13) elecciones; 14) orden en que han de darse a conocer las resoluciones y actas del Congreso y en que los funcionarios han de ocupar sus puestos.

Toda la actividad del Congreso la dirigió Lenin. A él se deben los proyectos de las principales resoluciones aprobadas. Lenin pronunció discursos sobre el problema de la insurrección armada, la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario, la actitud hacia el movimiento campesino, los Estatutos del Partido y otras cuestiones. En las actas del Congreso figuran más de cien intervenciones y propuestas de Lenin.

El Congreso trazó la línea táctica de los bolcheviques, orientada a la completa victoria de la revolución democrática burguesa y su desarrollo hasta transformarse en revolución socialista. En los acuerdos del Congreso se

señalaban las tareas del proletariado como dirigente de la revolución y se trazaba el plan estratégico del Partido en la revolución democrática burguesa: el proletariado, en alianza con todo el campesinado y aislando a la burguesía liberal, debía luchar por la victoria de la revolución.

El Congreso revisó los Estatutos del Partido: a) aprobó el artículo 1 de los Estatutos tal y como lo formulara Lenin; b) puntualizó las facultades del CC y sus relaciones con los comités locales; c) modificó la estructura orgánica de los organismos centrales del Partido: en lugar de tres centros (el CC, el Órgano Central y el Consejo del Partido) creó un centro único del Partido con plenos derechos: el Comité Central.

El Congreso condenó las acciones de los mencheviques y su oportunismo en los problemas de organización y táctica. En vista de que *Iskra* había caído en manos de los mencheviques y aplicaba una línea oportunista, el III Congreso del POSDR encargó al CC que crease un nuevo Órgano Central: el periódico *Proletari*. En el Pleno del CC del 27 de abril (10 de mayo) de 1905 Lenin fue nombrado redactor de *Proletari*.

El III Congreso del POSDR tuvo inmenso significado histórico. Pertrechó al Partido y la clase obrera con un combativo programa de lucha por la victoria de la revolución democrática.

vii *Comisión Buliguin*: comisión consultiva especial creada por decreto del zar del 18 de febrero (3 de marzo) de 1905 bajo la presidencia de A. G. Buliguin, ministro del Interior. La integraban grandes terratenientes y elementos de la

nobleza reaccionaria. Su cometido consistía en preparar la ley de convocatoria de la Duma de Estado y el Reglamento sobre las elecciones a la Duma, que, unidos al manifiesto del zar, fueron publicados el 6 (19) de agosto de 1905.

El derecho a elegir a la Duma se concedía solo a los terratenientes, capitalistas y un restringido número de campesinos propietarios de inmuebles. La Duma de Estado no estaba facultada para promulgar leyes, solo podía debatir algunos asuntos en calidad de órgano consultivo supeditado al zar. Los bolcheviques llamaron a los obreros y campesinos a que boicotearan activamente la Duma de Bulguin. Las elecciones a la Duma no se celebraron, y el gobierno no logró convocarla: la barrieron el creciente ascenso revolucionario y la huelga política de octubre.

viii *Partido Demócrata Constitucionalista*: principal partido de la burguesía monárquica liberal de Rusia, fundado en octubre de 1905 e integrado por elementos de la burguesía, terratenientes de los zemstvos e intelectuales burgueses. Al objeto de engañar a las masas, los demócratas constitucionalistas se dieron el falso nombre de partido de la libertad del pueblo, mientras que, en la práctica, no iban más allá de la reivindicación de una monarquía constitucional. Durante la primera guerra mundial respaldaban activamente la política exterior anexionista del gobierno del zar. En el período de la revolución democrática burguesa de febrero trataron de salvar la monarquía. Al ocupar puestos dirigentes en el gobierno Provisional burgués aplicaban una política antipopular, contrarrevolucionaria. Después de la victoria de la Revolución de Octubre actuaron como enemigos intransigentes del Poder de los Soviets.

ix *Millerandismo*: tendencia oportunista, debe el nombre a A. E. Millerand, socialista reformista francés que en 1899 entró a formar parte del gobierno burgués reaccionario de Francia y ocupó el puesto de ministro de Comercio.

x *La Comuna de París de 1871*: primer experimento histórico de crear la dictadura del proletariado. El primer gobierno revolucionario de la clase obrera formado por la revolución proletaria de París. Existió 72 días: del 18 de marzo al 28 de mayo de 1871.

xi El *9 de enero de 1905*, por orden del zar fue ametrallada una manifestación pacífica de los obreros de Petersburgo organizada por el sacerdote Gapón. La manifestación se dirigía al Palacio de Invierno (residencia del zar) para entregarle una petición. Como respuesta al criminal ametrallamiento de los obreros inermes se propagó por toda Rusia una ola de huelgas y manifestaciones políticas de masas. Los sucesos del 9 de enero, a los que se dio el nombre de *Domingo sangriento*, fueron el comienzo de la revolución de 1905– 1907.

xii *Mencheviques*: adeptos a la corriente oportunista (una de las tendencias del oportunismo internacional) de la socialdemocracia de Rusia. En 1903, en el II Congreso del POSDR, durante la elección de los órganos centrales, los socialdemócratas revolucionarios, con Lenin al frente, obtuvieron la mayoría (en ruso: *bolshinstvó*, palabra de la que se deriva el término *bolcheviques*), y los oportunistas, la minoría (en ruso: *menshinstvó*, palabra de la que se deriva el término *mencheviques*). En el período de la revolución de 1905-1907, los mencheviques

se pronunciaban en contra de la hegemonía de la clase obrera en la revolución, en contra de la alianza de la clase obrera con el campesinado, y exigían una componenda con la burguesía liberal, a la cual, a juicio de los mencheviques, se debía ceder el papel dirigente en la revolución. En los años de reacción, que siguieron a la derrota de la revolución de 1905-1907, la mayor parte de los mencheviques adoptó el liquidacionismo: exigían la liquidación del partido revolucionario ilegal de la clase obrera. Después de la victoria de la revolución democrática burguesa en febrero de 1917, los mencheviques formaban parte del gobierno Provisional burgués, apoyaban su política imperialista y luchaban contra la revolución socialista, que se preparaba. Después de la Revolución Socialista de Octubre, los mencheviques fueron organizadores y participantes de complots y sublevaciones que se planteaban derrocar el Poder de los Soviets.

xiii *Parlamento de Francfort*: asamblea nacional alemana creada después de la revolución de marzo de 1848 en Alemania. En lugar de organizar a las masas para una lucha resuelta contra el absolutismo y el fraccionamiento de Alemania, el Parlamento redujo su actividad a estériles debates en torno a la Constitución del imperio.

xiv "*Nueva Gaceta del Rin*" (Neue Rheinische Zeitung): diario que salió en Colonia bajo la redacción de C. Marx del 1 de junio de 1848 al 19 de mayo de 1849. El periódico, órgano combativo del ala proletaria de la democracia, desempeñaba el papel de educador de las masas populares, las llamaba a combatir la contrarrevolución. Los editoriales, que determinaban la postura del rotativo en

los más importantes problemas de la revolución alemana y europea, pertenecían, por lo común, a Marx y Engels. La deportación de Marx por el gobierno prusiano y las represiones contra los demás redactores fueron la causa de que el periódico dejara de salir.

xv *“Sotsial-Demokrat”* (El Socialdemócrata): periódico menchevique, salió en georgiano en Tiflis del 7 (20) de abril al 13 (26) de noviembre de 1905. No se publicaron más que 6 números. Lo dirigía N. Zhordania, líder de los mencheviques georgianos. El artículo *El Zemski Sobor y nuestra táctica*, publicado en el núm. 1 de *Sotsial-Demokrat* del 7 (20) de abril de 1905 fue escrito por N. Zhordania.

xvi *Constitución “a lo Shípov”*: nombre que le daba Lenin al proyecto de organización del Estado, confeccionado por D. N. Shípov, liberal moderado, líder del ala derecha de las personalidades de los zemstvos. Empeñado en restringir la envergadura de la revolución y lograr, a la vez, algunas concesiones del gobierno del zar en favor de los zemstvos, Shípov proponía que se constituyera un órgano representativo consultivo subordinado al zar. Los liberales moderados se proponían engañar a las masas mediante tal componenda, conservar la monarquía y, al propio tiempo, conseguir algunos derechos políticos para la burguesía liberal.

xvii *“Marxismo legal”*: corriente sociopolítica surgida en Rusia en los años '90 del siglo pasado entre los intelectuales burgueses liberales. Proclamándose adeptos al marxismo, Struve, Bulgákov, Tugán-Baranovski y otros

tomaron de la doctrina de Marx únicamente la teoría de la sustitución inevitable de la formación socioeconómica feudal por la capitalista, rechazando por completo el “alma revolucionaria” del marxismo: la doctrina del hundimiento ineluctable del capitalismo, la teoría de la revolución socialista y del paso al socialismo. Los “marxistas legales” criticaban en la prensa legal a los populistas, que negaban la inevitabilidad del desarrollo del capitalismo en Rusia, y ensalzaban el orden de cosas capitalista. En lo sucesivo los “marxistas legales” pasaron a ser enemigos del marxismo, fueron miembros activos del partido burgués de los demócratas constitucionalistas.

xviii “*Rússkaya Stariná*” (La Antigüedad Rusa): revista histórica mensual que salió en Petersburgo de 1870 a 1918.

xix Trátase del trabajo de C. Marx *Tesis sobre Feuerbach* (véase C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 3, págs. 1-4).

xx “*Russkie Védomosti*” (Las Noticias Rusas): periódico que salió en Moscú desde 1863 hasta 1918. Expresaba las concepciones de los intelectuales liberales moderados. Defendía la necesidad de reformas que debían convertir el país en una monarquía constitucional. Desde 1905 fue órgano del ala derecha del partido de los demócratas constitucionalistas.

xxi “*Sin Otéchestva*” (El Hijo de la Patria): diario de orientación liberal, salió en Petersburgo de 1856 a 1900 y en 1904-1905. Eran colaboradores del periódico elementos de *Osvobozhdenie* y populistas de distintos matices. El 15 (28) de noviembre de 1905 el periódico pasó a ser órgano del partido de los eseristas. El 2 (15) de diciembre de 1905 fue clausurado.

xxii “*Nasha Zhizn*” (Nuestra Vida): diario afín al ala izquierda de los demócratas constitucionalistas, salió en Petersburgo desde noviembre de 1904 hasta julio de 1906 con intervalos.

xxiii “*Nashi Dni*” (Nuestros Días): diario de orientación liberal, se publicó en Petersburgo del 18 (31) de diciembre de 1904 al 5 (18) de febrero de 1905.

xxiv Véase C. Marx y F. Engels. *Manifiesto del Partido Comunista* (C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 4, pág. 459).

xxv *Zemstvo*: así se llamaba la administración autónoma local encabezada por la nobleza en las provincias centrales de la Rusia zarista. Fue instituida en 1864. Sus atribuciones se limitaban a los asuntos económicos puramente locales (construcción de hospitales y caminos, estadística y seguros). Controlaban su actividad los gobernadores y el ministro del Interior, que podían anular cualquier acuerdo indeseable para el gobierno.

xxvi “*El hombre enfundado*”: protagonista de un cuento homónimo del escritor ruso A. Chéjov. Tipo de pequeñoburgués limitado, temeroso de toda innovación e iniciativa.

xxvii *Girondinos* y *jacobinos*: nombre de dos agrupaciones políticas de la burguesía en el periodo de la revolución burguesa de Francia a fines del siglo XVIII. Los *girondinos* expresaban los intereses de la burguesía moderada y vacilaban entre la revolución y la contrarrevolución y seguían por el camino de las componendas con la monarquía. Se daba el nombre de *jacobinos* a los

representantes más decididos de la burguesía, a los demócratas revolucionarios, que defendían con sentido consecuente la necesidad de acabar con el absolutismo y el feudalismo. Lenin llama girondinos de la socialdemocracia a los mencheviques, oportunistas de la socialdemocracia rusa.

xxviii *Bachibozuk*: nombre de destacamentos irregulares del ejército turco de los siglos XVIII y XIX, que se distinguían por su indisciplina, crueldad y propensión al pillaje.

xxix Referencia a la ocasión en que Nicolás II recibió el 6 (19) de junio de 1905 a la delegación de representantes de los zemstvos. La delegación entregó al zar una petición en la que se le rogaba que convocara a los representantes del pueblo para instaurar, con el acuerdo del zar, “un régimen estatal renovado”. La petición no incluía reivindicaciones de sufragio universal, directo, igual y secreto ni libertad electoral garantizada.

xxx *Los partidarios de “Vperiod”, los congresistas o los partidarios de “Proletari”*: distintas designaciones de los bolcheviques: por el III Congreso del Partido, convocado por ellos, y por los nombres de los periódicos *Vperiod* (Adelante) y *Proletari* que editaban.

xxxi Trátase de la batalla naval de Tsushima cerca de la isla del mismo nombre el 14-15 (27-28) de mayo de 1905 durante la guerra ruso-japonesa. Culminó en la derrota de la flota rusa.

xxxii La expresión “cretinismo parlamentario” que figura reiteradas veces en las obras de Lenin, la usaban Marx

y Engels. Lenin empleaba esta expresión aplicada a los oportunistas, que estimaban que el sistema parlamentario es omnipotente y que la actividad parlamentaria es la única y la principal forma de lucha política en cualesquiera condiciones.

xxxiii Trátase de la intervención de Nadezhdin (seudónimo de E. O. Zelenski) en la prensa contra el plan de publicación de la *Iskra* leninista. Lenin criticó este artículo ya en 1902 en el libro *¿Qué hacer?*

xxxiv *Centurias negras*: bandas monárquicas que formaba la policía zarista para combatir el movimiento revolucionario. Los elementos de las centurias negras asesinaban a revolucionarios, agredían a intelectuales progresistas y organizaban pogromos de judíos.

xxxv "*Gaceta de Francfort*" (*Frankfurter Zeitung*): diario, órgano de los grandes bolsistas alemanes, se publicaba en Francfort del Meno de 1856 a 1943. Volvió a salir en 1949 con el título *Allgemeine Frankfurter Zeitung*.

xxxvi *Bernsteinianos*: adeptos a una corriente oportunista en la socialdemocracia internacional, surgida a fines del siglo XIX en Alemania, hostil al marxismo. Debe su nombre a E. Bernstein (1850-1932), el portavoz más declarado del oportunismo.

xxxvii *Jauresistas*: adeptos del socialista francés J. Jaurés, que encabezaba el ala derecha, reformista, del movimiento socialista de Francia. Aparentando reclamar la "libertad de crítica", revisaban los postulados básicos del marxismo y propugnaban la colaboración de clase entre el proletariado

y la burguesía. En 1902 fundaron el Partido Socialista Francés, que adoptó posiciones reformistas.

xxxviii Lenin se refiere al programa presentado en 1874 por el grupo londinense de blanquistas, ex miembros de la Comuna de París.

Blanquistas: adeptos a la corriente del movimiento socialista francés encabezada por Louis August Blanqui (1805-1881), eminente revolucionario, destacado representante del comunismo utópico francés.

Los blanquistas, como escribía Lenin, esperaban “la emancipación de la humanidad de la esclavitud asalariada, no por vía de la lucha de clase del proletariado, sino por vía de la conspiración de un pequeño grupo de intelectuales” (O.C., t. 13.) Al suplantar la actividad del partido revolucionario con luchas de un puñado secreto de conspiradores, los blanquistas no tomaban en consideración la situación concreta indispensable para la victoria de la insurrección y despreciaban los vínculos con las masas.

xxxix *El Programa de Erfurt de la socialdemocracia alemana* fue adoptado en octubre de 1891 en el Congreso de Erfurt. Se tomó como base del Programa la doctrina del marxismo sobre la inevitabilidad del hundimiento del modo capitalista de producción y de su sustitución con el modo socialista; se subrayaba en él la necesidad de que la clase obrera sostuviese la lucha política, se señalaba el papel del partido como dirigente de esta lucha, etc. Sin embargo, figuraban en el Programa varios enunciados erróneos de los que podían valerse los oportunistas, no

se decía una palabra sobre la dictadura del proletariado. Engels ofreció una crítica circunstanciada del proyecto del Programa de Erfurt (*Contribución a la crítica del proyecto de programa socialdemócrata de 1891*; Véase C. Marx y Engels. *Obras*, t. 22, pp. 227-243). Era, en realidad, una crítica al oportunismo de toda la II Internacional, para cuyos partidos el Programa de Erfurt era algo así como modelo. No obstante, la dirección de la socialdemocracia alemana ocultó a las masas partidarias la crítica de Engels, y sus importantes observaciones no se tomaron en cuenta en la redacción del texto definitivo del Programa.

xl Véase F. Engels. *La venidera revolución italiana y el Partido Socialista* (C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. 22, pp. 457-460)

xli *Bakuninismo*: corriente pequeñoburguesa, debe el nombre a su ideólogo M. A. Bakunin. Reflejaba la ideología del pequeño propietario arruinado. La tesis básica del bakuninismo es la negación de todo Estado, incluida la dictadura del proletariado, la incompreensión del papel histórico universal del proletariado. Los bakuninistas sostenían una lucha tenaz contra la teoría y la táctica marxistas del movimiento obrero. Su táctica de conspiración, de sublevaciones inmediatas y de terrorismo era aventurera y hostil a la teoría marxista de la insurrección. El bakuninismo es una corriente del anarquismo.

xlii En el núm. 3 del periódico *Proletari* se publicó el artículo de Lenin *Acerca del gobierno provisional revolucionario* (artículo segundo). El autor citaba el artículo de Engels *Los bakuninistas en acción. Memorias sobre el*

levantamiento en España en el verano de 1873, en el que se critica la resolución de los bakuninistas mencionada por Lenin.

xliii “*Credo*”: símbolo de la fe, programa, exposición de la concepción del mundo. Se conoce con este nombre un documento publicado en 1899 por un grupo de “economistas”. Los autores del *Credo* eran E. D. Kuskova y S. N. Prokopóvich. Este manifiesto expresó de la manera más clara el oportunismo del “economismo” ruso. Lenin se manifestó contra las concepciones de los “economistas” en la *Protesta de los socialdemócratas de Rusia*.

xliv Trátase de la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, que se libró por la dominación en el Extremo Oriente. Rusia mostró que no estaba en absoluto preparada para la guerra, sufrió derrotas en las inmediaciones de Mukden y en Tsushima, abandonando la ciudad de Port Arthur. Temiendo el mayor despliegue de la revolución, el zarismo se apresuró a concertar la paz. En septiembre de 1905, en la ciudad de Portsmouth (EE.UU.) Rusia y el Japón suscribieron el Tratado de Paz. De conformidad con las cláusulas del Tratado, el gobierno zarista entregaba al Japón los derechos de arrendamiento de Port Arthur y Dalni, le cedía el Ferrocarril Manchuriano del Sur y la parte meridional de la isla de Sajalín. Se reconocía el derecho del Japón de ejercer la influencia prevaeciente en Corea; además, Rusia se comprometía a otorgar varias concesiones al Japón.

xlx Se alude a la participación de Louis Eugéne Varlin, eminente personalidad del movimiento obrero francés y de la

I Internacional, en el Consejo de la Comuna de París en 1871.

xlvi Alusión al II Congreso del POSDR, celebrado del 17 (30) de julio al 10 (23) de agosto de 1903. Los principales problemas del Congreso fueron la aprobación del Programa y los Estatutos del Partido y las elecciones de los órganos dirigentes del Partido.

xlvi Trátase de los *Estatutos de organización* adoptados en la Conferencia menchevique de Ginebra en 1905.

lviii En el otoño de 1904, la Redacción de la *Iskra* menchevique publicó una carta en la que planteaba como tarea principal de la socialdemocracia la “influencia organizada sobre la oposición burguesa” mediante la presentación de demandas al gobierno a través de los liberales burgueses y las personalidades de los zemstvos. En este “plan de campaña de los zemstvos” se hizo patente con toda diaphanidad la falta de fe menchevique en las fuerzas del proletariado, en la capacidad de este para sostener la lucha política y emprender por su cuenta la acción revolucionaria. Los mencheviques pasaron del oportunismo en materia de organización al oportunismo táctico, y el “plan de campaña de los zemstvos” fue su primer paso por este camino.

lxix Véase C. Marx. *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850* (C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 7, p. 86).

l *Concepción brentaniana de la lucha de clases, brentanismo*: doctrina burguesa liberal que predicaba la posibilidad de resolver el problema obrero dentro del cuadro del capitalismo por vía de la legislación fabril y

la organización de los obreros en sindicatos. Debe su denominación a L. Brentano, profesor de Economía política de la Universidad de Múnich, uno de los principales representantes de la escuela del socialismo de cátedra en la Economía política burguesa.

li *Los sindicatos de Hirsh-Duncker*: organizaciones sindicales reformistas de Alemania fundadas en 1868 por M. Hirsh y F. Duncker, personalidades del partido progresista burgués. Al predicar la idea de la “armonía” de los intereses del trabajo y del capital, los organizadores de los sindicatos de Hirsh-Duncker estimaban posible dar ingreso en los sindicatos a capitalistas, a la par con los obreros. La actitud negativa hacia las huelgas convertía los sindicatos de Hirsh-Duncker en organizaciones de esquirolas. Su actividad se circunscribía más que nada a las mutualidades y las organizaciones culturales y educativas.

lii “*Rassvet*” (El Amanecer): diario legal liberal, se editó en Petersburgo desde el 1 (14) de marzo hasta el 29 de noviembre (12 de diciembre) de 1905.

liii “*Zariá*” (La Aurora): revista marxista científico-política. La publicaba legalmente en 1901-1902 en Stuttgart la Redacción de *Iskra*. En total salieron cuatro números (tres libros) de *Zariá*. La revista criticaba el revisionismo internacional y ruso (el bernsteinianismo, el “marxismo legal” y el “economismo”) y defendía los fundamentos teóricos del marxismo.

liv “*Moskovskie Védomosti*” (Anales de Moscú): uno de los más viejos periódicos rusos, lo publicaba la Universidad

de Moscú desde 1756, a partir de los años 60 del siglo XIX era órgano monárquico-nacionalista, promotor de las concepciones de las capas más reaccionarias de los terratenientes y el clero; desde 1905 *Moskovskie Védomosti* era uno de los principales órganos de prensa de las centurias negras. Salió hasta la Revolución Socialista de Octubre de 1917.

lv Lenin se refiere a la introducción de F. Mehring al libro *Aus dem literarischen Nachlass von Karl Marx, Friedrich Engels und Ferdinand Lassalle*, Herausgegeben von Franz Mehring, Band III, Stuttgart, 1902, S. 53. (*De la herencia literaria de Carlos Marx, Federico Engels y Fernando Lassalle* bajo la redacción de Franz Mehring, t. III, Stuttgart, 1902, pág. 53). En las pp. 134-135 del tomo Lenin cita la misma introducción de F. Mehring.

lvi C. Marx. *La crisis y la contrarrevolución* (véase C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 5, p. 431). -129.

lvii C. Marx. Los programas del partido radical democrático de Francfort y la izquierda de Francfort (véase C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 5, p. 39).

lviii C. Marx. Los programas del partido radical democrático de Francfort y la izquierda de Francfort (véase C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. 5, p. 40).

lix Lenin cita el artículo de Engels *La Asamblea de Francfort* (véase C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 5, p. 10).

lx F. Engels. *Debates berlineses acerca de la revolución* (véase C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 5, pp. 63-64).

lxi C. Marx. El proyecto de ley sobre la abolición de las cargas feudales (véase C Marx y F. Engels. *Obras*, t. 5, p. 299).

lxii El órgano de la Unión Obrera de Colonia se denominaba inicialmente *Zeitung des Arbeiter-Vereins zu Koln* (Gaceta de la Unión Obrera de Colonia) con el subtítulo *Freiheit, Brüderlichkeit, Arbeit* (Libertad, Fraternidad y Trabajo). El periódico salió de abril a octubre de 1848. En total vieron la luz 40 números. Tras suspenderse la publicación de este órgano, la Unión Obrera de Colonia reanudó desde el 26 de octubre la edición del periódico bajo el título *Freiheit, Brüderlichkeit, Arbeit*. Con este título el rotativo salió con pequeña interrupción hasta el 24 de junio de 1849. Se publicaron 32 números.

lxiii *Liga de los Comunistas*: primera organización comunista internacional del proletariado, creada bajo la dirección de Marx y Engels en el comienzo de junio de 1847 en Londres. Los principios programáticos y organizativos de la Liga fueron trazados con la participación personal de Marx y Engels, autores de su documento programático –el *Manifiesto del Partido Comunista*–, publicado en febrero de 1848. La Liga de los Comunistas existió hasta noviembre de 1852 y fue la predecesora de la Asociación Internacional de los Trabajadores (la I Internacional). Las principales personalidades de la Liga de los Comunistas desempeñaron en lo sucesivo un papel dirigente en la I Internacional

lxiv Se trata del artículo de G. V. Plejánov *¿Es posible esto?* publicado en el núm. 381 del periódico *Továrisch*, del 26 de septiembre. (9 de octubre) de 1907.

“Továrish” (Camarada): diario burgués, apareció en Petersburgo del 15 (28) de marzo de 1906 al 30 de diciembre de 1907 (12 de enero de 1908).

Sin ser formalmente órgano de ningún partido, en la práctica era órgano de los demócratas constitucionalistas de izquierda. Colaboraban también en él mencheviques.

lxv *Jlestakov*: protagonista de la obra *El inspector* del escritor ruso N. V. Gógol. Tipo de fanfarrón y mentiroso.

El boicot a la дума de Bulguin y la insurrección

La actual situación política de Rusia es la siguiente. Es probable que se convoque próximamente la Duma de Bulguin, esto es, una asamblea consultiva de representantes de los terratenientes y la gran burguesía, elegidos bajo la fiscalización y con el concurso de los servidores del Gobierno autocrático y sobre la base de un derecho al sufragio tan burdamente censual, estamental e indirecto que constituye un descarado escarnio de la idea de la representación popular. ¿Qué actitud se debe tomar con respecto a esta Duma? La democracia liberal ofrece dos respuestas al interrogante: su ala izquierda, representada por la Unión de Uniones, es decir, principalmente por elementos de la intelectualidad burguesa, se pronuncia por el boicot, por la no participación en las elecciones y el aprovechamiento del momento actual para intensificar la campaña en favor de una Constitución democrática sobre la base del sufragio universal. Su ala derecha, represen-

tada por el congreso de julio de personalidades de los zemstvos y las ciudades, o, mejor dicho, por determinado sector de este congreso, está contra el boicot, por la participación en las elecciones, por la promoción a la Duma del mayor número posible de sus candidatos. Ciertamente, el congreso no ha adoptado ningún acuerdo a este respecto y ha postergado este tema hasta el congreso siguiente, que deberá ser convocado telegráficamente una vez publicada la “Constitución” de Bulguiin. Pero la opinión del ala derecha de la democracia liberal está hartamente definida ya.

La democracia revolucionaria, es decir, principalmente el proletariado y su representante consciente, la socialdemocracia, se pronuncia de modo rotundo, general y terminante por la insurrección. Esta diferencia en la táctica ha sido captada con acierto por el órgano de la burguesía liberal monárquica, *Osvobozhdenie*, en cuyo último número (74) se condena resueltamente, por una parte, “la prédica sin tapujos de la insurrección armada” por “demencial y criminal” y, por otra, se critica la idea del boicot como “prácticamen-

te estéril” y se expresa la seguridad de que no solo el sector de los zemstvos del Partido “Demócrata” Constitucionalista (léase: monárquico), sino también las uniones de uniones “aprobarán su examen de Estado”, esto es, renunciarán a la idea del boicot.

Surge el interrogante: ¿qué actitud debe tomar el partido del proletariado consciente ante la idea del boicot, y qué consigna táctica debe proponer en primer lugar a las masas populares? Para responder a este interrogante hay que recordar ante todo en qué consisten la esencia y el significado fundamental de la “Constitución” buliguiniana. Consisten en una transacción del zarismo con los terratenientes y la gran burguesía, quienes deberán ir separándose gradualmente de la revolución, es decir, del pueblo en lucha, y reconciliándose con la autocracia merced a una pretendida dádiva constitucional inocua y totalmente inofensiva para la autocracia. La posibilidad de tal transacción no ofrece ninguna duda, ya que todo nuestro Partido “Demócrata” Constitucionalista ansia la conservación de la monarquía y de la

Cámara alta (o sea, asegurar de antemano, dentro del régimen estatal del país, los privilegios políticos y la dominación política de los “diez mil” acaudalados “de la cúspide”). Más aún: en una u otra forma, más tarde o más temprano, esa transacción es inevitable, al menos con una parte de la burguesía, pues la prescribe la propia situación de clase de la burguesía en el régimen capitalista. El problema reside solo en cómo y cuándo tendrá efecto esa transacción, y la misión toda del partido del proletariado consiste en alejar en la medida de lo posible el momento de su estipulación, dividir a la burguesía en la medida de lo posible, extraer el mayor provecho posible para la revolución de los transitorios llamamientos de la burguesía al pueblo y preparar durante ese período las fuerzas del pueblo revolucionario (proletariado y campesinos) para derrocar violentamente a la autocracia y para apartar y neutralizar a la falsaria burguesía.

En efecto, la esencia de la situación política de la burguesía reside, como lo hemos señalado más de una vez, en que se halla entre

el zar y el pueblo y desea cumplir el papel de intermediario honesto para deslizarse furtivamente hacia el poder a espaldas del pueblo combatiente. Por eso la burguesía se dirige hoy al zar y mañana al pueblo: al primero, con “serias y prácticas” proposiciones de provechosa transacción política; al segundo, con vacías frases sobre la libertad (los discursos del señor I. Petrunkévich en el congreso de julio). Nos conviene que la burguesía se dirija al pueblo, pues de ese modo proporciona materiales para el despertar político y la instrucción política de masas tan atrasadas y tan vastas que la pretensión de abarcarlas con la agitación socialdemócrata sería por el momento vana utopía. Que la burguesía sacuda a los más atrasados, que roture la tierra aquí y allá; nosotros sembraremos infatigablemente en esa tierra la semilla socialdemócrata. En todo Occidente, la burguesía se vio obligada a despertar la conciencia política del pueblo para luchar contra la autocracia, tratando simultáneamente de sembrar en la clase obrera las semillas de las teorías burguesas. Es cometido nuestro utilizar la labor

destruictiva de la burguesía con respecto a la autocracia e instruir incesantemente a la clase obrera en lo que se refiere a sus objetivos socialistas y al enfrentamiento irreconciliable entre sus intereses y los de la burguesía.

Está claro, por consiguiente, que en el momento actual nuestra táctica debe consistir, en primer lugar, en apoyar la idea del boicot. En sí mismo, el problema del boicot es un problema interno de la democracia burguesa. La clase obrera no está directamente interesada, pero sin duda sí lo está en apoyar a la parte más revolucionaria de la democracia burguesa, en extender e intensificar la agitación política. El boicot a la Duma es un redoblado llamamiento de la burguesía al pueblo, el desarrollo de su agitación, la multiplicación del número de motivos para nuestra agitación, la profundización de la crisis política, es decir, de la fuente del movimiento revolucionario. La participación de la burguesía liberal en la Duma es en este momento el debilitamiento de su agitación, un llamamiento más al zar que al pueblo, la aproximación de la transacción contrarrevolucionaria entre el zar y la burguesía.

Está fuera de toda discusión que la Duma de Bulguin, aun cuando no sea “frustrada”, engendrará por sí misma inevitables conflictos políticos que el proletariado no deberá dejar de utilizar, pero eso es cosa del futuro. Sería ridículo “hacer voto” de no utilizar esa Duma burocrática burguesa con fines de agitación y lucha, pero ahora no se trata de eso. Ahora, el ala izquierda de la propia democracia burguesa ha planteado ya la lucha directa e inmediata contra la Duma por medio del boicot, y nosotros debemos empeñarnos a fondo para ayudar a ese ataque más resuelto. Debemos tomarles la palabra a los demócratas burgueses, a los adeptos de *Osvobozhdenie*: propagar con la mayor amplitud posible sus frases “petrunkevichianas” sobre el llamamiento al pueblo, desenmascararlos ante el pueblo demostrando que la primera y mínima comprobación de esas frases en los hechos fue precisamente la cuestión de si se debía boicotear la Duma, es decir, dirigirse en protesta al pueblo, o si se debía aceptarla, es decir, renunciar a la protesta, acudir una vez más al zar y aceptar el escarnio de la representación popular.

En segundo lugar, debemos empeñar el máximo esfuerzo para que el boicot reporte utilidad efectiva en el sentido de extender y profundizar la agitación, y no transcurra como una simple abstención electoral pasiva. Esta idea, si no nos equivocamos, ya se ha difundido con bastante amplitud entre los camaradas que trabajan en Rusia, que la expresan con el concepto de **boicot activo**. En contraposición a la abstención pasiva, el boicot activo debe significar agitación decuplicada, organización de reuniones en todas partes, utilización de las reuniones electorales, aunque sea penetrando en ellas por la fuerza, organización de manifestaciones, de huelgas políticas, etc., etc. Se sobreentiende que para esa agitación y esa lucha son en especial convenientes algunos acuerdos provisionales, admitidos en general por varias resoluciones de nuestro Partido, con tales o cuales grupos de la democracia burguesa revolucionaria. Pero en este caso debemos, de una parte, preservar inalterablemente la identidad clasista del partido del proletariado, sin abandonar ni por un instante la crítica social-

demócrata de nuestros aliados burgueses. De otra parte, no cumpliríamos con nuestro deber como partido de la clase avanzada si no supiéramos plantear en nuestra agitación, en el momento actual de la revolución democrática, una consigna revolucionaria de vanguardia.

Esto constituye nuestra tercera tarea política inmediata y urgente. El “boicot activo” es, como ya hemos dicho, agitación, reclutamiento, organización de las fuerzas revolucionarias en escala aumentada, con energía duplicada, bajo presión triplicada. Pero este trabajo es inconcebible sin una clara, precisa y directa consigna¹. Tal consigna solo puede ser la insurrección armada. La convocatoria por el Gobierno de una representación “popular” burdamente falsificada ofrece magníficos motivos para la agitación en favor de una representación verdaderamente popular, para explicar a las más amplias masas que el único que podría hoy convocar esta verdadera representación

¹ Siguen en el original las palabras: “que lo agrupe y exprese las tareas del momento”. – *Ed.*

(después de los engaños y las burlas zaristas que ha sufrido el pueblo) sería un gobierno provisional revolucionario, y que para instaurarlo se necesitan la victoria de la insurrección armada y el derrocamiento efectivo del poder zarista. No es posible imaginar momento mejor para una amplia agitación en favor de la insurrección, y para esta agitación es preciso tener absoluta claridad respecto al programa del gobierno provisional revolucionario. Los *seis* puntos que ya hemos esbozado (*Proletari*, núm. 7, *Ejército revolucionario y gobierno revolucionario*) pueden presentarse como programa:

- 1) convocatoria de una asamblea constituyente elegida por todo el pueblo;
- 2) armamento del pueblo;
- 3) libertad política, abolición inmediata de todas las leyes que la entorpecen;
- 4) libertad plena, cultural y política de todos los pueblos oprimidos y mermados en sus derechos. El pueblo ruso no puede conquistar la libertad si no combate por la libertad de los demás pueblos;
- 5) jornada de ocho horas;
- 6) formación de comités campesinos para apoyar y aplicar to-

das las transformaciones democráticas, entre ellas las concernientes a la tierra, inclusive la confiscación de la propiedad agraria de los terratenientes.

Así pues: apoyar del modo más enérgico la idea del boicot; desenmascarar la traición del ala derecha de la democracia burguesa, que rechaza esta idea; transformar el boicot en activo, es decir, desplegar la más amplia agitación; preconizar la insurrección armada, exhortar a la inmediata organización de milicias y destacamentos del ejército revolucionario para el derrocamiento de la autocracia y la instauración de un gobierno provisional revolucionario; difundir y explicar el programa básico e incuestionablemente obligatorio de ese gobierno provisional revolucionario, que deberá ser bandera de la insurrección y modelo para todas las repeticiones futuras de los sucesos de Odesa.

Tal debe ser la táctica del partido del proletariado consciente. A fin de aclararla por completo y lograr la unidad debemos detenernos una vez más en la táctica de *Iskra*. La expone, en el núm. 106, el artículo *Defensa*

u ofensiva. Sin detenernos en las divergencias menudas y parciales, que desaparecerán por sí mismas en los primeros intentos de iniciar la acción, señalemos la divergencia fundamental. Reprobando con razón el boicot pasivo, *Iskra* le contrapone la idea de una inmediata “organización de la autoadministración revolucionaria” como “posible prólogo a la insurrección”. En opinión de *Iskra* debemos “apoderarnos del derecho de agitación electoral mediante la formación de comités obreros de agitación”. Estos comités “deben proponerse el objetivo de organizar la elección por el pueblo de sus diputados revolucionarios plenamente representativos fuera de los marcos ‘legales’ que establezcan los proyectos ministeriales”; debemos “cubrir el país con una red de órganos de autoadministración revolucionaria”.

Semejante consigna no sirve para nada. Desde el punto de vista de las tareas políticas en general es un embrollo, y con respecto a la situación política actual lleva agua al molino de *Osvobozhdenie* y acólitos. La organización de la autoadministración

revolucionaria, la elección por el pueblo de sus plenipotenciarios, no constituyen *el prólogo*, sino el epílogo de la insurrección. Proponerse el objetivo de realizar, esa organización ahora, antes de la insurrección, al margen de la insurrección, significa proponerse un objetivo absurdo e introducir el embrollo en la conciencia del proletariado revolucionario. Es preciso empezar por el triunfo insurreccional (aunque sea en una sola ciudad) e instaurar un gobierno provisional revolucionario, para que este, como órgano de la insurrección, como cabeza reconocida del pueblo revolucionario, pueda emprender la organización de la autoadministración revolucionaria. Suplantar, o aunque solo sea postergar, la consigna de la insurrección por la de organizar la autoadministración revolucionaria es algo así como el consejo de atrapar la mosca para luego echarle polvo contra las moscas. Si a los camaradas de Odesa, en las famosas jornadas, alguien les hubiera propuesto, como prólogo a la insurrección, organizar la elección de representantes del pueblo en lugar de organizar el ejército revolucionario, los camaradas de

Odesa, por descontado, hubieran puesto en solfa semejante idea. *Iskra* repite el error de los “economistas”, que querían ver en “la lucha por los derechos” el prólogo a la lucha contra la autocracia. *Iskra* vuelve a las malandanzas del desdichado “plan para la campaña de los zemstvos”, que suplantó la consigna de la insurrección con la teoría del “tipo superior de manifestación”.

No es este el lugar para detenernos en la fuente del error táctico de *Iskra*; remitimos a los interesados al folleto de N. Lenin *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*. Es más importante señalar de qué manera la consigna neoiskrista cobra semejanza con una consigna tipo *Osvobozhdenie*. En la práctica, el intento de organizar la elección por el pueblo de sus representantes previa al triunfo de la insurrección convendría enteramente a los adeptos de *Osvobozhdenie* y degeneraría en una situación en la que los socialdemócratas quedarían a la zaga de aquéllos. Mientras no sea reemplazada por un gobierno provisional revolucionario, la autocracia no dejará que los obreros y el pueblo

realicen elecciones que merezcan de algún modo el nombre de populares (y los socialdemócratas no aceptaremos una comedia de elecciones “populares” bajo la autocracia); en cambio, los adeptos de *Osvobozhdenie*, los hombres de los zemstvos, los vocales están dispuestos a realizar elecciones y con todo desparpajo hacerlas pasar por “populares”, por “autoadministración revolucionaria”. Toda la posición de la burguesía liberal monárquica consiste actualmente en tratar de evitar la insurrección, en obligar a la autocracia a reconocer las elecciones de los zemstvos como populares sin la victoria del pueblo] sobre el zarismo, en convertir la autoadministración de los zemstvos y ciudades en “autoadministración revolucionaria” (en sentido petrunkevichiano), sin una revolución verdadera. El núm. 74 de *Osvobozhdenie* expone esta posición de un modo excelente. ¡Es difícil imaginar algo más repulsivo que ese ideólogo de la burguesía cobarde, quien asegura que la prédica de la insurrección “desmoraliza” al ejército y el pueblo! ¡Se afirma esto cuando hasta los ciegos ven que únicamente con la insu-

rrección el súbdito y el soldado rusos pueden salvarse de una desmoralización definitiva y demostrar su derecho a ser ciudadanos! El Manílov burgués se imagina una Arcadia feliz: bajo la mera presión de la “opinión pública”, “el gobierno se verá obligado a otorgar nuevas y nuevas concesiones, hasta que, finalmente, no podrá seguir adelante y se verá forzado a entregar el poder a una Asamblea Constituyente elegida por sufragio universal, igual, directo y secreto, tal y como lo exige la sociedad”... (¿con cámara alta?!). “En esta pacífica (!) transición del poder del gobierno actual a la Asamblea Constituyente de todo el pueblo, que organizará el poder estatal y gubernativo partiendo de nuevos principios, no hay absolutamente nada inverosímil”. Y esta genial filosofía de la burguesía rastrea se complementa con un consejo: ganar al ejército, especialmente a los oficiales, formar milicias populares “sin autorización previa” y constituir los órganos de la autoadministración local (léase: de los terratenientes y capitalistas) como “elementos del futuro gobierno provisional”.

Este embrollo tiene su sentido. La burguesía desea precisamente eso, que el poder pase “pacíficamente” a sus manos, sin una insurrección popular, que podría quizá resultar victoriosa, conquistar la república y la verdadera libertad, armar al proletariado y levantar a millones de campesinos. Ocultar la consigna de la insurrección, renunciar a ella y hacer que otros renuncien, recomendar como “prólogo” la organización inmediata de la autoadministración (solo accesible a los Trubetskói, Petrunkevich, Fiódorov y Cía.): es eso precisamente lo que necesita la burguesía para traicionar a la revolución y concertar una componenda con el zar (monarquía y Cámara alta) en contra de la “plebe”. Por lo tanto, el manilovismo liberal expresa los más recónditos pensamientos del talego de oro y de sus más profundos intereses.

El manilovismo socialdemócrata de *Iskra* expresa únicamente la orfandad de ideas de una parte de los socialdemócratas y su apartamiento de la táctica revolucionaria única del proletariado: el desenmascaramiento implacable de las oportunistas ilusiones burguesas,

según las cuales serían posibles las concesiones pacíficas del zarismo, sería realizable la autoadministración sin derrocar la autocracia, serían posibles las elecciones por el pueblo de sus representantes como prólogo a la insurrección. No, nosotros debemos demostrar clara y terminantemente que en la situación actual la insurrección es imprescindible, debemos llamar a la insurrección (sin fijar de antemano el momento, por supuesto), llamar a la organización inmediata de un ejército revolucionario. Solo la más audaz, la más amplia organización de ese ejército puede ser el prólogo a la insurrección. Solo la insurrección puede asegurar realmente el triunfo de la revolución, siempre que, huelga decirlo, los que conocen las condiciones locales se pongan en guardia contra los intentos insurreccionales prematuros. La organización efectiva de una efectiva autoadministración del pueblo solo puede ser el epílogo de una insurrección victoriosa.

*“Proletari”, núm. 12, 16 (3) de agosto de 1905.
Se publica según el periódico “Proletari”,
cotejado con el manuscrito.*

¿A la cola de la burguesía monárquica o a la cabeza del proletariado revolucionario y los campesinos?

La táctica de la socialdemocracia respecto a la Duma de Estado continúa al orden del día, por delante de las demás cuestiones de la lucha revolucionaria. Las divergencias a propósito de esta táctica entre el ala oportunista (*Iskra*) y el ala revolucionaria (*Proletari*) del POSDR deben ser analizadas con toda minuciosidad, pero no con vistas a una polémica cicatera (que en ocasiones degenera en altercado), sino para aclarar totalmente la cuestión y ayudar a los que trabajan en las localidades a elaborar las consignas más exactas, precisas y comunes dentro de lo posible.

Para empezar, unas palabras sobre la aparición de estas divergencias. En el núm. 12 de *Proletari*, ya antes de ser promulgada la ley sobre la Duma de Estado, expusimos las bases de nuestra táctica y de nuestra disparidad con *Iskra*. Exigíamos: 1) apoyo a la idea del boicot en el sentido de intensificar la agitación y de llamar al pueblo, en el sen-

tido de apoyo por parte del proletariado al ala izquierda de la democracia burguesa y de denuncia inflexible de la traición de su ala derecha; 2) indefectible boicot activo y no “apartamiento pasivo”, es decir, “agitación decuplicada”, incluida “la utilización de las reuniones electorales, aunque sea penetrando en ellas por la fuerza”, y, por último, 3) “una clara, precisa y directa consigna de agitación”, a saber: insurrección armada, ejército revolucionario, gobierno provisional revolucionario. Hemos rechazado resueltamente la consigna de *Iskra* (núm. 106): “organización de la autoadministración revolucionaria” por ser embrollada y hacer el juego a los seguidores de *Osvobozhdenie*, es decir, a la burguesía monárquica. Como previendo que *Iskra* volvería a “engendrar” disparidades, hicimos en el acto la advertencia de nuestro acuerdo con el rechazo de la idea del “boicot pasivo” manifestado por *Iskra*.

Por eso, si *Iskra* ahora, en el núm. 108, emite ciertas alusiones a la teoría de la “no intervención”, del “absentismo”, de la “abstención”, de los “brazos cruzados”, etc.,

nosotros, ante todo, desatendemos esas “objeciones”, ya que eso no es polémica, sino un conato de “arañar” al antagonista. Esos procedimientos de “polemizar”, que culminan con la insinuación de que ciertos dirigentes querrían ellos mismos verse en el gobierno provisional, han proporcionado hace ya mucho a la nueva *Iskra* una actitud hartamente definida hacia ella entre los medios más amplios de la socialdemocracia.

Así pues, el fondo de las discrepancias consiste en que *Iskra* no acepta nuestra consigna de agitación, que nosotros juzgamos central (insurrección armada, ejército revolucionario, gobierno provisional revolucionario). A su vez, *Proletari* entiende totalmente inadmisibles “suplantar o aunque solo sea postergar la consigna de la insurrección por la de organizar la autoadministración revolucionaria” (núm. 12 de *Proletari*). Los demás puntos de las divergencias encierran una significación relativamente menor. Por el contrario, tiene particular importancia que *Iskra* comience ya en el núm. 108 (como le ha sucedido más de una vez) a echarse atrás, a senderear, a querer

salir del aprieto: a la consigna de organizar la autoadministración revolucionaria añade la consigna de “activas acciones de combate de las masas populares” (qué diferencia eso de la insurrección armada, Alá lo sabe). *Iskra* llega a decir que “la organización” de la autoadministración revolucionaria es el único modo de una ‘organización’ efectiva de la insurrección de todo el pueblo”. El núm. 108 de *Iskra* lleva la fecha del 13 (26) de agosto, y el 24 de agosto del nuevo calendario publica el *Periódico Obrero*ⁱ de Viena un artículo del camarada MártoV que expone el “plan” de *Iskra* totalmente en el espíritu del núm. 106 y no en el de las “enmiendas” del núm. 108. Traducimos más abajo este valioso artículo del camarada MártoV, en su parte principal, como modelo de “manilovismo socialdemócrata”.

Probemos a orientarnos en este embrollo.

Para aclarar las cosas es menester ante todo tener presente qué fuerzas “crean la historia” de la revolución rusa y cómo lo hacen, precisamente en el momento actual. La autocracia ha asumido la teoría de la “deliberación”

del zar con el pueblo. En su deseo de deliberar con un puñado de compromisarios de los terratenientes y los tenderos, pasados por el tamiz de la vigilancia policíaca, comienza a aplastar la revolución, poniendo en ello una saña atroz. Esferas más amplias de la burguesía monárquica son partidarias de la teoría de la conciliación entre el zar y el pueblo (los adeptos de *Osvobozhdenie* o Partido “Demócrata” Constitucionalista). Con esta teoría expresa la burguesía su traición a la revolución, su disposición a apoyarla en un principio para unirse luego a la reacción contra ella. El proletariado revolucionario, en la medida que lo dirige la socialdemocracia, exige *la soberanía del pueblo*, es decir, la destrucción total de las fuerzas de la reacción y ante todo el derrocamiento efectivo del gobierno zarista y su remplazamiento por un gobierno provisional revolucionario. El proletariado tiende (a menudo de modo inconsciente, pero inalterable y enérgico) a atraerse a los campesinos y, con su ayuda, llevar la revolución hasta el triunfo, pese a la inestabilidad y la traición de la burguesía.

La Duma de Estado es, indudablemente, una concesión a la revolución, pero una concesión hecha (más indudablemente aun) con el propósito de sofocar la revolución y no otorgar la Constitución. Los “conciliadores” burgueses quieren lograr la Constitución con el fin de sofocar la revolución; el señor Vinográdov ha expresado con claridad meridiana (en *Russkie Védomosti*) esta aspiración de la burguesía liberal, derivada inevitablemente de su situación clasista.

Cabe preguntar: ¿qué significación tiene, así las cosas, el acuerdo de boicotear la Duma tomado por la Unión de Uniones (véase el núm. 14 de *Proletari*), es decir, por la organización más amplia de la intelectualidad burguesa? La intelectualidad burguesa, en todo y por todo, también quiere la “conciliación”. Por ello, como ha mostrado ya muchas veces *Proletari*, también péndula entre la reacción y la revolución, entre la componenda y la lucha, entre el trato con el zar y la insurrección contra el zar. Y, dada la situación clasista de la intelectualidad burguesa, no puede ser de otro modo. Pero se-

ría un error olvidar que esa intelectualidad es más capaz de expresar los intereses esenciales, ampliamente concebidos, de toda la clase burguesa, a diferencia de los intereses temporales y estrechos exclusivamente de la “cúspide” de la burguesía. La intelectualidad es más capaz de expresar i los intereses de las amplias masas de la pequeña burguesía y los campesinos. De ahí que sea más capaz, pese a toda su inestabilidad, de concurrir a la lucha revolucionaria contra la autocracia y, *a condición de que se aproxime al pueblo*, puede ser una gran fuerza en esa lucha. Impotente de por sí, podría proporcionar a muy considerables sectores de la pequeña burguesía y de los campesinos lo que precisamente les falta: conocimiento, programa, dirección, organización.

El meollo de la idea del “boicot”, tal y como ha surgido en la Unión de Uniones, consiste, por consiguiente, en que *el primer paso de la gran burguesía hacia la deliberación –conciliación con el zar–* ha dado lugar inexorablemente *al primer paso de la intelectualidad pequeñoburguesa hacia el acercamiento con*

el pueblo revolucionario. Los terratenientes y capitalistas se han tambaleado hacia la derecha; la intelectualidad burguesa, representante de la pequeña burguesía, se ha tambaleado hacia la izquierda. Los primeros van hacia el zar, sin renunciar, muchísimo menos, a amenazarle más de una vez aún con la fuerza del pueblo. Los segundos reflexionan en si no les conviene ir hacia el pueblo, pero sin romper aún definitivamente con la teoría de la “conciliación” y sin emprender *totalmente* la senda revolucionaria.

Ese es el meollo de la idea del boicot, surgida, como dijimos ya en el núm. 12 de *Proletari*, en el seno de la democracia burguesa. Solo gentes muy miopes y superficiales podrían notar en esta idea no intervención, absentismo abstención, etc. La intelectualidad burguesa no necesita *abstenerse*, pues el elevado censo la *mantiene* ya lejos de la Duma de Estado. La intelectualidad burguesa plantea en primer plano, con su resolución sobre el boicot, “la movilización de todos los elementos democráticos del país”. La intelectualidad burguesa es el elemento más di-

námico, decidido y combativo del partido de *Osvobozhdenie*, el Partido “Demócrata” Constitucionalista. Acusar a esa intelectualidad, por haber concebido tal idea, de abstencionismo, etc., o incluso negar a esa intelectualidad apoyo a su idea y *desarrollo de la misma* significa, por pecar de miopía, hacer el juego a la gran burguesía monárquica, cuyo órgano, *Osvobozhdenie*, no en vano combate la idea del boicot.

Aparte de consideraciones generales y fundamentales, el acierto del criterio expuesto es confirmado por las valiosas admisiones del señor S. S.ⁱⁱ en el núm. 75 de *Osvobozhdenie*. Es sintomático en sumo grado que el señor S. S. instale en el grupo “radical” a los partidarios de la idea del boicot y en el grupo “moderado”, a los adversarios. A los primeros les acusa de inspirarse en Voluntad del Puebloⁱⁱⁱ, de repetir los errores de los “grupos revolucionarios activos” (acusación honrosa para aquellos contra quienes la lanza *Osvobozhdenie*); de los segundos dice sin rodeos que se hallan entre dos fuegos: entre la autocracia y la “*revolución social*” (*¡sic!*).

¡En su espanto, el pobre señor S. S. casi ha confundido la república democrática con la revolución social! Pero lo más valioso de las admisiones del señor S. S. reside en lo siguiente: para los radicales –dice comparando el congreso de la Unión de Uniones con el de los representantes de los zemstvos– “el centro de gravedad residía indudablemente (¡escuchad!) en la demanda de cambiar el sistema de las elecciones, *mientras que, para el grupo más moderado, el interés principal consistía en la ampliación de los derechos de la Duma*”.

¡Palabras éstas que lo dicen todo! El señor S. S. ha revelado el secreto “pensar” de los terratenientes y capitalistas, denunciado centenares de veces por nosotros. Para ellos, el “interés principal” no radica en incluir al pueblo en las elecciones (eso lo temen), sino en *ampliar los derechos de la Duma*, esto es, en convertir esa asamblea consultiva de *la gran burguesía* en asamblea legislativa. Ahí está el quid. La gran burguesía jamás quedará satisfecha con una Duma “consultiva”. De ahí la inevitabilidad de los conflictos constitu-

cionales en la Duma de Estado. Pero la gran burguesía *jamás podrá* ser un aliado seguro y fiel de *la soberanía del pueblo*. Siempre tomará con una mano la Constitución (para ella) y, con la otra, *retirá* los derechos del pueblo o combatirá la ampliación de los derechos del pueblo. La gran burguesía no puede dejar de querer una Constitución que garantice los privilegios de la gran burguesía. La intelectualidad radical no puede dejar de aspirar a expresar los intereses de los sectores más amplios de la pequeña burguesía y los campesinos. El ala derecha de la democracia burguesa, ya con pájaro en mano, ha comenzado a “entrar en razón” y, como hemos visto, renuncia ya a los congresos “ilegales”. El ala izquierda ha descubierto que se queda hasta sin pájaro, que los terratenientes y capitalistas, tras aprovechar los servicios del “tercer elemento”^{iv} (agitación, propaganda, organización de la prensa, etc.), están dispuestos a *traicionarlos* orientando los esfuerzos en la Duma de Estado no hacia los derechos del pueblo, sino hacia *sus* derechos antipopulares. Y tras olfatear el princi-

pio de la traición, la intelectualidad burguesa estigmatiza la Duma de Estado como “insolente reto” del gobierno a todos los pueblos de Rusia, declara el boicot, aconseja la “movilización de los elementos democráticos”.

Arremeter en esta situación contra la idea del boicot significaría para la socialdemocracia hacer el papel de simplón político. Un fiel instinto de clase del proletariado revolucionario ha sugerido a la mayoría de los camaradas en Rusia la idea del boicot *activo*. Eso significa apoyar al ala izquierda y *atraerla*, tratar de separar a los elementos de *la democracia revolucionaria* para golpear junto con ellos a la autocracia. La intelectualidad radical nos ha tendido un dedo nosotros debemos tomarle la mano. Si el boicot no es jactancia, si la movilización no es una frase, si la indignación ante el “insolente reto” no es histrionismo ustedes deben romper con los “conciliadores”, ponerse al lado de la teoría de la soberanía del pueblo y aceptar, aceptar *efectivamente* las consignas de la democracia revolucionaria, las únicas consecuentes e íntegras: insurrección

armada, ejército revolucionario y gobierno provisional revolucionario. La única táctica acertada del proletariado revolucionario es atraerse a los que aceptan efectivamente estas consignas y hundir ante todo el pueblo en el albañal a quienes queden al lado de los “conciliadores”.

Nuestros neiskristas no han reparado ni en el origen clasista ni en la significación política real de la idea del boicot, y han abierto fuego... al aire. El camarada Cherevanin escribe en el núm. 108: “Como se desprende de las hojas editadas por el Comité del Don y el Grupo de San Petersburgo, estas dos organizaciones” (NB: *mencheviques*. Nota de la Redacción de *Proletari*) “se manifiestan por el boicot. Consideran que participar en las elecciones a tal Duma sería un acto oprobioso, una traición a la causa de la revolución y estigmatizan de antemano a los liberales que acudan a las elecciones. *De esta suerte se excluye la posibilidad de convertir la Duma de Estado en un arma de la revolución democrática y se rechaza por lo visto la agitación orientada hacia esta vertiente*”. Las pala-

bras que hemos subrayado muestran el error ahora esbozado.¹ Porque los que declaman contra la “no intervención” no hacen sino *ocultar* la cuestión verdaderamente importante’ de *los procedimientos* de intervención. Hay para ésta dos procedimientos, dos tipos de consignas. Primer procedimiento: “agitación decuplicada, organización de reuniones en todas partes, utilización de las reuniones

¹ Sigue en el manuscrito el siguiente texto tachado: “No se la puede convertir en un arma de la revolución democrática’ y no hay necesidad de hacerlo, ya que la Duma de Estado será inevitablemente y en cualquier caso *en parte* arma de la revolución democrática. En parte, es decir, en tanto que son inevitables en ella los conflictos constitucionales de *la gran burguesía* con el zar. Pero para nosotros, el centro de gravedad no debe estar en ella, puesto que inevitablemente ha de traicionar al proletariado, sino en las masas campesinas y en la intelectualidad radical capaz de aproximarse a esas masas. ¿Qué es más importante: impedir la conciliación entre los terratenientes y el zar o contribuir a la conciliación entre los campesinos y el proletariado? El camarada Cherevanin objetará: lo segundo será más importante, pero también hay que hacer lo primero. Muy bien. En tal caso veamos *cómo* hay que hacerlo”. – *Ed.*

electorales, aunque sea penetrando en ellas por la fuerza, organización de manifestaciones, de huelgas políticas, etc”. (*Proletari*, núm. 12). Ya hemos expuesto las consignas de esta campaña de agitación. Otro procedimiento: asumir “el compromiso revolucionario de ir a la Duma de Estado para conseguir su transformación en asamblea revolucionaria que deponga a la autocracia y convoque una asamblea constituyente” (camarada Cherevanin, en el núm. 108 de *Iskra*) o “presionar sobre los compromisarios en el sentido de elegir para la Duma solo a los partidarios resueltos de la representación democrática y libre” (camarada MártoV, en el *Diario Obrero* de Viena).

Es esta la diferencia entre los procedimientos que expresa la disparidad entre las “dos tácticas” de la socialdemocracia. El ala oportunista de la socialdemocracia propende siempre a “presionar” sobre la democracia burguesa *extrayéndole compromisos*. El ala revolucionaria de la socialdemocracia “presiona” sobre la democracia burguesa y la empuja hacia la izquierda *estigmatizándola por*

sus virajes hacia la derecha y propagando entre las masas las consignas de una revolución decisiva. La teoría de “extraer compromisos”, esa famosa teoría del *papel tornasolado*, la de Starover, es una ingenuidad inmensa y no puede más que sembrar la confusión entre el proletariado y corromperlo. ¿A quién presentaría el camarada Cherevanin, para que lo hiciera efectivo, el “compromiso” que le librarán? ¿A Nuestro Señor? ¿Ignora por ventura el camarada Cherevanin que *cualquier* compromiso se va al diablo bajo la presión de los intereses materiales de clase? ¿No es acaso pueril la idea de este mismo camarada Cherevanin de vincular a los diputados burgueses de la Duma de Estado con el proletariado revolucionario por medio de “credenciales imperativas”? Y el camarada Mártoov, si se pusiera a cumplir *efectivamente* su plan, tendría que *declarar* ante la clase obrera que N. N. o M. M., de la presente asamblea de terratenientes, son “partidarios decididos de la representación libre y democrática”. ¡Tales declaraciones equivaldrían a sembrar una inmensa corrupción política!

Y adviertan otra cosa: todos estos “compromisos revolucionarios” de los señores Petrunkévich, Ródichev y *tutti quanti*², todos esos “mandatos imperativos”, todas esas subscripciones de “apoyo decidido de la representación democrática y libre” (¿se puede elegir un término más general, turbio, oscuro?) se tomarían y darían *en nombre de la socialdemocracia a espaldas del proletariado*. Porque eso no puede hacerse abiertamente, e incluso con agitación abierta, en los países libres los políticos se comprometen no tanto mediante transacciones parciales cuanto mediante los programas de *los partidos*. Pero en nuestro caso *no hay ni habrá* partidos definidos y constituidos en las elecciones a la Duma de Estado. Contemplan, camaradas neoiskristas, cómo han vuelto a meterse en el pantano: de palabra, ustedes repiten constantemente términos como “masas”, “ante las masas”, “con la participación de las masas”, “la iniciativa de las masas”; pero, en los hechos, todo el “plan” de ustedes reside en pactar transacciones secretas sobre el

² y semejantes. – Ed.

compromiso del señor Petrunkévich de no traicionar la revolución, sino ser un partidario “decidido” de ella.

Los propios neiskristas se han elevado al absurdo. En Rusia nadie ni en parte alguna, ni siquiera entre sus partidarios, piensa en concertar esos disparatados “compromisos revolucionarios”. No. No es así como hay que intervenir. Hay que intervenir *estigmatizando* del modo más implacable la teoría de la conciliación y a los conciliadores burgueses, a todos esos Petrunkévich y sus semejantes. El único procedimiento seguro de “presionar” realmente sobre la Duma, de preparar realmente la victoria de la revolución consiste en desenmascarar la traición burguesa de esos señores a la revolución, en unir contra la autocracia (y, *por si acaso, también*, contrapuesta tímidamente al boicot, *contra la Duma*) a las fuerzas revolucionarias *para la insurrección*. Solo esgrimiendo esta consigna debemos intervenir en la agitación electoral, y no para llevar a cabo maniobras, transacciones, compromisos electorales, sino para preconizar la insurrección. Y solo la fuerza

real del pueblo armado permitirá utilizar en favor de la revolución (y no en favor de una Constitución estrechamente burguesa) los posibles y probables conflictos futuros dentro de la Duma de Estado o de ésta con el zar. ¡Menos confianza en la Duma de Estado y más confianza en las fuerzas del proletariado en vías de armarse, señores!

Hemos llegado ahora a la consigna: organización de la autoadministración revolucionaria. Estudiémosla con toda atención.

Primero. En el terreno estrictamente teórico es erróneo destacar a primer plano la consigna de la autoadministración revolucionaria en vez de la consigna de la soberanía del pueblo. La primera concierne a la administración; la segunda, a la estructura del Estado. La primera es compatible, por ello, con la traidora teoría burguesa de la “conciliación” (un pueblo autoadministrado con el zar a la cabeza, que “no administra, sino impera”); la segunda es absolutamente incompatible. La primera es aceptable para la tendencia de *Osvobozhdenie*; la segunda, inaceptable.

Segundo. Identificar la organización de la autoadministración revolucionaria con la organización de la insurrección de todo el pueblo es una estupidez de cabo a rabo. La insurrección es una guerra civil, y la guerra exige un ejército. De por sí, la autoadministración no requiere un ejército. Hay países con autoadministración y sin ejército. Tampoco la autoadministración revolucionaria exige un ejército revolucionario allá donde la revolución es del tipo de la de Noruega: “despidieron” al rey y efectuaron una consulta al pueblo. Pero cuando el pueblo está sometido por el despotismo, que se apoya en el ejército y que ha iniciado la guerra civil, identificar la autoadministración revolucionaria con el ejército revolucionario, destacar lo primero y silenciar lo segundo es verdaderamente una trivialidad indecible, que expresa o bien traición a la revolución, o bien una extremada carencia de ideas.

Tercero. La historia confirma la verdad, evidente por otra parte, de que solo el triunfo total y decisivo de la insurrección garantiza enteramente la posibilidad de organizar

una autoadministración auténtica. ¿Hubiera sido posible en Francia una revolución municipal en julio de 1789, si el 14 de julio el París sublevado y armado no hubiera vencido a las tropas reales, no hubiera tomado la Bastilla, no hubiera destruido en su raíz la resistencia de la autocracia? ¿O quizá los neiskristas invocan el ejemplo de la ciudad de Montpellier, donde la revolución municipal, la organización de la autoadministración revolucionaria transcurrió de modo pacífico e incluso donde se acordó un voto de gracias al intendente por la amabilidad con que contribuyó a su propia deposición? ¿Espera la nueva *Iskra* que durante nuestra campaña de agitación para las elecciones a la Duma tengamos que dar las gracias a los gobernadores por su autoeliminación *antes de tomar* las bastillas rusas? ¿No es característico que, en la Francia de 1789, el momento de la revolución municipal fuera el momento de la iniciada *emigración de los reaccionarios*, mientras en nuestro caso se promueva la consigna de la autoadministración revolucionaria *en vez* de la consigna de la insurrec-

ción cuando existe todavía *la emigración de los revolucionarios*? Cuando preguntaron a un dignatario ruso por qué no se había otorgado una amnistía el 6 de agosto, el hombre respondió “¿A santo de qué hemos de poner en libertad a **diez mil individuos** a quienes nos ha costado no poco trabajo detener y que al día siguiente comenzarían una lucha feroz contra nosotros?” Un dignatario que razonaba con la cabeza, mientras que aquellos que hablan de la “autoadministración revolucionaria” antes de poner en libertad a esas diez mil personas no proceden así.

Cuarto. La realidad rusa de hoy muestra palmariamente la insuficiencia de la consigna de la “autoadministración revolucionaria” y la necesidad de la consigna directa y precisa de la insurrección. Echen un vistazo a lo ocurrido en Smolensk el 2 de agosto del antiguo calendario. La Duma municipal entendió ilegal el acantonamiento de los cosacos, suspendió la entrega de dinero a estos, organizó una milicia urbana para la defensa de la población e hizo un llamamiento a los soldados contra los actos de violencia sobre los

ciudadanos. Desearíamos saber si a nuestros bondadosos neiskristas les parece suficiente. ¿No hay que considerar esa milicia como *ejército revolucionario*, como órgano no solo de defensa, sino también de ofensiva, y una ofensiva no solo contra la centuria cosaca de Smolensk, sino también contra el gobierno autocrático en general? ¿No hay que difundir esa idea de la proclamación del ejército revolucionario y de sus objetivos? ¿Se puede considerar asegurada la autoadministración de la ciudad de Smolensk, realmente *popular*, mientras el ejército revolucionario no haya logrado una victoria decisiva sobre el ejército zarista?

Quinto. Los hechos testimonian irrefutablemente que la consigna de la autoadministración revolucionaria en vez de la consigna de la insurrección o en el sentido (?) de la consigna de la insurrección no solo es “aceptable” para los seguidores de *Osvobozhdenie*, sino que la *han aceptado*. Tomen el núm. 74 de *Osvobozhdenie*. Verán una reprobación decidida “de la demencial y criminal prédica de la insurrección armada” y, al propio tiem-

po, la defensa de las milicias urbanas y de la organización de los órganos de la autoadministración local como elementos del futuro gobierno provisional (véase el núm. 12 de *Proletari*).

Por cualquier lado que se enfoque la cuestión, resulta invariablemente que la nueva consigna de la nueva *Iskra* es una consigna del talante de *Osvobozhdenie*. Los socialdemócratas que sustituyen o relegan la consigna de la insurrección armada, el ejército revolucionario y el gobierno provisional revolucionario con la consigna de la organización de la autoadministración revolucionaria se arrastran a la cola de la burguesía monárquica en lugar de ir a la cabeza del proletariado revolucionario y de los campesinos.

Nos reprochan que” estamos “machacando” con obstinación las mismas consignas de siempre. Es un reproche que nos suena a cumplido. Nuestra misión estriba precisamente en machacar sin descanso, junto a las verdades generales del programa socialdemócrata, las consignas políticas del momento. Hemos conseguido una difusión

vastísima de esas “cuatro coletillas” que los liberales odian (sufragio universal, directo, igual, y secreto). Hemos dado a conocer a las masas obreras el “sexteto” de las libertades políticas (de palabra, de conciencia, de prensa, de reunión, de asociación y de huelga). Ahora debemos repetir millones y millones de veces el “terceto” de los objetivos revolucionarios inmediatos (insurrección armada, ejército revolucionario y gobierno provisional revolucionario). Las fuerzas populares que han de cumplir estas tareas crecen espontáneamente a ojos vistas. Los intentos de insurrección se multiplican, la organización de ésta aumenta, el pertrechamiento con armas avanza. Las filas de los obreros y campesinos, vestidos con anguarina, chaquetas o uniformes, destacan héroes desconocidos, fundidos indisolublemente con la multitud, imbuidos más y más del noble fanatismo de la liberación del pueblo. Corresponde a nosotros preocuparnos de que todos estos riachuelos confluyan en un caudaloso torrente, de que el movimiento espontáneo esté iluminado, decuplicando su fuerza, por la luz del

programa revolucionario consciente, directo, claro y preciso de nuestras próximas tareas.

Balance. Nuestra táctica respecto a la Duma de Estado puede ser expresada en cinco puntos: 1) llevar a cabo una agitación redoblada en torno a la ley de la Duma de Estado y a las elecciones a ella, organizar asambleas, utilizar la agitación electoral, las manifestaciones, etc.; 2) concentrar toda esta campaña de agitación alrededor de dichas consignas: insurrección armada, ejército revolucionario y gobierno provisional revolucionario; difundir el programa de este gobierno provisional; 3) atraer para esta agitación y para la lucha armada a todos los elementos de la democracia revolucionaria, y solo a ellos, es decir, solo aquellos que aceptan realmente las consignas antes mencionadas; 4) apoyar la idea del boicot surgida en el ala izquierda de la democracia burguesa, con el fin de que sea un boicot activo en el sentido de la más amplia agitación antes esbozada. Atraer a los representantes de izquierda de la democracia burguesa al lado del programa democrático revolucionario y a las actividades

que les aproximen a la pequeña burguesía y a los campesinos; 5) desenmascarar de modo implacable y estigmatizar ante las masas más amplias de obreros y campesinos la teoría burguesa de la “conciliación” y a los “conciliadores” burgueses; hacer público y esclarecer cada paso desleal e inseguro de estos hombres tanto hacia la Duma como en la Duma; poner en guardia a la clase obrera frente a estos traidores burgueses de la revolución.

*“Proletari”, núm. 15, 5 de septiembre
(23 de agosto) de 1905.*

*Se publica según el texto del periódico
“Proletari”, cotejado con el manuscrito*

Notas al final -¿A la cola de la burguesía monárquica o a la cabeza del proletariado revolucionario y los campesinos?

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i Periódico “*Obrero de Viena*” (*Wiener Arbeiter Zeitung*): diario, órgano central de la socialdemocracia austríaca. Fundado en 1889 en Viena. En 1905 *Arbeiter Zeitung* reflejaba en sus páginas los ánimos de combate de los obreros y las masas trabajadoras de Austria-Hungría, que luchaban bajo la influencia de la primera revolución rusa por la instauración del sufragio universal en su país. En lo sucesivo, la Redacción del periódico sostenía posiciones oportunistas. En 1934 se suspendió su publicación. Volvió a aparecer en 1945 como órgano central del Partido Socialista de Austria.

ii Trátase del artículo de P. N. Miliukov ¿*Ir o no ir a la Duma de Estado?* publicado con la firma “S. S.”.

iii *Voluntad del Pueblo* (Naródnaya Volia): organización política secreta de los populistas terroristas surgida en agosto de 1879. Al frente de Voluntad del Pueblo se hallaba el Comité Ejecutivo, integrado por los eminentes revolucionarios A. I. Zheliábov, V. N. Fígnier, S. L. Peróvskaya y otros. Al ocupar posiciones del socialismo utópico populista, los de Voluntad del Pueblo planteaban, a la vez, tareas de lograr la libertad política. Su programa preveía la organización de una “representación popular permanente” elegida sobre la base del sufragio universal,

la proclamación de las libertades democráticas y la entrega de la tierra al pueblo. El objetivo inmediato de Voluntad del Pueblo era el derrocamiento de la autocracia zarista.

Los componentes de Voluntad del Pueblo, al no poder hallar el camino de las masas populares, emprendieron la vía de la conspiración política y del terrorismo individual.

Después del 1 de marzo de 1881 (asesinato del zar Alejandro II), el gobierno destruyó la organización de Voluntad del Pueblo. Los reiterados intentos de resucitar Voluntad del Pueblo emprendidos a lo largo de los años 80 no tuvieron éxito.

iv La expresión “tercer elemento” se usaba en las publicaciones para designar a los intelectuales democráticos de los zemstvos.

La teoría de la generación espontánea

“*Iskra* ha demostrado que la Asamblea Constituyente puede formarse por generación espontánea, sin el concurso de ningún gobierno y, por lo tanto, tampoco del gobierno provisional. Desde ahora, este tremendo problema puede considerarse finiquitado, y todas las disputas a él concernientes deberán cesar”.

Así escribe el Bund en el núm. 247 de *Poslednie Izvestia*, fechado el 1 de setiembre (19 de agosto). Si no es una ironía, es imposible imaginar mejor “desarrollo” de las concepciones iskristas. En todo caso, la teoría de la “generación espontánea” queda asentada; el “tremendo problema”, finiquitado, y las disputas “deberán cesar”. ¡Qué felicidad! Ahora viviremos sin disputas en torno a este tremendo problema, acariciando esta nueva teoría de la “generación espontánea”, recién descubierta, simple y clara como la mirada de un niño. Ciertamente, esa teoría de la generación espontánea no se generó espontáneamente, sino que, como es público y notorio, se trata

de un fruto de la convivencia del Bund con la nueva *Iskra*, ¡pero lo que importa no es el origen de una teoría, sino su valor!

Cuan poco perspicaces fueron esos infortunados socialdemócratas de Rusia que debatieron el “tremendo problema” tanto en el III Congreso del POSDR como en la Conferencia de los neiskristas: unos hablaban del gobierno provisional *para* generar, no espontáneamente, la Asamblea Constituyente; otros admitían (la resolución de la Conferencia) que “la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo” “puede ser abocada” incluso “por la decisión de alguna institución representativa de convocar, bajo la directa presión revolucionaria del pueblo, una Asamblea Constituyente”, pero a nadie, ni siquiera a la Redacción de la nueva *Iskra*, presente en la Conferencia junto con Plejánov, se le había ocurrido eso que “‘*Iskra*’ ha demostrado” ahora y que el Bund resume, fija y bautiza con un estupendo término. Como todos los descubrimientos geniales, *la teoría de la generación espontánea de la Asamblea Constituyente* en el acto hizo luz en el caos. Ahora

todo está claro. No hay necesidad de pensar en el gobierno provisional revolucionario (recuerden la notable sentencia de *Iskra*: que no mancillen vuestros labios la conjunción de las palabras “¡viva!” y “gobierno”), no hay necesidad de hacer asumir a los miembros de la Duma de Estado el “compromiso revolucionario” de “convertir a la Duma de Estado en una asamblea revolucionaria” (Cherevanin, en el núm. 108 de *Iskra*). *¡La Asamblea Constituyente puede generarse espontáneamente!!* Será un parto immaculado del propio pueblo, que no se habrá corrompido con ninguna “mediación” de un gobierno, ni aunque sea provisional y ni aunque sea revolucionario. Será un alumbramiento “sin pecado”, por el puro camino de unas elecciones generales, sin luchas “jacobinas” por el poder, sin que la santa causa sea enlodada por la traición de las asambleas representativas burguesas, inclusive sin las zafias comadronas que siempre hasta ahora, en este profanado, pecaminoso e impuro mundo, se han presentado puntualmente en escena cada vez que la sociedad vieja estaba preñada de una nueva.

¡Viva la generación espontánea! ¡Que los pueblos revolucionarios de toda Rusia aprecien ahora su «posibilidad» y, por consiguiente, su necesidad *para ellos* como el más racional, fácil y sencillo camino hacia la libertad! ¡Que sea erigido a toda prisa un monumento en honor del Bund y de la nueva *Iskra*, espontáneos progenitores de la teoría de la generación espontánea!

Sin embargo, por mucho que nos deslumbe la viva luz del nuevo descubrimiento científico, debemos referirnos brevemente a ciertas bajas particularidades de esta elevada creación. Si en Hamburgo hacen detestablemente la luna¹ tampoco las nuevas teorías se fabrican con mucha escrupulosidad en la Redacción de *Poslednie Izvestia*. La receta es simple, preferida desde hace tiempo por la gente que jamás cometió el pecado de producir una sola idea independiente: se toman dos conceptos opuestos, se mezclan y se parten en dos mitades. Tomemos de *Proletari* la crítica de las elecciones populares bajo la autocracia; de *Iskra*, la reprobación del tremendo problema”; de *Proletari*, el boicot

activo; de *Iskra*, la impropiedad de la insurrección como consigna... “Como una abejita, de cada florecita, su porcioncita”ⁱⁱ. Y los buenos bundistas se pavonean satisfechos, contentos de que cesen las discusiones sobre el tremendo problema y admirándose a sí mismos: ¡hemos ido más allá de la estrechez y unilateralidad de las concepciones de ambos bandos contendientes!

No les resulta cuadrado, camaradas del Bund. No han logrado ustedes señalar otra “vía de la generación espontánea” que la neoiskrista. Y en cuanto a esta, ustedes mismos se han visto obligados a reconocer que “bajo la autocracia y contra la voluntad del gobierno, que tiene en sus manos todo el aparato estatal”, unas elecciones de representantes del pueblo no pueden ser más que *una farsa* electoral. Si así es, no nos abandonen ustedes a mitad de camino, ¡oh, creadores de una nueva teoría!, y díganos por qué otra “vía”, fuera de la neoiskrista, “conciben” ustedes la “generación espontánea”.

Proletari escribía, en su polémica con *Iskra*, que solo los hombres de *Osvobozhdenie*

podrían realizar elecciones bajo la autocracia y que gustosamente las harían pasar por elecciones populares. El Bund responde: “Este argumento no resiste la menor crítica, pues no cabe duda de que la autocracia no permitirá a nadie –incluidos los seguidores de *Osvobozhdenie*– realizar elecciones fuera del marco fijado por la ley”. Respetuosamente señalamos: los representantes de los zemstvos, los vocales urbanos y los miembros de las “uniones” han realizado y realizan elecciones. Es un hecho. Prueba evidente: sus innumerables burós.

El Bund escribe: “No es posible iniciar la agitación contra la Duma en nombre de la insurrección armada en general (!), puesto que la insurrección, siendo únicamente un medio para realizar una revolución política, no puede en este caso” (¿no era “en general”?) “servir de consigna de agitación. Se puede y debe responder a la Duma ampliando y profundizando la agitación política en favor de una Asamblea Constituyente emanada de unas elecciones mediante sufragio universal, etc.”. Respondemos: en primer lugar, si los

bundistas hubieran pensado un poco o, simplemente, consultado el programa de nuestro Partido, hubiesen visto que también la Asamblea Constituyente es solo un “medio”. No es razonable declarar que un “medio” sirve como consigna y el otro, “en general”, no sirve. En segundo lugar, ya hemos explicado detalladamente, en muchas ocasiones y hace mucho tiempo, que la mera consigna de la Asamblea Constituyente no sirve para nada, porque se ha convertido en consigna de los adeptos de *Osvobozhdenie*, en consigna de los “conciliadores” burgueses. (véase *Proletari*, núms. 3 y 4). *Es completamente natural* que la burguesía liberal monárquica *deje en la sombra* la cuestión del *procedimiento* para la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Para los representantes del proletariado revolucionario es absolutamente inadmisibles. A los primeros les queda muy bien la teoría de la generación espontánea. A los segundos, solo puede cubrirlos de oprobio ante los obreros conscientes.

El último argumento del Bund: “La insurrección armada es necesaria, hay que pre-

pararse, prepararse y prepararse para ella. Pero, por ahora, no tenemos fuerzas para promoverla y, por lo tanto (!!), no hay razón para relacionarla con la Duma”. Responde-mos: 1) Reconocer que son necesarias la insurrección y la preparación de la misma y, al propio tiempo, arrugar despectivamente la nariz ante el tema de las “milicias” (“tomado del arsenal de *Vperiod*”, como escribe el Bund) significa echar piedras a su propio tejado, significa demostrar la impremeditación de sus escritos. 2) El gobierno provisional revolucionario es un órgano de la insurrección. Esta proposición, claramente expresada en la resolución del III Congreso, en lo esencial fue aceptada también por la Conferencia neiskrista, aunque expresada, a nuestro parecer, con menos acierto (gobierno provisional revolucionario “emanado de una insurrección popular victoriosa”: tanto la lógica como la experiencia histórica demuestran que los gobiernos provisionales revolucionarios son posibles como órganos de una insurrección en absoluto victoriosa o no del todo victoriosa; además, un gobierno

provisional revolucionario no solo “emana” de una insurrección, sino que también la dirige). Los bundistas no intentan impugnar esta proposición, que por otra parte no se puede impugnar. Reconocer que la insurrección y su preparación son necesarias y exigir, al propio tiempo que cesen las disputas sobre “el tremendo problema” del gobierno provisional significa escribir sin pensar. 3) La frase sobre la formación de la Asamblea Constituyente “sin el concurso de ningún gobierno y, por lo tanto, tampoco del gobierno provisional”, es una frase *anarquista*. Está por entero a nivel de la famosa frase iskrista acerca de “no mancillar” los labios con la conjunción de las palabras “¡viva!” y “gobierno”. Demuestra incomprensión del significado del poder revolucionario como uno de los magnos y supremos “medios” para llevar a cabo una revolución política. El “liberalismo” barato que luce aquí el Bund en pos de *Iskra* (¡nada de gobierno, ni siquiera provisional!), es precisamente liberalismo anarquista. La formación de la Asamblea Constituyente *sin el concurso* de la insurrección es una idea

digna solo de ramplones burgueses, como lo ven también los camaradas bundistas. Y una insurrección *sin el concurso* del gobierno provisional revolucionario no puede ser ni popular ni victoriosa. Lamentamos volver a comprobar que los bundistas no consiguen atar cabos. 4) Si hay que prepararse para la insurrección, en estos preparativos entran necesariamente la difusión y explicación de las consignas: insurrección popular armada ejército revolucionario y gobierno provisional revolucionario. Nosotros mismos debemos estudiar los nuevos métodos de lucha, sus condiciones, sus formas, sus peligros, su realización práctica, etc., e instruir las masas en este terreno. 5) La tesis “por ahora no tenemos fuerzas para promover la insurrección” no es exacta. Los sucesos del *Potemkin* demostraron más bien que *no tenemos fuerzas para contener los estallidos prematuros de la insurrección que preparamos*. Los marineros del *Potemkin* estaban menos preparados que los marineros de otros buques, y la insurrección resultó menos completa de lo que podría haber sido. ¿Qué se deduce de

eso? Que la tarea de preparar la insurrección incluye la de contener los estallidos prematuros de la insurrección que se prepara o está casi preparada. Que la insurrección que crece espontáneamente *se adelanta* a nuestra consciente y ordenada preparación. Y ahora no tenemos fuerzas para contener los estallidos insurreccionales que se producen dispersos, aislados, espontáneos, acá o allá. Con mayor razón estamos obligados a *apresurar* la difusión y el esclarecimiento de todas las tareas políticas y condiciones políticas para una insurrección victoriosa. Y más estólicas son, en consecuencia, las propuestas de cesar las disputas sobre “el tremendo problema” del gobierno provisional. 6) ¿Es atinada la idea de que “no hay razón para relacionar la insurrección con la Duma”? No, no es atinada. Es necio fijar de antemano el momento de la insurrección, necio especialmente que lo hagamos nosotros aquí, en el extranjero. No se trata de “relacionar” en este sentido, como lo ha indicado muchas veces *Proletari*. Pero *la agitación en favor de la insurrección, su prédica*, es imprescindible “relacionarla”

con todos los acontecimientos políticos importantes y que conmueven al pueblo. Toda la discusión entre nosotros se despliega ahora precisamente en torno a qué consigna de agitación debe constituir el eje de nuestra campaña de cara a la Duma. ¿Es la Duma un acontecimiento de ese tipo? Indudablemente. ¿Nos preguntarán los obreros y campesinos cuál es el mejor modo de responder a la Duma? Lo preguntarán, con toda certeza, y lo están haciendo ya. ¿Cómo responder a estas preguntas? No habrá de ser remitiéndonos a la generación espontánea (eso no sirve más que para hacer reír), sino *explicando* las condiciones, las formas, las premisas, las tareas y los órganos de *la insurrección*. Cuanto más logremos de estas explicaciones, mayor probabilidad habrá de que los inevitables estallidos insurreccionales puedan desarrollarse más fácil y rápidamente hasta convertirse en una insurrección triunfante.

*“Proletari”, núm. 16, 14 (1)
de septiembre de 1905.*

*Se publica según el periódico “Proletari”,
cotejado con el manuscrito.*

Notas al final- La teoría de la generación espontánea

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i Expresión tomada de la obra de N. V. Gógol,
Apuntes de un loco.

ii Expresión tomada de la obra de I. S. Turguénev,
Padres e hijos.

Reunión de amigos

Los periódicos extranjeros, que siguen con suma atención el desarrollo de la crisis política en Rusia, publican en los últimos días interesantes noticias sobre la actividad de las personalidades de los zemstvos y de *Osvozhdenie*. Las resumimos.

“La conferencia de los mariscales de la nobleza de Petersburgo, tras dos horas de deliberaciones, llegó a un acuerdo completo con el ministro del Interior acerca de las elecciones” a la Duma de Estado (*Vossische Zeitung*ⁱ, 16 de setiembre). “Desde todas las provincias y ciudades rusas informan sobre la total indiferencia de la mayoría de los electores con respecto a los derechos políticos que les fueron otorgados” (el mismo periódico). Golovín (presidente del Consejo del Zemstvo Provincial de Moscú) negocia con Durnovó (gobernador general de Moscú) la autorización de un congreso de los zemstvos. Durnovó ha dicho a Golovín que simpatiza plenamente con estos últimos, pero que tiene órdenes de impedir por todos

los medios el congreso. Golovín ha invocado el congreso de profesores. Durnovó responde que “es una cosa completamente distinta, pues en todo caso había que convencer a los estudiantes de que reanudaran las clases” (*Frankfurter Zeitung*, 17 de septiembre). “El congreso de los zemstvos fue autorizado en Moscú, para el 25 de septiembre, con el fin de discutir el programa electoral, a condición de que se atenga rigurosamente a este tema” (*The Times*, 18 de setiembre, telegrama desde San Petersburgo). “El señor Golovín visitó hoy al gobernador general para tratar del congreso de los zemstvos, próximo a celebrarse. Su Excelencia declaró que el congreso está autorizado, pero que su programa debe limitarse a tres temas: 1) la participación de los zemstvos y las ciudades en las elecciones a la Duma de Estado; 2) la organización de la campaña electoral; 3) la participación de los zemstvos y las ciudades en la ayuda a los hambrientos” (el mismo periódico, telegrama desde Moscú).

Los amigos se reúnen y se ponen de acuerdo. Se ha concertado un pacto entre Golovín

(jefe del partido de los zemstvos) y Durnovó. Solo un niño podría dejar de advertir que este pacto se basa en concesiones mutuas, en el principio de *do ut des* (yo te doy, tú me das). Lo que la autocracia ha concedido es cosa clara: la autorización del congreso. Lo que ha concedido el partido de los zemstvos (¿de los zemstvos o de *Osvobozhdenie*? ¡Alá lo escruta! Suponiendo que eso valga la pena) es cosa que nadie dice. La burguesía tiene todas las razones para ocultar sus negociaciones con la autocracia. Pero si ignoramos los detalles, los pormenores, en cambio conocemos muy bien *la esencia* de las concesiones de la burguesía. *La burguesía ha prometido a la autocracia moderar su ardor revolucionario*, que consistía en que Petrunkévich era considerado en la corte como un ex revolucionario... *La burguesía ha prometido corresponder a una rebaja con otra rebaja*. El monto de la rebaja nos es desconocido. Pero sabemos que el “precio retributivo” de la burguesía ha sido doble: para el pueblo, una Constitución monárquica con dos cámaras; para el zar, la convocatoria de re-

presentantes del pueblo, y nada más (pues la famosa delegación de los zemstvos no se ha atrevido a pedir más a Nicolás II). A cambio de ese doble precio retributivo, la burguesía ha prometido una rebaja a la autocracia. *La burguesía ha prometido ser fiel, leal y legal.*¹

Los amigos se reúnen y se ponen de acuerdo.

Aproximadamente al mismo tiempo, otros amigos comienzan a reunirse y ponerse de acuerdo. El corresponsal en Petersburgo del órgano de la bolsa *Gacela de Francfort* (15 de setiembre) informa que se ha celebrado un congreso secreto de la Unión de Liberación, al parecer en Moscúⁱⁱ. “En la reunión se decidió transformar la Unión de Liberación

¹ En los periódicos extranjeros del 21 de setiembre del nuevo calendario se informaba desde Petersburgo que el buró del congreso de los zemstvos está recibiendo innumerables renuncias a participar en el congreso del 25 de setiembre porque *el gobierno ha reducido notablemente el programa del mismo*. No respondemos de la fiabilidad de esta noticia, pero, aun si no fuera más que un rumor, indudablemente confirmaría nuestra opinión sobre el significado de las negociaciones entre Golovín y Durnovó.

en *Partido Demócrata Constitucionalista*. La propuesta partió de las personalidades de los zemstvos adheridos a la Unión de Liberación y el congreso (¿o la conferencia?) la aceptó por unanimidad. Luego fueron elegidos cuarenta miembros de la Unión de Liberación para elaborar y redactar *el programa del partido*. Esta comisión iniciará su “labor en breve”. Se discutió el tema de la Duma de Estado. Después de animados debates se decidió *participar en las elecciones*, “pero a condición de que los miembros del partido electos participaran en la Duma de Estado no para tratar los asuntos corrientes, sino para proseguir la lucha dentro de la propia Duma”. Se señaló en los debates que un boicot amplio (o múltiple, *weitgehender*) no es posible, en tanto que solo tal boicot tendría sentido. (¿Es posible, señores, que nadie haya exclamado en esa reunión: ¿no diga no puedo, diga no quiero? Nota de la Redacción de *Proletari*). Pero la reunión entiende que la Duma de Estado es terreno propicio para la propaganda de las ideas democráticas. “Todo amigo sincero del pueblo –dice el acta de la

reunión—, todo amigo de la libertad solo irá a la Duma de Estado para combatir por un Estado constitucional”. (Recuérdese a S. S., seguidor de *Osvobozhdenie*, que explicaba a todo el mundo que para la intelectualidad radical el centro de gravedad reside en ampliar el derecho electoral y para las personalidades de los zemstvos, para los terratenientes y capitalistas, en ampliar los derechos de la Duma de Estado. Redacción de *Proletari*.) “La asamblea señaló, además, que los miembros demócratas de la Duma deberían tener en cuenta, en este combate, *la ruptura total con el gobierno existente* (las Cursivas son del original) y no deberán temer tal ruptura. Por supuesto, estas resoluciones serán impresas y repartidas”. (La Redacción de *Proletari* no ha recibido todavía este texto, ni noticias de Rusia acerca del mismo). “La influencia de los ‘partidarios de *Osvobozhdenie*’, como se llaman a sí mismos los miembros de la Unión de Liberación, es muy grande. Figuran entre ellos representantes de las esferas más diversas de la sociedad, encabezados por las personalidades de los zemstvos. Por ello,

su campaña electoral en los círculos de la sociedad próximos a ellos y que satisfacen los requisitos del censo adquiere una gran importancia. No cabe duda de que un fuerte núcleo de partidarios de *Osvobozhdenie* penetrará en la Duma de Estado y formará la izquierda tan pronto la Duma de Estado se convierta en una auténtica representación popular. Si estos radicales logran ganar a los candidatos de los zemstvos moderados y las ciudades, la cosa puede llegar hasta la proclamación de la Asamblea Constituyente.

“De esta manera, la presencia de los partidos políticos rusos en las elecciones es, al parecer, un problema resuelto, pues también la Unión de Uniones se pronunció, a la postre, en favor de la participación. Contra las elecciones a la Duma únicamente hace agitación el Bund judío, y también en algunas ciudades los obreros organizan grandes mítines protestando terminantemente *contra* una Duma de Estado de la que están excluidos...”

Así escribe la historia de la revolución rusa el corresponsal de un periódico burgués alemán. Es probable que en sus informacio-

nes haya errores parciales, pero en términos generales, indudablemente se aproximan a la verdad, en lo que concierne a los hechos, por supuesto, y no a los pronósticos.

¿Cuál es, entonces, el sentido verdadero de los hechos que reseña?

Como lo hemos señalado centenares de veces, la burguesía de Rusia actúa de tratante entre el zar y el pueblo, entre el poder y la revolución, con el deseo de utilizar a esta última para garantizarle el poder, en beneficio de sus intereses de clase. Por ello, mientras no haya logrado el poder, *debe* buscar la “amistad” tanto con el zar como con la revolución. Y eso es lo que busca, efectivamente. Envía al renombrado Golovín a estrechar la amistad con Durnovó. Envía a un anónimo escritor-zuelo a estrechar la amistad con el “pueblo”, con la revolución. En el primer caso, los amigos se reúnen y se ponen de acuerdo. En el segundo, los amigos tienden la mano, inclinan amablemente la cabeza, prometen ser amigos sinceros del pueblo, amigos de la libertad, juran que participarán en la Duma solo para

luchar, exclusivamente para luchar, ponen a Dios por testigo de que romperán totalmente, romperán definitivamente con el gobierno existente, ofrecen incluso la perspectiva de que se proclame la Asamblea Constituyente. Se hacen los radicales, adulan a los revolucionarios, los lisonjean para recibir el título de amigos del pueblo y de la libertad, están dispuestos a prometer cualquier cosa ¡a lo mejor pica el pez!

Y picó. Picó la nueva *Iskra* con Parvus a la cabeza. Los amigos se reunieron y comenzaron a deliberar con vistas a un acuerdo. A los seguidores de *Osvobozhdenie* que van a la Duma hay que obligarles a asumir un compromiso revolucionario –grita Cherevanin (*Iskra*, núm. 108). –Estamos de acuerdo, completamente de acuerdo –responden los de *Osvobozhdenie*. –Proclamaremos la Asamblea Constituyente. Hay que ejercer presión para que solo se elija a los más decididos partidarios de la representación libre y democrática –le hace coro Mártoov a Cherevanin (la *Gaceta Obrera* de Viena, traducido en *Proletari*, núm. 15). –Por supuesto

por supuesto –responden los amigos de *Osvobozhdenie*–, nosotros somos los más decididos, palabra, estamos dispuestos a romper completamente con el gobierno actual. Hay que recordarles que están obligados a expresar los intereses del pueblo, hay que obligarles a expresar los intereses del pueblo –atruena nuestro Ledru-Rollin, Parvus. ¡Oh, sí! –responden los partidarios de *Osvobozhdenie*–. Hasta hemos escrito en un acta que somos amigos sinceros del pueblo, amigos de la libertad. Hay que formar partidos “”políticos –exige Parvus. –*Listo-responden los hombres de Osvobozhdenie*–, *Ya nos llamamos Partido Demócrata Constitucionalista*. –Hay que tener un programa claro –insiste Parvus. – ¡Oiga –responden los de *Osvobozhdenie*–, ya hemos puesto a cuarenta personas a redactar el programa, y si hace falta pondremos más, oiga!... –Hay que concertar un acuerdo sobre el apoyo socialdemócrata a los de *Osvobozhdenie* –concluyen a coro todos los neoisristas. Los de *Osvobozhdenie* derraman lágrimas de enternecimiento. Golovín visita a Durnovó para felicitarle.

¿Quiénes son los comediantes y quiénes los embaucados?

Todos los errores de la táctica iskrista en punto a la Duma desembocan ahora en un final lógico e inevitable. Ahora es visible para todos el papel vergonzoso que cumplió *Iskra* en su guerra contra la idea del boicot activo. A quién *benefició* la táctica iskrista, es algo que ya no admite duda. La idea del boicot activo fue enterrada por la mayoría de la burguesía monárquica. La táctica iskrista será enterrada inexorablemente por la mayoría de la socialdemocracia de Rusia.

En su descomedimiento, Parvus llega a hablar de un acuerdo formal con los hombres de *Osvobozhdenie* (“demócratas”), de ligarlos a los socialdemócratas con una responsabilidad política común, de apoyo de los socialdemócratas a esos hombres partiendo de condiciones y demandas estrictamente definidas: de ese disparate, de ese oprobio se harán cruces, probablemente, hasta los neoiskristas. Pero Parvus no ha hecho sino expresar en la forma más directa y burda la idea fundamental del neoiskrismo. El apoyo

formal que propone Parvus no es más que la deducción inevitable del apoyo *moral* que la nueva *Iskra* ha prestado en todo momento a la burguesía monárquica al reprobar el boicot activo a la Duma, al justificar y defender la idea de la presencia de los demócratas en la Duma, al jugar al parlamentarismo cuando aún no tenemos Parlamento. Por algo se ha dicho: aún no tenemos Parlamento, pero en lo que hace a cretinismo parlamentario, a carretadas.

Se ha puesto de manifiesto el error básico de los neoiskristas. Estos siempre han cerrado los ojos ante *la teoría de la conciliación*, esa teoría política fundamental de *Osvobozhdenie*, esa profundísima y fidelísima expresión de la postura clasista y de los intereses clasistas de la burguesía de Rusia. Ellos han recalcado y recalcan un aspecto del problema: los conflictos entre la burguesía y la autocracia, y dejan en la sombra el otro aspecto: *la conciliación* entre la burguesía y la autocracia contra el pueblo, contra el proletariado, contra la revolución. Sin embargo, es precisamente este segundo aspecto el que

va pasando cada vez más a primer plano, el que adquiere una significación que se agranda con cada avance de la revolución en Rusia, cada mes que se prolonga esta situación tan insoportable para los partidarios burgueses del orden.

El error básico de los neoiskristas los ha llevado a una apreciación cardinalmente inexacta de los métodos de aprovechamiento por la socialdemocracia de los conflictos entre la burguesía y la autocracia, los métodos para *enconar* estos conflictos con nuestro esfuerzo. Sí, sin ninguna duda, debemos *enconar* siempre estos conflictos, sin la Duma, antes de la Duma y en la Duma, si es que llega a reunirse. Pero los neoiskristas ven donde no procede *el método* de ese *enconamiento*. En vez de encender un pequeño fuego y romper las ventanas para dar libre entrada al aire de las insurrecciones obreras, ellos sudan inventando fuelles de juguetes y avivando con demandas y condiciones bufonescas el ardor revolucionario de la gente de *Osvobozhdenie*.

Sí, debemos apoyar a la burguesía siempre que actúe revolucionariamente. Pero este apo-

yo nuestro ha consistido (recuérdese la actitud de *Zariá* y la vieja *Iskra* frente a *Osvobozhdenie*) y consistirá siempre en la socialdemocracia revolucionaria, ante todo y sobre todo, en denunciar y estigmatizar implacablemente cada paso en falso de esta burguesía “democrática”, con perdón sea dicho. Si podemos influir sobre el democratismo de la burguesía, esta influencia será efectiva solo cuando cada intervención de un demócrata burgués ante los obreros, ante los campesinos conscientes sea una reprobación de todas las traiciones y de todos los errores de esta burguesía, una reprobación de las promesas incumplidas, de las palabras hermosas desmentidas por la vida y por los hechos. Cuando esta burguesía clamaba ayer ante toda Europa su boicot a la Duma y hoy comete la indignidad de retirar sus promesas, rehacer sus resoluciones y entenderse con todos los Durnovó para su actuación legal no debemos apoyar moralmente a esos embusteros y lacayos de la autocracia, no debemos permitir que salgan del atolladero ni que se arrimen a los obreros con nuevas promesas (que lo mismo se irían al diablo

cuando la Duma consultiva se convirtiera en legislativa); no, nuestro deber es estigmatizarlos y hacer ver a todo el proletariado que son inevitables e ineludibles nuevas traiciones de esta “democracia” burguesa, de estos conciliadores de la Constitución con Trépov, de la socialdemocracia con las concepciones de *Osvobozhdenie*. Debemos probar y mostrar a todos los obreros, fundándonos también, entre otras cosas, en el hecho de que la burguesía engañó al pueblo en el asunto del boicot, que todos esos Petrunkévich y Cía. son unos Cavaignac y Thiers con el plumaje ya crecido.

Supongamos que no logremos nuestro objetivo de frustrar esta Duma antes de su aparición. Supongamos que la Duma se reúna. En ella serán inevitables los conflictos constitucionales, pues la burguesía no puede dejar de aspirar al poder. También en ese caso deberemos apoyar esta aspiración, pues un régimen constitucional algo dará también al proletariado; la dominación de la burguesía como clase desbrozará el terreno para nuestra lucha por el socialismo. Todo esto es exacto. Pero aquí no termina, sino precisamente comienza nuestra

divergencia fundamental con la nueva *Iskra*. Divergencia que no concierne a si hay que apoyar al democratismo burgués, sino a cómo apoyarlo en la época revolucionaria, cómo presionarlo. Justificando o pasando por alto su traición, precipitándose a concertar pactos con ellos, apresurándose a jugar al parlamentarismo y extrayéndoles promesas y compromisos, solo conseguirán que *ellos les presionen en lugar de presionarles ustedes*. Hemos llegado hasta la revolución. Los tiempos de una presión exclusivamente literaria han pasado ya. Los tiempos de una presión parlamentaria no han llegado aún. *Únicamente* la insurrección puede ejercer una presión *verdadera* y no de juguete. Cuando la guerra civil se ha extendido por todo el país, la presión se ejerce por la fuerza militar, mediante el combate directo, y cualquier otro intento de presión es fraseología huera y lamentable. Todavía no ha habido nadie que haya osado afirmar que la época de la insurrección ha pasado para Rusia. Y si eso es así, todo lo que sea apartarse de la insurrección, todo escamoteo de su urgencia, toda “rebaja” en nuestras demandas a la democracia

burguesa a partir de la demanda de participar en la insurrección es deponer las armas ante la burguesía, es convertir al proletariado en lacayo de ésta. Nunca ni en parte alguna del mundo ha abandonado las armas el proletariado cuando ha comenzado una lucha seria, jamás ha cedido ante la maldita herencia de opresión y explotación sin haber medido sus fuerzas con el enemigo. Ahí es donde ahora están nuestros instrumentos de presión, nuestras esperanzas de presión. Nadie puede predecir el resultado de la lucha. Si vence el proletariado, la revolución no la harán los Golovín y los Struve, sino los obreros y los campesinos. Si el proletariado es derrotado, la burguesía logrará sus recompensas constitucionales por la ayuda prestada a la autocracia en esta lucha. Entonces y solo entonces comenzará una nueva época, entrará en escena una nueva generación, se repetirá la historia europea y el parlamentarismo se convertirá por algún tiempo en la verdadera piedra de toque de toda la política.

¿Quieren ejercer la presión ahora mismo?, pues preparen la insurrección, predíquenla, organícenla. Solo en ella reside la posibi-

lidad de que la comedia de la Duma no se convierta en el epílogo de la revolución burguesa rusa, sino en el comienzo de una revolución democrática plena que prenda el incendio de revoluciones proletarias en el mundo entero. Solo ella es la prenda de que nuestro “Landtag Unificado” se torne prelude de una Asamblea Constituyente distinta de la de Francfort, de que la revolución no termine con un simple 18 de marzo (1848), de que tengamos no solamente un 14 de julioⁱⁱⁱ (1789), sino también un 10 de agosto (1792). Solo en ella, y no en promesas arrancadas a los de *Osvobozhdenie*, reside la garantía de que puedan surgir de sus filas los Johann Jacoby, a quienes repugnará por fin el despreciable servilismo de los Golovín y quienes en el último momento irán a combatir por la revolución en las filas del proletariado y los campesinos.

*“Proletari”, núm. 18, 26 (13) de
septiembre de 1905.*

*Se publica según el texto del periódico
“Proletari”, cotejado con el manuscrito.*

Notas al final - Reunión de amigos

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i “*Vossische Zeitung*” (Gaceta de Voss): periódico liberal moderado alemán, apareció en Berlín de 1704 a 1934.

ii Trátase del IV Congreso de la Unión de Liberación, celebrado en Moscú a fines de agosto de 1905. Se adoptó en el Congreso el acuerdo de formar el Partido Demócrata Constitucionalista. El Congreso Constituyente, en el que se aprobó el programa, tuvo lugar en octubre de 1905.

iii El 14 de julio de 1789 las masas populares de París tomaron la Bastilla y comenzó la revolución burguesa de Francia de fines del siglo XVIII.

¡Discutan la táctica, pero den consignas claras!

La discusión en torno a la táctica a seguir frente a la Duma de Estado es cada vez más viva. La disparidad entre *Iskra* y *Proletari* se ahonda, especialmente después del artículo de Parvus en *Iskra*.

Discutir la táctica es necesario. Pero mientras se discute es obligado procurar la máxima claridad. Los problemas de táctica son problemas de la conducta política del Partido. Se puede y se *debe* fundamentar una u otra conducta con la teoría, con referencias históricas, con el análisis de toda la situación política, etc. Ahora bien, el partido de la clase combatiente está obligado a no perder de vista en estas discusiones la necesidad de brindar respuestas absolutamente claras, *que no admitan dos interpretaciones*, a los interrogantes concretos de nuestra conducta política: ¿sí o no? ¿debemos ahora, en este preciso momento, hacer tal o cual cosa, o no?

Estas respuestas claras son también obligatorias para no exagerar, para no embrollar las divergencias y para que la clase obrera sepa con la máxima precisión qué consejos concretos precisamente le dan hoy unos u otros socialdemócratas.

Con el fin de aclarar por completo nuestra controversia con *Iskra* ofrecemos la siguiente enumeración de problemas concretos vinculados a la conducta política de la socialdemocracia en la actual campaña de agitación en torno a la Duma. Lejos de pretender que esta enumeración sea exhaustiva, nos agradecería mucho cualquier indicación para enmendarla, modificarla o dividir unas u otras preguntas. Se sobreentiende que lo referente a las reuniones electorales concierne también a cualquier otra reunión en general.

¿Qué consejos dan los socialdemócratas al proletariado con respecto a la duma de estado?

	Iskra	Proletari
1. ¿Deben los obreros penetrar en las reuniones electorales?	Sí	Sí
2. ¿Deben los obreros penetrar en las reuniones electorales inclusive por la fuerza?	Sí	Sí
3. ¿Se debe hablar en esas reuniones de la total inutilidad de la Duma de Estado y de todos los objetivos, de todo el programa de la socialdemocracia?	Sí	Sí
4. ¿Se debe exhortar en estas reuniones a los obreros y a todo el pueblo a la insurrección armada, a la formación de un ejército revolucionario y de un gobierno provisional revolucionario?	?	Sí
5. ¿Deben convertirse estas consignas (p. 4) en el punto central de toda nuestra campaña “de la Duma”?	No	Sí
6. ¿Se debe estigmatizar a los partidarios de Osvobozhdenie (o “demócratas constitucionalistas”) que van a la Duma de Estado como traidores burgueses que preconizan la “conciliación” con el zar?	No	Sí
7. ¿Debemos los socialdemócratas decir al pueblo que es preferible elegir para la Duma de Estado a los Petrunkévich que a los Stajóvich, etc.?	Sí	No
8. ¿Se debe concertar con los de Osvobozhdenie cualquier tipo de acuerdo referente a nuestro apoyo a ellos bajo unas u otras condiciones, exigencias, obligaciones, etc.?	Sí	No

9. ¿Se debe hacer de la consigna: “administración autónoma revolucionaria” el punto central de nuestra agitación?	Sí	No
10. ¿Se debe llamar en estos momentos al pueblo a elegir mediante sufragio universal los órganos de administración autónoma revolucionaria y, por medio de estos, la Asamblea Constituyente?	Sí	No
11. ¿Debemos formar comités electorales socialdemócratas, debemos presentar candidatos nuestros, socialdemócratas, para la Duma de Estado?	Sí	No

*“Proletari”, núm. 18, 26 (13)
de setiembre de 1905.*

*Se publica según el texto del periódico “Proletari”,
cotejada con el manuscrito.*

El juego al parlamentarismo

Hemos expuesto reiteradamente nuestra táctica con respecto a la Duma de Estado (véase *Proletari*, núm. 12, anterior a la ley sobre la Duma de Estado, y los núms. 14 al 17, posteriores al 6 de agosto) y ahora debemos volver a examinarla, comparándola con los nuevos pronunciamientos expresados por Parvus. (Suplemento al núm. 110 de *Iskra*, artículo *La socialdemocracia y la Duma de Estado*.)

Empecemos por seguir paso a paso el razonamiento fundamental de Parvus. “Debemos luchar hasta el último extremo contra el Parlamento postizo, esa mezcla de vileza e insignificancia”, comienza diciendo en su artículo. Y a este pronunciamiento atinado agrega a renglón seguido otro no menos certero: “Solo mediante la insurrección popular... podremos arrinconar a la Duma de Estado. Asimismo, solo mediante la insurrección popular podremos obligar al gobierno a modificar la ley electoral y a ampliar los derechos de la Duma”. Excelente. ¿Cuáles

deben ser, pues, nuestras consignas de *agitación* con motivo de la Duma de Estado? ¿Cuáles son las principales y particularmente importantes formas de *organización* de la lucha contra la mezcla de vileza e insignificancia? En puridad, Parvus plantea esto de la misma manera al decir: “Lo que podemos aportar nosotros para preparar la insurrección es *agitación* y *organización*”. Y he aquí cómo resuelve la primera parte de este asunto atinente a las reuniones electorales.

“Si estorbamos esas reuniones —escribe Parvus—, si las malogramos, solo haremos un favor al gobierno”.

¿Así pues, Parvus se opone a que los obreros *estorben* a un puñado de terratenientes y comerciantes *limitar* el tema de discusión en las reuniones electorales a la vil e insignificante Duma de Estado? ¿Parvus se opone a que los obreros utilicen las reuniones electorales para criticar la “vil” Duma y para desarrollar *sus propias* ideas socialdemócratas y sus consignas?

Así parece, pero luego de la frase citada, Parvus dice algo distinto: “Aquello que no

se les da de buen grado a los obreros –leemos en su artículo–, ellos deben tomarlo por la fuerza. Deben acudir en masa a las asambleas de electores y convertirlas *en reuniones obreras* (todas las cursivas en las citas son nuestras. *Redacción de “Proletari”*). *En lugar* de discutir si hay que elegir a Iván Fomich o a Fomá Ivánich, plantearán los problemas políticos (Parvus ha querido decir probablemente problemas socialdemócratas, pues elegir a Fomá o a Iván es también un problema político). Allí podremos discutir la política del gobierno, la táctica de los liberales, la lucha de clases y hasta la propia Duma de Estado. Todo esto revolucionará a las masas”.

Fíjense ahora en lo que le resulta a Parvus. Por una parte, no se debe estorbar las reuniones de los Trubetskói, Petrunkévich y Stajóvich. Al final de su artículo, Parvus reprueba con precisión la idea del boicot. Por otra parte, hay que acudir a las reuniones: 1) por la fuerza; 2) para “*convertir*” las reuniones de los Petrunkévich y los Stajóvich en “reuniones obreras”; 3) *en lugar de* discutir sobre

aquello para lo cual se convocó la reunión (¿elegir a Fomá o a Iván?), hay que discutir nuestros problemas socialdemócratas, la lucha de clases, el socialismo y, por supuesto, la necesidad de la insurrección popular, sus condiciones, sus tareas, sus procedimientos, sus métodos, sus armas, sus órganos, tales como el ejército revolucionario y el gobierno revolucionario. Decimos “por supuesto”, pues, aunque Parvus no ha soltado prenda acerca de la propaganda de la insurrección en las reuniones electorales, al principio reconoce que debemos luchar hasta el último extremo, y que *solo* por medio de la insurrección popular podremos lograr nuestros fines inmediatos.

Está claro que Parvus se ha hecho un lío. Combate la idea del boicot, no aconseja estorbar las reuniones ni malograrlas, pero a renglón seguido recomienda penetrar en las reuniones *por la fuerza* (¿y eso no significa «malograrlas»?), convertirlas en reuniones obreras (¿y eso no significa «estorbar» a los Petrunkévich y Stajóvich?), discutir *no* las cuestiones de *la Duma*, sino las propias, las

socialdemócratas, revolucionarias, las que los Petrunkevich no quieren discutir seriamente, pero sí y con muchas ganas quieren discutir las los obreros y los campesinos conscientes y las discutirán indefectiblemente.

¿Por qué se ha hecho un lío Parvus? Porque no ha comprendido el tema en discusión. —Parvus se disponía a combatir la idea del boicot, imaginándose que el boicot significa simple abstención, renuncia a la idea de utilizar las reuniones electorales para hacer *nuestra* agitación. Pero es que nadie preconiza tal boicot pasivo, ni siquiera la prensa legal, por no hablar ya de la ilegal. Parvus revela desconocimiento total de los problemas políticos rusos cuando confunde el boicot pasivo y el activo, cuando, al lanzarse a discutir sobre el boicot, no dice una sola palabra sobre *el segundo*.

Ya hemos indicado más de una vez el significado convencional del término “boicot activo”, señalando que huelga que los obreros boicoteen la Duma de Estado, ya que es la Duma la que los boicotea a ellos. Pero hemos definido desde el principio, con toda

claridad, el verdadero contenido de este término convencional cuando, hace un mes y medio, antes de la promulgación de la ley de la Duma de Estado, escribíamos en el núm. 12 de *Proletari*: “En contraposición a la abstención pasiva, el boicot activo debe significar agitación decuplicada, organización de reuniones en todas partes, utilización de las reuniones electorales, aunque sea penetrando en ellas por la fuerza, organización de manifestaciones, de huelgas políticas, etc., etc.”. Y poco más adelante: “El boicot activo” (nosotros poníamos entre comillas este término, por considerarlo convencional) “es agitación, reclutamiento, organización de las fuerzas revolucionarias en escala aumentada, con energía duplicada, bajo presión triplicada”.

Está dicho esto de manera tan clara que solo podría dejar de comprenderlo gente totalmente ajena a los problemas políticos rusos o gente desesperadamente confundida, *Konfusionsrät* (“consejeros de la confusión”), como dicen los alemanes.

Entonces, ¿qué es lo que Parvus quiere, al fin y al cabo? Cuando aconseja penetrar por

la fuerza en las reuniones de electores, transformarlas en reuniones obreras, discutir las cuestiones socialdemócratas y la insurrección “en lugar de discutir si hay que elegir a Iván Fomich o a Fomá Ivánich” (observen: “en lugar”, y no juntamente, o a la par), lo que aconseja es precisamente el boicot activo. A Parvus le ha sucedido, como ven, un pequeño contratiempo: se encaminaba hacia una puerta y tropezó con otra. Había declarado la guerra a la idea del boicot, y él mismo se pronuncia (en el tema de las reuniones electorales) por el boicot activo, es decir, por la única especie de boicot que ha sido debatida en la prensa política rusa.

Desde luego, Parvus puede objetar que los términos convencionales no son obligatorios para él. Una objeción formalmente justa, pero en el fondo no sirve para nada. Es obligatorio saber de qué se trata. No vamos a discutir en torno de las palabras, pero los términos políticos configurados ya en Rusia, en el escenario de la acción, constituyen un hecho consumado que fuerza a ser tenido en que pretendiera despreciar estas

consignas surgidas en el escenario de la acción revelaría únicamente el más estrecho y estéril engreimiento literario. Repetimos: en Rusia nadie ha hablado ni escrito en la prensa revolucionaria de otro boicot que el activo. Parvus tenía pleno derecho a criticar el término, a rechazarlo o a interpretar de otro modo su significado convencional, etc., pero desdeñarlo o tergiversar el sentido ya establecido equivale a embrollar el problema.

Hemos subrayado antes que Parvus ha dicho “en lugar”, y no “juntamente”. Parvus no aconseja plantear nuestros problemas socialdemócratas y el de la insurrección juntamente con el de la elección de Fomá o Iván, sino los problemas de la lucha de clases y la insurrección *en lugar* del de las elecciones. Esta diferencia entre “juntamente con” y “en lugar de” es muy importante y requiere necesariamente su estudio, tanto más que Parvus, por lo que se desprende del contenido posterior de su artículo, quizá tuviera él mismo la ocurrencia de rectificar y decir no en lugar de, sino juntamente con.

Tenemos que analizar dos cuestiones: 1) ¿es posible discutir en las reuniones electorales la elección de Iván o Fomá “juntamente” con la lucha de clases, el socialismo, la insurrección? 2) ¿si es posible, se deben discutir juntas ambas cosas, o la segunda en vez de la primera? Quien conozca la situación rusa no tendrá dificultades para responder a los dos interrogantes. Si queremos penetrar en las reuniones electorales y convertirlas en reuniones obreras, habrá que hacerlo por la fuerza, es decir, sofocando la resistencia de la policía y las tropas, ante todo. En los centros obreros de alguna importancia (y solo en ellos puede contar el Partido Obrero Socialdemócrata con dirigir un movimiento popular, realmente amplio), la resistencia de la policía y las tropas será muy dura. Cerrar los ojos a eso sería una sandez por nuestra parte. El propio Parvus dice que “la agitación electoral puede transformarse en una insurrección revolucionaria en cualquier momento”. Siendo así, nuestro deber es calcular y conformar nuestras fuerzas de modo acorde con *el objetivo de la insurrección, y*

no con el objetivo de influir sobre la elección de Fomá o de Iván para la Duma de Estado. Siendo así, la consigna principal y central de toda nuestra campaña de agitación en torno a la Duma debe ser: insurrección armada, ejército revolucionario, gobierno revolucionario. Siendo así, estamos obligados ante todo y sobre todo a preconizar y explicar precisamente estas consignas en todo tipo de reuniones. De ahí que Parvus vuelva a contradecirse cuando, por una parte, espera la insurrección “en cualquier momento” y, por otra, silencia por completo la propaganda de la insurrección, el análisis de sus condiciones, procedimientos y órganos, como “nervio” de la campaña de la Duma.

Prosigamos. Consideremos ahora otro caso, probable en algunos centros, especialmente en los de menor importancia. Supongamos que los intentos de entrar por la fuerza en las reuniones no provocan una lucha áspera con el gobierno, no desembocan en la insurrección. Supongamos que algunos intentos aislados sean coronados por el éxito. Entonces no se debe olvidar, en primer tér-

mino, la institución llamada *estado de sitio*. Como es sabido, y hasta es probable que lo sepa Parvus, a cada victoria parcial del pueblo sobre la policía y las tropas, el gobierno responde declarando el estado de sitio. ¿Nos asusta esta perspectiva? No, pues es un paso que aproxima la insurrección y endurece la lucha en su conjunto. ¿Asusta a los hombres de los zemstvos y los compromisarios de la Duma en general? Indiscutiblemente sí, pues facilita la detención de los Miliukov y proporciona pretextos al gobierno para suprimir parte de las reuniones electorales, o tal vez todas las reuniones y la misma Duma. Por lo tanto, de nuevo el asunto consiste en que unos desean la insurrección, la precognizan, la preparan, hacen agitación por ella, organizan los destacamentos de la insurrección, etc., y otros no quieren la insurrección, combaten la idea de la insurrección, condenan, como demencial y criminal, la prédica de la insurrección, etc. ¿¿Es posible que Parvus no sepa que esos “otros”, es decir, incluso los más izquierdistas de los demócratas burgueses capaces de llegar a la Duma, son

todos seguidores de “Osvobozhdenie”??

Y si Parvus lo sabe, también debe saber lo siguiente (esto en segundo término). Resistencia a que se penetre por la fuerza en las reuniones electorales y sean convertidas en reuniones obreras opondrán no solo (y no tanto, en ocasiones) la policía y las tropas, *sino también los propios hombres de los zemstvos, los propios seguidores de “Osvobozhdenie”*. Solo a niños es permisible desentenderse de esto. La gente de los zemstvos y de *Osvobozhdenie* plantea el problema más clara y directamente que ciertos socialdemócratas. Preparar la insurrección y tomarla como centro de la agitación y de toda la actividad o pasar al terreno de la Duma y tomarla como base de toda la lucha política. Los de los zemstvos y *Osvobozhdenie* ya han decidido, como venimos señalando y subrayando desde el núm. 12 de *Proletari*. Ellos van a las reuniones con el propósito exclusivo de discutir la elección de Fomá o de Iván, de Petrunkévich o de Stajóvich, para adoptar el programa de “lucha” (lucha entre comillas, lucha con guantes blancos de lacayo) en

el terreno de la Duma y en modo alguno mediante la insurrección. Los hombres de los zemstvos y de *Osvobozhdenie* (los reunimos a propósito pues no existen elementos que permitan diferenciarlos políticamente), por supuesto, no pondrán reparos en dejar entrar en sus reuniones (¡¡solo cuándo y dónde pueda hacerse sin usar una fuerza medianamente considerable!!) a revolucionarios y socialdemócratas, si entre estos últimos hay algún tonto dispuesto a prometer “apoyo” para Fomá contra Iván, para Petrunkévich contra Stajóvich. Pero nunca tolerarán que *su* reunión “sea transformada en una reunión obrera”, que *su* reunión se convierta en una reunión popular revolucionaria, que desde *su* tribuna se llame clara y directamente a la insurrección armada. Es hasta un poco violento tener que explicar verdad tan elemental, pero a Parvus e *Iskra* no hay más remedio que dársela mascada. Los hombres de los zemstvos y de *Osvobozhdenie* se resistirán indudablemente a *tal* uso de sus reuniones, aunque esos mercachifles burgueses, por supuesto, no se opondrán por la fuerza, sino por

medios más inofensivos, “pacíficos” e indirectos. No entrarán en tratos con la gente que les prometa apoyo “popular” para Petrunkévich contra Stajóvich, para Stajóvich contra Gringmut, a no ser bajo la condición de no transformar las reuniones electorales en reuniones obreras, de no usar su tribuna para llamamientos a la insurrección. Si se enteran de que a su reunión se dirigen obreros (y lo sabrán casi siempre, pues no se puede ocultar una manifestación de masas), unos harán directamente la denuncia a las autoridades, otros intentarán, persuadir a los socialdemócratas de que no hay que proceder así, los terceros irán corriendo a asegurarle al gobernador que “la culpa no es de ellos”, que ellos quieren la Duma, quieren ir a la Duma, que siempre han condenado, por boca del “fiel cofrade” señor Struve, la “demencial y criminal” prédica de la insurrección; aquéllos aconsejarán cambiar la hora y el lugar de la reunión; y estos, los más “atrevidos” y políticamente más hábiles, dirán a la sordina que les agrada escuchar a los obreros, darán las gracias al orador socialdemócrata, harán re-

verencias y genuflexiones ante el “pueblo” y asegurarán a todo el mundo, en un discurso hermoso, efectista y sentido, que ellos están siempre en favor del pueblo, con toda el alma, que no van del brazo del zar, sino del brazo del pueblo, que “su” Petrunkévich lo tiene así dicho desde hace mucho tiempo, que están “completamente de acuerdo” con el orador socialdemócrata en eso de la “vileza y la insignificancia” de la Duma de Estado, pero que es preciso –recurriendo a las admirables palabras del honorable parlamentario Parvus, quien con tanta oportunidad traslada a la Rusia no parlamentaria los modelos parlamentarios de las uniones de Vollmar entre socialdemócratas y católicos– que es preciso “no entorpecer la agitación electoral, sino ampliarla”; y ampliarla quiere decir no arriesgar locamente el destino de la Duma de Estado, sino “apoyar” con todo el pueblo la elección de Fomá contra Iván, de Petrunkévich y Ródichev contra Stajóvich, de Stajóvich contra Gringmut, etc.

En suma, cuanto más necia y medrosa sea la gente de los zemstvos, menos probabilidad

des hay de que vaya a escuchar a Parvus en su reunión electoral; cuanto más inteligente y atrevida sea, más probabilidades hay de que sí lo escuche, y más probabilidades también de que Parvus, en el papel de sostenedor de Fomá contra Iván, resulte ser el embelecado.

¡No, buen Parvus! Mientras no haya en Rusia Parlamento, trasladar a Rusia la táctica parlamentaria significa jugar indignamente al parlamentarismo, significa ceder la dirección de los obreros revolucionarios y los campesinos conscientes para convertirse en lacayo de los terratenientes. Reemplazar los acuerdos transitorios entre partidos políticos legales, que no existen en nuestro país, por negociaciones secretas con los Ródichev y los Petrunkévich para apoyarlos contra Stajóvich significa sembrar la corrupción en los medios obreros. En cuanto a presentarse abiertamente ante las masas, el Partido Socialdemócrata por ahora no puede hacerlo, y el Partido Radical Demócrata en parte no puede, en parte no quiere y hasta más bien no quiere.

A la consigna directa y clara de los hombres de los zemstvos y de *Osvobozhdenie*: abajo la criminal prédica de la insurrección, estamos por trabajar en la Duma y a través de la Duma, debemos responder con la consigna directa y clara: ¡abajo los traidores burgueses a la libertad, los señores de *Osvobozhdenie* y Cía., abajo la Duma y viva la insurrección armada!

Unir la consigna de la insurrección con la “participación” en la elección de Fomá o de Iván pretextando la “amplitud” y la “diversidad” de la agitación, la “flexibilidad” y la “sensibilidad” de las consignas, equivale a crear solo confusión, pues en la práctica esa unión es manilovismo. En la práctica, la actuación de Parvus y MártoV ante los hombres de los zemstvos “apoyando” a Petrunkévich contra Stajóvich, no sería (en los casos excepcionales en que fuera realizable) una franca actuación ante la masa del pueblo, sino la intervención entre bastidores de un dirigente obrero engañado ante un puñado de traidores a los obreros. Teóricamente, o desde la perspectiva de los fundamentos generales de

nuestra táctica, unir estas consignas ahora, en este momento, sería una modalidad del cretinismo parlamentario. Para nosotros, socialdemócratas revolucionarios, la insurrección no es una consigna absoluta, sino concreta. La postergamos en 1897, la propusimos en el sentido de una preparación general en 1902, y la planteamos como llamamiento directo solo en 1905, a raíz del 9 de enero. No olvidamos que Marx estaba por la insurrección en 1848, mientras que en 1850 reprobada los desvaríos y las frases sobre la insurrecciónⁱ, que antes de la guerra del 1870-1871ⁱⁱ Liebknecht condenó la participación en el Reichstag, y después de la guerra fue él mismo representante en el Reichstag. Hemos señalado desde el principio, en el núm. 12 de *Proletari*, que sería ridículo hacer voto de renunciar en el futuro a la lucha en el terreno de la Duma. Sabemos que cuando no existen condiciones para la insurrección, no solo el Parlamento, sino hasta una parodia de Parlamento puede convertirse en el principal centro de toda la agitación a lo largo de todo el período en que no cabe ni hablar de la insurrección popular.

Ahora bien, exigimos un planteamiento claro y exacto. Si creen ustedes que la **época** de las insurrecciones ha pasado para Rusia, díganlo y defiendan con franqueza su convicción. La enjuiciaremos y discutiremos a fondo y con serenidad, desde el punto de vista de las condiciones concretas. Pero toda vez que ustedes mismos dicen que la insurrección puede estallar “en cualquier momento” y es necesaria, nosotros hemos de fustigar y fustigaremos como lamentable manilovismo toda argumentación contra el boicot activo a la Duma. Si la insurrección es posible y necesaria, debemos convertirla precisamente en consigna central de toda nuestra campaña en torno a la Duma, debemos poner al desnudo la venal mediocridad de “charlatán parlamentario francfortiano” de todo seguidor de *Osvobozhdenie* que se aparte de dicha consigna. Si la insurrección es posible y necesaria, eso significa que no existe ningún centro legal para la lucha legal por los objetivos de la insurrección, y eso no se reemplaza con frases manilovistas. Si la insurrección es posible y necesaria, eso significa

que el gobierno “*pone la bayoneta como primer punto del orden del día*” ha iniciado la guerra civil, ha proclamado el estado de sitio como anticrítica de la crítica democrática; en esas circunstancias, tomar en serio el rótulo “casi parlamentario” de la Duma de Estado y acometer el juego al parlamentarismo en las tinieblas y con sordina, a cuatro manos con los Petrunkevich, significa sustituir la política del proletariado revolucionario por la politiquería de intelectuales que hacen comedia.

Demostrada la falsedad básica de la posición de Parvus, podemos detenernos solo brevemente en algunas manifestaciones, las más destacadas, de esa falsedad; “Antes o después de las elecciones —escribe Parvus— se crea una base legal para la existencia de los partidos políticos en relación con la Duma de Estado”. No es cierto. En realidad, *en estos momentos* se está creando una “base legal” para el falseamiento gubernamental de las elecciones. Esa base se llama: 1) el jefe del zemstvo (las elecciones entre los campesinos están enteramente en sus manos); 2) la

policía política (detención de Miliukov); 3) el estado de sitio. Cuando se haya creado *en la realidad* y no en el lenguaje de los escritores “una base legal para la existencia de los partidos políticos” (entre estos también el POSDR), deberemos revisar todo el problema de la insurrección, puesto que para nosotros la insurrección es uno de los medios más importantes, pero en absoluto siempre obligatorios, para conquistar un campo despejado de lucha por el socialismo.

“Es imprescindible actuar inmediatamente no como grupos sociales aislados, no como juristas, ingenieros, funcionarios de los zemstvos, sino como partido liberal, democrático, socialdemócrata, de manera oficial y pública. Los representantes de las diversas tendencias pueden ponerse de acuerdo entre ellos en este aspecto, tal como lo hacen las diferentes minorías de un Parlamento”.

Sí, pueden hacerlo, pero no públicamente, sino en secreto, pues si bien Parvus se ha olvidado de Trépov, este no se ha olvidado de Parvus. Lo que llama Parvus acuerdo parlamentario (a veces es necesario para los

socialdemócratas en un país *parlamentario*) es en la Rusia actual, en septiembre de 1905, el despreciable juego al parlamentarismo. Los traidores a la revolución colocan ahora en primer plano un acuerdo entre los seguidores de *Osvobozhdenie* y los revolucionarios. Los partidarios de la revolución, un acuerdo entre los socialdemócratas y todos los demócratas revolucionarios, es decir, los partidarios de la insurrección. Si la nueva *Iskra*, Parvus y Plejánov¹ conciertan *ahora* un acuerdo “parlamentario” con los seguidores de *Osvobozhdenie* (véase con respecto al partido fundado por estos al artículo *Reunión de amigos*, en este mismo número), declararemos públicamente que estos socialdemócratas han perdido todo sentido de la realidad y deben ser arrojados por la borda. Por nuestra parte concertaremos un acuerdo

¹ *Nota:* Mencionamos a Plejánov porque ha declarado en la prensa que la táctica de *Iskra* es mejor que la de *Proletari*. Es cierto que en esa oportunidad Plejánov *no ha dicho ni una sola palabra sobre las resoluciones de los neoisikristas* ni del III Congreso, pero los subterfugios y las evasivas del escritor socialdemócrata no atenúan su culpa, sino que la agravan.

con los demócratas revolucionarios en el terreno de una agitación común para preparar y llevar a cabo la insurrección.

Ya hemos demostrado con el análisis de las resoluciones neoiskristas (Lenin: *Dos tácticas*) que *Iskra* desciende hasta el terrateniente liberal, mientras *Proletari* eleva y despierta al campesino revolucionario.

“Es necesario que cada partido organice su comité electoral para realizar la campaña electoral en todo el país. Es necesario que acuerden entre ellos medidas prácticas para ampliar la libertad de expresión, reunión, etc., durante las elecciones. Es necesario que se ligen mutuamente con una responsabilidad política común (¡oíd, oíd, camaradas obreros! ¡Los neoiskristas quieren ligaros con los Petrunkévich! ¡Abajo los Petrunkévich y abajo los neoiskristas!), de tal modo que, si un representante oficial de cualquier partido político sufriera en calidad de tal persecuciones policiales o judiciales, los representantes de todos los demás (!) partidos declararían su solidaridad y todos juntos organizarían (!) una protesta popular (??), y si

fuera posible (¡oíd!), una insurrección popular en su defensa”.

¡Buena suerte, estimado Parvus! Organice protestas e insurrecciones con los Petrunkévich (demócratas) y los Stajóvich (liberales), nuestros caminos se separan. Nosotros haremos *eso* con los demócratas revolucionarios. Pero, de paso, modifiquen sus consignas, honorables héroes de los “acuerdos parlamentarios”: en lugar de la consigna “La insurrección es necesaria”, digan “la insurrección, *si es posible*, debe completar las protestas”. ¡Todos los partidarios de *Osvo-bozhdenie* estarán de acuerdo entonces con ustedes! En vez de la consigna: “sufragio universal, igual, directo y secreto” presenten ésta: “el gobierno debe garantizar el sufragio, *si es posible*, directo, igual, universal y secreto”. ¡Buena suerte, señores! Nosotros esperaremos pacientemente a que Parvus, Petrunkévich, Stajóvich y Mártoy “organicen una protesta popular y, si es posible, una insurrección popular” en defensa de Mi-liukov. ¡Es mucho más oportuno, señores, en nuestra época “casi parlamentaria”, defender

al señor Miliukov que a los centenares y miles de obreros detenidos y apaleados!...

Parvus declara terminantemente: “no tenemos ninguna probabilidad de enviar a la Duma a nuestros representantes de forma independiente”. No obstante, escribe: “Si los comités electorales resultaran irrealizables, deberemos empeñar, sin embargo, todos los esfuerzos para presentar candidaturas Propias”. A pesar del censo, supone Parvus, “en algunos casos no está excluida la posibilidad de candidaturas socialdemócratas”. “Una, dos candidaturas socialdemócratas, donde sea, será la consigna política para todo el país”.

Gracias, al menos, por la claridad. Pero, ¿qué les detiene, señores? El periódico *Rus* hace tiempo que presentó sus candidaturas, la de todos esos Stajóvich, Petrunkévich y otros traidores a la revolución, que gastan los umbrales de los señores Durnovó. ¿Por qué calla el periódico *Iskra*? ¿Por qué no pasa de la palabra a los hechos? ¿Por qué no presenta la candidatura de Axelrod, Starover, Parvus y Mártoov para la Duma de Estado? Inténtenlo, señores, hagan la prueba, *experimentum*

*in corpore vili*². Inténtenlo, y veremos inmediatamente quién de nosotros tiene razón: ustedes, al creer que esos candidatos serán “la consigna para todo el país”, o nosotros, al creer que esos candidatos en los momentos actuales desempeñarán el papel de bufones.

Parvus escribe: “El gobierno ha concedido a un puñado de personas derechos electorales para una institución que deberá entender en los asuntos de todo el pueblo. Eso impone a los electores, artificialmente seleccionados, la obligación de ejercer su excepcional derecho, no según el arbitrio personal” (¿sino el de clase o de partido?), “sino de acuerdo con la opinión de las masas populares. Recordarles esta obligación, forzarlos (!!) a cumplirla, tal es nuestra tarea, para cuya ejecución no debemos desestimar ningún medio”.

Este razonamiento, completado, claro está, con la aseveración de que la táctica de boicot (activo) expresa desconfianza “en las fuerzas revolucionarias del país” (*¡sic!*), es erróneo en su raíz. Constituye todo un modelo de planteamiento sentimental burgués, contra

² Experimento en cuerpo sin valor. – *Ed.*

el que deben arremeter todos los socialdemócratas. El razonamiento de Parvus es burgués porque no ve la esencia clasista de la Duma, esto es, el acuerdo entre la burguesía y la autocracia. El razonamiento de Parvus es fraseología huera y sentimental porque toma en serio, aunque sea por un minuto, las falsarias palabras de la gente de *Osvobozhdenie* sobre su deseo de “tomar en consideración la opinión de las masas populares”. El honorable Parvus llega con tres años de retraso. Cuando los liberales no tenían periódico ni organización ilegal, y nosotros sí, les ayudamos en su desarrollo político. Y la historia no borrará ese mérito de la actividad socialdemócrata. Pero, actualmente, los liberales se han convertido de párvulos de la política en sus principales traficantes, han demostrado con hechos su traición a la revolución. *Actualmente*, dedicar la atención principal a recordar a los “conciliadores” burgueses su “obligación” de regir los asuntos (*no de la burguesía, sino*) de todo el pueblo, en vez de denunciar su traición, significa transformarse en lacayo de *Osvobozhdenie*. Solo los

de *Osvobozhdenie* pueden buscar en serio la expresión “de las fuerzas revolucionarias del país” en la Duma de Estado. La socialdemocracia sabe que lo más que podemos alcanzar ahora es la neutralización, la paralización de los esfuerzos traidores de la burguesía. Los hombres de los zemstvos y de *Osvobozhdenie* no son “la fuerza revolucionaria del país”, y es una vergüenza no saberlo, camarada Parvus. Las únicas fuerzas revolucionarias ahora, en la revolución democrática, son el proletariado y los campesinos en lucha contra los terratenientes.

La perla de las perlas en el notable artículo de Parvus es la formulación de *las condiciones* del apoyo del proletariado a los seguidores de *Osvobozhdenie*. “Es necesario —escribe Parvus— comprometer con determinadas reivindicaciones políticas a los candidatos de la oposición que quieran gozar de nuestro apoyo”. (Esto no es idioma ruso, sino una mala traducción del alemán, pero el sentido está claro.) “Esas reivindicaciones pueden ser, por ejemplo: 1) exigir en la propia Duma su disolución inmediata y la

convocatoria de una Asamblea Constituyente emanada del sufragio universal, etc.; 2) negar al gobierno todos los fondos militares y recursos financieros hasta que esta exigencia se cumpla”.

De peldaño en peldaño. Quien ha resbalado una vez y se encuentra en la pendiente rodará abajó sin poder detenerse. Nuestros superhombres, como Parvus y Plejánov, situados fuera de los dos sectores del Partido, desdeñan majestuosamente las propias resoluciones neoiskristas de las que moral y políticamente son responsables. Esos superhombres se imaginan estar por encima de la “mayoría” y de la “minoría”: en realidad están *por debajo* de una y otra, pues a todos los defectos de la mayoría han sabido agregar todos los defectos de la minoría y *todos los defectos de los tráfugas*.

Tomemos a Parvus. Ha ido siempre del brazo de *Iskra*, incluso cuando el plan de la campaña de los zemstvos y el nueve de enero le hicieron ver fugazmente la posición oportunista de ese periódico. Pese a ello, Parvus quería hacerse pasar por “reconciliador”, tal

vez porque cuando presentó las consignas de un gobierno provisional después del 9 de enero, los bolcheviques tuvieron que corregirlo y señalarle los elementos de fraseología que había en sus consignas. ¡Sin zar, gobierno obrero!, gritaba Parvus bajo la impresión del 9 de enero. ¡Sin el pueblo, Duma liberal!, a eso se reduce su “táctica” actual, después del 6 de agosto. ¡No, camarada, no basaremos nuestra táctica en el talante de un momento, en la humillación ante ese momento!

Parvus ha confeccionado ahora “nuevas” *condiciones* para los liberales. ¡Pobres neoiskristas, lo fatigados que estarán tras redactar las “condiciones” del acuerdo con los de *Osvobozhdenie*! En el II Congreso (véase su resolución, derogada por el III Congreso), Starover preparó unas condiciones, que se fueron al diablo en el acto, pues ni en el plan de la campaña de los zemstvos ni ahora, ninguno de los neoiskristas que han escrito sobre el “acuerdo” con la gente de *Osvobozhdenie* ha expuesto esas condiciones en su totalidad. La Conferencia de los neoiskristas puso otras condiciones, más rigurosas, en la reso-

lución sobre las relaciones con los liberales. El neiskrista Parvus responde moralmente de esa resolución, pero, ¿qué les importa a los literatos superhombres unas resoluciones elaboradas con la participación de representantes responsables del proletariado! ¿A los superhombres les importa una higa las resoluciones del Partido!

En la resolución de los neiskristas sobre la relación con los partidos de *oposición* está escrito con absoluta claridad que la socialdemocracia “requiere de todos los enemigos del zarismo”:

“1) Apoyo enérgico e inequívoco a toda acción decidida del proletariado organizado que se proponga asestar nuevos golpes al zarismo”.

Parvus propone un “acuerdo” con los hombres de *Osvobozhdenie* y la promesa de “apoyarlos” sin requerir nada semejante.

“2) Público reconocimiento y apoyo incondicional a la reivindicación de Asamblea Constituyente de todo el pueblo, basada

en el sufragio universal, etc., y una acción franca contra todos los partidos y grupos que pretenden restringir los derechos del pueblo mediante la limitación del derecho electoral o suplantando la Asamblea Constituyente por una Constitución monárquica otorgada”.

Parvus no admite la segunda parte de estas condiciones. Incluso deja totalmente en la penumbra el problema de a quién deben los hombres de *Osvobozhdenie* en la Duma “exigir la convocatoria” de una Asamblea Constituyente. ¿Al zar, naturalmente? ¿Y por qué no la convocan ustedes mismos, oh, dignísimos héroes de los “acuerdos parlamentarios”? ¿O es que ahora ya no se oponen al “otorgamiento”?

“3) Apoyo decidido a la clase obrera en su lucha contra el gobierno y los magnates del capital, por la libertad de huelga y asociación”.

Al parecer, Parvus exime de esta “condición” a los seguidores de *Osvobozhdenie* con motivo de la convocatoria de la Duma y de

los perjuicios de la táctica “tanto peor, tanto mejor” (¡¡a pesar de que a renglón seguido asegura, burlándose del lector, que si la Duma ostentara derechos legislativos sería peor, es decir, que un paso hacia lo mejor, y precisamente lo que quieren los de *Osvobozhdenie*, es un paso hacia lo peor!!).

“4) Franca resistencia a todos los intentos del gobierno y de la nobleza feudal de reprimir el movimiento revolucionario campesino con bárbaras medidas de violencia contra las personas y los bienes de los campesinos”.

Buen Parvus, ¿por qué se ha olvidado de esta condición? ¿Es que no acepta ahora presentar esta magnífica reivindicación a Petrunkévich?, ¿a Stajóvich?, ¿a Ródichev?, ¿a Miliukov?, ¿a Struve?

“5) Negativa a apoyar toda medida encaminada a mantener en la Rusia libre cualquier restricción de los derechos de las nacionalidades y cualquier vestigio de opresión nacional; y

6) participación activa en la tarea de armar al pueblo para luchar contra la reacción, y apoyo a la socialdemocracia en sus esfuerzos por organizar la lucha armada de las masas”.

Buen Parvus, ¿por qué se ha olvidado de estas condiciones?

“Proletari”, núm. 18, 26 (13) de septiembre de 1905.

Se publica según el manuscrito, cotejado con el texto del periódico “Proletari”.

Notas al final - El juego al parlamentarismo

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i *Se trata de las obras de C. Marx y F. Engels* La tercera reseña internacional. De mayo a octubre y *de C. Marx* Denuncias del proceso de los comunistas de Colonia.

ii Referencia a la guerra franco-prusiana, que culminó en la derrota de Francia y la formación del Imperio Alemán unificado.

¡Nada de falsedades! ¡nuestra fuerza está en proclamar la verdad!

Carta a la redacciónⁱ

“No tenemos fuerzas para promover la insurrección... por lo tanto no hay razón para relacionarla con la Duma... La consigna para la agitación: Asamblea Constituyente”. Así escribía el Bund, y fue insuficiente la respuesta del autor del artículo aparecido en el núm. 16.

Estas palabras del Bund son un excelente reflejo del *filisteísmo* en la socialdemocracia, filisteísmo en el sentido de trivialidad, justo medio, apocamiento, lugares comunes, vulgaridad (el Bund siempre fue todo eso: es sabido que desempeña el papel de parásito ideológico en 1897-1900, en 1901-1903, en 1904, y ahora, en 1905).

Es el juicio corriente, el punto de vista habitual, la “cordura” (“el triunfo de la cordura” en *Osvobozhdenie* y la “lucidez”).

Es una inmensa *falsedad*, y desenmascararla reviste suma importancia para la revo-

lución rusa y para el proletariado consciente, como *único* autor posible de *una revolución victoriosa*.

No tenemos fuerzas para promover la insurrección, *por lo tanto*, no hay que relacionar, *por lo tanto*, la consigna no es “la insurrección armada, sino la Asamblea Constituyente.

Es lo mismo que decir: nosotros, desnudos y desamparados, hambrientos y atormentados, no tenemos fuerzas para ascender desde nuestro pantano, donde perecemos, a esa montaña donde hay luz y sol, aire puro y todos los frutos de la tierra. Nos falta la escala, y sin ella la ascensión es imposible. No tenemos fuerzas para procurarnos la escala. Por lo tanto, no hay que relacionar nuestra lucha por la ascensión con la consigna de procurarnos (*respective*¹, de construir) una escala. Por lo tanto, nuestra consigna debe ser: subamos a la montaña, en la montaña nos esperan la felicidad y la salvación, el aire puro y la luz, el estímulo y la vigorización.

Puesto que carecemos de escala, y sin ella es imposible ascender, no hay que adoptar,

¹ O bien. – Ed.

por lo tanto, como consigna el logro de la escala, ni trabajar para construirla; por lo tanto, la consigna debe ser: ¡lleguen arriba, en la montaña nos espera la felicidad, etc.

“La debilidad habla ido a refugiarse como siempre en la fe en el milagro”, decía Marx.ⁱⁱ

¿Es la debilidad del proletariado, o *la debilidad de las cabezas* del Bund y de la nueva *Iskra* la que se había refugiado en la fe en los milagros?; ¿fe en llegar a la cima de la montaña sin escala?; ¿fe en la Asamblea Constituyente sin insurrección?

Esa fe es una fe de desequilibrados. Sin insurrección armada, la Asamblea Constituyente no es más que un fantasma, una frase, una patraña, el parlatorio de Francfort.

El engaño y la falsedad de *la corriente de “Osvobozhdenie”*, la *primera* forma popular, ampliamente política, masivamente política de *la consigna burguesa* en Rusia, consisten precisamente en sustentar esa fe en los milagros, esa patraña. Pues la burguesía liberal **necesita** de su patraña, para ella no es patraña, sino la magna verdad, la verdad de sus intereses de clase, la verdad de la liber-

tad burguesa, la verdad de la igualdad capitalista, el sanctasanctórum de la hermandad de los traficantes.

Esa es *su* verdad (de la burguesía), pues lo que necesita no es la victoria del pueblo, no es *la montaña*, sino el pantano para las masas, y un sitial sobre los hombros de la chusma para los altos personajes y los acaudalados; no es la victoria lo que necesita, sino la transacción, *el acuerdo* con el enemigo = entrega al enemigo.

Para la burguesía no es un “milagro”, sino la realidad, la realidad de la traición a la revolución, y no la victoria de la revolución.

... No tenemos fuerzas para procurarnos la escala... no tenemos fuerzas para promover la insurrección... ¿Es así, señores?

Si es así rehagan *toda* su propaganda y agitación, comiencen a dirigir a los obreros y a todo el pueblo discursos *nuevos*, rehechos, reconstruidos.

Digan entonces al pueblo: obreros de Petersburgo, Riga, Varsovia, Odesa, Tiflis... no tenemos fuerzas para promover la insurrección y triunfar en la insurrección. Por lo tanto,

huelga que pensemos, *huelga* que hablemos de una *Asamblea Constituyente de todo el pueblo*. No ensucien las grandes palabras con mezquinas evasivas. No encubran su debilidad con la fe en los milagros. Proclamen ante todo el mundo esa debilidad: el reconocimiento es la mitad de la reparación. La frase embustera, la jactancia engañosa es la perdición moral, prenda segura de la perdición política.

¡Obreros] ¡Somos débiles para promover la insurrección y vencer! Por lo tanto, dejen de hablar de *la Asamblea Constituyente de todo el pueblo*, proscriban a los embusteros que hablan de eso, denuncien la traición de los seguidores de “*Osvobozhdenie*”, a los “dumistas”, *demócratas constitucionalistas* y demás infamia, pues ellos solo *de palabra* quieren una Asamblea Constituyente de todo el pueblo, mientras en realidad lo que desean es una *asamblea antipopular*, no para constituir algo nuevo, sino para remendar lo viejo, no para darles una nueva vestimenta, una nueva vida, nuevas armas para una nueva y grandiosa lucha, sino solamente lentejuelas para sus viejos harapos, solamente espejismos y desengaños,

juguetes en vez de armas, cadenas en vez de fusiles.

¡Obreros! Somos débiles para una insurrección. No hablen entonces de *la revolución*, ni permitan que lo hagan las prostitutas de *Osvobozhdenie*, los demócratas constitucionalistas y dumistas, no permitan a esos canallas burgueses que mancillen el gran concepto popular con su ultrajante charlatanería.

¿Somos débiles? Entonces no tenemos ni podemos *tener una revolución*. Eso no es una revolución del pueblo, sino el engaño del pueblo por los Petrunkévich y la gavilla de los lacayos liberales del zar. Eso no es luchar por la libertad, eso es vender la libertad del pueblo por los escaños de los hombres de *Osvobozhdenie*. Eso no es el principio de una vida nueva, sino la consolidación de la vieja miseria, del trabajo forzado, de la atonía y la podredumbre.

¡No tenemos fuerzas para promover la insurrección, camaradas obreros! ¡No tenemos fuerzas para elevar al pueblo hasta la revolución!

No tenemos fuerzas para conseguir la libertad... Solo tenemos fuerzas para hacer tambalearse al enemigo, pero no derribarle, solo para hacerle tambalearse de suerte que a su lado se acomode Petrunkévich. Basta, pues, de hablar de la revolución, de la libertad, de la representación popular; quien habla de estas cosas *sin trabajar concretamente* en la producción de la escala para alcanzarlas, en la insurrección para conquistarlas, es un mentiroso y un fanfarrón, les engaña.

¡Somos débiles, camaradas obreros! Con nosotros solo están el proletariado y millones de campesinos, que han iniciado una lucha dispersa, oscura, inerme, ciega.

Contra nosotros, toda la manada de la corte y todos los obreros y campesinos con uniforme de soldado y...²

Final. Somos débiles. La debilidad se refugia en la fe en los milagros. Eso es un hecho derivado de las palabras del Bund y el plan de *Iskra*.

Pero, ¿es esto el hecho, señores? ¿La debilidad de las fuerzas del proletariado de toda

² Frase sin terminar en el manuscrito. – Ed.

Rusia o la debilidad de las cabezas de los bundistas y los neoiskristas?

Digan la verdad:

1) No hay revolución. Hay una componenda de la burguesía liberal con el zar...

2) No hay lucha por la libertad. Hay venta de la libertad del pueblo.

3) No hay lucha por la representación popular. Hay representación para *los talegos de oro*.

Somos débiles... de ahí proviene inexorablemente toda la traición a *la revolución*.

Si quieren la revolución, la libertad, la representación popular... *deben ser fuertes*.

<p>¿Son ustedes débiles? ¡La revolución es para los fuertes! Nuestro sino es seguir entre los harapos.</p>	<p>Empezando por el final ω) ¿Quién es débil? ¿La fuerza del proletariado o las cabezas de los iskristas, bundistas?</p>
<p>¿Son ustedes débiles? La libertad es solo para los fuertes.</p>	<p>χ) ¿Quieren la revolución? ¡Entonces deben ser fuertes!</p>

<p>Los débiles siempre serán esclavos. Experiencia de toda la historia. ¿Son ustedes débiles? Estarán representados por sus esclavizadores, explotadores.</p>	<p>ξ) Debemos decir la verdad: en eso consiste nuestra fuerza; la masa el pueblo, la multitud resolverá en la práctica, después de la lucha, si tenemos fuerza. ¿La tenemos? O somos débiles</p>
<p>La “representación” es una conquista del fuerte o un simple papelucho, un engaño, una venda en los ojos del débil para embrutecerlo...</p>	<p>ω) Quién es débil</p>

*Escrito en septiembre de 1905. Publicado por primera vez en 1926, en “Recopilación Leninista V”
Se publica según el manuscrito.*

Notas al final - ¡Nada de falsedades! ¡nuestra fuerza está en proclamar la verdad!

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i Lenin no terminó la carta “¡Nada de falsedades! ¡Nuestra fuerza está en proclamar la verdad!” que se disponía a enviar a la Redacción. No se publicó en *Proletari*.

ii C. Marx. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (Véase C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 8, pá. 123).

La última palabra de la táctica «iskrista», o farsa electoral como nuevo incentivo para la insurrección

Hemos hablado muchas veces ya de la inconsistencia que aqueja a la táctica iskrista en la campaña de la Duma. Son inconsistentes los dos rasgos fundamentales de esa táctica: el propósito de apoyar a los seguidores de *Osvobozhdenie* que van a la Duma si aceptan determinados compromisos revolucionarios, y la proclamación de la consigna de “administración autónoma revolucionaria de los ciudadanos”, el llamamiento a elecciones populares para una Asamblea Constituyente bajo la autocracia. Ahora tenemos, por fin, un intento de formulación exacta y oficial de la táctica iskrista en la resolución de la “Conferencia Constituyente (?) del Sur” de los mencheviques. En ella estuvieron representadas las mejores fuerzas de los neoiskristas en Rusia. La resolución nos proporciona la experiencia de una exposición diligente de consejos puramente prácticos, dirigidos al proletariado. De ahí que un análisis atento

de esta resolución nos parezca de imperiosa necesidad, tanto desde el punto de vista de la elaboración de una táctica determinada, como para apreciar toda la posición táctica de *Iskra*.

Reproducimos el texto completo de la resolución:

Resolución de la Conferencia Constituyente de las organizaciones del Sur referente a la Duma de Estado. Considerando que la única salida acorde con los intereses del pueblo a la penosa situación actual es la convocatoria de una Asamblea Constituyente emanada del sufragio universal, igual, directo y secreto para liquidar el régimen autocrático e instituir una república democrática, necesaria ante todo al proletariado en beneficio de su lucha contra los fundamentos del régimen burgués y por la realización del socialismo, y teniendo en cuenta:

- 1) que el sistema de elecciones a la Duma de Estado no ofrece la posibilidad de participar en ellas a todo el pueblo, siendo de notar que el proletariado, en virtud del alto

censo patrimonial exigido a la población urbana, queda totalmente privado del derecho electoral, y que referente a los campesinos, solo una parte de ellos podrá votar sobre la base de un sistema de cuatro grados, que brinda amplio espacio para la presión administrativa sobre los mismos;

2) que toda Rusia está privada como antes de las libertades ciudadanas imprescindibles y sin las cuales no es posible la propaganda electoral y, por ende, realizar elecciones mínimamente honestas; que, por el contrario, la arbitrariedad administrativa impera por doquier más que nunca, y dilatadas regiones son declaradas, una tras otra, en estado de sitio;

y, por último, 3) que se está elaborando para toda la periferia un sistema de representación más caricaturesco todavía; la Conferencia propone a todas las organizaciones desarrollar la más enérgica agitación con vistas a denunciar toda la naturaleza caricaturesca de esa representación con que el gobierno autocrático quiere engañar al pueblo, y declara traidor consciente al

pueblo a todo el que esté dispuesto a conformarse con la Duma de Estado y en este momento decisivo no se proponga sostener con su acción y su táctica la reivindicación del pueblo revolucionario de convocar una Asamblea Constituyente emanada de un sufragio universal, igual directo y secreto.

A los efectos del más rápido cumplimiento de mencionada reivindicación, la Conferencia del Sur recomienda a las organizaciones del Partido la siguiente táctica:

- 1) Llevar a cabo una enérgica agitación entre el proletariado obrero y las masas campesinas para crear amplias organizaciones democráticas y unir las en una organización de toda Rusia a fin de sostener una enérgica lucha contra la Duma de Estado y por el establecimiento de una Asamblea Constituyente de todo el pueblo, a la par que la inmediata instauración de la libertad de palabra, prensa, reunión, asociación y huelga. Para crear esta organización popular de toda Rusia hay que formar comités de agitación elegidos por los obreros en las fábricas y unirlos entre sí; fundar los co-

rrespondientes comités de agitación entre los campesinos; establecer las relaciones más estrechas entre los comités urbanos y campesinos; formar los comités provinciales y establecer conexión entre ellos.

2) Una vez inaugurada la campaña electoral, si esta organización cuenta con fuerza suficiente, y el ánimo de la masa obrera es el que corresponde, emprender la organización de elecciones de todo el pueblo a una Asamblea Constituyente, teniendo en cuenta que el movimiento popular organizado a favor de la celebración de dichas elecciones puede convertirse en la transición natural a la insurrección de todo el pueblo contra el zarismo, ya que la inevitable oposición de este y el enfrentamiento con él en el terreno de la celebración de las elecciones crearán nuevos incentivos para la insurrección, y la organización previa del pueblo le asegurará vastedad y unidad.

3) Al propio tiempo, la Conferencia propone conquistar la libertad de reuniones electorales, y recomienda una intervención enérgica en la campaña electoral, la

intervención del pueblo en las reuniones de compromisarios, la discusión con ellos entre el pueblo en amplias asambleas populares de las tareas que habrán de encarar los representantes elegidos a la Duma de Estado, siendo deber del Partido Socialdemócrata conseguir que los sectores de la población dotados del derecho de elegir a los miembros de la Duma de Estado entren por el camino revolucionario, el cual puede expresarse bien en la adhesión a la insurrección dirigida por las organizaciones democráticas del pueblo, bien, en su ausencia, en el esfuerzo por convertir la Duma de Estado formada en asamblea revolucionaria para convocar una Asamblea Constituyente de todo el pueblo o para cooperar a su convocatoria por las organizaciones democráticas del pueblo.

4) Prepararse para presionar en igual sentido a la Duma de Estado, si hasta el momento de su convocatoria definitiva el movimiento popular no ha conducido al derrocamiento de la autocracia y la organización de una Asamblea Constituyente.
— Prepararse para el planteamiento a la

Duma de Estado de un ultimátum referente a la convocatoria de la Asamblea Constituyente, del inmediato establecimiento de la libertad de palabra, reunión, prensa y asociación y del armamento del pueblo. — Prepararse para apoyar este ultimátum con una huelga política y otras amplias acciones populares.

5) Esta táctica debe ser aprobada por amplias asambleas populares organizadas entre el proletariado y los campesinos antes y durante la campaña electoral.

No nos detengamos en los defectos de redacción de este texto, que adolece de prolijidad. Vayamos directamente a sus errores fundamentales.

1. En la parte introductiva se habla de la **única salida** de la situación actual y se traslada el centro de gravedad al concepto de asamblea constituyente, sin decir una palabra acerca de quién debe convocarla para que esa “salida” lo sea de hecho y no solo de palabra. Este silencio es un repliegue de los socialdemócratas ante los hombres de *Osvo-bozhdenie*. Hemos comentado muchas veces

que precisamente son los intereses de la burguesía liberal monárquica los que obligan a estos hombres a limitarse a la mera convocatoria de una Asamblea Constituyente, de todo el pueblo, y a *silenciar* la cuestión de quién habrá de convocarla. Hemos comentado muchas veces que precisamente esta cuestión ha sido ya destacada a primer plano por la revolución en desarrollo y que justamente en eso reside en estos, momentos la diferencia fundamental entre la táctica oportunista (“conciliadora”) de la burguesía y la táctica revolucionaria del proletariado. Ahora, con su resolución, los neoiskristas presentan la prueba documental de que adolecen de ceguera incurable tocante a los problemas fundamentales de la táctica y de que se desvían hacia las consignas de *Osvobozhdenie*.

En lo que sigue, la resolución enmaraña todavía más la cuestión de la convocatoria de una Asamblea Constituyente de todo el pueblo. La prédica que en este sentido pone las esperanzas en la Duma de Estado, es una prédica claramente reaccionaria, y la convocatoria de una Asamblea Constituyente por

“la organización democrática del pueblo” tiene tanto sentido como si propusiéramos convocar esa Asamblea Constituyente a través de un comité de amigos del pueblo que vivieran en el planeta Marte. En su Conferencia de toda Rusia, los neoisikristas incurrieron en el error imperdonable de *equiparar* la convocatoria de una Asamblea Constituyente de todo el pueblo por un gobierno revolucionario a esa misma convocatoria por alguna institución representativa. Ahora retroceden aún más: guardan absoluto silencio acerca del gobierno provisional revolucionario. ¿Por qué? ¿Con qué fundamento? ¿En qué han cambiado sus puntos de vista? Todo esto permanece en secreto. En lugar de desarrollar las directrices tácticas, los mencheviques no ofrecen en sus conferencias más que modelos de saltos y oscilaciones, tan pronto a la derecha como a la izquierda.

2. La proclamación de “traidor consciente al pueblo a todo el que esté dispuesto a conformarse”, etc., es precisamente uno de esos saltos, supuestamente, a la izquierda y, encima, no hacia un camino de verdad revo-

lucionario, sino hacia la frase revolucionaria. En primer lugar, ¿para qué esa palabra mordaz acerca del (traidor) “consciente”? ¿Fue un traidor consciente al pueblo Johann Jacoby, quien en 1847 fue a la Duma de Estado o Landtag unido como liberal burgués, y después de la guerra de 1870-1871 se hizo socialdemócrata? ¿Será un traidor consciente todo campesino que vaya a la Duma y esté “dispuesto” a conformarse con muy, pero muy poco? En segundo lugar, ¿es razonable el criterio de traición expuesto aquí: el que *esté dispuesto a* conformarse, el que no se proponga, etc.? ¿Cómo se demuestran la “disposición”, el “propósito”: con palabras o con hechos? Si es con palabras, hay que conseguir que los demócratas constitucionalistas (como se hacen llamar ahora los seguidores de *Osvobozhdenie*) que van a la Duma de Estado hagan una promesa firmada o asuman un compromiso revolucionario (Parvus, Cherevanin, MártoV). En tal caso, la resolución debería expresar esta idea con claridad y no envolverla con nubosidades. Y si la “disposición” se demuestra con hechos,

¿por qué no dice la resolución clara y francamente *qué* “acciones” demuestran a su juicio la disposición? Porque en la resolución se refleja el error fundamental de la nueva *Iskra*, que no ha sabido trazar límites entre la democracia revolucionaria y la democracia liberal monárquica. En tercer lugar, ¿es razonable para un partido combatiente hablar de las personas en forma general (“todo el que”, “quien”) y no referirse en forma concreta a las corrientes o los partidos? Es sobremañera importante para nosotros, en estos momentos, desenmascarar ante el proletariado precisamente la corriente, precisamente el Partido Demócrata Constitucionalista, que ya ha demostrado con sus “acciones” cuáles son las demandas que apoya y cómo lo hace. Dirigirse a los obreros en nombre de las organizaciones socialdemócratas, hablarles de los que van á la Duma, de los compromisarios para elegir la Duma, etc., y no decir nada del Partido Demócrata Constitucionalista (o sea, los hombres de *Osvobozhdenie*) significa senderear y trapacear de modo indigno (concertando ocultamente un acuerdo

con la gente de *Osvobozhdenie* para apoyarles en las condiciones propuestas por Parvus o Cherevanin), o, por insensatez, sembrar la corrupción en los medios obreros y renunciar a la lucha contra los demócratas constitucionalistas.

Aparte de los hechos históricos sobre la actividad de *Osvobozhdenie*, sus seguidores, la gente de los zemstvos y demás demócratas constitucionalistas, no tenemos ningún material serio que valga para apreciar la “disposición” de los demócratas burgueses a luchar junto al pueblo. Los neiskristas pasan por alto este material y se evaden con frases sin contenido. ¡Y Plejánov aún quiere convencernos de que la vaguedad organizativa en las concepciones de *Iskra* no va acompañada de la vaguedad táctica!

En realidad, los iskristas no solo cerraron los ojos ante la “disposición” de los demócratas constitucionalistas a cometer una traición demostrada por su claro viraje hacia la derecha, advertido por todos, durante el lapso entre los congresos de los zemstvos de julio y setiembre, sino que incluso *ayudaron* a estos

demócratas constitucionalistas con su guerra contra el boicot. Los iskristas amenazan a los hipotéticos seguidores de *Osvobozhdenie* (“a todo el que esté dispuesto”, etc.) con palabras “tremendas”, pero a los verdaderos les ayudan con su táctica. Lo cual está plenamente a tono con el señor Ródichev, uno de los dirigentes demócratas constitucionalistas, quien al mismo tiempo que afirma clamorosamente: “¡No tomaremos la libertad de manos teñidas con la sangre del pueblo!” (frase que, pronunciada en una reunión particular contra W. Stead, recorre ahora todos los periódicos extranjeros), exige la convocatoria, por esas manos precisamente, de una Asamblea Constituyente de todo el pueblo.

3. El siguiente error fundamental de la resolución estriba en la consigna de “crear amplias organizaciones democráticas y unir las en una organización de toda Rusia”. La ligereza de unos socialdemócratas que proponen semejante consigna es simplemente asombrosa. ¿Qué significa crear amplias organizaciones democráticas? Una de dos: el hundimiento de la organización socialis-

ta (POSDR) en la organización democrática (los neiskristas no pueden hacerlo conscientemente, pues sería una traición total al proletariado), o la unión transitoria entre los socialdemócratas y determinados sectores de demócratas burgueses. Si los neiskristas quieren predicar tal unión, ¿por qué no lo dicen sin ambages ni rodeos?, ¿por qué se esconden tras la palabra “crear”?, ¿por qué no especifican con qué corrientes o grupos de la democracia burguesa llaman a unirse a la socialdemocracia? ¿No es eso un nuevo ejemplo de inadmisibile *vaguedad táctica* que en realidad convierte inevitablemente a la clase obrera en servidora de la democracia burguesa?

La única definición de la naturaleza de estas “amplias organizaciones democráticas” que da la resolución consiste en señalar sus dos objetivos: la lucha (1) contra la Duma de Estado y (2) por una Asamblea Constituyente de todo el pueblo. El segundo objetivo, en su precaria formulación iskrista, esto es, sin indicar quién debe convocar la Asamblea Constituyente de todo el pueblo, es aceptado

íntegramente por los demócratas constitucion-
nalistas. ¿Proponen por lo tanto los iskristas
la unión de la socialdemocracia con la demo-
cracia constitucionalista y se avergüenzan
de decirlo con franqueza? El primer objeti-
vo está expresado con esa falta de claridad
que estamos acostumbrados a ver solo en las
leyes rusas, redactadas a propósito para en-
gañar al público. ¿Qué es la lucha contra la
Duma de Estado? Si se interpreta al pie de
la letra, suponiendo que los redactores de
la resolución hayan querido expresarse sin
equívocos, es *el boicot a la Duma*, pues lu-
char contra una institución que aún no existe
es oponerse a su nacimiento. Pero sabemos
que los iskristas están contra el boicot, en la
misma resolución vemos que más adelante ya
no hablan de la lucha *contra* la Duma de Es-
tado, sino de *presionarla*, de convertirla en
una asamblea revolucionaria, etc. Quiere de-
cirse que las palabras “lucha contra la Duma
de Estado” no hay que entenderlas en su sen-
tido literal, estricto. Ahora bien, siendo así,
¿en qué sentido hay que entenderlas? ¿En el
sentido que les da el señor M. Kovalevski

que dicta conferencias en las que critica a la Duma de Estado? ¿A qué exactamente debemos llamar lucha *contra* la Duma de Estado? Eso sigue siendo un secreto. Nuestros embrolladores no dicen nada definido. Como conocen el estado de ánimo de los obreros con conciencia de clase, totalmente hostil a la táctica de acuerdos con los demócratas constitucionalistas, a la táctica de apoyar a la Duma en ciertas condiciones, nuestros neoiskristas han elegido cobardemente un camino intermedio: por una parte, repetir la consigna de “lucha contra la Duma de Estado”, popular entre el proletariado, y, por otra, vaciar esa consigna de su sentido exacto, confundir a la gente, interpretar la lucha contra la Duma en el sentido de presionar a la Duma, etc. ¡Y este lamentable embrollo lo proponen las más influyentes organizaciones de los iskristas en el momento en que los hombres de *Osvobozhdenie* gritan a toda Europa, golpeándose el pecho, que van a la Duma de Estado solo para luchar, exclusivamente para luchar, y que están “dispuestos” a romper por entero con el gobierno!

Preguntamos a los lectores: ¿se ha visto jamás en parte alguna una versatilidad más oprobiosa en la táctica de la socialdemocracia? ¿Es posible concebir algo más funesto para la socialdemocracia que esa prédica a “crear amplias organizaciones democráticas” *junto con los seguidores de “Osvobozhdenie”* (pues los demócratas constitucionalistas están de acuerdo con los objetivos propuestos por los iskristas para tales organizaciones), pero sin mencionarlos abiertamente?

¡Y ahora Plejánov, descalificado para todos los socialdemócratas revolucionarios rusos por la defensa que durante casi dos años ha hecho de las «vaguedades organizativas» de los iskristas, querrá convencernos de que la táctica neoiskrista es buena!...

4. Prosigamos. Es muy poco razonable denominar a la unión de amplias (e imprecisas) organizaciones democráticas “organización popular de toda Rusia” u “organización democrática del pueblo”. Ante todo, es teóricamente inexacto. Es sabido que el pecado de los “economistas” era confundir partido con clase. Los iskristas, resucitando viejos

errores, confunden ahora la suma de los partidos u organizaciones democráticos con la organización del pueblo. Eso es una frase vacía, engañosa, nociva. Vacía porque carece de todo sentido determinado, ya que no indica partidos o corrientes democráticos conocidos. Engañosa porque en la sociedad capitalista ni siquiera la clase más avanzada, el proletariado, está en condiciones de crear un partido que envuelva a toda la clase, sin hablar ya de todo el pueblo. Nociva porque ensucia las cabezas con palabras altisonantes y no propugna ningún trabajo efectivo para explicar el verdadero significado de los verdaderos partidos democráticos, sus bases clasistas, el grado de su proximidad al proletariado, etc. Justamente ahora, en la época de la revolución democrática, burguesa por su contenido económico-social, es en particular fuerte la proclividad de los demócratas burgueses, de todos esos demócratas constitucionalistas, etc., incluidos los socialistas-revolucionarios, a proponer “amplias organizaciones democráticas” en general, a alentar, directa o indirectamente, abierta

o encubiertamente, el apartidismo, esto es, la ausencia de divisiones rigurosas entre los demócratas. Los representantes conscientes del proletariado deben combatir de manera resuelta e implacable esa tendencia, pues por su propia esencia es profundamente burguesa. Debemos destacar a un primer plano las diferencias exactas entre los partidos, denunciar toda confusión y mostrar la falsedad de las frases sobre un democratismo unido, solidario y amplio, frases copiosamente prodigadas por nuestros periódicos liberales. Al tiempo que proponemos la unidad con ciertos sectores de la democracia para objetivos determinados, debemos distinguir una democracia *revolucionaria* –sobre todo en tiempos como los actuales–, debemos indicar los rasgos que con más claridad separan a los “dispuestos” a luchar (ahora mismo en las filas del ejército revolucionario) de los “dispuestos” a traficar con la autocracia.

Para aclarar con mayor evidencia su error a los iskristas vamos a tomar un ejemplo sencillo. Nuestro programa habla de los comités campesinos. La resolución del III Congreso

del POSDR define su significado con mayor precisión, denominándolos comités campesinos revolucionarios (en este sentido, la Conferencia neiskrista ha coincidido, virtualmente, con el III Congreso). Planteamos como misión de estos comités la realización *por vía revolucionaria* de transformaciones democráticas en general y de agrarias en particular, *incluida la confiscación* de la propiedad agraria de los terratenientes. Ahora, los iskristas recomiendan en la resolución unos nuevos comités: los “comités de agitación entre los campesinos”. Es éste un consejo digno no de obreros socialistas, sino de burgueses liberales. Esos “comités campesinos de agitación”, caso de que se formaran, serían de lo más conveniente para los seguidores de *Osvobozhdenie*, pues su carácter revolucionario sería reemplazado por un carácter liberal: hemos señalado ya que el contenido de la agitación de estos comités de agitación, según la definición iskrista (lucha “contra” la Duma de Estado y por una Asamblea Constituyente de todo el pueblo), no rebasa los límites del programa de *Osvo-*

bozhdenie. ¿Está claro ahora para los neois-kristas que cuando suman a la consigna de los comités campesinos revolucionarios la de los “comités campesinos de agitación” convierten las consignas socialdemócratas en consignas de *Osvobozhdenie*?

5. Por fin llegamos al cometido principal de esta “organización popular de toda Rusia”: organizar elecciones de todo el pueblo a la Asamblea Constituyente. ¡Elecciones de todo el pueblo bajo la autocracia! Y los “enfrentamientos” con la autocracia proporcionarán “nuevos incentivos para la insurrección”... ¡Una verdadera farsa electoral como nuevo incentivo para la insurrección!

La consigna de la “administración autónoma revolucionaria” y la teoría de la “generación espontánea” de la Asamblea Constituyente han desembocado de modo inevitable en esa necedad destinada a convertirse en clásica. Hablar de unas elecciones con la participación de todo el pueblo bajo el dominio de los Trépov, es decir, antes del triunfo de la insurrección, antes del derrocamiento efectivo del poder zarista es un inmenso ma-

nilovismo, que solo sirve para introducir una increíble corrupción política en la cabeza de los obreros. Solo personas habituadas por la nueva *Iskra* al predominio de la retórica pueden asumir consignas que se hacen polvo al primer contacto con una crítica serena. Basta meditar un poco en lo que «son unas elecciones *de todo el pueblo*, en el significado serio de estas palabras; basta tener presente que esas elecciones requieren libertad de agitación, conocimiento de las mismas por toda la población, reconocimiento por ésta de un centro o de centros locales que confeccionen las listas de toda la población y lleven a cabo la consulta sin excluir absolutamente a nadie; basta meditar un poco en estas cosas para conceptuar las “elecciones de todo el pueblo” proyectadas por *Iskra* de burla a todo el pueblo o engañifa a todo el pueblo. *Ni un solo* diputado digno de llamarse “electo por todo el pueblo”, o sea, que reúna de 50.000 a 100.000 votos libre y conscientemente emitidos, ni un diputado así, “una vez inaugurada la campaña electoral”, puede ser elegido en ninguna parte de Rusia.

La resolución iskrista aconseja al proletariado *representar una comedia*, y ninguna reserva, ninguna excusa puede modificar el significado de esa resolución de comedia. Se nos dice que las elecciones se harán únicamente cuando “esta organización cuente con fuerza suficiente”, únicamente teniendo en vista que “la organización previa le asegurará (a la insurrección) vastedad y unidad”. Respondemos: la fuerza se demuestra con obras y no con palabras. Antes del triunfo de la insurrección es un despropósito hablar, sin suscitar burlas, de una fuerza capaz no ya de celebrar “elecciones de todo el pueblo”, sino siquiera de anunciarlas. El triunfo de la insurrección no pueden “asegurarlos” ninguna vastedad ni unidad de organización si (1) esa organización no la integran personas realmente aptas para la insurrección (y hemos visto que la resolución preconiza organizaciones simplemente “amplias”, es decir, en la práctica como las de los hombres de *Osvobozhdenie*, las cuales sin duda traicionarían la insurrección, si ésta comenzara); (2) no se dispone de fuerza para el triunfo de

la insurrección (y para triunfo se requiere la fuerza material de un ejército revolucionario, además de la fuerza moral de la opinión pública, del interés del pueblo, etc.). Destacar a primer plano esa fuerza moral, esas palabras ampulosas sobre el carácter “de todo el pueblo”, y *silenciar* en su llamamiento de combate la fuerza material efectiva equivale a rebajar las consignas revolucionarias del proletariado al nivel de la frase democrática burguesa.

La farsa electoral constituye precisamente no la transición “natural” a la insurrección, sino una transición *artificial* inventada por un puñado de intelectuales. Idear semejantes transiciones artificiales es completamente idéntico a la vieja ocupación de Nadezhdin: inventar un terror “excitante”. Los neoiskristas también quieren “excitar”, estimular con artificios al pueblo para una insurrección, idea básicamente falsa. No podemos crear una organización que abarque de verdad a todo el pueblo; unas elecciones que se nos ocurriera celebrar bajo la autocracia serían inevitablemente una comedia, y utilizar para

la insurrección semejante motivo *inventado* equivaldría a decretar la insurrección en momentos en que no existe en el pueblo una efervescencia *efectiva*. Solo personas que no creen en la actividad revolucionaria del proletariado, solo intelectuales a la caza de palabras efectistas podían ponerse a inventar en septiembre de 1905 “nuevos incentivos para la insurrección”. ¡Como si faltaran en Rusia incentivos *verdaderos*, y no teatrales, para la insurrección; como si hubiera pocos casos auténticos, no fingidos, no simulados de *efervescencia* de las masas! Las farsas electorales nunca estimularán a las masas. Pero una huelga, una manifestación, un motín militar, un grave incidente estudiantil, el hambre, la movilización, un conflicto en la Duma de Estado, etc., etc., sí pueden el constante que excite a las masas. No solo la idea de inventar “nuevos incentivos para la insurrección” es una insigne estupidez, sino que hasta sería disparatada la idea de fijar de antemano que éste y no otro es el motivo que realmente puede estimular a las masas. Nadie que se respete mínimamente, que tome

en serio sus propias palabras, se permitirá jamás inventar “nuevos incentivos para la insurrección”.

De lo que andamos escasos, honorabilísimos señores Manílov, no es de “nuevos incentivos”, sino de fuerza militar, de esa fuerza militar del pueblo revolucionario (y no del pueblo en general) que consiste: **1)** en el proletariado y los campesinos armados; **2)** los destacamentos organizados de vanguardia integrados por individuos de estas clases; **3)** las unidades del ejército dispuestas a pasarse al lado del pueblo. “(**Todo eso en conjunto constituye el ejército revolucionario**) Hablar de la insurrección, de su fuerza, de la transición natural a ella y no hablar del ejército revolucionario es un despropósito y un embrollo, tanto mayor cuanto más movilizad esté el ejército contrarrevolucionario. Inventar “nuevos incentivos para la insurrección” en la época de las insurrecciones del Cáucaso y del mar Negro, de Polonia y Riga equivale a encerrarse a propósito en su cascarón y excluirse del movimiento. Asistimos a una fortísima efervescencia entre los obre-

ros y los campesinos. Asistimos a una serie de estallidos de la insurrección que en amplitud, fuerza y tenacidad vienen progresando indeclinablemente y con inmensa celeridad a partir del 9 de enero. Nadie puede asegurar que esos estallidos no se repitan mañana o pasado mañana en cualquier ciudad importante, en cualquier campamento militar, en cualquier aldea. Por el contrario, todos los testimonios coinciden en que tales estallidos son probables, próximos, inevitables. Su éxito depende, en primer lugar, de los éxitos de la agitación y la organización *revolucionarias*, precisamente revolucionarias, y no “ampliamente democráticas”, como desbarra *Iskra*, pues son muchísimos entre los demócratas los que no son revolucionarios. El éxito depende, en segundo lugar, de la fuerza y la disposición del ejército revolucionario. La primera condición es reconocida por todos desde hace mucho tiempo, y la están cumpliendo en toda Rusia los revolucionarios literalmente en cada reunión de círculo o grupo, en cada mitin relámpago, en cada asamblea de masas. La segunda condición es

aún muy poco aceptada. La burguesía liberal no quiere ni puede aceptarla, en virtud de su situación de clase. Entre los revolucionarios solo la silencian los que se arrastran irremediabilmente a la zaga de la burguesía monárquica.

Insurrección es una gran palabra. Llamar a la insurrección es hacer un llamamiento de suma gravedad. Cuanto más compleja es la estructura social, cuanto más alta la organización del poder estatal, cuanto más perfeccionado el material bélico, tanto más imperdonable es plantear con ligereza esta consigna. Y más de una vez hemos dicho que los socialdemócratas revolucionarios venían preparando desde hace mucho su presentación, pero la presentaron como llamamiento directo solo cuando no podía haber ninguna vacilación en cuanto a la seriedad, la amplitud y la profundidad del movimiento revolucionario, ninguna vacilación en cuanto a que las cosas se aproximan al desenlace, en el verdadero sentido de la palabra. Las grandes palabras hay que manejarlas con prudencia. Las dificultades para convertirlas en

grandes obras son ingentes. Pero justamente por eso sería imperdonable despachar esas dificultades con una frase, desembarazarse de las tareas serias con supercherías al estilo de Manílov, cubrirse los ojos con el velo de dulces ficciones acerca de la “transición natural” a esas tareas difíciles.

Ejército revolucionario son también grandes palabras. Crearlo es un proceso difícil, complejo y largo. Pero cuando vemos que ese proceso ya ha comenzado y avanza, fragmentariamente, a pedazos, en todas partes; cuando sabemos que sin tal ejército *es imposible* la verdadera victoria de la revolución, debemos plantear la consigna decidida y resuelta, difundirla y hacer de ella la piedra de toque de las tareas palpitantes de la política. Sería erróneo creer que las clases revolucionarias siempre poseen fuerza suficiente para llevar a cabo una revolución cuando ésta, en razón, de las condiciones del desarrollo económico-social, ha madurado por completo. No, la sociedad humana no está construida de manera tan racional y “cómoda” para los elementos de vanguardia. La

revolución puede haber madurado, mientras las fuerzas de los creadores de esa revolución pueden ser insuficiente para llevarla a cabo; entonces la sociedad entra en descomposición y esa descomposición se prolonga a veces decenios enteros. Que la revolución democrática en Rusia ha madurado es cosa indudable. Pero aún está por ver si tendrán suficientes fuerzas las clases revolucionarias para llevarla a cabo. Eso lo decidirá la lucha, cuyo momento crítico se aproxima con enorme rapidez, si no nos engaña toda una serie de síntomas directos e indirectos. La superioridad moral es indudable, la fuerza moral es ya aplastante; sin ella, por supuesto, no podría hablarse siquiera de revolución. Es una condición indispensable, *pero todavía insuficiente*. Y si llega a plasmarse en fuerza material suficiente para quebrar la resistencia durísima que ofrecerá la autocracia (no cerremos los ojos ante eso) es algo que quedará demostrado por el resultado de la lucha. La consigna de la insurrección es la consigna de solución del problema mediante la fuerza material, y en la civilización europea

contemporánea ésta suele ser únicamente la fuerza militar. No se debe presentar esta consigna hasta que no hayan madurado las condiciones generales de la revolución, mientras no se hayan revelado de forma definida la excitación y la disposición de las masas a actuar, mientras las circunstancias exteriores no hayan desembocado en una crisis evidente. Pero una vez presentada tal consigna, sería francamente oprobioso retroceder de nuevo a la fuerza moral, volver a una de las condiciones de preparación del terreno para la insurrección, a una de las «transiciones posibles», etc., etc. No, si la suerte está ya echada hay que abandonar todas las evasivas, hay que explicar sin ambages ni rodeos a las más amplias masas cuáles son en estos momentos las condiciones prácticas de una revolución victoriosa.

.....

Distamos mucho de haber agotado todos los errores de la resolución iskrista, que para quienes meditan, no para quienes se limitan a la “caza del momento”, perdurará como

triste monumento a la trivialización de las tareas de la socialdemocracia. Nos parece más importante explorar las fuentes principales de los errores que enumerar todas, aun las más pequeñas, manifestaciones de la falsedad básica. Por ello señalaremos solo de paso lo absurdo y reaccionario de esa idea, de presentar “ultimátums” (vocablo militar que suena a fanfarronería ramplona cuando se carece de fuerza militar preparada) a la Duma, del propósito de transformar *esta Duma*¹ en una asamblea revolucionaria, y

¹ Si resultásemos fuertes en la inmediata lucha decisiva con el zarismo, la Duma de Estado viraría inevitablemente hacia la izquierda (por lo menos su parte liberal, no hablamos de la reaccionaria), pero intentar influir seriamente sobre la Duma de Estado *prescindiendo* de la destrucción del poder zarista sería tan descabellado como si el Japón presentara ultimátums a China, o si se atribuyera gran importancia a la ayuda de China *prescindiendo* de la destrucción de la fuerza militar de Rusia. Después del 18 de marzo de 1848, la Duma de Estado prusiana (el Landtag unido) “firmó” a toda prisa un papelucho que convocaba la Asamblea Constituyente, pero hasta entonces todos los “ultimátums” de los revolucionarios y todos sus “propósitos” de influir sobre la Duma de Estado, todas sus amenazas no pasaron de ser palabras vacías para los Petrunkevich, los Ródichev, los Miliukov, etc., que deliberaban en la Duma de Estado.

vamos al significado general de la consigna: “administración autónoma revolucionaria del pueblo”.

En esta consigna o, mejor dicho, en el empeño de transformarla en consigna central estriba la raíz de todos los titubeos de *Iskra*. *Iskra* ha tratado de defender esta consigna invocando la “dialéctica”, esa dialéctica plejanoviana en virtud de la cual Plejánov comenzó defendiendo las “vaguedades organizativas” de *Iskra* y acabó fustigándolas.

La administración autónoma revolucionaria del pueblo no es el prólogo a la insurrección, como hemos dicho ya, no es la “transición natural” a la insurrección, sino su epílogo. Sin la victoria de la insurrección no puede hablarse en serio de una administración verdadera y compleja. Y añadíamos que la idea misma de trasladar el centro de gravedad a la administración del Estado y no situarlo en la estructura reaccionaria, que identificar la administración autónoma revolucionaria con el ejército revolucionario era una insigne necesidad, que el triunfo del ejér-

cito revolucionario presupone forzosamente la administración autónoma revolucionaria, pero que la administración autónoma revolucionaria no incluye necesariamente un ejército revolucionario.

Iskra ha intentado defender el embrollo de sus consignas conscientes invocando la “dialéctica” del inconsciente proceso espontáneo. La vida no sabe de límites tajantes, dice. La bolsa de trabajo existe ya ahora (*Sotsial-Demokrat*¹, núm. 12): ahí tienen ustedes elementos de autoadministración. No es raro, dice, que en el proceso dialéctico de desarrollo se entrelacen el prólogo y el epílogo.

Esto último es completamente cierto. Sí, el proceso del verdadero desarrollo es *siempre* enmarañado, mete trozos del epílogo antes del auténtico prólogo. ¿Pero significa eso que sea permisible para un jefe de un partido consciente *enmarañar* las tareas de la lucha, confundir el prólogo con el epílogo? ¿Puede la dialéctica del enmarañado proceso espontáneo justificar el embrollo en la lógica de los socialdemócratas conscientes? ¿No sig-

nifica eso suplantar la dialéctica en el sentido de Marx por la dialéctica en el sentido de Plejánov?

Para aclarar más nuestra idea tomemos un ejemplo. Supongamos que no se trata de una revolución democrática, sino socialista. La crisis madura, se aproxima la época de la dictadura del proletariado. Y en ese momento, los oportunistas promueven a primer plano la consigna de cooperativas de consumo, y los revolucionarios, la consigna de conquista del poder político por el proletariado. Los oportunistas arguyen: las cooperativas de consumo constituyen una fuerza real de los proletarios, la conquista de una posición económica efectiva, una verdadera parcela del socialismo; vosotros, los revolucionarios, no comprendéis el desarrollo dialéctico, esa transformación del capitalismo en socialismo, esa penetración de células del socialismo en el seno del propio capitalismo, ese vaciado del capitalismo por el nuevo contenido socialista.

Sí, responden los revolucionarios, de acuerdo con que las cooperativas de con-

sumo son en cierto sentido un pedazo del socialismo. En primer lugar, una sociedad socialista es una gran cooperativa de consumo con una organización planificada de la producción para el consumo en segundo lugar, el socialismo es irrealizable sin un movimiento obrero vigoroso, multifacético, y una de estas múltiples facetas la constituyen las cooperativas de consumo. Pero es que no se trata de eso. Mientras el poder permanezca en manos de la burguesía, las cooperativas de consumo serán una parcela insignificante que no garantiza ningún cambio de importancia, ninguna modificación decisiva, y que alguna vez hasta podría distraer de la lucha seria por la revolución. Los hábitos que adquieren los obreros en las cooperativas de consumo son, sin duda, muy beneficiosos. Pero solo el paso del poder al proletariado puede ofrecer el terreno para una aplicación adecuada de esos hábitos. Entonces, el sistema de cooperativas de consumo tendrá a su disposición la plusvalía; ahora, la esfera de aplicación de esta beneficiosa institución es muy reducida en razón del mezquino nivel

de los salarios. Entonces será una asociación de consumidores formada por trabajadores realmente libres; ahora es una asociación de esclavos asalariados, oprimidos y asfixiados por el capital. Así pues, las cooperativas de consumo son un pequeño fragmento del socialismo. El proceso dialéctico de desarrollo introduce, en efecto, aun dentro del marco del capitalismo, elementos de la nueva sociedad, elementos materiales y espirituales. Pero es deber de los socialistas distinguir entre los fragmentos y el todo, es su deber presentar como consigna *el todo* y no lo fragmentario, es su deber oponer las condiciones fundamentales de la revolución verdadera a los remiendos parciales que no pocas veces desvían a los combatientes del camino auténticamente revolucionario.

¿Y quién, según *Iskra*, tiene razón en esta discusión?

Lo mismo ocurre con la consigna de “administración autónoma revolucionaria” en el período de la revolución democrática. No nos oponemos a la administración autónoma revolucionaria, en nuestro programa mínimo

(véase el apartado sobre la amplia administración autónoma local) hace mucho que le asignamos un cierto lugar modesto, convenimos en que es un fragmento de la revolución democrática, como hicimos constar ya en el núm. 15 de *Proletari*, al mencionar la Duma de Smolensk. Sería imposible una revolución democrática sin un vigoroso y multifacético movimiento democrático, y una de estas múltiples facetas es el movimiento en el terreno de la autoadministración. Pero la revolución democrática tampoco sería posible, por ejemplo, sin una escuela revolucionaria, tan indudable síntoma de la evidente descomposición del zarismo, como son las bolsas de trabajo que existen a pesar de la policía, como la eferescencia en el clero, como la autoadministración local contraria a la ley, etc. Reflexionen, pues, camaradas de *Iskra*, ¿qué deducción se impone de todo esto? ¿Hay que englobar todos estos fragmentos de la descomposición en la consigna total de la insurrección, o hay que desfigurar la consigna de la insurrección asociándola a uno de esos fragmentos, el de la autoadministración?

“La organización de la administración autónoma revolucionaria o, lo que es lo mismo, la organización de las fuerzas populares para la insurrección”, escribía la esforzada *Iskra* (núm. 109, p. 1, col. 2). Eso es lo mismo que decir: la organización de la escuela revolucionaria es la organización de las fuerzas para la insurrección, la organización de la efervescencia en el clero es la organización de las fuerzas para la insurrección, la organización de cooperativas de consumo es la organización de las fuerzas para la revolución socialista. Sí, camaradas de *Iskra*, son ustedes unos malos dialécticos. No saben razonar de modo dialéctico, aunque saben muy bien senderear y dar vueltas, como Plejánov, a la hora de enjuiciar las vaguedades organizativas y tácticas en las concepciones de ustedes. Ustedes han perdido de vista que, en caso de triunfar la insurrección, todos esos fragmentos de la revolución confluirán inevitablemente en un “epílogo” global, acabado, de la insurrección, en tanto que sin el triunfo de la insurrección los fragmentos segui-

rán siendo fragmentos, míseros fragmentos que nada modifican, que solo satisfacen a los filisteos.

Moraleja: 1) Los socialdemócratas oportunistas, tanto en vísperas de una revolución socialista como en vísperas de una revolución democrática, tienen la mala costumbre de dejarse fascinar por uno de los pequeños fragmentos del magno proceso, de elevarlo a la categoría de todo, de subordinarle el todo, deformando de tal suerte el todo, en virtud de lo cual se convierten en lacayos de los reformistas volubles y cobardes. 2) La dialéctica de un proceso espontáneo, que es siempre y obligadamente enmarañado, no justifica la maraña en las conclusiones lógicas y las consignas políticas, que con bastante frecuencia (pero no obligadamente) son enmarañadas.

.....

Estaba ya compaginado este artículo cuando recibimos la edición iskrista en el extranjero de las resoluciones de la Conferencia Constituyente del Sur. El texto de la resolución sobre la Duma de Estado difiere algo del

editado en Rusia, que hemos reproducido anteriormente. Pero las diferencias no son esenciales y no afectan en absoluto a nuestra crítica.

“Proletari”, núm. 21, 17 (4) de octubre de 1905.

Se publica según el texto del periódico

“Proletari”, cotejado con el manuscrito.

Notas al final - La última palabra de la táctica «iskrista», o farsa electoral como nuevo incentivo para la insurrección

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

*i “Sotsial-Demokrat” (El Socialdemócrata): periódico, órgano de los mencheviques, apareció en Ginebra del 1 (14) de octubre de 1904 al 14 (27) de octubre de 1905. Salieron en total 16 números. En el núm. 12 de Sotsial-Demokrat que menciona Lenin se publicó el artículo de L. Márto**v La administración autónoma revolucionaria de los ciudadanos.*

El primer balance del agrupamiento político

La reseña de la conferencia de los partidos y organizaciones socialdemócratas de Rusiaⁱ, que publicamos en el número anterior, nos permite hacer un balance, aunque sea preliminar, del actual agrupamiento político. La conferencia (POSDR, representado por el CC, Bundⁱⁱ, POSDLⁱⁱⁱ, SDRPL^{iv} y Partido Revolucionario de Ucrania^v) ha aprobado por unanimidad la táctica de boicot activo a la Duma de Estado. La necesidad de desplegar una intensa agitación contra la Duma de Estado, en el sentido directo de la palabra, la necesidad de sostener la agitación contra todos los partidos que aceptan participar en la Duma de Estado y, por último, la obligación de preparar la insurrección armada, son ahora reconocidas, se puede decir sin incurrir en exageración, por toda la socialdemocracia revolucionaria, independientemente de la pertenencia nacional. Las bases de la táctica que ha adoptado el CC del POSDR, y que

hemos defendido en *Proletari* desde el núm. 12, o sea, durante dos meses y medio ya, se han convertido ahora en bases de la táctica de casi toda la socialdemocracia de Rusia, salvo una triste excepción.

Esta excepción, como el lector sabe, la constituyen *Iskra*^{vi} y la “minoría” que se ha separado del POSDR. La “Comisión de Organización”, en la práctica su organismo central, ha estado representada en la conferencia. Ignoramos en qué sentido ha votado su delegado, pero el hecho es que la Comisión de Organización se ha negado a firmar la resolución de la conferencia. Era de esperar, después de que la Conferencia “Constituyente” del Sur, de los neoisristas^{vii}, adoptara sobre la Duma de Estado una resolución en extremo insensata y oportunista en el aspecto de los principios, que hemos analizado pormenorizadamente en el núm. 21 de *Proletari*.

De esta suerte, el agrupamiento político se ha perfilado por completo. El tema de la actitud ante la Duma de Estado ha dado lugar a que, acaso por primera vez, la táctica política

sea discutida en común por los partidos revolucionarios y opositores, por la prensa legal e ilegal. Es este un gran paso adelante, en comparación con el anterior período del movimiento. Antes, un abismo separaba a la oposición de los revolucionarios, al trabajo legal del clandestino. Ahora, el movimiento ha avanzado de modo tan gigantesco en diez meses mal contados que ese abismo está salvado en buena parte: la lucha revolucionaria ha llevado a la oposición “legal” hasta la cresta de la ola, casi hasta hacerla reconocer el hecho de la revolución. Antes no podíamos, hablando en rigor, ni discutir con representantes de la oposición legal la táctica o la conducta de los partidos políticos, pues estos no existían, excepto los partidos revolucionarios ilegales, y la “actividad política” coincidía totalmente con la actividad de los “delincuentes políticos”, si dejamos aparte la “actividad” de la autocracia y sus servidores. Ahora, la Duma de Estado se ha convertido, de modo natural e inevitable, en el objeto de una discusión que interesa a la masa del pueblo en su conjunto, de todos los matices,

tendencias y partidos. La lucha revolucionaria ha despejado el camino a la discusión revolucionaria en la prensa legal, en las reuniones de los zemstvos, en las asambleas de estudiantes y en los grandes mítines obreros.

Acaso hayan sido los miembros de los zemstvos^{viii} y la intelectualidad radical los iniciadores de la discusión sobre la actitud a adoptar ante la Duma de Estado, pues eran los más interesados en esa dádiva zarista y los más informados de ella, aun antes del manifiesto del 6 de agosto^{ix}. Luego esta discusión se ha extendido a toda la prensa política de Rusia, tanto a la libre, es decir, la clandestina, que formula explícitamente todos sus argumentos y consignas, como a la legal, que recurre al lenguaje esópico para hablar en pro del boicot mientras que en contra lo hace con toda libertad.

El agrupamiento político, precursor de la diferenciación entre los partidos políticos y clases de todos los pueblos de Rusia, comenzó a configurarse precisamente en torno al problema del boicot. ¿Ir a la Duma o no? ¿Tratar de desbaratar la Duma o aceptarla?

¿Luchar en la Duma, en su terreno, o fuera de la Duma, prescindiendo de ella, contra ella? Así quedó planteado el problema de modo inevitable, tanto ante el puñado privilegiado de electores como ante las masas del pueblo “sin derechos”. Y, ahora, para este problema que, por supuesto, ha sido abordado desde mil puntos de vista diferentes y con miles de variantes y “opiniones particulares” de todo tipo, se tienen los *resultados globales* de la “encuesta” de la opinión pública recogida a través de toda la prensa y del conjunto de declaraciones de todas las organizaciones políticas, reuniones y asambleas políticas, etc.

Estos resultados globales son los siguientes:

Aparecen con realce tres tipos fundamentales de enfoques de la Duma, en completa consonancia con las tres fuerzas sociales básicas y principales de la revolución en curso: el enfoque de las *centurias negras*^x (autocracia), el *liberal* (burguesía) y el *revolucionario* (proletariado). Las centurias negras se han agarrado a la Duma como el mejor medio, y probablemente el único posible, o incluso el único concebible, de salvar a la au-

toocracia. Los liberales han criticado la Duma y han aceptado la Duma, atraídos con fuerza irresistible hacia los caminos legales y el acuerdo con el zar. El pueblo revolucionario, con el proletariado a la cabeza, ha estigmatizado a la Duma, ha proclamado un boicot activo a ella y ha demostrado ya con hechos su propósito de transformar ese boicot activo en insurrección armada.

Vale la pena detenerse algo más detalladamente en estos tres tipos básicos.

Por lo que a las centurias negras concierne, era de esperar (y así lo habían manifestado personas propensas a tomar en serio la Duma, incluso los iskristas, si no nos equivocamos) que los partidarios de la autocracia simpatizasen directa o indirectamente con el boicot o el abstencionismo, como dice a menudo nuestra prensa servil. Dejémosles que boicoteen –sería su razonamiento– mejor para nosotros, así será más íntegra y pura la presencia de las centurias negras en la Duma. Y como existen en Rusia periódicos conservadores capaces de acosar a los ministros zaristas por excesivo liberalismo,

capaces de intrigar contra un gobierno “demasiado débil”, semejante enfoque hubiera podido perfectamente hallar una expresión tan clara, o más clara aún, que muchas opiniones de los constitucionalistas. Pero aquí es donde se ha manifestado el error de quienes habían tomado en serio la Duma y hablado de luchar en el terreno de la Duma, de apoyar la lucha en la Duma, etc., etc. Aquí es donde se ha manifestado en seguida que la autocracia tiene una necesidad tremenda de contar con una oposición legal en la Duma y que siente un miedo tremendo al boicot. ¿Por qué? Pues muy sencillo: porque se ha visto sin lugar a dudas que es en absoluto imposible gobernar el país sin una componenda siquiera con una parte de burguesía como clase. Sin una componenda con el ala derecha de la burguesía no es posible gobernar el país, no es posible conseguir dinero, no es posible seguir viviendo. Con todo lo asiáticamente salvaje de nuestra autocracia, con lo mucho que en ella hay de barbarie antediluviana, conservada en una forma insólitamente pura durante siglos, el gobierno

autocrático es, pese a todo, el gobierno de un país capitalista, ligado por miles de lazos irrompibles a Europa, al mercado internacional, al capital internacional. La dependencia de la autocracia respecto de la burguesía de Rusia es la más fuerte dependencia material: podrá ser encubierta con centenares de accesorias medievales, podrá ser atenuada con millones de sobornos cortesanos, personales o en grupo (títulos, empleos, concesiones, dádivas, franquicias, etc., etc., etc.), pero en los momentos decisivos de la vida nacional deberá comparecer con fuerza decisiva.

Y si ahora vemos que el señor Witte hace zalemas a los liberales; que pronuncia discursos liberales sobre los que informa la prensa legal; que sostiene “conversaciones informales con el señor Guessen”, jefe de los demócratas constitucionalistas (telegrama del corresponsal del *Times* en Petersburgo); que la prensa extranjera rebosa de noticias sobre los planes liberales del zar, nada de eso es casual. Ni qué decir tiene, aquí hay un enjambre de mentiras e intrigas, pero es que el gobierno zarista y, por lo demás, cualquier

gobierno burgués, no puede dar ni un solo paso en su política sin mentir e intrigar. Ni qué decir tiene, aquí abunda una mezquina trapacería provocada por la visita a Petersburgo de representantes de los banqueros franceses y alemanes para negociar el nuevo empréstito de 500 millones de rublos, que el gobierno zarista necesita de modo apremiante. Pero es que el sistema de dependencia del gobierno respecto de la burguesía engendra inevitablemente casos de trapacería en todos los tratos y contratos en que se efectúa esa dependencia.

La autocracia necesita “reconciliarse” con la burguesía, y se ve forzada a intentarlo; consignemos que, naturalmente, quiere¹ engañar a la opinión pública de Europa y Rusia. Y la Duma de Estado es un medio estupendo para lograr ese fin. La oposición legal de la burguesía en la Duma es justamente esa exterioridad del régimen estatal aceptado por la burguesía que quizá podría aún ayudar a la autocracia a salvarse.

¹ * En el manuscrito decía: “quiere solo fingir que se ha reconciliado, lo que quiere es”, etc. — *Ed.*

Por eso se comprende que *Moskovskie Védomosti*^{xi}, ese órgano de la oposición conservadora al Gobierno, hable del boicot no con malquerencia ni con sarcasmo, sino con la furia de la desesperación, echando espumarajos por la boca. Por eso se comprende que el órgano de las centurias negras, *Nóvoe Vremia*^{xii}, arremeta contra los “abstencionistas” y trate de reclutar para combatir la idea del boicot incluso a Bebel (*Proletari*, núm. 20). *Las centurias negras temen el boicot*, y solo gente aquejada de ceguera o interesada en justificar a los liberales puede negar ahora que el éxito del boicot estaría plenamente asegurado si los delegados a los congresos de los zemstvos y las ciudades lo hubiesen apoyado.

Pero lo que pasa, justamente, es que la burguesía liberal, con todos sus raigales intereses de clase, se siente atraída hacia la monarquía, las dos cámaras, el orden, la moderación, la lucha contra los “horrores” de la “revolución continua”, contra los “horrores” de una revolución de modelo francés... El que la burguesía liberal, los partidarios de

Osvobozhdenie y los demócratas constitucionalistas hayan virado de las frases radicales sobre el boicot a una decidida guerra contra el boicot constituye el *primer* paso político importante de toda la burguesía de Rusia en tanto que clase, un paso que demuestra su naturaleza traicionera, sus “preparativos para el crimen” que se llama traicionar a la revolución. Y no son simples preparativos (que ninguna ley puede sancionar, como quizá nos objetara cualquier ingenioso abogado de los de *Osvobozhdenie*), sino un atentado e incluso un atentado consumado. Vivimos de prisa ahora. Ya quedan muy remotos aquellos tiempos (recientes, según la cronología habitual, no aplicable a las revoluciones) en que teníamos *necesidad de* despertar la conciencia política de la burguesía en general. Han pasado incluso los tiempos en que teníamos *necesidad de* ayudar a la burguesía a organizarse en oposición política. Ahora se ha despertado, se ha organizado, y en el orden del día figura un objetivo totalmente distinto, el gran objetivo que solo se ha tornado posible y real gracias a los pasos de siete leguas

de la revolución: el de concertarse con el zar (objetivo del capital) y el de neutralizar al capital traicionero (objetivo del trabajo).

El proletariado revolucionario que marcha a la cabeza del pueblo revolucionario ha asumido este objetivo, fiel a su deber: despertar, empujar, levantar a sus “vecinos” de lucha contra el medievalismo y la servidumbre, pasando en esta actuación de los vecinos menos revolucionarios a los más revolucionarios. Lo que el proletariado revolucionario dirigido por la socialdemocracia “ha tomado en serio” no es la Duma, sino aquellas palabras, promesas y consignas sobre el boicot a la Duma que se les escaparon a los hablan-chines radicales de la burguesía por ligereza, extremada juventud y vehemencia. El proletariado hizo realidad la frase sobre el boicot, la hizo al enarbolar abierta y decididamente la bandera de la insurrección armada; la hizo no solo al desplegar una agitación de enorme amplitud, sino también una lucha directa en las calles (en Moscú); la hizo al confraternizar con la juventud radical, el destacamento de vanguardia de una amplia masa popular,

particularmente campesina, aún no del todo definida en el sentido de clase, pero tremendamente oprimida y explotada. El proletariado socialista se ha unido, en la acción práctica, de combate, sin ningún acuerdo ni pacto, con los sectores de la democracia burguesa revolucionaria que han despertado. Durante las grandes jornadas de Moscú (grandes como presagio, no como acontecimiento aislado) el proletariado y los demócratas revolucionarios estuvieron dedicados a la lucha, mientras los liberales, la gente de *Osvobozhdenie* y los demócratas constitucionalistas estuvieron ocupados en negociar con la autocracia.

El agrupamiento político se ha perfilado: por la Duma para conservar la autocracia; por la Duma para limitar la autocracia; contra la Duma para aniquilar la autocracia. En otras palabras: por la Duma para sofocar la revolución; por la Duma para detener la revolución; contra la Duma para llevar hasta el fin la revolución triunfante.

La excepción, la triste y amarga excepción que rompe la integridad de un claro agrupa-

miento de clase (y que confirma la regla, como toda excepción) es el ala oportunista de la socialdemocracia representada por la nueva *Iskra*. Pero también en esta excepción, en la reducida esfera de las organizaciones ilegales en el extranjero, se ha manifestado una norma, muy importante y aleccionadora, que ya habíamos pronosticado. La conferencia mencionada antes unificó a la socialdemocracia revolucionaria. *Iskra* quedó *unida*, no por un pacto sino por la marcha de las cosas, a *Osvobozhdenie*. En la prensa clandestina se han pronunciado por el boicot activo los socialdemócratas revolucionarios y la extrema izquierda de la democracia burguesa revolucionaria. Contra el boicot se han pronunciado los socialdemócratas oportunistas y la extrema derecha de la democracia burguesa.

Se confirma así lo que probaba el análisis de la más importante resolución táctica de los neoiskristas (*Dos tácticas*, de Lenin), a saber: que *Iskra* desciende hasta los terratenientes liberales, y *Proletari* eleva hasta su nivel a la masa campesina; que *Iskra* des-

ciende hasta la burguesía liberal², y *Proletari* eleva a la pequeña burguesía revolucionaria³.

Quien está familiarizado con las publicaciones socialdemócratas conoce la frase que hizo circular *Iskra*: los bolcheviques y *Proletari* se han ladeado hacia los socialistas revolucionarios^{xiii}, hacia la democracia burguesa extrema. En esta frase, como en toda frase común, hay una parte de verdad. Expresa un fenómeno real, y no simplemente el fastidio de los iskristas, pero lo expresa como un espejo cóncavo refleja un objeto. Este fenómeno real es el *hecho* de que los mencheviques y los bolcheviques representan, respectivamente, el ala oportunista y el ala revolucionaria de la socialdemocracia de Rusia. Dado que los iskristas viraron hacia el oportunismo, era inevitable que llegaran a la conclusión de que decir bolchevique es decir “jacobino”^{xiv} (para emplear el lenguaje de las divisiones políticas del siglo XVIII). Estas acusaciones solo *confirman* nuestro concep-

² El manuscrito dice también “monárquica”. – *Ed.*

³ Después de la palabra “revolucionaria”, el manuscrito dice: ‘y republicana’. – *Ed.*

to sobre el ala derecha y el ala izquierda de la socialdemocracia contemporánea. Estas acusaciones por parte de los oportunistas *son halagadoras* para nosotros, como lo eran en 1900 las de *Rabóchaya Misl*^{xv} que nos incriminaba de ser partidarios de Voluntad del Pueblo^{xvi}. Ahora, el verdadero agrupamiento político de las tendencias políticas de toda Rusia en torno al importantísimo problema de la táctica ha demostrado en la práctica el acierto de nuestra apreciación de toda la posición iskrista a partir del II Congreso del POSDR^{xvii}.

De este modo, el agrupamiento de los partidos ilegales, culminado por la conferencia de todos los socialdemócratas, complementa de forma natural el agrupamiento de todos los partidos en el problema de la Duma. Y si los iskristas han tenido a ser la lamentable excepción, el hecho de que lo sean nos infunde nueva confianza en la validez de la regla, en la victoria de la socialdemocracia revolucionaria, en el cumplimiento de sus coherentes consignas por la revolución rusa. Y si en momentos de desánimo, la ramplonería

de los liberales y la degradación del marxismo por algunos marxistas parecen presagiar que nuestra revolución será ramplona, híbrida, inacabada, como la alemana de 1848, en cambio, la vitalidad de los principios de la socialdemocracia revolucionaria inspira una fe alentadora, sostenida por las acciones de la heroica clase obrera. La revolución provoca un excelente deslindamiento de las tendencias políticas y, también de modo excelente, lleva hasta el absurdo las opiniones equivocadas. La revolución en Rusia transcurre de un modo que justifica hasta ahora las esperanzas en su victoria total, inspiradas por la actual situación exterior e interior. Y cuando observamos la confusión de la autocracia, el desconcierto de los liberales y la animosa energía revolucionaria del proletariado, que arrastra consigo al campesinado, queremos creer que “nuestro tren marchará como no marchó el tren alemán”^{xviii}.

“Proletari”, núm. 23, 31 (18) de octubre de 1905. Se publica según el texto del periódico, cotejado con el manuscrito.

Notas al final - El primer balance del agrupamiento político

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i La *Conferencia de las Organizaciones Socialdemócratas de Rusia* se reunió en Riga, del 7 al 9 (20 al 22) de setiembre de 1905, convocada por el CC del POSDR para elaborar la táctica a seguir con relación a la Duma de Estado. Asistieron representantes del CC del POSDR, de la Comisión de Organización menchevique, del Bund, de la Socialdemocracia Letona, de la Socialdemocracia del Reino de Polonia y de Lituania y del Partido Revolucionario de Ucrania.

A pesar de las protestas de los mencheviques, la Conferencia aprobó la línea bolchevique del boicot activo a la Duma buliginiana y censuró la política menchevique de participación en la misma. Las resoluciones de la Conferencia señalaron la necesidad de utilizar la campaña electoral para desplegar una intensa agitación entre las masas populares, organizar mítines, intervenir en todas las asambleas electorales y denunciar el carácter y objetivos verdaderos de la Duma como burda falsificación de la representación popular con el propósito de consolidar el poder de la autocracia, quebrantado por el movimiento revolucionario.

En sus artículos *El primer balance del agolpamiento político* y *El histerismo de los derrotados* (véase el presente volumen, págs. 7-15 y 16-18), Lenin, al apreciar el significado de la Conferencia, refuta categóricamente a los mencheviques, que criticaron en *Iskra* las resoluciones aprobadas.

ii El *Bund (Unión General Obrera Judía de Lituania, Polonia y Rusia)* se fundó en 1897; agrupaba preferentemente a los elementos artesanos semiproletarios judíos de las regiones occidentales de Rusia. En el I Congreso del POSDR (1898) el Bund ingresó en el Partido “como organización autónoma, independiente solo en los asuntos específicos del proletariado judío”.

El Bund fue portador del nacionalismo y el separatismo en el movimiento obrero de Rusia.

El II Congreso del POSDR rechazó la exigencia del Bund de que se le reconociera único representante del proletariado judío, y el Bund abandonó el Partido. En 1906, de acuerdo con la decisión del IV Congreso (de Unificación) del Partido, el Bund reingresó en el POSDR.

En el seno del POSDR los bundistas apoyaron constantemente al ala oportunista del Partido (“economistas”, mencheviques, liquidadores) y lucharon contra los bolcheviques y el bolchevismo. Después de la Revolución Socialista de Octubre, el Bund se pasó al lado de los enemigos del Poder soviético. En 1921, el Bund se autodisolvió.

iii El *Partido Obrero Socialdemócrata Letón* se fundó en junio de 1904, en su I Congreso. El II Congreso del POSDL (junio de 1905) aprobó el programa de este partido y una resolución sobre la necesidad de unirse al POSDR. En 1905 dirigió las acciones revolucionarias de los obreros y preparó a las masas para la insurrección armada. En el IV Congreso (de Unificación) del POSDR (1906) se incorporó al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia como

organización territorial. Después del Congreso empezó a llamarse Socialdemocracia del País Letón.

iv *Socialdemocracia del Reino de Polonia y de Lituania (SDRPL)*: partido revolucionario de la clase obrera polaca. Surgió en 1893, primero, como Socialdemocracia del Reino de Polonia; desde agosto de 1900, después del congreso de las organizaciones socialdemócratas del Reino de Polonia y de Lituania, en el que se fusionaron los socialdemócratas polacos y una parte de los lituanos, cambió su nombre por el de Socialdemocracia del Reino de Polonia y de Lituania (SDRPL). En diciembre de 1918, la SDRPL y el Partido Socialista Polaco (PSP)-"lewica" se unieron y formaron el Partido Obrero Comunista de Polonia.

v Partido Revolucionario de Ucrania (PRU): organización nacionalista pequeño-burguesa, fundada a comienzos de 1900. Apoyó la consigna principal de la burguesía ucraniana: "autonomía" de Ucrania. En diciembre de 1905 adoptó el nombre de Partido Obrero Socialdemócrata de Ucrania (POSUD) y resolvió unirse al POSDR sobre bases federativas a condición de que se lo reconociera "único representante del proletariado ucraniano" en el POSDR. El IV Congreso (de Unificación) del POSDR declinó la propuesta del representante del POSUD acerca del inmediato debate de las condiciones para la fusión y encomendó al CC del POSDR la solución del problema. Debido al carácter nacionalista pequeñoburgués del POSUD, no se llegó a un acuerdo de unificación.

vi *Iskra* (La Chispa): primer periódico marxista clandestino de toda Rusia, fundado por Lenin en 1900; desempeñó

un papel decisivo en la creación del partido marxista revolucionario de la clase obrera de Rusia. El primer número de la *Iskra* leninista apareció en diciembre de 1900 en Leipzig; los siguientes en Munich; desde julio de 1902 en Londres, y desde la primavera de 1903 en Ginebra. Lenin ejercía prácticamente las funciones de redactor jefe y director de *Iskra*, escribía artículos sobre todos los problemas fundamentales de la formación del Partido y la lucha de clase del proletariado de Rusia. *Iskra* se convirtió en el centro de unificación de las fuerzas del Partido, de reunión y educación de sus cuadros.

A iniciativa de Lenin y con su participación directa, la Redacción de *Iskra* elaboró el proyecto de programa del Partido (publicado en el núm. 21) y preparó el II Congreso del POSDR. En una resolución especial, el Congreso señaló el papel excepcional de *Iskra* en la lucha por el Partido y la proclamó Órgano Central.

Poco después del II Congreso del Partido, los mencheviques, apoyados por Plejánov, se apoderaron de *Iskra* y la transformaron en órgano de lucha contra el marxismo y el Partido, en tribuna para difundir el oportunismo. A partir del núm. 52, *Iskra* dejó de ser órgano del marxismo revolucionario. Los propios mencheviques reconocían que “entre la *vieja* y la *nueva Iskra* media un abismo”.

Aquí se trata de la nueva *Iskra*, menchevique.

Mencheviques: corriente oportunista en la socialdemocracia de Rusia. En el II Congreso del POSDR (1903), al elegirse los organismos centrales, los

socialdemócratas revolucionarios encabezados por Lenin lograron la mayoría (“bolshinstvó” en ruso), y los oportunistas quedaron en minoría (“menshinstvó”). Ese es el origen de las denominaciones “bolcheviques” (mayoritarios) y “mencheviques” (minoritarios).

Durante la revolución de 1905-1907 los mencheviques se pronunciaron contra la hegemonía de la clase obrera en la revolución y contra la alianza de la clase obrera con el campesinado, y exigieron que se concertase un acuerdo con la burguesía liberal, la cual, según ellos, debía dirigir la revolución. En los años de reacción que siguieron a la derrota de la revolución de 1905-1907, la mayoría de los mencheviques se hicieron liquidadores. Después de la victoria de la Revolución Democrática Burguesa de febrero de 1917, los mencheviques formaron parte del Gobierno Provisional burgués, apoyaron su política imperialista y lucharon contra la revolución socialista que se preparaba. Al triunfar la Revolución Socialista de Octubre (1917), los mencheviques se convirtieron en un partido francamente contrarrevolucionario, organizador y participante de complots y levantamientos encaminados a derrocar el Poder soviético.

vii *Neoiskristas*: mencheviques, partidarios de la nueva *Iskra*. La *Conferencia Constituyente de los mencheviques del Sur* se reunió en Kiev en agosto de 1905. Asistieron 12 delegados de los grupos y comités mencheviques. Aprobó resoluciones sobre los siguientes problemas: unificación de ambos sectores del Partido, la Duma de Estado, composición de la Redacción de *Iskra*, representación del POSDR en el Buró Socialista Internacional, Estatutos

de Organización, etcétera. En sus artículos *Nueva conferencia menchevique* y *La última palabra de la táctica "iskrista" o farsa electoral como nuevo incentivo para la insurrección* (véase *Obras Completas*, t. 11, pp. 318-319, 370-389), Lenin criticó duramente las resoluciones de la Conferencia. Al referirse a la resolución sobre la Duma de Estado, señaló que "quedará por mucho tiempo como un triste monumento a la vulgarización de las tareas de la socialdemocracia" (*O.C.* t. 11, p. 384).

viii Los miembros de los zemstvos.

Zemstvo: la llamada administración autónoma local encabezada por la nobleza, implantada en 1864, en las provincias centrales de la Rusia zarista. Las atribuciones del zemstvo se circunscribían a los asuntos económicos puramente locales (construcción de hospitales y carreteras, estadística, seguros, etc.). Controlaban su actividad los gobernadores y el ministro del Interior, los cuales podían invalidar cualquier decisión indeseable para el gobierno.

ix El 6 (19) de agosto de 1905 se publicaron el manifiesto del zar, la ley sobre la institución de la Duma de Estado y el reglamento de las elecciones a la misma. Recibió la denominación de Duma *buliguiniana*, por haber sido A. G. Buliguin, ministro del Interior, a quien el zar encargó redactar el proyecto. El derecho a elegir solo se concedía a los terratenientes, los capitalistas y un número reducido de campesinos propietarios de haciendas. De los 412 escaños establecidos por la ley, solo 51 se otorgaban a los campesinos. La mayoría de la población —obreros, campesinos pobres, braceros e intelectuales

democráticos— carecía de derechos electorales; tampoco podían participar en las elecciones las mujeres, los soldados, los estudiantes, los menores de 25 años y varias nacionalidades oprimidas de la Rusia zarista. La Duma de Estado no estaba facultada para promulgar leyes, únicamente podía discutir ciertos problemas como organismo consultivo adjunto al zar.

Los bolcheviques exhortaron a los obreros y campesinos a boicotear activamente la Duma bulguiniana, concentrando toda su campaña de agitación en las consignas de insurrección armada, ejército revolucionario y gobierno revolucionario provisional. Los mencheviques consideraban posible participar en las elecciones a la Duma y propugnaban la colaboración con la burguesía liberal.

Los bolcheviques aprovecharon la campaña de boicot a la Duma bulguiniana para movilizar todas las fuerzas revolucionarias, organizar huelgas políticas de masas y preparar la insurrección armada. Las elecciones a la Duma no se llevaron a cabo y el Gobierno no logró convocarla: la barrieron el creciente ascenso de la revolución y la huelga política general de toda Rusia, que tuvo lugar en octubre de 1905.

x *Centurias negras*: bandas monárquicas organizadas por la policía zarista para luchar contra el movimiento revolucionario. Las centurias negras asesinaban a revolucionarios, agredían a intelectuales progresistas y perpetraban pogromos antisemitas.

xi *Moskovskie Védomosti* (Anales de Moscú): uno de los periódicos rusos más antiguos. Empezó a editarlo la

Universidad de Moscú en 1756. De 1863 a 1887, el periódico pasó a ser portavoz monárquico-nacionalista, que propagaba las ideas de los sectores más reaccionarios de los terratenientes y del clero. A partir de 1905 fue uno de los órganos principales de las centurias negras. Apareció hasta la Revolución Socialista de Octubre (1917).

xii *Nóvoe Vremia* (Tiempo Nuevo): diario editado en Petersburgo desde 1868; perteneció a distintos editores, cambiando repetidas veces de orientación política. Al principio era liberal moderado, pero desde 1876 se transformó en órgano de los círculos reaccionarios de la nobleza y de la burocracia. A partir de 1905 se convirtió en portavoz de las centurias negras. El 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917 fue clausurado por el Comité Militar Revolucionario adjunto al Soviet de Petrogrado.

xiii *Socialistas revolucionarios (eseristas)*: partido pequeñoburgués de Rusia surgido entre fines de 1901 y comienzos de 1902 como resultado de la unificación de diversos círculos y grupos populistas. Los eseristas se autodenominaban socialistas, pero sus ideas nada tenían de común con el socialismo científico, el marxismo. Era un socialismo utópico, pequeñoburgués.

Los eseristas no veían las diferencias de clase entre el proletariado y el campesinado, velaban la diferenciación de clase y las contradicciones en el seno del campesinado, rechazaban el papel dirigente del proletariado en la revolución. La táctica del terror individual que propugnaban los eseristas como método fundamental de lucha contra la autocracia causaba grave daño al

movimiento revolucionario y dificultaba la organización de las masas para la lucha revolucionaria.

El programa agrario de los eseristas estipulaba la abolición de la propiedad privada de la tierra y su entrega a las comunidades en usufructo igualitario, así como el desarrollo de toda clase de cooperativas. En este programa, que los socialistas revolucionarios trataban de presentar como un programa de “socialización de la tierra”, no había nada de socialista, por cuanto la abolición de la propiedad privada de la tierra exclusivamente no puede, como demostró Lenin, acabar con el dominio del capital y la miseria de las masas. El contenido históricamente progresista, real, del programa agrario de los eseristas consistía en la lucha por suprimir la propiedad agraria de los terratenientes; esta reivindicación expresaba objetivamente los intereses y las aspiraciones del campesinado en el período de la revolución democrática burguesa.

La heterogeneidad clasista del campesinado determinó, en definitiva, la inestabilidad político-ideológica y la dispersión orgánica del partido eserista, sus incesantes vacilaciones entre la burguesía liberal y el proletariado.

Derrotada la revolución de 1905-1907, una gran parte de los eseristas y la dirigencia del partido empezaron a adoptar las posiciones del liberalismo burgués.

Después de la victoria de la Revolución Democrática Burguesa de febrero de 1917, los líderes de los eseristas formaron parte del Gobierno Provisional burgués, siguieron una política encaminada a aplastar el movimiento

campesino y apoyaron sin reservas a la burguesía y los terratenientes en su lucha contra la clase obrera que preparaba la revolución socialista.

Triunfante la Revolución Socialista de Octubre, los eseristas participaron en la lucha armada de la contrarrevolución terrateniente y burguesa contra el pueblo soviético.

xiv *Jacobinos*: grupo político de la burguesía durante la revolución burguesa en Francia de fines del siglo XVIII; representantes del ala izquierda de la burguesía francesa que defendían con decisión y consecuencia la necesidad de acabar con el absolutismo y el feudalismo.

xv *Rabóchaya Misl* (El Pensamiento Obrero): periódico de los “economistas” (oportunistas rusos), editado desde octubre de 1897 hasta diciembre de 1902, primero en Rusia y luego en el extranjero.

xvi *Adeptos de Voluntad del Pueblo*: miembros de Voluntad del Pueblo, organización revolucionaria secreta de los populistas, creada en agosto de 1879 como resultado de la escisión de la organización populista Tierra y Libertad. Los adeptos de Voluntad del Pueblo consideraban como tarea inmediata el derrocamiento de la autocracia y la instauración de una república democrática. En la historia del populismo fueron los primeros en plantear la necesidad de la lucha política, pero la redujeron a la conspiración y el terror individual. Organizaron varios atentados contra funcionarios zaristas y el 1 de marzo de 1881 dieron muerte al zar Alejandro II. Los organizadores del atentado fueron ejecutados, luego siguieron varios procesos. Poco después, la organización fue destruida. Sus

erróneas teoría y táctica y la ausencia de amplios nexos con las masas populares determinaron el fracaso de esta organización, a pesar del heroísmo y espíritu de sacrificio de sus adeptos.

xvii El *II Congreso del POSDR* se celebró del 17 (30) de julio al 10 (23) de agosto de 1903. Fue preparado por la vieja *Iskra* que, bajo la dirección de Lenin, realizó una ingente labor para cohesionar a los socialdemócratas de Rusia sobre la base de los principios del marxismo revolucionario. Las cuestiones más importantes tratadas en el Congreso fueron la aprobación del Programa y los Estatutos del POSDR y la elección de los organismos centrales del Partido. Lenin y sus partidarios desplegaron en el Congreso una lucha enérgica contra los oportunistas. En el Congreso se produjo la escisión entre los partidarios firmes de la tendencia iskrista, leninista, y los partidarios de Mártov, “iskristas blandos”. Los defensores de la corriente leninista lograron mayoría al elegirse los organismos centrales del Partido y empezaron a llamarse bolcheviques (mayoritarios), y los oportunistas, que quedaron en minoría, mencheviques (minoritarios). El Congreso tuvo inmensa importancia en el desarrollo del movimiento obrero de Rusia. Acabó con el espíritu artesanal y la dispersión del movimiento socialdemócrata en los círculos y colocó los cimientos del partido marxista revolucionario de Rusia, el Partido Bolchevique. Cuando Lenin habla de la “posición iskrista”, se refiere a la de la nueva *Iskra*, menchevique.

xviii Lenin cita unas palabras de la poesía *En un vagón del ferrocarril prusiano*, de N. Dobroliúbov, escritor ruso.

La primera victoria de la revolución

Ginebra, 1 de noviembre (19 de octubre). El lunes, avanzada la noche, el telégrafo comunicaba a Europa la noticia del manifiesto zarista del 17 de octubre. “El pueblo ha vencido. El zar ha capitulado. La autocracia ha dejado de existir”, comunicaba el corresponsal del *Times*. De otra manera se expresaban lejanos amigos de la revolución rusa, que desde Baltimore (América del Norte) enviaron un telegrama a *Proletari*: “Felicitaciones por la primera gran victoria de la revolución rusa”.

Esta última apreciación de los acontecimientos es, sin lugar a dudas, mucho más exacta. Tenemos todas las razones para sentirnos jubilosos. La concesión del zar es en verdad una grandiosa victoria de la revolución, pero una victoria que está muy lejos de decidir la suerte de la libertad. El zar no ha capitulado aún, ni mucho menos. No ha dejado de existir todavía la autocracia. Esta solo ha retrocedido, dejando el campo de batalla en poder del enemigo; ha retrocedido

tras un combate de extraordinaria gravedad, pero dista mucho de estar derrotada, todavía reagrupa sus fuerzas, y al pueblo revolucionario le quedan por resolver muchos y muy importantes problemas de combate para conducir la revolución a una victoria efectiva y total.

El 17 de octubre quedará en la historia cómo una de las grandes jornadas de la revolución rusa. Una huelga de todo el pueblo, sin precedentes en el mundo, llegó a su apogeo. La poderosa mano del proletariado, que se alzó en todos los confines de Rusia en un impulso de heroica solidaridad, detenía toda la vida industrial, comercial y pública. El país permanecía en suspenso ante la tempestad. Ya de una, ya de otra gran ciudad llegaban noticias, a cuál más alarmante. Las tropas vacilaban. El gobierno se abstenía de reprimir, los revolucionarios no iniciaban aún ataques abiertos serios, pero la insurrección irrumpía con fuerza espontánea en todas partes.

Y en el último momento el gobierno zarista cede, pues comprende que el estallido

es inevitable, que en ningún caso está en condiciones ya de lograr una victoria completa, mientras tiene muchas probabilidades de sufrir una derrota total. “Primero habrá derramamiento de sangre; luego, Constitución”, comunican que ha declarado Trépov. No cabía ya duda alguna de que la Constitución era inevitable, aun en el caso de que la insurrección fuese sofocada. Y el gobierno calculó que era mejor no arriesgarse a producir un derramamiento general de sangre, pues si el pueblo vencía el poder zarista sería totalmente barrido.

No conocemos más que una mínima parte de las informaciones que el lunes 17 de octubre obraban en poder del gobierno, y que le obligaron a eludir un combate a la desesperada y a ceder. Las autoridades locales y centrales no han regateado esfuerzos para detener o cercenar las noticias sobre el amenazante crecimiento de la insurrección. Pero incluso las informaciones escasas, ocasionales y cercenadas que han logrado penetrar en la prensa europea no dejaban lugar a dudas acerca de que se trataba de una insurrección en toda

regla, una insurrección capaz de infundir un terror mortal al zar y a sus ministros.

Las fuerzas del zarismo y de la revolución se han equilibrado, escribíamos hace una semana, fundándonos en las primeras noticias sobre la huelga política de toda Rusia. El zarismo no tiene ya fuerzas para aplastar a la revolución. La revolución no tiene todavía fuerzas para acabar con el zarismo. Pero con ese equilibrio de fuerzas toda demora significaba un grandioso peligro para el zarismo, pues provocaba irremediablemente vacilaciones en el ejército.

La insurrección arreciaba. La sangre corría ya en todos los confines de Rusia. El pueblo se batía en las barricadas desde Revel hasta Odesa, desde Polonia hasta Siberia. Las tropas vencían en pequeños choques aislados, pero al mismo tiempo comenzaban a llegar noticias sobre un fenómeno nuevo, jamás visto hasta ahora, que atestiguaba claramente la impotencia *militar* de la autocracia. Eran noticias sobre *negociaciones* entre las tropas zaristas y el pueblo sublevado (Jarkov), noticias acerca de que las tropas *se retiraban*

de las ciudades (Jarkov, Revel) como *único* medio para restablecer la tranquilidad. Negociaciones con el pueblo sublevado, retirada de tropas: era el principio del fin. Esto demuestra mejor que cualquier razonamiento que las autoridades militares se sentían inseguras a más no poder. Esto demuestra que el descontento entre las tropas ha alcanzado proporciones pavorosas. Noticias y rumores aislados han llegado también a la prensa extranjera. En Kíev han sido arrestados soldados por negarse a disparar. Hay casos semejantes en Polonia. En Odesa, la infantería es retenida en los acuartelamientos por temor a sacarla a la calle. En Petersburgo comenzaba una patente efervescencia en la marina, y había noticias sobre una total desconfianza en la guardia. En cuanto a la flota del mar Negro, hasta estos momentos no hay posibilidad de conocer la verdad. Ya el 17 de octubre, los telegramas comunicaban que persistían tenazmente los rumores sobre una nueva sedición de esa flota y que las autoridades estaban interceptando los telegramas y recurrían a todos los medios para impedir

la difusión de noticias acerca de los acontecimientos.

Si confrontamos estas informaciones fragmentarias, es forzoso extraer la conclusión de que, aun desde el punto de vista puramente militar, la autocracia se hallaba en una situación desesperada. Todavía lograba sofocar algún estallido parcial, sus tropas aún se apoderaban de una u otra barricada, pero esas colisiones parciales no hacían más que inflamar las pasiones, acrecentar la revuelta, acercar el momento de una explosión general más fuerte, y eso es lo que temía el gobierno, que ya no confiaba en sus tropas.

El enemigo no ha aceptado un combate a fondo. El enemigo ha retrocedido dejando el campo de batalla en poder del pueblo revolucionario; ha retrocedido a posiciones nuevas que le parecen mejor fortificadas y en las que espera reunir efectivos más seguros, cohesionarlos, infundirles ánimos y elegir un momento mejor para desencadenar su ataque.

Toda una serie de opiniones, relativamente “imparciales”, de la prensa burguesa euro-

pea confirma esta apreciación de la grandiosa jornada del 17 de octubre.

Por una parte, la burguesía europea respira tranquila. El manifiesto del zar promete una Constitución inmediata: la Duma tendrá derechos legislativos, ninguna ley podrá entrar en vigor sin la aprobación de los representantes del pueblo; se responsabiliza a los ministros, se conceden las libertades cívicas, la inviolabilidad de la persona, la libertad de conciencia, de expresión, de reunión y de asociación. Y la bolsa se apresura a expresar más confianza en las finanzas rusas. Sube la cotización de los valores rusos, que en los últimos días estaban en baja. Los banqueros extranjeros, que habían huido del Petersburgo revolucionario, prometen regresar dentro de dos semanas. La Constitución le parece a la burguesía europea una garantía de pequeñas concesiones “pacíficas” que podrán satisfacer plenamente a las clases poseedoras y, al propio tiempo, no permitirán al proletariado revolucionario adquirir “excesiva” libertad.

Pero, por otra parte, hasta los burgueses liberales no pueden dejar de advertir que el

manifiesto del zar contiene tan solo palabras y promesas. ¿Quién va a creer ahora nada más que en promesas? ¿No son una burla todas esas frases sobre la inviolabilidad de la persona y la libertad de expresión, cuando los llamados delincuentes políticos todavía colman las cárceles, cuando aún se mantiene la censura? ¿Quiénes son los que van a poner en cumplimiento las promesas del zar? ¿El ministerio de Witte, que incluye, según rumores, a Kuzmín-Karaváev, Kósich y Koni? Eso ni siquiera sería un ministerio de la burguesía liberal. Eso no pasaría de ser un ministerio de la *burocracia* liberal, tantas veces derrotada por la camarilla reaccionaria de la corte. ¿Acaso el pueblo ha vertido su sangre en las luchas por la libertad para fiarse de los burócratas liberales, que salen del paso con palabras y promesas?

No, el zarismo no ha capitulado aún, ni mucho menos. La autocracia está lejos de haber caído. Al proletariado revolucionario le espera una serie de grandes combates, y la primera victoria le ayudará a unir sus fuerzas y a reclutar nuevos aliados.

“El propio éxito de la libertad –escribía el corresponsal del *Times* el día de la publicación del manifiesto– solo estimulará a los elementos reaccionarios a emprender nuevas acciones, y mientras el ejército permanezca al mando de sus antiguos jefes, Rusia no puede estar a salvo de un *pronunciamiento*¹”. “Aún está por ver si esa concesión forzada del gobierno, otorgada en el momento culminante de la ascensión revolucionaria no servirá de señal para un nuevo esfuerzo a la revolución”. «no se sabe si la burocracia ha sido desalojada de su ciudadela o si solamente ha retrocedido de sus posiciones de avanzada», dicen los optimistas burgueses, aunque los hechos muestran claramente que la “ciudadela” de la autocracia todavía conserva toda su fuerza.

Lo que más inquieta a los burgueses moderados es el carácter forzado de la concesión. *Le Temps*ⁱ, órgano de la clase potentada predominante francesa, estaba tremendamente indignado por la “anarquía” y vertía injurias y calumnias contra los organizadores y parti-

1* En español en el original. – Ed.

cipantes de la huelga política de toda Rusia. Ahora, satisfecho con las promesas constitucionalistas del zar, comenta con inquietud: “En vez de proceder por iniciativa propia, el zar simplemente ha firmado las ‘prescripciones’ de la oposición liberal. Es ése un mal método que confiere a las reformas consecuentes un carácter forzado, el carácter de algo incompleto, súbito. Un método que coloca al gobierno en contradicción consigo mismo y otorga un premio a la compulsión. Desgraciadamente, está por demás claro” que las Cosas habían llegado, en efecto, demasiado lejos y qué no había otra salida del atolladero a que había sido llevado el gobierno. Olvidemos, pues, lo más pronto posible el carácter de esta capitulación, una capitulación no solo ante los constitucionalistas, hombres moderados a los que se hubiera debido escuchar, ante todo, sino una capitulación ante la huelga, ante la revolución”.

¡No, señores burgueses, los obreros jamás olvidarán el carácter forzado de la capitulación del zar! Los obreros jamás olvidarán que solo gracias a la fuerza, a la

fuerza de su organización, de su unanimidad, de su heroísmo de masas han arrancado al zarismo el reconocimiento de la libertad sobre el papel, en el manifiesto, y se lo arrancarán también en la práctica.

Hemos dicho antes que el enemigo ha retrocedido dejando el campo de batalla en poder del proletariado revolucionario. Debemos añadir ahora: se continúa persiguiendo con energía al enemigo que retrocede. El lunes 17 de octubre se hizo público el manifiesto del zar. El martes 18 apareció, según informa la agencia Wolf, un manifiesto del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusiaⁱⁱ, editado en Petersburgo en una enorme cantidad de ejemplares. En él se declara que la publicación del manifiesto del zar no interrumpe en absoluto la lucha del proletariado. La táctica del proletariado debe consistir en utilizar los derechos concedidos bajo la presión de sus golpes, en organizar asambleas de obreros para tomar un acuerdo referente a la continuación de la huelga, en organizar una milicia para preservar los derechos revo-

lucionarios², en exigir una amnistía total. Los oradores socialdemócratas de las asambleas del pueblo insisten en la convocatoria de una asamblea constituyente. El Comité de huelgaⁱⁱⁱ según los telegramas, exige la amnistía y convocatoria inmediata de una asamblea constituyente emanada del sufragio universal y directo.

El instinto revolucionario ha sugerido en seguida a los obreros de Petersburgo la consigna exacta: seguir luchando con energía, utilizar las nuevas posiciones conquistadas para seguir presionando, para aniquilar verdaderamente a la autocracia. Y la lucha continúa. Las asambleas son cada vez más frecuentes y numerosas. La alegría y el legítimo orgullo que suscita la primera victoria no impiden una nueva organización de fuerzas para llevar la revolución hasta el fin. Su éxito depende de la conquista para la libertad de sectores del pueblo todavía más amplios, de que se les instruya y organice. La clase obrera ha demostrado su poderío gigantesco en la huelga

² En el manuscrito dice “conquistados” en lugar de “revolucionarios”.

política de toda Rusia, pero todavía nos espera no poco trabajo entre las capas atrasadas del proletariado urbano. A la par que creamos la milicia obrera –el único baluarte seguro de la revolución–, a la par que nos preparamos para una nueva y aún más decidida lucha y sostenemos nuestras viejas consignas, debemos prestar particular atención al ejército. La concesión forzada del zar debe haber provocado más vacilaciones aún en sus filas y, en estos momentos, además de esforzarnos por atraer a los soldados a las reuniones obreras, además de intensificar la agitación en los cuarteles, de multiplicar los contactos con los oficiales, debemos crear, juntamente con un ejército revolucionario de obreros, cuadros de revolucionarios conscientes también en el ejército, que si aún ayer era un ejército exclusivamente zarista, ahora se encuentra en vísperas de transformarse en un ejército del pueblo.

El proletariado revolucionario ha logrado neutralizar a las tropas, las ha paralizado en las grandes jornadas de la huelga general. Ahora debe lograr que las tropas se pasen totalmente al pueblo.

El proletariado revolucionario ha llevado la revolución urbana a su primera gran victoria. Ahora debe ampliar y ahondar la base de la revolución, extendiéndola al campo. La tarea inmediata de la socialdemocracia de Rusia consiste en elevar a los campesinos hasta la defensa consciente de la libertad, exigir medidas de la mayor eficacia en favor de los campesinos, preparar el movimiento campesino que, ligado al proletariado urbano de vanguardia, deberá acabar con la autocracia, conquistar una libertad total y verdadera.

El éxito de la revolución depende de la magnitud de las masas proletarias y campesinas que se alcen para defenderla y llevarla hasta el fin. La guerra revolucionaria se diferencia de las demás guerras en que extrae su principal reserva del campamento de los que ayer eran aliados de su enemigo, de entre los que ayer eran partidarios del zarismo o gentes que lo seguían ciegamente. Y el éxito de la huelga política de toda Rusia dirá más a la mente y al corazón del mujik que las confusas palabras de no importa qué manifiestos y leyes.

Cuando la revolución rusa apenas comenzaba a desarrollarse, los burgueses liberales ocupaban todo el escenario político, como ocurría hace un año.

Con la acción de la clase obrera urbana el 9 de enero^{iv}, la revolución se ha puesto en pie.

La revolución ha logrado su primera victoria cuando el proletariado de todos los pueblos de Rusia se ha puesto en pie como un solo hombre y ha hecho tambalear el trono del zar, que tantas desgracias ha causado a esos pueblos y sobre todo a sus clases trabajadoras.

La revolución acabará con el enemigo y borraré de la faz de la tierra el trono del zar sanguinario cuando los obreros se alcen una vez más y lleven tras sí también al campesinado.

Y para más adelante, para más adelante la revolución rusa cuenta aún con otras reservas. Han pasado los tiempos en que los pueblos y Estados podían vivir aislados unos de otros. Observen: Europa se agita ya. Su burguesía está turbada y dispuesta a entregar millones y miles de millones con tal de atajar

el incendio de Rusia. Los gobernantes de las potencias militares europeas ya piensan en prestar ayuda militar al zar. Guillermo ha enviado ya varios cruceros y dos divisiones de torpederos para establecer relaciones directas de los militarotes alemanes con Peterhof. La contrarrevolución europea tiende la mano a la contrarrevolución rusa.

¡Inténtelo, inténtelo, ciudadano Hohenzollern! Nosotros también tenemos la reserva europea de la revolución rusa. Es el proletariado socialista internacional, la socialdemocracia revolucionaria internacional. Los obreros de todo el mundo saludan con desbordante entusiasmo la victoria de los obreros rusos y, conscientes de la estrecha relación entre los destacamentos del ejército internacional del socialismo, ellos mismos se preparan para una lucha grandiosa y decisiva.

¡Obreros y campesinos de Rusia: no estáis solos! Si lográis derribar, rematar y aniquilar a los tiranos de la Rusia feudal, policíaca, terrateniente y zarista, vuestra victoria será la señal de una lucha contra la tiranía del

capital en todo el mundo, de una lucha por la emancipación total, no solo política sino también económica, de los trabajadores, de una lucha por liberar a la humanidad de la miseria y por hacer realidad el socialismo.

*“Proletari”, núm. 24, 7 de noviembre
(25 de octubre) de 1905.*

Se publica según el texto del periódico, cotejado con el manuscrito.

Notas al final - La primera victoria de la revolución

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i Le Temps (El Tiempo): diario conservador editado en París desde 1861 hasta 1942. Expresaba los intereses de los círculos gobernantes de Francia y de hecho era el portavoz oficial del Ministerio de Negocios Extranjeros.

ii Se alude al llamamiento del Comité Central del POSDR ¡Al pueblo ruso!, con motivo del manifiesto del zar del 17 de octubre de 1905.

iii Se trata del Soviet de diputados obreros de Petersburgo, surgido como comité unificado de huelga en las jornadas de la huelga política de octubre de toda Rusia. El 13 (26) de octubre los obreros de Petersburgo eligieron en las fábricas a sus diputados al Soviet para que dirigieran la huelga. El 17 (30) de octubre, cuando se eligió el Comité Ejecutivo provisional, el Soviet tomó forma orgánica.

Los primeros Soviets aparecieron sobre la base del movimiento huelguístico, antes de la huelga general de octubre. Poco antes, de la insurrección armada de diciembre se creó el Soviet de diputados obreros de Moscú. Surgieron Soviets en Kiev, Jarkov y muchas otras ciudades de Rusia.

Sin contar con las instituciones del gobierno zarista, los Soviets promulgaban sus edictos, disposiciones y órdenes,

implantaban por vía expeditiva la jornada de ocho horas y las libertades democráticas. El Soviet de Moscú fue el órgano de la insurrección armada en diciembre de 1905; los Soviets de Krasnoyarsk y Novorossiisk tomaron el poder. Lenin consideraba los Soviets como organizaciones políticas de masas de la clase obrera, como órganos de la insurrección y embriones del nuevo poder revolucionario. Los Soviets de 1905, grandiosa conquista histórica de la clase obrera, fueron el arquetipo del Poder Soviético establecido en 1917.

iv *El 9 de enero de 1905* fue ametrallada por orden del zar una manifestación pacífica de obreros de Petersburgo que se dirigía al Palacio de Invierno para entregar una petición al zar. El salvaje ametrallamiento de obreros inermes provocó en toda Rusia grandes huelgas políticas y manifestaciones. Los acontecimientos del 9 de enero, llamado el Domingo Sangriento, dieron inicio a la revolución de 1905-1907.

Nikolai ernestovich bauman

Hoy, 3 de noviembre del nuevo calendario, el telégrafo nos trae la noticia de que las tropas del zar han asesinado en Moscú a N. E. Bauman, médico veterinario, militante del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Ante su féretro se ha producido una manifestación, en el transcurso de la cual, su viuda, también perteneciente a nuestro Partido, ha dirigido la palabra al pueblo y ha hecho un llamamiento a emprender la insurrección armada. No podemos exponer en estos momentos una biografía detallada del camarada caído. Señalaremos por ahora solo lo principal. Nikolái Ernéstovich Bauman inició sus actividades en la organización socialdemócrata de Petersburgo, en los años 90. Fue detenido, pasó veintidós meses en la fortaleza de Pedro y Pablo, para ser deportado después a la provincia de Viatka. Se evadió del confinamiento al extranjero, donde participó en 1900, desde el comienzo, en la organización de *Iskra*ⁱ, siendo uno de los principales diri-

gentes prácticos. En múltiples ocasiones viajó clandestinamente a Rusia. En febrero de 1902 fue detenido en Vorónezh (lo denunció un médico), encausado por la organización de *Iskra*, y recluido en la prisión de Kíev. En agosto de 1902 se fugó con otros diez compañeros socialdemócratas. Fue delegado por el Comité de Moscú del POSDR al II Congreso del Partido (con el seudónimo de Sorokin). Participó en el II Congreso de la Ligaⁱⁱ (con el seudónimo de Sarafski). Luego fue miembro de ese mismo Comité de Moscú del Partido. Detenido el 19 de junio de 1904, estaba preso en la cárcel de Taganka. Posiblemente había sido puesto en libertad hace tan solo unos días.

¡Memoria eterna al luchador en las filas del proletariado socialdemócrata de Rusia!
¡Memoria eterna al revolucionario caído en los primeros días de la revolución victoriosa!
¡Que los honores rendidos ante sus restos por el pueblo sublevado sean la prenda de la victoria total de la insurrección y del completo aniquilamiento del maldito zarismo!

.....

El asesinato de N. E. Bauman demuestra claramente hasta qué punto tenían razón los oradores socialdemócratas en Petersburgo, que conceptuaban el manifiesto del 17 de octubre de trampa y la conducta del gobierno, después del manifiesto, de provocación. ¿Qué valen todas esas libertades prometidas, mientras el poder y las fuerzas armadas permanezcan en manos del gobierno? ¿No es en realidad una trampa esa “amnistía” por cuyo mecanismo los presos que salen de la cárcel son cazados a tiros por los cosacos en la calle?

*“Proletari”, núm. 24, 7 de noviembre
(25 de octubre) de 1905.*

Se publica según el texto del periódico, cotejado con el manuscrito.

Notas al final - Nikolai ernestovich bauman

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i En varias ciudades de Rusia (Petersburgo, Moscú, Samara y otras) se formaron grupos y comités del POSDR de tendencia iskrista leninista. En el congreso de los iskristas, celebrado en Samara en enero de 1902, se fundó la organización rusa de "Iskra". Las organizaciones iskristas surgían y actuaban bajo la dirección inmediata de N. E. Bauman, I. V. Bábushkin, S. I. Gúsev, M. I. Kalinin, P. A. Krásikov y otros, todos ellos compañeros de lucha de Lenin.

ii El II Congreso de la Liga de la Socialdemocracia Revolucionaria Rusa en el Extranjero se celebró en Ginebra del 13 al 18 (26 al 31) de octubre de 1903. Se convocó a petición de los mencheviques, que querían contraponerlo al II Congreso del POSDR.

El punto principal del orden del día fue el informe de Lenin, delegado de la Liga en el Congreso del Partido. Lenin expuso el trabajo del II Congreso del POSDR, denunció el oportunismo de los mencheviques y demostró la falta de principios de su conducta en el Congreso. La oposición, valiéndose de su mayoría en el Congreso de la Liga, decidió que MártoV hablara, como coinformante, después de Lenin. MártoV defendió el comportamiento de los mencheviques en el II Congreso del POSDR y calumnió a los bolcheviques. Al ver que era imposible e inútil continuar polemizando con la oposición, Lenin y sus partidarios abandonaron el Congreso y se negaron a participar en los sucesivos debates de ese problema.

La mayoría menchevique del Congreso se pronunció contra la posición de Lenin en las cuestiones de organización y exhortó a librar una lucha sistemática contra los bolcheviques. Después de este Congreso, los mencheviques convirtieron la Liga en baluarte de lucha contra el Partido.

Últimas noticias

Ginebra, 4 de noviembre (22 de octubre).

Al manifiesto “constitucionalista” de Nicolás el Sanguinario han seguido incontables asesinatos, organizados por Trépov y su banda. La bestialidad de los cosacos, los pogromos contra los judíos, el exterminio a tiro limpio en las calles de políticos recién “amnistiados”, los atracos organizados por las centurias negras con la colaboración de la policía: se recurre a todo con tal de sofocar la lucha revolucionaria. El zar ha prestado un excelente concurso a los revolucionarios al confirmar la apreciación de estos respecto a la falaz concesión, a la vil farsa del manifiesto “liberal”. El propio zar quiere provocar una nueva lucha, una lucha decisiva. ¡Tanto mejor! Toda la labor de la socialdemocracia y toda la energía del proletariado serán dirigidas ahora a preparar un nuevo empuje, a destruir el monstruo del zarismo, que a la hora de morir intenta por última vez excitar los bajos instintos de la muchedum-

bre ignorante. Cuanto mayor celo derroche ahora Trépov tanto más seguro será el desplome total de todos los Trépov y todos los Romanov.

Publicado por primera vez en 1925, en el suplemento a la VI edición de “Vperiod” y “Proletari”, ed. Istpart, adjunta al CC del PC(b) de la URSS.

Se publica según el manuscrito

Entre dos combates

*Ginebra, 15 de noviembre
del nuevo calendario*

Ha concluido la gran batalla que el proletariado ha sostenido contra el zarismo. En casi todas partes, por lo visto, ha cesado la huelga política de toda Rusia. El enemigo ha retrocedido especialmente en un flanco (Finlandia); pero en cambio se ha fortificado en otro (ley marcial en Polonia). En el centro ha retrocedido muy poco, y ahora ocupa, pese a todo, una nueva posición sólida y prepara una batalla más sangrienta y más resuelta. En toda la línea se suceden las escaramuzas. Ambas partes se apresuran a reponer sus pérdidas, a estrechar sus filas, a organizarse y armarse lo mejor posible para la batalla siguiente.

Tal es, aproximadamente, la situación actual en el teatro de lucha por la libertad. La guerra civil se distingue por su naturaleza de las demás guerras por el hecho de que las formas de combate son mucho más diversificadas, el número y la composición de los

efectivos combatientes por ambas partes se presta menos al cálculo y son más fluctuantes, y los intentos de concertar la paz o por lo menos un armisticio no provienen de los combatientes y se entrelazan de la manera más irregular con las operaciones militares.

Las suspensiones transitorias de la acción militar estimulan de un modo especial la iniciativa de los “pacificadores”. Witte no escatima esfuerzos para presentarse, ya de modo directo, ya por medio de la prensa lacayuna, precisamente como un “pacificador” de esos, encubriendo de todas las maneras posibles su papel de servidor diplomático del zarismo. El comunicado gubernamental reconoce – para satisfacción de los cándidos liberales– la participación de la policía en las hazañas de las centurias negras. La prensa aduladora del gobierno (*Nóvoe Vremia*, por ejemplo) finge reprobar los excesos de los reaccionarios y, por supuesto, los “excesos” de los revolucionarios. Los ultrarreaccionarios (Pobedonóstsev, Vladímir, Trépo) se retiran, descontentos del juego de poca monta. En parte por su cerrazón mental, estos hom-

bres no comprenden hasta qué punto es útil ese juego al zarismo para conservar el mayor poder posible; en parte calculan –y calculan bien– que es mejor para ellos quedar con las manos completamente libres y participar en ese mismo juego, pero representando otro papel: el papel de luchadores “independientes” por el poderío del monarca, el papel de “libres” vindicadores de los “sentimientos nacionales del pueblo ruso profanados” (por los revolucionarios); lisa y llanamente, el papel de jefes de las centurias negras.

Witte se frota las manos con satisfacción contemplando los “grandes” éxitos de su juego asombrosamente astuto. Preserva el candor del liberalismo, ofrece con insistencia carteras ministeriales a los dirigentes del Partido Demócrata Constitucionalista (incluso a Miliukov, según telegrama del corresponsal de *Le Temps*), escribe personalmente al señor Struve invitándole a regresar a la patria, pone empeño en presentarse como un “blanco”, tan alejado de los “rojos” como de los “negros”. Y al propio tiempo con la inocencia adquiere buena tajada, pues sigue

siendo el jefe del gobierno zarista que retiene todo el poder y solo espera el momento más propicio para lanzar una ofensiva resuelta contra la revolución.

La caracterización que de Witte hemos hecho en *Proletari* se confirma plenamente. Es un ministro payaso por sus métodos, sus “facultades” y su destino. Por las fuerzas efectivas de que dispone, es el ministro de la burocracia liberal, ya que con la burguesía liberal aún no ha logrado cerrar tratos. Ciertamente, el chalaneo sigue adelante poco a poco. Los tratantes pregonan su último precio, se estrechan la mano y postergan el arreglo hasta las decisiones del congreso de los zemstvos, próximo a reunirse. Witte trata de sobornar a la intelectualidad burguesa: amplía los derechos electorales para las elecciones a la Duma, concede el censo de instrucción, incluso arroja una mísera porción a los obreros (¡¡que deben quedar saciados con veintiuna actas “de los obreros” en un sistema de elecciones indirectas!!) y jura que bastaría que la Duma se reuniese y que ella, o aunque solo fuera una minoría, se pronunciara en favor

del sufragio universal para que su apoyo, el de Witte, a esa demanda estuviera lo que se dice plenamente asegurado.

Pero el trato por ahora no conduce a nada. Los negociadores conferencian prescindiendo de los que verdaderamente combaten, y eso no puede dejar de paralizar los esfuerzos de nuestros “probos intermediarios”. La burguesía liberal, por lo que a ella atañe, aceptaría gustosa la Duma de Estado, puesto que la había aceptado incluso en su “aspecto consultivo”, y puesto que ya en septiembre había rechazado el boicot activo. Pero es el caso que, durante los dos meses transcurridos desde entonces, la revolución ha dado un gigantesco paso adelante, el proletariado ha reñido una batalla importante y, por primera vez, ha logrado en el acto una gran victoria. La Duma de Estado, esa despreciable y vil comedia de la representación popular, está enterrada: la ha destrozado el primer golpe de la potente acometida proletaria. En pocas semanas, la revolución ha patentizado la miopía de quienes se proponían ir a la Duma de Bulguin o apoyar a estos. La

táctica del boicot activo ha obtenido la más brillante confirmación que puede obtener la táctica de los partidos políticos en los momentos de combate: la confirmación en los hechos, la comprobación por la marcha de los acontecimientos, la admisión como un hecho indiscutible e incontrovertible de algo que a los miopes y a los traficantes medrosos les parecía ayer un temerario “salto hacia lo desconocido”.

La clase obrera ha dado un buen susto a los comediantes “dumistas”, un susto de tal naturaleza que ahora tienen miedo de poner el pie en esa frágil y quebrantada pasarela, tienen miedo hasta de creer en la solidez de la “novísima” reparación apresuradamente hecha por los “menestrales” del Estado.

Los papeles se han desplazado un poco. Ayer, los camaradas Parvus, Cherevanin y Mártoov querían extraer de los que van a esa pasarela el compromiso revolucionario de exigir en la Duma la convocatoria de una asamblea constituyente. Hoy, el lugar de estos socialdemócratas lo ocupa el presidente del gabinete de ministros, el conde Serguéi

Yúlievich Witte, que ya contrae el compromiso “revolucionario” de apoyar a quien pida en la Duma, aunque no sea más que un diputado, la convocatoria de una asamblea constituyente.

Pero los burgueses liberales, los demócratas constitucionalistas, se cubrieron de tanta ignominia la primera vez que ya no querrían repetir la triste experiencia. Nuestros buenos parlamentarios de *Osvobozhdenie* y *Russkie Védomosti*ⁱ tenían ya encarrilada la “campana electoral”; habían elegido ya un comité central para dirigir esa campana; hasta habían instalado una oficina jurídica para asesorar a la población con respecto a si el jefe del zemstvoⁱⁱ tiene derecho a dispersar directamente a los compromisarios campesinos o debe consultar previamente al gobernador. En suma, se habían ya acostado a dormir en el sofá otorgado a todos los Oblómovⁱⁱⁱ de Rusia, cuando de pronto... el proletariado, con un descortés movimiento de hombro, echó abajo la Duma y toda la campana “dumista”. No puede sorprender que los burgueses liberales no propendan ahora a creer en los

“compromisos revolucionarios” del cariñoso conde. No puede sorprender que ahora sean menos propensos a estrechar la mano que les tiende el conde y que con mayor frecuencia miren hacia la izquierda, aunque se les haga la boca agua a la vista del exuberante pastel dumista adornado con nuevas charamuscas.

Las conversaciones de Witte con los jefes de la burguesía liberal revisten, sin duda, la más seria importancia política, pero únicamente en el sentido de que confirman por enésima vez el parentesco interno de la burocracia liberalizante con los abogados de los intereses del capital; únicamente en el sentido de que muestran por enésima vez cómo y quién precisamente pretende *enterrar* la revolución rusa. Pero esas negociaciones y esas confabulaciones no acaban de cuajar precisamente porque la revolución aún vive. La revolución no solo vive: está más fuerte que nunca, está muy lejos, lejísimo de haber dicho su última palabra, no ha hecho sino empezar a desplegarse en toda la amplitud de las fuerzas del proletariado y del campesinado revolucionario. De ahí que

las conversaciones y las confabulaciones del ministro payaso con la burguesía presenten ese carácter de algo exánime: no pueden alcanzar un significado serio en momentos de una lucha impetuosa, cuando las fuerzas enemigas se hallan frente a frente entre dos decisivos combates.

En esos momentos, la política del proletariado revolucionario consciente de sus objetivos de alcance histórico mundial, que no solo aspira a la emancipación política, sino también económica de los trabajadores, que no olvida ni un minuto sus fines socialistas, debe ser especialmente firme, clara y definida. A las abominables falsedades del ministro payaso, a las obtusas ilusiones constitucionalistas de los liberales y demócratas burgueses debe oponer más resueltamente que nunca su consigna de derrocamiento del zarismo por medio de la insurrección armada de todo el pueblo. Al proletariado revolucionario le repugna toda hipocresía, y combate implacablemente todos los intentos de disimular cuál es la verdadera situación. Mientras tanto, en los discursos que ahora se pronuncian

en Rusia sobre el régimen constitucional, cada palabra es hipocresía, cada frase es una vieja, una estereotipada mentira destinada a salvar unos u otros vestigios de la Rusia de la autocracia y la servidumbre.

Hablan de la libertad, hablan de la representación popular, discursen sobre la asamblea constituyente, pero olvidan siempre, a cada hora y a cada minuto que todas esas cosas excelentes son **frases huera**s que no tienen garantías efectivas. Y la garantía efectiva puede ser *solo* una insurrección popular victoriosa, *solo* el dominio total del proletariado y el campesinado armados sobre todos los representantes del poder zarista, que han retrocedido un paso entre el pueblo, pero que aún distan mucho de estar subordinados al pueblo, aún están lejos de haber sido depuestos por el pueblo. Y mientras *este* objetivo no se haya logrado *no puede haber* una libertad auténtica, una auténtica representación del pueblo, una asamblea de verdad *constituyente*, capacitada para instituir un nuevo ordenamiento en Rusia.

¿Qué es una Constitución? Una hoja de papel en que están escritos los derechos

del pueblo. ¿En qué consiste la garantía del efectivo reconocimiento de esos derechos? En la *fuerza* de las clases del pueblo que tienen conciencia de esos derechos y han sabido conseguirlos. No nos dejemos seducir por las palabras —eso solo cabe en los charlatanes de la democracia burguesa—, no olvidemos ni por un instante que la *fuerza* se demuestra, a sí misma *solo* con la victoria en la lucha y que nosotros no hemos logrado, ni mucho menos, la victoria completa. No creamos en las frases hermosas: estamos viviendo precisamente unos tiempos de combates abiertos, tiempos en que cada frase y cada promesa se comprueban inmediatamente en la práctica, tiempos en que se quiere *embaucar* al pueblo con palabras, manifiestos y promesas de Constitución, en que se intenta debilitar sus fuerzas, desunir sus filas e incitarle al desarme. Nada más falso que tales promesas y frases, y podemos afirmar con orgullo que el proletariado de Rusia ha madurado para la lucha, tanto contra la violencia brutal como contra la falsedad liberal constitucionalista. Lo demuestra la proclama de

los ferroviarios, de la que informaron hace poco los periódicos extranjeros (lamentablemente, no poseemos el original). Reunid las armas, camaradas –dice la proclama–, organizaos para combatir sin descanso, con decuplicada energía. Solo armándonos y cerrando nuestras filas podremos salvaguardar lo conquistado y conseguir el cumplimiento total de nuestras reivindicaciones. Llegará el momento y volveremos a levantarnos todos, como un solo hombre, para emprender una lucha más tenaz aún por la libertad total.

¡Esas son nuestras únicas garantías! ¡Esa es la única *Constitución* no fantasmagórica de una Rusia libre! En efecto, contemplad el manifiesto del 17 de octubre y la realidad rusa: ¿puede haber algo más aleccionador que el contraste entre ese *reconocimiento* de la *Constitución por el zar* sobre el papel y la verdadera “*Constitución*”, la verdadera aplicación del *poder zarista*? El manifiesto del zar contiene promesas de un carácter absolutamente constitucional. Y ahí tenemos lo que valen esas promesas. Se ha proclamado la inviolabilidad de la persona. Pero todo aquel

que no es grato a la autocracia permanece en la cárcel, en el confinamiento, en el exilio. Se ha proclamado la libertad de reunión. Pero las universidades, que por primera vez en Rusia han ejercido la libertad de reunión en la práctica, están clausuradas, y la policía y el ejército custodian su entrada. La prensa es libre, y por eso el órgano de los obreros, el periódico *Nóvaya Zhizn*^{iv}, es secuestrado por publicar el programa socialdemócrata. El lugar de los ministros de las centurias negras es ocupado por los ministros que proclaman el imperio del derecho. Pero en la calle las centurias negras “trabajan” más intensamente que nunca, con la ayuda de la policía y el ejército, y tirotean, apalean y lesionan con toda libertad e impunemente a los ciudadanos de la Rusia libre no gratos al zarismo.

Hay que ser ciego o estar cegado por el egoísmo de clase para atribuir importancia en estos momentos, ante las aleccionadoras enseñanzas de la vida, al hecho de si promete Witte el sufragio universal o si firma el zar el manifiesto de convocatoria de una asamblea “constituyente”. Aun cuando esos “ac-

tos” se realizarán, no decidirían el resultado de la contienda, no crearían una verdadera libertad de propaganda electoral, no garantizarían un verdadero carácter constituyente a la asamblea de representantes del pueblo. La asamblea constituyente debe refrendar jurídicamente y configurar parlamentariamente el régimen de la nueva Rusia. Pero antes de refrendar la victoria de lo nuevo sobre lo viejo, y para formalizar esa victoria, hay que vencer realmente, hay que doblegar la fuerza de las viejas instituciones, hay que barrerlas, hay que demoler el viejo edificio y acabar con la posibilidad de que la policía y sus bandas puedan oponer una resistencia un tanto seria.

Únicamente la victoria total de la insurrección, el derrocamiento del poder zarista y su sustitución por un gobierno revolucionario provisional pueden garantizar plena libertad electoral y soberanía total de la asamblea constituyente. A ese fin debemos encauzar todos nuestros esfuerzos; es incuestionable que la tarea de organizar y preparar la insurrección debe hallarse en el

primer plano. Solo en la medida en que la insurrección sea victoriosa y en que la victoria sea el aniquilamiento resuelto del enemigo, solo en esa medida la asamblea de representantes del pueblo será popular no únicamente sobre el papel y constituyente no solo en las palabras.

¡Abajo, pues, toda hipocresía, toda falsedad y toda reticencia! La guerra está declarada, la guerra está en ebullición, vivimos una corta tregua entre dos combates. No puede haber un término medio. El partido de los «blancos» es puro engaño. Quien no está por la revolución pertenece a las centurias negras. No somos los únicos en afirmarlo. No hemos inventado nosotros esa formulación. Lo proclaman las piedras regadas con sangre de Moscú y Odesa, de Kronstadt y el Cáucaso, de Polonia y Tomsk. Quien no está por la revolución pertenece a las centurias negras. Quien no tolere que la libertad rusa sea la libertad para el desenfreno policial, el soborno, la borrachera, el asalto a traición contra ciudadanos inermes, debe armarse y prepararse inmediatamente

para combatir. Debemos conquistar no una promesa de libertad, no un papel que hable de libertad, sino la verdadera libertad. Lo que debemos conseguir no es la humillación del poder zarista ni el reconocimiento por él de los derechos del pueblo, sino la abolición de ese poder, pues el poder zarista es el poder de las centurias negras sobre Rusia. Y esa tampoco es una deducción nuestra. Es una deducción extraída de la vida. Es una lección de los acontecimientos. Es la voz de quienes fueron ajenos hasta ahora a toda doctrina revolucionaria y de quienes no se atreven a dar un paso libre, a pronunciar una palabra libre en la calle, ni en las reuniones, ni en su propia casa, pues correrán el más directo y tremendo peligro de ser pisoteados, atormentados, despedazados por las bandas de los partidarios *del zar*.

La revolución ha hecho, por fin, salir a la luz a *esta* “fuerza popular”, la fuerza de los partidarios del zar. Ha obligado a mostrar claramente en quién se apoya en realidad el poder zarista, quién en realidad respalda a ese poder. Ahí están: son ese ejército de

policías convertidos en fieras, de militares atemorizados hasta la imbecilidad, de popes embrutecidos, de tenderos salvajes, de los desechos de la sociedad capitalista cegados por el alcohol. Son ellos los que *reinan* ahora en Rusia, con la colaboración directa e indirecta de las nueve décimas partes de nuestras instituciones gubernamentales. Son ellos la Vendée^v de Rusia, tan parecida a la francesa como el monarca “legítimo” Nicolás Romanov al aventurero Napoleón. Tampoco nuestra Vendée ha dicho su última palabra, no se engañen con respecto a eso, ciudadanos. Ella también empieza ahora a desplegarse como corresponde. Ella también posee aún “reservas de combustible” acumuladas en el transcurso de siglos de ignorancia, sojuzgamiento, servidumbre y omnipotencia policíaca. Ella reúne en sí toda la brutalidad del asiatismo con todos los aspectos repulsivos de los procedimientos refinados de explotación y engaño de los más oprimidos y atormentados por la civilización capitalista urbana, de los que han sido llevados a una condición peor que la de las bestias. Esa

Vendée no desaparecerá bajo los efectos de ningún manifiesto del zar, de ningún mensaje del Sínodo^{vi}, de ningún cambio en la alta y la baja burocracia. Solo puede acabar con ella la fuerza del proletariado organizado e instruido, pues solo este, explotado también, es capaz de levantar a todos los que se hallan por debajo de él despertar en ellos al ser humano y al ciudadano, mostrarles el camino para liberarse de toda explotación. Solo él puede crear el núcleo de un potente ejército revolucionario, potente por sus ideales, por su disciplina, por su organización y por su heroísmo en la lucha, ante los cuales no resistirá ninguna Vendée.

Y el proletariado dirigido por la socialdemocracia ha emprendido ya en todas partes la formación de ese ejército revolucionario. A sus filas debe ir todo aquel que no quiera estar en el ejército de las centurias negras. La guerra civil no sabe de neutrales. Quien se aparta de ella apoya con su pasividad a los exultantes miembros de las centurias negras. También las tropas se dividen en dos ejércitos: el rojo y el negro. Tan solo hace

dos semanas comentábamos la rapidez con que esas tropas son atraídas a la lucha por la libertad. El ejemplo de Kronstadt lo ha demostrado de forma palpable. No importa que el gobierno del miserable de Witte haya derrotado la sublevación de Kronstadt^{vii}, no importa que fusile a centenares de marinos que una vez más habían enarbolado la bandera roja: esa bandera flameará más alto aún, porque es la bandera de los trabajadores y explotados de todo el mundo. No importa que la prensa de los lacayos, como *Nóvoe Vremia*, afirme a grito pelado que el ejército es neutral: esa inmunda falsedad, esa hipocresía se desvanece como el humo ante cada nueva hazaña de las centurias negras. El ejército no puede ser, nunca ha sido y jamás será neutral. Precisamente ahora se descompone con enorme rapidez en ejército de la libertad y ejército de las centurias negras. Aceleraremos esa descomposición. Entregaremos al vilipendio público a todos los indecisos y vacilantes, a todos los que se espantan ante la idea de formar inmediatamente una milicia popular (la Duma de Moscú, según últimas

informaciones de los periódicos extranjeros, ha rechazado el proyecto de formación de la milicia popular). Multiplicaremos nuestra propaganda en las masas, nuestra actividad organizativa para la formación de destacamentos revolucionarios. El ejército del proletariado consciente se fusionará entonces con los destacamentos rojos del ejército de Rusia, ¡y ya veremos si las centurias negras policíacas son capaces de dominar a la Rusia nueva, la Rusia joven y libre!

“Proletari”, núm. 26, 25 (12) de noviembre de 1905.

Se publica según el texto del periódico.

Notas al final - Entre dos combates

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i Russkie Védomosti (Las Noticias Rusas): periódico, apareció en Moscú desde 1863 y expresaba las concepciones de la intelectualidad liberal moderada. A partir de 1905 fue órgano del ala derecha del Partido Demócrata Constitucionalista. Clausurado en 1918 como los demás periódicos contrarrevolucionarios.

ii En 1889, el gobierno zarista instituyó el cargo administrativo de jefe del zemstvo, llamado a reforzar el poder de los terratenientes sobre los campesinos. Se designaban solo entre los nobles y tenían enormes atribuciones administrativas y judiciales en relación con los campesinos, incluido el derecho a arrestarlos y someterlos a castigos corporales.

iii Oblómov: protagonista de la novela homónima del escritor ruso I. A. Goncharov. El nombre de Oblómov se convirtió en sinónimo de rutina, estancamiento y pasividad.

iv Nóvaya Zhizn (Vida Nueva): primer diario bolchevique legal; se publicó en Petersburgo desde el 27 de octubre (9 de noviembre) hasta el 3 (16) de diciembre de 1905. Cuando Lenin regresó de la emigración a Petersburgo, a principios de noviembre de 1905, el periódico empezó a publicarse bajo su dirección inmediata. *Nóvaya Zhizn* era de hecho el órgano Central del POSDR. *Tomó parte activa en el periódico M. Gorki, quien prestó también*

una gran ayuda monetaria. El periódico mantenía estrechos vínculos con las organizaciones del Partido y los obreros revolucionarios, entre los cuales gozaba de gran popularidad. *Nóvaya Zhizn* sufrió numerosas represalias. Después de la aparición del núm. 27, el 2 de diciembre, fue clausurado por el gobierno zarista. El último número, el 28, salió clandestinamente.

v *Vendée*: departamento situado en la parte occidental de Francia, en el que, en la época de la revolución burguesa de Francia a fines del siglo XVIII, se produjo una sublevación contrarrevolucionaria de la atrasada población campesina contra la República. Encabezaron el alzamiento el clero católico, la nobleza y los realistas emigrados, y fue apoyado por Inglaterra. La Vendée se convirtió en sinónimo de motín reaccionario y foco de contrarrevolución.

vi *Santo Sínodo*: órgano superior de administración de la Iglesia ortodoxa en la Rusia zarista.

vii En la segunda quincena de octubre de 1905 tuvieron lugar en Kronstadt mítines de protesta con motivo de la publicación del manifiesto del zar del 17 (30) de octubre de 1905. Los bolcheviques denunciaron en esos mítines el intento del zarismo de engañar a las masas populares. Tomando en consideración el rápido auge revolucionario de las masas, la organización socialdemócrata de Kronstadt proyectó una acción armada para finales de octubre. Pero los acontecimientos tomaron un curso espontáneo. El 24 de octubre (6 de noviembre), los marineros, reunidos en un mitin, exigieron mejor alimentación, aumento de salarios, reducción del servicio, trato humano y también

presentaron reivindicaciones de carácter político general: república democrática, sufragio universal, libertad de palabra, reunión y asociación, inviolabilidad personal, supresión de los estamentos, etc. Los soldados se adhirieron a las reivindicaciones de los marineros. El 26 de octubre (8 de noviembre), la lucha por esas reivindicaciones se transformó en insurrección armada. Pero, debido a la falta de una dirección precisa y de un plan de lucha definido, los alzados actuaron en forma desorganizada. Las autoridades llamaron a las tropas de Petersburgo, y el 28 de octubre (10 de noviembre) por la mañana declararon la ley marcial en Kronstadt y pasaron a la ofensiva. La insurrección fue aplastada. Respondiendo al llamamiento de los bolcheviques, los obreros de Petersburgo y otras ciudades se levantaron en defensa de los marineros y soldados. El 2 (15) de noviembre el proletariado de Petersburgo declaró la huelga general. Atemorizado por la acción revolucionaria de masas, el gobierno se vio forzado a declarar que los participantes de los sucesos de Kronstadt no serian juzgados en consejo de guerra, sino por un tribunal militar ordinario. Este condenó a los detenidos a castigos disciplinarios, cárcel y a varios de ellos a trabajos forzados.

Se aproxima el desenlace

Las fuerzas se han equilibrado, escribíamos hace dos semanas, al recibir las primeras noticias de la huelga política de toda Rusia, cuando ya empezaba a advertirse que el gobierno no se decidía a poner en juego de un solo golpe todos sus recursos militares.

Las fuerzas se han equilibrado, repetíamos hace una semana, cuando el manifiesto del 17 de octubre era la “última palabra” de las noticias políticas, revelando ante todo el pueblo y todo el mundo la indecisión del zarismo y su retroceso.

Pero el equilibrio de fuerzas no excluye en modo alguno la lucha; por el contrario, la hace particularmente dura. El retroceso del gobierno como ya lo comentamos, no es sino la elección de una nueva posición para el enfrentamiento, más apropiada desde su punto de vista. La proclamación de las “libertades” que se exhiben sobre ese papelucho llamado manifiesto del 17 de octubre no es más que un intento de preparar las condiciones mo-

rales para combatir la revolución, al tiempo que Trépov, a la cabeza de las centurias negras de toda Rusia, prepara las condiciones materiales para esa lucha.

Se aproxima el desenlace. La nueva situación política se está perfilando con esa asombrosa celeridad propia solo de las épocas revolucionarias. El gobierno comenzó a retroceder verbalmente y empezó en el acto a preparar la ofensiva en los hechos. A las promesas de Constitución siguieron las más salvajes y monstruosas violencias, como si adrede se quisiera mostrar con mayor claridad aún al pueblo el sentido real del poder real de la autocracia. La contradicción entre las promesas, las palabras y los papeles, de un lado, y la realidad, de otro, se ha tornado infinitamente más tangible. Los acontecimientos han comenzado a brindar una excelente confirmación de esa verdad que hemos venido afirmando a los lectores desde hace mucho tiempo y que seguiremos afirmando siempre: mientras no se derroque el poder efectivo del zarismo, todas sus concesiones, hasta la mismísima asamblea

“constituyente”, no son más que espectros, espejismos, engaños.

Los obreros revolucionarios de Petersburgo lo han expresado con admirable relieve en uno de esos boletines diariosⁱ, que todavía no han llegado a nosotros, pero que mencionan cada vez con mayor frecuencia los periódicos extranjeros, asombrados y asustados por la potencia del proletariado. “Nos han otorgado la libertad de reunión — escribe el comité de huelga (retraducimos del inglés al ruso, por lo que son naturalmente inevitables algunas inexactitudes)—, pero nuestras reuniones se celebran rodeadas por las tropas. Nos han otorgado la libertad de prensa, pero la censura continúa existiendo. Nos han prometido la libertad para la ciencia, pero la Universidad está ocupada por los soldados. Nos han otorgado la inviolabilidad personal, pero las cárceles están repletas. Nos han otorgado a Witte, pero continúa existiendo Trépov. Nos han otorgado la Constitución, pero continúa existiendo la autocracia. Nos lo han dado todo, pero no tenemos nada”.

El “manifiesto” ha sido suspendido por Trépov. La Constitución ha sido detenida por Trépov. Las libertades han sido explicadas en su verdadero significado por ese mismo Trépov. La amnistía ha sido deformada por Trépov.

¿Pero quién es ese Trépov? ¿Una personalidad extraordinaria a la que sería muy importante quitar de en medio? Nada de eso. Es el más común de los policías, un ejecutor del trabajo más corriente de la autocracia, con las tropas y la policía a su disposición.

¿Por qué, pues, ese vulgarísimo policía y su rutinario «trabajo» han adquirido de pronto un significado tan excepcional? Porque la revolución ha dado un paso excepcional hacia adelante, ha acercado el auténtico desenlace. El pueblo, dirigido por el proletariado, adquiere madurez política no cada día, sino cada hora, o si se quiere, no por años, sino por semanas. Y si ante un pueblo políticamente aún dormido, Trépov era el más común de los policías, ahora, ante un pueblo consciente de que representa una

fuerza política, Trépov es algo inconcebible, un ser que encarna todo lo salvaje, criminal y absurdo del zarismo.

La revolución enseña. La revolución imparte a todas las clases del pueblo y a todos los pueblos de Rusia excelentes lecciones prácticas sobre el tema: *la esencia de la Constitución*. La revolución enseña al plantear, en su evidencia más palpable, tangible, los problemas políticos inmediatos que deben ser resueltos, al hacer sentir esos problemas a las masas del pueblo, al tornar imposible la propia existencia del pueblo sin resolver esos problemas, al denunciar en la práctica la inutilidad de todo género de disimulos, salvadedas, promesas y reconocimientos. “Nos lo han dado todo, pero no tenemos nada”. Porque nos “han dado” solo promesas, porque no tenemos poder verdadero. Hemos llegado hasta la libertad, hemos obligado a todo el mundo, hasta al zar, a reconocer la necesidad de la libertad. Pero no es el reconocimiento de la libertad lo que necesitamos, sino la libertad efectiva. No necesitamos un papelucho que prometa derechos legislativos a los

representantes del pueblo. Lo que necesitamos es la verdadera soberanía del pueblo. Cuanto más nos hemos aproximado a ella, más insoportable ha resultado su carencia. Cuanto más seductores son los manifiestos del zar, más intolerable es el poder del zar.

La lucha se aproxima al desenlace, a la solución del problema de si el poder efectivo quedará en manos del gobierno zarista. En cuanto a reconocer la revolución, ahora la reconocen ya todos. Desde hace bastante la reconocen el señor Struve y los seguidores de *Osvobozhdenie*; ahora la reconoce el señor Witte, la reconoce Nicolás Romanov. Prometo todo lo que queráis, dice el zar, pero dejadme el poder, permitidme cumplir yo mismo mis promesas. A eso se reduce el manifiesto del zar, y se comprende que no pudiera por menos de provocar una lucha decidida. Lo otorgo todo menos el poder, proclama el zarismo. Todo es fantasmal, salvo el poder, responde el pueblo revolucionario.

El significado real de ese aparente absurdo a que han llegado las cosas en Rusia reside en la proclividad del zarismo a engañar, a evitar

la revolución mediante una componenda con la burguesía. El zar multiplica las promesas a la burguesía, a ver si, por fin, comienza un vuelco general de las clases poseedoras hacia el “orden”. Pero mientras ese “orden” se encarne en las tropelías de Trépov y sus centurias negras, el llamamiento del zar corre el riesgo de ser una voz clamando en el desierto. El zar necesita por igual a Witte y a Trépov: a Witte, para atraer a unos; a Trépov, para contener a otros; a Witte, para las promesas; a Trépov, para la acción; a Witte, para la burguesía; a Trépov, para el proletariado. Y de nuevo se despliega ante nosotros, pero en un grado de desarrollo incomparablemente más alto, el mismo cuadro que vimos al comienzo de las huelgas de Moscú: los liberales sostienen negociaciones, los obreros combaten.

Trépov ha comprendido perfectamente su papel y su significado auténtico. A lo mejor no ha hecho más que apresurarse demasiado —para el diplomático Witte—, pero es que temía llegar tarde, a la vista del rápido avance de la revolución. Incluso ha tenido que apre-

surarse, pues notaba que iban menguando las fuerzas a su disposición.

Simultáneamente con el manifiesto constitucional de la autocracia comenzaron las medidas preventivas autocráticas contra la Constitución. Las centurias negras se aplicaron al trabajo de un modo que Rusia jamás había visto. De todos los confines de Rusia llegan torrencialmente noticias sobre matanzas, pogromos y atrocidades inauditas. Impera el terror blanco. Donde puede, la policía reúne y organiza a la escoria de la sociedad capitalista para lanzarla al saqueo y la violencia, emborracha a las heces de la población urbana, provoca pogromos contra los judíos, instiga a apalear a los “estudiantes” y a los rebeldes, ayuda a “dar una lección” a la gente de los zemstvos. La contrarrevolución trabaja a todo vapor. Trépov “se acredita”. Disparan las ametralladoras (Odesa), a unos les sacan los ojos (Kiev), a otros los arrojan a la calle desde un quinto piso, toman por asalto y entregan al saqueo casas enteras, provocan incendios y no permiten sofocarlos, cazan a tiros a los que osan ope-

ner resistencia a las centurias negras. Desde Polonia hasta Siberia, desde el golfo de Finlandia hasta el mar Negro se asiste al mismo espectáculo.

Pero junto a ese desenfreno de las centurias negras, a esa orgía del poder autocrático, a esas últimas convulsiones del monstruo zarista es visible el empuje una y otra vez renovado del proletariado que, como siempre, parece aquietarse después de cada ascensión del movimiento, pero que en realidad lo que hace es reunir fuerzas y preparar un golpe decisivo. Por las razones antes señaladas, los atropellos de la policía han adquirido en Rusia un carácter completamente distinto ya del que tenían antes. Junto a los estallidos de la venganza cosaca y a la “revancha” de Tré-pov, avanza cada vez más la descomposición del poder zarista. Eso se advierte en provincias, en Finlandia y en Petersburgo, se nota hasta en los lugares donde el pueblo está más intimidado y el desarrollo político es más débil; en las periferias, con población de otras nacionalidades, y en la capital, donde se preanuncia el gran drama de la revolución.

Comparen, si no, estos dos telegramas que tomamos de un periódico burgués liberal de Vienaⁱⁱ: “*Tver*. El populacho, en presencia del gobernador Sleptsov, atacó el edificio de las instituciones del zemstvo. Sitiada por el populacho, la casa fue después incendiada. Los bomberos se negaron a apagarla. Las tropas se hallaban al lado, pero no adoptaron ninguna medida contra los asaltantes” (desde luego, no respondemos por la autenticidad absoluta de esta noticia, pero que en todas partes ocurren cosas parecidas y cien veces peores es algo indiscutible). “*Kazán*. El pueblo ha desarmado a la policía. Las armas han sido distribuidas entre la población. Ha sido organizada la milicia popular. Reina un orden perfecto”.

¿No es verdad que resulta aleccionador comparar ambos cuadros? Venganzas, trope-lías, pogromos. El derrocamiento del poder zarista y la organización de una insurrección triunfante.

Finlandia nos muestra los mismos fenómenos en dimensiones incomparablemente mayores. El gobernador general zarista ha

sido expulsado. El pueblo ha destituido a los senadores lacayos. Son despedidos los gendarmes rusos, que tratan de vengarse (telegrama de Haparanda, del 4 de noviembre del nuevo calendario), dañando las vías férreas. A la vista de ello, para detener a los gendarmes desenfrenados se envían destacamentos de la milicia popular armada. En la asamblea de los ciudadanos de Torneo se acuerda organizar la importación de armas y de publicaciones libres. Miles y decenas de miles de personas se alistán para la milicia finlandesa en las ciudades y las aldeas. Comunican que la guarnición rusa de una importante fortaleza (Sveaborg) ha expresado su simpatía con el pueblo sublevado y ha entregado la fortaleza a la milicia popular. Finlandia exulta. El zar hace concesiones, está dispuesto a convocar la Dieta, anula el manifiesto ilegal del 15 de febrero de 1899ⁱⁱⁱ, acepta la “dimisión” de los senadores expulsados por el pueblo. Y al mismo tiempo *Nóvoe Vremia* aconseja bloquear todos los puertos de Finlandia y reprimir la insurrección a mano armada. Según telegramas de periódicos extranjeros,

en Helsingfors están acuarteladas numerosas tropas rusas (no se sabe hasta qué punto servirán para sofocar la insurrección). Buques de guerra rusos han entrado, al parecer, en el puerto interior de Helsingfors.

Petersburgo. Trépov se venga del júbilo del pueblo revolucionario (por la concesión arrancada al zar). Los cosacos cometen excesos. Se multiplican las matanzas. La policía organiza abiertamente a las centurias negras. Los obreros se proponían organizar una gran manifestación el domingo 5 de noviembre (23 de octubre). Querían rendir honores públicamente a la memoria de sus heroicos camaradas caídos en las luchas por la libertad. El gobierno, por su parte, preparaba un gigantesco baño de sangre. Reservaba para Petersburgo lo que, en menor escala, había sucedido en Moscú (la matanza en el entierro del dirigente obrero Bauman). Trépov quería aprovechar el momento en que aún no había dividido a sus tropas, parte de las cuales tenía que enviar a Finlandia, el momento en que los obreros se reunieran para manifestarse, y no para pelear.

Los obreros de Petersburgo adivinaron el propósito del enemigo. La manifestación fue suspendida. El comité obrero decidió librar la última batalla no en el momento que quisiera elegir TrépoV. El comité obrero calculó acertadamente que, por una serie de causas (la insurrección en Finlandia, entre ellas), la postergación de la lucha perjudicaba a TrépoV y nos favorecía a nosotros. Y, mientras tanto, prosiguen los esfuerzos redoblados para armarnos. La propaganda en las tropas logra excelentes éxitos. Comunican el arresto de 150 marinos de las tripulaciones de las unidades 14ª y 18ª, 92 demandas presentadas en la última semana y media contra oficiales por simpatizar con los revolucionarios. Las proclamas que llaman a las tropas a pasarse al lado del pueblo son repartidas incluso a las patrullas que “custodian” Petersburgo. El proletariado revolucionario extiende por sí mismo, con su potente mano, hasta límites algo más amplios la libertad de prensa prometida en los límites permitidos por TrépoV. Según comunica la prensa extranjera, el sábado 22 de octubre (4 de noviembre) apa-

recieron solo los periódicos de Petersburgo que habían aceptado la reivindicación de los obreros de no pasar por la censura. Dos periódicos alemanes de Petersburgo, que desearon permanecer “leales” (serviles), no vieron la luz. Los periódicos “legales” —desde el momento en que los límites de lo legal no los fija TrépoV, sino la unión de huelguistas de Petersburgo— se han puesto a hablar con insólita valentía. “La huelga ha sido suspendida solo temporalmente —telegrafían el 23 de octubre (5 de noviembre) a *Neue Freie Presse*—; se anuncia que la huelga se reanudará cuando llegue la hora de descargar el último golpe al viejo régimen. Las concesiones no producen ya ninguna impresión al proletariado. La situación es sumamente peligrosa. Las ideas revolucionarias prenden en masas cada vez más amplias. La clase obrera se siente dueña de la situación. De aquí (de Petersburgo) comienzan ya a marcharse aquellos a quienes atemoriza la inminente catástrofe”.

Se aproxima el desenlace. La victoria de la insurrección popular ya no está lejos. Las consignas de la socialdemocracia revolucio-

naria toman cuerpo con una rapidez inesperada. Que se agite, pues, todavía Trépov entre la Finlandia revolucionaria y el Petersburgo revolucionario, entre las periferias revolucionarias y la provincia revolucionaria. Que intente elegir, aunque sea un lugar seguro para desplegar libremente sus operaciones militares. Que se difunda con más amplitud el manifiesto del zar, que se extiendan las noticias sobre los acontecimientos en los centros revolucionarios: eso nos proporcionará nuevos partidarios, eso aportará más vacilación y descomposición a las menguantes filas de los partidarios del zar.

La huelga política de toda Rusia ha cumplido magníficamente su cometido, impulsando la insurrección, infligiendo terribles heridas al zarismo, desbaratando la oprobiosa comedia de la oprobiosa Duma de Estado. Ha terminado el ensayo general. Todo hace pensar que nos hallamos en vísperas del drama mismo. Witte derrama torrentes de palabras. Trépov derrama torrentes de sangre. Al zar le queda ya muy poco que prometer. A Trépov le quedan muy pocas tropas de

las centurias negras para lanzarlas al último combate. Mientras tanto, las filas de las tropas revolucionarias engrosan sin cesar, las fuerzas se templan en combates parciales y la bandera roja se alza más y más alto sobre la nueva Rusia.

*“Proletari”, núm. 25, 16 (3)
de noviembre de 1905.*

Se publica según el texto del periódico.

Notas al final - Se aproxima el desenlace

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i Izvestia Soveta Rabóchij Deputátov (Noticias del Soviet de Diputados Obreros): órgano oficial del Soviet de diputados obreros de Petersburgo, publicado desde el 17 (30) de octubre hasta el 14 (27) de diciembre de 1905. Tenía carácter de boletín de información sobre la actividad del Soviet. Carecía de Redacción permanente. Los miembros del Soviet compilaban el material que se imprimía sin autorización en imprentas legales. Salieron solo diez números. El núm. 11 fue confiscado por la policía en la imprenta y no se difundió.

ii Se alude a Neue Freie Presse (Nueva Prensa Libre), periódico liberal austríaco que apareció en Viena desde 1864 hasta 1939.

iii El Manifiesto del 3 (15) de febrero de 1899 establecía un nuevo orden, según el cual el gobierno zarista podía promulgar leyes obligatorias para Finlandia sin consentimiento de la Dieta finlandesa. “¡Esta es una violación flagrante de la Constitución, un verdadero *golpe de Estado!*”, escribió Lenin (*O.C.*, t. 5, p. 380). Derogado de hecho por la revolución de 1905-1907, el manifiesto de febrero volvió a ser puesto en vigencia por una ley en 1910.-78.

Papeleo revolucionario y acción revolucionaria

Era natural e inevitable que la cuestión de la asamblea constituyente se planteara en nuestro movimiento revolucionario. Para barrer de forma definitiva los restos de las viejas instituciones feudales de la Rusia autocrática, para fijar el sistema que deberá regir en la nueva Rusia libre, no es posible imaginar un procedimiento más cabal y consecuente que la convocatoria de una asamblea constituyente de todo el pueblo. Ciertamente, la vida rara vez hace íntegra realidad las consignas cabales y coherentes; la vida aporta siempre muchos imprevistos que complican y embrollan el desenlace y mezclan lo viejo con lo nuevo. Pero quien desee sinceramente terminar con lo viejo y sepa cómo lograrlo habrá de definir con claridad la significación de la asamblea constituyente y no regatear fuerzas en la lucha por su realización en forma completa y depurada.

El partido del proletariado consciente, la socialdemocracia, ya en el programa adoptado en el II Congreso, en 1903, promovió la

demanda de la asamblea constituyente. “El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia –dice el último apartado de nuestro programa– está firmemente convencido de que la realización total, consecuente y sólida de las transformaciones políticas y económicas indicadas” (creación de un régimen estatal democrático, protección del trabajo, etc.) “solo es alcanzable mediante el derrocamiento de la autocracia y la convocatoria de una asamblea constituyente libremente elegida por todo el pueblo”.

De estas palabras se deduce claramente que nuestro Partido presta atención no solo a las condiciones formales de la convocatoria de la asamblea constituyente, sino también a las condiciones materiales, es decir, a las que de modo efectivo harían de ella una asamblea de todo el pueblo y constituyente. Porque no basta con dar a la asamblea el nombre de “constituyente”, no basta con reunir a los representantes del pueblo, aun cuando hayan sido elegidos por sufragio universal, igual, directo y secreto, y con una libertad electoral efectivamente garantizada. Además de todos

estos requisitos, es preciso que la asamblea constituyente disponga del poder y la fuerza necesarios para instituir un nuevo ordenamiento. La historia de las revoluciones ofrece ejemplos de asambleas que figuraban como constituyentes, cuando en realidad la fuerza y el poder efectivos no estaban en sus manos, sino en las del viejo poder autocrático. Así aconteció en la revolución alemana de 1848, y por ello la asamblea “constituyente” de aquella época, el famoso Parlamento de Francfortⁱ, se ganó la oprobiosa reputación de desdeñable “parlatorio”: una asamblea que chachareaba de libertad, decretaba la libertad, pero que no tomaba medidas efectivas para suprimir las instituciones de poder que destruían la libertad. Es natural que aquella deleznable asamblea de deleznales charlatanes de la burguesía liberal desapareciera de la escena sin pena ni gloria.

En estos momentos, en Rusia, la convocatoria de una asamblea constituyente aparece en primer plano entre los problemas políticos del día. Y precisamente ahora adquiere su más candente significado el aspecto con-

creto de este problema. Lo importante no es tanto si será “convocada o no esa asamblea constituyente (con lo cual, hasta el ministro intermediario, el conde Witte, puede estar de acuerdo mañana), sino si esa asamblea será realmente de todo el pueblo y realmente constituyente.

En efecto, ya la experiencia de nuestra revolución, pese a que no hace más que empezar, ha mostrado qué artimañas son posibles con las palabras y las promesas en general y con la consigna de la asamblea constituyente en particular. Recuérdense el reciente congreso de los funcionarios de los zemstvos y de las municipalidades, de los demócratas constitucionalistas, en Moscúⁱⁱ. Recuérdense su célebre fórmula: Duma de Estado con funciones constituyentes para redactar una Constitución que será ratificada por el soberano... Hasta la prensa democrática burguesa comentó el carácter contradictorio y absurdo que ostentaba esa fórmula. “Instituir” un nuevo régimen estatal “ratificado” por el jefe del gobierno hasta ahora existente es tanto como legalizar dos poderes, dos poderes supremos

iguales (sobre el papel): el poder del pueblo insurrecto y el poder de la vieja autocracia. Se comprende que la igualdad entre ellos es pura apariencia, que el “acuerdo” entre ellos está determinado en realidad por la preponderancia de la *fuerza* de una u otra parte. En consecuencia, los burgueses liberales legalizaban en su plan “ideal” de transición de la vieja Rusia a la nueva la coexistencia de dos iguales fuerzas hostiles y mutuamente pugnantas, o sea, legitimaban una lucha eterna y sin salida.

Esta contradicción es inexplicable desde el ángulo de la simple lógica formal. Pero la lógica de los intereses clasistas de la burguesía la explica a la perfección. La burguesía teme la libertad completa, la democracia completa, pues sabe que el proletariado consciente, es decir, el proletariado socialista, hará uso de la libertad para luchar contra el dominio del capital. Por ello, lo que en rigor quiere la burguesía no es la libertad completa ni la soberanía completa del pueblo, sino componendas con la reacción, componendas con la autocracia. La burguesía quiere el parlamentarismo

para asegurar el dominio del capital y no el de la burocracia; y al propio tiempo quiere la monarquía, el ejército regular, la subsistencia de ciertas prerrogativas de la burocracia, con el objeto de impedir que la revolución llegue hasta el fin, con el objeto de impedir que el proletariado se arme, entendiendo por armamento tanto el armamento efectivo con armas como el armamento con la libertad completa. La situación contradictoria en que se encuentra la burguesía como clase, entre la autocracia y el proletariado, genera de modo inevitable, aun independientemente de la voluntad y la conciencia de unas u otras personas, fórmulas de “conciliación” absurdas y sin sentido. La consigna de la asamblea constituyente queda así transformada en una frase, la gran reivindicación del proletariado que se sublevó para conquistar la libertad, reducida a una farsa; así profana la burguesía cuanto existe en el mundo, reemplazando la lucha por el cambalache.

Cuando los burgueses radicales de *Nasha Zhizn* magnifican con aire de seriedad la elaboración del “proyecto” de convocatoria de una asamblea constituyente por

los señores Falbork y Charnoluski, y luego también por el Buró Central de la Unión de Asociaciones, no comprenden este planteamiento irremediablemente falso y efectista del problema por los liberales. ¡Es ridículo, señores, redactar “proyectos” como ese! Ustedes marchan por la senda de los demócratas constitucionalistas que han traicionado la revolución. Olvidan que los proyectos sobre el papel, al igual que cualesquiera ilusiones constitucionalistas, corrompen la conciencia revolucionaria del pueblo y debilitan su energía combativa, porque velan el centro de gravedad del problema y distorsionan todo el planteamiento de este. Después de todo, no están haciendo ustedes propaganda del abecé político, sino que plantean el problema *prácticamente*, como lo denota el propio carácter de la discusión del proyecto “por representantes de los partidos extremos y moderados” que ustedes han propuesto. Es un manilovismoⁱⁱⁱ, respetables demócratas de la burguesía, el que por una parte reconozcan que sería deseable que la asamblea constituyente tuviera la “plenitud” del poder, y por

otra parte intenten juntar a los partidos extremos con los “moderados”, es decir; a los que desean tal plenitud con los que no la desean.

¡Abajo el ropaje efectista! ¡Basta de engañosas frases liberales! ¡Ha llegado la hora del deslindamiento! A la derecha: la autocracia y la burguesía liberal unidas, en la práctica, por el deseo común de no entregar a la asamblea constituyente la plenitud del poder único, total e indivisible. A la izquierda: el proletariado socialista y el campesinado revolucionario o, con más amplitud, toda la democracia burguesa revolucionaria. Estas fuerzas quieren la plenitud del poder para la asamblea constituyente. Pueden y deben concertar para lograrlo una alianza de combate, aunque, claro está, sin fusionarse. Lo que necesitan no son proyectos sobre el papel, sino medidas de combate; no la organización del papeleo, sino la organización de una lucha victoriosa por la libertad.

“Nóvaya Zhizn”, núm. 18, 20 de noviembre de 1905.

Firmado: N. Lenin.

Se publica según el texto del periódico.

Notas al final - Papeleo revolucionario y acción revolucionaria

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i Parlamento de Francfort: Asamblea Nacional de toda Alemania; fue convocada después de la revolución de marzo de 1848 en Alemania y comenzó sus labores el 18 de mayo de 1848 en Francfort del Meno. En lugar de organizar a las masas para la lucha resuelta contra el absolutismo y el fraccionamiento que reinaban en Alemania, el Parlamento redujo su actividad a estériles debates sobre la Constitución imperial. La Asamblea fue disuelta en junio de 1849.

ii El Congreso de funcionarios de los zemstvos y de las municipalidades tuvo lugar en Moscú del 6 al 13 (19-26) de noviembre de 1905; se pronunció contra la convocatoria de la asamblea constituyente de todo el pueblo y en favor de una monarquía constitucional. Los terratenientes liberales y la burguesía ofrecieron su concurso al gobierno para que se instituyera una monarquía constitucional. El Congreso expresó la esperanza de que la Duma de Estado cumpliría el papel de apaciguador de los disturbios campesinos mediante un pequeño aumento de la tierra parcelaria. La resolución del Congreso incluía las exigencias de levantar la ley marcial en Polonia y otros lugares, suprimir las medidas extraordinarias de seguridad y otorgar la libertad cívica proclamada en el manifiesto del 17 (30) de octubre. Se trataba de una componenda con el gobierno. Para concertarla, el Congreso eligió una delegación especial que mantendría negociaciones con Witte, presidente del Consejo de Ministros.

iii *Manilovismo*: conjunto de rasgos del carácter inherentes a uno de los personajes (Manilov) de la novela *Las almas muertas*, de N. Gógol. En la imagen del terrateniente sentimental y “plácido” Manilov, el escritor encarnó los rasgos típicos del soñador abúlico, del fantaseador hueco y charlatán ocioso.

¿Debemos boicotear la duma de estado? Plataforma de la “mayoría”

El partido de la clase obrera, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, está en vías de unificarse. Sus dos mitades se fusionan y preparan el congreso de unificación del Partido, cuya celebración ya se ha anunciado.

Pero entre ambas mitades del Partido queda aún una divergencia relacionada con la Duma de Estado. Todos los militantes del Partido deben tener claridad en esta cuestión, a fin de elegir con plena conciencia a los delegados para el congreso común y resolver el litigio tal como lo desean todos los miembros del Partido, y no solo como lo desean sus actuales organismos centrales y locales.

Bolcheviques y mencheviques coinciden en que la Duma actual es un deleznable remedo de representación popular, que es preciso luchar contra ese fraude y preparar la insurrección armada para convocar una asamblea constituyente libremente elegida por todo el pueblo.

La disputa gira solo alrededor de la táctica que debe adoptarse con respecto a la Duma. Los mencheviques dicen que nuestro Partido debe participar en la elección de los delegados y compromisarios. Los bolcheviques dicen que hay que declarar un boicot activo a la Duma. Expondremos en esta hoja la opinión de los bolcheviques que en la reciente conferencia de representantes de veintiséis organizaciones del POSDR han aprobado una resolución contra la participación en dichas elecciones.

¿Qué significa un boicot activo a la Duma? El boicot significa renuncia a participar en las elecciones. No queremos elegir ni diputados a la Duma, ni compromisarios, ni delegados. El boicot activo no significa la simple abstención, sino una amplia utilización de las asambleas electorales para la agitación y organización socialdemócratas. Aprovechar las asambleas significa penetrar en ellas, tanto legalmente (inscribiéndose en las listas de electores), como ilegalmente, exponer en ellas todo el programa y todas las opiniones de los socialistas, mostrar toda la superchería

y falsía de la Duma y exhortar a combatir por una asamblea constituyente.

¿Por qué nos negamos a participar en las elecciones?

Porque si participáramos en las elecciones fortaleceríamos sin querer la fe del pueblo en la Duma y debilitaríamos de esta suerte el vigor de nuestra lucha contra el remedo de representación popular. La Duma no es un parlamento, sino una añagaza de la autocracia. Debemos desbaratar esa añagaza, rechazando toda participación en las elecciones.

Porque si considerásemos admisible la participación en las elecciones deberíamos ir hasta el fin, hasta la elección de diputados a la Duma. Precisamente para estos fines, los demócratas burgueses, por ejemplo, Jodski en *Naródnoe Joziaistvo*ⁱ, nos aconsejan entrar en componendas electorales con los demócratas constitucionalistas. Pero todos los socialdemócratas, tanto los bolcheviques como los mencheviques, rechazan esas componendas, pues comprenden que la Duma no es un parlamento, sino un nuevo fraude policíaco.

Porque ahora no podemos extraer de las elecciones provecho para el Partido. No existe libertad de agitación. El partido de la clase obrera es hostigado. Sus representantes son encarcelados sin juicio, sus periódicos clausurados y sus reuniones prohibidas. El Partido no puede desplegar su bandera “legalmente en las elecciones, no puede presentar públicamente a sus compromisarios porque con ello los entregaría a la policía. Así las cosas, vale mucho más para los fines de nuestra agitación y organización un aprovechamiento revolucionario de las asambleas sin acudir a las elecciones que la participación en las asambleas para acudir a unas elecciones legales.

Los mencheviques rechazan la elección de diputados a la Duma, pero quieren elegir delegados y compromisarios. ¿Para qué? ¿Para constituir con ellos una Duma del pueblo o una asamblea representativa, ilegal y libre, algo así como un Soviet de diputados obreros (y campesinos por añadidura) de toda Rusia?

Nosotros objetamos: si se necesitan representantes libres, ¿qué falta hace tomar en consideración una Duma para elegirlos? ¿Para

qué entregar a la policía una lista de nuestros delegados? ¿Y para qué crear nuevos Soviets de diputados obreros cuando todavía existen (en Petersburgo, por ejemplo) los viejos Soviets de diputados obreros? Es inútil e incluso perjudicial porque dará lugar a un ánimo ilusorio y equivocado acerca de que los Soviets, que decaen y se disgregan, pueden ser reanimados mediante unas nuevas elecciones y no mediante una nueva preparación y ensanchamiento de la insurrección. Fijar para los fines de la insurrección, elecciones legales dentro de plazos legales, es sencillamente ridículo.

Los mencheviques arguyen que los socialdemócratas de todos los países participan en los parlamentos, incluso en los peores parlamentos. Este argumento no es exacto. En un parlamento también nosotros participaremos hasta el fin. Pero los propios mencheviques ven que la Duma no es un parlamento, ellos mismos se niegan a ir a ella. Se dice que la masa obrera está fatigada y quiere tomarse un descanso participando en elecciones legales. Pero el Partido no puede y no debe erigir su táctica sobre la base del cansancio momentá-

neo de algunos centros. Eso será fatal para el Partido, pues los obreros fatigados elegirían delegados que no son del Partido, capaces solo de comprometer al Partido. Debemos realizar tenaz y pacientemente nuestro trabajo, preservando las fuerzas del proletariado, pero sin perder la confianza en que el desaliento es solo transitorio, en que los obreros se alzarán aún con más fuerza y más audacia que en Moscú y barrerán la Duma zarista. Que vayan a la Duma los atrasados, los ignorantes; el Partido no ligará su suerte a ellos. El Partido les dirá: la propia experiencia les confirmará nuestras predicciones políticas. Experimentarán en sí mismos el engaño que es esta Duma y volverán al Partido porque habrán visto el acierto de sus consejos.

La táctica de los mencheviques es contradictoria e incoherente (participar en las elecciones, pero no elegir diputados a la Duma). No sirve para un partido de masas porque en lugar de una solución sencilla y clara presentará una solución embrollada y equívoca. No es práctica porque si las listas de delegados caen en manos de la policía, el Partido sufrirá un rudo

golpe. Por último, es irrealizable, porque si los mencheviques participan en las asambleas con nuestro programa, el resultado inevitable será que en lugar de ir a unas elecciones legales se producirá una utilización ilegal de las asambleas, sin ir a las elecciones. Las condiciones policíacas harán que la participación de los mencheviques en las asambleas pase a ser de participación menchevique en las elecciones a utilización revolucionaria bolchevique de las asambleas.

¡Abajo la Duma! ¡Abajo el nuevo fraude policíaco! ¡Ciudadanos! ¡Rendid tributo a la memoria de los héroes caídos en Moscú imprimiendo un nuevo impulso a, la insurrección, armada! ¡Viva la asamblea constituyente de todo el pueblo libremente elegida!

Tal es nuestra consigna de combate. Y solo la táctica de boicot activo es compatible con esta consigna.

Escrito en enero de 1906.

Publicado en enero de 1906 como hojas del CC y del CC Unificado del POSDR.

Se publica según el texto de la hoja del POSDR.

Notas al final - ¿Debemos boicotear la дума de estado? Plataforma de la “mayoría”

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i *Naródnoe Joziaistvo* (Economía Nacional): revista socioeconómica, publicada en Petersburgo de 1900 a 1905.

Resolución de la organización de Petersburgo del POSDR sobre la táctica de boicotⁱ

Considerando:

1) que la Duma de Estado convocada de conformidad con las leyes del 6 de agosto y 11 de diciembre es la más burda falsificación de una representación popular, pues la inmensa mayoría del proletariado y el campesinado ha sido prácticamente eliminada de la participación en la Duma, debido a que el sufragio no es universal y a que los compromisarios de los obreros y campesinos pasan a través de tres o cuatro tamices;

2) que, mediante una selección artificial del cuerpo de compromisarios y la creación de una serie de privilegios en favor de los terratenientes ricos y los grandes capitalistas, el Gobierno trata de asegurar la superioridad total en la Duma de los representantes no ya de las clases explotadoras, sino precisamente de los elementos ultrarreaccionarios de estas clases;

3) que el gobierno falsea del modo más indecoroso incluso esas elecciones estrechamente restringidas por su naturaleza estamental, para lo que suprime toda libertad de agitación, proclama la ley marcial en todas partes e instaura la arbitrariedad policíaca completa, persigue contra toda ley y todo procedimiento judicial no solo a los representantes de los partidos revolucionarios y socialistas, sino incluso del partido de la burguesía liberal monárquica (demócratas constitucionales y otros);

4) que el gobierno deroga su propia ley de simultaneidad de las elecciones para poder fijar a su antojo, en las distintas localidades, los momentos que le sean más propicios y realizar las elecciones con una rapidez tal que no permita ninguna comunicación de los candidatos con la población;

5) que con la convocatoria de la Duma el gobierno autocrático pretende influir sobre la opinión pública rusa y, particularmente, la extranjera, a fin de postergar su caída inevitable y obtener, nuevos empréstitos de mi-

llones de rublos para aplastar la revolución y seguir oprimiendo al pueblo;

6) ⁱⁱque la Ley del 20 de febreroⁱⁱⁱ, que transforma el Consejo de Estado en Cámara Alta empeora aún más el reglamento de la Duma, porque tiende a reducirla definitivamente al papel de un impotente apéndice consultivo de la burocracia autocrática;

7) ^{iv}que, en tales condiciones políticas, la participación en esa Duma es considerada imposible por la abrumadora mayoría de los partidos y organizaciones socialdemócratas de todas las naciones del país;

8) que la participación de los socialdemócratas en las elecciones a la Duma de Estado en una u otra fase es susceptible de mantener en el pueblo la idea errónea de que existe una posibilidad, para los partidos que defienden los intereses de las amplias masas populares, de elecciones un tanto limpias;

9) que la participación en las elecciones puede trasladar el centro de gravedad de la atención del proletariado pasándolo de los

movimientos revolucionarios que los obreros, campesinos, soldados, etc., desarrollan al margen de la Duma, a la parcela de una campaña electoral seudolegal y pseudoconstitucional, y de deprimir aún más el ánimo, transitoriamente deprimido, de la clase obrera, dando la impresión de que el período revolucionario de la lucha ha concluido, la insurrección ha sido descartada y el Partido emprende la vía constitucional;

10) que las elecciones a la Duma de Estado presuponen unas condiciones que requieran del Partido el mantenimiento en la legalidad y la concordia, y en consecuencia nuestra participación en estas elecciones repercutiría de modo nocivo sobre la tarea revolucionaria más apremiante: reforzar la acción enérgica contra el Gobierno precisamente durante las elecciones y la convocatoria de la Duma;

11) que el Partido Socialdemócrata, de cara a la educación práctica de las masas menos desarrolladas, no puede ir con ellas a las elecciones, ya que estas masas poco desarrolladas quieren ir hasta la propia Duma y por la vía le-

gal, mientras el Partido, al no acatar las leyes, no haría más que provocar en dichas masas una natural desconfianza y les impediría aceptar sincera y consecuentemente las enseñanzas de la campaña de la Duma;

12) que los delegados y compromisarios de los obreros no pueden contribuir en nada a una auténtica organización revolucionaria de amplios sectores de la clase obrera, debido a que el cuerpo electoral de dichos delegados y compromisarios ha sido artificialmente seleccionado por vía policíaca, debido a la rápida caducidad y la estrechez de sus poderes, debido a la situación antes mencionada en que han de celebrarse las elecciones;

13) que no será posible frustrar la Duma retirando de las reuniones electorales provinciales la parte de compromisarios que, en el mejor de los casos, podría arrastrar tras de sí la socialdemocracia;

14) que los elementos conscientes del proletariado de las nacionalidades de Rusia más sojuzgadas (la socialdemocracia polaca, ju-

día, letona y lituana) rechazan terminantemente toda participación en la farsa electoral y luchan con toda energía contra sus organizadores;

15) que la opinión pública de todos los elementos combatientes de la democracia burguesa y el campesinado (Unión Campesina, Unión de Maestros, Unión de Asociaciones, Partido Socialista Revolucionario, Partido Socialista Polaco^v, Partido Progresista Polaco, etc.) rechaza la Duma y las elecciones a ella.

Teniendo en cuenta lo expuesto, nosotros, la reunión de representantes de los obreros de Petersburgo militantes del POSDR juzgamos necesario:

- 1) rechazar terminantemente toda participación en la Duma de Estado;
- 2) rechazar terminantemente toda elección a la Duma de Estado en cualquiera de sus fases;
- 3) desplegar entre el pueblo una campaña de agitación lo más amplia posible a fin de explicar el verdadero carácter de la Duma,

disipar el engaño de que se quiere hacer víctima a la opinión pública de Rusia y Europa, y mostrar la inevitable decepción que sufrirá el sector de los campesinos que espera beneficios de la Duma;

4) utilizar por cualquier medio, legal o ilegalmente, todas las asambleas relacionadas con las elecciones para exponer las ideas de los socialdemócratas en general, para criticar la Duma en particular y, en especial, para llamar a luchar por la convocatoria revolucionaria de una asamblea constituyente de todo el pueblo;

5) al contraponer a la lucha por medio de la Duma los métodos revolucionarios de lucha por la libertad, dedicar reforzada atención en esta campaña de agitación a familiarizar a los obreros y a todo el pueblo con la experiencia de la insurrección de diciembre, que marca el comienzo de la fase superior de la lucha revolucionaria por una verdadera libertad para el pueblo;

6) dedicar reforzada atención en esta campaña de agitación con motivo de la Duma a

la profunda crisis económica y financiera, al extremo endurecimiento de la explotación de los obreros para los capitalistas reaccionarios, al aumento del desempleo en las ciudades y del hambre en el campo, al movimiento campesino que se producirá en primavera, a los hechos de efervescencia entre las tropas como conjunto de circunstancias que hace sumamente probable, en un futuro no lejano, un nuevo estallido popular que barrerá la Duma de Estado antes de la convocatoria o después de ésta, cuando la población se desengañe definitivamente de ella;

7) utilizar esta campaña de agitación, entre otras cosas, para estigmatizar a los medrosos representantes de la burguesía liberal monárquica (como los demócratas constitucionalistas), que degradan la conciencia cívica de la población al sembrar ilusiones constitucionalistas en momentos de agravada guerra civil, al recomendar la Duma y la participación en ella y al rechazar el empleo de la violencia en defensa de la libertad y los derechos de la inmensa mayoría del pueblo,

cuando las bandas armadas que se denominan gobierno se mantienen en pie gracias exclusivamente a la práctica de una violencia salvaje.

Escrito a fines de febrero y comienzos de marzo de 1906.

Publicado en marzo de 1906 como hoja del Comité Unificado de Petersburgo del POSDR.

Se publica según el texto de la hoja.

Notas al final - Resolución de la organización de Petersburgo del POSDR sobre la táctica de boicot

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i El *Proyecto de resolución sobre la táctica de boicot* fue presentado por Lenin en la Conferencia urbana de Petersburgo del POSDR, el 11 (24) de febrero de 1906. La primera versión del proyecto no se ha conservado. Se discutió en la II Conferencia de la Organización de Petersburgo, celebrada entre fines de febrero y principios de marzo de 1906, y su redacción corrió a cargo de una comisión especial en la que participó Lenin. El texto definitivo, redactado por la comisión, se publicó como proclama del Comité Unificado de Petersburgo del POSDR en marzo de 1906.

ii El punto 6 (5 bis): fue propuesto adicionalmente por Lenin cuando se discutía el proyecto de resolución sobre la táctica de boicot en la II Conferencia urbana de Petersburgo del POSDR, reunida entre fines de febrero y principios de marzo de 1906.

iii La Ley del 20 de febrero (5 de marzo) de 1906 y los dos decretos al Senado, que se referían a la Duma de Estado y el Consejo de Estado, anulaban todas las promesas que el gobierno zarista hiciera en el manifiesto del 17 (30) de octubre de 1905. La ley transformaba el Consejo de Estado, organismo consultivo, en un cuerpo legislativo. El Consejo de Estado, la mitad de cuyos miembros era designada

por el zar y la otra elegida entre las ultrarreaccionarias sociedades de la nobleza, los zemstvos, el alto clero y las organizaciones de los grandes capitalistas, obtenía por la ley el derecho a ratificar o revocar cualquier decisión de la Duma.

iv Al discutir el proyecto de resolución sobre la táctica de boicot en la II Conferencia urbana de Petersburgo del POSDR que tuvo lugar entre fines de febrero y comienzos de marzo de 1906, Lenin propuso redactar el punto 7 en la forma siguiente: “En tales condiciones políticas, la participación en semejante Duma es considerada imposible por la abrumadora mayoría de los partidos y organizaciones socialdemócratas de todas las naciones del país”.

v *Unión Campesina de toda Rusia*: organización democrática revolucionaria surgida en 1905. Reclamaba la libertad política y la convocatoria inmediata de una asamblea constituyente, mantuvo la táctica de boicot a la I Duma de Estado. Su programa agrario incluía la reivindicación de que fuera abolida la propiedad privada sobre la tierra. En su política, la Unión, que se hallaba bajo la influencia de los eseristas y los liberales, dio muestras de ambigüedad, vacilaciones e indecisión pequeñoburguesas. Al mismo tiempo que exigía la abolición de la propiedad agraria de los terratenientes, accedía a que se les abonara una indemnización parcial. La Unión Campesina fue perseguida por la policía desde que empezó su actividad. Dejó de existir a comienzos de 1907.

La *Unión de Maestros y funcionarios de la Instrucción Pública de toda Rusia* se formó en la primavera de 1905. Su II Congreso de delegados, que se celebró del 26 al 29

de diciembre de ese año (del 8 al 11 de enero de 1906), aprobó una resolución sobre la actitud hacia la I Duma de Estado. Dicha resolución calificaba la Duma de nuevo intento emprendido por el gobierno para engañar al pueblo. El Congreso manifestó que no se debía participar en las elecciones a la misma, sino explicar a la población el verdadero sentido y significación de la Duma y extremar los esfuerzos por organizar al pueblo en la lucha por la convocatoria de una asamblea constituyente.

Partido Socialista Polaco (PSP) (Polska Partia Socjalistyczna): partido nacionalista reformista, fundado en 1892. Desplegó una propaganda nacionalista, separatista, entre los obreros polacos a los que pretendió apartar de la lucha conjunta con los obreros rusos contra la autocracia y el capitalismo.

A lo largo de toda la historia del PSP, bajo la influencia de los obreros militantes surgían grupos de izquierda dentro de este partido. Algunos de ellos se adhirieron posteriormente al ala revolucionaria del movimiento obrero polaco.

En 1906, el PSP se dividió en *PSP-iewica* y *PSP-fracción revolucionaria*, de derecha y chovinista.

Influido por el Partido Bolchevique, así como por la Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania, el *PSP-iewica* fue pasando paulatinamente a las posiciones revolucionarias consecuentes.

Plataforma táctica para el congreso de unificación del POSDR

Proyectos de resoluciones para el congreso de unificación del POSDR

Las once resoluciones que ofrecemos al lector fueron redactadas por un grupo de ex redactores y colaboradores de *Proletari* y por varios militantes dedicados a la labor práctica, coincidentes todos en unas mismas opiniones. No se trata de un proyecto acabado, sino de un esbozo que debe dar dentro de lo posible una idea completa del conjunto de concepciones tácticas de un sector determinado del Partido y facilitar la discusión sistemática que se abre ahora por invitación del Comité Central Unificado en todos los círculos y organizaciones de nuestro Partido.

Las resoluciones tácticas se ajustan al orden del día del Congreso propuesto en la conocida hoja del CCUⁱ. No obstante, los miembros del Partido no están obligados en modo alguno a circunscribirse a este orden

del día. Para completar la exposición de todos los puntos de vista tácticos hemos juzgado absolutamente necesario agregar dos temas que no figuran en el orden del día del CCU, a saber: “El momento actual de la revolución democrática” y “Las tareas de clase del proletariado en el momento actual de la revolución democrática”. Sin haber aclarado estas cuestiones, no es posible discutir aspectos más parciales de la táctica. Proponemos por ello al Congreso que incluya en su orden del día la siguiente cuestión general: “El momento actual de la revolución democrática y las tareas de clase del proletariado”.

En lo que respecta al programa agrario y a la actitud ante el movimiento campesino, creemos que es necesario un folleto especial. Además, el CCU ha designado una comisión especial que prepara la ponencia al Congreso sobre este temaⁱⁱ.

Al hacer público nuestros esbozos de resoluciones, invitamos a todos los militantes del Partido a participar en la discusión, presentando enmiendas y adiciones. Los informes y proyectos por escrito pueden ser enviados

a través de las organizaciones de nuestro Partido al Comité de San Petersburgo del POSDR para que los remita al grupo que ha redactado los proyectos de resoluciones.

El momento actual de la revolución democrática

Considerando:

1) que, dados la destrucción masiva de las fuerzas productivas y el inaudito empobrecimiento del pueblo, la crisis económica y financiera que experimenta Rusia, lejos de aminorar, se amplía y se agrava, generando un desempleo aterrador en las ciudades y el hambre en el campo;

2) que si bien en la clase de los grandes capitalistas y terratenientes, atemorizada por la iniciativa revolucionaria del pueblo que pone en peligro sus privilegios y sus rapaces intereses, se opera un brusco viraje de la oposición a la componenda con la autocracia, con el objeto de sofocar la revolución, en cambio las reivindicaciones de hacer efectiva la libertad política y las transformaciones

socioeconómicas ganan terreno y se afianzan en nuevos sectores de la pequeña burguesía y el campesinado;

3) que el actual gobierno reaccionario, que en los hechos trata de preservar la vieja autocracia, pisotea todas las libertades por él prometidas, concede restrictivamente voz consultiva a las capas superiores de las clases poseedoras, falsifica burdamente la representación popular, implanta un régimen de represión militar, de atroces castigos corporales y ejecuciones en masa en todo el país, y lleva a extremos sin precedentes la arbitrariedad policíaca y administrativa, con lo que provoca la efervescencia y el descontento entre vastos sectores de la burguesía, la exasperación y la cólera en las masas del proletariado y el campesinado, y abona el terreno para una nueva crisis política, más amplia y más aguda;

4) que el curso de los acontecimientos a fines de 1905 –huelgas de masas en las ciudades, revueltas en el campo y la insurrección armada de diciembre provocada por el deseo

de mantener las libertades conquistadas por el pueblo y arrebatadas por el gobierno, y seguidamente la despiadada represión militar del movimiento emancipador— ha mostrado lo vano de las ilusiones constitucionalistas y ha hecho ver a las vastas masas del pueblo el daño que causan tales ilusiones en momentos en que la lucha por la libertad ha alcanzado la intensidad de una franca guerra civil; Entendemos y proponemos que el Congreso apruebe:

1) que la revolución democrática en Rusia, lejos de menguar, se encamina hacia una nueva ascensión y que el actual período de calma relativa no debe ser considerado como una derrota de las fuerzas de la revolución, sino como un período de acumulación de energía revolucionaria, de asimilación de la experiencia política de las fases recorridas, de incorporación de nuevos sectores del pueblo al movimiento y, en consecuencia, de preparación de un nuevo empuje revolucionario más vigoroso aún;

2) que la forma principal del movimiento de emancipación en el presente no es la lucha

legal en un terreno cuasiconstitucional, sino el movimiento revolucionario directo de las vastas masas populares que quebrantan las leyes policíaco-feudales, crean el derecho revolucionario y destruyen por la violencia los órganos de opresión del pueblo;

3) que los intereses del proletariado, como clase avanzada de la sociedad moderna, exigen una lucha implacable contra las ilusiones constitucionalistas que propaga la burguesía monárquica liberal (incluido el Partido Demócrata Constitucionalista) para encubrir sus estrechos intereses clasistas y que en un período de guerra civil ejercen la más corruptora influencia sobre la conciencia política del pueblo.

.....

La insurrección armada

Considerando:

1) que toda la historia de la revolución democrática actual en Rusia nos muestra, en resumidas cuentas, una indeclinable ascensión del movimiento hacia formas de lucha

contra la autocracia cada vez más masivas, resueltas y ofensivas, y que abarcan todo el país;

2) que la huelga política de octubre, que barrió la Duma de Buliguin y obligó al gobierno autocrático a proclamar los principios de la libertad política, hizo ver la fuerza gigantesca del proletariado y la posibilidad de una acción unánime de este en toda Rusia, pese a todas las deficiencias de las organizaciones clasistas;

3) que, con el crecimiento posterior del movimiento, la huelga general pacífica ha resultado ser insuficiente y su empleo aparte no alcanza el propósito y quebranta las fuerzas del proletariado;

4) que todo el movimiento revolucionario condujo luego con fuerza espontánea a la insurrección armada de diciembre, en la cual no solo el proletariado, sino nuevas fuerzas de los sectores desposeídos de la ciudad y del campesinado tomaron las armas para defender las libertades conquistadas por el

pueblo contra los atentados del gobierno reaccionario;

5) que la insurrección de diciembre promovió una nueva táctica de barricada y, en general, demostró la posibilidad de una lucha armada abierta del pueblo incluso contra un ejército moderno;

6) que, debido a la instauración, pese a las promesas constitucionalistas, de una dictadura militar-policíaca, en las masas populares madura la conciencia de que es necesario combatir por un poder efectivo, que el pueblo revolucionario solo podrá conquistar en lucha abierta contra las fuerzas de la autocracia;

7) que la autocracia debilita y desmoraliza a sus fuerzas militares, al utilizarlas para reprimir a mano armada a la población de la que son parte; al no dar cumplimiento a las reformas en el terreno militar, reformas urgentes y reclamadas por todos los elementos honestos del ejército; al no tomar medidas para aliviar la desesperada situación de los

reservistas y al responder a las demandas de los soldados y marinos solo con un mayor rigor policíaco y cuartelero;

Entendemos y proponemos que el Congreso apruebe:

1) que la insurrección armada es en estos momentos no solo el medio necesario de lucha por la libertad, sino una fase del movimiento prácticamente alcanzada, fase que en virtud del acrecentamiento y la agudización de la nueva crisis política inaugura la transición de las formas defensivas de lucha armada a las ofensivas;

2) que, en el momento presente del movimiento, la huelga política general debe considerarse no tanto medio autónomo de lucha cuanto medio auxiliar respecto a la insurrección; que, en consecuencia, la elección del momento para una huelga de ese carácter, la elección del lugar y de las esferas del trabajo que ha de abarcar es deseable que se subordinen al momento y las condiciones de la forma principal de lucha, la insurrección armada;

3) que en el trabajo de propaganda y agitación del Partido se debe prestar redoblada atención al estudio de la experiencia práctica de la insurrección de diciembre y a su crítica desde el ángulo militar, a fin de extraer enseñanzas directas para el futuro;

4) que es preciso desarrollar una actividad aún más enérgica para aumentar el número de destacamentos de combate, mejorar su organización y proveerlos con toda clase de armas, consignando que, como dicta la experiencia, hay que organizar destacamentos de combate no solo del Partido, sino también destacamentos vinculados al Partido y apártidistas por entero;

5) que es necesario intensificar el trabajo en el ejército, teniendo en cuenta que para el buen éxito del movimiento no basta la efervescencia existente en las tropas, sino que es preciso un acuerdo directo con los elementos democráticos revolucionarios organizados en el ejército, con el fin de iniciar las más resueltas operaciones ofensivas contra el gobierno;

6) que, a la vista del creciente movimiento campesino, que en un futuro inmediato puede estallar en una verdadera insurrección, conviene orientar los esfuerzos a unir la acción de los obreros y los campesinos a fin de organizar, en lo posible, acciones de combate conjuntas y simultáneas.

.....

Acciones guerrilleras

Considerando:

- 1) que a partir de la insurrección de diciembre casi en ninguna parte de Rusia han cesado en forma total las acciones militares que por parte del pueblo revolucionario se expresan ahora en ataques guerrilleros al enemigo;
- 2) que tales acciones guerrilleras, inevitables cuando existen dos fuerzas armadas hostiles y cuando la represión militar momentáneamente victoriosa actúa con desenfreno, al propio tiempo sirven para desorganizar al enemigo y preparan futuras acciones armadas, abiertas y de masas;
- 3) que estas acciones son también necesarias para la educación combativa y la instrucción

militar de nuestros destacamentos de combate, que, en muchos lugares, durante la insurrección de diciembre, se vio que no estaban prácticamente preparados para la nueva actuación que afrontaban;

Entendemos y proponemos que el Congreso apruebe:

1) que el Partido debe considerar las acciones guerrilleras de los destacamentos, pertenecientes a él o a él vinculados, en principio admisibles y convenientes en el período actual;

2) que por su carácter las acciones guerrilleras deben ser concordadas con la tarea de educar cuadros de dirigentes de las masas obreras durante la insurrección y con la de adquirir experiencia de operaciones militares ofensivas y súbitas;

3) que el objetivo directo principal de estas acciones debe ser la destrucción del aparato gubernamental, policíaco y militar, y la lucha sin cuartel contra las organizaciones activas de las centurias negras que emplean la violencia contra la población y la atemorizan;

4) que las acciones de combate son admisibles también para la apropiación de fondos pertenecientes al enemigo, es decir, al gobierno autocrático, para cubrir las necesidades de la insurrección, consignándose la necesidad de prestar seria atención a que los intereses de la población resulten lo menos lesionados posible;

5) que las acciones guerrilleras deben realizarse bajo el control del Partido y de modo tal que las fuerzas del proletariado no sean malgastadas en vano y que se tomen en cuenta las condiciones del movimiento obrero y el estado de ánimo de las amplias masas de la localidad dada.

.....

El gobierno revolucionario provisional y los órganos locales del poder revolucionario

Considerando:

1) que el movimiento revolucionario contra el gobierno autocrático, al pasar a la lucha armada, ha adquirido hasta el presente la forma de insurrecciones locales inconexas;

2) que en esta lucha abierta los elementos de la población local capaces de actuar resueltamente contra el viejo poder (casi exclusivamente el proletariado y los sectores avanzados de la pequeña burguesía) se vieron en la necesidad de crear organizaciones que eran en la práctica embriones de un nuevo poder revolucionario: los Soviets de diputados obreros en Petersburgo, Moscú y otras ciudades, los Soviets de diputados soldados en Vladivostok, Krasnoyarsk, etc., los comités de ferroviarios en Siberia y en el Sur, los comités campesinos en la provincia de Sarátov, los comités revolucionarios urbanos en Novorossiisk y otras ciudades y, en fin, los órganos rurales electivos en el Cáucaso y en las regiones

3) que, a tono con la forma primaria, embrionaria, de la insurrección, estos órganos eran también inconexos, casuales, indecisos en su actuación y no se apoyaban en una fuerza armada organizada de la revolución, por lo que inevitablemente estaban condenados a sucumbir ante las primeras acciones ofensivas de los ejércitos contrarrevolucionarios;

4) que solo un gobierno revolucionario provisional, como órgano de una insurrección victoriosa, está en condiciones de quebrar toda resistencia de la reacción, asegurar plena libertad de agitación electoral, convocar sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto una asamblea constituyente capaz de ejercer realmente la soberanía del pueblo y satisfacer las demandas socioeconómicas mínimas del proletariado;

Entendemos y proponemos que el Congreso apruebe:

1) que para llevar hasta su término la revolución se plantea ante el proletariado la tarea perentoria de contribuir, junto con la democracia revolucionaria, a unificar la insurrección y a crear el órgano unificador de esta insurrección, es decir, el gobierno revolucionario provisional;

2) que una de las condiciones para que el gobierno revolucionario pueda cumplir con éxito su cometido es la formación de órganos de autogobierno revolucionario local en

todas las ciudades y comunidades afectas a la insurrección, sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto;

3) que la participación de mandatarios de nuestro Partido en el gobierno revolucionario provisional, junto con la democracia burguesa revolucionaria, es admisible en dependencia de la correlación de fuerzas y debe estar condicionada formalmente por el control del Partido sobre sus mandatarios y, en esencia, por la salvaguarda de los intereses propios de la clase obrera y la indeclinable conservación de la independencia de la socialdemocracia, que aspira a la revolución socialista completa y, por tanto, es hostil irreconciliablemente a todos los partidos burgueses;

4) que, al margen de que sea posible o no la participación de la socialdemocracia en un gobierno revolucionario provisional, se debe difundir en los sectores más amplios del proletariado la idea de la necesidad de un proletariado armado y dirigido por la socialdemocracia con vistas a proteger, afianzar y ampliar las conquistas de la revolución.

Los soviets de diputados obreros

Considerando

1) que los Soviets de diputados obreros surgen de forma espontánea sobre la base de las huelgas políticas de masas como organizaciones apartidistas de las vastas masas obreras;

2) que estos Soviets sufren durante la lucha inevitables cambios, tanto en su composición, al incluir en su seno a los elementos más revolucionarios de la pequeña burguesía, como en el contenido de su actividad, al transformarse de organizaciones puramente huelguísticas en órganos de la lucha revolucionaria general;

3) que por cuanto estos Soviets son embriones del poder revolucionario, su fuerza y su significación dependen por entero de la fuerza y el éxito de la insurrección;

Entendemos y proponemos que el Congreso apruebe:

1) que el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia debe participar en los Soviets aparti-

distas, formando indefectiblemente en cada Soviet un grupo de miembros del Partido, lo más fuerte posible, y orientar las actividades de estos grupos en rigurosa ligazón con la actividad general del Partido;

2) que con el fin de ampliar y ahondar la influencia de la socialdemocracia sobre el proletariado y la del proletariado sobre la marcha y el desenlace de la revolución democrática, la creación de estas organizaciones puede ser, en ciertas condiciones, tarea de las organizaciones locales de nuestro Partido;

3) que se debe atraer a la participación en los Soviets apartidistas a los sectores obreros más amplios que sea posible, así como a representantes de la democracia revolucionaria, sobre todo campesinos, soldados y marinos;

4) que con la ampliación de la actividad y la esfera de influencia de los Soviets de diputados obreros, es necesario hacer constar que estas instituciones, si no se apoyan en un ejército revolucionario y no deponen a las autoridades gubernamentales (es decir, si no

se convierten en gobiernos revolucionarios provisionales, están condenadas inevitablemente a caer; que por tal razón, una de las tareas primordiales de estas instituciones en todo momento revolucionario debe ser armar al pueblo y fortalecer la organización militar del proletariado.

.....

Actitud ante los partidos burgueses

Considerando:

- 1) que la socialdemocracia siempre ha entendido necesario apoyar todo movimiento de oposición y revolucionario dirigido contra el régimen social y político existente en Rusia;
- 2) que, en el momento actual, cuando la revolución da lugar a la actuación pública de las diferentes clases y, sobre esta base, comienzan a configurarse los partidos políticos, es tarea urgente de la socialdemocracia esclarecer el contenido de clase de los mismos, tener en cuenta la interrelación de las clases en los momentos actuales y, a tono con ello, fijar su actitud ante los diversos partidos;

3) que el objetivo principal de la clase obrera en la etapa presente de la revolución democrática es conducir esta revolución hasta su término, en razón de lo cual la socialdemocracia, al fijar su actitud hacia los demás partidos, deberá tener especialmente en cuenta en qué medida uno u otro partido es capaz de cooperar activamente a este fin;

4) que, desde este punto de vista, todos los partidos no socialdemócratas existentes en Rusia (descontando los reaccionarios) se dividen en dos grupos fundamentales: partidos monárquicos liberales y partidos democráticos revolucionarios;

Entendemos y proponemos que el Congreso apruebe:

1) que el ala derecha de los partidos monárquicos liberales (Unión del 17 de Octubre, Partido del Orden Legal, Partido Comercial e Industrialⁱⁱⁱ, etc.) constituyen organizaciones clasistas de los terratenientes y la gran burguesía comercial e industrial, a todas luces contrarrevolucionarias, pero que todavía no han concertado una componenda definiti-

va para el reparto del poder con la burocracia autocrática; que, sin dejar de utilizar para sus propios fines este conflicto aún no solventado, al propio tiempo el partido del proletariado debe sostener la lucha más despiadada contra tales partidos;

2) que los partidos monárquicos liberales del ala izquierda (Partido de Reformas Democráticas^{iv}, demócratas constitucionalistas, etc.), por no ser organizaciones clasistas determinadas, oscilan siempre entre la pequeña burguesía democrática y los elementos contrarrevolucionarios de la gran burguesía, entre la tendencia a apoyarse en el pueblo y el temor a la iniciativa revolucionaria de este, y no trascienden en sus aspiraciones los límites de una sociedad burguesa institucionalizada y defendida de los atentados del proletariado por la monarquía y un sistema bicameral; que la socialdemocracia debe utilizar la actividad de estos partidos para la educación política del pueblo, contraponiendo a su hipócrita fraseología democrática el democratismo consecuente del proletariado

y denunciando implacablemente las ilusiones constitucionalistas que difunden;

3) que los partidos y organizaciones democráticos revolucionarios (Partido Socialista Revolucionario, Unión Campesina, parte de las asociaciones semisindicales y de las asociaciones semipolíticas, etc.) expresan de modo más fiel los intereses y el punto de vista de las amplias masas campesinas y de la pequeña burguesía, actúan decididamente contra la propiedad latifundista y contra el Estado feudal, tratan consecuentemente de instaurar la democracia y envuelven sus objetivos, en esencia democrático-burgueses, con una ideología socialista más o menos nebulosa; que la socialdemocracia considera posibles y necesarios acuerdos de combate con tales partidos, sin dejar de denunciar indefectiblemente su carácter seudosocialista y de combatir su tendencia a velar la contrariedad de clase entre el proletario y el pequeño propietario;

4) que el objetivo político inmediato de tales acuerdos transitorios de combate entre la

socialdemocracia y la democracia revolucionaria es la convocatoria, por vía revolucionaria, de una asamblea constituyente de todo el pueblo investida de plenos poderes y emanada del sufragio universal, igual, directo y secreto;

5) que los acuerdos, transitorios de combate son, en el momento actual posibles y convenientes solo con los elementos que reconocen la insurrección armada como medio de lucha y contribuyen activamente a ella.

.....

Actitud ante los partidos socialdemócratas nacionales

Considerando:

1) que en el curso de la revolución el proletariado de todas las nacionalidades de Rusia está cada vez más unido por la lucha común;

2) que esta lucha común conduce a un acercamiento cada vez mayor de los diferentes partidos socialdemócratas nacionales de Rusia;

3) que en muchas ciudades se organizan ya, en lugar de los anteriores comités federales,

comités conjuntos de todas las organizaciones socialdemócratas nacionales del lugar respectivo;

4) que en la actualidad la mayoría de los partidos socialdemócratas nacionales no insiste ya en el principio de la federación, rechazado con razón por el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia;

Entendemos y proponemos que el Congreso apruebe:

1) que es necesario tomar las más enérgicas medidas para la más rápida fusión de todos los partidos socialdemócratas nacionales de Rusia en un único Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia;

2) que la base de la unificación debe ser la plena fusión de todas las organizaciones socialdemócratas de cada localidad;

3) que el Partido debe asegurar prácticamente la satisfacción de todos los intereses y necesidades partidistas del proletariado socialdemócrata de cada nacionalidad, teniendo en cuenta las particularidades de su

cultura y modo de vida; los procedimientos al efecto pueden ser: la organización de conferencias especiales de los socialdemócratas de la nacionalidad dada; la representación de la minoría nacional en las instituciones locales, regionales y centrales del Partido, la creación de grupos especiales en el terreno literario, editorial, propagandístico, etc.

Nota. La representación de las minorías nacionales en el CC del Partido podría ser organizada, por ejemplo, de manera que el Congreso de todo el Partido elija para el CC un número determinado de miembros de entre los candidatos destinados por los congresos regionales de aquellas localidades de Rusia donde en la actualidad existen organizaciones socialdemócratas por separado.

.....

Los sindicatos

Considerando:

1) que la socialdemocracia siempre ha reconocido la lucha económica como una de las partes integrantes de la lucha de clase del proletariado;

2) que unos sindicatos amplios, como lo indica la experiencia de todos los países capitalistas, son la organización más adecuada de la clase obrera para la lucha económica;

3) que en los momentos actuales se observa una tendencia general de las masas obreras de Rusia a unirse en sindicatos;

4) que la lucha económica puede comportar un consistente mejoramiento de la situación de las masas obreras y el fortalecimiento de su organización genuinamente clasista solo a condición de que se combine de modo acertado con la lucha política del proletariado;

Entendemos y proponemos que el Congreso apruebe:

1) que todas las organizaciones del Partido deben contribuir a la formación de sindicatos apartidistas e impulsar a todos los militantes del Partido a ingresar en el sindicato de su respectivo oficio;

2) que el Partido debe procurar por todos los medios educar a los obreros sindicados en el espíritu de una amplia comprensión de la

lucha de clases y de los objetivos socialistas del proletariado, para conquistar con su actividad un papel de hecho dirigente en dichos sindicatos y, por último, para que estos sindicatos puedan, en determinadas condiciones, adherirse directamente al Partido, pero sin excluir en modo alguno a aquellos de sus afiliados que no son miembros del Partido.

.....

Actitud ante la дума de estado

Considerando:

1) que la Duma de Estado es una burda falsificación de representación popular, ya que:

a) el sufragio no es universal ni igual ni directo, de hecho, la masa de obreros y campesinos está excluida de participar en la Duma de Estado, y la correlación del número de compromisarios de los diversos grupos de la población se ha adecuado a las miras policíacas;

b) por el volumen de sus poderes y su relación con el Consejo de Estado, la Duma es un apéndice inerte de la burocracia autocrática;

c) el clima de las elecciones excluye en forma absoluta la posibilidad de que el pueblo pueda expresar realmente su voluntad, por falta de libertad de propaganda, por la represión militar, por las ejecuciones y detenciones masivas, por la arbitrariedad policíaca y administrativa;

d) la única finalidad que el gobierno persigue al convocar semejante Duma de Estado es engañar al pueblo, afianzar la autocracia, facilitarle nuevas estafas financieras y una componenda con los elementos reaccionarios de las clases explotadoras, a las cuales se asegura el predominio en la Duma de Estado;

2) que la participación en las elecciones a la Duma de Estado, sin aportar nada al desarrollo de la conciencia de clase del proletariado, al fortalecimiento y la ampliación de su organización clasista y su disposición combativa, es capaz más bien de desorganizar y corromper al proletariado, por cuanto:

a) la participación de la socialdemocracia en las elecciones mantendría inevitablemente

en el pueblo las ilusiones constitucionalistas, la fe en que las elecciones pueden dar una expresión un tanto fiel de la voluntad del pueblo y la idea de que el Partido emprende el camino pseudoconstitucionalista;

b) los colegios de delegados de los obreros y de compromisarios, en razón de su escaso número, de la brevedad y carácter específico de sus funciones, nada pueden aportar para una organización verdaderamente revolucionaria del proletariado;

c) la participación en las elecciones desvía la atención del proletariado del movimiento revolucionario, que se desarrolla al margen de la Duma, hacia la farsa gubernamental, traslada el centro de gravedad de una amplia propaganda entre las masas a los pequeños círculos de compromisarios;

d) nuestra participación en las elecciones no puede ayudar a la educación socialdemócrata de los sectores más ignorantes de las masas que van a la Duma, además, por una vía exclusivamente legal, en la cual hoy no puede situarse el POSDR;

e) el abandono de las asambleas electorales provinciales por parte de los compromisarios no frustraría la convocatoria de la Duma ni provocaría un amplio movimiento popular;

3) que la participación en las elecciones, en la situación política actual, obligaría a los socialdemócratas a retirarse sin haber aportado provecho alguno al movimiento, o a rebajarse de hecho al papel de mudos cómplices de los demócratas constitucionalistas;

Entendemos y proponemos que el Congreso apruebe:

1) que el POSDR debe negarse rotundamente a participar en la Duma de Estado;

2) que el POSDR debe negarse rotundamente a participar en las elecciones a la Duma de Estado en cualquiera de sus etapas;

3) que el POSDR debe utilizar del modo más enérgico todas y cada una de las” asambleas relacionadas con las elecciones para exponer los puntos de vista de la socialdemocracia en general, para una implacable crítica de la Duma de Estado en particular y para llamar

a la lucha por la convocatoria revolucionaria de una asamblea constituyente de todo el pueblo en especial.

4) que el POSDR debe utilizar también la campaña de agitación en torno a la Duma para dar a conocer a las masas populares, en lo posible más amplias, todas las concepciones tácticas del Partido sobre todo el momento revolucionario que vivimos y sobre todas las tareas que de él se derivan.

.....

Bases de organización del partido

Considerando:

1) que el principio del centralismo democrático en el Partido es actualmente admitido por todos;

2) que, aunque dificultosa, en las condiciones políticas actuales su aplicación es, sin embargo, posible, dentro de ciertos límites;

3) que mezclar el aparato clandestino con el aparato legal de la organización del Partido ha sido de todo punto funesto para el Parti-

do y ha hecho el juego a la provocación del gobierno;

Entendemos y proponemos que el Congreso apruebe:

1) que el principio electivo en las organizaciones del Partido debe ser aplicado de abajo arriba;

2) que la inobservancia de este principio, por ejemplo, las elecciones indirectas o la cooptación a los organismos electivos, etc., solo es admisible cuando los obstáculos policíacos son insalvables o en casos excepcionales especialmente previstos;

3) que es imperiosamente necesario preservar y fortalecer el núcleo clandestino de la organización del Partido;

4) que para las actividades públicas de todo género (en la prensa, en las reuniones, en las asociaciones, particularmente en los sindicatos, etc.) deben ser creadas secciones especiales de las organizaciones que en ningún caso puedan perjudicar la integridad de las células clandestinas;

5) que la institución central del Partido debe ser una, es decir, el Congreso general del Partido debe elegir un Comité Central único, que designará a la Redacción del Órgano Central del Partido, etc.

Publicado el 20 de marzo de 1906, en el núm. 2 de "Partínie Izvestia".

Se publica según el texto del periódico.

Notas al final - Plataforma táctica para el congreso de unificación del POSDR

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i Se refiere a la proclama del CC Unificado del POSDR *Al Partido*, publicada en febrero de 1906, en la que se analizaban los problemas relacionados con la convocatoria del IV Congreso (de Unificación).

ii Debido a las discrepancias existentes entre bolcheviques y mencheviques en el problema agrario, que se hicieron particularmente notorias en vísperas del IV Congreso (de Unificación) del POSDR, el Comité Central Unificado creó una comisión especial. Esta resumió todas las concepciones sobre el problema agrario que se manifestaban en la socialdemocracia en cuatro proyectos básicos: de Lenin, Rozhkov, Máslov y Finn-Enotaevski (señaló un quinto proyecto, del grupo *Borbá*), y los presentó al Congreso. La mayoría de la comisión compartía el punto de vista de Lenin, cuyo proyecto fue presentado al Congreso cómo el de la mayoría de la comisión agraria del CC Unificado del POSDR. Este proyecto —confiscación y, en determinadas condiciones políticas, nacionalización de toda la tierra—, que Lenin argumentó antes del Congreso en su artículo *Revisión del programa agrario del partido obrero*, fue aprobado, junto con la plataforma táctica para el Congreso, en las reuniones bolcheviques previas al mismo, celebradas en marzo de 1906.

iii *Partido Comercial e Industrial*: partido contrarrevolucionario de los grandes capitalistas,

fundado en Moscú después de publicado el manifiesto del 17 (30) de octubre. Este partido, que declaró su adhesión al manifiesto, exigía que se estableciera un poder gubernamental fuerte para reprimir el movimiento revolucionario, se manifestaba contra la convocatoria de una asamblea constituyente, la nacionalización de la tierra, la jornada de ocho horas y la libertad de huelga. En las elecciones a la I Duma de Estado formó un bloque con los octubristas. Se disolvió a fines de 1906, y la mayoría de sus miembros ingresó en la Unión del 17 de Octubre.

iv *Partido de Reformas Democráticas*: partido de la burguesía monárquica liberal, fundado a comienzos de 1906, durante las elecciones a la I Duma de Estado, por los elementos que consideraban el programa demócrata constitucionalista demasiado izquierdista. Como carecía de una base sólida, el Partido de Reformas Democráticas dejó de existir a fines de 1907.

El boicot

Los socialdemócratas del ala izquierda deben reconsiderar la cuestión del boicot a la Duma de Estado. Debe recordarse que siempre hemos planteado esta cuestión en forma concreta y en relación con una situación política dada. Así, por ejemplo, *Proletari* (de Ginebra) escribía que “sería ridículo renunciar a utilizar hasta la Duma de Buliguin” si llegara a nacer. Y con referencia a la Duma de Witte, en el folleto titulado *La Duma de Estado y la táctica socialdemócrata* (de N. Lenin y F. Dan), escribió N. Lenin “Debemos reconsiderar sin falta y con sentido práctico el problema de la táctica... La situación ahora es otra” que en la época de la Duma de Buliguin (véase el folleto citado, p. 2).

En la cuestión del boicot, la diferencia principal entre la socialdemocracia revolucionaria y la socialdemocracia oportunista es la siguiente: los oportunistas se limitan a aplicar en todos los casos un método estereotipado de la historia del socialismo alemán. Debemos utilizar las instituciones represen-

tativas; la Duma es una institución representativa; por lo tanto, el boicot es una medida anarquista, y nosotros debemos entrar en la Duma. Todos los razonamientos de nuestros mencheviques, y de Plejánov en particular, sobre este tema, podrían reducirse a ese simple y pueril silogismo. La resolución de los mencheviques sobre la importancia de las instituciones representativas en un período revolucionario (véase el núm. 2 de *Partinje Izvestia*) revela extraordinariamente el carácter estereotipado, antihistórico, de sus razonamientos.

Los socialdemócratas revolucionarios, por el contrario, centran precisamente su atención en el examen cuidadoso de la situación política concreta. No se pueden abordar las tareas de la época revolucionaria en Rusia copiando unilateralmente uno de los modelos alemanes de los últimos tiempos, olvidando las enseñanzas de los años 1847-1848. No podremos comprender nada de la marcha de nuestra revolución si nos limitamos a oponer pura y exclusivamente el boicot “anarquista” a la participación socialdemócrata en las

elecciones. ¡Aprendan de la historia de la revolución rusa, señores!

Esta historia *ha demostrado* que el boicot a la Duma de Buliguin era en esos momentos la única táctica justa, y resultó confirmada plenamente por los acontecimientos. Quien lo olvide, quien hable del boicot sin tener en cuenta las enseñanzas de la Duma de Buliguin (como hacen siempre los mencheviques), se extiende a sí mismo un certificado de indigencia mental, de incapacidad para explicar y tener en cuenta uno de los períodos de la revolución rusa más importante y rico en acontecimientos. La táctica del boicot a la Duma de Buliguin se basaba en una apreciación correcta del estado de ánimo del proletariado revolucionario y de las peculiaridades objetivas del momento, que hacían inevitable un estallido general inmediato.

Pasemos ahora a la *segunda* enseñanza de la historia, a la Duma demócrata constitucionalista de Witte. En nuestros días oímos con frecuencia a intelectuales socialdemócratas pronunciar discursos de arrepentimiento por haber boicoteado a dicha Duma. El hecho de

que se haya reunido y de que, sin duda, haya servido indirectamente a la revolución se considera suficiente para confesar con arrepentimiento que fue un error boicotear a la Duma de Witte.

Pero esta opinión es en extremo unilateral y miope, ya que no tiene en cuenta una serie de sucesos importantísimos acaecidos en el período anterior a la Duma de Witte, en el período de su existencia y después de su disolución. Recuérdese que la ley electoral para esta Duma fue promulgada el 11 de diciembre, en el momento en que los insurrectos desplegaban la lucha armada por la asamblea constituyente. Recuérdese que *incluso el “Nachalo” menchevique* escribía entonces: “El proletariado barrerá la Duma de Witte *lo mismo* que barrió la de Buligin”. En esas condiciones, el proletariado no podía ni debía dejar en manos del zar, sin lucha, la convocatoria de la primera asamblea representativa en Rusia. El proletariado debía luchar para que la autocracia no se afianzase mediante un empréstito garantizado por la Duma de Witte. Debía combatir

asimismo las ilusiones constitucionalistas, en las que se basaban *totalmente*, en la primavera de 1906, la campaña electoral de los demócratas constitucionalistas y las elecciones entre los campesinos. En aquella época, en la que se exageraba en forma desorbitada la importancia de la Duma, la única manera de combatir esas ilusiones era el boicot. Hasta qué punto *la difusión* de las ilusiones constitucionalistas estaba ligada a la participación en la campaña electoral y en las elecciones de la primavera de 1906 puede verse claramente en la actitud adoptada por nuestros mencheviques. ¡Baste recordar que en la resolución del IV Congreso (de Unificación) del POSDR se llamaba “poder” a la Duma, no obstante las advertencias de los bolcheviques! Otro ejemplo: Plejánov escribía, sin que le asaltase la más leve duda: “El gobierno *caerá* al abismo cuando disuelva la Duma”. ¡Qué pronto se ha confirmado la justedad de las palabras con que entonces se le replicó: debemos prepararnos para *hacer caer* al enemigo en el abismo y no como los demócratas constitucionalistas, ¡poner es-

peranzas en que “caiga” por sí mismo en el abismo!

El proletariado debía hacer cuanto pudiera por conservar la independencia de su táctica en nuestra revolución, a saber: junto al campesinado consciente, contra la burguesía monárquica liberal, vacilante y traidora. Pero era *imposible* emplear esta táctica durante las elecciones a la Duma de Witte, debido a una serie de condiciones, tanto objetivas como subjetivas, para las que participar en las elecciones hubiera equivalido, en la inmensa mayoría de las localidades de Rusia, a que el partido obrero apoyara tácitamente a los demócratas constitucionalistas. El proletariado no podía ni debía adoptar una táctica ambigua y artificial, urdida con “astucia” y basada en el desconcierto, la táctica de las elecciones con fines desconocidos, de las elecciones a la Duma, pero no para la Duma. Y, sin embargo, es un hecho histórico, imposible de ocultar pese a las reticencias, las evasivas y los subterfugios de los mencheviques, que *ninguno* de ellos, ni siquiera Plejánov, se *atrevió* a sostener en la prensa

que debíamos participar en la Duma. Es un hecho que en la prensa no apareció *un solo* llamamiento para que participásemos en la Duma. Es un hecho también que los propios mencheviques, en la hoja del Comité Central Unificado del POSDR, reconocieron oficialmente el boicot y *solo* discutieron en qué etapa había que aplicarlo. Es un hecho que los mencheviques no centraron la atención en las elecciones *a la Duma*, sino en las elecciones *como tales*, e incluso en el proceso electoral como medio *para* organizar la insurrección, *para* barrer la Duma. Sin embargo, los acontecimientos han demostrado precisamente que era imposible desarrollar la agitación de masas durante las elecciones y que, por el contrario, únicamente la Duma ofrecía cierta posibilidad para hacer agitación entre las masas.

Quien trate realmente de tener en cuenta y analizar todos estos complicados hechos, de carácter tanto objetivo como subjetivo, comprobará que el Cáucaso no fue más que la excepción que confirma la regla. Comprobará asimismo que pronunciar discursos de

arrepentimiento y explicar el boicot como un “arrebato juvenil” es apreciar los acontecimientos del modo más estrecho, superficial y miope.

La disolución de la Duma ha demostrado ahora con claridad que, en las condiciones imperantes en la primavera de 1906, el boicot era, en conjunto, una táctica acertada y beneficiosa. En las condiciones que imperaban *entonces*, solo mediante el boicot podían los socialdemócratas cumplir con su deber de hacer al pueblo las advertencias necesarias contra la Constitución zarista y de proporcionar la crítica necesaria de toda la trapaería demócrata constitucionalista durante las elecciones. Y tanto la crítica como las advertencias resultaron vivamente confirmadas por la disolución de la Duma.

He aquí un pequeño ejemplo que ilustra lo anterior. En la primavera de 1906, el señor Vodovósov, semidemócrata constitucionalista, semimenchevique, estaba con toda el alma en pro de participar en las elecciones y de apoyar a los demócratas constitucionalistas. Ayer (11 de agosto) escribió en *Továrischi*ⁱ

que los demócratas constitucionalistas “querían ser un partido parlamentario en un país sin parlamento y un partido constitucional en un país sin Constitución” y que “todo el carácter del Partido Demócrata Constitucionalista se halla determinado por la contradicción esencial entre su programa radical y su táctica, que no tiene nada de radical”.

Los bolcheviques no podían esperar triunfo más completo que este reconocimiento por parte de un demócrata constitucionalista de izquierda o un plejanovista de derecha.

Pero, aunque rechacemos categóricamente los discursos de arrepentimiento, pusilánimes y cortos de visión, aunque rechacemos la necia explicación del boicot como un “arrebato juvenil”, nada más lejos de nuestro ánimo que negar las *nuevas* enseñanzas de la Duma demócrata constitucionalista. El temor a reconocer abiertamente esas enseñanzas y a tenerlas en cuenta sería una prueba de obstinación pedante. La historia ha demostrado que, cuando se reúne la Duma, existe la posibilidad de desplegar una agitación provechosa desde dentro y fuera de ella; ha

demostrado asimismo que en la Duma es posible aplicar la táctica de unirse al campesinado revolucionario contra los demócratas constitucionalistas. Quizás esto parezca una paradoja, pero tal es, sin duda, la ironía de la historia: fue la Duma demócrata constitucionalista la que mostró a las masas, con singular evidencia, lo correcto de la que, para abreviar, podríamos llamar táctica “antidemócrata constitucionalista”. La historia ha refutado implacablemente todas las ilusiones constitucionalistas y toda la “confianza en la Duma”, pero ha demostrado también indudablemente que esta institución sirvió, aunque de manera modesta, a la revolución como tribuna de agitación para desenmascarar la verdadera “naturaleza íntima” de los partidos políticos, etc.

De ahí deducción de que sería ridículo cerrar los ojos ante la realidad. Ahora precisamente ha llegado el momento de que los socialdemócratas revolucionarios dejen de boicotear. No nos negaremos a ir a la segunda Duma cuando sea (o “si” es) convocada. No nos negaremos a utilizar esa palestra, pero

en modo alguno exageraremos su modesto valor; al contrario, guiados por la experiencia que ya nos brinda la historia, lo haremos supeditando totalmente la lucha parlamentaria a otra forma de lucha: la huelga, la insurrección, etc.

Convocaremos el V Congreso del Partido y tomaremos el acuerdo de que, *en caso de que se celebren elecciones*, será menester llegar a un pacto electoral, por algunas semanas, con los trudoviques (si no se convoca el V Congreso del Partido, será imposible realizar una campaña electoral conjunta, ya que, por resolución del IV Congreso, están prohibidos categóricamente todos los “bloques con otros partidos”). Y entonces derrotaremos a los demócratas constitucionalistas en toda la línea.

Pero esta conclusión está todavía lejos de revelar toda la complejidad de la tarea que afrontamos. Hemos subrayado deliberadamente las palabras “*en caso de que se celebren elecciones*”, etc. No sabemos aún si se convocará la segunda Duma, cuándo se celebrarán las elecciones, cuál será la ley elec-

toral y cuál será entonces la situación. Por lo tanto, nuestra conclusión adolece de extrema generalidad. Es necesaria para efectuar el balance de la experiencia pasada, para sacar las enseñanzas del pasado, para plantear acertadamente en el futuro las cuestiones de táctica, pero es por completo insuficiente para resolver los problemas concretos de nuestra táctica inmediata.

Únicamente los demócratas constitucionales y todos los que simpatizan con ellos pueden contentarse, en este momento, con una conclusión semejante, lanzar una «consigna» para sí mismos basada en las ansias de ir por una nueva Duma y tratar de persuadir al gobierno de cuan deseable es convocarla lo antes posible, etc. Únicamente los traidores conscientes o inconscientes a la revolución pueden orientar ahora todos sus esfuerzos a que el nuevo e inevitable ascenso del ánimo y de la agitación se encauce hacia las elecciones y no hacia la lucha mediante la huelga general y la insurrección.

Hemos llegado a lo esencial en el problema de la táctica actual de la socialdemocracia.

El fondo de la cuestión no es ahora si, en general, debemos participar en las elecciones. Responder “sí” o “no” en este caso equivale a no decir nada sobre la tarea fundamental del momento. Exteriormente, la situación política en agosto de 1906 es parecida a la de agosto de 1905, pero desde entonces ha habido un progreso inmenso: están definidas con mucha más precisión las fuerzas que luchan de uno y otro lado, las formas de la lucha y los plazos requeridos para tal o cual movimiento estratégico, si podemos expresarlo así.

El plan del gobierno es claro. Ha calculado con mucho acierto, al fijar la fecha de la convocatoria de la Duma y no fijar, en cambio, la de las elecciones, *violando la ley*. El gobierno no quiere atarse las manos ni enseñar sus cartas. En primer lugar, gana tiempo para estudiar la modificación de la ley electoral; en segundo lugar —y esto es lo más importante—, mantiene la fecha de las elecciones en reserva; hasta poder definir plenamente el carácter y la intensidad del nuevo ascenso. El gobierno quiere fijar la fecha de las elec-

ciones en un momento particular (y quizás también en una forma particular, es decir, la forma de las elecciones) en que pueda *dividir y debilitar la incipiente insurrección*. El gobierno razona con tino: si todo está en calma, tal vez no convoquemos para nada a la Duma, o bien volveremos a las leyes de Bulguin. Pero si, por el contrario, surge un movimiento fuerte, podremos intentar dividirlo, fijando provisionalmente la fecha de las elecciones y, de este modo, apartar de la lucha revolucionaria directa a ciertos cobardes y bobalicones.

Hasta tal punto no comprenden la situación los zoquetes liberales (véanse *Továrisch y Rech*) que ellos mismos se están metiendo en las redes tendidas por el gobierno. Se desviven para “demostrar” que la Duma es necesaria y que es *deseable* que la marea ascendente encauce hacia las elecciones. Pero ni siquiera ellos pueden negar que sigue en suspenso el problema de la forma que asumirá la lucha próxima. *Rech* de hoy (12 de agosto) reconoce: “todavía no se sabe... qué dirán los campesinos en el otoño...”. “Será

difícil hacer alguna predicción general hasta septiembre u octubre, cuando el estado de ánimo del campesinado se revele con precisión”.

Los burgueses liberales son fieles a sí mismos. Ni quieren ni pueden contribuir activamente a escoger las formas de lucha, ni a moldear el estado de ánimo de los campesinos en un sentido u otro. Los intereses de la burguesía no exigen el derrocamiento del viejo régimen, sino solo su debilitamiento y la designación de un gabinete liberal.

Los intereses del proletariado exigen el derrocamiento total del viejo régimen zarista y la convocatoria de una asamblea constituyente con pleno poder; sus intereses exigen la intervención más activa para moldear el estado de ánimo de los campesinos, para escoger las formas de lucha más resueltas y el momento más propicio. En ningún caso debemos retirar ni velar la consigna de asamblea constituyente convocada por la vía revolucionaria, o sea, por un gobierno provisional revolucionario. Debemos encaminar todos nuestros esfuerzos a esclarecer las

condiciones para la insurrección: su combinación con el movimiento huelguístico, la cohesión y preparación de todas las fuerzas revolucionarias a este fin, etc. Debemos marchar resueltamente por la senda trazada en manifiestos bien conocidos: *Al ejército y a la marina* y *A todos los campesinos*, que fueron firmados por el “bloque” de todas las organizaciones revolucionarias, entre ellas el grupo trudovique. Debemos, por último, preocuparnos de modo especial de que el gobierno no logre en absoluto dividir, detener o debilitar la insurrección incipiente, fijando la fecha de las elecciones. Al respecto, deben ser plenamente obligatorias para nosotros las enseñanzas de la Duma demócrata constitucionalista, según las cuales la campaña de la Duma es una forma de lucha subordinada, secundaria, mientras que la forma principal—dadas las condiciones objetivas del momento— sigue siendo el movimiento revolucionario directo de las amplias masas del pueblo.

Por supuesto, subordinar la campaña *por la Duma* a la lucha principal, relegarla a segundo término para el caso de un desenlace

desfavorable o aplazar la batalla hasta después de conocer la experiencia de la segunda Duma podría denominarse, si se quiere, vieja táctica de boicot. Desde el punto de vista formal puede admitirse tal caracterización, pues la ‘preparación para las elecciones’—además de la labor de agitación y propaganda siempre obligatoria— se reduce a medidas técnicas de detalle, que muy rara vez pueden llevarse a cabo mucho antes de las elecciones. No queremos discutir sobre las palabras; en el fondo, esta táctica es *el desarrollo* consecuente de la vieja táctica, y no su *repetición*; es una conclusión derivada del viejo boicot, y no el viejo boicot en sí.

Resumamos. Hay que tener en cuenta la experiencia de la Duma demócrata constitucionalista y difundir sus enseñanzas entre las masas; demostrar a las masas la “inutilidad” de la Duma, la necesidad de la asamblea constituyente, la inestabilidad de los demócratas constitucionalistas; exigir que los trudoviques se liberen del yugo de los demócratas constitucionalistas y apoyar a los primeros contra los segundos. Debemos re-

conocer inmediatamente la necesidad de un pacto electoral entre los socialdemócratas y los trudoviques en caso de que se celebren nuevas elecciones, oponernos con toda energía al plan del gobierno de dividir la insurrección, fijando la fecha de las elecciones. Los socialdemócratas, a la vez que abogan con más vigor que nunca por sus probadas consignas revolucionarias, deben aplicar todos sus esfuerzos a aglutinar más a todos los elementos y clases revolucionarias, a fin de transformar el ascenso, probable en un futuro cercano, en una insurrección armada de todo el pueblo contra el gobierno zarista.

Escrito el 12 (25) de agosto de 1906.

Publicado el 21 de agosto de 1906 en el periódico "Proletari", núm. I.

Se publica según el texto del periódico.

Notas al final - El boicot

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

¡Továrisch (Camarada): diario burgués; se publicó en Petersburgo desde el 15 (28) de marzo de 1906 hasta el 30 de diciembre de 1907 (12 de enero de 1908). Aunque formalmente no era órgano de ningún partido, en la práctica actuaba como portavoz de los demócratas constitucionalistas de izquierda. En el periódico colaboraban también los mencheviques.

La derrota de Rusia y la crisis revolucionaria

La “disolución” de la IV Dumaⁱ como respuesta a la formación dentro de ella de un bloque opositor, integrado por liberales, octubristasⁱⁱ y nacionalistas, es una de las manifestaciones más notables de la crisis revolucionaria en Rusia. Derrota de los ejércitos de la monarquía zarista, ascenso del movimiento huelguístico y revolucionario del proletariado, efervescencia de las masas, bloque de los liberales y los octubristas para llegar a un acuerdo con el zar sobre un programa de reformas y de movilización de la industria, con vistas a la victoria sobre Alemania: tal es la sucesión y la vinculación de los acontecimientos al finalizar el primer año de guerra.

Todo el mundo ve hoy que la crisis revolucionaria en Rusia es un hecho, pero no todos comprenden acertadamente su significación, ni las tareas que derivan de ella para el proletariado.

La historia parece repetirse: de nuevo una guerra, como en 1905ⁱⁱⁱ, y una guerra a la que el zarismo ha arrastrado al país por objetivos clara y abiertamente reaccionarios, de conquista y rapiña. Y, de nuevo, la derrota en la guerra y la crisis revolucionaria acelerada por esa derrota. De nuevo también, la burguesía liberal –que incluso está aliada esta vez a capas más amplias de la burguesía conservadora y de los terratenientes– propone un programa de reformas y acuerdos con el zar. Casi igual que en el verano de 1905, antes de la Duma de Bulguin^{iv}, o que, en el verano de 1906, después de disuelta la I Duma^v.

Pero en realidad hay una enorme diferencia: la guerra abarca ahora a toda Europa, a todos los países adelantados, en los que existe un poderoso movimiento socialista de masas. La guerra imperialista *ha vinculado* la crisis revolucionaria en Rusia, crisis que ha surgido sobre el terreno de la revolución democrática burguesa, a la crisis creciente de la revolución proletaria, socialista, en Occidente. Este vínculo es tan directo que ya es absolutamente imposible ejecutar por sepa-

rado las tareas revolucionarias en uno u otro país: la revolución democrática burguesa en Rusia es ahora no solo el prólogo, sino también una parte integrante inalienable de la revolución socialista en Occidente.

Llevar la revolución burguesa en Rusia a sus últimas consecuencias para encender la revolución proletaria en Occidente: tal era la misión del proletariado en 1905. En 1915, la segunda mitad de esta tarea se ha hecho tan apremiante que se plantea al mismo tiempo que la primera. En Rusia ha surgido una nueva división política sobre la base de relaciones internacionales nuevas, más elevadas, más desarrolladas, más entrelazadas. Es la nueva división entre los revolucionarios chovinistas, que quieren la revolución con vistas a la victoria sobre Alemania, y los revolucionarios internacionalistas proletarios, que quieren la revolución en Rusia *con vistas* a la revolución proletaria en Occidente y simultáneamente con esta. Es, en esencia, una división entre la pequeña burguesía urbana y rural en Rusia y el proletariado socialista. La nueva división debe ser claramente

comprendida, porque el primer deber de un marxista, es decir, de todo socialista consciente, ante la revolución que se avecina, consiste en comprender las posiciones de *las diversas clases* e interpretar las divergencias en cuanto a táctica y principios en general como diferencias de posición de las diversas clases.

Nada más trivial, más despreciable y nocivo que la idea corriente entre los filisteos de la revolución: “olvidemos” las divergencias “en ocasión” de la tarea común inmediata que nos plantea la próxima revolución. Quien después de una experiencia de diez años, de 1905 a 1914, no se haya convencido de lo disparatado de esta idea, es un caso desesperado desde el punto de vista revolucionario. Quien se limite hoy a las exclamaciones revolucionarias, sin analizar qué clases *han demostrado* que pueden aceptar y aceptan un programa revolucionario determinado, no se diferencia realmente de “revolucionarios” como los Jrustaliov, Aladin y Aléxinski.

La posición de la monarquía y los terratenientes feudales es clara para nosotros: “no

entregar” Rusia a la burguesía liberal; más bien llegar a un entendimiento con la monarquía alemana. No menos clara es la posición de la burguesía liberal: aprovechar la derrota y el ascenso revolucionario para arrancar concesiones a una monarquía atemorizada y obligada a compartir el poder con la burguesía. También es clara la posición del proletariado revolucionario, que quiere llevar la revolución a sus últimas consecuencias aprovechando las vacilaciones y dificultades del gobierno y de la burguesía. En cuanto a la pequeña burguesía, o sea, la enorme masa de la población rusa que apenas comienza a despertar, camina a tientas, “a ciegas”, a la zaga de la burguesía, prisionera de los prejuicios nacionalistas, por una parte, empujada hacia la revolución por los horrores y calamidades sin precedentes, inauditos, de la guerra, de la carestía de la vida, la ruina, la miseria y el hambre, y, por otra parte, tirada a cada paso *hacia atrás*, hacia la idea de la defensa de la patria, o de la integridad del Estado ruso, o hacia la idea de la prosperidad del pequeño campesino obtenida gracias

a una victoria sobre el zarismo y sobre Alemania, sin una victoria sobre el capitalismo.

Estas vacilaciones del pequeño burgués, del pequeño campesino, no son casuales, sino que provienen inevitablemente de su situación económica. Sería necio cerrar los ojos ante esta verdad “amarga”, pero profunda; hay que comprenderla y discernirla a través de *las corrientes y agrupaciones políticas* existentes, a fin de no engañarse ni engañar al pueblo, y de no debilitar ni paralizar el partido revolucionario del proletariado socialdemócrata. El proletariado se debilitará a sí mismo si permite que su partido vacile como vacila la pequeña burguesía. El proletariado cumplirá su misión solo cuando sepa marchar sin vacilaciones hacia su gran objetivo, impulsando a la pequeña burguesía, dejando que aprenda de sus propios errores cuando se inclina hacia la derecha, y utilizando todas las fuerzas de la pequeña burguesía para el ataque, cuando la vida la obliga a marchar hacia la izquierda.

Los trudoviques, los eseristas^{vi} y los liquidadores del Comité de Organización son *las*

corrientes políticas de Rusia que se han definido netamente durante la última década, que han demostrado su ligazón con los diferentes grupos, elementos y capas de la pequeña burguesía y que han revelado sus vacilaciones, desde un revolucionarismo extremo, de palabra, hasta una alianza con los chovinistas socialistas populares^{vii} o con *Nasha Zariá*, de hecho. Por ejemplo, el 3 de setiembre de 1915, los cinco secretarios del CO en el extranjero publicaron un llamamiento a propósito de las tareas del proletariado, donde no se dice una palabra sobre el oportunismo y el socialchovinismo, pero se habla de una “insurrección” en la retaguardia del ejército alemán (¡esto después de haber luchado todo un año contra la consigna de la guerra civil!) y donde se proclama la consigna, tan ensalzada por los demócratas constitucionalistas^{viii} en 1905, de ¡¡»una asamblea constituyente para liquidar la guerra y abolir el régimen autocrático del 3 de junio»!!^{ix} Quien no haya comprendido la necesidad de que el partido del proletariado se separe totalmente de esas corrientes pequeñoburguesas para que la re-

volución tenga éxito, en vano se da el nombre de socialdemócrata.

No, ante la crisis revolucionaria en Rusia, acelerada precisamente por la derrota —y esto es lo que los adversarios de toda laya del “derrotismo” temen reconocer—, las tareas del proletariado seguirán siendo luchar contra el oportunismo y el chovinismo, lucha sin la cual es imposible desarrollar la conciencia revolucionaria de las masas, y ayudar al movimiento de masas por medio de consignas revolucionarias inequívocas. Las consignas del proletariado socialdemócrata, las consignas de nuestro Partido, seguirán siendo, como en el pasado, no una asamblea constituyente, sino el derrocamiento de la monarquía, la instauración de la república, la confiscación de la propiedad agraria de los terratenientes y la jornada de ocho horas. En relación directa con ello, para separar de hecho, en toda su propaganda y agitación y en todas las acciones de la clase obrera, los objetivos del socialismo y oponerlos a los objetivos del chovinismo burgués (incluyendo sus variedades plejanovista y kautskista),

nuestro Partido continuará proclamando la consigna de transformación de la guerra imperialista en guerra civil, es decir, la consigna de la revolución socialista en Occidente.

Las lecciones de la guerra obligan incluso a nuestros adversarios a admitir en la práctica tanto la posición del “derrotismo” como la necesidad de lanzar –primero como una frase contundente en un llamamiento y después más seria y reflexivamente– la consigna de la “insurrección en la retaguardia” de los militaristas alemanes, en otras palabras, la consigna de la guerra civil. Viene a comprobarse que las lecciones de la guerra hacen penetrar en la cabeza lo que nosotros hemos predicado desde el comienzo mismo de la guerra. La derrota de Rusia *ha resultado* el mal menor, ya que hizo avanzar enormemente la crisis revolucionaria y sacudió a millones, a decenas y centenares de millones de hombres. Y la crisis revolucionaria en Rusia, en condiciones de una guerra imperialista, no podía sino suscitar la idea de la única vía de salvación para los pueblos, la idea de la “insurrección en la retaguardia” del ejército

alemán, es decir, la idea de la guerra civil en *todos* los países beligerantes.

La vida enseña. La vida *está avanzando*, a través de la derrota de Rusia, hacia una revolución en Rusia y, a través de esa revolución y en relación con ella, hacia una guerra civil en Europa. La vida ha tomado este camino. Y el partido del proletariado revolucionario de Rusia, sacando nuevas fuerzas de estas lecciones de la vida, que han justificado su posición, seguirá con mayor energía aún el camino que ha elegido.

Escrito en setiembre, más tarde del 5 (18), de 1915.

Publicado por primera vez el 7 de noviembre de 1928, en el periódico "Pravda", núm. 260.

Se publica según el manuscrito.

Notas al final - La derrota de Rusia y la crisis revolucionaria

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i El 30 de agosto (12 de setiembre) de 1915, el zar Nicolás II promulgó un decreto según el cual la IV Duma de Estado quedaba disuelta a partir del 3 (16) de setiembre. Sus deliberaciones debían reanudarse en noviembre de 1915 a más tardar, en dependencia de las circunstancias extraordinarias.

La IV Duma de Estado (noviembre de 1912-febrero de 1917) aprobó la entrada de Rusia en la Primera Guerra Mundial. En la sesión de la Duma del 26 de julio (8 de agosto) de 1914, los representantes de todos los grupos burgueses y terratenientes declararon que se unían en torno al gobierno para “defender la patria”. Poco después adoptaron también la posición defensista los grupos menchevique y eserista. Solo el grupo bolchevique se manifestó enérgicamente contra la guerra; se negó a votar los créditos de guerra y realizó una propaganda revolucionaria internacionalista entre las masas. En noviembre de 1914, los diputados bolcheviques a la IV Duma de Estado fueron detenidos y entregados a la justicia acusados de alta traición.

Las derrotas sufridas en el frente hacia el verano de 1915 movieron a la burguesía a formular un programa de reformas moderadas con el fin de aplastar la revolución que maduraba, conservar la monarquía y continuar la

guerra “hasta la victoria final”. En agosto de 1915, los grupos burgueses y terratenientes de la Duma y del Consejo de Estado crearon el llamado Bloque progresista cuya plataforma preveía la formación de un “gobierno de confianza” integrado por personalidades que contasen con el total respaldo de la burguesía.

ii *Octubristas*: miembros del Partido Unión del 17 de Octubre, que se constituyó en Rusia después de publicado el Manifiesto zarista del 17 de octubre de 1905. Ese partido contrarrevolucionario representó y defendió los intereses de la gran burguesía y de los terratenientes que explotaban sus economías al modo capitalista. Los octubristas apoyaron sin reservas la política interior y exterior del gobierno zarista.

iii Se alude a la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, que culminó en la derrota de la autocracia zarista.

iv *Duma de Buliguin*: “institución representativa” consultiva que el gobierno zarista prometió convocar en 1905. El 6 (19) de agosto de 1905 se publicaron el Manifiesto del zar, la ley que instituía la Duma de Estado y el Reglamento para las elecciones a la misma. Se la denominó Duma de Buliguin, por haber encargado el zar a A. G. Buliguin, a la sazón ministro del Interior, de confeccionar el proyecto correspondiente. Solo los terratenientes, los grandes capitalistas y un reducido número de campesinos acomodados tenían derecho a participar en las elecciones.

Los bolcheviques exhortaron a los obreros y campesinos a boicotear activamente la Duma de Buliguin. Los mencheviques consideraban que era posible participar

en las elecciones a la Duma y se manifestaban por la colaboración con la burguesía liberal. Las elecciones no llegaron a celebrarse: el impetuoso ascenso de la revolución y la huelga política de octubre de 1905, que abarcó a toda Rusia, barrieron la Duma de Buliguin.

v *La I Duma de Estado* se convocó el 27 de abril (10 de mayo) de 1906, de conformidad con un reglamento preparado por S. Y. Witte, presidente del Consejo de Ministros.

La huelga general de octubre de 1905 obligó al zar a promulgar el 17 de octubre un Manifiesto en el que se anunciaba la convocatoria de una Duma de Estado que, a diferencia de la Duma de Buliguin, barrida por la revolución, tendría funciones legislativas. El gobierno zarista esperaba que, convocando una nueva Duma, podría escindir y debilitar el movimiento revolucionario y encauzar el desarrollo del país por el pacífico camino de la monarquía constitucional. Los bolcheviques boicotearon las elecciones. El boicot socavó considerablemente el prestigio de la Duma de Estado y aflojó la confianza que tenía depositada en ella una parte de la población. Sin embargo, no se logró frustrar las elecciones.

La I Duma de Estado, por débil y conformista que fuera, no justificó las esperanzas del gobierno. El 8 (21) de julio de 1906 fue disuelta.

vi *Trudoviques* (Grupo del Trabajo): grupo de demócratas pequeñoburgueses de las Dumas de Estado constituido por campesinos e intelectuales de tendencias populistas. Lo formaron en abril de 1906 los diputados campesinos

a la I Duma de Estado. En la Duma, los trudoviques vacilaron entre los demócratas constitucionalistas y los socialdemócratas revolucionarios. Durante la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los trudoviques adoptaron las posiciones socialchovinistas. Eseristas (socialistas revolucionarios): partido pequeñoburgués formado en Rusia a fines de 1901 y comienzos de 1902. Sus concepciones fueron una mezcla ecléctica de ideas populistas y revisionistas. Durante la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los eseristas sustentaron posiciones del socialchovinismo.

vii *Socialistas populares* (enesistas): miembros del Partido Socialista Popular del Trabajo, partido pequeñoburgués, que se desprendió en 1906 del ala derecha del partido de los socialistas revolucionarios (eseristas). Los enesistas tendieron a formar un bloque con los demócratas constitucionalistas. Lenin dijo que ese partido "... se distingue muy poco de los demócratas constitucionalistas, ya que omite en su programa tanto la república como la reivindicación de toda la tierra" (O. C, t. 14, p. 24). Durante la Primera Guerra Mundial, los socialistas populares adoptaron criterios socialchovinistas.

viii *Demócratas constitucionalistas*: miembros del Partido Demócrata Constitucionalista, partido principal de la burguesía monárquica liberal de Rusia, fundado en octubre de 1905. Militaban en él elementos de la burguesía, terratenientes activistas de los zemstvos e intelectuales burgueses. Los demócratas constitucionalistas desempeñaron un activo papel en la preparación de Rusia para la guerra. Apoyaban incondicionalmente los planes

anexionistas del Gobierno zarista con el fin de fortalecer la posición de la burguesía y aplastar el movimiento revolucionario en el país. Al comenzar la Primera Guerra Mundial, lanzaron la consigna: “¡Guerra hasta la victoria final!” En 1915, cuando las tropas zaristas sufrieron una derrota en el frente y dentro del país iba creciendo la crisis revolucionaria, los diputados demócratas constitucionales a la Duma de Estado, encabezados por P. N. Miliukov, formaron el sedicente Bloque progresista con otros sectores de la burguesía y los terratenientes, cuyo fin era impedir la revolución, mantener por medio de reformas la monarquía y llevar la guerra “hasta la victoria final”.

ix El 3 (16) de junio de 1907 se hizo público el Manifiesto del zar sobre la disolución de la II Duma (1906-1907) y los cambios que se introducían en la ley electoral. La nueva ley aumentaba considerablemente la representación de los terratenientes y la burguesía comercial e industrial en la Duma y reducía en varias veces el número, ya de por sí exiguo, de representantes de los campesinos y los obreros. Fue una burda infracción del Manifiesto del 17 de octubre de 1905 y de la Ley Fundamental de 1906, según las cuales el gobierno no podía promulgar leyes sin el visto bueno de la Duma de Estado. Con arreglo a esa ley fue elegida, y se convocó el 1º (14) de noviembre de 1907, la III Duma de Estado, en la que predominaron los partidarios de las centurias negras y los octubristas. El golpe de Estado del 3 de junio dio comienzo a un período de reacción.

Algunas tesis de la redacción

El contenido de este número muestra el inmenso trabajo realizado por el Comité de Petersburgo de nuestro Partidoⁱ. Para Rusia y para toda la Internacional este trabajo es un verdadero modelo de lo que pueden hacer los socialdemócratas durante una guerra reaccionaria, en las condiciones más difíciles. Los obreros de Petersburgo y de Rusia pondrán todo su empeño en apoyar esta actividad y la proseguirán por ese mismo camino más enérgicamente, con más vigor y amplitud.

Teniendo en cuenta las indicaciones de nuestros camaradas de Rusia, formularemos algunas tesis con respecto a los problemas actuales de la actividad socialdemócrata:

1) La consigna de “asamblea constituyente”, como consigna independiente, es errónea, puesto que *en el momento actual* el problema es saber quién la convocará. Los liberales admitieron esta consigna en 1905, pues entonces *podía* ser interpretada en el sentido de una asamblea convocada por el zar y

que estuviese de acuerdo con él. Las consignas más justas son las de las “tres ballenas” (república democrática, confiscación de las tierras de los terratenientes y jornada de 8 horas), añadiéndoles (véase el número 9)ⁱⁱ el llamamiento a la solidaridad internacional de los obreros en la lucha por el socialismo, por el derrocamiento revolucionario de los gobiernos beligerantes y contra la guerra.

2) Estamos contra la participación en los comités de la industria de guerraⁱⁱⁱ que ayudan a librar la guerra imperialista reaccionaria. Somos partidarios de utilizar la campaña electoral, por ejemplo, de participar en la primera fase de las elecciones, pero *solo* con fines de agitación y organización. No cabe hablar siquiera de boicot a la Duma de Estado. Es *absolutamente necesario* tomar parte en las nuevas elecciones. Mientras nuestro Partido no tenga diputados en la Duma de Estado, habría que aprovechar todo lo que allí pase en beneficio de la socialdemocracia revolucionaria.

3) Consideramos que es particularmente urgente y esencial consolidar y ampliar la

acción socialdemócrata en el seno del proletariado, y extenderla al proletariado rural, a los campesinos pobres y al ejército. La tarea más importante de la socialdemocracia revolucionaria es impulsar el movimiento huelguístico que ha comenzado, desarrollándolo bajo la consigna de las “tres ballenas”. El cese inmediato de la guerra debe tener en la agitación el lugar que le corresponde. Entre sus otras reivindicaciones, los obreros no deben olvidar la de la rehabilitación inmediata de los diputados obreros, miembros del grupo obrero socialdemócrata de Rusia.

4) Los Soviets de Diputados Obreros y otras instituciones análogas deben ser considerados como órganos de la insurrección, como órganos del poder revolucionario. Estas instituciones podrán ser realmente útiles solo en ligazón con el desarrollo de la huelga política de masas y la insurrección, y a medida que ésta se prepare, se desarrolle y obtenga éxitos.

5) El contenido social de la revolución que se avecina en Rusia solo puede ser la dictadura democrática revolucionaria del proletariado

y del campesinado. La revolución no puede triunfar en Rusia sin derrocar a la monarquía y a los terratenientes feudales. Pero es imposible derrocarlos si el proletariado no tiene el apoyo del campesinado. La creciente diferenciación de la población rural en “propietarios de caserías acaudalados” y proletarios rurales no ha abolido la opresión del campo por los Márkov y Cía. Siempre hemos estado y estamos incuestionablemente, y en todos los casos, por una organización *autónoma* de los proletarios rurales.

6) Es objetivo del proletariado de Rusia llevar la revolución democrática burguesa en Rusia a sus últimas consecuencias *con el fin* de encender la revolución socialista en Europa. Este segundo objetivo se ha acercado ahora extraordinariamente al primero, pero, no obstante, sigue siendo una tarea especial y segunda, porque *las clases* que colaboran con el proletariado de Rusia *difieren* según el caso: en la primera tarea quien colabora es el campesinado pequeñoburgués de Rusia; en la segunda, el proletariado de los otros países.

7) Seguimos creyendo admisible que los socialdemócratas participen en un gobierno provisional revolucionario, Junto con la pequeña burguesía democrática, pero *no* con los revolucionarios chovinistas.

8) Consideramos revolucionarios chovinistas a los que quieren vencer al zarismo para vencer a Alemania, para expoliar a otros países, para afianzar la dominación de los rusos sobre los otros pueblos de Rusia, etc. La base del chovinismo revolucionario es la situación de clase de la pequeña burguesía. Esta vacila siempre entre la burguesía y el proletariado. Ahora vacila entre el chovinismo (que le impide ser consecuentemente revolucionaria, aun en el sentido de la revolución democrática) y el internacionalismo proletario. Los portavoces políticos de esta pequeña burguesía en Rusia son actualmente los trudoviques, los social-revolucionarios, *Nasha Zariá*, el grupo de Chjeídze, el CO, el señor Plejánov y otros por el estilo.

9) Si los revolucionarios chovinistas triunfaran en Rusia, estaríamos contra la defensa de

su “patria” en la guerra actual. Nuestra consigna es: contra los chovinistas, aunque sean revolucionarios y republicanos: *contra* ellos y *por* la alianza del proletariado internacional con vistas a la revolución socialista.

10) A la pregunta de si el proletariado puede desempeñar el papel dirigente en la revolución burguesa rusa, contestamos: sí, puede, *a condición de que*, en los momentos decisivos, la pequeña burguesía se incline hacia la izquierda, y lo que la empuja hacia la izquierda no es solo nuestra propaganda, sino también varios factores objetivos económicos, financieros (las cargas de la guerra), militares, políticos, etc.

11) A la pregunta de qué haría el partido del proletariado si la revolución pusiera el poder en sus manos en la guerra actual, contestamos: propondríamos la paz a *todos* los beligerantes a condición de que se diese la libertad a las colonias y a *todos* los pueblos dependientes, oprimidos y de derechos mermodos. Ni Alemania, ni Inglaterra y Francia, bajo sus actuales gobiernos, aceptarían esta

condición. Nos veríamos obligados entonces a preparar y librar una guerra revolucionaria, es decir, no solo aplicaríamos, con las medidas más enérgicas, todo nuestro programa mínimo, sino que también nos empeñaríamos sistemáticamente en lograr la insurrección en todos los pueblos hoy oprimidos por los rusos, en todas las colonias y los países dependientes de Asia (India, China, Persia, etc.); al mismo tiempo, y en primer lugar, llamaríamos a la insurrección al proletariado socialista de Europa contra sus gobiernos, a despecho de sus socialchovinistas. No cabe duda alguna de que la victoria del proletariado en Rusia crearía condiciones extraordinariamente favorables para el desarrollo de la revolución en Asia y en Europa. Así lo demostró *incluso* el año 1905. Y la solidaridad internacional del proletariado revolucionario es *un hecho*, a pesar de la sucia espuma del oportunismo y el socialchovinismo. Publicamos estas tesis con el fin de establecer un intercambio de opiniones con los camaradas. Desarrollaremos nuestras ideas en los próximos números del OC.

Escrito entre el 23 y el 26 de septiembre (6 y 9 de octubre) de 1915.

Publicado el 13 de octubre de 1915, en el periódico “Sotsial-Demokrat”, núm. 47.

Se publica según el texto del periódico.

Notas al final - Algunas tesis de la redacción

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i A comienzos de octubre de 1915 Lenin recibió proclamas y otros materiales sobre la labor de los bolcheviques en Petersburgo, enviados por encargo del Comité del POSDR de esa ciudad. El núm. 47 de **Sotsial-Demokrat**, Órgano Central del POSDR, que apareció el 13 de octubre de 1915 y fue impreso en el taller de Bentel (Bumplitz, cerca de Berna), estaba íntegramente dedicado a la labor de los bolcheviques en Petersburgo.

Lenin registró las proclamas recibidas de Petersburgo, indicando los números de orden, las fechas de aparición, firmas y modos de impresión. Destacó en una columna especial las consignas incluidas en las proclamas.

La última columna la dedicó al “Contenido y puntos fundamentales de la argumentación”. Se han conservado muchas de esas proclamas con acotaciones de Lenin, así como sus observaciones sobre algunas en hoja aparte.

ii Lenin se refiere a la proclama núm. 9 citada en el artículo de N. K. Krúpskaya *Proclamas del Comité de Petersburgo del POSDR aparecidas durante la guerra*, publicado en *Sotsial-Demokrat*, núm. 47. En la lista compuesta por Lenin se señalan las consignas dadas en dicha proclama: «¡Abajo la guerra!, ¡Viva la segunda revolución! Tres ballenas + solidaridad internacional de los obreros y el socialismo».

iii *Los comités de la industria de guerra* fueron creados en Rusia en mayo de 1915 por la gran burguesía imperialista

para ayudar al zarismo a continuar la guerra. Con el fin de influir sobre los obreros e inculcarles sentimientos defensistas, la burguesía resolvió organizar “grupos obreros” adjuntos a esos comités para demostrar que en el país se había logrado una “paz de clases” entre ella y el proletariado. Los bolcheviques declararon el boicot a los mismos comités y lo llevaron a cabo con éxito, apoyados por la mayoría de los obreros.

En la reunión de delegados de los obreros de Petrogrado, realizada el 27 de septiembre (10 de octubre) de 1915, la resolución bolchevique que llamaba a boicotear los comités de la industria de guerra y a salir de la contienda por vía revolucionaria reunió 95 votos, mientras que la resolución menchevique obtuvo 81. Solo en una segunda reunión, debido a la retirada de los obreros partidarios de los bolcheviques, los mencheviques, encabezados por el socialchovinista K. A. Gvózdev, lograron elegir diez personas para el “grupo obrero”.

Borrador de las tesis del 4 (17) de marzo de 1917ⁱ

Las noticias de Rusia llegadas hasta hoy, 17 de marzo de 1917, a Zurich son tan escasas y los acontecimientos se desarrollan ahora en nuestro país con tanta rapidez, que todo juicio sobre la situación debe hacerse con mucha cautela.

Los telegramas de ayer comunicaban que el zar ya había abdicado y que el nuevo gobierno octubrista-demócrata constitucionalistaⁱⁱ ya había concertado un acuerdo con otros representantes de la dinastía de los Romanov. Hoy han llegado noticias de Inglaterra según las cuales ¡el zar no ha abdicado aún se desconoce su paradero! Eso significa que el zar trata de resistir, de organizar un partido y, quizás, un ejército para restaurar la monarquía; posiblemente, si logra huir de Rusia o ganarse parte de las fuerzas armadas, lance, para engañar al pueblo, un manifiesto ¡proclamando que ha firmado una paz separada inmediata con Alemania!

En tal situación, la tarea del proletariado es bastante compleja. No cabe duda de que debe organizarse lo mejor posible, reunir todas sus fuerzas, armarse, fortalecer y ampliar su alianza con todos los sectores de las masas trabajadoras de la ciudad y del campo, a fin de oponer una enérgica resistencia a la reacción zarista y aplastar definitivamente la monarquía zarista.

De otra parte, el nuevo gobierno, que ha tomado el poder en Petersburgo, o, más exactamente, que se lo ha arrebatado al proletariado triunfante en una lucha heroica y cruenta, está formado por burgueses y terratenientes liberales a cuyos intereses sirve Kerenski, representante de los campesinos democráticos y, posiblemente, de una parte de los obreros que han sido atraídos a la vía burguesa y han olvidado el internacionalismo. El nuevo gobierno consta de partidarios y defensores notorios de la guerra imperialista contra Alemania, es decir, de la guerra en alianza con los gobiernos imperialistas de Inglaterra y de Francia, de la guerra por el saqueo y la conquista de territorios ajenos:

Armenia, Galitzia, Constantinopla, etcétera.

El nuevo gobierno no puede dar a los pueblos de Rusia (ni a las naciones a las que nos ha vinculado la guerra) ni la paz, ni el pan, ni la plena libertad. Y por eso, la clase obrera debe continuar su lucha por el socialismo y por la paz, debe aprovechar para ello la nueva situación y explicársela a las más amplias masas populares.

El nuevo gobierno no puede dar la paz porque representa a los capitalistas y terratenientes y porque está atado por medio de tratados y compromisos financieros a los capitalistas de Inglaterra y Francia. La socialdemocracia de Rusia, manteniéndose fiel al internacionalismo, deberá por ello, ante todo y, sobre todo, explicar a las masas del pueblo, que anhelan la paz, la imposibilidad de conseguirla con el gobierno actual. En su primer mensaje al pueblo (17 de marzo), este gobierno no ha dicho ni una palabra del problema fundamental y esencial del momento actual: la paz. Mantiene en secreto los expoliadores tratados concluidos por el zarismo con Inglaterra, Francia, Italia, Japón, etc. Quiere ocultar al pueblo la verdad

sobre su programa militar, el hecho de que es partidario de continuar la guerra, de la victoria sobre Alemania. No está en condiciones de hacer lo que es hoy imprescindible para los pueblos: proponer inmediata y públicamente a todos los países beligerantes la firma del armisticio ahora mismo y, después, la conclusión de la paz sobre la base de la completa liberación de las colonias y de todas las naciones dependientes y de derechos mermados. Para realizar eso hace falta un gobierno obrero que actúe en alianza, primero, con los sectores más pobres de la población rural y, segundo, con los obreros revolucionarios de todos los países beligerantes.

El nuevo gobierno no puede dar al pueblo el pan. Y no hay libertad capaz de satisfacer a las masas que pasan hambre porque faltan víveres, porque se distribuyen mal y, lo principal, porque los capitalistas y los terratenientes los acaparan. Para dar a los pueblos el pan es necesario tomar medidas revolucionarias contra los terratenientes y los capitalistas, y esas medidas solo pueden ser realizadas por un *gobierno* obrero.

Por último, el nuevo gobierno tampoco puede dar al pueblo plena libertad, aunque en su manifiesto del 17 de marzo de 1917 hable exclusivamente de libertad política, silenciando los demás problemas, no menos importantes. El nuevo gobierno ya ha intentado llegar a un acuerdo con la dinastía de los Romanov, pues ha propuesto reconocerla, sin contar con la voluntad del pueblo, sobre la base de que Nicolás II abdique en favor de su hijo y que sea designado regente un miembro de la familia Romanov. En su manifiesto, el nuevo gobierno promete toda suerte de libertades, pero no cumple con su deber directo e incondicional, a saber: llevar a la práctica inmediatamente las libertades; hacer que los oficiales, etc., sean elegidos por los soldados; proceder a las elecciones a las Dumas urbanas de Peterburgo, Moscú y otras ciudades sobre la base de un sufragio verdaderamente universal, y no meramente masculino; permitir reuniones populares en todos los edificios del Estado y públicos; convocar elecciones a todas las instituciones locales y zemstvosⁱⁱⁱ, igualmente sobre la base de un auténtico sufragio universal;

anular todas las restricciones a los derechos de los organismos de administración autónoma local; destituir a todos los funcionarios designados desde arriba para supervisar la administración autónoma local; implantar no solo la libertad de culto, sino también la libertad de no practicar religión alguna; separar inmediatamente la escuela de la Iglesia y liberar la escuela de la tutela de los funcionarios, etcétera.

Todo el manifiesto publicado el 17 de marzo de 1917 por el nuevo gobierno inspira la mayor desconfianza, pues no contiene más que promesas y no señala la aplicación inmediata de una sola de las medidas más urgentes que podrían y deberían haberse aplicado ahora mismo.

El nuevo gobierno no dice en su programa ni una palabra sobre la jornada de 8 horas, ni sobre ninguna otra medida de orden económico para mejorar la situación de los obreros, ni sobre la tierra para los campesinos, la entrega a estos, sin indemnización, de todas las tierras de los latifundistas. Con su silencio sobre estas cuestiones esenciales, el nuevo gobierno revela su naturaleza capitalista y terrateniente.

Solo un gobierno obrero que se apoye, primero, en la inmensa mayoría de la población campesina, en los obreros agrícolas y los campesinos más pobres, y, segundo, en la alianza con los obreros revolucionarios de todos los países beligerantes, podrá dar al pueblo la paz, el pan y la plena libertad.

Por eso, el proletariado revolucionario no puede considerar la revolución del 1 (14) de marzo más que como una victoria inicial, muy incompleta aún, en su glorioso camino, no puede dejar de plantearse la tarea de continuar la lucha por la conquista de una república democrática y del socialismo.

Para cumplir esta tarea, el proletariado y el POSDR deben aprovechar, en primer lugar, la relativa e incompleta libertad que otorga el nuevo gobierno y que solo podrá garantizarse y ampliarse mediante una sucesiva lucha revolucionaria, más persistente y tenaz.

Es indispensable que las masas trabajadoras del campo y de la ciudad, y también los soldados, conozcan la verdad acerca del actual gobierno y su actitud real ante los problemas acuciantes. Es indispensable organizar Soviets

de diputados obreros y armar a los obreros; es indispensable extender las organizaciones proletarias al ejército (al que el nuevo gobierno ha prometido también derechos políticos) y al campo; es indispensable, en particular, una organización de clase, independiente, para los obreros agrícolas asalariados.

La victoria completa en la siguiente etapa de la revolución y la conquista del poder por un gobierno obrero solo pueden garantizarse haciendo conocer la verdad a las más vastas masas de la población y organizándolas.

Para cumplir esta tarea, que en una época revolucionaria y bajo la influencia de las duras enseñanzas de la guerra puede ser comprendida por el pueblo en un término mucho más corto que en circunstancias normales, es necesario que el partido del proletariado revolucionario sea independiente en el terreno ideológico y de organización, que permanezca fiel al internacionalismo e insensible a la falsa fraseología burguesa, destinada a embaucar al pueblo con discursos sobre la “defensa de la patria” en la actual guerra imperialista y expoliadora.

No solo el gobierno actual, sino ni siquiera un gobierno republicano democrático burgués que estuviera compuesto únicamente por Kerensky y otros socialpatriotas populistas y “marxistas”, podría sacar al pueblo de la guerra imperialista y garantizar la paz.

Por eso no podemos participar en ningún género de bloques, en ninguna alianza y ni siquiera acuerdo con los obreros defensistas, ni con la corriente de Gvózdev-Potréssov-Chjenkeli-Kerensky, etc., ni con gentes que, como Chjeídze, etc., pendulan y han adoptado una actitud indefinida ante esta cuestión fundamental. Tales acuerdos, además de introducir un elemento de falsedad en la conciencia de las masas y supeditarlas a la burguesía imperialista de Rusia, debilitarían y minarían el papel dirigente del proletariado en las acciones por librar a los pueblos de las guerras imperialistas y por garantizar una paz verdaderamente duradera entre los gobiernos obreros de todos los países.

*Publicado por primera vez en 1924, en
Recopilación Leninista II.*

Se publica según el manuscrito.

Notas al final - Borrador de las tesis del 4 (17) de marzo de 1917^{<?>}

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i Lenin conoció el 2 (15) de marzo de 1917 las primeras noticias sobre la Revolución Democrática Burguesa de febrero en Rusia. Los telegramas en que se comunicaba la victoria de la revolución y el acceso al poder del gobierno octubrista-demócrata constitucionalista de los capitalistas y terratenientes se publicaron en los periódicos suizos *Züricher Post* y *Neue Zürcher Zeitung*. El 4 (17) de marzo, por la noche, ya había terminado de redactar el proyecto de tesis sobre las tareas del proletariado en la revolución rusa. No estaban destinadas a la prensa. Ese mismo día, las tesis fueron enviadas a Cristianía (Oslo), a través de Estocolmo, para que las conocieran los bolcheviques que regresaban a Rusia.

ii Lenin llama octubrista-demócrata constitucionalista al gobierno provisional burgués formado el 2 (15) de marzo de 1917, a las 3 de la tarde, en virtud de un acuerdo concertado entre el Comité Provisional de la Duma de Estado y los líderes eseristas y mencheviques del Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado. Integraron el gobierno: el príncipe G. E. Lvov (presidente del Consejo de Ministros y ministro del Interior); P. N. Miliukov, líder de los demócratas constitucionalistas (ministro de Negocios Extranjeros); A. I. Guchkov, líder de los octubristas (ministro de Guerra e, interinamente, de Marina), y otros representantes de

la gran burguesía y de los terratenientes, así como el trudovique A. F. Kerensky (ministro de Justicia).

El llamamiento del 4 (17) de marzo, al que Lenin alude más adelante, fue redactado por los mencheviques del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado como condiciones sobre cuya base el Comité Ejecutivo acordaba apoyar al gobierno provisional burgués. En el curso de las negociaciones del Comité de la Duma con los representantes del Comité Ejecutivo, este documento fue redactado por P. N. Miliukov y sirvió de base al primer llamamiento del gobierno provisional al pueblo.

iii *Zemstvo*: sedicente administración autónoma local encabezada por la nobleza, implantada en 1864 en las provincias centrales de la Rusia zarista. Las funciones de los zemstvos se limitaban a las cuestiones económicas puramente locales (organización de hospitales, tendido de caminos y carreteras, estadísticas, seguros, etc.).

Cartas desde lejosⁱ

Primera carta

La primera etapa de la primera revoluciónⁱⁱ

La primera revolución, engendrada por la guerra imperialista mundial, ha estallado. Seguramente, esta primera revolución no será la última.

A juzgar por los escasos datos de que se dispone en Suiza, la primera etapa de esta primera revolución, concretamente la revolución *rusa* del 1º de marzo de 1917, ha terminado. Seguramente, esta primera etapa no será la última de nuestra revolución.

¿Cómo ha podido producirse el «milagro» de que solo en 8 días –según ha afirmado el señor Miliukov en su jactancioso telegrama a todos los representantes de Rusia en el extranjero– se haya desmoronado una monarquía que se había mantenido a lo largo de siglos y que se mantuvo, pese a todo, durante tres años –1905-1907– de gigantescas batallas de clases en las que participó todo el pueblo?

Ni en la naturaleza ni en la historia se producen milagros, pero todo viraje brusco de la historia, incluida cualquier revolución, ofrece un contenido tan rico, desarrolla combinaciones tan inesperadas y originales de formas de lucha y de correlación de las fuerzas en pugna, que muchas cosas deben parecer milagrosas a la mentalidad pequeño-burguesa.

Para que la monarquía zarista pudiera desmoronarse en unos días, fue precisa la conjugación de varias condiciones de importancia histórica universal. Indiquemos las principales.

Sin los tres años de formidables batallas de clases, sin la energía revolucionaria desplegada por el proletariado ruso en 1905-1907, hubiera sido imposible una segunda revolución tan rápida, en el sentido de que ha culminado su *etapa inicial* en unos cuantos días. La primera revolución (1905) removió profundamente el terreno, arrancó de raíz prejuicios seculares, despertó a la vida política y a la lucha política a millones de obreros y a decenas de millones de campesinos, reveló a cada clase y al mun-

do entero el verdadero carácter de *todas* las clases (y de todos los principales partidos) de la sociedad rusa, la verdadera correlación de sus intereses, sus fuerzas, sus modos de acción, sus objetivos inmediatos y posteriores. La primera revolución y la época de contrarrevolución que le siguió (1907-1914) pusieron al desnudo la verdadera naturaleza de la monarquía zarista, llevaron ésta a su “último extremo”, descubrieron toda su putrefacción, toda la ignominia, todo el cinismo y todo el libertinaje de la banda zarista con el monstruo de Rasputín a la cabeza, descubrieron toda la ferocidad de la familia de los Romanov, esos pogromistas que anegaron Rusia en sangre de judíos, de obreros, de revolucionarios, esos *terratenientes*, “los primeros entre sus iguales”, *poseedores de millones* de deciatinas de tierra y dispuestos a todas las atrocidades, a todos los crímenes, dispuestos a arruinar y a estrangular a no importa cuantos ciudadanos para resguardar la “propiedad sacrosanta” suya y *de su clase*.

Sin la revolución de 1905-1907, sin la contrarrevolución de 1907-1914, habría sido

imposible una “autodefinición” tan precisa de todas las clases del pueblo ruso y de todos los pueblos que habitan en Rusia, la definición de la actitud de esas clases –de unas hacia otras y de cada una de ellas hacia la monarquía zarista– que se reveló durante los 8 días de la revolución de febrero-marzo de 1917. Esta revolución de 8 días fue “representada”, si puede permitirse la metáfora, como si se hubiera procedido con anterioridad a unos diez ensayos principales y secundarios; los “actores” se conocían, sabían sus papeles, sus puestos, conocían su situación a lo largo y a lo ancho, en todos los detalles, conocían hasta los menores matices de las tendencias políticas y de las formas de acción.

Pero, para que la primera, la gran revolución de 1905, condenada como “una gran rebelión” por los señores Guchkov, Miliukov y sus acólitos, condujera a los doce años a la “brillante” y “gloriosa” revolución de 1917, que los Guchkov y los Miliukov declaran “gloriosa” porque les ha dado (*por el momento*) el poder, se precisaba, además, un “director de escena” grande, vigoroso, om-

nipotente y capaz, por una parte, de acelerar extraordinariamente la marcha de la historia universal, y, por otra, de engendrar crisis mundiales económicas, políticas, nacionales e internacionales de una fuerza inusitada. Aparte de una aceleración extraordinaria de la historia universal, se precisaban virajes particularmente bruscos de ésta para que en uno de ellos pudiera volcar, *de golpe*, la carreta de la sangrienta y enlodada monarquía de los Romanov.

Este “director de escena” omnipotente, este acelerador vigoroso ha sido la guerra imperialista mundial.

Hoy ya no cabe duda de que la guerra es mundial, pues Estados Unidos y China están ya participando a medias en ella, y mañana lo harán totalmente.

Hoy ya no cabe duda de que la guerra es imperialista por *ambas* partes. Solo los capitalistas y sus secuaces, los socialpatriotas y los socialchovinistas —o, aplicando en lugar de definiciones críticas generales nombres de políticos bien conocidos en Rusia—, solo los Guchkov y los Lvov, los Miliukov

y los Shingariov, de un lado, y, de otro, solo los Gvózdev, los Potrésov, los Chjenkeli, los Kerensky y los Chjeídze pueden negar o velar este hecho. *Tanto* la burguesía alemana como la burguesía anglo-francesa hacen la guerra para saquear otros países, para estrangular a los pequeños pueblos, para establecer su dominación financiera en el mundo, para proceder al reparto y redistribución de las colonias, para salvar, engañando y dividiendo a los obreros de los distintos países, el agonizante régimen capitalista.

La guerra imperialista debía —ello era objetivamente inevitable— acelerar extraordinariamente y recrudecer de manera inusitada la lucha de clase del proletariado contra la burguesía, debía transformarse en una guerra civil entre las clases enemigas.

Esta *transformación ha comenzado* con la revolución de febrero-marzo de 1917, cuya primera etapa nos ha mostrado, en primer lugar, el golpe conjunto asestado al zarismo por dos fuerzas: toda la Rusia burguesa y terrateniente con todos sus acólitos inconscientes y con todos sus orientadores conscientes, los

embajadores y capitalistas anglo-franceses, por una parte, y, por otra, *el Soviet de diputados obreros*; que ha empezado a ganarse a los diputados soldados y campesinosⁱⁱⁱ.

Estos tres campos políticos, estas tres fuerzas políticas fundamentales son: 1) la monarquía zarista, cabeza de los terratenientes feudales, cabeza de la vieja burocracia y del generalato; 2) la Rusia burguesa y terrateniente de los octubristas y los demócratas constitucionalistas, detrás de los cuales se arrastraba la pequeña burguesía (cuyos representantes más señalados son Kerensky y Chjeídze); 3) el Soviet de diputados obreros, que trata de hacer aliados suyos a todo el proletariado y a todos los sectores pobres de la población; estas tres fuerzas políticas *fundamentales* se han revelado con plena claridad, incluso en los 8 días de la “primera etapa”, incluso para un observador obligado a contentarse con los escuetos telegramas de los periódicos extranjeros y tan alejado de los sucesos como lo está quien escribe estas líneas.

Pero antes de desarrollar esta idea, debo volver a la parte de mi carta consagrada al

factor de mayor importancia: la guerra imperialista mundial.

La guerra ha atado entre sí *con cadenas de hierro* a las potencias beligerantes, a los grupos beligerantes de capitalistas, a los “amos” del régimen capitalista, a los señores de la esclavitud capitalista. *Un amasijo sanguinolento*: eso es la vida social y política del momento histórico que vivimos.

Los socialistas que desertaron al campo de la burguesía en el comienzo de la guerra, todos esos David y Scheidemann en Alemania, los Plejánov, Potrésov, Gvózdev y Cía. en Rusia, vociferaron largamente y a grito pelado contra las “ilusiones” de los revolucionarios, contra las “ilusiones” del Manifiesto de Basilea^{iv}, contra el “sueño-farsa” de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Ensalzaron en todos los tonos la fuerza, la vitalidad, la facultad de adaptación reveladas, según ellos, por el capitalismo; ¡ellos, que han ayudado a los capitalistas a “adaptar”, domesticar, engañar y dividir a la clase obrera de los distintos países!

Pero “quien ríe el último, ríe mejor”. La burguesía no consiguió aplazar por largo tiempo la crisis revolucionaria engendrada por la guerra. Esta crisis se agrava con una fuerza incontenible en todos los países, empezando por Alemania, que sufre, según la expresión de un observador que la ha visitado recientemente, “un hambre genialmente organizada”, y terminando con Inglaterra y Francia, donde *el hambre se acerca también* y donde la organización es mucho menos “genial”.

Es natural que la crisis revolucionaria estallara *antes que en otras partes* en la Rusia zarista, donde la desorganización era la más monstruosa y el proletariado el más revolucionario (no debido a sus cualidades singulares, sino a las tradiciones, aún vivas, del “año 1905”) Aceleraron esta crisis las durísimas derrotas sufridas por Rusia y sus aliados. Estas derrotas sacudieron todo el viejo mecanismo gubernamental y todo el viejo orden de cosas, enfurecieron contra él a *todas* las clases de la población, exasperaron al ejército, exterminaron a muchísimos

de los viejos mandos salidos de una nobleza rutinaria y de una burocracia extraordinariamente podrida, y los reemplazaron con elementos jóvenes, nuevos, principalmente burgueses, *raznochintsi*^v, pequeño burgueses. Los lacayos descarados de la burguesía o los hombres simplemente faltos de carácter, que clamaban y vociferaban contra el “derrotismo”, se ven hoy ante el hecho de la ligazón histórica entre la derrota de la monarquía zarista, la más atrasada y bárbara, y *el comienzo* del incendio revolucionario.

Pero si las derrotas al empezar la guerra desempeñaron el papel de un factor negativo, que aceleró la explosión, el vínculo entre el capital financiero anglo-francés, el imperialismo anglo-francés y el capital octubrista y demócrata constitucionalista de Rusia ha sido el factor que ha acelerado esta crisis, mediante la *organización directa de un complot* contra Nicolás Romanov.

Por razones bien comprensibles, la prensa anglo-francesa silencia este aspecto, extraordinariamente importante, de la cuestión, mientras que la prensa alemana lo subraya

con maliciosa alegría. Nosotros, los marxistas, debemos mirar a la verdad cara a cara, serenamente, sin dejarnos desconcertar por la mentira oficial, por la mentira diplomática y dulzarrona de los diplomáticos y de los ministros del primer grupo beligerante de imperialistas, ni por los guiños y las risitas burlonas de sus competidores financieros y militares del otro grupo beligerante. Todo el curso de los sucesos en la revolución de febrero-marzo muestra claramente que las embajadas inglesa y francesa, con sus agentes y sus “influencias”, que llevaban mucho tiempo haciendo los esfuerzos más desesperados para impedir los acuerdos “separados” y una paz separada entre Nicolás II (esperamos y haremos lo necesario para que sea el último) y Guillermo II, organizaron directamente un complot con los octubristas y los demócratas constitucionalistas, con parte del generalato y de la oficialidad del ejército, sobre todo, de la guarnición de Petersburgo, para *deponer* a Nicolás Romanov.

No nos hagamos ilusiones. No incurramos en el error de quienes –como algunos

“miembros del CO” o “mencheviques”^{vi}, que vacilan entre la posición de los Gvózdev y los Potrésov^{vii} y el internacionalismo, deslizándose con excesiva frecuencia hacia el pacifismo pequeñoburgués— están dispuestos a ensalzar el “acuerdo” entre el partido obrero y los demócratas constitucionalistas, el “apoyo” del primero a los últimos, etc. Esa gente, rindiendo tributo a su vieja y manoseada doctrina (que nada tiene de marxista), echa un velo sobre el complot tramado por los imperialistas anglo-franceses con los Guchkov y los Miliukov para destronar a Nicolás Romanov, el “primer espadón”, y poner en su sitio a espadones más enérgicos, menos gastados, más capaces. Si la revolución ha triunfado tan rápidamente y de una manera tan radical —en apariencia y a primera vista—, es únicamente porque, debido a una situación histórica original en extremo, *se fundieron*, con “unanimidad” notable, *corrientes absolutamente diferentes*, intereses de clase *absolutamente heterogéneos*, aspiraciones políticas y sociales *absolutamente opuestas*. A saber: la conjuración de los im-

perialistas anglo-franceses, que empujaron a Miliukov, Guchkov y Cía. a adueñarse del poder *para continuar la guerra imperialista*, para continuarla con mayor encarnizamiento y tenacidad, para *asesinar a nuevos millones* de obreros y campesinos de Rusia a fin de dar Constantinopla... a los Guchkov, Siria... a los capitalistas franceses, Mesopotamia... a los capitalistas ingleses, etc. Esto de una parte. Y, de otra parte, un profundo movimiento proletario y de las masas del pueblo (todos los sectores pobres de la población de la ciudad y del campo), movimiento de carácter revolucionario, por *el pan, la paz y la verdadera libertad*.

Sería necio hablar de “apoyo” por parte del proletariado revolucionario de Rusia al imperialismo demócrata constitucionalista y octubrista, “amasado” con dinero inglés y tan repugnante como el imperialismo zarista. Los obreros revolucionarios han estado demoliendo, han demolido ya en gran parte y seguirán demoliendo la ignominiosa *monarquía* zarista hasta acabar con ella, sin entusiasmarse ni inmutarse si en ciertos

momentos históricos, de breve duración y de coyuntura excepcional, viene a *ayudarles* la lucha de Buchanan, Guchkov, Miliukov y Cía., con *vistas a sustituir* a un monarca por otro monarca, ¡y preferiblemente por otro Romanov!

Las cosas han ocurrido así, y solamente así. Así, y solamente así, puede considerar las cosas el político que no teme la verdad, que sopesa con lucidez la correlación de las fuerzas sociales en la revolución, que aprecia cada “momento actual” no solo en todo lo que tiene de original en el instante dado, sino también desde el punto de vista de resortes más profundos, de una correlación más profunda de los intereses del proletariado y de la burguesía, tanto en Rusia como en todo el mundo.

Los obreros de Petrogrado, lo mismo que los obreros de toda Rusia, han combatido con abnegación contra la monarquía zarista, por la libertad, por la tierra para los campesinos, *por la paz*, contra la matanza imperialista. El capital imperialista anglo-francés, para continuar e intensificar esta matanza, urdió

intrigas palaciegas, tramó un complot con los oficiales de la guardia, instigó y alentó a los Guchkov y a los Miliukov, tenía *completamente formado un nuevo gobierno*, que fue el que *tomó el poder* en cuanto la lucha proletaria hubo asestado los primeros golpes al zarismo.

Este nuevo gobierno en el que los octubristas^{viii} y los “renovadores pacíficos”^{ix}, Lvov y Guchkov, ayer cómplices de Stoly-pin el Verdugo, ocupan puestos de *verdadera importancia*, puestos cardinales, puestos decisivos, tienen en sus manos el ejército y la burocracia; este Gobierno, en el que Miliukov y otros demócratas constitucionalistas^x figuran más que nada como adorno, como rótulo, para pronunciar melifluos discursos profesoriales, y el “trudovique” Kerensky desempeña el papel de flauta para engañar obreros y a los campesinos, este gobierno no es una agrupación accidental de personas.

Son los representantes de una nueva clase llegada al poder político en Rusia, la clase de los terratenientes capitalistas y de la burguesía, que desde hace largo tiempo *dirige*

económicamente nuestro país y que tanto durante la revolución de 1905-1907 como durante la contrarrevolución de 1907-1914 y, finalmente, durante la guerra de 1914 a 1917 —en este período con singular celeridad—, se ha organizado políticamente con extraordinaria rapidez, apoderándose de las administraciones locales, de la instrucción pública, de congresos de todo género, de la Duma, de los comités de la industria de guerra^{xi}, etc. Esta nueva clase estaba ya “casi del todo” en el poder en 1917; por eso, los primeros golpes han sido suficientes para que el zarismo se desmoronase, abandonando el campo a la burguesía. La guerra imperialista, al exigir una increíble tensión de fuerzas, aceleró a tal extremo el proceso de desarrollo de la Rusia atrasada, que, “de golpe” —en realidad *aparentemente* de golpe—, *hemos alcanzado* a Italia, a Inglaterra y casi a Francia, hemos obtenido un gobierno “parlamentario”, de “coalición”, “nacional” (es decir, adaptado para continuar la matanza imperialista y para engañar al pueblo).

Al lado de este gobierno –que no es, en el fondo, más que un simple agente de las ‘firmas’ de multimillonarios, “Inglaterra y Francia”, desde el punto de vista de la guerra *presente*– ha aparecido un *gobierno obrero*, el gobierno principal, no oficial, no desarrollado aún, relativamente débil, que expresa los intereses del proletariado y de todos los elementos pobres de la población de la ciudad y del campo. Este gobierno es el *Soviet de diputados obreros* de Petrogrado que busca ligazón con los soldados y con los campesinos, así como con los obreros agrícolas; como es natural, con estos, sobre todo, más que con los campesinos.

Tal es la *verdadera* situación política que nosotros debemos ante todo esforzarnos por establecer con la máxima precisión y objetividad, a fin de dar a la táctica marxista la única base sólida que ha de tener: *los hechos*.

La monarquía zarista ha sido derrocada, pero todavía no ha sido rematada.

El gobierno octubrista y demócrata constitucionalista, gobierno burgués, que quiere llevar la guerra imperialista “hasta el final”,

es en realidad agente de la firma financiera “Inglaterra y Francia”, y *se ve obligado a prometer* al pueblo todas las libertades y todas las dádivas compatibles con el mantenimiento del poder sobre el pueblo y con la continuación de la matanza imperialista.

El Soviet de diputados obreros es una organización obrera, es el embrión del gobierno obrero, representante de los intereses de todas las masas *pobres* de la población, es decir, de las nueve décimas partes de la población, que busca *la paz, el pan y la libertad*.

La lucha de estas tres fuerzas determina la situación presente, que es *el paso* de la primera a la segunda etapa de la revolución.

La contradicción entre la primera fuerza y la segunda *no* es profunda, es una contradicción temporal, suscitada *solamente* por la coyuntura del momento, por un brusco viraje de los acontecimientos en la guerra imperialista. En el nuevo gobierno *todos* son monárquicos, pues el republicanismo *verbal* de Kerensky no es serio ni digno de un político; es, *objetivamente*, politiquería. Aún no había el nuevo gobierno asestado el gol-

pe de gracia a la monarquía zarista, cuando ya empezó a *entrar en tratos* con la dinastía de los terratenientes Romanov. La burguesía octubrista y demócrata constitucionalista *necesita* la monarquía como cabeza de la burocracia y del ejército, para salvaguardar los privilegios del capital contra los trabajadores.

Quien pretenda que los obreros deben *apoyar* al nuevo gobierno en nombre de la lucha contra la reacción del zarismo (y eso es lo que pretenden, por lo visto, los Potréssov, los Gvózdev, los Chjenkeli y, también, pese a su *posición evasiva*, los Chjeídze), traiciona a los obreros, traiciona la causa del proletariado, la causa de la paz y de la libertad. Porque, de hecho, *precisamente* este nuevo gobierno *ya* está atado de pies y manos por el capital imperialista, por la política imperialista *belicista*, de rapiña; *ya* ha iniciado las transacciones (¡sin consultar al pueblo!) con la dinastía; *ya se afana por restaurar la monarquía zarista*; *ya* invita a un candidato a reyezuelo, a Mijaíl Romanov; *ya* se preocupa de afianzar su trono, de sustituir

la monarquía legítima (legal, basada en viejas leyes) por una monarquía bonapartista, plebiscitaria (basada en un sufragio popular amañado).

¡Para combatir realmente contra la monarquía zarista, para asegurar realmente la libertad, y no solo de palabra, no en las promesas de los picos de oro de Miliukov y Kerensky, *no* son los obreros quienes deben apoyar al nuevo gobierno, sino este Gobierno quien debe “apoyar” a los obreros! Porque la única *garantía* de la libertad y de la destrucción completa del zarismo es *armar al proletariado*, consolidar, extender, desarrollar el papel, la importancia y la fuerza del Soviet de diputados obreros.

Todo lo demás son frases y mentiras, ilusiones de politiqueros del campo liberal y radical, maquinaciones fraudulentas.

Ayuden al armamento de los obreros o, al menos, no lo estorben, y la libertad será invencible en Rusia, nadie conseguirá restaurar la monarquía, y la república se verá asegurada.

De lo contrario, los Guchkov y los Miliukov restaurarán la monarquía y no harán *nada*, absolutamente nada, de lo que han prometido en cuanto a las “libertades”. Todos los politiqueros burgueses en *todas* las revoluciones burguesas “han alimentado” al pueblo y embaucado a los obreros con promesas.

Nuestra revolución es burguesa, y *por eso* los obreros deben apoyar a la burguesía, dicen los Potréssov, los Gvózdev y los Chjeídze, como dijera ayer Plejánov.

Nuestra revolución es burguesa, decimos nosotros, los marxistas, y *por eso* los obreros deben abrir los ojos al pueblo para que vea la mentira de los politiqueros burgueses y enseñarle a no creer en las palabras, a confiar únicamente en *sus propias* fuerzas, en *su propia* organización, en *su propia* unión, en *su propio* armamento.

El gobierno de octubristas y demócratas constitucionalistas, de los Guchkov y los Miliukov, *no puede* dar al pueblo –aunque lo quisiera sinceramente (solo niños de pecho pueden creer en la sinceridad de Guchkov y Lvov)– *¡ni la paz, ni el pan, ni la libertad.*

La paz, porque es un gobierno de guerra, un Gobierno de continuación de la matanza imperialista, un gobierno de *rapiña* que desea saquear Armenia, Galitzia, Turquía, conquistar Constantinopla, reconquistar Polonia, Curlandia, el País Lituano, etc. Este gobierno está atado de pies y manos por el capital imperialista anglo-francés. El capital ruso no es más que una sucursal de la “firma” universal que maneja centenares de miles de millones de rublos y que se llama “Inglaterra y Francia”.

El pan, porque este gobierno es burgués. *Cuanto más*, dará al pueblo, como lo ha hecho Alemania, “un hambre genialmente organizada”. Pero el pueblo no querrá tolerar el hambre. El pueblo llegará a saber, y sin duda bien pronto, que hay pan y que se puede obtener, pero únicamente con medidas *desprovistas de todo respeto hacia la santidad del capital y de la propiedad de la tierra*.

La libertad, porque este gobierno es un gobierno de terratenientes y capitalistas, que *teme* al pueblo y ha entrado ya en tratos con la dinastía de los Romanov.

En otro artículo trataremos de los objetivos tácticos de nuestra conducta inmediata respecto a este gobierno. Mostraremos en qué consiste la peculiaridad del momento actual, del *paso* de la primera a la segunda etapa de la revolución, y por qué la consigna, la “tarea del día”, en *este* momento debe ser: *¡Obreros! Ustedes han hecho prodigios de heroísmo proletario y popular en la guerra civil contra el zarismo. Tendrán que hacer prodigios de organización del proletariado y de todo el pueblo para preparar su triunfo en la segunda etapa de la revolución.*

Limitándonos *por ahora* a analizar la lucha de clases y la correlación de las fuerzas de clase en la etapa actual de la revolución, debemos plantear aún esta cuestión: ¿Quiénes son *los aliados* del proletariado en la *presente* revolución?

Estos aliados son *dos*: en primer lugar, la amplia masa de los semiproletarios y, en parte, de los pequeños campesinos de Rusia, masa que cuenta con decenas de millones de hombres y constituye la inmensa mayoría de la población. Esta masa *necesita* la paz, el

pan, la libertad y la tierra. Esta masa sufrirá inevitablemente cierta influencia de la burguesía, y sobre todo de la pequeña burguesía, a la que se acerca más por sus condiciones de existencia, vacilando entre la burguesía y el proletariado. Las duras lecciones de la guerra, que serán *tanto más* duras cuanto más enérgicamente hagan la guerra Guchkov, Lvov, Miliukov y Cía., empujarán a esta masa *inevitablemente* hacia el proletariado, la obligarán a seguirle. Ahora debemos aprovechar la libertad relativa del nuevo régimen y los Soviets de diputados obreros para esforzarnos en *ilustrar y organizar*, sobre todo y por encima de todo, a esta masa. Los Soviets de diputados campesinos, los Soviets de obreros agrícolas son una de las tareas más esenciales. No solo los esforzaremos por que los obreros agrícolas formen sus Soviets propios, sino también por que los campesinos pobres e indigentes se organicen *separadamente* de los campesinos acomodados. En la carta siguiente trataremos de las tareas especiales de las formas especiales de la organización cuya necesidad se impone hoy día con gran fuerza.

En segundo lugar, aliado del proletariado ruso es el proletariado de todos los países beligerante y de todos los países en general. Hoy este aliado se encuentra en gran medida abrumado por la guerra, sus portavoces son con excesiva frecuencia los socialchovinistas que en Europa se han pasado, como Plejánov, Gvózdev y Potrésov en Rusia, al campo de la burguesía. Pero cada mes de guerra imperialista ha ido liberando de su influencia al proletariado, y la revolución rusa acelerará *infaliblemente* este proceso en enormes proporciones.

Con estos dos aliados, el proletariado puede marchar y marchará, *aprovechando las particularidades* del actual momento de transición, primero a la conquista de la república democrática y de la victoria completa de los campesinos sobre los terratenientes, en lugar de la semimonarquía guchkoviano-miliukoviana, y después al *socialismo*, pues solo este dará a los pueblos, extenuados por la guerra, *la paz, el pan y la libertad*.

N. Lenin

Escrita el 7 (20) de marzo de 1917.

Se publicó resumido el 21 y el 22 de marzo de 1917 en el periódico “Pravda”, núms. 14 y 15.

Apareció íntegra por primero vez en 1949, en la 4^o edición de Obras de V l. Lenin, tomo 23.

Se publica según la copia mecanografiada, cotejada con el texto del periódico “Pravda”.

.....

Cartas desde lejos

Segunda carta

El nuevo gobierno y el proletariado

El principal documento de que dispongo hoy (8 (21) de marzo) es un número de *Times*^{xii} –periódico inglés archiconservador y archiburgués–, del 16 de marzo, con un resumen de noticias acerca de la revolución en Rusia. Está claro que sería difícil encontrar una fuente más bien dispuesta –por no decir otra cosa– hacia el gobierno de Guchkov y de Miliukov.

El corresponsal de este periódico comunica desde Petersburgo el miércoles 1^o (14)

de marzo –cuando solo existía el *primer* Gobierno Provisional, es decir, el Comité Ejecutivo de la Duma, encabezado por Rodzianko, y compuesto por 13 miembros^{xiii}, entre los que figuran, según se expresa el periódico, dos “socialistas”: Kerensky y Chjeídze– lo siguiente:

“Un grupo de 22 miembros elegidos del Consejo de Estado –Guchkov, Stajóvich, Trubetskói, el profesor Vasíliev, Grimm, Vernadski y otros– envió ayer un telegrama al zar”, rogándole que, para salvar la “dinastía”, etc., etc., convocase la Duma y nombrase un jefe de gobierno que gozara de la “confianza de la nación”. “No se sabe en estos momentos –escribe el corresponsal– cuál será la decisión del emperador que debe llegar hoy; sin embargo, una cosa es indudable. Si Su Majestad no satisface inmediatamente los deseos de los elementos más moderados entre sus leales súbditos, la influencia que hoy ejerce el Comité Provisional de la Duma de Estado pasará íntegramente a manos de los socialistas, que quieren establecer una república, pero que son incapaces de insti-

tuir cualquier gobierno de orden y que precipitarían infaliblemente el país en la anarquía en el interior y en una catástrofe en el exterior... “

¡Qué sabiduría estatal, qué claridad!, ¿no es cierto? ¡Qué bien comprende el correligionario (y quizá dirigente) inglés de los Guchkov y los Miliukov la correlación de fuerzas e intereses de las clases! “Los elementos más moderados entre sus leales súbditos”, es decir, los terratenientes y capitalistas monárquicos, desean ver el poder en sus manos, pues comprenden perfectamente que, de no ocurrir así, la “influencia” pasaría a manos de los “socialistas”. ¿Por qué, precisamente, a las de los “socialistas”, y no a las de alguien más? Porque el guchkoviano inglés ve a la perfección que en la arena política *no hay ni puede haber* otra fuerza social. La revolución ha sido obra del proletariado, que ha dado muestras de heroísmo, que ha vertido su sangre, que ha sabido llevar a la lucha a las más amplias masas trabajadoras y a las capas pobres de la población; que exige pan, paz y libertad, que exige la república

y simpatiza con el socialismo. Y un puñado de terratenientes y capitalistas, encabezados por los Guchkov y los Miliukov, quiere burlar la voluntad y los anhelos de la inmensa mayoría de la población, cerrar *trato con la monarquía tambaleante* para sostenerla y salvarla: ponga, Vuestra Majestad, el gobierno en manos de Lvov y Guchkov, y nosotros estaremos con la monarquía, contra el pueblo. ¡Este es el sentido, esta es la esencia de la política del nuevo gobierno!

Pero, ¿cómo justificar el engaño de que se quiere hacer víctima al pueblo, cómo justificar esa burla, esa violación de la voluntad de la mayoría gigantesca de la población?

Para ello hay que aplicar un procedimiento viejo, pero eternamente nuevo, de la burguesía: calumniar al pueblo. Y el guchkoviano inglés calumnia, insulta, escupe y suelta espumarajos: ¡¡"anarquía en el interior, catástrofe en el exterior", "ningún gobierno de orden"!!

¡Eso es mentira, honorable guchkoviano! Los obreros quieren la república, y la república es un Gobierno de "mayor orden" que

la monarquía. ¿Quién garantiza al pueblo que el segundo Romanov no se buscará un segundo Rasputín?

La catástrofe es acarreada, precisamente, por la continuación de la guerra, es decir, precisamente por el nuevo gobierno. Solo la república proletaria, apoyada por los obreros agrícolas y por los sectores más pobres del campo y de la ciudad, puede asegurar la paz y dar pan, orden y libertad.

Los berridos contra la anarquía no hacen más que velar los mezquinos intereses de los capitalistas, que desean lucrarse a cuenta de la guerra y de los empréstitos de guerra, que desean el restablecimiento de la monarquía *contra* el pueblo.

“... Ayer –continúa el corresponsal– el Partido Socialdemócrata lanzó un llamamiento, sedicioso en sumo grado, que se difundió por toda la ciudad. Ellos” (es decir, el Partido Socialdemócrata) “son meros doctrinarios, pero en tiempos, como los que corren, pueden causar un daño inmenso. Los señores Kerensky y Chjeídze, quienes comprenden que no pueden con-

fiar en prevenir la anarquía sin el apoyo de los oficiales y los elementos más moderados del pueblo, se ven obligados a tener en cuenta a sus camaradas menos prudentes y les hacen insensiblemente ir adoptando una actitud que complica la tarea del Comité Provisional... “

¡Oh, gran diplomático guchkoviano inglés!
¡Cuán “imprudentemente” ha dejado usted escapar la verdad!

El “Partido Socialdemócrata” y los “camaradas menos prudentes”, a quienes “se ven obligados a tener en cuenta Kerensky y Chjeídze”, son, por lo visto, el Comité Central, o de Petersburgo, de nuestro Partido, restaurado por la Conferencia de enero de 1912^{xiv}, esos mismos “bolcheviques” a quienes los burgueses tildan siempre de “doctrinarios” por su fidelidad a la “doctrina”, es decir, a los fundamentos, a los principios, a la teoría, a los objetivos del *socialismo*. Está claro que el guchkoviano inglés tilda de sediciosos y de doctrinarios el llamamiento^{xv} y el proceder de nuestro Partido porque este llama a luchar por la república, por la paz,

por la destrucción completa de la monarquía zarista, por el pan para el pueblo.

El pan para el pueblo y la paz son sedición, y las carteras ministeriales para Guchkov y Miliukov son “orden”. ¡Viejos y conocidos discursos!

¿Cuál es la táctica de Kerensky y de Chjeídze, según el guchkoviano inglés?

Es una táctica vacilante: de una parte, el guchkoviano les alaba porque “comprenden” (¡excelentes muchachos!, ¡muy inteligentes!) que sin el “apoyo” de los oficiales y de los elementos más moderados es imposible evitar la anarquía (en cambio, nosotros pensábamos y seguimos pensando, de acuerdo con nuestra doctrina, con nuestra teoría del socialismo, que son precisamente los capitalistas quienes introducen en la sociedad humana la anarquía y las guerras, que solo el paso de *todo* el poder político a manos del proletariado y de las capas más pobres del pueblo puede librarnos de las guerras, de la anarquía, del hambre). De otra parte, Kerensky y Chjeídze “se ven obligados a tener en cuenta” “a sus camaradas menos pruden-

tes”, es decir, a los bolcheviques, al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, restaurado y unificado por el Comité Central.

¿Qué fuerza «obliga» a Kerensky y a Chjeídze a “tener en cuenta” al Partido Bolchevique, al que *jamás* han pertenecido, al que ellos mismos o sus representantes literarios (“socialistas revolucionarios”, “socialistas populares”^{xvi}, “mencheviques miembros del CO”, etc.) siempre han insultado, condenado, declarado grupo ilegal insignificante, secta de doctrinarios, etc., etc.? ¿¿Dónde y cuándo se ha visto que, en tiempos de revolución, cuando actúan sobre todo *las masas*, políticos que estén en sus cabales “tengan en cuenta” a “doctrinarios”??

Nuestro pobre guchkoviano inglés se ha hecho un lío, no da pie con bola, no ha sabido ni mentir hasta el fin ni decir toda la verdad; lo único que ha hecho es desenmascararse.

Lo que ha obligado a Kerensky y a Chjeídze a tener en cuenta al Partido Socialdemócrata del Comité Central ha sido la influencia de este Partido en el proletariado, en las masas. Nuestro Partido ha resultado estar con

las masas, con el proletariado revolucionario, *a pesar* de la detención y la deportación de nuestros diputados a Siberia ya en 1914, a pesar de las terribles persecuciones y de las detenciones de que fue objeto nuestro Comité de Petersburgo por su trabajo clandestino, durante la conflagración, *contra* la guerra y contra el zarismo.

“Los hechos son tozudos”, dice un refrán inglés. ¡Permítame que se lo recuerde, honorable guchkoviano inglés! El hecho de que nuestro Partido ha dirigido a los obreros de Petersburgo, o por lo menos les ha prestado una ayuda abnegada en los grandes días de la revolución, *ha tenido* que reconocerlo el “*propio*” guchkoviano inglés. El hecho de que Kerensky y Chjeídze vacilan *entre* la burguesía y el proletariado también ha tenido que reconocerlo. Los partidarios de Gvózdev, los “defensistas”, es decir, los socialchovinistas, es decir, los defensores de la guerra imperialista, guerra de rapiña, siguen hoy, de cuerpo entero, a la burguesía; Kerensky, al entrar en el gabinete, es decir, en el segundo Gobierno Provisional, también

se ha marchado íntegramente con ella; Chjeídze no, Chjeídze continúa *vacilando* entre el Gobierno Provisional de la burguesía, de los Guchkov y los Miliukov, y el “Gobierno Provisional” del proletariado y las capas pobres del pueblo, el Soviet de diputados obreros y el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia unificado por el Comité Central.

La revolución ha confirmado, por consiguiente, lo que nosotros afirmábamos con particular insistencia al invitar a los obreros a que esclareciesen con nitidez la diferencia de clase entre los partidos fundamentales y las principales tendencias en el movimiento obrero y en la pequeña burguesía, ha confirmado lo que nosotros escribimos, por ejemplo, en el núm. 47 de Sotsial-Demokrat^{xviii}, de Ginebra, hace casi año y medio, el 13 de octubre de 1915:

“Como antes, consideramos admisible la participación de los socialdemócratas en el Gobierno Provisional revolucionario con la pequeña burguesía democrática, pero *de ningún modo* con los chovinistas revolucionarios. Consideramos chovinistas revolu-

cionarios a quienes desean la victoria sobre el zarismo para obtener la victoria sobre Alemania, para saquear a otros países, para fortalecer el dominio de los rusos sobre los demás pueblos de Rusia, etc. La base del chovinismo revolucionario es la posición de clase de la pequeña burguesía. Esta vacila siempre entre la burguesía y el proletariado. Ahora vacila entre el chovinismo (que le impide ser consecuentemente revolucionaria incluso en el sentido de la revolución democrática) y el internacionalismo proletario. Los representantes políticos de esta pequeña burguesía son hoy en Rusia los trudoviques^{xviii} los socialistas revolucionarios, *Nasha Zariá* (hoy *Delo*)^{xix}, el grupo de Chjeídze^{xx}, el Comité de Organización, el señor Plejánov, etc. Si los chovinistas revolucionarios vencieran en Rusia, estaríamos en contra de la defensa de su ‘patria’ en la guerra presente. Nuestra consigna es: contra los chovinistas, aunque se llamen revolucionarios y republicanos, *contra* ellos y *por* la unión del proletariado internacional para la revolución socialista”.

Pero volvamos al guchkoviano inglés.

“...Apreciando los peligros que tiene por delante –sigue el guchkoviano–, el Comité Provisional de la Duma de Estado se ha abstenido intencionadamente de llevar a cabo su plan original de detener a los ministros, aunque ayer lo hubiera podido hacer con la menor dificultad. Por tanto, la puerta ha quedado abierta para las negociaciones, gracias a lo cual nosotros” (“nosotros” = capital financiero e imperialismo ingleses) “podremos obtener todos los beneficios del nuevo régimen sin pasar por la horrible prueba de la Comuna y la anarquía de la guerra civil...”.

Los partidarios de Guchkov estaban *por* la guerra civil a *su* favor, están *contra* la guerra civil a favor del pueblo, es decir, de la mayoría indiscutible de los trabajadores.

“... Las relaciones entre el Comité Provisional de la Duma, representante de toda la nación” (¡eso se dice del Comité *de* la IV Duma de terratenientes y capitalistas!) “y el Soviet de diputados obreros, que representa

intereses meramente de clase” (lenguaje de diplomático que ha oído a medias palabras sabias y desea ocultar que el Soviet de diputados obreros representa al proletariado y a las capas pobres de la población, es decir, $\frac{9}{10}$ de la misma), “pero que en tiempos de crisis como los que corren tiene una influencia enorme, han suscitado gran inquietud entre los hombres juiciosos, que ven la posibilidad de un conflicto entre uno y otro, de un conflicto cuyos resultados podrían ser demasiado terribles.

“Felizmente, este peligro ha sido eliminado, al menos por el presente” (¡presten atención a este “al menos”!), gracias a la influencia del señor Kerensky, joven abogado con grandes dotes oratorias que comprende claramente”, (¿a diferencia de Chjeídze, que también comprendía, aunque, por lo visto, con menos claridad, según nuestro guchkoviano?) “la necesidad de colaborar con el Comité en interés de sus electores de la clase obrera” (es decir, para asegurarse los votos de los obreros, para coquetear con ellos).

“Hoy (miércoles 1º (14) de marzo) se ha llegado a un acuerdo satisfactorio^{xxi}, que evitará todo roce innecesario”.

¿Qué acuerdo ha sido ése?, ¿ha participado en él *todo* el Soviet de diputados obreros? ¿Cuáles son las condiciones del acuerdo? No lo sabemos. Esta vez el guchkoviano inglés ha silenciado en absoluto *lo principal*. ¡Es lógico! ¡A la burguesía no le conviene que esas condiciones sean claras y precisas, que las conozca todo el mundo, pues entonces le sería más difícil incumplirlas!

.....

Llevaba ya escritas las líneas precedentes, cuando leí dos noticias, muy importantes. En primer lugar, el llamamiento del Soviet de diputados obreros “apoyando” al nuevo gobierno^{xxii}, publicado el 20 de marzo en *Le Temps*^{xxiii}, periódico parisiense archiconservador y archiburgués, y, en segundo lugar, un extracto del discurso pronunciado el 1º (14) de marzo por Skóbelev en la Duma de Estado, extracto impreso por un periódico de Zurich (*Neue Zürcher Zeitung*, 1 Mit.

-bl., 21 /III) que lo tomó de un periódico berlinés (*National-Zeitung*).^{xxiv}

El llamamiento del Soviet de diputados obreros, si el texto no ha sido falseado por los imperialistas franceses, es un documento muy notable, demostrativo de que el proletariado de Petersburgo se hallaba, por lo menos cuando fue lanzado el llamamiento, influido sobremanera por los políticos pequeñoburgueses. Hago memoria de que yo cuento entre esos políticos, como lo he señalado anteriormente, a hombres del tipo de Kerensky y de Chjeídze.

En el llamamiento vemos dos ideas políticas y, en correspondencia, dos consignas.

Primero. El llamamiento dice que el gobierno (el nuevo gobierno) lo componen “elementos moderados”. Definición extraña y muy incompleta, de carácter puramente liberal, no marxista. También yo estoy dispuesto a admitir que, en cierto sentido –en mi próxima carta especificaré en cuál precisamente–, ahora –una vez terminada la primera etapa de la revolución– todo gobierno debe ser “moderado”. Pero es del todo inad-

misible ocultarse a sí mismo y ocultar al pueblo que este gobierno quiere la continuación de la guerra imperialista; que es un agente del capital inglés; que anhela la restauración de la monarquía y el fortalecimiento de la dominación de los terratenientes y los capitalistas.

El llamamiento declara que todos los demócratas deben “apoyar” al nuevo gobierno y que el Soviet de diputados obreros ruega a Kerensky que participe en el Gobierno Provisional y le faculta para ello. Las condiciones: realización de las reformas prometidas ya durante la guerra, garantía del “libre desarrollo cultural” (¿¿solo??) de las naciones (programa puramente demócrata constitucionalista, de una indigencia liberal) y constitución de un comité especial –formado por miembros del Soviet de diputados obreros y por “militares”^{xxv} – encargado de vigilar la actividad del Gobierno Provisional.

De este Comité de Vigilancia, relacionado con ideas y consignas de importancia secundaria, hablaremos especialmente más adelante.

Puede decirse que el nombramiento de un Luis Blanc ruso, Kerensky, y el llamamiento invitando a apoyar al nuevo gobierno son un ejemplo clásico de traición a la revolución y al proletariado, traición semejante a las que dieron al traste con toda una serie de revoluciones en el siglo XIX, independientemente del grado de sinceridad y de lealtad al socialismo por parte de los dirigentes y los partidarios de tal política.

El proletariado no puede y no debe apoyar al gobierno de la guerra, al gobierno de la restauración. Lo que hace falta para combatir la reacción, para rechazar las tentativas posibles y probables de los Romanov y de sus amigos con vistas a la restauración de la monarquía y la formación de un ejército contrarrevolucionario no es apoyar a Guchkov y Cía., sino *organizar*, ampliar y robustecer la milicia *proletaria*, armar al pueblo bajo la dirección de los obreros. Sin esta medida principal, básica, radical, ni hablar se puede de ofrecer una resistencia seria a la restauración de la monarquía y a las tentativas de escamotear o de castrar las libertades prome-

tidas ni, tampoco, marchar firmemente por el camino que lleva a la conquista del pan, de la paz, de la libertad.

Si Chjeídze, que con Kerensky formaba parte del primer Gobierno Provisional (Comité de los Trece de la Duma), no ha entrado en el segundo Gobierno Provisional por las razones verdaderamente de principio arriba expuestas o por otras semejantes, esa actitud le honra. Eso debe decirse con toda franqueza. Por desgracia, otros hechos, sobre todo el discurso de Skóbelev, que siempre ha ido del brazo de Chjeídze, contradicen esta interpretación.

Skóbelev ha dicho, de creer en la fuente citada, que “el grupo social (¿por lo visto, socialdemócrata?) y los obreros no tienen más que un ligero contacto con los objetivos del Gobierno Provisional”; que los obreros reclaman la paz y que, si se continúa la guerra, de todos modos en primavera ha de producirse la catástrofe; que “los obreros han concertado con la sociedad (con la sociedad liberal) un acuerdo temporal (*eine vorläufige Waffenfreundschaft*), aunque sus objetivos

políticos están tan lejos de los de la sociedad como la tierra del cielo”; que “los liberales deben renunciar a los insensatos (*unsinnige*) objetivos de guerra”, etc.

Este discurso es un ejemplo de lo que más arriba hemos llamado, en una cita de *Sotsial-Demokrat*, “vacilaciones” entre la burguesía y el proletariado. Los liberales, mientras sean liberales, *no pueden* “renunciar” a los fines “insensatos” de la guerra, que —diremos de pasada— no son determinados por ellos solos, sino por el capital financiero anglo-francés, potencia cuya fuerza mundial se cifra en centenares de miles de millones. Lo que se precisa no es “persuadir” a los liberales, sino *explicar* a los obreros por qué los liberales se han metido en un callejón sin salida, por qué *ellos* se ven atados de pies y manos, por qué *ocultan* los tratados concluidos por el zarismo con Inglaterra, etc., y los acuerdos del capital ruso con el capital anglo-francés, etc.

Si Skóbelev dice que los obreros han concertado un acuerdo cualquiera con la sociedad liberal y no protesta contra él, si no

explica desde la tribuna de la Duma el daño que causa a los obreros ese acuerdo, resulta que él mismo lo *aprueba*. Y eso no debía hacerlo en ningún caso.

La aprobación directa o indirecta por Skóbelev, claramente expresada o tácita del acuerdo del Soviet de diputados obreros con el Gobierno Provisional, muestra que Skóbelev se inclina hacia la burguesía. La declaración de que los obreros reclaman la paz, de que sus objetivos distan como la tierra del cielo de los objetivos perseguidos por los liberales, muestra que Skóbelev se inclina hacia el proletariado.

Puramente proletaria, auténticamente revolucionaria y profundamente acertada por su concepción es la segunda idea política que contiene el llamamiento del Soviet de diputados obreros que estamos estudiando, a saber: la idea de constituir un “Comité de Vigilancia” (no sé si es precisamente así como se llama en ruso, yo traduzco libremente del francés), de vigilancia por parte de los proletarios y los soldados, precisamente, sobre el Gobierno Provisional.

¡Eso sí que está bien! ¡Eso sí que es digno de los obreros, que han vertido su sangre por la libertad, por la paz y por el pan para el pueblo! ¡Eso sí que es *un paso real* hacia las *garantías reales* contra el zarismo, contra la monarquía, contra los monárquicos Guchkov, Lvov y Cía.! ¡Eso sí que es un indicio de que el proletariado ruso, a pesar de todo, ha ido más allá que el proletariado francés en 1848, que “dio plenos poderes” a Luis Blanc! Eso sí que es una prueba de que el instinto y la inteligencia de la masa proletaria no se dan por satisfechos con declamaciones, exclamaciones, promesas de reformas y de libertades, con el título de “ministro mandatario de los obreros” y demás oropel análogo, sino que buscan un apoyo allí donde *solamente* puede existir, en las masas populares *armadas*, organizadas y dirigidas por el proletariado, por los obreros conscientes.

Este es un paso por el buen camino, pero *es solo* el primer paso.

Si este “Comité de Vigilancia” se limita a ser una institución de tipo puramente parlamentario, solo político, es decir, una

comisión llamada a “hacer preguntas” al Gobierno Provisional y a recibir respuestas de él, no será más que un juguete, no será nada.

Pero si el Comité conduce a la organización inmediata y a toda costa de *una milicia obrera* en la que participe efectivamente todo el pueblo, todos los hombres y todas las mujeres, *una milicia obrera* que no se limite a reemplazar a la policía diezmada y eliminada, que no solo haga *imposible* su restablecimiento por *cualquier* gobierno monárquico-constitucional o republicano-democrático *tanto* en Petrogrado *como* en cualquier otro lugar de Rusia, entonces los obreros avanzados de Rusia habrán entrado verdaderamente en un camino que les llevará a nuevas y grandes victorias, en el camino que lleva a la victoria sobre la guerra, al cumplimiento real de la consigna que podía leerse, según los periódicos, en las banderas de las tropas de caballería, que desfilaron en Petrogrado en la plaza ante la Duma de Estado: “¡Vivan las repúblicas socialistas de todos los países!”

En la próxima carta expondré mis ideas sobre esta milicia obrera.

Me esforzaré en demostrar, de una parte, que precisamente la creación de una milicia popular dirigida por los obreros es la consigna acertada del día, que responde a los objetivos tácticos del peculiar período de transición que atraviesa la revolución rusa (y la revolución mundial), y, de otra parte, que, para tener éxito, la milicia obrera debe, en primer lugar, comprender a todo el pueblo, abarcar a las masas *hasta llegar a ser general*, englobar realmente a *toda* la población de ambos sexos apta para el trabajo, y, en segundo lugar, conjugar no solo las funciones puramente policíacas, sino las de interés para todo el Estado con las funciones militares y con el control de la producción y la distribución sociales de los productos.

N. Lenin

Zurich, 22 (9) de marzo de 1917.

P.S. Me olvidé de fechar mi carta precedente, del 20 (7) de marzo.

Publicada por primera vez en 1924, en la revista "Bolshevik" núm. 3-4.

Se publica según el manuscrito.

.....

Cartas desde lejos

Tercera carta

Acerca de la milicia proletaria

Dos documentos han confirmado plenamente hoy, 10 (23) de marzo, la conclusión que hice ayer acerca de la táctica vacilante de Chjeídze. El primero de esos documentos es un extracto –comunicado por telégrafo desde Estocolmo a *La Gaceta de Francfort*^{xxvi}– del manifiesto lanzado en Petrogrado por el Comité Central de nuestro Partido, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Este documento no dice en absoluto que se deba apoyar o derrocar al gobierno de Guchkov; en él se llama a los obreros y a los soldados a organizarse en torno al Soviet de diputados obreros, a elegir a sus representantes en el mismo para luchar contra el zarismo, por la república, por la jornada de 8 horas, por la confiscación de las tierras de los terratenientes y de las existencias de trigo y, sobre todo, por poner fin a la guerra de rapiña. Es particularmente importante y particularmen-

te actual la opinión en absoluto acertada de nuestro Comité Central cuando afirma que para obtener la paz es preciso establecer relaciones con *los proletarios de todos los países beligerantes*.

Esperar la paz de conversaciones y de relaciones entre los gobiernos burgueses significaría engañarse y engañar al pueblo.

El segundo documento es otra noticia también comunicada por telégrafo desde Estocolmo a otro periódico alemán (*La Gaceta de Voss*)^{xxvii} acerca de la reunión celebrada por el grupo de Chjeídze en la Duma con el grupo de los trudoviques (? *Arbeiterfraction*) y los representantes de 15 sindicatos obreros el 2 (15) de marzo y dando a conocer el llamamiento publicado al día siguiente. De los once puntos que contiene el llamamiento, el telegrama solo expone tres: el 1º, que reivindica la república; el 7, que exige la paz y la iniciación inmediata de negociaciones con vistas a su establecimiento, y el 3, que reclama “una participación suficiente de representantes de la clase obrera rusa en el gobierno.

Si este punto ha sido expuesto exactamente, comprendo por qué la burguesía elogia a Chjeídze. Comprendo por qué al elogio precitado de los guchkovianos ingleses en *Times* se ha sumado el elogio de los guchkovianos franceses publicado en *Le Temps*. Este periódico de los millonarios e imperialistas franceses escribió el 22 de marzo: “Los jefes de los partidos obreros, y sobre todo el señor Chjeídze, aplican toda su influencia para moderar los deseos de las clases obreras”.

En efecto, exigir la “participación” de los obreros en el gobierno de Guchkov-Miliukov es un absurdo teórico y político: participar en minoría equivaldría a ser un simple peón; participar “en condiciones de igualdad” es imposible, porque no se puede conciliar la exigencia de continuar la guerra con la de concertar un armisticio y entablar negociaciones de paz; “participar” siendo mayoría sería posible si se contase con la fuerza suficiente para *derrocar* al gobierno de Guchkov-Miliukov. En la práctica, exigir la “participación” es caer en el peor de los luisblancismos, es decir, olvidar la lucha

de clases y sus condiciones reales, entusiasmarse con la más huera frase rimbombante y sembrar ilusiones entre los obreros, perder en negociaciones con Miliukov o con Kerensky un tiempo *precioso*, que debería emplearse en crear una fuerza *verdaderamente* de clase y revolucionaria, la milicia proletaria, capaz de *inspirar confianza a todas* las capas pobres de la población —que forman la mayoría absoluta—, capaz de *ayudarles a organizarse*, capaz de ayudar a *estas capas* a luchar por el pan; por la paz, por la libertad.

Este error del llamamiento de Chjeídze y de su grupo (no hablo del *partido* del Comité de Organización, pues no he encontrado ni una sílaba acerca de este Comité en las fuentes de que dispongo), ese error es sobre todo extraño porque Skóbelev, el correligionario más cercano de Chjeídze, dijo en la conferencia del 2 (15) de marzo, según los periódicos: “Rusia se halla en vísperas de una segunda, de una verdadera (*wirklich*: literalmente, efectiva) revolución”.

Es esta una verdad de la que Skóbelev y Chjeídze han olvidado sacar conclusiones

prácticas. No puedo juzgar desde aquí, desde mi maldita lejanía, hasta qué punto es inminente la segunda revolución. Skóbelev está mejor situado para saberlo. Por ello yo no me planteo cuestiones para cuya solución no dispongo ni puedo disponer de datos concretos. Me limito a subrayar la confirmación por parte de un “testigo ajeno”, es decir, ajeno a nuestro Partido, la confirmación por parte de Skóbelev de la conclusión *real* a que llegué yo en mi primera carta, a saber: que la revolución de febrero-marzo no ha sido más que la *primera etapa* de la revolución. Rusia está viviendo una fase histórica muy particular: *el paso* a la etapa siguiente de la revolución o, como lo dice Skóbelev, a la “segunda revolución”.

Si queremos ser marxistas y sacar partido de la experiencia de las revoluciones del mundo entero, debemos esforzarnos por comprender en qué consiste precisamente *la originalidad* de esta fase de *paso* y qué táctica dimana de sus peculiaridades objetivas.

La originalidad de la situación consiste en que el gobierno de Guchkov-Miliukov ha

obtenido su primera victoria con una facilidad extrema gracias a las tres condiciones principales que enunció a continuación: 1) el apoyo del capital financiero anglo-francés y de sus agentes; 2) el apoyo de parte de la alta jerarquía del ejército; 3) la organización ya existente de toda la burguesía rusa en los zemstvos, las instituciones urbanas, la Duma de Estado, los comités de la industria de guerra, etc.

El gobierno de Guchkov se encuentra apesadumbrado: trabado por los intereses del capital, se ve constreñido a procurar la continuación de la guerra de rapiña y de saqueo, a defender los escandalosos beneficios del capital y de los terratenientes, a restaurar la monarquía. Trabado por su origen revolucionario y por la necesidad de una brusca transición del zarismo a la democracia, presionado por las masas hambrientas que exigen la paz, el gobierno se ve constreñido a mentir, a maniobrar, a ganar tiempo, a “proclamar” y prometer lo más posible (las promesas son la única cosa muy barata incluso en un período de la mayor carestía) y a cumplir lo menos

posible, a hacer concesiones con una mano y a quitarlas con la otra.

En determinadas circunstancias y en el mejor de los casos para él, el nuevo gobierno puede diferir un tanto el hundimiento apoyándose en toda la capacidad de organización de toda la burguesía y los intelectuales burgueses rusos. Pero ni aun así *podrá* evitar el hundimiento, porque es *imposible* escaparse de las garras del monstruo espantoso engendrado por el capitalismo mundial —la guerra imperialista y el hambre— sin abandonar el terreno de las relaciones burguesas, sin tomar medidas revolucionarias, sin apelar al inmenso heroísmo histórico del proletariado ruso e internacional.

De aquí la conclusión: no podremos derribar de un solo golpe al nuevo gobierno, y si pudiésemos (en tiempos de revolución los límites de lo posible se dilatan mil veces), no lograríamos conservar el poder *sin oponer* a la magnífica organización de toda la burguesía rusa y de todos los intelectuales burgueses una no menos magnífica *organización del proletariado*, que dirige la incalculable

masa de las capas pobres de la ciudad y del campo, del semiproletariado y los pequeños propietarios.

Independientemente de que la “segunda revolución” haya estallado ya en Petrogrado (he dicho que sería por completo absurdo querer apreciar desde el extranjero el ritmo concreto de su gestación), haya sido aplazada por cierto tiempo o haya comenzado ya en algunas partes de Rusia (hay, por lo visto, ciertos indicios de que es así), la consigna del momento debe ser en *todo* caso –tanto en vísperas de la nueva revolución como durante la misma o inmediatamente después de ella– *la organización proletaria*.

¡Camaradas obreros! Ustedes han realizado prodigios de heroísmo proletario ayer, al derrocar a la monarquía zarista. En un futuro más o menos cercano (o quizá ahora, *en el momento en que yo escribo estas líneas*), tendrán inevitablemente que realizar nuevos idénticos prodigios de heroísmo para derrocar el poder de los terratenientes y los capitalistas, que hacen la guerra imperialista. ¡Ustedes no podrán *obtener una victoria*

sólida en esta nueva revolución, en la “verdadera” revolución, si no realizan *prodigios de organización proletaria!*

La consigna del momento es la organización. Pero limitarse a *esto* equivaldría a no decir nada, porque, de una parte, la organización *siempre es* necesaria; por tanto, reducirse a indicar la necesidad de “organizar a las masas” no explica absolutamente nada; de otra parte, quien se limitase a ello, no sería más *que* un acólito *de* los liberales, porque son *los liberales* quienes *precisamente* desean, para afianzar su dominación, que los obreros *no vayan* más *allá* de las organizaciones *habituales*, “legales” (desde el punto de vista de la sociedad burguesa “normal”), es decir, que los obreros *se limiten simplemente* a afiliarse a su partido, a su sindicato, a su cooperativa, etc., etc.

Gracias a su instinto de clase, los obreros han comprendido que en un período de revolución necesitan una organización completamente distinta, *no solo* habitual, y han emprendido con acierto el camino señalado por la experiencia de nuestra revolución *de*

1905 y de la Comuna de París de 1871: han creado el Soviet de *diputados obreros*, se han puesto a desarrollarlo, ampliarlo y fortalecerlo, atrayendo a él a diputados de *los soldados* y, sin duda alguna, también a diputados de los obreros *asalariados* rurales y, además (en una u otra forma), *de* todos los campesinos pobres.

La creación de semejantes organizaciones en todos los lugares de Rusia sin excepción, para todas las profesiones y todas las capas de la población proletaria y semiproletaria sin excepción, es decir, para todos los trabajadores y todos los explotados, si empleamos una expresión más popular, aunque menos precisa desde el punto de vista económico, es una tarea de las más urgentes, una tarea de importancia primordial. Señalaré, anticipándome, que nuestro Partido (espero exponer en una de mis cartas próximas su papel *peculiar* en las organizaciones proletarias de nuevo tipo) debe recomendar particularmente a toda la masa campesina la formación de Soviets *especiales* de obreros asalariados y, además, de pequeños agricultores que no venden su tri-

go, de Soviets en los que *no deben entrar* los campesinos acomodados: sin esta condición será en general¹ imposible tanto aplicar una política proletaria auténtica como abordar con acierto la cuestión práctica de mayor importancia, cuestión de vida o muerte para millones de hombres: la contingentación equitativa del *trigo*, el aumento de su producción, etc.

Pero surge la pregunta: ¿qué deben hacer los Soviets de diputados obreros? “Deben ser considerados como órganos de la insurrección, como órganos del poder revolucionario”, escribimos nosotros en *el número 47 de Sotsial-Demokrat* de Ginebra, el 13 de octubre de 1915.

Este principio teórico, deducido de la experiencia de la Comuna de París de 1871 y

¹ En el campo se desarrollará ahora la lucha por los pequeños campesinos y, en parte, por los campesinos medios. Los terratenientes, apoyándose en los campesinos ricos, tratarán de subordinar a aquéllos a la burguesía. Nosotros debemos llevarlos, apoyándonos en los obreros asalariados rurales y en los campesinos pobres, a la más estrecha unión con el proletariado urbano.

de la revolución rusa de 1905, debe ser aclarado y desarrollado con mayor concreción basándose en las indicaciones prácticas precisamente de la etapa actual, precisamente de la revolución actual de Rusia.

Necesitamos *un poder* revolucionario, necesitamos (para cierto período de transición) *un Estado*. En esto nos distinguimos de los anarquistas. La diferencia entre los marxistas revolucionarios y los anarquistas no solo consiste en que los primeros son partidarios de la gran producción comunista centralizada, y los segundos, de la pequeña producción dispersa. No, la diferencia precisamente en la cuestión del poder, del Estado, consiste en que nosotros estamos *por* la utilización revolucionaria de las formas revolucionarias del Estado en la lucha por el socialismo y los anarquistas están *en contra*.

Necesitamos un Estado. Pero *no como* el Estado que ha creado por doquier la burguesía, empezando por las monarquías constitucionales y acabando por las repúblicas más democráticas. Precisamente en ello nos distinguimos de los oportunistas y los kauts-

kianos de los viejos partidos socialistas en proceso de putrefacción, que han deformado u olvidado las enseñanzas de la Comuna de París y el análisis que de estas enseñanzas hicieran Marx y Engels.²

Necesitamos un Estado, pero *no como* el que necesita la burguesía, con los órganos de poder –en forma de policía, ejército, burocracia (cuerpo de funcionarios)– desvinculados del pueblo y en contra de él. Todas las revoluciones burguesas se han limitado a perfeccionar *esta* máquina del Estado, a hacer pasar *esta máquina* de manos de un partido a las de otro.

2 En una de las cartas siguientes o en un artículo especialmente detendré con detalle en este análisis –hecho, en particular, en *La guerra civil en Francia*, de Marx, en el prefacio de Engels a la tercera edición de esta obra y en las cartas de Marx del 12 de abril de 1871 y de Engels del 18-28 de marzo de 1875–, así como en la forma en que Kautsky tergiversó por completo el marxismo en la polémica que sostuvo en 1912 contra Pannekoek sobre el problema de la “destrucción del Estado” [Véase la obra de V. I. Lenin *El Estado y la revolución* (Obras Completas, t. 33, pp. 1-123).].

Si quiere salvaguardar las conquistas de la presente revolución y seguir adelante, si quiere conquistar la paz, el pan y la libertad, el proletariado debe, empleando la palabra de Marx, “*demoler*” esa máquina del Estado “ya hecha” y sustituirla por otra, *fundiendo* la policía, el ejército y la burocracia con *todo el pueblo en armas*. Siguiendo la ruta indicada por la experiencia de la Comuna de París de 1871 y de la revolución rusa de 1905, el proletariado debe organizar y armar a *todos* los elementos pobres y explotados de la población, a fin de que *ellos mismos* tomen directamente en sus manos los organismos del poder del Estado y formen *ellos mismos* las instituciones de ese poder.

Los obreros de Rusia *han emprendido* a esa ruta en la primera etapa de la primera revolución, en febrero-marzo de 1917. Ahora todo estriba en comprender claramente cuál es esta nueva ruta, en seguirla con audacia, firmeza y tenacidad.

Los capitalistas anglo-franceses y rusos “solo” han querido apartar a Nicolás II o incluso “asustarle”, dejando intacta la vieja

máquina del Estado, la policía, el ejército y la burocracia.

Los obreros han ido más lejos y han demolido esa máquina. Y ahora no solo los capitalistas anglo-franceses, sino también los alemanes, *aúllan* de furor y de espanto al ver, entre otras cosas, que los soldados rusos fusilan a sus oficiales, por ejemplo, al almirante Nepenin, partidario de Guchkov y de Miliukov.

He dicho que los obreros han demolido la vieja máquina del Estado. Mejor dicho: *han comenzado* a demolerla.

Tomemos un ejemplo concreto.

Parte de la policía ha sido aniquilada físicamente, parte ha sido destituida en Petrogrado y en otros muchos lugares. El gobierno de Guchkov-Miliukov *no podrá* restaurar la monarquía ni, en general, mantenerse en el poder *sin restablecer* antes la policía como una organización especial, desvinculada del pueblo y opuesta a él, de hombres armados a las órdenes de la burguesía. Esto es claro como la luz del día.

De otra parte, el nuevo gobierno se ve forzado a tomar en consideración al pueblo revolucionario, a taponarle la boca con concesiones a medias y con promesas, a ganar tiempo. Por ello toma una medida a medias: organiza la “milicia popular” con jefes designados por elección (¡esto suena muy decentemente!, ¡es muy democrático, revolucionario y bello!), *pero... pero*, en primer lugar, la pone bajo el control, a las órdenes de los zemstvos y de las municipalidades, es decir, ¡¡a las órdenes de los terratenientes y los capitalistas elegidos según las leyes de Nicolás el Sanguinario y de Stolypin el Verdugo!! En segundo lugar, llama “popular” a la milicia para desorientar al “pueblo”, *pero, en realidad*, no invita al pueblo a participar *en su totalidad* en esta milicia y *no obliga* a los patronos y a los capitalistas *a pagar* a los obreros y a los empleados el salario habitual *por las horas y los días* que consagran al *servicio social*, es decir, a la milicia.

Y es aquí donde hay gato encerrado. Por estos procedimientos, el gobierno de los Guchkov y los Miliukov, gobierno de los terra-

tenientes y los capitalistas, consigue que la “milicia popular” quede en el papel y que, de hecho, se vaya restableciendo poco a poco, bajo cuerda, la milicia *burguesa*, antipopular, formada al principio por “8.000 estudiantes y profesores” (así describen los periódicos extranjeros la actual milicia de Petrogrado) —¡esa milicia es con toda evidencia un juguete!— y después, poco a poco, por viejos y nuevos *policías*.

¡No dejar que renazca la policía! ¡No ceder el poder público en las localidades! ¡Crear una milicia auténticamente popular, que abarque al pueblo entero, dirigida por el proletariado! Esta es la tarea del día, ésta es la consigna del momento, que responde por igual a los intereses bien comprendidos de la lucha de clases ulterior, del movimiento revolucionario ulterior, y al instinto democrático de cada obrero, de cada campesino, de cada trabajador y de cada explotado que no puede por menos de odiar a la policía urbana y rural, el hecho de que los terratenientes y los capitalistas tengan a sus órdenes gente armada a la que se da poder sobre el pueblo.

¿Qué policía es la que necesitan *ellos*, los Guchkov y los Miliukov, los terratenientes y los capitalistas? Una policía igual a la de la monarquía zarista. *Todas* las repúblicas burguesas y democrático-burguesas del mundo han instituido o han hecho renacer en sus países, después de períodos revolucionarios muy breves, una policía *precisamente de ese género*, una organización especial de hombres armados desvinculados del pueblo y opuestos a él, subordinados, de una u otra forma, a la burguesía.

¿Qué milicia es la que necesitamos nosotros, el proletariado, todos los trabajadores? Una milicia auténticamente *popular*, es decir, una milicia que, en primer lugar, esté formada por la población *entera*, por todos los ciudadanos adultos de *ambos* sexos y que, en segundo lugar, conjugue las funciones de ejército popular con las de la policía, con las funciones de órgano primero principal de mantenimiento del orden público y de administración del Estado.

Para que estas ideas sean más comprensibles pondré un ejemplo puramente esquemá-

tico. Huelga decir que sería absurdo querer trazar un “plan” de la milicia proletaria: cuando los obreros y el pueblo entero pongan verdaderamente en masa y de manera práctica manos a la obra, trazarán y presentarán ese plan cien veces mejor que cualquier teórico. Yo no propongo un “plan”, yo solo quiero ilustrar mi pensamiento.

Petrogrado cuenta con una población de casi dos millones de habitantes, de los que más de la mitad tiene de 15 a 65 años. Tomemos la mitad, un millón. Deduzcamos de este número hasta una cuarta parte: los enfermos y otros ciudadanos que no participan hoy en el servicio social por causas justificadas. Quedan 750.000 personas que, sirviendo en la milicia un día de cada 15, pongamos por caso (y percibiendo el salario de este día de sus patronos), formarían un ejército de 50.000 hombres.

¡Ese es el tipo de “Estado” que necesitamos nosotros!

Esa milicia sí que sería de hecho, y no solo de palabra, una “milicia.

Ese es el camino que debemos seguir para *que sea imposible* restablecer una policía especial o un ejército especial, desvinculado del pueblo.

Esa milicia estaría compuesta en el 95% de obreros y de campesinos y expresaría *realmente* el pensamiento, la voluntad, la fuerza y el poder de la inmensa mayoría del pueblo. Esa milicia armaría de verdad a todo el pueblo y le daría una instrucción militar, garantizándole –no a la manera de Guchkov *ni* a la manera de Miliukov– contra todas las tentativas de restablecimiento de la reacción, contra todas las maquinaciones de los agentes del zar. Esa milicia sería el organismo ejecutivo de los “Soviets de diputados obreros y soldados”, gozaría de la estima y la confianza *absolutas* de la población, pues ella misma sería una organización del pueblo entero. Esta milicia transformaría la democracia de bello rótulo destinado a encubrir la esclavización del pueblo por los capitalistas y las burlas de que los capitalistas hacen objeto al pueblo, en una verdadera escuela que *educaría a las masas* para hacerlas participar *en todos* los

asuntos del Estado. Esta milicia incorporaría a los jóvenes a la vida política, enseñándoles no solo con palabras, sino mediante la acción, mediante *el trabajo*. Esta milicia desempeñaría las funciones que, empleando el lenguaje científico, corresponden a la “policía del bienestar público”, la vigilancia sanitaria, etc., incorporando a esta labor a toda la población femenina adulta. Sin incorporar a las mujeres al cumplimiento de las funciones sociales, al servicio en la milicia y a la vida política, sin arrancar a las mujeres del ambiente embrutecedor de la casa y de la cocina, es *imposible* asegurar la verdadera libertad, es *imposible* incluso construir la democracia, sin hablar ya del socialismo.

Esta milicia sería una milicia proletaria, porque los obreros industriales y urbanos conquistarían en ella una influencia dirigente sobre la masa de los pobres de manera tan natural e inevitable como desempeñaron el papel rector en toda la lucha revolucionaria del pueblo, lo mismo en 1905-1907 que en 1917.

Esta milicia aseguraría un orden absoluto y una disciplina basada en la camaradería y

observada con una abnegación a toda prueba. Al mismo tiempo, en el período de grave crisis por que atraviesan todos los países en guerra, esta milicia permitiría combatir dicha crisis por medios verdaderamente democráticos, proceder con acierto y rapidez a la contingentación del trigo y de otros víveres, poner en práctica el “trabajo obligatorio para todos”, al que los franceses llaman hoy “movilización cívica” y los alemanes, “obligación de servicio civil”, y sin el cual es *imposible* —*ha resultado ser imposible*— restañar las heridas que la terrible guerra de rapiña ha causado y continúa causando.

¿Será posible que el proletariado de Rusia haya vertido su sangre solo para recibir promesas grandilocuentes de reformas democráticas de carácter meramente político? ¿Será posible que no exija y no consiga que *todo* trabajador vea y perciba *palpablemente y de manera inmediata* cierta mejoría de sus condiciones de vida, que toda familia tenga pan, que cada niño tenga su botella de buena leche, y que ni un solo adulto de familia rica se atreva a consumir más de su ración

de leche mientras no esté asegurado el abastecimiento de los niños, que los palacios y los ricos apartamentos dejados por el zar y la aristocracia no queden desocupados y se utilicen en beneficio de los hombres sin hogar y sin recursos? ¿Quién puede aplicar todas esas medidas de no ser la milicia popular en la que las mujeres deben participar, sin falta, al igual que los hombres?

Esas medidas *no son aún* el socialismo. Conciernen a la regulación del consumo, y no a la reorganización de la producción. Eso no sería aún la ‘dictadura del proletariado’, sino solamente la “dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos pobres”. No se trata en este momento de hacer una clasificación teórica. Sería un grave error querer colocar los objetivos prácticos de la revolución, complejos, inmediatos y en desarrollo rápido, en el lecho de Procusto de una “teoría” estrechamente comprendida, en lugar de ver ante todo y sobre todo en la teoría *una guía para la acción*.

¿Tendrá la masa de los obreros rusos suficiente conciencia, firmeza y heroísmo

para hacer «prodigios de organización proletaria» después de haber realizado en la lucha revolucionaria directa prodigios de audacia, de iniciativa y de espíritu de sacrificio? No lo sabemos, y entregarse a conjeturas sobre el particular sería vano, pues *solo* la práctica puede dar respuesta a semejantes preguntas.

Lo que sabemos bien y debemos, como partido, aclarar a las masas es que, de una parte, existe un motor histórico de enorme potencia, que engendra una crisis sin precedente, el hambre y calamidades innumerables. Ese motor es la guerra que los capitalistas de *las dos* coaliciones beligerantes hacen con fines de rapiña. Ese “motor” ha conducido al borde del abismo a varias naciones de las más ricas, más libres y más ilustradas. Ese motor *constrñe* a los pueblos a poner en tensión, hasta el extremo, todas sus fuerzas, los coloca en una situación insoportable, pone a la orden del día no la realización de esta o la otra “teoría” (de eso no se puede ni hablar y contra esta ilusión siempre previno Marx a los socialistas), sino la aplicación de las me-

didadas más extremas, prácticamente posibles, porque *sin* medidas extremas es inevitable la muerte por hambre, inmediata y cierta, de millones de hombres.

Huelga demostrar que el entusiasmo revolucionario de la clase avanzada puede *mucho* cuando la situación objetiva *exige* de todo el pueblo la adopción de medidas extremas. *Este* aspecto de la cuestión es en Rusia visible y *tangible* para todo el mundo.

Lo importante es comprender que en tiempos de revolución la situación objetiva cambia tan rápida y bruscamente como corre la vida en general. Y nosotros debemos *saber adaptar* nuestra táctica y nuestras tareas inmediatas a *las particularidades* de cada situación dada. Hasta febrero de 1917 estaba al orden del día la tarea de realizar una audaz propaganda revolucionaria internacionalista, llamar a las masas a la lucha, despertarlas. Las jornadas de febrero-marzo exigieron heroísmo y abnegación en la lucha por aplastar cuanto antes al enemigo más inmediato, el zarismo. Ahora nos encontramos en un período de *transición* de esta primera etapa de

la revolución a la segunda, de paso de la “pelea” con el zarismo a la “pelea” con el imperialismo guchkoviano-miliukoviano de los terratenientes y los capitalistas. Está a la orden del día la tarea de la organización, pero de ninguna manera en el sentido estereotipado de un trabajo consagrado únicamente a organizaciones ordinarias, sino en el sentido de agrupar en organizaciones, en proporciones nunca vistas, a las amplias masas de las clases oprimidas y de hacer participar a esas organizaciones en el cumplimiento de las tareas militares, estatales y económicas.

El proletariado ha abordado y abordará de diversas maneras esta tarea original. En algunos lugares de Rusia, la revolución de febrero-marzo ha puesto en sus manos casi la totalidad del poder; en otros, quizá se ponga a crear y ampliar “arbitrariamente” la milicia proletaria; en otros, probablemente, se esfuerce por conseguir que se proceda a elecciones inmediatas sobre la base del sufragio universal, etc., a las Dumas municipales y a los zemstvos, para hacer de ellos centros de la revolución, y así sucesivamente, hasta el

momento en que el grado de organización proletaria, el reforzamiento de los lazos entre soldados y obreros, el movimiento de los campesinos y la decepción que muchos experimentarían respecto al gobierno belicista e imperialista, encabezado por Guchkov y Miliukov, no hayan acercado la hora de sustituir ese *gobierno* por el “gobierno” del Soviet de diputados obreros.

Tampoco nos olvidemos de que muy cerca de Petrogrado se encuentra uno de los países más avanzados, un país republicano en realidad, Finlandia, que desde 1905 hasta 1917, al socaire de las batallas revolucionarias de Rusia y por medios relativamente pacíficos, ha desarrollado su democracia y ha conquistado para el socialismo a *la mayoría* de su población. El proletariado de Rusia asegurará a la República Finlandesa una libertad completa, incluida la libertad de separación (ahora que el demócrata constitucionalista Ródichev chalanea tan indignamente en Helsingfors con vistas a arrancar cachitos de privilegios para los rusos, difícilmente se encontrará un socialdemócrata que abrigue dudas al respecto)^{xxviii}, y precisa-

mente por ello se ganará *toda* la confianza de los obreros finlandeses y su ayuda fraterna a la causa del proletariado de toda Rusia. Los errores son inevitables en toda obra difícil y grande. Nosotros tampoco lograremos evitarlos, y los obreros finlandeses, mejores organizadores, nos ayudarán en este aspecto, impulsando, *a su manera*, la instauración de la república socialista.

Las victorias revolucionarias en la propia Rusia; los éxitos pacíficos de organización en Finlandia, obtenidos al abrigo de estas victorias; el paso de los obreros rusos a las tareas revolucionarias de organización en una nueva escala; la conquista del poder por el proletariado y las capas pobres de la población; el fomento y el desarrollo de la revolución socialista en Occidente: tal es la vía que nos ha de conducir a la *paz* y al *socialismo*.

N. Lenin

Zurich, 11 (24) de marzo de 1917.

Publicada por primera vez en 1924, en la revista "La Internacional Comunista", núm. 3-4.

Se publica según el manuscrito.

Cartas desde lejos

Cuarta carta

Cómo obtener la paz

Acabo de leer hoy (12 (25) de marzo) en *Neue Zürcher Zeitung* (núm. 517, del 24 de marzo) el siguiente despacho transmitido por telégrafo desde Berlín:

“Comunican de Suecia que Máximo Gorki ha enviado al Gobierno y al Comité Ejecutivo un saludo entusiasta. Gorki celebra la victoria del pueblo sobre los prebostes de la reacción y llama a todos los hijos de Rusia a contribuir a la construcción del nuevo edificio del Estado ruso. Al mismo tiempo, invita al gobierno a coronar su obra de liberación concluyendo la paz. Esta no debe ser una paz a toda costa, pues en el presente Rusia tiene menos motivos que nunca para aspirar a una paz a toda costa. Debe ser una paz que permita a Rusia llevar una existencia digna entre los otros pueblos del mundo. La humanidad ha vertido ya bastante sangre; el nuevo gobierno contraería

grandes méritos no solo ante Rusia, sino ante todo el género humano, si consiguiera concertar rápidamente la paz”.

En estos términos ha sido transmitida la carta de Gorki. Se siente amargura al leer esta carta, impregnada de prejuicios corrientes entre los filisteos. El autor de estas líneas tuvo ocasión, en sus entrevistas con Gorki en la isla de Capri, de ponerle en guardia contra sus errores políticos y de reprochárselos. Gorki paraba los reproches declarando sinceramente, con una sonrisa inefablemente encantadora: “Yo sé que soy un mal marxista. Además, los artistas somos todos un poco soñadores”. Resulta difícil discutir tales argumentos.

Gorki es, no cabe duda, un artista de prodigioso talento, que ha prestado ya y prestará grandes servicios al movimiento proletario mundial.

Pero, ¿qué necesidad tiene Gorki de meterse en política?

La carta de Gorki expresa, a mi parecer, prejuicios extraordinariamente extendidos

no solo entre la pequeña burguesía, sino también entre ciertos medios obreros sometidos a su influencia. *Todas* las energías de nuestro Partido, todos los esfuerzos de los obreros conscientes deben ser aplicados a una lucha tenaz, empeñada y múltiple contra estos prejuicios.

El gobierno zarista empezó e hizo la guerra presente como una guerra *imperialista*, de rapiña y saqueo, a fin de expoliar y estrangular a los pueblos débiles. El gobierno de los Guchkov y los Miliukov es un gobierno de terratenientes y capitalistas, que se ve obligado a continuar y quiere continuar *precisamente esta misma guerra*. Pedirle a este gobierno que concluya una paz democrática es lo mismo que predicar la virtud a quienes sostienen casas de tolerancia.

Expliquemos nuestro pensamiento.

¿Qué es el imperialismo?

En mi folleto *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, enviado a la Editorial Parus antes de la revolución, aceptado por dicha Editorial y anunciado en la revista *Léto-*

pis^{xxix}, contesté a dicha pregunta del siguiente modo:

“El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales, ha empezado el reparto del mundo por los trusts internacionales y ha terminado el reparto de toda la Tierra entre los países capitalistas más importantes” (cap. VII del folleto citado, anunciado en *Létopis*, cuando había aún censura, como sigue: V. Ilín. *El capitalismo contemporáneo*).

El asunto consiste en que el capital ha alcanzado proporciones formidables. Las asociaciones formadas por un reducido número de grandes capitalistas (los cárteles, los consorcios, los trusts) manejan *miles de millones* y se reparten el Universo. *Toda* la superficie del globo terrestre se halla distribuida. La guerra ha sido motivada por el choque de dos poderosísimos grupos de multimillonarios, el grupo anglo-francés y el grupo alemán, con vistas a un nuevo reparto del mundo.

El grupo anglo-francés de capitalistas quiere desvalijar, en primer término, a Alemania, quitarle sus colonias (ya se las ha quitado casi todas) y, después, a Turquía.

El grupo alemán de capitalistas quiere *quedarse* con Turquía y resarcirse de la pérdida de las colonias conquistando pequeños Estados vecinos (Bélgica, Serbia, Rumanía).

Tal es la verdad auténtica, encubierta por toda suerte de mentiras burguesas sobre la guerra ‘liberadora’, “nacional”, “la guerra por el derecho y la justicia” y demás zarandajas con que los capitalistas embaucan siempre a la gente.

Rusia no hace la guerra con dinero propio. El capital ruso es *partícipe* del capital anglo-francés. Rusia hace la guerra para despojar a Armenia, a Turquía y a Galitzia.

Guchkov, Lvov, Miliukov, nuestros ministros actuales, no son hombres llegados a sus puestos por azar. Son representantes y jefes de toda la clase de los terratenientes y los capitalistas. Están *ligados* por los intereses del capital. Los capitalistas no pueden renunciar a sus intereses del mismo modo

que un hombre no puede levantarse en vilo tirándose del pelo.

En segundo lugar, Guchkov-Miliukov y Cia. *están ligados* por el capital anglo-francés. Han hecho y hacen la guerra con dinero ajeno. Han prometido pagar *anualmente*, por los miles de millones que les han prestado, intereses *que suman centenares de millones* y estrujar a los obreros y a los campesinos rusos para arrancarles ese *tributo*.

En tercer lugar, Guchkov-Miliukov y Cía. *están ligados* por *tratados* directos, relativos a los fines de rapiña de esta guerra, con Inglaterra, Francia, Italia, Japón otros grupos de bandidos capitalistas. Esos tratados fueron concluidos aún por *el zar Nicolás II*. Guchkov-Miliukov y Cía. se ha aprovechado de la lucha de los obreros contra la monarquía zarista para adueñarse del poder, *pero han sancionado los tratados* que el zar concertara.

Esto lo ha hecho el Gobierno de Guchkov-Miliukov en el manifiesto que la Agencia Telegráfica de Petersburgo comunicó al extranjero el 7 (20) de marzo. “El gobierno” (de Guchkov y Miliukov) “será fiel

a todos los tratados que nos unen a otras potencias”, se dice en el manifiesto. Miliukov, nuevo ministro de Negocios Extranjeros, hizo una declaración *idéntica* en su telegrama del 5 (18) de marzo de 1917, dirigido a todos los representantes de Rusia en el extranjero.

Estos tratados son todos ellos *secretos*, y Miliukov y Cía. *no quieren* hacerlos públicos por dos razones: 1) tienen miedo al pueblo, que no quiere la guerra de rapiña; 2) están ligados por el capital anglo-francés, que impone se mantengan en secreto los tratados. Pero todo hombre que lea los periódicos y estudie la cuestión sabe que en esos tratados se habla del saqueo de China por Japón, del saqueo de Persia, Armenia, Turquía (sobre todo Constantinopla) y Galitzia por Rusia, del saqueo de Albania por Italia, del saqueo de Turquía y de las colonias alemanas por Francia e Inglaterra, etc.

Tal es la situación.

Por eso proponer al gobierno de Guchkov-Miliukov que concluya cuanto antes una paz

honrada, democrática y de buena vecindad es lo mismo que si un “buen pope” de aldea pidiera en su sermón a los terratenientes y a los comerciantes que viviesen “según los mandamientos de la ley de Dios”, amasen al prójimo y ofreciesen la mejilla derecha cuando se les golpea en la izquierda. Los terratenientes y los comerciantes escucharían el sermón y continuarían oprimiendo y saqueando al pueblo, admirados de la habilidad con que el “buen pope” sabía consolar y calmar a los “mujiks”.

Todo el que durante esta guerra imperialista dirige melifluos discursos acerca de la paz a los gobiernos burgueses, desempeña, consciente o inconscientemente, un papel idéntico al del pope en cuestión. A veces, los gobiernos burgueses se niegan en absoluto a escuchar tales discursos y hasta los prohíben; otras veces, los autorizan, y prodigan las promesas a diestro y siniestro, afirman que hacen la guerra con el único fin de concertar cuanto antes la paz “más justa” y aseguran que el enemigo es el único culpable. Hablar de la paz con los gobiernos *burgueses* es, en realidad, *engañar al pueblo*.

Los grupos de capitalistas que han anegado en sangre el mundo por el reparto de la tierra, de los mercados, de las concesiones, *no pueden* concluir una paz “honrosa”. Solo pueden concertar una paz *vergonzosa*, una paz *para el reparto del botín*, una paz *para el reparto de Turquía y de las colonias*.

Ello aparte, el gobierno de Guchkov-Miliukov no está en general de acuerdo con la paz en este momento, pues hoy su “botín” lo constituirían “*solo*” Armenia y parte de Galitzia, mientras que desea saquear, *además*, Constantinopla y *también* reconquistar a los alemanes Polonia, país que siempre fue tan inhumana y cínicamente oprimido por el zarismo. Diremos a renglón seguido que el gobierno de Guchkov-Miliukov no es, en realidad, más que un lugarteniente del capital anglo-francés, que quiere quedarse con las colonias arrebatadas a Alemania y, *además*, obligar a ésta a devolver Bélgica y parte de Francia. El capital anglo-francés ha ayudado a los Guchkov y los Miliukov a destronar a Nicolás II para que ellos le ayuden a “*ven-*cer” a Alemania.

¿Qué hacer entonces?

Para obtener la paz (y con mayor razón para obtener una paz auténticamente democrática, auténticamente honrosa): es necesario que el poder del Estado no pertenezca a los terratenientes y a los capitalistas, sino *a los obreros y a los campesinos pobres*. Los terratenientes y los capitalistas constituyen una minoría insignificante de la población; todo el mundo sabe que los capitalistas sacan de la guerra ganancias astronómicas.

Los obreros y los campesinos pobres constituyen *la inmensa* mayoría de la población. Lejos de enriquecerse en la guerra, se arruinan y pasan hambre. No están ligados ni por el capital ni por tratados concluidos entre grupos de bandidos capitalistas; *pueden* y quieren sinceramente poner fin a la guerra.

Si el poder del Estado perteneciera en Rusia a *los Soviets* de diputados obreros, soldados y campesinos, estos Soviets y *el Soviet de toda Rusia* que ellos eligieran podrían, y con toda seguridad querrían, aplicar el programa de paz propuesto por nuestro Partido

(el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia) ya el 13 de octubre de 1915 en el número 47 de su Órgano Central, *Sotsial-Demokrat* (que se editaba a la sazón en Ginebra debido a la censura zarista).

Este programa de paz sería con seguridad el siguiente:

1) El Soviet de diputados obreros, soldados y campesinos de toda Rusia (o el Soviet de Petersburgo, que lo reemplaza provisionalmente) declararía sin dilación que no estaba ligado *por ningún* tratado *ni* de la monarquía zarista *ni* de los gobiernos burgueses.

2) Publicaría sin dilación *todos* estos tratados para denunciar la infamia de los fines de rapiña perseguidos por la monarquía zarista y por *todos* los gobiernos burgueses sin excepción.

3) Invitaría inmediata y abiertamente a *todas* las potencias beligerantes a concertar *sin dilación un armisticio*.

4) Haría públicas inmediatamente, para que las conociera todo el pueblo, nuestras *condi-*

ciones de paz, las condiciones de paz de los obreros y de los campesinos:

liberación de *todas* las colonias;

liberación de *todos* los pueblos dependientes, oprimidos o que no gozan de plenos derechos.

5) Declararía que no espera nada bueno de los gobiernos burgueses y propondría a los obreros de todos los países que los derroquen y pongan todo el poder del Estado en manos de los Soviets de diputados obreros.

6) Declararía que los miles de millones de las deudas contraídas por los gobiernos burgueses para hacer esta guerra criminal y rapaz pueden pagarlos *los propios señores capitalistas*, pero que los obreros y los campesinos no *reconocen* esas deudas. Pagar los intereses de los empréstitos significa pagar *un tributo* durante largos años a los capitalistas porque estos han tenido la bondad de autorizar a los obreros a que se maten en aras del reparto del botín capitalista.

¡Obreros y campesinos! –diría el Soviet de diputados obreros–, ¿están de acuerdo

con pagar *anualmente centenares de millones* de rublos a los señores capitalistas como recompensa por la guerra hecha con vistas a repartirse las colonias africanas, Turquía, etc.?

Pienso que, por *estas* condiciones de paz, el Soviet de diputados obreros estaría de acuerdo en *hacer la guerra* contra *cualquier* Gobierno burgués y contra *todos* los gobiernos burgueses del mundo, porque sería ésta una guerra verdaderamente justa, a cuyo feliz desenlace *contribuirían todos* los obreros, *todos* los trabajadores de *todos* los países.

El obrero alemán ve hoy que en Rusia la monarquía belicista está siendo reemplazada por una república *belicista*, por una república de capitalistas deseosos de continuar la guerra imperialista y que sancionan los tratados de rapiña que concertara la monarquía zarista.

Juzguen ustedes mismos: ¿puede el obrero alemán fiarse de tal república?

Juzguen ustedes mismos: ¿podrá continuar la guerra, podrá mantenerse en el mundo la dominación de los capitalistas si el pueblo

ruso, al que han ayudado y ayudan hoy los recuerdos vivos de la gran revolución del “año 1905”, conquista la libertad completa y pone todo el poder del Estado en manos de los Soviets de diputados obreros y campesinos?

N. Lenin

Zurich, 12 (25) de marzo de 1917.

Publicada por primera vez en 1924, en la revista “La Internacional Comunista”, núm. 3-4.

Se publica según el manuscrito.

.....

Cartas desde lejos

Quinta carta

Las tareas de la organización proletaria revolucionaria del estado

En las cartas anteriores, las tareas actuales del proletariado revolucionario de Rusia han sido formuladas como sigue: (1) saber llegar por la vía más acertada a la etapa siguiente de la revolución, o a la segunda revolución, que (2) debe hacer pasar el poder del Estado

de manos del gobierno de los terratenientes y los capitalistas (los Guchkov, los Lvov, los Miliukov, los Kerensky) a manos del gobierno de los obreros y los campesinos pobres. (3) Este último gobierno debe organizarse según el modelo de los Soviets de diputados obreros y campesinos. Concretamente (4) debe demoler y liquidar por completo la vieja máquina del Estado habitual en *todos* los países burgueses —ejército, policía, burocracia—, reemplazándola (5) por una organización del pueblo en armas que no solo se limite a abarcar a grandes masas, sino que comprenda al pueblo entero. (6) *Solo* “tal” gobierno, “tal” por su composición clasista (“dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos”) y por sus órganos de administración (“milicia proletaria”), *estará en condiciones* de resolver eficazmente el problema *esencial* del momento, problema en extremo difícil y de absoluta urgencia, a saber: lograr *la paz*, una paz que no sea imperialista, que no sea un trato entre las potencias imperialistas para repartirse el botín que los capitalistas y sus

gobiernos han obtenido mediante el saqueo, sino una paz verdaderamente duradera y democrática, que no se puede conseguir sin la revolución proletaria en varios países. (7) En Rusia la victoria del proletariado será posible en el futuro más próximo solo a condición de que el primer paso de la revolución, se manifieste en el apoyo a los obreros por la inmensa mayoría de los campesinos en lucha por la confiscación de toda la propiedad terrateniente (y la nacionalización de toda la tierra, si se considera que el programa agrario de “los 104” continúa siendo en el fondo el programa agrario del *campesinado*)^{xxx}. (8) En relación con esta revolución campesina y sobre su base son posibles y necesarios nuevos pasos del proletariado en alianza con los elementos *pobres* del campesinado, pasos dirigidos a lograr *el control* de la producción y de la distribución de los productos más importantes, la implantación del “trabajo obligatorio para todos”, etc. Estos pasos los imponen de manera inevitable en absoluto las condiciones creadas por la guerra, y que la posguerra ha de agravar en muchos

aspectos. En su conjunto y en su desarrollo, estos pasos serían *la transición al socialismo*, el cual en Rusia no puede ser realizado de modo directo, de golpe, sin medidas transitorias, pero que es perfectamente realizable e imperiosamente necesario gracias a semejantes medidas transitorias. (9) Se impone con toda perentoriedad la tarea de formar sin tardanza una organización especial de Soviets de diputados obreros en *el campo*, es decir, Soviets de obreros *asalariados* agrícolas, *independientes* de los Soviets de los demás diputados campesinos.

Tal es, en breve, el programa formulado por nosotros y basado en la estimación de las fuerzas de clase de la revolución rusa y mundial y en la experiencia de 1871 y de 1905.

A continuación, trataremos de lanzar una mirada a este programa en su conjunto y analizaremos, de paso, cómo este problema ha sido tratado por K. Kautsky, el teórico más eminente de la “Segunda” Internacional (1889-1914) y el representante más destacado de la corriente “centrista”, observada en todos los países, de la “charca”, que oscila

entre los socialchovinistas y los internacionalistas revolucionarios. Kautsky ha abordado este problema en su revista *Die Neue Zeit*^{xxxix}, del 6 de abril de 1917 (según el nuevo calendario), en un artículo titulado *Las perspectivas de la revolución rusa*.

“En primer término –escribe Kautsky–, debemos esclarecer las tareas planteadas ante el régimen proletario revolucionario” (ante la organización del Estado). “Dos cosas –sigue Kautsky– son imperiosamente necesarias al proletariado: la democracia y el socialismo”.

Esta tesis, absolutamente indiscutible, la presenta por desgracia Kautsky en una forma tan general, que, en realidad, no da ni esclarece nada. Miliukov y Kerensky, miembros de un gobierno burgués e imperialista, suscribirían gustosamente esta tesis general, el uno en su primera parte y el otro en la segunda...

** Aquí se interrumpe el manuscrito. – Ed.*

Escrita el 26 de marzo (8 de abril) de 1917.

Publicada por primera vez en 1924, en la revista “Bolshevik”, núm. 3-4.

Se publica según el manuscrito.

Guion para la quinta “carta desde lejos”^{xxxii}

No se puede ir a las elecciones para la Asamblea Constituyente con el viejo programa. Hay que modificarlo:

1) agregar sobre el imperialismo, como última fase del capitalismo

2) sobre la guerra imperialista, las guerras imperialistas y la “defensa de la patria”

+ 2 bis: sobre la lucha y la escisión con los socialchovinistas

3) agregar sobre *el Estado* que necesitamos y sobre *la extinción* del Estado.

4) Modificar los 2 últimos párrafos *anteriores* al programa político (contra la monarquía en general y contra las medidas para su restauración)

5) agregar al apartado 3 de la parte política: ningún funcionario *desde arriba*

(cfr. *Engels* en la crítica del año 1891^{xxxiii})

+ sueldo de *todos* los funcionarios: no mayor que el salario de los obreros

+ derecho de destituir a *todos* los diputados y funcionarios en cualquier momento

+ 5 bis) corregir el apartado 9 sobre la autodeterminación

+ carácter internacional de la revolución socialista, *en detalle*

6) corregir muchas cosas en el programa mínimo y *mejorarlas*.

7) En el programa agrario:

(α) nacionalización en lugar de municipalización (enviaré a Petrogrado mi manuscrito sobre el particular, que fue quemado en 1909^{xxxiv})

(β) haciendas modelo en las fincas de los terratenientes.

8) “Trabajo obligatorio para todos” (Zivildienstpflicht)

9) eliminar: apoyo a “*cualquier*” movimiento de “*oposición*” (revolucionario es otra cosa)...

10) Cambiar el nombre, porque

(α) es incorrecto

(β) los socialchovinistas lo han ensuciado
(γ) desorientará al pueblo en las elecciones,
porque socialdemócrata = Chjeídze, *Potrédze*
y Cía.

Este es el guion para la “carta núm. 5”. Devuélvalo **en seguida**.

¿No tiene usted algunos apuntes o notas sobre las modificaciones para la parte práctica del programa mínimo? ((¿Recuerda que hemos hablado de eso *en más de una ocasión?*))

Hay que abordar este trabajo **enseguida**.

*Escrito entre el 7 y el 12 (20 y 25)
de marzo de 1917.*

*Publicado por primera vez en 1959, en
Recopilación Leninista XXXVI.*

Se publica según el manuscrito.

Notas al final - Cartas desde lejos^{<?>}

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i Lenin escribió *Cartas desde lejos* (primera-cuarta) del 7 al 12 (20-25) de marzo; la quinta, que quedó sin terminar, la comenzó en vísperas de su partida de Suiza a Rusia, el 26 de marzo (8 de abril) de 1917.

En cuanto se recibieron telegramas que confirmaban los acontecimientos revolucionarios en Rusia y la composición del Gobierno Provisional burgués y del Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado, Lenin empezó a trabajar para el periódico *Pravda*, concediendo singular importancia a la labor explicativa y organizativa a través de la prensa.

El 9 (22) de marzo, la primera y la segunda *Cartas desde lejos* se enviaron a Cristianía para desde allí mandarlas a Petrogrado. La primera carta se publicó en los núms. 14 y 15 de *Pravda*, del 21 y 22 de marzo (3 y 4 de abril) de 1917, con grandes cortes y algunas modificaciones hechas por la Redacción del periódico. La segunda, la tercera y la cuarta no se publicaron en 1917. Las ideas de la quinta carta, que quedó sin terminar, fueron desarrolladas más tarde en las obras *Cartas sobre táctica* y *Las tareas del proletariado en nuestra revolución*. Antes de partir para Rusia, Lenin tomó medidas a fin de que la primera y la segunda carta se difundieran entre los bolcheviques residentes en Francia y Suiza.

ii La Redacción de *Pravda* cortó una quinta parte, aproximadamente, del texto de la primera de las Cartas

desde lejos. Suprimió, principalmente, lo referente a la caracterización de los lacayos de la burguesía, es decir, los líderes de los partidos conciliadores –de los mencheviques y los socialistas revolucionarios–, sus intentos de ocultar que en el derrocamiento de Nicolás Romanov habían participado, junto con los demócratas constitucionalistas y los octubristas, representantes de los gobiernos inglés y francés, y al desenmascaramiento por Lenin de los designios monárquicos e imperialistas del Gobierno Provisional que continuaba con la guerra de rapiña.

iii Lenin se refiere al *Soviet de diputados obreros de Petrogrado*, surgido en los primeros días de la Revolución de Febrero. Las elecciones al Soviet se desplegaron por propia iniciativa de los obreros, al principio en algunas fábricas, luego, en el curso de unos días, abarcaron todas las empresas. El 27 de febrero (12 de marzo), antes de que el Soviet se reuniera para su primera sesión, los mencheviques liquidadores K. A. Gvózdev y B. O. Bogdánov y los miembros del grupo menchevique de la Duma de Estado N. S. Chjeídze, M. I. Skóbelev y otros se autoproclamaron Comité Ejecutivo Provisional del Soviet, tratando de retener la dirección. En la primera reunión del Soviet, celebrada ese mismo día por la tarde, quedó constituido el Presidium (N. S. Chjeídze, A. F. Kerensky y M. I. Skóbeley). Pasaron a integrar el Comité Ejecutivo, además de los miembros del Presidium, A. G. Shliápnikov, N. N. Sujánov y Y. M. Steklov, y se concedieron puestos a los representantes de los comités centrales y de Petrogrado de los partidos socialistas. El partido de los socialistas revolucionarios, que al principio se había manifestado contra la organización del Soviet, envió sus representantes.

El Soviet se proclamó organismo de los diputados obreros y soldados, y hasta el I Congreso de los Soviets (junio de 1917), fue, de hecho, un centro de dirección de toda Rusia. El 1º (14) de marzo el Comité Ejecutivo fue ampliado con delegados de los soldados.

El 28 de febrero (13 de marzo) lanzó el llamamiento **A la población de Petrogrado y de Rusia**, exhortando a cohesionarse en torno del Soviet y a tomar la dirección de todos los asuntos locales. El 3 (16) de marzo se formaron las comisiones del Soviet: de abastecimientos, militar, de orden público de la ciudad y de publicaciones; de los miembros de esta última se formó el núcleo inicial de la Redacción de **Izvestia**.

En las reuniones del Comité Ejecutivo participaban, con voz, pero sin voto, los grupos socialdemócratas de la Duma de Estado de todas las legislaturas, cinco representantes de la comisión de soldados y dos del Buró Central de los sindicatos, delegados de los Soviets distritales, de la Redacción de **Izvestia** y otros.

El Soviet designó emisarios para organizar los Soviets distritales y comenzó a formar la milicia.

A pesar de que la dirección del Soviet estaba en manos de los conciliadores, bajo la presión de los obreros y soldados revolucionarios el Soviet adoptó medidas revolucionarias: la detención de los representantes del viejo poder y la excarcelación de los presos políticos.

El 1º (14) de marzo emitió la **Orden a la guarnición de la región militar de Petrogrado**, que desempeñó un enorme

papel para llevar el espíritu revolucionario al ejército. De acuerdo con esta orden, las unidades militares debían subordinarse al Soviet en sus acciones políticas, las armas de todo tipo pasaban a disposición de los comités de compañía y de batallón y quedaban bajo su control, las órdenes del Comité Provisional de la Duma de Estado debían cumplirse solo en los casos en que no entrasen en contradicción con las órdenes del Soviet, etcétera.

Pero en el momento decisivo, en la noche del 1º (14) al 2 (15) de marzo, los conciliadores del Comité Ejecutivo del Soviet cedieron voluntariamente el poder a la burguesía, sancionando la formación del Gobierno Provisional con burgueses y terratenientes. Este acto de capitulación ante la burguesía no se conocía en el extranjero, pues no se permitía el envío de periódicos cuyas posiciones estuvieran a la izquierda de las de los demócratas constitucionalistas. Lenin se enteró de ello al llegar a Rusia (véase el presente volumen, pág. 252).

iv *Manifiesto de Basilea*: manifiesto sobre la guerra aprobado por el Congreso Socialista Internacional (Extraordinario) celebrado en Basilea los días 24 y 25 de noviembre de 1912. El manifiesto ponía en guardia a los pueblos contra la amenaza de una inminente guerra imperialista mundial, denunciaba los fines expoliadores de esta guerra y exhortaba a los obreros de todos los países a luchar resueltamente por la paz “contraponiendo al imperialismo capitalista el poderío de la solidaridad internacional del proletariado”. En el Manifiesto de Basilea se incluyó un punto, formulado por Lenin, de la resolución del Congreso de Stuttgart de 1907, en el cual se decía que,

en caso de estallar la guerra imperialista, los socialistas debían aprovechar la crisis económica y política provocada por ella para acelerar la caída de la dominación de clase de los capitalistas y para luchar en pro de la revolución socialista.

v *Raznochintsi* (gente llana): categoría interestamental en Rusia en los siglos XVIII y XIX. Era gente instruida procedente del clero, los comerciantes, la pequeña burguesía y el campesinado, que había abandonado su anterior medio social.

vi Se trata del *Comité de Organización* (CO), centro dirigente de los mencheviques formado en 1912 en la conferencia de agosto de los liquidadores. Durante la guerra imperialista mundial, el CO sustentó posiciones social chovinistas, justificó la guerra por parte del zarismo y predicó ideas nacionalistas y chovinistas. El CO editó la revista *Nasha Zariá* (Nuestra Aurora); después de su clausura publicó *Nashe Delo* (Nuestra Causa), más tarde *Delo* (La Causa) y el periódico *Rabóchee Utro* (La Mañana Obrera) y luego *Utro* (La Mañana). El CO funcionó hasta agosto de 1917, cuando fue elegido el Comité Central del partido menchevique. Además del CO, que actuaba en Rusia, existía el Secretariado del CO en el Extranjero, integrado por cinco secretarios, que sustentaba posiciones cercanas a los centristas y, encubriéndose con fraseología internacionalista, apoyaba en los hechos a los socialchovinistas de Rusia. El Secretariado del CO en el Extranjero publicaba un órgano propio, *Izvestia Zagraníchnogo Sekretariata Organizalstónnogo Komitela Rossíiskoi Sotsial-Demokraticheskoi Rabochei Partii*

(Noticias del Secretariado del CO en el Extranjero del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia), que apareció de febrero de 1915 a marzo de 1917 en Ginebra.

vii Política de colaboración con la burguesía imperialista.

viii *Octubristas*: miembros del partido del mismo nombre (o Unión del 17 de Octubre), formado en Rusia después de publicarse el manifiesto zarista del 17 (30) de octubre de 1905. Era un partido contrarrevolucionario, representante y defensor de los intereses de la gran burguesía y de los terratenientes que administraban sus haciendas con métodos capitalistas. Los octubristas respaldaban enteramente la política interior y exterior del gobierno zarista. Durante la primera guerra mundial integraron el “bloque progresista” de oposición que exigía formar un ministerio responsable, es decir, un gobierno que gozara de la confianza de la burguesía y los terratenientes. Después de la Revolución Democrática Burguesa de febrero de 1917, los octubristas pasaron a ser el partido gobernante y lucharon intensamente por impedir la revolución socialista que estaba madurando en Rusia. Guchkov, líder de ese partido, formó parte del primer Gobierno Provisional como ministro de Guerra. Al triunfar la Revolución Socialista de Octubre, los octubristas combatieron activamente contra el Poder soviético.

ix *“Renovadores pacíficos”*: miembros del Partido de la Renovación Pacífica, organización monárquico-constitucionalista de la gran burguesía y de los terratenientes, formada definitivamente en 1906, después de la disolución de la I Duma de Estado. Por

sus concepciones, este partido estaba a la izquierda de los octubristas y a la derecha de los demócratas constitucionalistas. Por su programa, era afín a los octubristas, y su labor se orientaba a defender los intereses de la burguesía industrial y comercial y de los terratenientes que administraban su hacienda con métodos capitalistas. En la III Duma de Estado, el Partido de la Renovación Pacífica se unificó con el llamado Partido de Reformas Democráticas, formando el grupo de los “progresistas”.

x *Demócratas constitucionalistas*: miembros del Partido Demócrata Constitucionalista, el más importante de la burguesía monárquica liberal de Rusia. Fue fundado en octubre de 1905, lo integraban representantes de la burguesía, terratenientes miembros de los zemstvos e intelectuales burgueses. Posteriormente se convirtió en un partido de la burguesía imperialista. Durante la Primera Guerra Mundial, los demócratas constitucionalistas apoyaron activamente la rapaz política exterior del Gobierno zarista. En el período de la Revolución Democrática Burguesa de Febrero procuraron salvar la monarquía. Ocuparon los puestos rectores en el Gobierno Provisional burgués y aplicaron una política contrarrevolucionaria antipopular. Tras la victoria de la Revolución Socialista de Octubre actuaron como enemigos irreconciliables del Poder soviético y participaron en todas las acciones contrarrevolucionarias armadas y campañas de los intervencionistas. Después de derrotados estos y los guardias blancos, los demócratas constitucionalistas continuaron en la emigración su labor contrarrevolucionaria antisoviética.

xi *Los comités de la industria de guerra* fueron instituidos en Rusia en mayo de 1915 por la gran burguesía imperialista para ayudar al zarismo a hacer la guerra. El presidente del Comité Central de la Industria de Guerra era A. I. Guchkov, gran capitalista, líder de los octubristas. Con el propósito de someter a los obreros a su influencia y de inculcarles el espíritu defensista, la burguesía decidió organizar “grupos obreros” adjuntos a dichos comités y, con ello, mostrar que en Rusia se había establecido la “paz entre las clases”, entre la burguesía y el proletariado. Los bolcheviques declararon el boicot a los comités de la industria de guerra y lo hicieron triunfar con el apoyo de la mayoría de los obreros.

Gracias a la labor esclarecedora realizada por los bolcheviques, solo en 70 de los 239 comités de la industria de guerra provinciales y locales, se celebraron elecciones a los “grupos obreros” y solo en 36 comités fueron elegidos representantes obreros.

xii *The Times* (Los Tiempos): diario fundado en 1785 en Londres, principal órgano de la burguesía conservadora inglesa. Uno de los periódicos más influyentes y mejor informados. Sus corresponsales lo tuvieron al día de los acontecimientos de Rusia en 1905 y 1917.

xiii *Primer Gobierno Provisional*: Comité Provisional de la Duma de Estado; quedó formado el 27 de febrero (12 de marzo) de 1917 después de que, como respuesta a un telegrama enviado al zar por el Consejo de Decanos de la IV Duma sobre la crítica situación en Petrogrado y la necesidad de tomar medidas urgentes “para salvar

la patria y la dinastía”, el presidente de la Duma, M. V. Rodzianko, recibiera un decreto del zar disolviendo la Duma. En una reunión extraoficial, celebrada en momentos en que las masas del pueblo insurrecto rodeaban el Palacio de Táurida y ocupaban los alrededores de la Duma y en que los soldados y los obreros armados se encontraban dentro del edificio de ésta, los diputados a la Duma eligieron apresuradamente un Comité Provisional “para mantener el orden en Petrogrado y para los contactos con las diversas instituciones y personalidades”.

Formaron parte del Comité Provisional los derechistas –V. V. Shulguín y V. M. Lvov–, los octubristas –S. I. Shidlovski, I. I. Dmitriukov y M. V. Rodzianko (presidente)–, los “progresistas” –V. A. Rzhcviski y A. I. Konoválov–, los demócratas constitucionalistas –P. N. Miliukov y N. V. Negrásov–, el trudovique A. F. Kerensky y el menchevique N. S. Chjeídze.

xiv Lenin llama *Conferencia de enero* a la 17 *Conferencia de toda Rusia del POSDR*, celebrada en Praga del 5 al 17 (18 al 30) de enero de 1912, que de hecho desempeñó el papel de un congreso. Dirigió la Conferencia Lenin. Hizo los informes sobre el momento actual y las tareas del Partido y sobre el trabajo del Buró Socialista Internacional e intervino también sobre otras cuestiones. Lenin fue el autor de los proyectos de resoluciones sobre todos los puntos más importantes del orden del día de la Conferencia.

Las resoluciones *El liquidacionismo y el grupo de liquidadores* y *La organización del Partido en el extranjero*, aprobadas en la Conferencia, tuvieron una gran

importancia de principios y práctica. La Conferencia declaró que los liquidadores con su conducta se habían colocado definitivamente fuera del Partido y los expulsó del POSDR.

xv Lenin denomina *llamamiento al Manifiesto del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia a todos los ciudadanos de Rusia*, firmado por el CC del POSDR y publicado el 28 de febrero (13 de marzo) de 1917 en el Anexo al núm. 1 de *Izvestia Petrográdsкого Soveta* (Noticias del Soviet de Petrogrado). Lenin conoció el Manifiesto cuando apareció, extractado, en la edición matutina de *Frankfurter Zeitung* (La Gaceta de Francfort) del 9 (22) de marzo de 1917.

xvi **Socialistas revolucionarios** (eseristas): partido pequeñoburgués fundado en Rusia entre fines de 1901 y comienzos de 1902. Durante la guerra imperialista mundial, la mayoría de los socialistas revolucionarios mantuvo posiciones socialchovinistas.

Después de la Revolución Democrática Burguesa de febrero de 1917, los eseristas, con los mencheviques y los demócratas constitucionalistas, fueron el soporte principal del Gobierno Provisional contrarrevolucionario de la burguesía y los terratenientes, del que formaban parte sus líderes. El partido eserista se negó a apoyar la reivindicación campesina de abolición de la propiedad agraria terrateniente, pronunciándose en pro de esa propiedad, y los ministros de dicho partido en el Gobierno Provisional enviaron destacamentos punitivos contra los campesinos que se apoderaban de las tierras de los latifundistas. En vísperas de la insurrección armada de octubre, este partido se pasó abiertamente al lado de

la burguesía contrarrevolucionaria, defendió el régimen capitalista y quedó aislado de las masas del pueblo revolucionario.

Durante la intervención militar extranjera y la guerra civil, los eseristas efectuaron una labor subversiva contrarrevolucionaria, apoyaron activamente a los intervencionistas y a los guardias blancos, participaron en complots contrarrevolucionarios y organizaron actos terroristas contra los dirigentes del Estado soviético y del Partido Comunista. Después de la guerra civil, los socialistas revolucionarios continuaron su actividad hostil dentro del país y en la emigración, con los guardias blancos.

“Socialistas populares” (enesistas): miembros del Partido Socialista Popular del Trabajo, partido pequeñoburgués desgajado del ala derecha del de los socialistas revolucionarios (eseristas) en 1906. Los enesistas propugnaban la formación de un bloque con los demócratas constitucionalistas. En los años de la Primera Guerra Mundial, los “socialistas populares” sustentaron posiciones socialchovinistas. A raíz de la Revolución Democrática Burguesa de febrero de 1917, el partido de los “socialistas populares” se fusionó con los trudoviques (véase la nota 25) y apoyó activamente la labor del Gobierno Provisional burgués, en el que estuvo representado. Después de la Revolución Socialista de Octubre, los enesistas participaron en complots contrarrevolucionarios y en acciones armadas contra el Poder Soviético. El partido dejó de existir en los años de la intervención militar extranjera y la guerra civil.

xvii *Sotsial-Demokrat* (El Socialdemócrata): periódico ilegal, Órgano Central del POSDR; se editó de febrero de 1908 a enero de 1917. Su primer número vio la luz en Rusia, trasladándose después su edición al extranjero, a París y a Ginebra. Desde diciembre de 1911 fue dirigido por Lenin.

Después del núm. 32, que vio la luz el 15 (28) de diciembre de 1913, *Sotsial-Demokrat* dejó de publicarse por un tiempo y reapareció en los años de la guerra imperialista mundial. Lenin llegó a Suiza en septiembre de 1914, y el 1º de noviembre de ese mismo año salió el núm. 33 del periódico, publicándose a partir de esa fecha con regularidad, a pesar de las dificultades de los tiempos de guerra. Lenin dirigía todo lo relacionado con la edición del periódico, señalaba el contenido de cada número, redactaba los materiales y se ocupaba de los problemas de la presentación e impresión.

Durante la guerra imperialista mundial, *Sotsial-Demokrat* cumplió un relevante papel en la lucha contra el oportunismo internacional, el nacionalismo y el chovinismo, en la propaganda de las consignas bolcheviques y en la movilización de la clase obrera y las masas trabajadoras para la lucha contra la guerra imperialista y sus inspiradores. En las páginas del periódico se exponían todas las cuestiones más importantes del movimiento obrero revolucionario, se mostraban los propósitos imperialistas de la guerra, se desenmascaraban las hipócritas frases y las acciones oportunistas de los socialchovinistas y los centristas, se indicaban cuáles eran los únicos caminos correctos para la lucha revolucionaria del proletariado en las circunstancias

de la guerra imperialista. El periódico publicó el artículo de Lenin *La consigna de los Estados Unidos de Europa*, en el que formuló por primera vez la conclusión de que el socialismo podía triunfar inicialmente en un solo país. La difusión de *Sotsial-Demokrat* en Rusia y la reproducción de sus artículos más importantes en los periódicos bolcheviques locales contribuyeron a la instrucción política del proletariado de Rusia, a su educación internacionalista y a la preparación de las masas con vistas a la revolución. *Sotsial-Demokrat* desempeñó un notable papel en la cohesión de los elementos internacionalistas de la socialdemocracia mundial. Llegaba a muchos países superando todos los obstáculos de la situación de guerra. Lenin cita aquí su obra *Algunas tesis*.

xviii *Trudoviques (Grupo del Trabajo)*: grupo de demócratas pequeñoburgueses de las Dumas de Estado, formado en abril de 1906 con los diputados campesinos a la I Duma. Los trudoviques pendulaban entre los demócratas constitucionalistas y los socialdemócratas revolucionarios. En los años de la Primera Guerra Mundial, la mayoría de ellos sostuvo posiciones socialchovinistas. Después de la Revolución Democrática Burguesa de febrero, los trudoviques, interpretando los intereses de los campesinos ricos (los kulaks), apoyaron activamente al Gobierno Provisional. Acogieron con hostilidad la Gran Revolución Socialista de Octubre y participaron en la contrarrevolución burguesa.

xix *Nasha Zariá (Nuestra Aurora)*: revista mensual legal de los mencheviques liquidadores. Apareció en Petersburgo desde enero de 1910 hasta septiembre de 1914. En tomo

a ella se formó el centro de los liquidadores en Rusia. Al comenzar la Primera Guerra Mundial, la revista adoptó una posición socialchovinista. *Nashe Delo* (Nuestra Causa): revista mensual que se publicó en 1915 en Petrogrado, en lugar de *Nasha Zariá*, suspendida en 1914.

xx **Grupo de Chjeídze:** grupo menchevique de la IV Duma de Estado, encabezado por N. S. Chjeídze. Durante la guerra imperialista mundial, el grupo menchevique en la Duma, sustentando posiciones centristas, respaldaba de hecho en todos los aspectos la política de los socialchovinistas rusos.

xxi Se alude al acuerdo sobre la formación del Gobierno Provisional burgués, concertado en la noche del 1º al 2 (14-15) de marzo de 1917 entre el Comité Provisional de la Duma de Estado y los líderes eseristas y mencheviques del Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado. Los eseristas y los mencheviques entregaron voluntariamente el poder a la burguesía, concediendo al Comité Provisional de la Duma de Estado facultades para formar como creyera conveniente el Gobierno Provisional.

xxii El *Llamamiento del Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros y soldados*, publicado el 3 (16) de marzo de 1917 en el núm. 4 de *Izvestia* al mismo tiempo que el comunicado del Gobierno Provisional sobre la formación del primer gabinete de ministros, encabezado por el príncipe G. E. Lvov, fue redactado por el Comité Ejecutivo conciliador del Soviet de Petrogrado. En el llamamiento se decía que la democracia apoyaría al nuevo poder “en la

medida en que el naciente poder actúe en el sentido de cumplir los compromisos y luche resueltamente contra el viejo poder”.

En el llamamiento no se informaba de que el Soviet había facultado a Kerensky para participar en el Gobierno Provisional, ya que el Comité Ejecutivo había acordado el 1º (14) de abril no dar “representantes de la democracia” al gobierno. *Le Temps* publicó esta noticia sobre la base de las informaciones de su corresponsal. El 2 (15) de marzo, el Soviet, “con la protesta de la minoría”, aprobó la entrada no autorizada de Kerensky en el gobierno como ministro de Justicia.

xxiii *Le Temps* (El Tiempo): diario que se publicó en París desde 1861 hasta 1942. Reflejaba los intereses de los medios gobernantes de Francia y era de hecho órgano oficial del Ministerio de Negocios Extranjeros.

xxiv *Neue Zürcher Zeitung und schweizerisches Handelsblatt* (Nueva Gaceta Comercial de Zurich y Suiza): periódico burgués que se publica en Zurich desde 1780; hasta 1821 apareció con el título de *Zürcher Zeitung* (La Gaceta de Zurich).

National-Zeitung (Gaceta Nacional): periódico burgués que se publicó en Berlín desde 1848 hasta 1938; desde 1914 apareció con el título de *8-Uhr Abendblatt*. *National-Zeitung* (Edición vespertina de las ocho. Gaceta Nacional).

xxv Basándose en las informaciones de la prensa extranjera sobre la constitución por el Soviet de Petrogrado de un organismo especial encargado de

controlar al Gobierno Provisional, Lenin, al principio, valoró positivamente este hecho, pero al mismo tiempo señaló que solo la experiencia mostraría si ese organismo cumplía su misión.

En realidad, la “Comisión de Enlace”, formada el 8 (21) de marzo por el Comité Ejecutivo conciliador del Soviet para “influir” y “controlar” la actividad del Gobierno Provisional, ayudó a este a utilizar la autoridad del Soviet para encubrir su política contrarrevolucionaria. Con la ayuda de la “Comisión de Enlace” se trataba de impedir que las masas librasen una lucha revolucionaria activa por el paso del poder a los Soviets. La “Comisión de Enlace” fue disuelta a mediados de abril de 1917, transfiriéndose sus funciones al Buró del Comité Ejecutivo.

xxvi *Frankfurter Zeitung* (La Gaceta de Francfort): diario, órgano de los grandes bolsistas alemanes; se publicó en Francfort del Meno de 1856 a 1943. Reapareció en 1949 con el título de *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (Gaceta General de Francfort).

xxvii *Vossische Zeitung* (La Gaceta de Voss): periódico liberal moderado alemán; apareció en Berlín desde 1704 hasta 1934. [Los primeros periódicos impresos aparecieron en Cölln, en 1617. En 1655, Frischmann cedió su concesión a Runge, y en 1704, el impresor Johann Lorenz compró el diario a la viuda de Runge, nde.].

xxviii A los pocos días de constituirse, el Gobierno Provisional nombró al octubrista M. A. Stajóvich gobernador general de Finlandia, y al demócrata constitucionalista F. I. Ródichev, ministro (o comisario)

para los Asuntos de Finlandia. El 8 (21) de marzo se publicó el Manifiesto sobre la aprobación de la Constitución del gran principado de Finlandia y su aplicación íntegra. Se reconocía a Finlandia el derecho a la autonomía, debiendo ratificar el gobierno de Rusia las leyes adoptadas por la Dieta finlandesa. Las leyes impuestas a los finlandeses durante la guerra y que estaban en contradicción con su legislación conservaban su vigencia durante todo el tiempo que durase la contienda.

El Gobierno Provisional pretendía que la Dieta introdujera en la Constitución un artículo que equiparase “a los ciudadanos de Rusia con los de Finlandia en el comercio y la industria”, ya que bajo el gobierno zarista las leyes finlandesas no reconocían este derecho y se ejercía por vía violenta. La negativa del Gobierno Provisional a resolver “antes de la Asamblea Constituyente” el problema de la autodeterminación de Finlandia dio origen a un grave conflicto con dicho país, que fue solucionado únicamente después de la Gran Revolución Socialista de Octubre. El 18 (31) de diciembre de 1917, el gobierno soviético concedió a Finlandia la independencia completa.

xxix Lenin escribió el trabajo *El imperialismo, fase superior del capitalismo* en el primer semestre de 1916, y el 19 de junio (2 de julio) lo envió a Petrogrado, a través de París, a la Editorial Parus que, por iniciativa de M. Gorki, había empezado a publicar una serie de folletos populares sobre los Estados de Europa Occidental en los años de la Primera Guerra Mundial. Pero la Redacción de Parus se opuso enérgicamente a la crítica que Lenin hacía de la apostasía de Kautsky e introdujo en el texto enmiendas

sustanciales: suprimió la crítica de la teoría kautskiana del ultraimperialismo y tergiversó una serie de formulaciones leninistas. El libro se imprimió a mediados de 1917 con un prefacio escrito por Lenin el 26 de abril. *Parus* (La Vela) y *Litopis* (Anales): Editorial y revista fundadas por M. Gorki en Petrogrado. *Létopist* revista literaria, científica y política en la que colaboraban ex bolcheviques, así como mencheviques. Gorki dirigía la Sección de Literatura. Se publicó desde diciembre de 1915 hasta diciembre de 1917. La Editorial *Parus* existió desde 1915 hasta 1918.

xxx *Programa agrario de los 104*: proyecto de ley agraria presentado por los trudoviques el 23 de mayo (5 de junio) de 1906 a la I Duma de Estado con la firma de 104 diputados. En él se señalaba que la legislación agraria debía “tender a establecer un orden en el que toda la tierra, con el subsuelo y las aguas, pertenezca a todo el pueblo, y la tierra necesaria para la agricultura pueda entregarse en usufructo únicamente a quienes la cultiven con su trabajo”... Los trudoviques reclamaban la constitución de un “fondo agrario nacional” que debía estar integrado por todas las tierras pertenecientes al fisco, la corona, la familia imperial, los monasterios y a la Iglesia; debían ser enajenadas a la fuerza para ese mismo fondo las pertenecientes a terratenientes y otros propietarios privados si la extensión de las posesiones excedía la norma de trabajo establecida para la localidad. El proyecto preveía cierta indemnización por las tierras enajenadas a los propietarios privados. Las tierras parcelarias y las de las pequeñas haciendas privadas debían seguir perteneciendo por algún tiempo a sus propietarios, pero el proyecto

estipulaba que más tarde también debían pasar a ser propiedad de todo el pueblo. La aplicación de la reforma agraria se confiaba a comités locales elegidos por sufragio universal, igual, directo y secreto.

xxx1 *Die Neue Zeit* (Tiempos Nuevos): revista teórica del Partido Socialdemócrata Alemán; apareció en Stuttgart desde 1883 hasta 1923. Kautsky la dirigió hasta octubre de 1917, y, luego, H. Cunow. En ella se publicaron por primera vez algunas obras de Marx y Engels. Este ayudaba con sus consejos a la Redacción de la revista y con frecuencia la criticaba por su dejación del marxismo. A partir de la segunda mitad de los años 90 (después de la muerte de Engels), la revista empezó a publicar regularmente artículos de los revisionistas, entre ellos la serie de artículos de E. Bernstein *Problemas del socialismo*, que dio inicio a la campaña de los revisionistas contra el marxismo. En los años de la guerra imperialista mundial (1914-1918), *Die Neue Zeit* ocupó una posición centrista, apoyando de hecho a los socialchovinistas.

xxxii El guion para la quinta *Carta desde lejos* está consagrado al problema de la reelaboración del Programa del Partido. En un principio, Lenin se proponía dedicar a este tema la cuarta carta y luego la quinta. Pero tanto en la cuarta como en la quinta, que quedó inconclusa, fueron tratados otros temas. El manuscrito del guion incluido en la presente edición prueba que Lenin lo amplió más tarde con nuevos puntos (2 bis y 5 bis y los puntos marcados con el signo +).

El plan le sirvió de base para trabajar sobre el Programa del Partido a su llegada a Rusia (véase *O. C.*, t. 32, págs. 151-

156; 159-174). La nota al margen del guion, como atestigua V. A. Karpinski, iba dirigida a él.

xxxiii Véase *F. Engels. Contribución a la crítica del proyecto de programa socialdemócrata de 1891 (C. Marx y F. Engels. Obras, 2ª ed en ruso, t. 22, pp. 237-239).*

xxxiv El libro que quemó la censura zarista –la obra de Lenin *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907*– fue escrito a fines de 1907 (véase *O.C.*, t. 16, pp. 201-440). En 1908 fue impreso en Petersburgo, pero cuando estaba aún en la imprenta fue recogido y destruido por la policía. En 1917 se había conservado solo un ejemplar. El libro vio la luz por primera vez en 1917.

Informe pronunciado en la asamblea de delegados bolcheviques a la conferencia de toda Rusia de los soviets de diputados obreros y soldados

4 (17) de abril de 1917ⁱ

He esbozado algunas tesis a las que agregaré ciertos comentarios. Por falta de tiempo no he podido preparar un informe metódico, detallado.

La cuestión fundamental es la de la actitud ante la guerra. Lo esencial, lo que destaca en primer plano cuando se lee lo que se dice sobre Rusia y se ve lo que sucede aquí, es la victoria del defensismo, la victoria de los traidores del socialismo, el engaño de las masas por la burguesía. Salta a la vista que la situación en nuestro país, en Rusia, en el movimiento socialista es la misma que en los otros países: defensismo, “defensa de la patria”. La diferencia está en que en ninguna parte existe una libertad comparable a la nuestra, y, por eso, tenemos una responsabilidad ante todo el proletariado internacional.

El nuevo gobierno es imperialista como lo era el anterior, es imperialista por completo, a pesar de haber prometido la república.

“1. En nuestra actitud ante la guerra, que por parte de Rusia sigue siendo indiscutiblemente una guerra imperialista, de rapiña, también bajo el nuevo gobierno de Lvov y Cía., en virtud del carácter capitalista de este gobierno, es intolerable la más pequeña concesión al ‘defensismo revolucionario’.

“El proletariado consciente solo puede dar su asentimiento a una guerra revolucionaria, que justifique verdaderamente el defensismo revolucionario, bajo las siguientes condiciones: a) paso del poder a manos del proletariado y de los sectores más pobres del campesinado a él adheridos; b) renuncia de hecho, y no de palabra, a todas las anexiones; c) ruptura completa de hecho con todos los intereses del capital.

“Dada la indudable buena fe de grandes sectores de defensistas revolucionarios de filas, que admiten la guerra solo como una necesidad y no para fines de conquista, y dado su engaño por la burguesía, es preci-

so aclararles su error de un modo singularmente minucioso, paciente y perseverante, explicarles la ligazón indisoluble del capital con la guerra imperialista y demostrarles que sin derrocar el capital *es imposible* poner fin a la guerra con una paz verdaderamente democrática y no con una paz impuesta por la violencia.

“Organizar la propaganda más amplia de este punto de vista en el ejército de operaciones.

“Confraternización en el frente”.

– En nuestra actitud ante la guerra, que sigue siendo una guerra imperialista también bajo el nuevo gobierno, es intolerable la más pequeña concesión al defensismo. Las masas miran las cosas desde un punto de vista práctico, y no teórico. Dicen: “Lo que yo quiero es defender la patria, no conquistar territorios ajenos”. ¿Cuándo se puede considerar la guerra como propia? Cuando se renuncia por completo a las anexiones.

Las masas enfocan el problema no desde el punto de vista teórico, sino desde el práctico. Nuestro error está en enfocarlo en el pla-

no teórico. El proletariado consciente puede apoyar una guerra revolucionaria, que justifique verdaderamente el defensismo revolucionario. Con los representantes de las masas de soldados hay que plantear la cuestión desde el punto de vista práctico, no puede hacerse de otro modo. En manera alguna somos pacifistas. Pero el problema fundamental es el siguiente: ¿qué clase hace la guerra? La clase de los capitalistas, ligada a los bancos, no puede hacer otra guerra que no sea una guerra imperialista. La clase obrera sí puede. Steklov, Chjeídze lo han olvidado todo. Cuando uno lee la resolución del Soviet de diputados obreros se asombra de que semejante resolución haya podido ser aprobada por hombres que se dicen socialistas.ⁱⁱ

Lo peculiar de Rusia es el rapidísimo paso de una violencia brutal al más sutil engaño. La condición fundamental: *renuncia a las anexiones no de palabra, sino, de hecho.* Rech pone el grito en el cielo con motivo de la declaración de *Sotsial-Demokrat* de que la incorporación de Curlandia a Rusia es una anexión. Pero anexión es la incorporación

de cualquier país que tenga particularidades nacionales, es toda incorporación de una nación contra su voluntad, tanto si tiene otro idioma como si no lo tiene, desde el momento en que siente ser otro pueblo. Este es un prejuicio de los rusos, formado en el curso de siglos.

Para poner fin a la guerra es indispensable romper por completo con el capital internacional. La guerra no ha sido engendrada por los individuos, sino por el capital financiero internacional. Romper con el capital internacional no es cosa fácil, pero tampoco es fácil poner fin a la guerra. Es infantil, es ingenuo suponer que una de las partes cese la guerra... Zimmerwald, Kientalⁱⁱⁱ ... Nosotros, más que nadie, tenemos el deber de defender el honor del socialismo internacional. La dificultad del enfoque...

Dada la indudable existencia de talentos defensasistas entre las amplias masas, que admiten la guerra *solo como una necesidad*, y no para fines de conquista, es preciso explicarles de modo singularmente minucioso, perseverante y paciente que sin derrocar el

capital es imposible poner fin a la guerra con una paz no impuesta por la violencia. Es necesario desarrollar esta idea ampliamente, lo más ampliamente posible. Los soldados exigen una respuesta concreta a la pregunta de cómo poner fin a la guerra. Pero prometer a la gente que podemos poner fin a la guerra por el solo bienintencionado deseo de algunas personas es charlatanería política. Es necesario prevenir a las masas. La revolución es una cosa difícil. Los errores son inevitables. El error consiste en que nosotros (¿no hemos desenmascarado?) el defensismo revolucionario en toda su profundidad. El defensismo revolucionario es una traición al socialismo. No basta con limitarse a... Debeos reconocer el error. ¿Qué hacer? Explicar. Cómo dar... que no saben qué es el socialismo...

No somos charlatanes. Debemos basarnos solo en la conciencia de las masas. Incluso no importa si quedamos en minoría. Vale la pena renunciar por cierto tiempo a una situación dirigente, no hay que temer quedar en minoría. Cuando las masas declaran que no quieren conquistas, yo les creo. Cuando

Guchkov y Lvov dicen que no quieren conquistas, mienten. Cuando el obrero dice que quiere defender el país, en él habla el instinto del hombre oprimido.

“II. La peculiaridad del momento actual en Rusia consiste en *el paso* de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y de organización, a su *segunda* etapa, que debe poner el poder en manos del proletariado y de las capas pobres del campesinado.

“Este tránsito se caracteriza, de una parte, por el máximo de legalidad (Rusia es *hoy* el más libre de todos los países beligerantes); de otra parte, por la ausencia de violencia contra las masas y, finalmente, por la confianza inconsciente de estas en el gobierno de los capitalistas, los peores enemigos de la paz y del socialismo.

“Esta peculiaridad exige de nosotros habilidad para adaptarnos a las condiciones *especiales* de la labor de partido entre las masas inusitadamente amplias del proletariado, que acaban de despertar a la vida política”.

– ¿Por qué no se tomó el poder? Steklov dice que por tal o cual motivo. Eso es absurdo. El asunto está en que el proletariado carece del grado necesario de conciencia y de organización. Es preciso reconocerlo; la fuerza material está en manos del proletariado, pero la burguesía se ha mostrado consciente y preparada. Es un hecho monstruoso, pero es necesario reconocerlo abierta y francamente, y decir al pueblo que no hemos tomado el poder por falta de organización y de conciencia... Millones de hombres arruinados, millones de hombres muertos. Los países más avanzados están en una situación catastrófica, y por eso se planteará ante ellos la cuestión...

El paso de la primera etapa a la segunda—el paso del poder al proletariado y al campesinado— se caracteriza, de una parte, por el máximo de legalidad (Rusia es hoy el país más libre, el país más avanzado del mundo); de otra parte, por la confianza inconsciente de las masas en el gobierno. Incluso nuestros bolcheviques muestran alguna confianza en el gobierno. Esto solo se puede explicar por

la embriaguez de la revolución. Esto es la muerte del socialismo. Ustedes, camaradas, tienen confianza en el gobierno. Si esto es así, nuestros caminos son distintos. Prefiero quedar en minoría. Un Liebknecht vale más que 110 defensistas del tipo de Steklov y Chjeídze. Si ustedes simpatizan con Liebknecht y tienden (a los defensistas) aunque sea solo un dedo, eso es traicionar al socialismo internacional. Si nos apartamos de esas gentes, todo oprimido vendrá a nosotros, porque la guerra lo traerá hacia nosotros, no tiene otra salida.

Al pueblo hay que dirigirse sin términos latinos, con sencillez, de forma comprensible. El tiene derecho a... hay que adaptarse.. pasar, pero es necesario. Nuestra línea resultará acertada.

“III. Ningún apoyo al Gobierno Provisional; explicar la completa falsedad de todas sus promesas, sobre todo de la renuncia a las anexiones. Desenmascarar a *este* gobierno, que es un gobierno de capitalistas, en vez de propugnar la inadmisibles e ilusoria “exigencia” de que *deje de ser* imperialista”.

– *Pravda* exige del *gobierno* que renuncie a las anexiones. Exigir de un gobierno de capitalistas que renuncie a las anexiones es una tontería, una burla flagrante de...

Desde el punto de vista científico, esto es una enorme mentira con la cual todo el proletariado internacional, toda... Es hora de reconocer el error. Basta de saludos, basta de resoluciones, es hora de poner manos a la obra. Hay que pasar a... sensato, serio...

“IV. Reconocer que, en la mayor parte de los Soviets de diputados obreros, nuestro Partido está en minoría y, por el momento, en una minoría reducida, frente al *bloque de todos* los elementos pequeñoburgueses y oportunistas –sometidos a la influencia de la burguesía y que llevan dicha influencia al seno del proletariado–, desde los socialistas populares y los socialistas revolucionarios hasta el Comité de Organización (Chjeídze, Tsereteli, etc.), Steklov, etc., etc.

“Explicar a las masas que los Soviets de diputados obreros son la *única forma posible* de gobierno revolucionario y que, por ello, mientras *este* gobierno se someta a la in-

fluencia de la burguesía, nuestra misión solo puede consistir en *explicar* los errores de su táctica de un modo paciente, sistemático, tenaz y adaptado especialmente a las necesidades prácticas de las masas.

“Mientras estemos en minoría, desarrollaremos una labor de crítica y esclarecimiento de los errores, propugnando al mismo tiempo la necesidad de que todo el poder del Estado pase a los Soviets de diputados obreros, a fin de que, sobre la base de la experiencia, las masas corrijan sus errores”.

—Nosotros, los bolcheviques, estamos acostumbrados a exigir el máximo de espíritu revolucionario. Pero eso no basta. Hace falta discernir.

El verdadero gobierno es el Soviet de diputados obreros. Pensar de otro modo significa caer en el anarquismo. Es un hecho reconocido que nuestro Partido se encuentra en minoría en el Soviet de diputados obreros. Es necesario explicar a las masas que el Soviet de diputados obreros es el único gobierno posible, un gobierno como no se ha conocido en el mundo, si se exceptúa la

Comuna. ¿Y si la mayoría del Soviet de diputados obreros sustenta el punto de vista defensista? Nada se puede hacer. Solo nos quedará esclarecer de modo paciente, tenaz y sistemático lo erróneo de su táctica.

Mientras estemos en minoría, desarrollaremos una labor de crítica para sacar del engaño a las masas. No queremos que las masas nos crean por las palabras. No somos charlatanes. Queremos que las masas superen sus errores sobre la base de *la experiencia*.

El llamamiento del Soviet de diputados obreros no contiene una sola palabra impregnada de conciencia de clase. ¡Es fraseología pura! Lo único que ha perdido a todas las revoluciones es la fraseología, la adulación al pueblo revolucionaria. Todo el marxismo enseña a no dejarse llevar por la fraseología revolucionaria, sobre todo en los momentos en que su uso es muy corriente.

“V. No una república parlamentaria –volver a ella desde los Soviets de diputados obreros sería dar un paso atrás–, sino una república de los Soviets de diputados obreros, braceros y campesinos en todo el país, de abajo arriba.

“Supresión de la policía, del ejército y de la burocracia.¹

“La remuneración de los funcionarios, todos ellos elegibles y amovibles en cualquier momento, no deberá exceder del salario medio de un obrero cualificado”.

—Esta es una lección dada por la Comuna francesa y olvidada por Kautsky, y que los obreros nos enseñan en 1905 y 1917. La experiencia de esos años nos enseña a no dejar que la policía y el viejo ejército sean restablecidos.

Es necesario cambiar el Programa, ha envejecido. El Soviet de diputados obreros y soldados es un paso hacia el socialismo. Ninguna policía, ningún ejército, ninguna burocracia. Convocatoria de la Asamblea Constituyente; pero, ¿por quién? Se escriben resoluciones, para archivarlas o para sentarse sobre ellas. Me alegraría que la Asamblea Constituyente fuera convocada mañana, pero es ingenuo confiar en que Guchkov la convocará. Toda la verborrea sobre que hay

¹ Es decir, sustituir el ejército regular por el armamento general del pueblo.

que obligar al Gobierno Provisional a convocar la Asamblea Constituyente, son palabras vacías, puro engaño. Se han hecho revoluciones, pero la policía se ha quedado en su puesto; se han hecho revoluciones, pero la burocracia, etc., se han quedado en sus puestos. Esto es lo que perdió a las revoluciones. El Soviet de diputados obreros es el único gobierno que puede convocar esa Asamblea. Todos nosotros nos hemos aferrado a los Soviets de diputados obreros, pero no los hemos entendido. De esta forma retrocedemos hacia la Internacional, que marcha a la zaga de la burguesía.

La república burguesa no puede resolver el problema (el de la guerra), por cuanto solo puede ser resuelto a escala internacional. Nosotros no prometemos liberar..., pero decimos que solo es posible en esta forma (Soviet de diputados obreros y soldados). Ningún gobierno, a no ser el Soviet de diputados obreros y braceros. Si hablamos de la Comuna, no nos entenderán. Pero si decimos que, en lugar de la policía, el Soviet de diputados obreros y braceros; aprendan a gober-

nar, no hay nadie que nos lo impida, (esto lo entenderán).

El arte de gobernar no se puede aprender por los libros. Intenta, equivócate, aprende a gobernar.

“VI. En el programa agrario, trasladar el centro de gravedad a los Soviets de diputados braceros.

“Confiscación de todas las tierras de los latifundistas.

“Nacionalización de *todas* las tierras del país, de las que dispondrán los Soviets locales de diputados braceros y campesinos. Creación de Soviets de diputados de los campesinos pobres. Hacer de cada gran finca (con una extensión de unas 100 a 300 deciatinas, según las condiciones locales y *de* otro género y a juicio de las instituciones locales) una hacienda modelo bajo el control del Soviet de diputados braceros y sobre bases colectivas”.

—¿Qué es el campesinado? No lo sabemos, no hay estadísticas, *pero* sabemos que es una fuerza.

Si toman la tierra, podemos estar seguros de que no la devolverán ni nos preguntarán. El eje del programa se ha desplazado, el centro de gravedad está en los Soviets de diputados braceros. Si el campesino ruso no decide la suerte de la revolución, la decide el obrero alemán.

El mujik de Tambov...

Por una deciatina no hay que pagar; por la segunda hay que pagar un rublo; por la tercera, dos rublos. Tomaremos la tierra y el terrateniente ya no podrá quitárnosla.

Hacienda sobre bases colectivas.

Es necesario crear Soviets de diputados de los campesinos pobres. Existe el mujik rico, existe el bracero. Este último, aunque se le dé tierra, no podrá crear una hacienda. Es necesario hacer de las fincas grandes haciendas modelo explotadas en común y administradas por los Soviets de diputados braceros.

Las grandes fincas existen.

“VII. Fusión inmediata de todos los bancos del país en un Banco Nacional único, some-

tido al control de los Soviets de diputados obreros”.

– El banco es una “forma de contabilidad social” (Marx). –La guerra enseña economía; todos saben que los bancos saquean las fuerzas del pueblo. Los bancos son el nervio, el foco de la economía nacional. Nosotros no podemos tomarlos en nuestras manos, pero propugnamos su fusión bajo el control de los Soviets de diputados obreros.

“VIII. No ‘implantación’ del socialismo como nuestra tarea *inmediata*, sino pasar únicamente a la instauración inmediata del *control* de la producción social y de la distribución de los productos por los Soviets de diputados obreros”.

– La vida y la revolución colocan a la Asamblea Constituyente en un plano posterior. Las leyes importan no por que están escritas sobre papel, sino por quién las aplica. La dictadura del proletariado existe, pero no saben qué hacer con ella. El capitalismo se ha convertido en capitalismo de Estado... Marx... solo lo que ya ha madurado en la práctica...

“IX. Tareas del Partido:

1) celebración inmediata de un congreso del Partido;

2) modificación del Programa del Partido, principalmente:

a) sobre el imperialismo y la guerra imperialista,

b) sobre la posición ante el Estado y *nuestra* reivindicación de un ‘Estado-Comuna’²,

c) reforma del programa mínimo, ya anticuado;

3) cambio de denominación del Partido.

“X. Renovación de la Internacional.

“Iniciativa de constituir una Internacional revolucionaria, una Internacional contra *los socialchovinistas* y contra *el “centro”*.”³

² Es decir, de un Estado cuyo prototipo dio la Comuna de París.

³ En la socialdemocracia internacional se llama “centro” a la tendencia que pendula entre los chovinistas (=“defensistas”) y los internacionalistas, a saber: Kautsky y Cía., en Alemania, Longuet y Cía., en Francia, Chjeídze y Cía., en Rusia, Turati y Cía., en Italia, MacDonald y Cía., en Inglaterra, etc.

—Resumen.

El Soviet de diputados obreros ha sido creado y goza de enorme influencia. Todos simpatizan instintivamente con él. Esta institución contiene mucho más pensamiento revolucionario que todas *las frases revolucionarias*. Si el Soviet de diputados obreros logra tomar en sus manos el gobierno, la causa de la libertad está garantizada. Si se redactan las leyes más perfectas, ¿quién las aplicará? Esos mismos funcionarios, pero ellos están ligados a la burguesía.

Hay que decir a las masas: no “implanten el socialismo”, sino aplíqueno (?) El capitalismo ha avanzado, el capitalismo de tiempos de guerra no es igual al de antes de la guerra.

Es necesario pasar a acciones prácticas, sobre la base de las conclusiones tácticas. Es necesario convocar inmediatamente un congreso del Partido, es necesario revisar su Programa. Muchas cosas de este han envejecido. Es necesario reformar el programa mínimo.

Personalmente propongo cambiar la denominación del Partido, llamarlo *Partido Comunista*. El pueblo comprenderá el nombre de “comunista”. La mayoría de los socialdemócratas oficiales han traicionado al socialismo... Liebknecht, el único socialdemócrata... Ustedes temen faltar a los antiguos recuerdos. Pero para mudarse de ropa hay que quitarse la camisa sucia y ponerse una limpia. ¿Por qué desechar la experiencia de la lucha mundial? La mayoría de los socialdemócratas ha traicionado al socialismo en el mundo entero y se ha pasado al lado de sus gobiernos (Scheidemann, Plejánov, Guesde). Cómo actuar para que Scheidemann consienta... Este punto de vista es funesto para el socialismo. Enviar un radiotelegrama a Scheidemann sobre el cese de la guerra... es un engaño.

La palabra “socialdemocracia” es inexacta. No se aferren a una vieja palabra que se ha podrido por completo. Quieren construir un partido nuevo... y todos los oprimidos acudirán a ustedes.

En Zimmerwald y en Kiental predominó el centro... *Rabóchaya Gazeta*. Les demos-

traremos a ustedes que toda la experiencia ha probado... Declaramos que hemos formado una izquierda y hemos roto con el centro. O ustedes hablan de la Internacional, y entonces aplican..., o ustedes...

La corriente de la Izquierda de Zimmerwald existe en todos los países del mundo. Las masas deben comprender que el socialismo se ha dividido en el mundo entero. Los defensistas han abjurado del socialismo. Solo Liebknecht... Todo el porvenir está de su parte.

He oído que en Rusia hay una tendencia unificadora, la unificación con los defensistas. Esto es una traición al socialismo. Considero que es mejor quedarse solo, como Liebknecht: solo contra 110.

Publicado por primera vez el 7 de noviembre de 1924 en el periódico "Pravda", núm. 255.

Se publica según el texto del periódico.

Notas al final - Informe pronunciado en la asamblea de delegados bolcheviques a la conferencia de toda Rusia de los soviets de diputados obreros y soldados 4 (17) de abril de 1917

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

La *Asamblea de delegados bolcheviques o Conferencia (de marzo) de toda Rusia de funcionarios del Partido*, que el Buró del CC del POSDR en Rusia hizo coincidir con la Conferencia de toda Rusia de los Soviets de diputados obreros y soldados, inició sus labores el 27 de marzo (9 de abril) de 1917. En el orden del día figuraban los siguientes puntos: actitud ante la guerra, actitud ante el Gobierno Provisional, organización de las fuerzas revolucionarias, y otros.

La sesión del 4 (17) de abril, en la que Lenin hizo un informe, se celebró en el Palacio de Táurida. Al explicar las *Tesis de Abril*, Lenin leyó cada una de sus partes. El texto del discurso se reproduce según los apuntes hechos por el secretario de actas, en los cuales hay omisiones, señaladas con puntos suspensivos, y algunos pasajes no están del todo claros.

La *Conferencia de toda Rusia de los Soviets de diputados obreros y soldados*, convocada por el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, tuvo lugar en esta ciudad del 29 de marzo al 3 de abril (11 al 16 de abril) de 1917.

Asistieron representantes del Soviet de Petrogrado y de 82 Soviets locales, así como de unidades del ejército del frente y la retaguardia. Se discutieron la cuestión de la guerra, la de la actitud ante el Gobierno Provisional y la de la Asamblea Constituyente, los problemas agrarios, alimentario y otros.

La Conferencia, en la que predominaba la influencia de los mencheviques y los eseristas, sostuvo la posición del “defensismo revolucionario” (325 votos contra 57), adoptó una resolución de apoyo al Gobierno Provisional burgués y acordó también convocar una conferencia socialista internacional para tratar el problema de la salida de la guerra. Plejánov tomó dos veces la palabra y habló en el espíritu del socialpatriotismo. El bolchevique P. I. Stárostin exhortó a terminar la guerra, llamamiento que fue acogido agriamente por la mayoría defensiva.

La Conferencia amplió el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado con 16 nuevos miembros, entre ellos seis representantes del ejército y la marina.

ii Se alude a la resolución del eserista y menchevique Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado, aprobada en la Conferencia de toda Rusia de los Soviets de diputados obreros y soldados el 30 de marzo (12 de abril) de 1917, sobre el informe de la actitud ante la guerra expuesto por el menchevique Tsereteli. Encubierta con frases generales acerca de la libertad y la defensa de la revolución, la resolución exhortaba a apoyar la política exterior del Gobierno Provisional burgués, es decir, a continuar la guerra imperialista.

iii Se refiere a las conferencias socialistas internacionales de Zimmerwald y Kiental.

La Conferencia de Zimmerwald o Primera Conferencia Socialista Internacional *se celebró del 5 al 8 de setiembre de 1915.*

La Conferencia de Kiental o Segunda Conferencia Socialista Internacional *tuvo lugar en Kiental (Suiza) del 24 al 30 de abril de 1916.*

Estas conferencias contribuyeron a cohesionar, sobre la base ideológica del marxismo-leninismo, a los elementos izquierdistas de la socialdemocracia eurooccidental, que más tarde cumplieron un activo papel en la creación de los partidos comunistas en sus países y en la formación de la III Internacional, la Internacional Comunista. Sobre la Unión de Zimmerwald véase el presente volumen, pp. 185-190, 461-462.

Cartas sobre tácticaⁱ

Prefacio

El 4 de abril de 1917 hube de pronunciar un informe en Petrogrado, sobre el tema que figura en el título, primeramente, en una reunión de bolcheviques: los delegados a la Conferencia de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia. Los delegados debían regresar a sus lugares de procedencia, por lo que no podían concederme ninguna dilación. Al final de la reunión, su presidente, camarada G. Zinóviev, me propuso en nombre de todos los presentes que repitiera en el acto mi informe en una asamblea de delegados bolcheviques y mencheviques, que deseaban discutir el problema de la unificación del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusiaⁱⁱ.

Por difícil que fuera para mí repetir inmediatamente mi informe, no me consideré con derecho a negarme, ya que lo pedían *tanto mis correligionarios* como los mencheviques, los cuales, a causa de su partida, no podían, en efecto, concederme ninguna dilación.

En el informe leí mis tesis, publicadas en el número 26 de *Pravda* del 7 de abril de 1917.¹

Tanto las tesis como mi informe suscitaron discrepancias entre los propios bolcheviques y en la Redacción misma de *Pravda*. Tras una serie de reuniones, llegamos por unanimidad, a la conclusión de que lo más oportuno sería discutir *públicamente*, estas discrepancias, proporcionando así material para la Conferencia de toda Rusia de nuestro Partido (el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia unificado por el Comité Central) que debería celebrarse en Petrogrado el 20 de abril de 1917.

Precisamente en cumplimiento de este acuerdo sobre la discusión público *las cartas* siguientes, sin pretender estudiar en ellas el problema *en todos sus aspectos*; solo deseo esbozar los argumentos principales, especialmente esenciales para las tareas *prácticas* del movimiento de la clase obrera.

1 En el apéndice a esta carta reproduzco dichas tesis, acompañadas de unas breves observaciones aclaratorias, del citado número de *Pravda*.

Carta 1

Apreciación del momento

El marxismo exige de nosotros el análisis más exacto, objetivamente comprobable, de la correlación de clases y peculiaridades concretas de cada momento histórico. Nosotros, los bolcheviques, hemos procurado siempre ser fieles a esta exigencia, indiscutiblemente obligatoria desde el punto de vista de toda fundamentación científica de la política.

“Nuestra doctrina no es un dogma, sino una guía para la acción”ⁱⁱⁱ; así decían siempre Marx y Engels, quienes se burlaban, con razón, del aprendizaje mecánico y de la simple repetición de “fórmulas” que, en el mejor de los casos, solo sirven para trazar las tareas *generales*, que cambian necesariamente de acuerdo con las condiciones económicas y políticas *concretas* de cada *fase* particular del proceso histórico.

¿Cuáles son *los hechos* objetivos, establecidos con exactitud, que deben servir hoy de guía al partido del proletariado revolucionario para determinar las tareas y las formas de su actuación?

Ya en mi primera *Carta desde lejos* (*La primera etapa de la primera revolución*), publicada en *Pravda*, números 14 y 15, del 21 y 22 de marzo de 1917, y también en mis tesis definí “la peculiaridad del momento actual en Rusia” como fase de *transición* de la primera etapa de la revolución a la segunda. Por lo tanto, consideraba que la consigna fundamental, la “tarea del día”, en ese momento era: “¡Obreros! Ustedes han hecho prodigios de heroísmo proletario y popular en la guerra civil contra el zarismo. Tendrán que hacer prodigios de organización del proletariado y de todo el pueblo para preparar su triunfo en la segunda etapa de la revolución” (*Pravda*, núm. 15).

¿En qué consiste, pues, la primera etapa?

En el paso del poder del Estado a manos de la burguesía. Hasta la revolución de febrero-marzo de 1917, el poder del Estado en Rusia se encontraba en manos de una vieja clase, a saber: la de los feudales-nobles-terceros, encabezada por Nicolás Romanov.

Después de esta revolución, el poder ha pasado a manos de *otra* clase, de una clase nueva, a saber: *la burguesía*.

El paso del poder del Estado de manos de *una clase* a manos de otra es el primer rasgo, el principal, el fundamental de *la revolución*, tanto en el significado rigurosamente científico como en el sentido político-práctico de este concepto.

En esa medida, la revolución burguesa o democrática burguesa en Rusia *está terminada*.

Aquí oímos el alboroto de las réplicas de aquellos a quienes gusta llamarse “viejos bolcheviques”: ¿Acaso no hemos dicho siempre que la revolución democrática burguesa sería terminada solamente por la “dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos”? ¿Acaso la revolución agraria, también democrática burguesa, ha terminado? ¿Acaso no es, por el contrario, un hecho que esta última *todavía* no ha comenzado?

Contesto: las consignas y las ideas bolcheviques, en *general*, han sido plenamente confirmadas por la historia, pero, *concretamente*, las cosas han resultado *de otro modo* de lo que podía (quienquiera que sea) espe-

rar, de un modo más original, más peculiar, más variado.

Desconocer, olvidar este hecho, significaría semejarse a aquellos “viejos bolcheviques”) que ya más de una vez desempeñaron un triste papel en la historia de nuestro Partido, repitiendo una fórmula tontamente *aprendida*, en vez de dedicarse al *estudio* de las peculiaridades de la nueva y viva realidad.

La “dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos” ya se ha realizado² en la revolución rusa, puesto que esta “fórmula” solo prevé *una correlación de clases y no una institución política concreta llamada a realizar esta correlación, esta colaboración*. El “Soviet de diputados obreros y soldados” es ya la realización, impuesta por la vida, de la “dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos”.

Esta fórmula ha caducado ya. La vida la ha trasladado del reino de las fórmulas al reino de la realidad, haciéndola de carne y hueso, concretándola, y, *con ello*, transformándola.

² * En cierta forma y hasta cierto grado.

Al orden del día se plantea ya otra nueva tarea: la escisión entre los elementos proletarios (antidefensistas, internacionalistas, “comunistas”, partidarios del paso a la comuna) *dentro* de esta dictadura y los elementos partidarios de *la pequeña propiedad o pequeño-burgueses* (Chjeídze, Tsereteli, Steklov, los socialistas revolucionarios y otros tantos defensistas revolucionarios, enemigos de tomar el camino de la comuna, partidarios del “apoyo” a la burguesía y al gobierno burgués).

Quien *ahora* hable solamente de la “dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos”, se ha rezagado de la realidad y, por esta razón, *se ha pasado*, de hecho, a la pequeña burguesía contra la lucha proletaria de clase y hay que mandarlo al archivo de las curiosidades “bolcheviques” prerrevolucionarias (al archivo que podríamos llamar “de los viejos bolcheviques”).

La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos se ha realizado ya, pero de un modo sumamente original, con una serie de importantísimos cambios. De ellos hablaré aparte en una de

mis cartas posteriores. Por ahora es necesario asimilar la verdad indiscutible de que un marxista debe tener en cuenta la vida real, los hechos exactos *de la realidad*, y no seguir aferrándose a la teoría de ayer, que, como toda teoría, en el mejor de los casos, solo traza lo fundamental, lo general, solo abarca de un modo aproximado la complejidad de la vida.

“La teoría, amigo mío, es gris; pero el árbol de la vida es eternamente verde”.^{iv}

Quien plantee la cuestión de la “terminación” de la revolución burguesa *al viejo estilo*, sacrifica el marxismo vivo en aras de la letra muerta.

Con arreglo al viejo estilo resulta que *tras* el dominio de la burguesía puede y debe llegar el dominio del proletariado y del campesinado, su dictadura.

Pero en la vida real las cosas han resultado *ya de otro modo*: ha resultado *un entrelazamiento de lo uno y de lo otro* en forma extraordinariamente original, nueva e inaudita. Existen paralelamente, juntos, simultáneamente, *tanto* el dominio de la burguesía (go-

bierno de Lvov y Guchkov) *como* la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos, que *voluntariamente* entrega el poder a la burguesía, convirtiéndose voluntariamente en apéndice suyo.

Pues no se debe olvidar que, de hecho, en Petrogrado el poder está en manos de los obreros y soldados; el nuevo gobierno *no* ejerce, ni puede ejercer, violencia alguna contra ellos, puesto que *no existe* policía, ni ejército desvinculado del pueblo, ni burocracia que se sitúe de un modo omnipotente *por encima* del pueblo. Esto es un hecho. Este es precisamente el hecho característico de un Estado del tipo de la Comuna de París. Este hecho no encaja en los esquemas antiguos. Es necesario saber adaptar los esquemas a la vida y no repetir las palabras sobre la “dictadura del proletariado y de los campesinos” *en general*, que se han vuelto absurdas.

Para enfocarla mejor, abordemos la cuestión desde otro aspecto.

Un marxista no debe apartarse del terreno exacto del análisis de las relaciones entre las clases. En el poder se encuentra la burgue-

sía. ¿Pero acaso la masa de campesinos no es *también* una burguesía de otra capa, de otro género, de un carácter distinto? ¿De dónde se deduce que *esta* capa *no puede* llegar al poder, “terminando” la revolución democrática burguesa? ¿Por qué no es posible?

Así razonan con frecuencia los viejos bolcheviques.

Contesto: esto es muy posible. Pero un marxista, al apreciar el momento dado, *no* debe partir de lo posible, *sino* de lo real.

Y la realidad nos demuestra el *hecho* de que los diputados soldados y campesinos, libremente elegidos, entran libremente a formar parte del segundo gobierno, del gobierno paralelo, completándolo, desarrollándolo y perfeccionándolo también libremente. Y con la misma libertad *entregan* el poder a la burguesía: fenómeno que no “contradice” en lo más mínimo la teoría del marxismo, puesto que siempre hemos sabido e indicado reiteradamente que la burguesía se mantiene *no* solo por medio de la violencia, sino también gracias a la falta de conciencia, la rutina, la ignorancia y la falta de organización de las masas.

Y ante esta realidad de hoy, es francamente ridículo volver la espalda a los hechos y hablar de las “posibilidades”.

Es posible que los campesinos tomen toda la tierra y todo el poder. Yo no solo no pierdo de vista esta posibilidad ni limito mi horizonte al día de hoy, sino que formulo, directa y exactamente, el programa agrario teniendo en cuenta un *nuevo* fenómeno: la escisión más profunda entre los braceros y los campesinos pobres, de un lado, y los propietarios campesinos, de otro.

Pero también es posible que suceda otra cosa: es posible que los campesinos sigan los consejos del partido pequeñoburgués eserista, influenciado por la burguesía y que se ha pasado a la posición defensista, que les aconseja esperar hasta la Asamblea Constituyente, ¡a pesar de que, hasta ahora, ni siquiera se ha fijado la fecha de su convocatoria!³

3 Para que no sean tergiversadas mis palabras, diré ahora, adelantándome: soy partidario incondicional de que los *Soviets* de los braceros y campesinos se apoderen *inmediatamente de toda* la tierra, pero que observen del modo más riguroso *ellos mismos* el orden y la disciplina, sin permitir el más mínimo daño de máquinas, edificios, ganado,

Es posible que los campesinos *conserven*, continúen su pacto con la burguesía, pacto concertado por ellos en la actualidad por medio de los Soviets de diputados obreros y soldados no solo de un modo formal, sino también de hecho.

Son posibles muchas cosas. Sería el más craso de los errores olvidarse del movimiento agrario y del programa agrario. Pero un error igual constituiría el olvidarse de *la realidad*, que nos indica *el hecho del acuerdo* —o empleando un término más exacto, menos jurídico, de mayor sentido económico-clasista, el hecho de *la colaboración entre las clases*: la burguesía y el campesinado.

Cuando este hecho deje de ser un hecho, cuando el campesinado se separe de la burguesía, tome la tierra, a pesar de ella, se adueñe del poder, contra ella, entonces esta será una nueva etapa de la revolución democrática burguesa, de la que hablaremos aparte.

y sin que, de ninguna manera, desorganicen la hacienda y la producción del trigo, sino la *intensifiquen*, puesto que los soldados necesitan *el doble* de pan y el pueblo no debe sufrir hambre.

El marxista que ante la posibilidad de semejante etapa futura olvida sus deberes *en la actualidad*, cuando el campesinado *pacta* con la burguesía, se convertirá en un pequeño burgués. Pues de hecho predicará al proletariado confianza en la pequeña burguesía (“ella, la pequeña burguesía, el campesinado, todavía dentro de los límites de la revolución democrática burguesa, tendrá que separarse de la burguesía”). Ante la “posibilidad” de un futuro agradable y dulce, en que el campesinado *no* vaya a remolque de la burguesía, y los socialistas revolucionarios, los Chjeídze, los Tsereteli y los Steklov, *no* sean apéndice del gobierno burgués, ante esta “posibilidad”, dicho marxista olvidará *el presente desagradable*, en que el campesinado sigue yendo a remolque de la burguesía, en que los eseristas y socialdemócratas no han abandonado todavía su papel de apéndice del gobierno burgués, su papel de la oposición de “Su Majestad”^v Lvov.

Este hombre supuesto por nosotros se asemejaría al dulzón Luis Blanc o a un empala-

goso kautskiano, pero de ningún modo a un marxista revolucionario.

¿Pero quizá corremos el peligro de caer en el subjetivismo, de querer «saltar por encima» de la revolución de carácter democrático burgués, aún no terminada –trabada todavía por el movimiento campesino–, a la revolución socialista?

Si yo hubiese dicho: “Sin zar, por un gobierno *obrero*”^{vi}, me amenazaría semejante peligro. Pero yo *no* he dicho eso, he dicho otra cosa distinta. Yo he afirmado que *fuera* de los Soviets de diputados obreros, braceros, soldados y campesinos *no puede* haber otro gobierno en Rusia (sin contar el gobierno burgués). Yo he afirmado que el poder en Rusia puede pasar, ahora, de Guchkov y Lvov *únicamente* a estos Soviets, y en ellos *justamente* prevalecen los campesinos, prevalecen los soldados, prevalece la pequeña burguesía, para expresarlo en términos científicos, marxistas, y no empleando una caracterización habitual, filisteo, no profesional, sino una caracterización clasista.

En mis tesis, me aseguré completamente de todo salto por encima del movimiento campesino o, en general, pequeñoburgués, aún latente, de todo *juego* a la “conquista del poder” por parte de un gobierno obrero, de cualquier aventura blanquista, puesto que me refería directamente a la experiencia de la Comuna de París. Como se sabe, y como lo indicaron detalladamente Marx en 1871 y Engels en 1891^{vii}, esta experiencia excluía totalmente el blanquismo, asegurando completamente el dominio directo, inmediato e incondicional de *la mayoría* y la actividad de las masas, solo en la medida de la actuación *consciente* de la mayoría misma.

En las tesis reduje la cuestión, con plena claridad, a *la lucha por la influencia dentro* de los Soviets de diputados obreros, braceros, campesinos y soldados. Para no dejar ni asomo de duda a este respecto, subrayé *dos veces*, en las tesis, la necesidad de un trabajo de paciente e insistente “explicación”, que se adapte a las necesidades *prácticas de las masas*”.

Gente ignorante o renegados del marxismo, como el señor Plejánov y otros, pueden

gritar sobre anarquismo, blanquismo, etc. Quien quiera meditar y estudiar deberá comprender que el blanquismo significa la conquista del poder por una minoría, mientras que los Soviets de diputados obreros, etc., constituyen *evidentemente* una organización directa e inmediata *de la mayoría* del pueblo. El trabajo consistente en la lucha por la influencia *dentro* de tales Soviets no puede, sencillamente *no puede*, desviarse a la charca del blanquismo. Y tampoco puede caer en la charca del anarquismo, puesto que el anarquismo es la negación de *la necesidad del Estado y del poder estatal* en la época de *transición* del dominio de la burguesía al dominio del proletariado. Mientras que yo *defiendo*, con una claridad que excluye toda posibilidad de confusión, la necesidad del Estado en esta época, pero —de acuerdo con Marx y con la experiencia de la Comuna de París—, no de un Estado parlamentario burgués de tipo corriente, sino de un Estado *sin* un ejército permanente, sin una policía opuesta al pueblo, *sin una burocracia* situada por encima del pueblo.

Si el señor Plejánov, en su *Edinstvo*, grita a voz en cuello sobre anarquismo, con ello solo demuestra, una vez más, que ha roto con el marxismo. Al reto, lanzado por mí en *Pravda* (núm. 26), de exponer lo que, en 1871, 1872 y 1875 enseñaron Marx y Engels acerca del Estado, el señor Plejánov tiene y tendrá que responder solo con el silencio respecto a la esencia de la cuestión y con gritos al estilo de la burguesía enfurecida.

El ex marxista señor Plejánov no ha comprendido *en absoluto* la doctrina del marxismo sobre el Estado: De paso sea dicho, los gérmenes de esta incomprensión se ven ya, también, en su folleto sobre el anarquismo, editado en alemán.^{viii}

* * *

Veamos ahora cómo formula el camarada Y. Kámenev, en el comentario del número 27 de *Pravda*, sus “discrepancias” con mis tesis y concepciones expuestas más arriba. Ello nos ayudará a esclarecerlas con mayor exactitud.

“En lo que respecta al esquema general del camarada Lenin —dice el camarada Káme-

nev— nos parece inaceptable, ya que arranca del reconocimiento de que la revolución democrática burguesa *ha terminado* y confía en la transformación inmediata de esta revolución en socialista...”.

Tenemos aquí dos grandes errores.

Primero. El problema de la “terminación” de la revolución democrática burguesa *está planteado erróneamente*. Este problema es enfocado de una manera abstracta, simple, unicolor, por así decirlo, que *no* corresponde a la realidad objetiva. Quien plantea *así* la cuestión, quien pregunta *ahora* si “está terminada o no la revolución democrática burguesa”, y *nada más*, se priva a sí mismo de la posibilidad de comprender la realidad, extraordinariamente compleja y, por lo menos, “bicolor”. Eso en el terreno de la teoría. Y en el terreno de la práctica, se rinde impotente ante *el revolucionarismo pequeñoburgués*.

En efecto. La realidad nos muestra *tanto* el paso del poder a la burguesía (la revolución democrática burguesa de tipo corriente “terminada”) *como* la existencia, al lado del gobierno auténtico, de otro accesorio, que

representa la “dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos”. Este último “también-gobierno” ha cedido *él mismo* el poder a la burguesía, se ha atado *él mismo* al gobierno burgués.

¿Abarca esta realidad la fórmula de viejos bolcheviques del camarada Kámenev: “la revolución democrática burguesa no ha terminado”?

No, la fórmula ha envejecido. No sirve para nada. Está muerta. Y serán inútiles las tentativas de resucitarla.

Segundo. La cuestión práctica. Se desconoce si ahora puede todavía existir en Rusia una “dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos” *especial, apartada* del gobierno burgués. No se debe basar la táctica marxista en lo desconocido.

Pero si eso puede ocurrir aún, el camino para llegar a ello es uno y solo uno: la separación inmediata, resuelta e irreversible entre los elementos proletarios, comunistas, del movimiento y los elementos pequeño-burgueses.

¿Por qué?

Porque toda la pequeña burguesía no ha girado de manera casual, sino necesariamente, hacia el chovinismo (= defensismo), hacia el “apoyo” a la burguesía, hacia la dependencia de ella, hacia *el temor* de pasarse sin ella, etc., etc.

¿Cómo se puede «empujar» a la pequeña burguesía al poder si esta pequeña burguesía puede tomarlo ya hoy, pero *no quiere*?

Únicamente con la separación del partido proletario, comunista, con la lucha de clase proletaria *exenta* de la timidez de esos pequeños burgueses. Solo la cohesión de los proletarios, libres de hecho, y no de palabra, de la influencia de la pequeña burguesía, es capaz de hacer “arder” de tal modo la tierra bajo las plantas de la pequeña burguesía que esta, en determinadas condiciones, se vea *obligada* a tomar el poder; no está excluido, incluso, que Guchkov y Miliukov se declaren partidarios –también en determinadas circunstancias– del poder ilimitado, del poder absoluto de Chjeídze, de Tsereteli, de los eseristas, de Steklov, porque, pese a todo, ¡son “defensistas”!

Quien separa ahora mismo, inmediata e irreversiblemente, a los elementos proletarios, que forman parte de los Soviets (es decir, al partido proletario, comunista), de los elementos pequeñoburgueses, expresa con acierto los intereses del movimiento en ambos casos posibles: *tanto* en el caso de que Rusia pase aún por la “dictadura del proletariado y de los campesinos” especial, separada, no subordinada a la burguesía, *como* en el caso de que la pequeña burguesía no sepa desligarse de la burguesía y vacile eternamente (es decir, hasta el socialismo) entre ella y nosotros.

Quien se guía en su actividad únicamente por la simple fórmula de la “revolución democrática burguesa no ha terminado”, contrae en cierto sentido el compromiso de garantizar que la pequeña burguesía tiene la probabilidad de ser independiente de la burguesía. Y con ello se entrega impotente, en el momento actual, a merced de la pequeña burguesía.

A propósito. Al hablar de la “fórmula’ de la dictadura del proletariado y de los cam-

pesinos, será oportuno recordar que en *Dos tácticas* (julio de 1905) subrayaba especialmente (p. 435 de *En doce años*):

“La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos tiene, como todo en el mundo, su pasado y su porvenir. Su pasado es la autocracia, el régimen feudal, la monarquía, los privilegios... Su porvenir es la lucha contra la propiedad privada, la lucha del obrero asalariado contra el patrono, la lucha por el socialismo...”

El error del camarada Kámenev consiste en que en 1917 sigue mirando solo *al pasado* de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos. Mas para ella ha empezado ya, *de hecho*, *el porvenir*, pues los intereses y la política del obrero asalariado y del pequeño patrono se han divorciado ya *de hecho* y, además, ante un problema tan importantísimo como el “defensismo”, como la actitud frente a la guerra imperialista.

Y llego así al segundo error de las mencionadas consideraciones del camarada Kámenev. Me reprocha que mi esquema “confía”

en la “transformación inmediata de esta revolución (la democrática burguesa) en socialista”.

Eso no es justo. Lejos de “confiar” en la “transformación inmediata” de nuestra revolución en *socialista*, pongo en guardia francamente contra ello, declaro sin rodeos en la tesis número 8: “...No ‘implantación’ del socialismo como nuestra tarea *inmediata*...” “

¿No está claro que quien confiase en la transformación inmediata de nuestra revolución en socialista no podría levantarse contra la tarea inmediata de implantar el socialismo?

Es más. En Rusia es incluso *imposible* implantar “inmediatamente” el “Estado-Comuna” (es decir, el Estado organizado según el tipo de la Comuna de París), pues para ello es necesario que *la mayoría* de los diputados en todos los Soviets (o en su mayor parte) comprenda claramente hasta qué extremo son erróneas y nocivas la táctica y la política de los eseristas, Chjeídze, Tsereteli, Steklov y demás. ¡Pero yo he declarado con toda precisión que en este terreno “confío”

solo en el esclarecimiento “paciente” (¿hace falta, acaso, tener paciencia para conseguir un cambio que se puede realizar “inmediatamente”?)!

El camarada Kámenev ha procedido un poquito “impacientemente” y ha repetido el prejuicio burgués de que la Comuna de París quería implantar “inmediatamente” el socialismo. Eso no es así. La Comuna, por desgracia, demoró demasiado la implantación del socialismo. La esencia auténtica de la Comuna no está donde la buscan habitualmente los burgueses, sino en la creación de *un Estado* de tipo especial. ¡Y ese Estado ha nacido *ya* en Rusia, son precisamente los Soviets de diputados obreros y soldados!

El camarada Kámenev no ha reflexionado sobre *el hecho*, sobre la significación de los Soviets *existentes*, sobre su identidad con el Estado de la Comuna por el tipo, por el carácter sociopolítico, y en vez de estudiar *el hecho*, ha hablado de algo en lo que yo “confío”, según él, como en un futuro “inmediato”. Ha resultado, lamentablemente, una repetición del procedimiento que emplean muchos bur-

gueses: se desvía la atención del problema de *qué son* los Soviets de diputados obreros y soldados, de si son por su tipo *superiores* a la república parlamentaria, de si son más *útiles* para el pueblo, de si son *más democráticos*, de si son más adecuados para luchar, por ejemplo, contra la falta de pan, etc.; se desvía la atención de este problema candente, real, puesto por la vida al orden del día, hacia el problema fútil, aparentemente científico, pero de hecho baladí, escolástico, de la “confianza en la transformación inmediata”.

Es un problema fútil, planteado falsamente. Yo “confío” *única y exclusivamente* en que los obreros, los soldados y los campesinos resolverán mejor que los funcionarios, mejor que los policías, los difíciles problemas *prácticos* de intensificar la producción de cereales, de mejorar su distribución, de abastecer mejor a los soldados, etc., etc.

Estoy profundísimamente convencido de que los Soviets de diputados obreros y soldados llevarán a la práctica la independencia de *la masa* del pueblo con mayor rapidez y mejor que la república parlamentaria (en

otra carta compararemos con más detalle ambos tipos de Estado). Los Soviets de diputados obreros y soldados decidirán mejor, de manera más práctica y con mayor acierto qué *pasos* hay que dar hacia el socialismo y cómo darlos. El control de la Banca y la fusión de todos los bancos en uno solo *no es todavía* el socialismo, pero es *un paso* hacia el socialismo. Hoy dan pasos de ese tipo contra *el* pueblo los junkers y los burgueses en Alemania. Mañana sabrá darlos muchísimo mejor en beneficio del pueblo el Soviet de diputados obreros y soldados, si tiene en sus manos todo el poder del Estado.

¿Y qué es lo que *obliga* a dar esos pasos?

El hambre. El desbarajuste de la economía. La bancarrota amenazante. Los horrores de la guerra. Los horrores de las heridas causadas por la guerra a la humanidad.

El camarada Kámenev termina su comentario declarando que “espera defender su punto de vista en una amplia discusión como único posible para la socialdemocracia revolucionaria, ya que esta quiere, y deberá ser hasta el fin, el partido de masas revolucio-

narias del proletariado, y no convertirse un grupo de propagandistas comunistas”.

Me parece que estas palabras evidencian una apreciación profundamente errónea del momento. El camarada Kámenev contrapone “el partido de las masas” a “un grupo de propagandistas”. Pero las “masas” se han dejado llevar precisamente ahora por la embriaguez del defensismo “revolucionario”. ¿No será más decoroso también para los internaciona- listas saber oponerse en un momento como este a la embriaguez “masiva” que “querer seguir” con las masas, es decir, contagiarse de la epidemia general? ¿Es que no hemos visto en todos los países beligerantes europeos cómo se justificaban los chovinistas con el deseo de “seguir con las masas”? ¿No es obligatorio, acaso, saber estar en minoría durante cierto tiempo frente a la embriaguez “masiva”? ¿No es precisamente el trabajo de los propagandistas en el momento actual el punto central para *liberar* la línea proletaria de la embriaguez defensista y pequeñobur- guesa “masiva”? Cabalmente la unión de las masas, proletarias y no proletarias, sin im-

portar las diferencias de clase en el seno de las masas, ha sido una de las premisas de la epidemia defensista. No creemos que esté bien hablar con desprecio de “un grupo de propagandistas” de la línea *proletaria*.

*Escrito entre el 8 y el 13 (21 y 26)
de abril de 1917.*

*Publicado en abril de 1917 en folleto aparte,
en Petrogrado, por la Editorial Príbói.*

Se publica según el texto del folleto.

Notas al final - Cartas sobre táctica

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i El folleto de Lenin *Cartas sobre táctica. Carta 1* se publicó en Petrogrado en 1917 por la Editorial bolchevique Pribói en tres ediciones. La primera apareció el 27 de abril (10 de mayo), de lo cual se informó en el núm. 42 de *Pravda*. De este modo, los delegados a la VII Conferencia (Conferencia de Abril) del POSD(b)R pudieron conocer su contenido antes de votar, el 29 de abril (12 de mayo), la resolución sobre el momento actual. En los suplementos a las tres ediciones del folleto se publicaron las *Tesis de Abril* de V. I. Lenin.

ii A la asamblea conjunta de bolcheviques y mencheviques delegados a la Conferencia de toda Rusia de los Soviets de diputados obreros y soldados asistieron también miembros del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, representantes de la prensa (*Pravda, Edinstvo. Rabóchaya Gazeta e Izvestia*), del Comité Central y del Comité de Petersburgo del POSDR y del Comité de Organización, diputados socialdemócratas de las cuatro Dumas, representantes de los partidos socialistas nacionales y diputados locales.

En la asamblea tomó la palabra I. P. Goldenberg (Meshkovski), apoyado por V. S. Voitinski, N. S. Chjeídze e I. G. Tsereteli, y exhortó a la unificación de las organizaciones socialdemócratas. Luego tuvo la palabra Lenin, quien rindió su informe. Tsereteli, Goldenberg, Dan, Steklov,

Larin y otros expusieron duras objeciones al informe. A. M. Kolontái defendió la plataforma de Lenin. Lenin y los demás bolcheviques abandonaron la asamblea antes de que esta finalizara, dejando una declaración en nombre del CC del POSDR en la que señalaban que los bolcheviques no participarían en ningún intento de unificación. El informe de Lenin fue calurosamente acogido por los representantes de los comités bolcheviques locales.

iii Véase la carta de F. Engels a F. A. Sorge del 29 de noviembre de 1886 (C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 36, pp. 488-491).

iv Lenin cita unas palabras de Mefistófeles de la tragedia *Fausto*, de Goethe (véase J. W. Goethe, *Fausto*. Parte primera. Escena IV. *El despacho de Fausto*).

v La expresión “oposición de Su Majestad” pertenece a P. N. Miliukov, líder del Partido Demócrata Constitucionalista. En el discurso pronunciado durante un almuerzo dado por el lord alcalde de Londres el 19 de junio (2 de julio) de 1909, Miliukov declaró: “... mientras en Rusia exista la Cámara legislativa que controla el presupuesto, la oposición rusa seguirá siendo la oposición de Su Majestad, y no a Su Majestad” (núm. 167 de Rech, del 21 de junio (4 de julio) de 1909).

vi “*Sin zar, por un gobierno obrero*”: consigna de poder que lanzó Parvus por primera vez en 1905.

vii Véase C. Marx, la guerra civil en Francia. Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores; F. Engels. Introducción [*a la obra de C. Marx*

La guerra civil en Francia] (C. Marx y F. Engels. Obras, 1. 17, pp. 339-354; t.22, pp. 189-201).

viii Lenin se refiere a la obra de G. V. Plejánov *Anarquismo y socialismo*, que se publicó por primera vez en alemán en Berlín, el año 1894 (véase G. Plejánov. *Anarchismus und Sozialismus*. Berlín, Expedition des Vorwärts, 1894, 84 S.).

Las tareas del proletariado en nuestra revolución

(Proyecto de plataforma del partido proletario)¹

El momento histórico que vive Rusia se caracteriza por los siguientes rasgos fundamentales:

Carácter de clase de la revolución realizada

1. El viejo poder zarista, que solo representaba a un puñado de terratenientes feudales, dueños de toda la máquina del Estado (ejército, policía, burocracia), ha sido destruido, suprimido, pero no rematado. La monarquía no está formalmente aniquilada. La banda de los Romanov continúa urdiendo intrigas monárquicas. Las gigantescas posesiones de los terratenientes feudales no han sido liquidadas.

1 Véase la historia de cómo se escribió la obra *Las tareas del proletariado en nuestra revolución* en el *Epílogo* de la citada obra.

2. El poder del Estado ha pasado en Rusia a manos de una nueva *clase*: la clase de la burguesía y de los terratenientes aburguesados. *En esa medida*, la revolución democrática burguesa *en Rusia* está terminada.

La burguesía instaurada en el poder ha formado un bloque (una alianza) con elementos manifiestamente monárquicos, que se distinguieron de 1906 a 1914 por el apoyo, celoso en extremo, prestado a Nicolás el Sanguinario y a Stolypin el Verdugo (Guchkov y otros políticos, más derechistas que los demócratas constitucionalistas). El nuevo gobierno burgués de Lvov y Cía. ha intentado e iniciado negociaciones con los Romanov para restaurar la monarquía en Rusia. Encubriéndose con una fraseología revolucionaria, este gobierno entrega los puestos dirigentes a los partidarios del viejo régimen. Se esfuerza por reformar lo menos posible todo el aparato del Estado (ejército, policía, burocracia), poniéndolo en manos de la burguesía. El nuevo gobierno ha empezado ya a impedir por todos los medios la iniciativa revolucionaria de las acciones de masas y la toma del poder

por el pueblo *desde abajo*, *única* garantía de los verdaderos éxitos de la revolución.

Hasta hoy, este gobierno no ha señalado siquiera la fecha de convocatoria de la Asamblea Constituyente. Deja intacta la propiedad terrateniente del suelo, base material investigar, hacer públicos y controlar los manejos de las organizaciones financieras monopolistas, de los grandes bancos, de los consorcios y cárteles capitalistas, etc.

Las carteras más importantes y decisivas del nuevo gobierno (los ministerios del Interior y de Guerra, es decir, el mando del ejército, de la policía y de la burocracia, de todo el aparato destinado a oprimir a las masas) se hallan en manos de monárquicos notorios y de partidarios reconocidos de la gran propiedad terrateniente. A los demócratas constitucionalistas, republicanos de la última hornada, republicanos bien a pesar suyo, se les han concedido puestos secundarios, que no tienen relación directa ni con *el mando* del pueblo ni con el aparato de poder del Estado. A. Kerensky, representante de los trudeviques y “casi socialista”, no desempeña

más papel que el de adormecer con frases sonoras la vigilancia y la atención del pueblo.

Por todas estas razones, el nuevo gobierno burgués no merece, ni aun en el campo de la política interior, ninguna confianza del proletariado, y es inadmisibile que este le preste el menor apoyo.

.....

La política exterior del nuevo gobierno

3. En el campo de la política exterior, que las circunstancias objetivas colocan hoy en primer plano, el nuevo gobierno es un gobierno de continuación de la guerra imperialista, de una guerra en alianza con las potencias imperialistas, con Inglaterra, Francia, etc., por el reparto del botín capitalista y por la estrangulación de los pueblos pequeños y débiles.

A pesar de los deseos expresados con la mayor claridad a través del Soviet de diputados soldados y obreros en nombre de la mayoría indudable de los pueblos de Rusia, el nuevo gobierno —subordinado a los intereses del capital ruso y a los de su poderoso amo y

protector, el capital imperialista anglo-francés, el más rico del mundo— no ha dado ningún paso efectivo para poner fin a esa matanza de pueblos, organizada en interés de los capitalistas. Ni siquiera ha hecho públicos los tratados secretos, manifiestamente rapaces (sobre el reparto de Persia, el saqueo de China, el saqueo de Turquía, el reparto de Austria, la anexión de Prusia Oriental, la anexión de las colonias alemanas, etc.), que encadenan a Rusia, sin duda alguna, al rapaz capital imperialista anglo-francés. *Ha refrendado* esos tratados concertados por el zarismo, que en el transcurso de varios siglos ha expoliado y oprimido a más pueblos que los demás déspotas y tiranos, por el zarismo, que no solo oprimía al pueblo ruso, sino que lo deshonoraba y corrompía, convirtiéndolo en verdugo de otros pueblos.

El nuevo gobierno, que ha refrendado esos tratados rapaces y bochornosos, no ha propuesto a todos los pueblos beligerantes un armisticio inmediato, a pesar de haberlo exigido claramente la mayoría de los pueblos de Rusia a través de los Soviets de diputa-

dos obreros y soldados. El gobierno se ha limitado a simples declaraciones y frases solemnes, sonoras y pomposas, pero completamente huera, que en boca de los diplomáticos burgueses han servido y sirven siempre para engañar a las masas ingenuas y pueblo esclavizado.

4. Por ello, el nuevo gobierno no solo no merece la más mínima confianza en su política exterior, sino que seguir exigiéndole que proclame los deseos de paz de los pueblos de Rusia, que renuncie a las anexiones, etc., etc., significa, en realidad, engañar al pueblo, hacerle concebir esperanzas irrealizables, retrasar el esclarecimiento de su conciencia; significa contribuir indirectamente a conciliar al pueblo con la continuación de la guerra, cuyo verdadero carácter social no está determinado por las buenas intenciones, sino por el carácter de clase del gobierno que la hace, por los nexos que ligan a la clase representada por ese gobierno con el capital financiero imperialista de Rusia, Inglaterra, Francia, etc., *por la política real y efectiva* que esa clase sigue.

La original dualidad de poderes y su significación de clase

5. La peculiaridad esencial de nuestra revolución, la que más imperiosamente requiere una atención reflexiva, es *la dualidad de poderes* surgida ya en los primeros días que siguieron al triunfo de la revolución.

Esta dualidad de poderes se manifiesta en la existencia de *dos* gobiernos: el gobierno principal, auténtico y efectivo de la burguesía, el “Gobierno Provisional” de Lvov y Cía., que tiene en sus manos todos los órganos del poder, y un gobierno suplementario, accesorio, de “control”, encarnado en el Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado, que no dispone de los órganos de poder del Estado, pero que se apoya directamente en la indudable mayoría absoluta del pueblo, en los obreros y soldados armados.

El origen y la significación de clase de esta dualidad de poderes residen en que la revolución rusa de marzo de 1917, además de barrer toda la monarquía zarista y entregar todo el poder a la burguesía, *se acercó de lleno a*

la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos. Precisamente esa dictadura (es decir, un poder que no se basa en la ley, sino en la fuerza directa de las masas armadas de la población), y precisamente de las clases mencionadas, son el Soviet de Petrogrado y los Soviets locales de diputados obreros y soldados.

6. Otra peculiaridad importantísima de la revolución rusa consiste en que el Soviet de diputados soldados y obreros de Petrogrado, el cual goza, según todos los indicios, de la confianza de la mayoría de los Soviets locales, entrega *voluntariamente* el poder del Estado a la burguesía y a su Gobierno Provisional, le *cede* voluntariamente la primacía, suscribiendo con él el compromiso de apoyarle, y se contenta con el papel de observador, de fiscalizador de la convocatoria de la Asamblea Constituyente (hasta hoy, el Gobierno Provisional no ha señalado siquiera la fecha de su convocatoria).

Esta circunstancia extraordinariamente original, que la historia no había conocido bajo semejante forma, *ha entrelazado, formando un todo, dos dictaduras*: la dictadura

de la burguesía (pues el gobierno de Lvov y Cía. es una dictadura, es decir, un poder que no se apoya en la ley ni en la voluntad previamente expresada del pueblo, sino que ha sido tomado por la fuerza y, además, por una clase determinada, la burguesía) y la dictadura del proletariado y de los campesinos (el Soviet de diputados obreros y soldados).

No cabe la menor duda de que ese “entrelazamiento” *no está en condiciones* de sostenerse mucho tiempo. En un Estado *no pueden existir* dos poderes. Uno de ellos tiene que reducirse a la nada, y toda la burguesía de Rusia labora ya con todas sus fuerzas, por doquier y por todos los medios, para eliminar, debilitar y reducir a la nada los Soviets de diputados obreros y soldados, para crear el poder único de la burguesía.

La dualidad de poderes no expresa más que un momento *transitorio* en el curso de la revolución, el momento en que ésta ha rebasado ya los cauces de la revolución democrática burguesa corriente, *pero no ha llegado todavía* al tipo “puro” de dictadura del proletariado y de los campesinos.

La significación de clase (y la explicación de clase) de esta situación transitoria e inestable consiste en lo siguiente: nuestra revolución, como todas las revoluciones, ha requerido de las masas el mayor heroísmo, los más grandes sacrificios en la lucha contra el zarismo, y *ha arrastrado al movimiento*, de golpe, a un número inmenso de pequeños burgueses.

Una de las principales características científicas y político-prácticas de *toda* verdadera revolución consiste en que engrosa de un modo increíblemente rápido, brusco, súbito el número de los “hombres de la calle” que empiezan a tomar parte activa, independiente y efectiva en la vida política, en *la organización del Estado*.

En Rusia sucede lo mismo. Rusia está hoy en ebullición. Millones y decenas de millones de hombres que se habían pasado diez años aletargados políticamente, en quienes el espantoso yugo del zarismo y los trabajos forzados al servicio de los terratenientes y de los fabricantes habían matado toda sensibilidad política, *han despertado y comenzado a*

incorporarse a la vida política. ¿Pero quiénes son esos millones y decenas de millones de hombres? Son, en su mayoría, pequeños propietarios, pequeños burgueses, gentes que ocupan un lugar intermedio entre los capitalistas y los obreros asalariados. Rusia es el país más pequeñoburgués de toda Europa.

Esta gigantesca ola pequeñoburguesa lo ha inundado todo, ha arrollado al proletariado consciente no solo con la fuerza del número, sino también ideológicamente, es decir, ha arrastrado y contaminado con sus concepciones pequeñoburguesas de la política a grandes sectores de la clase obrera.

En la vida real, la pequeña burguesía depende de la burguesía; su vida es (por *el lugar* que ocupa en *la producción* social) la del propietario, no la del proletario, y en su forma de pensar sigue a la burguesía.

Una actitud de confianza inconsciente hacia los capitalistas, los peores enemigos de la paz y del socialismo: eso es lo que caracteriza la política actual de *las masas* en Rusia, ése es el fenómeno que *ha brotado* con rapidez revolucionaria en el terreno socioeconómico del

país más pequeñoburgués de Europa. Tal es el cimiento de *clase* sobre el que descansa el “*acuerdo*” (insisto en que, al decir esto, no me refiero tanto al acuerdo formal como al apoyo *efectivo*, al acuerdo tácito, a la cesión inconsciente y confiada del poder) entre el Gobierno Provisional y el Soviet de diputados obreros y soldados, acuerdo que ha proporcionado a los Guchkov una buena tajada, el verdadero poder, mientras que al Soviet no le ha dado más que promesas, honores (hasta cierto momento), adulaciones, frases, aseveraciones y reverencias por parte de los Kerensky.

La debilidad numérica del proletariado en Rusia, su insuficiente grado de conciencia y de organización: he ahí el reverso de la misma medalla.

Todos los partidos populistas incluyendo a los eseristas, han sido siempre pequeñoburgueses lo mismo que el partido del Comité de Organización (Chjeídze, Tsereteli, etc.); los revolucionarios sin partido (Steklov y otros) se han dejado también arrastrar por la ola o no se han impuesto a ella, no han tenido tiempo de imponerse.

Peculiaridad de la táctica que se deriva de lo expuesto

7. De la peculiaridad de la situación real, tal como queda expuesta, se desprende obligatoriamente para el marxista –que debe tener en cuenta los hechos objetivos, las masas y las clases, y los individuos, etc.– la peculiaridad de la táctica del momento *presente*.

Esta peculiaridad destaca a primer plano la necesidad de “echar vinagre y bilis en el jarabe de las frases democrático-revolucionarias” (para decirlo con la felicísima frase empleada por Teodoróvich, un camarada mío del Comité Central de nuestro Partido, en la sesión de ayer del Congreso de empleados y obreros ferroviarios de toda Rusia, que se está celebrando en Petrogradoⁱ). Es necesaria, por tanto, una labor de crítica y *esclarecimiento* de los errores de los partidos pequeñoburgueses –el eserista y el socialdemócrata–, una labor de preparación y cohesión de los elementos del partido proletario *consciente*, del Partido Comunista, una labor de *liberación* del proletariado de la embriaguez pequeñoburguesa “general”.

Aparentemente, esto “no es más” que una labor de mera propaganda. Pero, en realidad, es la labor *revolucionaria más práctica*, pues es imposible impulsar una revolución que se ha estancado, que se ahoga entre frases y se dedica a “marcar el paso sin moverse del sitio” *no por* obstáculos exteriores, *no porque* la burguesía *emplee contra ella la violencia* (por el momento, Guchkov solo amenaza con emplear la violencia contra la masa de soldados), sino *por* la confiada inconsciencia de las masas.

Solo luchando contra esa confiada inconsciencia (lucha que puede y debe librarse únicamente con las armas ideológicas, mediante la persuasión amistosa, invocando la *experiencia de la vida*), podremos desembarazarnos del *desenfreno de frases revolucionarias* imperante e impulsar de verdad tanto la conciencia del proletariado como la conciencia de las masas, la iniciativa *local*, audaz y resuelta, de las mismas y fomentar la realización, desarrollo y consolidación, por iniciativa propia, de las libertades, de la democracia, del principio de

posesión de toda la tierra por la totalidad del pueblo.

8. La experiencia de sus gobiernos burgueses y terratenientes del mundo entero ha creado *dos* métodos para mantener la esclavización del pueblo. El primero es la violencia. Nicolás Romanov I (Nicolás el Garrote) y Nicolás II (el Sanguinario) enseñaron al pueblo ruso todo lo posible e imposible en este método de verdugo. Pero hay, además, otro método, que han elaborado mejor que nadie las burguesías inglesa y francesa, “aleccionadas” por una serie de grandes revoluciones y movimientos revolucionarios de masas. Es el método del engaño, de la adulación, de las frases, de las promesas sin fin, de las míseras limosnas, de las concesiones en las cosas insignificantes para conservar lo esencial.

La peculiaridad de la situación actual en Rusia estriba en el tránsito vertiginosamente rápido del primer método al segundo, del método de la violencia contra el pueblo al método de *las adulaciones* y del engaño del pueblo con promesas. Como el gato de la

fábula, Miliukov y Guchkov escuchan y hacen lo que les parece. Mantienen el poder, protegen las ganancias del capital, hacen la guerra imperialista en interés del capital ruso y anglo-francés y se limitan a contestar con promesas, declamaciones y declaraciones efectistas a los discursos de tales “amos del gato” como Chjeídze, Tsereteli y Steklov, que amenazan, apelan a la conciencia, conjuran, imploran, exigen, proclaman... El gato escucha y sigue haciendo lo que le parece.

Pero cada día que pase, la inconsciencia confiada y la confianza inconsciente irán desapareciendo, sobre todo entre los proletarios y los campesinos *pobres*, a quienes la vida (su situación socioeconómica) enseña a no confiar en los capitalistas

Los líderes de la pequeña burguesía “tienen” que enseñar al pueblo a confiar en la burguesía. Los proletarios tienen que enseñarle a desconfiar de ella.

El defensismo revolucionario y su significación de clase

9. El fenómeno más importante y destacado de la ola pequeñoburguesa que lo ha inundado “casi todo” es *el defensismo revolucionario*. Es este, precisamente, el peor enemigo del desarrollo y del éxito de la revolución rusa.

Quien haya cedido en este punto y no haya sabido sobreponerse, está perdido para la revolución. Pero las masas ceden de otro modo que los líderes y se sobreponen de *otro modo*, por otro procedimiento, por otro proceso de desarrollo.

El defensismo revolucionario es, de una parte, fruto del engaño de las masas por la burguesía, fruto de la confiada inconsciencia de los campesinos y de un sector de los obreros; y, de otra parte, expresión de los intereses y del punto de vista del pequeño propietario, interesado hasta cierto punto en las anexiones y ganancias bancarias y que conserva “religiosamente” las tradiciones del zarismo, el cual corrompía a los rusos convirtiéndolos en verdugos de otros pueblos.

La burguesía engaña al pueblo especulando con el noble orgullo de este por la revolución y presenta las cosas como si el carácter *político-social* de la guerra hubiese cambiado, por lo que a Rusia se refiere, a consecuencia de esa etapa de la revolución, de la sustitución de la monarquía de los zares por la casi república de Guchkov y Miliukov. Y el pueblo lo ha creído —hasta cierto tiempo—, gracias, sobre todo, a los viejos prejuicios que le hacían ver en cualquier pueblo de Rusia que no fuera el ruso, una especie de propiedad o feudo de este. La infame corrupción del pueblo ruso por el zarismo, que lo habituó a ver en los demás pueblos algo inferior, algo que pertenecía “por derecho propio” a Rusia, no podía borrarse *de golpe*.

Debemos *saber* explicar a las masas que el carácter político-social de la guerra no se determina por la “buena voluntad” de personas, de grupos ni aun de pueblos enteros, sino por la situación de *la clase* que hace la guerra; por *la política* de esta clase, que tiene su continuación en la guerra; por *los vínculos* del capital, como fuerza económica domi-

nante de la sociedad moderna; por *el carácter imperialista* del capital internacional; por el vasallaje financiero bancario diplomático de Rusia respecto de Inglaterra y Francia etc. *No es fácil* exponer hábilmente todo esto, de modo que lo entiendan las masas. Ninguno de nosotros sería capaz de hacerlo de buenas a primeras sin incurrir en errores.

Sin embargo, la orientación, o, mejor dicho, el contenido de nuestra propaganda tiene que ser este y solo este. La más insignificante concesión al defensismo revolucionario es *una traición al socialismo*, una renuncia total al *internacionalismo*, por muy bellas que sean las frases y muy “prácticas” las razones con que se justifique.

La consigna de “¡Abajo la guerra!” es, naturalmente, justa, pero no tiene en cuenta la peculiaridad de las tareas del momento, la necesidad de *otro planteamiento* ante las vastas masas. Recuerda, a mi parecer, la consigna de “¡Abajo el zar!” con que los desmañados agitadores de los “buenos tiempos pasados” se lanzaban al campo sin pararse a pensar, para volver cargados de golpes. La masa de parti-

darios del defensismo revolucionario obra *de buena fe* no en un sentido personal, sino en un sentido clasista, es decir, pertenece a unas clases (obreros y campesinos pobres) que realmente no tienen nada que ganar con las anexiones ni con la estrangulación de otros pueblos. Es distinta de los burgueses y los señores “intelectuales”, quienes saben muy bien que *es imposible* renunciar a las anexiones sin renunciar a la hegemonía del capital, y que engañan vilmente a las masas con bellas frases y promesas sin cuenta ni tasa.

La masa de partidarios del defensismo ve las cosas de un modo simple, pequeñoburgués: “No quiero anexiones, pero los alemanes ‘arremeten’ contra mí y, por tanto, defiendo una causa justa y no unos intereses imperialistas”. A hombres de este tipo hay que explicarles sin cesar que no se trata de sus deseos personales, sino de las relaciones y condiciones políticas, de masas, *de clases*, del entronque de la guerra con los intereses del capital y con la red internacional de bancos, etc. Ese es el único modo serio de luchar contra el defensismo, el único que nos promete el éxito, lento tal vez, pero seguro y duradero.

¿Cómo se puede poner fin a la guerra?

10. A la guerra no se le puede poner fin por “deseo propio”. No se le puede poner fin por decisión de una sola de las partes. No se le puede poner fin “clavando la bayoneta en la tierra”, según la frase de un soldado defensista.

A la guerra no se le puede poner fin mediante un “acuerdo” entre los socialistas de diferentes países, por medio de una “acción” de los proletarios de todos los países, por la “voluntad” de los pueblos, etc. Todas las frases de este tipo, que colman los artículos de los periódicos defensistas, semidefensistas y semiinternacionalistas, así como las innumerables resoluciones, proclamas y manifiestos y las resoluciones del Soviet de diputadas soldados y obreros, no son más que bondadosos, inofensivos y vacuos deseos de pequeños burgueses. No hay nada más nocivo que esas frases en torno a la “expresión de la voluntad de paz de los pueblos”, *al turno* que han de seguir las acciones revolucionarias del proletariado (después del proletaria-

do ruso, le “toca” al alemán), etc. Todo eso es luisblancismo, son sueños melifluos; es jugar a las “campañas políticas”, es, en realidad, repetir la fábula del gato.

La guerra no ha sido engendrada por la voluntad maligna de los bandidos capitalistas, aunque es indudable que se hace *solo* en interés suyo y solo a ellos enriquece. La guerra es el producto de medio siglo de desarrollo del capital mundial, de sus miles de millones de hilos y vínculos. *Es imposible* salir de la guerra imperialista, *es imposible* conseguir una paz democrática, una paz no impuesta por la violencia, sin derribar el poder del capital y sin que el poder del Estado pase a manos de *otra* clase, del proletariado.

Con la revolución rusa de febrero-marzo de 1917, la guerra imperialista comenzó a transformarse en guerra civil. Esta revolución ha dado el *primer* paso hacia el cese de la guerra. Pero solo un *segundo* paso puede *asegurar* ese cese a saber: el paso del poder del Estado a manos del proletariado. Eso será el comienzo de la “ruptura del frente” en todo el mundo, del frente de los intereses

del capital, y solo rompiendo *ese* frente, *puede* el proletariado redimir a la humanidad de los horrores de la guerra y asegurarse el bien de una paz duradera.

La revolución rusa, al crear los Soviets de diputados obreros, ha llevado *ya* al proletariado de Rusia hasta el umbral de esa “ruptura del frente” del capital.

.....

El nuevo tipo de estado que brota en nuestra revolución

11. Los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., son incomprendidos no solo en el sentido de que la mayoría no ve con claridad su significación de clase ni su papel *en* la revolución *rusa*; son incomprendidos también en el sentido de que representan una nueva forma, o más exactamente un nuevo *tipo de Estado*.

El tipo más perfecto, más avanzado de Estado burgués es *la república democrática parlamentaria*. El poder pertenece al Parlamento; la máquina del Estado, el aparato y los órganos de gobierno son los usuales:

ejército permanente, policía y burocracia prácticamente inamovible, privilegiada y situada *por encima* del pueblo.

Pero desde finales del siglo XIX, las épocas revolucionarias hacen surgir un tipo *superior* de Estado democrático; un Estado que, en ciertos aspectos, deja ya de ser, según la expresión de Engels, un Estado, “no es ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra”ⁱⁱ Nos referimos al Estado del tipo de la Comuna de París, que *sustituye* el ejército y la policía, desvinculados del pueblo, por el armamento directo e inmediato del pueblo. *En esto* reside la esencia de la Comuna, difamada, calumniada, por los escritores burgueses, y a la que, entre otras cosas, atribuían erróneamente la intención de “implantar” inmediatamente el socialismo.

La revolución rusa *comenzó* a crear, primero en 1905, y luego en 1917, un Estado precisamente de ese tipo. La República de los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., congregados en la Asamblea Constituyente de los representantes del pueblo de toda Rusia, o en el Consejo de los

Soviets, etc.: he ahí lo que *está encarnando ya en la vida* de nuestro país ahora, en este momento, por iniciativa de un pueblo de millones y millones de hombres, que crea la democracia, sin previa autorización, *a su manera*, sin esperar a que los señores profesores demócratas constitucionalistas escriban sus proyectos de ley para crear república parlamentaria burguesa, y sin esperar tampoco a que los pedantes y rutinarios de la “socialdemocracia” pequeñoburguesa, como los señores Plejánov o Kautsky, renuncien a sus tergiversaciones de la teoría marxista del Estado.

El marxismo se distingue del anarquismo en que reconoce *la necesidad* del Estado y del poder estatal durante el período revolucionario, en general, y en la época del tránsito del capitalismo al socialismo, en particular.

El marxismo se distingue del “socialdemocratismo” pequeñoburgués y oportunista de los señores Plejánov, Kautsky y Cía. en que el Estado que considera necesario para esos períodos *no* es un Estado como la república parlamentaria burguesa corriente, sino

un Estado del tipo de la Comuna de París.

Las diferencias fundamentales entre ese último tipo de Estado y el viejo son las siguientes:

De la república burguesa parlamentaria es muy fácil volver a la monarquía (la historia lo demuestra), ya que queda intacta toda la máquina de opresión: el ejército, la policía y la burocracia. La Comuna y los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., *destruyen* y eliminan esa máquina.

La república burguesa parlamentaria dificulta y ahoga la vida política independiente de *las masas*, su participación directa en la edificación *democrática* de todo el Estado, de abajo arriba. Los Soviets de diputados obreros y soldados hacen lo contrario.

Los Soviets reproducen el tipo de Estado que iba formando la Comuna de París y que Marx calificó de “la forma política al fin descubierta *para llevar a cabo* dentro de ella la emancipación económica del trabajo”.ⁱⁱⁱ

Suele objetarse que el pueblo ruso no está preparado todavía para “implantar” la Comuna. Es el mismo argumento que empleaban

los defensores del régimen de la servidumbre, cuando decían que los campesinos no estaban preparados aún para la libertad. La Comuna, es decir, los Soviets de diputados obreros y campesinos, no “implanta”, no se propone “implantar” ni debe implantar *ninguna* transformación que no esté ya perfectamente madura en la realidad económica y en la conciencia de la inmensa mayoría del pueblo. Cuanto mayores son la bancarrota económica y la crisis engendrada por la guerra, más apremiante es la necesidad de una forma política lo más perfecta posible, que *facilite* la curación de las horrendas heridas causadas por la guerra a la humanidad. Y cuanto menos experiencia tenga el pueblo ruso en punto a organización, tanto más resueltamente habrá que *emprender la labor de organización del pueblo mismo* y no exclusivamente de los politiqueros burgueses y funcionarios con “puestecitos lucrativos”.

Cuanto más rápidamente nos desembarcemos de los viejos prejuicios del seudomarxismo, del marxismo desnaturalizado por los señores Plejánov, Kautsky y Cía., cuanto

más celosamente ayudemos al pueblo a crear sin demora y por doquier Soviets de diputados obreros y campesinos, a que estos se hagan cargo de *toda* la vida; cuanto más largas den los señores Lvov y Cía. a la convocatoria de la Asamblea Constituyente, más fácil le será al pueblo, pronunciarse a favor de la República de los Soviets de diputados obreros y campesinos (por medio de la Asamblea Constituyente o sin ella, si Lvov tarda mucho en convocarla). En esta nueva labor de organización del pueblo mismo serán inevitables al principio ciertos errores, pero es mejor equivocarse y avanzar que *esperar* a que los profesores y juristas reunidos por el señor Lvov escriban las leyes acerca de la convocatoria de la Asamblea Constituyente, de la perpetuación de la república burguesa parlamentaria y de la estrangulación de los Soviets de diputados obreros y campesinos.

Si nos organizamos y hacemos con habilidad nuestra propaganda, conseguiremos que no solo los proletarios, sino nueve décimas partes de los campesinos estén contra la restauración de la policía, contra la burocracia

inamovible y privilegiada y contra el ejército desvinculado del pueblo. Y precisamente en eso, y solo en eso, estriba el nuevo tipo de Estado.

12. La sustitución de la policía por la milicia del pueblo es una transformación que ha derivado de todo el proceso de la revolución y que se está realizando actualmente en la mayoría de los lugares de Rusia. Debemos explicar a las masas que, en la mayoría de las revoluciones burguesas de tipo corriente, esta transformación ha *sido* muy efímera y que la burguesía, incluso la más democrática y republicana, ha restablecido la vieja policía de tipo zarista, desvinculada del pueblo, colocada bajo las órdenes de los elementos burgueses y capaz de oprimir al pueblo por todos los medios.

Solo hay un medio de *impedir* la restauración de la policía: crear una milicia popular y fusionarla con el ejército (sustitución del ejército permanente por el armamento de todo el pueblo). A esta milicia deberán pertenecer absolutamente todos los ciudadanos y ciudadanas, desde los quince hasta los se-

senta y cinco años, edades que solo tomamos a título de ejemplo para determinar la participación en ella de los adolescentes y ancianos. Los capitalistas deberán abonar a los obreros asalariados, criados, etc., el jornal de los días en que presten servicio social en la milicia. Sin incorporar a la mujer a la participación independiente tanto en la vida política en general como en el servicio social permanente que deben prestar todos los ciudadanos, es inútil hablar no solo de socialismo, sino ni siquiera de una democracia completa y estable. Hay, además, funciones de “policía”, como el cuidado de los enfermos y de los niños abandonados, la inspección de la alimentación, etc., que no pueden cumplirse satisfactoriamente sin conceder a la mujer plena igualdad de derechos no solo en el papel, sino en la realidad.

Impedir el restablecimiento de la policía, incorporar las fuerzas organizadoras de todo el pueblo a la creación de una milicia que abarque a toda la población: tales son las tareas que el proletariado ha de llevar a las masas para proteger, consolidar y desarrollar la revolución.

El programa agrario y el programa nacional

13. En los momentos actuales no podemos saber con precisión si se desarrollará en un futuro próximo una poderosa revolución agraria en el campo ruso. No podemos saber hasta dónde llega la división de clase del campesinado –acentuada indudablemente en los últimos tiempos– en braceros, obreros asalariados y campesinos pobres (“semiproletarios”), de un lado, y campesinos ricos y medios (capitalistas y pequeños capitalistas), de otro. Solo la experiencia puede dar y dará respuestas a estas interrogantes.

Pero como partido del proletariado, tenemos el deber absoluto no solo de presentar sin demora un programa agrario (un programa de la tierra), sino también de propugnar, *en interés* de la revolución agraria campesina en Rusia, diversas medidas prácticas de realización inmediata.

Debemos exigir la nacionalización de *todas* las tierras, es decir, que todas las tierras existentes en el país pasen a ser propiedad del poder central del Estado. Este poder deberá

determinar las proporciones, etc., del fondo de tierras destinado a asentamientos, promulgar las leyes necesarias para la protección forestal, mejoramiento del suelo, etc., y prohibir terminantemente toda mediación entre el propietario de la tierra, es decir, el Estado, y su arrendatario, o sea, el agricultor (prohibir todo subarriendo de la tierra). Mas el derecho a *disponer* de la tierra y a determinar todas *las condiciones locales* para su posesión y usufructo no debe encontrarse en modo alguno en manos de la burocracia, de los funcionarios, sino plena y exclusivamente en manos de *los Soviets de diputados campesinos* regionales y locales.

Para mejorar la técnica de la producción de cereales, aumentar las proporciones de ésta, desarrollar las grandes haciendas agrícolas racionales y efectuar el control social de las mismas debemos tender, dentro de los comités de campesinos, a transformar cada finca terrateniente confiscada en una gran hacienda modelo, bajo el control de *los Soviets de diputados braceros*.

En contraposición a las frases y la política pequeñoburguesas imperantes entre los ese-

ristas, principalmente en su frívola charlatanería acerca de la norma de “consumo” o de “trabajo”, de la “socialización de la tierra”, etc., el partido del proletariado debe explicar que el sistema de la pequeña hacienda, existiendo la producción mercantil, *no está en condiciones* de liberar a la humanidad de la miseria de las masas ni de su opresión.

Sin escindir inmediata y obligatoriamente los Soviets de diputados campesinos, el partido del proletariado debe explicar la necesidad de organizar Soviets especiales de diputados braceros y Soviets especiales de diputados campesinos pobres (semiproletarios), o, por lo menos, asambleas especiales permanentes de los diputados de *estos sectores de clase*, como grupos y partidos especiales dentro de los Soviets generales de diputados campesinos. De otro modo, todas esas melifluas frases pequeñoburguesas de los populistas acerca de los campesinos en general servirán para encubrir el engaño de las masas desposeídas por parte de los campesinos ricos, que no son otra cosa que una variedad de *capitalistas*.

Frente a las prédicas liberales burguesas o puramente burocráticas de muchos socialistas revolucionarios y de diversos Soviets de diputados obreros y soldados, que aconsejan a los campesinos no apoderarse de las tierras de los terratenientes ni empezar las transformaciones agrarias hasta que se reúna la Asamblea Constituyente, el partido del proletariado debe exhortar a los campesinos a efectuar sin tardanza ni previa autorización las transformaciones agrarias y la confiscación inmediata de las tierras de los terratenientes por acuerdo de los diputados campesinos en cada lugar.

Tiene singular importancia, a este respecto, insistir en la necesidad de *aumentar* la producción de víveres para los soldados que se hallan en el frente y para las ciudades, haciendo ver que es absolutamente intolerable destruir o inferir daños al ganado, deteriorar los aperos, máquinas, edificios, etc.

14. En el problema nacional, el partido del proletariado debe defender, ante todo, la proclamación y realización inmediata de la plena libertad a separarse de Rusia para todas las

naciones y minorías nacionales oprimidas por el zarismo, que han sido incorporadas por la fuerza o retenidas violentamente dentro de las fronteras del Estado, es decir, anexadas.

Todas las manifestaciones, declaraciones y proclamas renunciando a las anexiones, pero que no lleven aparejada la realización efectiva de la libertad de separación, no son más que un engaño burgués del pueblo o ingenuos deseos pequeñoburgueses.

El partido del proletariado aspira a crear un Estado lo más grande posible, ya que eso beneficia a los trabajadores; aspira al *acercamiento y la sucesiva fusión* de las naciones; mas no quiere alcanzar ese objetivo por la violencia, sino exclusivamente por medio de una unión libre y fraternal de los obreros y las masas trabajadoras de todas las naciones.

Cuanto más democrática sea la República de Rusia, cuanto mejor consiga organizarse como República de los Soviets de diputados obreros y campesinos, tanto más poderosa será la fuerza de atracción *voluntaria* hacia esta República para las masas trabajadoras de *todas* las naciones.

Plena libertad de separación, la más amplia autonomía local (y nacional), garantías detalladas de los derechos de las minorías nacionales: tal es el programa del proletariado revolucionario.

.....

Nacionalización de los bancos y de los consorcios capitalistas

15. El partido del proletariado no puede proponerse, en modo alguno, “implantar” el socialismo en un país de pequeños campesinos mientras la inmensa mayoría de la población no haya tomado conciencia de la necesidad de la revolución socialista.

Pero solo los sofistas burgueses, que se esconden tras tópicos “casi marxistas”, pueden deducir de este axioma la justificación de una política que diferiría la aplicación inmediata de medidas revolucionarias plenamente maduras desde el punto de vista práctico, *realizadas no pocas veces, en el transcurso de la guerra, por toda una serie de Estados burgueses* y perentoriamente necesarias para luchar contra la completa desorganiza-

ción económica que nos amenaza y contra el hambre inminente.

Medidas como la nacionalización de la tierra y de todos los bancos y consorcios de los capitalistas, o, por lo menos, el establecimiento *urgente* del *control* de los mismos por los Soviets de diputados obreros, etc., que no significan en modo alguno la “implantación” del socialismo, deben ser defendidas incondicionalmente y aplicadas, dentro de lo posible, por vía revolucionaria. Sin estas medidas, que no son más que pasos hacia el socialismo, y perfectamente realizables desde el punto de vista económico, será imposible curar las heridas causadas por la guerra e impedir la inminente bancarrota; y el partido del proletariado revolucionario jamás vacilará en atentar contra los beneficios inauditos de los capitalistas y banqueros, que se enriquecen precisamente “con la guerra” de un modo particularmente escandaloso.

La situación en el seno de la internacional socialista

16. Los deberes internacionales de la clase obrera de Rusia se sitúan precisamente ahora en primer plano y cobran un especial relieve.

Hoy, todo el mundo, a excepción de los que tienen pereza de hacerlo, jura profesar el internacionalismo; hasta los defensores chovinistas, hasta los señores Plejánov y Potréssov, hasta Kerensky, se llaman internacionalistas. Por eso urge que el partido proletario, cumpliendo con su deber, oponga con toda claridad, con toda precisión y con toda nitidez al internacionalismo palabrero el internacionalismo efectivo.

Los llamamientos platónicos dirigidos a los obreros de todos los países; las aseveraciones vanas de fidelidad al internacionalismo; las tentativas de establecer, directa o indirectamente, un “turno” en las acciones del proletariado revolucionario de los diversos países beligerantes; los forcejeos por llegar a un “acuerdo” entre los socialistas de los países beligerantes *respecto* a la lucha revolu-

cionaria; el ajetreo en torno a la organización de congresos socialistas *para* desarrollar una campaña en pro de la paz, etc., etc., todo eso, por su significación *objetiva*, por sinceros que sean los autores de esas ideas, de esas tentativas y de esos planes, no es más que vacua palabrería, y, *en el mejor* de los casos, la expresión de deseos inocentes y piadosos, que solo sirven para encubrir *el engaño* de que los chovinistas hacen víctimas a las masas. Los socialchovinistas *franceses*, los más avezados y más diestros en todos los trucos y mañas del fraude parlamentario, hace ya mucho que han batido el récord en punto a las frases pacifistas e internacionalistas increíblemente pomposas, que van *acompañadas* de una traición inauditamente descarada al socialismo y a la Internacional, de la participación en los ministerios que hacen la guerra imperialista, de la votación de créditos o *de empréstitos* (como lo han hecho en Rusia, últimamente, Chjeídze, Skóbelev, Tsereteli y Steklov), de la resistencia a la lucha revolucionaria dentro de su *propio país*, etc., etc.

Las gentes bondadosas olvidan con frecuencia la dura y cruel realidad de la guerra imperialista mundial. Y esta realidad no admite frases, se burla de todos los deseos candorosos y melifluos.

Solo hay un internacionalismo efectivo, que consiste en entregarse por completo al desarrollo del movimiento revolucionario y de la lucha revolucionaria *dentro de su propio país*, en apoyar (por medio de la propaganda, con la ayuda moral y material) *esta lucha*, esta línea de conducta, y *solo ésta* en *todos* los países sin excepción.

Todo lo demás es engaño y manilovismo.

El movimiento socialista y obrero internacional ha originado durante más de dos años de guerra, *en todos* los países, tres corrientes de opinión; y quien abandone el terreno *real* del reconocimiento y del análisis de estas tres corrientes y de la lucha consecuente por la tendencia verdaderamente internacionalista, se condenará a sí mismo a la impotencia, a la incapacidad y a las equivocaciones.

Estas corrientes son:

1) Los socialchovinistas, es decir, los socialistas de palabra y chovinistas de hecho, son los que admiten la “defensa de la patria” en la guerra imperialista (y, sobre todo, en la guerra imperialista actual).

Estos elementos son nuestros enemigos de *clase*. Se han pasado al campo de la burguesía.

En este grupo figura la mayoría de los líderes oficiales de la socialdemocracia oficial de *todos* los países. Los señores Plejánov y Cía. en Rusia, los Scheidemann en Alemania, Renaudel, Guesde y Sembat en Francia, Bissolati y Cía. en Italia, Hyndman, los fabianos y los dirigentes laboristas en Inglaterra, Branting y Cía. en Suecia, Troelstra y su partido en Holanda, Stauning y su partido en Dinamarca, Víctor Berger y otros “defensores de la patria” en los Estados Unidos, etc.

2) La segunda corriente –el llamado “centro” – está formada por los que oscilan entre los socialchovinistas y los internacionalistas verdaderos.

Todos los “centristas” juran y perjuran que ellos son marxistas, internacionalistas, partidarios de la paz, que están dispuestos a “presionar” por todos los medios a los gobiernos, dispuestos a “exigir” de mil maneras a su propio gobierno que “consulte al pueblo para que este exprese su voluntad de paz”, propicios a mantener toda suerte de campañas a favor de la paz, de una paz sin anexiones, etc., etc., y *propicios también a sellar la paz con los socialchovinistas*. El “centro” quiere la “unidad”; el centro es enemigo de la escisión.

El “centro” es el reino de las bondadosas frases pequeñoburguesas, del internacionalismo de palabra, del oportunismo pusilánime y de la complacencia servil ante los socialchovinistas de hecho.

El quid de la cuestión reside en que el “centro” no está convencido de la necesidad de una revolución contra sus propios gobiernos, no propaga esa necesidad, no sostiene una lucha revolucionaria abnegada, sino que encuentra siempre los más vulgares *subterfugios* –de una magnífica sonoridad archi-”marxista”– para no hacerla.

Los socialchovinistas son nuestros *enemigos de clase*, son *burgueses* dentro del movimiento obrero. Representan a una capa, a los grupos y sectores de la clase obrera *objetivamente* sobornados por la burguesía (mejores salarios, cargos honoríficos, etc.) y que ayudan a la burguesía *de su país* a saquear y estrangular a los pueblos pequeños y débiles y a luchar *por* el reparto del botín capitalista.

El “centro” lo forman los elementos rutinarios, corroídos por la podrida legalidad, corrompidos por la atmósfera de parlamentarismo, etc. Son funcionarios acostumbrados a los puestecitos confortables y al trabajo “tranquilo”. Considerados histórica y económicamente, no representan a ninguna capa social *específica*, no pueden valorarse más que como un *fenómeno de transición* del período ya superado, del movimiento obrero de 1871 a 1914 –período que ha dado no pocas cosas de valor, sobre todo en el arte imprescindible para el proletariado de la labor lenta, consecuente y sistemática de organización sobre bases cada vez más amplias– a un nuevo *período objetivamente* necesario

desde que estalló la primera guerra imperialista mundial, que abrió *la era de la revolución social*.

El jefe y representante más destacado del “centro” es Karl Kautsky, primera autoridad de la II Internacional (1889-1914), caso típico de la más completa bancarrota del marxismo y un ejemplo de inaudito apocamiento, de las más miserables vacilaciones y traiciones desde agosto de 1914. La tendencia del “centro” está representada por Kautsky, Haase, Ledebour, la llamada “Liga Obrera o del Trabajo” en el Reichstag; en Francia son Longuet, Pressemanne y los llamados “minoritarios”^{iv} (mencheviques) en general; en Inglaterra, Philipp Snowden, Ramsay MacDonald y muchos otros líderes del Partido Laborista Independiente^v y algunos del Partido Socialista Británico^{vi}; en los Estados Unidos, Maurice Hillquit y muchos otros; en Italia, Turati, Treves, Modigliani, etc.; en Suiza, Robert Grimm y otros; en Austria, Víctor Adler y Cía.; en Rusia, el partido del Comité de Organización, Axelrod, Mártoy, Chjeídze, Tsereteli, etc., etc.

Es natural que haya personas que, sin advertirlo ellas mismas, se pasen de la posición del socialchovinismo a la del “centro” y viceversa. Todo marxista sabe que las clases se mantienen deslindadas unas de otras, aunque las personas cambien libremente de clase; lo mismo ocurre con *las tendencias* en la vida política, que no se confunden a pesar de que una o varias personas se pasan libremente de un campo a otro, ni a pesar de los esfuerzos y tentativas que se hacen por fusionar esas tendencias.

3) La tercera corriente es la que representan los internacionalistas de hecho, cuya expresión más fiel la constituye la Izquierda de Zimmerwald^{vii} (En el apéndice insertamos su manifiesto de setiembre de 1915, para que el lector pueda conocer de primera mano el origen de esa tendencia.)

Su principal rasgo distintivo es: la ruptura completa con el socialchovinismo y con el “centro”, la abnegada lucha revolucionaria contra el gobierno imperialista *propio* y contra la burguesía imperialista *propia*. Su principio es: “el enemigo principal está dentro

del país propio”. Lucha sin cuartel contra las melifluas frases socialpacifistas (el socialpacifista es socialista de palabra y pacifista burgués de hecho; los pacifistas burgueses sueñan con la paz perpetua *sin* derrocar el yugo ni el dominio del capital) y contra todos *los subterfugios* con que se pretende negar la posibilidad, la oportunidad o la conveniencia de la lucha revolucionaria del proletariado y de la revolución proletaria, socialista, *en relación* con la guerra actual.

Los representantes más destacados de esta tendencia son: en Alemania, el grupo Espartaco o grupo La Internacional del que forman parte Karl Liebknecht, el representante más famoso de esta corriente y de la *nueva* y verdadera Internacional proletaria.

Karl Liebknecht ha hecho un llamamiento a los obreros y soldados de Alemania, invitándoles a *volver las armas* contra su *propio* gobierno. Y lanzó este llamamiento abiertamente, desde la tribuna del Parlamento (Reichstag). Luego, llevando consigo proclamas impresas clandestinamente, se encaminó a la plaza de Potsdam, una de las mayores de

Berlín, para participar en una manifestación bajo la consigna de “ ¡Abajo el gobierno!” Fue detenido y condenado a presidio, donde está actualmente recluido en Alemania al igual que, en general, *cientos* o quizá miles de *verdaderos* socialistas alemanes encarcelados por luchar contra la guerra.

Karl Liebknecht luchó implacablemente, en sus discursos y en sus cartas, no solo contra los Plejánov y los Potrésov *de su propio país* (los Scheidemann, Legien, David y Cía.), *sino también contra los “centristas” alemanes*, contra los Chjeídze y los Tsereteli de puertas adentro (Kautsky, Haase, Ledebour y Cía.).

Karl Liebknecht y su amigo Otto Rühle fueron, entre los 110 diputados, los únicos que rompieron la disciplina, echaron por tierra la “unidad” con el “centro” y con los chovinistas y *se enfrentaron a todos*. Liebknecht es *el único* que representa el socialismo, la causa del proletariado, la revolución proletaria. *Todo* el resto de la socialdemocracia alemana no es más, para decirlo con la frase feliz de Rosa Luxemburgo (afiliada también

y dirigente del grupo Espartaco), que *un cadáver maloliente*.

Otro grupo de internacionalistas de hecho es el que se ha formado en Alemania en torno al periódico de Brema, *Política Obrera*.

En Francia, los elementos más afines a los internacionalistas de hecho son: Loriot y sus amigos (Bowderon y Merrheim se han pasado al socialpacifismo) y el francés Henri Guilbeaux, que publica en Ginebra la revista *Demain*^{viii}; en Inglaterra, el periódico *The Trade Unionist*^{ix} y una parte de los miembros del Partido Socialista Británico y del Partido Laborista Independiente (por ejemplo, Williams Russel, que ha proclamado abiertamente la necesidad de romper con los jefes *traidores* al socialismo); el maestro de escuela y socialista escocés *Maclean*, condenado a *presidio* por el gobierno burgués de Inglaterra, por haber luchado revolucionariamente contra la guerra, como cientos de socialistas ingleses que expían en las cárceles delitos del mismo género. Ellos, solo ellos., son internacionalistas de *hecho*; en los Estados Unidos, el Partido Obrero Socia-

lista^x y los elementos del oportunista Partido Socialista^{xi} que publican desde enero de 1917 el periódico *The Intemationalist*^{xii}; en Holanda, el partido de los “tribunistas”, que publican el periódico *De Tribune* (Pannekoek, Herman Gorter, Wijnkoop, Henrietta Roland Holst, que en Zimmerwald figuraba en el centro, pero que ahora se ha pasado a nuestro campo)^{xiii}; en Suecia, el partido de los jóvenes o de los izquierdistas^{xiv}, acaudillado por hombres como Lindhagen, Ture Nennan, Carleson, Strom y Z. Høglund, que en Zimmerwald intervino personalmente en la fundación de la Izquierda de Zimmerwald y se halla hoy en la cárcel por librar una lucha revolucionaria contra la guerra; en Dinamarca, Trier y sus amigos, que han abandonado el Partido “Socialdemócrata” Danés, completamente *aburguesado* y presidido por *el ministro* Stauning; en Bulgaria, los “tesniaki”^{xv}; en Italia, los más cercanos son Constantino Lazzari, secretario del partido, y Serrati, redactor de *Avanti!*, su órgano central; en Polonia, Rádek, Hanecki y otros dirigentes de la socialdemocracia unificada en la “Direc-

ción Territorial”; Rosa Luxemburgo, Tyszka y otros líderes de la socialdemocracia unificada en la “Dirección Central”^{xvi}; en Suiza, los izquierdistas que, en enero de 1917, redactaron la fundamentación de un “referéndum” para luchar contra los socialchovinistas y contra el “centro” de su *propio* país y que en el Congreso socialista del cantón de Zurich, celebrado en Toss el 11 de febrero de 1917, presentaron una resolución verdaderamente revolucionaria contra la guerra; en Austria, los jóvenes amigos de izquierda de Friedrich Adler, que tenían, en parte, su centro de acción en el club vienés *Carlos Marx*, clausurado ahora por el gobierno austríaco, reaccionario hasta la médula, que se ensaña con Friedrich Adler por su atentado heroico, aunque mal pensado, contra uno de los ministros, etc., etc.

No importan los matices, que se dan también entre los izquierdistas. Lo esencial es *la corriente* misma. El nervio de la cuestión está en que, en estos tiempos de espantosa guerra imperialista, no es fácil ser internacionalista de hecho. Estos elementos no abundan, pero

solo ellos representan el porvenir del socialismo, *solo* ellos son *los jefes de las masas* y no sus corruptores.

Era objetivamente forzoso que la guerra imperialista hiciese cambiar de aspecto las diferencias establecidas entre los reformistas y los revolucionarios en el seno de la socialdemocracia y de los socialistas en general. Todo el que se contenta con “exigir” de los gobiernos burgueses que concierten la paz o que “expresen la voluntad de paz de los pueblos”, etc., se desliza *en realidad* al campo de las reformas. *Porque*, objetivamente considerado, *el problema de la guerra* solo se plantea de modo *revolucionario*.

Para acabar con la guerra, para conseguir una paz democrática y no una paz impuesta por la violencia, para liberar a los pueblos del tributo esclavizador que suponen los intereses *dé miles de millones* pagados a los señores capitalistas enriquecidos en la “guerra”, no hay más salida que la revolución del proletariado.

Se puede y se debe exigir a los gobiernos burgueses las más diversas reformas; lo que

no se puede, sin caer en el espejismo, en el reformismo, es pedir a estas gentes la red del capital imperialista que *desgarren* esa red; y si esa red no se desgarrar, cuanto pueda predicarse sobre la guerra contra la guerra no serán más que frases vacuas y engañosas.

Los “kautskianos”, el “centro”, son revolucionarios de palabra y reformistas de hecho; internacionalistas de palabra, pero, de hecho, auxiliares del socialchovinismo.

.....

Bancarrota de la internacional zimmerwaldiana

Necesidad de fundar la tercera internacional

17. La Internacional Zimmerwaldiana adoptó desde el primer momento una actitud vacilante, “kautskiana”, “centrista”, lo que obligó a la Izquierda de Zimmerwald a separarse, a independizarse y lanzar inmediatamente un manifiesto *propio* (manifiesto publicado en Suiza en ruso, alemán y francés).

El principal defecto de la Internacional Zimmerwaldiana –causa de su *bancarrota* (pues está ya en bancarrota, tanto en el terreno ideológico como en el político– son sus vacilaciones, su indecisión en el problema más importante de todos y el que prácticamente *condiciona todo lo demás*: el problema de la completa ruptura con el socialchovinismo y con la vieja Internacional socialchovinista, acaudillada en La Haya (Holanda) por Vandervelde, Huysmans y algunos más.

En nuestro país se ignora todavía que la mayoría de Zimmerwald está formada *precisamente por kautskianos*. Y este es un hecho fundamental, que es necesario tener en cuenta y que ya es generalmente conocido en los países de Europa Occidental. Hasta el chovinista, el ultraderechista alemán Heilmann, director de la archichovinista *Gaceta de Chemnitz* y colaborador de la también archichovinista *La Campana*^{xvii} de Parvus, hasta ese Heilmann (que es también, naturalmente, “socialdemócrata” y celoso defensor de la “unidad” en el seno de la socialdemocracia) hubo de reconocer en la prensa que el

centro, o sea, los “kautskianos”, y *la mayoría zimmerwaldiana* son una y la misma cosa.

A fines de 1916 y a principios de 1917 se confirmó definitivamente este hecho. Aunque en el Manifiesto de Kiental^{xviii} se condena el socialpacifismo, *toda* la derecha zimmerwaldiana, *toda* la mayoría zimmerwaldiana, se ha deslizado al campo socialpacifista: Kautsky y Cía. en una serie de manifestaciones hechas en enero y febrero de 1917; Bourderon y Merrheim, en Francia, al votar *en unanimidad* con los socialchovinistas, a favor de las resoluciones pacifistas del Partido Socialista (diciembre de 1916)^{xix} y de la Confederación General del Trabajo (organización nacional de los sindicatos franceses, también en diciembre de 1916); Turati y Cía., en Italia, donde todo el partido adoptó una actitud socialpacifista, y el propio Turati (y no por casualidad, naturalmente) cometió el “desliz”, en su discurso del 17 de diciembre de 1916, pronunciando una retahíla de frases *nacionalistas* que embellecían la guerra imperialista.

El presidente de las conferencias de Zimmerwald y Kiental, Robert Grimm, estable-

ció, en enero de 1917, una alianza con los socialchovinistas de *su propio* partido (Greulich, Pflüger, Gustav Müller y otros) *contra* los internacionalistas efectivos.

En dos reuniones de *zimmerwaldianos* de distintos países, celebradas en enero y febrero de 1917, esa ambigüedad e hipocresía de la mayoría zimmerwaldiana fue estigmatizada formalmente por los internacionalistas de izquierda de varios países: por Münzenberg, secretario de la Organización Internacional de la Juventud y director del magnífico periódico internacionalista titulado *La Internacional de la Juventud*^{xx}; Zinóviev, representante del Comité Central de nuestro Partido; K. Rádek, por el Partido Socialdemócrata Polaco (“Dirección Territorial”), y Hartstein, socialdemócrata alemán, afiliado al grupo Espartaco.

Al proletariado ruso le ha sido dado mucho; en parte alguna del mundo ha habido una clase obrera que haya conseguido desplegar una energía revolucionaria comparable a la que despliega la clase obrera de Rusia. Pero a quien mucho se le ha dado, mucho se le exige.

No puede tolerarse por más tiempo la charca zimmerwaldiana. No podemos permitir que por culpa de los “kautskianos” de Zimmerwald sigamos aliados a medias con la Internacional chovinista de los Plejánov y los Scheidemann. Hay que romper inmediatamente con esta Internacional, continuando en Zimmerwald *solo* con fines de información.

Estamos obligados, nosotros precisamente, y ahora mismo sin pérdida de tiempo, fundar una *nueva* Internacional, revolucionaria, proletaria; mejor dicho, debemos reconocer sin temor, abiertamente, que esa Internacional *ya ha sido fundada* y actúa...

Esa internacional es la que forman los “internacionalistas de hecho” que he enumerado minuciosamente más arriba. Ellos, y solo ellos, son los representantes de las masas revolucionarias internacionalistas y no sus corruptores.

Si son pocos *tales* socialistas, que los obreros rusos se pregunten si había en Rusia muchos revolucionarios conscientes en *vísperas* de la revolución de febrero-marzo de 1917.

Lo importante no es el número, sino que expresen de un modo justo las ideas y la política del proletariado verdaderamente revolucionario. Lo esencial no es que “proclamen” el internacionalismo, sino que sepan ser, incluso en los momentos más difíciles, internacionalistas de hecho.

No nos hagamos ninguna ilusión en cuanto a los acuerdos y los congresos internacionales. Mientras dure la guerra imperialista, pesará sobre las relaciones internacionales el puño férreo de la dictadura militar imperialista burguesa. Si hasta el “republicano” Miliukov, que se ve obligado a tolerar junto al suyo al gobierno del Soviet de diputados obreros, *deniega* en abril de 1917 el permiso para entrar en Rusia al socialista suizo *Fritz Platten*, secretario del partido, internacionalista y delegado a las conferencias de Zimmerwald y Kiental —y se lo deniega a pesar de estar casado con una rusa, cuya familia venía a visitar, y a pesar de haber tomado parte en Riga en la revolución de 1905, viéndose por ello recluido en una cárcel rusa y habiendo tenido que entregar una fianza al gobierno

zarista para conseguir su libertad, fianza que ahora pretendía recuperar—; si hasta el “republicano” Miliukov ha podido *hacer* eso en Rusia en abril de 1917, júzguese qué valor tendrán las promesas y aseveraciones, todas esas frases y declaraciones de la burguesía acerca de la paz sin anexiones, etc.

¿Y la detención de Trotski por el gobierno inglés? ¿Y la retención de Mártoov en Suiza y las esperanzas de atraerle con engaños a Inglaterra, donde le espera la suerte de Trotsky?

No nos hagamos ilusiones. Nada de engañarnos a nosotros mismos.

“Esperar” congresos y conferencias internacionales sería *traicionar* al internacionalismo, estando probado, como lo está, que incluso de Estocolmo no dejan salir para Rusia a ningún socialista de cuantos se han mantenido fieles al internacionalismo, *ni siquiera sus cartas*, a pesar de todas las posibilidades, y de toda la ferocidad de la censura militar.

No “esperar”, sino proceder inmediatamente a *fundar* la III Internacional: tal es la misión de nuestro Partido. Cientos de socia-

listas, reclusos en cárceles alemanas e inglesas, respirarán con alivio; miles y miles de obreros alemanes que hoy se lanzan a la huelga y organizan manifestaciones con gran horror de Guillermo II, ese canalla y bandolero, se enterarán por las proclamas *clandestinas* de nuestra decisión, de nuestra confianza fraternal en Karl Liebknecht y solo en él, de *nuestra* resolución de luchar también *ahora* contra el “defensismo revolucionario”. Y esto reforzará en ellos el espíritu del internacionalismo revolucionario.

A quien mucho se le ha dado, mucho se le exige. No hay en el mundo país en que reine, *actualmente*, la libertad que reina en Rusia. Aprovechemos esta libertad no para predicar el apoyo a la burguesía o al “defensismo revolucionario” burgués, sino para dar un paso valiente y honrado, proletario, digno de Liebknecht, *fundando la III Internacional*, una Internacional que se alce resueltamente y de un modo irreconciliable no solo contra los traidores, contra los socialchovinistas, sino también contra los personajes vacilantes del “centro”.

18. Después de lo que antecede, creo innecesario gastar muchas palabras para demostrar que no puede ni hablarse de una unificación de los socialdemócratas de Rusia.

Antes quedarnos solos, como Liebknecht —y *quedarse solos así significa quedarse con el proletariado revolucionario*—, que abrigar, aunque solo sea un minuto, la idea de una unión con el partido del Comité de Organización, con Chjeídze y Tsereteli, los cuales toleran un bloque con Potréssov en *Rabóchaya Gazeta*, votan en el Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros a favor del empréstito^{xxi} y han rodado al terreno del “defensismo”.

¡Dejen que los muertos entierren a sus muertos!

Quien quiera *ayudar* a los vacilantes, debe comenzar por dejar de serlo él mismo.

.....

¿Cómo debe denominarse nuestro partido para que su nombre, además de ser científicamente exacto, contribuya políticamente a esclarecer la conciencia del proletariado?

19. Paso al punto final: al nombre que debe ostentar nuestro Partido. Debemos llamarnos *Partido Comunista*, como se llamaban Marx y Engels.

Debemos repetir que somos marxistas y que nos basamos en el *Manifiesto Comunista*, desfigurado y traicionado por la socialdemocracia en dos puntos sustanciales: 1. Los obreros no tienen patria: la “defensa de la patria” en la guerra imperialista es una traición al socialismo. 2. La teoría marxista del Estado ha sido desnaturalizada por la II Internacional.

El nombre de “socialdemocracia” es *científicamente* inexacto, como demostró Marx reiteradas veces, entre otras obras, en *Critica del Programa de Gotha*, en 1875, y como repitió Engels, en un lenguaje más popular, en 1894.^{xxii} La humanidad solo puede pasar

del capitalismo directamente al socialismo, es decir, a la propiedad común de los medios de producción y a la distribución de los productos según el trabajo de cada cual. Nuestro Partido va más allá: afirma que el socialismo deberá transformarse inevitablemente y de modo gradual en comunismo, en cuya bandera campea este lema: “De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades”.

He ahí mi primer argumento.

Segundo argumento: la segunda parte de la denominación de nuestro Partido (*socialdemócrata*) tampoco es exacta desde el punto de vista científico. La democracia es una de las formas del *Estado*, y nosotros, los marxistas, somos enemigos de *todo* Estado.

Los líderes de la II internacional (I 889-1914), los señores Plejánov, Kautsky y consortes han envilecido y desnaturalizado el marxismo.

El marxismo se distingue del anarquismo en que reconoce *la necesidad del Estado* para el paso al socialismo, pero –y esto lo

distingue de Kautsky y Cia.— *no de un Estado* al modo de la república democrática burguesa parlamentaria corriente, sino de un Estado del tipo de la Comuna de París de 1871, como los Soviets de diputados obreros de 1905 y 1917.

Mi tercer argumento es este: *la realidad*, la revolución, ha creado *ya prácticamente* en nuestro país, aunque en forma débil y embrionaria, ese nuevo “Estado”, que no es un Estado en el sentido estricto de la palabra.

Esto es *ya* un problema práctico de las masas y no solo una teoría de los líderes.

El Estado, en el sentido estricto de la palabra, es un poder de mando sobre las masas ejercido por destacamentos de hombres armados desvinculados del pueblo.

Nuestro nuevo Estado *naciente* es también un Estado, pues necesitamos de destacamentos de hombres armados, necesitamos del orden más severo, necesitamos recurrir a la violencia para reprimir *despiadadamente* todos los intentos de la contrarrevolución, ya sea zarista o burguesa, a la manera de Guchkov.

Pero nuestro nuevo Estado *naciente* no es ya un Estado en el sentido estricto de la palabra, pues en muchas regiones de Rusia los destacamentos armados están integrados por *la propia masa*, por todo el pueblo, y no por alguien entronizado sobre él, aislado de él, dotado de privilegios y prácticamente inmovible.

Hay que mirar hacia adelante y no hacia atrás, no hacia la democracia de tipo burgués habitual, que afianzaba la dominación de la burguesía con ayuda de los viejos, *monárquicos*, órganos de administración, policía, ejército y burocracia.

Hay que mirar hacia adelante, hacia la nueva democracia naciente, que va dejando ya de ser una democracia, pues democracia significa dominación del pueblo, y el propio pueblo armado no puede dominar sobre sí mismo.

La palabra “democracia”, aplicada al Partido Comunista, no es solo científicamente inexacta. Después de marzo de 1917, es *una anteojera* puesta al pueblo revolucionario que le *impide* emprender con libertad, intre-

pidez y sin previa autorización la edificación de lo nuevo: los Soviets de diputados obreros, campesinos, etc., etc., como *único poder* dentro del “Estado”, como precursor de la “extinción” de *todo* Estado.

Mi cuarto argumento consiste en que hay que tener en cuenta la situación objetiva del socialismo en el mundo entero.

Esta situación no es ya la misma que en la época de 1871 a 1914 en la que Marx y Engels se resignaron a admitir conscientemente ‘el término incorrecto y oportunista de “socialdemocracia”. Porque *entonces*, después de derrotada la Comuna de París, la historia había puesto al orden del día una labor lenta de organización y educación. No había otra. Los anarquistas no solo no tenían ninguna razón en el plano teórico (y siguen sin tenerla), sino tampoco desde el punto de vista económico y político. Apreciaban de una manera errónea el momento, sin comprender la situación internacional: el obrero inglés corrompido por las ganancias imperialistas, la Comuna de París aplastada, el movimiento nacional-burgués que acababa de triunfar

(1871) en Alemania, la Rusia semifeudal sumida en un letargo secular.

Marx y Engels tuvieron en cuenta certeramente el momento, comprendieron la situación internacional y las tareas de la aproximación *lenta* hacia el comienzo de la revolución social.

Sepamos también nosotros comprender las tareas y peculiaridades de la nueva época. No imitemos a aquellos malhadados marxistas de quienes decía Marx: “He sembrado dientes de dragón y he cosechado pulgas”.^{xxiii}

La necesidad objetiva del capitalismo, que al crecer se ha convertido en imperialismo, ha engendrado la guerra imperialista. Esta guerra ha llevado a toda la humanidad *al borde del abismo*, de la ruina de toda la cultura, al embrutecimiento y a la muerte de millones, de un sinnúmero *de* millones de hombres.

No hay más salida que la revolución del proletariado. Y en un momento así en que esta revolución comienza, en que da sus primeros pasos, tímidos, inseguros, inconscientes, demasiado confiados en la burguesía; en un

momento así, la mayoría (y esto es verdad, un hecho) de los líderes «socialdemócratas», de los parlamentarios «socialdemócratas», de los periódicos «socialdemócratas» —y son precisamente *órganos* de influencia sobre las masas—, *traiciona* al socialismo, *vende* al socialismo y deserta al campo de “su” burguesía nacional.

Esos líderes han confundido a las masas, las han desorientado y engañado...

¡Y se pretende que nosotros fomentemos ahora ese engaño, que lo facilitemos, aferrándonos a esa vieja y caduca denominación, tan podrida ya como la II Internacional!

No importa que “muchos” obreros *interpreten* honradamente el nombre de socialdemocracia. Pero es hora ya de aprender a distinguir lo subjetivo de lo objetivo.

Subjetivamente, esos obreros socialdemócratas son guías fidelísimos de las masas proletarias.

Pero la situación objetiva internacional es tal, que la vieja denominación de nuestro Partido *facilita* el engaño de las masas, *frena*

el avance, pues a cada paso, en cada periódico, en cada grupo parlamentario, la masa ve a los líderes, es decir, a hombres cuyas palabras tienen más resonancia y cuyos hechos se ven desde más lejos, y observa que todos ellos son “casi socialdemócratas”, que todos ellos abogan “por la unidad” con los traidores al socialismo, con los socialchovinistas, que todos ellos presentan al cobro las viejas letras firmadas por la “socialdemocracia”...

¿Cuáles son los argumentos en contra? «... Se nos confundirá con los anarquistas-comunistas... «

¿Y por qué no tememos que se nos confunda con los social-nacionales y social-liberales, con los radicales socialistas, con ese partido burgués el más avanzado y más hábil en el engaño burgués de las masas en la República Francesa? «... Las masas se han habituado, los obreros <se han encariñado> con *su* Partido Socialdemócrata... “

Es el único argumento que se invoca; pero es un argumento que rechaza la ciencia marxista, las tareas de mañana en la revolución, la situación objetiva del socialismo mundial, la

bancarrota ignominiosa de la II Internacional y el perjuicio que causan a la labor práctica los enjambres de elementos “también-socialdemócratas” que rondan en torno al proletariado.

Es un argumento de rutina, de aletargamiento, de inercia.

Pero nosotros queremos transformar el mundo. Queremos poner fin a la guerra imperialista mundial, en la que se ven envueltos centenares de millones de hombres, en la que están mezclados los intereses de muchos cientos de miles de millones de capital y a la que no se podrá poner fin con una paz verdaderamente democrática sin la más grandiosa revolución proletaria que haya conocido la historia de la humanidad.

Tenemos miedo de nosotros mismos. No nos decidimos a quitarnos la camisa, arrugada que estamos “habituados” y a la que hemos tomado “apego”...

Mas ha llegado la hora de quitarse la camisa sucia, ha llegado la hora de ponerse ropa limpia.

Petrogrado, 10 de abril de 1917.

Epílogo

Mi folleto ha envejecido a consecuencia del desbarajuste económico y de la incapacidad *de* las imprentas de Petersburgo. Fue escrito el 10 de abril de 1917, hoy estamos ya a 28 de mayo, ¡y aún no ha salido!

Escribí este folleto como *proyecto* de plataforma para propagar mis puntos de vista *antes* de la Conferencia de toda Rusia de nuestro Partido, el Partido Obrero Socialdemócrata (bolchevique) de Rusia. Copiado a máquina y distribuido en varios ejemplares entre los afiliados al Partido antes de la Conferencia y durante ella, el folleto ha cumplido, pese a todo, una parte de su cometido. Pero ahora, la Conferencia se ha celebrado ya –del 24 al 29 de abril de 1917 –, sus resoluciones han sido publicadas hace tiempo (véase el anexo al núm. 13 de *Soldátskaya Pravda*^{xxiv}) y el lector atento notará con facilidad que mi folleto es, en muchos casos, el anteproyecto de estas resoluciones.

Réstame expresar la esperanza de que, a pesar de todo, el folleto reportará algún be-

neficio en relación con estas resoluciones, con su explicación, y después detenerme en dos puntos.

En la página 27 propongo que continuemos en Zimmerwald solo con fines de información. La Conferencia no ha estado de acuerdo conmigo en este punto y he tenido que votar contra la resolución sobre la Internacional. Ya ahora se ve claramente que la Conferencia ha cometido un error y que el curso de los acontecimientos lo enmendará rápidamente. Continuando en Zimmerwald, participamos (aunque sea contra nuestra voluntad) en el aplazamiento de la creación de la III Internacional; frenamos indirectamente su constitución, trabados por el peso muerto de la Internacional Zimmerwaldiana, muerta ya en el aspecto ideológico y político.

La situación de nuestro Partido ante todos los partidos obreros del mundo entero es hoy tal, que tenemos *el deber de fundar* inmediatamente la III Internacional. Fuera de nosotros, nadie podrá hacerlo *ahora*, y las dilaciones son perjudiciales. Continuando en

Zimmerwald solo con fines de información, habríamos tenido en el acto las manos libres para fundar la nueva Internacional (pudiendo, al mismo tiempo, *utilizar* Zimmerwald, si las circunstancias lo hicieran posible).

Ahora, en cambio, a causa del error cometido por la Conferencia, nos vemos obligados a esperar pasivamente hasta el 5 de julio de 1917, por lo menos (fecha de la convocatoria de la Conferencia de Zimmerwald, ¡eso si no la aplazan de *nuevo!*, pues ya lo ha sido una vez...) ^{xxv}

Pero el acuerdo adoptado unánimemente por el Comité Central de nuestro Partido después de la Conferencia y publicado en el núm. 55 de *Pravda*, correspondiente al 12 de mayo, ha corregido a medias el error, al decidir que nos iremos de la Internacional Zimmerwaldiana si ésta va a conferenciar con los ministros. Me permito expresar la esperanza de que la otra mitad del error será subsanada en cuanto convoquemos la primera conferencia internacional de “los de izquierda” (la “tercera corriente”, los “internacionalistas de hecho”).

El segundo punto en que debo detenerme es la formación del “ministerio de coalición” el 6 de mayo de 1917^{xxvi}. Parece que el folleto haya envejecido sobre todo en este punto.

En realidad, precisamente en este punto no ha envejecido en absoluto. El folleto lo basa *todo* en el análisis de *clase* que temen como al fuego los mencheviques y los populistas, los cuales han dado seis ministros en rehenes a los diez ministros capitalistas. Precisamente porque mi folleto lo basa todo en el análisis de clase, no ha envejecido, pues la entrada de Tsereteli, Chernov y Cía. En el ministerio solo ha modificado, en grado *insignificante*, la forma del acuerdo del Soviet de Petrogrado con el gobierno de los capitalistas, y yo subrayé intencionadamente en la página 8 del folleto que “no me refiero tanto al acuerdo formal como al apoyo efectivo”.

Cada día está más claro que Tsereteli, Chernov y Cía. son meros rehenes de los capitalistas y que el gobierno “renovado” no quiere ni puede cumplir absolutamente ninguna de sus pomposas promesas ni en la política exterior ni en la interior. Chernov,

Tsereteli y Cía. se han suicidado políticamente, han resultado ser ayudantes de los capitalistas, que en la práctica estrangulan la revolución. Kerensky ha llegado al extremo de emplear la violencia contra las masas (cfr. la página 9 del folleto: “por el momento, Guchkov solo amenaza con emplear la violencia contra las masas”, mientras que Kerensky *ha tenido* que cumplir estas amenazas...) ^{xxvii}. Chernov, Tsereteli y Cía. se han suicidado políticamente y han dado muerte política a sus partidos, el menchevique y el socialista revolucionario. El pueblo verá todo eso con mayor claridad cada día.

El ministerio de coalición no es más que un elemento de transición en el desarrollo de las fundamentales contradicciones de clase de nuestra revolución, brevemente analizadas en mi folleto. Las cosas no pueden seguir así mucho tiempo. O hacia atrás, hacia la contrarrevolución en toda la línea, o hacia adelante, hacia el pase del poder a manos de otras clases. En tiempos de revolución, en plena guerra imperialista mundial, es imposible permanecer inmóvil.

N. Lenin

Petersburgo, 28 de mayo de 1917.

Escrito el 10 (23) de abril de 1917.

El epílogo fue escrito el 28 de mayo (10 de junio) de 1917.

Publicado en septiembre de 1917 en folleto aparte, en Petrogrado, por la Editorial Pribói.

Firmado: N. Lenin.

Se publica según el texto del folleto.

Notas al final - Las tareas del proletariado en nuestra revolución

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i La Conferencia de empleados y obreros ferroviarios de toda Rusia tuvo lugar del 6 al 20 de abril (19 de abril al 3 de mayo) de 1917 en Petrogrado. Asistieron 220 delegados. En ella funcionaron cinco comisiones (trabajo, estatutos, ordenamiento del transporte, milicia y para convocar el congreso de toda Rusia que organizaría el sindicato). La Conferencia, dirigida por los partidos conciliadores de los mencheviques y los eseristas, ocupó una posición defensiva y declaró su pleno apoyo al Gobierno Provisional burgués.

M. I. Kalinin presentó el saludo del CC del POSDR. I. A. Teodoróvich habló en la sesión del 8 (21) de abril, después de los discursos de A. F. Kerensky y de N. V. Nekrásov, ministro de Vías de Comunicación, y “sembró cierto desconcierto en el espíritu general” (núm. 9 de **Edinstvo**, del 9 de abril de 1917). La Conferencia eligió el Comité Ejecutivo y aprobó resoluciones, tanto sobre cuestiones políticas como sobre problemas prácticos para mejorar el transporte ferroviario.

ii Véase F. Engels. Carta a *Bebel*. 18-28 de marzo de 1875 (C. Marx y F. Engels. Obras, t. 19, p. 5).

iii Véase C. Marx. La guerra civil en Francia. Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores (C. Marx y F. Engels. Obras, t. 17, p. 346).

iv *Minoritarios o longuetistas*: minoría del Partido Socialista Francés formada en 1915. Los minoritarios, partidarios del socialreformista Longuet, sustentaban puntos de vista centristas y aplicaban una política de conciliación con los socialchovinistas. Durante la Primera Guerra Mundial adoptaron una posición socialpacifista. Después de triunfar la Revolución Socialista de Octubre en Rusia se declararon partidarios de la dictadura del proletariado, pero, de hecho, estaban contra ella. Continuaron la política de colaboración con los socialchovinistas y apoyaron la expoliadora Paz de Versalles. Al quedar en minoría en el Congreso del Partido Socialista Francés celebrado en Tours en diciembre de 1920, en el que triunfó el ala izquierda, los longuetistas y los reformistas declarados se separaron del partido y se adhirieron a la llamada Internacional II y 1/2 al disolverse esta volvieron a la II Internacional.

v *Partido Laborista Independiente de Inglaterra* (Independent Labour Party): organización reformista fundada en 1893, en momentos de reanimación de la lucha huelguística y vigorización del movimiento en favor de la independencia de la clase obrera inglesa frente a los partidos burgueses. Ingresaron en el PLI los afiliados a los sindicatos, así como intelectuales y pequeños burgueses influenciados por los fabianos. Lo encabezaban Keir Hardie y R. MacDonald. Desde su fundación adoptó una posición reformista burguesa, dedicando la atención principal a las formas parlamentarias de lucha y a las transacciones parlamentarias con el Partido Liberal. Al empezar la guerra imperialista mundial, el PLI publicó un manifiesto contra ella, pero poco después adoptó una

posición socialchovinista. en Salford, condenó la posición socialchovinista de Hyndman y sus correligionarios, los cuales se separaron del partido. El Partido Socialista Británico saludó calurosamente la Revolución Socialista de Octubre. Sus miembros desempeñaron un gran papel en el movimiento de los trabajadores ingleses en defensa de la Rusia Soviética contra la intervención extranjera. En 1919, la mayoría de las organizaciones del partido (98 contra 4) se pronunció en favor del ingreso en la Internacional Comunista. El Partido Socialista Británico desempeñó el papel principal, junto con el Grupo de Unidad Comunista, en la fundación del Partido Comunista de Gran Bretaña. En el I Congreso de Unificación, celebrado en 1920, la aplastante mayoría de las organizaciones locales se fusionaron con el Partido Comunista.

vi El *Partido Socialista Británico* (British Socialist Party) fue fundado en 1911, en Manchester, por la fusión del Partido Socialdemócrata con otros grupos socialistas. El PSB hizo propaganda en el espíritu de las ideas marxistas y fue un partido “no oportunista y *verdaderamente* independiente de los liberales” (*O. C.*, t. 23, p. 366). Sin embargo, sus poco efectivos y débiles lazos con las masas le daban cierto carácter sectario. Durante la Primera Guerra Mundial se produjo en su seno una áspera lucha entre la corriente internacionalista y la socialchovinista, encabezada por Hyndman. Dentro de la primera había elementos inconsecuentes que sostenían una posición centrista en varios problemas. En febrero de 1916, un grupo de activistas del PSB fundó el periódico *The Call* (Llamamiento) que cumplió un importante papel en la

cohesión de los internacionalistas. La Conferencia anual del PSB, reunida en abril de 1916

vii El grupo de la *Izquierda de Zimmerwald* fue fundado, por iniciativa de Lenin, en la Conferencia Socialista Internacional celebrada en Zimmerwald en septiembre de 1915. Estaba formado por representantes de ocho organizaciones: del CC del POSDR, de los socialdemócratas de izquierda de Suecia, Noruega, Suiza y Alemania, de la oposición socialdemócrata polaca y la socialdemocracia del País Letón. El grupo de la Izquierda de Zimmerwald, con Lenin al frente, luchó contra la mayoría centrista de la Conferencia y presentó proyectos de resoluciones en los que se condenaba la guerra imperialista, se denunciaba la traición de los socialchovinistas y se hacía ver la necesidad de combatir activamente la guerra. La mayoría centrista de la Conferencia rechazó estos proyectos. No obstante, la Izquierda de Zimmerwald logró que en el manifiesto aprobado por la Conferencia se incluyeran varias tesis importantes de su proyecto de resolución. Considerando el manifiesto como un primer paso en la lucha contra la guerra imperialista, la Izquierda de Zimmerwald votó en favor del mismo, pero señaló en una declaración especial la falta de precisión y de consecuencia del manifiesto y los motivos por los que había votado en favor. Declaró también que, aun continuando en la agrupación general de Zimmerwald, difundiría sus puntos de vista y realizaría una labor independiente a escala internacional. La Izquierda de Zimmerwald eligió su organismo dirigente – un Buró–, del que formaron parte V. I. Lenin, G. E. Zinóviev

y K. Rádek, y editó su órgano de prensa, la revista *Vorbote* (El Precursor), en alemán, en la que se publicaron varios artículos de Lenin.

Los elementos internacionalistas de la socialdemocracia internacional comenzaron a cohesionarse en torno de la Izquierda de Zimmerwald. En la II Conferencia Socialista Internacional, celebrada en Kiental (cerca de Berna) en abril de 1916, 12 de los 43 delegados formaban parte del grupo de la Izquierda de Zimmerwald, y algunas de sus propuestas fueron votadas por cerca de la mitad de los delegados. En varios países, los socialdemócratas de la Izquierda de Zimmerwald realizaron una gran labor revolucionaria y desempeñaron un importante papel en la creación de los partidos comunistas de sus países.

viii *Demain* (Mañana): revista mensual literaria, publicística y política, fundada por el escritor y periodista internacionalista francés H. Guilbeaux; se publicó desde enero de 1916 hasta 1919 (con un intervalo de enero a abril de 1917), primero en Ginebra y luego en Moscú. La revista combatía el chovinismo y difundía el programa de Zimmerwald. Entre sus colaboradores figuraban los escritores R. Rolland, St. Zweig y otros. Publicó varios artículos y discursos de Lenin. A partir de septiembre de 1919 apareció como órgano del grupo de comunistas franceses residentes en Moscú.

ix *The Trade Unionist* (El Tradeunionista): periódico sindical inglés que se publicó en Londres de noviembre de 1915 a noviembre de 1916.

x El Partido Obrero Socialista de Norteamérica se fundó en 1876, en el Congreso de Unificación de Filadelfia, como

resultado de la fusión de las secciones norteamericanas de la I Internacional y otras organizaciones socialistas. El Congreso transcurrió bajo la dirección de F. A. Sorge, compañero de lucha de Marx y Engels. La inmensa mayoría del partido eran inmigrados, débilmente unidos a los obreros naturales de Norteamérica. En los primeros años ocuparon una posición dirigente en el partido los lassalleanos, que cometieron errores de carácter dogmático y sectario. Parte de los dirigentes del partido consideraba que su tarea principal era la labor parlamentaria y subestimaba la importancia de la dirección de la lucha económica de las masas; otra parte caía en el tradeunionismo y el anarquismo. Las vacilaciones ideológicas y tácticas de la dirigencia debilitaron el partido y apartaron de él a varios grupos. Marx y Engels criticaron duramente la táctica sectaria de los socialistas norteamericanos.

En los años '90, la dirección del Partido Obrero Socialista pasó a manos del ala izquierda, encabezada por D. De León, que cometió errores de carácter anarcosindicalista. El POS renunció a la lucha por las reivindicaciones parciales de la clase obrera y a la labor en los sindicatos reformistas y fue perdiendo cada vez más las ligazones, ya sin ello débiles, con el movimiento obrero de masas. Durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918), el Partido Obrero Socialista se inclinó hacia el internacionalismo. Bajo la influencia de la Revolución Socialista de Octubre, la parte más revolucionaria del POS participó activamente en la creación del Partido Comunista de los EE.UU.

xi El Partido Socialista de Norteamérica se constituyó en julio de 1901, en el Congreso de Indianápolis, como

resultado de la fusión de los grupos que se habían separado del Partido Obrero Socialista y del Partido Socialdemócrata de Estados Unidos, uno de cuyos organizadores fue J. Debs, conocida personalidad del movimiento obrero de EE. UU.; figuró también entre los fundadores del nuevo partido. La composición social del partido era heterogénea: lo integraban parte de los obreros norteamericanos, obreros inmigrados, pequeños granjeros y elementos procedentes de la pequeña burguesía. La dirigencia centrista y oportunista de derecha negaba la necesidad de la dictadura del proletariado y los métodos revolucionarios de lucha, reduciendo la labor del partido, fundamentalmente, a la participación en las campañas electorales. Durante la Primera Guerra Mundial se formaron en él tres corrientes: los socialchovinistas, que apoyaban la política imperialista del gobierno; los centristas, que se oponían a la guerra imperialista solo de palabra, y la minoría revolucionaria, que sustentaba posiciones internacionalistas y luchaba contra la guerra.

El ala izquierda del Partido Socialista de Norteamérica, apoyándose en los elementos proletarios, luchó contra los dirigentes oportunistas, por la independencia de las acciones políticas del proletariado y la creación de sindicatos industriales basados en los principios de la lucha de clases. El Partido Socialista se escindió en 1919. El ala izquierda, que se separó de él, fue la iniciadora de la fundación del Partido Comunista de EE. UU. y constituyó su núcleo fundamental.

xii The Internationalist (El Internacionalista): semanario, órgano del ala izquierda de los socialistas. Lo editó a

comienzos de 1917 en Boston la Liga de Propaganda Socialista de Norteamérica.

xiii “Tribunistas: miembros del Partido Socialdemócrata de Holanda, cuyo órgano de prensa era el periódico De Tribune. Los tribunistas no eran un partido consecuentemente revolucionario, pero representaban el ala izquierda del movimiento obrero holandés, y en los años de la guerra imperialista mundial (1914-1918) sustentaron, en lo fundamental, posiciones internacionalistas.

En 1918, los tribunistas fundaron el Partido Comunista de Holanda. De Tribune (La Tribuna): periódico fundado en 1907 por el ala izquierda del Partido Obrero Socialdemócrata Holandés. En 1909, al ser expulsada del partido el ala izquierda y organizar esta el Partido Socialdemócrata de Holanda, De Tribune pasó a ser órgano de dicho partido; desde 1918 fue órgano del Partido Comunista de Holanda y se publicó con este título hasta 1940.

xiv Lenin llamaba Partido de los jóvenes o de los izquierdistas a la corriente izquierdista de la socialdemocracia sueca. Durante la guerra imperialista mundial, los “jóvenes” adoptaron una posición internacionalista y se adhirieron a la Izquierda de Zimmerwald. En mayo de 1917 formaron el Partido Socialdemócrata de Izquierda de Suecia. En el congreso celebrado por este partido en 1919 se acordó adherirse a la Internacional Comunista. En 1921, el ala revolucionaria fundó el Partido Comunista de Suecia.

xv “Tesniaki” (Los estrechos): Partido Obrero Socialdemócrata Búlgaro revolucionario fundado en 1903,

después de escindirse el Partido Socialdemócrata. El fundador y guía de los “tesniaki” fue D. Blagoev; más tarde estuvieron al frente de ellos los discípulos de Blagoev: G. Dimitrov, V. Kolarov y otros. En 1914-1918, los “tesniaki” lucharon contra la guerra imperialista. En 1919 ingresaron en la Internacional Comunista y formaron el Partido Comunista de Bulgaria, que más tarde adoptó el nombre de Partido Obrero Búlgaro (de los comunistas)

xvi Dirección Territorial y Dirección Central de la SDRPL: organismos dirigentes de la Socialdemocracia del Reino de Polonia y de Lituania.

Socialdemocracia del Reino de Polonia y de Lituania (SDRPL): partido revolucionario de la clase polaca. Fundado en 1893 como Socialdemocracia del Reino de Polonia, más tarde, en agosto de 1900, después del congreso de las organizaciones socialdemócratas del Reino de Polonia y Lituania, en el que se fusionaron los socialdemócratas polacos y una parte de los lituanos, tomó el nombre de Socialdemocracia del Reino de Polonia y de Lituania. Mérito de este partido fue que orientó el movimiento obrero polaco a unirse con el ruso y combatió el nacionalismo.

En el IV Congreso (de Unificación) del POSDR, celebrado en 1906, la SDRPL se incorporó al POSDR como organización territorial. Después de la derrota de la revolución de 1905-1907, en la SDRPL se manifestaron divergencias sobre problemas internos del partido, que a comienzos de 1912 determinaron la división de esa organización en partidarios de la Dirección Central, que adoptaron una línea conciliadora con respecto a los liquidadores y, un tiempo,

apoyaron prácticamente las corrientes antibolcheviques en el POSDR, y en partidarios de la Dirección Territorial, que se apoyaban en las organizaciones del partido de Varsovia y Lodz. La Dirección Territorial estableció contacto con los bolcheviques y apoyó la línea del CC del POSDR.

Durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918), ambos grupos se unieron en un partido único que tenía una plataforma internacionalista. La SDRPL sustentó una posición que, en su conjunto, era cercana a la de los bolcheviques, pero cometió varios errores y no libró una lucha consecuente contra los centristas y los conciliadores.

La SDRPL saludó la Revolución Socialista de Octubre y luchó por el triunfo de la revolución proletaria en Polonia. En el Congreso de Unificación de la SDRPL y el *PSP-lewica*, celebrado en diciembre de 1918, los dos partidos se unieron y formaron el Partido Obrero Comunista de Polonia.

xvii Lenin se refiere al periódico *Voksstimme* (La Voz del Pueblo), órgano del Partido Socialdemócrata Alemán. Se publicó en Chemnitz desde enero de 1891 hasta febrero de 1933.

Die Glocke (La Campana): revista quincenal editada en Munich y luego en Berlín de 1915 a 1925 por el socialchovinista Parvus (A. L. Guelfand), miembro del Partido Socialdemócrata Alemán.

xviii Manifiesto de Kiental: llamamiento ¡A los pueblos condenados a la ruina y a la muerte!, aprobado en la II Conferencia Socialista Internacional, celebrada en Kiental del 24 al 30 de abril de 1916.

xix A la crítica de las resoluciones del Partido Socialista Francés está dedicado el capítulo *El pacifismo de los socialistas y sindicalistas franceses* de la obra de Lenin "*Pacifismo*" *burgués y pacifismo socialista* (véase O. C., t. 30, pp. 259-264.). Ambas resoluciones saludaban la actitud del presidente de EEUU., Wilson, por haber asumido el papel de pacificador, invitando a todas las naciones "a exponer públicamente sus opiniones sobre las condiciones en que se podría poner fin a la contienda", es decir, proponiendo poner fin a la guerra imperialista mediante una paz imperialista.

xx "*Jugend-Internationale* (La Internacional de la Juventud): órgano de la Unión Internacional de Organizaciones Socialistas de la Juventud, adherida a la Izquierda de Zimmerwald. Se editó en Zurich desde setiembre de 1915 hasta mayo de 1918.

xxi El Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado acordó el 7 (20) de abril de 1917, por 21 votos contra 14, apoyar activamente el llamado "Empréstito de la libertad", emitido por el Gobierno Provisional para costear la continuación de la guerra imperialista. Los bolcheviques que formaban parte del Comité Ejecutivo se pronunciaron contra el empréstito, declarando que el apoyo al mismo era la "peor forma de 'conciliación civil'", y presentaron una resolución en la que argumentaban detalladamente su posición. Junto con los bolcheviques votaron algunos miembros del Comité Ejecutivo no pertenecientes al grupo bolchevique. El problema se pasó a consideración del Pleno del Soviet y se discutió previamente en los grupos.

xxii Véase C. Marx. Crítica del Programa de Gotha; F. Engels. Prefacio a la recopilación “Internationales aus dem Volksstaat” (1871-1875) (C. Marx y F. Engels. Obras, t. 19, pp. 9-32; t. 22, pp. 434-435).

xxiii Según testimonio de C. Marx y F. Engels, esta expresión pertenece a Heine y ellos la emplearon por primera vez en su obra *La ideología alemana* (t. 2, cap. IV, punto 4. *La escuela saintsimonista*) (véase C. Marx y F. Engels. Obras, t. 3 p. 514).

xxiv *Soldátskaya Pravda* (La Verdad del Soldado): diario bolchevique que empezó a aparecer en Petrogrado el 15 (28) de abril de 1917 como portavoz de la Organización Militar adjunta al Comité de Petersburgo del POSD(b)R y luego, desde el núm. 26, correspondiente al 19 de mayo (19 de junio) de 1917, pasó a ser portavoz de la Organización Militar adjunta al CC del POSD(b)R. Su tirada era de 50.000 a 75.000 ejemplares, la mitad de los cuales se enviaban al frente. Publicó más de 60 artículos de Lenin, entre ellos dos escritos especialmente para el periódico. Este gozaba de gran popularidad entre los soldados. Después de los acontecimientos de julio de 1917 fue clausurado por el Gobierno Provisional. De julio a octubre apareció con los títulos de *Rabochi i Soldat* (El Obrero y el Soldado) y *Soldat* (El Soldado). Desde el 27 de octubre (9 de noviembre) de 1917 volvió a salir con su antiguo nombre. En marzo de 1918 su edición fue suspendida por un decreto del CC del PC(b) de Rusia que reemplazaba los periódicos *Derevénskaya Bednotá* (Los Pobres del Campo), *Derevinskaya Pravda* (La Verdad del Campo) y *Soldátskaya Pravda* por el periódico *Bednotá* (Los Pobres).

xxv La Comisión Socialista Internacional proyectaba convocar la III Conferencia de Zimmerwald (en Estocolmo) el 31 de mayo de 1917, pero luego fue aplazada varias veces para otras fechas. Lenin consideraba que los bolcheviques debían romper con la Unión de Zimmerwald, en la que los centristas habían puesto rumbo a la entrega de todas las posiciones al socialchovinismo, y emprender inmediatamente la organización de la III Internacional. Admitía la participación en dicha Conferencia solamente con fines de información. La VII Conferencia (Conferencia de Abril) de toda Rusia, después de escuchar el informe de Zinóviev, acordó por mayoría de votos que los representantes bolcheviques participaran en la Conferencia.

Esta tuvo lugar del 5 al 12 de septiembre de 1917. Asistieron delegados de los elementos de izquierda de los partidos socialistas, de los centristas y los socialchovinistas. Por los bolcheviques asistieron V. V. Vorovski (Orlovski) y N. A. Semashko (Alexándrov). La Conferencia se realizó en condiciones de rigurosa clandestinidad, y las noticias sobre sus labores casi no llegaban a la prensa.

Puntos del orden del día: 1) Informe de la Comisión Socialista Internacional, 2) El incidente con Grimm, 3) Actitud ante la Conferencia de Paz de Estocolmo y 4) La lucha por la paz y el movimiento zimmerwaldiano en los diversos países. La Conferencia analizó el “caso R. Grimm”, desenmascarado en Rusia como emisario del ministro suizo Hoffmann que sondeaba el terreno para una paz por separado en beneficio del imperialismo alemán. Para esas fechas, Grimm había sido separado del cargo

de presidente de la Comisión Socialista Internacional, y la Conferencia aprobó su expulsión de ese organismo, considerando inadmisible su conducta. Lenin estimaba que esa resolución era insuficiente.

Durante el debate de la actitud ante la Conferencia de Paz de Estocolmo de los socialistas de la II Internacional, una parte de los delegados se pronunció por la participación en ella, mientras que los mencheviques rusos recibieron el mandato imperativo de quedarse en la Conferencia de Zimmerwald solo bajo la condición de que esta participase en la Conferencia de Estocolmo. V. V. Vorovski pronunció un fuerte discurso en el que, en nombre del CC, del Buró del CC del POSD(b)R en el Extranjero y de la socialdemocracia polaca, denunció a los mencheviques y a sus correligionarios. Exigió que la Conferencia expusiese su actitud ante los mencheviques rusos que, siendo miembros de la Unión de Zimmerwald, habían enviado representantes al ministerio de Kerensky, el Cavaignac ruso, y eran plenamente responsables de la implantación de la pena de muerte en el ejército, la ofensiva de junio en el frente, la clausura de los periódicos bolcheviques, el ametrallamiento de la manifestación de julio, las detenciones de dirigentes del Partido Bolchevique, etc. Varios delegados de la Conferencia apoyaron a los bolcheviques, pero la mayoría, encabezada por Haase, se negó a adoptar una resolución sobre este problema.

La composición heterogénea de la Conferencia determinó el carácter elástico, transaccional, de sus resoluciones y su manifiesto.

Este exhortaba a realizar una huelga internacional general contra la guerra y en defensa de la revolución rusa; el manifiesto contó con la adhesión de los representantes de algunos partidos que no habían participado en las labores de la Conferencia.

La III Conferencia de Zimmerwald confirmó plenamente la conclusión de Lenin sobre la bancarrota definitiva de la Unión de Zimmerwald y sobre la necesidad de romper inmediatamente con ella y crear la III Internacional, la Internacional Comunista.

xxvi La formación del Gobierno Provisional de coalición fue consecuencia de la crisis provocada por la nota de P. N. Miliukov, ministro de Negocios Extranjeros, a los gobiernos aliados, del 18 de abril (1º de mayo) de 1917, confirmando que el Gobierno Provisional cumpliría todos los tratados suscritos por el gobierno zarista con las potencias imperialistas aliadas: Inglaterra y Francia. Ante las manifestaciones espontáneas de protesta, que se transformaron el 20 y 21 de abril (3 y 4 de mayo) en un poderoso movimiento de los obreros y soldados, el Gobierno Provisional, queriendo dar la impresión de que cambiaba de política, destituyó al ministro de Negocios Extranjeros, P. N. Miliukov, y al ministro de Guerra, A. I. Guchkov, y pidió al Soviet de Petrogrado su consentimiento para formar un gobierno de coalición.

El Comité Ejecutivo, en contra del acuerdo adoptado el 1º (14) de marzo de que en el Gobierno Provisional no participasen representantes del Soviet, decidió en una sesión extraordinaria, celebrada la tarde y la noche del 1º (14) de mayo, aceptar la propuesta del Gobierno

Provisional. En las reuniones previas de los grupos, solo el grupo de los bolcheviques se pronunció contra la entrada en ese gobierno. En la votación definitiva se aprobó, por 44 votos contra 19 y dos abstenciones, el acuerdo de que los representantes del Soviet entraran en el gobierno. Para las negociaciones sobre las condiciones de la formación del gobierno de coalición se eligió una comisión. En la tarde del 2 (15) de mayo se celebró una reunión extraordinaria del Soviet de Petrogrado, en la que se aprobaron, por mayoría de votos, las gestiones del Comité Ejecutivo.

Después de sostener conversaciones, el 5 (18) de mayo se llegó a un acuerdo sobre la distribución de carteras en el nuevo gobierno, al que debían incorporarse 5 ministros socialistas: A. F. Kerensky, ministro de Guerra y de Marina; M. I. Skóbelev, ministro de Trabajo; V. M. Chernov, ministro de Agricultura; A. V. Peshejónov, ministro de Abastos, e I. G. Tsereteli, ministro de Correos y Telégrafos. En la tarde del 5 (18) de mayo el Soviet de Petrogrado, después de escuchar el informe de M. I. Skóbelev sobre el resultado de las negociaciones con el Gobierno Provisional, acordó incorporar representantes suyos al gobierno siempre y cuando respondieran y rindieran cuenta ante el Soviet, y expresó su completa confianza al nuevo gobierno.

xxvii Lenin se refiere a la orden del ministro de Guerra, A. F. Kerensky, publicada el 11 (24) de mayo de 1917, que contenía la *Declaración de los derechos del soldado*. Un punto de esta *Declaración* autorizaba al jefe, en condiciones de campaña, a hacer uso de la fuerza militar contra los subordinados que no cumplieran las órdenes. Este punto iba dirigido contra los soldados y oficiales que se negaban

a participar en la ofensiva. Al mismo tiempo que publicaba esta orden, Kerensky emprendió la disolución de los regimientos y la entrega a los tribunales de los oficiales y soldados “ instigadores del desacato” a los jefes.

Los partidos políticos en Rusia y las tareas del proletariadoⁱ

Escrito a comienzos de abril de 1917.

Publicado el 6, 9 y 10 de mayo (23, 26 y 27 de abril) de 1917 en el periódico “Volná”, núms. 20, 22 y 23; en julio de 1917, se publicó resumido como folleto aparte por la Editorial Zhizn i Znanie.

Se publica según el texto del folleto editado en 1917, cotejado con el

del folleto editado en 1918 y con el del periódico “Volná”.

.....

Prefacio a la segunda edición

Este folleto fue escrito a comienzos de abril de 1917, antes de que se formara el ministerio de coalición. Desde entonces ha llovido mucho, pero las peculiaridades fundamentales de los partidos políticos principales se han manifestado y confirmado en el transcurso de todas las etapas posteriores de la revolución: durante el “ministerio de coalición” formado

el 6 de mayo de 1917, durante la unión de los mencheviques y eseristas en junio (y julio) de 1917 contra los bolcheviques, durante la sublevación de Kornilovⁱⁱ, durante la Revolución de Octubre de 1917 y después de ella.

La justedad de la presente caracterización de los partidos principales y de sus *bases clasistas* ha sido confirmada por todo el desarrollo de la revolución rusa. Ahora, el crecimiento de la revolución en Europa Occidental muestra que, también allí, la correlación fundamental de los partidos principales es la misma. El papel *de* los mencheviques y eseristas lo desempeñan los socialchovinistas de todos los países (socialistas de palabra y chovinistas de hecho), así como los kautskianos en Alemania, los longuetistas en Francia, etc.

N. Lenin

Moscú, 22 de octubre de 1918.

Publicado en 1918, en el folleto: N. Lenin.

“Los partidos políticos en Rusia y las tareas del proletariado”, Moscú, Ed. Kommunist.

Se publica según el texto del folleto.

Cuanto decimos a continuación es un intento de formular las preguntas y respuestas, primero más esenciales y después menos esenciales, que caracterizan la actual situación política de Rusia y su valoración por los distintos partidos.

Preguntas:

1) *¿Cuáles son los grupos principales de los partidos políticos en Rusia?*

Respuestas:

A	(más derechistas que los d-c). Partidos y grupos más derechistas que los demócratas constitucionalistas.
B	(d-c). Partido Demócrata Constitucionalista (demócratas constitucionalistas, partido de la libertad del pueblo) y grupos afines a él.
C	(s-d y s-r). Socialdemócratas, socialistas revolucionarios y grupos afines a ellos.
D	(“bolcheviques”). Partido que debería denominarse Partido Comunista y que hoy se llama “Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia unificado por el Comité Central” y, en lenguaje popular, “bolcheviques”.

2) *¿A qué clase representan estos partidos?
¿cuál es la clase cuyo punto de vista
expresan?*

A (más derechistas que los d-c). A los terratenientes feudales y a los sectores más atrasados de la burguesía (de los capitalistas).

B (d-c). A toda la burguesía, es decir, a la clase de los capitalistas, y a los terratenientes aburguesados, o sea, a los que se han convertido en capitalistas.

C (s-d y s--r). A los pequeños propietarios, a los campesinos pequeños y medios, a la pequeña burguesía y a la parte de los obreros influenciados por la burguesía.

D (“bolcheviques”). A los proletarios conscientes, a los obreros asalariados y a la parte, afín a ellos, de los campesinos pobres (semi-proletarios).

3) *¿Cuál es su actitud ante el socialismo?*

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). Absolutamente hostil, pues el socialismo pone en peligro las ganancias de los capitalistas y de los terratenientes.

C (s-d y s-r). A favor del socialismo, pero consideran que es pronto para pensar en él y para dar inmediatamente pasos prácticos hacia su realización.

D (“bolcheviques”). A favor del socialismo. Es necesario que los Soviets de diputados obreros, etc., den inmediatamente los pasos prácticos posibles hacia la realización del socialismo.¹

4) *¿Qué régimen político quieren en la actualidad?*

A (más derechistas que los d-c). La monarquía constitucional, el poder omnímodo de los funcionarios y la policía.

B (d-c). La república parlamentaria burguesa, es decir, el afianzamiento de la dominación de los capitalistas conservando la vieja burocracia y la policía.

C (s-d y s-r). La república parlamentaria burguesa, con reformas para los obreros y los campesinos.

¹ En lo que respecta a cuáles deben ser estos pasos, véanse las preguntas 20 y 22.

D (“bolcheviques”). La República de los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc. La disolución del ejército regular y de la policía y su sustitución por el armamento general del pueblo; no solo elegibilidad, sino también amovilidad de los funcionarios, cuyo sueldo no deberá ser superior al salario de un obrero cualificado.

5). *¿Cuál es su actitud ante la restauración de la monarquía de los Romanov?*

A	(más derechistas que los d-c). A favor, pero actúan en secreto y cautelosamente por temor al pueblo.
B b	B (d-c). Cuando los Guchkov parecían una fuerza, los demócratas constitucionalistas eran partidarios de sentar en el trono al hermano o al hijo de Nicolás; pero cuando el pueblo empezó a parecer una fuerza, los demócratas constitucionalistas se manifestaron en contra.
C	(s-d y s-r), D (“bolcheviques”). Absolutamente en contra de toda restauración de la monarquía.

6). *¿Qué opinan de la toma del poder? ¿a qué denominan orden y a qué anarquía?*

A	(más derechistas que los d-c). Si el zar o un bizarro general toma el poder, eso es la voluntad de Dios, es el orden. Lo demás, la anarquía.
B	(d-c). Si los capitalistas toman el poder, aunque sea por la violencia, eso es el orden. Tomar el poder contra los capitalistas sería la anarquía.
C	(s-d y s-r). Si los Soviets de diputados obreros, soldados, etc., toman solos todo el poder, eso amenazará con la anarquía. Que los capitalistas tengan por ahora el poder, y los Soviets de diputados obreros y soldados, una “Comisión de Enlace” ¹²³
	(“bolcheviques”). Todo el poder debe pertenecer únicamente a los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinas, braceros, etc. Hay «que orientar inmediatamente a este fin toda la propaganda, la agitación y la organización de millones y millones de personas». ²

7) *¿Hay que apoyar al gobierno provisional?*

A (más derechistas que los d-c).

B (d-c). Hay que apoyarlo, indudablemente, pues en el momento actual es el único posible

² Se denomina anarquía a la negación de todo poder estatal, pero los Soviets de diputados obreros y soldados son también un poder.

para proteger los intereses de los capitalistas.

C	(s-d y s-r). Hay que apoyarlo, pero a condición de que cumpla el acuerdo con el Soviet de diputados obreros y soldados y frecuente la “Comisión de Enlace”.
D	(“bolcheviques”). No hay que apoyarlo; que lo apoyen los capitalistas. Tenemos que preparar a todo el pueblo para el poder omnímoto y único de los Soviets de diputados obreros, soldados, etc.

8) ¿Por el poder único o por la dualidad de poderes?

A (más derechistas que los d-c).

B (d-c). Por el poder único de los capitalistas y terratenientes.

C	(s-d y s-r). Por la dualidad de poderes: “control” de los Soviets de diputados obreros y soldados sobre el Gobierno Provisional. –Es nocivo pensar si el control es eficaz sin el poder.
D	(“bolcheviques”). Por el poder único de los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., de abajo arriba, en todo el país.

9) ¿Hay que convocar la asamblea constituyente?

A (más derechistas que los d-c). No hay que convocarla, pues puede perjudicar a los terratenientes. No quiera Dios que los campesinos decidan en la Asamblea Constituyente que deben confiscarse todas las tierras a los terratenientes.

B (d-c). Hay que convocarla, pero sin señalar el plazo. Discutir la cuestión el mayor tiempo posible con los profesores juristas, pues, primero, ya Bebel dijo que los juristas son la gente más reaccionaria del mundo; y, segundo, la experiencia de todas las revoluciones enseña que la causa de la libertad del pueblo fracasa cuando se la confía a los profesores.

C (s-d y s-r). Hay que convocarla, y con la mayor rapidez. Es preciso fijar un plazo; hemos hablado ya de ello 200 veces en la “Comisión de Enlace” y mañana lo repetiremos por 201 vez definitivamente.

D (“bolcheviques”). Hay que convocarla, y con la mayor rapidez. Pero solo hay una garantía de su éxito y de su convocación: aumentar el número de Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., y

acrecentar su fuerza; la organización y el armamento de las masas obreras es la única garantía.

10) ¿Necesita el estado la policía de tipo corriente y el ejército regular?

A (más derechistas que los d-c).

B (d-c). Los necesita y son imprescindibles en absoluto, pues constituyen la única garantía firme de la dominación de los capitalistas, y en caso de apuro, como enseña la experiencia de todos los países, facilitan mucho la transición inversa de la república a la monarquía.

C (s-d y s-r). De una parte, quizá, no los necesita. De otra parte, ¿no serán prematuros los caminos radicales? Por lo demás, hablaremos en la “Comisión de Enlace”.

D (“bolcheviques”). Indudablemente, no los necesita. Hay que llevar a cabo sin demora y de manera obligatoria en todas partes el armamento general del pueblo y su fusión con la milicia y el ejército: los capitalistas deben pagar a los obreros los días de servicio en la milicia.

11) ¿Necesita el estado unos funcionarios de tipo corriente?

A (más derechistas que los d-c).

B (d-c). Indudablemente, sí son en sus nueve décimas partes hijos y hermanos de los terratenientes y los capitalistas. Deben seguir siendo un grupo de personas privilegiadas y, de hecho, inamovibles.

C (s-d y s-r). Es poco probable que sea oportuno plantear de golpe una cuestión que fue planteada prácticamente por la Comuna de París.

D (“bolcheviques”). No los necesita en absoluto. Son precisas no solo la elegibilidad, sino también la amovilidad en cualquier momento de todos los funcionarios y de todos y cada uno de los diputados. Su sueldo no debe ser mayor que el salario de un obrero cualificado. Hay que sustituirlos (paulatinamente) con la milicia de todo el pueblo y sus destacamentos.

12) ¿Es necesario que los oficiales sean elegidos por los soldados?

A (más derechistas que los d-c).

B (d-c). No. Eso es perjudicial para los terratenientes y los capitalistas. Si es imposible dominar de otro modo a los soldados, hay que prometerles temporalmente esta reforma y después despojarles de ella con la mayor rapidez.

C (s-d y s-r). Es necesario.

D (“bolcheviques”). No solo hay que elegirlos, sino que cada paso de los oficiales y los generales debe ser controlado por delegados especiales de los soldados.

13 ¿Es útil la destitución, por iniciativa propia de los jefes por los soldados?

A (más derechistas que los d-c).

B (d-c). Es absolutamente perjudicial. Guchkov lo ha prohibido ya. Ha amenazado ya con la violencia. Hay que apoyar a Guchkov.

C (s-d y s-r). Es útil, pero no está claro todavía si hay que destituir primero y plantearlo después en la “Comisión de Enlace”, o viceversa.

D (“bolcheviques”). Es útil y necesario en todos los aspectos. Los soldados obedecen únicamente a los mandos elegibles, respetan solo a ellos.

14) ¿En pro o en contra de la guerra actual?

A (más derechistas que los d-c).

B (d-c). Absolutamente en pro, pues proporciona ganancias inusitadas a los capitalistas y promete afianzar su dominación gracias a la desunión de los obreros y al azuzamiento de unos contra otros. Embaucaremos a los obreros, calificando la guerra de defensiva y tendente nada más que a derrocar a Guillermo.

C (s-d y s-r) Somos enemigos, en general, de la guerra imperialista; pero estamos dispuestos a dejarnos engañar y denominar “defensismo revolucionario” al apoyo a la guerra imperialista que sostiene el gobierno imperialista de Guchkov-Miliukov y Cía.

D (“bolcheviques”). Absolutamente en contra de la guerra imperialista en general; en contra de todos los gobiernos burgueses que la sos-

tienen; en contra también de nuestro Gobierno Provisional; absolutamente en contra del “defensismo revolucionario” en Rusia.

15) ¿En pro o en contra de los tratados internacionales expoliadores (sobre la estrangulación de Persia, el reparto de china, Turquía, Austria, etc.) firmados por el zar con Inglaterra, Francia, etc.?

A (más derechistas que los d-c).

B (d-c). Completa y absolutamente en pro. Además, no se pueden publicar los tratados porque el capital imperialista anglo-francés y sus gobiernos no lo permitirán y, también, porque el capital ruso no puede descubrir a todo el mundo sus sucios manejos.

C (s-d y s-r). En contra, pero tenemos aún la esperanza de que se pueda “influir” en el gobierno de los capitalistas a través de la “Comisión de Enlace” y de una serie de “campanas, entre las masas.

D (“bolcheviques”). En contra. Toda la tarea consiste en explicar a las masas que no se puede esperar absolutamente nada de los go-

biernos capitalistas en este sentido y que es preciso que el poder pase al proletariado y a los campesinos pobres.

16). *¿En pro o en contra de las anexiones?*

A (más derechistas que los d-c).

B (d-c). Si las anexiones son realizadas por los capitalistas alemanes y su bandidesco jefe, Guillermo, estamos en contra. Si las realizan los ingleses, no estamos en contra, pues son “nuestros” aliados. Si las realizan nuestros capitalistas, que retienen por la fuerza en las fronteras de Rusia a los pueblos que sojuzgó el zar, estamos en pro, nosotros no denominamos a eso anexiones.

C. (s-d y s-r). En contra de las anexiones, pero tenemos aún la esperanza de que se pueda conseguir también del gobierno de los capitalistas la “promesa” de renunciar a ellas.

D (“bolcheviques”). En contra de las anexiones. Todas las promesas de los gobiernos capitalistas de renunciar a: las anexiones son puro engaño. Existe solo un medio para des-

enmascararlo: exigir la liberación de los pueblos oprimidos por los capitalistas propios.

17) ¿En pro o en contra del “empréstito de la libertad”?

A (más derechistas que los d-c).

B (d-c). Absolutamente en pro, pues facilita el sostenimiento de la guerra imperialista, es decir, de una guerra para decidir qué grupo de capitalistas ha de dominar en el mundo.

C (s-d y s-r). En pro, ya que la errónea posición del “defensismo revolucionario” nos condena a esta evidente abjuración del internacionalismo.

D (“bolcheviques”). En contra, pues la guerra sigue siendo imperialista, la sostienen los capitalistas en alianza con los capitalistas y en interés de los capitalistas.

18) ¿En pro o en contra de que los gobiernos capitalistas manifiesten la voluntad de paz de los pueblos?

A (más derechistas que los d-c).

B (d-c). En pro, pues la experiencia de los socialchovinistas republicanos franceses ha mostrado mejor que nada la posibilidad de engañar así a los pueblos: se puede decir lo que se quiera; en realidad, retendremos el botín saqueado por nosotros a los alemanes (sus colonias), pero despojaremos a los alemanes del botín que han saqueado esos bandidos.

C (s-d y s-r). En pro, pues no hemos perdido aún, en general, muchas de las esperanzas infundadas que deposita la pequeña burguesía en los capitalistas.

D (“bolcheviques”). En contra, pues los obreros conscientes no cifran ninguna esperanza en los capitalistas, y nuestra tarea consiste en explicar a las masas la falta de base de esas esperanzas.

19) ¿Hay que derrocar en general a todos los monarcas?

A (más derechistas que los d-c).

B (d-c). No, al inglés, al italiano y, en general, a los aliados, no hay que derrocarlos; hay que derrocar únicamente al alemán, al aus-

tríaco, al turco y al búlgaro, pues la victoria sobre ellos decuplicará nuestras ganancias.

C (s-d y s-r). Hay que establecer un “turno” y empezar sin falta por el derrocamiento de Guillermo; con los monarcas aliados se puede, quizá, esperar.

D (“bolcheviques”). No se puede establecer un turno para la revolución. Hay que ayudar únicamente a los revolucionarios de verdad y derrocar a todos los monarcas en todos los países, sin excepción alguna.

20) ¿Deben los campesinos apoderarse inmediatamente de toda la tierra de los terratenientes?

A (más derechistas que los d-c).

B (d-c). De ninguna manera. Hay que esperar hasta la Asamblea Constituyente. Shingariov ha aclarado ya que, si los capitalistas arrancan el poder al zar, eso es una revolución grande y gloriosa; pero si los campesinos despojan de la tierra a los terratenientes, eso es una arbitrariedad*. Hacen falta comisiones conciliadoras, en las que los terratenien-

tes y los campesinos estarán representados por igual, y cuyos presidentes serán designados de entre los funcionarios, es decir, de entre los mismos capitalistas y terratenientes.

C (s-d y s-r). Será mejor que los campesinos esperen hasta la Asamblea Constituyente.

D (“bolcheviques”). Hay que apoderarse inmediatamente de toda la tierra; establecer el orden más riguroso a través de los Soviets de diputados campesinos. La producción de cereales y de carne debe aumentar; los soldados tienen que alimentarse mejor. Es absolutamente intolerable echar a perder el ganado, los aperos, etc.

21) ¿Es posible limitarse a los soviets de diputados campesinos para disponer de la tierra y dirigir todos los asuntos rurales en general?

A (más derechistas que los d-c).

B (d-c). Los terratenientes y los capitalistas están en general contra el poder único y omnímodo de los Soviets de diputados campesinos en las aldeas. Pero si es ya imposible

eludir estos Soviets, será mejor, naturalmente, limitarse a ellos, pues los campesinos ricos son también capitalistas.

C (s-d y s-r). Por ahora, sin duda, es posible limitarse a ellos, aunque los s-d no niegan, “en principio”, la necesidad de una organización especial de obreros agrícolas asalariados.

D (“bolcheviques”). Es imposible limitarse a los Soviets de diputados campesinos comunes, pues los campesinos ricos son también capitalistas, que se inclinarán siempre a ofender o engañar a los braceros, jornaleros y campesinos pobres. Hay que constituir inmediatamente organizaciones especiales de estos últimos sectores de la población rural, tanto dentro de los Soviets de diputados campesinos como en forma de Soviets especiales de diputados de los obreros agrícolas.

22) *¿Debe tomar el pueblo en sus manos las organizaciones monopolistas más importantes y más fuertes de los capitalistas, los bancos, los consorcios, etc.?*

A (más derechistas que los d-c).

B (d--c) De ninguna manera, pues eso puede perjudicar a los terratenientes y a los capitalistas.

C (s-d y s-r). Hablando en general, somos partidarios de que esas organizaciones pasen a manos de todo el pueblo, pero ahora es temprano para pensar en ello y prepararlo.

D (“bolcheviques”). Hay que preparar sin demora a los Soviets de diputados obreros, a los Soviets de diputados empleados de la Banca, etc., con el fin de empezar a dar los pasos prácticamente posibles y plenamente realizables, primero, para fusionar todos los bancos en un solo Banco Nacional; después, para establecer el control de los Soviets de diputados obreros sobre los bancos y los consorcios, y, luego, para nacionalizarlos, es decir, para convertirlos en propiedad de todo el pueblo.

23) ¿Qué internacional socialista, que aplique y realice la unión fraternal entre los obreros de todos los países necesitan ahora los pueblos?

A (más derechistas que los d-c).

B (d-c) Hablando en general, para los capitalistas y terratenientes es nociva y peligrosa cualquier Internacional Socialista; pero si el Plejánov alemán, es decir, Scheidemann, coincide y se pone de acuerdo con el Scheidemann ruso o sea, Plejánov; si se descubren mutuamente vestigios de conciencia socialista, nosotros, los capitalistas, debemos, quizá, aplaudir semejante Internacional de semejantes socialistas, que se colocan al lado de sus gobiernos.

C (s-d y s-r). Hace falta una Internacional Socialista que agrupe a todos: a los Scheidemann, a los Plejánov y a los “centristas”, es decir, a los que vacilan entre el socialchovinismo y el internacionalismo. Cuanto más revoltijo, tanta mayor “unidad”: ¡viva la gran unidad socialista!

D (“bolcheviques”). Los pueblos solo necesitan una Internacional que agrupe a los obreros verdaderamente revolucionarios, capaces de poner fin a la horrible y criminal matanza de pueblos, y que sepa liberar al género hu-

mano del yugo del capital. Únicamente hombres (grupos, partidos, etc.) como el socialista alemán Karl Liebknecht, que se encuentra en presidio; únicamente hombres que luchan con abnegación contra su gobierno, y contra su burguesía, y contra sus socialchovinistas, y contra su “centro”, pueden y deben formar sin demora la Internacional que necesitan los pueblos.

24) ¿Es necesario fomentar la fraternización en el frente entre los soldados de los países beligerantes?

A (más derechistas que los d-c).

B (-e). No. Eso perjudica los intereses de los terratenientes y capitalistas, pues puede acelerar la liberación de la humanidad de la opresión a que la tienen sometida.

C (s-d y s-r). Sí. Es útil. Pero no todos nosotros estamos firmemente convencidos de que sea necesario fomentar inmediatamente la fraternización en todos los países beligerantes.

D (“bolcheviques”). Sí. Es útil e imprescindible. Es necesario en absoluto fomentar inmediatamente en todos los países beligerantes la confraternización entre los soldados de ambos grupos en guerra.

25) ¿Deben los emigrados regresar a Rusia a través de Inglaterra?ⁱⁱⁱ

A (más derechistas que los d-c) y B (d-c). Indudablemente. Si Inglaterra detiene a los internacionalistas manifiestos, enemigos de la guerra, como Trotsky, nosotros, los capitalistas, nos alegraremos en nuestro fuero interno, y para distraer la atención del pueblo enviaremos un cortés telegrama al gobierno capitalista inglés con el ruego de que tenga la amabilidad de comunicarnos si la detención no es debida a una lamentable confusión.

C (s-d y s--r). Deben hacerlo. Si Inglaterra los detiene, aprobaremos la más enérgica resolución de protesta y plantearemos la cuestión en la “Comisión de Enlace”.

D (“bolcheviques”). No deben hacerlo en absoluto. Inglaterra detendrá o no dejará sa-

lir de su territorio a los internacionalistas, a los enemigos de la guerra. Los capitalistas ingleses no se dejan intimidar ni con cortes telegramas ni con terribles resoluciones de protesta: son hombres prácticos. Los capitalistas ingleses deben ser derrocados, y estamos firmemente convencidos de que los derrocará la revolución obrera mundial que surge de la guerra imperialista mundial.

26) ¿Deben los emigrados regresar a Rusia a través de Alemania?

A (más derechistas que los d-c), B (d-c). No, en absoluto. Porque, primero, pueden llegar así sin el menor peligro y con rapidez. Y segundo, eso es deshonroso, inmoral y constituye un ultraje al alma popular auténticamente rusa. Otra cosa es que los ricos, como el profesor liberal Maxim Kovalevski, organicen precisamente a través, de hombres ilustres y precisamente a través del gobierno, aunque sea zarista, el canje de los rusos internados en Alemania por los alemanes internados en Rusia. Tratar de organizar ese canje no a través del gobierno, sino a través

de algún socialista de izquierda de un país neutral es el colmo de la inmoralidad.

C (s-d y s-r). Es absolutamente intolerable la violenta agitación contra los socialistas que han regresado a través de Alemania y cuya honradez no pone en duda ni siquiera Deich, partidario de Plejánov. Pero no hemos decidido aún si se debe regresar a través de Alemania. Por una parte, ¿no convendría emprender primero una “campana” de des-enmascaramiento de Miliukov, esperar y ver hasta qué punto es inculto nuestro pueblo, hasta qué extremo puede dejarse influenciar por la violenta agitación de Rúsckaya Volia? Por otra parte, después de la detención de Trotski en Inglaterra y del indignado telegrama de MártoV, habrá que reconocer, quizá, que es preciso regresar a través de Alemania.

D (“bolcheviques”). Hay que regresar a través de Alemania, pero observando las siguientes condiciones: 1) los socialistas de los países neutrales deben sostener negociaciones con el gobierno imperialista y firmar un acta acerca del viaje para que el asunto

sea público, a la luz del día, para que sea posible una comprobación completa; 2) los repatriados deben presentar inmediatamente un informe al Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros y soldados, que goza de la confianza y del respeto de la mayoría de los soldados y obreros de Petrogrado.

27) *¿Qué color de la bandera correspondería al carácter y la naturaleza de los distintos partidos políticos?*

A (más derechistas que los d-c). El negro pues son verdaderas centurias negras.³

B (d-c). El amarillo, pues esta es la bandera internacional de los obreros que sirven al capital en cuerpo y alma.

C (s-d y s-r). El rosado, pues toda su política es una política de agua rosada.

D (“bolcheviques”). El rojo, pues esta es la bandera de la revolución proletaria mundial.

³ Se llamaba así a los reaccionarios ultraderechistas y a las bandas de pogromistas organizadas por la policía zarista para luchar contra el movimiento revolucionario. – Ed.

.....

Este folleto fue escrito a comienzos de abril de 1917. A la pregunta de si no ha envejecido ahora, después del 6 de mayo de 1917, después de formarse el “nuevo” gobierno, el de coalición, yo respondería:

– No, pues la Comisión de Enlace no ha desaparecido, en esencia, sino que únicamente se ha mudado a otra habitación, a una habitación común con los señores ministros. Por el hecho de que los Chernov y los Tsereteli se hayan trasladado a otra habitación no han cambiado ni su política ni la política de sus partidos.

Notas al final - Los partidos políticos en Rusia y las tareas del proletariado<?>

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i Lenin había pensado escribir el folleto *Los partidos políticos en Rusia y las tareas del proletariado* en forma de proclama, debido a que los demócratas constitucionalistas, los eseristas y los mencheviques utilizaban profusamente este tipo de publicaciones en su propaganda, pegándolas por toda la ciudad. Consideraba que junto a las proclamas de los partidos hostiles al bolchevismo había que pegar proclamas bolcheviques en las que se explicara qué representaba cada partido y qué objetivos perseguía. La extensión del folleto impidió que se editara en esa forma, y se publicó en el periódico bolchevique *Volná* (La Ola), de Helsingfors. Más tarde, la Editorial Zhizn i Znanie lo publicó como folleto aparte, con una tirada de 50.000 ejemplares. Pero los dueños de la tipografía simpatizaban con los demócratas constitucionalistas y retuvieron la edición. Con el concurso del comité obrero se logró sacarla el 4 (17) de julio. Pero los acontecimientos de julio obligaron a esconderla en el depósito de la Editorial. Unos días más tarde, el folleto pudo ser distribuido en los distritos obreros. El folleto salió con el siguiente texto de introducción: “Aclaración del proyecto de plataforma redactado por N. Lenin para su discusión en las reuniones de bolcheviques. La publicación del proyecto se retrasa debido a que en Petrogrado faltan imprentas”. El folleto se

publicó en inglés en la revista *The Class Struggle* (La Lucha de Clases) (Nueva York, noviembre-diciembre de 1917, t. 1, núm. 4, pp. 49-59) y en el periódico *The New-York Evening Post* (Correo de la Tarde de Nueva York), del 15 de enero de 1918. En 1918 se publicó en Moscú la segunda edición con un prefacio escrito por Lenin

ii *Subelevación de Kornílov*: motín contrarrevolucionario de la burguesía y los terratenientes en agosto de 1917, encabezado por Kornílov, jefe supremo del Ejército. Los conspiradores se proponían tomar Petrogrado, aniquilar el Partido Bolchevique, disolver los Soviets, implantar una dictadura militar y preparar la restauración de la monarquía. En el complot participaba el jefe del Gobierno Provisional, A. F. Kerensky; pero cuando empezó la sublevación, temiendo verse barrido junto con Kornílov, se desentendió de él y lo declaró insurgente contra el Gobierno Provisional. La sublevación, iniciada el 25 de agosto (7 de septiembre) de 1917, fue sofocada por los obreros y campesinos, bajo la dirección del Partido Bolchevique. Presionado por las masas, el Gobierno Provisional se vio obligado a ordenar la detención de Kornilov y sus cómplices y entregarlos a los tribunales.

iii Debido al regreso a Rusia, a comienzos de mayo, de un grupo de emigrados internacionalistas detenidos en el camino por el gobierno británico, y al paso a través de Alemania de más de doscientos cincuenta emigrados, la campaña de calumnias contra Lenin y los demás bolcheviques que habían regresado a través de Alemania cesó temporalmente.

Nuestros puntos de vista Respuesta a la resolución de la comisión ejecutiva del soviet de diputados soldados

La prensa del 16 de abril publica la siguiente resolución:

“Habiendo examinado el comunicado de los camaradas acerca de la difusión de una propaganda desorganizadora que se encubre con una bandera revolucionaria, a menudo incluso socialdemócrata, en particular acerca de la propaganda de los denominados leninistas, y considerando esta propaganda no menos nociva que cualquier otra propaganda contrarrevolucionaria de derecha; reconociendo, al mismo tiempo, que es imposible tomar medidas represivas contra la propaganda mientras no sea más que mera propaganda, la Comisión Ejecutiva del Soviet de diputados soldados considera indispensable adoptar todas las medidas para contrarrestar esa propaganda con nuestra propia propaganda y agitación. Debemos tender a que nuestras organizaciones sean

lo suficientemente fuertes para poder hacer frente a toda acción contrarrevolucionaria, en cualquier momento, no importa de dónde venga, con nuestras propias acciones. Expresamos nuestro más vivo deseo de que el Comité Ejecutivo comience una campaña sistemática en la prensa y, sobre todo, en las unidades del ejército, contra la propaganda desorganizadora”.

Si comparamos con esta resolución la declaración expuesta por nosotros del editorial de la Redacción de *Izvestia* (del 17 de abril) contra la “deshonesta y repugnante campaña”, veremos inmediatamente cuál es la división política que se ha puesto de manifiesto *en los hechos* sobre esta cuestión:

Rússkaya Volia, como portavoz de la campaña, y *Edinstvo*, del señor Plejánov, que repite “ese método de lucha”, son reconocidos por un *testigo: Delo Naroda*.

La Comisión Ejecutiva del Soviet de diputados soldados toma una posición *distinta* al declarar expresamente que “es imposible tomar medidas represivas contra la propaganda mientras no sea más que mera propaganda”.

Por ello reproducimos íntegramente la resolución de la Comisión Ejecutiva y consideramos útil analizarla en cuanto a su esencia.

La resolución declara que la propaganda de Lenin no es “menos nociva que cualquier otra propaganda contrarrevolucionaria de derecha”.

Examinemos la esencia de la diferencia entre: 1) la propaganda contrarrevolucionaria de derecha; luego 2) la propaganda *en favor* del Gobierno Provisional y en su apoyo, y 3) nuestra propaganda.

Las derechas quieren derribar al Gobierno Provisional y restaurar la monarquía.

El Gobierno Provisional *ha prometido* obrar de común acuerdo con el Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado.

Nuestra propaganda: todo el poder del Estado debe pasar *exclusivamente* a los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., pues estos Soviets representan notoriamente a la inmensa mayoría del pueblo. Esto queremos lograrlo por medio del “esclarecimiento” (así lo dijo Lenin desde el primer día, de manera precisa y clara, en sus tesis),

para que la mayoría del pueblo comprenda la necesidad de ese paso del poder.

Así, las derechas están por el poder del monarca. Los capitalistas, por el poder de los capitalistas (pues el Gobierno Provisional es un gobierno de capitalistas); prometen obrar de común acuerdo con el Soviet de diputados obreros y soldados.

Nosotros queremos convencer a la mayoría del pueblo de que el poder debe estar *exclusivamente* en manos de los Soviets de diputados obreros, soldados, etc.

Es absolutamente evidente que *aun* desde el punto de vista de los partidarios de un acuerdo con el Gobierno Provisional, nuestra propaganda no puede calificarse de “no menos nociva que cualquier otra propaganda contrarrevolucionaria de derecha”, ¡Pues los partidarios de un acuerdo se apoyan ahora en la mayoría del pueblo! ¿Cómo pueden entonces decir que nuestra propaganda, destinada a *convencer* a la mayoría de que tome todo el poder, “es tan nociva como la de derecha”?

Eso es una, incongruencia manifiesta.

Es dudoso que el Soviet de diputados soldados pueda defender durante mucho tiempo esa opinión de su Comisión Ejecutiva.

Prosigamos.

¿Cuáles son, en esencia, nuestras divergencias?

Disentimos principalmente en tres puntos:

(1) Sobre la tierra. Nosotros somos partidarios de que los campesinos, por decisión de su propia mayoría en cada localidad, se adueñen inmediatamente de *toda* la tierra, aumentando así la producción de cereales y carne para los soldados.

El Gobierno Provisional está por un “acuerdo” de los campesinos con los terratenientes, es decir, un “acuerdo” de trescientos campesinos con un terrateniente.

El tiempo nos dirá si la mayoría del pueblo, en este punto, está con nosotros o con el Gobierno Provisional.

(2) Nosotros somos partidarios de una república en la que no haya, de abajo arriba, ni policía, ni ejército regular (en lugar de este

creemos que debe existir el armamento general de todo el pueblo), ni cuerpo de funcionarios prácticamente inamovible y con salarios altos, privilegiados, burgueses. Queremos que todos los funcionarios sean elegidos y puedan ser destituidos en cualquier momento, y que su remuneración se base en un salario proletario.

El Gobierno Provisional está por el restablecimiento de la policía de tipo tradicional, por el ejército regular y por el tipo habitual de funcionarios.

(3) El Gobierno Provisional está por la continuación de *la guerra* y por *el tipo* de guerra que comenzó Nicolás el Sanguinario. El Gobierno Provisional está por la ratificación de los expoliadores tratados secretos concertados por el zar, y esto *sin consultar la voluntad del pueblo* y sin hacerlos públicos siquiera.

Nosotros estamos contra tal guerra, contra la ratificación de los tratados, contra su no publicación.

Nosotros aconsejamos a los pueblos, a todos los pueblos sin excepción, que pongan término a la guerra concertando no una paz impuesta, sino una paz verdaderamente democrática que otorgue la libertad a todos los pueblos y a todas las naciones sin excepción. Queremos demostrar al pueblo que para poner fin a la guerra mediante una paz que, realmente, no sea una paz impuesta es necesario que el poder del Estado pase por entero y exclusivamente a los Soviets de diputados obreros y soldados.

Mientras los capitalistas y terratenientes (Guchkov, Lvov y Miliukov) estén en el poder, la guerra será conducida por los capitalistas, todas las promesas de una paz sin anexiones serán meras promesas, la desconfianza de las masas obreras del mundo hacia el gobierno de los capitalistas es inevitable; esto significa que la guerra se prolongará.

Pregunta: ¿qué hacer si en Rusia el poder pasa a los Soviets de diputados obreros y soldados, pero en Alemania *no* tiene lugar una revolución que derrumbe no solo a Guillermo II, *sino también a los Guchkov y*

Miliukov alemanes (ya que, si el Nicolás II alemán es reemplazado por los Guchkov y Miliukov alemanes, no habrá ningún cambio en cuanto a la guerra)?

Nuestra respuesta: el poder en manos de los Soviets de diputados obreros y soldados será el poder de la mayoría del pueblo, y esta mayoría está formada por los obreros y los campesinos pobres. Ellos *realmente* no están interesados en las anexiones; renunciarán a ellas no de palabra, sino *de hecho* y dejarán de hecho de ser guardianes de los beneficios de los capitalistas.

En tales condiciones, *también nosotros consentiríamos* en una guerra revolucionaria contra los capitalistas de cualquier país, pues sería en realidad una guerra contra los intereses del capital, cualquiera que este sea, y no por los intereses de los capitalistas de tal o cual país.

Pregunta: ¿cómo acelerar en la práctica, inmediatamente y ahora mismo, la causa de la paz si es imposible poner fin a la guerra simplemente clavando la bayoneta en el suelo?

Nuestra respuesta: no se puede poner fin a la guerra por el simple recurso de clavar la bayoneta en el suelo ni, en general, por el retiro unilateral de uno de los países beligerantes. Solo hay y puede haber (fuera de la victoria de la revolución obrera sobre los capitalistas) un medio práctico, inmediato para acelerar la paz, a saber: la confraternización de los soldados en el frente.

Debemos alentar inmediatamente, del modo más enérgico, con todos los medios a nuestra disposición y sin reservas, la confraternización en el frente de los soldados de *ambos* grupos beligerantes.

Esta confraternización ha comenzado. Alentémosla.

Tales son nuestros puntos de vista. Estamos firmemente convencidos de que la mayoría del pueblo *no* los calificará de “no menos nocivos que cualquier otra propaganda contrarrevolucionaria de derecha”.

“Pravda”, núm. 35, 1º de mayo (18 de abril) de 1917.

Firmado: N. Lenin.

Se publica según el texto del periódico “Pravda”.

Mandato a los diputados a elegir por las fábricas y los regimientos para el soviet de diputados obreros y soldadosⁱ

(1) Nuestro diputado debe ser un adversario incondicional de la guerra actual, imperialista, de rapiña. Esta guerra la hacen los capitalistas de todos los países –Rusia, Alemania, Inglaterra, etc.– en aras de sus beneficios y para estrangular a los pueblos débiles.

(2) Mientras esté al frente del pueblo ruso un gobierno los capitalistas, ¡ningún apoyo, ni un solo kopek para ese gobierno, que hace una guerra de conquista.

(3) Nuestro diputado debe abogar por la inmediata publicación de los rapaces tratados secretos (sobre la estrangulación de Persia, el reparto de Turquía, de Austria, y otros concertados por el ex zar Nicolás con los capitalistas de Inglaterra, Francia, etc.

(4) Nuestro diputado debe abogar por la inmediata anulación de todos esos tratados. El pueblo ruso, los obreros y los campesinos, no quieren oprimir ni oprimirán a ningún pueblo; no quieren retener ni retendrán

por la fuerza dentro de las fronteras de Rusia a ningún pueblo no ruso (no gran ruso). ¡Libertad para todos los pueblos, alianza fraternal de los obreros y campesinos de todas las nacionalidades!

(5) Nuestro diputado debe abogar por que el gobierno ruso proponga inmediata e incondicionalmente, sin la menor reserva ni la más leve demora, abiertamente, la paz *a todos* los países beligerantes, sobre la base de la emancipación *de todas* las naciones oprimidas o privadas de plenitud de derechos, *sin ninguna excepción*.

Esto significa que los rusos no retendrán por la fuerza ni a Polonia, ni a Curlandia, ni a Ucrania, ni a Finlandia, ni a Armenia, a ningún pueblo. Los rusos proponen a todos los pueblos una alianza fraternal y la formación de un Estado común a base de un acuerdo voluntario con cada pueblo en particular, pero en modo alguno por medio de la violencia, directa o indirecta. Los rusos se comprometen, según esas condiciones de paz, a retirar inmediatamente sus tropas de Galitzia, Armenia y Persia, concediendo a esos pueblos

y *a todos* en general, sin exclusión alguna, plena libertad para decidir si desean constituirse en Estado aparte o federarse con otra nación cualquiera.

Según esas condiciones de paz, Alemania deberá renunciar no solo *a todos* los territorios de que se ha apoderado desde que comenzó la guerra, sin excepción, sino también a todos los pueblos que retiene por la fuerza dentro de sus fronteras: al danés (provincias septentrionales de Schleswig), al francés (una parte de Alsacia-Lorena), al polaco (Poznan), etc. Alemania deberá obligarse a retirar inmediatamente sus tropas, al mismo tiempo que Rusia, de todos los territorios ocupados por ella y de cuantas regiones quedan enumeradas, concediendo a todos los pueblos plena libertad para decidir por votación de sus habitantes si desean constituirse en Estado aparte o federarse con *cualquier* otro Estado. Alemania deberá renunciar incondicionalmente y sin reservas a todas sus colonias, pues las colonias son también pueblos oprimidos.

Según estas condiciones de paz, Inglaterra deberá renunciar, inmediata e incondicional-

mente, no solo a todos los territorios extranjeros conquistados por ella durante la guerra (colonias alemanas de África, etc., territorios turcos, Mesopotamia, etc.), sino también *a todas sus colonias*. Inglaterra deberá, lo mismo que Rusia y Alemania, retirar inmediatamente sus tropas de todos los territorios ocupados por ella, de todas sus colonias y de Irlanda, concediendo a cada pueblo plena libertad para decidir por votación si desea constituirse en Estado aparte o federarse con cualquier otro Estado.

Y así sucesivamente; deberá proponerse a todos los países beligerantes, sin excepción, que firmen inmediatamente la paz en estas condiciones concretas y precisas. Los capitalistas *de todos* los países no deben seguir engañando por más tiempo al pueblo, prometiéndole de palabra una “paz sin anexiones” (es decir, sin conquistas), mientras que, en realidad, se aferran a sus *propias* anexiones y continúan la guerra para arrebatar al adversario las “*suyas*”.

(6) Nuestro diputado no debe prestar ningún apoyo, ni votar por ningún empréstito ni dar un

solo kopek del dinero del pueblo *a ningún* gobierno que no se comprometa solemnemente a proponer en el acto a todos los pueblos esas condiciones de paz inmediata y no publique esa propuesta, en un plazo de *dos días*, para que llegue a conocimientos de todos.

(7) ... * *Aquí el manuscrito se interrumpe. -Ed.*

Escrito antes del 7(20) de mayo de 1917.

Publicado por vez; primera vez 1925 en la Recopilación Leninista IV.

Se publica según el manuscrito.

Notas al final - Mandato a los diputados a elegir por las fábricas y los regimientos para el soviét de diputados obreros y soldados

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i El Mandato a los diputados a elegir por las fábricas y los regimientos para el Soviet de Diputados Obreros y Soldados sirvió de base para el Proyecto de mandato en las elecciones de delegados al Soviet de Diputados Obreros y Soldados, publicado en *Pravda* el 7 (20) de mayo de 1917. El Proyecto de mandato fue la plataforma del Partido Bolchevique en la campaña de las nuevas elecciones a los Soviets.

Acerca de las ilusiones constitucionalistasⁱ

Se denomina ilusiones constitucionalistas al error político que consiste en tomar por existente, normal, jurídico, reglamentado y legal, en una palabra, “constitucional”, un régimen que en realidad no existe. Podría parecer a simple vista que, en la Rusia de hoy, en julio de 1917, cuando no se ha redactado todavía ninguna Constitución, no puede hablarse siquiera del surgimiento de ilusiones constitucionalistas. Pero eso sería un profundo error. En realidad, la clave de toda la situación política actual en Rusia reside en que masas extraordinariamente vastas de la población están impregnadas de ilusiones constitucionalistas. Sin comprender esto es imposible comprender absolutamente nada de la presente situación política de Rusia. Sin colocar en primer plano el desenmascaramiento sistemático e implacable de las ilusiones constitucionalistas, sin poner al desnudo sus raíces y sin restablecer la perspectiva política justa, es imposible por completo dar un solo paso

hacia el planteamiento acertado de las tareas tácticas en la Rusia de nuestros días.

Tomemos tres opiniones, las más típicas de las ilusiones constitucionalistas actuales, y analicémoslas con la mayor atención.

Primera opinión: nuestro país se halla en vísperas de la Asamblea Constituyente; por eso, cuanto ocurre ahora tiene un carácter temporal, transitorio, no muy esencial ni decisivo; pronto será revisado todo y establecido de manera definitiva por la Asamblea Constituyente. Segunda opinión: ciertos partidos –por ejemplo, los eseristas o los mencheviques, o la alianza de ambos– tienen una mayoría evidente e indudable en el pueblo o en las instituciones “más influyentes”, como los Soviets; por eso, la voluntad de dichos partidos e instituciones, como en general la voluntad de la mayoría del pueblo, no puede ser eludida –o, con mayor motivo, violada– en la Rusia republicana, democrática y revolucionaria. Tercera opinión: *cierta medida*, por ejemplo, la suspensión del periódico *Pravda*, no ha sido legalizada ni por el Gobierno Provisional ni por los Soviets; por

eso, no es más que un episodio, un fenómeno casual, y no puede ser considerada en modo alguno como algo decisivo.

Pasemos a analizar cada una de estas opiniones.

I

La convocación de la Asamblea Constituyente fue prometida ya por el primer Gobierno Provisional. Dicho gobierno reconoció que su tarea principal consistía en llevar el país a la Asamblea Constituyente. El segundo Gobierno Provisional fijó la fecha del 30 de septiembre para convocarla. El tercer Gobierno Provisional, después del 4 de julio, confirmó solemnemente esta fecha.

Entretanto, existen 99 posibilidades de 100 de que la Asamblea Constituyente no sea convocada para esa fecha. Y si es convocada en ese plazo, existen también 99 posibilidades de 100 de que sea tan impotente e inútil como la primera Dumaⁱⁱ mientras no triunfe en Rusia una segunda revolución. Para convencerse de ello basta con abstraerse, aunque

solo sea por un minuto, del actual estrépito de frases, promesas y minucias del día, que embota el cerebro, y echar una mirada a lo fundamental, a lo que determina todo en la vida de la sociedad: la lucha de clases.

Está claro que la burguesía se ha fundido en Rusia con los terratenientes del modo más estrecho. Así lo demuestran toda la prensa, todas las elecciones, toda la política del Partido Demócrata Constitucionalista y de los partidos que se encuentran a su derecha y todos los discursos pronunciados en “congresos” por personas “interesadas”. La burguesía comprende perfectamente lo que no comprenden los charlatanes pequeñoburgueses eseristas y mencheviques de “izquierda”: que *es imposible* abolir la propiedad privada de la tierra en Rusia, y además sin rescate, sin efectuar una gigantesca revolución económica, sin someter los bancos al control de todo el pueblo, sin nacionalizar los consorcios, sin adoptar las más implacables medidas revolucionarias contra el capital. La burguesía comprende muy bien todo eso. Y, al mismo tiempo, no puede dejar de saber,

ver y percibir que la inmensa mayoría de los campesinos de Rusia no solo apoyarán ahora la confiscación de las tierras de los terratenientes, sino que se encontrarán más a la izquierda que Chernov. Porque la burguesía conoce mejor que nosotros cuántas pequeñas concesiones parciales le ha hecho Chernov, aunque solo sea desde el 6 de mayo hasta el 2 de julio, en los problemas relacionados con la demora y el cercenamiento de diversas reivindicaciones campesinas y cuánto trabajo les costó a los eseristas *de derecha* (¡pues Chernov es considerado “centro” por los eseristas!) “tranquilizar” a los campesinos y hacerlos falsas promesas en el Congreso campesinoⁱⁱⁱ y en el Comité Ejecutivo del Soviet de diputados campesinos de toda Rusia.

La burguesía se diferencia de la pequeña burguesía en que ha sabido deducir de su experiencia económica y política la comprensión de las condiciones necesarias para mantener “el orden” (es decir, el sojuzgamiento de las masas) en el régimen capitalista. Los burgueses son hombres prácticos,

hombres que hacen negocios comerciales a gran escala y que están acostumbrados a abordar también los problemas políticos de una manera rigurosamente práctica, desconfiando de las palabras y sabiendo tomar al toro por las astas.

En la Rusia de hoy, la Asamblea Constituyente dará la mayoría a los campesinos más izquierdistas que los eseristas. La burguesía lo sabe. Y sabiéndolo, no puede dejar de luchar con la mayor decisión contra la rápida convocación de la Asamblea Constituyente. Proseguir la guerra imperialista en el espíritu de los tratados secretos firmados por Nicolás II y defender la propiedad agraria terrateniente o el pago de un rescate sería imposible o increíblemente difícil *con* una Asamblea Constituyente. La guerra no espera. La lucha de clases no espera. Incluso el breve período comprendido entre el 28 de febrero y el 21 de abril lo mostró claramente.

Desde el comienzo mismo de la revolución se perfilaron dos opiniones acerca de la Asamblea Constituyente. Los eseristas y los mencheviques, impregnados hasta la médula

de ilusiones constitucionalistas, enfocaban la cuestión con la credulidad del pequeño burgués que no quiere oír hablar de la lucha de clases: ¡la Asamblea Constituyente ha sido proclamada, habrá Asamblea Constituyente, y basta! ¡Todo lo demás es obra del demonio! Pero los bolcheviques decíamos: la convocación de la Asamblea Constituyente y su éxito estarán asegurados solo en la medida en que se consoliden la fuerza y el Poder de los Soviets. Los mencheviques y los eseristas trasladaban el centro de gravedad al acto jurídico: proclamación, promesa y declaración de la convocación de la Asamblea Constituyente. Los bolcheviques trasladábamos el centro de gravedad a la lucha de clases: si triunfan los Soviets, la Asamblea Constituyente “estará asegurada”; si no triunfan, no estará asegurada.

Y así ha ocurrido. La burguesía ha sostenido constantemente una lucha, ya solapada, ya franca, pero incesante y tenaz, contra la convocación de la Asamblea Constituyente. Esta lucha se ha manifestado en el deseo de diferirla hasta el fin de la guerra. Esta lucha

se ha manifestado en una serie de demoras en la fijación de la fecha de convocación de la Asamblea Constituyente. Cuando finalmente, después del 18 de junio, es decir, al mes y pico de formarse el ministerio de coalición, se fijó esa fecha, un periódico burgués de Moscú declaró que se había hecho eso bajo la influencia de la agitación bolchevique. *Pravda* ha reproducido una cita textual de dicho periódico.

Después del 4 de julio, cuando el servilismo y el acoquinamiento de los eseristas y los mencheviques dieron “la victoria” a la contrarrevolución, en *Rech* se deslizó una expresión breve, pero original en grado sumo: ¡¡la convocación de la Asamblea Constituyente “es imposiblemente rápida”!! Y el 16 de julio aparece en *Volia Naroda*^{iv} y en *Rússkaya Volia*^v un suelto, en el que se dice que los demócratas constitucionalistas exigen que se aplase la convocación de la Asamblea Constituyente con el pretexto de que “es imposible” convocarla en un plazo tan “corto”; y el menchevique Tsereteli, lacayo de la contrarrevolución, ¡acepta ya, según ese suelto, el

aplazamiento hasta el 20 de noviembre!

Es indudable que un suelto de tal naturaleza ha podido deslizarse únicamente en contra de la voluntad de la burguesía, a la que no le convienen semejantes “desenmascaramientos”. Pero agujas en un costal no se pueden disimular. La contrarrevolución, desbocada después del 4 de julio, se ha ido de la lengua. La primera toma del poder por la burguesía contrarrevolucionaria después del 4 de julio va acompañada inmediatamente de un paso (y un paso muy serio) *contra* la convocación de la Asamblea Constituyente.

Eso es un hecho. Y este hecho revela toda la vacuidad de las ilusiones constitucionalistas. Sin una nueva revolución en Rusia, sin derrocar el poder de la burguesía contrarrevolucionaria (de los demócratas constitucionalistas, en primer término), sin conseguir que el pueblo deniegue su confianza a los partidos eserista y menchevique, a los partidos de la conciliación con la burguesía, la Asamblea Constituyente no será convocada en general o será un “parlatorio de Francfort”^{vi}, una reunión estéril e inútil de peque-

ños burgueses, terriblemente asustados por la guerra y por la perspectiva de que la burguesía declare el “boicot al poder” y que se agitan impotentes entre los esfuerzos por gobernar sin la burguesía y el temor a pasarse sin ella.

El problema de la Asamblea Constituyente está *subordinado* al desarrollo y el desenlace de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado. Recuerdo que a *Rabóchaya Gazeta* se le escapó un día que la Asamblea Constituyente sería una Convención. Es una muestra de la fanfarronería huera, mezquina y despreciable de nuestros lacayos mencheviques de la burguesía contrarrevolucionaria. Para que no sea un “parlatorio de Francfort” o una I Duma, para que sea una Convención, es preciso tener la audacia, la capacidad y la fuerza necesarias para asestar golpes implacables a la contrarrevolución, y no ponerse de acuerdo con ella. Para eso es preciso que el poder se halle en manos de la clase más avanzada, más decidida y más revolucionaria de nuestra época. Para eso es preciso que esta clase sea apoyada

por toda la masa de pobres de la ciudad y del campo (los semiproletarios). Para eso es preciso ajustar las cuentas implacablemente a la burguesía contrarrevolucionaria, es decir, a los demócratas constitucionalistas y, en primer lugar, a los altos mandos del ejército. Tales son las condiciones reales, de clase, materiales para la Convención. Basta con enumerar estas condiciones de un modo preciso y concreto para comprender cuán ridícula es la jactancia de *Rabóchaya Gazeta*, cuán infinitamente estúpidas son las ilusiones constitucionalistas de los eseristas y los mencheviques acerca de la Asamblea Constituyente en la Rusia actual.

II

Al fustigar a los “socialdemócratas” pequeñoburgueses de 1848, Marx estigmatizó con singular dureza su desenfrenada vanilocuencia sobre “el pueblo” y la mayoría del pueblo en general^{vii}. Es oportuno recordar precisamente esto al examinar la segunda opinión, al analizar las ilusiones constitucionalistas respecto a “la mayoría”.

Para que la mayoría decida de verdad en el Estado son necesarias ciertas condiciones reales. A saber: hay que establecer firmemente un régimen estatal, un poder del Estado que dé la posibilidad de resolver los asuntos como quiera la mayoría y asegure la transformación de esta posibilidad en realidad. Esto, por una parte. Por otra, es indispensable que dicha mayoría *pueda*, tanto por su composición de clase como por la correlación de unas u otras clases dentro de ella (y fuera de ella), gobernar en buena armonía y con éxito la nave del Estado. Está claro para todo marxista que estas dos condiciones reales desempeñan un papel decisivo en el problema de la mayoría del pueblo y en la gestión de los asuntos del Estado de acuerdo con la voluntad de esa mayoría. Sin embargo, todas las publicaciones políticas de los eseristas y de los mencheviques, y más aún su conducta política, ponen de manifiesto la más absoluta incomprensión de estas condiciones.

Si el poder político en un Estado se encuentra en manos de una clase cuyos intereses coinciden con los de la mayoría, entonces

es posible gobernar el Estado verdaderamente de acuerdo con la voluntad de la mayoría. Pero si el poder político se encuentra en manos de una clase cuyos intereses divergen de los de la mayoría, entonces toda gobernación de acuerdo con el criterio de la mayoría se transforma inevitablemente en un engaño o en el aplastamiento de esa mayoría. Cualquier república burguesa nos ofrece centenares y miles de ejemplos de ello. En Rusia, la burguesía domina económica y políticamente. Sus intereses, sobre todo durante la guerra imperialista, divergen del modo más brusco de los intereses de la mayoría. Por eso, desde un punto de vista materialista, marxista, y no jurídico formal, el quid de la cuestión está en denunciar esa divergencia, en luchar contra el engaño de las masas por la burguesía.

Nuestros eseristas y mencheviques, al contrario, han demostrado y probado plenamente su verdadero papel como instrumentos de la burguesía para engañar a las masas (a “la mayoría”), como vehículos y cómplices de ese engaño. Por sinceros que sean algunos eseristas y mencheviques, sus ideas políticas

fundamentales –la creencia de que se puede salir de la guerra imperialista y conseguir “una paz sin anexiones ni contribuciones” sin la dictadura del proletariado y sin la victoria del socialismo; de que se puede lograr el paso de la tierra a manos del pueblo sin rescate e implantar “el control” sobre la producción en interés del pueblo sin esa misma condición–, estas ideas políticas (y económicas, claro está) fundamentales de los eseristas y mencheviques no son otra cosa, objetivamente, que un autoengaño pequeño-burgués o, lo que es lo mismo, un engaño de las masas (de “la mayoría”) por la burguesía.

He aquí nuestra “enmienda” primera y principal al planteamiento del problema de la mayoría por los demócratas pequeñoburgueses, por los socialistas a lo Louis Blanc, por los eseristas y mencheviques: ¿qué valor tiene, en la práctica, “la mayoría” cuando es de por sí solo un hecho formal, mientras que materialmente, en realidad, esa mayoría es la mayoría de los partidos que llevan a la práctica el engaño de esa mayoría por la burguesía?

Como es natural –y llegamos así a la segunda “enmienda”, a la segunda de las condiciones fundamentales mencionadas más arriba–, como es natural, ese engaño puede ser comprendido justamente solo en el caso de que se pongan en claro sus raíces de clase y su significado de clase. No se trata de un engaño personal, de una “fullería” (hablando vulgarmente); se trata de una idea ilusoria, que dimana de la situación económica de una clase. El pequeñoburgués se encuentra en una situación económica tal y sus condiciones de vida son tales que no puede dejar de engañarse y se inclina, involuntaria e inevitablemente, unas veces hacia la burguesía y otras hacia el proletariado. *No puede económicamente tener una “línea” independiente.*

Su pasado lo impulsa hacia la burguesía; su futuro, hacia el proletariado. Su juicio se inclina hacia este último; su prejuicio (según la conocida expresión de Marx), hacia la primera^{viii}. Para que la mayoría del pueblo pueda ser una auténtica mayoría en la gobernación del Estado, para que pueda servir de verdad los intereses de la mayoría, para que

proteja de verdad sus derechos, etc., hace falta una determinada condición de clase. Esa condición consiste en que la mayoría de la pequeña burguesía se una al proletariado revolucionario, por lo menos en el momento decisivo y en el lugar decisivo.

Sin eso, la mayoría será una ficción, que podrá mantenerse durante algún tiempo, brillar, resplandecer, meter ruido y cosechar laureles, pero que, no obstante, está condenada al fracaso de una manera absoluta e inevitable. Dicho sea de pasada, en eso consiste precisamente la bancarrota, revelada en la revolución rusa en julio de 1917, de la mayoría con que contaban los eseristas y mencheviques.

Prosigamos. La revolución se diferencia de una situación “corriente” en el Estado precisamente en que los problemas litigiosos de la vida pública son resueltos de un modo directo por la lucha de clases y por la lucha de las masas, comprendida su lucha armada. Y no puede ocurrir de otro modo, por cuanto las masas son libres y están armadas. De este hecho fundamental se deduce que en

tiempos de revolución no basta con poner en claro “la voluntad de la mayoría”; no, hay que *ser más fuerte* en el momento decisivo y en el lugar decisivo, hay que *vencer*. Desde “la guerra campesina” de la Edad Media en Alemania hasta los grandes movimientos y épocas revolucionarios –incluidos los años de 1848, 1871 y 1905– vemos innumerables ejemplos de minorías que, más organizadas, más conscientes y mejor armadas, impusieron su voluntad a la mayoría y la vencieron.

Federico Engels recalca especialmente una enseñanza de la experiencia que une hasta cierto punto la insurrección campesina del siglo XVI y la revolución de 1848 en Alemania: la dispersión de las acciones y la falta de centralización de las masas oprimidas derivada de su situación pequeñoburguesa en la vida^{ix}. Y enfocando el problema desde este lado, llegamos a la misma conclusión: la simple mayoría de las masas pequeñoburguesas no decide ni puede decidir nada, pues *solo* la dirección de la burguesía o del proletariado puede proporcionar a los millones de pequeños propietarios rurales desperdigados

organización, conciencia política de las acciones y centralización de éstas (imprescindible para vencer).

En fin de cuentas, los problemas de la vida social los resuelve, como se sabe, la lucha de clases en su forma más enconada, más violenta: en forma de guerra civil. Y en esta guerra, como en toda guerra, decide —hecho también conocido y que nadie impugna en principio— la economía. Es elocuente y significativo en extremo que tanto los eseristas como los mencheviques, sin negar eso “en principio” y comprendiendo muy bien el carácter capitalista de la Rusia actual, no se atrevan a mirar serenamente la verdad cara a cara. Temen reconocer la verdad de que todo país capitalista, incluida Rusia, está dividido fundamentalmente en tres fuerzas principales, cardinales: la burguesía, la pequeña burguesía y el proletariado. De la primera y la tercera habla todo el mundo, las reconoce todo el mundo. Pero no se quiere justipreciar serenamente la segunda —¡es decir, precisamente *la mayoría* numérica!— ni desde el punto de vista económico, ni desde el político, ni desde el militar.

La verdad amarga: a esto se reduce el temor de los eseristas y mencheviques a la autognosia.

III

Cuando comenzamos este artículo, la suspensión de *Pravda* era solo un hecho “fortuito”, no refrendado aún por el poder del Estado. Ahora, después del 16 de julio, este poder ha clausurado formalmente *Pravda*.

Esta medida, si se la enfoca históricamente, en conjunto, en todo el proceso de su preparación y realización, ilumina magníficamente con viva luz “la esencia de la Constitución” en Rusia y el peligro de las ilusiones constitucionalistas.

Es sabido que el Partido Demócrata Constitucionalista, con Miliukov y el periódico *Rech* al frente, viene exigiendo ya a partir de abril que se adopten medidas represivas contra los bolcheviques. En las formas más diversas, desde los artículos “oficiales” de *Rech* hasta los reiterados gritos de Miliukov: “detener” (a Lenin y a otros bolcheviques), esta exigencia de medidas represivas ha sido

una de las partes principales, si no la más importante, del programa político de los demócratas constitucionalistas en la revolución.

Mucho antes de la vil y calumniosa acusación, inventada y fabricada por Aléxinski y Cía. en junio y julio, de que los bolcheviques éramos espías alemanes o habíamos recibido dinero de Alemania; mucho antes de la acusación, igualmente calumniosa y en contradicción con hechos notorios y documentos publicados, de “insurrección armada” o de “motín”; mucho antes de todo eso, el Partido Demócrata Constitucionalista empezó a exigir de manera sistemática, firme e incesante medidas represivas contra los bolcheviques. Si esa exigencia ha sido satisfecha ahora ¿qué opinión se puede tener de la honestidad o la perspicacia de quienes olvidan o aparentan olvidar el verdadero origen de clase y de partido de tal exigencia? ¿Cómo no calificar de burdísima falsificación o de increíble estupidez política los esfuerzos que hacen ahora los eseristas y mencheviques por aparentar que creen en el “motivo” “fortuito” o “aislado” surgido el 4 de julio de las medidas

represivas contra los bolcheviques? ¡Porque el falseamiento de las verdades históricas indiscutibles tiene también límites!

Es suficiente comparar el movimiento del 20 y 21 de abril con el movimiento del 3 y 4 de julio para convencerse en el acto de que tienen un carácter similar: estallido espontáneo del descontento, la impaciencia y la indignación de las masas; disparos provocadores desde la derecha; muertos en la Avenida Nevski; aullidos calumniosos de la burguesía, especialmente de los demócratas constitucionalistas, acerca de que “los leninistas abrieron fuego en la Nevski”; irritación extrema y exacerbación de la lucha entre la masa proletaria y la burguesía; desconcierto completo de los partidos pequeño-burgueses, de los eseristas y mencheviques; vacilaciones de proporciones gigantescas en su política y, en general, ante el problema del poder del Estado. Todos estos hechos objetivos caracterizan ambos movimientos. Y las jornadas del 9, 10 y 18 de junio nos muestran, en otra forma, un cuadro de clase absolutamente igual.

El curso de los acontecimientos está clarísimo: crecimiento cada día mayor del descontento, la impaciencia y la indignación de las masas; exacerbación cada día mayor de la lucha entre el proletariado y la burguesía, sobre todo por conquistar la influencia entre las masas pequeñoburguesas. Y en relación con ello, dos importantísimos acontecimientos históricos que prepararon la dependencia de los eseristas y mencheviques respecto de los demócratas constitucionalistas contrarrevolucionarios. Estos acontecimientos son: primero, la formación del ministerio de coalición el 6 de mayo, en el que los eseristas y mencheviques resultaron ser fámulos de la burguesía, enredándose cada día más en confabulaciones y acuerdos con ella, en miles de “servicios” prestados a ella y en el aplazamiento de las medidas revolucionarias más indispensables; y después, la ofensiva en el frente. La ofensiva significaba inevitablemente la reanudación de la guerra imperialista, un aumento gigantesco de la influencia, el peso y el papel de la burguesía imperialista, una amplísima difusión del chovinismo

entre las masas y, por último –*last but not least* (último en orden, pero no en importancia)–, la entrega del poder, primero militar, y después estatal en general, a los altos mandos contrarrevolucionarios del ejército.

Tal es el curso de los acontecimientos históricos que ha profundizado y enconado las contradicciones de clase desde el 20 y 21 de abril hasta el 3 y 4 de julio y que ha permitido a la burguesía contrarrevolucionaria realizar, después del 4 de julio, lo que el 20 y 21 de abril se había perfilado con la mayor claridad como su programa y su táctica, como su objetivo inmediato y sus medios “limpitos” que deben conducir al fin propuesto.

Nada hay más baladí desde el punto de vista histórico, nada hay más mezquino en la teoría ni más ridículo en la práctica que los gimoteos pequeñoburgueses con motivo del 4 de julio (que repite, por cierto, L. Már-tov) acerca de que los bolcheviques “se las ingenieron” para derrotarse a sí mismos, de que esa derrota es resultado de su “aventurerismo”, etc., etc. Todos esos gemidos, todas esas consideraciones acerca de que “no

se debía” haber participado (¡en la tentativa de dar un carácter “pacífico y organizado” al descontento y la indignación archilegítimos de las masas!!), o son una apostasía, si provienen de bolcheviques, o son una manifestación habitual de la pusilanimidad y el embrollo habituales del pequeño burgués. La realidad es que el movimiento del 3 y 4 de julio nació del movimiento del 20 y 21 de abril, y después de él, tan ineluctablemente como el verano sigue a la primavera. Era un deber ineludible del partido proletario permanecer al lado de las masas, esforzarse por dar un carácter lo más pacífico y organizado posible a sus justas acciones, no hacerse a un lado ni lavarse las manos como Pilatos, basándose en el pedantesco argumento de que las masas no estaban organizadas hasta el último hombre y de que en su movimiento suele haber excesos (¡como si no hubiera habido excesos el 20 y 21 de abril!, ¡como si en la historia hubiera habido un solo movimiento serio sin excesos!).

Y la derrota de los bolcheviques después del 4 de julio dimanó de modo inevitable,

desde el punto de vista histórico, de todo el desarrollo precedente de los acontecimientos precisamente, porque las masas pequeñoburguesas y sus líderes –los eseristas y los mencheviques– el 20 y 21 de abril no estaban atados todavía por la ofensiva, no se habían enredado aún en el “ministerio de coalición” en mezquinas componendas con la burguesía, mientras que para el 4 de julio se habían atado y enredado ya tanto que no podían dejar de caer en la colaboración (en las medidas represivas, en las calumnias y en el terror sanguinario) con los demócratas constitucionalistas contrarrevolucionarios. Los eseristas y los mencheviques cayeron definitivamente el 4 de julio en el albañal de la contrarrevolución porque rodaron hacia él de modo consecuente en mayo y junio, en el ministerio de coalición y en la aprobación de la política de ofensiva:

En apariencia nos hemos desviado un tanto de nuestro tema, la clausura de *Pravda*, a la apreciación histórica del 4 de julio. Pero es solo en apariencia, porque es imposible comprender lo uno sin lo otro. Hemos visto

que la clausura de *Pravda*, las detenciones de bolcheviques y demás formas de persecución contra ellos no son otra cosa –si se analizan la esencia del asunto y el nexo de los acontecimientos– que el cumplimiento del viejo programa de la contrarrevolución y, en particular, de los demócratas constitucionalistas.

Será instructivo en extremo examinar ahora *quién* precisamente ha cumplido este programa y con qué métodos.

Veamos los hechos. El 2 y 3 de julio, el movimiento crece, las masas hierven de indignación ante la inactividad del gobierno, la carestía, la ruina y la ofensiva. Los demócratas constitucionalistas se retiran jugando al “ganapierde”; presentan un ultimátum a los eseristas y mencheviques, atados al poder, pero carentes de poder, y les dejan que expíen la derrota y la indignación de las masas.

Los días 2 y 3, los bolcheviques contienen a las masas para que no se lancen a la acción. Esto lo ha reconocido *incluso* un testigo de *Delo Naroda* al relatar lo ocurrido el 2 de julio en el regimiento de granaderos. En la tar-

de del 3 de julio, el movimiento se desborda y los bolcheviques redactan un llamamiento, en el que señalan la necesidad de darle un carácter “pacífico y organizado”. El 4 de julio, los disparos provocadores desde la derecha aumentan el número de víctimas del tiroteo en ambas partes. Es preciso subrayar que la promesa del Comité Ejecutivo de investigar los sucesos, publicar boletines dos veces al día, etc., etc., ¡no fue más que una vana promesa! Los eseristas y los mencheviques no hicieron absolutamente nada, ¡¡ni siquiera publicaron la lista completa de los muertos de ambas partes!!

El 4 de julio, por la noche, los bolcheviques redactan un llamamiento, en el que se exhorta a cesar las acciones, y *Pravda* lo publica esa misma noche. Pero esa misma noche empieza, en primer lugar, la llegada de tropas contrarrevolucionarias a Petrogrado (al parecer, llamadas o traídas con el consentimiento de los eseristas y mencheviques, de sus Soviets; por cierto, y como es natural, ¡se guarda hasta ahora el mayor y más riguroso silencio sobre este punto “delicado”, aun después de haber

pasado la más mínima necesidad de mantener el secreto!). En segundo lugar, esa misma noche comienzan los pogromos contra los bolcheviques, realizados por destacamentos de cadetes, etc., que actúan evidentemente por orden de Pólovtssev, comandante en jefe de las tropas, y del Estado Mayor General. En la noche del 4 al 5 es asaltada la Redacción de *Pravda*, el 5 y el 6 es asaltada su imprenta, *Trud*; se asesina en pleno día al obrero Vóinov por sacar de dicha imprenta ejemplares de *Listok Pravdi*; se efectúan registros y detenciones de bolcheviques y se desarma a los regimientos revolucionarios.

¿Quién comenzó todo eso? No fueron ni el gobierno ni el Soviet, sino la pandilla militar contrarrevolucionaria concentrada alrededor del Estado Mayor General, que actúa en nombre del “servicio de contraespionaje”, divulga las calumnias fabricadas por Perevérzev y Aléxinski para “atizar la ira” de las tropas, etc.

El gobierno está ausente. Los Soviets están ausentes; tiemblan por su propia suerte, reciben una serie de informaciones de que los cosacos pueden llegar y aniquilarlos. La

prensa ultrarreaccionaria y demócrata constitucionalista, que acosa a los bolcheviques, empieza a acosar también a los Soviets.

Los eseristas y los mencheviques se ataron de pies y manos con toda su política. Como hombres atados, llamaron (o toleraron que se llamase) a las tropas contrarrevolucionarias a Petrogrado. Y eso los ató más aún. Han rodado al fondo mismo del repugnante albañal contrarrevolucionario. Disuelven cobardemente su propia comisión, nombrada para investigar el “caso” de los bolcheviques. Entregan vilmente a los bolcheviques a merced de la contrarrevolución. Participan humilladamente en la manifestación con motivo del entierro de los cosacos muertos, besando así la mano a los contrarrevolucionarios.

Son hombres atados. Están en el fondo del albañal.

Van de un lado para otro: entregan una cartera a Kerensky, van a Canosa^x humillarse ante los demócratas constitucionalistas, organizan una “Dieta de los Zemstvos” o “coronación” del gobierno contrarrevolucionario en Moscú^{xi}. Kerensky destituye a Pólovtsev.

Pero este ajeteo no es más que ajeteo y no cambia en nada *la esencia de la cuestión*. Kerensky destituye a Pólovtsev y, al mismo tiempo, refrenda y legaliza *las medidas* de Pólovtsev y su política, suspende *Pravda*, implanta la pena de muerte para los soldados, prohíbe los mítines en el frente y prosigue las detenciones de bolcheviques (¡incluso de Kolontái!), de acuerdo con el programa de Aléxinski.

La “esencia de la Constitución” en Rusia se precisa con una claridad asombrosa: la ofensiva en el frente y la coalición con los demócratas constitucionalistas en la retaguardia arrojan a los eseristas y mencheviques al vertedero de la contrarrevolución. *De hecho*, el poder del Estado pasa a manos de la contrarrevolución, a manos de la pandilla militar. Kerensky y el gobierno de Tsereteli y Chernov *solo les sirven de pantalla* y se ven obligados a legalizar *a posteriori* sus medidas, sus pasos y su política.

El chalaneo de Kerensky, Tsereteli y Chernov con los demócratas constitucionalistas tiene una importancia secundaria, si no de

décimo orden. La esencia de la cuestión no cambiará por que en este chalaneo venzan los demócratas constitucionalistas o se sostengan aún “solos” Tsereteli y Chernov; el viraje de los eseristas y los mencheviques hacia la contrarrevolución (viraje obligado por toda su política desde el 6 de mayo) sigue siendo el factor fundamental, principal, decisivo.

El ciclo de desarrollo de los partidos ha terminado. Los eseristas y los mencheviques han rodado de un escalón a otro, de la expresión de “confianza” a Kerensky el 28 de febrero al 6 de mayo, que los ató a la contrarrevolución, y al 5 de julio, en que cayeron a fondo en ella.

Empieza un nuevo período. La victoria de la contrarrevolución ha hecho que las masas se desilusionen de los partidos eserista y menchevique y desbroza el camino que llevará a esas masas a una política de apoyo al proletariado revolucionario.

Escrito el 26 de julio (8 de agosto) de 1917.

Publicado el 4 y el 5 de agosto de 1917 en el periódico “Rabochi i Soldat” núms. 11 y 12.

Se publica según el manuscrito.

Notas al final - Acerca de las ilusiones constitucionalistas^{<?>}

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i El artículo Acerca de las ilusiones constitucionalistas apareció por primera vez en 1917 en el periódico Rabochi i Soldat. Con el fin de evitar que el Gobierno Provisional burgués clausurara el periódico, la Redacción introdujo modificaciones en el manuscrito para poder publicarlo. En la presente edición de las Obras de Lenin, el artículo se publica según el manuscrito.

ii La I Duma de Estado se convocó el 27 de abril (10 de mayo) de 1906. Más de un tercio de los 478 diputados elegidos fueron demócratas constitucionalistas. En la I Duma de Estado se hizo crítica con frecuencia a la política del gobierno zarista, principalmente respecto al problema agrario. Fue disuelta el 8 (21) de julio de 1906.

iii Se supone el *I Congreso de diputados campesinos de toda Rusia*, que se celebró del 4 al 28 de mayo (del 17 de mayo al 10 de junio) de 1917 en Petrogrado. Los organizadores principales del Congreso fueron los eseristas, que habían influido mucho en la elección de delegados en las localidades. Por su extracción social, la mayoría de los delegados pertenecía al campesinado rico; los pobres del campo estaban representados por los delegados del ejército.

En el orden del día figuraban los puntos siguientes: el Gobierno Provisional de coalición, el problema de los

alimentos, la guerra y la paz, el problema agrario y otros. Los bolcheviques libraron en el Congreso una lucha contra los eseristas, por ganar a las masas campesinas. Lenin seguía con gran atención las deliberaciones de ese foro campesino y dirigió inmediatamente la labor del grupo bolchevique.

El 7 (20) de mayo, Lenin envió una carta abierta a los delegados; el 22 de mayo (4 de junio) pronunció en el Congreso un discurso sobre el problema agrario y presentó, en nombre del grupo bolchevique, un proyecto de resolución que él mismo había escrito. En su carta a los delegados, su discurso y dicho proyecto de resolución propuso declarar la tierra propiedad de todo el pueblo y comenzar sin tardanza la entrega gratuita de la tierra de los terratenientes a los campesinos, sin esperar la convocatoria de la Asamblea Constituyente. La intervención de Lenin causó enorme impresión a los delegados campesinos.

Sin embargo, los líderes eseristas lograron imponer sus resoluciones al Congreso. Este aprobó la política del Gobierno Provisional burgués y la incorporación de los “socialistas” al mismo, se pronunció por la continuación de la guerra “hasta la victoria final” y por la ofensiva en el frente y aplazó la solución del problema agrario hasta la Asamblea Constituyente. Eligió un Comité Ejecutivo eserista del Soviet de diputados campesinos que aplicó una política conciliadora. Las resoluciones aprobadas expresaban los intereses de la burguesía rural, los kulaks.

Las intervenciones de Lenin, de los bolcheviques, en el Congreso fueron de enorme importancia para la educación política del campesinado. El discurso de Lenin sobre el

problema agrario, editado en folleto aparte con una gran tirada, tuvo amplia difusión en el campo y en el ejército, y desempeñó un relevante papel como medio de ganar a los campesinos trabajadores para la causa de los bolcheviques.

iv *Volia Naroda* (La Voluntad del Pueblo): diario oficial del ala derecha del partido eserista, que apareció en Petrogrado desde el 29 de abril de 1917 y fue clausurado en noviembre de 1917. Después se publicó también con otros títulos. Clausurado definitivamente en febrero de 1918.

v *Rússkaya Volia* (La Voluntad Rusa): diario fundado por A. D. Protopópov, ministro zarista del Interior, y subvencionado por los grandes bancos; apareció en Petrogrado desde diciembre de 1916. Después de la Revolución Democrática Burguesa de Febrero realizó una campaña de calumnias contra los bolcheviques. Clausurado por el Comité Militar Revolucionario el 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917.

vi Lenin se refiere al Parlamento de Francfort, Asamblea Nacional de toda Alemania, que fue convocada después de la revolución de marzo de 1848 en Alemania e inició sus deliberaciones en mayo del mismo año, en Francfort del Meno. El principal objetivo de la Asamblea era acabar con la dispersión política y preparar una Constitución para toda Alemania. Sin embargo, debido a la cobardía y las vacilaciones de la mayoría liberal, a las indecisiones e inconsecuencia del ala izquierda pequeñoburguesa, la Asamblea temió asumir el poder supremo y no supo adoptar una posición resuelta en

los problemas fundamentales de la revolución alemana de 1848-1849. No hizo nada para aliviar la situación de los obreros y campesinos, no respaldó al movimiento de liberación nacional de los polacos y de los checos y dio el visto bueno para la política de opresión que aplicaban Austria y Prusia respecto a los pueblos sojuzgados. Los delegados no se decidieron a movilizar al pueblo para rechazar la ofensiva contrarrevolucionaria y defender la Constitución del Imperio, que habían elaborado en marzo de 1848.

Poco después, el gobierno austríaco, y luego el prusiano, retiraron a sus diputados, y pronto les siguieron también los diputados liberales de otros Estados alemanes. Los representantes del ala izquierda, pequeñoburguesa, que continuaron en sus puestos, trasladaron la sede de la Asamblea a Stuttgart. En junio de 1849, la Asamblea fue disuelta por las tropas del gobierno de Württemberg.

vii Lenin se refiere al trabajo de Marx *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (véase C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 8, pp. 115-217).

viii Véase C. Marx. *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 8, p. 209).

ix Véase F. Engels. *La guerra campesina en Alemania* (C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 7, pp. 343-437).

x *Canosa*: castillo en el Norte de Italia. En 1077, el emperador germano Enrique IV, que había sido derrotado por el papa Gregorio VII, durante tres días esperó de pie ante las puertas del castillo, vestido como pecador arrepentido, para rogar al

Papa que anulara la excomunión que pesaba sobre él y le devolviera su poder de emperador. De ahí la expresión de “ir a Canosa”, que significa mostrarse arrepentido y humillarse ante el adversario.

xi Se trata de la Conferencia de Estado que preparó el Gobierno Provisional, teniendo por objeto movilizar las fuerzas contrarrevolucionarias para derrotar la revolución. La idea de convocar esa Conferencia contó con el pleno respaldo de los eseristas y mencheviques. Por temor a los obreros revolucionarios de Petrogrado, la burguesía decidió celebrar la Conferencia en Moscú.

El Comité Central del Partido Bolchevique, en sus reuniones del 5(18) y 6 (19) de agosto de 1917, examinó la cuestión de la Conferencia de Estado. En una resolución aprobada el 6 (19) de agosto, el CC instó a las organizaciones del Partido a que denunciaran la Conferencia convocada en Moscú como instrumento de un complot de la burguesía contrarrevolucionaria contra la revolución, así como el papel de los mencheviques y los eseristas que encubrían y apoyaban la Conferencia de Estado. El CC llamó a organizar protestas masivas de obreros, soldados y campesinos contra ella. La prensa bolchevique ponía al desnudo su papel contrarrevolucionario, velado por una máscara de representación popular.

De conformidad con la resolución del CC, el Comité de Moscú del POSD(b) de Rusia acordó el 8 (21) de agosto, en una reunión ampliada con representantes de los comités de distrito y las células: llamar al proletariado de Moscú a realizar una huelga de 24 horas y organizar en la ciudad, el

día de inauguración de la Conferencia, una serie de mítines de masas para protestar contra ella.

La Conferencia se celebró en Moscú entre el 12 y el 15 (25 y 28) de agosto de 1917. Asistieron a ese foro representantes de los terratenientes y de la burguesía, altos jefes del ejército, ex miembros de la Duma de Estado y dirigentes del Partido Demócrata Constitucionalista; las delegaciones de los Soviets y de algunas organizaciones sindicales estaban integradas por mencheviques y eseristas. Los generales Kornílov y Kaledin y otros oradores enunciaron en sus discursos un programa de aplastamiento de la revolución. Exigían terminar con los Soviets, suprimir las organizaciones sociales en el ejército, restablecer la pena de muerte en el frente y proseguir la guerra hasta la victoria final.

El 12 (25) de agosto, día en que se inició la Conferencia, en el núm. 26 de *Proletárskoe Delo*, y también el 13 (26) de agosto, en el núm. 1 de *Proletari*, el Comité Central del Partido Bolchevique publicó un llamamiento a propósito de la apertura de la Conferencia, en el que desenmascaraba su carácter contrarrevolucionario y exhortaba a las masas trabajadoras a organizar mítines masivos de protesta; el CC alertaba al propio tiempo contra las provocaciones de la contrarrevolución.

En la huelga que se efectuó el 12 (25) de agosto, en Moscú, por acuerdo del Comité del Partido de esa ciudad, participaron más de 480.000 personas. La huelga de los obreros moscovitas frustró los designios de la contrarrevolución. Se realizaron mítines de protesta y huelgas en otras ciudades del país.

Las enseñanzas de la revolución

Escrito antes de julio; el epílogo, el 6 (19) de septiembre de 1917.

Publicado el 12 y el 13 de septiembre (30 y 31 de agosto) de 1917 en el periódico “Rabochi”, núms. 8 y 9.

Firmado: en el núm. 8, N-kov, en el núm. 9, N. Lenin.

El epílogo, en 1917, en el folleto N. Lenin. “Las enseñanzas de la revolución”, P., Editorial Pribói. Se publica según el texto del folleto.

.....

Toda revolución significa un brusco viraje en la vida de las grandes masas populares. Si este viraje no ha madurado, es imposible una verdadera revolución. Y de la misma manera que todo viraje en la vida de un individuo le enseña y le hace conocer y sentir muchas cosas, la revolución brinda al pueblo entero, en poco tiempo, las más profundas y preciosas enseñanzas.

Durante la revolución, millones y millones de hombres aprenden en una semana más que

en un año de vida rutinaria y monótona. Pues en un brusco viraje de la vida de todo un pueblo se ve con especial claridad qué fines persiguen las diferentes clases sociales, de qué fuerzas disponen y con qué medios actúan.

Todo obrero, soldado y campesino consciente debe meditar atentamente en las enseñanzas de la revolución rusa; sobre todo hoy, a fines de julio, cuando se ve ya claramente que la primera fase de nuestra revolución ha terminado en un fracaso.

I

En efecto, veamos cuáles eran las aspiraciones de las masas obreras y campesinas cuando hicieron la revolución. ¿Qué esperaban de la revolución? Esperaban, como se sabe, libertad, paz, pan y tierra.

¿Y qué vemos hoy?

En vez de la libertad, se empieza a restaurar la vieja arbitrariedad. Se implanta la pena de muerte para los soldados en el frenteⁱ, y los campesinos, que se apoderan por propia ini-

ciativa de las tierras de los latifundistas, son llevados ante los tribunales. Las imprentas de los periódicos obreros son asaltadas, y los periódicos, suspendidos sin juicio previo. Se encarcela a bolcheviques, a menudo sin formular contra ellos acusación alguna o presentando acusaciones a todas luces calumniosas.

Se objetará, acaso, que las persecuciones de bolcheviques no representan ningún atentado contra la libertad, pues se persigue solo a ciertas personas por determinadas imputaciones. Pero esta objeción es una falacia evidente y a sabiendas. Porque aun suponiendo que unas personas cometan delitos, y que estos sean probados y reconocidos por los tribunales, ¿cómo se puede, por ello, destruir una imprenta y clausurar periódicos? Otra cosa sería si el gobierno declarase delictivo, por medio de una ley, a todo el Partido Bolchevique, su orientación misma y sus ideas. Pero nadie ignora que el gobierno de la Rusia libre no podía hacer, ni ha hecho, nada semejante.

La demostración principal del carácter calumnioso de las acusaciones lanzadas contra los bolcheviques es que la prensa de los te-

rratenientes y los capitalistas venía cubriendo de furiosos insultos a los bolcheviques por su lucha contra la guerra, contra los terratenientes y los capitalistas, y exigía públicamente que se les encarcelase y persiguiese cuando no se había inventado aún ni una sola acusación contra ningún bolchevique.

El pueblo quiere la paz. Pero el gobierno revolucionario de la Rusia libre ha reanudado la guerra de rapiña, tomando como base los mismos tratados secretos que concertara el ex zar Nicolás II con los capitalistas ingleses y franceses en aras del saqueo de otros pueblos por los capitalistas rusos. Estos tratados secretos siguen sin darse a la publicidad. En vez de proponer a todos los pueblos una paz justa, el gobierno de la Rusia libre ha salido del paso con unos subterfugios.

No hay pan. El hambre se acerca de nuevo. Todo el mundo ve que los capitalistas y los ricos engañan desvergonzadamente al fisco con los suministros al ejército (cada día de guerra le cuesta hoy al pueblo 50 millones de rublos); que, con los altos precios de hoy, los capitalistas se embolsan ganancias fabulo-

sas, sin que se haga absolutamente nada para implantar un verdadero control obrero de la producción y de la distribución. Los capitalistas se vuelven cada vez más insolentes; arrojan a los obreros a la calle, y lo hacen en momentos en que el pueblo pasa calamidades por falta de mercancías.

En toda una serie de congresos, la inmensa mayoría de los campesinos ha declarado con energía y claridad que considera una injusticia y un robo la propiedad terrateniente. Y el gobierno, que se dice revolucionario y democrático, lleva varios meses embaucando a los campesinos y engañándolos con promesas y dilaciones. Durante varios meses, los capitalistas impidieron al ministro Chernov dictar leyes que prohibiesen la compraventa de la tierra. Y cuando, por fin, fue promulgada esta ley, los capitalistas desencadenaron contra Chernov una infame campaña de calumnias, que continúa hasta hoy. Y el gobierno llega tan lejos en su descaro al defender a los terratenientes que empieza a enjuiciar a los campesinos que se adueñan de las tierras “por propia iniciativa”.

Se engaña a los campesinos al tratar de convencerles de que deben esperar hasta la Asamblea Constituyente. Pero los capitalistas continúan aplazando su convocación. Y cuando, por fin, bajo la presión de las demandas bolcheviques, se señala la fecha del 30 de setiembre, los capitalistas gritan a los cuatro vientos que “es imposible” convocar la Asamblea Constituyente en tan breve plazo y exigen un nuevo aplazamiento... Los miembros más influyentes del partido de los capitalistas y los terratenientes, del Partido Demócrata Constitucionalista o partido de la “libertad del pueblo”, Pánina, por ejemplo, propugnan sin ambages que la Asamblea Constituyente no debe convocarse hasta el final de la guerra.

¡Esperad hasta la Asamblea Constituyente para resolver el problema de la tierra! ¡Esperad a que termine la guerra para convocar la Asamblea Constituyente! ¡Esperad hasta la victoria definitiva para que acabe la guerra! Eso es lo que resulta. Los capitalistas y los terratenientes, que son mayoría en el Gobierno, se burlan descaradamente de los campesinos.

II

¿Cómo pueden ocurrir esas cosas en un país libre que acaba de derribar el poder zarista?

En un país no libre, el pueblo es gobernado por un zar y un puñado de terratenientes, capitalistas y funcionarios que nadie ha elegido.

En un país libre, el pueblo es gobernado únicamente por quienes él mismo ha elegido para ese fin. En las elecciones, el pueblo se divide en partidos y, de ordinario, cada clase de la población forma su propio partido; por ejemplo, los terratenientes, los capitalistas, los campesinos y los obreros están agrupados en sus diferentes partidos. Por eso, en los países libres, el pueblo es gobernado mediante la lucha franca de los partidos y el libre acuerdo entre ellos.

Después de derribado el 27 de febrero de 1917 el poder zarista, Rusia fue gobernada durante unos cuatro meses como un país libre, es decir, mediante la lucha franca de partidos formados libremente y el libre acuerdo entre ellos. En consecuencia, para compren-

der el desarrollo de la revolución rusa es necesario, ante todo, estudiar cuáles fueron los partidos principales, los intereses de qué clases defendían y qué relaciones existían entre todos esos partidos.

III

Al ser derribado el régimen zarista, el poder del Estado pasó a manos del primer Gobierno Provisional. Este gobierno estaba compuesto de representantes de la burguesía, es decir, de los capitalistas, a los que se unieron también los terratenientes. El partido de los “demócratas constitucionalistas”, el partido principal de los capitalistas, figuraba en primer lugar como partido dirigente y gobernante de la burguesía.

No fue casual que este partido se adueñara del poder, a pesar de que, naturalmente, no habían sido los capitalistas, sino los obreros y los campesinos, los marineros y los soldados quienes habían peleado contra las tropas zaristas, derramando su sangre por la libertad. El poder fue a parar a manos del partido

de los capitalistas porque esta clase disponía de la fuerza que representan la riqueza, la organización y el saber. Desde 1905, y sobre todo durante la guerra, la clase de los capitalistas y de los terratenientes, aliados a ellos, ha alcanzado en Rusia los mayores éxitos en lo que respecta a su organización.

El Partido Demócrata Constitucionalista fue siempre, tanto en 1905 como desde 1905 hasta 1917, un partido monárquico. Después de triunfar el pueblo sobre la tiranía zarista, este partido se declaró republicano. La experiencia de la historia enseña que cuando el pueblo derrota a una monarquía, los partidos de los capitalistas acceden siempre a convertirse en republicanos con tal de salvar los privilegios de los capitalistas y su poder omnímodo sobre el pueblo.

De palabra, el partido de los demócratas constitucionalistas propugna la “libertad del pueblo”; pero, en realidad, defiende a los capitalistas. Por eso, todos los terratenientes, todos los monárquicos, todos los ultrarreaccionarios se pusieron inmediatamente a su lado. Prueba de ello son la prensa y las

elecciones. Después de la revolución, todos los periódicos burgueses y toda la prensa ultrarreaccionaria cantan a coro con los demócratas constitucionalistas. Todos los partidos monárquicos que no se atreven a actuar abiertamente apoyan en las elecciones, como ocurrió, por ejemplo, en Petrogrado, al Partido Demócrata Constitucionalista.

Después de adueñarse del poder gubernamental, los demócratas constitucionalistas orientaron todos sus esfuerzos a proseguir la rapaz guerra anexionista comenzada por el zar Nicolás II, que había concertado expoliadores tratados secretos con los capitalistas ingleses y franceses. En esos tratados se prometía a los capitalistas rusos que, en caso de triunfar, podrían anexionarse Constantinopla, Galitzia, Armenia, etc. En cambio, frente al pueblo, el gobierno de los demócratas constitucionalistas se limitó a subterfugios y vacuas promesas, aplazando todas las decisiones sobre los asuntos más importantes y de solución imprescindible para los obreros y los campesinos hasta la Asamblea Constituyente, pero sin fijar la fecha de su convocación.

Aprovechándose de la libertad, el pueblo empezó a organizarse por su cuenta. La organización principal de los obreros y los campesinos, que constituyen la aplastante mayoría de la población de Rusia, eran los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos. Estos Soviets comenzaron a formarse ya durante la Revolución de Febrero y, a las pocas semanas, en la mayoría de las ciudades importantes de Rusia y en muchos distritos, todos los elementos avanzados y conscientes de la clase obrera y del campesinado se habían unido ya en Soviets.

Los Soviets fueron elegidos con absoluta libertad. Eran auténticas organizaciones de las masas del pueblo, de los obreros y los campesinos. Eran verdaderas organizaciones de la inmensa mayoría del pueblo. Los obreros y los campesinos, vestidos con el uniforme militar, estaban armados.

Por supuesto, los Soviets podían y debían haber asumido todo el poder del Estado. Hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente no debería haber existido en el país más poder que el de los Soviets. Solo así ha-

bría sido nuestra revolución verdaderamente popular, verdaderamente democrática. Solo así habrían podido las masas trabajadoras –que aspiran realmente a la paz, que no están interesadas lo más mínimo en una guerra anexionista– aplicar con resolución y firmeza una política que hubiera puesto fin a la guerra anexionista y conducido a la paz. Solo así habrían podido los obreros y los campesinos meter en cintura a los capitalistas, que amasan ganancias fabulosas “con la guerra” y han llevado el país a la ruina y al hambre. Pero solo una minoría de los diputados que formaban los Soviets estaba al lado del partido de los obreros revolucionarios, de los socialdemócratas bolcheviques, que reclamaban el paso de todo el poder a los Soviets. La mayoría de los diputados a los Soviets apoyaba a los partidos de los socialdemócratas mencheviques y de los eseristas, opuestos a la entrega del poder a los Soviets. En vez de propugnar la eliminación del gobierno de la burguesía y su sustitución con un gobierno de los Soviets, estos partidos defendían que se apoyase al gobierno de la

burguesía y se pactase con él, que se formase con él un gobierno de coalición. En esta política de acuerdos con la burguesía, aplicada por los partidos eserista y menchevique, en los que confiaba la mayoría del pueblo, reside el contenido fundamental de todo el desarrollo de la revolución durante los cinco meses transcurridos desde su comienzo.

IV

Veamos, en primer lugar, cómo se desarrolló esa política de conciliación de los eseristas y mencheviques con la burguesía; después buscaremos la explicación de por qué la mayoría del pueblo depositó en ellos su confianza.

V

La política de conciliación de los mencheviques y eseristas con los capitalistas ha existido, en una forma o en otra, en todos los períodos de la revolución rusa.

En las postrimerías de febrero de 1917, apenas triunfó el pueblo y quedó derrocado

el régimen zarista, Kerensky fue incluido como “socialista” en el Gobierno Provisional de los capitalistas. En realidad, Kerensky jamás había sido socialista, sino un simple trudoviqueⁱⁱ, que empezó a figurar entre los “socialistas revolucionarios” solo a partir de marzo de 1917, cuando esto ya no era peligroso y podía tener sus ventajas. El Gobierno Provisional de los capitalistas se preocupó inmediatamente de uncir a su carreta y domesticar al Soviet valiéndose de Kerensky como vicepresidente del Soviet de Petrogrado. El Soviet, es decir, los eseristas y mencheviques que predominaban en él, se dejó domesticar: nada más constituirse el Gobierno Provisional de los capitalistas, declaró que estaba dispuesto a “apoyarle” “por cuanto” este cumplía sus promesas.

El Soviet se consideraba un organismo encargado de controlar y fiscalizar los actos del Gobierno Provisional. Los dirigentes del Soviet formaron la llamada “comisión de enlace”, o sea, un organismo destinado a mantener contacto con el gobiernoⁱⁱⁱ. En esta comisión de enlace, los líderes eseris-

tas y mencheviques del Soviet sostuvieron conversaciones incesantes con el gobierno de los capitalistas, viniendo a ocupar, en realidad, la posición de ministros sin cartera o ministros oficiosos.

Esta situación se mantuvo todo el mes de marzo y casi todo abril. Los capitalistas actuaban con demoras y subterfugios, procurando ganar tiempo. Durante todo este lapso, el gobierno de los capitalistas no dio un solo paso más o menos serio para desarrollar la revolución. No hizo absolutamente nada ni siquiera para cumplir una misión suya directa e inmediata: convocar la Asamblea Constituyente; no llevó el asunto a los organismos locales ni creó una comisión central encargada de estudiar la cuestión. El gobierno tuvo una sola preocupación: renovar en secreto los rapaces tratados internacionales concertados por el zar con los capitalistas de Inglaterra y Francia, frenar lo más cautelosa e inadvertidamente posible la revolución, prometerlo todo y no cumplir nada. Los eseristas y los mencheviques desempeñaban en la “comisión de enlace” el papel de esos

tontos a quienes se engaña con frases ampulosas, con promesas, con los “vuelva usted mañana”. Y como la corneja de la conocida fábula, los eseristas y los mencheviques se rendían a las adulaciones y escuchaban satisfechos las aseveraciones de los capitalistas de que tenían en alta estima a los Soviets y no daban un paso sin contar con ellos.

En realidad, el tiempo fue pasando y el gobierno de los capitalistas no hizo nada en pro de la revolución. Pero en contra de la revolución tuvo tiempo de renovar o, mejor dicho, de confirmar los rapaces tratados secretos, “resucitándolos” por medio de negociaciones complementarias, y no menos secretas, con los diplomáticos del imperialismo anglo-francés. Contra la revolución tuvo tiempo, en dicho período, de echarlos cimientos de una organización contrarrevolucionaria (o, al menos, un acercamiento) de los generales y la oficialidad del ejército de operaciones. Contra la revolución tuvo tiempo de comenzar la organización de los industriales, fabricantes y patronos, que, bajo la presión de los obreros, veíanse forzados a

hacer concesión tras concesión, pero que, al mismo tiempo, empezaban a sabotear (estropear) la producción y esperaban el momento propicio para paralizarla.

Sin embargo, la organización de los obreros y los campesinos avanzados en Soviets progresaba inconteniblemente. Los mejores elementos de las clases oprimidas percibían que el gobierno, pese a su acuerdo con el Soviet de Petrogrado, pese a la grandilocuencia de Kerenski y pese a la “comisión de enlace”, seguía siendo un enemigo del pueblo, un enemigo de la revolución. Las masas comprendían que la causa de la paz, la causa de la libertad, la causa de la revolución, estaba irremediablemente perdida si no se vencía la resistencia de los capitalistas. En las masas crecieron la impaciencia y la irritación.

VI

Esta irritación y esta impaciencia estallaron los días 20 y 21 de abril. El movimiento comenzó de manera espontánea, sin que nadie lo preparara. Y con una orientación tan marcadamente antigubernamental que in-

cluso un regimiento salió armado a la calle y se presentó delante del Palacio de María con el propósito de detener a los ministros. Para todo el mundo era evidente que el gobierno no podía sostenerse. Los Soviets hubieran podido (y debido) tomar el poder sin encontrar la menor resistencia por parte de nadie. En vez de hacerlo así, los eseristas y los mencheviques apoyaron al gobierno capitalista, que se venía abajo, se embrollaron más aún en la conciliación con él y dieron nuevos pasos, todavía más funestos, hacia la ruina de la revolución.

La revolución enseña a todas las clases con una rapidez y una profundidad jamás vistas en épocas normales, pacíficas. Y los capitalistas, los mejor organizados y más expertos en materia de lucha de clases y de política, fueron quienes aprendieron con mayor rapidez. Cuando vieron que la posición del gobierno era insostenible, recurrieron a un método que los capitalistas de otros países venían practicando durante decenios, a partir de 1848, para engañar, dividir y debilitar a los obreros. Este método es el de los llama-

dos gobiernos de “coalición”, o sea, los gobiernos mixtos, formados por elementos de la burguesía y tráfugas del socialismo.

En Inglaterra y Francia, los países en que la libertad y la democracia coexisten desde hace más tiempo con el movimiento obrero revolucionario, los capitalistas han aplicado este método repetidas veces y con gran éxito. Los líderes “socialistas”, al colaborar en los gabinetes de la burguesía, han sido siempre testafierros, títeres y pantallas de los capitalistas, un instrumento de estos para engañar a los obreros. Los capitalistas “demócratas y republicanos” de Rusia pusieron en práctica este mismo método. Los eseristas y los mencheviques se dejaron embaucar desde el primer momento, y el 6 de mayo, el gobierno de “coalición”, con participación de Chernov Tsereteli y Cía., era ya un hecho.

Los tontos de los partidos eserista y menchevique eran todo júbilo y se sumergían jactanciosos en el resplandor de la fama ministerial de sus líderes. Los capitalistas se frotaban las manos de gusto, pues “los líderes de los Soviets” venían a brindarles una

ayuda contra el pueblo y les prometían apoyar “las acciones ofensivas en el frente”, es decir, la reanudación de la expoliadora guerra imperialista, que se había interrumpido. Los capitalistas conocían toda la pretenciosa impotencia de estos líderes, sabían que jamás se cumplirían las promesas hechas por la burguesía: respecto al control e incluso a la organización de la producción, respecto a la política de paz, etc., etc.

Y así fue, en efecto. La segunda fase de desarrollo de la revolución (desde el 6 de mayo hasta el 9 o el 18 de junio) vino a confirmar por entero los cálculos de los capitalistas de embaucar fácilmente a los eseristas y mencheviques.

Mientras Peshejónov y Skóbelev se engañaban a sí mismos y engañaban al pueblo con frases altisonantes, diciendo que se arrebatará a los capitalistas el 100% de sus ganancias, que “su resistencia ha sido vencida”, etc., los capitalistas seguían fortaleciéndose. Durante todo ese tiempo no se hizo, en realidad, nada, absolutamente nada, para frenar a los capitalistas. Los ministros tráfugas

del socialismo resultaron ser simples máquinas parlantes encargadas de desviar la atención de las clases oprimidas, mientras que, en realidad, se dejaban en manos de la burocracia (de los funcionarios públicos) y de la burguesía todos los resortes de gobierno del Estado. El tristemente célebre Palchinski, viceministro de Industria, era el representante típico de esta máquina de gobierno, que obstaculizaba toda medida enfilada contra los capitalistas. Los ministros cotorreaban, y todo seguía como antes.

El ministro Tsereteli fue uno de los más aprovechados por la burguesía para luchar contra la revolución. Fue el encargado de “apaciguar” Kronstadt cuando los revolucionarios de aquella plaza llegaron al colmo de la osadía y destituyeron al comisario que había sido nombrado. La burguesía desencadenó en sus periódicos una campaña increíblemente estrepitosa, rabiosa y perversa, llena de mentiras y calumnias contra Kronstadt, acusándole de querer “separarse de Rusia”, y repitió ésta y otras necedades en todos los tonos, tratando de asustar a la

pequeña burguesía y a los filisteos. Tsereteli, el más típico representante de esos filisteos aterrados y obtusos, fue el que más “honestamente” picó en el anzuelo de esta campaña burguesa de hostigación, el que se esforzó con mayor celo por “aplastar y reprimir” a Kronstadt, sin darse cuenta de su papel de lacayo de la burguesía contrarrevolucionaria. Resultó ser el instrumento ejecutor del “pacto” concertado con el Kronstadt revolucionario, en virtud del cual comisario de esta plaza no sería nombrado simple y llanamente por el gobierno, sino elegido por Kronstadt y *confirmado* por el gobierno. En estas mezquinas componendas y otras semejantes malgastaban su tiempo los ministros que habían desertado del socialismo al campo de la burguesía.

Allí donde ningún ministro burgués podía comparecer ante los obreros revolucionarios o ante los Soviets para defender al gobierno, presentábase (mejor dicho, era enviado por la burguesía) un ministro “socialista”, Skóbelev, Tsereteli, Chernov u otro, que cumplía a conciencia su misión burguesa, se desvivía

por defender al gobierno y limpiar de culpas a los capitalistas, engañando al pueblo con la repetición de promesas, promesas y más promesas y de consejos que se reducían a lo mismo: esperar, esperar y esperar.

El ministro Chernov centró sus esfuerzos, en particular, en el regateo con sus colegas burgueses: hasta el mismo mes de julio, hasta la nueva “crisis de poder” planteada después del movimiento del 3 y 4 de julio, hasta la salida de los demócratas constitucionalistas del gobierno, el ministro Chernov vivió consagrado a la misión útil, interesante y profundamente popular de exhortar a sus colegas burgueses, de “persuadirles” de que accediesen, por lo menos, a prohibir la compraventa de tierras. Esta prohibición les había sido prometida a los campesinos, del modo más solemne, en Petrogrado, en el Congreso (Soviet) de diputados campesinos de toda Rusia. Pero no se pasó de la promesa. Chernov no pudo cumplirla ni en mayo ni en junio; hasta que la ola revolucionaria de la explosión espontánea del 3 y 4 de julio, que coincidió con la salida de los demócra-

tas constitucionalistas del gobierno, permitió implantar esa medida. Pero, con todo, seguía siendo una medida aislada, incapaz de mejorar seriamente la lucha de los campesinos contra los terratenientes por la tierra.

Entretanto, el “demócrata revolucionario” Kerensky, afiliado de nuevo cuño al partido de los socialistas revolucionarios, cumplía en el frente, de manera triunfal y brillante, la misión contrarrevolucionaria e imperialista de reanudar la rapaz guerra imperialista, la misión que no había podido cumplir Guchkov, odiado por el pueblo. Kerensky se embriagaba con su propia elocuencia, y los imperialistas, jugando con él como con un peón de ajedrez, le envolvían en nubes de incienso, le adulaban, le idolatraban porque servía en cuerpo y alma a los capitalistas, esforzándose por convencer a las “tropas revolucionarias” de que accediesen a reanudar la guerra, que se hace en cumplimiento de los tratados del zar Nicolás II con los capitalistas de Inglaterra y Francia, para que los capitalistas rusos se adueñen de Constantinopla y Lvov, de Erzerum y Trebisonda.

Así transcurrió la segunda fase de la revo-

lución rusa, desde el 6 de mayo hasta el 9 de junio. La burguesía contrarrevolucionaria, parapetada tras los ministros “socialistas” y defendida por ellos, se fortaleció y consolidó, preparando la ofensiva contra el enemigo exterior y contra el interior, es decir, contra los obreros revolucionarios.

VII

El partido de los obreros revolucionarios, el Partido Bolchevique, preparaba una manifestación para el 9 de junio en Petrogrado, a fin de exponer de una manera organizada el descontento y la indignación, en crecimiento incontenible, de las masas. Los líderes eseristas y mencheviques, enredados en acuerdos con la burguesía y maniatados por la política imperialista de ofensiva, se sintieron aterrados al percibir que perdían su influencia entre las masas. Resonó un rugido general contra la manifestación, en el que las voces de los demócratas constitucionalistas contrarrevolucionarios se unieron esta vez a las de los eseristas y mencheviques. Bajo la dirección de

estos partidos y como fruto de su política de conciliación con los capitalistas, se manifestó, con toda precisión y asombrosa claridad el viraje de las masas pequeñoburguesas hacia la alianza con la burguesía contrarrevolucionaria. En esto radican la importancia histórica y el sentido clasista de la crisis del 9 de junio.

Los bolcheviques suspendieron la manifestación, pues no tenían el menor deseo de lanzar en aquellos momentos a los obreros a una lucha desesperada contra los demócratas constitucionalistas, los eseristas y los mencheviques unidos. Pero estos últimos, para conservar siquiera el mínimo residuo de confianza de las masas, se vieron obligados a convocar una manifestación general para el día 18. El furor sacó de quicio a la burguesía, pues vio en ello, y con razón, un síntoma de que la democracia pequeñoburguesa se inclinaba hacia el proletariado, y decidió paralizar la acción de la democracia con una ofensiva en el frente.

En efecto, el 18 de junio proporcionó una notable e impresionante victoria de las consignas del proletariado revolucionario, de las

consignas del bolchevismo, entre las masas de Petersburgo. Y el 19 de junio, la burguesía y el bonapartista¹ Kerensky anunciaron con toda solemnidad el comienzo de la ofensiva en el frente precisamente el día 18.

La ofensiva significaba, de hecho, la reanudación de la guerra de rapiña en provecho de los capitalistas y contra la voluntad de la inmensa mayoría de los trabajadores. Por eso, la ofensiva llevaba aparejados inevitablemente, por una parte, un gigantesco reforzamiento del chovinismo y el paso del poder militar (y, en consecuencia, también del estatal) a una pandilla militar de bonapartistas, y, por otra parte, el paso a un régimen que implicaba violencias contra las masas, persecución de los internacionalistas,

¹ Se denomina bonapartismo (palabra derivada de Bonaparte, apellido de dos emperadores franceses) a un gobierno que pretende aparecer al margen de los partidos, aprovechando la durísima lucha que sostienen entre sí los partidos de los capitalistas y de los obreros. Semejante gobierno, sirviendo de hecho a los capitalistas, es el que más engaña a los obreros con promesas y pequeñas limosnas.

supresión de la libertad de agitación, detenciones y fusilamientos de quienes se oponían a la guerra.

Si el 6 de mayo unció a los eseristas y mencheviques con una soga a la carroza triunfal de la burguesía, el 19 de junio los enyugó con cadenas como criados de los capitalistas.

VIII

Como es natural, la cólera de las masas creció con mayor rapidez y fuerza al reanudarse la guerra de rapiña. Los días 3 y 4 de julio estalló la indignación popular. Los bolcheviques intentaron moderar la explosión y, por supuesto, debían tratar de darle la forma más organizada posible.

Los eseristas y los mencheviques, como esclavos de la burguesía encadenados por su dueño y señor, accedieron a todo: a que fuesen trasladadas a Petrogrado tropas reaccionarias, a que se restableciese la pena de muerte, a que se desarmase a los obreros y a las tropas revolucionarias, a las detenciones, a las persecuciones y las suspensiones

de periódicos sin juicio previo. Y el poder, que la burguesía no podía asumir por entero en el gobierno y que los Soviets se negaron a tomar, cayó en manos de una camarilla militar, de los bonapartistas, respaldados en todo, como es de suponer, por los demócratas constitucionalistas y los ultrarreaccionarios, los terratenientes y los capitalistas.

Los eseristas y los mencheviques rodaron de escalón en escalón. Puestos ya en la pendiente de su conciliacionismo con la burguesía, rodaron inconteniblemente hasta que cayeron en el fondo del abismo. El 28 de febrero prometieron en el Soviet de Petrogrado un apoyo condicional al gobierno burgués. El 6 de mayo le salvaron de la catástrofe y se dejaron convertir en sus lacayos y defensores al dar su conformidad a la ofensiva. El 9 de junio se unieron a la burguesía contrarrevolucionaria en la desenfrenada campaña de odio, mentiras y calumnias contra el proletariado revolucionario. El 19 de junio aprobaron la reanudación de la guerra expoliadora. El 3 de julio accedieron a que se llamasen tropas reaccionarias: era el comienzo de la

entrega definitiva del poder a los bonapartistas. Rodaron de escalón en escalón.

Este vergonzoso final de los partidos eserista y menchevique no tiene nada de casual: es el resultado, confirmado más de una vez por la experiencia de Europa, de la situación económica de los pequeños propietarios, de la pequeña burguesía.

IX

Todo el mundo ha podido observar, naturalmente, cómo se esfuerzan los pequeños propietarios, como tratan de “abrirse camino”, de llegar a ser verdaderos propietarios, de escalar la posición del amo “poderoso”, la posición de la burguesía. Mientras impere el capitalismo, el pequeño propietario no tendrá más que esta salida: o conquistar la posición del capitalista (posibilidad que, en el mejor de los casos, solo se abre ante uno de cada cien pequeños propietarios), o pasar a la situación del pequeño propietario arruinado, del semiproletario y, después, del proletario. Así ocurre también en política:

la democracia pequeñoburguesa, sobre todo personificada por sus dirigentes, se arrastra tras la burguesía. Los líderes de la democracia pequeñoburguesa consuelan a sus masas con promesas y protestas de que es posible llegar a un acuerdo con los grandes capitalistas. En el mejor de los casos, obtienen de estos, durante muy poco tiempo, concesiones insignificantes, que solo benefician a la pequeña cúspide de las masas trabajadoras. Pero en todos los problemas decisivos, importantes, la democracia pequeñoburguesa se ha encontrado siempre a la cola de la burguesía, ha sido un impotente apéndice suyo, un instrumento sumiso en manos de los reyes de las finanzas. La experiencia de Inglaterra y de Francia lo ha confirmado muchas veces.

La experiencia de la revolución rusa, en la que los acontecimientos se han desarrollado con singular celeridad, sobre todo bajo la influencia de la guerra imperialista y de la profundísima crisis originada por ella; esta experiencia, que comprende desde febrero hasta julio de 1917, ha venido a confirmar con extraordinaria claridad y evidencia la

vieja verdad marxista referente a la inconsecuencia de la pequeña burguesía.

La revolución rusa enseña que las masas trabajadoras solo tienen un camino para salvarse de la férrea tenaza de la guerra, del hambre y de su esclavización por los terratenientes y capitalistas: romper por completo con los partidos eserista y menchevique, comprender claramente su papel de traidores, renunciar a toda conciliación con la burguesía y ponerse resueltamente al lado de los obreros revolucionarios. Estos últimos, si los apoyan los campesinos pobres, son los únicos que pueden quebrantar la resistencia de los capitalistas, llevar al pueblo a la conquista de la tierra sin indemnización, a la plena libertad, al triunfo sobre el hambre, al triunfo sobre la guerra, a una paz justa y duradera.

Epílogo

Este artículo fue escrito, como se deduce de su texto, a fines de julio.

La historia de la revolución durante el mes de agosto ha confirmado cuanto se dice en él. Además, la sublevación de Kornilov^{iv} a fi-

nales de agosto imprimió a la revolución un nuevo viraje y mostró palpablemente a todo el pueblo que los demócratas constitucionales, aliados a los generales contrarrevolucionarios, pretenden disolver los Soviets y restaurar la monarquía. ¿Será este nuevo viraje de la revolución lo suficientemente fuerte para poner fin a la funesta política de conciliación con la burguesía? El futuro inmediato lo dirá...

N. Lenin.

6 de septiembre de 1917.

Notas al final - Las enseñanzas de la revolución

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i El Gobierno Provisional estableció el 12 (25) de julio la pena de muerte en el frente. En las divisiones se instituyeron “tribunales militares revolucionarios”, cuyas sentencias entraban en vigor nada más ser hechas públicas y debían cumplirse sin dilación.

ii *Trudoviques* (Grupo del Trabajo): grupo de demócratas pequeñoburgueses en las Dumas de Estado, formado en abril de 1906 por diputados campesinos a la I Duma. Los trudoviques vacilaron entre los demócratas constitucionalistas y los socialdemócratas revolucionarios. Durante la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los trudoviques sustentó posiciones socialchovinistas.

Después de la Revolución Democrática Burguesa de Febrero, los trudoviques, como intérpretes de los intereses de los kulaks, respaldaron activamente al Gobierno Provisional. Adoptaron una actitud hostil hacia la Revolución Socialista de Octubre y participaron en la contrarrevolución burguesa.

iii *La comisión de enlace* se formó, en virtud del acuerdo adoptado el 8 (21) de marzo por el Comité Ejecutivo (de orientación conciliadora) del Soviet de Petrogrado, para “influir” en la actividad del Gobierno Provisional y “controlarla”. La comisión ayudó al Gobierno Provisional a encubrir con el prestigio del Soviet de Petrogrado su propia política reaccionaria. Los mencheviques y eseristas

esperaron que valiéndose de ella podrían mantener a las masas al margen de la lucha revolucionaria activa por el paso del poder a los Soviets. La comisión de enlace fue suprimida a mediados de abril de 1917, encomendándose sus funciones al Buró del Comité Ejecutivo.

iv Sublevación de Kornilov, motín contrarrevolucionario de la burguesía y los terratenientes ocurrido en agosto de 1917. Lo encabezó el general zarista Kornilov, jefe supremo del ejército. Los conspiradores se proponían apoderarse de Petrogrado, aniquilar el Partido Bolchevique, disolver los Soviets, implantar en el país una dictadura militar y preparar la restauración de la monarquía. En el complot estaba complicado el jefe del Gobierno Provisional, A. F. Kerensky; pero cuando comenzó la sublevación, temiendo ser barrido junto con Kornilov, se apartó de este último y le acusó de sedición contra el Gobierno Provisional.

La sublevación empezó el 25 de agosto (7 de septiembre). Kornilov hizo avanzar sobre Petrogrado el 3er Cuerpo de Caballería. En la propia ciudad se aprestaban a entrar en acción las organizaciones contrarrevolucionarias kornilovistas.

El Partido Bolchevique encabezó la lucha de las masas contra Kornilov, sin dejar por eso, tal como lo exigía Lenin, de desenmascarar al Gobierno Provisional y a sus cómplices eseristas y mencheviques. Respondiendo al llamamiento del CC del Partido Bolchevique, los obreros de Petrogrado y los soldados y marineros revolucionarios se alzaron para luchar contra los sublevados. Se formaron rápidamente destacamentos de la Guardia Roja, integrados

por obreros de la capital. En varios lugares se constituyeron comités revolucionarios. El avance de las tropas de Kornilov fue detenido y, bajo la influencia de la agitación bolchevique, cundió entre ellas la desmoralización.

La sublevación de Kornilov fue aplastada por los obreros y los campesinos, bajo la dirección del Partido Bolchevique. La presión de las masas obligó al Gobierno Provisional a ordenar la detención de Kornilov y sus cómplices y entregarlos a los tribunales por sedición.

Rumores sobre una conspiración

El suelto publicado con este título en el núm. 103 de *Nóvaya Zhizn* del 17 de agosto merece que se le preste la mayor atención. Conviene detenerse en él [una y otra vez] aun cuando lo que se quiere hacer pasar por serio carezca totalmente de seriedad.

Dice aproximadamente esto: el 14 de agosto, en Moscú, se propagó el rumor de que algunas unidades cosacas se dirigían desde el frente hacia Moscú y que, además, “determinados grupos militares que gozan de la simpatía de ciertos círculos sociales de Moscú” organizaban “acciones contrarrevolucionarias enérgicas”. También afirma que las autoridades militares notificaron al Soviet de diputados soldados y obreros de Moscú y, “con la participación de los representantes del CEC” (o sea, de los mencheviques y de los eseristas), adoptaron medidas para informar a los soldados acerca de la necesidad de custodiar la ciudad, etc. “Para estos preparativos se invitó asimismo a los representantes de los bolcheviques de Moscú que ejercen

influencia en muchas unidades militares —así termina el suelto—, y se les dio acceso a ellas en esta ocasión”.

Esta última frase está construida adrede de un modo confuso y equívoco: si los bolcheviques ejercen influencia en muchas unidades militares (cosa indiscutible y de todos conocida), ¿de qué modo y quién *pudo* darles “acceso” a dichas unidades? Es un absurdo evidente. Si, en efecto, a los bolcheviques les “dieron acceso” (¿quiénes?, ¡evidentemente los mencheviques y los eseristas!) “en esta ocasión” ya *no importa qué unidades*, eso significa que existía cierto *bloqueo*, alianza o acuerdo entre los bolcheviques y los defensistas para la “resistencia ante la contrarrevolución”.

Esta es la circunstancia que confiere seriedad a un suelto nada serio y exige de todos los obreros conscientes encarar atentamente los hechos relatados.

Los rumores que propagan los defensistas, o sea, los mencheviques y los eseristas, son evidentemente absurdos y resulta muy claro el infame y sucio cálculo político que

impulsa a difundirlos. Lo que es en realidad contrarrevolucionario es precisamente el Gobierno Provisional, que los defensistas, según afirman, quieren defender. En efecto, tropas cosacas fueron llamadas del frente a las capitales –por ejemplo, a Petrogrado, el 3 de julio– por el Gobierno Provisional y los ministros “socialistas”, según lo confirmó de manera formal el general cosaco Kaledin en la reunión imperialista contrarrevolucionaria de Moscú. Esto es un hecho.

Y este hecho, que desenmascara a los mencheviques y a los eseristas, que demuestra su traición a la revolución, *su alianza* con los contrarrevolucionarios, *su alianza* con los Kaledin, este hecho los mencheviques y los eseristas tratan de taparlo, de ocultarlo, de hacerlo olvidar por medio de “rumores” acerca de los cosacos que marchan sobre Moscú al margen de la voluntad de Kerensky, Tsereteli, Skóbelev y Avxéntiev, acerca de los mencheviques y eseristas que “defienden la revolución”, y así sucesivamente. El mezquino cálculo político de los mencheviques defensistas traidores es clarísimo:

¡quieren engañar a los obreros, hacerse pasar por revolucionarios, averiguar algo sobre los bolcheviques (para transmitirlo al servicio de contraespionaje, por supuesto) y restablecer su prestigio! ¡Un cálculo tan vil como poco disimulado! Con poco gasto, después de haber fabricado un tonto “rumor”, esperan tener “acceso” a las unidades militares bolcheviques y en general consolidar la confianza en el Gobierno Provisional, convenciendo a los ingenuos de que los cosacos quieren derrocar al gobierno, de que este *no* está aliado a los cosacos, “defiende la revolución”, y así sucesivamente.

Un cálculo mezquino muy claro. Los rumores sí que son absurdos y fabricados de cabo a rabo, pero ¡esperan cobrar al contado por ello restituyendo la confianza en el Gobierno Provisional y, de paso, conseguir que los bolcheviques formen un “bloque” con ellos!

Es difícil creer que pueda haber, entre los bolcheviques, imbéciles o canallas capaces de entrar ahora en un bloque con los defensores. Es difícil creerlo porque, en primer

lugar, existe una resolución explícita del VI Congreso del POSDRⁱ, donde se dice (véase *Proletari*ⁱⁱ, núm. 4) que “los mencheviques se han pasado definitivamente al campo de los enemigos del proletariado”. Con personas que se han pasado definitivamente al campo de los enemigos no se negocia ni se forman bloques. “La tarea primordial de la socialdemocracia revolucionaria” –dice más adelante la resolución– es “aislarlos por completo (a los mencheviques defensistas) de todos los elementos más o menos revolucionarios de la clase obrera”. Está claro que los mencheviques y los eseristas luchan precisamente contra este aislamiento por medio de la difusión de rumores absurdos. Y está claro que, en Moscú, como en Petrogrado, los obreros dan cada vez más la espalda a los mencheviques y a los eseristas, advirtiendo cada día más claramente el carácter contrarrevolucionario y traidor de su política. De modo que para “salvar la situación”, los defensistas se ven precisados a “perder los estribos”.

Existiendo esta resolución del Congreso, los bolcheviques que hubieran accedido a

entrar en un bloque con los defensores para “dar acceso” o para expresar en forma indirecta confianza en el Gobierno Provisional (al que se defiende, según se afirma, de los cosacos), serían, por supuesto, expulsados inmediatamente —y con pleno fundamento— del Partido.

Pero, además, hay otras razones por las cuales es difícil creer que pueda haber en Moscú o en cualquier otro lugar bolcheviques capaces de formar un bloque con los defensores, capaces de formar algo parecido a organismos comunes, aunque sean temporales, de llegar a cualquier clase de entendimiento, etc., con ellos. Admitamos la hipótesis más favorable en lo que se refiere a esos inverosímiles bolcheviques: supongamos que por ingenuidad hayan creído realmente en los rumores transmitidos por los mencheviques y los eseristas; supongamos incluso que, para infundirles confianza, se les hayan comunicado determinados “hechos”, también inventados. Está claro que tampoco en este caso ningún bolchevique honesto o que no haya perdido completamente la cabeza, con-

sentiría en formar un bloque con los defen-
sistas, en llegar a un entendimiento para “dar
acceso”, etc. Aun en estas circunstancias, un
bolchevique diría: nuestros obreros y nues-
tros soldados van a combatir a las tropas
contrarrevolucionarias, si ellas inician ahora
una ofensiva contra el Gobierno Provisional;
lo harán *no para* defender a este gobierno
que llamó a Kaledin y Cía. el 3 de julio, sino
para defender independientemente la revo-
lución, persiguiendo sus propios fines: los
asociados a la victoria de los obreros, de los
pobres, de la causa de la paz, y no a la victo-
ria de los imperialistas Kerensky, Avxéntiev,
Tsereteli, Skóbelev y Cía. Aun en la situa-
ción extraordinariamente poco probable que
hemos imaginado, un bolchevique diría a los
mencheviques: por supuesto, vamos a com-
batir, pero no aceptaremos ninguna alianza
política con ustedes ni les concederemos la
menor confianza. Vamos a combatir del mis-
mo modo que, en febrero de 1917, los social-
demócratas combatieron contra el zarismo
junto con los demócratas constitucionalistas,
sin concertar ningún género de alianza con

ellos, sin fiarse de ellos ni por un momento. La mínima confianza en los mencheviques equivaldría a una traición a la revolución, como lo hubiera sido confiar en los demócratas constitucionalistas entre 1905 y 1917.

Un bolchevique diría a los obreros y soldados: combatamos, pero no se fíen para nada de los mencheviques, si no quieren privarse de los frutos de la victoria.

Los mencheviques están demasiado interesados en difundir falsos rumores y sugerencias para hacer creer que el gobierno que ellos apoyan está salvando a la revolución, cuando en realidad *ya ha formado un bloque con Kaledin, ya es contrarrevolucionario, ya ha dado muchos pasos y sigue dando otros, día tras día, para cumplir las condiciones de su bloque con Kaledin.*

Dar crédito a estos rumores, apoyarlos directa o indirectamente, significaría, por parte de los bolcheviques, traicionar la causa de la revolución. La principal garantía de su éxito está ahora en que las masas se den perfecta cuenta de la traición de los mencheviques y los eseristas, y rompan totalmente con ellos,

en que todo el proletariado revolucionario boicotee a esos partidos de una manera tan incondicional como los demócratas constitucionalistas fueron boicoteados después de la experiencia de 1905.

.....

(Ruego sacar varias copias de este artículo a fin de enviarlo simultáneamente a varios periódicos y revistas del Partido para su publicación, y, al mismo tiempo, presentarlo al Comité Central en mi nombre con la siguiente nota:

Ruego considerar el presente artículo como un informe que dirijo al CC, agregándole la propuesta siguiente: que el CC ordene una investigación oficial, con la participación de camaradas de Moscú que no son miembros del CC, para establecer si se crearon organismos comunes sobre esta base entre los bolcheviques y los defensistas, si hubo bloques o acuerdos, en qué consistieron, etc. Es imprescindible investigar los hechos y pormenores oficialmente, conocer todos los detalles. Es imprescindible

separar de sus funciones a los miembros del CC o del CM, si se confirmara la existencia de un bloque, y plantear en la próxima reunión plenaria del CC la cuestión de su suspensión formal hasta el congreso. Porque, precisamente *ahora*, después de la reunión de Moscú, después de la huelga, después del 3 al 5 de julio, Moscú adquiere o puede adquirir la importancia de *un centro*. En este enorme centro proletario, más grande que Petrogrado, es perfectamente posible que se desarrolle un movimiento como el del 3 al 5 de julio. En aquellos días, en Petrogrado, la tarea consistía en imprimir al movimiento un carácter pacífico y organizado. Esa *era* una consigna correcta. Ahora, en Moscú, *se plantea* una tarea totalmente distinta; la anterior consigna sería absolutamente incorrecta. Ahora la tarea consiste en *tomar el poder* nosotros mismos y declararnos gobierno en nombre de la paz, de la tierra para los campesinos y de la convocatoria de la Asamblea Constituyente en una fecha acordada con los campesinos en las diversas localidades, etc. Es muy posi-

ble que tal movimiento estalle en Moscú, debido a la desocupación, al hambre, a una huelga ferroviaria, al desbarajuste económico, etc. Es extremadamente importante que haya en Moscú, “en el timón”, gente que no oscile hacia la derecha, que no sea susceptible de formar bloques con los mencheviques y que, en caso de un movimiento, comprenda las *nuevas* tareas, la *nueva* consigna de la toma del poder, los *nuevos* caminos y medios para conseguirlo. He aquí por qué una “investigación” sobre el asunto del bloque, la reprobación a los bolcheviques bloquistas, si los hubo, y su separación se imponen no solo por disciplina, no solo para corregir la tontería ya cometida, sino también para salvaguardar los intereses más esenciales del movimiento *futuro*. La huelga del 12 de agosto en Moscú demostró que el proletariado *activo* está con los bolcheviques, a pesar de la mayoría obtenida por los eseristas en las elecciones a la Duma. La situación es muy parecida a la que existió en Petrogrado la víspera del 3 al 5 de julio de 1917. Pero la diferencia es enorme: en

aquel entonces, Petrogrado no podía haber tomado el poder ni siquiera materialmente, y si lo hubiera hecho, no lo habría podido conservar políticamente, porque Tsereteli y Cía. no habían caído aún tan bajo como para apoyar la cruel represión. He aquí por qué, en *aquel entonces*, entre el 3 y el 5 de julio de 1917, en Petrogrado, la consigna de la toma del poder hubiera sido *incorrecta*. En aquel entonces, ni siquiera los bolcheviques tenían, ni podían tener, la decisión consciente de tratar a Tsereteli y Cía. como contrarrevolucionarios. En aquel entonces, ni los soldados, ni los obreros podían tener la experiencia aportada por el mes de julio.

Ahora la situación es completamente distinta. Hoy en Moscú, si estallara un movimiento espontáneo, la consigna debería ser precisamente la toma del poder. Por eso es muy importante, es sumamente importante, que el movimiento en Moscú sea dirigido por personas adecuadas para la tarea, que hayan comprendido y analizado *cabalmente* esta consigna. He aquí por qué, una y otra vez, debemos insistir en la investigación y

en la separación de los culpables).

Escrito el 18-19 de agosto (31 de agosto-1º de septiembre) de 1917.

Publicado por primera vez en 1928, en Recopilación Leninista Vil.

Se publica según el manuscrito.

Notas al final - Rumores sobre una conspiración

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i Lenin se refiere a la resolución Sobre la unificación del Partido, aprobada por el VI Congreso del POSD(b) de Rusia.

El *VI Congreso del POSD(b) de Rusia* se celebró en Petrogrado del 26 de julio al 3 de agosto (del 8 al 16 de agosto) de 1917. Sus deliberaciones transcurrieron en una semilegalidad. Lenin dirigió la labor del Congreso desde la clandestinidad, comunicándose con Petrogrado por intermedio de camaradas designados con este fin por el Comité Central, que viajaban a Razliv para verlo. Las tesis de Lenin *La situación política*, el artículo *A propósito de las consignas* y otros sirvieron de base a las resoluciones del Congreso. Desde Razliv, donde residía, Lenin participó en la formulación y redacción de los proyectos de resolución más importantes del Congreso. Este lo eligió por unanimidad presidente de honor.

El orden del día del Congreso incluía los siguientes puntos: 1) informe del Buró de Organización; 2) informe del CC del POSD(b) de Rusia; 3) informes de las organizaciones locales; 4) la situación actual: a) la guerra y la Situación internacional, b) la situación política y económica; 5) revisión del programa; 6) la cuestión de organización; 7) elecciones a la Asamblea Constituyente; 8) la Internacional; 9) la unificación del Partido; 10) el movimiento sindical; 11) las elecciones; 12) varios. El Congreso discutió la comparecencia de Lenin ante los tribunales.

Y. M. Sverdlov pronunció un informe sobre el trabajo de organización del CC. Señaló que en los tres meses transcurridos desde la VII Conferencia (Conferencia de Abril) de toda Rusia, el número de miembros del Partido se habla triplicado (de 80.000 a 240.000) y habla aumentado también el de organizaciones partidistas (de 78 a 162). Se presentaron 19 informes de diversas organizaciones locales. Los informantes señalaron que las organizaciones bolcheviques realizaban una gran labor en las localidades y que crecía sin cesar su influencia entre las amplias masas trabajadoras.

El VI Congreso discutió y aprobó la plataforma económica del Partido Bolchevique, que preveía las siguientes medidas revolucionarias: nacionalización y centralización de los bancos, nacionalización de la gran industria, confiscación de la tierra de los latifundistas y nacionalización de toda la tierra en el país, establecimiento del control obrero sobre la producción y la distribución, organización de un intercambio regular entre la ciudad y el campo, y otras.

Aprobó los nuevos Estatutos del Partido. El artículo primero, que trata sobre la condición de miembro del Partido, fue completado con la estipulación de que los miembros debían someterse a todos los acuerdos del Partido; se introdujo la nueva disposición de que las personas que deseaban ingresar debían presentar avales de dos miembros del Partido, y que su ingreso estaría sujeto a la aprobación por la asamblea general de los miembros de la organización. En los Estatutos se ponía de relieve que todas las organizaciones del Partido

se estructuraban sobre los principios del centralismo democrático. Los congresos del Partido debían ser convocados una vez al año, y las reuniones plenarias del CC, una vez cada dos meses como mínimo.

Ratificó la resolución de la VII Conferencia (Conferencia de Abril) de toda Rusia del POSD(b) acerca de la necesidad de revisar el programa del Partido en el sentido señalado por aquélla. Para la elaboración del nuevo programa, el Congreso consideró necesario convocar en un futuro cercano un congreso especial y encargó al Comité Central y a todas las organizaciones del Partido que desplegaran previamente una amplia discusión sobre la revisión del programa.

En la resolución *Sobre las uniones de la juventud*, el Congreso destacó como tarea inaplazable la de contribuir a la creación de organizaciones socialistas de clase de la juventud obrera e indicó que era un deber de las organizaciones partidarias dedicar la máxima atención a esta labor. Después de discutir el problema del *Movimiento sindical*, el Congreso criticó la teoría de la neutralidad de los sindicatos y señaló que estos estaban vitalmente interesados en que la revolución llegara con éxito a su meta final, y que solo podían cumplir las tareas que tenía planteadas la clase obrera de Rusia si seguían siendo organizaciones de clase combativas y aceptaban la dirección política del Partido Bolchevique.

El VI Congreso del Partido Bolchevique subordinó todas sus resoluciones al objetivo fundamental: preparar al proletariado y a los campesinos pobres para la

insurrección armada, para la victoria de la revolución socialista. En un manifiesto dirigido a todos los trabajadores, a todos los obreros, soldados y campesinos de Rusia, el Congreso los exhortaba a reunir fuerzas y prepararse, bajo la bandera del Partido Bolchevique, para el combate decisivo contra la burguesía. El Congreso eligió el CC del Partido.

ii *Proletari* (El Proletario): diario, Órgano Central del Partido Bolchevique; se publicó desde el 13 (26) de agosto hasta el 24 de agosto (6 de setiembre) de 1917, en lugar de *Pravda*, que había sido clausurado por el Gobierno Provisional. Aparecieron diez números.

Los árboles les impiden ver el bosque

En la sesión del CEC de los Soviets del 4 de agosto, L. MártoV dijo (citamos según la información aparecida en *Nóvaya Zhizn*) que “la crítica de Tsereteli es demasiado suave”, que “el gobierno no opone resistencia a las intenciones contrarrevolucionarias en los medios militares” y que “entre nuestros objetivos no figura derribar el Gobierno actual o minar la confianza en él...”. “La correlación real de fuerzas –prosiguió MártoV– no da ahora motivo para exigir el paso del poder a los Soviets. Eso podría surgir solo en el proceso de una guerra civil, hoy inadmisible”. “No nos proponemos derrocar el gobierno terminó diciendo MártoV, pero debemos indicarle que en el país existen otras fuerzas, además de los demócratas constitucionales y los militares. Son las fuerzas de la democracia revolucionaria, y el Gobierno Provisional debe apoyarse en ellas”.

Estas admirables reflexiones de MártoV merecen ser analizadas con toda atención. Son admirables porque reproducen con ex-

traordinario relieve los prejuicios más típicos y los errores políticos más difundidos, más nocivos y más peligrosos de la masa pequeñoburguesa. De todos los portavoces de esta masa, MártoV es, probablemente, como publicista, uno de los más “izquierdistas”, de los más revolucionarios, de los más conscientes y hábiles. Por eso será de la mayor utilidad analizar precisamente sus reflexiones, y no las de un Chernov cualquiera, que coquetea con un huero galimatías, o de un alcornoque como Tsereteli y otros semejantes. Al analizar las reflexiones de MártoV, examinaremos lo que contienen hoy de más sensato las ideas de la pequeña burguesía.

Ante todo, son características en extremo las vacilaciones de MártoV en lo que respecta al paso del poder a los Soviets. Hasta el 4 de julio estuvo *en contra* de esta consigna. Después del 4 de julio, *a favor*. A comienzos de agosto volvió a estar en contra, y observen cuán monstruosamente ilógica y divertida es, desde el punto de vista del marxismo, la argumentación de MártoV. Está en contra, porque “la correlación real de fuerzas no da

ahora motivo para exigir el paso del poder a los Soviets. Eso podría surgir solo en el proceso de una guerra civil, hoy inadmisibles”.

¡Vaya lío! Resulta que hasta el 4 de julio fue posible ese paso del poder *sin* guerra civil (¡pura verdad!); pero, precisamente entonces, Mártov estuvo en contra del paso del poder... Resulta, en segundo lugar, que después del 4 de julio, cuando Mártov estuvo a favor de la transferencia del poder a los Soviets, esta transferencia era posible sin guerra civil. Y eso es ya una patraña evidente, flagrante, pues exactamente en la noche del 4 al 5 de julio, los bonapartistas, apoyados por los demócratas constitucionalistas y con el servilismo lacayuno de los Chernov y los Tsereteli, trasladaron tropas contrarrevolucionarias a Petrogrado. En tales condiciones, tomar el poder por vía pacífica habría sido absolutamente imposible.

Por último, y en tercer lugar, resulta, según Mártov, que un marxista —o incluso un simple demócrata revolucionario— habría tenido razón al abjurar de una consigna que expresa con acierto los intereses del pueblo

y de la revolución, basándose en que esta consigna podría llevarse a la práctica “solo en el proceso de una guerra civil”... ¡Pero si eso es un absurdo evidente, una renuncia palmaria a toda lucha de clases y a toda revolución! Porque ¿quién ignora que la historia universal de todas las revoluciones nos muestra una transformación no casual, sino ineluctable, de la lucha de clases en guerra civil? ¿Quién ignora que precisamente *después* del 4 de julio vemos en Rusia el comienzo de una guerra civil iniciada por la burguesía contrarrevolucionaria, el desarme de regimientos, fusilamientos en el frente y asesinatos de bolcheviques? La guerra civil, fíjense en esto, es “inadmisibles” para la democracia revolucionaria justamente cuando el desarrollo de los acontecimientos ha conducido, como una necesidad inexcusable, a que la desencadene la burguesía contrarrevolucionaria.

Mártov se ha hecho un lío de la manera más increíble, más divertida y más estúpida.

Para deshacer ese lío hay que decir lo que sigue: Precisamente hasta el 4 de julio,

la consigna de transferir todo el poder a los Soviets, con la composición que tenían entonces, fue la única justa. Entonces eso era posible por vía pacífica, sin guerra civil, pues aún no existían las violencias sistemáticas contra las masas, contra el pueblo, que se iniciaron después del 4 de julio. Entonces eso aseguraba el avance pacífico de toda la revolución y, en particular, la posibilidad de suprimir pacíficamente la lucha de las clases y de los partidos *en el seno* de los Soviets.

Después del 4 de julio, la entrega del poder a los Soviets se hizo imposible sin guerra civil, pues en las jornadas del 4 y 5 de julio el poder pasó a manos de la camarilla militar, bonapartista, respaldada por los demócratas constitucionalistas y las centurias negras. De ahí dimana que todos los marxistas, todos los adeptos del proletariado revolucionario y todos los demócratas revolucionarios honrados *deban* explicar ahora a los obreros y los campesinos el cambio radical de la situación, el cual determina otro camino para el paso del poder a los proletarios y semiproletarios.

Mártov no adujo argumentos en defensa de su “idea” de que la guerra civil es “hoy” inadmisibile y de que entre sus objetivos “no figura derribar el gobierno actual”. Esta opinión, expresada sin la motivación necesaria y, además, en una asamblea defensista, ha de parecerse forzosamente a un argumento defensista: es como si se dijera que la guerra civil es inadmisibile en el interior del país porque amenaza un enemigo exterior.

Ignoramos si MártoV se atrevería a exponer públicamente este argumento, uno de los más usuales entre la masa de la pequeña burguesía. Y, como es lógico, uno de los más vulgares. La burguesía no temió la revolución y la guerra civil en momentos en que amenazaba un enemigo exterior: no la temió ni en septiembre de 1870 en Francia ni en febrero de 1917 en Rusia. La burguesía no temió tomar el poder, a costa de una guerra civil, en momentos en que amenazaba un enemigo exterior. El proletariado revolucionario hará también muy poco caso de este “argumento” de embusteros y lacayos de la burguesía.

Uno de los errores teóricos más burdos en que incurre Mártov, y que es también típico en extremo de toda la gama de ideas políticas de la pequeña burguesía, consiste en confundir la contrarrevolución zarista –y, en general, monárquica– con la contrarrevolución burguesa. Eso es precisamente estrechez específica o cerrazón específica del demócrata pequeñoburgués, que no puede escapar de su dependencia económica, política e ideológica respecto de la burguesía, que cede a ésta la primacía, ve en ella el “ideal” y cree en sus gritos sobre el peligro de “contrarrevolución desde la derecha”.

Mártov ha expresado esta gama de ideas, o, mejor dicho, esta mezquindad de ideas de la pequeña burguesía, al declarar en su discurso: “Debemos, como contrapeso a la presión que se ejerce sobre él (sobre el gobierno) desde la derecha, crear una contrapresión”.

Ahí tenemos un ejemplo de credulidad filisteas y de olvido de la lucha de clases. Resulta que el gobierno parece situado por encima de las clases y de los partidos, que sobre él

solo “presionan” con fuerza excesiva desde la derecha y hay que presionar con más fuerza desde la izquierda. Oh, ¡sabiduría digna de Louis Blanc, Chernov, Tsereteli y toda su despreciable cofradía! ¡Qué infinitamente provechosa es para los bonapartistas esta sabiduría filistea! ¡Y cuán grande es el deseo de estos de presentar las cosas a los “estúpidos mujiks” precisamente como si el gobierno actual luchase contra el derechismo y el izquierdismo, solo contra los extremismos, desempeñando la verdadera función estatal y aplicando la verdadera democracia! Pero, en realidad, justamente este gobierno bonapartista es el gobierno de la burguesía contrarrevolucionaria.

A la burguesía le es provechoso (y, para eternizar su dominación, necesario) engañar al pueblo, intentando hacerle creer que ella representa “a la revolución en general, mientras que, desde la derecha, de la parte del zar, amenaza la contrarrevolución”. Esta idea, estimulada por las condiciones de vida de la pequeña burguesía, subsiste en los medios de la “democracia revolucionaria” en

general gracias exclusivamente a la infinita cerrazón de los Dan y los Tsereteli, así como al infinito narcisismo de los Chernov y los Avxéntiev.

Pero quien haya aprendido algo, por poco que sea, de la historia o de la doctrina marxista deberá reconocer que en todo análisis político debe colocarse en primer plano el problema de *las clases*: ¿qué clase hace la revolución de que se trate? ¿Y qué clase hace la contrarrevolución?

La historia de Francia nos muestra que la contrarrevolución bonapartista surgió a fines del siglo XVIII (y después, la segunda vez, en 1848-1852) sobre la base de la burguesía contrarrevolucionaria, desbrozando a su vez el camino para la restauración de la monarquía legitimista. El bonapartismo es una forma de gobierno que nace del carácter contrarrevolucionario de la burguesía en una situación de transformaciones democráticas y de revolución democrática.

Hay que cerrar los ojos adrede para no ver cómo crece el bonapartismo en Rusia en condiciones muy parecidas. La contrarre-

volución zarista es ahora insignificante, no tiene ni sombra de importancia política y no desempeña ningún papel político. El espantajo de la contrarrevolución zarista lo agitan e hinchan adrede los charlatanes para asustar a los tontos, halagar a los filisteos con sensacionalismos políticos y apartar la atención del pueblo de la verdadera y seria contrarrevolución. No se puede leer sin soltar una carcajada los razonamientos de un Zarudni cualquiera, que pugna por sopesar el papel contrarrevolucionario de cierto aliado insignificante, del tipo de la *Santa Rusia*, y “no ve” el papel contrarrevolucionario que desempeña la agrupación de toda la burguesía de Rusia, llamada Partido Demócrata Constitucionalista.

El partido de los demócratas constitucionalistas es la principal fuerza política de la contrarrevolución burguesa en Rusia. Esta fuerza ha unido magníficamente en torno suyo a todos los ultrarreaccionarios tanto en las elecciones como (lo que es aún más importante) en la máquina gubernamental militar y civil y en las campañas periodísticas

de mentiras, calumnias y hostigamiento, enfiladas primero contra los bolcheviques, es decir, contra el partido del proletariado revolucionario, y después contra los Soviets.

El gobierno actual aplica de manera paulatina, pero inflexible, precisamente la política que el Partido Demócrata Constitucionalista predicó y preparó de modo sistemático desde marzo de 1917. Reanudar y dar largas a la guerra imperialista, cesar la “charlatanería” acerca de la paz, conceder a los ministros el derecho de suspender periódicos, de prohibir la celebración de congresos y de efectuar encarcelamientos y deportaciones, restablecer la pena de muerte y los fusilamientos en el frente, desarmar a los obreros y los regimientos revolucionarios, inundar de tropas contrarrevolucionarias la capital, empezar las detenciones y persecuciones de los campesinos acusados de haber “ocupado” las tierras por propia iniciativa, clausurar las fábricas y declarar lockouts: tal es la lista, muy incompleta, de las medidas que trazan con la mayor claridad el cuadro del bonapartismo contrarrevolucionario burgués.

¿Y el aplazamiento de la convocatoria de la Asamblea Constituyente y la “coronación” de la política bonapartista por el “Zemski Sobor” en Moscú, paso de transición a la demora de la Asamblea Constituyente hasta que termine la guerra? ¿No es eso, acaso, una perla de la política bonapartista? ¡Y Mártoov no ve dónde está el Estado Mayor Central de la contrarrevolución burguesa!... Verdaderamente, los árboles les impiden ver el bosque.

¡Qué papel lacayuno, infinitamente repugnante, ha desempeñado el CEC de los Soviets (es decir, los eseristas y mencheviques que predominan en él) en el aplazamiento de la Asamblea Constituyente! Los demócratas constitucionalistas señalaron la pauta, lanzaron la idea del aplazamiento, empezaron una campaña de prensa y propusieron celebrar un congreso de cosacos para exigir ese aplazamiento. (¡Un congreso de cosacos! ¡Cómo no van a dar pruebas de servilismo los Líber, los Avxéntiev, los Chernov y los Tsereteli!) Los mencheviques y los eseristas

corrieron lacayunamente tras los demócratas constitucionalistas, se arrastraron como un perro al oír el silbido del amo y el restañar de su látigo.

En vez de facilitar al pueblo un simple resumen de datos y hechos demostrativos de la insolencia y la desvergüenza con que los demócratas constitucionalistas demoraron y frenaron desde marzo la convocación de la Asamblea Constituyente; en vez de denunciar los falaces subterfugios y aseveraciones de que era imposible convocar la Asamblea Constituyente en el plazo previsto; en vez de eso, el Buró del CEC rechazó con rapidez las “dudas” formuladas hasta por Dan (¡hasta por Dan!) y envió a dos lacayos de este colegio lacayuno, Bramsón y Brónzov, al Gobierno Provisional para informar de que “es necesario aplazar las elecciones a la Asamblea Constituyente hasta el 28 o el 29 de octubre...”. ¡Excelente preámbulo a la coronación de los bonapartistas por el *Zemski Sobor* en Moscú! Quienes no hayan llegado a la infamia completa deben agruparse alrededor del partido del proletariado revo-

lucionario. Sin la victoria de este último *no se conseguirá* ni paz para el pueblo, ni tierra para los campesinos, ni pan para los obreros y todos los trabajadores.

“Proletari”, núm. 6, 1º de septiembre (19 de agosto) de 1917.

Firmado: N. Kárpov.

Se publica según el texto del periódico “Proletari”.

Al comité central del POSDR

Es posible que estas líneas lleguen con retraso, pues los acontecimientos se desarrollan a veces con una velocidad verdaderamente vertiginosa. Escribo esto el miércoles, 30 de agosto; los destinatarios lo leerán no antes del viernes, 2 de setiembre, pero con todo y con eso, arriesgando, creo mi deber escribir lo siguiente:

La sublevación de Kornilov representa un viraje de los acontecimientos en extremo inesperado (inesperado por el momento y por la forma) e increíblemente brusco.

Como todo viraje brusco, exige una revisión y un cambio de táctica. Y como con toda revisión, con ésta hay que ser extraordinariamente prudente para no caer en una falta de principios.

A mi juicio, incurren en una falta de principios quienes (como Volodarski) descienden hasta las posiciones del defensismo o (a modo de otros bolcheviques) hasta *el bloque* con los eseristas, hasta *el apoyo* al Gobierno Provisional. Esto es archiequivocado, es una

falta de principios. Nos haremos defensores *solo después* de que el poder pase al proletariado, *después* de proponer la paz, *después* de romper con los tratados secretos y los vínculos con los bancos, *solo después*. Ni la caída de Riga *ni la caída de Petrogrado* nos harán defensores. (Rogaría que se dé a leer esto a Volodarski.) Hasta entonces estaremos por la revolución proletaria, contra la guerra y *no* seremos defensores.

Nosotros no debemos apoyar al gobierno de Kerensky *ni siquiera ahora*. Es una falta de principios. Preguntarán: ¿es posible que no haya que luchar contra Kornilov? ¡Por cierto que sí! Pero no es lo mismo; hay un límite; y ese límite lo transponen algunos bolcheviques cayendo en una “posición conciliadora”, dejándose *arrastrar* por la corriente de los acontecimientos.

Vamos a combatir y combatimos a Kornilov, *como lo hacen las tropas de Kerensky*, pero nosotros no apoyamos a Kerensky, **sino que** desenmascaramos su debilidad, ésa es la diferencia. Es una diferencia bastante sutil, pero archiesencial y no se la puede olvidar.

¿En qué consiste el cambio de nuestra táctica después de la sublevación de Kornilov?

En que cambiamos *la forma* de nuestra lucha contra Kerensky. Sin debilitar un ápice nuestra hostilidad contra él, sin retirar una sola palabra dicha en su contra, sin renunciar al objetivo de derribar a Kerensky, decimos: hay que *tomar en cuenta* el momento; no vamos a derrocar a Kerensky en seguida; ahora encararemos *de otra manera* la tarea de luchar contra él, a saber: explicando al pueblo (que lucha contra Kornilov) *la debilidad y las vacilaciones* de Kerensky. **También** antes se hacía esto. Pero ahora pasa a ser *lo fundamental*, en esto consiste el cambio.

Luego, el cambio consiste en que ponemos *en un primer plano* el intensificar la agitación en favor de lo que podríamos llamar “exigencias parciales” a Kerensky: que arreste a Mi-liukov, que arme a los obreros de Petrogrado, que llame a las tropas de Kronstadt, de Víborg y de Helsingfors a Petrogrado, que disuelva la Duma de Estado, que arreste a Rodzianko, que legalice la entrega de las tierras de los terratenientes a los campesinos, que implante el con-

trol obrero sobre el trigo y las fábricas, etc., etc. Y estas exigencias no las debemos presentar solo a Kerensky, *no tanto* a Kerensky, como a los obreros, soldados y campesinos, arrastrados por la marcha de la lucha contra Kornilov. Seguir *arrastrándolos*, alentarlos a que liquiden a los generales y oficiales que se han pronunciado a favor de Kornilov, insistir en que *ellos* exijan de inmediato la entrega de la tierra a los campesinos, sugerirles a *ellos* la idea sobre la necesidad de arrestar a Rodzianko y a Miliukov, de disolver la Duma de Estado, clausurar *Rech* y otros periódicos burgueses e iniciar una investigación judicial. A los eseristas de “izquierda” es a quienes más hay que empujar en esta dirección.

Sería incorrecto pensar que nos *hemos alejado* del objetivo de la conquista del poder por el proletariado. No. Nos hemos acercado extraordinariamente a él, pero *no en forma* directa, sino de costado. Y hay que hacer agitación *en este mismo instante*, no tanto directamente contra Kerensky, como *indirectamente*, pero también contra él, esto es: exigiendo una guerra activa, muy activa, auténticamente revolucionaria contra Kornilov.

Solo el desarrollo de esta guerra puede conducirnos *a nosotros* al poder, pero en la propaganda hay que *hablar* poco de eso (recordando firmemente que mañana mismo los acontecimientos nos pueden colocar en el poder y entonces nosotros no lo dejaremos escapar). Me parece que debería comunicarse esto en una carta a los agitadores (no en la prensa), a las comisiones de agitación y propaganda y, en general, a los miembros del Partido. Hay que luchar despiadadamente contra las frases acerca de la defensa del país, del frente único de la democracia revolucionaria, del apoyo al Gobierno Provisional, etc., etc., demostrando precisamente que no son sino *frases*. Ahora, hay que decirles, es el momento de *obrar*: ustedes, señores eseristas y mencheviques, hace tiempo que han gastado estas frases. Ahora es el momento de *obrar*. La guerra contra Kornilov hay que hacerla de manera revolucionaria, atrayendo a las masas, levantándolas, inflamándolas (y Kerensky *teme* a las masas, *teme* al pueblo). En la guerra contra los alemanes, ahora precisamente es necesario *obrar: de inmediato*

y de una manera absoluta hay que **proponer** la paz sobre la base de condiciones *precisas*. De hacer esto *se podrá* lograr, ya sea una pronta paz, ya sea transformar la guerra en revolucionaria; de otro modo, todos los mencheviques y eseristas seguirán siendo lacayos del imperialismo.

.....

P. S. Habiendo leído, *después* de escribir esto, seis números de *Rabochi*ⁱ debo decir que coincidimos plenamente. Saludo de todo corazón los magníficos editoriales, el resumen de la prensa y los artículos firmados por V. M-n y Vol-i. Sobre el discurso de Volodarski leí su carta a la Redacciónⁱⁱ; esa carta también “anula” mis reproches. Nuevamente, ¡mis mejores votos y saludos!

Lenin

*Escrito el 30 de agosto (12 de septiembre)
de 1917.*

*Publicado por primera vez el 7 de noviembre de
1920 en el periódico “Pravda”, núm. 250.*

Se publica según el manuscrito.

Notas al final - Al comité central del POSDR

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i *Rabochi* (El Obrero): diario. Órgano Central del Partido Bolchevique; se publicó desde el 25 de agosto (7 de setiembre) hasta el 2 (15) de setiembre de 1917 en lugar de *Pravda*, clausurado por el Gobierno Provisional. Aparecieron 12 números (incluyendo las ediciones extraordinarias).

ii En la carta *¡A todos los camaradas!* que apareció en el núm. 2 de *Rabochi* del 8 de setiembre (26 de agosto) de 1917, V. Volodarski desmintió la información publicada por varios periódicos –entre ellos, *Nóvaya Zhizn*– acerca del discurso sobre la situación en el frente que pronunció el 24 de agosto (6 de setiembre) en una reunión del CEC de los Soviets de diputados obreros y soldados y el Comité Ejecutivo del Soviet de diputados campesinos. Los periódicos habían tergiversado su discurso, atribuyéndole la afirmación de que “la causa de la defensa es lo más importante en este momento”. En su mentís a dicha información, Volodarski escribió que en su discurso había expuesto los planteamientos de la declaración del grupo bolchevique respecto a la brecha abierta por las tropas alemanas en el frente de Riga, en la que se condenaba tajantemente la política imperialista del Gobierno Provisional y se llamaba a salir por vía revolucionaria de la guerra imperialista.

Cómo asegurar el éxito de la asamblea constituyente

(Acercas de la libertad de prensa)

Al exponer a comienzos de abril la posición de los bolcheviques ante el problema de si debía ser convocada la Asamblea Constituyente, escribí:

“Hay que convocarla, y con la mayor rapidez. Pero solo hay una garantía de su éxito y de su convocación: aumentar el número de Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., y acrecentar su fuerza; la organización y *el armamento de las masas obreras es la única garantía*” (*Los partidos políticos de Rusia y las tareas del proletariado*. Biblioteca económica de *Zhizn i Znanie*, vol. III, pp. 9 y 29).

Desde entonces han transcurrido cinco meses, y toda una serie de dilaciones y aplazamientos de la convocatoria por culpa de los demócratas constitucionalistas han venido a confirmar la justedad de estas palabras; ha venido a confirmarla, por último, y magníficamente, la korniloviada.

Hoy, con motivo de la convocatoria de la Conferencia Democrática para el 12 de setiembre, quisiera examinar otro aspecto de la cuestión.

Tanto el periódico menchevique *Rabóchaya Gazeta* como *Delo Naroda* se han lamentado de que sea tan escasa la agitación entre los campesinos, de que se haga tan poco para instruir a esta verdadera *masa* del pueblo ruso, su verdadera mayoría. Todos comprenden y reconocen que del grado de instrucción de los campesinos depende el éxito de la Asamblea Constituyente, pero lo que se hace en este terreno es ridículamente poco. La prensa burguesa y “amarilla”, falaz y contrarrevolucionaria de pies a cabeza, engaña, embauca y trata de intimidar a los campesinos. Y en comparación con esa prensa, la de los mencheviques y eseristas (sin hablar ya de la bolchevique) es extremadamente débil.

¿Por qué ocurre eso?

Precisamente porque los partidos gobernantes, el eserista y el menchevique, son débiles, indecisos e inactivos, porque, al no aceptar la

toma de todo el poder por los Soviets, dejan a los campesinos en la ignorancia y el abandono, los entregan a la “voracidad” de los capitalistas, de su prensa y de su agitación.

Los mencheviques y eseristas califican jactanciosamente de grande nuestra revolución y lanzan a diestro y siniestro frases altisonantes y ampulosas acerca de la “democracia revolucionaria”. Pero, de *hecho*, dejan a Rusia en la situación de la revolución más corriente, más pequeñoburguesa; de una revolución que, después de destronar al zar, deja todo lo demás como estaba y no hace nada serio, absolutamente nada, para instruir políticamente a los campesinos, para acabar con su ignorancia, *último* (y más sólido) *baluarte* de los explotadores y opresores del pueblo.

Es oportuno recordar esto precisamente ahora. Precisamente ahora, ante la Conferencia Democrática y dos meses antes de la convocatoria “señalada” (para un nuevo aplazamiento) de la Asamblea Constituyente, es oportuno indicar cuán fácil sería enmendar el asunto, cuánto podría hacerse para instruir políticamente a los campesinos, si...

si nuestra “democracia revolucionaria” entre comillas fuera de verdad revolucionaria, es decir, capaz de actuar revolucionariamente, y de verdad democracia, es decir, si tuviese en cuenta la voluntad y los intereses de la mayoría del pueblo, y no de la minoría de capitalistas, que continúa usurpando el poder (gobierno Kerensky), y con la cual, pese a todo, “quieren ponerse de acuerdo” los eseristas y mencheviques directa o indirectamente, en la forma vieja o en otra nueva.

Los capitalistas (y tras ellos, por incomprensión o rutina, muchos eseristas y mencheviques) denominan “libertad de prensa” a la ausencia de censura y a la posibilidad de todos los partidos de publicar sin ningún obstáculo cualquier periódico.

En realidad, eso no es libertad de prensa, sino libertad de los ricos, de la burguesía, para engañar a las masas oprimidas y explotadas del pueblo.

En efecto. Tomemos, aunque solo sea, los periódicos de Petrogrado y Moscú. Veremos en el acto el inmenso predominio, por su tirada, de los periódicos burgueses: *Rech*,

*Birzhovka, Nóvoe Vremia, Rússkoe Slovo*ⁱ, etc., etc. (porque tales periódicos forman legión). ¿En qué se basa este predominio? No en la voluntad de la mayoría, ni mucho menos, pues las elecciones muestran que son los demócratas, es decir, los eseristas, mencheviques y bolcheviques, quienes tienen la mayoría (una mayoría gigantesca) en ambas capitales. Estos tres partidos totalizan de tres cuartas partes a cuatro quintas partes de los votos, mientras que el número de ejemplares de los periódicos que publican no llega, seguramente, a la cuarta ni siquiera a la quinta parte en comparación con la tirada de toda la prensa burguesa (la cual, como sabemos y vemos ahora, defendió directa e indirectamente la korniloviada).

¿Por qué ocurre eso?

Todos sabemos muy bien por qué. Porque la publicación de un periódico es una empresa capitalista grande y lucrativa, en la que los ricos invierten millones y millones de rublos. La “libertad de prensa” en la sociedad burguesa es la libertad de *los ricos* de enga-

ñar, corromper y embaucar cada día, de manera sistemática y continua, con millones de ejemplares, a las masas explotadas y oprimidas del pueblo, a los pobres.

Esa es la verdad sencilla y evidente, conocida de todos, observada por todos y comprendida por todos, pero que “casi todos” silencian “pudorosamente” y esquivan con temor.

Puede preguntarse si es posible luchar, y cómo, contra un mal tan indignante.

En primer lugar, existe un medio sencillísimo, efficacísimo y legalísimo, que señale hace ya mucho en *Pravda* y que es muy oportuno recordar hoy, con motivo del 12 de septiembre; un medio que deberán tener siempre presente los obreros, pues es poco probable que puedan prescindir de él cuando conquisten el poder político.

Ese medio es el monopolio estatal de los anuncios privados en los periódicos.

Hojeen *Rússkoe Slovo*, *Nóvoe Vremia*, *Birzhovka*, *Redi*, etc., y verán gran cantidad de anuncios privados que proporcionan una ganancia enorme, quizá la principal, a los ca-

pitalistas que editan esos periódicos. Así se administran, así se enriquecen y *así trafican con veneno para el pueblo* todos los periódicos burgueses del mundo entero.

En Europa hay periódicos cuya tirada representa la tercera parte del total de habitantes de la ciudad en que aparecen (por ejemplo, 80.000 ejemplares para una población de 240.000 personas) y que se envían *gratis a cada casa*, proporcionando al mismo tiempo buenos ingresos a sus editores. Esos periódicos viven de los anuncios pagados por particulares, y el reparto gratuito de los diarios asegura la mejor difusión de los anuncios.

Y yo pregunto: ¿por qué una democracia que se llama revolucionaria no puede adoptar la medida de declarar monopolio del Estado los anuncios privados en los periódicos? ¿Por qué no puede prohibir la inserción de anuncios en todos los órganos de prensa *excepto* los periódicos editados por los Soviets en las provincias y en las ciudades y por *el Soviet Central* en Petrogrado para toda Rusia? ¿Por qué ha de estar obligada

la democracia “revolucionaria” a tolerar que se enriquezcan con los anuncios privados los ricachones partidarios de Kornilov, los propaladores de mentiras y calumnias contra los Soviets?

Semejante medida sería indiscutiblemente justa. Proporcionaría ventajas inmensas tanto a quienes publican anuncios privados como a todo el pueblo, en particular a los campesinos más oprimidos e ignorantes, que podrían recibir por un precio ínfimo, o incluso gratis, los periódicos de *los Soviets* con suplementos para los campesinos.

¿Por qué no hacer eso? Únicamente porque son sagrados la propiedad privada y el derecho de herencia (de las ganancias que proporcionan los anuncios) de los señores capitalistas. Pero ¿es que pueden considerar “sagrado” ese derecho quienes se denominan demócratas revolucionarios del siglo XX, en la segunda revolución rusa?!

Se nos dirá: Eso es violar la libertad de prensa.

No es cierto. Esto sería ampliar y restablecer la libertad de prensa. Porque la libertad

de prensa significa que pueden hacerse públicas libremente todas las opiniones de *todos* los ciudadanos.

¿Y ahora? Ahora *solo* los ricos, y luego los grandes partidos, tienen ese monopolio. Pero si se editaran grandes periódicos de *los Soviets*, con todos los anuncios, sería plenamente factible asegurar la expresión de sus opiniones a un número muchísimo más amplio de ciudadanos, por ejemplo, a cada grupo que reuniera cierto número de firmas. Con esa transformación, la libertad de prensa sería *de hecho* mucho más democrática, sería incomparablemente más completa.

Pero se nos dirá: ¿Dónde encontrar imprentas y papel?

¡¡¡Ahí está el quid de la cuestión!!! ¡¡¡No se trata de la “libertad de prensa”, sino de la sacrosanta propiedad de los explotadores sobre las imprentas y las reservas de papel que detentan!!!

¿En nombre de qué debemos reconocer nosotros, los obreros y los campesinos, ese sacrosanto derecho? ¿En qué es mejor este

“derecho” de publicar noticias falsas que el “derecho” de poseer campesinos siervos?

¿Por qué durante la guerra son admisibles, y se practican por doquier, requisas de todo género –de inmuebles y apartamentos, vehículos y caballos, cereales y metales– y no se admite, en cambio, la requisa de imprentas y de papel?

A los obreros y campesinos se les podrá engañar durante cierto tiempo, presentándoles esas medidas como injustas o difíciles de realizar, pero la verdad acabará por triunfar.

El poder del Estado, personificado por los Soviets, confisca *todas* las imprentas y *todo* el papel y los distribuye *equitativamente*: en primer lugar, el Estado, en interés de la mayoría del pueblo, de la mayoría de los pobres, en particular de la mayoría de los campesinos, que durante siglos han sido atormentados, oprimidos y embrutecidos por los terratenientes y los capitalistas.

En segundo lugar, los partidos grandes que hayan reunido, supongamos, cien mil o doscientos mil votos en ambas capitales.

En tercer lugar, los partidos más pequeños, y luego cualquier grupo de ciudadanos que haya alcanzado un número determinado de miembros o reunido cierta cantidad de firmas.

Semejante distribución del papel y de las imprentas sería equitativa y, con el poder en manos de los Soviets, podría realizarse sin dificultad alguna.

De proceder así, dos meses antes de la Asamblea Constituyente, podríamos ayudar de verdad a los campesinos, asegurar el envío a *cada* aldea de una decena de folletos (o de números de periódicos o de suplementos especiales), *en millones de ejemplares*, de *cada* partido grande.

Esa sería una preparación “*democrática revolucionaria*” de las elecciones a la Asamblea Constituyente; ésa sería una ayuda de los obreros y soldados de vanguardia al campo; esa sería una aportación del Estado a la instrucción del pueblo, y no a su atontamiento y engaño; ésa sería una verdadera libertad de prensa *para todos*, y no para los ricos; eso sería romper con el pasado servil y maldito

que nos obliga a tolerar que los ricos reten-
gan en sus manos la gran obra de informar e
instruir a los campesinos.

*“Rabochi Put”, núm. 11, 28 (15)
de septiembre de 1917.*

Firmado: N. Lenin.

*Se publica según el texto del periódico “Rabochi
Put”.*

Notas al final - Cómo asegurar el éxito de la asamblea constituyente (Acerca de la libertad de prensa)

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i *Rússkoe Slovo* (La Palabra Rusa): diario que se publicó en Moscú desde 1895 (el primer número de prueba apareció en 1894). Ese periódico formalmente sin partido defendió desde posiciones liberales moderadas los intereses de la burguesía rusa. En 1917 respaldó sin reservas al Gobierno Provisional burgués y llevó a cabo una furibunda campaña contra Lenin y contra el Partido Bolchevique.

Suspendido en noviembre de 1917, por haber publicado informaciones antisoviéticas calumniadoras. Desde enero de 1918 apareció algún tiempo con los títulos de *Nóvoe Slovo* (La Nueva Palabra) y *Nashe Slovo* (Nuestra Palabra). Clausurado definitivamente en julio de 1918.

Los campeones del fraude y los errores de los bolcheviquesⁱ

La llamada Conferencia Democrática ha terminado. Gracias a Dios, una comedia más ha pasado. Pese a todo avanzamos, siempre que el destino no tenga reservado, para nuestra revolución, más que un cierto número de comedias.

Para poder enjuiciar exactamente los resultados políticos de la Conferencia, debemos tratar de determinar su exacta significación de clase, según lo indican los hechos objetivos.

Mayor descomposición de los partidos del gobierno —eseristas y mencheviques—, desaparición evidente de su mayoría entre los demócratas revolucionarios, un paso adelante en la unificación del señor Kerensky y los señores Tsereteli, Chernov y Cía. y en el desmascaramiento del bonapartismo de estos: tal es la significación de clase de la Conferencia.

En los Soviets, los eseristas y mencheviques han perdido la mayoría. Por lo tanto, han tenido que recurrir a un fraude: violaron

su promesa de convocar, en el plazo de tres meses, un nuevo congreso de los Soviets; eludieron rendir cuentas a quienes habían elegido el Comité Ejecutivo Central de los Soviets; amañaron la Conferencia “Democrática”. Los bolcheviques hablaron de esta falsificación antes de la Conferencia, y los resultados lo confirmaron plenamente. Los Liberdánⁱⁱ y los señores Tsereteli, Chernov y Cía. vieron que disminuía su mayoría en los Soviets y entonces recurrieron a un fraude.

Los argumentos en el sentido de que las cooperativas, así como los representantes de las ciudades y de los zemstvosⁱⁱⁱ, “correctamente” elegidos, “tienen ya una gran importancia entre las organizaciones democráticas”, son tan endebles, que presentarlos en serio no es más que una torpe hipocresía. En primer lugar, el CEC fue elegido por los Soviets, y si elude rendirles cuentas y entregarles su mandato, se trata de una estafa bonapartista. En segundo lugar, los Soviets representan a la democracia revolucionaria en la medida en que acuden a ellos quienes quieren luchar en forma revolucionaria. Sus

puertas no están cerradas ni a los miembros de las cooperativas ni a los habitantes de las ciudades. Dirigían los Soviets los mismos eseristas y mencheviques.

Los que permanecieron *solamente* en las cooperativas, los que se limitaron solamente a la labor municipal (urbana y de los zemstvos), se apartaron voluntariamente de las filas de la democracia revolucionaria, adhiriéndose así a una democracia que era reaccionaria o neutral. Nadie ignora que la labor cooperativa y municipal la realizan *no solo* los revolucionarios, sino *también* los reaccionarios; nadie ignora que a las cooperativas y municipalidades se elige sobre todo para un trabajo que *no* tiene alcance político general.

Asegurarse subrepticamente el apoyo de los partidarios de *Edinstvo* y los reaccionarios “apartidistas”: tal fue el objetivo de los Liberdán, Tsereteli, Chernov y Cía. cuando falsificaron la Conferencia. Ese fue el fraude que realizaron. En eso consiste su bonapartismo, que los une al bonapartista Kerensky. Despojar a la democracia, conservando hi-

pócritamente apariencias democráticas: este es el fondo de la cuestión.

Nicolás II sacaba sumas impresionantes, por decirlo así, al principio de la democracia: convocaba instituciones representativas, pero concedía a los terratenientes una representación centenares de veces mayor que a los campesinos. Los Liberdán, Tsereteli y Chernov se dedican a robos menudos contra los principios democráticos: convocan una “Conferencia Democrática”, en la cual *tanto* los obreros *como* los campesinos denuncian con toda justicia el cercenamiento de su representación, *la falta* de proporcionalidad, *la discriminación* en favor de los elementos más afines a la burguesía (y a la democracia reaccionaria), elementos de las cooperativas y de los municipios.

Los señores Liberdán, Tsereteli y Chernov han roto con las masas obreras y campesinas pobres, se han separado de ellas. Su salvación está en el fraude que mantiene también a “su” Kerensky.

La diferenciación de clases progresa. En los partidos eserista y menchevique cobra

vigor la protesta y madura una verdadera escisión porque los “dirigentes” traicionaron los intereses de la mayoría de la población. Los dirigentes se apoyan en *la minoría* a despecho de los principios de la democracia. El fraude es por tanto *inevitable* para ellos.

Kerensky se revela más y más como un bonapartista. Era considerado “eserista”. Ahora sabemos que no solo es un eserista de “marzo”, quien saltó al campo eserista desde el grupo de los trudoviques “con fines de publicidad”. Es también un partidario de Breshko-Breshkóvskaya, esa “señora Plejánov” entre los eseristas, o la “señora Potrésov” en el eserista *Den*. Kerensky *pertenece* a la llamada ala “derecha” de los llamados partidos “socialistas”, a los Plejánov, Breshkóvskaya y Potrésov; ala que no se distingue sustancialmente en *nada* de los demócratas constitucionalistas.

Por algo los demócratas constitucionalistas aplauden a Kerensky. El sigue *su* política, pide consultas a ellos y a Rodzianko *a espaldas del pueblo*, ha sido denunciado por Chernov y otros como cómplice de Sávinkov,

amigo de Kornilov. Kerenski es *un kornilovista* que *por casualidad* se ha malquistado con Kornilov, pero sigue íntimamente aliado a otros kornilovistas. Es *un hecho* probado, tanto por las revelaciones de Sávinkov y de *Delo Naroda*, como por el juego político continuo, el “carrusel ministerial” de Kerensky y los kornilovistas, disfrazados con el nombre de la “clase comercial e industrial”.

Transacciones secretas con los kornilovistas, entendimiento familiar secreto con los imperialistas “aliados” (a través de Teréschenko y Cía.), demora y sabotajes secretos de la Asamblea Constituyente, engaño secreto a los campesinos para favorecer a Rodzianko, es decir, a los terratenientes (duplicando el precio de los cereales): es esto lo que *realmente* está haciendo Kerensky. Esa es su política de *clase*. En eso consiste su bonapartismo.

Para ocultar estos hechos a la Conferencia, los Liberdán, Tsereteli y Chernov tuvieron que falsificarla.

Los bolcheviques participaron en ese abominable fraude, en esa farsa, por la misma

razón que participaron en la III Duma: hasta en un “chiquero” debemos defender nuestra causa, hasta desde un “chiquero” debemos proporcionar una documentación reveladora para la instrucción del pueblo.

La diferencia, no obstante, es que la III Duma fue convocada cuando la revolución evidentemente decaía, mientras que hoy existe evidente ascenso de *una nueva revolución*, aunque por desgracia, muy poco sabemos del alcance y rapidez de ese ascenso.

* * *

El episodio más característico de la Conferencia fue, en mi opinión, la intervención de Zarudni. Nos cuenta que “bastó que Kerensky insinuara” la reorganización del gobierno, para que todos los ministros presentaran su dimisión. “Al día siguiente –prosigue el ingenuo, puerilmente ingenuo (ojalá fuera *solamente* ingenuo) Zarudni–, al día siguiente, a pesar de nuestra dimisión, nos llamaron, consultaron con nosotros y, por último, nos hicieron quedar”.

“Risa general en la sala”, acota al llegar aquí el órgano oficial *Izvestia*.

¡Gente alegre la que participa en el engaño bonapartista del pueblo, por parte de los republicanos! ¡Todos somos demócratas revolucionarios, sin broma!

“Desde el primer momento –dijo Zarudni– oímos hablar de dos cosas: esforzarse por la eficiencia combativa del ejército y acelerar la paz sobre bases democráticas. Bien, por lo que se refiere a la paz, no sé si durante el mes y medio en que formé parte del Gobierno Provisional, este hizo algo al respecto; no me he dado cuenta. (Aplausos, una voz entre el público: ‘¡No ha hecho nada!’), acota *Izvestia*.) Cuando, en mi calidad de miembro del Gobierno Provisional, pregunté sobre ello, no obtuve respuesta...”.

Así habló Zarudni, según informa el órgano oficial *Izvestia*. Y la Conferencia escucha en silencio, tolera semejantes cosas, nadie interrumpe al orador, no se levanta la sesión, nadie salta de su asiento para expulsar a Kerensky y al gobierno. ¡Cómo iban a hacerlo! ¡Estos

“demócratas revolucionarios”, sin excepción, apoyan a Kerensky con todas las fuerzas!

Muy bien, caballeros, pero entonces ¿en qué se diferencia el concepto “demócrata revolucionario” de los conceptos “lacayo” y “bribón”?

Es natural que los bribones sean capaces de reír a carcajadas cuando “su” ministro, que se distingue por una rara ingenuidad o una rara estupidez, les informa cómo Kerensky saca y reemplaza ministros (para entenderse con los kornilovistas a espaldas del pueblo y “sin miradas indiscretas”). No es extraño que los lacayos permanezcan en silencio cuando “su” ministro, que parece haber tomado en serio frases generales sobre la paz sin reparar en su hipocresía, confiesa que ni siquiera obtuvo una respuesta a su pregunta sobre qué pasos reales hacia la paz se habían dado. Ese es el destino de los lacayos: dejarse engañar por el gobierno. Pero ¿¿qué tiene que ver esto con el espíritu revolucionario?¿, ¿¿qué tiene que ver con la democracia?¿

No tendría nada de extraño que los soldados y obreros revolucionarios llegasen a

pensar: “Qué bueno sería que el techo del Teatro de Alejandro se derrumbara y aplastara a toda esa pandilla de almas serviles que pueden permanecer calladas cuando se les declara abiertamente que Kerensky y Cía. los embaucan con su charla sobre la paz; que pueden reír a carcajadas cuando sus propios ministros les dicen con la claridad del día que el carrusel ministerial es una comedia (que encubre las transacciones de Kerensky con los kornilovistas). ¡Líbrenos Dios de nuestros amigos, que de nuestros enemigos nos libraremos nosotros! Líbrenos Dios de esos pretendientes a la dirección de la revolución y de la democracia, que de Kerensky, de los demócratas constitucionalistas, de los kornilovistas nos libraremos nosotros”.

* * *

Paso ahora a los errores de los bolcheviques. Limitarse, en ese momento, a aplausos y exclamaciones irónicos es evidente error.

El pueblo está fastidiado de vacilaciones y dilaciones. El descontento crece evidente-

mente. Se acerca una nueva revolución. Los demócratas reaccionarios, los Liberdán, Tseteli, etc., solo quieren *distraer* la atención del pueblo con esta cómica “Conferencia”, “*entretener*” al pueblo con esta comedia, *separar* a los bolcheviques de las masas, *reteniendo* a los delegados bolcheviques ;con la indigna ocupación de sentarse y escuchar a los Zarudni! ;¡Y los Zarudni son aún más sinceros que los otros!!

Los bolcheviques debieron retirarse en señal de protesta y para no caer en la trampa, no contribuir a que por medio de la Conferencia se distrajera la atención del pueblo de los problemas serios. Los bolcheviques debieron dejar a uno, dos o tres de sus 136 diputados como “servicio de enlace”, es decir, para que comunicaran por teléfono el momento en que terminara la charlatanería insulsa y se pasara a votar. Pero los bolcheviques no debieron *dejarse ocupar* con necesidades evidentes, con el engaño evidente al pueblo que tenga por objeto evidentemente *aplar* la creciente revolución entreteniéndolo con asuntos fútiles.

El 99% de los delegados bolcheviques debieron ir a las fábricas y los cuarteles. Ese era el lugar adecuado para delegados que habían venido de todos los rincones de Rusia, y que, después del discurso de Zarudni, pudieron ver toda la podredumbre de los eseristas y los mencheviques. Allí, más cerca de las masas, en cientos y miles de acciones y entrevistas, debieron discutir las enseñanzas de esa cómica reunión, que e videntemente solo dio un respiro al kornilovista Kerensky y le facilitó que intentara nuevas variaciones en el juego del “carrusel ministerial”.

Los bolcheviques tuvieron una actitud errónea hacia el parlamentarismo en momentos de crisis revolucionarias (y no “constitucionales”), una actitud errónea hacia los eseristas y mencheviques.

Se comprende cómo sucedió esto: la historia dio un viraje *muy* brusco con la korniloviada. El Partido no pudo ponerse a tono con el ritmo increíblemente rápido de la historia en este viraje. El Partido se dejó atraer, momentáneamente, a la trampa de una charlatanería despreciable.

Hubo que destinar el uno por ciento de sus fuerzas a esa charlatanería y consagrar el 99% a *las masas*.

Si el viraje instaba a proponer un acuerdo de transacción con los eseristas y los mencheviques (personalmente creo que sí), los bolcheviques debieron hacerlo en forma clara, a la luz del día y rápidamente, a fin de *aprovechar en el acto* la posible y probable negativa de los amigos del bonapartista Kerensky de llegar a un compromiso con ellos.

Esa negativa se presentaba ya en los artículos de Delo Naroda y Rabóchaya Gazeta, en vísperas de la Conferencia. Se debió decir a las masas, del modo más oficial, más abierto y más claro posible, se les debió decir sin perder un solo minuto: los señores eseristas y mencheviques habían rechazado nuestro ofrecimiento de un acuerdo, ¡abajo los eseristas y los mencheviques! Con semejante consigna difundida en fábricas y cuarteles, la Conferencia habría podido “reírse” de las manifestaciones ingenuas de Zarudni.

La atmósfera de un cierto entusiasmo por la “Conferencia” y por el ambiente que la ro-

deó, parece tener su origen en factores diversos. El camarada Zinóviev cometió un error al escribir de manera tan ambigua (ambigua por no decir otra cosa) a propósito

de la Comuna; según él, la Comuna, aunque triunfante en Petrogrado, podría ser derrotada *como en Francia en 1871*. Es absolutamente inexacto. Si la Comuna triunfara en Petrogrado *triunfaría* también en Rusia. Fue otro error de su parte escribir que los bolcheviques hicieron bien en proponer una representación proporcional del Presídium del Soviet de Petrogrado. Nunca el proletariado revolucionario hará nada que valga la pena *en el Soviet mientras* se permita la representación proporcional a los señores Tsereteli: admitirlos significa *privarnos* de la oportunidad de trabajar, significa *arruinar* el trabajo del Soviet. El camarada Kámenev cometió un error al pronunciar su primer discurso en la Conferencia en un espíritu puramente “constitucional”, cuando planteó la ridícula cuestión de confianza o “desconfianza” en el gobierno. Si *no era posible*, en esa reunión, decir *la verdad* sobre el kornilovista

Kerenski que ya había sido dicha, tanto en *Rabochi Put*^{iv} como en *Sotsial-Demokrat*^v de Moscú, entonces, ¿por qué no remitirse a esos periódicos y *afirmar ante las masas* que la Conferencia no quería oír la verdad sobre el kornilovista Kerensky?

Las delegaciones obreras de Petrogrado cometieron un error cuando mandaron oradores a *semejante* Conferencia, después del discurso de Zarudni, después de aclarada la situación. ¿Por qué arrojar margaritas ante los amigos de Kerensky? ¿Por qué desviar la atención de las fuerzas proletarias hacia una cómica conferencia? ¿Por qué esas mismas delegaciones no fueron pacífica y legalmente a los cuarteles y a **las** fábricas más atrasadas? Esto hubiera sido un millón **de** veces más útil, más importante, más serio, más práctico, que el viaje hasta el Teatro de Alejandro y las conversaciones con los cooperadores que simpatizan con *Edinstvo* y Kerensky.

Diez soldados o diez obreros convencidos **de** una fábrica atrasada *valen mil ve-*

ces más que cien delegados recogidos por los Liberdán en diversas delegaciones. El parlamentarismo, sobre todo en momentos revolucionarios, debe utilizarse no para perder un tiempo precioso con **los** representantes de la podredumbre, sino para *instruir a las masas mostrándoles un ejemplo de podredumbre*.

¿Por qué no pueden esas mismas delegaciones proletarias “utilizar” la Conferencia para editar, digamos, dos carteles explicando que la Conferencia es una comedia y *exhibirlos* en los cuarteles y las fábricas? En uno de los carteles se podría presentar a Zarudni con gorro de bufón, bailando sobre un tablado y cantando el estribillo: “Kerensky nos *destituyó*, Kerensky nos *restituyó*”. Y a su alrededor, Tsereteli, Chemov, Skóbelev y un cooperador del brazo con Líber y Dan, todos desternillándose de risa. Con pie abajo: “*Ellos están alegres*”.

Segundo cartel. Otra vez Zarudni ante el mismo público, diciendo: “Durante un mes y medio interrogué sobre la paz. *No recibí ninguna respuesta*”. El público permanece en

silencio, sus rostros expresan “seriedad gubernamental”. Sobre todo, parece muy serio Tsereteli, mientras escribe furtivamente en su libro de notas: “¡Qué bobo es este Zarudni! ¡Ese imbécil debería estar acarreado estiércol en lugar de ser ministro! ¡Es defensor de la coalición y la socava peor que cien bolcheviques! Fue ministro y nunca aprendió a hablar como ministro, debió decir: durante un mes y medio, yo seguí continuamente el desarrollo de la campaña por la paz y estoy plenamente convencido de su éxito final, precisamente bajo el gobierno de coalición de acuerdo con la gran idea de Estocolmo, etc., etc. El mismo *Rússkaya Volia* habría entonces ensalzado a Zarudni como paladín de la revolución rusa”.

Con pie abajo: Conferencia “democrática revolucionaria” de hombres prostituidos.

Escrito antes de la terminación de la Conferencia. Cambiar la primera frase: por ejemplo, “En lo esencial, ha terminado”, etc.

Escrito en septiembre, no más tarde del día 22 (5 de octubre) de 1917.

Publicado incompleto el 7 de octubre (24 de septiembre) de 1917 en el periódico “Rabochi Put”, núm. 19.

Firmado: N. Lenin.

El texto íntegro se publicó por primera vez en 1949, en la 4ª ed. de “Obras” de Lenin, t. 26.

Se publica según el manuscrito.

.....

Notas al final - Los campeones del fraude y los errores de los bolcheviques^{<?>}

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i El artículo *Los campeones del fraude y los errores de los bolcheviques* fue publicado por primera vez, abreviado, en el periódico *Rabochi Put*, núm. 19 del 7 de octubre (24 de septiembre) de 1917, con el título *Los campeones del fraude*. La parte donde Lenin criticaba los errores de los bolcheviques con relación a la Conferencia Democrática, así como los errores de Zinóviev y Kámenev, no se publicó. Evidentemente, Lenin supuso ante todo este hecho, cuando en el capítulo VI del artículo *La crisis ha madurado*, que debía ser distribuido entre los miembros del CC, del CP, del CM y de los Soviets, escribió con indignación que el Órgano Central borraba de sus artículos las referencias a los “errores tan escandalosos de los bolcheviques...”.

ii *Los Liberdán*: apodo irónico que se les dio a los dirigentes mencheviques Líber y Dan y a sus partidarios después de que, en el periódico bolchevique moscovita *Sotsial-Demokrat*, núm. 141 del 25 de agosto (7 de setiembre) de 1917, apareció un artículo satírico de D. Bedni titulado *Liberdán*.

iii *Zemstvo*: sedicente administración autónoma local encabezada por la nobleza en las provincias centrales de la Rusia zarista. Fue instituida en 1864. Su competencia estaba limitada a los asuntos económicos de carácter puramente local (instalación de hospitales, construcción de caminos, estadísticas, seguros).

iv *Rabochi Put* (El Camino Obrero): diario, Órgano Central del Partido Bolchevique; apareció desde el 3 (16) de setiembre hasta el 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917, en lugar del periódico *Pravda*, clausurado por el Gobierno Provisional. Desde el 27 de octubre (9 de noviembre), *Pravda* volvió a aparecer con su título.

v *Sotsial-Demokrat* (El Socialdemócrata): diario del Buró Regional de Moscú, del Comité Urbano de Moscú y, más tarde, del Comité Comarcal de Moscú del POSD(b) de Rusia. Se publicó desde marzo de 1917 hasta marzo de 1918, cuando a raíz del traslado del Gobierno soviético y del Comité Central del Partido a Moscú, se fusionó con *Pravda*.

Del diario de un publicista

Los errores de nuestro partido

Viernes, 22 de setiembre de 1917.

Cuanto más se reflexiona sobre la significación de la llamada Conferencia Democrática, cuanto más atentamente se la observa desde fuera –y desde fuera, como suele decirse, se ven mejor las cosas–, tanto más firme es el convencimiento de que nuestro Partido ha cometido un error al participar en ella. Deberíamos haberla boicotearlo. Se preguntará, quizá, qué provecho reporta analizar semejante cuestión. Lo pasado, pasado. Pero semejante objeción a la táctica del día de ayer sería insolvente a todas luces. Hemos condenado siempre –y, como marxistas, estamos obligados a condenar siempre– la táctica de “vivir al día”. No nos bastan los éxitos fugaces. Tampoco nos bastan, en general, los cálculos para un minuto o para un día. Debemos comprobarnos constantemente, *estudiando* la cadena de acontecimientos políticos en su conjunto, en su conexión causal

y en sus resultados. Al analizar los errores de ayer, aprendemos a evitar los errores hoy y mañana.

En el país está madurando claramente una nueva revolución, una revolución de *otras* clases (en comparación con las que realizaron la revolución contra el zarismo). Entonces fue una revolución del proletariado, el campesinado y la burguesía, aliada al capital financiero anglo-francés, contra el zarismo.

Ahora está madurando una revolución del proletariado y de la mayoría del campesinado —exactamente, de los campesinos pobres— contra la burguesía, contra su aliado (el capital financiero anglo-francés) y contra su máquina gubernamental, encabezada por el bonapartista Kerensky.

No nos detendremos a examinar ahora los hechos que prueban el crecimiento de la nueva revolución, pues a juzgar por los artículos de nuestro Órgano Central, *Rabochi Put*, el Partido ha esclarecido ya sus opiniones acerca de este punto. El crecimiento de la nueva revolución es un fenómeno que, según parece, reconoce todo el Partido. Está claro que

los resúmenes de datos sobre este crecimiento serán aún necesarios, pero deberán constituir el tema de otros artículos.

En este momento es más importante prestar la mayor atención a las diferencias de clase entre la revolución vieja y la nueva, a la consideración del momento político y de nuestras tareas desde el punto de vista de ese fenómeno fundamental, de la correlación de clases. Entonces, en la primera revolución, la vanguardia fueron los obreros y los soldados, es decir, el proletariado y los sectores avanzados del campesinado.

Esta vanguardia *llenó tras de sí* no solo a muchos de los elementos peores y vacilantes de la pequeña burguesía (recordemos las vacilaciones de los mencheviques y los trudo- viques acerca de la república), sino también al partido monárquico de los demócratas constitucionalistas, a la burguesía liberal, transformándola en republicana. ¿Por qué fue posible semejante transformación?

Porque la dominación económica lo es todo para la burguesía, en tanto que la forma de dominación política es lo de menos.

La burguesía puede dominar también con la república, y su dominación con ella puede incluso ser más segura, en el sentido de que este régimen político no afecta a la burguesía con ningún cambio en el gobierno o en la composición y el agrupamiento de los partidos gobernantes.

Naturalmente, la burguesía ha sido y es partidaria de la monarquía, porque a todos los capitalistas y terratenientes les es más clara y “entrañable” la protección más brutal, militar, del capital por las instituciones monárquicas. Pero cuando existe una fuerte presión “desde abajo”, la burguesía “se ha conformado” siempre y en todas partes con la república con tal de mantener su dominación económica.

Ahora, el proletariado y los campesinos pobres, es decir, *la mayoría* del pueblo, han adoptado tal actitud frente a la burguesía y el imperialismo “aliado” (y mundial también) que *es imposible “llevar” tras de sí* a la burguesía. Es más: las altas esferas de la *pequeña* burguesía y los sectores más acomodados de la *pequeña burguesía democrática* están

abiertamente en contra de la nueva revolución. Este hecho es tan evidente que no hay necesidad de detenerse ahora en él. Los señores Liberdán, los Tsereteli y los Chernov lo ilustran del modo más patente.

Ha cambiado la correlación de las clases. Eso es lo esencial.

No son esas clases las que se encuentran “a un lado y a otro de la barricada”.

Eso es lo principal.

En eso, y *solo* en eso, está la base *científica* que permite hablar de una *nueva* revolución, la cual, razonando teóricamente y enfocando el problema en abstracto, podría producirse de una manera legal si, por ejemplo, la Asamblea Constituyente convocada por la burguesía diera una mayoría contra ella, diera la mayoría a los partidos de los obreros y los campesinos pobres.

La correlación objetiva de las clases, su papel (económico y político) fuera y dentro de las instituciones representativas de este tipo, el ascenso o el descenso de la revolución y la relación entre los medios de lucha parlamentarios y extraparlamentarios son los datos ob-

jetivos, principales, fundamentales, que deben tenerse en cuenta para deducir a lo marxista –y no de una manera arbitraria, no por “simpatía”– la táctica del boicot o de la participación.

La experiencia de nuestra revolución esclarece de una manera patente cómo hay que enfocar al estilo marxista el problema del boicot.

¿Por qué fue una táctica justa el boicot a la Duma de Buliguin?

Porque coincidía con la correlación objetiva de las fuerzas sociales en su desarrollo. Proporcionaba una consigna a la creciente revolución por el derrocamiento del viejo poder, el cual, para apartar al pueblo de la revolución, convocó una institución conciliadora (la Duma de Buliguin), burdamente falsificada y que, por ello, no abría ninguna perspectiva de “enganche” serio al parlamentarismo. Los medios extraparlamentarios de lucha de que disponían el proletariado y el campesinado eran más fuertes. Tales son los elementos que integraban la táctica del boicot a la Duma de Buliguin, una táctica acertada que tenía en cuenta la situación objetiva.

¿Por qué fue equivocada la táctica del boicot a la III Duma?

Porque se apoyaba únicamente en la “brillantez” de la consigna de boicot y en la repugnancia al brutal reaccionarismo del “establo” del 3 de junio. Pero la situación objetiva era tal que, por una parte, la revolución se hallaba en fortísimo declive y seguía descendiendo. Para que pudiera ascender tenía magna importancia política el apoyo parlamentario (incluso dentro del “establo”), pues los medios extraparlamentarios de propaganda, agitación y organización casi no existían o eran débiles en extremo. Por otra parte, el brutal reaccionarismo de la III Duma no le impedía ser un órgano de auténtica correlación de las clases, a saber: la unión stolipiniana de la monarquía y la burguesía. El país debía superar esta nueva correlación de las clases.

Tales son los elementos que integraban la táctica de la participación en la III Duma, una táctica que tenía en cuenta acertadamente la situación objetiva.

Basta con reflexionar sobre estas enseñanzas de la experiencia, sobre las condiciones

del enfoque marxista del boicot o de la participación, para convencerse de cuán equivocada ha sido la táctica de participar en la “Conferencia Democrática”, “Consejo Democrático” o Anteparlamento.

De un lado, crece la nueva revolución. La guerra asciende. Los medios extraparlamentarios de propaganda, agitación y organización son inmensos. La importancia de la tribuna “parlamentaria” en el Anteparlamento es insignificante. De otro lado, ese Anteparlamento no expresa ni “sirve” a ninguna nueva correlación de clases; el campesinado, por ejemplo, está representado en él *peor* que en los organismos ya existentes (el Soviet de diputados campesinos). Toda la esencia del Anteparlamento es *una falsificación* bonapartista no solo en el sentido de que la inmunda banda de los Liberdán, los Tsereteli y los Chernov, junto con Kerensky y Cía., *han amañado*, han falseado la composición de esta Duma tsereteliana buliguiniana. Es una falsificación también en el sentido, más profundo, de que la única misión del Anteparlamento consiste en embaucar a las ma-

sas, engañar a los obreros y los campesinos, apartarlos de la nueva y creciente revolución, deslumbrar a las clases oprimidas con nuevas galas para la *vieja* “coalición”, ya probada, deteriorada y ajada, con la burguesía (es decir, para la conversión de los señores Tsereteli y Cía. por la burguesía en mamarrachos que ayudan a someter al pueblo al imperialismo y a la guerra imperialista).

Ahora somos débiles –dice el zar en agosto de 1905ⁱ a sus terratenientes feudales–. Nuestro poder se tambalea. Se alza la ola de la revolución obrera y campesina. Hay que embaucar al “vulgo”, untarle los labios...

Ahora somos débiles –dice el “zar” actual, el bonapartista Kerensky, a los demócratas constitucionalistas, a los sin partido Tit-Títich, a los Plejánov, las Breshkóvskaya y Cía.–. Nuestro poder se tambalea. Se alza la ola de la revolución obrera y campesina contra la burguesía. Hay que embaucar a la democracia tiñendo de otros colores el traje de bufón que usan desde el 6 de mayo de 1917, para engañar al pueblo, “los líderes de la democracia revolucionaria”, eseristas y

mencheviques, nuestros simpáticos amigos los Tsereteli y los Chernov. No será difícil untarles los labios con el “Anteparlamento”.

Ahora somos fuertes –dice el zar a sus terratenientes feudales en junio de 1907–. La ola de la revolución obrera y campesina decrece. Pero no podemos sostenernos como antes, y el engaño solo es insuficiente. Hace falta una nueva política en el campo, hace falta un nuevo bloque económico y político con los Guchkov y los Miliukov, con la burguesía.

Podemos imaginarnos así tres situaciones –agosto de 1905, septiembre de 1917 y junio de 1917– para explicar con mayor claridad las bases objetivas de la táctica del boicot y su nexo con la correlación de las clases. El engaño de las clases oprimidas por los opresores existe siempre, pero la significación de este engaño es distinta en momentos históricos diferentes. La táctica no puede basarse únicamente en que los opresores engañan al pueblo; hay que determinarla analizando *en su conjunto* la correlación de las clases y el desarrollo de la lucha tanto extraparlamentaria como parlamentaria.

La táctica de la participación en el Anteparlamento es *equivocada*, no corresponde a la correlación objetiva de las clases, a las condiciones objetivas del momento.

Deberíamos haber boicoteado la Conferencia Democrática; todos nos equivocamos al no hacerlo, pero equivocarse no significa engañar. Corregiremos el error si existe el sincero deseo de apoyar la lucha revolucionaria de las masas, si se reflexiona seriamente sobre las bases objetivas de la táctica.

Hay que boicotear el Anteparlamento. Hay que ir al Soviet de diputados obreros, soldados y campesinos, hay que ir a los sindicatos, hay que ir, en general, a las masas. Hay que llamarlas a la lucha. Hay que darles una consigna justa y clara: disolver la banda bonapartista de Kerensky y su falso Anteparlamento, esa Duma tsereteliana buliguiniana. Los mencheviques y los eseristas no aceptaron, ni siquiera después de la korniloviada, nuestra transacción, la entrega pacífica del poder a los Soviets (en los que *entonces* aún *no* teníamos la mayoría) y cayeron de nuevo en la charca de las abyectas y viles componendas con los de-

mócratas constitucionalistas. Abajo los mencheviques y los eseristas. Lucha sin cuartel contra ellos. Expulsión implacable de ellos de todas las organizaciones revolucionarias, ninguna negociación, ningún contacto con estos *amigos de los Kishkin*; con estos amigos de los terratenientes y capitalistas kornilovistas.

Sábado, 23 de setiembre.

Trotsky era partidario del boicot. ¡Bravo, camarada Trotsky! El boicotismo fue derrotado en el grupo de bolcheviques que asistieron a la Conferencia Democrática.

¡Viva el boicot!

No podemos ni debemos conformarnos en ningún caso con la participación. La minoría de una conferencia no es el órgano máximo del Partido; además, incluso las decisiones de los órganos máximos deben ser revisadas tomando como base la experiencia de la vida.

Es preciso conseguir a toda costa que el problema del boicotea resuelto por una sesión plenaria del Comité Ejecutivo y por un congreso extraordinario del Partido. Hay que

hacer ahora mismo del problema del boicot una plataforma para las elecciones al Congreso y para *todas* las elecciones en el seno del Partido.

Hay que incorporar a *las masas* a la discusión del problema. Es necesario que los obreros conscientes tomen el asunto en sus manos, efectuando esta discusión y ejerciendo presión en “*las altas esferas*”.

Está fuera de toda duda que en “las altas esferas” de nuestro Partido se observan vacilaciones que pueden ser *funestas*, pues la lucha se desarrolla y, en determinadas condiciones, las vacilaciones son capaces, en cierto momento, de *echar a perder* la obra. Antes de que sea tarde, hay que emprender la lucha con todas las fuerzas y defender la línea justa del partido del proletariado revolucionario.

No todo marcha bien en las altas esferas “parlamentarias” de nuestro Partido; hay que prestarles mayor atención, hay que aumentar su fiscalización por los obreros; hay que determinar con mayor rigor las atribuciones de las minorías parlamentarias.

El error de nuestro Partido es evidente. Los errores no son terribles para el partido combatiente de la clase avanzada. Lo terrible sería empeñarse en el error, sentir falsa vergüenza de reconocerlo y corregirlo.

Domingo, 24 de setiembre.

El Congreso de los Soviets ha sido aplazado hasta el 20 de octubre. Es casi lo mismo que aplazarlo hasta las calendas griegas, dado el ritmo a que vive Rusia. Se repite por segunda vez la farsa representada por los eseristas y mencheviques después del 20 y 21 de abril.

Publicado por primera vez en 1924, en la revista "Proletárskaya Revoliutsia", núm. 3.

Se publica según la copia mecanografiada.

Notas al final - Del diario de un publicista

Los errores de nuestro partido

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i El 6 (19) de agosto de 1905, el Gobierno zarista publicó un manifiesto, una ley por la que se instituía la Duma de Estado consultiva y la reglamentación electoral para la misma.

Tesis acerca de la asamblea constituyente

1. Era completamente justo que la socialdemocracia revolucionaria incluyera en su programa la reivindicación de que se convocase la Asamblea Constituyente, porque, en una república burguesa, este organismo es la forma superior de la democracia y porque, al crear el Preparlamento, la república imperialista, con Kerensky a la cabeza, preparaba una farsa electoral, con una serie de infracciones de la democracia.

2. Al reclamar la convocatoria de la Asamblea Constituyente, la socialdemocracia revolucionaria subrayó más de una vez, desde los primeros días de la revolución de 1917, que la República de los Soviets es una forma de democracia superior a la república burguesa ordinaria, con su Asamblea Constituyente.

3. Para pasar del régimen burgués al socialista, para instaurar la dictadura del proletariado, la República de los Soviets (de diputados obreros, soldados y campesinos) no es solo

la forma de tipo más elevado de las instituciones democráticas (comparada con la república burguesa ordinaria, coronada por una Asamblea Constituyente), sino la única forma capaz de asegurar la transición menos dolorosa posible al socialismo.

4. En nuestra revolución se convoca la Asamblea Constituyente con arreglo a las listas presentadas a mediados de octubre de 1917, en condiciones que excluyen la posibilidad de que las elecciones a esa Asamblea Constituyente sean una expresión exacta de la voluntad del pueblo, en general, y de las masas trabajadoras, en particular.

5. En primer lugar, el sistema electoral proporcional expresa fielmente la voluntad del pueblo solo cuando las listas presentadas por los partidos corresponden a la división efectiva del pueblo en grupos políticos que sean realmente los mismos que están reflejados en las listas. Y es sabido que en nuestro país, el partido que entre mayo y octubre tuvo más partidarios en el pueblo y, sobre todo, entre los campesinos, el partido de los socialistas

revolucionarios, presentó listas únicas a la Asamblea Constituyente a mediados de octubre de 1917, pero se escindió en noviembre de 1917, después de las elecciones a la Asamblea Constituyente y antes de que ésta se hubiese convocado.

Por eso, incluso desde el punto de vista formal, la composición de los elegidos a la Asamblea Constituyente no corresponde, ni puede corresponder, a la voluntad de la masa de electores.

6. En segundo lugar, otra circunstancia aún más importante, no formal ni jurídica, sino económica y social; una circunstancia que constituye el origen de clase de la diferencia entre la voluntad del pueblo y, sobre todo, de las clases trabajadoras, por una parte, y la composición de la Asamblea Constituyente, por otra, consiste en que las elecciones a la Asamblea Constituyente se han celebrado cuando la inmensa mayoría del pueblo no podía conocer aún toda la extensión y todo el alcance de la Revolución de Octubre, de la revolución soviética, proletaria y campe-

sina, comenzada el 25 de octubre de 1917, es decir, después de haber sido presentadas las listas de candidatos a la Asamblea Constituyente.

7. La Revolución de Octubre, al conquistar el poder para los Soviets, arrancar el dominio político a la burguesía y entregarlo al proletariado y a los campesinos pobres, atraviesa ante nuestros propios ojos por etapas sucesivas de desarrollo.

8. La revolución comenzó por la victoria del 24 y 25 de octubre en la capital, cuando el II Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia, Congreso de la vanguardia proletaria y de la parte más activa políticamente de los campesinos, dio la mayoría al Partido Bolchevique y lo llevó al poder.

9. Luego, durante los meses de noviembre y diciembre, la revolución ha abarcado a toda la masa del ejército y del campesinado manifestándose, en primer término, en la destitución y en la renovación de los viejos organismos directivos (comités de ejército,

comités campesinos provinciales. Comité Ejecutivo Central del Soviet de diputados campesinos de toda Rusia, etc.), que expresaban una etapa ya superada de la revolución, su etapa conciliacionista, su etapa burguesa y no proletaria, y que, por esta razón, debían desaparecer inevitablemente bajo el empuje de masas populares más profundas y más amplias.

10. Este poderoso movimiento de las masas explotadas, orientado a reconstituir los organismos dirigentes de sus organizaciones, no ha terminado aún hoy, a mediados de diciembre de 1917, y una de sus etapas es el Congreso de Ferroviarios, reunido en la actualidad.

11. Por consiguiente, el agrupamiento de las fuerzas de clase que se hallan en lucha en Rusia en noviembre y diciembre de 1917 difiere por principio, en la práctica, del que pudo encontrar su expresión en las listas de candidatos presentadas por los partidos para las elecciones a la Asamblea Constituyente a mediados de octubre de 1917.

12. Los recientes acontecimientos en Ucrania (en parte también en Finlandia y en Bielorrusia, así como en el Cáucaso) indican, asimismo, que se está realizando un nuevo agrupamiento de las fuerzas de clase en el curso de la lucha entre el nacionalismo burgués de la Rada Ucrania, de la Dieta finlandesa, etc., por un lado, y el Poder de los Soviets, la revolución proletaria y campesina de cada una de esas repúblicas nacionales, por otro.

13. Por último, la guerra civil, iniciada con la sublevación contrarrevolucionaria de los demócratas constitucionalistas y kaledinistas contra las autoridades soviéticas, contra el gobierno obrero y campesino, ha agravado definitivamente la lucha de clases y eliminado toda posibilidad de resolver por una vía democrática formal los problemas más candentes que la historia ha planteado a los pueblos de Rusia y, en primer lugar, a su clase obrera y su campesinado.

14. Solo la victoria completa de los obreros y los campesinos sobre la insurrección de los

burgueses y de los terratenientes (expresada en el movimiento de los demócratas constitucionalistas y kaledinistas), solo una implacable represión militar de esa insurrección de esclavistas puede garantizar de verdad el triunfo de la revolución proletaria y campesina. La marcha de los acontecimientos y el desarrollo de la lucha de clases en la revolución han hecho que la consigna de “Todo el poder a la Asamblea Constituyente” —que no tiene en cuenta las conquistas de la revolución obrera y campesina, que no tiene en cuenta el Poder de los Soviets, que no tiene en cuenta los acuerdos del II Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia, del II Congreso de diputados campesinos de toda Rusia, etc.— *se haya convertido de hecho* en consigna de los demócratas constitucionalistas, los kaledinistas y sus acólitos. Hoy está claro por completo para el pueblo entero que la Asamblea Constituyente quedaría condenada inevitablemente a la muerte política si se divorciase del Poder de los Soviets.

15. El problema de la paz es uno de los más candentes de la vida del pueblo. En Rusia se ha emprendido una lucha verdaderamente revolucionaria por la paz solo después de triunfar la revolución del 25 de octubre, y este triunfo ha tenido como primer resultado la publicación de los tratados secretos, el armisticio y el comienzo de las negociaciones públicas con objeto de conseguir una paz general sin anexiones ni contribuciones.

Las grandes masas populares obtienen solo ahora la posibilidad práctica, plena y pública de ver una política de lucha revolucionaria por la paz y de estudiar sus resultados.

Durante las elecciones a la Asamblea Constituyente, las masas populares carecieron de esa posibilidad.

Es evidente, pues, que también en este aspecto es inevitable la discordancia entre la composición de la Asamblea Constituyente y la verdadera voluntad del pueblo en lo que respecta a la terminación de la guerra.

16. El conjunto de circunstancias que acabamos de examinar hace que la Asamblea

Constituyente, convocada con arreglo a las listas de los partidos que existían antes de la revolución proletaria y campesina, cuando dominaba la burguesía, entre inevitablemente en conflicto con la voluntad y los intereses de las clases trabajadoras y explotadas, que iniciaron el 25 de octubre la revolución socialista contra la burguesía. Es natural que los intereses de esta revolución tengan primacía sobre los derechos formales de la Asamblea Constituyente, incluso si estos últimos no hubiesen sido minados por el hecho de que en la ley sobre la Asamblea Constituyente no se reconozca el derecho del pueblo a renovar a sus diputados en cualquier momento.

17. Todo intento, directo o indirecto, de enfocar el problema de la Asamblea Constituyente desde un punto de vista jurídico formal, en los marcos de la democracia burguesa corriente, sin tener en cuenta la lucha de clases y la guerra civil, significa traicionar la causa del proletariado y adoptar el punto de vista de la burguesía. Es deber incondicional de la socialdemocracia revolucionaria poner en

guardia a todo el mundo contra ese error en que incurren algunos dirigentes, poco numerosos, del bolchevismo, que no han sabido valorar la insurrección de octubre y las tareas de la dictadura del proletariado.

18. La única posibilidad de dar una solución indolora a la crisis creada como resultado de la discordancia existente entre las elecciones a la Asamblea Constituyente, por un lado, y la voluntad del pueblo y los intereses de las masas trabajadoras y explotadas, por otro lado, consiste en que el pueblo aplique con la mayor extensión y rapidez posibles el derecho de proceder a nuevas elecciones de miembros de la Asamblea Constituyente; consiste en que la propia Asamblea Constituyente se adhiera a la ley del Comité Ejecutivo Central relativa a esas nuevas elecciones, declare que reconoce sin reservas el Poder de los Soviets, la revolución soviética y su política en el problema de la paz, de la tierra y del control obrero y se coloque resueltamente al lado de los enemigos de la contrarrevolución demócrata constitucionalista y kaledinista.

19. Fuera de estas condiciones, la crisis con motivo de la Asamblea Constituyente solo podrá resolverse por vía revolucionaria, con las medidas revolucionarias más enérgicas, rápidas, firmes y resueltas del Poder de los Soviets para combatir la contrarrevolución demócrata constitucionalista y kaledinista, cualesquiera que sean las consignas y las instituciones (incluso la condición de miembro de la Asamblea Constituyente) en que se ampare esa contrarrevolución. Toda tentativa de maniar al Poder de los Soviets en esta lucha sería un acto de complicidad con la contrarrevolución.

Escrita el 11 ó 12 (24 b 25) de diciembre de 1917.

Publicado el 26 (13) de diciembre de 1917 en el periódico "Pravda", núm. 213.

Se publica según el manuscrito cotejado con el ejemplar mecanografiado corregido por Lenin.

Proyecto de decreto por el que se disuelve la asamblea constituyenteⁱ

1

Tesis

1. Enfoque histórico por la revolución rusa que se desarrolla del conflicto entre la Asamblea Constituyente y el Poder Soviético:

— *los Soviets* como única fuerza popular que terminó con la monarquía;

— crecimiento y consolidación de los Soviets desde el 28. II. hasta el 25. X.;

— elecciones a la Asamblea Constituyente *antes* de la escisión de los eseristas y antes de la Gran Revolución de Octubre;

— elecciones de eseristas según listas confeccionadas por el Poder soviético.

2. El abandono de la Asamblea Constituyente por ambos partidos, los bolcheviques y los eseristas de izquierda, que constituyen la mayoría notoria en los Soviets y en las masas trabajadoras, ha mostrado claramente

la ruptura con los Soviets y creado una situación insostenible.

Salida de los musulmanes

Historia de un día ?

3. La revolución socialista necesita las instituciones de clase de las masas trabajadoras y explotadas y no las llamadas instituciones “de todo el pueblo” del parlamentarismo burgués.

El desarrollo de la revolución rusa hizo caduco al parlamentarismo burgués en el curso de la lucha y la conciliación, creando la República Soviética como forma de la dictadura del proletariado y el campesinado pobre.

Ni un paso atrás.

4. La Asamblea Constituyente no contestó a la propuesta directa y abierta hecha por el CEC...

5. Los partidos eserista de derecha y menchevique sostienen, fuera del recinto de la Asamblea Constituyente, la más dura lucha contra la Revolución de Octubre.

6. Conclusión: el resto de la Asamblea Constituyente es *una pantalla* para disimular la lucha de los contrarrevolucionarios por el derrocamiento del Poder soviético...

7. Queda disuelta la Asamblea Constituyente.

8. Este proyecto de decreto se propondrá hoy mismo al CEC.

2

Proyecto de decreto

La revolución en Rusia, desde sus comienzos, ha dado vida a los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos como organización de masas de todas las clases trabajadoras y explotadas, única capaz de dirigir la lucha de esas clases por su completa emancipación política y económica.

Durante todo el primer período de la revolución de Rusia, los Soviets se han multiplicado, han crecido y se han afianzado, desechando, gracias a su propia experiencia, las ilusiones de la política de conciliación con la burguesía y la apariencia engañosa de

las formas del parlamentarismo democrático burgués, llegando prácticamente a la conclusión de que, sin romper con esas formas y con toda política de conciliación, es imposible emancipar a las clases oprimidas. Esta ruptura ha sido la Revolución de Octubre, que ha puesto todo el poder en manos de los Soviets.

La Asamblea Constituyente, elegida con arreglo a listas confeccionadas antes de la Revolución de Octubre, era la expresión de la antigua correlación de las fuerzas políticas, cuando ejercían el poder los conciliadores y los demócratas constitucionalistas. Al votar entonces el pueblo por los candidatos del partido eserista, no podía elegir entre los eseristas de derecha, partidarios de la burguesía, y los eseristas de izquierda, partidarios del socialismo. De modo que esta Asamblea Constituyente, que debía ser la coronación de la república, parlamentaria burguesa, tenía forzosamente que atravesarse en el camino de la Revolución de Octubre y del Poder de los Soviets.

Al dar el poder a los Soviets y, a través de estos, a las clases trabajadoras y explotadas, la Revolución de Octubre ha provocado la resistencia desesperada de los explotadores y en la represión de esa resistencia se ha revelado del todo como el comienzo de la revolución socialista. Las clases trabajadoras han tenido que convencerse por propia experiencia de que había caducado el viejo parlamentarismo burgués, que es absolutamente incompatible con las tareas de la realización del socialismo, que únicamente instituciones de clase (como son los Soviets), y no instituciones nacionales generales, pueden vencer la resistencia de las clases poseedoras y echar los cimientos de la sociedad socialista. Toda renuncia, en provecho del parlamentarismo burgués y de la Asamblea Constituyente, a la plenitud del Poder de los Soviets, a la República Soviética conquistada por el pueblo, constituiría hoy un retroceso y el hundimiento de toda la Revolución Obrera y Campesina de Octubre.

La Asamblea Constituyente, reunida el 5 de enero, ha dado, por las circunstancias antes expuestas, la mayoría al partido de los eseristas

de derecha, al partido de Kerensky, de Avxéntiev y de Chernov. Naturalmente, ese partido se ha negado a discutir la propuesta absolutamente concreta, clara e inequívoca del órgano supremo del Poder soviético, el Comité Ejecutivo Central de los Soviets, de reconocer el programa del Poder soviético, reconocer la *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado*, reconocer la Revolución de Octubre y el Poder de los Soviets. De esta manera, la Asamblea Constituyente ha roto todo lazo entre ella y la República Soviética de Rusia. Era, pues, inevitable el abandono de una Asamblea Constituyente como esa por los grupos de los bolcheviques y los eseristas de izquierda, que hoy constituyen la mayoría notoriamente aplastante de los Soviets y que gozan de la confianza de los obreros y de la mayoría de los campesinos.

En realidad, los partidos eserista de derecha y menchevique sostienen, fuera del recinto de la Asamblea Constituyente, la más dura lucha contra el Poder de los Soviets, llaman abiertamente desde sus órganos de prensa al derrocamiento de este poder, calificando de

arbitraria e ilegal la represión, por la fuerza de las clases trabajadoras, de la resistencia de los explotadores –represión necesaria para emanciparse de la explotación–, defendiendo a los saboteadores que sirven al capital, llegando hasta lanzar llamamientos descarados al terror, que ya han comenzado a aplicar “grupos de desconocidos”. Es evidente que el resto de la Asamblea Constituyente no podía representar por esta razón más que el papel de pantalla para disimular la lucha de los contrarrevolucionarios por el derrocamiento del Poder de los Soviets.

Por lo tanto, el Comité Ejecutivo Central acuerda:

Queda disuelta la Asamblea Constituyente.

Escrito el 6 (19) de enero de 1918.

Las “Tesis” fueron publicadas por primera vez en 1931, en “Recopilación Leninista XVIII”; el decreto fue publicado el 7 (20) de enero de 1918 en los periódicos “Pravda”, núm. 5, e “Izvestia TsIK”, núm. 5.

Se publica según los manuscritos.

Notas al final - Proyecto de decreto por el que se disuelve la asamblea constituyente

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i La disolución de la Asamblea Constituyente se consideró en el Consejo de Comisarios del Pueblo el 6 (19) de enero de 1918. El contenido básico del Decreto de disolución fue diseñado por V. I. Lenin en el borrador inicial de las tesis del decreto. En el Consejo de Comisarios del Pueblo Lenin desarrolló este borrador en tesis del decreto que fueron leídas y aceptadas punto a punto.

En la noche del 6 al 7 (del 19 al 20) de enero, el CECR aprobó por mayoría contra 2 votos y 5 abstenciones el Decreto de disolución de la Asamblea Constituyente. Lenin hizo uso de la palabra para hablar de la disolución de la Asamblea Constituyente. El decreto aprobado por el CECR se basa en el proyecto de Lenin.

Discurso acerca de la disolución de la asamblea constituyente, pronunciado en la sesión del CEC de toda Rusia

6 (19) de enero de 1918

Camaradas: El choque producido entre el Poder Soviético y la Asamblea Constituyente ha sido preparado por toda la historia de la revolución rusa, colocada ante las inauditas tareas de la transformación socialista de la sociedad. Después de los sucesos de 1905 no cabía la menor duda de que el zarismo estaba viviendo sus últimos días, y logró salir a flote solo merced al atraso y la ignorancia del campo. La revolución de 1917 vio-se acompañada por el fenómeno de que, por una parte, el partido imperialista burgués se transformó, en virtud de los acontecimientos, en un partido republicano y, por otra parte, surgieron los Soviets, organizaciones democráticas fundadas aún en 1905, pues los socialistas comprendieron ya entonces que con la organización de estos Soviets se creaba algo magno, nuevo y sin precedente en la historia de la revolución mundial. Los

Soviets, que el pueblo supo crear de manera independiente por completo, son una forma de democracia sin igual en ningún otro país.

La revolución ha puesto en juego dos fuerzas: la unión de las masas para derrocar el zarismo y las organizaciones del pueblo trabajador. Cuando oigo gritar a los enemigos de la Revolución de Octubre que las ideas del socialismo son irrealizables y utópicas suelo hacerles una pregunta simple y clara: ¿Qué fenómeno es ese de los Soviets? ¿A qué se debe la aparición de estas organizaciones del pueblo, sin igual aún en la historia del desarrollo de la revolución mundial? Y nadie me ha dado, ni podía darme, una respuesta concreta a esta pregunta. A causa de la defensa rutinaria del régimen burgués, se combate a estas potentes organizaciones, cuyo surgimiento no se ha observado aún en ninguna de las revoluciones registradas en el mundo. Quien lucha contra los terratenientes, va a los Soviets de diputados campesinos. Los Soviets abarcan a todos los que, no deseando permanecer inactivos, siguen el camino de la labor creadora. Han cubierto con una red

todo el país, y cuanto más tupida sea esta red de Soviets populares, tanto menor será la posibilidad de que se explote a los hombres del pueblo trabajador, pues la existencia de los Soviets es incompatible con la prosperidad del régimen burgués. En eso radica el origen de todas las contradicciones de los representantes de la burguesía que luchan contra nuestros Soviets exclusivamente en aras de sus intereses.

La transición del capitalismo al régimen socialista va acompañada de una lucha larga y tenaz. La revolución de Rusia, después de derrocar el zarismo, debía seguir avanzando sin cesar, no limitándose al triunfo de la revolución burguesa, pues la guerra y las inauditas calamidades que acarrea a los pueblos extenuados abonaron el terreno para que estallara la revolución social. Y por eso es ridículo en extremo afirmar que el desenvolvimiento incesante de la revolución y la indignación consecutiva de las masas fueron suscitados por un solo partido, por una sola personalidad o, como gritan ellos, por la voluntad de un “dictador”. El incen-

dio de la revolución estalló a consecuencia de los increíbles sufrimientos de Rusia y de todas las condiciones creadas por la guerra, que planteó de manera tajante y categórica al pueblo trabajador este dilema: o daba ese paso audaz, intrépido y temerario, o perecía de hambre.

Y el fuego revolucionario se manifestó en que fueron creados los Soviets, estos puntales de la revolución de los trabajadores. El pueblo ruso dio un salto gigantesco del zarismo a los Soviets. Esto es un hecho incontestable, no registrado aún en ningún otro sitio. Y mientras los parlamentos burgueses de todos los países y Estados, encerrados en el marco del capitalismo y de la propiedad, nunca ni en parte alguna han ayudado al movimiento revolucionario, los Soviets, al avivar el incendio de la revolución, dictan imperiosos al pueblo: lucha, tómallo todo en tus manos y organízate. Es indudable que, en el proceso de desarrollo de la revolución, originado por la fuerza de los Soviets, se tropezará con una serie de errores y fallas de todo género; mas no es

un secreto para nadie que todo movimiento revolucionario va acompañado siempre, ineluctablemente, de una manifestación temporal de caos, desbarajuste y desorden. La sociedad burguesa es la misma guerra, la misma matanza, y este fenómeno ha motivado y agravado el conflicto entre la Asamblea Constituyente y los Soviets. Y cuantos nos señalan que nosotros, defensores en otros tiempos de la Asamblea Constituyente, la “disolvemos” hoy, no tienen un ápice de inteligencia, solo pronuncian frases huera y pomposas. Porque en otros tiempos, la Asamblea Constituyente era para nosotros mejor que los decantados organismos de poder del zarismo y de la república de Kerensky; pero, a medida que han ido surgiendo los Soviets, es lógico que estos últimos, como organizaciones revolucionarias de todo el pueblo, hayan alcanzado un nivel incomparablemente más alto que todos los parlamentos del mundo, fenómeno que recalqué ya en el mes de abril. Los Soviets, al abolir de manera radical la propiedad burguesa y terrateniente y facilitar

la revolución definitiva que está barriendo todos los vestigios del régimen burgués, nos empujaron al camino que ha llevado al pueblo a crear su propia vida. Hemos emprendido ya esa gran obra y hemos hecho muy bien en emprenderla. Está fuera de toda duda que la revolución socialista no puede ser ofrecida en el acto al pueblo en forma pura, lisa y sin tacha; no puede menos de ir acompañada de guerra civil, de manifestaciones de sabotaje y resistencia. Y quienes pretenden demostrarnos lo contrario, o son embusteros o son hombres enfundadosⁱ. (Clamorosos aplausos.) Los sucesos del 20 de abrilⁱⁱ, cuando el pueblo solo, por propia iniciativa, sin indicación alguna de “dictadores” o partidos, se pronunció contra el gobierno conciliador, este fenómeno mostró ya entonces toda la debilidad e inconsistencia de los puntales burgueses. Las masas sintieron su fuerza y, para complacerlas, empezó el célebre carrusel ministerial a fin de engañar al pueblo. Pero este no tardó en ver claro, sobre todo después de que Kerensky, teniendo en

ambos bolsillos los expoliadores tratados secretos con los imperialistas, lanzó las tropas a la ofensiva. El pueblo engañado, cuya paciencia empezaba a agotarse, fue comprendiendo poco a poco la actividad de los conciliadores, y el resultado de todo ello fue la Revolución de Octubre. El pueblo ha aprendido de la experiencia, pasando por todas las torturas, por las penas de muerte y los ametrallamientos masivos, y en vano le aseguran los verdugos que los culpables de la insurrección de los trabajadores son los bolcheviques o ciertos “dictadores”. Así lo demuestra la división existente en el seno de las masas populares, en los congresos, asambleas, conferencias, etc. El pueblo no ha terminado aún de asimilar la Revolución de Octubre. Esta revolución le ha mostrado en la práctica cómo debe tomar en sus manos, en manos del Estado obrero y campesino, las tierras, las riquezas naturales y los medios de transporte y de producción. Todo el poder a los Soviets, dijimos. Y por eso luchamos. El pueblo quiso convocar la Asamblea Constituyente, y noso-

tros la convocamos. Pero sintió en el acto qué representaba esa decantada Asamblea Constituyente. Y ahora hemos cumplido la voluntad del pueblo, que proclama: Todo el poder a los Soviets. Y doblegaremos a los saboteadores. Cuando pasé del Smolni, que rebosaba entusiasmo y estaba pletórico de vida, al Palacio de Táurida, me sentí como si me encontrara entre cadáveres y momias. En la lucha contra el socialismo han esgrimido todos los medios a su alcance, han empleado la fuerza y el sabotaje, y hasta el saber —el gran orgullo de la humanidad— lo han convertido en un medio de explotación del pueblo trabajador. Y aunque con ello han torpedeado algo los pasos hacia la revolución socialista, no han logrado ni lograrán jamás frustrarla. Porque es demasiado poderosa la fuerza de los Soviets, que han empezado a demoler los puntales viejos, caducos, del régimen burgués no a lo gran señor, sino a lo proletario, a lo campesino.

Y la entrega de todo el poder a la Asamblea Constituyente equivale a la conciliación

con la maligna burguesía. Los Soviets rusos ponen los intereses de las masas trabajadoras muy por encima de los intereses del pérfido conciliacionismo, disfrazado con ropaje nuevo. Los discursos de Chernov y Tsereteli —políticos caducos que siguen hablando entre gimoteos fastidiosos de que cese la guerra civil— despiden olor a vetusta, rancia y enmohecida antigüedad. Pero mientras exista Kaledin y tras la consigna de “Todo el poder a la Asamblea Constituyente” se oculte la consigna de “Abajo el Poder Soviético”, no eludiremos la guerra civil, ¡pues por nada del mundo entregaremos el Poder de los Soviets! (Clamorosos aplausos.) Y cuando la Asamblea Constituyente manifestó de nuevo que estaba dispuesta a aplazar todas las cuestiones y tareas espinosas y candentes que le habían planteado los Soviets, respondimos que no podía haber ni un minuto más de dilación. Y por voluntad del Poder Soviético, la Asamblea Constituyente, que no ha reconocido el poder del pueblo, se disuelve. Los Riabushinski han fallado en sus cálculos, y su resistencia no hará más que agravar

la situación y provocar un nuevo estallido de la guerra civil.

La Asamblea Constituyente se disuelve, y la República Soviética revolucionaria triunfará a toda costa. (Clamorosos aplausos que se transforman en prolongada ovación.)

“Pravda”, núm. 6, 22 (9) de enero de 1918.

Se publica según el texto del periódico “Pravda”.

Notas al final - Discurso acerca de la disolución de la asamblea constituyente, pronunciado en la sesión del CEC de toda Rusia

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i El “*hombre enfundado*” es el protagonista del relato homónimo de Antón Chéjov, personificación del hombre vulgar temeroso de toda novedad.

ii V. I. Lenin se refiere a los siguientes hechos. El 20 de abril (3 de mayo) publicaron los periódicos una nota del ministro de Relaciones Exteriores, Miliukov, a los gobiernos de los países aliados según la cual el Gobierno Provisional confirmaba que respetaría todos los tratados del gobierno zarista y haría la guerra hasta el final victorioso. La política imperialista del Gobierno Provisional provocó la indignación entre las vastas masas trabajadoras. El 21 de abril (4 de mayo) los obreros de Petrogrado secundaron el llamamiento del Partido Bolchevique, suspendieron el trabajo y se manifestaron en favor de la paz. En la manifestación participaron más de cien mil obreros y soldados. En Moscú, en los Urales y en otras ciudades y regiones del país se celebraron también manifestaciones y mítines de protesta.

La manifestación de abril dio principio a una crisis gubernamental. La presión de las masas obligó a dimitir a los ministros P. N. Miliukov y A. I. Guchkov. El 5 (18) de mayo se formó el primer gobierno de coalición, en el cual,

junto con diez ministros capitalistas, entraron líderes de los partidos conciliadores, entre otros A. F. Kerensky y V. M. Chernov por los eseristas, e I. G. Tsereteli y M. I. Skóbelev por los mencheviques. Los eseristas y mencheviques, que se pasaron abiertamente al bando de la burguesía, salvaron el gobierno burgués.

Reunión de cuadros del partido de Moscú

27 de noviembre de 1918ⁱ

1

Informe sobre la actitud del proletariado ante la democracia pequeñoburguesa

Camaradas: Quisiera hablar de las tareas que incumben a nuestro Partido y al Poder soviético en lo relativo a la actitud del proletariado ante la democracia pequeñoburguesa. Es indudable que los últimos acontecimientos ponen esta cuestión al orden del día, ya que el gigantesco cambio operado en la situación internacional —por ejemplo, la anulación del Tratado de Brest, la revolución en Alemania, la bancarrota del imperialismo germano y la descomposición del imperialismo anglo-norteamericano— no podía menos de socavar toda una serie de tesis democráticas burguesas que constituyen el fundamento teórico de la democracia pequeñoburguesa. La situación militar de Rusia y la presión del imperialismo anglo-francés y norteamericano-

no debían empujar forzosamente a una parte de esa democracia pequeñoburguesa más o menos a nuestro lado. En la tarde de hoy quisiera hablar precisamente de esos cambios que es necesario introducir en nuestra táctica y de las nuevas tareas que se nos plantean.

Permitidme que empiece por algunas tesis teóricas fundamentales. No cabe duda de que el principal sector de la sociedad que constituye la base económica de la democracia pequeñoburguesa en Rusia es el de los campesinos medios. No cabe duda de que la revolución socialista y la transición del capitalismo al socialismo debe adquirir por fuerza formas especiales en un país donde la población campesina es muy numerosa. Por eso quisiera recordaros, ante todo, cómo fueron creándose las tesis fundamentales del marxismo sobre la actitud del proletariado ante los campesinos medios. Para recordároslo, leeré unas cuantas manifestaciones hechas por Engels en su artículo *El problema campesino en Francia y en Alemania*. Este artículo, publicado en un folleto, fue escrito en 1895 o 1894, cuando el problema del

programa agrario del Partido Socialista con relación al campesinado se puso de hecho al orden del día con motivo de la discusión del programa de la socialdemocracia alemana en su Congreso de Breslauⁱⁱ. He aquí lo que opinaba entonces Engels sobre la actitud del proletariado: “¿Cuál es, pues, nuestra actitud ante los pequeños campesinos?... En primer lugar, es absolutamente exacta la afirmación, concebida en el programa francés, de que, aun previendo la inevitable desaparición de los pequeños campesinos, no somos nosotros, ni mucho menos, los llamados a acelerarla con nuestras intromisiones. Y, en segundo lugar, es asimismo evidente que, cuando estemos en posesión del poder del Estado, no podremos pensar en expropiar violentamente a los pequeños campesinos (sea con indemnización o sin ella), como nos veremos obligados a hacerlo con los grandes terratenientes. Nuestra misión respecto a los pequeños campesinos consistirá ante todo en encauzar su producción individual y su propiedad privada hacia un régimen cooperativo, no por la fuerza, sino con el ejemplo y

brindando ayuda social para este fin”.

Más adelante, Engels decía acerca de esto: “Ni ahora ni nunca podremos prometer a los campesinos parcelistas la conservación de la propiedad individual y de la explotación individual de la tierra contra el empuje arrollador de la producción capitalista. Lo único que podemos prometerles es que no nos entrometeremos violentamente en su régimen de propiedad contra la voluntad de ellos”ⁱⁱⁱ.

Finalmente, la última manifestación que quisiera recordaros se refiere a los campesinos ricos, a los grandes campesinos (a los “kulaks”, como decimos en ruso), a los campesinos que no pueden pasarse sin emplear mano de obra asalariada. Si estos campesinos no comprenden que su actual modo de producción está irremisiblemente condenado a perecer y no saben sacar las deducciones pertinentes, los marxistas no podrán hacer nada por ellos. Nos encargaremos solamente de facilitarles también a ellos el paso al nuevo modo de producción^{iv}.

Esas son las tesis que quería recordaros y que, sin duda, conocen todos los comunistas.

Por ellas vemos que la tarea del proletariado, una vez dueño del poder del Estado, en modo alguno puede ser la misma en los países donde predomina el régimen de la gran propiedad capitalista que en aquellos donde existen campesinos atrasados: pequeños, medios y grandes. Como se ve, hemos expuesto con toda exactitud las tareas del marxismo cuando decíamos que nuestro deber consistía en hacer la guerra al terrateniente explotador.

Por lo que se refiere al campesino medio, decimos: en modo alguno nada de violencia. En cuanto al gran campesino, afirmamos: nuestra consigna es someterlos al monopolio cerealista; luchar contra ellos cuando infringen este monopolio, cuando ocultan el trigo. Hace poco he tenido ocasión de repetir estas tesis en una reunión de varios centenares de representantes de los comités de campesinos pobres, llegados a Moscú al tiempo de celebrarse el VI Congreso. En las publicaciones de nuestro Partido, en la propaganda y en la agitación hemos destacado siempre esta diferencia en nuestra posición ante la gran burguesía y la pequeña burguesía. Mas, aunque

todos estábamos de acuerdo desde el punto de vista teórico, no todos, ni mucho menos, ni con la suficiente rapidez, han sacado las correspondientes conclusiones políticas. Y yo he comenzado adrede desde muy lejos, por decirlo así, a fin de mostraros qué concepciones económicas sobre las relaciones mutuas de las clases deben servirnos de guía para plantear con razones indiscutibles nuestra política respecto a la democracia pequeñoburguesa. No cabe duda de que esta clase de pequeños campesinos (denominamos campesino medio al que no vende su fuerza de trabajo), este campesino constituye, por lo menos en Rusia, la principal clase económica que sirve de base a la gran variedad de corrientes políticas de la democracia pequeñoburguesa. En Rusia, estas corrientes están vinculadas, sobre todo, a los partidos de los mencheviques y de *los eseristas*. La historia del socialismo en Rusia conoce una larga lucha de los bolcheviques contra esos partidos, con la particularidad de que los socialistas de Europa Occidental la consideraban siempre una lucha *dentro* del socialismo, es decir, la

escisión del socialismo en Rusia. Digamos entre paréntesis que esta opinión aparece a cada paso en los discursos incluso de buenos socialdemócratas.

Precisamente hoy me han entregado una carta de Friedrich Adler, un hombre conocido por su conducta revolucionaria en Austria. Su carta, escrita a finales de octubre y recibida hoy, contiene solo un ruego: que se ponga en libertad a los mencheviques encarcelados. En un momento como este no se le ha ocurrido escribir nada más inteligente que ese ruego. Es cierto que hace la salvedad de que no está informado de nuestro movimiento, etc.; mas, de todos modos, eso es sintomático. Este error ridículo de los socialistas de Europa Occidental tiene su explicación en que miran atrás y no adelante, en que no comprenden que, ni los mencheviques ni los eseristas (que pregonan el socialismo) pueden ser considerados socialistas. Durante toda la revolución de 1917, los mencheviques y los eseristas no hicieron otra cosa que vacilar entre la burguesía y el proletariado, no pudieron ocupar jamás una posición justa

y, como si lo hicieran adrede, ilustraron la tesis de Marx de que la pequeña burguesía es incapaz de mantener una posición independiente en las batallas decisivas.

Desde el comienzo mismo de la creación de los Soviets, el proletariado adoptó instintivamente una posición de clase bien definida por el propio hecho de haberlos creado. Los mencheviques y los eseristas han vacilado siempre. Y si sus propios amigos los denominaban “semibolcheviques” durante la primavera y el verano de 1917, eso no era solo un calificativo ingenioso, sino también una definición exacta. En las cuestiones de los Soviets, del movimiento revolucionario en el campo, de la toma directa de las tierras, de la confraternización en el frente, del apoyo o no apoyo del imperialismo: en todas estas cuestiones vitales, los mencheviques y los eseristas decían hoy “sí” y mañana “no”. Por un lado, ayudaban; por otro, no, siendo modelo de falta de carácter y de impotencia. Mas, por otra parte, cuando lanzaban a la población frases “a favor de los Soviets” (pues ellos han denominado siempre los Soviets

“democracia revolucionaria” y los han contrapuesto a lo que llamaban elemento restrictivo), se trataba únicamente de una argucia política, en tanto que las grandes masas a las que iban a parar esas frases se sentían cautivadas: “¡Eso es a favor del Soviet!” En parte, las prédicas de los mencheviques nos prestaban también un servicio a nosotros.

Esta cuestión es muy compleja y tiene larga historia, por lo que bastará que me ocupe brevemente de ella. Pues bien, esta política de los mencheviques y de los eseristas confirma definitivamente ante nuestros propios ojos la tesis sustentada por nosotros de que es un error considerarlos socialistas. Fueron socialistas, quizás por la fraseología y los recuerdos. Pero, de hecho, son la pequeña burguesía rusa.

Al empezar, hablaba de la actitud de los marxistas ante el campesino medio, dicho con otras palabras, ante los partidos pequeño-burgueses. Nos vamos acercando a una etapa en la que nuestras consignas del período precedente de la revolución deben ser modificadas para tener en cuenta con acierto

el viraje actual. Vosotros sabéis que esos elementos vacilaron en octubre y noviembre.

El Partido Bolchevique fue entonces intransigente y procedió con justedad; nos dijimos que teníamos la misión de acabar con los enemigos del proletariado, que nos esperaba la batalla en torno a los problemas fundamentales de la guerra y la paz, de la representación burguesa y del Poder Soviético. En todos estos problemas podíamos apoyarnos únicamente en nuestras propias fuerzas y procedimos con absoluto acierto al no aceptar un compromiso con la democracia pequeñoburguesa.

El curso posterior de los acontecimientos nos planteó el problema de la paz y de la conclusión del Tratado de Brest. Como sabéis, la paz de Brest apartó de nosotros a los elementos pequeñoburgueses.

Estas dos circunstancias, la de nuestra política exterior, que llevó a la firma de la paz de Brest, y la de nuestra lucha implacable contra las ilusiones democráticas de una parte de la democracia pequeñoburguesa, la de nuestra lucha implacable por el Poder de

los Soviets, dieron lugar a que la democracia pequeñoburguesa se apartara bruscamente de nosotros. Vosotros sabéis que, después de la paz de Brest, comenzaron las vacilaciones entre los eseristas de izquierda. Una parte de ellos se lanzó a una aventura; los otros se escindieron y continúan escindiéndose. Mas los hechos, hechos son. Como es natural, no podemos dudar ni un momento, ni un instante, de que nuestra política fue entonces absolutamente justa. Tratar de demostrar esto ahora significaría repasar las viejas lecciones, pues la revolución alemana ha probado mejor que nada lo acertado de nuestras opiniones.

Lo que más nos reprochaban después de la paz de Brest y lo que decían con mayor frecuencia las masas obreras poco conscientes era que en vano cifrábamos nuestras esperanzas en la revolución alemana, que ésta no se producía. La revolución alemana refutó todos esos reproches y demostró que teníamos razón al defender el criterio de que la revolución debía producirse, de que debíamos luchar contra el imperialismo germano,

no solo por medio de la guerra nacional, sino también mediante la propaganda y su descomposición interna. Los acontecimientos han confirmado de tal modo nuestra opinión que no hay necesidad de demostrar nada. Lo mismo ha ocurrido con la Asamblea Constituyente: las vacilaciones fueron inevitables en esta cuestión, y el curso de los acontecimientos ha confirmado hasta tal extremo la certeza de nuestros puntos de vista que todas las revoluciones que se inician ahora en Occidente transcurren bajo la consigna de este Poder Soviético y crean el Poder Soviético. El rasgo peculiar de las revoluciones en todas partes son los Soviets. Han pasado de Austria y Alemania a Holanda y Suiza (a países de cultura democrática de lo más antigua que se denominan a sí mismos Europa Occidental, en comparación incluso con Alemania). En esos países se lanza la consigna de Poder Soviético. Eso significa que la bancarrota histórica de la democracia burguesa no era una invención de los bolcheviques, sino una necesidad histórica absoluta. La lucha política se inició en Suiza y Holanda hace ya

centenares de años, y si ahora se lanza allí la consigna de Poder Soviético no es por la linda cara de los bolcheviques. Eso quiere decir que hemos tenido en cuenta el presente con acierto. El desarrollo de los acontecimientos ha confirmado de tal modo lo certero de nuestra táctica que no hay necesidad de detenerse más en este problema. Lo único que hace falta es comprender que se trata de una cuestión importante, del más profundo prejuicio de la democracia pequeñoburguesa. Recordad la historia general de la revolución burguesa y del desarrollo del parlamentarismo en todos los países de Europa Occidental y veréis que entre los viejos socialdemócratas de todos los países de la década del 40 reinaban prejuicios semejantes. Estas opiniones se mantuvieron en Francia más tiempo que en ningún otro sitio. Y no podía ser de otra manera. En los problemas del parlamentarismo, la pequeña burguesía es la más patriótica, ella es la más patriótica en comparación con el proletariado y con la gran burguesía. Esta última es más internacional porque la pequeña burguesía es más pasiva,

no está tan ligada a otros pueblos ni ha sido atraída a la órbita de la circulación mercantil. Era de esperar, por ello, que donde más se manifestara la pequeña burguesía fuera en la cuestión del parlamentarismo. Así ocurrió en Rusia también. En este aspecto desempeñó un papel importante la circunstancia de que nuestra revolución había luchado contra el patriotismo. En la época de la paz de Brest tuvimos que ir contra el patriotismo. Nosotros decíamos: si eres socialista, debes sacrificar todos tus sentimientos patrióticos en aras de la revolución mundial, que llegará, que todavía no ha llegado, pero en la que debes creer si eres internacionalista.

Y es comprensible que, al hablar así, solo podíamos atraernos a los destacamentos de vanguardia de la clase obrera. Es comprensible que la mayoría de la pequeña burguesía no compartiera nuestro punto de vista. No podíamos esperar eso. Además, ¿por qué iba a adoptar la pequeña burguesía nuestro punto de vista? Hemos tenido que ejercer la dictadura del proletariado en su forma más severa. Hemos vivido la época de las ilusio-

nes en varios meses. Mas, si se repasa la historia de los países europeos occidentales, se comprobará que ni siquiera en decenios se han desembarazado de esa ilusión. Tomad la historia de Holanda, de Francia, de Inglaterra y de otros países. Nos vimos obligados a desvanecer la ilusión pequeñoburguesa de que el pueblo es un todo único y de que la voluntad popular puede ser expresada en algo que no sea la lucha de clases. Tuvimos absoluta razón al no aceptar ningún compromiso en este punto. Si hubiéramos sido indulgentes con las ilusiones pequeñoburguesas, con las ilusiones en la Asamblea Constituyente, habríamos malogrado toda la obra de la revolución proletaria en Rusia. En aras de los estrechos intereses nacionales habríamos sacrificado los de la revolución mundial, que seguía la senda bolchevique, porque no era nacional, sino puramente proletaria. Y fue en estas condiciones cuando se apartaron de nosotros las masas mencheviques y eseristas pequeñoburguesas. Se colocaron al otro lado de la barricada, fueron a parar al campo de nuestros enemigos. Cuando comenzó la

sublevación de Dútov, nos convencimos palpablemente de que en las huestes de Dútov, Krasnov y Skoropadski se encontraban las fuerzas políticas que luchaban contra nosotros. A nuestro lado estuvieron el proletariado y los campesinos pobres.

Vosotros sabéis que, durante la sublevación checoslovaca, en el momento en que ésta obtenía mayor éxito, se registraron en toda Rusia alzamientos de kulaks. Solo el acercamiento del proletariado urbano al campo fortaleció nuestro poder. El proletariado, ayudado por los campesinos pobres, fue el único que sostuvo la lucha contra todos los enemigos. Tanto los mencheviques como los eseristas se colocaron, en su inmensa mayoría, al lado de los checoslovacos, de Dútov y de Krasnov. Semejante situación requería de nosotros la lucha más encarnizada y la aplicación de métodos terroristas en ella. Por mucho que se censurara ese terrorismo desde diversas posiciones (y escuchamos esa censura en boca de todos los socialdemócratas vacilantes), para nosotros estaba claro que el terror era consecuencia de la guerra civil

exacerbada. Era debido a que toda la democracia pequeñoburguesa se había vuelto contra nosotros. Luchaban contra nosotros con diversos métodos: la guerra civil, el soborno y el sabotaje. Tales son las condiciones que hicieron necesario el terror. Por eso no debemos arrepentirnos o abjurar de él. Lo que hace falta es comprender con claridad qué condiciones de nuestra revolución proletaria motivaron el encono de la lucha. Estas condiciones especiales consistían en que tuvimos que actuar contra el patriotismo, en que tuvimos que sustituir la Asamblea Constituyente por la consigna de “Todo *el* poder a los Soviets”.

Y cuando llegó el viraje en la política internacional, se produjo también inevitablemente el viraje en la situación de la democracia pequeñoburguesa. Vemos cómo cambia el estado de ánimo en su campo. En el manifiesto de los mencheviques vemos un llamamiento a renunciar a la alianza con las clases pudientes, un llamamiento que hacen los mencheviques a sus amigos, los hombres de la democracia pequeñoburguesa,

que han concluido una alianza con Dútov, los checoslovacos e ingleses. Los exhortan a luchar contra el imperialismo anglo-norteamericano. Ahora está claro para todos que, excepción hecha del imperialismo anglo-norteamericano, no hay fuerza capaz de contraponer algo al poder bolchevique. Vacilaciones del mismo género se observan también entre los eseristas y entre la intelectualidad, que comparte en mayor grado que nadie los prejuicios de la democracia pequeñoburguesa y que era la más henchida de prevenciones patrióticas. En su seno se registra el mismo proceso.

Nuestro Partido tiene ahora la tarea de regirse por las relaciones entre las clases al elegir su táctica, a fin de que comprendamos con claridad esta cuestión y veamos si se trata de un hecho casual, de una manifestación de abulia, de vacilaciones carentes de todo fundamento, o si, por el contrario, se trata de un proceso con profundas raíces sociales. Si abordamos esta cuestión en su conjunto desde el punto de vista de las actitudes teóricas adoptadas por el proletariado

ante el campesino medio, desde el punto de vista de la historia de nuestra revolución, veremos que la respuesta no ofrece dudas. Este viraje *no es casual ni individual*. Atañe a millones y millones de seres que tienen en Rusia la situación de campesinos medios o una situación equivalente. El viraje atañe a toda la democracia pequeñoburguesa. Luchó contra nosotros con saña rayana en el frenesí porque tuvimos que herir todos sus sentimientos patrióticos. Pero la historia ha hecho que el patriotismo se oriente ahora hacia nosotros, pues está claro que a los bolcheviques solo se les puede derrocar con bayonetas extranjeras. Si hasta ahora se creía que los ingleses, los franceses y los norteamericanos eran la verdadera democracia, si hasta ahora se conservaba esta ilusión, la desvanece por completo la paz que ellos proporcionan hoy a Austria y Alemania. Los ingleses se comportan como si se hubieran planteado el objetivo especial de demostrar la justedad de las opiniones bolcheviques acerca del imperialismo internacional.

Por eso, de los partidos que lucharon contra nosotros, por ejemplo, del campo de Plejánov, salen voces diciendo: nos hemos equivocado, pensábamos que el imperialismo germano era nuestro enemigo principal y que los países occidentales –Francia, Inglaterra y Norteamérica– nos traían el régimen democrático. Ha resultado que la paz que conceden esos países occidentales es cien veces más humillante, expoliadora y rapaz que nuestra paz de Brest. Ha resultado que los ingleses y los norteamericanos actúan como verdugos y gendarmes de la libertad rusa, lo mismo que ese papel fue interpretado en tiempos de Nicolás I, verdugo de Rusia, no peor que los reyes que hacían de verdugos cuando estrangulaban la revolución húngara. Este papel lo desempeñan ahora los agentes de Wilson. Ahogan la revolución en Austria, hacen de gendarmes, presentan un ultimátum a Suiza: no les daremos trigo si no se suman a la lucha contra el gobierno bolchevique^v. Declaran a Holanda: no tengan la osadía de permitir la llegada a su país de embajadores soviéticos, pues, en caso contrario, impondremos el blo-

queo. Tienen un arma sencilla: el dogal del hambre. Con ella se estrangula a los pueblos.

La historia de los últimos tiempos, de la época de la guerra y de la posguerra, se distingue por la inusitada rapidez del desarrollo y prueba la tesis de que el imperialismo anglo-francés es tan repulsivo como el germano. No olvidéis que América es la república más libre, la república más democrática, lo que no impide en absoluto al imperialismo actuar allí con el mismo salvajismo, que allí no solo linchen a los internacionalistas, sino que la multitud los saque de sus casas, los desnude por completo, los embadurne de brea y les prenda fuego.

Los acontecimientos desenmascaran al imperialismo con fuerza excepcional y plantean este dilema: o el Poder Soviético o el completo aplastamiento de la revolución por las bayonetas anglo-francesas. No se trata ya de un acuerdo con Kerensky: vosotros sabéis que la pequeña burguesía lo ha arrojado como un limón exprimido. Antes iba con Dútov y Krasnov. En la actualidad ha pasado ya ese período. El patriotismo la em-

puja ahora hacia nosotros: así ha sucedido, así la ha obligado a proceder la historia. Y nosotros debemos tener en cuenta esta experiencia masiva de toda la historia universal. No se puede defender a la burguesía, no se puede defender la Asamblea Constituyente, porque, en la práctica, ha hecho el juego a los Dútov y los Krasnov. Resulta ridículo que la Asamblea Constituyente haya podido convertirse en su consigna. Pero así ha ocurrido, porque la Asamblea Constituyente se convocó cuando la burguesía se hallaba en el poder. La Asamblea Constituyente resultó un órgano de la burguesía, y esta se colocó al lado de los imperialistas, que hacían su política contra los bolcheviques. La burguesía estaba dispuesta a todo para estrangular el Poder Soviético con los métodos más viles, estaba dispuesta a vender Rusia a quien fuera con tal de acabar con el Poder de los Soviets.

Esa es la política que condujo a la guerra civil y que obligó a la democracia pequeñoburguesa a dar un viraje. Naturalmente, las vacilaciones en este medio son siempre inevitables. Cuando los checoslovacos con-

siguieron las primeras victorias, esta intelectualidad pequeñoburguesa intentó correr el rumor de que el triunfo de aquéllos era inevitable. Publicaban telegramas de Moscú diciendo que este se hallaba en vísperas de la caída, que estaba cercado. Y sabemos muy bien que si los anglo-franceses consiguen victorias, por insignificantes que sean, la intelectualidad pequeñoburguesa es la primera en perder la cabeza, en ser presa del pánico y en empezar a hacer correr toda clase de rumores sobre los éxitos de nuestros enemigos. Pero la revolución ha mostrado que la insurrección contra el imperialismo es inevitable. Y ahora, nuestros “aliados” han resultado ser los enemigos principales de la libertad y la independencia rusas. Rusia no puede ser ni será independiente si no se afianza el Poder Soviético. Ese es el motivo del viraje. Y como consecuencia de él, tenemos hoy la tarea de determinar nuestra táctica. Cometería un craso error quien pensara aplicar ahora mecánicamente las consignas de nuestra lucha revolucionaria del período en que no podía existir ninguna reconciliación entre

nosotros, en que la pequeña burguesía estaba contra nosotros y en que nuestra intransigencia nos exigía *el* empleo del terror. Eso no sería ahora intransigencia, sino sencillamente estupidez, insuficiente comprensión de la táctica del marxismo. Cuando tuvimos que concertar la paz de Brest, este paso parecía una traición a Rusia desde el punto de vista estrechamente patriótico; desde el punto de vista de la revolución mundial fue un paso estratégico acertado que ayudó, ante todo, a la revolución mundial. Esta se ha desencadenado precisamente ahora, cuando el Poder Soviético se ha convertido en una institución de todo el pueblo.

Y ahora, a pesar de que la democracia pequeñoburguesa continúa vacilando, sus ilusiones han sido socavadas. Y, como es natural, debemos tener en cuenta esta situación, lo mismo que las demás condiciones. Si antes teníamos otro punto de vista es porque la pequeña burguesía estaba de parte de los checoslovacos, y la violencia era inevitable, pues la guerra es la guerra, y hay que actuar como en la guerra. Pero ahora, cuan-

do esas gentes comienzan a virar hacia nosotros, no debemos volverles la espalda por el mero hecho de que nuestras consignas lanzadas en octavillas y periódicos eran antes otras. Cuando vemos que dan media vuelta hacia nosotros, debemos escribir de nuevo nuestras octavillas, porque ha cambiado *la* actitud de esa democracia pequeñoburguesa hacia nosotros. Debemos decir: sean bienvenidos, no les tememos. Si piensan ustedes que sabemos actuar solo con la violencia, se equivocan. Podríamos llegar a un acuerdo. Y podrán venir a nuestro lado *los* elementos llenos de tradiciones y de prejuicios burgueses, todos los cooperativistas, todos los sectores de los trabajadores más vinculados a la burguesía.

Tomad toda la intelectualidad. Vivía la vida burguesa, estaba acostumbrada a ciertas comodidades. Por cuanto se inclinaba hacia los checoslovacos, nuestra consigna fue *la lucha implacable: el terror*. En vista de que ha llegado ese viraje en el estado de ánimo de las masas pequeñoburguesas, nuestra consigna debe ser *el acuerdo, el establecimien-*

to *de* relaciones de buena vecindad. Cuando encontramos declaraciones de un grupo de la democracia pequeñoburguesa que dice que quiere ser neutral con el Poder Soviético, debemos responder: la “neutralidad” y *las* relaciones de buena vecindad son trastos viejos que no valen para nada desde el punto de vista del comunismo. Son viejos cachivaches y nada más, pero debemos examinarlos desde el punto de vista práctico. Hemos pensado siempre así y nunca hemos tenido *la* esperanza de que esos elementos pequeñoburgueses se hicieran comunistas. Mas debemos examinar *las* propuestas prácticas.

Hablando *de* la dictadura del proletariado, hemos dicho que este debe dominar sobre todas las demás clases. Antes del establecimiento completo del comunismo no podremos poner fin a la diferencia entre las clases. Estas seguirán existiendo hasta que acabemos con *los* explotadores, la gran burguesía y los terratenientes, a quienes expropiamos sin piedad. Mas, con relación a los campesinos medios y pequeños, hay que hablar de otra manera. Al mismo tiempo que aplasta-

mos implacablemente a la burguesía y a los terratenientes, debemos ganarnos a la democracia pequeñoburguesa. Cuando dicen que quieren permanecer neutrales y tener relaciones de buena vecindad con nosotros, respondemos: eso es precisamente lo que necesitamos. Nunca hemos esperado que se hicieran ustedes comunistas.

Seguimos manteniéndonos en el terreno de la expropiación despiadada de los terratenientes y de los capitalistas. En eso somos implacables y no podemos aceptar ninguna conciliación o acuerdo. Pero sabemos que la pequeña producción no puede transformarse en grande por decreto alguno, que en esta cuestión es necesario convencer gradualmente, con el curso de los acontecimientos, de la inevitabilidad del socialismo. Esos elementos no serán nunca socialistas convencidos, francos, verdaderos socialistas. Se harán socialistas cuando vean que no hay salida. Y ahora ven que Europa se ha desmoronado tanto y el imperialismo ha llegado a tal estado que la salvación no está en ninguna democracia burguesa, que la salvación

está únicamente en el Poder Soviético. De ahí que hoy, lejos de temer esa neutralidad, esas relaciones de buena vecindad por parte de la democracia pequeñoburguesa, las deseemos. Por eso, si abordamos la cuestión como representantes de una clase que ejerce la dictadura, decimos: nunca hemos esperado más de la democracia pequeñoburguesa. Nos basta con eso. Ustedes tendrán con nosotros relaciones de buena vecindad, y nosotros tendremos el poder del Estado. A ustedes, señores mencheviques, los legalizaremos de buen grado después de sus declaraciones acerca de los “aliados”. Esto lo hará el Comité Central de nuestro Partido. Mas no olvidaremos que en el partido de ustedes han quedado los mencheviques “activistas”. Y con relación a ellos, nuestros métodos de lucha seguirán siendo los viejos, ya que los “activistas” son amigos de los checoslovacos, y mientras estos últimos no sean expulsados de Rusia, ustedes son tan enemigos como ellos. Conservamos en nuestras manos, *solo en las nuestras*, el poder del Estado. Respecto a quienes establecen con nosotros relacio-

nes de neutralidad, razonamos como la clase que tiene en sus manos el poder político, que dirige el filo de sus armas contra los terratenientes y los capitalistas y dice a la democracia pequeñoburguesa: si desean pasarse a los checoslovacos y a los de Krasnov, sepan que hemos mostrado cómo sabemos luchar y que lucharemos también en lo sucesivo. Si desean aprender del ejemplo de los bolcheviques, emprenderemos la senda del acuerdo con ustedes, sabiendo que el país *solo* puede pasar al socialismo mediante toda una serie de acuerdos, que probaremos, controlaremos y confrontaremos.

Esta senda la emprendimos desde el comienzo mismo, cuando, por ejemplo, votamos *la* ley de socialización de la tierra y la transformamos gradualmente en *un* instrumento que permitió unir en torno nuestro a *los* campesinos pobres y volverlos contra los kulaks. Solo a medida que triunfe el movimiento proletario en *el* campo iremos pasando sistemáticamente al régimen de propiedad social, colectiva, de la tierra y a *su* laboreo en común. Esta tarea solo puede realizarse apo-

yándose en el movimiento puramente proletario en el campo, y en este sentido queda aún mucho por hacer. Es indudable que solo *la* experiencia práctica, solo la realidad mostrará cómo debe procederse en este asunto.

Las tareas del acuerdo con el campesino medio, con los elementos pequeñoburgueses y con *los* cooperativistas son distintas. *Esta* tarea sufrirá modificaciones si *la* planteamos en relación con las alianzas que han conservado las tradiciones y costumbres pequeñoburguesas. Esta tarea experimenta asimismo cierto cambio cuando hablamos de la intelectualidad pequeñoburguesa. Esta vacila, pero la necesitamos también para nuestra revolución socialista. Sabemos que el socialismo se puede construir únicamente con elementos de la cultura capitalista propia de la gran industria, y la intelectualidad es uno de esos elementos. Si tuvimos que luchar implacablemente contra ella fue porque nos obligó no el comunismo, sino el curso de los acontecimientos, que apartó de nosotros a todos los “demócratas” y a todos los enamorados de la democracia burguesa. Ahora ha surgido

la posibilidad de aprovechar para el socialismo a esa intelectualidad, a esos intelectuales que no son socialistas, que jamás serán comunistas, pero a los que el curso objetivo de los acontecimientos y de la correlación de fuerzas obliga hoy a tener una actitud de neutralidad, de buena vecindad con nosotros. En la intelectualidad no nos apoyaremos nunca; nos apoyaremos exclusivamente en la vanguardia del proletariado, que lleva tras de sí a todos los proletarios y a todos los campesinos pobres. El Partido Comunista no puede tener otro apoyo. Mas una cosa es apoyarse en la clase que representa la dictadura y otra dominar sobre las demás clases.

Recordaréis que Engels decía, incluso refiriéndose a los campesinos que emplean trabajo asalariado, que, posiblemente, no sería necesario expropiarlos a todos^{vi}. Nosotros expropiamos conforme a una regla general, y en los Soviets de nuestro país no hay kulaks. Los estamos aplastando. Los aplastamos físicamente cuando penetran en los Soviets e intentan ahogar allí a los campesinos pobres. Veis cómo se aplica en este caso el domi-

nio de una clase. Solo el proletariado puede dominar. Mas esto se aplica de una manera al pequeño campesino, de otra al campesino medio, de otra al terrateniente y de otra al pequeño burgués. Toda la cuestión consiste en que sepamos comprender este viraje provocado por las condiciones internacionales; en que sepamos comprender que las consignas a que nos hemos acostumbrado en el medio año transcurrido de historia de la revolución deben modificarse ineluctablemente en lo que se refiere a la democracia pequeño-burguesa. Debemos decir: conservamos el poder en manos de la misma clase. Nuestra consigna respecto a la democracia pequeño-burguesa era el acuerdo, pero nos obligaron a emplear el terror. Si ustedes aceptan verdaderamente vivir con nosotros como buenos vecinos, tómense la molestia de cumplir una u otra tarea, señores cooperativistas e intelectuales. Y si no las cumplen, serán unos infractores de la ley, enemigos nuestros, y lucharemos contra ustedes. Mas si se mantienen en el terreno de las relaciones de buena vecindad y cumplen esas tareas, eso es más

que suficiente para nosotros. Nuestra base es firme. Jamás dudamos de la flojedad de ustedes. Pero no negamos que los necesitamos, porque ustedes son el único elemento culto.

Si no tuviéramos que edificar el socialismo con los elementos que nos ha legado el capitalismo, la tarea sería fácil. Pero la dificultad de la edificación socialista reside en que nos vemos obligados a edificar el socialismo con elementos completamente corrompidos por el capitalismo. La dificultad de la transición consiste en que está vinculada a la dictadura que solo puede dirigir una clase: el proletariado. De ahí que nos digamos a nosotros mismos que la línea será determinada por el proletariado, disciplinado y convertido en una fuerza de combate capaz de derrotar a la burguesía. Entre la burguesía y el proletariado existe una masa de grados intermedios, con relación a los cuales nuestra política debe seguir ahora los cauces previstos teóricamente por nosotros; ahora podemos aplicarla. Nos espera toda una serie de misiones, toda una serie de acuerdos y tareas técnicas que nosotros, el poder proletario dominante,

debemos saber encomendar. Debemos saber encomendar al campesino medio una tarea: ayudar en el intercambio de mercancías, en el desenmascaramiento del kulak. A los cooperativistas hemos de darles otra, pues disponen de un mecanismo para la distribución de los productos en gran escala; debemos tomar ese mecanismo. A los intelectuales hay que encomendarles otra tarea completamente distinta; no pueden continuar el sabotaje, y su estado de ánimo hace que ocupen ahora, respecto a *nosotros*, la más excelente posición de buena vecindad. Y nosotros debemos aceptar a esos intelectuales, señalarles determinadas tareas, vigilar y comprobar su cumplimiento, tener con ellos la misma actitud de que hablaba Marx con relación a los empleados de la Comuna de París: “Cada contratista sabe elegir auxiliares y contables convenientes; cuando se equivocan, sabe corregir sus errores, y si no valen, sabe sustituirlos por otros nuevos, buenos”^{vii}. Nosotros construimos el poder con los elementos que nos ha dejado el capitalismo. No podemos hacerlo sin utilizar una herencia de la cultura

capitalista como son los intelectuales. Ahora estamos en condiciones de tratar a la pequeña burguesía como a un buen vecino que se encuentra bajo el control riguroso del poder del Estado. La tarea del proletariado consciente consiste en este terreno en comprender que el dominio no significa que sea él mismo quien debe realizar todas esas tareas. Quien piensa así no tiene la menor noción de lo que significa edificar el socialismo, no ha aprendido nada en un año de revolución y de dictadura. Lo mejor que pueden hacer semejantes señores es ir a la escuela y aprender algo; mas quienes hayan aprendido algo en los últimos tiempos, se dirán en su fuero interno: esa intelectualidad la aprovecharé ahora para la construcción. Tengo para ello suficiente apoyo en el campesinado. Y debemos recordar que solo en el transcurso de esta lucha, en una serie de acuerdos y ensayos de acuerdos del proletariado con la democracia pequeñoburguesa se hace la obra que conducirá al socialismo.

Recordemos las palabras de Engels de que debemos actuar por medio del ejem-

plo^{viii}. Ninguna forma será definitiva hasta que se consiga el comunismo completo. No hemos pretendido ser conocedores del camino seguro. Pero marchamos hacia el comunismo de manera inevitable e ineluctable. Hoy, cada semana da más que decenios de tiempo de paz. Los seis meses vividos desde la paz de Brest han sido una época de vacilaciones contra nosotros. La revolución de Europa Occidental —nuestro ejemplo, que empieza a cundir—, ha de fortalecernos. Debemos tener en cuenta los cambios operados, tomar en consideración todos los elementos, sin hacemos ninguna ilusión, sabiendo que los vacilantes seguirán siendo vacilantes hasta que triunfe por completo la revolución socialista universal. Es posible que esto no suceda muy pronto, aunque la marcha de los acontecimientos de la revolución alemana hace abrigar la esperanza de que ocurrirá antes de lo que muchos suponen. La revolución alemana se desarrolla como se desarrolló la nuestra, pero a un ritmo más acelerado. En todo caso, nuestra tarea consiste en luchar con

arrojo contra el imperialismo anglo-norteamericano. Este ha sentido que el bolchevismo ha pasado a ser una fuerza mundial, y precisamente por eso trata de estrangularnos con la máxima rapidez, deseando acabar primero con los bolcheviques rusos para hacer después lo mismo con los suyos.

Debemos aprovechar a los elementos vacilantes que se sienten empujados hacia nosotros por las atrocidades de los imperialistas. Y los aprovecharemos. Sabéis perfectamente que en la guerra no se puede despreciar ninguna ayuda, aunque sea indirecta. En la guerra, incluso la actitud de las clases vacilantes tiene inmensa importancia. Cuanto más dura es la guerra, mayor debe ser la influencia que consigamos ejercer sobre los elementos vacilantes que se acercan a nosotros. De ahí se desprende que la táctica que hemos seguido durante seis meses debe ser modificada de acuerdo con las nuevas tareas en lo que se refiere a los distintos sectores de la democracia pequeñoburguesa.

Si he conseguido fijar la atención de los cuadros del Partido en esta tarea y estimularlos a encontrar su solución acertada mediante la experiencia sistemática podré considerar que he cumplido mi misión.

“Pravda”, núms. 264 y 265, 5 y 6 de diciembre de 1918.

Se publica según el texto del periódico cotejado con el estenograma.

Notas al final - Reunión de cuadros del partido de Moscú

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i El CC del PC(b)R organizó en 1918 reuniones de activistas del Partido para discutir los problemas más importantes de la política del momento. El 27 de noviembre de 1918 la reunión de activistas moscovitas del Partido estuvo dedicada a la actitud del proletariado hacia los demócratas pequeñoburgueses, en relación con el viraje de estos hacia el Poder Soviético, dadas las condiciones creadas en el otoño de 1918. El informe de Lenin sobre este problema dio lugar a animadas discusiones. En su discurso final Lenin resumió el resultado del debate.

ii El artículo de F. Engels *El problema campesino en Francia y en Alemania* se publicó en la revista *Die Neue Zeit* en noviembre de 1894 (véase C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 22, pp. 501-525). En 1904 el artículo apareció en ruso como folleto, editado en Ginebra.

El motivo que movió a Engels a escribir el artículo fue el discurso sobre el problema agrario que pronunció G. Vollmar, uno de los dirigentes del ala derecha del Partido Socialdemócrata Alemán, en el Congreso de ese partido, realizado en Francfort, en octubre de 1894, y en el que tergiversó con espíritu oportunista las concepciones de Engels sobre el pequeño campesino. En una carta a la Redacción del periódico *Vorwärts*, Engels refutó las invenciones de Vollmar y manifestó su propósito de

escribir un artículo para exponer y fundamentar sus puntos de vista respecto al problema agrario (véase C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 22, pp. 499-500).

El Congreso de Francfort eligió una comisión especial a la que encomendó la elaboración del programa agrario del partido para presentarlo en el próximo congreso. El proyecto de programa agrario, de inspiración revisionista, elaborado por la comisión fue discutido en el Congreso de Breslau del Partido Socialdemócrata Alemán, en octubre de 1895, ya después de la muerte de Engels; no obtuvo mayoría y fue rechazado por el Congreso. Este resolvió que era necesario seguir estudiando las leyes del desarrollo de la agricultura.

iii Véase F. Engels. *El problema campesino en Francia y en Alemania* (C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 22, pp. 518, 520).

iv Véase F. Engels. *El problema campesino en Francia y en Alemania* (C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 22, p. 523).

v Es muy probable que Lenin se refiera a la expulsión de Suiza, por presión del enviado diplomático norteamericano, de la representación plenipotenciaria de la RSFSR, encabezada por Y. A. Berzin. La información sobre este hecho se publicó en los periódicos *Pravda e Izvestia VTsIK* (del 13 y 20 de noviembre de 1918); también se refirió a ello Y. A. Berzin en el informe que rindió sobre la gestión de la representación plenipotenciaria de la RSFSR en Suiza ante la sesión del CEC de toda Rusia (25 de noviembre de 1918). Lenin se refiere más adelante a la negativa del gobierno holandés a autorizar la entrada del representante plenipotenciario de la RSFSR en Holanda.

vi Véase F. Engels. *El problema campesino en Francia y en Alemania* (C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 22, p. 523).

vii Véase C. Marx. *La guerra civil en Francia* (C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 17, p. 344).

viii Véase F. Engels. *El problema campesino en Francia y en Alemania* (C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 22, p. 518).

Las elecciones a la asamblea constituyente y la dictadura del proletariadoⁱ

La recopilación publicada por los socialistas revolucionariosⁱⁱ *Un año de la revolución rusa. 1917-1918* (Editorial Zemliá i Volia, Moscú, 1918) contiene un artículo muy interesante de N. V. Sviatitski, titulado *Balance de las elecciones a la Asamblea Constituyente de toda Rusia (prefacio)*. El autor da los datos de 54 circunscripciones electorales sobre un total de 79.

El estudio del autor abarca casi todas las provincias de la Rusia Europea y de Siberia, habiéndose omitido solo las siguientes: Olonets, Estlandia, Kaluga, Besarabia, Podolsk, Oremburgo y la del Don.

Expondremos primero los principales resultados que publica N. V. Sviatitski y analizaremos después las conclusiones políticas que de estos datos se deducen.

I

El total de votos emitidos en noviembre de 1917, en las 54 circunscripciones, fue de 36.262.560. El autor menciona la cifra de 36.257.960, distribuida entre 7 regiones (más el ejército y la marina), pero las cifras que aduce para los distintos partidos suman precisamente el total que yo doy.

La distribución por partidos es la siguiente: los eseristas rusos obtuvieron 16.500.000 votos, pero si añadimos los logrados por los eseristas de otras naciones (ucranios, musulmanes, etc.) tendremos un total de 20.900.000, o sea el 58%.

Los mencheviquesⁱⁱⁱ lograron 668.064 votos que, sumados a los obtenidos por otros grupos análogos —“socialistas populares”^{iv} (312.000), grupo Edinstvo^v (25.000), cooperativistas (51.000), socialdemócratas ucranios (95.000), socialistas ucranios (507.000), socialistas alemanes (44.000) y socialistas finlandeses (14.000)—, hacen un total de 1.700.000.

Los bolcheviques obtuvieron 9.023.963 votos.

Los kadetes^{vi} sacaron 1.856.639 votos. Añadiendo los de la Unión de Propietarios Rurales y Terratenientes (215.000), los “grupos de derecha” (292.000), los creyentes del “antiguo rito”^{vii} (73.000), los nacionalistas: judíos (550.000), musulmanes (576.000), bashkires (195.000), letones (67.000), polacos (155.000), cosacos (79.000), alemanes (130.000), bielorrusos (12.000) y las listas de diversos grupos y organizaciones” (418.000), tendremos un total de 4.600.000 votos emitidos a favor de los partidos terratenientes y burgueses.

Sabemos que los eseristas y los mencheviques formaron un bloque durante todo el período revolucionario comprendido entre febrero y octubre de 1917. Además, todo el curso de los acontecimientos en este período y después de él demostró claramente que estos dos partidos juntos representan a la democracia pequeño-burguesa que cree ser, equivocadamente, socialista y se autodenomina así, como todos los partidos de la II Internacional.

Si juntamos los tres grupos fundamentales de partidos que se presentaron a las elecciones a la Asamblea Constituyente, obtendremos los siguientes resultados:

partido del proletariado (bolcheviques)
9.020.000 = 25%

partidos de la democracia pequeñoburguesa (socialistas revolucionarios, mencheviques, etc.) 22.620.000 = 62%

partidos de los terratenientes y de la burguesía (kadetes, etc.) = 4.620.000 = 13%

Total 36.260.000 = 100%

Veamos ahora los datos por regiones que publica N. V. Sviatitski:

3

Número de votos emitidos (en miles)							
Regiones 1 (y ejército aparte)	a favor de los eseristas (rusos)	%	a favor de los bolcheviques	%	a favor de los kadetes	%	total

¹ El autor ha dividido Rusia en regiones de un modo poco corriente: *Septentrional*: Arjánguelsk, Vólogda, Petrogrado, Nóvgorod, Pskov, Liflandia; *Central-Industrial*: Vladímir,

Septentrional	1.140,0	38	1.177,2	40	393,0	13	2.975,1
Central-Industrial	1.987,9	38	2.305,6	44	550,2	10	5.242,5
Tierras Negras del Volga	4.733,9	70	1.115,6	16	267,0	4	6.764,3
Occidental	1.242,1	43	1.282,2	44	48,1	2	2.961,0
Urales Orientales	1.547,7	43(62%) ²	443,9	12	181,3	5	3.583,5
Siberia	2.094,8	75	273,9	10	87,5	3	2.786,7
Ucrania	1.878,1	25(77%) ³	754,0	10	277,5	4	7.581,3
Ejército y marina	1.885,1	43	1.671,3	38	51,9	1	4.363,6

Kostromá, Moscú, Nizhni Nóvgorod, Riazán, Tula, Tver, Yaroslavl; *Tierras Negras del Volga*: Astrajan, Vorónezh, Kursk, Oriol, Penza, Samara, Sarátov, Simbirsk, Tambov; *Occidental*: Vítebsk, Minsk, Moguiliov, Smolensk; *Urales Orientales*: Viatka, Kazán, Perm, Ufá; *Siberia*: Tobolsk, Tomsk, Altái, Yeniséisk, Irkutsk, Transbaikalia, Priamurie; *Ucrania*: Volinia, Ekaterinoslav, Kíev, Poltava, Táuride. Járkov, Jersón, Chernígov.

² Sviatitski obtiene la cifra entre paréntesis (62%) añadiendo los eseristas musulmanes y chuvashes.

³ La cifra entre paréntesis (77%) es mía, la obtengo añadiendo los eseristas ucranios.

Número de votos emitidos (en miles)

<i>Regiones* (y ejército aparte)</i>	a favor de los eseris- tas (rusos)	%	a favor de los bol- cheviques	%	a favor de los kadetes	%	total
Septentrional . . .	1.140,0	38	1.177,2	40	393,0	13	2.975,1
Central-Industrial . .	1.987,9	38	2.305,6	44	550,2	10	5.242,5
Tierras Negras							
del Volga	4.733,9	70	1.115,6	16	267,0	4	6.764,3
Occidental	1.242,1	43	1.282,2	44	48,1	2	2.961,0
Urales Orientales . .	1.547,7	43(62% **)	443,9	12	181,3	5	3.583,5
Siberia	2.094,8	75	273,9	10	87,5	3	2.786,7
Ucrania	1.878,1	25(77% ***)	754,0	10	277,5	4	7.581,3
Ejército y marina . .	1.885,1	43	1.671,3	38	51,9	1	4.363,6

Por estos datos es evidente que durante las elecciones a la Asamblea Constituyente los bolcheviques eran el partido del proletariado, y los eseristas, el partido del campesinado. En las regiones netamente campesinas, tanto en las pobladas por rusos (Tierras Negras del Volga, Siberia y Urales Orientales) como en la ucrania, los eseristas obtuvieron del 62 a 77% de los votos. En los centros industriales los bolcheviques llevaron ventaja sobre los eseristas. Esta ventaja aparece disminuida en los datos por regiones que da N. V. Sviatitski, pues él mezcla las zonas más industrializadas con otras poco industrializadas o incluso no industriales. Las cifras de las provincias, por ejemplo, de los votos obtenidos por los partidos eserista, bolchevi-

que y kadete, y por los “grupos nacionales y otros”, demuestran lo siguiente:

En la región Septentrional el predominio bolchevique parece insignificante: 40 contra 38%. Pero en esta región se han mezclado zonas no industriales (provincias de Arjánguelsk, Vólogda, Nóvgorod y Pskov) en las que predominaron los eseristas, y las zonas industriales: la ciudad de Petrogrado, donde los bolcheviques obtuvieron 45% de los votos y los eseristas 16%; provincia de Petrogrado: bolcheviques, 50%; eseristas, 26%; y Liflandia: bolcheviques, 72%; eseristas, 0.

En la región Central-Industrial, la provincia de Moscú dio a los bolcheviques 56% y a los eseristas 25%. En la ciudad de Moscú, los bolcheviques obtuvieron 50% y los eseristas 8%; en la provincia de Tver, los bolcheviques 54% y los eseristas 39%; en la provincia de Vladimir, los bolcheviques 56% y los eseristas 32%.

Señalemos de paso lo ridículo que es, ante tales hechos, afirmar que los bolcheviques contaban y cuentan ¡con el respaldo de una “minoría” del proletariado! Y eso se lo he-

mos oído decir a los mencheviques (668.000) votos, y con Transcaucasia 700.000-800.000 más, contra 9.000.000 de votos obtenidos por los bolcheviques) y también a los socialtraidores de la II Internacional.

II

¿Cómo pudo ocurrir un milagro así? ¿Cómo pudieron los bolcheviques, que habían obtenido 1/4 parte de los votos, lograr la victoria sobre los demócratas pequeñoburgueses, que habían formado una alianza (coalición) con la burguesía y que, junto con la burguesía, obtuvieron las 3/4 partes de los votos?

Negar hoy esa victoria, después de que la Entente^{viii}, la omnipotente Entente, ha ayudado durante dos años a los enemigos del bolchevismo, es sencillamente ridículo.

La cuestión estriba en que el fanático odio político de quienes fueron derrotados, incluyendo a todos los partidarios de la II Internacional, les impide hasta plantear con seriedad el muy interesante problema histó-

rico y político de las causas por las cuales triunfaron los bolcheviques. La cuestión estriba en que esto es un “milagro” solo desde el punto de vista de la democracia pequeño-burguesa corriente, cuya profunda ignorancia y cuyos arraigados prejuicios se ponen de manifiesto en este problema y en la respuesta que le da.

Desde el punto de vista de la lucha de clases y del socialismo, desde ese punto de vista, que la II Internacional ha abandonado, el problema tiene una respuesta indiscutible.

Los bolcheviques triunfaron, ante todo, porque estaban respaldados por la inmensa mayoría del proletariado, que incluía al sector más consciente, más enérgico y revolucionario, a la verdadera vanguardia de esa clase avanzada.

Tomemos las dos capitales, Petrogrado y Moscú. El total de votos emitidos en ellas durante las elecciones a la Asamblea Constituyente fue de 1.765.100, que se distribuyeron así:

eseristas 218.000

bolcheviques 837.000

kadetes 515.400

Por más que los demócratas pequeñoburgueses, que se autotitulan socialistas y socialdemócratas (los Chernov, MártoV, Kautsky, Longuet, MacDonald y Cía.), se den golpes de pecho y se inclinen ante las diosas de la “igualdad”, del “sufragio universal”, de la “democracia”, de la “democracia pura” o “democracia consecuente”, no desaparecerá el hecho económico y político de *la desigualdad* entre la ciudad y el campo.

Este hecho es inevitable bajo el capitalismo en general y en el período de transición del capitalismo al comunismo en particular.

La ciudad no puede ser igual al campo. En las condiciones históricas de la época actual, el campo no puede ser igual a la ciudad. La ciudad, inevitablemente, *dirige* al campo. El campo, inevitablemente, *sigue a la ciudad*. El único problema es *qué clase* de las clases “urbanas” logrará dirigir al campo, hará frente a esta tarea, y qué formas asumirá *la dirección ejercida por la ciudad*.

En noviembre de 1917 los bolcheviques tenían tras de sí a la inmensa mayoría del

proletariado. En esa época, el partido que competía con los bolcheviques dentro del proletariado, el partido menchevique, fue completamente derrotado (9.000.000 de votos contra 1.400.000, si sumamos 668.000 y 700.000-800.000 de Transcaucasia). Además, ese partido fue derrotado en una lucha que duró 15 años (de 1903 a 1917), que *templó*, esclareció y organizó a la vanguardia del proletariado, y *forjó* en él una auténtica vanguardia revolucionaria. Y, además, la primera revolución, la de 1905, preparó el desarrollo posterior, determinó *de un modo práctico* las relaciones entre ambos partidos y sirvió de ensayo general de los grandes acontecimientos de 1917-1919.

A los demócratas pequeñoburgueses que se autotitulan “socialistas” de la II Internacional, les gusta desembarazarse de este interesantísimo problema histórico con frases almibaradas sobre las ventajas de la “unidad” del proletariado. Con el empleo de esas frases almibaradas, olvidan el hecho histórico de *la acumulación de oportunismo* en el movimiento obrero de 1871 a 1914, olvi-

dan (o no quieren) *reflexionar* en las causas del derrumbe del oportunismo en agosto de 1914, en las causas de la escisión del socialismo internacional en 1914-1917.

A no ser que el sector *revolucionario* del proletariado esté enteramente preparado, en todas las formas, para eliminar y aplastar el oportunismo, es inútil pensar siquiera en la dictadura del proletariado. Esta es la enseñanza de la revolución rusa que deberían grabarse en la frente los dirigentes de la socialdemocracia “independiente” alemana^{ix}, del socialismo francés, etc., que hoy quieren eludir la cuestión mediante el reconocimiento verbal de la dictadura del proletariado.

Prosigamos. Los bolcheviques contaban con el respaldo no solo de la mayoría del proletariado, no solo con la vanguardia *revolucionaria* del proletariado, templada en la larga y tesonera lucha contra el oportunismo; contaban también, si se puede emplear una expresión militar, con una poderosa “fuerza de choque” en las capitales.

Tener una aplastante superioridad de fuerzas en el momento decisivo y en el lugar de-

cisivo: esta “ley” de los triunfos militares es también la ley de los triunfos políticos, especialmente en esa encarnizada y fogosa guerra de clases que se llama revolución.

Las capitales o, en general, los centros comerciales e industriales más importantes (aquí, en Rusia, ambos han coincidido, pero no en todas partes coinciden) deciden en un grado considerable el destino político de un pueblo, siempre que, por supuesto, los centros cuenten con el apoyo de suficientes fuerzas en las localidades, en el campo, aunque ese apoyo no sea inmediato.

En las dos capitales, en los dos centros comerciales e industriales más importantes de Rusia, los bolcheviques tuvieron una superioridad de fuerzas aplastante, decisiva. Allí nuestras fuerzas eran *casi cuatro veces* superiores a las de los eseristas. Allí teníamos *más fuerzas que los eseristas y los kadetes juntos*. Además, nuestros enemigos estaban resquebrajados, pues la “coalición” de los kadetes con los eseristas y los mencheviques (en Petrogrado y Moscú los mencheviques obtuvieron solo un 3% de los votos) estaba

totalmente desacreditada entre los trabajadores. En aquel momento no podía hablarse siquiera de una unidad *real* de eseristas y mencheviques con los kadetes contra nosotros⁴. Hay que recordar que, en noviembre de 1917, hasta los dirigentes eseristas y mencheviques, que estaban cien veces más cerca de la idea de un bloque con los kadetes que los obreros y campesinos eseristas y mencheviques, ¡incluso esos dirigentes llegaron a pensar (y negociaron con nosotros) en un bloque con los bolcheviques *sin* los kadetes!^x

En octubre-noviembre de 1917 estábamos *seguros* de que triunfaríamos en las capitales, porque contábamos con una aplastante superioridad de fuerzas y con la más sólida preparación política, tanto en lo que se refiere a la aglutinación, concentración, preparación, experimentación y temple de los “ejércitos” bolcheviques, como a la desorganización,

⁴ Es interesante observar que las cifras antes mencionadas revelan la unidad y cohesión del partido del proletariado y la inmensa fragmentación de los partidos de la pequeña burguesía y los de la burguesía.

agotamiento, división y desmoralización de los “ejércitos” del adversario.

Y al tener la seguridad de triunfar en las dos capitales, en los dos centros de la máquina capitalista del Estado (tanto en el aspecto económico como en el político), con un golpe rápido y decisivo, pudimos, pese a la furiosa resistencia de la burocracia y la “intelectualidad”, pese al sabotaje, etc., *demostrar con hechos* a las masas trabajadoras *no* proletarias, con ayuda del aparato central del poder estatal, que el proletariado es su único aliado, amigo y dirigente leal.

III

Pero antes de pasar a este problema, el más importante, el problema de la actitud del proletariado hacia las masas trabajadoras *no* proletarias, debemos detenernos en *el ejército*.

Durante la guerra imperialista, la flor y nata del pueblo se concentró en el ejército; y si la canalla oportunista de la II Internacional (no solo los socialchovinistas, es decir, los Scheidemann y Renaudel, que se pasaron abierta-

mente al campo de la “defensa de la patria”, sino también los “centristas”^{xi}) con sus palabras y sus hechos reforzó la subordinación del ejército a la jefatura de los bandoleros imperialistas, tanto del grupo alemán como del anglo-francés, los verdaderos revolucionarios proletarios nunca olvidaron lo que había dicho Marx en 1870: “¡la burguesía enseñará al proletariado a manejar las armas!”^{xii}. Solo los traidores al socialismo austro-alemanes y anglo-franco-rusos podían hablar de “defensa de la patria” en la guerra imperialista, es decir, en una guerra que era de rapiña por ambas partes; los revolucionarios proletarios, en cambio, centraron toda su atención (a partir de agosto de 1914) en revolucionar el ejército, en utilizarlo *contra* la burguesía imperialista ladrona y en transformar la guerra injusta y expoliadora entre dos grupos de piratas imperialistas en una guerra justa y legítima de los proletarios y las masas trabajadoras oprimidas de cada país contra “su propia” burguesía, contra su burguesía “nacional”.

Durante los años 1914-1917, los traidores al socialismo *no prepararon* la utilización de

los ejércitos *contra* los gobiernos imperialistas de *cada* nación.

Los bolcheviques la prepararon, por medio de su propaganda, agitación y labor clandestina de organización desplegadas a partir de agosto de 1914. Naturalmente, los traidores al socialismo, los Scheidemann y los Kautsky de todos los países, salieron del paso hablando de *desmoralización* del ejército por la agitación bolchevique; pero nosotros estamos *orgullosos* de haber cumplido con nuestro deber desmoralizando a las fuerzas de nuestro enemigo de clase, arrebatándote las masas armadas de obreros y campesinos *para la lucha* contra los explotadores.

Los resultados de nuestra labor se vieron, entre otras cosas, en los votos obtenidos en las elecciones a la Asamblea Constituyente en noviembre de 1917, en las cuales también participó el ejército.

Veamos ahora los principales resultados de esta votación, tal como los presenta N. V. Sviatitski:

Número de votos (en miles), emitidos en noviembre de 1917 en las elecciones a la Asamblea Constituyente					
Unidades del ejército y la marina	a favor de los eseristas	a favor de los bolcheviques	a favor de los kadetes	a favor de los grupos nacionales y otros	Total
Frente Norte	240,0	480,0	?	60,0 ⁵	780,0
Frente Occidental	180,6	653,4	16,7	125,2	976,0
Frente Sur-Occidental	402,9	300,1	13,7	290,6	1.007,4
Frente Rumano	679,4	167,0	21,4	260,7	1.128,6
Frente del Cáucaso	360,0	60,0	?	—	420,0
Flota del Báltico	—	(120,0) ⁶	—	—	(120,0)
Flota del mar Negro	22,2	10,8	—	19,5	52,5
Total	1.885,1	1.671,3	51,8	756,	4.364,5
		+ (120,0)	+ ?		
		1.791,3			

⁵ No se dice qué partido fue el que obtuvo los 19.500 votos de la Flota del mar Negro; las otras cifras de esta columna se refieren, evidentemente, casi por completo a los socialistas ucranios, ya que fueron elegidos 10 socialistas ucranios y un socialdemócrata (es decir, un menchevique).

⁶ La cifra es aproximada: fueron elegidos 2 bolcheviques. N. V. Svia.titski calcula un promedio de 60.000 votos por cada candidato electo. Por ello, precisamente, doy la cifra de 120.000.

*Número de votos (en miles), emitidos en noviembre de 1917
en las elecciones a la Asamblea Constituyente*

Unidades del ejército y la marina	a fâvör de los eseristas	a fâvör de los bolche- viques	a favor de los kadetes	a favor de los grupos naciona- les y otros	Total
Frente Norte	240,0	480,0	?	60,0**	780,0
Frente Occidental . .	180,6	653,4	16,7	125,2	976,0
Frente Sur-Occidental	402,9	300,1	13,7	290,6	1.007,4
Frente Rumano . . .	679,4	167,0	21,4	260,7	1.128,6
Frente del Cáucaso . .	360,0	60,0	?	—	420,0
Flota del Báltico . . .	—	(120,0)*	—	—	(120,0)*
Flota del mar Negro . .	22,2	10,8	—	19,5	52,5
<i>Total</i>	1.885,1	1.671,3	51,8	756,0	4.364,5
		+ (120,0)*	+ ?		+ (120,0)*
		1.791,3			+ ?

En resumen, los eseristas obtuvieron 1.885.100 votos; los bolcheviques, 1.671.300. Y si añadimos a los últimos los 120.000 (aproximadamente) votos obtenidos en la Flota del Báltico, el total de sufragios de **los** bolcheviques será de 1.791.300.

Por consiguiente, **los** bolcheviques obtuvieron unos *pocos* votos *menos* que los eseristas.

Así pues, ya en octubre-noviembre de 1917 *la mitad* del ejército era *bolchevique*.

De no haber sido así, no habríamos podido vencer. Obtuvimos casi la mitad de los votos del conjunto del ejército, pero además tuvimos una aplastante mayoría en los fren-

tes *más cercanos a las capitales* y, en general, en los no muy alejados. Si dejamos de lado el frente del Cáucaso, los bolcheviques lograron, en conjunto, mayoría sobre **los** eseristas. Y si tomamos los frentes Norte y Occidental, los votos obtenidos por los bolcheviques suman *más de un millón* contra 420.000 de los eseristas.

Por **lo** tanto, también en **el** ejército los bolcheviques contaban ya, en noviembre de 1917 con una “*fuerza de choque*” política que **les** aseguraba una aplastante superioridad de fuerzas en el lugar decisivo y en el momento decisivo. No se podía hablar siquiera de resistencia, por parte del ejército, a la revolución proletaria de Octubre, a la conquista del poder político por el proletariado, considerando que los bolcheviques tenían una enorme mayoría en los frentes Norte y Occidental, mientras que en los otros frentes, alejados del centro, los bolcheviques disponían de tiempo y posibilidad de *arrebatarle los campesinos al partido eserista*. Pero de esto nos ocuparemos más adelante.

IV

Sobre la base de los resultados de las elecciones a la Asamblea Constituyente, hemos estudiado las tres condiciones que determinaron la victoria del bolchevismo: 1) una aplastante mayoría entre el proletariado; 2) casi la mitad en el ejército; 3) una aplastante superioridad de fuerzas en el momento decisivo y en los lugares decisivos, o sea: en las capitales y en los frentes de guerra cercanos al centro.

11

Pero estas condiciones solo habrían asegurado una victoria breve y muy precaria, si los bolcheviques no hubieran sido capaces de ganarse a la mayoría de las masas trabajadoras *no* proletarias, a arrancárselas a los eseristas y demás partidos pequeñoburgueses.

Esto es lo esencial.

Y la razón principal por la cual los “socialistas” (léase: demócratas pequeñoburgueses) de la II Internacional no comprenden la dictadura del proletariado consiste en que no comprenden que el poder estatal en ma-

nos de una sola clase, el proletariado, puede y debe convertirse en un instrumento para atraer al lado del proletariado a las masas trabajadoras no proletarias, un instrumento para arrancar esas masas a la burguesía y a los partidos pequeñoburgueses.

Los señores “socialistas” de la II Internacional, llenos de prejuicios pequeñoburgueses, olvidando lo esencial de la doctrina de Marx sobre el Estado, consideran *el poder estatal* como algo sagrado, como un ídolo o como el resultado de votaciones formales, la “democracia consecuente” por excelencia (o cualquier otra denominación absurda que utilicen). No ven que el poder estatal es simplemente *un instrumento* que las *diferentes* clases pueden y deben utilizar (y saber cómo utilizar) *de acuerdo con sus objetivos de clase*.

La burguesía ha utilizado el poder estatal como instrumento de la clase capitalista contra el proletariado, contra todos los trabajadores. Así sucedió siempre en las repúblicas burguesas más democráticas. Solo los traidores al marxismo han “olvidado” esto.

El proletariado (después de reunir “fuerzas de choque” que política y militarmente sean bastante potentes) debe derrocar a la burguesía, arrebatarle el poder estatal para utilizar ese *instrumento* de acuerdo con sus objetivos de clase.

¿Y cuáles son los objetivos de clase del proletariado?

Aplastar la resistencia de la burguesía.

“Neutralizar” al campesinado y, en lo posible, atraerlo a su lado; por lo menos a la mayoría del sector trabajador, no explotador.

Organizar la gran producción maquinizada, utilizando las fábricas y medios de producción en general expropiados a la burguesía.

Construir el socialismo sobre las ruinas del capitalismo.

* **

Los señores oportunistas, incluyendo a los kautskistas, burlándose de la doctrina de Marx, “enseñan” al pueblo que el proletariado debe primero conquistar la mayoría por medio del sufragio universal, obtener des-

pués, con los votos de esa mayoría, el poder estatal, y solo después de ello, sobre la base de la democracia “consecuente” (algunos la llaman democracia “pura”), construir el socialismo.

Nosotros, en cambio, basándonos en la doctrina de Marx y en la experiencia de la revolución rusa, decimos:

el proletariado debe primero derrocar a la burguesía y conquistar *para sí* el poder estatal, y después utilizar ese poder estatal, o sea, la dictadura del proletariado, como un instrumento de su clase con el fin de ganarse la simpatía de la mayoría de los trabajadores.

¿Cómo puede el poder estatal en manos del proletariado convertirse en instrumento de su lucha de clases para influir sobre las masas trabajadoras no proletarias, para atraerlas al lado del proletariado, para arrancarlas, arrebatárselas a la burguesía?

En primer lugar, el proletariado logra esto *no* poniendo en marcha el viejo aparato estatal, sino *demoliéndolo*, no dejando de él

piedra sobre piedra (a pesar de los gemidos de los asustados filisteos y de las amenazas de los saboteadores), y creando un *nuevo* aparato estatal. Este nuevo aparato estatal se adapta a la dictadura del proletariado y a su lucha contra la burguesía por *ganarse* a las masas trabajadoras no proletarias. Ese nuevo aparato no es invención de nadie, *surge* de la lucha de clase del proletariado a medida que esa lucha se amplía e intensifica. Ese nuevo aparato de poder estatal, el nuevo *tipo* de poder estatal, es *el Poder Soviético*.

Inmediatamente, pocas horas después de haber conquistado el poder estatal, el proletariado ruso declaró disuelto el viejo aparato del Estado (que, como demostró Marx, fue adaptado durante siglos para servir los intereses de clase de la burguesía incluso en la república más democrática^{xiii}) y entregó *todo el poder a los Soviets*. Y solo se admitía en los Soviets a los trabajadores y explotados; los explotadores de cualquier tipo quedaron excluidos.

De ese modo, el proletariado, en seguida, de golpe, inmediatamente *después* de haber

conquistado el poder estatal, *arrebata* a la burguesía *una masa inmensa* de sus partidarios en los partidos pequeñoburgueses y “socialistas”, ya que esa masa de trabajadores y explotados, que habían sido engañados por la burguesía (y por sus turiferarios, los Chernov, Kautsky, Márto y Cía.), *al obtener el Poder Soviético* obtiene, *por primera vez*, un instrumento para la lucha de masas por sus intereses contra la burguesía.

En segundo lugar, el proletariado puede y debe arrebatar en seguida, en todo caso, muy rápidamente, a la burguesía y a los demócratas pequeñoburgueses *sus masas*, es decir, las masas que los siguen, y arrebatarélas *satisfaciendo sus más urgentes necesidades económicas en forma revolucionaria, expropiando a los terratenientes y a la burguesía*.

La burguesía *no puede hacer* esto, por muy “fuerte” que sea su poder estatal.

El proletariado *sí puede* hacerlo al día siguiente de conquistar el poder estatal, porque dispone para ello de un aparato (los Soviets) y de medios económicos (la expropiación de los terratenientes y la burguesía).

Así fue, exactamente, cómo el proletariado ruso *arrebató el campesinado* a los eseristas, y se lo arrebató literalmente *pocas horas después* de conquistar el poder estatal. En efecto, pocas horas después de su victoria sobre la burguesía en Petrogrado, el proletariado victorioso promulgó un “decreto sobre la tierra”, y con ese decreto *satisfizo* íntegra e inmediatamente, con rapidez, energía y celo revolucionarios, todas las más urgentes necesidades económicas de *la mayoría* de los campesinos, expropió totalmente y sin indemnización a los terratenientes.

Para demostrar a los campesinos que los proletarios no querían aplastarlos con su fuerza, no querían dominarlos, sino ayudarles y ser amigos suyos, los bolcheviques victoriosos no pusieron *ni una palabra suya* en ese “decreto sobre la tierra”, sino que lo copiaron, palabra por palabra, de los mandatos campesinos (de los más revolucionarios, por supuesto), que *los eseristas* habían publicado en el periódico *eserista*^{xiv}.

Los eseristas se encolerizaron y enfurecieron, protestaron y gritaron que “los bolche-

viques les habían robado su programa”, pero no hicieron más que ponerse en ridículo: ¡lindo partido, por cierto, que debió ser derrotado y arrojado del Gobierno para que se pudiera realizar todo lo que había en su programa de revolucionario y beneficioso para los trabajadores!

Los traidores, mentecatos y pedantes de la II Internacional jamás pudieron comprender esta dialéctica: el proletariado no puede lograr la victoria si no conquista a la mayoría de la población. Pero limitar o supeditar esta conquista a la obtención de la mayoría He votos en las “elecciones realizadas *bajo el dominio de la burguesía* es la mayor de las necedades, o un simple engaño a los obreros. A fin de conquistar a la mayoría de la población, el proletariado debe, en primer lugar, derrocar a la burguesía y tomar el poder del Estado; en segundo lugar, debe implantar el Poder Soviético y destruir completamente el viejo aparato de Estado, con lo cual socava inmediatamente el dominio, el prestigio y la influencia de la burguesía y de los conciliadores pequeñoburgueses sobre las masas

trabajadoras no proletarias. En tercer lugar, debe *destruir completamente* la influencia de la burguesía y los conciliadores pequeñoburgueses sobre *la mayoría* de las masas trabajadoras no proletarias, satisfaciendo *sus* necesidades económicas *en forma revolucionaria a costa de los explotadores*.

Como es natural, es posible hacer esto únicamente cuando el desarrollo capitalista ha alcanzado un nivel determinado. Si no se da esa condición fundamental, el proletariado no puede constituirse en clase aparte, ni tampoco puede lograr éxito en su prolongada formación, educación, adiestramiento y prueba en la lucha, durante largos años de huelgas y manifestaciones en que los oportunistas se cubren de ignominia y son desechados. Sin esta condición esencial, los centros no podrán desempeñar ese papel político y económico que permite al proletariado, una vez dominados los centros, adueñarse del poder estatal en su integridad, o más correctamente, de su nervio vital, de su médula, de su núcleo. Sin esta condición esencial, no puede haber ese parentesco, afinidad y vinculación

entre la situación del proletariado y la de las masas trabajadoras no proletarias, los cuales (parentesco, afinidad y vinculación) son indispensables para que el proletariado ejerza influencia sobre esas masas, para que su influencia sobre ellas sea eficaz.

V

Prosigamos.

El proletariado puede conquistar el poder estatal, implantar el régimen soviético y satisfacer las necesidades económicas de la mayoría de los trabajadores a costa de los explotadores.

¿Basta esto para lograr la victoria total y definitiva?

No.

Los demócratas pequeñoburgueses y sus principales representantes en nuestros días, los “socialistas” y “socialdemócratas”, se engañan al pensar que, bajo el capitalismo, las masas trabajadoras pueden adquirir el alto grado de conciencia de clase, la firmeza de carácter, la perspicacia y la amplia visión po-

lítica que les permita decidir, *solo mediante votaciones* o, en todo caso, *decidir por anticipado*, sin necesidad de una larga experiencia de lucha, que van a seguir a una clase determinada o un partido determinado.

Es pura ilusión. Es una fábula sentimental inventada por los pedantes y sentimentales socialistas tipo Kautsky, Longuet y MacDonald.

El capitalismo no sería capitalismo si, por un lado, no condenara a *las masas* a un estado de embrutecimiento, aplastamiento, intimidación, al aislamiento (¡el campo!) y a la ignorancia, y si, por otro lado, no pusiera (**el** capitalismo) en manos de la burguesía un gigantesco aparato de mentiras y engaños para embaucar a **las** masas de obreros y campesinos, embotarles la mente, etcétera.

Por eso solo el proletariado puede *conducir a los trabajadores* del capitalismo al comunismo. Y no cabe pensar siquiera que las masas trabajadoras pequeñoburguesas o semi pequeñoburguesas puedan resolver por anticipado el muy complejo problema político: “estar con la clase obrera **o** con la

burguesía”. *Las vacilaciones* de los sectores trabajadores no proletarios son inevitables, e inevitable es también su propia *experiencia práctica*, que les permitirá *comparar* la dirección de la burguesía con la dirección del proletariado.

Ese es el detalle que pierden de vista constantemente quienes veneran la “democracia consecuente” y piensan que es posible resolver con votaciones problemas políticos en extremo importantes. Estos problemas, si son agudos y agravados por la lucha, se resuelven en realidad con *la guerra civil*, y *la experiencia* de las masas trabajadoras no proletarias (en primer lugar, de los campesinos), la experiencia que les permite comparar, confrontar el poder del proletariado con el poder de la burguesía, es de inmensa importancia en esta guerra.

En este sentido, las elecciones a la Asamblea Constituyente de noviembre de 1917 en Rusia, comparadas con los dos años de la guerra civil de 1917-1919, son sumamente instructivas.

Veamos qué regiones demostraron ser menos bolcheviques. En primer lugar, los Urales

Orientales y Siberia, donde los bolcheviques obtuvieron 12 y 10% de los votos, respectivamente. En segundo lugar, Ucrania, donde los bolcheviques obtuvieron el 10% de los votos. De las demás regiones, los bolcheviques obtuvieron el menor porcentaje de votos en la región campesina de la gran Rusia, la de las Tierras Negras del Volga, pero allí los bolcheviques obtuvieron 16% de los votos.

Y fue precisamente en las regiones donde los bolcheviques obtuvieron el menor porcentaje de votos en noviembre de 1917 donde tuvieron mayor éxito los movimientos y rebeliones contrarrevolucionarios, la organización de las fuerzas contrarrevolucionarias. Fue precisamente en esas regiones donde el poder de Kolchak y Denikin subsistió durante meses y meses.

Las vacilaciones de la población pequeño-burguesa, en aquellas regiones donde es más débil la influencia del proletariado, se manifestaron con especial claridad:

primero en favor de los bolcheviques, cuando estos dieron la tierra y los soldados desmovilizados trajeron la noticia de la paz.

Después, contra los bolcheviques, cuando estos, para impulsar el desarrollo internacional de la revolución y para defender su centro, en Rusia, firmaron la paz de Brest^{xv}, y con ello “ofendieron” los sentimientos patrióticos, los más profundos de los sentimientos pequeñoburgueses. La dictadura del proletariado disgustó a los campesinos, en particular a los de aquellos lugares donde había grandes excedentes de cereales, cuando los bolcheviques demostraron que procurarían, con energía y firmeza, que esos excedentes fueran entregados al Estado a precios fijos. Los campesinos de los Urales, de Siberia y de Ucrania viraron hacia Kolchak y Denikin.

Más tarde, la experiencia de la “democracia” de Kolchak y Denikin, sobre la que vociferaba cualquier plumífero de las zonas ocupadas por ellos, demostró a los campesinos que las frases sobre la democracia y sobre la Asamblea Constituyente no eran, en realidad, más que una pantalla para ocultar la dictadura de los terratenientes y capitalistas.

Se inició entonces un nuevo viraje hacia el bolchevismo y se extendieron los levantamien-

tos campesinos en la retaguardia de Kolchak y Denikin. Las tropas rojas fueron recibidas por los campesinos como liberadoras.

En última instancia, fueron precisamente estas vacilaciones del campesinado, como principal representante de la masa trabajadora pequeñoburguesa, las que decidieron la suerte del Poder soviético y del poder de Kolchak y Denikin. Pero esta “última instancia” fue precedida por un período bastante largo de dura lucha y terribles pruebas, que aún no ha terminado en Rusia al cabo de dos años, no ha terminado precisamente en Siberia y Ucrania. Y no se puede garantizar que termine *completamente*, digamos, en más o menos un año.

Los partidarios de la democracia “consecuente” no han reflexionado sobre la importancia de este hecho histórico. Inventaron, y siguen inventando, el cuento infantil de que, en el capitalismo, el proletariado puede “convencer” a la mayoría de los trabajadores y ganarlos firmemente para su causa por medio de votaciones. Pero la realidad demuestra que solo en el curso de una larga y encon-

da lucha, la dura experiencia de la vacilante pequeña burguesía la *llevará*, después de comparar la dictadura del proletariado con la dictadura de los capitalistas, a la conclusión de que la primera es mejor que la segunda.

En teoría, todos los socialistas que estudiaron marxismo y desean tener en cuenta las enseñanzas de la historia política de los países avanzados en el siglo XIX, reconocen que las vacilaciones de la pequeña burguesía entre el proletariado y la clase capitalista son inevitables. Las raíces económicas de estas vacilaciones son puestas de manifiesto con toda claridad por la ciencia económica, cuyas verdades fueron repetidas millones de veces en los periódicos, boletines y folletos editados por los socialistas de la II Internacional.

Pero estas gentes no saben aplicar dicha verdad a la época peculiar de la dictadura del proletariado. Sustituyen la lucha de clases por prejuicios e ilusiones de carácter democrático pequeñoburgués (sobre la “igualdad” de clases, sobre la democracia “consecuente” o “pura”, sobre la solución de los grandes

problemas históricos mediante votaciones, etc.). No quieren comprender que, después de tomar el poder estatal, el proletariado no abandona por ello su lucha de clase, sino que la continúa en otra forma por otros medios. La dictadura del proletariado es la lucha de clase del proletariado conducida con ayuda de un instrumento como el poder estatal; lucha de clase uno de cuyos objetivos es demostrar a los sectores trabajadores no proletarios, por medio de su larga experiencia y de una larga serie de ejemplos prácticos, que les es más ventajoso estar en favor de la dictadura del proletariado que en favor de la dictadura de la burguesía, y que no puede haber un tercer camino.

Los resultados de las elecciones a la Asamblea Constituyente de noviembre de 1917 nos revelan el fondo esencial del cuadro que ofrece el desarrollo de la guerra civil durante los dos años posteriores a estas elecciones. Las fuerzas principales en esa guerra eran ya evidentes durante las elecciones a la Asamblea Constituyente; ya era claro el papel de la “fuerza de choque” del ejército proletario,

el papel del campesinado vacilante y el papel de la burguesía. “Los kadetes –dice N. V. Sviatitski en su artículo– obtuvieron sus éxitos más importantes en las mismas zonas que los bolcheviques: en las zonas Septentrional y Central-Industrial” (p. 116). Naturalmente, los elementos intermedios situados entre el proletariado y la burguesía fueron los más débiles en los centros capitalistas más desarrollados. Naturalmente, en esos centros la lucha de clases era más aguda. En ellos se concentraban las fuerzas principales de la burguesía, y allí, solo allí, podía el proletariado derrotar a la burguesía. Solo el proletariado pudo derrotar a la burguesía, y solo después de derrotar a la burguesía pudo el proletariado ganar definitivamente la simpatía y el apoyo de los sectores pequeñoburgueses de la población utilizando un instrumento como el poder estatal.

Bien utilizados y bien leídos, los resultados de las elecciones a la Asamblea Constituyente nos muestran una y otra vez las verdades fundamentales de la doctrina marxista de la lucha de clases.

Por otra parte, estos resultados muestran también el papel y la importancia del problema nacional. Tomemos Ucrania. En las últimas deliberaciones sobre el problema ucranio, algunos camaradas acusaron al autor de estas líneas de haber dado demasiado “relieve” al problema nacional en Ucrania. Los resultados de las elecciones a la Asamblea Constituyente demuestran que ya en noviembre de 1917 los eseristas y los socialistas *ucranios* obtuvieron la mayoría en Ucrania (3.400.000 votos+ 500.000 = 3.900.000 contra 1.900.000 obtenidos por los eseristas rusos, sobre un total de 7.600.000 votos emitidos en toda Ucrania). En el ejército, en los frentes Suroeste y Rumano, los socialistas ucranios obtuvieron respectivamente el 30 y el 34% del total de los votos (los eseristas rusos obtuvieron 40 y 59%, respectivamente).

En tales circunstancias, ignorar la importancia del problema nacional en Ucrania – pecado del que a menudo son culpables los rusos (y del cual son culpables los judíos, quizá algo menos que los rusos)– es un error

grande y peligroso. En Ucrania, la división entre los eseristas rusos y ucranios ya en 1917 no podía ser casual. Y, como internacionalistas, nuestro deber es, en primer lugar, combatir enérgicamente los vestigios (a veces inconscientes) del imperialismo el chovinismo ruso entre los comunistas “rusos” y, en segundo lugar, nuestro deber es hacer concesiones precisamente en el problema nacional, que es relativamente un problema menor (para un internacionalista el problema de fronteras es un problema secundario, si no de décimo orden). Hay otros problemas importantes: son importantes los intereses fundamentales de la dictadura del proletariado, son importantes los intereses de la unidad y la disciplina del Ejército Rojo que lucha contra Denikin; es importante el papel dirigente del proletariado respecto a los campesinos. El problema de si Ucrania habrá de ser o no un Estado separado es mucho menos importante. No debemos sorprendernos ni asustarnos en lo más mínimo, ni siquiera ante la perspectiva de que los obreros y campesinos ucranios ensayen di-

ferentes sistemas y en el curso de, pongamos por caso, varios años ensayen en la práctica la unión con la RSFSR o se separen de ella y formen una República Socialista Soviética de Ucrania independiente, o diversas formas de su estrecha alianza, etc., etc.

Tratar de resolver este problema por anticipado, de una vez para siempre, “definitiva” e “irrevocablemente”, pondría de manifiesto una comprensión limitada o simplemente estupidez, pues las vacilaciones de las masas trabajadoras no proletarias en *este* problema son completamente naturales e incluso inevitables, pero de ningún modo temibles para el proletariado. Es deber del representante del proletariado, que es realmente capaz de ser internacionalista, tratar *esas* vacilaciones con la mayor cautela y tolerancia; su deber es dejar que las *propias* masas trabajadoras no proletarias, como resultado de su propia experiencia, *se libren* de esas vacilaciones. Debemos ser intolerantes e implacables, intransigentes e inflexibles en otros problemas más vitales, algunos de los cuales ya he señalado antes.

VI

La comparación de las elecciones a la Asamblea Constituyente de noviembre de 1917 con el desarrollo de la revolución proletaria en Rusia desde octubre de 1917 hasta diciembre de 1919 nos permite sacar conclusiones acerca del parlamentarismo burgués y de la revolución proletaria de cualquier país capitalista. Intentaré formular brevemente, o al menos reseñar, las conclusiones principales.

1. El sufragio universal es un índice de la madurez alcanzada por las diversas clases en la comprensión de sus problemas. Demuestra cómo *tienden* las distintas clases a resolver sus problemas. *La solución* real de estos problemas no se logra mediante votaciones, sino con la lucha de clases en todas sus formas, incluyendo la guerra civil.

2. Los socialistas y socialdemócratas de la II Internacional adoptan la posición de los demócratas pequeñoburgueses vulgares y comparten su prejuicio de que los problemas fundamentales de la lucha de clases pueden ser resueltos por medio de votaciones.

3. El partido del proletariado revolucionario debe participar en los parlamentos burgueses a fin de esclarecer a las masas; esto se logra durante las elecciones y con la lucha entre partidos en el parlamento. Pero limitar la lucha de clases a la lucha parlamentaria, o considerar esta última como la forma superior y decisiva de lucha, a la que están subordinadas todas las demás formas de lucha, es una verdadera deserción al campo de la burguesía contra el proletariado.

4. En realidad, todos los representantes y partidarios de la II Internacional y todos los dirigentes del llamado partido socialdemócrata alemán “independiente” se pasan así a la burguesía cuando reconocen verbalmente la dictadura del proletariado, pero, en los hechos, con su propaganda, inculcan al proletariado la idea de que primero debe lograrse la expresión formal de la voluntad de la mayoría de la población bajo el capitalismo (es decir, la mayoría de votos en el parlamento burgués) para traspasar más tarde el poder político al proletariado.

Todos los clamores, basados en esta premisa, de los socialdemócratas alemanes “independentistas” y de parecidos dirigentes del socialismo podrido contra la “dictadura de una minoría”, etc., solo ponen de manifiesto que esos dirigentes no comprenden la dictadura de la burguesía, que en realidad impera incluso en las repúblicas más democráticas, y que no comprenden tampoco las condiciones necesarias para acabar con ella por medio de la lucha de clase del proletariado.

5. Esta incomprensión consiste especialmente en lo siguiente: olvidan que, en muy gran medida, los partidos burgueses pueden dominar porque engañan a las masas de la población, merced al yugo del capital, a lo que se añade el autoengaño con respecto al carácter del capitalismo, autoengaño típico sobre todo de los partidos pequeñoburgueses, que comúnmente quieren sustituir la lucha de clases por formas más o menos veladas de conciliación de clases.

“Que primero, mientras aún existe la propiedad privada, es decir, mientras aún existen

el poder y el yugo del capital, la mayoría de la población se pronuncie en favor del partido del proletariado; solo entonces el partido puede y debe tomar el poder”. Eso dicen los demócratas pequeñoburgueses, que se autotitulan “socialistas”, pero que en realidad son lacayos de la burguesía.

“Que primero el proletariado revolucionario derroque a la burguesía, rompa el yugo del capital y destruya el aparato estatal burgués; entonces el proletariado victorioso podrá ganarse rápidamente la simpatía y el apoyo de la mayoría de las masas trabajadoras no proletarias, satisfaciendo sus necesidades a costa de los explotadores”. Eso decimos nosotros. Lo contrario sería una rara excepción en la historia (y aun dándose esa excepción, la burguesía puede recurrir a la guerra civil, como mostró el ejemplo de Finlandia^{xvi}).

6. O, en otras palabras:

“Primero debemos comprometernos a aceptar el principio de la igualdad o de la democracia consecuente, mientras subsisten la

propiedad privada y el yugo del capital (o sea, desigualdad real bajo igualdad formal) y procuremos obtener la decisión de la mayoría sobre esta base”, así dicen la burguesía y sus acólitos, los demócratas pequeñoburgueses que se autotitulan socialistas y socialdemócratas.

“Primero la lucha de clase del proletariado que, al conquistar el poder estatal, destruirá los pilares y las bases de la desigualdad real y después el proletariado, que ha derrotado a los explotadores, conducirá a todas las masas trabajadoras a *la abolición de las clases*, es decir, a *la igualdad socialista*, la única que no es un engaño”, decimos nosotros.

7. En todos los países capitalistas, junto al proletariado o a esa parte del proletariado que tiene conciencia de sus objetivos revolucionarios y es capaz de luchar por lograrlos, hay también en las masas trabajadoras numerosas capas proletarias inconscientes, semiproletarias o semi pequeñoburguesas, que siguen a la burguesía y a la democracia burguesa (incluyendo a los “socialistas” de la II

Internacional), porque han sido engañadas, no tienen confianza en sus propias fuerzas o en las fuerzas del proletariado y no se dan cuenta de la posibilidad de que sus necesidades más apremiantes sean satisfechas mediante la expropiación de los explotadores.

Estas capas de trabajadores y explotados proporcionan aliados a la vanguardia del proletariado y le brindan una firme mayoría de la población, pero el proletariado solo puede conquistar esos aliados con ayuda de un instrumento como el poder del Estado, es decir, solo después de derrocar a la burguesía y destruir su aparato estatal.

8. La fuerza del proletariado en cualquier país capitalista es muchísimo mayor que la proporción de la población local que representa. Ello se debe a que el proletariado domina económicamente en el centro y el nervio de todo el sistema económico del capitalismo y, además, a que el proletariado expresa económica y políticamente los verdaderos intereses de la inmensa mayoría de los trabajadores en el capitalismo.

Por consiguiente, el proletariado, aun constituyendo una minoría de la población (o cuando la vanguardia consciente y realmente revolucionaria del proletariado constituye la minoría de la población), puede derrocar a la burguesía y, luego, conquistar muchos aliados entre la masa de semiproletarios y de la pequeña burguesía, que nunca se declara de antemano en favor de la dominación del proletariado, que no comprende las condiciones y los objetivos de esa dominación y que solo con su experiencia posterior se convence de que la dictadura del proletariado es inevitable, justa y legítima.

9. Por último, en todos los países capitalistas hay siempre capas muy amplias de la pequeña burguesía que oscilan inevitablemente entre el capital y el trabajo. Para lograr la victoria, el proletariado debe, en primer lugar, elegir el momento acertado para lanzar el ataque decisivo contra la burguesía, teniendo en cuenta, entre otras cosas, la división entre la burguesía y sus aliados pequeñoburgueses o la inestabilidad de su alianza, etc.

En segundo lugar, después de su victoria, el proletariado debe utilizar esas vacilaciones de la pequeña burguesía con el fin de neutralizarla, de impedir que se ponga junto a los explotadores; debe saber sostenerse durante cierto tiempo *a pesar de estas vacilaciones*, y así sucesivamente.

10. Una de las condiciones necesarias de la preparación del proletariado para su victoria es una larga, tenaz e implacable lucha contra el oportunismo, el reformismo, el socialchovinismo y otras influencias y corrientes burguesas similares, que son inevitables puesto que el proletariado actúa en un medio capitalista. Si no se libra esa lucha, si no se derrota previamente por completo al oportunismo dentro del movimiento obrero, no habrá dictadura del proletariado. El bolchevismo no habría podido vencer a la burguesía en 1917-1919 si antes, en 1903-1917, no hubiera aprendido a derrotar a los mencheviques, o sea, a los oportunistas, reformistas y socialchovinistas, y a expulsarlos implacablemente del partido de vanguardia del proletariado.

Y hoy, el reconocimiento verbal de la dictadura del proletariado por parte de los dirigentes de los “independentistas” alemanes o de los longuetistas franceses^{xvii}, etc., que *en la práctica* continúan la vieja y acostumbrada política de concesiones –grandes y pequeñas– al oportunismo, de conciliación con él, de subordinación a los prejuicios de la democracia burguesa (“democracia consecuente” o “democracia pura”, como dicen ellos), del parlamentarismo burgués, etc., es el más peligroso autoengaño, cuando no uní elemental fraude a los obreros.

16. XII. 1919.

Publicado en diciembre de 1919, en la revista “La Internacional Comunista”, núms. 7 y 8.

Firmado: N. Lenin.

Se publica según el manuscrito cotejado con el texto de la revista.

Notas al final - Las elecciones a la asamblea constituyente y la dictadura del proletariado

Las notas al final, son de responsabilidad de los editores rusos, cuando no haya indicación contraria.

i Este trabajo está dedicado a las elecciones a la Asamblea Constituyente. El 14 (27) de junio de 1917, el Gobierno Provisional burgués decretó las elecciones a la Asamblea Constituyente para el 17 (30) de setiembre de 1917. En agosto, el Gobierno Provisional aplazó las elecciones para el 12 (25) de noviembre.

Las elecciones a la Asamblea Constituyente se celebraron después de la victoria de la Revolución Socialista de Octubre, en fecha establecida: 12 (25) de noviembre, según las listas confeccionadas antes de la Revolución de Octubre y el reglamento confirmado por el Gobierno Provisional; transcurrieron en un ambiente en que una parte considerable del pueblo aún no había tenido tiempo de comprender el significado de la revolución socialista. El gobierno soviético convocó la Asamblea Constituyente, que se inauguró el 5 (18) de enero de 1918 en Petrogrado. Como su mayoría contrarrevolucionaria rechazó la Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado, que le había propuesto el CEC de toda Rusia, y se negó a ratificar los decretos de la paz, sobre la tierra y sobre el paso del poder a los Soviets, aprobados por el II Congreso de los Soviets, la Asamblea Constituyente fue disuelta por decreto del CEC de toda Rusia del 6 (19) de enero.

ii *Socialistas revolucionarios (eseristas)*: partido pequeñoburgués formado en Rusia a fines de 1901 y comienzos de 1902. Los eseristas no veían diferencias de clase entre el proletariado y el pequeño propietario y, velando las contradicciones de clase en el seno del campesinado, rechazaban el papel dirigente del proletariado en la revolución y la idea de la dictadura del proletariado. Durante la primera revolución rusa de los años 1905-1907, los eseristas revelaron su naturaleza pequeñoburguesa siguiendo una política conciliadora respecto a la burguesía liberal.

Cuando se produjo la Revolución Democrática Burguesa de febrero de 1917, los eseristas, junto con los mencheviques y los demócratas constitucionalistas, fueron el principal puntal del contrarrevolucionario Gobierno Provisional de la burguesía y los terratenientes.

Después de la Revolución Socialista de Octubre, los eseristas desplegaron la labor de zapa contrarrevolucionaria, participaron en complotos y organizaron actos terroristas contra líderes soviéticos.

iii *Mencheviques*: corriente oportunista de la socialdemocracia rusa.

En el II Congreso del POSDR (1903), al ser elegidos los organismos centrales del Partido, los socialdemócratas revolucionarios encabezados por Lenin obtuvieron la mayoría (“bolshinstvó”, y de ahí su denominación de bolcheviques) y los oportunistas quedaron en minoría (“menshinstvó”, y de ahí su denominación de mencheviques).

En el período de la revolución de 1905-1907, los mencheviques se opusieron a la hegemonía de la clase obrera en la revolución, a la alianza de la clase obrera y el campesinado y reclamaron el acuerdo con la burguesía liberal a la que, según ellos, había que dejar que dirigiera la revolución. En los años de la reacción, que siguió a la derrota de la revolución de 1905-1907, la mayoría de los mencheviques se hicieron liquidadores; exigían la liquidación del partido revolucionario clandestino de la clase obrera. En febrero de 1917, al triunfar la revolución democrática burguesa en Rusia, los mencheviques formaron parte del Gobierno Provisional burgués, apoyaron su política imperialista y lucharon contra la revolución socialista en ciernes.

Después de la Revolución Socialista de Octubre, los mencheviques se convirtieron en un partido francamente contrarrevolucionario, organizador y participante en complots y sublevaciones para derrocar el Poder Soviético.

iv *Socialistas populares* (enesistas): miembros del Partido Socialista Popular del Trabajo, partido pequeñoburgués formado en 1906 con elementos separados del ala derecha del partido eserista. Los enesistas eran partidarios del bloque con los kadetes. Después de la Revolución Democrática Burguesa de febrero de 1917, el Partido Socialista Popular apoyó al Gobierno Provisional burgués, en el que tuvo representantes. Triunfante la Revolución Socialista de Octubre, los enesistas participaron en complots contrarrevolucionarios y levantamientos armados contra el Poder Soviético. El partido dejó de existir durante la intervención militar extranjera y la guerra civil.

v Edinstvo (Unidad): grupo socialdemócrata insignificante (1917-1918), constituido por mencheviques defensistas de extrema derecha, ex liquidadores, etc. Fue organizado en marzo de 1917 en Petrogrado, y tuvo filiales en Moscú, Bakú y algunas otras ciudades. El grupo excluía la posibilidad del triunfo de la revolución socialista en Rusia, apoyaba incondicionalmente al Gobierno Provisional burgués, exigía la continuación de la guerra imperialista “hasta la victoria final”, se unió a la prensa burguesa y ultrarreaccionaria en el acoso a los bolcheviques. Se disolvió en el verano de 1918.

El grupo publicaba el periódico *Edinstvo*, que apareció desde marzo hasta noviembre de 1917. De diciembre de 1917 a enero de 1918 se publicó con el título *Nashe Edinstvo* (Nuestra Unidad).

vi *Partido Demócrata Constitucionalista (kadetes)*: partido principal de la burguesía monárquica liberal en Rusia. Se fundó en octubre de 1905 con elementos de la burguesía, terratenientes activistas de los zemstvos e intelectuales burgueses. Para engañar a las masas trabajadoras los kadetes se atribuyeron el falso nombre de “partido de la libertad del pueblo”, pero en realidad no iban más allá de reclamar una monarquía constitucional. Durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) apoyaron activamente la política exterior anexionista del Gobierno del zar. En la Revolución Democrática Burguesa de febrero de 1917 trataron de salvar la monarquía. Desde el Gobierno Provisional burgués, en el que ocupaban una posición dirigente, aplicaron una política antipopular, contrarrevolucionaria. Después de triunfar la Revolución Socialista de Octubre actuaron como enemigos irreconciliables del Poder Soviético.

vii *Adeptos del antiguo rito*: conjunto de grupos religiosos e iglesias de Rusia que no aceptaron las reformas eclesiásticas del siglo XVII y que se convirtieron en opositores o enemigos de la Iglesia ortodoxa oficial. Fueron perseguidos hasta 1906.

viii *Entente*: bloque de potencias imperialistas (Inglaterra, Francia y Rusia) que se formó definitivamente en 1907; iba dirigido contra los imperialistas de la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia). Debe su nombre a la *Entente cordiale*, acuerdo anglo-francés concluido en 1904. Durante la guerra imperialista mundial (1914-1918) se adherieron a la Entente los EE.UU., Japón y otros países. Después de la Revolución Socialista de Octubre de 1917 Rusia abandonó la Entente y los principales participantes de este bloque –Inglaterra, Francia, EE.UU. y Japón– fueron los inspiradores, organizadores y participantes de la intervención militar contra el País de los Soviets

ix *Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania*: partido centrista fundado en abril de 1917 en el Congreso constituyente de Gotha. Los “independentistas” propugnaban la unidad con los socialchovinistas y se deslizaban hacia el abandono de la lucha de clases. En octubre de 1920, el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania se escindió en el Congreso de Halle, fusionándose una parte considerable de él, en diciembre de 1920, con el Partido Comunista de Alemania. Los elementos derechistas formaron su partido, al que dieron el viejo nombre de Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, el cual subsistió hasta 1922.

x Se alude a las conversaciones sobre la formación del Gobierno que sostenían los bolcheviques con el CESFR (Comité Ejecutivo del Sindicato Ferroviario de toda Rusia) en octubre y noviembre de 1917.

Triunfante la insurrección armada de octubre en Petrogrado, el CESFR, dirigido por mencheviques y eseristas, era un baluarte de la contrarrevolución. Encubriéndose con declaraciones de neutralidad y llamamientos a cesar la guerra civil, impedía el envío de destacamentos revolucionarios de Petrogrado a Moscú, donde continuaba la lucha armada por la instauración del Poder soviético, y amenazaba con paralizar el tráfico ferroviario. El 29 de octubre (11 de noviembre) de 1917, el CESFR aprobó una resolución en la que exhortaba a formar un nuevo “gobierno socialista homogéneo” integrado por representantes de todos los partidos. Aquel mismo día se abrió la conferencia convocada en el CESFR para tratar de la composición del gobierno. El CC del Partido Bolchevique estimó posible participar en las conversaciones, pero declaró que todas las conversaciones sobre la ampliación del gobierno y del CEC de toda Rusia eran posibles solamente sobre la base de reconocer el programa de acción del Poder Soviético aprobado por el II Congreso de los Soviets (octubre de 1917). El problema de estas conversaciones se discutió en la reunión ampliada del CC del POSD(b)R del I (14) y en la reunión del CC del 2 (15) de noviembre de 1917.

xi *Centrismo*: variedad del oportunismo en el movimiento obrero, corriente hostil al marxismo-leninismo que surgió en el seno de los partidos socialdemócratas de la

II Internacional antes de la Primera Guerra Mundial de 1914-1918.

Usando una fraseología pseudomarxista y haciéndose pasar por “marxistas ortodoxos”, los centristas despojaban el marxismo de su esencia revolucionaria, trataban de conservar la influencia de los oportunistas declarados y, por consiguiente, también de la burguesía sobre las masas obreras. La ideología del centrismo es la ideología de la adaptación, de la subordinación de los intereses de clase del proletariado a los intereses de la burguesía. Lenin decía que el centrismo es mucho más peligroso y más perjudicial para el movimiento obrero que el franco oportunismo.

Durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) los centristas de hecho apoyaron la política de los oportunistas, de los socialchovinistas desembozados, aunque lanzaban al mismo tiempo consignas pacifistas, desviando a los obreros de la lucha revolucionaria contra la guerra imperialista. Uno de los principales teóricos del centrismo fue Kautsky; en Rusia representaron a esta corriente Mártov, Chjeídze y otros.

xii Se alude a unas palabras de C. Marx de su carta a L. Kugelmann, del 13 de diciembre de 1870 (véase C. Marx y F. Engels. *Obras*, 2 ed. en ruso, t. 33, p. 140).

xiii Véase C. Marx *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte y La guerra civil en Francia* (C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 8, pp. 205-207 y t. 22, pp. 198-201).

xiv Al hablar de los mandatos campesinos publicados en un periódico eserista, Lenin se refiere al artículo *Un mandato*

modelo. Confeccionado sobre la base de 242 mandatos traídos por los diputados al I Congreso de Diputados Campesinos de toda Rusia, que se celebró en 1917, en Petrogrado, publicado en Izvestia Vserossiiskogo Soveta Krestíanskij Deputátov (Las Noticias del Soviet de Diputados Campesinos de toda Rusia), núms. 88 y 89, del 19 y 20 de agosto (1 y 2 de septiembre) de 1917. Lenin dedicó entonces a este artículo su trabajo Del diario de un publicista. Los campesinos y los obreros (véase O.C., t. 34, pp. 112-120).

xv Lenin se refiere al tratado de paz entre la Rusia Soviética y las potencias de la Cuádruple Alianza (Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía), firmado el 3 de marzo de 1918 en Brest-Litovsk y ratificado el 15 de marzo por el IV Congreso Extraordinario de los Soviets de toda Rusia. Las condiciones de paz eran muy duras para la Rusia Soviética. Según el tratado, Polonia, casi toda la región del Báltico y parte de Bielorrusia debían pasar bajo el control de Alemania y Austria-Hungría. Ucrania debía ser separada de la Rusia Soviética y se convertía en un Estado dependiente de Alemania. Se entregaban a Turquía las ciudades de Kars, Batum y Ardagán. En agosto de 1918, Alemania impuso a la Rusia Soviética un tratado complementario y un acuerdo financiero que contenía nuevas exigencias expoliadoras.

xvi Se trata del aplastamiento por la burguesía reaccionaria finesa de la revolución proletaria iniciada en enero de 1918 en las regiones industriales del sur del país. El 15 (28) de enero la Guardia Roja finesa ocupó Helsingfors, capital de Finlandia; el gobierno reaccionario burgués de Svinhufvud fue derrocado. El poder pasó a manos de los obreros, que formaron un gobierno revolucionario: el Consejo de Delegados del

Pueblo. Por su carácter la revolución en Finlandia era una revolución socialista, aunque el Gobierno revolucionario al principio de la lucha no tenía un claro programa socialista y concentraba la atención principalmente en el cumplimiento de las tareas de la revolución democrática burguesa. Las medidas más importantes adoptadas por el gobierno obrero fueron: promulgación de una ley sobre la entrega gratuita y en plena propiedad a los campesinos sin tierra de las parcelas cultivadas por ellos, exención de todos los impuestos a los sectores pobres de la población, expropiación de las empresas pertenecientes a industriales fugitivos, establecimiento del control del Estado sobre los bancos privados (sus funciones fueron traspasadas al Banco del Estado), etc.

El 1 de marzo de 1918 se firmó en Petrogrado un tratado entre la República Obrera Socialista Finlandesa y la RSFSR. Fundado en los principios de la plena igualdad de derechos y respeto de la soberanía de ambas partes, fue el primer tratado entre dos países socialistas que conoce la historia.

Pero la revolución proletaria solo triunfó en las ciudades y zonas rurales del sur de Finlandia. El gobierno de Svinhufvud, que se había hecho fuerte en el norte del país, pidió auxilio al gobierno del kaiser alemán. Después de una encarnizada guerra civil, en mayo de 1918 fue aplastada la revolución en Finlandia por la intervención de las fuerzas armadas alemanas.

xvii **Longuetistas**: partidarios de la minoría del Partido Socialista Francés encabezada por Jean Longuet. Durante la

guerra imperialista mundial de 1914-1918 los longuetistas ocuparon una posición centrista y siguieron una política conciliadora respecto a los socialchovinistas; rechazaban la lucha revolucionaria y sostenían las posiciones de la “defensa de la patria” en la guerra imperialista. Después del triunfo de la Revolución Socialista de Octubre, de palabra los longuetistas se proclamaron partidarios de la dictadura del proletariado, pero de hecho continuaron siendo sus enemigos.